LA ESTRELLA DE CHILE.

ESTRELLA DE CHILE

REVISTA LITERARIA SEMANAL

AÑO NOVENO

1875—1876

TOMO X

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE CHILE."
19 J.—AGUSTINAS.—19 J.
1875

NOVENO AÑO.

Nuestros estimados cooperadores i amigos, los miembros del *Círculo de Colaboradores de* La Estrella de Chile, con el Ilmo. Señor Obispo de la Concepcion, su presidente honorario, a la cabeza, han querido celebrar el noveno aniversario de la fundacion de La Estrella de Chile con una fiesta por de mas lucida, simpática i entusiasta, que tuvo lugar en la noche del miércoles 5 del corriente.

El Ilmo. Señor Obispo ha visitado por la tercera vez ya el hogar de La Estrella de Chile, honrándolo con su presencia i trayendo, con su benévolo i prestijioso aplauso, aliento i recompensa despues de cada nuevo año de trabajo.

Su benevolencia nos llena de gratitud i sus aplausos nos estimulan a merecerlos.

En cuanto a nuestros amigos del *Círculo de Colaboradores*, esos nuestros infatigables i distinguidos cooperadores, no tenemos mas que mostrarles La Estrella de Chile, que es obra esclusivamente suya, i declinar en ellos el honor de la campaña.

Por lo demas, los que nos han visto en la labor en los años anteriores, conocen ya, por ese solo hecho, nuestros propósitos i nuestro programa para el porvenir.

LA IGNORANCIA RELIJIOSA.

La ignorancia en materias relijiosas es, entre los males que aflijen a la sociedad moderna, uno de los mas graves. En época alguna se ha descuidado tanto como en la actual el estudio de la relijion i en época alguna se han tratado asuntos mas importantes, mas íntimamente unidos a las creencias, por mas que se les llame asuntos políticos: jamas por lo mismo se ha necesitado mayor caudal de conocimientos relijiosos.

Miéntras en todos los demas ramos del saber humano se aumentan los estudios, se descuida de propósito i se intenta suprimir del todo el estudio mas alto, mas noble, mas importante para el hombre, no solo considerado con relacion al último fin, sino aun teniendo en vista el órden de la sociedad, la honradez i la felicidad del individuo. Bien sabe la impiedad que la ignorancia es de ordinario su compañera i la que le presta mas eficaz auxilio: la impiedad está en el error i el error supone siempre ignorancia.

La falta de conocimientos relijiosos ha dado oríjen a cierta clase de catolicismo tan difícil de difinir, como fácil de encontrar, sobre todo en los hombres públicos. La ignorancia los ha llevado allá i les impide salir del estado en que se encuentran. Hombres que no practican; que de mui atras han dejado de amar a su relijion; que se sienten inclinados por sus pasiones a buscar pretextos para cohonestar faltas que el público puede no conocer, pero que la conciencia les echa continuamente en cara, son, mas que hijos, enemigos encubiertos de la Iglesia. Quizas ellos mismos no se dan cuenta de lo que les pasa: si quisieran examinar con frialdad su conciencia, conocerian que siempre están por los enemigos de la relijion, por los encarnizados perseguidores de los católicos; que miran como hombres peligrosos i funestos a cuantos los católicos aman i la impiedad combate; que, cuando algun desgraciado, llámese Passaglia, Dœllinger, Loyson o de cualquiera otra manera, da a la Iglesia un dia de luto con su apostacía, sienten hácia él repentino entusiasmo i admiracion sin límites.

¿Qué significa esto? Por una parte manifiesta que para tales hombres la relijion es poco mas que una cosa de costumbre: se llaman católicos porque así se han llamado siempre i porque para pasarse abiertamente al campo enemigo tendrian que romper con ciertas consideraciones i lastimar no pocas afecciones respetables; tambien, i sobre todo en los principios, les quedaria un temor vago i una indefinida inquietud, que corresponden a la

idea confusa que conservan desde su niñez de la verdad del catolicismo.

Si esos hombres hubieran estudiado la relijion, si se encontraran en aptitud de darse cuenta de las magníficas pruebas de la verdad de ella, fuesen cuales fuesen las faltas i las pasiones que los agobiaran, habria mucha mayor esperanza de su conversion. La voz de la conciencia seria tanto mas clara, cuanto mas claras fueran para la intelijencia las nociones del deber; podrian medir el hondo abismo que nosotros vemos en las extrañas simpatías que sienten hácia los enemigos de la Iglesia; se asustarian de sus propios aplausos i de las censuras que prodigan; harian quizas esfuerzos para apartarse del fatal camino en que han entrado.

La ignorancia en materias relijiosas les hace sumamente difícil el remedio. Ni saben con fijeza lo que deben creer, ni conocen las razones que militan en favor de su fé, ni se inquietan por los muchos errores que unos en pos de otros van poco a poco aceptando, pues no son capaces de conocer su importancia.

Se han creido católicos i se seguirán creyendo tales, por mas que rechacen las enseñanzas de la Iglesia, que se aunen con los enemigos de ella para combatirla i que estén siempre prontos a constituirse en verdugos de la que continúan llamando madre.

Los impíos los aplauden sonriéndose i ellos se enorgullecen con aplausos que debieran abrirles los ojos; sus pastores i los verdaderos católicos les dicen que se apartan de la Iglesia: léjos de creerlo se indignan i acostumbran contestar: "Somos mas católicos que el Papa."

Dicho esto, quedan satisfechos i tranquilos.

En realidad, a estos católicos les importa poco o nada el pertenecer a la Iglesia, cuya verdad desconocen: son católicos de nombre i se conforman con eso. Pero hai otros que sinceramente quieren seguir siendo fieles hijos de la Iglesia, cuyos preceptos se imajinan cumplir. Si a la ignorancia reunen cierto barniz de instruccion relijiosa, nacido de los estudios que en sus primeros años hicieron, i que aunque escasos i olvidados ya, les bastan para creerse sabios, son realmente invulnerables.

Tienen a la mano tres o cuatro contestaciones absurdas para salir de todas las dificultades i eludir las leyes mas claras i mas importantes de la Iglesia.

Cuando uno se encuentra con esta clase de doctores no sabe que admirar mas si la supina ignorancia, la audacia i el convencimiento de la propia ciencia o la pasmosa tranquilidad con que declaran no obligatorias para los católicos las doctrinas de la Iglesia que ellos en su sabiduría rechazan. Hacen a cada instante distincion entre ultramontanos i católicos, entre católicos exajerados i católicos moderados, entre el Papa i la corte romana. Dan las explicaciones mas absurdas en cuanto se refiere a la condenacion de sus errores i se declaran libres para creer lo

que les place sin dejar de permanecer dentro del gremio de la Iglesia.

Decíame un dia uno de estos sapientísimos creyentes:

—Ha sido una gran desgracia la proclamacion del dogma de la infalibilidad pontificia: ha traido profundas divisiones a los católicos.

—¿Cómo puede haber traido divisiones? Ha concluido, al contrario, con las que amenazaban nacer entre ellos. Antes de esa declaracion, algunos pensarian de una manera errada: hoi para ser católico es necesario comenzar por reconocer la infalibilidad.

—Eso nó: yo soi católico i no creo en la infalibilidad del Papa.

En vano discutimos: era invencible.

Convenia en que la Iglesia i los concilios son infalibles i no podia negar que un concilio ecuménico acababa de definir el nuevo dogma; pero rehusaba someterse a una definicion que, segun los antecedentes aceptados por él mismo, era obligatoria e infalible.

¿Cómo se componia para reunir tan monstruosas contradicciones? Despues de respuestas cada vez mas absurdas se atrincheró definitivamente en la mas absurda de todas: "No estamos obligados a creer lo que la Iglesia enseña, miéntras bulas, breves i definiciones conciliares no hayan obtenido del gobierno el correspondiente *pase*."

¿De dónde le viene al Estado ese poder? No sabia decirlo, pero estaba firme en su creencia.

La Iglesia es infalible; ha condenado el error de los que sostienen que, para ser obligatorias sus decisiones han menester la sancion del poder civil.

Cierto; pero tampoco obliga esa definicion, porque tampoco ha obtenido *pase*.

¿Depende, entónces, del poder laico el reglar la fé de los católicos? Los fieles de Rusia, Prusia, Béljica, Inglaterra, Holanda, Italia, Norte-América, de la India i de la China, los católicos que habitan paises de infieles o cuyos gobiernos son cismáticos, protestantes o enemigos del catolicismo ¿podrán creer lo que quieran de todos los dogmas, puesto que ninguno de ellos ha tenido el indispensable *pase*? ¿Podrán creer lo que quieran i seguirán siendo católicos?

El hombre no sabia que contestar, pero estaba mui léjos de declararse vencido. Oia con profundo desden las observaciones i concluia diciendo siempre que él entendia las cosas, que habia estudiado, que era verdadero católico i que estaba resuelto a rechazar las novedades que hoi se empeña en introducir el partido ultramontano, dominante en los consejos de Pio IX.

Cualquiera se hubiese figurado oir hablar a un loco: tantos eran los desatinos i tanta al propio tiempo la seguridad i aplomo con que los ensartaba.

Para probar su catolicismo sacaba a lucir a cada instante su confesion anual; "pero, añadia siempre, no aceptaré novedades

UNA INVENCION DIABOLICA.

Es cosa averiguada que por ciertos caminos se llega a la boca del infierno. Yo la he visto, no sé si durmiendo o despierto. Mas, sea de ello lo que fuere, en estando yo vivo nadie sabrá el nombre de ese lugar, i ménos su situacion; pues no quisiera que a alguno le entrasen ganas de hacer el viaje; amen de que el secreto guardado me libra de contradicciones, ahora que las jentes han dado en la singular impertinencia de no creer las cosas, por mas disparatadas que sean, miéntras no se les den pruebas claras como la luz del dia. ¡Felices tiempos aquellos en que la palmeta del maestro era el mejor de los argumentos! En fin, para satisfaccion de los pocos que quieran contentarse con la palabra de un hombre honrado, yo juro i tornaré a jurar las veces que fuere menester que en un lugar de la tierra se encuentra la boca del infierno i que yo la he visto por mis propios ojos, i "a quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga...."

Digo, pues, que yendo camino de la vida al fin de la jornada se llega a la posada que llaman de la muerte, donde permanecen mui corto rato los viajeros. Allí el gran camino se parte en dos, de los cuales, el uno es mucho mas dilatado i recorrido. Siguiendo cuyo derrotero fuí a rematar ante un edificio de extraña fábrica i no ménos marabillosa invencion. Todo él lo forma una asperísima montaña, que el arte diabólica ha gastado i labrado a manera de toscas, pero, fuertes murallas i elevadísimos torreones. Circúndalo una espantable fosa, cuyas negras e hirvientes aguas se desprenden del vecino monte, produciendo con su caida el único i temeroso ruido que el silencio de aquellas soledades interrumpe. No pude ver mas del edificio porque no tardaron en abrirse las puertas, i luego me encontré en medio del patio central en cuyo recinto tienen principio hasta cincuenta galerías, por las cuales, tan pronto como llegan, conducen las almas a su destino.

La principal de ellas remata en la espaciosa sala en que se celebran las grandes asambleas infernales. Su entrada jamas se permite a las almas que en la tierra han animado cuerpos mortales, excepto las que durante su vida conquistaron una funesta celebridad por haber sido activos auxiliares del demonio, ya esparciendo perversas doctrinas, ya incitando a los demas hombres con malos ejemplos a entregarse a sus torpes apetitos i depravadas inclinaciones. A éstos no solo dan entrada, sino que les re-

servan los primeros asientos entre los demonios de mas elevada jerarquía.

De una de estas asambleas pienso dar cabal cuenta a los habitantes de este mundo de curiosos e inocentes, pues me cupo en suerte presenciar la mas notable de que guardan memoria los anales del infierno.

Cuando yo bajé al mundo subterráqueo, en la tierra era la hora en que las estrellas comienzan a mostrar los primeros i vacilantes rayos, hora en que se apoderan del espíritu mil sensaciones vagas, incoherentes, indefinibles, que sumerjen el alma en un delicioso letargo, o bien la dejan invadir por terrores misteriosos sin causa aparente, mezclados, a veces, con sensaciones de placer indescriptibles i cuyo oríjen ignoramos..... Era la hora en que el tardo vuelo del ave, encanto de la hechicera, interrumpe las suaves meditaciones de la tímida amante que apénas se atreve a alzar los ojos temerosa de leer en el mudable brillo de las estrellas los arcanos de su futura felicidad..... ¿Mas, a qué fatigarme en inútiles discursos tan ajenos del lugar que entónces recorria?

Entremos a la gran estancia en que los demonios maquinan i se reparten su labor de perdicion. Cubre sus paredes un lienzo jigantesco sobre el cual se ven representadas las mayores hazañas del tentador, para que el recuerdo de los pasados hechos los anime i aguijonee a nuevas conquistas. Allí pasé en revista la larga serie de crímenes que forman la historia de la humanidad. Aparté los ojos lleno de horror i al dirijirlos al techo se me ofreció tan horrenda vista que estuve a punto de caer despavorido. ¡Ah, no comprendo cómo no quedé muerto en aquel instante! La lengua humana es impotente para expresar lo que ví, i dado que hubiese palabras con que traducirlo, yo no podria pronunciarlas; pues, el solo intento de hacerlo arrancaria el ánima de mi cuerpo desfallecido. Pido humildemente perdon a los lectores cuya curiosidad me es forzoso dejar en suspenso i sigo.

No tanto me suspendió, aunque no dejó de ponerme espanto, el nunca visto modo de alumbrarse que usan por aquellos lugares. Los cuerpos de millares de condenados colgaban del techo i paredes a guisa de lámparas arrojando de sí tan viva luz que mis ojos apénas podian soportarla; otros hacian oficio de hachas encendidas con acompañamiento de humo i pestilencia tales que a no apretarme tanto la curiosidad habria huido de la sala aunque supiera perder mi viaje por entero. De todo ello podrá inferir el discreto lector cuan grande verdad deben de ser las consejas de las viejas en que cuentan de como a tantos impenitentes pecadores se los llevó el diablo en cuerpo i alma.

Mucho tardó en llenarse la sala, i era causa de esta tardanza el andar los principales demonios en la tierra ocupados en sus menesteres, que no son pocos. Ultimo de todos entró el monarca de los infiernos, rodeado de sus consejeros íntimos. No llevaba cetro ni corona porque su frente bastaba para revelar el príncipe

del abismo. Su rostro conservaba algo de la primitiva belleza, belleza que nada puede borrar de la faz que ha contemplado a Dios sin velo. La cabeza abrumada bajo el peso de la maldicion caia sobre el pecho; de vez en cuando la erguía con un movimiento convulsivo i parecia querer desafiar al cielo apesar de su impotencia; mas, luego tornaba al primer abatimiento de que la arrancaba un nuevo esfuerzo para volver en seguida a inclinarse hácia el suelo. Su porte altanero tenia la majestad de la soberbia vencida, jamas humillada. ¡Digno monarca de tales reinos!

Profundo silencio reinó en la sala cuando alzándose el príncipe de las tinieblas dijo de esta manera:

Hermanos i compañeros:

Muchos ¡ai! mui largos siglos han trascurrido desde que emprendimos la tarea de vengarnos del Creador, arrebatándole sus creaturas. Henos aquí reunidos en cumplimiento de los antiguos estatutos i costumbres infernales. No necesito deciros el objeto de nuestras reuniones. Bien sabeis, i no lo ignora el hombre, que un pensamiento único absorbe la actividad de nuestra mente, i cuya realizacion constituye el objeto único de nuestras aspiraciones; cual es el de hacer partícipe de nuestros tormentos al hombre, creado para la eterna felicidad. I no porque en ello encuentren algun alivio los padecimientos que consumen sin destruirla nuestra substancia, sino por la rabiosa venganza que nos fuerza a arrebatar sus creaturas al Creador de la luz. Para llevara buen fin esa empresa sabemos poner en juego la ambicion, el interes, la suspersticion, i mil otras pasiones que el hombre heredó de sus primeros padres. ¡Funesto legado para él! ¡Fruto de la mas gloriosa entre las innumerables empresas de que se enorgullece el infierno!

En verdad que no han sido infructuosas nuestras tareas; atestíguanlo con hermosa elocuencia, esos millares de almas que diariamente sirven de pasto a vuestras injeniosas torturas. Pero, todavía no hemos conseguido el triunfo total; la corona de nuestros laureles está inconclusa. Puesto que nos es imposible arrastrar al mundo entero, procuremos, siquiera, envolver en las negras redes al mayor número de sus habitantes. Seguro estoi de que alguno de vosotros ya tendrá discurrido el medio mas eficaz de realizar los propósitos que acabo de manifestar. Quien crea tenerlo, levántese i hable que yo le prometo en recompensa la dignidad de primer ministro del reino de los dolores.

Alzóse al punto uno i dijo:

Oh príncipe, en tu labio respira la sabiduría de la serpiente; con mi discurso espero probarte que tus palabras no han caido sobre terreno estéril, ántes al contrario ellas jerminarán en nuestros corazones como la planta traidora crece en las faldas del Vesubio. Deleitosa es la recompensa ofrecida. Un demonio no concibe mayor placer que el despedazar i en mil modos atormen-

tar a las mismas almas engañadas en la tierra con la vana promesa de placeres falsos i pecaminosos. De éstos ninguno mueve i arrastra con mayor imperio al hombre que el incentivo del lucro; su torpe avaricia convierte en instrumento de perdicion las riquezas que ha recibido como medio de asegurar su salvacion, usándolas segun las miras del que nos maldijo. Cada moneda que el avaro agrega a su tesoro hace estremecerse de júbilo al infierno. Yo señalaré a la humana codicia depósitos ignorados i aun haré que nuevos i ricos veneros asomen a la misma superficie de la tierra. I esos depósitos i esos veneros serán inagotable manantial de crímenes que dejarán plenanente logrados tus deseos i los mios.

Calló el feo demonio i a su discurso siguió el horrendo estallido de los aplausos. Ya parecia a todos que su arbitrio era el mejor i pedian a gritos que se pusiese por obra, sin dilatar un punto, cuando se levantó otro que con los ojos ensangrentados i voz vibrante por la cólera prorrumpió en las siguientes palabras:

Míseros demonios, siempre el que habla primero es el mejor a vuestro parecer. Habeis escuchado al padre de la avaricia. ¿Pero, es tanta vuestra ceguedad que os impide ver que el arbitrio propuesto solo servirá de engañar a los mas viles i cobardes entre los mortales? No pretendo que enteramente lo desecheis; mas, no a todos los hombres ciega el amor del oro i siendo así yo voi a proponeros una medida que en breve tiempo llenará las negras fauces. Enviemos el funesto don de la discordia a los príncipes i a los pueblos para que despierte la ambicion de aquéllos i la envidia de éstos. Que los demonios mas experimentados se adueñen del espíritu de los diplomáticos, miéntras otros exciten el deseo insano de conquistas i despojos. Yo recorreré el mundo inspirando a todos los corazones el furor bélico i la embriaguez de los combates, i los hombres ahogarán en sangre el recuerdo de su Dios. Siempre los campos de batalla han sido los mejores proveedores del infierno.

Varios otros fueron sucediéndose en el uso de la palabra sin que ninguno dijera cosa que merezca particular mencion, hasta que dejó su asiento un demonio que hasta entónces habia guardado completo silencio. Su rostro inmóvil no expresaba pasion alguna, i en sus ojos tampoco se advertia el siniestro fulgor que espantaba en la mirada de los demas. Los hombres que no saben penetrar el disfraz de un semblante lo habrian visto acercarse sin mucha desconfianza; pero, en el infierno conocian demasiado sus grandes hechos i así todos se preparaban a escuchar en silencio las palabras de aquella figura de apariencias tan poco significativas, la cual con voz reposada i con acento meloso comenzó de esta manera:

Poderoso cebo es el interes para la condenacion del hombre; talvez son mas abundantes los frutos de la guerra; pero, ámbos, como los demas que se acaban de proponer son recursos un tan-

to gastados. No todos se afanan por el oro para hacerlo servir a nuestros planes; ántes, a muchos sirve para su propia salvacion i la de otros. No siempre la guerra sorprende la conciencia del soldado en el estado mas favorable a nuestros intereses, i ella presta a muchas ocasion para ejercitar nobles virtudes. Utilizénse sin embargo con cautela, que ningun medio debemos despreciar para realizar nuestra obra; pero, hoi no debemos fijar la atencion en recursos ya conocidos, se trata de buscar un arbitrio extraordinario. Yo voi a proponeros uno que será digno del demonio a cuya *astucia* sois deudores del dominio que habeis adquirido sobre los hombres. Decidme ántes ¿sin mis auxilio veriais como veis hoi al hombre condenado a participar nuestros eternos dolores? Del mismo modo que yo engañé a los padres cubierto con la piel de una serpiente, así hoi podré seducir a los hijos bajo otra forma no ménos engañosa. Menester es, magnánimos compañeros, que el infierno esté siempe sobre el nivel de la civilizacion humana; a medida que van cambiando los tiempos, iremos nosotros cambiando nuestras redes. La antigua serpiente se transformará en mesa parlante, órgano de los habitantes de Ultra-tumba. El hombre, siempre anhelando conocer los misterios que cubre el velo de sus sentidos, creerá satisfacer su insaciable curiosidad invocando los manes de los hombres ilustres i solo logrará, gracias a mí, ofuscar su espíritu i pervertir su voluntad. Sí, nosotros responderemos a sus evocaciones usurpando nombres de sabios i de santos; infundiremos en las ciegas multitudes las malignas doctrinas que al fin las han de arrastrar a las prácticas que se expían en nuestros horrendos dominios.

Así habló el espíritu de la hipocresía i la astucia. Hasta qué punto se hayan realizado sus planes lo dicen los presentes siglos i con mayor elocuencia lo atestiguarán los venideros. Ese dia, entre el infernal júbilo de los espíritus malignos nació el ESPIRITISMO.

RAIMUNDO SALAS E.

SOLILOQUIOS.

(A MI AMIGO CAMILO MUNITA GORMAZ.)

VOZ DEL ALMA.

Dejadme recordar; i en ese limbo
Donde ajitan sus alas los amores
I suspiran insólitos rumores
Que el alma sabe traducir no mas;
Las palmas donde duermen los recuerdos
Abaniquen mi frente soporosa,
Que al beso de su brisa mentirosa
En un seno de amor se dormirá.

¡Qué dulce realidad la del recuerdo,
Dulce ilusion que a otra ilusion imita!
No entiendo al corazon cuando palpita
Mecido por su aliento celestial.
¡I me habla tanto en su lenguaje mudo!....
¿Cuándo lo entenderé?.... Cuando la vida,
En mundo de recuerdos convertida,
De mentiras enjendre una verdad.

***

SU RETRATO.

¡Qué bella estás así! siempre la misma,
Siempre en tu labio juguetona i leve
Esa sonrisa que a besar se atreve
Tu boca anjelical.

Quisiera que a tu imájen adorada
Prestaras tu animada gallardía:
Mas que ella te prestara, vida mia,
Eso que la hace no cambiar jamas.

***

LAS VESTALES.

Tomo tus flores secas; pienso i lloro,
I al reclinar en ellas mi cabeza
¿Por qué siento una almohada de pureza,
De frescura, de aromas, de ilusion?

Es que el recuerdo i el tranquilo lloro,
Vestales que custodian los amores,
Dan vida i dan aromas a las flores
Que la nieve del tiempo marchitó.

Santiago, 3 de octubre de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

POR NO DEJAR DE ESCRIBIR.

—Hé aquí la leña; pero falta la víctima para el sacrificio.

—¡Dios proveerá, hijo mio!

—Hé aquí prontos el papel i la pluma; pero falta el asunto para escribir.

—¡Dios proveerá!

El papel es el pedernal, la pluma el eslabon de acero: todo está en que el acero toque al pedernal, i la chispa salta.

No seria malo que eso fuera verdad. Pero aun, siéndolo, hai el inconveniente de que los pedernales se aceran cuando el eslabon les saca muchas chispas.

* * *

Mas, hé aquí ya el cabrito enredado por las hastas en el zarzal.

Son las 12 de la noche: todavía resuenan en mis oidos las últimas notas del *Fausto*.

Yacen sobre la mesa los guantes i los jemelos; despojos i símbolos de las horas que acaban de trascurrir.

La etiqueta exije que para ciertos actos se vista lo que siempre se lleva desnudo i se descubra lo que siempre se lleva cubierto. No me dejarán mentir los guantes i el escote. ¡Poner fundas a las manos i descubrir el cuello i sus contornos; tapar las manos i desnudar los brazos; velar la mayor i mejor parte de la noche i dormir la mejor parte del dia! Eso no nos da risa porque lo vemos o lo hacemos cuotidianamente i nos hemos acostumbrado desde niños a verlo o hacerlo con la mas imperturbable seriedad.

Clavad con cierta fijeza e insistencia los ojos sobre una jóven en un salon; la jóven se ruboriza, i el padre, que está a su lado, hace de ello un *casus belli*. Id al teatro armados de esa yunta de cañones ópticos que se llaman jemelos, dirijid esa batería sobre quien querais, por el tiempo que querais, cuantas veces lo querais. No pasais de ser un astrónomo que estudia con telescopio una estrella de esos cielos que se llaman palcos.

I a propósito de *palco:* esa palabra significa en italiano *cadalzo*. Sobre los cadalzos están siempre las víctimas i no hai víctima sin verdugos.

***

Las lunetas de un teatro son el asiento de la mas perfecta igualdad ante la lei, con todas sus desventajas.

A vuestro lado hai una gordísima humanidad que reboza en su sillon i de él rebalza sobre el vuestro.

Al otro lado teneis a un *dilettanti* de mal tono (en el doble sentido de esta última palabra) que tararea lo que se está cantando o tocando.

El vecino de atras conversa *sotto voce* con el de su izquierda i mas ois las imbecilidades de esa charla que el canto del proscenio.

No falta quien lleve el compas con el pié sobre vuestros talones.

Talvez a un conocido que hace tiempo no veiais se le ha antojado informarse menudamente de vuestra vida, milagros i familia durante la escena. I teneis que corresponder a sus melosas e importunas atenciones i finezas.

Cayó el telon: ¡conversion a retaguardia! Preparen armas! Ya teneis a la falanje de los asistentes de platea escudriñando palcos i comentando lo que ven. De un espectáculo se pasa a otro. El primero suele ser trájico; el segundo es siempre cómico. En el primero los actores están en el proscenio; en el segundo están en la platea.

***

Vamos al *smoking room* o *foyer* o *sala de fumar* o como querais llamarlo. Allí está la torre de Babel correjida i aumentada. Negocios, política, murmuraciones, fruslerías, de todo lo hablable se habla allí.

Unos ingleses hablan de *dollars;* unos vejetes de política; unos mozos del escote, de Juana o de la máscara de albayalde i carmin que trae Adela; los demas hablan de las carreras, del gran baile de la Sociedad Filodanzónica, etc., etc.

*
* *

Por fin, la escena toca a su término. El telon baja ya lentamente a cubrir hasta otra noche ese mundo de tela pintada, mundo singular en que se canta de odio, de angustia i de desesperacion, bien así como en este nuestro mundo de aquende el telon se canta de amor o de alegría.

Acabó la funcion. A juzgar por la prisa que muchos se dan en salir, no parece sino que no hubieran pagado por entrar. El secreto está en que no quieren perder ni una escena de otro espectáculo que les aguarda grátis a la salida del teatro.

Es una carrera de baqueta o revista militar por que pasa o se complace en pasar el bello sexo, entre dos filas de sexo feo.

Las unas creen que lo que se pasa en revista es aquello que ellas trajeron al efecto: la camelia, el raso, el brillante o a lo mas el rostro. Pero se equivocan a menudo. Si pudieran oir los comentarios que dejan en pos de sí, envueltos en la estela de perfumes que las sigue, pedirian puerta excusada para salir del teatro.

Ya todos se retiran.

—¿Viste a fulano? dice una jóven a su compañera desde dentro de la blanca capa en que sale medio embozada. ¡Qué hermoso tocado el de mengana!

Esta no vió en el teatro mas que mozos, encajes i peinados.

—¡Qué ópera tan larga! exclama el papá entre dos descomunales bostezos.

Para éste, el palco es una segunda edicion del bufete o del escritorio, una incómoda antesala de la cama.

—El drama de Gœthe está mutilado en la ópera, observa un literato.

Este dejó sus oidos de señal entre las hojas de un libro.

—No he entendido jota del argumento, replica otro, que es un hacendado.

Para éste, venir al teatro es un acontecimiento.

—¿Qué ópera dan mañana? pregunta uno que va embalado dentro de un paletot de pieles, formando un paquete en que el forro vale mas que el contenido.

Este viene al teatro por oficio, por ocupacion cuotidiana.

—Wagner es Mefistófeles en persona, dice uno.

Este ve al personaje en la escena.

—La Repetto buena moza como nunca, agrega un elegante.

Este otro no ve mas que a los actores en el proscenio.

—El fagot desafinó en tal duo, dice uno.

I no sabe si desafinó.

—¡Hola, amigazo! ¡parece que le ha ido a Ud. mui bien esta noche! ¡ha tenido Ud. doble funcion! dice álguien que no acierta a hablar sino embromando con amores.

Jeneralmente hablando, dentro de la cabeza de éste hai tanto injenio como dentro de la copa del reluciente sombrero alto que la corona.

—Guadagnini salió a recibir aplausos despues de haberse muerto, dice otro que presume de chistoso.

El chiste es como para que los muertos se levanten a apludirlo.

—Cada cual produce lo que alcanza, i habla de la feria segun le va en ella, dice, por último, un sentencioso observador.

* * *

El momento que sigue a la cesacion de un dolor es un placer intenso, el dejo de un placer es siempre amargo o a lo ménos insípido.

¿Quién hai que no sepa distinguir a tiro de fusil una cara que va a la fiesta de otra que viene de ella?

Al ir, todos los semblantes sonrien, todos los ojos chispean, todos los corazones palpitan.

Al venir, el cansancio de los corazones se trasluce en los semblantes i en los ojos.

Unos silban algun trozo que les ha quedado resonando en el oido.

Otros vienen aturdidos i meditabundos.

Otros charlan con animacion.

Este sueña con una Margarita para sí, prometiéndose encontrarla; aquél piensa con zozobra i amargura en el dia de mañana, cuya idea perseguidora habia logrado apartar del alma durante cuatro horas; ¡qué contraste entre esta noche i mañana!

Este lleva la cabeza llena de dulces recuerdos i el corazon lleno de ilusiones, que va acariciando en el fondo del alma.

Aquel otro lleva la cabeza pesada de sueño. Dice: ¡buena noche! i la pasa inmejorable.

Despues de todo, es el que sale mejor parado de la fiesta.

Setiembre de 1875.

RAFAEL B. GUMUCIO

LEYENDAS DE CALDERON.

DON LOPE DE ALMEIDA.

(Conclusion.)

XI.

Don Lope habia dispuesto que su esposa residiera durante su ausencia en una preciosa quinta de recreo que poseia en las riberas del Tajo, separada de la ciudad por las aguas de este caudaloso rio i rodeada por todas partes de amenos jardines, que el galante esposo habia poblado de estátuas i de las flores mas estimadas por su rareza i hermosura.

A aquel sitio se habia trasladado desde una semana ántes la bella Leonor, quedando en el palacio de la ciudad su esposo i don Juan con la servidumbre que debia acompañar al primero a la guerra de Africa.

Almeida iba a ver a su esposa dos veces al dia, colmándola de afectuosas atenciones en cada una de sus visitas. La jóven castellana, que se veia tan halagada, llegó a creerse libre de todo peligro, respirando al fin de las pasadas zozobras como el náufrago que acaba de escapar al furor de las olas que amenazaban hundirlo en el abismo.

Una sola cosa la turbaba i era que don Luis no se cansaba aun de perseguirla, i rondaba los alrededores con mas seguridad que ántes su palacio de Lisboa. I si esto llegaba a noticia de su esposo ella estaba perdida sin remedio, porque no seria fácil que don Lope se engañara segunda vez.

Leonor llegó a ansiar la partida de su marido i si en esto tuvo alguna parte el amor no apagado i el deseo de ver al jóven castellano, a quien tanto habia querido, son misterios que no queremos sondear. Dicen que mal pueden olvidarse pasiones como la de Leonor i Luis de Benavides, sobre todo cuando la fatalidad i el infortunio se empeñan en combatirlas. Donde fuego hubo cenizas quedan, canta el adajio vulgar i se sabe que los adajios encierran en pocas palabras verdades del tamaño de un templo.

Leonor, sola en aquella quinta, rodeada de los encantos de una naturaleza que convidaba a amar, pasaba largas horas contem-

plando desde las galerías que daban al rio el curso de las aguas, las numerosas barquillas que iban i venian, los bosques i jardines de su morada i mil otros objetos que la sumerjian en un extásis peligroso para su alma.

Entre los cantos de los pescadores que pasaban cerca, su corazon solia distinguir una voz mui conocida; fijaba sus ojos en la barquilla que se detenia delante i su mirada se hallaba con las de algun hermoso marinero que no apartaba de ella la vista. Miradas eran ésas que llegaban a su alma. En vano se apartaba de allí, ya habia bebido el veneno que infiltraban en su pecho los suspiros que a lo léjos le enviaba su amante disfrazado con el tosco vestido de las jentes de mar.

¡Infeliz! si el amor tenia ojos para ver, no los tenian ménos linces los celos. Dulces eran sus sueños i la embriaguez de su pasion pero ¡ai! el despertar seria terrible. Leonor vió a su amante pasar muchas veces bajo sus ventanas, pero no alcanzó a distinguir el rostro de su marido en alguno de los pescadores que guiaban la barca.

Almeida velaba preparando su venganza, i su venganza no tardaria en venir tan terrible como secreta, para herir a Luis i Leonor sin que el mundo pudiera ni remotamente sospechar bajo que mano habian sucumbido.

XII.

Era el último dia que el buen rei don Sebastian debia permanecer en su querida ciudad de Lisboa. A la mañana siguiente, la flota se haria a la vela con los mas nobles guerreros de que se enorgullecia el reino lusitano.

El monarca destinaba al placer las últimas horas que le quedaban i por su órden se habia dispuesto en palacio un ostentoso sarao al que debian asistir todos los que iban a la guerra i los que les daban su adios.

Eran las ocho de la noche i en el muelle de Lisboa se encontraba un jóven de bizarra presencia, que por el traje que llevaba i la nobleza de sus ademanes indicaba sobrado la elevada clase social a que pertenecia.

Miéntras todos los caballeros de la ciudad se encaminaban al palacio, él se hallaba en aquel sitio esperando a álguien que tardaba aun en llegar.

A las cuatro de la tarde se habia presentado en su casa un marinero viejo, dándole una carta que él leyó con viva emocion.

—¿Conoces a la persona que me escribe? le habia preguntado el jóven.

—Sí, respondió el marinero.

—¿I tú debes llevarme allá?

—Sí.

—Toma, dijo el caballero, alargando al viejo una moneda de oro.

—Dios os lo pague, respondió éste bajando la cabeza para ocultar su rostro contraido por una repentina alteracion.—Sed exacto, añadió, aguardad en el muelle a la hora que os señalan, que yo estaré a buscaros. La persona que os llama os aguarda impaciente.—

El marinero salió i una vez llegado al rio arrojó con desprecio a las aguas la moneda que acababan de darle; tomó despues una callejuela tortuosa i penetró en una casucha, cuya llave llevaba consigo, saliendo de allí al breve rato, tan variado en su porte i maneras que ninguno lo habria reconocido.

El viejo pescador se habia trocado en el opulento i poderoso hidalgo don Lope de Almeida.

XIII.

Don Lope habia callado para aparecer de repente terrible e implacable como la venganza. Aquel hombre tan enamorado de su esposa dias ántes llevaba ahora un infierno en su corazon. Ilusiones de dicha, pasion, ternura, cariño, todo lo habia olvidado. En su alma solo quedaba el sombrío rencor, dominándola toda, haciéndola saborear con horrorosa fruicion la hiel de la venganza que envenenaba todo su sér.

Con espantosa frialdad habia combinado un plan terrible, haciéndosele siglos cada instante que demoraba en ponerlo en ejecucion. No habia derramado una lágrima por la muerte de su ventura, de su pecho no se habia escapado un solo suspiro, nadie habria podido leer en su rostro la tortura interna que lo destrozaba.

Venganza pedia su corazon; pero venganza secreta como su ofensa, venganza que quedara oculta entre su conciencia i Dios...

Harto habia esperado i llegaba el momento de confudir a los que lo ofendian. De cuanto paso diera don Luis para acercarse a su esposa él habia sido mudo e impasible testigo. Disfrazado de barquero lo paseaba por el rio frente a los miradores de su quinta. Oyendo las amorosas canciones que el español entonaba en su dulce lengua nativa, supo desde luego que clase de relaciones lo ligaban con Leonor i cuan antiguos eran esos amores. Sorprendió en los ojos de ésta las miradas ardientes i melancólicas que dirijia a su trovador, i aunque los amantes no llegaron a hablarse una sola palabra, el portugues comprendió que una vez realizado su viaje pereceria su honra....

Entónces se acordó de lo que le habia dicho don Juan cuando se encaminaba a la raya de Castilla a recibir a su jóven desposada.

¡Oh! ¡cuantas ilusiones entónces! ¿Era posible que todas se hubiesen disipado?

Si Leonor no era aun una esposa infiel, segun el mundo, su corazon le decia que su amor no le pertenecia ya i que la bella castellana solo le habia dado su mano obligada por los mandatos de su padre i creyendo perdido para siempre al que habia sido su amor primero. Su vida estaba condenada a una soledad sin consuelo, i para salvar su honra no le quedaba otro remedio que apartar de la tierra a los que podian mancharla.

Resuelto a partir con el rei no debia dilatar la ejecucion de sus planes i como las circunstancias se le presentaban propicias todo se llevaria a cabo esa misma noche.

El amante, llamado a una falsa cita, acudiria lleno de ilusiones, para encontrar en vez de las caricias que soñaba el brazo aterrador de la muerte; Leonor, que no lo aguardaba ese dia oiria sus ayes agonizantes, veria su cadáver... i despues... pero ¿a qué anticipar los sucesos? Si la desdichada esposa de Almeida duerme en el descuido, dejémosla soñar, pues su dicha está tasada por instantes i sus esperanzas de paz, ó talvez de una dicha culpable, se desvanecerán presto como las nubes doradas del ocaso, como el almendro de los huertos en una noche de helada.....

XIV.

Hermosa estaba aquella noche la ribera del Tajo, pero mas hermosa aun Leonor de Alvarez, que muellemente apoyada en el balaustre de una azotea miraba con melancólico placer la luna que bañaba con sus tímidos reflejos las ondas del rio, los bosques de la ribera i las elevadas torres de la vecina ciudad.

Oreaba su rostro la brisa fresca i húmeda, bañada en las aguas e impregnada en el aroma de las flores. Los ruiseñores cantaban en el jardin sus dulces querellas i el viento que soplaba entre las hojas murmuraba suspiros que se confundian con el rumor de las olillas que el rio formaba en las arenas de la ribera.

Tenia aquella noche el encanto que buscan las almas soñadoras, sobre todo cuando la tristeza, compañera inseparable de la vida, ha enlutado el cielo de las ilusiones i el alma atormentada no viendo la dicha en el presente, se lanza a buscarla en el mudo arcano del porvenir.

Leonor acariciaba memorias de pasados gustos, temblando ante la idea de que pudiesen renovarse; al echar una mirada hácia atras veia su infancia i su primera juventud, sus primeros amores, sus sueños de vírjen, sus ilusiones de amante. Tambien recordaba misteriosas citas en la alta noche, dulces trovas que entonaba bajo su ventana el hombre cuya memoria quisiera borrar de su pecho... Amor, familia, patria, venian a agolparse a

su mente, haciéndola volver los ojos a lo que quedaba atras. Recuerdos del pasado, ¡qué dulce es evocaros aunque arranqueis lágrimas a los ojos i suspiros al alma!

Leonor no era aun culpable, pero se hallaba al borde del precipicio, resistiendo con trabajo a las poderosas sujestiones del cariño que venian a golpear en su corazon. Sola i sin consejo podia sucumbir mañana i esta idea la estremecia. En su alma se sucedian unos a otros los pensamientos contrarios, trabando entre sí una enconada lucha, en que alternativamente triunfaban la pasion i el deber, sin que ninguno cantara victoria. Ratos habia en que se deslizaba a sus ojos la tentadora imájen de la culpa, pero un instante despues la infeliz jóven acariciaba como una ventura la idea de la muerte, la paz del sepulcro que no alteran las pasiones ni los desengaños de la vida.

De pronto se sintió oprimida por un vago presentimiento. No sé por qué se presentó a sus ojos la imájen de don Lope terrible i amenazador. Venia hácia ella, fijaba en ella la vista i su mirada daba la muerte.

Leonor tuvo miedo e iba a llamar a Sirena cuando llegó a sus oidos un ¡ai! de suprema angustia que se perdia en los espacios. Siguiendo la direccion de aquel jemido tendió la vista hácia el rio; pero las aguas seguian mansamente su curso murmurando al paso flébiles querellas; siempre la misma calma en el cielo i en el campo; no habia nada que revelara en torno algo triste i doloroso.

Leonor respiró i ya comenzaba a olvidar su preocupacion cuando un ruido que sintió en las aguas le hizo fijarse en un hombre que hacía desesperados esfuerzos por ganar la ribera. Sin duda, alguna barca habia zozobrado no léjos i el que se acercaba era uno de los náufragos.

La jóven bajó de la azotea para llamar jente, dió voces, pero nadie acudia i sin saber que hacerse, salió sola al frente de la quinta a tiempo que el náufrago besaba con efusion la orilla salvadora.

—¡Salud dulce tierra, patria del hombre! exclamó el que acababa de escapar de las aguas, cayendo de rodillas en la ribera.

—¡Qué voz! murmuró Leonor; i reconociéndola al punto estendió los brazos al náufrago.

—¿Qué es esto, esposo mio? ¡Vos así! dijo Leonor.

—¡Ai, mi Leonor! una desgracia impensada, un mal que por cierto no temia ha pocas horas. Volvia de palacio, porque queria consagrarte la última noche que he de pasar en Lisboa. No habia barcos en el muelle i no sin trabajo logré que un pescador se prestara a conducirme en su miserable canoa. Iba a partir cuando un hidalgo me ruega lo admita conmigo pues quiere pasar a la otra ribera. Recíbolo cortés, entra en la embarcacion; pero ésta, que no podia resistir tanto peso, tardó poco en zozobrar.

—¡Dios mio!

—Mi compañero ha perecido, segun entiendo, pues no sabia nadar. I a fé que lo siento ¡era un jóven mui bizarro!

—¡Infeliz!

—Era un jóven castellano llegado no ha mucho a Lisboa.

—¡Castellano!

—Sí i segun me dijo llamábase don Luis de Benavides; talvez le conocereis Leonor..!

Pero Leonor no podia contestar, la infeliz habia caido desmayada.

—¡Era culpable! rujió don Lope i cojiendo en sus brazos a su esposa entró con ella en la casa.

XV.

Una hora despues una gruesa columna de humo se levantaba del centro de la quinta de don Lope, precisamente en el mismo sitio en que estaba situada la alcoba nupcial del opolunto portugues.

Los criados, que el dueño de casa habia alejado con diversos pretextos en las primeras horas de la noche, despertaban sobresaltados, corriendo de acá allá, sin poder adivinar cómo habia pasado aquel espantoso accidente. Todos gritaban dando órdenos contradictorias que nadie obedecia en el estupor del primer momento.

La leal Sirena, deshecha en lágrimas, rogaba a voces salvasen a su señora, pero nadie se atrevia a penetrar en el edificio, cuyos maderones se quebraban con estruendo, amenazando sepultar al osado que intentara prestar auxilio a la infeliz víctima del fuego. La noche, poco ántes clara, se habia cubierto de un velo queimpedia a la luna brillar en todo su esplendor; en medio del humo negro volaban las ascuas como siniestras centellas i las llamas se propagaban aquí i allá sin que nadie pudiese detener su curso.

Leonor i don Lope estaban dentro, habian perecido quizás en la espantosa catástrofe i los servidores de la casa contemplaban aterrados el funesto fin de sus amos. Todo era gritos i jemidos, todo confusion, que se aumentaba por instantes con las jentes que acudia de las heredades vecinas ansiosas de servir en algo, pero sin tener quien las dirijiese, dándoles una órden medianamente acertada.

De repente varios barcos atracaron en la ribera. El rei e infinitos señores de la corte venian a prestar su auxilio al valiente caballero por cuya vida temian, pues se sabia en palacio que el noble Almeida se habia negado a asistir al real sarao por dedicar a su esposa aquellas horas.

El primero que desembarcó fué don Juan. El leal amigo, sin temor a las llamas, iba a penetrar al interior, cuando apareció de

repente don Lope medio desnudo i llevando en brazos el inanimado cadáver de su esposa.

Un grito de horror, lanzado por los circunstantes, respondió a aquel triste espectáculo. El hidalgo traia el semblante de un muerto, su faz revelaba un hondo dolor, una terrible lucha sostenida consigo mismo o con la desgracia implacable que le habia arrebatado a su hermosa compañera.

Don Lope colocó el cadáver sobre la tierra i quedó largo rato contemplándolo. Nadie queria turbar su dolor, hasta que el rei se adelantó a apartarlo de allí.

—¡Vos, señor! exclamó el hidalgo al ver a su soberano.

—¡Infeliz don Lope! tu rei i tu amigo viene a acompañarte en tu desolacion, respondió el monarca visiblemente conmovido.

—Apartaos de aquí, señor; dejadme mirar por última vez mi dicha muerta en los rasgos borrados de la hermosura que fué mi encanto. ¡Ai! esta es mi Leonor, mi Leonor, la hermosa, la honrada, la que yo amaba con delirio i a quien he visto perecer sin poderla salvar.

—Apártate don Lope, exclamó el rei i ven conmigo, porque el espectáculo de tu desgracia es tan terrible que no podrias resistirlo mucho tiempo.

—Sí, vamos, señor, accedió el hidalgo, besando la mano de su soberano. Vamos de aquí; os seguiré donde fuéreis, ya que a nadie puedo hacer falta en el mundo!

XVI.

Don Lope habia realizado su sombría venganza. Leonor no volvió de su desmayo sino en las convulsiones de la agonía, ahogada por su esposo que estrechaba con terrible fuerza su nevado cuello. Ni una palabra, ni una explicacion medió entre ámbos, la infeliz castellana pasó a la otra vida sin haber oido un solo reproche de su terrible marido.

Las aguas del Tajo arrastraban entre tanto el cadáver de don Luis de Benavides, a quien apuñaleó en la barca el celoso Almeida; el rio llevó al mar esos restos que quedaron perdidos entre tantos otros secretos que guarda el abismo. La venganza del portugues quedó así oculta, siendo sus únicos cómplices el agua i el fuego. Por lo que hace a don Juan, bien que comprendiera lo que habia pasado no hizo una sola pregunta a su amigo, respetando relijiosamente su dolor i su infortunio. Sirena que nada sospechaba, siguió lamentando hasta la muerte a su jóven ama, víctima de un incendio casual.

Con el alba siguiente partieron las galeras del rei don Sebastian, haciéndose a la vela para las costas de Africa en medio de las aclamaciones de los que quedaban i los alegres cantos de los que partian.

Don Lope i don Juan miraban tristemente desde popa de su nave las ruinas de la hermosa quinta, convertida ya en un monton de negros escombros.

—¡Allí murió mi ventura! dijo el primero estendiendo la mano hácia el sitio donde ámbos tenian fija la vista.

—¡Dios lo ha querido! respondió don Juan con acento triste.

—¡Yo moriré tambien mui presto! añadió don Lope con un suspiro en que se exhalaba toda la amargura de su alma.

Estas fueron las últimas palabras en que el portugues se lamentó de su desgracia.

Ambos caballeros lidiaron noblemente, muriendo al fin el uno al lado del otro en la funesta jornada en que pereció la flor de la nobleza lusitana i perdió cetro i vida el romántico i aventurero don Sebastian.

ENRIQUE DEL SOLAR.

¿DONDE IRA?

Hoja marchita que al árbol
Arrebata el huracan
I lleva en sus remolinos,
¿A dónde irás a parar?

Barca que de la ribera
Arranca la tempestad,
Arrastrada por sus ondas,
¿A dónde irás a parar?

Gota que oculta en la rosa
Deja el llanto matinal,
Por el sol evaporada,
¿A dónde irás a parar?

Corazon, el dulce lazo
De tu amor se cortó ya;
En tus jiros por el mundo,
¿A dónde irás a parar?

La hoja caerá en la selva,
Tragará la barca el mar,
Irá la gota a una nube,
Mi corazon ¿dónde irá?....

Octubre 3 de 1875.

RAIMUNDO LARRAIN C.

A GARCIA MORENO.

El señor presbítero don Miguel Anjel Quagliottini ha tenido a bien favorecernos con la siguiente bella estrofa latina, en honor del ilustre García Moreno. Uno de nuestros colaboradores, Juan Zorrilla de San Martin, hizo de ella una version al castellano, casi improvisada, en el momento mismo de llegar el orijinal a nuestra mesa. Orijinal i traduccion se merecen, i nuestros abonados las leerán con gusto:

QUINTUPLEX IN TERRIS CINGIT TUA TEMPORA, PRÆSES
GARCIA O GABRIEL! NUNQUAM PERITURA CORONA;
QUITENÆ GENTIS DUCTOR, MILESQUE SEVERUS,
CHRISTIANUS VERAX, SAPIENS, MARTYRQUE FUISTI.

TRADUCCION.

Ciñó coronas de Cristiano austero,
De Sabio i Majistrado i de Guerrero;
Le faltaba una mas: i, en su delirio,
El crímen le ciñó la del Martirio.

AMOR I DESDEN.

I.

Entre jirones de nubes
Huyó fatigado el viento,
Un melancólico acento
Va rodando por el mar;
Envuelta en manto de estrellas
Asoma la blanca luna,
El labrador su fortuna
Recita al pié del hogar.

Todo se entrega al reposo;
Solo expide ante la reja
De su amada, tierna queja

Infeliz el trovador.
Ingrata, en el bosque umbrío
A la luz del sol poniente,
Ella su amor inocente
Para siempre le juró.

Mas, cual las hojas entónces
Llevaba a sus piés la brisa,
Así el tiempo su sonrisa,
I sus palabras llevó.
Con mano trocó sañuda
Amor en hondo despecho,
Hizo nacer en su pecho
La espina del desamor.

Siempre constante el poeta
La amaba con loco anhelo;
Lo que creyera él un cielo
Era infierno de dolor.
El verla en ajenos brazos
Era espantoso martirio,
¡Quizás horrendo delirio
De su mente lo creyó!

Mas pasaban presurosos,
Cargados de desengaños,
Los meses, sin que sus daños
Olvidara el infeliz,
I en una tranquila noche
Ante la reja querida
Con el arpa dolorida
Cantó el trovador así:

II.

"Mueren las flores sin el rocío,
Llora el enfermo la luz que huyó,
Ave cautiva su bosque umbrío;
La flor i el ave soi, dueño mio,
Enfermo i débil soi sin tu amor.

"No hallo consuelo para mi pena
Ni pecho amigo do reposar;
Mi alma de quejas el aire llena,
Siempre arrastrando negra cadena
Con que aniquilas mi libertad.

"Asoma pronto, vírjen hermosa,
Una palabra dime de amor,
Todo lo olvido; siempre dichosa
Junto a tu seno cándida rosa
Será la vida sueño veloz.

"Ingrata, no oyes mi acerbo llanto,
Burlas infame palabra i fé,
Quisiera odiarte.... mas te amo tanto
Que ora sumido en fiero quebranto,
Mi amor aumenta con tu desden.

"Siento en mis venas febril locura,
Solo tinieblas hallo ante mí;
Tú me asesinas ¡adios, perjura!
Tornas mis dichas en amargura,
Mas yo no puedo vivir sin tí."

III.

Cesó la voz i el eco tembloroso
Pausado i lento repetia "adios",
Cual lúgubre tañido que luctuoso
Del moribundo anuncia el estertor.

Cesó la voz i la onda adormecida
Azorada i temblando despertó,
De repente, al sentirse estremecida
Por un cuerpo que al fondo se lanzó.

Abrióse la ventana i los reflejos
De alba luna la hermosa vió en el mar,
Undívagos jugando, cual espejos,
En círculos brillantes de cristal.

I una lira en el medio; era el postrero,
Fatal recuerdo de infeliz cantor,
Lanzaba un eco vago i lastimero:
Solitaria lloraba al trovador.

GUILLERMO ERRAZURIZ URMENETA.

AMOR QUE MATA.

(A JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.)

¿Ves esa nube de pudor bañada
Que tiembla en el espacio trasparente,
Del beso de la tarde acariciada?
¿La ves cuán bella? La postrer mirada
Del sol en occidente
Ansiosa aspira, su reflejo umbrío
Otra vez mas a contemplar se vuelve,
Pero halla el horizonte oscuro i frio
I en enlutada bruma se resuelve.

El cefirillo aquel que entre las flores
Vagaba bullicioso, enamorado,
Con ellas compartiendo en sus rumores
La esencia de sus íntimos amores,
¿Por qué ahora en el prado
No, cual solia, sus afectos canta,
Sino que en ronco son fatiga el eco?
¡Ai! mustio yace el tallo de la planta
I el fragante verjel, desnudo i seco.

¿Por qué, por qué si el sol la linfa inquieta
Del arroyuelo mujidor absorbe,
Yerta inclina su frente la violeta?
¿Qué misteriosa vibracion secreta
Conmueve a todo el orbe,
Cuando entre nieblas que el cenit empañan
Con indecisa luz boga la luna
I de tristeza i languidez se bañan
El monte, el valle, el prado i la laguna?

¿Quién extinguió la luz de la alegría,
Que en el pecho de Safo, la inspirada,
La antorcha del amor encendió un dia?
Amor su dulce canto embellecia,
De amor arrebatada,
Las tumultuosas olas la escucharon,
I a par con ella el vergonzoso olvido
I el desden de su amante lamentaron
En su sordo clamor i en su jemido.

A despecho del tiempo, el orbe llena
El eco enamorado de Heloísa;
Do quier por la ancha bóveda serena
De Beatriz con el nombre el viento suena;
I al Dante se divisa
Que al borde de la tumba solitaria,
Su mente en alas de infinito anhelo,
Envuelta en el calor de una plegaria,
Absorta i libre se remonta al cielo.

¡Oh amor, sublime amor! tú eres la vida,
Eres de Dios el inmortal suspiro;
El alma en que tu sacro fuego anida
Vence al dolor, en el dolor sumida.
Si el mal con raudo jiro
Amenazante vaga en torno de ella,
Dios un lampo de amor os dé propicio,
Vereis que apaga con su lumbre bella
Todo el siniestro resplandor del vicio.

Mas ¡ah! que hai otro amor: brota en el pecho
Cual entre flores mil, flor venenosa,
Interno fluye cual volcan estrecho,
Su voz es voz del aquilon deshecho,
Su límite es la fosa;
Pero efímero, vago, indefinido,
No descansa de Dios en la alta idea,
Amor profano, de placer henchido,
Que el placer nada mas concibe i crea.

Nó esos afanes... el amor no es ese
Que en el seno de mi alma se dilata:
A la sombra del bien prospera i crece
Amor que el corazon rejuvenece,
Amor que a Dios acata.
Un amor hai de muerte que devora,
I hai otro amor de vida centelleante:
¡Ved!... miéntras Safo moribunda llora,
A la patria del bien camina el Dante!

Octubre de 1875.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

IMPROVISACION.

DIEZ DE OCTUBRE.

Hoi Cuba con valentía
Allá en los campos de Yara,
El guante arrojó a la cara
A toda una tiranía.
La española monarquía
Rujió ciega de furor
I al lanzar aquel clamor,
Feroz, salvaje, sangriento,
Vió esparcidos por el viento
Los pedazos de su honor.
¡Oh Cuba! ¡Cuántas demencias!
¡Cuánto horror! ¡Cuánto baldon!
Pesaban como un padron
Sobre tu infame existencia.
Allí el terror, la violencia,
El crímen entronizado,
El talento encarcelado
I eran de ludibrio ejemplo
El sacerdote en el templo,
Los jueces en el estrado.

La deshonra i el puñal
Eran la existencia interna
En aquella sombra eterna
De aquella noche social.
Jamas el jenio del mal
Fué en sus iras mas prolijo,
Pues allí se hallaba fijo
El escándalo sin nombre
Del hombre vendiendo al hombre,
Del padre inmolando al hijo.
Esa era Cuba, cubanos,
¡Esa la patria natal!
¡Vergonzoso carnaval!
De siervos i de tiranos!
Mas Céspedes con su mano
Hizo a los libres un trono
I ardiendo en sagrado encono
Justo, prepotente, bravo,
Transformó en hombre al esclavo,
En ciudadano al colono.
Desde entónces satisfecho
El pueblo del pueblo-rei,
Lleva por cetro la lei
I por corona el derecho.
¡Ya libre respira el pecho!
¡Ya libre suena el laud!
¡Ya se hundió la esclavitud!
¡Ya sucumbió la desgracia!
¡Ya no hai mas aristocracia
Que el talento i la virtud!
Hoi, diez de octubre, parece
Cuba, la guerrera Armida,
Una *chinampa* florida
Que sobre espumas se mece.
¡Cómo de luz resplandece!
¡Cómo derrama cantares
De sus próceres finares!
¡I cómo arroba las almas
Con su melena de palmas,
Con su cinturon de mares!
¡Hace un lustro! En esta hora
Trocó nuestra patria ufana,
Ceñidor de barragana
Por diadema de señora.
Hoi la espada redentora
Hirió de muerte al tirano,
I el resplandor soberano
De la estrella solitaria,

El envilecido pária
Se transformó en ciudadano.
Pronto podemos volver
A esta tierra encantadora,
En donde alumbró la aurora
Nuestro dulce amanecer.
Allá do danza el placer
En brazos de los amores,
I entre luces i colores,
Puras, rutilantes, bellas,
Brotan de la tierra estrellas,
Llueven de los cielos flores.
¡Cuba! Entre el cerúleo velo
Allá te vemos brillar,
Como una perla del mar
Entre los tintes del cielo.
¡Dios te dé paz i consuelo!
¡Dios te dé fuerzas i union!
I en el mundo de Colon
Llevarás eternamente,
El gorro frijio en la frente,
La estrella en el corazon.

José Joaquin PALMA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

SETIEMBRE.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Curso de agricultura teórico-práctica, por René F. Feuvre, traducido del frances por C. Gonzalez Ugalde. El primer tomo.—1 vol. de 563 págs. en 4.° —Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Leyendas i tradiciones, por Enrique del Solar. Primera parte.—1 vol. de 470 págs. en 8.°—Imprenta de *El Independiente*.

Historia de Santa Mónica, por el abate Bougaud, traducida del frances por Ruperto Marchant Pereira. La entrega novena i última, en 4.°, hasta la páj. 382.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Proyecto de lei relativo a la formacion i discusion de presupuestos i cuentas de inversion.—1 vol. de 11 págs. en folio.—Imprenta *Nacional*.

Estatutos de la Union Fraternal, (sociedad de socorros mútuos).—1 vol. de 16 páj. —Imprenta *Nacional*.

Proyecto de Código Rural para la República de Chile, acompañado con un apéndice con notas ilustrativas.—1 vol. de 165 págs. en folio.—Imprenta de *La República*.

Elementos de historia contemporánea, arreglados en vista de los textos de J. Chantrel i M. Courval, para uso de los colejios católicos.—1 vol. de 412 págs. en 8.°—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Historia de Chile durante los cuarenta años trascurridos desde 1831 *hasta* 1871, por Ramon Sotomayor Valdes. La entrega 4.ª desde la pajina 305 hasta la 400.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Escuela nocturna de artesanos. Conferencias públicas dadas por el cuerpo de profesores en 1874.—1 vol. de 22 pájs.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio.*

Los candidatos en candelero, por Justo Arteaga Alemparte. Primer candidato, don Benjamin Vicuña Mackenna.—1 vol. de 53 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Estudio sobre la Francmasonería, por monseñor Dupanloup, obispo de Orleans.—1 vol. de 68 pájs. en 4. °—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Estudio sobre la conservacion de las carnes alimenticias, por Anjel Vazquez. Segunda edicion.—1 vol. de 178 pájs. en 4. °—Imprenta de *El Correo.*

Sociedad de Instruccion Primaria. Nómina de los alumnos premiados de 1874.—3 hojas grandes en folio.—Imprenta *Franklin.*

César el pirata o episodio del sitio de Chillan en 1813, novela histórica de Estéban Alejandro.—Entrega en 4. ° desde la pájina 145 hasta la 192.—Imprenta *Agrícola.*

Memoria pasada a la junta directiva de las minas Descubridoras de Caracoles.

Memoria del Club de Setiembre.—1 vol. en 4. ° de 24 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Discursos pronunciados en la apertura de la Exposicion Internacional de Chile.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °—Imprenta *Schrebler.*

VALPARAISO.

Reglamento de la décima compañía de bomberos, (guardia de propiedad).—1 vol. de 22 jájs. en 4. °—Imprenta de *El Mercurio.*

Biblioteca selecta de novelas extranjeras. Los grandes dramas por Gaboriau. El crímen de la Touchores.—Entregas 1. ª, 2. ª, 3. ª hasta la páj. 430.—Imprenta de *El Mercurio.*

Don Isidoro Errázuriz. Comunicado publicado en *El Deber* de 6 de setiembre de 1875.—Una hoja en folio.—Imprenta *Colon.*

Exámen de guarda-marinas.—1 vol. de 91 pájs. en 4. °—Imprenta *Colon.*

Don Isidoro Errazuriz i sus detractores.—Una hoja en folio.—Imprenta de *La Patria.*

Tablas para aprender a sumar, restar, multiplicar i dividir, seguidas de algunas nociones del sistema métrico decimal.—1 vol. de 32 pájs. en 18. °—Imprenta de *La Patria.*

Manual de hidrografía práctica. Compilacion hecha a la vista de las mejores obras inglesas que tratan sobre la materia, por Luis Uribe, teniente de marina.—1 vol. de 72 pájs. en 4. °—Imprenta de *La Patria.*

Defensa del comandante de la "Esmeralda", don Luis A. Lynch, por el abogado don Vicente Santa Cruz.—1 vol. de 16 pájs. en 4. °—Imprenta *Colon.*

Catalogo ilustrado de lo expuesto por Rose Innes i C. ª en su anexo a la Exposicion Internacional de Chile de 1875.—1 vol. de 374 pájs. en 4. °—Imprenta de *El Mercurio.*

Código de aduanas de la República de Chile que comprende la ordenanza de 26 de diciembre del 72, el reglamento decretado el 6 de agosto de 75 i otras varias disposiciones complementarias. Edicion oficial.—1 vol. de 238 pájs. en folio.—Imprenta de *El Mercurio.*

Maderas de Chiloé i Valdivia, 60 muestras expuestas por la Compañía de Maderas i Buques.—1 vol. de 30 pájs. en 8. °—Imprenta de *El Mercurio.*

Sexta memoria de la compañía Sud-americana de Caracoles.—1 vol. de 20 pájs. en 4. °—Imprenta de *El Mercurio.*

Liceo de Valparaiso. Distribucion de premios.—1 vol. de 18 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

Pequeño compendio de historia santa, por J. Chantrel, traducido del frances por Primitivo Echavarría Coussel.—1 vol. de 20 pájs.—Imprenta del *Universo.*

Razon de la marcha del Instituto de caridad de Nuestra Señora de Dolores, por el director.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °

COPIAPÓ.

Estadística minera de la provincia de Atacama, correspondiente a los años 1873-1874.—1 vol. de 163 pájs.—Imprenta *Atacama.*

ERRATA.

En la pájina 23, renglon 6. °, dice: *unos mozos del escote, de Juana o de la máscara, etc.;* léase: *unos mozos, del escote de Juana o de la máscara, etc.*

POR LEER AL REVES.

COMEDIA EN UN ACTO, IMITACION DEL FRANCES.

PERSONAJES.

Toribio, peluquero.
Gregorio, padre adoptivo de Toribio.
Sebastian, ayudante de Toribio.
Bartolo, ayudante de Toribio.
Don Policarpo, vecino acaudalado.
Un oficial.

ACTO UNICO.

El teatro representa el interior de una peluqueria. Al foro, puerta principal que da a la calle. Otras id. laterales. A la derecha e izquierda, mesas de arrimo con espejos i demas útiles de peluquero.

ESCENA I.

GREGORIO *(Solo.)*

GREG. *(Sentado, con una botella en una mano i un vaso en la otra.)* Sí, señor, i no es mentira, celestial i divino es el jugo de la vid. *(Bebiendo.)* ¡Oh, qué sabroso i qué rico!... ¡qué perfume! *(Paladeando.)* Es purísimo moscatel. *(Bebe.)* No hai duda, por mas que digan i repitan, el vino es el que proporciona al pobre la alegría i el olvido de sus males.... Para él, la dicha toda se halla en el fondo de una botella.

ESCENA II.

GREGORIO, TORIBIO *(Por la izquierda.)*

TORIB. Hola, hola, padre Gregorio, desde el amanecer estais como una pascua.

GREG. Qué quieres, niño, esto me disipa las penas. *(Vacia su vaso.)*

TORIB. ¡Cómo! ¿tendreis acaso algun sufrimiento, algun oculto pesar?...

GREG. ¡Sufrimiento! ¡pesar!... Nada de eso, niño, nada de eso, que mucho mejor sé yo emplear mi tiempo. Las vendimias parece serán marabillosas este año ¿qué mas puedo desear?

TORIB. ¡Qué feliz sois, padre Gregorio, de poseer semejante carácter! ¡cuánto envidio vuestro buen humor!

GREG. ¿Con qué sí, eh? Vaya ¡pobre Toribio! I, sin embargo, la cosa es la mas sencilla del mundo. Si quieres ser feliz como yo ¿por qué no me imitas? Mi secreto se reduce a poca cosa: vivo contento con lo que tengo i no ambicinoo otra posicion que la que el cielo me ha dado. Es cierto que tendré que trabajar hasta mi hora postrera; i ¡qué importa! si gozo en paz del presente sin temor del porvenir. Haz como yo, pues, chiquillo, haz como yo.

TORIB. Es que vos no sois ambicioso, padre Gregorio; pero yo, esta vida de trabajos i de privaciones ya me tiene hastiado. I, luego, yo no puedo dejar de soñar en esa vida de delicias de los favorecidos del mundo. *(Con amargura.)* A ellos nada les hace falta; todo halaga sus deseos.

GREG. ¡Cómo te engañas, mi pobre Toribio! No es oro todo lo que reluce. Tú te dejas fascinar por las exterioridades. Qué distinto gallo te cantaria si pudieras leer en la frente de cada cual sus tormentos i sus dolores. ¡Cuántas veces te causarian lástima esos mismos a quienes envidias!

TORIB. Quizás teneis razon, padre Gregorio, pero eso no quita que a toda costa yo quiera tentar fortuna i trate de salir de mi oscuridad. Yo no sé, pero un cierto presentimiento me dice que no será en vano mi empeño. Mirad ¿veis este papel?

GREG. *(Tomando el papel.)* ¡Un billete de rifa! *(Riendo.)* Já, já, já. ¿I en esto estriba toda tu esperanza?

TORIB. *(Guardando el billete.)* ¿I por qué nó? Cuando se trata de una hermosa casa-quinta que vale mas de doscientos mil pesos, me parece, padre Gregorio, que la suma no es de despreciarse así a dos tirones.

GREG. Cualquiera diria que ya eres dueño de la casa-quinta. ¡Pobre muchacho! estás edificando sobre arena. ¿Quieres que te diga mi pensamiento?

TORIB. Hablad.

GREG. Una vez que se haya verificado la rifa, vendrá el desen-

gaño, i entónces te considerarás mui feliz de poder ganar tu vida en el humilde oficio que tanto desprecias ahora. Las ilusiones no engordan, amiguito; el espíritu se infla, pero el estómago.... *niquis.*

TORIB. Pero si me quitais mis ilusiones, mis esperanzas ¿qué me quedará entónces?

GREG. Tengo cincuenta años; cree a mi experiencia. Yo bien sé que mis palabras te entran por un oido i te salen por el otro; pero, no importa, me quedará la satisfaccion de haber cumplido con mi deber. Yo prometí a tu difunto padre velar sobre tí como sobre mi propio hijo. Ya te he dado mis consejos, a tí te corresponde aprovecharlos.

TORIB. ¡Vaya que estais serio esta mañana, padre Gregorio!

GREG. Es que te hablo la verdad. El tiempo es un gran maestro, él se encargará de probártelo. Pero, es preciso que te deje; ya se hace tarde i voi a dar una vuelta a mi viña. Vamos, la despedida. (*Brindan chocando los vasos.*) ¡A tu salud! (*Beben.*) I ahora, adios, que lo pases bien. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

TORIBIO (*Solo.*)

TORIB. I es verdad lo que dice el padre Gregorio. Pero ¡qué diablos! ¿i si la suerte me favorece? Porque, en fin, una rifa es una rifa, i así como así, bien puede suceder que mi número sea el afortunado. (*Sacando el billete.*) Novecientos noventa i nueve... ¡Oh bendito número que ha de labrar mi fortuna i mi dicha! Novecientos noventa i nueve.... Dios ha de querer que en la urna se combinen estas tres cifras i que Toribio el peluquero pase a ser dueño i señor de aquella hermosa casa-quinta.

ESCENA IV.

TORIBIO, SEBASTIAN, BARTOLO (*Por el foro.*)

SEBAST., BART. (*Saludando.*) Buenos dias, maestro.

TORIB. ¡Ah! ¿sois vosotros? Está bien. Ahí teneis algunas navajas; preparadlas miéntras llegan los parroquianos.

SEBAST. (*Repasando una navaja.*) Lo que es hoi dia, creo que tendremos buena i abundante cosecha.

BART. (*Calentando una tetera en un brasero.*) Con veinte barbas que rapar i otras tantas cabezas que mondar.... (*Soplando el fuego.*) ¡Uf! ¡qué carbon tan pésimo! Si humea como un mameluco.

SEBAST. Apostaria que hoi tenemos por aquí al vecino don Policarpo. Ese si que es excelente parroquiano. Aunque es mas pelado que un mate, ni por esas, dia por medio él ha de venir a que le recorten el pelo. (*Asentando una navaja.*) ¡Diablo! por poco no me vuelo un dedo.

BART. (*Riendo.*) Já, já, já. ¡Don Policarpo!... A fé de quién soi, que si el maestro me lo permitiera, yo le habia de recortar las orejas.

TORIB. ¿A tu maestro?

BART. Mil perdones, maestro Toribio, hablaba de don Policarpo.

TORIB. Don Policarpo es un excelente sujeto; un hombre probo, honrado, servicial, circunspecto, jovial, franco....

BART. Pero eso no quita que tenga la cabeza raza como un melon i que al mui respetable señor mio se le haya puesto entre ceja i ceja que, a toda costa, le han de recortar los cabellos.

TORIB. Bartolo, la murmuracion es un crímen nefando.

BART. Pues, entónces, punto en boca, maestro.

SEBAST. La-rí la-rá, la-rí la-rá, aunque pase i repase hasta el dia del juicio, creo que esta navaja no sacará nunca filo. Está peor que serrucho.

BART. Pues al primer paciente que llegue ¡zas! se le descuera.

TORIB. Bartolo, ya te he dicho que....

BART. Punto en boca, maestro. (*Sopla el fuego.*)

ESCENA V.

DICHOS, DON POLICARPO (*Por el foro.*)

D. POLIC. Eh, buenos dias, señor barbero.

TORIB. Adelante, señor don Policarpo.

BART. (*Aparte a Sebastian.*) ¡Cuándo nó!

SEBAST. (*Aparte a Bartolo.*) Hablando del rei de Roma....

BART. (*Riendo.*) Já, já, já. Otra te pego.

TORIB. ¿Vamos a hacerle la barba, señor don Policarpo?

D. POLIC. Sí, la barba; i, luego, recortar un poco el pelo. (*Se quita el sombrero i aparece con una calva descomunal.*)

BART. (*Mordiéndose.*) ¡Puah! (*Principia a toser i reir.*)

TORIB. ¡Eh! ¿qué hai?

BART. Nada, maestro, es un pelo que se me ha atajado en la larinje.

SEBAST. (*Metiéndole en la boca el cabo de una escobilla de dientes.*) Ya lo atrapé.

TORIB. Bartolo, te he dicho i repetido....

BART. Punto en boca, maestro.

TORIB. (*A don Policarpo que se ha sentado delante de un espejo.*) ¿Comenzamos por la barba?

D. Polic. Como gusteis; pero, sobre todo, os recomiendo que me recorteis perfectamente el cabello.

Torib. Bien, señor. (*Arregla todo para afeitarlo.*)

D. Polic. A la última moda.

Bart. (*Suspirando.*) ¡Aiiii!

D. Polic. (*Volviéndose.*) ¿Os poneis malo?

Bart. Nada, señor; es que soplando el fuego, me ha entrado un poco de ceniza en este ojo.

Sebast. (*Soplándole el ojo.*) Con este remedio sanan hasta los ciegos.

Torib. (*Jabonando a don Policarpo.*) ¿I qué se dice de nuevo por el mundo, señor don Policarpo?

D. Polic. Marabillas, señor barbero, marabillas. Se habla de una gran guerra entre la China i Canton. Parece que los chinos han comenzado a usar los cañones Krupp, que se cargan por la culata.

Bart. (*Dando vuelta la tetera en el brasero.*) ¡Jesus!

Torib. ¡Bartolo!

Bart. Si fué la tetera, maestro.

Torib. Ya te he dicho, Bartolo....

Bart. Punto en boca, maestro.

Torib. (*Rapando a don Policarpo.*) ¿Deciais que por la culata?...

D. Polic. Lo que ois. I lo mas estupendo es que el calibre....

Bart. (*Que se ha aproximado.*) ¿De los chinos, señor don Policarpo?

D. Polic. Nó, hombre, si hablo de ese nuevo cañon...

Sebast. Del Krupp, pues, Bartolo.

Bart ¡Ah! ¡del Krupp!

D. Polic. Pues, como os iba diciendo, los chinos atacaron a Canton.

Bart. ¡Qué chinos tan diablos!

D. Polic. Pero, si no me equivoco, ahí veo el diario.

Torib. Es el de hoi.

D. Polic. Precisamente allí encontrareis los pormenores circunstanciados de aquella espantosa guerra.

Torib. A la obra entónces, Sebastian; lee en alta voz.

D. Polic. (*Dando un salto en la silla.*) ¡Ai! por poco no me sacais el cuero, señor barbero.

Bart. (*Riendo, aparte.*) Já, já, já. Bien decia Sebastian que al primer paciente....

Torib. ¡Bartolo!

Bart. (*Tapándose la boca a dos manos.*) Punto en bocce....

Torib. Otra navaja.

Bart. (*Asentándola; aparte.*) Si aquella era serrucho, ésta va a quedar como machete.

Sebast. (*Leyendo el diario despues de acomodarse en una sillon.*) Pectoral de Anacahuita, compuesto de Kemp. ¿Padeceis asma? ¿padeceis tos? ¿padeceis bronquitis?....

Torib. ¡Al diablo con tu bronquitis!

D. Polic. (*Riendo.*) Já, já, já. Nó, hombre; buscad las noticias de bulto.

Sebast. (*Leyendo.*) Zarzaparrilla de Brístol: purifica, vivifica, fortifica.....

Torib. ¿Pero no te dice el señor, que las noticias de bulto, Sebastian?

D. Polic. (*Riendo.*) ¡Zarzaparrilla, já, já, já, zarzaparrilla!

Torib. A ver, Bartolo, toma tú el diario, pues Sebastian está con la mollera....

Bart. (*Acomodándose en el sillon.*) ¡Hem! ¡hem!

D. Polic. Buscad la guerra de la China.

Torib. ¿Oyes, Bartolo? de la China.

Bart. (*Leyendo mui lijero.*) ¿Se os cae el cabello? ¿Se os marchitan esas frondosas matas que la Providencia os ha puesto en el occiput? pues usad el Tónico Oriental. El Tónico Oriental, es el mas inofensivo de todos los comésticos. No debe faltar en el tocador de ninguna dama, pues hace desaparecer las canas, vigoriza la raiz, aterciopela el cráneo, quita la caspa, i hace brotar frondosas i tupidas matas....

D. Polic. ¡Hombre! ¡hombre! ¡bendito sea el Tónico Oriental!

Torib. ¡Qué! ¿nunca lo habeis usado?

D. Polic. Nó.

Torib. Yo os puedo proporcionar algunos frascos.

D. Polic. Desde mañana, en ayunas, principiaré su uso.

Bart. (*Leyendo.*) Asesinato.—En la calle del Canal se ha cometido uno horrible en la persona de un individuo....

D. Polic. ¡Uf! me dan escalofrios. No prosigais, amigo. Buscad la guerra....

Torib. De la China, Bartolo.

Bart. (*Leyendo.*) Rifa.

Torib. ¡Eh!

D. Polic. ¡Diablo! Casi me vuela Ud. una oreja, señor barbero.

Torib. Perdone Ud., señor don Policarpo, perdone Ud.; pero es que Ud. no sabe cuánto me interesan las rifas.

D. Polic. Cuando ménos habreis tomado algun billete en la de la gran casa-quinta.

Torib. Cabal, tengo un billete. (*Mostrándolo.*) ¿Lo veis? Constantemente lo llevo conmigo. Es mi tesoro, mi esperanza, mi pesadilla. Desde que lo compré, no sueño sino con la casa-quinta, tanto i de tal manera, que no cederia mi billete sino por los doscientos mil pesos que representa.

D. Polic. ¡Aprieta! ¿De modo que contais con ella como cosa segura?

Torib. Pues es claro: segura.

D. Polic. ¿I qué mas dice el diario?

Bart. (*Leyendo.*) Rifa.

Torib. Adelante, Bartolo.

Bart. Voi, maestro. *(Leyendo.)* Rifa de la gran casa-quinta...

Torib. ¿I despues?

Bart. *(Leyendo.)* El sorteo tuvo lugar ayer.

Torib. *(Dejando caer la navaja al suelo.)* ¡Ah, Dios mio! Siento flaquear mis piernas. Sebastian, pronto, un poco de agua. ¡Ah! yo me siento mal. *(Cae sobre una silla.)*

Sebast. *(Poniéndole en las narices un frasco.)* Aquí teneis, maestro, aquí teneis.

Torib. *(Rechazando vigorosamente a Sebastian que voltea cuanto encuentra.)* Pero, imbécil, es aceite el que me traes.

Sebast. ¡Aceite!

Bart. *(Leyendo.)* Al número novecientos noventa i nueve le ha correspondido la casa-quinta.

Torib. *(Fuera de sí.)* ¡Novecientos noventa i nueve! ¿Has leido bien?

Bart. Perfectamente, maestro.

Torib. ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Con que el número novecientos noventa i nueve ha sido el afortunado? *(Le arrebata el diario.)*

Bart. Ya lo vereis con vuestros propios ojos.

Torib. *(Brincando.)* ¡Soi rico! ¡soi rico! La tengo, la tengo. Mia es la casa-quinta.

D. Polic. *(Queriendo contener a Toribio que baila a su alrededor cantando.)* Es preciso amarrarlo. Este hombre está loco.

Sebast., Bart. ¡Loco!

D. Polic. Pero, en fin, señor barbero ¿concluireis, sí o nó? La paciencia tiene sus límites.

Torib. Id al diablo con vuestra barba i vuestra paciencia. Soi rico. Ya no afeito mas. Que cierren la peluquería; que cierren la peluquería.

Bart. ¿Lo ois? ¿habeis comprendido? Ya no afeitamos mas; hemos hecho nuestra fortuna.

D. Polic. *(Que tiene afeitado solo un lado de la cara; furioso.)* ¡Canallas! Yo os enseñaré a burlaros de mí. Voi en busca de la justicia i allá veremos. *(Sale con una servilleta en el cuello.)*

ESCENA VI.

TORIBIO, BARTOLO, SEBASTIAN.

Sebast. ¡Habráse visto hombre como ese señor don Policarpo! ¡Decir que estábais loco!

Torib. *(Con importancia.)* ¡Basta! Ya que nos hemos librado de ese importuno, estadme atentos. *(Bartolo i Sebastian lo rodean.)* Antes de daros una prueba de la benevolencia con que me digno honraros en atencion a vuestros antiguos servicios, debo desbautizaros.

SEBAST., BART. ¿Desbautizarnos?

TORIB. ¡Silencio! cuando el maestro habla.

BART. Punto en boca, maestro. (*Sebastian i Bartolo se inclinan.*)

TORIB. Quiero daros nombres en armonía con el empleo que os reservo.

SEBAST., BART. (*Inclinándose.*) Como gusteis, monseñor.

TORIB. (*Aparte.*) ¡Oh, oh, monseñor!... (*A Sebastian i Bartolo.*) Sabed, pues, que desde hoi os tomo a mi servicio.

SEBAST., BART. (*Inclinándose.*) Tanto honor....

TORIB. Por lo tanto, tú, Bartolo, contestarás en adelante al nombre de Champaña, i serás mi primer copero.

BART. Convenido, monseñor, i tendré siempre cuidado de gustar vuestro vino ántes de serviros para estar seguro de su calidad.

TORIB. Tú, Sebastian, contestarás al nombre de Moscatel, i te hago mi primer oficial....

SEBAST. (*Interrumpiéndole.*) ¿Oficial? ¿i de qué rejimiento, mi jeneral? (*Cuadrándose.*)

BART. En el de la cocina, grandísimo alcornoque.

TORIB. Fuera las chanzas, señor copero. Escuchad. Desde este instante soi para vosotros i para todo el mundo, el señor don Toribio Rafael de Sepúlveda. ¿Lo habeis oido?

BART., SEBAST. (*Saludando.*) Sí, monseñor.

TORIB. I ahora, entrad en la trastienda; ahí encontrareis libreas en consonancia con vuestra nueva categoría.

BART. ¡Cómo! ¿esos trajes de carnaval que teneis ahí guardados?

TORIB. ¡Silencio, Champaña! no quiero observaciones.

BART. Punto en boca, monseñor. (*Saludan i vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

TORIBIO, GREGORIO (*Por el foro.*)

GREG. ¿Qué ha sucedido aquí? He encontrado a don Policarpo que, hecho una furia, corria por esas calles como alma que llevaban los demonios.

TORIB. Padre Gregorio, dadme los parabienes, acabo de ganar una fortuna, doscientos mil pesos, nada ménos ¿qué os parece?

GREG. ¿Es esto verdad? ¿Doscientos mil pesos, dices?

TORIB. Doscientos mil pesos sin quitarle ni ponerle. No estaba, pues, tan loco cuando os decia que un dia poseeria riquezas i que llegaria a ser un gran señor. Apostaria que ahora no os reis de la rifa. Eh ¿qué decis, padre Gregorio?

GREG. A quien Dios se la dé, que San Pedro se la bendiga. Lo celebro infinito por tí, mi querido Toribio.

TORIB. (*Con aire desdeñoso.*) ¡Oh! por favor, no me llameis así, Toribio a secas. Ese nombre solo, suena mal al oido i luego es indigno de mi nueva posicion. Llamadme, como me llamaré en adelante en el gran mundo, Toribio Rafael de Sepúlveda.

GREG. ¡Toribio Rafael de Sepúlveda!... Pero, en fin, este pobre niño ha perdido la cabeza. Vamos, amigo mio, soi yo, soi Gregorio quien te habla. ¿Acaso no me conoces?

TORIB. ¡Os reconozco perfectamente i yo me siento a las mil maravillas. ¿Tan fuera de razon os parece lo que os digo? Mirad, padre Gregorio, dadme vuestro parecer. (*Llamando.*) ¡Hola, Champaña, Moscatel! ¡Hola, mis dos lacayos!

GREG. (*Aparte.*) No hai duda, está loco.

ESCENA VIII.

DICHOS, SEBASTIAN, BARTOLO (*Que entran por la derecha con trajes todos galoneados.*)

SEBAST., BART. Presente, monseñor.

GREG. ¡Monseñor!... Pero, si no me equivoco, yo conozco esas figuras. Son tus dos ayudantes.

TORIB. No hablemos mas de eso, Gregorio. (*A Sebastian i Bartolo.*) Aproximaos; dad algunos pasos.... ¡Alto!.... volveos.... Bien. A la derecha ahora.... no está mal ... A la izquierda.... eso es.... Saludad.... La mano izquierda en la cadera i la otra a plomo sobre la pierna derecha.... Mui bien.... La cabeza mas erguida.... La mirada altanera.... Eso es.... Paso adelante, paso atras.... ¡Soberbio! (*A Gregorio*) ¿Qué os parece mi idea? Por lo demas esto es solo provisorio; con el tiempo organizaremos mejor nuestra servidumbre, con mas lujo, mas brillo....

GREG. Por lo visto eres ya todo un señor.

TORIB. Vos lo habeis dicho.

BART. I yo soi el copero mayor, señor Gregorio.

SEBAST. I yo oficial.

GREG. ¿Oficial de qué?

SEBAST. Oficial de boca.

TORIB. ¡Silencio, Moscatel!

BART. (*Apretándose la boca*). Punto en bocce....

TORIB. (*A Gregorio.*) Os debo decir que desde hoi abandono este pueblo. No puedo resolverme a quedar aquí oculto i desconocido. Yo quiero brillar en el gran mundo.... ¡Hola, Champaña, Moscatel!

SEBAST., BART. (*Cuadrándose.*) Presente, monseñor.

TORIB. Preparad todo para la partida. Antes de una hora estaremos en camino.

ESCENA IX.

DICHOS, DON POLICARPO, UN OFICIAL (*Por el foro.*)

D. POLIC. (*Con solo la mitad de la cara afeitada i con la servilleta en la mano.*) Ahí teneis al culpable, señor oficial.

TORIB. ¿Qué es esto? ¡Violar así mi domicilio! ¿De cuando acá semejante tropelía?

D. POLIC. Aquí está el dinero, valor de la barba i del pelo que me tiene que recortar.

BART. Ya apareció aquello.

TORIB. ¡Silencio, Champaña!

BART. Punto en boca, monseñor.

D. POLIC. Pues bien, yo exijo que el señor barbero concluya su trabajo, de lo contrario, señor oficial, cumpla Ud. con su deber.

TORIB. Aguardad, señor oficial, yo os explicaré. Era yo peluquero, pero la suerte me brindó una fortuna en el momento en que don Policarpo....

D. POLIC. Sí, sí, es verdad, él es el dueño del número premiado en la rifa de la casa-quinta.

OFIC. ¡Cómo! ¿Ud. ha sido el afortunado? ¿Ud. es el dueño del billete número 999?

TORIB. Yo mismo en persona. I en prueba, aquí teneis el billete.

OFIC. (*Leyendo el billete.*) Número 666.

TORIB. (*Fuera de sí.*) ¿Qué decis? ¡Seiscientos sesenta i seis!... Pero esa es una mentira, una impostura.

OFIC. Nó, señor; la cifra es clara: seiscientos sesenta i seis, i esta señal que no habeis percibido, os denotará que estábais leyendo al reves.

TODOS. ¿Será verdad?

TORIB. (*Lleno de desesperacion.*) ¡Oh fatal error! mi fortuna se ha desvanecido como el humo. (*Mirando su billete.*) Dios es quien me castiga. Sí, es cierto, yo estaba leyendo al reves. (*Cae en un sillon i oculta su rostro entre sus manos.*)

GREG. Valor, hijo mio, valor i que esta leccion te aproveche. No hai tesoro mas grande que el trabajo. Animo pues, i aprende a buscar en él esa dicha que te se escapa ahora que ya creias alcanzarla.

TORIB. ¡Oh, mi segundo padre, perdon! (*Sollozando.*)

D. POLIC. (*Sentado delante de un espejo.*) I bien, señor barbero ¿acabaremos hoi de cortar el pelo?

BART. A vuestras órdenes, señor don Policarpo; en un santiamen os dejaré lustroso como un calabazo. (*Se prepara a afeitarlo.*)

TORIB. ¡Bartolo!

Bart. Punto en boca, maestro.

Ofic. (*Queriendo retirarse.*) Señor don Policarpo, con vuestro permiso....

D. Polic. Podeis retiraros, señor oficial; aceptad mis agradecimientos. (*Vase el oficial por el foro.*)

Sebast. La-rí la-rá, el copero mayor i el oficial de boca....

D. Polic. (*Brincando en la silla donde Bartolo lo asegura a mas i mejor.*) ¡Jesus, hombre, Jesus, Ud. me descuera!

Bart. (*Sujetándolo de las narices.*) Nada, nada, es menester arrancar el pellejo; ya saldrá otro nuevo, señor.

Torib. ¡Bartolo!

Bart. Punto en boca, maestro. (*Continúa, impertérrito, afeitando a don Policarpo.*)

CAE EL TELON.

Ruperto MARCHANT PEREIRA.

PAJINAS DE LA ERA COLONIAL.

LOS CORREJIDORES.

Alejados por el tiempo i la civilizacion de la época en que los paises americanos de raza española eran el señorío de la metrópoli, apénas sí tenemos una idea imperfecta de lo que fué en su desnuda deformidad el imperio ominoso de los conquistadores.

La insolente codicia de los aventureros, siempre hartos de perfidia, siempre crueles i nunca austeros en su conducta, llena de vergonzoso baldon gran número de pájinas en la historia americana. Las proezas del héroe vénse eclipsadas por la ruindad del tirano, i la grandiosa epopeya de la conquista escrita está en la portada de la historia colonial como un irónico reto a la civilizacion española.

La América toda no fué mas que una inmensa i riquísima mina, despues de haber sido un dilatado i sangriento campo de batalla. Ahí están, para demostrarlo, la demasiada ambicion de los gobernantes, las crueldades cometidas contra los indíjenas

por los feroces encomenderos, la abyeccion de aquéllos, la codicia de éstos; i mas que todo, las mismas leyes de Indias, que, si bien favorables a los conquistados, dan el mas elocuente testimonio de los abusos que trataban ellas de extirpar, de los crímenes que se empeñaban en prevenir, de las extorsiones que tenian cuidado de refrenar.

¡Cosa rara! Ni la autoridad omnímoda de los monarcas, desplegada con sin par solicitud en pró de los aboríjenes americanos, ni el acatamiento rendido hasta la idolatría por los súbditos españoles a su rei, fueron parte a que se obedecieran en América los mandatos de la justicia i se diera oido a los consejos de la benignidad.

Las leyes de Indias, verdadero monumento del sistema preventivo de administracion, en que hacinadas se encuentran gran número de reales cédulas i supremas disposiciones, fueron letra muerta en los paises para que fueron dictadas. La sed de riquezas encontró siempre un medio de burlarlas. Pero la historia tiene, al ménos, que agradecer el que se le haya provisto de una fuente inagotable de investigacion; porque la obra de los monarcas, fuera de ilustrar sobre la prolija i singular organizacion de la colonia, es el reflejo de las ideas que dominaban entónces en el campo del derecho público español.

Concretando ahora nuestras observaciones a un determinado linaje de abusos, vamos a indicar someramente cómo cumplian las autoridades españolas las órdenes expresas i repetidas de la metrópoli.

Sabido es que el soberano, por via de mandato i de consejo, encargaba a sus subalternos una i mil veces el benigno tratamiento de los naturales. Sabido es igualmente que leyes explícitas prohibian el comercio a los mandatarios de la colonia.

Pues bien, lo que sucedia era cabalmente lo contrario.

Los correjidores tenian en su distrito el monopolio del comercio con los naturales, obligando a éstos a que compraran las especies por un precio fabuloso.

Era frecuente que el correjidor vendiera un cargamento por el cinco o seis veces tanto de su importe; i eso que el precio de compra era a las veces mui subido, por la circunstancia de no ignorarse por el vendedor cuánto ganaban los tales correjidores en el expendio que de su cuenta hacian a los repartimientos de indios.

Como comprobante citaremos un caso ocurrido a mediados del siglo anterior en un correjimiento vecino a la ciudad de los Reyes.

El correjidor compró un cargamento de paños de Quito en sesenta mil pesos i lo vendió en su correjimiento por trescientos mil. Como los indios se quejaran de tal extorsion ante el virei, éste remitió el negocio a la audiencia de Lima para que hiciera justicia; i el tribunal falló que se prendiera i castigara a los in-

dios como a rebeldes. La explicacion de tan curioso fallo es mas fácil de lo que a primera vista parece. El correjidor, para eludir la responsabilidad que sobre él pesaria, encausó a los querellantes como a sediciosos e informó a la audiencia de que por temor al castigo de la sedicion los indios habian desamparado el correjimiento. I lo que es mas, puso en juego todos los conocidos resortes que la indigna venalidad de la justicia ponia en manos del litigante.

El escandaloso tráfico de los correjidores no se limitaba a la exorbitancia de los precios de venta, sino que rezaba aun con el impropio jénero de especies que de grado o por fuerza hacian comprar a los naturales.

Citaremos algunos ejemplos.

A los indios obligaban los correjidores a comprar terciopelo, a razon de cuarenta o cincuenta pesos vara; raso i tafetan, medias de seda, espejos, candados, navajas de barba (aunque, como sucedia en el Perú, los naturales no tuvieran barba), plumas i papel, barajas, cajas de tabaco, libros i comedias.

Refiérese a este propósito que un correjidor del virreinato de Buenos Aires obligó a los indios a que compraran una buena provision de anteojos, alegando en su abono quién sabe qué razones de conveniencia o de ornato.

El repartimiento de mercaderías a los indíjenas no estaba absolutamente prohibido a los correjidores; pues con la mira de favorecer el trabajo i proveer a las mas premiosas necesidades de la existencia, se habia permitido la introduccion de un limitado comercio, autorizando al correjidor de una provincia para vender artículos de primera necesidad, con tal que fuera a precios módicos.

De tan leve concesion provino el abuso mas descarado. Difícil era que merced a solo sus rentas un correjidor, en los cinco años que duraba su empleo, atesorara un mediano caudal.

Los mas correjidores tenian una entrada anual de dos o tres mil pesos por las rentas lícitas de su correjimiento; i sin embargo, los mas, que pobrísimos eran al comenzar el desempeño de sus cargos, salian de éstos con una ganancia líquida de cien o doscientos mil pesos.

Pero donde mas desapiadada se mostraba la opresion de los correjidores era en la cobranza de tributos.

Los oficiales reales, encargados de la percepcion de contribuciones, podian cometerla, mediando fianza, a quien les agradara. Por regla jeneral esta comision recaia en el respectivo correjidor.

Durante largo tiempo la percepcion de tributos se hizo por cuenta de la caja real, siendo el correjidor un simple comisionado para la cobranza, que rendia cuentas con la exhibicion de una lista de los indios del correjimiento formada segun los libros de bautismos i entierro de cada curato.

El marques de Villa García, virei del Perú en el siglo pasado,

ordenó que se remataran los tributos por una cantidad alzada a fin de poner término a los fraudes que se cometian ocultando los comisionados el verdadero número de contribuyentes.

Con semejante medida se disminuyeron los fraudes contra el erario real, mas no contra los infelices indios. El correjidor fué siempre el rematante de impuestos; i para sacar una crecida ganancia ningun arbitrio dejó de tentarse.

Por disposision del rei solo estaban sujetos a pension los indios desde 18 hasta 55 años.

Estaban exentos los caciques, los ciegos, dementes e inválidos, los hijos primojénitos de los caciques i los que servian en los templos de sacristanes i cantores.

Ni los exentos por razon de edad, ni los que lo eran por dignidad, empleo o defecto físico, dejaban de pagar tributo. El correjidor formaba dos estados diversos: uno segun el cual efectuaba sus cobranzas i en que se comprendia a todos los indios, i otro que era destinado a comprobar la legalidad en el desempeño de su comision.

La extorsion de los correjidores no se detenia ahí.

Los indios que llamaban *sueltos*, o sea aquellos no sometidos a mita i que no vivian en pueblos donde hubiera cacique, pagaban casi siempre un doble tributo.

Hé aquí cómo se injeniaban para ello los correjidores.

Del impuesto que satisfacian los indios les daba recibo el recaudador. Mas, como éstos eran jente ignorante i que no sabia leer, de continuo se perdian o estraviaban los comprobantes del pago; de que resultaba o un nuevo pago, o el maltratamiento del indio i el embargo i venta de sus escasos haberes, o todavía el *obraje*, que era el trabajo forzado como pago de una deuda.

Estaba dispuesto que los indios ausentes de un correjimiento no pagaran en él las pensiones que correspondieran al tiempo de la ausencia. La razon era la presuncion justificada de que hubiera pagado el tributo en otra jurisdiccion.

Los correjidores tampoco respetaban semejante disposicion. El recibo era lo único que podia eximir del pago.

Por no extendernos demasiado omitimos referir las injusticias de los correjidores en el tráfico de mulas, que en gran número de correjimientos constituia el mas pingüe lucro de tales negociantes.

Tales son brevemente enumeradas algunas de las arbitrariedades de los subalternos del gobierno español en América. Ellas no eran justificadas ni amparadas directamente por el monarca; pero dan márjen a inculpar a la metrópoli la responsabilidad de los abusos que fluian de un defectuosísimo sistema de administracion.

O las crueldades de los mandatarios españoles eran disimuladas por la autoridad suprema, o bien, a pesar de su omnipotencia, el monarca de dos mundos era mas débil que sus mismos gobernados.

Este es el dilema que algunos historiadores formulan al encontrar de un lado la lei inflexible i protectora, i de otro el quebrantamiento audaz de esa misma lei.

Por lo que a nosotros toca, prescindiendo de cuantas reflexiones pudiera sujerir la falta de cumplimiento a las órdenes de la metrópoli española, nos contentamos con haber expuesto un jénero de abusos entre los innumerables que es dado referir.

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

A PROPOSITO

DEL FOLLETO SOBRE LA FRANCMASONERIA

POR EL ILTMO. SEÑOR DUPANLOUP.

Cuando con mas furor que nunca azotada se ve la humanidad por toda clase de males, cuando en su intelijencia tiene su asiento todo error, los valientes hijos del catolicismo no se duermen. En medio de la tremenda tempestad que amenaza hacer zozobrar a la barquilla en que navega la humanidad se distingue la voz de aquellos que señalan los peligros i al mismo tiempo los medios para evitarlos. Esa voz, siempre digna i siempre enérjica, borra la debilidad en los espíritus, alienta en ellos la esperanza i enciende el entusiasmo. Esto lo ha demostrado últimamente una reciente publicacion del ilustre obispo de Orleans.

Existe desde hace mucho tiempo una asociacion mónstruo de *cien cabezas* i *de cien mil brazos*, que proclamándose a la faz de las naciones como la rejeneradora del mundo, se ha puesto en la tarea de alumbrarlo con la luz que escapa de sus moradas oscuras i tenebrosas. Esta asociacion, casi no tengo necesidad de nombrarla; ¿quién no conoce a la francmasonería? Sus verdaderos principios, que hasta hace poco, solo eran proclamados allá en el fondo de las lojias i merced a las tinieblas, forman hoi dia el credo profesado públicamente por todos sus asociados; i el mismo empeño que hubo ántes para ocultarlos, lo hai en el dia para publicarlos a la faz de las naciones. Pero la masonería no ha venido a parar a este punto de buen grado.—Nó, a ello ha sido forzada.—Si al principio, respecto a sus intentos, pudo exis-

tir el engaño en algunos espíritus, no existió nunca en la Iglesia católica, la que tras de una mentida filantropía, tras de inocentes reuniones, descorrió el velo del misterio, i mostró al mundo la guerra implacable, sorda e hipócrita que se hacía al altar i al trono. Desde entónces a acá se ha dejado oir constantemente la voz majestuosa de los Pontífices que en el nombre de Dios han excecrado esas sectas en que se fragua la destruccion de la sociedad.—El mundo católico se ha conmovido a la voz de sus jefes, ha inquirido por sí mismo lo que hai de verdad en el fondo de esas sectas i, no tengo necesidad de decirlo, esa inquisicion ha sido fatal a la masonería. Esta, por su parte, al ver franqueadas las puertas de su secreto hogar, ha creido que sería mostrar debilidad el volverlas a cerrar, i así, ha manifestado audacia; pero la audacia del ladron, que al verse descubierto prefiere hacer frente al propietario ántes que esconderse o huir. La masonería ha publicado libros, ha fundado diarios, ha, en fin, adoptado todas aquellas medidas conducentes, segun su modo de ver, a la exaltacion de sus principios i al logro de sus planes.—Se ha trabado la lucha.—A muchas i mui distinguidas plumas del catolicismo les ha tocado la noble tarea de refutar esos principios i de desbaratar esos planes. —La victoria no es nunca dudosa en las batallas de la intelijencia. —Pertenece siempre a la verdad.—El catolicismo ha combatido i ha triunfado en el campo de la polémica. Pero en aquello que depende directamente de la accion de los hombres, triste es decirlo, la humanidad ha sido víctima, a veces, de planes tendentes a la estirpacion de toda idea de órden, de toda idea de moralidad, i para colmo de vergüenza del presente siglo, se ha visto en mas de una ocasion a gobernantes de las naciones mas cultas de la culta Europa, tomar secreta parte en las maquinaciones de los enemigos de todo gobierno i de toda autoridad.

Entre aquellos valientes adalides del catolicismo que con su apostolado hacen frente a la francmasonería, se ha distinguido el ilustre obispo de Orleans, que ha escrito últimamente un corto pero interesante libro, en que, a la par que combate los principios de las lojias, acaba de desenmascararlas, descubriendo aquellos de sus principios que pudieran ser todavía un misterio para no pocos de los católicos.

Despues de la publicacion de este pequeño libro, la francmasonería debe estar de *pésame*. Con la elocuencia i enerjía que le son características, muestra el valiente obispo, en toda su deforme desnudez, las ideas i los propósitos que predominan en aquélla. No hai ni puede haber parcialidad en sus juicios, pues todos ellos son deducidos de documentos auténticos de las lojias. Las mas veces no hace sino copiar lo que en ellas se dice i repite todos los dias por sus miembros mas importantes. El ilustre obispo no ha hecho así otra cosa que beber en las fuentes *mas puras* de la masonería. No podria, en verdad, haberse adoptado

táctica mas hábil; pues basta solo exponer los principios de las lojias para ver cuán tristes son i subversivos. No se busque en ellos un plan, un órden cualquiera de ideas fundado en tales o cuales verdades probadas por la razon i la ciencia. Nó. Solo se escucha en su seno la voz de la pasion que fanatiza i que argumenta negando o destruyendo lo que tiene o voluntad o necesidad de negar o de destruir. La negacion como principio único, la destruccion como la mejor muestra de su actividad, eso es la francmasonería. Su mejor signo seria un estandarte rojo con una enlutada segur, de cortante filo, en el medio. Objétese lo que se quiera, sería en todo caso mas exacto que el compas, la escuadra, el martillo, instrumentos que sirven para formar lo que no existe i no para destruir.

Para no salirnos de nuestro asunto i para comprender siquiera algo lo que es la masonería, digamos unas cuantas palabras sobre el modo cómo la ha considerado el ilustre obispo de Orleans. "¿Se puede a la vez ser francmason i cristiano? ¿Puede ser francmason un hombre serio i de buen sentido? ¿Qué es la masonería bajo el punto de vista político i social?" Hé aquí las tres preguntas que se hace el autor en las primeras pájinas de su interesante folleto, i que resuelve en otras tantas partes en que éste está dividido.

En verdad no es mui difícil probar que la masonería es enemiga del cristianismo. Basta para ello exponer lo que a pesar de sus mentirosas reglas se dice en los diarios, en los libros i en los discursos de las lojias. Eso es lo que ha hecho el autor de la obra en que me ocupo, con un tacto i claridad que le honran altamente.

No tengo para qué trascribir aquí las palabras i frases que se repiten sin cesar en el seno de la masonería i que han sido expresadas con tanto discernimiento por su autor. Baste decir que todas ellas son la expresion del odio mas encarnizado a la relijion del Cristo i que podria compendiarse en el *destruyamos al infame* de Voltaire.

I mas que lo que se dice, lo que se hace en la francmasonería, está demostrando que hai un abismo insondable entre ésta i el cristianismo.

Podria creerse que la francmasonería rechazando la relijion del Cristo, tiene por credo algun otro culto revelado o simplemente aquellas verdades primarias que basta la sola razon para demostrar. Pero mui engañado se encuentra el que tal cosa crea. Las relijiones, cualesquiera que sean, no son para las lojias mas que *hipótesis de los místicos*, i la ciencia en un Dios, en la libertad e inmortalidad del alma no son sino los dogmas del oscurantismo i de la intolerancia. Ella lo niega todo porque ella sola es la luz que está llamada a reemplazar a todos los principios i a todas las creencias. No importa que sobre los restos de lo existente ella no eleve ninguna verdad; no importa que despojando a la hu-

manidad de todos aquellos principios que son su esperanza i su consuelo en la triste peregrinacion de esta vida produzca la desesperacion i la nada en las intelijencias; ella que dice que lo encierra todo, todo lo niega, todo lo destruye i en su lugar nada, nada establece.

Tamañas pretensiones asustan cuando se echa siquiera una lijera ojeada sobre las mas que ridículas, grotescas i absurdas prácticas o ritos de la francmasonería. Cedamos por un momento la palabra al ilustre obispo de Orleans:

"Cuando a favor, dice, de las relaciones que nos ha hecho de sí misma entro a sus talleres i a sus lojias i contemplo a los hermanos en su labor; cuando me coloco entre estos hombres que no quieren ni culto ni relijion, o como ellos dicen, *supersticiones;* cuando oigo este lenguaje desconocido a los *profanos;* cuando asisto a sus iniciaciones i misterios, a esos *trabajos de mesa,* como llaman sus banquetes, etc., etc., la divina masonería se me presenta bajo un aspecto que me asombra.... es lo ménos que puedo decir; i a pesar de mi propósito de no ofender a nadie, no puedo dejar de creer que todo esto si no es el velo añejo de un propósito que por mucho tiempo ha habido interes en ocultar, es indigno al ménos de hombres serios. El H.·. Félix Pyat, revolucionario en masonería como en política, me parece tuvo sobrada razon para encontrar ridículas estas prácticas i para llamarlas *seniles* o *pueriles.*" En seguida el autor de la obrita sobre la masonería nos da una prolija exposicion de esas misteriosas prácticas. No quiero fatigar a los que me escuchan, narrando lo que todos se tienen mui bien sabido. Baste decir que todas ellas no hacen sino provocar la risa i que al contemplarlas, debe en todo espíritu serio, nacer instintivamente el desprecio hácia una institucion que con tan ridículos medios pretende echar por tierra lo que hai de mas venerable i santo en la humanidad.

Por eso al preguntarse el obispo de Orleans: ¿puede ser cristiano, siquiera relijioso u hombre serio i de buen sentido un francmason? una redonda negativa es la única respuesta posible.

La última i tercera parte de la publicacion del ilustre obispo se refiere a la accion política i social de la francmasonería. Sobre este punto motivos sobrados hai para que un hombre imparcial, cualesquiera que sean sus opiniones, condene explícitamente a la masonería.

Aun destilan sangre, i el mundo entero contempla todavía horrorizado los sucesos, acaecidos no hace aun cinco años, en el corazon de la nacion mas culta de Europa. Fué aquello un crímen o mas bien una série contínua de crímenes, una sublevacion inaudita de la barbárie contra la civilizacion. Los factores de esas escenas se olvidaron de que eran hombres i el mundo por su parte no los reconoció como a tales. ¿Quién no recuerda el nombre de comunista como sinónimo de sacrílego, incendiario, alevoso i cruel asesino, de mónstruo, en una palabra? Pues bien

la francmasonería aplaudió, i lo que es mas que aplaudir, fomentó la comuna. No eran sus adeptos los actores visibles en esa espantosa conspiracion del mal, no eran ellos por cierto los que manejaban la tea, los que descargaban el arma en el pecho de las víctimas; los que tal hacian eran los hombres *máquinas* i ellos eran por cierto mas que *máquinas*.

Los jefes, los que aguzaban su entendimiento en la concepcion de siniestros planes, ésos eran ellos. Los bastidores no sirvieron para ocultarlos a la vista del mundo i ellos, por su parte, no guardaron por mucho tiempo el incógnito.

Esa mancomunidad de intereses entre la comuna i la francmasonería, se comprende desde luego. La primera surjia, alimentada por las ideas socialistas i la francmasonería contaba entre sus mas importantes afiliados a ardorosos apóstoles del socialismo; la primera se levantaba en nombre de la revolucion, i la francmasonería, como lo hace constar en su obra el ilustre obispo es, segun la expresion de M. Enrique Martin, el *Laboratorio de la revolucion*, i segun el H.·. Félix Pyat, *La iglesia de la revolucion*.

Así, pues, en el mayor de los crímenes sociales que rejistran los anales de la historia contemporánea, la francmasonería ha tomado una parte activísima. I advirtamos aquí que es regla de las lojias "el que no puedan ellas mezclarse en asuntos de política;" pero, como dice el ilustre obispo de Orleans: "¿qué son al presente estas fórmulas añejas? contradicciones o mentiras." La francmasonería, en una multitud de casos que cita la obra a que me he referido en estas líneas, se ha mezclado en política i hecho servir siempre en ella su sistema de destruccion. Ella es la que prepara en el dia las grandes revoluciones; ella la que, apesar de la fraternidad que predica, pone un abismo de desunion entre los hombres i ella la que, si éstos no abren los ojos i ponen atajo al peligro, pondrá, en un tiempo no remoto, en conflagracion al universo.

I no se tache de exajerado nuestro juicio e hijo de mujeriles temores o de añejas i torpes preocupaciones.—Al árbol se le conoce por sus frutos i la lójica tiene a las veces terribles exijencias. Cuando, por una parte, vemos sucederse hechos que asombran por su malicia cuanto espantan por sus terribles consecuencias, i por otra que se predica a los pueblos doctrinas, que, conculcadoras de toda relijion i de toda moral preparan directamente el desquiciamiento social, i a primera vista descubrimos que los primeros son los hijos mas queridos, los frutos mas lejítimos de la masonería, i que las segundas son el objeto de su mas constante apostolado, tenemos derecho para ver en ésta una fuente inagotable de crímenes i de errores i para divisar en el triunfo de sus principios porvenir luctuoso para la humanidad.

Por esto, cuando contra esa sociedad ha lanzado la Iglesia Católica sus mas tremendos anatemas no ha hecho sino añadir

un floron mas a su inmortal corona i por esto tambien cuando el ilustrísimo obispo de Orleans, ha escrito su valiente folleto para combatirla i apartar de ella a los hombres, ha prestado un gran servicio a la relijion, a la sociedad toda i en especial a su bella patria, esa gran nacion que se llama la Francia.

RAFAEL GARMENDIA REYES.

CELOS DE ULTRA-TUMBA.

I.

"Niña de los ojos negros,
Mas negros que mi pasion,
Mal cumplísteis con desdenes
Promesas de eterno amor.
Con desdenes me robásteis
La dicha que amor me dió;
De ese agravio que me hicísteis
Pediré justicia a Dios.
¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!"

II.

Murió el amante, i la niña,
Buscándose otro amador,
Dormida en su blanco lecho
Soñaba en feliz union,
Cuando una mano invisible
Las cortinas descorrió,
I una voz dijo a su oido
Con triste, lúgubre son:
"¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!"

III.

¡Infeliz quien vió la dicha
I alcanzarla no logró,
Porque importunos recuerdos
Llagaron su corazon!
Así ella en vano en sus sueños
Busca dichas que perdió,
Porque la voz del recuerdo
Le dice con triste son,
"¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!"

IV.

Cuando en el fúnebre lecho,
Viendo cual huye veloz
La dicha que nos finjimos
I cuán largo es el dolor,
Presa de inquieto delirio
Clamaba con sorda voz:
"¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!"

V.

Murió: al campo de los muertos,
Envuelta en negro crespon,
La llevaron; tristes flores
Sobre su tumba dejó
La amistad, póstuma ofrenda
De un sensible corazon.
Diz que una mano invisible
Sobre su losa grabó:
"¡Ai! de la ingrata que olvida
Un amor por otro amor!"

JAVIER VIAL SOLAR.

LA PAJARERA.

Una esbelta i pintada pajarera
Fué mi grande ambicion cuando mui niño:
Era su reja de plateado alambre
I la cubierta de color pajizo.
Tenia la figura de una torre,
Construccion ojival i porte digno;
I como era la usanza, en la techumbre
Un gallo de madera casi vivo.
Ya todos lo sabrán o lo sospechan
Que el dueño de esta jaula era mi tio,
I bajo su dominio, por lo tanto,
Habitaba el rincon mas escondido.
Murió de viejo el malogrado tio
I al fin.... la jaula le tocó al sobrino.
La jaula en mi poder, renuevo todo,
Los alambres, la puerta i los postigos;
I en los jardines le conservo ahora
El mas risueño i pintoresco sitio.
Los primeros cuidados que yo tuve
Fueron capaces i abrigados nidos:
Esperaba que al ver esta reforma
Los polluelos cantaran regocijos,
Mas los pájaros rústicos i necios
Despreciaron sus cómodos abrigos
I durmieron tendidos en el suelo,
Como pobres i zonzos campesinos.
Pero luego ellos mismos conocieron
Las ventajas de un lecho bien mullido,
I algun tiempo despues se sonreian
De la torpe ignorancia del principio.
I llegaron las cosas al extremo
Que once dias despues de su llegada,
Esos pájaros rústicos i humildes
Se quisieron burlar de su padrino:
Entre un nido i el otro, me pidieron
De madera pequeños puentecitos
Para, en caso probable de un incendio
Auxiliar a los viejos i a los niños.
¡Ah bribones! sabed que mucho tiempo,
Ha mucho tiempo que murió mi tio!

¡Qué turba tan inquieta
De alegres pajarillos!
¡Qué múltiples colores!
¡Qué juegos, qué ruïdos!
¡I que pintadas aves
De climas tan distintos!
Aquí i allá volando
El picaflor esquivo,
Metiendo por do quiera
El incansable pico;
Abajo el ronco tordo,
Allá el zorzal amigo,
Las diucas, los chincoles,
¡Qué raza de chiquillos!
Arriba los canarios
Graciosos i lucidos;
I un verde papagayo
Que mete gran ruido,
Mirándose la cola,
Se cree el mas bonito;
I el indiscreto loro,
Pariente del vecimo,
Bufon de la comparsa
Tan sabio i erudito!

Apénas alborea la mañana
Se llena el aire de gorjeados trinos;
Canta la brisa en el ramaje oculta
I el agua canta en el estanque vivo.
Entóces todo alrededor se alegra,
Todo es luz i fragancia i regocijo.
Pero llega la tarde i todo acaba
I así acaban los pájaros i niños.

La jaula duerme i se percibe apénas
Uno que otro romántico suspiro
I atraviesan algunos en los puentes
I se dicen palabras al oido;
I allá en el fondo de un nidal secreto
Mui por lo bajo se murmuran: ¡chito!

Así pasan los dias dulcemente
I feliz siempre con mi jaula vivo.
De tantas aves i familia tanta
Yo sé el dia i el mes en que han nacido;
A todos los conozco por su nombre
I por órden a todos clasifico.

En cambio de mi amor i mis cuidados
A mis pájaros nada les exijo:
Tan solo quiero despertar al alba
Con su cantar sabroso, no aprendido.

Octubre 15 de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

OBSERVACIONES SUELTAS

SOBRE ALGUNOS PUNTOS DE LENGUAJE CASTELLANO.

EXCUSA.

Comprometido a dar un artículo para esta entrega de LA ESTRELLA DE CHILE i no teniendo el tiempo ni la disposicion de ánimo suficientes para hacer algo digno de aquélla i de sus lectores, cumplo la palabra empeñada arrancando i dando a la estampa una hoja de mis *Apuntaciones*, es decir, entresacando algunas observaciones sobre el lenguaje castellano de entre las muchas que me han sujerido hasta ahora mis lecturas i cortos estudios.

He creido necesario poner esta advertencia a la cabeza de las observaciones que vienen mas abajo, para disculpar así la incoherencia i falta de orijinalidad que a primera cara se echan de ver.

ABARROTAR.

El Diccionario de la Academia da a este verbo el significado de "apretar alguna cosa con barrotes," esto es, poniendo barras de hierro que sirven para afianzar o asegurar cofres, ventanas, etc.

Entre nosotros he oido darle otros dos mui distintos. En la *Historia de Santiago*, de don Benjamin Vicuña Mackenna, ocurren varios pasajes en que se le toma en el sentido que le da el que copio del tomo II (páj. 154): "I con qué fines, desde que en el jesuita, como individuo o comunidad, todo era modestia, fruga-

lidad, ahorros i parsimonia, vestidos con los propios lienzos de sus telares, *abarrotadas* sus despensas de las menestras de sus chácaras, servido su parco refectorio por sus esclavos o por sus hermanos legos i gratuitos?"

Esta acepcion de *abarrotar* por *proveer, abastecer*, me parece innecesaria, i creo que adoptarla, léjos de enriquecer, empobreceria la lengua.

Igual opinion abrigo respecto a *abarrotes* en significacion de *menestras* o *comestibles;* nada perderiamos si, en vez de *almacen de abarrotes i frutos del pais*, leyéramos siempre *almacen de menestras, comestibles i frutos del pais.*

"¿Por qué no salió usted *abarrotando?*" le dicen a uno en la malilla *de campo* (1), si es que teniendo muchos triunfos no sale por la malilla del palo favorito.

Abarrotar, en este sentido, quiere decir (advertiré que bien puede ser que me equivoque, pues no me precio de ducho jugador de malilla) salir con una carta grande de triunfo para hacer salir los que tengan los demas jugadores, a fin de que despues no le puedan fallar las malillas, ases o reyes de otros palos.—De ahí procede que a una de las dos clases de malilla se la llama *abarrotada* o *cara de perro*, por mal nombre, pues en ella cada uno tira por su lado, sin preocuparse de los otros, al reves de la malilla *de campo* en que uno juega solo i los otros dos como compañeros.

El mismo verbo *abarrotar* se usa en la brisca, i no sé si en algun otro juego de naipes.

BAJO ESTE ASPECTO, BAJO ESTE PUNTO DE VISTA.

Dice don Rafael María Baralt: "Lo que sí es frances puro, puesto que comunísimo hoi dia, es:

"Ver, examinar, contemplar, discutir, etc., *bajo el punto de vista* tal o cual." (*Dicc. de Galic.*, voz *bajo.*)

Siguiendo sus aguas, el señor don Zorobabel Rodriguez censura en su *Diccionario de Chilenismos* (en la propia voz *bajo*) las expresiones *bajo este aspecto, bajo este punto de vista.*

Yo, sin creer malo el empleo de las frases *en, desde, por este aspecto o punto de vista*, propuestas como reemplazantes de las otras, me atrevo a pensar que han sido demasiado severos los señores Baralt i Rodriguez, pues han proscrito una frase que se encuentra a cada paso en muchos buenos escritores de la lengua. Como no quiero descender a sutilezas, puesto que sutil habria de ser necesariamente la discusion de si cuando decimos "considerado el asunto bajo este punto de vista" andamos o nó en buena ar-

(1) Estos calificativos *de campo* i *cara de perro* son chilenismos.

monía con el sentido comun, me limitaré únicamente a apuntar unos cuantos pasajes sacados de buenos autores de nuestra lengua para que así se declare cómo no hai incorreccion en emplear las frases que encabezan este párrafo:

"Pero esos mismos (substantivos neutros) *bajo el punto de vista* de que ahora se trata, son masculinos porque se construyen con la primera terminacion del adjetivo." (Don Andres Bello, *Gram. Cast.*, núm. 35, nota *a*).

"Pero, *bajo el punto de vista* de la representacion de ideas cercanas, tenemos tres jéneros, masculino, femenino i neutro." (Id. *id.*, nota VII.)

En el propio lugar don Andres Bello:

"La lengua inglesa, *bajo el primero de estos aspectos*, no tiene jénero," i dos líneas mas abajo: "*bajo el segundo* (aspecto) lo tiene."

La frase *bajo este respecto* se encuentra dos veces en el *Prólogo* de su *Gramática Castellana*, i varias en el curso de la obra, entre otras en la nota *a* al núm. 35.

"Despues de mi prision me habia acostumbrado a mirar las cosas *bajo un punto de vista* relijioso." (P. Isla, *Gil Blas*, lib. XII, cap. III.)

"Este es el verdadero aspecto bajo el cual debes mirar a mi padre." (Id. *id.*, lib. X, cap. XI.)

"No podemos, pues, considerar a Calderon mas que como poeta dramático; pero, aun *bajo este solo aspecto* ¡cuán vasto campo ofrecen a la admiracion sus numerosas obras!" (Don Eujenio de Ochoa, prólogo al *Teatro escojido de Calderon de la Barca*, tomo III de su *Tesoro del Teatro Español.*)

En la mismo obra de Ochoa, pájina 150, se lee: "En fin, *bajo todos aspectos*, por el interés, por los caractéres, por el lenguaje, por todo, nos parece este drama uno de los mejores de Calderon."

¿Quieren mis lectores ver caer al crítico en el garlito? Pues, hé aquí que se lee en el *Diccionario de Galicismos* (en la voz *fondo*, i no se me acuerda si tambien en alguna otra parte) lo siguiente: "Decimos en buen romance: *Tratar a fondo un asunto* por tratarlo entera i perfectamente, bajo todos los puntos de vista, o en todas las faces que tiene."

"Siendo este fin el principal objeto del arte, la elocuencia, *bajo este punto de vista*, se puede definir el arte de la persuasion." (Gil i Zárate, *Manual de Literatura*, parte primera.)

"Si examina cuestiones metafísicas las presenta *bajo un punto de vista* perceptible." (Don José Luis Munarriz, *Advertencia* a la traduccion de las *Lecciones de Retórica* de Hugo Blair.)

¿A qué acumular mas ejemplos? Está, con los ya acotados, demostrado, en mi sentir, que un uso respetable i jeneral ha consagrado esas expresiones i que, por lo tanto, pueden usarse sin temor de incurrir en incorreccion.

No sucede lo mismo con las desatinadísimas frases *bajo este pié* i *bajo esta base* que con sobrada razon condenan Baralt, Cuervo i

Rodriguez, i que no se encuentran en ningun escritor que tenga medianos conocimientos de la lengua (2). Nadie pone, establece o cimienta algo *bajo una base* o *un pié*, sino *sobre*, bien así como las casas no se edifican *bajo*, sino *sobre* los cimientos.

A LA BRUTA.

Leo en el *Diccionario de Chilenismos:* "*A la bruta* que vale tanto como *toscamente, con exceso.*

"Desde que se fué al campo está viviendo *a la bruta.*"

"Parece que la locucion castiza es *a lo brutesco:*

"Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado i de liso mármol compuesta; acá ve otra *a lo brutesco* ordenada, a donde las menudas conchas de las almejas, etc." (CERVÁNTES, *Quijote.*)

Aquí el señor Rodriguez establece una notable confusion. El *a lo brutesco* (*a lo grutesco* diríamos siguiendo a la Academia) de Cervántes no equivale de ningun modo al chilenismo *a la bruta. Brutesco* o *grutesco* es término de arquitectura i pintura, que significa "una especie de adorno compuesto de varias hojas, peñascos i otras cosas, como caracoles i otros insectos. Llamóse así por haberse hallado esta moda en las grutas antiguas de Roma." —"Suele tambien el arte travesear en los follajes i *grutescos.*" (PALOMINO, *Museo Pictórico*, lib. 2, cap. 2.)

El Diccionario de la Academia (1.ª edicion) de donde tomo la anterior definicion i el ejemplo, cita ademas el mismo paso de Cervántes que aduce el señor Rodriguez.

Si me fuera lícito expresar mi humilde opinion, diria que el chilenismo *a la bruta* no tiene exacto equivalente castellano, i que me parece tan expresivo i enérjico como la frase castiza *a la diabla*, que traen los diccionarios de la Academia i algunos clásicos.

A ESCURAS (3).

Hai muchos de esos zarramplines, que presumen de eruditos, que echan a reir cuando un hijo del pueblo les dice que "el apo-

(2) Léese en la parte III, cap. VI, núm. 8, de la *Historia Literaria* de don Diego Barros Arana: "Los principios fundamentales de la administracion civil i eclesiástica preocuparon principalmente los espíritus en una época en que la revolucion queria poner término a los abusos i *cimentar bajo sólidas bases* el gobierno del Estado i de la Iglesia."—Al principio del cap. XXXIX de su *Historia Moderna* dice el mismo autor. "Era menester cimentar la monarquía constitucional *bajo una* base mas franca que la que ésta habia tenido bajo los reinados de Luis XVIII i Cárlos X."

¡I estos libros se escriben para la enseñanza de la juventud!

(3) Hasta principios de este siglo se consideró a esta frase como palabra compuesta, i se escribia *aescuras.*

sento está *a escuras*." Pues sépanse los tales que así se dice en castellano mejor que *a oscuras*, que esta frase no ha sido conocida de nuestros escritores, i carta canta:

"Sol, tu luz se eclipsa, primavera, tus flores se marchitan, *a escuras* queda el mundo." (LOPE DE VEGA, *Dorotea.*)

"La causa de esto i la razon bastante
Los doctos coronistas no escribieron,
I todos andan en el caso *a escuras*,
Buscando la verdad por conjeturas."

(VILLAVICIOSA, *Mosquea*, cant. VII, oct. 20.)

Respecto del *escuro* que se oye en los campos i algunas veces entre nosotros, es indudable que aventaja, en muchos casos, al usado *oscuro*, para evitar la cacofonía. Insoportable sería el que se pronunciara *oscuro* en estos versos del maestro Leon:

"I dejas, Pastor Santo,
Tu grei en este valle *hondo, escuro!*

(Oda *A la Ascencion del Señor.*)

ARTÍCULO DEFINIDO.

¿Quién pudiera desterrar de nuestros libros, periódicos i conversaciones ese enojoso *la* que a cada triquitraque anteponen a los nombres de paises? Nada hai mas feo que decir *la Francia, la Inglaterra, la España*, cuando ha sido constante uso en nuestra lengua decir *Francia, Inglaterra, España*.

"España atraviesa, sin la menor duda, el mas miserable período de toda su larguísima historia: superior en vicios i traiciones al que terminó en Guadalete; inferior en viriles virtudes al de Cárlos II." (CÁNOVAS DEL CASTILLO, Prólogo a *Los oradores griegos.*)

—I ya que de artículo definido hablo, voi a consignar una observacion que hace mucho tiempo tenia ganas de publicar. Dice don Eujenio de Ochoa (*Paris, Lóndres i Madrid*, páj. 559) que observa "cierta fruicion morosa en el retintin con que algunos pronuncian *cólega* en vez de *colega*, *intérvalo* en vez de *intervalo:*" lo mismo me parece observar a mí en aquéllos que nunca dicen *la Isabel, la Luisa*, sino siempre *Isabel, Luisa*, como si ésta fuese la sola buena manera de decir i la otra no estuviese bastantemente autorizada, como lo está, por Bello i la Academia, i libre, ademas, de la cierta afectacion que se transparenta en los que siempre nos andan con que "*Lucía está enferma*," i "*Esta noche*

voi a ver a Carmela," como si *Carmela* fuese una trajedia o una ópera.

A LA CUARTA.

Acaso éste sea el oríjen del chilenismo *Vive a la cuarta, Está a la cuarta,* en sentido de *Vive pobremente, Está en la miseria:*

"Es mui usual el ponderar la pobreza de un individuo diciendo que está *a la cuarta pregunta.* Derívase esta asercion de que en los interrogatorios, para justificaciones de testigos sobre varios objetos, i entre ellos el de acreditar pobreza, se acostumbra comprender este extremo en la *cuarta pregunta,* en los términos siguientes:

"Cuarta: ¿si sabe el testigo i le consta que la parte que lo representa es pobre, sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera que cifra su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo?" (FERNAN CABALLERO, *Flores humildes de relijiosa poesía i etimolojías de dichos,* etc.)

EXAJERACIONES.

Dice don Rafael María Baralt en la voz *Gubernamental:*

"He oido decir muchas veces que el mal del neolojismo consiste no tanto en las voces sueltas cuanto en los jiros, locuciones i modos de decir, que desfiguran i vician radicalmente la lengua en que se admiten. Yo digo i juro que el mal está en todo, cuando el neolojismo carece de los requisitos que deben abonarle i sin los cuales es puro desatino. I no quiero mas prueba de mi dicho que el vocablo que sirve como de rúbrica a este artículo, vocablo terrible por lo largo; bárbaro por lo disforme; atroz, inculto, indómito, bravío, que ninguna garganta delicada puede pronunciar, a que ningun órgano vocal medianamente constituido puede acostumbrarse, i que ningun oido castellano, por embotado que esté, puede escuchar sin estremecimiento i horror.

"Empléese en su lugar nuestro vocablo *gubernativo:* si éste no tiene acepcion apropiada para todos los casos que ocurran, désele; si no bastase, invéntese una voz cualquiera; i si no se pudiese inventar, échese mano de cuantos circunloquios fuere menester. Todo se intente, todo se haga: ménos escribir semejante vocablo, ménos pronunciarle, ménos incluirle en el Diccionario de la Academia. Antes perezca éste, i perezca la lengua, i perezcamos todos."

A pesar de esta tremenda i terrífica condenacion, la Academia ha incluido la voz *gubernamental* en su Diccionario, i no faltan escritores cultísimos que la empleen:

"Cuando empezóse a dar desde los periódicos, desde los folletos, desde los libros i hasta desde la tribuna parlamentaria i *gubernamental* la inesperada i portentosa nueva de que no habia Dios, i por consecuencia no habia santos, ni cielo, los buenos impresores de Bilbao sin duda se apresuraron a creer aquella triste nueva...." (ANTONIO DE TRUEBA, *Mari Santa*, § IV.)

¡Tanto puede la exajeracion, que llega a echar a perder i a ridiculizar las buenas intenciones i los buenos documentos!

HABLAR EN POR HABLAR DE.

"No dejó (Cardenio) de admirarse algun tanto, i mas cuando oyó que le *habian hablado en su negocio* como *en* cosa sabida." (CERVÁNTES, *Quijote*, parte 1.ª, cap. 27.)

A este pasaje anota Clemencin (tomo II, páj. 361): "Modo de hablar de nuestros antiguos. Don Antonio de Guevara, en su epístola a don Enrique Enriquez, sobre las tres enamoradas, de que se habló en las notas del prólogo, dice: "El buen filósofo Diójenes vió hablar a un discípulo suyo con un mancebo ... al cual, como le preguntase *en qué hablaban*, etc." Es lástima que esta expresion se vaya anticuando, porque es mas elegante i ménos familiar que *hablar acerca de su negocio*, como ordinariamente decimos ahora.

"Lo propio sucede con la expresion de la pastora Marcela, en el capítulo 14, donde dijo: "este jeneral desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho," esto es, "acerca de cosas de su particular provecho." A fuerza de querer hacer la lengua exacta i como dicen *filosófica*, la hacemos pausada i fria."

Al ejemplo de Cervántes i al traido por Clemencin, añadiré yo los siguientes, que he encontrado en Calderon:

"Lo que podré hacer por vos
Será ver a doña Clara,
I saber, Leonelo, della
Quién es este forastero
Que tanto cuidado os cuesta,
I aun *hablarla en vuestro amor*."

(CALDERON, *Hombre pobre todo es trazas*, jorn. I.)

"En este punto las dos
En vos hablábamos. Bien
Os lo puede asegurar
Su pecho constante i fiel.

Porque es mui cierto que *en vos*
Las dos *hablábamos*, pues
Ella *hablaba en vos* conmigo
I yo con ella tambien."

(Id., *id*, jorn. II.)

No hablo ahora *en vuestro pleito.*"

(Id., *Mañanas de Abril i Mayo*, jorn. I.)

"Porque en efecto no quiero
Hablaros en penas hoi."

(Id., *id.* id.)

¡Ojalá se restableciera este modo de decir, que presta vigor, concision i nervio a nuestra lengua!

Enrique NERCASSEAU MORAN.

HIMNO A LA INDUSTRIA.

(CON MOTIVO DE LA EXPOSICION INTERNACIONAL I PRESENTADO AL CERTAMEN DE ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.)

CORO.

¡Salud, brillante aurora,
Señal de paz i union
¡Oh! ¡Industria creadora
Del mundo redencion!

I.

Noble hija del trabajo,
Noble hija de la ciencia,
Es bendita tu presencia
En el festin de paz.

Tú, del humano esfuerzo,
Estela luminosa,
¡Oh! Industria prodijiosa,
Fecunda dejarás.

II.

¡Salve a la Industria! ¡salve!
Que, a concepcion sublime
Del hombre, forma imprime
I vida i expresion!
Merced a ella puede
Un mundo, de otro mundo,
En un fugaz segundo,
Comunicar su accion.

III.

Al rayo altivo i fiero
Que de la nube opaca
Siniestro se destaca,
Humilla tu poder.
Por tí en el cielo el hombre,
Allá de esa eminencia,
Sediento de luz i ciencia,
Mas cerca pude leer.

IV.

¡Excelsior, triunfadora
Del éter, la ola, el monte!
¡Inmenso es tu horizonte
I es santa tu mision!
Por tí los pueblos todos,
Con fé i amor de hermanos,
Estréchanse hoi las manos
En noble aspiracion.

V.

Jamás ¡quiéralo el hado!
Industria bendecida,
Se forje el homicida
Acero en tu taller:
Enciendes sí tus fraguas,
Tus máquinas ajitas,

Tus moldes facilitas
A un Watt, a un Gutemberg.

VI.

La Paz serena irradie
Sobre tu hermosa frente,
Su luz mas esplendiente
Vivífica, de amor....
Por tí i ella, la Patria,
Estampa hoi en la historia
Un timbre mas de gloria,
Un timbre mas de honor.

CORO.

¡Oh! Industria creadora,
Del mundo redencion
¡Salud, brillante aurora
Señal de paz i union!

Agosto de 1875.

FRANCISCO JAVIER OSSA.

¡JUAN MANUEL BLANES!

No puedo, jenio sublime,
Contemplar tu creacion,
Que aterida el alma jime
I, fiera, mi pecho oprime
Una secreta afliccion.

Allí, de mi patria amada
Al padre valiente, audaz,
Quiere derribar osada
La envidia cruel, i humillada
Su noble frente mirar.

En su momento postrero
Al gran Carrera ¡mirad!
Al invicto caballero,
Burlando de su hado fiero
La sangrienta tempestad.

¡No puedo, jenio divino,
Describir la majestad
Que supo crear tu tino!
¡Esculpe en el lienzo fino
Tu hábil mano, por pintar!

Mas allá del mar de Atlante
Tu renombre llegará,
Tu fama inmortal, triunfante,
Cual la del divino Dante,
Para siempre vivirá!

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

AL SOL.

De la silenciosa noche
Rasgando el oscuro velo,
Entre rojios cortinajes
De purpurinos reflejos,

I engalanando al espacio
Con sus encajes espléndidos
Hasta que perdidas deja
A las estrellas bajo ellos,

Como incendio que pretende
Abarcar el universo,
Aparece del espacio
El incansable viajero!

Al verlo, llenas de aroma,
Las flores alzan sus pétalos

I las aves lo saludan
En armonioso concierto.

Las mansas ondas del rio,
Bajo el cristalino seno,
Acarician bullidoras
Del sol el rayo primero.

I los peces que allí tienen
Su fresco i querido lecho
Como chispas de brillantes
Se mueven a sus reflejos.

El mar inquieto retrata,
En su colosal espejo,
Los mil rayos que coronan
A este rei del universo.

Al brillar sobre los Andes
Su rojo carro de fuego,
Naturaleza despierta
En armonioso concierto.

¡Bello sol, al contemplarte,
Con cuánto placer recuerdo
Las espléndidas victorias
Que orgullo son del chileno!

Esas gloriosas jornadas,
En que valientes guerreros
De la tiránica España
El fiero yugo rompieron.

¿I qué chileno al mirarte
No recordará esos tiempos,
En que lidiando alcanzaron
Libertad nuestros abuelos?

Miéntras domine en mi patria
La aspiracion por lo bueno;
Miéntras sin mancha flamée
Nuestro tricolor guerrero,

Baña, oh sol, los rejios Andes
Con tus rayos mas espléndidos,
Que solo los pueblos libres
Son dignos de tus reflejos.

ROSENDO CARRASCO.

LA DONCELLA DE MALINAS.

(De The Pilgrims of the Rhine, por Sir E. Bulwer Lyttan.)

Promediaba el sol su carrera en el cielo de Malinas, o como la llaman los ingleses, Mechlin; la campana del Domingo habia convocado los habitantes al divino culto, i la multitud, despues de vagar en torno de la iglesia de San Rembaldo, habia ido ocupando gradualmente las expaciosas naves del sagrado edificio.

En la calle se veia un jóven, cuyos ojos se inclinaban hácia la tierra i parecia escuchar algun sonido lejano; pues, sin apartar sus miradas del tosco pavimento, se volvia en todas direcciones, dibujándose en su rostro una intensa expresion de ansiedad; en la una mano llevaba un baston, i en la otra una cuerda larga i delgada cuya punta arrastraba en el suelo; de cuando en cuando, exclamaba con triste acento: "¡Fido, Fido vuelve a mí! ¿Por qué me has abandonado?" I Fido no volvia; cansado sin duda del aislamiento ¡forzado, el perro se habia deslizado de la cuerda i retozaba en ese momento con sus semejantes en algun barrio lejano de la ciudad, dejando entre tanto al ciego que buscase como pudiese, el camino de su posada.

La fisonomía del jóven extranjero se iluminó al escuchar el ruido de pasos lijeros que se acercaban gradualmente.

—Dispensad, dijo volviéndose hácia el punto en que su oido delicado habia distinguido el ruido, si el tiempo no os apremia, indicadme la direccion de la hospedería Mortier d'Or.

Sus palabras se dirijian a una jóven que por su traje parecia pertenecer a la clase media.

—No está mui cerca de aquí, señor, dijo ella, pero, podeis marchar unas cien yardas en línea recta, i tomar en seguida la segunda vuelta de la derecha....

—¡Ah! interrumpió el extranjero, sonriendo melancólicamente, vuestras indicaciones me servirán de mui poco, mi perro me ha abandonado i soi ciego.

En estas palabras, en la voz del extranjero habia algo que hirió irresistiblemente el corazon de la jóven.

—Perdonadme, dijo con lágrimas en los ojos, no habia advertido vuestra.... iba a añadir desgracia, pero, una instintiva delicadeza la hizo detenerse. Apoyaos en mí, os conduciré hasta la puerta; no temais, dijo al observar su incertidumbre, me sobra tiempo, os lo aseguro.

El extranjero colocó su mano sobre el brazo de la jóven, i aunque Lucía era por naturaleza tan tímida que aun su madre solia reprenderla burlonamente por el exceso de su virtud de doncella, en aquella ocasion no experimentó el menor sentimiento de vergüenza, al encontrarse de una manera imprevista caminando por las calles de Malinas, acompañada por un extranjero jóven i que por su traje i aspecto revelaba ser de rango superior al suyo.

—Vuestra voz es mui apacible, dijo él despues de haber marchado algun tiempo, i es éste, agregó suspirando levemente, mi único criterio para distinguir la belleza i la juventud. Lucía se sonrojó, experimentando a la vez una lijera impresion de dolor, pues sabia demasiado que no le era dado aspirar a la belleza. ¿Habeis nacido en esta ciudad? continuó él.

—Sí, señor, mi padre sirve un pequeño empleo en la aduana, i mi madre i yo aumentamos su salario haciendo encaje. Nos llaman pobres, pero es no nos aflije.

—Sois felices; no hai riqueza semejante a la riqueza del corazon.... contento, contestó el ciego con acento melancólico.

Indignada consigo misma por haber despertado en el espíritu del extranjero un sentimiento natural de envidia, Lucía, llena de ansiedad, quiso cambiar la conversacion i dijo:

—¿I vos, señor, habeis estado mucho tiempo en Malinas?

—Solamente desde ayer. Atravieso los Paises Bajos por viajar; quizás os haga sonreir el viaje de un ciego; pero, aun para un ciego es insoportable permanecer siempre en el mismo lugar. Durante el oficio divino, miéntras las calles están desiertas, yo creia poder gozar tranquilamente, mediante el auxilio de mi perro, el aire, ya que no la vista de la ciudad; pero, hai ciertas personas a quienes está vedado hasta tener un perro por amigo.

El ciego decia esto lleno de amargura; la ingratitud de su perro habia lastimado su corazon. Lucía enjugó sus ojos.

—¿Viajais entónces, solo, señor? dijo ella, i mirando su rostro con mayor detenimiento del que hasta entónces se habia permitido, vió que su edad apénas frisaba sobre los veintidos años. ¿No os acompañan vuestro padre, vuestra *madre?* agregó, pronunciando con particular entonacion la palabra *madre.*

—Soi huérfano, contestó el extranjero, i no conozco hermanos ni hermanas.

La mísera condicion del ciego concluyó de enternecer a Lucía, quien nunca se habia sentido tan poderosamente conmovida. Su corazon sufria una ajitacion extraña, una misteriosa i ardiente simpatía que la arrastraba hácia él. Deseaba que el cielo la hubiese hecho nacer hermana suya.

El contraste entre la juventud i vigorosa forma del extranjero i la enfermedad que privaba de esperanza a una i a la otra de actividad, aumentaba la compasion excitada por él. Sus facciones eran de notable regularidad, i en su lineamento llevaba

impreso cierto aire de nobleza. Su cuerpo era vigoroso i graciosamente modelado, aunque se movia con prudencia i con pasos poco elásticos.

Acababan de introducirse por una estrecha calle que conducia a la hospedería, cuando sintieron a sus espaldas el ruido producido por las pisadas de gran número de caballos; mirando apresuradamente hácia atras, vió Lucía un grupo de caballería belga que en ese momento atravesaba la ciudad.

Colocó al ciego junto a la muralla i temblando de miedo por él se puso a su lado. La tropa atravesó la calle; i si Lucía hubiese mirado el rostro del ciego, habria visto sus tristes facciones iluminadas por el entusiasmo i que su cabeza se habia levantado orgullosamente del acostumbrado i melancólico abatimiento.

—¡Gracias a Dios! exclamó, cuando hubo concluido de pasar el rejimiento, ya pasó el peligro.

No fué así. Uno de los últimos soldados de la fila montaba desgraciadamente un caballo jóven e indómito. Los juramentos del jinete i su punzadora espuela eran parte solo a aumentar el fuego e impetuosidad del animal, que saltaba del un lado al otro de la angosta calle.

—Tened cuidado, gritó el caballero, al verse arrastrado hácia el paraje en que Lucía i el extranjero se apoyaban en el muro. ¿Estais locos? ¿Por qué no os apartais?

—¡Por amor de Dios! ¡por misericordia, es ciego! gritó Lucía, abrazándose al extranjero.

—¡Salvaos sola, mi buena guia! dijo el extranjero. Pero, Lucía no pensaba en abandonarlo de esa manera. El jinete logró desviar la cabeza de su caballo; i el animal, al sentir la espuela, bufando rabioso lanzó una violenta coz; Lucía, incapaz de salvar a *ámbos*, se arrojó delante del ciego i recibió el golpe dirijido contra él. Su pequeño i delicado brazo quedó destrozado; entre tanto, el caballero seguia su involuntaria carrera.

—¡Gracias a Dios, estais en salvo! fué la primera exclamacion de Lucía; i vencida por el dolor i el terror cayó en los brazos que el extranjero extendió maquinalmente para recibirla.

—Mi guia, mi amiga, articuló, estais herida....

—Nó, dijo Lucía con voz desfallecida, estoi mejor.... estoi buena. Dispensad, *este* brazo.... ya estamos cerca de vuestra hospedería.

Pero, el oido del extranjero, acostumbrado a distinguir cada inflexion de la voz, descubrió en el momento el dolor que ella sufria; por grados logró que confesase la desgracia que habia sufrido; pero, la jenerosa jóven le ocultó, que solamente por defenderlo habia incurrido en ella. El exijió entónces que cambiasen de rol i le permitiese acompañarla hasta su casa, i Lucía casi desmayada de dolor i casi sin fuerzas para moverse hubo de consentir en ello forzosamente. Pero la humilde habitacion de su padre distaba solo unos pocos pasos. Llegaron a ella, i no bien

Lucía hubo atravesado el umbral, cuando cayó i durante algunos minutos permaneció insensible al dolor. El extranjero explicó lo sucedido i les pidió buscasen inmediatamente un cirujano, "el mas diestro, el mas afamado de la ciudad, les dijo."

—Yo soi rico, i esto es lo ménos que puedo hacer para recompensar a vuestra hija por no haber abandonado a un extranjero en peligro.

Diciendo esto, alargaba su bolsa; pero el padre rehusó sus ofertas, i valióle el ser ciego para no ver la expresion de honrado resentimiento con que fué rechazada una tan desgraciada manera de recompensa.

El jóven aguardó hasta la llegada del cirujano, hasta que el brazo quedó arreglado, i no se apartó sin obtener de la madre la promesa de que en la mañana siguiente se le haria sabedor de cómo habia pasado la noche la enferma.

El habia proyectado dejar en la mañana siguiente aquella ciudad de tan pocos atractivos para un viajero; pero dia por dia fué demorando su partida hasta que Lucía acompañó a su madre para asegurarle su restablecimiento.

—Sabeis, al ménos yo lo sé, lectora querida que existe eso que llaman amor a primera vista; una secreta e inexplicable simpatía entre personas (ántes extrañas) que las atrae una hácia la otra con poder irresistible, como si la bellísima fantasía de Platon fuese verdad, segun la cual, nuestras almas formarian parte de las estrellas i dos espíritus atraidos de esa manera, el uno hácia el otro habrian derivado su luz primitiva de la misma esfera, i suspiran por la renovacion de su primitiva union. Pero, sin recurrir a soluciones imajinarias de un misterio diario, era mui natural que una persona en la desesperada i solitaria situacion de Eujenio St. Amand experimentase alguna ternura por quien tan jenerosamente se habia sacrificado por él.

La oscuridad a que estaba condenado Eujenio no apartaba de su vista intelectual las hechiceras imájenes de la belleza ideal; al contrario, su contínua i desocupada soledad alimentaba los ensueños de una imajinacion ardiente por naturaleza i de un corazon siempre dispuesto a la simpatía i la comunicacion.

Habia dicho con razon que su único criterio de belleza consistia en la melodía de la voz, i jamas habia llegado a sus oidos una mas suave i penetrante que la de la doncella de Malinas. Aquella exclamacion de tan hermosa abnegacion, de caridad tan absoluta, ¡Gracias a Dios! Estais salvo, articulada en los momentos de su propio sufrimiento, resonaba continuamente en su mente; i sin definir exactamente su naturaleza, se dejaba llevar por sentimientos vagos i deleitables, que hasta entónces nunca habia sabido evocar su juventud. I Lucía.... el accidente sufrido por su causa, hizo mas profundo el interes que habia concebido por un jóven que en la primavera de la juventud se veia privado de los alegres objetos de la vida i abandonado en soledad i tristura a

una noche de años. En vuestro bello i bondadoso sexo existe una propension natural a *protejer*, que os convierte en anjeles para los enfermos, amparo de la vejez, guia de la niñez; tal sentimiento, en extremo desarrollado en Lucía, habia ya encadenado irremediablente su compasiva naturaleza a la suerte del infortunado viajero. Llena de ardientes afecciones i de pensamientos superiores a su estado i edad, no carecia de cierta tímida vanidad, que la hacia sentir dolorosamente su defecto de belleza. Instintivamente conocia cuan profundo seria el amor de que ella era capaz; creia imposible que otro pudiese retornale su amor con igual fuerza. Aquel extranjero tan superior a sus ojos a cuanto habia visto hasta entónces, era el primero que se habia dirijido a ella con esa voz, que mas bien por la entonacion que por las palabras expresa la admiracion mas grata para un corazon de mujer. Para *él*, ella era hermosa, i su amorosa mente se dirijia a *él* sin que la hiciesen desmerecer las imperfecciones del rostro. No carecia, sin embargo, enteramente de atractivos personales; su andar lijero i sus graciosas formas respiraban la frescura de la juventud; sus labios i sonrisa tenian una expresion tan tierna i apacible que habia momentos en que no solamente el ciego se habria engañado, creyéndola hermosa. I aun su primera niñez habia hecho concebir esperanzas de atractivos, que la viruela, esa temible enfermedad, habia desvanecido por completo.

No solamente habia marchitado el cútis delicado i sus brillantes colores, sino tambien alterado enteramente el carácter de las facciones. La familia de Lucía era celebrada por su belleza i la envanecia su celebridad, i con tanta amargura deploraban sus padres los efectos de la cruel enfermedad, que Lucía aprendió desde mui temprano a considerarlos mucho mas lamentables de lo que eran en realidad, i a exajerar las ventajas de una belleza cuya pérdida era considerada por sus padres como intolerable desgracia. Agregábase a esto que Lucía tenia una prima llamada Julia, cuyas perfecciones personales eran la marabilla de Malinas i como ámbas primas se juntaban a menudo, el contraste era demasiado violento para no ocasionar a Lucía frecuentes mortificaciones. Pero, no hai desgracia sin su correctivo; i la conciencia de su inferioridad personal habia suavizado su carácter i ennoblecido dulcemente un espíritu que de otra manera habria sido talvez demasiado altanero, i habia inspirado humildad a una intelijencia por naturaleza fuerte, apasionada i enérjica.

Sin embargo, Lucía habia vencido, hacía ya tiempo, la desventaja mas temible para ella de su falta de belleza. Nadie podia conocerla sin amarla i su espíritu suave i brillante infundia donde quiera que su presencia se hacia sentir cierto encanto indecible, i donde ella faltaba se notaba la ausencia de algo que ni aun la belleza de Julia podia reemplazar.

RAIMUNDO SALAS E.

(Continuará.)

UNA HERMANA DE LOS ANJELES.

En tiempo del emperador Constancio, siendo cónsul Galerio Maximiano, hubo una nueva i terrible persecucion contra los cristianos: la sangre de los mártires corria a torrentes en todos los paises sometidos al dominio romano, i aquella jenerosa sangre, fecundizada por una virtud celestial, hacia jerminar por do quiera nuevos santos i nuevos mártires. De nuevo los segaban los tiranos, i de nuevo se reproducian "como una vid, despues de haber sido podada, echa nuevos vástagos i produce mayor abundancia de frutos." (1)

"No somos mas que de ayer, escribia treinta años depues, Tertuliano, i sin embargo llenamos la tierra, i ya no os dejamos mas que vuestros templos." (2) I los suplicios, léjos de desalentar a los cristianos, les daban un nuevo ardor que los impelia a arrostrarlos i a solicitarlos con alegría; mujeres, niños, ancianos, los débiles, los fuertes, todos iban al tormento sin palidecer; las mismas madres,—¡las madres!—venciendo la tierna debilidad de la naturaleza, llevaban a sus hijos a la muerte i morian con ellos dando gracias al cielo. La vista de aquel valor sobrehumano subyugaba a veces a los verdugos, i los hacia caer domados i arrepentidos a los piés de sus víctimas, de donde se levantaban benditos i cristianos.

¡Qué fuerza, qué poder tenia, pues, aquella sublime locura de la cruz que daba a los débiles un valor de leon, i que muchas veces derribaba a los fuertes, i los subyugaba irresistiblemente!

¡Oh! no lo olvidemos; era que la fé en el que descendió a la tierra para comprarnos las esperanzas del cielo a costa de su divina sangre, era entónces jóven i vigorosa. El mundo con sus falaces halagos, sus máximas egoistas, su amarga ironía, sus dudas, su embriaguez, no habia sustituido todavía los frívolos intereses de la tierra a los de la vida venidera.

Ademas de los grandes, los poderosos de la tierra contribuian,

(1) San Justino, *Dialog. con Tryphon.*
(2) *Apologet.*

sin saberlo, a la propagacion de la nueva fé; el yugo con que abrumaban a la humanidad era tan pesado, tan odioso, los hombres se sentian tan miserables, que muchas veces abrazaban como un refujio la fé,—aquella fé divina que les prometia en cambio de los inciertos i tristes dias de una vida efímera, la felicidad sin término i sin medida, cuya esperanza habia venido a abrirles el divino Maestro.

"Venid a mí todos los que sufrís i yo os consolaré," habia dicho. ¡Oh! ¿Todo lo que sufre en esta tierra de dolor no debe ir a caer o los piés de un Creador que tiene tales palabras para su criatura?

I el número de los cristianos aumentaba rápidamente. En aquellos dias de opresion sanguinaria i de universal padecimiento, habia en Cesarea de Palestina una doncella mui jóven, hermosa i hechicera entre las vírjenes de Oriente: su rostro, en que brillaba la juventud como una primavera cubierta de rosas, (3) igualaba al de la esposa querida de Jacob, i su alto i flexible talle era semejante al airoso abedul que se mece en la falda del monte; pero todos aquellos atractivos modestos i velados por el candor no eran mas que el reflejo de un alma mas bella todavía que su hermosura; así era que toda doncella que aspiraba a la perfeccion se esforzaba por imitarla, i todo mancebo del pueblo que la habia siquiera entrevisto al trasluz de su velo, suplicaba en su alma a la Vírjen María que se la hiciese obtener por esposa; pero la hermosa i santa doncella vivia en perfecta calma ejercitándose en la oracion i en las cosas de Dios sin querer aceptar esposo.

Una tarde, despues del calor del dia, bajó con sus compañeras a la fuente de los Sauces, situada a corta distancia de la ciudad, en un estrecho valle, entre el puerto i las rocas que la dominan: iba, segun su costumbre, a buscar el agua pura necesaria para el uso diario.

Llegado que hubieron a la fuente, bajó a ella cada cual por su turno por algunos musgosos escalones, conversando unas con otras apacible i alegremente. Nuestra hermosa vírjen, vestida, como Rebeca, con la antigua túnica bien ceñida a la cintura, cubierta la cabeza de su velo que ajitaba el viento de la tarde, apoyábase en el brocal de la fuente aguardando que sus compañeras llenasen sus urnas, i tendia a lo léjos sus miradas por las azules olas del mar en que apagaba el sol sus ardores. Reinaba en aquella escena una majestuosa i profunda calma en aquella privilejiada i feraz naturaleza próxima a entrar en su reposo; todo rumor iba acallándose poco a poco, i el alma de la doncella, perdida en una santa contemplacion, se alzaba a Dios para darle gracias por aquellas grandes i solemnes bellezas. Sucedió entónces que una brisa marina levantó su velo, i descubrió su

(3) Eccles. L. 8.

rostro, inundado de lágrimas del amor divino, a un extranjero que, hacia un momento, se habia parado para contemplar con ansiosos ojos aquel enjambre de vírjenes de tan modesto i recatado porte en medio de su alegría infantil. Parecióle ver en aquella cuyo velo habia levantado el viento, una ninfa de las aguas o alguna otra de las divinidades que adoraban los paganos: solamente observó que habia en todo su continente un sentimiento robusto, una adoracion serena i profunda, desconocida de los idólatras, i algo de inexplicable que le inspiraba un respeto involuntario, i le impedia romper el silencio i acercarse a ella: i era que un casto pudor la protejia i la rodeaba como una intraspasable barrera.

Pero cuando le llegó a ella su turno, bajó a la fuente, llenó su cántaro, i habiéndola ayudado sus compañeras a ponérselo encima de la cabeza, saludólas con graciosa sonrisa, dejó caer el velo sobre su rostro i se encaminó con lijeros pasos a la ciudad.

Siguióla el extranjero, vióla entrar en la humilde vivienda que habitaba no léjos del muelle, i habiendo tomado informes acerca de ella en la vecindad, supo que era una vírjen cristiana llamada Dorotea.

¡I aquel hombre que, semejante al chacal escondido entre los matorrales, habia rastreado su presa, era Apricio, un procónsul recien llegado de Roma para exterminar a los cristianos!

—Su destino está en mis manos, dijo entre sí el bárbaro miéntras volvia a su palacio; el miedo a los tormentos me la entregará en breve.

Al dia siguiente, al rayar el alba, Dorotea recibió órden de pasar al palacio de Apricio.

Nadie ignoraba la mision que llevaba el procónsul a la ciudad; i ya algunos cristianos habian sido presos en secreto, i todos se aguardaban a ver estallar de un momento a otro la persecucion.

Fácilmente comprendió, pues, la doncella lo que la esperaba, i dió gracias a Dios que la elejía entre tantas otras mas dignas que ella para rendirle testimonio.

En seguida, despojándose de sus humildes vestidos, se puso una túnica, de un tejido blanco de Ejipto, adornó sus cabellos con la blanca corona de las vírjenes, i se despidió de la anciana criada que su madre le habia dejado al morir. Próxima a abandonar aquellas paredes donde se habia deslizado su infancia, la hermosa vírjen les dijo tambien un tierno adios, i alzando los ojos al cielo donde en breve hallaria una feliz morada, fué al palacio de Druso, donde residia el procónsul.

Apricio estaba sentado en un trono de marfil rodeado de lictores i de algunos privados. Dorotea, introducida a su presencia, entró con los ojos bajos como una casta i púdica vírjen; habia en su porte una serena dulzura, pero brillaba en toda su persona una especie de santa majestad, la majestad de un sér superior que bebe sus consejos i sus resoluciones en la fuente de toda

grandeza i de toda verdad. Miéntras se encaminaba al trono grave i pensativa, tenia su corazon elevado hácia su Creador, i rebia de él una fuerza invencible.

Contemplaba Apricio en silencio aquel rostro tan puro, cuyas gracias no habia hecho mas que entrever, i no se cansaba de mirarle. Bien hubiera querido la vírjen poder bajar su velo ante aquella mirada, pero los guardias se le habian hecho levantar a la puerta del palacio. Jamas se habia presentado de aquella suerte delante de ningun hombre, i el rubor coloró su rostro, pero era aquel un noble i púdico rubor cuya vista imponia respeto.

Cuando llegó junto al procónsul, preguntóle éste su nombre, su edad, su estado, i le dijo:

—He venido a Cesarea por órden del mui augusto emperador, a fin de purgar esta tierra de la secta insensata de los cristianos, que detesta i quiere extirpar de su imperio; todos deben hoi ir al templo i ofrecer sacrificios a los dioses inmortales, o morir en los tormentos. El altar está preparado, el incienso humea, las víctimas aguardan; ven, sígueme. I el procónsul miraba a la vírjen, esperando verla ponerse pálida i turbarse.

Pero Dorotea respondió sin alterársele el semblante:

—Dios, el verdadero Dios, el único a quien pertenecen el cielo i la tierra i todas las criaturas que la habitan, me ha dado otras órdenes, me ha mandado que no sirva mas que a El, que no ame mas que a El solo. ¿A quién te parece, señor, que debemos obediencia, al soberano del cielo o de la tierra, al Dios criador omnipotente que me ha formado para amarle, conocerle i servirle o a la flaca e injusta criatura que ha recibido de El su efímero poderío?

—Doncella, déjate de esas orgullosas sutilezas, respondió Apricio, montado en cólera: no te he mandado venir para entrar en esas controversias contigo; yo no soi un retórico, ni un sofista, añadió señalando la espada suspendida a su costado, estoi aquí para hacer ejecutar las órdenes del emperador.

Dorotea quedó en silencio: el procónsul lo atribuyó a temor, i prosiguió:

—Seré implacable; inauditos tormentos aguardan a todo el que ose rehusar su incienso a nuestros altares. He hecho llamar a otros cristianos, como a tí, i están esperando; ven a darles el ejemplo de la sumision.

La doncella respondió con ademan modesto, pero lleno de firmeza:

—Si es cierto que mis hermanos necesitan un ejemplo, vengan a verme morir, i sabrán que una flaca mujer nada teme cuando es preciso confesar a Jesucristo, al Redentor, al Hijo del Altísimo. ¡Oh jueces i grandes de la tierra! ¡No os tememos por mas fuertes, por mas poderosos, por mas terribles que seais, porque vuestros tormentos i vuestras persecuciones duran poco i siempre la muerte nos liberta de vosotros!.... Pero los castigos o los

premios de nuestro Dios son eternos, i bien merecen la pena de temerlos o desearlos.

Sin embargo, la jóven vírjen, en vez de temblar, se sonrió con desden, i acercándose, puso sus dedos en los instrumentos de tortura: no parecia sino que los acariciaba con la mirada i con la mano, camo se acaricia el nervudo cuello del hermoso corcel que va a lanzarse al blanco a que se aspira. Luego, llegándose a Apricio:

—¿Qué te detiene? dijo al romano atónito i confuso; ¿por qué tardas?.... ¡Ah! ¡cuánto deseo sufrir para ir a contemplar al que me llama a sí!

El es el esposo querido de mi alma, añadió viendo el asombro de Apricio; me espera, me convida, me insta a ir a reunirme con El en las moradas del cielo, donde los frutos son siempre sabrosos, las flores siempre frescas i perfumadas, donde el manantial de agua viva es inagotable i nunca se seca, donde las almas de los santos se abrevan i se sustentan de amor, de alegría i de inmortalidad. ¡Oh Dios! ¡Recíbeme pronto en tus sagrados banquetes!

Un celeste entusiasmo brillaba en el rostro de la santa, i le comunicaba una admirable belleza.

Arrebatado por sus deseos, mandó Apricio que se retirasen los verdugos, i dijo a la vírjen las palabras mas apasionadas, suplicándole que dejase a un lado insensatos delirios i convirtiese hácia él aquel amor que malograba i perdia en amar a un Dios imajinario; díjole tambien que la amaba por haberla visto mas de una vez en la fuente de los Sauces, i que, si queria corresponder a su ternura, no la molestaria en lo tocante a sus dioses i a su culto.

—Ven a vivir a mi palacio, añadió, ven i te coronaré de rosas i flores nuevas; ven, ven, que ya estoi impaciente de hacerte olvidar el rigor que te he mostrado al principio.

—Soi cristiana, respondió la vírjen.

—Dejemos a un lado nuestros dioses, i no pensemos mas que en las alegrías i en las delicias de la vida.

—Soi cristiana, repuso Dorotea, i ni las alegrías ni las delicias de la tierra pueden conmover mi corazon. Todo mi sér aspira al cielo.

Procuró Apricio persuadirla, ya con promesas que hubieran podido alucinar a mas de una jóven romana, ya con las mas violentas amenazas: sus locas pasiones le hacian pasar instantáneamente, i casi sin transicion, a los extremos mas contradictorios. Su amor menospreciado se convertia en su seno en odioso furor, i luego, sin embargo, aquella resistencia desconocida en las depravadas costumbres de la Roma de los emperadores, excitaba i fomentaba su pasion. En fin, no pudiendo ni vencer la incontrastable resolucion de Dorotea, ni decidirse todavía a entregarla a los verdugos, quiso probar a persuadirla por otros medios.

Dos jóvenes i débiles doncellas cristianas habian abjurado recientemente su creencia a la vista de los tormentos; eran dos hermanas llamadas Cristina i Calixta. No atreviéndose a volver a presentarse entre sus parientes i amigos, se habian quedado bajo la vergonzosa proteccion del perseguidor de sus hermanos, i vivian escondidas en el fondo de su palacio.

Apricio las mandó llamar, i les confió la jóven cristiana: su esperanza era que manifestando a Dorotea los placeres i el lujo en que vivian, las dos hermanas lograrian hacerle abjurar el culto de un Dios que mandaba el renunciamiento i la pobreza.

Dóciles a las órdenes del procónsul, llevaron las dos jóvenes i hermosas doncellas a Dorotea al interior del palacio, i la condujeron a salas adornadas con magnificencia, donde ardian en braserillos de oro ricos perfumes; el piso estaba alfombrado de flores, i multitud de cascadas de blando murmullo caian en pilones de pórfido a fin de conservar una grata frescura; todo en aquellos sitios halagaba los sentidos, i las dos doncellas, vestidas i tocadas como las sacerdotisas de Venus, comenzaron a encarecerle las delicias de su nueva existencia, diciendo:

—El culto de nuestros nuevos dioses es fácil: ¡hacer lo que agrada! No hai en él penitencias, ni lágrimas, ni ayunos, ni renunciamiento a sí mismo, ni mortificaciones como en la lei de Cristo, sino delicias i placeres que se suceden sin interrupcion: por oraciones, danzas i festines; para honrar a los dioses, amar, reir, cantar i ceñirse las sienes de tempranas flores. La vida es breve, dicen los doctores de esta lei, i es preciso hermosearla.

Dorotea miraba a sus nuevas compañeras, i sus ojos expresaban un triste asombro; pero ellas, para acabar de hacer su papel o acaso para aturdirse, continuaban:

—La corona del martirio es demasiado espinosa, i los clavos del verdugo demasiado agudos; Dorotea, no pruebes a luchar, porque esos combates son demasiado ásperos para unas pobres flacas criaturas como nosotras, ántes bien, sigue nuestro ejemplo, corona tu hermosa frente de floridos pámpanos, goza de tu juventud, i pasa una vida alegre i libre de cuidados; i las dos hermanas procuraban sonreirse i loquear como dos jóvenes bacantes.

Pero cuando se ha conocido la verdad, cuando en la infancia se ha sabido conocer i amar a Dios, cuando se ha pronunciado su nombre en presencia de sus obras, i se le ha bendecido en lo alto de la montaña o en lo hondo del valle, cuando le hemos invocado junto a una madre enferma o implorado su divina gracia por el regreso del hermano ausente; cuando su nombre se ha mezclado a todas nuestras alegrías i a todos nuestros dolores, podemos talvez apartarnos un dia de sus caminos, pero olvidarle, jamás! "¡Si yo te olvido, oh Jerusalen! quiero que mi diestra se olvide a sí misma; quiero que mi lengua quede pegada a mi paladar, si no me acuerdo de tí i si no hago de tu recuerdo el

motivo de mi alegría." (4) Algo en el fondo del corazon le recuerda siempre. En vano aquellas jóvenes procuraban olvidarle; una voz resonaba sordamente en su alma i venia a turbarlas en medio de sus falaces placeres, i luego sentian la vergüenza de su apostasía, i el sonrojo cubria su frente delante de aquella niña tan jóven, mas jóven que ellas, i a pesar de eso tan fuerte i tan invenciblemente animosa.

Dorotea les echaba una mirada llena de una gran dulzura, i sin embargo, penetrante como un rayo del sol.

Aquella mirada las ponia inquietas i las hacia palpitar, i en vano procuraban sustraerse a ella: se ajitaban, hablaban aprisa, i con voz trémula, porque luchaban inútilmente: ámbas en el fondo de su conciencia se sentian abandonadas del Dios a quien habian dejado, i dignas del desprecio de sus hermanos.

Probaron a cantar un himno a Venus, pero la mirada de Dorotea, siempre fija en ellas, las turbaba, i la voz se les apagó en la garganta; quisieron tejer alegres danzas al son de la cítara, pero el contento huia de ellas, i sintiéndose profundamente desalentadas, se pararon confusas.

Entónces la jóven santa, viéndolas inmóviles i cabizbajas, se acercó a ellas de repente, las estrechó a ámbas en sus brazos, i arrodillándose exclamó llorando:

—¡Oh Dios mio! perdonadlas i fortificad su flaqueza.

No estaban preparadas Cristina i Calixta a una mansedumbre tan celestial; así fué que no resistieron a ella, ántes bien refujiándose las dos en los brazos de la santa, como náufragos en el puerto de salvacion, prorrumpieron en sollozos por mucho tiempo comprimidos.

Las tres confundieron sus lágrimas; lloraron i oraron juntas hasta la mañana, i luego las dos hermanas dijeron a Dorotea:

—¡Ah! hemos pecado contra el mismo Dios; ¿cómo esperar jamas borrar nuestra culpa i obtener su perdon?

—¡Volviendo al combate i alcanzando la victoria!

—¡Ah! ¡ya no somos dignas de morir por nuestro Dios!

Pero Dorotea decia:

—Nuestro Dios es el Dios de la misericordia; no hai herida que él no pueda sanar, no hai crímen que él no pueda borrar; se llama el Salvador porque salva, i el Redentor porque redime, i mas culpadas seríais todavía dudando de su misericordia de lo que lo habeis sido renegándole por debilidad en los tormentos; —i con estas i otras palabras procuraba Dorotea fortificar sus abatidos ánimos.

Cuando a la mañana fueron los guardias a buscarlas para conducirlas a presencia del procónsul, halláronlas a las tres en oracion, llorando i jimiendo, no por miedo a los tormentos, sino por el solo temor de no ser juzgadas dignas de sufrirlos.

(4) Salm. 136, 5, 6.

I Dorotea decia alzando los ojos i las manos al cielo:

—¡Dios mio! ved su arrepentimiento con ojos favorables, i no les rehuseis la palma de un jeneroso martirio.

I siguiendo a los guardias atónitos, echaron a andar las tres cojidas de la mano, i cantando las alabanzas del Dios vivo.

Lleváronlas así hasta el templo donde el procónsul habia hecho preparar al mismo tiempo un sacrificio a los dioses i un horno encendido para asustar a la vírjen enseñándole las llamas prontas a devorarla.

Cuando Apricio, que las esperaba junto a los altares, las vió llegar de aquella suerte entonando un cántico al Dios de los cristianos; cuando vió claramente que Dorotea, léjos de dejarse seducir por el ejemplo de sus compañeras, las habia convertido a ámbas a su primera creencia, se enfureció terriblemente, i mandó que las hiciesen rendir sacrificio a los dioses al instante o que las arrojasen al punto en la ardiente sima que las esperaba.

Entónces Cristina i Calixta se miraron sonriendo, fueron a saludar a Apricio i le dieron gracias: luego con voz sonora i alegre que parecia un canto:

—¡Oh Dios misericordioso i bueno, que perdonas la ofensa i no te acuerdas mas que del arrepentimiento del culpado, recibe nuestro sacrificio como una ofrenda todavía pura, i no nos cierres las celestiales moradas!

I asidas de la mano como dos niños que van a emprender jugando una larga carrera, se acercaron al verdugo, que las precipitó a ámbas en las llamas.

I Dorotea, comprendiendo la ventura de aquellas almas convertidas a Dios, cantaba arrodillada el himno de la libertad.

Despues de aquella bárbara ejecucion, quedó Apricio aterrado, confundido delante de aquel fuego que consumia a las dos santas vírjenes; pero aquella indomable resistencia que acababa de trasformarle en un infame verdugo, aumentaba su ira. Fuera de sí, aquel hombre a quien nadie todavía habia osado resistir, llama a los torticeros, porque le parece que el suplicio que acaba de imponer es demasiado pronto; ¡no ha oido los gritos de las víctimas, no han podido pedirle inútilmente piedad i perdon, a él que ya nunca jamas tendrá perdon ni hallará piedad! Hace traer tenazas de hierro i desgarrar a su vista los delicados miembros de Dorotea, de aquella hermosa vírjen a quien poco ántes creia amar; ahora como el tigre que tiene su presa entre las garras, se apacienta en su martirio, i saborea, viendo correr su sangre, un placer feroz!....

Pero miéntras que los ejecutores rompian sus miembros i desgarraban sus carnes, alzaba la doncella los ojos al cielo i seguia entonando el cántico empezado; i su voz vibraba brillante i sonora como un divino rapto de júbilo.

—¿I será posible que se ria de mí hasta el fin? exclamó el procónsul.

Apodérase de él entónces una frenética saña: para vencer la constancia de Dorotea, inventa nuevos tormentos. La desgarran los costados, la queman las carnes, hacen pedazos sus piés i sus manos de marfil, i pronto todo su cuerpo no es mas que una horrible llaga que atarazan los sayones con clavos incandescentes. El tirano espera hacerla en fin implorar merced, i burlarse de sus súplicas i de su debilidad.

Pero cuantos mas tormentos acumulaba, mas se mostraba la alegría del alma en la santa víctima, i pronto los verdugos cansados tienen que pedir merced; vencidos, ya sin aliento, se niegan a continuar una inútil tortura. ¡Rabia impotente! embriagado por la vista de la sangre, ciego de furor, i perdida ya toda esperanza, Apricio manda, para acabar de una vez, que la corten la cabeza, i al mismo tiempo decia entre sí mordiéndose los puños:

—¡Tiene razon, son mas fuertes que nosotros i siempre se nos escapan con la muerte!

Cuando la llevaban por fin a morir, acercóse a ella un hombre llamada Teófilo, enemigo encarnizado de los cristianos; la víspera, en el palacio de Apricio, la habia oido decir que iba a un sitio de delicias, donde los frutos son siempre sabrosos i las flores siempre fragantes i hermosas. Sin comprender que aquellas flores de que hablaba la santa son las de las virtudes, aquellos frutos los de la sabiduría, i que aquellas aguas vivas cuya fuente es inagotable son las mismas de que hablaba el Salvador a la Samaritana para darle deseos de lavar en ellas sus culpas i aspirar en su cristal la vida de su alma muerta para el bien, aquel hombre le dijo con insultante ironía:

—Dorotea, cuando llegues a los deliciosos jardines de tu querido esposo, envíame, te ruego, algunas de aquellas rosas que dices que son tan bellas i fragantes.

I los verdugos la escarnecian tambien a su vez; pero Dorotea le respondió con un acento celestial:

—¡Oh, Teófilo! yo llevaré tu súplica a Dios; le imploraré para que te envie una de esas flores que deseas sin conocerlas, i ojalá que mi sangre que corre aquí a tu vista sea un rocío que las haga reproducirse en tu pecho. ¡Adios!

I la vírjen, dichas estas palabras, habiendo llegado al lugar del suplicio, inclinó su hermosa i dulce cabeza bajo el hacha que la hizo caer, i expiró.

Ahora veamos lo que añade la leyenda a la relacion de este suceso.

Un dia en que Teófilo, rodeado de alegres i bulliciosos amigos se divertia en recordar estas cosas, sucedió que un niño de modesto porte, hermoso como un ánjel, se halló de repente junto a él sin que supiese como habia entrado en el sitio donde estaban

reunidos. Llevaba i dejó en sus manos un canastillo todo lleno de rosas purpurinas cuya fragancia se esparció en torno.

I le dijo:

—Dorotea la santa te envia estas flores i quiere que te diga en su nombre ¡oh Teófilo! que es preciso que el olor de tus virtudes suba hoi hácia Dios como el perfume de estas rosas.

I el niño desapareció como habia llegado, sin dejar mas señales de su paso que aquellas admirables flores.

Atónito quedó Teófilo contemplándolas. Pasaba esto en invierno, i la estacion era tan cruda que, cosa singular en aquel hermoso clima, la campiña estaba cubierta de nieve como de una mortaja, i luego aquellas flores, aquellas flores marabillosas, tenian una hermosura particular, i su suave embalsamado perfume no halagaba solamente el olfato, ántes bien penetraba en el alma i derramaba en ella una paz i una fuerza divinas. Poco a poco sintió Teófilo irse desvaneciendo en su pecho las malas pasiones, a las que sucedió el amor a lo bello i a lo bueno: su corazon se rejeneraba en fin, i Teófilo pasmado exclamó:

—Yo tambien quiero ser cristiano, quiero morir como ella para ir a contemplar al Dios de todo amor, de toda gloria i de toda bondad.

I aquel hombre tan poseido de odio contra los cristianos, fué a pedir el martirio, i murió glorificando al Dios de Dorotea.

¡Oh jóven santa, tan fuerte para contigo misma, tan dulce i tan benigna para con los demas, desprende de tu corona inmortal una rosa del amor divino bañada en tu jenerosa sangre! Sacude tu celestial rocío sobre nuestros corazones vacíos de amor, desecados por el viento de la tierra, marchitado por el impuro contacto del mundo, para que haga jerminar en nosotros la flores i los frutos de todas las virtudes. Tú amabas a los pecadores i los convertias a Dios por el amor. ¡Oh! haznos amar tanto a nuestros hermanos alucinados, que a fuerza de amor i de ternura los reduzcamos a la fé. Haz que los que están solos en el mundo i niegan al Señor porque no le conocen, aprendan cual es tu mansedumbre hallando en nosotros una mansedumbre inagotable; que los que sufren i blasfeman, porque todos los hombres i todas las cosas les han sido duros i amargos, aprendan cual es la misericordia divina, viendo con cuanta dulzura, nosotros que seguimos su lei, nos acercamos a ellos. En fin, bienaventurada santa, derrama sobre nosotros un poco de esa plenitud de dones que has recibido, a fin de que viéndonos, a nosotros, por lo comun tan pobres de virtudes i tan flacos i miserables reconozcan los hombres que todos los dones perfectos emanan del Señor, i que él los derrama donde quiere por la intercesion de sus santos.

ANA MARÍA.

CANSADO ME SIENTO....

Cansado me siento
Tras tanto bogar
Por mares que ajita
Desecho huracan.
¡Al puerto deseado
Mi nave llevad,
Mi nave, juguete
De atroz tempestad!

Placeres efímeros,
Engaño falaz,
Quimeras de glorias
Que pude soñar,
Seguid al que os busca
Con ansia tenaz.
Yo triste, os he visto
Mil veces pasar,
Brillantes meteoros
De brillo fugaz.

Mirando la orilla,
Do anhelo llegar
No pido a los cielos
Un bien que se va
Cual huyen las ondas
Del rio hácia el mar.
Mi dicha, cifrada
Mui léjos está,
Allá donde brilla
La eterna verdad
Sin nubes que empañen
Su lumbre inmortal.

¡Oh Dios! que mi ardiente
Plegaria escuchais,
Que veis mi existencia
Sin goce, sin paz,
La sed que me aqueja
Piadoso calmad;

Al puerto deseado
Mi nave llevad;
¡Llevadme a la orilla
Do anhelo llegar!

1870.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA DONCELLA DE MALINAS.

(De THE PILGRIMS OF THE RHINE, por Sir E. Bulwer Lyttan.)

(Continuacion.)

Encontrábase un dia St. Amand en el pequeño salon de la señora Le Tisseur, madre de Lucía;—sus relaciones con la familia le permitian ya presentarse en la casa para corresponder las visitas de la señora Le Tisseur, i su perro, vuelto ya al poder de su amo, conducia siempre sus pasos a la humilde habitacion, en cuya puerta se detenia instintivamente. Despues de una pausa i con no poco embarazo, dijo St. Amand:

—Me propongo detenerme algun tiempo en Malinas; el aire me sienta bien i me place la tranquilidad del lugar. Pero bien sabeis, señora, que en una hospedería, rodeado de extraños, mi situacion es por demas triste. He reflexionado.... Aquí volvió a detenerse St. Amand. He reflexionado que si yo pudiese conseguir que alguna familia agradable me recibiese como huésped, permaneceria aquí durante algunas semanas. No soi de gustos difíciles.

—Sin duda, hai en Malinas muchas que se considerarian mui felices en tener un huésped como vos.

—¿Quereis recibirme? preguntó bruscamente St. Amand, pensaba en vuestra familia.

—¿En nosotros? ¡Ah! caballero, sois en extremo complaciente. Pero apénas tenemos una pieza bastante buena para vos.

—Para mí no hai diferencia entre una pieza u otra. La mejor es aquella en que resuena mas dulcemente la voz humana.

Mui presto se pusieron de acuerdo i St. Amand comenzó a vivir bajo el mismo techo que Lucía. ¿I acaso no era ella feliz por la constante vijilancia que *él* necesitaba? ¿Acaso no la hacia feliz el poder ser útil siempre? St. Amand gustaba apasionadamente de la música. El mismo tocaba con una destreza que solo era excedida por la exquisita melodía de su voz; ¿no era feliz Lucía cuando escuchaba en silencio aquellos sonidos nunca oidos ántes en Malinas? ¿No era feliz contemplando aquel rostro, cuya melancólica expresion disipaba instantáneamente una sonrisa producida por su voz? ¿No era feliz, cuando cesando la música, St. Amand pronunciaba "Lucía"? ¿No era para ella mas dulce que la música su nombre articulado por aquella voz? ¿No era feliz cuando paseaban en las calladas tardes del estío i su brazo se estremecia al leve contacto de aquél que tanto la necesitaba? ¿No la enorgullecia su felicidad, i no habia algo semejante al culto en la gratitud que le inspiraba aquel hombre que enaltecia su humilde espíritu hasta hacerla sentir las delicias de saber ser amada?

Los padres de St. Amand eran franceses. Habian vivido no léjos de Amiens, donde habian heredado una regular propiedad en cuyo dominio les habia sucedido dos años ántes de la fecha en que tiene lugar esta historia.

—Era ciego desde la edad de tres años, ignoro, decia a Lucía una tarde en que se encontraban solos despues de haberle narrado lo anterior, ignoro a qué se asemeja la tierra, o los cielos, o los rios cuya voz me es dado, al ménos, escuchar; pues, mis recuerdos no alcanzan mas allá de una confusa, vaga, pero deliciosa mezcla de mil colores explendentes i una luminosa i ardiente sensacion de gozo, una MÚSICA VISIBLE. Pero, solo despues de mi niñez he llorado, como lloro ahora sin tregua la luz del dia. Mi infancia se deslizó entre tranquila alegría. Cualquier juguete bastaba entónces para mis placeres i para ocupar mi inercia intelectual. Pero, cuando comencé a deleitarme en oir leer; miéntras escuchaba las animadas descripciones de la poesía; cuando me inflamaba la narracion de los heróicos hechos, i empecé a aprender en los libros la enerjía, la accion, el calor, el fervor, la pompa, el entusiasmo de la vida, entónces mi espíritu fué abriéndose gradualmente al sentimiento de todo cuanto me estaba vedado para siempre. Sentí que existia sin vivir; i que en medio de la universal libertad, yo estaba condenado a una prision de cuyas desnudas murallas la fuga era imposible. Sin embargo, miéntras vivieron mis padres tuve algun consuelo, al ménos no estaba solo. Murieron, i repentina i temerosa soledad, inmensa i vacía tristeza invadió mi prision. De todas las humanas simpatías, solo me restaba un antigao criado, testigo de mi niñez i que me habia conocido durante mi breve privilejio de luz i por cuyos recuerdos mi mente podia guiar su camino por entre los sombríos i mezquinos conductos de la memoria hasta las

desvanecidas vislumbres del sol. Esto no era suficiente para retenerme en un hogar en que ya no se oian las dulces voces de mi padre i mi madre. Una inquieta impaciencia i una ansiedad por moverme se adueñaron de mí; abandoné el hogar paterno para viajar sin saber a dónde, arrastrado por el deseo de poder, al ménos, cambiar el aire que me oprimia como una carga palpable. No quise otro compañero que mi viejo criado, quien murió en Bruselas tres meses despues, consumido por los años. ¡Ah! yo habia olvidado su vejez, porque no veia su marcha progresiva hácia el aniquilamiento; i ahora, con excepcion de mi infiel perro, me hallaba enteramente abandonado, hasta que llegué a este lugar i *te* encontré.

Lucía se inclinó para acariciar al perro; en su interior bendecia el abandono que *lo* habia entregado a un amigo que jamas podria abandonar.

Pero, por grande i lleno de gratitud que fuese el amor de St. Amand a Lucía, el poder de ésta no era bastante para desterrar de su rostro la melancolía i reconciliarlo con su triste situacion.

—¡Ah, que no pueda verte! ¡Que no pueda ver un rostro que en vano intenta mi corazon imajinarse!

—Si lo pudieses, contestó Lucía suspirando, dejarias de amarme.

—Imposible, exclamó St. Amand con apasionado acento; como quiera que el mundo te juzgue, tú serias mi tipo de belleza; no juzgaria de tí por los demas, sino de ellos por tí.

Gustaba de oir leer a Lucía i agradábanle mui especialmente las descripciones de guerras, viajes, extrañas aventuras, aunque le eran ocasion de profundo dolor. Frecuentemente se interrumpia al escuchar sus suspiros i sentíase dispuesta a renunciar a la felicidad de ser amada por él, a trueque de poder devolverle aquella bendicion cuyo deseo lo perseguia como un espectro.

La familia de Lucía era católica, i como en la jeneralidad de las de su misma clase, en sus almas ardia con vivo fuego la antorcha de la fé. Solian ocupar las tardes en la narracion de las variadas leyendas i milagros de su calendario; i en cierta ocasion, en que departian en compañía de dos o tres de sus vecinos, "La tumba de los tres reyes de Colonia," se hizo el objeto principal de estos marabillosos relatos.

Como creereis fácilmente, en el tierno corazon de Lucía producian fuerte impresion esos relatos inspirados en la sencilla creencia de aquellos con quienes desde la cuna habia traido compañía, i así escuchaba la no interrumpida série de marabillas acaecidas en la sagrada tumba con igual interes que los demas.

I los reyes del Oriente eran santos que salian de lo comun; i nada mas poético que la creencia de esas piadosas jentes en el especial poder i salutífera santidad de las reliquias de los tres magos que siguiendo la estrella de Betlehem fueron los prime-

ros poderosos de la tierra que adoraron al Divino Salvador. Cada uno de los circunstantes (St. Amand, que durante el dia habia estado mas silencioso i aun triste que de costumbre, se habia retirado a su pieza, pues habia momentos en que la tristeza de sus pensamientos lo forzaba a buscar la soledad de que huia en otras ocasiones con tanta impaciencia), cada uno de los circunstantes tenia alguna historia que narrar de una curacion conseguida, o una súplica acordada, o algun pecado perdonado al pié de la sagrada tumba. Una de estas narraciones impresionó singularmente a Lucía; su narrador, un anciano venerable de cabellos grises, se habia declarado solemnemente testigo de su veracidad.

Una mujer de Ambéres habia dado a luz un hijo, fruto de relaciones ilícitas, que habia nacido sordo-mudo. La desgraciada madre creyó aquella calamidad castigo de su falta. "¡Ah, decia ella, pluguiese al cielo, que el castigo hubiera caido únicamente sobre mí! ¡Cuán miserable soi, mi hijo inocente sufre el castigo de mi culpa." Esta idea la atormentaba dia i noche; se consumia lentamente i no encontraba consuelo. A medida que el niño crecia i se estrechaba mas i mas a su corazon, sus caricias añadian nuevos dolores a su remordimiento; al cabo (prosiguió el narrador) como continuamente oia decir de la santa fama de la tumba de Colonia, resolvió hacer una peregrinacion con los pies descalzos a las sagradas reliquias. "Dios es misericordioso, se dijo, i El que llamó su hermana a Magdalena bien puede librar al hijo de la maldicion de la madre." Fuése, pues, a Colonia; allí derramó lágrimas, i ofreció sus penitencias i oraciones ante la sagrada tumba. De vuelta a su ciudad natal, ¿cuál seria su consternacion, al encontrar su choza convertida en un monton de ruinas? Las vigas ennegrecidas, las puertas desplomadas atestiguaban las injurias del fuego. La pobre mujer cayó en tierra abrumada enteramente. ¿Habia perecido su hijo? En ese momento oye el sonido de una voz de niño i ¡oh felicidad! su niño se precipita a sus brazos llamándola "madre."

Lo habian salvado del fuego que habia estallado siete dias ántes; el terror habia roto los impedimentos que entorpecian su lengua; habia proferido sonidos articulados de angustia; la maldicion habia desaparecido, i los campesinos vecinos ya le habian enseñado una palabra al ménos, para festejar la vuelta de su madre. ¿Qué le importaban ahora la pérdida de sus bienes, i su albergue en cenizas? Ante tan benigno castigo se humillaba con sumiso agradecimiento; su oracion habia sido escuchada i ya el hijo no expiaba el delito de la madre.

Ya tengo dicho, querida lectora, que esta historia habia impresionado profundamente a Lucía. Un infortunio tan semejante al de St. Amand, perdonado por las oraciones de otro, le inspiraban pensamientos de abnegacion i una deliciosa esperanza. "¿Acaso no existe todavía la tumba?" pensaba ella. "¿No está

Dios como siempre en el cielo? El que escucha al delincuente, ¿podrá desoir al inocente? ¿No es El el Dios de amor? ¿No son los afectos del corazon las ofrendas mas agradables para El? Es verdad que la medianera del hijo era su madre. ¿Pero, puede una madre amar a su hijo, con mayor ternura que yo a Eujenio? Pero, ¡oh Lucía! oida tu oracion, si él recupera la vista tu encanto se desvanece i él dejará de amarte. ¡No importa, sea así, al ménos lo habré hecho feliz."

Tales eran los pensamientos que se combatian en la mente de Lucía; ella los alimentó hasta que por fin se cambiaron en resolucion, i secretamente hizo voto de poner en efecto su peregrinacion de amor. Ocultó su intencion a St. Amand i a sus padres; bien sabia los obstáculos que tal noticia le habria suscitado. Por fortuna, tenia una tia establecida en Bruselas, i a la cual ella acostumbraba hacer todos los años una visita de un mes, i en esa ocasion llevaba consigo el fruto de su trabajo de doce meses, que en Bruselas encontraba una venta mas rápida que en Malinas. Lucía i St. Amand eran ya prometidos i sus bodas iban a celebrarse mui en breve; i como las costumbres de la comarca inspiraba a los padres, aunque pobres, la honrosa ambicion de dar a sus hijas una pequeña dote, no fué difícil para Lucía ocultar el objeto de su viaje bajo pretexto de llevar a Bruselas el encaje, fruto de su trabajo i del de su madre durante el año. Esperaba obtener al ménos lo suficiente para subvenir a los preparativos de la boda.

—Tienes razon, hija, dijo la señora Le Tisseur. Cuanto mas rico es St. Amand, ménos debes entrar en su casa como una mendiga.

En verdad, la honrada ambicion de esas buenas jentes se hallaba excitada; su orgullo se sentia lastimado por la envidia de la ciudad i las felicitaciones de estilo por un matrimonio tan ventajoso; ocupábanse en calcular la fortuna que podrian dar a su hija única i halagaban su excusable vanidad con la idea de que en fin de cuentas, no habria en la union una desproporcion demasiado grande. Tenian razon, pero, no segun su modo de calcular; la riqueza que aportaba Lucía era algo que la mudable fortuna no podia disminuir, ni la desgracia alcanzar; el rigor de las estaciones no podia esterilizar sus dulces frutos, ni la imprudencia disiparla, ni el fraude hurtar un grano de sus abundantes arcas. Semejante a la bolsa de los Cuentos de Hadas, estaba abierta a toda hora i su tesoro era inagotable.

Solo St. Amand no queria consentir en la separacion; el proyecto de la dote lo irritaba; en vano le aseguraba Lucía que solamente la movia el deseo de complacer a sus padres sin empobrecerlos.

—¿I tú puedes dejarme? exclamaba con aquella voz que habia sido el primer encanto del corazon de Lucía. ¡Para mí seria doble ceguera!

—Solo por mui pocos dias; a lo sumo dos semanas, querido Eujenio.

—¡Quince dias! Ah, no computais el tiempo, como hacen los ciegos, dijo St. Amand con amargura.

—Pero, oid, oid, querido Eujenio, articuló Lucía entre sollozos.

El ruido de su llanto le hizo conocer su ingratitud. ¡Ah! él ignoraba cuánto tenia que agradecer. Extendió hácia ella sus brazos.

—Perdon, dijo, aquéllos a quienes es dado contemplar la naturaleza, ignoran cuan terrible es estar solo.

—Pero, mi madre no se separará de vos.

— Ella no es Lucía.

—¿I Julia? preguntó Lucía con voz vacilante.

—¿Qué me importa Julia?

—¡Ah! sois el único, excepto mis padres, que pueda pensar en mí, a su presencia.

—¿I por qué, Lucía?

—¡Por qué! es mas hermosa que una vision.

—No lo digais. ¡Quién me diese ver, a fin de probar al mundo cuanto mas bella eres tú! No hai música en su voz.

Lucía, St. Amand i la madre de ésta departieron hasta mui tarde durante la noche que precedió a la partida. El porvenir prestó el tema de sus conversaciones; formaron planes; olvidados de los vientos que disipan i los hielos que marchitan ordenaban el jardin del amor doméstico en medio de la vasta exterilidad del mundo, i lo llenaban con flores. I despues que St. Amand, apoyado en el brazo de Lucía, se retiró a su pieza i se hubieron separado en su puerta, que se cerró ante ella, Lucía cayó de rodillas en el umbral i dejó exhalarse la plenitud de su corazon en una plegaria por su conservacion i por el cumplimiento de su tímida esperanza.

Al romper el alba, ocupaba un asiento en el vehículo que hacia el corto viaje entre Malinas i Bruselas. Cuando llegó a la ciudad, en lugar de buscar a su tia, se detuvo en una hospedería de los suburbios, i confiando su cestillo de encajes a los cuidados de la posadera, dió principio sola i a pié a la peregrinacion de su amoroso corazon.

Tal era su temor de disminuir el fruto de su obra, haciéndola mas fácil, que con dificultal se permitia algun reposo o alimento. A veces, durante el ardor del mediodia, se apartaba un tanto del camino i bajo la ancha capa de los tilos se entregaba a sus tiernos i amargos pensamientos; pero, siempre el pensamiento de su empresa la traia en contínuo desasosiego, i extenuada, fatigada i con los pies ensagrentados se levantaba i tornaba a su camino. Al fin llegó a la antigua ciudad, donde una época mas sagrada apénas ha borrado las huellas romanas de las costumbres i aspecto de los habitantes. Se postró ante la tumba de los magos;

dirijió su ardiente pero humilde plegaria a Aquél ante cuyo Hijo, hacia dieziocho siglos se habian inclinado en adoracion aquellas descarnadas cabezas (preservadas al ménos para la fé.) Durante una semana i dos veces en cada dia se encaminaba al mismo lugar i prorrumpia en la misma plegaria. El último dia, un anciano sacerdote, que por visitar frecuentemente la iglesia habia tenido ocasion de observarla en su constante oracion, con aquel paternal interes que los ministros de la relijion católica, (relijion que ha cubierto el mundo con los templos de la caridad) experimentan por los desgraciados, se acercó a ella, a tiempo que se retiraba con los ojos húmedos i mústios, i snludándola se prevalió del privilejio de su órden para inquirir si en algo podian serle útil sus consejos o auxilios. En el aspecto venerable del anciano habia algo que inspiraba confianza a Lucía; abrióle su corazon i le refirió todo. Su sencillez i fervor conmovieron profundamente al buen sacerdote. Interrógala minuciosamente respecto de la especie de ceguera que sufria St. Amand; i despues de reflexionar un breve espacio, dijo:

—Hija mia, Dios es grande i misericordioso; confiemos en su poder, pero, sin olvidar que jeneralmente obra mediante ajentes humanos. Cuando paseis por Lovaina, de vuelta a vuestra casa, no dejeis de ver a cierto médico de nombre Le Kain. Todo Flándes lo celebra por las curaciones de ciegos que ha hecho, i tanto de léjos como de cerca son solicitados sus consejos. Vive vecino del *Hotel de Velle*, pero, cualquiera os señalará su residencia. Esperad, hija mia, le llevareis una carta mia; es un hombre benéfico i bondadoso; narradle exactamente la misma historia (i con la misma voz) que me habeis referido.

Así diciendo, el sacerdote condujo a Lucía a su casa, donde la obligó a tomar algun alimento mas copioso que los que habia tomado desde la salida de Malinas. Dióle su bendicion con una carta para Le Kain, con la cual creia fundadamente asegurarle la benévola audiencia del médico. El nombre del sacerdote era mui conocido entre los hombres de ciencia i una palabra suya de recomendacion era mas eficaz, ahí donde se honraba la sabiduría i la virtud, que la mas larga carta del mas altanero señor de Flándes.

Con el espíritu resignado i lleno de esperanza, la jóven peregrina volvió las espaldas a la romana ciudad; i la idea de que luego veria a St. Amand la impedia sentir el calor del sol i la fatiga del camino. Las doce del dia serian cuando volvió a pasar por Lovaina, i mui luego se encontró con el noble edificio de la casa de ayuntamiento. Sus torres se levantaban orgullosas en medio de la atmósfera i el sol se reflejaba brillante en su rica estructura i góticas fenestras. Toda clase de jentes se agolpaban en la espaciosa calle i no sin cierta modesta alarma Lucía bajó su velo i se confundió entre la multitud. Era fácil, como habia dicho el sacerdote, encontrar la casa de Le Kain. Pidió al criado que lleva-

se a su amo la carta del sacerdote i no hubo de esperar mucho ántes de ser admitida a la presencia del médico. Era éste un hombre descarnado, alto, de frente calva i fisonomía tranquila i bondadosa. El modo con que ella relató su historia describió la aflixion de su prometido i la esperanza que le habia inspirado su reciente peregrinacion, no lo conmovieron ménos que al sacerdote.

—Bien, dijo con protector acento, veremos el enfermo. Podeis traermelo aquí.

—¡Ah! señor, yo esperaba.... i Lucía se detuvo de improviso.

—¿El qué, amiga mia?

—Conseguir el triunfo de llevaros a Malinas. Bien sé lo que vais a decirme, i no ignoro que vuestro tiempo es valioso; mas, no soi tan pobre como parezco, i Eujenio.... es decir el señor St. Amand es mui rico, i.... i yo tengo en Bruselas una suma bastante grande, estoi segura; destinada estaba para los gastos de boda, pero la pongo mui de corazon a vuestra disposicion.

Le Kain sonrió; era de esos hombres a quienes gusta leer el corazon humano, cuyas hojas se conservan hermosas i puras, i su benévola ciencia lo habria impulsado a un mas largo viaje que el de Lovaina a Malinas para dar vista al ciego, i aun cuando St. Amand hubiese sido un mendigo.

—Bien, bien, dijo, pero olvidais que el señor St. Amand no es el único en el mundo que me necesita. Antes necesito ver mi *lista* para saber si puedo disponer de un dia o dos.

Diciendo así recorria su *memorandum*; todo sonreia a Lucía; por entónces, no tenia compromisos que no pudiesen ser desempeñados por su compañero. Consintió, pues, en acompañar a Lucía hasta Malinas.

Intertanto, el tiempo habia trascurrido triste i lento para St. Amand: continuamente preguntaba la hora a la señora Le Tisseur; ésta era cuasi su única pregunta. Parecíale que el cielo no tenia sol, ni frescura el aire; aun abandonó su música favorita; el instrumento habia perdido su dulzura desde que Lucía no podia escucharlo.

Era natural que las comadres de Malinas experimentasen alguna envidia por el próximo matrimonio de Lucía con uno cuya módica fortuna se veia convertida por la voz popular en inmensas riquezas; cuyo nacimiento de respetable habia ascendido a noble i cuya hermosa presencia habia sido adornada por el interes que excitaba su infortunio con la belleza de Antinous. Aun ese infortunio, que habria sido suficiente para nivelar toda distincion, no bastaba para contener la envidia jeneral. Quiza la ceguera del marido no habria parecido a muchas de las jóvenes damas de Malinas una enfermedad importuna. Pero, una habia en quien la envidia se ajitaba con peculiar aguijon; era la hermosa, la siempre vencedora Julia. Aquella vanidad que hasta entónces jamas habia recibido una pequeña herida se sentia mortificada

con singular crueza al ver que la humilde despreciada Lucía era preferida a ella i que la misma Lucía, cuya existencia era casi olvidada al lado de Julia, hubiese de esa manera adquirido repentina importancia i que hubiese en el mundo una persona jóven i rica i hermosa para quien ella era ménos que nada puesta en la misma balanza con Lucía. "Está bien, decia ella con amarga burla, que sea ciego el amante de Lucía. No podria serlo uno sin ser tambien lo otro."

Durante la ausencia de Lucía, ella habia frecuentado mucho la casa de la señora de Le Tisseur; en verdad, Lucía así se lo habia pedido. Habia procurado, con una industria de que ella misma se admiraba, suplantarse en el lugar de Lucía; i, extraña contradiccion de la naturaleza humana, al esforzarse por agradar habia aprendido a amar el objeto de sus esfuerzos, al ménos en cuanto ella era capaz de amar.

RAIMUNDO SALAS E.

(Concluirá.)

SALMO V.

Oye, Señor, mis voces,
Escucha, oh Dios, mis quejas;
Creador i rei mio
A mi humilde oracion oido presta.

Porque al venir el dia,
Al presentar la ofrenda,
Yo pediré tu amparo,
Te rogaré clamando me protejas.

Humilde i angustiado
Pondréme en la presencia
Del que odia en su justicia
La torpe iniquidad i la blasfemia;

Que contigo al Empíreo
No irán almas perversas,
Ni llegarán a verte
Las que en inmundo cieno se recrean.

Sí, Señor; tú aborreces
Del hombre la demencia,
Tú las almas castigas
Que a la verdad insultan i desprecian.

Al varon sanguinario
Pedirás dura cuenta,
Como al vil usurero
Que en oprimir al pobre se deleita.

Mas yo, Señor, confiado
En tu bondad inmensa,
Me acercaré a tu templo
Con júbilo i temor i reverencia.

Guíame por la ruta
Preciosa que a tí lleva,
Dirije ¡oh Dios! mis pasos
Que enemigos innúmeros me cercan.

¡Oh Dios! ¡i qué enemigos!
Podredumbre i miseria
Solo en sus almas guardan;
No hai verdad en sus bocas embusteras.

Solo respiran muerte,
Solo en traiciones piensan,
Como sepulcro abierto,
Que sin cesar exhala pestilencias.

¡Oh, júzgalos, Dios fuerte!
¿Tendrás aun paciencia?
Rompe la inícua trama,
Obra de su impiedad i su impotencia.

I alégrense las almas,
Que en tu bondad esperan:
En tí gozarán ellas;
Tú, Señor, morarás en sus conciencias;
I en tí se gloriarán los que celosos
De tu radiante majestad se muestran,
Pues siempre das tu bendicion al justo
I del mal lo defiendes con tu diestra.

1875.

JUAN R. SÁLAS E.

A UN MARINERO AL PARTIR.

Leva el ancla ¡oh marinero!
Descoje tu vela al viento,
Que la brisa con su aliento
Te convida a navegar.
¿No ves? con luz apacible
Riela en las ondas la luna
Sin que amague nube alguna
Un próximo temporal.

Ajita presto tus remos
I dando adios a esta orilla
Corte las aguas tu quilla
Dejando una estela en pos.
¡Parte! que es dulce i es bella
Tu existencia ¡oh marinero!
Sobre tu barco velero
El mar cruzando veloz.

Que es mui grato ver tu nave
A impulso del soplo blando
Suavemante resbalando
Entre las ondas del mar.
I cual se mueve en el lago
El cisne de blancas plumas,
Así corta las espumas
I así meciéndose va.

Tú cantas miéntras la antena
Cruje de la ola batida,
I canta si enfurecida
Se ajita la tempestad.
Si duermes tu blando sueño
Va arrullado del concento
Que levanta el manso viento
La leve espuma al rizar.

I allá en la noche callada
Cuánto gozas si las brisas
Sientes blandas e indecisas
En las jarcias susurrar.

I entónces, dí, ¿no es mui grato
En la popa recostado
De estrellas mil tachonado
El puro azul contemplar?

¿No se alza entónces tu alma
De la tierra desprendida
Hasta la mansion querida
De la suprema beldad?
¿I no brota de tus labios
Mas que nunca fervorosa
Una plegaria amorosa
Que cruza la inmensidad?

Qué bello es tender la vista
Por esa inquieta llanura
Do mira en cada onda pura
Su propia imájen el sol.
¡Qué bello, al caer la tarde,
Es ver de esplendor bañado
El horizonte, bordado
Con la luz del arrebol!

Cuán grande entónce aparece
A la vista enajenada
El Dios que pobló la nada
De tanto grandioso sér;
I cómo entónce en presencia
Del sol, del mar i del cielo
El hombre, rei de este suelo,
Deja su extro caer.

Con razon es tu barquilla
Tu mas preciado tesoro
I no tanto halaga el oro
I el placer tu corazon
Como cruzar el oceáno
Ondeando la lona al viento
I siempre escuchando atento
De las olas el rumor.

Atras dejando este faro
Vé ¡oh marino! a otra ribera
I que tu barca velera
Pueda el escollo evitar;
Torna despues venturoso
A aqueste tu hogar querido

Que tu ausencia deja herido
El corazon maternal.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

A LA PRIMAVERA.

¡Salud, bella primavera,
Reina de las estaciones,
I del placer mensajera
Que das vida a la pradera
I dicha a los corazones!

A la fuente das sonido,
Das al cielo tintes suaves,
I quejas de amor sentido
A las cariñosas aves
Que tejen un mismo nido.

A los encajes de flores,
Que mecen auras inquietas,
Tú brindas bellos colores,
I esos plácidos olores
Que inspiran a los poetas.

¡Dulce estacion del encanto,
Cuando al peso del quebranto
Mi débil cuerpo sucumba,
Con tus flores que amo tanto
Adorna mi fria tumba!

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

LEANDRO GOMEZ.

APUNTES PARA SU BIOGRAFÍA.

¿Cuántos habrá que conozcan al hombre en la narracion de cuya vida vamos a ocuparnos? ¿Cuántos de nuestros lectores habrán siquiera oido pronunciar su nombre?

Lo sabemos: la vida de Leandro Gomez es aquí completamente ignorada, apénas si algunos conocen su nombre i tienen una vaga idea del aconteciemto memorable en que halló su tumba aquel ilustre uruguayo; para muchos los hechos que vamos a relatar serán una verdadera sorpresa. ¿Quién estudia en América la historia americana? ¿Quién se preocupa aquí por conocer los hechos que acaecen en las demas repúblicas, por extraordinarios, por trascendentales que ellos sean? ¿Quién se ha dedicado a estudiar los adelantos de la civilizacion en los paises vecinos, a medir sus hombres, a conocer la organizacion de sus partidos? Casi nadie; fuera de aquellos que hacen de la historia una profesion o una carrera, fuera de otra media docena de *aficionados*, nadie conoce, no digo ya los hechos minuciosos de la historia americana, ni siquiera los mas importantes que se han realizado de cincuenta años a esta parte. En cambio, la historia contemporánea de la Europa casi todos la saben; nadie ignora lo que pasa en el último rincon de la Alemania, todos están impuestos de los mas insignificantes acontecimientos de la guerra civil de España, de la revolucion de Herzegovina o de lo que dijeron o dejaron de decir Mac-Mahon o Bismark.

Si es lamentable esta ignorancia en que vivimos, no necesitamos decirlo; si conviene reaccionar contra ella, si interesa a los americanos conocerse, puede juzgarlo cualquier hombre de mediano buen sentido. Nosotros no necesitamos entrar a probarlo, ni nos pareceria oportuno hacerlo ahora. Nuestro propósito es otro.

Queremos hacer algo por redimir un nombre del olvido; queremos dar aquí a la publicidad hechos desconocidos de la vida de un gran patriota i narrar la hazaña imperecedera de un héroe. No es él de la talla de Bolívar o San Martin o Washington; pero bien puede, sin tener que bajar avergonzado su altiva mirada, colocarse al lado de Ricaurte, el mártir colombiano.

No fué su vida como la de aquéllos una constante lucha por la

realizacion de una gran idea; no fué su vida una larga carrera de contratiempos, de combates i victorias; no fué el caudillo de una idea, no lo fué siquiera de un partido personal: su vida trascurrió casi olvidada entre las contiendas fratricidas que asolaban su pais natal, era apénas un soldado de una causa santa en su oríjen, pero pervertida mas tarde. Como la historia de Ricaurte es la del incendio del injenio de San Mateo, la de Leandro Gomez tiene una sola pájina que pasará a la posteridad i es la que dejó escrita sobre las ruinas de Paysandú.

La vida de aquellos primeros grandes hombres semeja la marcha del sol por los espacios, ora las nubes con densos tules oscurecen su luz, ora otros astros eclipsan su brillo; pero él sigue invariable su carrera, dando vida a cuanto le rodea; avanza en su camino i llega al fin a su anhelado término.

La de estos últimos nó: no es la luz que ilumina los espacios en el dia, es apénas un relámpago que disipa por un momento las tinieblas en noche pavorosa i marca a los buenos el camino del deber i de la gloria. La historia de aquéllos es la de una época, la de éstos ilumina solo una pájina gloriosa de la patria historia.

Leandro Gomez vivió cerca de cincuenta años para el mundo, para la civil contienda i el hogar; pero vivió solo cuarenta dias para la posteridad.

Por eso en estos breves apuntes que escribimos, sin la calma que desearíamos, vamos a ocuparnos especialmente en esa última i corta parte de su vida. Quede la primera para otra pluma mejor cortada o para otra hora; para escribirla tendríamos que narrar esa larga historia de odios, de sangre, de luto, en medio de la cual trascurrieron sus dias, i hoi no está nuestro ánimo para ello.

Contentémos con la segunda.

Tambien hai en ella sangre, luto, ira tremenda; pero esa sangre es la que lava la afrenta de la patria, la de los héroes; ese luto lo ha llevado el Uruguay por sus valientes hijos; esa indignacion es la que enciende en el pecho la mas torpe de las provocaciones, el mas cobarde abuso de la fuerza, el mas vil de los crímenes. Abramos esa pájina i copiemos: ¡lástima solo que nuestra pobre pluma no pueda darle todo su colorido, toda su sublime belleza, toda su grandiosidad!

Leandro Gomez nació de la ciudad de Montevideo i pertenecia a una familia respetable del Uruguay. Debió venir al mundo por los años de 1818 a 1820. Su infancia se deslizó en medio de la prolongada lucha que sostuvieron los arjentinos i uruguayos unidos contra el imperio del Brasil i que trajo por resultado la independencia de la Banda Oriental, i su niñez en medio de las contiendas fratricidas que se siguieron a ésta. La jóven república del Uruguay comenzaba esa larga jornada que dura aun, llevando en alto, es cierto, su bandera i en el corazon su fé inquebrantable; pero dejando el suelo cubierto con su sangre i sus vestidu-

ras en las zarzas del camino. En cinco años de batallas dominó la ambicion del extranjero; han pasado cuarenta i cinco sin que pueda sofocar la de sus propios hijos. Leandro Gomez, como tantos compatriotas suyos, vióse casi desde la niñez arrastrado por el torbellino de las revoluciones. Era aun un niño, frecuentaba las aulas de un colejio, cuando el clarin que llamaba al combate vino a resonar en sus oidos, a conmover su alma impresionable, a enloquecerla con la espectativa de la gloria deslumbradora de los guerreros, de los héroes. ¿Cómo podia ya consentir en buscar en aquellas bancas, sobre aquellos libros i tras de largos años de estudio la gloria que su alma ambicionaba? Ofrecíasele un campo mas hermoso i mas seductor donde empezar desde luego a llenar la sed de algo grande que ajitaba su espíritu, i el jóven uruguayo no vaciló en lanzarse a él con ese entusiasmo, con esa fé que animan el alma cuando abre sus puertas a los rayos de un sol que viste de oro i púrpura la naturaleza, el pasado i el porvenir.

Un caudillo fatal a su patria acababa de alzarse contra las autoridades lejítimas, arrastrado por esas dos terribles pasiones que despedazan el corazon del hombre, el orgullo i la sed de mando; al frente de la soldadesca amenazaba echar por tierra la única base sobre las cuales puede fundarse una nacion: el órden, el respeto a los lejítimos poderes. El clarin llamaba a las armas al pueblo uruguayo, i unos volaron a llenar las filas revolucionarias, otros a sostener aquel edificio cuyas columnas amenazaban ruina. Leandro Gomez no pudo resistir a aquella tentacion que habia venido a golpear a su corazon; dejó el colejio, arrojó a un lado los libros i abandonando el paterno hogar fué a formar entre las filas de los que sostenian el principio de autoridad.

Pero la suerte de las armas acabó al fin por ser adversa a los sostenedores de aquella santa causa; la revolucion dió al fin en tierra con el gobierno lejítimo i desde entónces todas las desgracias se desencadenaron sobre aquel pais. Gomez era ya oficial de la república, habia satisfecho en parte sus deseos; pero habia sido vencido i la rabia del partidario le devoraba. La aficion que en sus primeros dias manifestó al estudio habia muerto en su alma para reèmplazarle las ardientes pasiones del que solo vive ya para las luchas de la política. Ya no pensaba en libros, soñaba en batallas; ya miraba con desprecio aquellos humildes premios del colejio, ganados en largas horas de estudio i pensaba solo en los sangrientos laureles del guerrero i la misma dulce calma del hogar llenaba de tedio su alma; queria oir el ruido de los cañones, el galope de los caballos, el choque de los sables, escuchar el clarin que mandaba cargar, partir en medio del estruendo i de nubes de humo i polvo, sintiendo la tierra temblar bajo las plantas, llegar despues, arremeter, luchar, despedazar al fin al enemigo i pasear despues por el teatro de tanta hazaña, ceñida su frente con la corona de la victoria, aquella mirada con

que César media el campo de Filipo i Napoleon el de Austerlitz. ¡Qué sueños aquellos! ¡Qué esperanzas aquellas que dia i noche entretenian el corazon del jóven oficial!

Él, como tantos otros, era una pobre víctima de su época i de su carácter. Éste, ardiente, entusiasta, tenaz, arrastrábale a la realizacion de grandes hechos, a lanzarse fuera de la senda que siguen los espíritus débiles i menguados: su patria no le ofrecia otro campo de accion que la carrera de las armas. Lanzóse a él, como dejamos dicho, con el fuego que le caracterizaba, i durante veinticinco años asistió a casi todos los trastornos políticos que ajitaron a su patria; lució con brillo su espada en muchos campos de batalla, regó algunos con su sangre; vió a la miseria penetrar en su hogar; a la calumnia esforzarse por empañar su honra; pero, al fin, despues de cien vaivenes de la fortuna encontróse al llegar el año de 1863 con el grado de coronel i la reputacion de ser un militar valiente i entendido.

No entra en mi propósito seguirle a traves de esos años de incesante lucha; quiero mas bien ocuparme en los últimos de su vida. Pero ántes agregaré algunas palabras mas para tratar de retratar su orijinal carácter.

Dos cosas distinguíanle sobre todo, la vehemencia, el fuego, la impetuosidad de su ánimo i la firmeza inquebrantable de sus propósitos. El carácter de aquel hombre era como el torrente que se despeña, arrastrando cuanto encuentra a su paso, derribando cuantos obstáculos encuentra en su camino. Las pasiones que ajitaban su corazon remedaban esas espantosas borrascas que levantan en los mares olas que llegan hasta el cielo, olas que llevan a todas partes el terror i la muerte. Pero, como el piloto que desafía i que vence las borrascas en el océano, habia en el mar de su alma un piloto experto, una voluntad de hierro que sabía sofocar, dominar las tempestades mas terribles aun que rujian en su corazon. Si era impetuoso para acometer, era aun mas tenaz para realizar sus propósitos. Una vez lanzado en un camino, difícilmente volvia él a desandar un solo paso; seguia adelante siempre, i siempre a la carrera, salvando aquí una montaña, mas allá un abismo.

Algunas veces, cuando cesaba el estampido de las armas, volvia a acordarse otra vez de sus libros, volvia a animarle el deseo de saber algo, i entregábase por completo al estudio, con tal vehemencia, que rayaba en locura.

Una vez, dióle por dedicarse al estudio de la historia natural, a que tenia gran aficion, i entregóse a él con tal empeño, que se le veia pasar los dias i las noches enteras sin abandonar de la mano sus libros favoritos. Apénas comia, apénas dormia unas pocas horas, por no perder un momento de estudio; i llegó a ser tanta su aplicacion, que acabó por caer enfermo devorado por la debilidad i por la fiebre.

Pero, despues volvian a resonar los gritos del combate; las pa-

siones del partidario volvian a golpear en su corazon; la gloria del guerrero volvia a deslumbrarle i arrojaba otra vez sus libros, descolgaba su espada i diciendo adios a su hogar, se lanzaba de nuevo, con nuevo brio, en medio de ese infierno de odios terribles, de fuego i de sangre, que se llama la guerra civil.

Leandro Gomez, a causa de la violencia de su carácter, contaba con numerosos enemigos i con solo un reducido núcleo de amigos. Para los primeros tenia todo el odio de que era capaz aquella alma terrible; para los segundos, un gran cariño, la franqueza del soldado i una lealtad nunca desmentida. Alguien le ha acusado de cruel i sanguinario; pero para juzgar a los hombres es necesario tener en cuenta la época en que han vivido i las circunstancias que les han rodeado.

Sabido es que las guerras civiles han sido siempre caracterizadas por los horrores que en ellas se han cometido; ahora bien, las luchas civiles del Plata han descollado entre todas por el furor, por la rabia que en ellas desplegaron los unitarios i federales en la márjen derecha, los blancos i colorados en la izquierda. ¡No hai cuartel! era el grito que anunciaba las batallas, el que despues de ellas ahogaba las súplicas de los infelices que marchaban a la muerte.

¡No hai cuartel! Este grito salvaje e inhumano fué todo el programa de mas de un caudillo que escaló el poder con la punta de su espada. ¿Como, pues, en medio de semejante lucha, bajo las órdenes de tales jefes, se puede echar en cara a un hombre del carácter de Leandro Gomez que haya en su vida rasgos de severidad extremada, de violencia muchas veces? Si hubo errores en su vida, no es suya sola la culpa; pártanla con él los que le mandaron, los que le dieron el ejemplo i los mismos que le animaron i aplaudieron en la hora del peligro i de la jeneral ceguera, para vilipendiarle mas tarde i manifestarse como espantados de sus hechos.

El mismo fuego que manifestaba en sus actos públicos se ve tambien en el cariño que profesaba a su familia; amábala entrañablemente, con aquel ardor, con aquella vehemencia con que él sabia amar o aborrecer; porque en aquel hombre singular todo era exajerado, todo era llevado al último extremo.

Llegó, por fin, el mes de abril de 1863. La república, cansada ya de incesantes luchas, disfrutaba entónces del mas largo período de tranquilidad que ha alcanzado en su borrascosa vida. Seis años de paz habian bastado para levantar a aquel pais del estado de postracion en que le habian sumido las anteriores contiendas i los desaciertos sin cuento de otros gobiernos; pero desgraciadamente aquello era solo un breve descanso del combate; manos maldecidas acercaron bien pronto la tea incendiaria a los combustibles que aun quedaban del extinguido incendio. En el Plata, en aquellos paises sacudidos sin cesar por el furor de las revoluciones, se vive como sobre una tierra minada en todos sen-

tidos, en una tierra cubierta de pólvora. Una chispa sola basta para levantar, cuando nadie lo espera, una esplosion que conmueve hasta los últimos rincones del pais, un incendio cuyas proporciones aterran, cuyos estragos apénas tienen medida. Se vive sobre un volcan que a veces no arroja por su cráter la candente lava, pero que se siente siempre rujir bajo las plantas, que amenaza siempre convertir en cenizas cuanto existe cerca de él.

En 1863 hacia ya algunos años que la paz reinaba en aquella tierra, cuando una mañana una lijera columna de humo que aparecia en el horizonte anunció a los aterrados habitantes nuevas catástrofes. ¿Qué habia sucedido?

Casi nada: dos dias ántes una barca habia abandonado la costa arjentina, cuatro hombres iban en ella, solo cuatro; remontaron la corriente del Uruguay ocultándose por entre sus numerosas islas, atracaron al fin en la costa oriental, donde los esperaban una docena de jinetes; saltaron a caballo i en seguida se lanzaron por los desiertos campos del norte, llamando a las armas a sus antiguos partidarios, encendiendo los antiguos odios, animando rencores ya casi extinguidos. ¿Quién pudo calcular entónces la espantosa catástrofe que trajo aquella chispa lanzada en mala hora sobre aquella tierra esplosiva? ¿Quién pudo pensar que aquellos cuatro militares, casi desconocidos tres de ellos en su propio pais, llevaban a la grupa de sus caballos la suerte de cuatro naciones? Nadie: i, sin embargo, aquellos hombres, en su patria, echaron de nuevo a tierra los principios de órden i legalidad, trajeron la triple alianza contra el Paraguay, i con ella esas desgracias que aun hoi dia agobian a las repúblicas del Plata i al imperio del Brasil.

Casi todos los cambios políticos, casi todos los trastornos del Rio de la Plata, han nacido de acontecimientos al parecer insignificantes, especialmente en el Uruguay.

La empresa del jeneral Flores i sus tres compañeros pareció al principio una calaverada, algo como un delirio.

Casi solo vagaba huyendo por los campos, sin osar acercarse a ningun pueblo, acosado por mas de diez mil hombres que le perseguian sin descanso; pero él supo burlarlos, animar a sus soldados i conseguir, por la astucia i la traicion a los intereses de su pais, lo que no hubiera conseguido jamas por las armas.

CÁRLOS A. BERRO.

(Concluirá.)

HIMNO.

CORO.

Hoi luce para Chile su mas feliz aurora
I lleno de esperanza i de constancia i fé
Sacuda todo brazo la inercia destructora
I al grito de la industria pongámonos de pié.

I ya vimos, ¡oh jóven América!
Que en tu corta aunque noble carrera
El progreso es tu gloria primera;
Clara antorcha de luz i de accion
Explotando en tu suelo fecundo
Tanto rico e ignorado venero,
Nuevo aliento va a dar al obrero,
Mas ensanche a su noble ambicion.

No hai miseria do habita la industria,
Nadie de hambre ni sed languidece,
El trabajo es la sávia que ofrece
Bellos frutos a un pueblo de accion;
Que el taller en su dura faena
Purifica e ilustra la mente,
Da enerjía al que débil se siente,
Vigoriza tambien la razon.

Si el progreso nos dice ¡adelante!
Levantemos del buque las velas
I tendremos tambien ricas telas
Que es impulso el que falta, i no mas.
Solo es grande aquel queblo que puede
Por sí mismo activar su existencia
Con sus fábricas, artes i ciencias,
Elementos de fuerza i de paz.

En la industria no hai grano perdido
I cual surco de arado afanoso
Chile se abre en su grito animoso
Ancha senda en su gran porvenir.

Con su esfuerzo, sin duda ninguna,
A una gloria inmortal se encamina;
Cada dia su estrella divina
Ya veremos mas alto lucir.

QUITERIA VARAS.

POESIAS.

ESTROFAS A VIRJILIO

ESCRITAS SOBRE UN EJEMPLAR DEL POETA.

Con que placer en mis primeros años
Dejaba alegre un fastidioso libro,
I del serio maestro yo escuchaba
Las tranquilas versiones del Virjilio.

¡Oh, santa edad aquella en que nos basta
El candoroso verso del Idilio
I llena el ideal de nuestras almas
Un inocente amor, tierno i sencillo!

¿Recordais, compañeros de la infancia,
Con que rara atencion, con que sijilo,
Nos llevaba el maestro hácia el Hymeto
I de la abeja al misterioso nido;

I con acento reposado i grave
Nos pintaba en la égloga de Titiro
Las sombras de la noche que bajaban
Hácia el albergue rústico i pajizo?

Mejor recordareis por qué el maestro
Nunca tradujo la pasion de Dido,
I por qué con cuidado receloso
Él pasaba de largo el cuarto libro.

Hoi, poeta de Mántua, yo te amo
Como te ama el poeta Florentino,
Jóven maestro, pensativo i tierno
Cual te revelas en el busto antiguo.

En un siglo egoista presentias
El amor ideal, desconocido,
I adivinaba tu inspirada mente
La lei universal del cristianismo.

Yo te amo, Virjilio, así espirando
Como un jóven pastor de tus idilios,
A la sombra de un árbol rumoroso
Tu epitafio escribiendo en Pausilipo.

I en tanto, pueda restaurar mis fuerzas
Al aire puro de tu verso antiguo,
I aspirar a la orilla de una fuente
La exquisita fragancia del tomillo;

I allá en la tarde divisar el humo
Elevarse del techo campesino,
I el sonoro tropel de los ganados
Enturbiando las aguas en el rio.

¡Oh, poeta! ¡Oh, Virjilio! quién pudiera
Dejar el lecho por el aire tibio,
I perderse en los bosques solitarios
I vagar por la sierras con tu libro.

Julio 14 de 1875.

EL ALAMO.

Volvieron ya los dias del otoño
I ya del verde manto te despojas;
Desprendidas del último retoño,
El viento arrastra amarillentas hojas.
El triste buei en la quebrada muje;
Allá a lo léjos prolongado, ronco
Retumba el huracan, la selva cruje,
I tú . . . contemplas tu desnudo tronco.
Espera el nuevo sol: es el destino
De árbol que crece a orilla del camino.

¡I luego volverá la primavera
Con el festivo sol i el dulce canto,
I bajando el rebaño a la pradera
Dentro del nido cesará aquel llanto!
Se elevará tu frente en lontananza,
Como un viejo i musgoso campanario,
I si hasta mí la primavera alcanza,
Tornaré a verte alegre i solitario,
I de la villa en las risueñas calles
Jigante centinela de los valles.

Junio 24 de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

EXPOSICION INTERNACIONAL DE 1875.

CARTA PRIMERA AL LECTOR.

Señor lector: Supóngase Ud. por un momento que Ud. i yo somos antiguos amigos de confianza i permítame charlar un poco con Ud. sobre.... la Exposicion. ¿Qué asunto hai mas a la órden del dia i a la órden de la noche?

Escribir sobre ese tema un artículo serio, a mas de no tener ya orijinalidad alguna, tendria para mí el pequeño inconveniente de ser superior a mis fuerzas. He preferido, pues, la forma epistolar, una carta-artículo, algo así como un artículo *en robe de chambre* (sea dicho con permiso de Baralt, ese jansenista o Padre Jaen del lenguaje, capaz de enloquecer de escrúpulos al mismo Lucifer.)

Entremos en materia.

Supóngase Ud., señor lector, que hemos tomado en la plaza de la Independencia el tranvía que lleva a la Exposicion. Ya ve Ud. que no ando mezquino: tomo el cuento desde los huevos de Leda. El calorcillo que llevamos no es de los de tres al cuarto, i Ud. no debe de ir mui aliviado al lado de esa estufa de basquiña i manton. Los caballos se han *empacado* (perdone el *Diccionario de Chilenismos*) pero hé aquí que, precedidos de un heraldo de montura redonda i pegual, vamos ya por esa calle de la Catedral co-

mo ánima que lleva el diablo. Llega un refuerzo de sofocacion i de apretura con las nuevas humanidades que suben a ocupar un lugar en esta caja de sardinas; mas, tenga Ud. paciencia que ya es por poco.

Llegamos.

Siga Ud. suponiendo, señor lector. Supóngase que tenemos en la mano nuestros dos boletos de entrada i que pasamos por el *jentómetro* o tranca o que sé yo que se les ha antojado poner en la puerta de entrada. Suponga ademas como suposicion previa que es Ud. un forastero, un provinciano o un bobalicon cualquiera (solo por vía de hipótesis.) Esta última suposicion tiene por objeto: primero, proporcionarme pretexto para explicarle a Ud. todo *per longum et latum* i charlar hasta por los codos; i segundo, autorizarme para meterle a Ud. gato por liebre cuando fuere menester.

Nadie pasa sin hablar al portero. I ¡cuidado! que el que hai es un portero *di qualità*, es nada ménos que don Pedro de Valdivia. Está el hombre un poco cabizbajo i como si dijéramos buscando algo que se le ha perdido al pié del pedestal. ¿I Ud. qué busca al pié del pedestal, señor lector?

—Pues, hombre, las rocas....

—¿Está Ud. loco? ¿Qué rocas?

—El pedestal dice en letras doradas que descansa sobre rocas.

—(*Aparte.*) ¡Al primer tapon zurrapa! (*Alto.*) Sigamos adelante, señor lector; si piensa Ud. explicárselo i entenderlo todo, no acabaremos en la vida de Dios.... ¡Mire Ud. qué imponente fachada la del palacio, qué jardines, qué lindos lagos artificiales, qué fuentes!.... Mire Ud. aquel gran tonel. Se llama el *Club de Libre-pensadores.*

Si el bautizo lo hicieron los extraños, hai injenio; si los interesados, hai una franqueza estupenda.

—Aquí tiene Ud. a la Quinta Normal de Agricultura transformada en alojamiento para tres meses de las artes i de la industria, mediante el módico desembolso de medio millon de pesos.

—¡Pues no es nada! ¿I despues....?

—Ménos averigua Dios i perdona, señor lector. Despues.... no faltará qué hacer con este palacio i estos parques....

I.

Supongamos ahora que Ud. me ha dicho que quiere comenzar por el *galpon* belga. Supuesto lo cual, entremos.

Aquí tiene Ud. las prensas de mano de Hoe, que ya habia visto Ud. en la Imprenta La Estrella de Chile i que son lo mas perfecto i nuevo en su clase. Tiene Ud. esta otra prensa mecánica de pedal: para trabajar con ella no necesita Ud. mas que un operario. Allá tiene Ud. una prensa litográfica; mas allá tipos, filetes, viñetas i demas artículos tipográficos. En el resto del sa-

loncito belga encuentra Ud. cristalería, broncería, lámparas, muebles, vinos, encajes, relojes, instrumentos músicos; vidrios que son encajes i tejas que son de vidrio. Estas últimas sirven para hacer *"de vidrio el tejado."*

Pero salgamos ya al aire libre, porque hace mucho calor.

Esta casa de fierro en construccion es un adherente de la seccion belga. ¿Quiere Ud. vivir en una casa que no sirva de leña en caso de incendio ni caiga como casa de barajas en un temblor? Pues no tiene Ud. mas que separar unos 5,000 pesos i encargar una de sus lindas casitas de fierro a los señores Víctor Lynen i C.ª, en Ambéres.

II.

¿Qué dijera, señor lector, el injenioso hidalgo de la Mancha si pudiera asistir a nuestra Exposicion i ver trasformado en elemento de paz i de progreso a uno de esos mismísimos molinos de viento contra los cuales arremetió lanza en ristre? Pues no es broma: este molino que viste i calza va a ser dentro de poco un motor que, por medio de este cable de alambre, pondrá en movimiento máquinas utilísimas. Ya no se necesitará del brazo del hombre, ni de las fuerzas del buei, ni del vapor, ni del agua, bastará con un poco de viento para mover máquinas preciosas en la agricultura i en la minería. Ello será la realizacion de uno de los cuentos de las mil i una noches.

¿De qué fábrica es ese motor a vapor, señor lector?

—La pregunta es excusada: de alguna fábrica inglesa o yankee.

—Efectivamente, ha sido trabajada en Catedral-Street, Yungay, por los inglesitos de la Escuela de Artes i Oficios.

—¿I esta máquina cuyo nombre está grabado en ruso para mayor claridad?

—Es un motor quema-paja de Ransomes, Sims & Head, señor lector. ¡Adios leña i carbon, la paja les va ganando el quien vive! Esta otra trilladora de los mismos autores antedichos ha sido especialmente perfeccionada para las trillas chilenas i tiene picador de paja. Como Ud. ve, este es asunto de paja picada. Pero veo que se le va a Ud. el alma por entrar a aquel galpon lleno de carruajes. Han salido de la fábrica de Demarest en Nueva York. La cosa es tentadora ¡qué elegancia i qué baratos los precios! Ya se me figura verlo a Ud. en una mañana de primavera llevándoselo todo por delante en uno de estos zancudillos con ruedas.

Hé aquí ahora una veterana, una venerable reliquia. Lea Ud.: "La Copiapó" "Filadelfia." Es ésta la primera locomotora de ferrocarril que rodó en Chile i la primera que rodó en Sud-América. Está jubilada con sueldo íntegro.

Esa sierra circular que rebana en tablas ese tronco como pudiera un cuchillo cortar manteca i que seria capaz de cortarle una pierna al mismo Satanás, en ménos que canta un gallo, se llama la sierra a vapor de Waterous. Con lo dicho tiene Ud. ya lo bastante para inducir que la dicha sierra es cosa de yankees.

—Perdone Ud. ¿Qué están haciendo con ese infeliz caballo que tienen en un tormento, digno de figurar al lado de los mas crueles que vieron en el infierno los poetas paganos? Resbala i no acaba nunca de resbalar, lucha por pararse i jamas se para.

—¡Nada! Ese caballo hace allí un sublime ejercicio de paciencia; pero en cambio mueve esa maquinaria para limpiar i separar semillas. ¿No ve Ud.?

—Una maquinaria de éstas seria mui útil aplicada a los hombres; así habria mucha claridad i limpieza en las cosas de este mundo i cada oveja andaria con su pareja. En el dia del juicio final alguna maquinaria como ésta habrá sin duda para separar a los cabritos de las ovejas.

—Por no fatigar a Ud. prescindiremos de todas estas máquinas agrícolas de Hornsby & C.ª i de Robey & C.ª No le veo a Ud., por otra parte, traza de llegar a ser hacendado en todos los dias de su vida. I perdone la franqueza.

III.

¿No siente Ud. ya olor a Paris?

¡Qué hermoso pabellon! Tiene tres naves techadas de vidrio. Aquí tiene Ud. menajes de casa, armas, pianos, armoniums, paramentos de iglesia, broncería, tejidos de lujo, cristalería, porcelanas, plaquées, joyas, perfumes i sobre todo una variedad infinita de esos objetos de lujo i de inimitable buen gusto que a la legua conoceria Ud. que eran franceses. Entre estos santos de tamaño natural, observe Ud. esos dos ánjeles; observe sobre todo ese precioso grupo de la Vírjen María con su hijo muerto en los brazos ¡qué expresion de indefinible angustia en el rostro de la madre! ¡qué perfeccion en la imájen del cadáver del hijo!

Aquí tiene Ud. salones que tientan, comedores que dan hambre.

Como somos profanos, bien podemos pasar de largo por frente a este elegantísimo escaparate de Pra, que está rodeado de damas. Es asunto que solo a ellas interesa i solo ellas pueden apreciar.

¡Qué contraste! en medio de la alegría, del brillo i de la elegancia de todo lo que aquí hai, tiene Ud. esta tremenda coleccion de remedios i de instrumentos quirúrjicos.

No obstante, todo, todo es aquí brillante, todo está dispuesto con un arte inimitable, todo aquí es.... frances, mui frances.

El señor Fernandez Rodella se ha traido medio Paris para la

Exposicion. Vea Ud., señor lector, esta caja llena de primorosos bajos relieves. Vale 3,500 pesos. ¿Quién la comprará? Si busca un contenido digno de la caja, tendrá que gastar en ello siquiera unos siete mil pesos, porque no es posible que el continente valga mas que el contenido. Entónces esta caja será la suntuosa tumba de 10,500 pesos. Si el comprador deja vacía la caja, será ésta el sarcófago de la vanidad.

IV.

¿Cuánto pesa la humanidad de Ud., señor lector?

—Pues es curiosa la pregunta.... No sé.

—¿Quiere Ud. saberlo a punto fijo? Pues gracias a la galantería yankee va Ud. a saberlo mui pronto con una exactitud matemática. Suba Ud. a la plataforma de esa elegante balanza.... Pues no deja Ud. de ser pesado, señor lector.... I no se ofenda por eso.... Sépase ahora que las jentes empleadas en la fabricacion de estas preciosas balanzas forman en Estados Unidos una pequeña poblacion llamada Jhonsbury Vermont.

Parece fábula; pero es verdad que aquí tiene Ud. relojes que andan, que tienen despertador i que no le cuestan a Ud. mas que dos pesos cincuenta centavos. ¡Cosas de yankees! Lo debe Ud. a la *American Clock Company* de Nueva York.

Mis amigos Julio i Hernan Prieto han llenado las tres cuartas partes de la Exposicion con sus importaciones norte-americanas: muebles de todas clases, lámparas, pianos, armoniums, cristalería, broncería, trabajos en plaqué, preciosas esculturitas de barro cocido, ¿qué han dejado en el tintero *J. i H. Prieto?* Este nombre ve Ud. a cada paso en el Palacio de la Exposicion en letras gordas.

Aquí, a la salida del pabellon frances, tiene Ud. una casa contra temblores, preciosas estátuas fundidas en Francia que representan dos toros que ponen miedo i una coleccion de personajes mitolójicos; todo lo demas está lleno de fuentes, jarrones, etc.

Vamos hácia la derecha. En este modelo de casa para colonos o *inquilinos*, hai una miniatura de establecimiento sericícola. Allí se devana el capullo, se tuerce el hilo de seda i se teje con ella. El material i los operarios son chilenos.

Acerquémonos ahora hácia el palacio central. ¿Ve Ud. esas lindas maquinarias que hai en las galerías exteriores? Allí no tiene Ud. mas que llegar, pedir.... i pagar: le darán a Ud. fresca soda endulzada con los jarabes mas exquisitos.

Demos ahora una vuelta por el gran anexo. Está todavía un poco desmantelado, porque aun no han llegado todos los efectos de arte e industria a que debe dar alojamiento. Sin embargo, no falta aquí qué ver.

Despues por cierto de J. i H. Prieto, desempeña aquí un pa-

pel mui principal la casa de Wexel & De Gress. Tiene expuestos preciosos billares, cosas de marfil, armas, instrumentos i útiles de jimnástica i de esgrima, sillas de montar a caballo, etc., etc.

Entre las armas, descuella un rifle Winchester de todo lujo, su alcance es de mil metros, carga i descarga ocho tiros en treinta segundos i cuesta trescientos cincuenta pesos. Llaman tambien especialmente la atencion: 1.° un libro de muestras grabadas de cerraduras, candados, etc., lo mas perfecto que he visto en su jénero; 2.° una prensita tipográfica de mano portátil, con sus respectivas cajitas para tipos; es una monada; 3.° un baston-rifle Remington, como para pasear con él en la Alameda i como para echar a pasear por el otro mundo al mas pintado malandrin; i 4.° las sillas mejicanas.

El antiguo lamparista Dimalow exhibe allá su gas de gazolina. La luz es superior a la del gas carbónico, pero cuesta un poco mas caro que éste, pues vale seis pesos el millar de piés. Puédense adaptar para su uso los quemadores del gas comun. La adopcion del gas de gazolina sería una ganancia inapreciable en nuestras casas de campo. La máquina en que se fabrica no alcanza a ocupar un metro cuadrado, alimenta veinticinco luces i cuesta trescientos pesos.

Codo con codo con Dimalow están los trabajos tipográficos expuestos por la Imprenta de *La Estrella de Chi*....

—Pido la palabra, señor mio.

—Tiene la palabra el señor lector.

—Era para advertir a Ud. que charle de otra cosa, porque está implicado....

—Sea en horabuena; pero déjeme advertirle que estos trabajos han sido ejecutados todos sin mas que los elementos ordinarios de tipografía, sin *clichées*, planchas, ni estereotipias especiales, a diferencia de los de la imprenta de *El Mercurio* de Valparaiso que allá tiene Ud. a la vista.

Estas encuadernaciones a la pasta de *El Mercurio* i de Schrebler son de primer órden, i lucirian en Europa misma. En cuanto a los de *La República*, no se puede decir lo mismo.

Los trabajos de fundicion de tipos de *El Mercurio* de Valparaiso, son todavía mui imperfectos, pero prometen muchísimo para el progreso de esta industria, que en Chile está todavía en mantillas.

Esta larga fila de cuadritos que Ud. ve pendientes de la pared son obras litográficas de Gillet en Valparaiso. Son, como Ud. vé, muchísimas i las mas de ellas de un mérito sobresaliente i sin disputa las mejores que se han hecho en Chile.

Hagamos ahora un contraste.

¿De qué se le figura a Ud. que son esos como flanes o jelatinas o carlotas rusas o qué sé yo que hai dentro de este escaparate?

—No acierto.... de almendra, talvez.

—Nó, señor lector; son de grasa refinada.... ¿I qué le parece a Ud. este pedestal de mármol jaspeado en que descansa aquel otro escaparate?

—Bien; pero le encuentro poco brillo....

—Pues sépase Ud. que es hecho de jabon del pais por el señor don Tomas D'Aquin, quien, aunque por su nombre parece que debiera de tener vocacion mas bien para teólogo, es nuestro mejor fabricante de velas de sebo i de jabon del pais.

Dé Ud. un vistazo a las mesas de piedra de Talca, blancas como la nieve, a los muebles, vinos, papeles pintados, alfombras, etc., etc.

Deténgase un momento a admirar la perfeccion de obra que hai en esos lujosos i enormes marcos dorados que contienen muestras de los trabajos de las compañías yankees fabricadoras de billetes de banco i estampillas de franqueo.

Mire Ud. esos mosaicos de madera para pavimentos fabricados en Valparaiso por Buitet i Faure.

Ahora, vamos a ver algo que viene perfectamente como remate de fiesta porque está íntimamente ligado con una de nuestras postrimerías.

Son unos muebles que ni a Ud. ni al peor de mis enemigos les deseo necesiten nunca; pero que mal que les pese los habrán de necesitar tarde o temprano.

Acérquese Ud ... ¡vamos! ¡no sea Ud. cobarde!... ¡acérquese!... son de laton de primera calidad.... asómese Ud. por esta ventanilla con vidrio que hai aquí i que viene a corresponder al lugar de la cabeza del.... huésped que ha de echar algun dia aquí dentro su siesta hasta el valle de Josafat.

Lo de la ventanilla es una buena invencion: si el interesado se aburre, puede entretener el ojo asomándose por ella hácia afuera. Por dentro, hai algo mas que comodidad; ¡hai lujo, pues el forro es un lindísimo colchado de raso blanco.

I con lo dicho basta ya i sobra por hoi.

En una segunda carta seguiré sirviéndole a Ud. de *cicerone* en lo que nos queda por curiosear a vuelo de pájaro en la Exposicion.

Entretanto, tenga Ud. la bondad de esperarme aquí, en la puerta del galpon de Rose Innes i C.ª, hasta el domingo próximo. ¡Paciencia le demando, i abur!

De Ud. afectísimo amigo i servidor

RAFAEL B. GUMUCIO.

PASATIEMPOS.

La sociedad moderna, que ha puesto en prensa su inventiva hasta agotar los espectáculos posibles, ha descubierto los espectáculos reflejos i los recíprocos.

Para los primeros sirve un espejo, para los segundos un paseo cualquiera, como la Alameda, por ejemplo.

Allá van damas i mozos para ver i ser vistos. Es una gran parada civil de ámbos sexos.

Es un entretenimiento peripatético, i seria el mas insulso de todos si no fuese un certámen del lujo, una Exposicion de la belleza lejítima o falsificada, una féria de candidatos para maridos i candidatas para novias.

La Alameda, en una tarde de primavera, es un jubileo de polvo, apretura i pisotones. Se acude a ella porque la jente haria gustosa la mas larga i penosa romería por ver a la jente. Capaz seria de ir hasta al mismísimo zaguan del infierno, donde debe de haber siempre mucha jente.

***

Los pergaminos de nobleza son ya anacronismos dignos del escaparate de un museo. Desde que hai Constitucion, todos tenemos sangre igualmente azul.... vista dentro de las venas i al traves de la piel, porque lo que es la sangre derramada es siempre imputable a la cuenta del color rojo.

Todos somos iguales: la dama que lleva en el bolsillo un perfumado pañuelo de rico encaje es igual al descamisado que le hurta el pañuelo, i en su fuga deja al olfato de los jendarmes un rastro de soberanía.

Todos somos iguales: creer lo contrario es añeja preocupacion a que pagó tributo hasta Aquél que nació en un pesebre de bestias i murió en un patíbulo de ladrones, pero tuvo la precaucion de descender de reyes.

Se heredan los nombres, la fortuna, las enfermedades, los vicios; se heredan hasta las facciones del rostro; pero no se here-

dan las buenas inclinaciones, ni la buena educacion, ni las tradiciones de honor i de amor propio de familia.

Pero ¿a dónde va a parar mi desbocada i deslenguada pluma? Es excusado combatir las preocupaciones de castas i de sangre en un siglo i en un pais como los nuestros.

Ya nadie hace caso de la prosopia humana. Cuando mas de la hípica. Se paga a peso de oro el potrillo hijo de caballos *pur sang*, i se aprecia matemáticamente los quilates de la pureza de la sangre: hai *un cuarto de sangre, media sangre, tres cuartos de sangre.*

¿Quién compra a *By-the-sea* sin examinar su jenealojía i sus pergaminos?

Pero ¿a dónde va a parar otra vez esta mi pluma?

He perdido el tiempo i el papel en digresiones inconducentes, i no los tengo ya sino para decir que hai una diversion pública que consiste en congregarse cada domingo el Santiago de ámbos sexos para ver correr caballos i para aplaudir al que primero llega al punto de donde partió. ¿Qué dama ni qué elegante faltan a las carreras? Ya no alcanzo a decir cuán considerables intereses suelen encomendarse a las patas de los caballos, i que de esos intereses pueden decidir un tropezon, un calambre, un espanto.

GUILLERMO HERRERA.

ELEJIA A LA PRIMAVERA.

EN LA MUERTE DE MI IDOLATRADA MADRE, LA SRA. DOLORES GALVEZ DE ECHEVERRÍA, ACAECIDA EN VALPARAISO EL 11 DE OCTUBRE DE 1875.

De tus hermosas flores,
¡Oh linda primavera!
¿Qué importa la fragancia,
Los matices expléndidos que ostentan?

Tus brisas bullidoras
¿Qué importan, primavera,
Cuando mi alma herida
A solas llora sus amargas penas?

De las lozanas flores
Admiré la belleza,
I del tranquilo viento
Gusté en alas soltar mi cabellera;

Mas ¡ah Dios mio! ahora
Mis ojos ya no encuentran
La flor tan grata i pura
Cuya existencia mi consuelo fuera!

¡Señor, allá en tus juicios
Quitármela decretas!....
¡Su frente está marchita!....
¿Por qué en abismos de dolor me dejas?

¡Cómo bramar escucho
Del mundo las tormentas,
I ni una tabla tengo
Para, en naufrajio tan cruël, vencerlas!

Detesto tu venida
Feroz, oh primavera:
En mi luctuoso duelo,
¿Qué haces, decid, sino acerbar mis penas?

Tus brisas de otro tiempo
Son hoi borrascas fieras,
I tus hermosas flores
No exhalan ya su perfumada esencia!

¡Oh! ¡cruel edad de flores!
Al darlas a la tierra,
¿Por qué la mas valiosa
En sus entrañas sepultar la dejas?

Valparaiso, Octubre 19 de 1875.

MERCEDES CATALINA ECHEVERRÍA.

LA DONCELLA DE MALINAS.

(De The Pilgrims of the Rhine, por Sir E. Bulwer Lytton.)

(Conclusion.)

Comenzó a aborrecer a Lucía; persistia en imajinar que solamente la casualidad del primer *encuentro*, la despojaba de una conquista a la cual estaba subordinada su felicidad, segun se lo persuadia ella misma. Si St. Amand jamas hubiese amado a Lucía i hubiese pretendido la mano de Julia, su infortunio habria sido para ella suficiente causa de rechazo, a despecho de sus riquezas i de su juventud; pero, el ser amante de Lucía i una conquista que arrebatarle a ésta, le daban una importancia que por sí mismo no tenia. Sin embargo, resguardado por su enfermedad, la belleza i artificios de Julia caian sin herir la fidelidad de St. Amand. Antes gustaba de ella ménos que nunca por parecerle impertinente el propósito de contrahacer la ansiedad i la vijilancia de Lucía.

—Ya es tiempo, seguramente, ya es tiempo, señora Le Tisseur, de que Lucía estuviera de vuelta. A esta fecha ella podria haber vendido todos los encajes de Malinas, dijo un dia St. Amand en tono regañon.

—Paciencia, querido amigo, paciencia; quizá esté de vuelta mañana.

—¡Mañana! I no son mas de las seis; ¿las seis no mas, estais segura?

—Las cinco en punto, querido Eujenio; permitid que os lea; es un libro recien llegado de Paris; ha producido mucho ruido, dijo Julia.

—Sois mui amable, pero, no quiero molestaros.

—Oh, está mui distante de ser molestia.

—Francamente, entónces, prefiero que no lo hagais.

—¡Oh, si pudiese ver, se dijo para sí Julia, como me vengaria de esto!

—Siento las ruedas de un carruaje, ¿quién pasará por el camino? Seguramente es el coche de Bruselas, dijo St. Amand, poniéndose de pié, es el dia i tambien la hora. Nó, nó, es un vehículo mas liviano i dejóse caer sin escuchar mas en su asiento.

Las ruedas se oian cada vez mas cerca; dieron vuelta en la es-

quina i se detuvieron ante la modesta puerta; i Lucía, fuera de sí, enajenada por la alegría, se precipitó entre los brazos de St. Amand.

—Espera, dijo llena de vergüenza al recuperar la posesion de sí misma i dirijiéndose a Le Kain; por favor, dispensad señor. Querido Eujenio, he traido conmigo quien, con la bendicion de Dios, puede todavía devolverte la vista.

—No debemos confiar demasiado, hija mia, dijo Le Kain, nada es peor que un desengaño.

Para concluir, querida lectora, esta parte de mi historia, Le Kain examinó a St. Amand i el resultado de su exámen fué la creencia fundada en la probabilidad de su curacion. St. Amand se sometió gustoso al experimento de una operacion; corónola el éxito, el ciego vió. ¡Oh, quién dirá cuáles fueron los sentimientos de Lucía, cuál su emocion, cuál su gozo, al contemplar cumplido el objeto de su peregrinacion i de sus plegarias! Tan intenso era su gozo, que segun son las perpétuas alternativas de la vida, su mismo exceso podria haberla hecho presentir cuan amargos serian los pesares que en pos de él estaban decretados.

A medida que el nuevo sentido del enfermo iba reconciliándose por grados con la luz, su primera i única peticion era la de ver a Lucía. "No me la dejeis ver sola, que la vea yo en medio de todos vosotros a fin de convenceros cómo jamas se engaña el corazon en sus instintos." Ajitada por un terrible i triste presentimiento Lucía cedió a sus exijencias; en verdad el impetuoso St. Amand no queria escuchar negativa ninguna. Reuniéronse en la pequeña sala el padre, la madre, Julia, Lucía, las hermanas menores de Julia; abrióse la puerta, i St. Amand, de pié en el umbral, se detuvo vacilante. Bastóle una mirada en derredor; su rostro se iluminó i una exclamacion de alegría se exhaló de su pecho.

—¡Lucía! Lucía! exclamó, sois vos, lo sé, vos la única. Se lanzó adelante *i cayó a los pies de Julia.*

Satisfecha, llena de orgullo i con una mirada de triunfo, clavó en él sus ojos chispeantes; *ella* no lo desengañó.

—Estais equivocado, dijo la señora Le Tisseur, ésa es su prima Julia, aquí teneis a vuestra Lucía.

Levantóse St. Amand, volvióse i vió a Lucía, quien habria preferido en ese momento estar en la tumba. En su mirada se dibujaban sorpresa, mortificacion, desengaño. Habia poblado su prision de ensueños, i al principiar su libertad sentia cuan diferentes de la verdad habian sido. Mui novicio en el arte de observar, no podia leer el dolor, la desesperacion, la tortura i el extremecimiento de todo el cuerpo que su mirada produjo en Lucía; no obstante, pasado el primer choque de la sorpresa, sintió que no era esa la manera de manifestar su agradecimiento a la que lo habia vuelto a la vista. Se apresuró a redimir su error ... mas, ¿cómo redimirlo?

Desde aquel instante hubo de terminar la felicidad de Lucía; sus *hadálicos* palacios quedaron destrozados entre el polvo; la vara májica se rompió, los vientos arrebataron a Ariel; i al desvanecerse el luminoso encantamento el oásis en que ella habitaba se confundió con el resto del estéril mundo. Es verdad que las palabras de St. Amand eran bondadosas; es verdad que él recordaba con la mas ferviente gratitud cuanto ella habia hecho en su obsequio; es verdad que mil i mil veces se violentaba para decir: "Ella es mi prometida, mi bienhechora" i se maldecia a sí mismo al pensar que los sentimientos que él habia alimentado por ella se habian desvanecido. ¿Habia huido la pasion de sus palabras? ¿qué se habia hecho el fuego de su acento, i aquella luz que en otro tiempo despertaba en su fisonomía *su* paso i *su* voz? Si les acontecia encontrarse solos, él se sentia perplejo i violento, casi frio; ya *su* mano no buscaba las de *ella;* su corazon ya no anhelaba *su* presencia; si ella se ausentaba de su lado por un momento, se encontraba visiblemente mas dueño de sí mismo en pleno círculo doméstico; pero, ¿se fijaban sus miradas sobre aquella que los habia abierto al dia? ¿acaso no se extraviaban a cada momento con admiracion demasiado significativa en direccion del rostro sonrosado i radiante de la triunfadora Julia? Esto, como podeis creer, no se hizo notar instantáneamente en un dia o en una semana, pero cada dia iba siendo mas i mas notable. Sin embargo, por mui hechizado i entrelazado que estuviese St. Amand, talvez nunca se habria hecho reo de una infidelidad, contra la cual luchaba con todas sus fuerzas, lleno de agudísimos remordimientos, si no hubiese sido por aquel fatal contraste que presentaban Julia i Lucía en el primer momento de su desbordado entusiasmo. A no ser por esto no se habria formado una idea previa de belleza real i viviente, que aumentase el desengaño de sus imajinaciones i ensueños. Habria visto a Lucía jóven i graciosa i con ojos expresivos iluminados por el afecto, contrastada únicamente por las arrugadas fisonomías i formas encorbadas de sus padres, i ella habria puesto completo término a su conquista ántes que él hubiese descubierto que era ménos bella que las otras; aun mas, su infidelidad no habria durado mas de los primeros i pocos dias, si la vana e insensible mujer que era causa de ella no hubiese agotado todos los artificios, todo el poder i encanto de su belleza para robustecerla i continuarla. La infortunada Lucía, tan susceptible al mas lijero cambio en aquellos que amaba, tan desconfiada de sí misma, tan orgullosa en su misma desconfianza, al ver que habia dejado de ser necesaria, que no era buscada, no mas amada, no pudo soportar la amarga comparacion entre el presente i el pasado. Sin lamentarse huia a su cuarto para desahogar sus lágrimas, i de ese modo i como desgraciadamente durante el dia su padre estaba de ordinario ausente, i su madre ocupada ya en trabajos, ya en los negocios domésticos, ella misma proporcionó a Julia mil ocasiones pa-

ra completar el poder que habia comenzado a adquirir sobre.... nó, el corazon, no.... sobre *los sentidos* de St. Amand. Sin sospechar todavía en la noble jenerosidad de su espíritu, toda la extension de su desgracia, la pobre Lucía, a veces se consolaba con la esperanza de que una vez casada i en el seno íntimo de la amistad el indecible amor que ella experimentaba por él se habia de manifestar con mayor libertad que al presente i talvez podria reconquistar un corazon que le habia pertenecido tan absolutamente que aun no podia creerlo irrevocablemente perdido; en esa esperanza habia suspendido todo el pequeño resto de felicidad que aun le restaba. St. Amand todavía urjía su matrimonio ¡pero, cuánta diferencia en su modo! En realidad él deseaba libertarse a sí mismo de la posibilidad de una ingratitud mayor que la ya cometida. Vanamente creia que el roto tejido de amor podria anudarse i reforzarse por los lazos del deber; por lo ménos anhelaba dar a Lucía con su mano, su fortuna, su estimacion i su gratitud, la única recompensa que entónces le era posible dar. Miéntras tanto, hallándose tan a menudo a solas con Julia i Julia empeñada en consumar el último triunfo sobre su corazon, St. Amand iba preparando por grados una recompensa mui diferente para aquella a quien él debia una deuda tan incalculable.

A espaldas de la casa habia un jardin i en el jardin habia una pequeña enramada, donde durante las tardes del estío, Eujenio i Lucía frecuentemente se habian sentado juntos. ¡Horas idas para jamas volver! Un dia en que se habia encerrado a llorar oyó desde su cuarto el sonido de la flauta de St. Amand que dulcemente resonaba desde aquella querida i sagrada estancia. Al escucharla lloró, i los recuerdos que acompañan a la música le presentaban *su* imájen mas suave i se la hacian mas querida; comenzó a echarse en cara el haber cedido tantas veces al impulso de sus sentimientos heridos; haberlo abandonado con tanta frecuencia a sí misma, retraida por *su* frialdad, i no haberse atrevido a manifestarle el afecto, que segun su modesta depreciacion de sí misma, constituia su único título a *su* amor. "Talvez ahora está solo, se dijo, i aun la melodía es una de las que él sabe me agradan;" guiando sus pasos por el impulso del corazon, salió de la casa i se encaminó a la glorieta. No bien se habia alejado de su cuarto, cuando calló la flauta; al llegar a la enramada oyó voces, la voz de Julia en tono de agravio i la de St. Amand que procuraba consolarla. Un terrible presentimiento la dominó; sus piés se clavaron como arraigados en el suelo.

—Sí, casaos con ella, olvidadme, decia Julia, en pocos dias sereis de otra i yo.... yo.... perdonadme, Eujenio, perdonadme el haber perturbado vuestra felicidad. He sido harto castigada.... mi corazon se romperá, pero, se romperá amándoos. Los sollozos interrumpieron la voz de Julia.

—¡Oh! no hableis así, dijo St. Amand. Yo, solo *yo* soi el culpa-

ble; yo, a ámbas falso, a ámbas ingrato. ¡Oh! desde el momento en que mis ojos se abrieron para veros, bebí una nueva vida; el mismo sol era para mí ménos marabilloso que vuestra belleza. Mas.... mas.... dejadme olvidar aquella hora. ¿Qué no debo a Lucía? Seré desdichado i mereceré serlo. ¿Acaso no pensaré continuamente, Julia, que yo he amargado vuestra vida con nuestro amor malhadado? Pero todo cuanto puedo yo dar, mi mano, mi hogar, mi fé empeñada deben ser *de ella*. Pero, Julia, pero ¿por qué esa mirada? ¿podria yo obrar de otra manera? ¿puedo soñar otra cosa? ¿por grande que sea el sacrificio, no debo consumarlo? ¡Ah! cuanto debo a Lucía, aunque solo fuese por el pensamiento de que sin ella jamas habria podido *verte*.

Lucía no se detuvo para escuchar mas; el mismo callado paso que la habia traido a escuchar esas fatales palabras, la volvió una vez mas a su triste, solitaria estancia.

En aquella misma tarde, encontrándose solo en su cuarto, St. Amand sintió un discreto golpe en la puerta.

—Entrad, dijo i entró Lucía. Púsose de pié algo confuso i quiso tomar su mano; mas, ella lo apartó suavemente. Tomó un asiento opuesto a él i bajando los ojos, comenzó de esta manera:

—Querido Eujènio, es decir, señor St. Amand, tengo en la conciencia algo de que creo mejor hablar de una vez; i si yo no sé expresar exactamente lo que deseo decir, no debeis culpar a Lucía, que no es fácil tarea traducir en palabras lo que se siente profundamente.

Avergonzado i un tanto sospechoso de la verdad, habria querido interrumpirla St. Amand al llegar aquí; pero, ella, con moderada impaciencia le hizo señal de guardar silencio i continuó:

—Sabeis, que en el tiempo en que me amábais yo solia deciros que dejariais de hacerlo si os fuera dado ver cuan poco merecia vuestro cariño. No me engañaba, Eujenio; siempre creí que así habria de suceder, que vuestro amor descansaba necesariamente en vuestra misma enfermedad; apesar de todo esto, jamas tuve al ménos un sueño o un deseo que no fuese por vuestra felicidad. Dios que sabe si otra vez, yendo con los piés descalzos, no a Colonia sino a Roma, hasta el fin del mundo, pudiese salvaros de un infortunio mucho menor que la ceguera, lo haria alegremente. Sí, aun cuando miéntras tanto pudiese prever que a mi vuelta me habiais de hablar con frialdad, i pensar de mí con lijereza i que mi castigo habia de.... habia de ser... lo que ha sido. Aquí Lucía enjugó unas pocas, naturales lágrimas de los ojos; St. Amand, herido en lo íntimo del corazon cubrió el rostro con ámbas manos sin tener valor para interrumpirla. Lucía continuó:

—Lo que yo preveia, se ha realizado; por fin, ya no soi para vos lo que ántes era cuando podiais revestir mi pobre figura e insignificante rostro con una belleza que no poseia. Aun queriais casaros conmigo, es verdad; pero, Eujenio, yo soi orgullosa i no puedo humillarme ante la gratitud, donde alguna vez he po-

seido el amor. No cometeré la injusticia de culparos; natural era el cambio, era inevitable. Yo debí fortalecerme mas a mí misma contra él; pero, ya estoi resignada; debemos separarnos. Amais a Julia, esto tambien es natural, i *ella* os ama. ¡Ah! ¿Qué cosa mas probable en el curso natural de los acontecimientos? Julia os ama; todavía no tanto quizá como yo os amaba; pero, ella aun nos os conoce como yo, i ella, cuya vida ha sido un perpétuo triunfo, no puede sentir la gratitud que yo sentia al imajinarme amada; pero esto llegará ¡Dios lo quiera! Adios, pues, por siempre, querido Eujenio; os dejo cuando ya no me necesitais; quedais libre de Lucía; donde quiera que fuéreis encontrareis desde ahora miles que puedan ocupar mi lugar. ¡Adios!

Diciendo esto se levantó para dejar la estancia; pero, St. Amand, apoderándose de su mano, que ella en vano se esforzaba por retirar de entre las suyas, prorrumpió en incoherentes i apasionados reproches contra sí mismo i en elocuentes protestas contra su resolucion.

—Confieso, dijo, que por un momento me he dejado alucinar; confieso que la belleza de Julia me hizo ménos sensible al vuestro, mas fuerte, mas sagrado, ¡oh! mucho mas sagrado, título a mi amor! Pero, perdonadme, Lucía, mi mui querida Lucía; ya vuelvo a vos, a mis antiguos sentimientos por vos; no me hagais maldecir la bendicion de la vista que os debo. No podeis abandonarme; jamas podemos separarnos; probadme, sí, probadme siquiera, i si despues se aparta una sola vez mi corazon de vos, *entónces*, Lucía, dejadme abandonado a mis remordimientos.

Ni aun en ese momento se rindió Lucía; sentia que sus súplicas eran solo el entusiasmo del momento; sentia que habia virtud en su orgullo; que dejarlo era un deber para consigo misma. Vanas fueron sus alegaciones; en vano fueron sus abrazos, sus súplicas; en vano el recordarle su fé mútuamente empeñada con sus ancianos padres, cuya felicidad se habia identificado a su union con él.

—¿Cómo, aun si ello fuese como vos equivocadamente creis, cómo podria, sin deshonrarlos, abandonaros i casarme con otra?

—Confiadme eso, confiadlo todo a mí, contestó Lucía; yo cuidaré de vuestro honor, nadie os culpará; solamente no celebreis vuestro matrimonio con Julia aquí, en presencia de mis padres; esto es lo único que pido i todo lo que ellos tienen derecho de esperar. ¡Que Dios os bendiga! No creais que voi a ser desgraciada, pues ¿no habré contribuido yo a proporcionaros cuanta felicidad encontreis en el mundo? i miéntras me acompañen esos pensamientos estaré mui distante de necesitar compasion.

Se deslizó de entre sus brazos, dejándolo abandonado a una soledad aun mas amarga que la de la ceguera; aquella misma noche Lucía buscó a su madre; a ella lo confió todo. Suprimiré las razones en que se apoyó, los argumentos que hubo de refutar; mas bien que convencerla logró rendirla, i dejando a la se-

ñora Le Tisseur la dolorosa tarea de comunicar a su padre su incontrastable resolucion, salió de Malinas en la mañana siguiente; i llevando no poco consuelo en la misma honradez de su corazon, fué a hacer a su tia aquella visita por tan largo tiempo diferida.

El orgullo de los padres de Lucía les impidió reprochar su conducta a St. Amand. Sin embargo, él no podia soportar sus miradas frias i descompuestas; dejó la casa, i aunque durante muchos dias rehusó hasta ver a Julia, la belleza i los artificios de ésta recuperaron su antiguo imperio sobre él. Se casaron en Courtroi, i con gran júbilo de la vana Julia partieron para la gaya metrópoli de Francia. Pero ántes de partir i ántes del matrimonio, St. Amand trató de tranquilizar su conciencia procurando a Le Tisseur un empleo mucho mas lucrativo i honroso que el que entónces desempeñaba. Conociendo que Malinas ya no podia ser una residencia agradable para ellos i mucho ménos para Lucía, le procuró un puesto, el cumplimiento de cuyos deberes los llamaba a otra ciudad, i para evitar que la delicadeza de Le Tisseur se sublevase ante la idea de recibir tal favor de sus manos, mantuvo secreta su negociacion, de manera que el honrado ciudadano pudo creer que solo a sus propios méritos debia una tan inesperada promocion.

Pasaron algunos años. Esta historia sencilla i tranquila de afectos humildes tuvo lugar en una tempestuosa época del mundo, la naciente Revolucion Francesa. Poco mas de un año habia residido la familia de Lucía en su nuevo establecimiento, cuando Dumouriez condujo su ejército a los Paises Bajos. Pero ¿cómo habia trascurrido, miéntras tanto, ese año para Lucía? He dicho que su espíritu era por naturaleza elevado, que aunque tierna, no era débil; su misma peregrinacion a Colonia, sola i a la tímida edad de diezisiete años, probaba que no habia ménos fuerza en su naturaleza que consagracion en su amor. En su mismo sacrificio encontró la recompensa. Creia feliz a St. Amand i no se dejaba vencer por el egoismo del agravio; aun tenia deberes que complir; todavía podia consolar a sus padres i alegrar su avanzada edad; para ellos ocupaba el lugar del universo entero; ella lo sabia i eso la consolaba. Durante el año, solo una vez habia tenido noticias de Julia; un amigo comun la habia visto en Paris, alegre, brillante, cortejada i admirada; nada habia sabido de St. Amand.

Mi cuento, querida lectora, no me arrastra a las crueles escenas de la guerra. No quiero referirte las matanzas, los sitios i la sangre que inundaron esas hermosas tierras, el gran campo de batalla de la Europa. En jeneral, el pueblo de los Paises Bajos seguia la causa de Dumouriez; pero la ciudad en que vivia Le Tisseur opuso alguna resistencia a sus armas. El mismo Le Tisseur, a despecho de su edad, ciñó la espada; la ciudad fué vencida i las salvajes i licenciosas tropas del vencedor se esparcieron,

envanecidas con su fácil victoria por las calles. La casa de Le Tisseur se llenó de soldados ébrios i groseros; Lucía temblaba huyendo los feroces abrazos de uno de esos disolutos soldados, mas bandidos que soldados, que el hábil Dumouriez habia agregado a su ejército i con cuya sangre a menudo habia salvado la de sus nobles milicias. Inútiles eran sus alaridos i voces; mas, de repente los soldados abren camino i se oyen gritos de ¡El capitan! ¡Viva el capitan! El insolente soldado, derribado por un brazo vigoroso, cayó sin sentido a los piés de Lucía; i una figura casi divina, que sobresalia entre sus camaradas, i que Lucía recordó con una sola mirada, a pesar de su traje resplandeciente, a pesar de lo terrible de aquel momento, estaba a su lado; su protector—su guardian. Así contempló una vez mas a St. Amand.

La casa quedó despejada en un momento, i la puerta atrancada. Afuera resonaban en tremenda confusion gritos, jemidos, salvajes fragmentos de cantos de triunfo, el estrépito de las armas, pisadas de caballos, los pasos de los fujitivos i la ominosa música militar. Lucía nada escuchaba; reposaba sobre aquel pecho que nunca debiera haberla abandonado.

Para protejer mas eficazmente a sus amigos, St. Amand estableció sus cuarteles en su casa, i durante dos dias, por segunda vez, vivió bajo el mismo techo que Lucía. Nunca se referia espontáneamente a Julia; respondia breve i friamente a las tímidas preguntas de Lucía acerca de su salud; pero hablaba de la nueva profesion que habia abrazado con todo el entusiasmo de un espíritu ardiente i de vehementes inclinaciones. La gloria parecia ser su único amor i la vívida ilusion de los primeros i brillantes sueños de la revolucion llenaba su mente, brotaba de sus labios e iluminaba esos ojos profundos redimidos para la luz del dia por Lucía.

Ella lo vió partir a la cabeza de sus tropas, ella vió centellear, herida por el sol, su altiva cimera, ella vió a su caballo encabritarse en la angosta calle, ella vió su última mirada dirijirse hácia ella que estaba de pié en la puerta; i cuando él hizo la última señal de despedida creyó ver en su rostro esa mirada de profunda i agradecida ternura que la recordaba la única época brillante de su vida.

No se engañaba. Tiempo habia que St. Amand estaba amargamente arrepentido de su pasajero encaprichamiento; hacia tiempo que habia aprendido a distinguir la falsa de la verdadera Florimel; en Julia estaba vengada la injusticia cometida contra Lucía. Pero él procuraba ahogar en el calor i la precipitacion de la guerra, ese pesar, el mas agudo de todos, que se resume en las amargas palabras: ES TARDE.

Pasaron los años; i Lucía, vuelta a la antigua tranquilidad de su vida, solo recordaba la brillante aparicion de St. Amand como algo soñado o no visto. La estrella de Napoleon habia surjido sobre el horizonte; habia comenzado el fabuloso romance de su

temprana carrera, i la campaña de Ejipto habia sido el heraldo de esos brillantes i meteóricos triunfos que relampagueaban desde la oscuridad de la revolucion francesa.

Es sabido que muchos, tanto de las tropas francesas como de las inglesas, volvieron del Ejipto a su patria cegados por la oftalmia, propia de ese árido suelo. Varios jóvenes soldados del pueblo de Lucía, que se habian incorporado en el ejército de Napoleon, volvieron oscurecidos por esa temible enfermedad; i las limosnas de Lucía i el auxllio de Lucía i la dulce voz de Lucía estaban siempre a disposicion de esos pobres pacientes, cuyo comun infortunio heria una cuerda tan sensible de su corazon.

Ya habia muerto su padre i solo le quedaba su madre a quien consolar en medio de los achaques de la edad. Una tarde en que trabajaban juntas, despues de un momento de silencio, dijo la señora Le Tisseur:

—Desearia, querida Lucía, que te resolvieses a casar con Justino; él te ama; i ahora cuando todavía eres jóven i divisas largos años delante de tí, deberias recordar que cuando yo muera, vas a quedar sola.

—¡Oh! querida madre, no hableis de eso; yo jamas podré casarme; i por lo que hace al amor, educada en la amarga escuela en que he aprendido el conocimiento de mí misma, ya no puedo engañarme otra vez.

—Mi Lucía, no te conoces a tí misma; si Justino no te ama, nunca ha habido mujer amada; i nunca ha sentido un amante con entusiasmo mas verdadero cuan dignamente ha amado.

I así era la verdad; i no solamente de Justino, porque las modestas virtudes de Lucía, su carácter bondadoso i cierta gracia femenina i elegante que acompañaba todos sus movimientos, le habian conquistado tantos adoradores como si hubiera sido hermosa. Con horror habia rechazado todas las ofertas de matrimonio, sin siquiera un pensamiento de vanidad halagada. Una memoria, mas triste, le era tambien mas cara que todas las cosas; i algo de sagrado en sus recuerdos la hacia mirar como un crímen el pensamiento de borrar el pasado por un nuevo afecto.

—Creo, continuó la señora Le Tisseur con enojo, que aun recuerdas con cariño al único en el mundo que haya sido capaz de mostrarse ingrato contigo.

—Pero madre, dijo Lucía sonrojándose i suspirando levemente; Eujenio está casado con otra.

En tanto que así conversaban, en la puerta sonó un golpe tímido i suave, álguien levantó la aldaba.

—Esta es, dijo la tosca voz de un *commissionaire*, la casa de *Madame Le Tisseur* i *voilà Mademoiselle*.

Una figura alta, con una visera sobre los ojos i envuelto en una larga capa militar, entró a la estancia. Un agudo extremecimiento atravesó el corazon de Lucía. El extendió los brazos.

—Lucía, dijo, con esa melancólica voz que habia sido la músi-

ca de su primera juventud. ¿Dónde está Lucía? ¡Ah, no reconoce a St. Amand!

Era así, en verdad. Por una singular fatalidad, el sol abrasador i el sútil polvo de las llanuras de Ejipto habian herido al jóven soldado en el vigor de su carrera con una segunda, i esta vez irremediable ceguera. Al volver a Francia encontró desierto su hogar; Julia habia muerto arrebatada en la primavera de su juventud por una fiebre repentina. Dirijió entónces sus pasos a casa de Lucía para saber si todavía le quedaba alguna esperanza en el mundo.

I cuando algunos dias despues repitió humilde i tristemente su primera peticion ¿cerró Lucía el corazon a sus súplicas? ¿Recordó su orgullo lastimado? ¿Le enrostró su primer abandono? ¿Replicó al dulce murmurio de su lastimero amor: *Tu haz sido olvidado ántes?* Aquella voz, aquellos ojos oscurecidos suplicaban con una elocuencia imposible de resistir. "De nuevo soi necesaria para él, era su único pensamiento. ¿Si yo lo rechazo, quién cuidará de él?" En aquel pensamiento estribaba el motivo de su conducta. Con aquel pensamiento tornaban a brotar en su alma todos los manantiales de un amor reprimido, pero, invencido e invencible. Con aquel pensamiento, se presentó con él ante el altar i le ofreció sus votos de indestructible fidelidad con una abnegacion mucho mas sagrada que la que pudiera haber sentido en otro tiempo.

I Lucía tuvo en el porvenir una recompensa que el mundo jamas podrá comprender. La ceguera hizo renacer los sentimientos que ella habia despertado al principio en el solitario corazon de St. Amand; como ántes anhelaba oir su paso; como ántes sufria por sus momentáneas ausencias; como ántes su voz disipaba las sombras de su frente, i en su presencia experimentaba cierta sensacion de seguridad i de calor vivificante. Ya no suspiraba por el bien perdido, se habia reconciliado con la suerte i adquirido esa serenidad de carácter que jeneralmente caracteriza a los ciegos. Quizá despues de ver el mundo real i experimentar sus vacios placeres, podemos resignarnos de mejor grado a la exclusion de él; i bien así como el claustro, que modera el ardor de nuestra esperanza, es dulce para nuestros recuerdos, así la oscuridad pierde su terror cuando la experiencia nos ha fatigado de la luz i del trabajo del dia. Era tambien algo para él sentir que a medida que avanzaban en la vida se robustecian diariamente los lazos que lo ataban a Lucía, i alimentar en su corazon la dulzura de una gratitud siempre en aumento; algo era no poder ver a los años arrugar esa abierta frente i oscurecer la ternura de su encantadora sonrisa; algo era que para él ella no estuviese al alcance del tiempo i se conservase hasta el borde de la fosa (que con diferencia de pocos dias los recibió a los dos) en todo el vigor de su inmarcesible afecto, en toda la frescura de un corazon que nunca podia envejecer!!!—Raimundo SALAS E.

EN EL COLEJIO DE SAN IGNACIO.

AL INOLVIDABLE MAESTRO, REVERENDO PADRE ARSACIO IBAÑEZ, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Cuando mueven los austros la tormenta
Allá en la mar oscura,
El pobre nauta atónito se sienta,
Desde su nave a deplorar segura
La muerte que cercana se presenta.

Mas ¡cuántas veces salvo i venturoso,
La borrasca en bonanza convertida
Alienta su esperanza ya perdida!
I, mirando el revuelto mar furioso
Calmar su ira ardiente,
¡Ai! cómo entónces mira indiferente
El vaiven ya pasado de su vida!
¡Con qué gozo su amor recuerda ausente!

Mas, caminar con paso vacilante,
Cuando es el infortunio compañero
Que no nos abandona un solo instante....
Decid, maestro ¿qué dolor mas fiero?

.....

A los influjos del pesar causado,
Para aliviar mi llanto,
Yo vengo a vuestro lado:
Vengo al lugar de paz i de ventura,
A la mansion do un dia
Feliz mi infancia deslizarse viera,
Sin que doliente el corazon latiera
Por la imájen de fúnebre agonía,
A la augusta mansion do ayer vivia
En florida i eterna primavera!

Aquí el dolor no impera,
Aquí halla alivio la mortal angustia.
Aquí una voz consoladora, amiga,
Del alma triste la aflixion mitiga.

Esa voz cariñosa
Que el dolor borra de mi triste frente
Es tuya, padre amado,
Resonando encantada, misteriosa,
Cual símbolo del cielo,
Mi mente lleva a la mansion dichosa!

¡Sí! tus palabras son, padre querido,
Llenas de amor i de eternal consuelo,
Las que resuenan en mi triste oido.
Aquí, mi pecho de dolor transido,
Alivio encuentra a su profunda pena;
I de mi alma el enlutado velo
Rasga tu sábio, paternal consuelo!

Santiago, Octubre 17 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

EL TURBION DE NIEVE.

A fines del año 1811, tan memorable en la historia rusa, vivia cerca de Nenacadowo un excelente señor, cuya hospitalidad era célebre en todas las inmediaciones. Diariamente iban sus vecinos a su quinta, unos a comer i beber, otros a jugar al boston con su mujer, i algunos, los mas, por ver a su hija María, cuyo pálido i melancólico semblante i airoso talle cautivaba todas las voluntades. María tenia entónces diezisiete años; sabíase que debia poseer algun dia ricos estados, i muchas personas de cuenta pensaban en ella para sus hijos.

Habia leido María una multitud de novelas francesas, i por natural efecto de tales lecturas, no tardó en abrir su alma a amorosos devaneos, dando oido a los tiernos arrullos de un pobre abanderado que habia ido con licencia a pasar algunos dias con su familia. Excusado es decir que el jóven por su parte estaba perdido de amores por María, i habiendo advertido los padres de la niña aquella mutua inclinacion, trataron al oficial aun peor de lo que se trata a un cesante, i prohibieron a María que pensase jamas en casarse con él.

Escribíanse sin embargo los dos amantes, i se daban misteriosas citas en el cercano pinar, junto a las ruinosas tapias de una antigua capilla. Allí, lamentando el rigor del destino, se juraban un amor eterno i formaban toda especie de proyectos novelescos; hasta que por último, a fuerza de cartas i de entrevistas a solas, llegaron a tomar una resolucion decisiva. "Una vez que no podemos vivir el uno sin el otro, se dijeron, i que una voluntad cruel estorba nuestra ventura, es necesario que destruyamos los obstáculos que nos oponen." El jóven oficial fué el primero que apuntó esta idea, que inmediatamente aceptó la exaltada imajinacion de María.

Pasaba esto a principios de invierno: las citas eran ya imposibles, pero la correspondencia empezó a ser cada vez mas activa. En todas sus cartas conjuraba Wladimiro a su amada que se abandonase a él, i le diese en secreto su hermosa mano: que pasarian algun tiempo escondidos, i despues se echarian a los piés de los padres de María, que conmovidos sin duda en vista de tanta constancia, dirian a los jóvenes esposos: "Hijos, os perdonamos; venid a nuestros brazos."

Aunque aprobaba de todo punto este proyecto María, sin embargo titubeaba en llevarlo a ejecucion. Propúsole su amante diferentes planes de evasion, i en fin aceptó uno: María debia pretextar cierto dia un fuerte dolor de cabeza, retirarse a su cuarto a la hora de cenar, i con su doncella, que estaba en el secreto, bajar por una escalera falsa al jardin, en cuya puerta encontrarian un trineo que la conduciria a cinco verstas de la quinta, a la iglesia de Dschadrino, donde las aguardaria Wladimiro.

Toda la noche que precedió al dia decisivo, estuvo María en movimiento: preparó su equipaje, sus vestidos i sus alhajas; luego escribió una larga carta a una de sus amigas i otra a sus padres, en que les decia adios en los términos mas expresivos; imputaba a su violenta pasion el paso que iba a dar, i concluia asegurándoles que el instante en que pudiese volver a arrojarse a sus piés i obtener su perdon, seria para ella el mas feliz de su vida. Despues de haber cerrado las dos cartas con un sello que representaba dos corazones inflamados i tenia un lema análogo a las circunstancias, se tendió vestida en su cama i se quedó dormida; pero no tardó en despertarse despavorida i como sofocada por horrorosos sueños; le parecia que, en el momento de salir para la iglesia, su padre la arrebataba con mano airada i la precipitaba en un tenebroso abismo; luego veia delante de sí a su futuro esposo que, pálido i ensangrentado, con moribunda voz la conjuraba que se uniese a él sin tardanza. Levantóse a la mañana mas descolorida que de costumbre i con un verdadero dolor de cabeza; sus padres la hacen mil preguntas con tierno interes, i aquellas cariñosas preguntas la despedazaban el corazon. Procuró tranquilizarlos, mostrarse alegre, i no pudo conseguirlo; al anochecer sintió su alma cruelmente opresa al considerar que aquel

era el último dia que iba a pasar bajo el techo paterno, i en silencio, llena de dolor, se despedia tristemente de todo cuanto la rodeaba. Cuando sirvieron la mesa, manifestó con voz trémula que tenia que retirarse, i dió las buenas noches a sus padres, que la abrazaron, dándole como de costumbre su bendicion. La pobre niña estaba a punto de prorrumpir en lágrimas, i así, apénas llegó a su cuarto, se echó en una silla i estuvo mucho tiempo llorando amargamente. Su doncella la suplicó que se sosegase, que cobrase aliento: todo estaba pronto: dentro de media hora María iba a abandonar la casa de su padre i a decir un eterno adios a su serena vida de soltera. Descargó en aquel momento un súbito turbion de nieve; el viento zumbada i hacia retemblar las puertas i las ventanas; ¡siniestro presajio para la imprudente fujitiva!

Pronto quedó todo en reposo dentro de la quinta. María se envuelve bien en una capa de pieles, toma la cajita de sus joyas i baja seguida de su doncella, que llevaba parte de sus ropas. Continuaba entre tanto el turbion; el viento silbaba con violencia, cual si quisiera detener a la jóven culpable, que con trabajo llegó a la extremidad del jardin donde la esperaba el trineo; los caballos, traspasados de frio, manoteaban impacientes, i el cochero de Wladimiro hacia los mayores esfuerzos por contenerlos. Ayudó a María i a su doncella a subir, cojió las riendas i partió a todo correr.

Dejémosle continuar su camino, i veamos qué es entre tanto del jóven abanderado.

Wladimiro no habia tenido un momento de sosiego en todo el dia: primeramente habia ido a casa del cura para concertar con él la ceremonia de la boda, luego a ver a unos vecinos para llevarlos a la iglesia como testigos. El primero a quien se dirijió era un capitan retirado, que aceptó gustoso la proposicion que le hizo Wladimiro, diciendo que le recordaba sus calaveradas de muchacho; convidóle a comer, i le prometió proporcionarle otros dos testigos; en efecto, por la tarde llegaron un alférez i un jóven que acababa de entrar en un rejimiento de lanceros; ámbos declararon que estaban prontos, no solo a servir de testigos a Wladimiro, sino a exponer sus vidas por ayudarle en su empresa. Wladimiro les dió un abrazo i se volvió a su casa a hacer los últimos preparativos. Despues de haber enviado a su fiel Miguel con el trineo a la puerta del jardin de su amada, tomó para sí otro mas lijero, tirado por un solo caballo, i se encaminó a Dschadrino, a donde debia llegar María pocas horas ¡despues: conocia mui bien el camino i no creia tardar en él arriba de veinte minutos.

Apénas salió a campo raso, rompió la tormenta i empezó a cegarle el turbion de nieve, que en un momento cubrió el camino i rodeó el horizonte, con un velo tan sombrío, que no dejaba distinguir ni el cielo ni la tierra. Wladimiro conoció que habia per-

dido el camino, i trató de volver a él; pero su caballo caia de un barranco en otro, i a cada instante volcaba el trineo. Mas de media hora hacia que estaba andando el jóven oficial, i aun no habia llegado al bosque de Dschadrino; el terreno era a cada paso mas quebrado, la nieve caia cada vez con mas violencia, la noche se iba haciendo mas i mas sombría, i el caballo empezaba a estar cansadísimo.

Reconoció Wladimiro que de nuevo se habia equivocado de camino. Paróse, procuró coordinar sus ideas i creyó que debia torcer hácia la derecha; así anduvo durante una hora mas, sin distinguir una sola habitacion, dando tumbos, cayendo i levantándose a cada instante, i procurando reanimar el ardor de su caballo, que apénas podia tenerse en pié.

Al cabo distinguió a alguna distancia una línea negra hácia la cual se dirijió, i llegado que hubo, reconoció que era un bosque.

—¡Loado sea Dios! exclamó, ahora ya estoi cerca del término de mi viaje.

I avanzó en la direccion del bosque, esperando encontrar su verdadero camino. Pronto, en efecto, llegó a una carretera real, ancha i llana, guarecida del viento por los árboles, i donde ya podia andar el caballo con mas brío; tambien Wladimiro cobró algun aliento i dió tregua a su mortal angustia; pero ello era que andaba, andaba sin cesar hácia adelante i no veia la aldea, i no podia llegar al fin del bosque. Entónces vió con espanto que se hallaba en un sitio que le era totalmente desconocido: la desesperacion se apodera de él, i emprende furioso a latigazos con el pobre caballo que, haciendo un último esfuerzo, arranca a galope, pero no tarda en aflojar el paso, pues estaba realmente quebrantado.

Pocos instantantes despues salió Wladimiro de aquel largo bosque; pero por mas que se desojó mirando a todos lados, no pudo distinguir la aldea de Dschadrino. Era ya cerca de media noche, las lágrimas se le saltaban involuntariamente de los ojos, i el infeliz seguia andando sin saber a donde iba. Empezaba entre tanto a calmarse la tormenta, las nubes se disiparon, despejóse el cielo, i el jóven abanderado vió delante de sí una ancha llanura nevada, en cuyo centro se alzaba una miserable aldea, compuesta de cuatro o cinco chozas. Dirijióse hácia la que estaba mas cerca i llamó a una ventana; pocos minutos despues asomóse a ella un anciano de luenga barba cana i le dijo:

—¿Qué se te ofrece?

—¿Estoi léjos todavía de Dschadrino?

—¡De Dschadrino!

— Sí, sí; ¿es mui léjos de aquí?

—No mucho; diez verstas poco mas o ménos.

Al oir estas palabras, hizo un ademan de desesperacion, i quedó inmóvil como un hombre herido del rayo.

—¿Pues de dónde vienes? repuso el anciano.

Sin responder a esta pregunta, díjole Wladimiro si podria proporcionarle caballos para ir a Dschadrino.

—¿Dónde quieres que los busque? respondió el aldeano.

—Pero, replicó Wladimiro, ¿podras al ménos darme un guia? Pagaré jenerosamente.

—Aguarda, dijo el anciano, voi a enviarte mi hijo; allá te entenderás tú con él.

I dicho esto, desapareció el viejo. Algunos minutos despues, llamó de nuevo Wladimiro a la ventana.

—¿Qué mas ocurre? preguntó el anciano.

—¿Viene o no viene tu hijo?

—Se está vistiendo i va a venir; si tienes frio entra a calentarte.

—Nó, nó, gracias; que venga tu hijo cuanto ántes.

Abrióse la puerta i salió un jóven que llevaba en la mano un garrote, con el que sondeaba a derecha e izquierda la nieve que cubria el camino.

—¿Qué hora es? preguntó Wladimiro.

—No tardará en amanecer, respondió el patan.

Wladimiro estaba como fuera de sí.

Cuando llegaron a Dschadrino empezaba a rayar el dia, i a oirse el canto de los gallos. La iglesia estaba cerrada, el jóven abanderado pagó a su guia i fué corriendo a la casa del cura. ¿Qué noticias iba a recibir?

Pero volvamos a los buenos habitantes de Nenacadowo, i veamos lo que por allí pasa. A la mañana siguiente entraron los padres de María en el comedor, donde ya estaba servido el té, i enviaron a un criado a saber cómo estaba su hija: el criado volvió con la noticia de que la señorita habia pasado mala noche, pero que ya estaba mejor e iba a bajar. En efecto, poco despues entró en el comedor, i se llegó a sus padres para besarles la mano.

—¿Cómo te sientes, hija mia? le dijo su padre.

—Estoi mejor, respondió María.

—Sin duda el calor de la estufa seria lo que te indispuso ayer.

—Puede ser.

Por la tarde cayó María enferma; el médico, que a toda prisa enviaron a llamar, declaró que tenia mucha calentura, i por espacio de mas de quince dias la pobre niña estuvo, por decirlo así, a las puertas del sepulcro.

Nadie sabia en la quinta la resolucion que habia tomado de huir de casa de sus padres; habia quemado las cartas que tenia escritas, i su doncella no habia desplegado los labios sobre aquella aventura; el cura i los testigos habian sido tambien mui discretos, i por buenos motivos, i en fin, hasta el cochero mismo habia hablado mui poco en las tabernas. Así quedó guardado el secreto entre una media docena de cómplices, pero María lo reveló en parte en el delirio de la calentura, diciendo cosas tan singulares, que su madre, sentada a la cabecera de su cama, la creyó perdidamente enamorada de Wladimiro, i atribuyó a la

violencia de aquel amor la enfermedad de su hija. Habló de ello a su marido i a algunos amigos, quienes declararon que era una inhumanidad desesperar mas tiempo a la enamorada doncella, i que al fin i al cabo la pobreza de su amado no era un vicio tan imperdonable.

Cuando empezó María a recobrar sus fuerzas, resolvieron sus padres escribir a Wladimiro, anunciándole que consentian que se casase con su hija; pero ¡cuál fué su sorpresa al recibir una respuesta incomprensible, en que Wladimiro decia que nunca mas pondria los piés en su quinta, i que la muerte era ya su única esperanza! Pocos dias despues supieron que habia salido para el ejército. Pasaba esto en 1812.

Durante mucho tiempo no se atrevieron a manifestar a María sus padres esta novedad, i ella por su parte tampoco hablaba nunca de Wladimiro; pero como un dia leyese su nombre entre los de los que mas se habian distinguido en la batalla de Borodino i habian sido gravemente heridos, cayó desmayada; este accidente no tuvo por dicha consecuencia ninguna de gravedad.

Murió su padre poco tiempo despues, dejándole un caudal que no podia consolarla de tan dolorosa pérdida; madre e hija abandonaron la quinta que les recordaba tan tristes memorias, i se retiraron a otro gobierno.

Allí su juventud i sus riquezas le atrajeron nuevos pretendientes; pero María no dió a ninguno la menor esperanza, sin embargo de que su madre la instaba a elejir un esposo, en cuyo caso meneaba María la cabeza con ademan triste i no respondia palabra. Wladimiro habia muerto, i parecia que su memoria era sagrada para María, que conservaba cuidadosa cuanto de él habia recibido, piezas de música, versos i dibujos. Todos admiraban semejante constancia, i esperaban con curiosa impaciencia al que debia vencer la fidelidad de aquella nueva Artemisa.

Acababa de terminar la guerra gloriosamente; nuestros soldados volvian en triunfo a sus hogares, en medio de una multitud entusiasta de sus triunfos i anhelosa de verlos. Por todas partes resonaban músicas militares; los oficiales a quienes habia visto salir a campaña sin pelo de barba, volvian con rostro viril i cubierto el pecho de decoraciones.

Las mujeres rusas estaban en aquel momento incomparables; a su natural frialdad habia sucedido una verdadera exaltacion, i saludaban con gritos de alborozo a los batallones que entraban en sus pueblos, tambor batiente i banderas desplegadas. No presenció María las solemnes funciones que entónces animaban las grandes ciudades, pero no era menor el entusiasmo en los caseríos i en las aldeas. En éstas, la llegada de un oficial era un gran suceso; recibíasele en triunfo, i todos a porfía le daban las mas insignes pruebas de interes i afecto.

Ya hemos dicho que María, a pesar de su desvío, estaba rodeada de pretendientes; pero todos hubieron de abdicar su am-

bicion cuando vieron introducido en casa de la jóven heredera a un coronel de húsares, llamado Burmin, que llevaba en el ojal la cruz de San Jorje, i tenia, en opinion de las damas del distrito, una palidez mui interesante. Era hombre como de hasta veintiseis años, i se hallaba a la sazon visitando unas haciendas que poseia, inmediatas a las de María, a fin de descansar de sus fatigas i curarse de sus heridas. María le recibió con particular agrado; con él no era reservada ni silenciosa como con los demas; hubiera sido injusto decir que ejercia con él alguna *coquetería;* pero el poeta, advirtiendo su conducta, hubiera tenido derecho para preguntar: *¿Se amor non è, que dunque è quel?*

Era Burmin realmente un jóven mui amable, i estaba dotado cabalmente de aquellas prendas del alma que mas cautivan a las mujeres. Su conducta con María era sencilla i natural; pero sus ojos i su corazon parecia que la seguian en todos sus movimientos i estaban pendientes de todas sus palabras. Burmin mostraba ser de un carácter suave i reservado; sin embargo, se aseguraba que habia tenido una vida bastante borrascosa, lo cual no le perjudicaba cerca de María, dispuesta, como todas las mujeres, a perdonar aquellas travesuras que anuncian un alma ardiente. No era solo la amena i dulce conversacion del jóven coronel, su palidez, sus heridas, lo que interesaba a María, mas tambien, i mas que todo, su silencio: no podia ocultarse a sí misma que aquel hombre la interesaba mucho, i con su perspicacia i su experiencia bien debia él haber advertido el efecto que producia. ¿Por qué, pues, no se habia aun echado a los piés de María, para declararle su amor? ¿Qué motivo le detenia? ¿Deteníale acaso aquella timidez inseparable del verdadero amor, o la prudencia de un maestro consumado en galanteos? Despues de haberlo pensado mucho, María declaró que semejante circunspeccion no podia atribuirse sino a timidez, i determinó animar ella misma al jóven coronel a fuerza de agasajos; ya entreveia en su imajinacion los incidentes mas novelescos i esperaba impaciente el desenlace.

Pronto obtuvieron sus ardides mujeriles el éxito que deseaba; Burmin se mostraba cada dia mas pensativo, i sus negros ojos se clavaban en María con tal ardor, que no podia estar lejano el momento decisivo. Los vecinos hablaban de la boda de la heredera como de cosa resuelta, i su madre la deseaba como el que mas. Un dia que estaba sentada sola en su habitacion, sumamente ocupada en buscar el porvenir en una combinacion de naipes, entró Burmin i le preguntó dónde estaba María.

—En el jardin, respondió la madre; vaya Ud. a buscarla, que yo espero aquí.

Burmin bajó al jardin, i la buena madre se decia al verle salir:

—Espero en Dios que hoi se decidirá todo.

Encontró Burmin a María sentada junto a un estanque, con un libro en la mano, como una verdadera heroina de novela. Des

pues de haberle dirijido algunas palabras, cortó ella de intento la conversacion i bajó la cabeza, con el fin de poner confuso al jóven coronel i de llegar así mas pronto a una explicacion; i en efecto, Burmin, no sabiendo cómo salir del paso i recobrar su ordinaria actitud, rompió la valla i declaró a María que buscaba hacia tiempo una ocasion propicia para abrirle su pecho, i que la suplicaba se dignase concederle algunos instantes de atencion; María cerró su libro i bajó los ojos.

—Yo la amo a Ud., María, dijo Burmin, la amo con pasion. (Al oir esto se roburiza la doncella e inclina la cabeza un poco mas.) He cometido una grande imprudencia dejándome llevar de la dulce costumbre de ver, de oir a Ud. todos los dias, i ahora ya no puedo resistir a mi destino. Su memoria de Ud., su imájen adorada serán el tormento i la felicidad de mi vida. Me queda, sin embargo, un gran deber que cumplir; tengo que revelar a Ud. un secreto fatal que pone entre nosotros un obstáculo insuperable.

María le mira sobresaltada.

—Estoi casado, prosiguió Burmin, casado hace tres años, i ni sé quien es mi mujer, ni dónde está; ni si jamas volveré a verla.

—¡Qué dice Ud.! exclamó María. ¡Qué cosa tan singular! Continúe Ud., le suplico. Luego le contaré a Ud. lo que a mí tambien me pasa.... Hable Ud.

—A principios de 1812, repuso Burmin, fuí a unirme con mi rejimiento en Wilna. Al llegar de noche i mui tarde a la casa de postas, mandé que engancharan los caballos al momento. En el mismo instante empezó a caer un terrible turbion de nieve, con lo que el maestro de postas i su jente me aconsejaron que esperase a que pasara. Al principio cedí a su consejo, pero luego, impaciente por seguir mi camino, me resolví a arrostrarlo todo e ir adelante. El postillon, por acortar algunas verstas de camino, quiso atravesar un rio cubierto de hielo, pero erró el sendero, i pronto nos encontramos en una llanada que no conocia; por fortuna ví brillar a lo léjos una luz, i le mandé que se dirijiese hácia ella. Llegamos a una aldea donde ví la iglesia iluminada, las puertas abiertas de par en par, i algunos trineos, ante los cuales se paseaban varias personas.

—Por aquí, por aquí, gritaron algunas voces.

Llégueme a donde parecia que me llamaban, i entónces me dijo un desconocido:

—Pero, hombre, ¿cómo has tardado tanto? La novia se ha desmayado, el cura no sabe qué hacer, i ya íbamos a retirarnos. Ea, date prisa. Apeéme de mi kbitka embozado en mi capa, i entré en la iglesia. Una jóven estaba sentada a la sombra de un pilar, en un banco, miéntras otra, de pié delante de ella, le frotaba las sienes.

—¡Loado sea Dios, exclamó la última, que por fin habeis llegado! mi pobre señorita se iba a morir.

El sacerdote me dijo:

—¿Quiere Ud. que empiece?

—Sí, le respondí sin saber lo que me decia. Ayudaron a la jóven enferma a levantarse, i me pareció bastante linda. Arrastrado por una incomprensible e imperdonable lijereza, me encamino al altar. El cura dió algunos pasos; los testigos i la doncella no estaban ocupados mas que en asistir a la novia; un momento despues estábamos casados. Abrazaos, nos dijeron. Mi esposa vuelve hácia a mí su pálido rostro, voi a abrazarla, cuando de repente: ¡Dios mio, no es él! exclama i cae sin sentido. Los testigos me miran, i yo salgo de la iglesia, monto en mi carruaje i me alejo a todo el galope de los caballos.

—¡Cielo santo! exclamó María, i ¿no sabe Ud. lo que ha sido de su mujer?

—Ni siquiera sé, respondió Burmin, el nombre del pueblo en que me pasó la aventura que acabo de referir a Ud. Yo daba entónces tan poca importancia a ese sacrilejio, que me dormí pocos instantes despues de haber salido de la iglesia, i no me desperté hasta el dia siguiente, cuando ya habia mudado tres veces de caballos. El criado que me acompañaba murió durante la campaña, de modo que ninguna esperanza me queda de volver a ver a la infeliz a quien tan indignamente engañé entónces, i que hoi se venga de mí de un modo tan cruel.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó María cojiéndole una mano, ¡con que era Ud.! ¿I es posible que no me haya reconocido ántes?...

Burmin se puso pálido i cayó a los piés de su amada.

POUSCHKIN.

TIMIDEZ ARMADA.

La poderosa rama en una mano,
I en la otra apoyadas ámbas sienes,
En un rincon de la desierta sala,
Esperaba, esperaba tristemente.

I al temblor convulsivo de mi diestra,
Una flor en pos de otra, mústia i débil,

Caia en lento jiro sobre el suelo,
I esperaba, esperaba tristemente.

Esperaba ¿i a quién?.... ¡era mui niño!
Sentí una lágrima asomarse ténue,
Vacilar un instante en mis pupilas,
I sobre el ramo deslizarse en breve.

Mil deseos del alma misteriosos,
Violento palpitar, odiosa fiebre,
Emocion indecible, en fin, sentia,
I no osaba llorar.... ¡podian verme!

I en ese estado de esperanza i miedo,
Sorprendíme pensando varias veces,
En las cosas mas tristes, mas amargas,
Cosas que un niño *casi nunca* entiende.

¡Oh, sí! mui tristes, mui amargas eran....
Pensaba, por ejemplo, por qué suerte....
Nó, nó....las he olvidado. Hora recuerdo
Que eran tristes i amargas, solamente.

Miéntras vagaba así mi pensamiento,
Percibí el roce de una planta leve:
Estrechó el ramo mi convulsa mano....
¡Pobre niño, con armas, pero inerme!

Quise ir hácia ella: no lo pude.
Mi corazon latió mucho mas fuerte;
Un secreto temor me dominaba:
¡Pobre niño, con armas, pero inerme!

Bajo el dintel, la encantadora niña
Desconfiada pasó sin detenerse,
Cuando ¡oh, rabia, oh, dólor! un cruel muchacho
Posó la rama sobre su alba frente.... (1)

Sentí en el rostro quemadora sangre,
Se ensancharon las venas de mis sienes;
Colérico me alcé, la rabia ciega
Hizo al cobarde, en apariencia, fuerte.

(1) *Posó la rama sobre su alba frente.... i la besó.* Segun una graciosa costumbre inglesa, los niños en el dia de Pascua, tienen derecho para besar a una niña, toda vez que en el instante mismo de tocar aquélla el umbral de una puerta, toquen su cabeza con una rama de cierta planta, cuyo nombre no recuerdo.... ni he sabido nunca.

I abandoné la sala, decidido,
Resuelto a castigar al insolente;
Ni yo era niño, ni él, ante mis ojos....
Debia pues, vengarme con la muerte.

¡Ah! en ese instante mis turbados ojos
La rama vieron, en mi mano siempre,
Sin hojas ya i sin flores....
Ya no pensé en vengarme. Mas ¿qué puede,
Qué puede un corazon, débil, mezquino,
Si al morir una hoguera, otra se enciende?
La enfermedad terrible de la cólera,
Sin dejar huella de su paso, fuése:
Quedé no obstante, mas que nunca enfermo
I mas que nunca, débil.
Al rincon solitario de la sala,
Me volví sollozando amargamente,
Diciéndome a mí mismo:—"Nunca, nunca,
Cuando a ser hombre llegues,
Cuando una aspiracion tu pecho tenga,
Colmada la verás: esa es tu suerte."

En lo mismo pensaba (en este instante,
Lo recuerdo no más; lector, dispénsame)
Cuando turbado i soñador i tímido,
Concebia mi mente
Los anuncios *mas tristes, mas amargos*
Que cumplidos he visto ¡ai, cuántas veces!....

Octubre de 1875.

JUAN R. SALAS E.

SIEMPREVIVA.

(TRADUCIDO DEL ALEMAN.)

¡Pobre amigo mio! murió. Entre muchos papeles mui antiguos que encontré en su escritorio topé con unas memorias, cuya firma no me creo autorizado para revelar.

Las leí i quedaron grabadas en mi mente; decian así:

La amé con todo el fuego de un corazon que no sabia amar i ella me miraba con una expresion que jamas comprendí pero que sabia que revelaba un algo misterioso i funeral. Nunca la hablé de amor, porque tenia miedo de su sonrisa, pero supe que sus compañeras la llamaban *Siempreviva*, porque parecia muerta. Es mui cierto que nada vive tanto como la muerte.

El mundo seguia su curso, siempre el mismo: yo cruzé los mares, abandoné mi hogar i vagué por el mundo sin saber nada de mi corazon, porque no lo comprendia. Aborrecia las flores que nacen para morir i vivia sólo, porque la soledad nunca muere, porque es compañera inseparable del no ser.

Me iba a acostar una noche: la atmósfera estaba diáfana; las estrellas temblaban no sé si colgadas o sostenidas por su propio resplandor i nuestro planeta seguia, seguia su atolondrado jiro; yo probablemente deberia de estar en él, porque mi cabeza tambien giraba, pues queria en vano recordar el sér que no se atrevia a amar, porque le tenia miedo.

Encendí una luz i llegué a mi cama: algo raro encontré en ella, porque se parecia en su figura a un ataud; un olor a incienso i a cirios apagados llegó hasta mí: un eco perdido de cánticos relijiosos escuché, como el *Dies iræ* de un funeral aéreo; algunas gotas de cera salpicaron la manga derecha i una de las solapas de mi levita i oí algunos llantos i suspiros de personas que me pareció conocer por la voz.

Me acerqué a un espejo i me ví pálido, ojeroso, ríjido i me tuve miedo, porque recordé a una mujer que se me parecia.

Llegué a mi cama i la figura de ataud de ántes seguia en ella: algo noté sobre ella, me acerqué i ví que era una corona de siempreviva. Siempreviva llamaban a la mujer que yo amé i que ya hacia mucho tiempo que no veia.

Dormido debajo de la corona encontré un animal raro, mui raro, pero no mui feo, aunque no lo aseguraria. Tenia los ojos diáfanos como el cielo que hacia poco habia visto i brillantes como las estrellas que en él temblaban; la cabeza era parte de conejo, porque tenia orejas de tal, parte de cuervo, porque estaba cubierto de plumas negras i lustrosas, parte de lechuza, porque tenia el pico encorvado i pequeño i ademas jiraba sobre su pezcuezo con vertijinosa rapidez; el tronco tenia la forma de mujer pero perfectamente cubierta de plumas grises; las estremidades inferiores eran de caballo, tenia grandes alas blancas i los brazos eran de forma humana, pero los mas bellos i torneados que jamas haya visto. I sin embargo, el todo de aquel sér se daba un aire lejano a la mujer a quien sus compañeras en otro tiempo llamaban Siempreviva i yo sentí por este sér un sentimiento de amor i de miedo semejante al que profesaba a la mujer adorada de otros tiempos.

El sér, al verme, suavizó su mirada de llama, me tomó de la mano i con una voz mas dulce i clara que la armonía de los bosques i con una amorosa familiaridad me dijo: vamos.

Una de las flores de la corona de siemprevivas abrió sus pétalos i penetramos en su seno mi extraño guia i yo. ¡Qué dulce era el seno de la siempreviva!

Un sopor plácido i tranquilo se apoderó de mi sér i dormí largo rato, hasta que desperté. Una lámpara de aceite, colgada del techo, lanzaba sus rayos pálidos a su alrededor, los que iban a morir en las paredes amarillas de mi vivienda i solo se escuchaba el batir de las alas del sér que me habia guiado i que revolaba sosegadamente al rededor de mi cabeza cantando una armonía dulcísima, pero tan extraña, tan fantástica que jamas hubiera concebido una música igual; tenia una mezcla de alegría, de tristeza, de calma, de desesperacion, de frenesí, de dolor resignado que hacia que en mi cabeza se revolviese un mundo de ideas que cruzaban en tropel por ella locas, abrumadoras.

El batir de alas se fué extinguiendo i el ave se posó frente a mí, no sé en donde; la música habia cesado, pero la lámpara ardia temblorosa i pálida.

El ave me miró fijamente i me dijo:

—¿Me conoces?

—No lo sé, le respondí.

—¿Me encuentras bella o mi sér te causa repugnancia i horror?

—Tus ojos son dulces, pero me ofenden, le respondí; sin embargo, me recuerdan otros que amo.

—Tú has dormido en el seno de una siempreviva, me dijo, clavándome una mirada misteriosa i que me hizo temblar; ¿no sabes que las siempreviva son las flores de la muerte? Escúchame: la muerte busca a las siemprevivas: sabe que hai siemprevivas en el mundo que solo pueden gozarse en el seno de la muerte, porque jamas pueden hermanarse con la vida de los hombres: ya sabes el camino: cuando busques siemprevivas, duérmete en un ataud; en el cielo crecen bellas i fragantes; en la tierra solo pueden vivir marchitas i siendo emblema de la muerte. Adios.

El ave inclinó la cabeza, dejó caer una gran cantidad de las plumas grises i negras que la cubrian i la luz de la lámpara se apagó. Unas alas dulces i perfumadas rosaron por mi frente i su batir plácido i sereno se perdió en la altura. En ese momento el reloj daba las doce.

Despues no sé lo que pasó por mí. Trascurrido un tiempo que no pude medir, sentí tres golpecitos en la puerta de mi habitacion; desperté i ví la almohada de mi cama hecha pedazos i las plumas de que estaba formada volaban por todas partes i mi cabeza estaba sumerjida en ellas; sin duda yo habia llorado, porque en el rastro húmedo de mis lágrimas se habian pegado algunas plumas, lo mismo que en mis cabellos.

Hice entrar al que golpeaba la puerta: era mi sirviente que al ver mis lágrimas emplumadas se sonrió. Mi imbécil criado se reia de mis lágrimas. Traia un parte telegráfico que le arranqué de las manos convulsivamente; rompí el sobre i él decia:

"Anoche a las doce, la pobre niña N. N. (en el orijinal está el nombre i apellido) ha muerto. Ruega al señor por la que tanto te quiso i que te dedicó su último recuerdo.—*Tu padre.*"

Lágrimas de fuego cruzaron por los rastros emplumados de las antiguas i oré con todo el fervor de mi alma por la niña adorada que me dedicó su último recuerdo i a quien sus compañeras llamaban Siempreviva, porque parecia muerta.

Santiago, 20 de Octubre de 1875.

JULIO M. MONTERO.

LEANDRO GOMEZ.

APUNTES PARA SU BIOGRAFÍA.

(Conclusion.)

El Brasil i el gobierno del jeneral Mitre en la República Arjentina miraban hacía tiempo con malos ojos al gobierno de Montevideo, cuya política habia mas de una vez chocado con las pretensiones de ámbos. El Brasil, sobre todo, sentíase ofendido i comprendia que se le presentaba entónces una feliz oportunidad de poder realizar en parte los propósitos que ha largo tiempo abrigaba sobre las repúblicas del Plata.

Dueño un dia, merced a las civiles contiendas i a las torpezas de Artigas, de la Banda Oriental, i arrojado despues de allí por el esfuerzo de los orientales i arjentinos, el Brasil ha mirado siempre con codicia i con ira ese territorio, testigo de su afrenta i que necesita para la seguridad de sus provincias del Sur i el engrandecimiento del imperio.

El gran enemigo del Brasil es su clima, que enerva las fuerzas del cuerpo i desarrolla sinnúmero de pestes; clima verdaderamente africano, bajo el cual solo pueden vivir satisfechos esos siete millones de negros que agobian al pueblo brasilero i que son allí un obstáculo invencible para el progreso del pais. Vanos han sido los esfuerzos del Brasil por traer a sus costas una co-

rriente de inmigracion europea; no ha podido conseguirlo, que el hombre blanco allí o muere devorado por las fiebres o arrastra una vida lánguida, fatigosa. Por eso empéñase tanto en extender sus límites hácia el sur i en poseer siquiera una parte de esas ricas i frescas llanuras que baña el Plata. Escarmentado con la pasada lucha, ha comprendido que puede conseguir mas por el camino de la diplomacia que por el de la guerra, que le está mejor la piel del zorro que la del leon; i desde entónces ha atizado sin cesar las contiendas civiles de aquellas repúblicas i fomentado la rivalidad entre arjentinos i uruguayos. Desgraciadamente, en 1863 encontró en el jeneral Mitre un aliado necesario para la realizacion de sus planes. Cegado este mandatario arjentino por su afecto a su amigo el jeneral Flores i por los rencores del partidario, aceptó la alianza brasilera para derribar al gobierno lejítimo del Uruguay. Ambos gobiernos dispensaron desde luego una proteccion decidida, pero oculta, a los revolucionarios. La revolucion, sin embargo, no avanzaba; el desaliento empezaba a cundir en sus filas i parecia no estar lejano el dia en que Flores i sus correlijionarios tendrian que abandonar el pais. Entónces el gobierno brasilero, apoyado por el jeneral Mitre, se resolvió al fin a representar en el Uruguay el papel que en este siglo ha representado la Francia en Méjico i España. La naturaleza de este escrito no nos permite examinar la larga lucha diplomática que precedió a la lucha armada. Ella sirvió solo para poner de manifiesto el propósito decidido que tenia el Brasil de intervenir en los negocios del Uruguay i que aquella intervencion tenia por única razon la fuerza i el disgusto que le inspiraban las buenas relaciones del Paraguay i el gobierno de Montevideo.

El jeneral Gomez habia sido nombrado en 1864 comandante militar del departamento de Paysandú, i a fines de ese año comandante jeneral de todo el Norte. Mas de una vez los revolucionarios se habian presentado delante de aquella plaza i habian tenido que retirarse encontrándose impotentes para tomarla.

El 7 de setiembre cruzaba las aguas del Uruguay el vapor oriental *Villa del Salto*, armado con dos cañones i guarnecido con solo cuarenta hombres, cuando fué repentinamente atacado por tres cañoneras brasileras. El *Villa del Salto* era un pequeño vapor de madera, casi desarmado i que era imposible pudiera batirse contra los buques de guerra que le atacaban. Mandábalo don Pedro Rivero, valiente militar, que desesperando de poder salvarlo, se abrió paso por entre las cañoneras enemigas, lo echó sobre la costa de Paysandú i en seguida le prendió fuego para librarle de caer en manos de los brasileros, salvando la artillería i municiones.

Aquel ataque del gobierno brasilero, verificado en medio de la paz i sin que nada pudiera justificarlo, como era natural, indignó al pais. Las relaciones entre ámbas naciones fueron rotas i las hostilidades principiaron.

Un ejército brasilero atravesó las fronteras i emprendió la marcha sobre la ciudad de Paysandú. Mandábalo el jeneral Juan Propicio Menna Barretto, i se componia de cinco batallones de infantería, cuatro rejimientos de caballería i doce piezas de artillería rayada; al partir de su campamento de Pirahuy constaba de 6,500 hombres. El jeneral Flores, miéntras tanto, convencido de que su triunfo era un imposible sin el auxilio del extranjero i arrastrado por su ambicion, aceptaba la intervencion brasilera i avanzaba a unirse a los imperiales. El 28 de noviembre, auxiliado por la escuadra brasilera, se apoderaba por capitulacion del pueblo del Salto, defendido solo por trescientos hombres i cuatro cañones; i en seguida marchaba sobre Paysandú. Allí estaba Leandro Gomez al frente de las escasas fuerzas que habia podido reunir. Ascendian apénas a setecientos ochenta hombres: ochenta del batallon de línea 1.° de cazadores, al mando del capitan Adolfo Areta; ciento cincuenta de otro batallon de línea, bajo las órdenes del mayor B. Estomba, i el resto eran guardias nacionales de caballería de Paysandú i Tacuarembó que habian sido desmontados i se les habia dado un fusil, que no sabian manejar, para combatir contra tropas perfectamente disciplinadas. La plaza tenia ademas seis cañones para su defensa, de los cuales uno era de a dos, tres de a seis i las dos carrodadas que se habian desembarcado del *Villa del Salto* cuando fué necesario incendiarlo: ninguno de ellos alcanzaba a la escuadra, que se habia colocado a una prudente distancia, desde donde pudiera bombardear impunemente.

Para el servicio de esos cañones habia solo doce artilleros de línea, los demas eran improvisados, i no habia en Paysandú mas oficial de artillería que el capitan Federico Fernandez. La única defensa que tenia la ciudad eran unas paredes de ladrillo levantadas en las calles a poca distancia de la plaza principal. Tales eran los recursos con que contaba Paysandú, que un escritor brasilero tuvo la fatuidad de llamar la Sebastopol del Sur!

El 6 de diciembre, alentado Flores con el fácil triunfo obtenido en el Salto i apoyado por seiscientos soldados, desembarcados de la escuadra brasilera, emprendia el ataque de la plaza i durante cuatro dias de combate intentó en vano hacer ceder a a sus defensores. Miéntras tanto la escuadra brasilera no cesó un instante de bombarder la ciudad hasta agotar sus balas en la noche del dia ocho. Ese dia los sitiadores habian sido rechazados con grandes pérdidas, dejando en las calles gran número de muertos i una bandera brasilera en poder de los sitiados. El dia nueve, los jefes de los buques de guerra extranjeros, negociaron una tregua para enterrar los cadáveres i conseguir que abandonaran la ciudad las familias que quisieran hacerlo. Flores i el almirante Tamandaré pudieron convencerse despues de aquellos ataques que tres mil no tomarian jamas a Paysandú por la fuerza de las armas, i suspendieron las hostilidades aguardando la

llegada del ejército de Menna Barretto i de un nuevo cuerpo al mando del jeneral Netto.

El comportamiento del jeneral Gomez durante aquellos dias de encarnizada lucha fué brillante: no descansaba un momento, veíasele en todas partes desafiando el peligro, combatiendo en medio de sus soldados, alentándolos con la voz i el ejemplo. Las balas le respetaban: dos de los caballos que montaba fueron muertos por el plomo enemigo, i una vez en el momento en que desde una azotea descargaba su rifle sobre los asaltantes una bala tocó su frente, pero resbaló sobre ella sin hacerle mas que una leve contusion.

Gomez tenia a su lado al hombre que necesitaba, el jeneral don Lúcas Piriz, militar de valor extraordinario i que tenia el secreto de hacerse amar por sus soldados. La serenidad de Gomez i la violencia de su carácter, por el contrario, le hacian poco simpático a hombres poco acostumbrados a la rigurosa disciplina del ejército.

El 20 de diciembre, el jeneral Piriz con doscientos cincuenta soldados, hace una atrevida salida, cae sobre una parte del ejército sitiador i le pone en completa derrota, haciéndole gran número de muertos, tomándole gran cantidad de armas i vituallas, i retirándose en seguida a la plaza con escasísimas pérdidas.

El mismo dia temeroso Flores de ser atacado por el ejército que se acercaba en defensa de la plaza i que mandaba el jeneral Sáa, levanta el sitio i se pone en marcha hácia el Sur. Pero Sáa retrocede sin atreverse a librar batalla, i el 22 los sitiadores se presentan de nuevo ante Paysandú. Siete dias mas tarde, los jenerales Menna Barretto i Netto, con ocho mil hombres se incorporan a Flores.

Las fuerzas sitiadoras alcanzaban a cerca de diez mil hombres divididos del modo siguiente: seis mil cuatrocientos del ejército de Menna Barretto, mil quinientos de Netto, mil quinientos del jeneral Flores i quinientos marinos desembarcados de la escuadra. Otros dos mil hombres del jeneral Flores observaban los movimientos del ejército de Sáa i guardaban la espalda a los sitiadores.

Ante la magnitud del peligro, la decision i el entusiasmo de los defensores de Paysandú pareció aumentar. Leandro Gomez habia tomado la resolucion de defender el pueblo a todo trance; en aquella ocasion, como en otras de su vida, estaba dispuesto a perecer ántes que ceder un punto, i en una ardorosa proclama invitaba a sus compañeros a morir sobre aquellas trincheras ántes que abandonar al enemigo un palmo de terreno.

En Paysandú puede decirse que no quedaban sino los que la defendian; casi todas las familias la habian abandonado para refujiarse en las islas del Uruguay, desde donde, en medio de las mayores privaciones, contemplaban aquella lucha homérica en que caian para no levantarse jamas tantos séres queridos.

¡Qué cuadro aquel! Las madres, las esposas, los hijos, en medio de aquellas islas encantadoras, llorando desoladas, orando, levantando al cielo sus manos suplicantes, queriendo en vano traspasar con la vista aquellas nubes de humo que envolvian a Paysandú, i seguir con la mirada los centenares de balas que llevaban la muerte a aquel monton de ruinas; i sobre éste, al pié de la bandera de la patria, un puñado de bravos que luchaban sin descanso hasta rendir el último aliento!

Cuadro grandioso que despertaba en el alma mil distintos sentimientos al contemplar el heroismo de los que morian, el dolor indescriptible de sus deudos, la zaña de los que atacaban i la calma misma de la naturaleza; cuadro que puede comprenderse, que puede imajinarse, pero que la pluma no puede pintar.

El 31, al amanecer de un precioso dia de verano, treinta i dos piezas de artillería, colocadas en tierra en batería i treinta i nueve de la escuadra brasilera, rompian sobre Paysandú un fuego atronador. Durante tres dias sin cesar un momento aquellos setenta i tantos cañones vomitaron la muerte i la ruina sobre la plaza sin que flaqueara un instante el valor de aquellos bravos soldados.

Los seis cañones con que contaban fueron inutilizados desde el primer dia por los certeros fuegos del enemigo i muertos casi todos los artilleros; las trincheras fueron derribadas a cañonazos en casi toda su estencion i la ciudad quedó convertida en un monton de escombros. Los cadáveres insepultos arrojados en medio de las calles o en algunos aljibes que no habia tiempo de cubrir con tierra, se corrompieron completamente bajo la accion de un calor abrasador. El humo de la pólvora i el hedor de los cadáveres hacian que apénas pudiera aspirarse aquella atmósfera corrompida.

El primer dia de ataque circuló por toda la plaza una noticia aterradora: los pistones se habian concluido i las armas de fuego iban ya a ser inútiles. En vano trataria de pintar la desesperacion de aquellos hombres al saber que la resistencia era ya imposible contra los contínuos ataques del enemigo.

Hubo un momento en que todo pareció perdido, cuando el jeneral Piriz descubrió un injenioso recurso que iba salvar en parte aquella situacion horrible. En lugar de los pistones agotados discurrió emplear los fósforos, sirviéndose de ellos para disparar los fusiles, que no quedarian del todo inutilizados.

Era aquel uno de esos recursos a que se acude en los momentos críticos, que sujiere el entusiasmo i la inminencia del peligro i que se reciben como una inspiracion del cielo. Los pocos pistones que quedaban se repartieron entre los soldados, tocándoles de a siete a cada uno i se les dió órden de que los reservaran para la noche i se sirvieran de fósforos durante el dia.

En la tarde del 1.° de enero de 1865, en consejo de oficiales, viendo que la resistencia era imposible, se acordó abandonar

la plaza durante la noche, inutilizar lo que no pudiera llevarse i en seguida abrirse paso por entre las filas enemigas. Pero la desgracia debia perseguir a aquellos bravos hasta el último instante: el jeneral Piriz, que debia dirijir la retirada i que tanta influencia ejercia sobre la guarnicion, pereció aquella misma noche a consecuencia de las heridas recibidas en la pelea. Murió con la tranquilidad de los hombres valientes i honrados; sus últimas palabras fueron para recomendar que se ocultara su muerte a los soldados, porque conocia el desaliento que ella traeria a todos los ánimos. Ese mismo dia habian caido al pié de las trincheras los coroneles Emilio Raña i Tristan Azambuya, que mandaban las guardias nacionales de Paysandú i Tacuarembó, i el comandante Pedro Rivero, jefe político de aquel departamento. Un gran número de oficiales habia muerto durante aquellos dos dias de combate i otros muchos estaban heridos. La mitad de la guarnicion habia muerto o estaba fuera de combate, i la pérdida de aquellos cuatro jefes no habia podido ménos de hacer una impresion profunda en el ánimo de todos. Leandro Gomez comprendió que en tal situacion no era posible efectuar una retirada sin exponerse a ser despedazados ántes de abandonar las trincheras.

Era, por otra parte, evidente que en el siguiente dia la plaza seria tomada: cuatrocientos hombres escasos, que hacia cuarenta i ocho horas no comian ni reposaban un instante i que combatian casi sin cesar; sin cañones, sin pistones para los fusiles, sin jefes ni oficiales i sobre un monton de ruinas, era imposible que pudieran resistir al fuego de setenta piezas de artillería i al empuje de diez mil soldados, en su mayor parte de línea.

Leandro Gomez, sin embargo, no queria rendirse; preferia morir.

Amaneció al fin el 2 de enero, dia fatal en que habia de tener término aquella horrible trajedia, i con los primeros resplandores del alba los sitiadores se lanzaron sobre Paysandú, sobre aquella presa que ya creian tener entre sus garras; pero una vez mas tuvieron que retroceder ante aquel puñado de patriotas, cuyo heroismo i constancia rayaban en lo increible. La escuadra, miéntras tanto, no cesaba de bombardear la plaza con metralla i balas encadenadas.

A las ocho de la mañana se resolvió Leandro Gomez a pedir al enemigo una suspension de ocho horas para enterrar los muertos, curar a los heridos, que nadie podia atender en aquel recinto de muerte i conseguir que salieran fuera de la plaza algunas familias que habian preferido quedar al lado de los suyos, arrostrando todos los peligros. Algunos oficiales habian aconsejado a Gomez que pidiera al enemigo una capitulacion que les permitiera salir de la plaza en libertad i con los honores de la guerra i conservar al pais aquellos bravos cuya sangre era ya inútil derramar, pues Paysandú solo podia resistir algunas horas

mas; pero aquel hombre abnegado les contestó con aquella serenidad con que los mártires contemplaban la hoguera que debia devorarlos i aquel sublime laconismo de los espartanos: Si Uds. quieren capitular, pueden hacerlo; yo debo morir ántes que firmar esa capitulacion. Sin embargo de esta contestacion, al ver partir un parlamento para el campo contrario i recibir la órden de suspender el fuego en toda la línea, muchos creyeron que se trataba de capitular con los sitiadores. La noticia circuló en un momento por toda la trinchera. En aquel instante, crecidos grupos del ejército de Flores se adelantan hácia la plaza levantando en alto sus armas, gritando a los sitiados que todo estaba arreglado i colmándolos de elojios por su heróico comportamiento.

Leandro Gomez, rodeado de unos pocos oficiales, se ocupaba en contestar la nota en que los jefes sitiadores le negaban la suspension de armas que habia pedido. De repente siente en la plaza un extraño clamoreo que se aproxima a la casa que ocupaba; sobresaltado se lanza al punto a la calle, pero se ve detenido a los pocos pasos por un grupo compuesto casi todo de oficiales enemigos. ¿Qué habia sucedido? ¿Cómo habian penetrado hasta allí?

Hé aquí lo que habia pasado. Sorprendidos los defensores de Paysandú por la actitud en que avanzaba el enemigo i por sus mismas palabras, sin órden alguna para romper el fuego i casi sin oficiales que los mandaran, vacilaban en acometerlos, temerosos de malograr las ventajas que, segun se decia, se habian conseguido en la capitulacion. En esta duda cruel se envió al mayor Estomba para que viera al jeneral Gomez i le pidiera órdenes; pero aquella medida se tomó mui tarde: ántes que Estomba llegara a la plaza ya los enemigos habian recorrido el vasto espacio que separaba a los combatientes i dando vivas a Leandro Gomez i los demas jefes, se confundian con los sitiados asegurándoles siempre que sus vidas i su libertad estaban garantidas por un pacto. No era posible siquiera sospechar la negra felonía que aquellas palabras envolvian; militares que en algo respetaran su honor i los deberes de la guerra no podian manchar su palabra de una manera tan inícua. Sitiados i sitiadores confundidos avanzaban hácia la casa en que estaba Gomez, llenos éstos de alegría i de entusiasmo, confiados aquéllos en las demostraciones que se les hacian.

Solo el capitan don Adolfo Areta supo en aquellos momentos obrar segun los dictados de la prudencia; negóse a entrar en tratos con el enemigo i al frente de un puñado de soldados de línea que aun sobrevivian, se lanzó sobre un batallon brasilero que avanzaba sobre la parte de la ciudad confiada a su cuidado i lo puso en pavorosa fuga. Pero, como dejamos dicho, los enemigos habian penetrado ya por la parte opuesta i llegaban al centro de la plaza.

Al ver al jeneral Gomez, sorprendido con aquel extraño acon-

tecimiento, los coroneles Mora i Belen, del ejército de Flores i algunos jefes brasileros se le acercaron para manifestarle que la resistencia era ya de todo punto inútil, que la ciudad estaba dominada i que su vida, su libertad i la de todos sus compañeros estaban garantidas por la palabra de los jenerales sitiadores. ¿Qué pasó entónces por el alma de aquel hombre indomable?

Difícil seria poder decirlo. La plaza habia sido tomada, la resistencia era imposible i él no podia sacrificar a aquellos valientes soldados que hacia un mes combatian al pié de aquellas trincheras derribadas ya por el cañon enemigo.

¡Era necesario rendirse! Para el heróico defensor de Paisandú era aquel el sacrificio mas doloroso, aun cuando se le exijiera despues de haberse cubierto de gloria compliéndo un deber sagrado.

Aquel golpe tremendo de la desgracia, que debió llenar su alma de la mas profunda tristeza, no le abatió, sin embargo. Un oficial brasilero se adelanta i le pide la espada ofreciéndole todo jénero de garantías en nombre de Menna Barreto i Tamandaré; pero él se vuelve hácia los jefes de Flores que le rodeaban i se la entrega a ellos diciendo que ya que la desgracia le obligaba a tener que rendirla, preferia ántes que entregarla un extranjero que le ofrecia la vida despositarla en manos de un paisano, aunque nada le ofreciera.

En seguida el coronel Belen le manifestó que tenia órden de conducirlo fuera de la plaza, i Gomez, seguido de algunos compañeros, se dirijió hácia el sitio indicado. Aun durante el camino, Belen i Mora no cesaron de colmarle de elojios i de repetirle una vez mas que nada tenia que temer. Yo no pido seguridades para mi vida, contestaba el ilustre vencido, solo quiero que se respete la de mis soldados. Al llegar a las trincheras se detuvieron i allí esperaron algunos momentos hasta que se presentó delante de ellos el coronel revolucionario don Gregorio Suares i selló con un crímen mas las sangrientas pájinas de su historia. Dando término a aquella horrible farsa, ordenó, a nombre del jeneral Flores, que fueran conducidos los jefes de Paysandú a una casa vecina i fusilados inmediatamente.

¿Habia dado en verdad aquella órden el jeneral Flores?

La historia lo dirá; nosotros, sin embargo, fundados en el carácter de aquel caudillo, creemos que todo el peso de ese crímen debe recaer sobre Suares i los que le acompañaban.

Este hombre feroz e inhumano, sin respetar los deberes de la guerra, sin compadecerse por la desgracia i el valor de los vencidos, sin respetar siquiera la palabra empeñada, hizo conducir a Leandro Gomez i algunos otros jefes al patio de una casa i allí perecieron los unos fusilados, despedazados a bayonetazos los otros. Aquella fué como una señal, los asesinatos se siguieron en las calles; los valientes soldados de Leandro Gomez, desarmados

ahora, morian defendiéndose con sus armas blancas o con los ladrillos de las casas derruidas.

El gran crímen estaba consumado. Así cayó Paysandú, así cayeron sus defensores, no a los golpes de sus numerosos enemigos, sino a los pérfidos engaños de la mas negra de las traiciones. Solo trescientos de ellos sobrevivian a la hora en que los sitiadores entraron a la plaza i una gran parte fueron ultimados en las calles. Paysandú habia caido, ya no era sino un vasto sepulcro, la tumba de los héroes. Leandro Gomez no existia ya; era un mártir que acababa de nacer a una vida inmortal. Su nombre, en adelante, será un recuerdo de gloria, simbolizará una idea jenerosa, una aspiracion que se alberga en el pecho de todos los buenos uruguayos, será una bandera; su tumba un altar donde irán mas tarde a inspirarse los héroes de la patria, los vengadores de Paysandú.

CÁRLOS A. BERRO.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

JOSÉ L. CAMACHO.

Nació en Bogotá, el 9 de diciembre de 1835.

Desde mui jóven se dedicó a la profesion de las artes, en las que ha sobresalido.

El año de 1864 dió a luz su primera traduccion EL CARTUJO; i en ese mismo año redactó el periódico EL OBRERO, primer periódico consagrado a la causa de los artesanos; i mas tarde LA ALIANZA.

Ha publicado las siguientes traducciones: LA CONCIENCIA, drama de Alejandro Dumas. LA NOCHE DEL HOMICIDIO, drama de Teófilo Gautier. EL PERRO DE ALCIBÍADES de L. Gozlan i EL SUPLICIO DE UNA MUJER de E. Girardin. Tiene inéditas las traducciones de las piezas: LA CAMPANILLA DEL DIABLO, EDMUNDO KEAN i ERNESTO VA AL CLUB.

Ha sido colaborador de varios periódicos, entre otros de: LA REPÚBLICA, LA PRENSA i LA ILUSTRACION.

El año de 1867 publicó su comedia de costumbres, CONTRA SOBER IA HUMILDAD.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

Nació en Bogotá, a priocipios del presente siglo.

Recibió su educacion en los colejios de San Bartolomé i el Rosario.

Fué presidente de la sociedad que redactó LA ESTRELLA NACIONAL, primer periódico literario de Nueva Granada.

Redactó EL TIO SANTIAGO, en 1848.

Ha publicado numerosos artículos de costumbres, poesías sueltas i la RELACION DE SUS VIAJES A LAS PROVINCIAS DEL NORTE DE LA NUEVA GRANADA; i ha sido colaborador de muchos periódicos, especialmente de los publicados por la casa editorial de los señores Nicolas Ponton i C.ª

Ha usado frecuentemente los sendónimos: EL TIO SANTIAGO, SAINT-AMOUR, PIQUILLO, EL SABANERO.

Piensa publicar la coleccion completa de sus obras que constará de cuatro volúmenes en 8.°

TEODORO VALENZUELA.

Nació en Buga, capital de la antigua provincia del Cauca, en el Estado del mismo nombre, en julio de 1828.

Vino a Bogotá en 1838 para hacer su carrera literaria, i estudió jurisprudencia en la antigua universidad, reorganizada en 1842. En 1846 fué a Popayan i en esa universidad concluyó sus estudios en 1849.

En 1852, en union del doctor F. E. Alvarez sostuvo en EL CONSTITUCIONAL la candidatura del jeneral Tomas Herrera contra la del jeneral J. M. Obando. Aquel periódico se fundó con tal objeto.

Colaboró en EL PASATIEMPO; i fué de los primeros que se afilió en el partido radical (gólgota.)

Colaboró tambien en EL TIEMPO, periódico que reemplazó a EL PASATIEMPO, despues de la revolucion militar de 1854.

En aquella guerra sirvió en el ejército del sur como tesorero pagador de la columna Tequendama i ayudante del batallon Salamina de la division antioqueña.

Durante la reunion del congreso en Ibagué, capital provisoria de la república, fué secretario de la cámara de representantes que acusó el presidente, jeneral Obando.

Desde 1855 a 1865 se consagró al ejercicio de la abogacía en el foro de Bogotá. En este último año fué nombrado por el presidente Murillo secretario interino de lo interior i relariones exteriores. En seguida fué nombrado en propiedad, pero se excusó de admitir el destino.

En 1867 fué secretario de gobierno del Estado de Cundinamarca i primer designado para ejercer el poder ejecutivo del mismo.

Ha sido majistrado suplente de la corte suprema, en ejercicio juez de comercio en Bogotá, miembro del cabildo, ministro residente, por dos veces, en las Repúblicas del Pacífico i senador por el Estado de Cundinamarca.

Es miembro de la sociedad de jeografía italiana de Roma i de la sociedad de antropolojía de Francia.

Se han publicado varias poesías suyas en diferentes periódicos.

CESAR C. GUZMAN.

Nació en la ciudad de Guáduas (Estado de Cundinamarca) en el mes de noviembre de 1840.

Hizo sus estudios en Bogotá, en el colejio del señor Santiago Perez, en el cual desempeñó despues algunas cátedras.

Mas tarde fué catedrático en el colejio del Rosario i en otros particulares.

Fué colaborador de La Paz, periódico redactado por el doctor Salvador Camacho R., en que publicó unos artículos sobre Composicion del lenguaje; i lo fué despues de La Nueva Era i del Diario de Cundinamarca.

En 1860 publicó la traduccion de Los Desposados de Spitzberg, novela escrita en frances por X. Marmier. I en el mismo año arregló para el uso de los colejios un "Compendio de la Gramática de Bello."

En 1873 publicó el libro titulado: Composicion i Gramática práctica, libro que cuenta ya dos ediciones, la última de las cuales ha sido publicada en Europa. Ultimamente ha dado a luz, tambien en Europa, dos traducciones de obras de texto, impresas por la casa de Hachette i C.ª

Cuando se estableció la direccion de instruccion primaria de la Union, fué nombrado, por el poder ejecutivo, secretario de ella, i como tal, dirijió el periódico: La Escuela Normal.

Para esa misma direccion escribió un tratado completo de jeografía nacional, por el cual se estudia hoi en las escuelas.

Actualmente es cónsul de la República de San Nazario (Francia.)

BUENAVENTURA REINÁLES.

Nació el 5 de abril de 1836, en el distrito de Támara, antigua provincia de Casanare.

Hijo de padres pobres, fué enviado por un tio suyo al colejio de los jesuitas en 1848; i desterrados éstos en 1850, pasó al colejio de San Bartolomé, en donde recibió el grado de doctor en jurisprudencia a fines de 1853.

Hizo parte de la campaña del año de 1854, en las filas de los constitucionales.

En 1857, hallándose en Honda entregado a negocios mercantiles, publicó en asocio del señor Próspero Pereira G., el periódico titulado: El Vapor. Mas tarde fué administrador de hacienda en la ciudad de Guáduas, destinos que desempeñó hasta 1859.

Despues del 18 de julio de 1861, dia en el cual el señor Reináles entró a Bogotá como segundo jefe del batallon de artillería, fundó en esta ciudad un periódico esencialmente revolucionario, con el fin de precipitar los acontecimientos i poner término a la guerra.

Fué secretario de la lejislatura del Cauca en 1863, i luego tesorero de la casa de moneda de Popayan. En aquella época publicó El Jejen, periódico jocoso; El Censor i La Union, que sostuvo hasta el año de 1867, con el mismo entusiasmo i consagracion con que habia redactado La Tribuna.

Despues de estas publicaciones fundó El Republicano, hasta que se hizo cargo de su redaccion el señor J. M. Quijano Walis. Ha sido dos veces procurador jeneral del Estado del Cauca, dos secretario de gobierno del mismo Estado, i dos representante al congreso de la República.

JOSÉ IGNACIO TRUJILLO.

Nació en Bogotá el 4 de febrero de 1833.

A los nueve años de edad fué declarado por sus maestros idóneo para enseñar todos los ramos de instruccion primaria que habia cursado: gramática, jeografía, etc.; declaratoria consignada en la Gaceta de Cundinamarca de 1842. Completó sus estudios en el colejio del Rosario, San Buenaventura i San Bartolomé; recibiendo el título de abogado en noviembre de 1852.

En la guerra de 1860, fué jefe de estado mayor i jefe de division del ejército de Arboleda, durante la campaña del Cauca.

En 1862 viajó por el Ecuador i el Perú, i volvió luego a Colombia para encaminarse poco despues a Costa Rica, donde en 1867 se casó con una señorita colombiana. Allí se hizo cargo de la redaccion de la Gaceta Oficial, i al mismo tiempo redactó un periódico político titulado: El Costaricense, i otro literario: Horas de Solaz.

A fines de 1871 acompañó al jeneral Guardia en su famosa visita al Presidente de la República de Nicaragua, don Vicente Cuadra; i en el viaje del Presidente de Costa Rica a Europa el señor Trujillo fué su secretario i compañero.

Parte de sus poesías se publicaron en Paris el año de 1873, en un tomo titulado: Horas de Solaz, precedidas del retrato i de una corta noticia biográfica del autor.

NICOLAS GONZÁLEZ.

Nació en Bogotá, el 9 de setiembre de 1817.

Cursó la facultad de medicina, i al terminar estos estudios, se dedicó al de jurisprudencia; presentando el grado de abogado, ante la corte suprema, el año de 1843.

Ha sido colaborador de varios periódico; i publicó el año de 1861 un folleto titulado: Reseña histórica de las disposiciones civiles i canónicas, relacionadas con las manos muertas.

En 1867 escribió i publicó un opúsculo titulado: Caractéres mineralójicos de algunos metales i otras sustancias fósiles.

Tiene inédita una obra titulada: Cuadros sinópticos de la independencia de Colombia. Obra escrita bajo una nueva forma, i que puede servir de libro de consulta a cualquiera persona que desee conocer los hechos de armas mas o ménos notables de nuestra guerra de independencia i las biografías de los personajes que figuraron en ella, ya españoles, ya americanos.

RUPERTO S. GÓMEZ.

Nació en Bogotá, el 13 de mayo del año de 1837.

Hizo sus primeros estudios bajo la direccion de los jesuitas, i los continuó en el colejio del señor Francisco O. Barrera i en el de San Bartolomé.

Fué fundador de la academia de ciencias i literatura del colejio de Santo Tomas de Aquino, la cual terminó por la revolucion de 1861.

Sus primeras poesías i artículos aparecieron en El Catolicismo, La Patria, El Mosaico, El Semanario de Avisos, El Bien, El Conservador, etc.; i en algunas colecciones i opúsculos.

Es autor de las siguientes obras: Cuestiones de jeografía (que escribió en colaboracion del señor R. Carrasquilla); Ejercicios para correjir palabras i frases mal usadas en Colombia, Tablas en verso de las cuatro operaciones de enteros, i Compendio de los estudios filosóficos de Augusto Nicolas.

Ha traducido tambien algunos tomos de la obra de zoolojía escrita por mademe Pape-Charpantier.

Tiene inéditas sus poesías, varios artículos de costumbres i un juguete cómico nominado: Los enemigos de un poeta.

Es director de un establecimiento de enseñanza objetiva.

Isidoro LAVERDE A.

EL RENEGADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, SACADO DEL FRANCES I ARREGLADO EXPRESAMENTE PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

PERSONAJES.

Don Vasco de Gomez.
Don Alonso, su hijo.
Tarik.
Lopez.
Ibrahim, jefe de palacio.
Juanino, esclavo.
Pedro, aldeano,
Perico, hijo de Pedro.
Fabricio, id.
Marietto.
Mendoza.
Basilio.
Sancho.
Abdallah, carcelero mahometano.
Soldados españoles.
Soldados mahometanos.
Paisanos.

Don Alonso, en el segundo acto, toma el nombre de Almanzor; en el cuarto, el de Fernando.

Lopez, en el segundo acto, toma el nombre de Soliman.

La accion tiene lugar en las Asturias.

ACTO I.

El teatro representa un campamento. A la izquierda, entrada i torreones de un castillo.

ESCENA I.

BASILIO, MARIETTO, MENDOZA, SANCHO I SOLDADOS ESPAÑOLES.

(Al levantarse el telon, Sancho está de guardia en la entrada del castillo, los demas están jugando, bebiendo, etc.)

MARIET. *(Sentado en el suelo i tirando unos dados.)* Tres, dos, i cinco, son diez.

BASILIO. Parejas de cinco; ganado.

MARIET. ¡Maldito juego! nunca mas jugaré.

BASILIO. Vamos, hombre; tu desquite.

MARIET. Sea: juego los bigotes del primer mahometano que mate.

BASILIO. Bueno; pero ya sabes que no hai que romperse los cascos por la leche ántes de tener la vaca.

MARIET. No importa; continuemos, puede que ahora la suerte me favorezca. *(Continúan su juego.)*

MENDOZA. *(A los soldados.)* Sí, amigos, como os iba diciendo, es indudable, al fin i al cabo venceremos.

1.er SOLD. ¡Oh, sí! pues todos estamos ansiosos de combatir i dispuestos a derramar nuestra sangre por la independencia i libertad de nuestra patria.

2.° SOLD. ¡Que la peluca de Mahoma me sirva de turbante sino corto bastantes bigotes enemigos para hacer una media docena de colchones!

MENDOZA. Bien dicho. ¿I cuándo lo ejecutamos?

2.° SOLD. En el primer dia en que don Vasco nos mande medir las costillas a aquellos infieles.

3.er SOLD. En cuanto a mí, quiero hacer un guiso con las orejas de los numerosos prisioneros que haga.

4.° SOLD. *(Bebiendo.)* ¡Exquisita bebida! verdaderamente este es un licor delicioso.

5.° SOLD. Dirias mejor, un néctar divino, pues da vigor i fuerza, aviva el valor i enardece al soldado.

MENDOZA. Brindemos, amigos, brindemos por el triunfo de nuestras armas i la total destruccion del pueblo infiel. *(Todos llenan los vasos para beber.)* I brindemos tambien por nuestro valiente jefe, don Vasco de Gomez. ¡A su salud, compañeros! *(Chocan los vasos i beben.)*

ESCENA II.

DICHOS, DON VASCO *(Que sale de la fortaleza).*

D. VASCO. Mui bien, valientes soldados; eso es: que la mas franca i dulce alegría reine siempre entre nosotros. I, si bien es cierto que, algunas veces, el recuerdo de los males que aflijen a nuestra patria conmueve nuestro corazon, no por eso debemos entregarnos al sentimiento, sino, al contrario, retemplar nuestro espíritu, acordándonos que Dios nos ha elejido para vengarla. Regresad a la fortaleza, valerosos compañeros de Pelayo: descansad de las fatigas del dia; yo estaré de guardia. *(Los soldados entran en el castillo.)* ¡Basilio!

BASILIO. Señor.

D. VASCO. Acércate, valiente. Conozco tu heroismo i destreza; tengo que confiarte una mision que exije gran prudencia, calma i una abnegacion ilimitada. ¿Puedo contar contigo?

BASILIO. Sí, señor.

D. Vasco. Pues bien, has oido decir, sin duda, que Pelayo, aclamado rei de España por sus tropas victoriosas, acaba de enarbolar de nuevo el estandarte nacional en las montañas de las Asturias, i que llama a su alrededor a cuantos sobre este noble suelo hayan permanecido fieles a la fé i al deseo de independencia que ella inspira. Las dos Castillas, el Aragon, los montes de la Navarra i de la Vizcaya oyeron la voz de Pelayo. Pronto la España entera, como un solo hombre, se levantará para volar ansiosa hácia la bandera de su rei. Sal, pues, valeroso guerrero, atraviesa las filas enemigas que nos envuelven, habla con Pelayo, anúnciale que aquí todos los corazones laten por él, que ponemos a su disposicion nuestras vidas i nuestras haciendas; hazle presente que Vasco de Gomez no ha retrocedido todavía delante del estandarte de Mahoma; que la bandera cristiana tremola aun sobre las torres de su castillo i que la fé del viejo cristiano brilla entera en su corazon.

Basilio. Partiré, señor, i estad persuadido de que cumpliré vuestras órdenes, si la muerte no me arrebata ántes de llegar cerca del libertador de nuestra patria.

D. Vasco. ¡Adios, valiente Basilio, qué el Omnipotente te ampare! (*Entra don Vasco en una tienda del campamento; Basilio vase por la derecha.*)

ESCENA III.

PERICO, SANCHO (*Que está de guardia.*)

Perico. (*Que viene cantando por el foro.*) Lá, lá, lá, lá; larí, larí, larí, lará.

Sancho. ¿Quién vive?

Perico. ¿Quién vive? ¡Vaya un gracioso! Yo vivo, al ménos así lo creo. (*Cantando.*) Lara, lá, lá, lá; lara, lá, lá, lá.

Sancho. ¿Quién vive?

Perico. ¿Lo he de repetir, entónces, hartas veces?.... Soi yo quien vive; soi yo, Perico, hijo de don Pedro, el terrateniente de don Vasco de Gomez, conocido de todo el mundo alrededor. Ciertamente no me equivoco. ¡Eh! ¿no eres tú, Sancho?

Sancho. El mismo, me han trasformado en soldado.

Perico. ¡Cuánto me alegro de encontrar un conocido! ¿Qué estas haciendo aquí?

Sancho. ¿Qué estoi haciendo?.... Lo ves: estoi de guardia.

Perico. Por qué me has preguntado ¿quién vive?

Sancho. Porque creí que eras un mahometano.

Perico. ¡Canario! ¿qué les soi parecido acaso?.... Te aseguro que no has de tener cuidado sobre este punto; i, para probarte que no miento ¿ves esta bota?.... ¡A tu disposicion, si quieres probarla, Sancho!

Sancho. Sin rodeos, probaré una gotita.

Perico. (*Sentándose en el suelo i sacando de su zurron pan i algunos fiambres.*) Al mismo tiempo nos comeremos una buena rebanada de pan. Siéntate aquí. Toma. (*Sancho se empina la bota.*) A mí ahora. (*Bebe.*)

Sancho. Dime, pues, a qué has venido.

Perico. (*Con la boca llena.*) ¿A qué he venido? No lo sé bien, voi a referírtelo. Acuérdate, pues, que he nacido donde mis padres, en la aldea de Santiago, donde tuve el honor de ver por primera vez la luz del dia. Esta aldea, tú lo sabes, se halla situada, precisamente, en la frontera de las provincias ocupadas por Pelayo. Hace dos dias me encontraba en casa, sin recelo ni cuidado alguno, como es mi costumbre, cuando de repente oigo un estruendo, un estruendo que me hiela de piés a cabeza.... Sabe, sin embargo, que nunca he tenido miedo. (*Levantándose bruscamente.*) Sancho.... Sancho.... ¿no has.... no has.... sentido un ruido?

Sancho. Nó. Vamos, continúa.

Perico. (*Sentándose.*) Aguarda. (*Bebe.*) Eran unos gritos como no se oyen ordinariamente i despues jemidos, i despues una batahola, i ¡piff!.... ¡paff!.... ¡patapif!.... ¡patapaf!.... En una palabra: eran los mahometanos que acababan de apoderarse de la aldea i parecian querer hacer un charquican con todas las orejas, narices i mas fuertes cabezas del lugar.

Sancho. ¿De veras?

Perico. Pero, yo teniendo todavía cierta afeccion a mis orejas i sobre todo a mi cabeza, creí que lo mas prudente seria evitar el encuentro de una jente tan mal educada. Sin atender al peligro, pues yo nunca he tenido miedo, me descolgué por una ventana i huia a todo escape, cuando dos de esos atrevidos, saliéndome al encuentro, me cortan el paso i dándome brutalmente de planazos, me gritan:—¡Alto! Obedecí, pues es cuanto he sabido hacer toda mi vida. Al punto, me conducen al campamento i, necesitando hombres de buena talla, me escojen como uno de los mejores. El teniente del califa echa sobre mí una ojeada; mi semblante cautivó su atencion i le inspiró gran interes.—Perro, me dijo; pues has de saber, querido Sancho, que cuando esta jente dice: Perro, es como quien diria entre nosotros: Querido amigo.— Perro ¿vives sin duda en la aldea de Santiago?—Sí, le contesté haciendo una profunda reverencia. Entónces, de un modo cortés, prosiguió diciéndome:—Perro, toma, lleva esta carta a don Alonso de Gomez; cien escudos de oro serán tu recompensa si vuelves con la respuesta, i quinientos garrotazos si no vuelves i caes de nuevo en nuestras manos.—Me dió la carta, la traigo, i aguardo que se me abran las puertas para entregarla a don Alonso en persona.

Sancho. (*Levantándose i yendo a su puesto.*) No aguardarás mucho tiempo, pues, hélo aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, DON ALONSO, LOPEZ *(Que salen de la fortaleza.)*

Lopez. Señor ¿por qué tanta indecision?.... Jamas la suerte os brindó circunstancias mas favorables: la España, estando ya casi del todo rodeada por las tropas mahometanas, no vislumbra esperanza alguna de salvarse del torrente de la invasion. El omnipotente Tarik ofrece tronos a los nobles caballeros que abjuran una relijion ya carcomida; los pueblos desalentados os dan el ejemplo de la apostasía; la próxima ruina de vuestra familia, el odio que profesais a Pelayo, todo os impele a seguir el nuevo sendero que se os presenta. Tarik os propone su alianza, os ofrece riquezas, dignidades i honores.... Aceptad, aceptad, Alonso.

Alonso. ¿I mi padre.... i mi rei.... i mi Dios?

Lopez. ¡Vuestro padre!.... seducido por inveteradas preocupaciones, aborrece la media luna; está persuadido que un verdadero creyente debe andar solo bajo el estandarte de la cruz; dejadlo que permanezca en sus ideas, dejadlo en sus creencias, pues hacen su felicidad; mas, para nosotros, todavía jóvenes, ellas no bastan. ¡Vuestro rei! Pelayo, escojido por algunos poderosos caudillos ¿tiene acaso derecho a ese título? ¿Acaso basta ser del linaje de Rodrigo para subir al trono? ¿No sois vos mas noble que él? Cien otros mas poderosos que Pelayo podrian disputarle el poder.... I ¡qué poder! algunas leguas cuadradas de estériles montañas, algunos soldados andrajosos i algunos villorrios miserables que no se extienden mas allá del suelo que pisan sus soldados. ¡Vuestro Dios! Alonso ¿os refrenaba acaso este Dios, cuando, en medio de nuestras orjías, maldecíamos su nombre i retábamos su omnipotencia?.... ¿Os detenia vuestro Dios cuando derramábais el oro a manos llenas para satisfacer vuestras pasiones; cuando en Granada, con el hacha en mano, derribábais los santos altares de los cristianos i rompiais sus vasos sagrados i preciosos relicarios?.... Para vos i para mí, el Dios de los cristianos i el de Mahoma es uno mismo: las riquezas i el poder, hé ahí las únicas divinidades que merezcan nuestros homenajes.

Alonso. ¿Has dicho ya, Lopez?

Lopez. Sí, señor.

Alonso. ¿Piensas, por ventura, haberme seducido con tus astutas palabras? ¡Yo renegaria de mi padre!.... ¡Yo renegaria de mi Dios!.... Pues sabe, Lopez: por numerosos que hayan sido mis crímenes i abominables mis profanaciones, siento todavía, i con mucho pesar lo confieso, siento en mí mismo la existencia de un Dios, i que este Dios es el de los cristianos. Talvez llamarás a esto una triste preocupacion; pero ¿qué hacer?.... Dios existe. Cuando cerrada la puerta de mis sentidos, me reconcentro i hablo con mi propia conciencia, veo desvanecerse todas las

fuerzas de mi alma ante esta poderosa preocupacion; me encuentro débil como un niño. ¡Renegar de su Dios!.... ¿Lo harias tú, Lopez?

Lopez. Si como vos, señor, tuviera que vengar una grave injuria; si como vos hubiera sido suplantado por Pelayo; si como vos, en fin, hubiera dado ya un paso en el ateismo, no titubearia.

Alonso. No me has contestado.

Perico. Señor don Alonso....

Alonso. ¡Qué! ¿qué hai?

Perico. Señor.... es que.... os traigo un papel;. .. quiero decir una carta.... una carta que Tarik ...

Alonso. ¡Tarik!

Perico. Sí, señor, que el gran Tarik, jefe supremo de los ejércitos del califa.... En una palabra.... *(Aparte.)* Pase que estos moros son unos bribones, que me han dado de planazos un monton; todavía me duele desde el pescuezo hasta....

Alonso. ¿I esa carta, esa carta, dónde está?

Perico. Aquí la teneis, señor. *(Se la entrega.)*

Alonso. Está bien, retírate. *(A Sancho.)* Alejaos un poco. *(Sancho desaparece por la derecha.)*

Perico. Pero....

Alonso. Retírate, te digo.

Perico. Planazos me dan aquellos individuos que se llaman mahometanos; bochornos en recompensa de mi comision; quinientos garrotazos en espectativa.... ¡Esto sí que se llama tener buena suerte! *(Vase por el foro.)*

ESCENA V.

DON ALONSO, LOPEZ.

Alonso. *(Entregando la carta a Lopez.)* Toma, Lopez, lee.

Lopez. *(Leyendo.)* "Señor don Alonso: El califa, nuestro soberano i sublime señor, cuyas miradas son brillantes como el lucero del alba, cuya boca exhala perfumes mas dulces que los de Arabia, cuyas palabras son suaves como la brisa, i que está sentado sobre un trono de diamantes, que manda a los reyes, que ve a sus piés a los emperadores del oriente, vencedor de los cristianos, sucesor de Mahoma, el califa, digo, se ha dignado echar sobre tí esa mirada que colma de alegría a los príncipes i hace la felicidad de los pueblos. Este poderoso señor conoce tus justas quejas contra Pelayo, el enemigo del Profeta i el despreciador de su lei; se ha dignado honrarte con su aprecio; te llama i te ofrece, si eres dócil a su voz, el tesoro inestimable de sus favores; para tí, él será un manantial de consideraciones, de riquezas i de honores. Reflexiona: de un lado, la esclavitud o la muerte; del otro, toda la felicidad que puede apetecer el corazon del hom-

bre. ¡Qué la prudencia de la serpiente te ampare! ¡Qué tu respuesta llegue ágil como la gacela del desierto! ¡Dios solo es grande i Mahoma su profeta!—TARIK."—(*Cerrando la carta.*) ¿Habeis oido, señor, lo que se os promete?.... riquezas, consideraciones, honores.... ¡I todavía vacilais!

ALONSO. ¡I la venganza!.... Estoi determinado: ven, Lopez, ven a participar de mi buena fortuna; ven a ayudarme con tus consejos i a sostenerme con tus palabras. Las avanzadas de los mahometanos se hallan a corta distancia.... ¡marchemos! (*Se dirijen hácia la derecha a tiempo que sale de la tienda don Vasco.*)

ESCENA VI.

DICHOS, DON VASCO.

D. VASCO. ¿A dónde vas, hijo mio? Te estaba buscando. Acércate. ¿Por qué pareces huir de mi lado?.... ¿De dónde esa turbacion que noto en tu semblante?.... Estás pálido, ajitado.... ¿Acaso padeces?... Dí ¿qué tienes?

ALONSO. (*Queriendo ocultar su turbacion.*) Nada, padre mio.

D. VASCO. ¡Nada!... Pero yo no me engaño, Alonso: la mirada escudriñadora de un padre puede leer en el corazon de su hijo. A decirte verdad, hace algunos dias noto en tí un cambio mui grande; tú ya no tienes conmigo la misma franqueza que ántes; te veo siempre solo, taciturno, abismado en tus reflexiones... ¿Qué causa, dí, puede haber para semejante mudanza?.... Vamos, descúbreme tu corazon, pues yo me veo sumerjido en un mar de sobresaltos i, por mas que hago, no puedo explicarme este misterio... ¡Oh! no me cabe la menor duda, tú me ocultas algun secreto, Alonso.

ALONSO. Os engañais, padre mio.

D. VASCO. I entónces ¿por qué huyes de mí? ¿Acaso te molesta la presencia de tu padre?... Escucha: acabo de enviar un parte a Pelayo para ofrecerle nuestros servicios; él cuenta con nosotros.

ALONSO. ¡Pelayo cuenta conmigo!

D. VASCO. ¿I por qué no, hijo mio? ¿No es él, quien ha enarbolado el estandarte de Cristo para marchar contra el impio musulman?... Los viejos cristianos, los verdaderos soldados de la cruz, cuantos nobles caballeros i valientes guerreros encierra la patria han acudido bajo sus banderas. I ¿qué motivos?...

LOPEZ. Pero, señor, no sabeis....

D. VASCO. Calla, Lopez, calla. Sí, yo sé que tus pérfidos consejos pueden precipitar a mi hijo a su ruina. Conozco la fatal influencia que ejerces sobre él; conozco tus perversas inclinaciones, tus corruptoras i temerarias máximas. Temblaria por el porvenir de mi hijo si no descendiese de la noble familia de los Go-

mez.... Pero, por grandes que sean sus extravíos, no olvidará jamas que la noble sangre que corre en sus venas, produjo santos para el cielo i héroes para su patria. (*A Alonso.*) Sí, hijo mio, reunamos nuestros vasallos i corramos a unirnos con Pelayo. Alonso, mañana, al amanecer, partiremos.

ALONSO. Nó, padre, nó partiré. Jamas Pelayo me verá en sus filas. Nacido como él de sangre real, nada le debo. ¡Pelayo!... le aborrezco demasiado para que jamas consienta en servirle.

D. VASCO. Hijo mio ¿puede el odio levantar la voz cuando la patria clama? ¿Es este el momento de entretenerse en frívolas querellas? Un atrevido invasor devasta nuestras ciudades, quema nuestras casas, arrasa nuestros campos... ¡I tú vacilas, Alonso!... ¡titubeas!... ¡prefieres la esclavitud a la libertad!... ¡I llevas el nombre de Gomez!

ALONSO. ¡Padre mio!

D. VASCO. Si quedas sordo a la voz de tu patria ¿podrás serlo a la de tu Dios?... Sube a la mas alta de nuestras torres i mira a lo léjos cual se ostenta la media luna... ¡I tu corazon permanecerá insensible al contemplar el oprobio, la profanacion i la ruina de tu relijion!... ¿Eres cristiano, Alonso?

ALONSO. ¡Padre!

D. VASCO. ¿Eres cristiano?... ¡Insensato!... ¿vacilas?... ¿Eres cristiano, te pregunto?

ALONSO. (*Turbado.*) Sí... lo soi.

D. VASCO. Pues bien, mañana, apénas luzca el primer albor de la aurora, monta tu mas ágil corcel, viste tu mas brillante armadura; mañana, al anochecer, estaremos en el campamento de Pelayo. (*Entra en la fortaleza.*)

ESCENA VII.

ALONSO, LOPEZ, (*despues,*) PERICO.

LOPEZ. ¿Habeis oido, señor don Alonso?

ALONSO. Déjame, Lopez; ya no atiendo mas a tus consejos... quiero acompañar a mi padre... Sí, padre mio, has prevalecido... No eres tú, Pelayo, no eres tú: el honor, la relijion, el deber me llama bajo tus banderas... Lopez ¡adios!

LOPEZ. ¿Es así, señor, como me desamparais?

ALONSO. Por poco tus pérfidos consejos me perdieron.... ¡Adios! (*Retirándose poco a poco.*)

LOPEZ. ¡Oh! tal es el proceder de los grandes: se valen de nosotros sus débiles vasallos, para satisfacer sus pasiones, i, cual un vil instrumento, nos aniquilan cuando les somos inútiles.

ALONSO. Lopez, Lopez, me conoces mui mal. Siempre velaré sobre tí... Pero ¿por qué no me acompañarias tú tambien al cam-

pamento de Pelayo? ¿No eres español? ¿no eres, al fin, cristiano como yo?

Lopez. Nó, señor: si don Alonso, olvidando los motivos de odio, rechaza la oportunidad que se le ofrece, rechaza los medios de venganza que se le proporcionan... Si se ha de ver a don Alonso de Gomez ir en pos de Pelayo,... jámas a Lopez, señor.

Alonso. No me molestes, te pido: cual un mar enfurecido por la tempestad, lo está mi corazon. Las ideas se confunden en mi mente como las olas que, bramando, se estrellan contra las rocas... ¿Has reflexionado bien, Lopez: la patria en peligro; Dios ofendido en su culto?...

Lopez. Sí, he reflexionado bastante sobre vuestra flaqueza e irresolucion.

Alonso. ¡Mi irresolucion! ¡mi flaqueza, Lopez!...

Lopez. Mañana, al anochecer, estareis en el campamento de Pelayo.

Alonso. ¡Pelayo!... No sé que demonio te induce a hablar así. Siempre he de oir de tu boca ese execrable nombre.

Lopez. ¡Qué! ¿acaso no estais ya resuelto?... ¡Cuál no será el placer de vuestro enemigo al ver vencida vuestra fiereza i humillado vuestro orgullo!... Id, señor don Alonso, id a servir a quien os ha arrebatado una corona; id a aumentar el número de sus cortesanos...

Alonso. Pero, Lopez ¿quieres callar?... Con tus palabras, tú enciendes mi cólera i redoblas mis sufrimientos. Te complaces, pues, en agobiarme; buscas con afan mi ruina. Lopez, Lopez, has reflexionado: ¡Alonso, el hijo de Vasco de Gomez hacerse mahometano, i, bajo el estandarte de la media luna, combatir contra su propia patria!...

Lopez. Adios, señor, me retiro. *(Aparece Perico por el foro.)*

Alonso. *(Despues de un instante de irresolucion.)* ¡Venciste, Lopez, venciste!... Iré contigo. *(Titubeando.)* Pero ¡i mi patria!... ¡i mi padre!... ¡i mi Dios!... *(Con resolucion.)* Vamos, Lopez; partamos pronto ¡huyamos!

Lopez. *(Triunfante.)* Venid, venid; Tarik os espera... Algunos instantes mas, i una corona ceñirá vuestras sienes. *(Lo arrastra por la derecha.)*

ESCENA VIII.

PERICO *(Solo.)*

Perico. ¡Eh! nada me dicen... ¡I se van! *(Mirando hácia la derecha.)* ¿Qué es esto?... Toman el camino que conduce al campo de los moros...; ya hablan con el centinela... Sancho se opone a que pasen... *(Dando un grito i corriendo al otro extremo de la escena.)* ¡Ah! Lopez acaba de herir al centinela... *(Gritando.)* ¡Socorro! Socorro!... ¡Al asesino! ¡Socorro!

ESCENA IX.

PERICO, D. VASCO, MENDOZA, MARIETTO I SOLDADOS (*Que salen en desórden de la fortaleza.*)

D. VASCO. ¿Qué gritos son esos? ¿qué hai? ¿qué sucede?

PERICO. ¡Socorro!... Lopez... Sancho... los moros... sangre... puñal... allá... allá... (*Mendoza se dirije al lugar que indica Perico.*)

D. VASCO. Pero, en fin, hombre, dinos ¿qué hai?

PERICO. El lo ha herido; yo lo he visto; sí, señor, yo lo he visto.

D. VASCO. ¡Herido! pero ¿a quién?

MENDOZA. (*Que vuelve por la derecha.*) Señor, señor, Sancho está ahí tendido i bañado en su sangre: la daga que lo hirió fué la de Lopez.

D. VASCO. ¡Gran Dios!... I mi hijo, mi hijo ¿dónde está?... Talvez ese pérfido Lopez lo ha arrastrado consigo... Ea, soldados ¡a las armas! volemos ¡a las armas!

TODOS. ¡Sí, a las armas!

(*Cae el telon.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará.*)

EL SACERDOTE CATOLICO.

No se ha extinguido, nó, la viva huella
Que imprimir se dignó, en hora felice,
El divino Jesus; es siempre bella,
Sublime la mision del que lo imita:
I todo sér bendice
Al sacerdote digno, en cuyo pecho
Su pura llama la virtud ajita.
El pensamiento mio,
Desdeñando el estrecho,
El círculo sombrío
De mezquinas pasiones, vuela ansioso,
En busca de lo grande i jeneroso.

¿Veis cuál se extiende selva enmarañada?
La márjen borda del lejano rio,
Que solitario arrastra su corriente;
La choza descuidada
Del pastor inocente
Se refleja en el agua trasparente:
Allí termina un hombre su carrera,
¡La pesada carrera de la vida!
I triste soledad ve por doquiera;
No hai una voz querida
Que lleve luz al alma,
Quizas no hai una mano
Que sus restos sepulte, es un anciano
¡Ai, cuyos hijos devoró la muerte!
Poro nó; le consuela,
Le conforta, le asiste
Un hombre que ya inerte,
Ora risueño, ora lloroso vela:
Para amar solo existe
I de sus labios la esperanza vierte.

¿Veis la ciudad brillante
De palacios i templos i jardines,
Donde bulle incesante
Inmensa muchedumbre?
Allí está el opulento i domina
Vastísimos confines;
Allí el que pide pan i pide lumbre,
I el que envuelto en las sombras examina
Del crímen el camino.
Tambien está allí el hombre de la choza,
Que sin móbil mezquino
A cada cual enseña su sendero:
I el rico en dar se goza,
I el pobre no maldice su destino,
I el homicida acero
Depone el criminal i resucita
Tal vez a la virtud. ¿En las moradas
Del dolor penetrais, en donde habita
La triste enfermedad, o la miseria?
Están iluminadas
Por la accion i palabra creadora
Del hombre misterioso,
Que el yugo vergonzoso
Quebranta a las pasiones, i decora
A la noble virtud con nuevas galas,
Da fuerza i brillo a sus hermosas alas.

Las traidoras arenas
Del antiguo desierto, i las ignotas
I bárbaras naciones,
A la piedad ajenas;
Ni las playas remotas,
Ni el hombre, ni la muerte o las prisiones
Barreras son que arredren
Los nobles brios de su ardiente celo.
Ya sobre un mar de hielo,
Ya bajo el bosque secular, oscuro,
Donde braman las fieras,
Busca al salvaje para darle el cielo.
Del Ganje en las riberas
La pira apaga que encendió el impuro,
El cruento fanatismo.
Aquí redime al paria, allá al infante
Que apénas vió la luz, iba al abismo
De una muerte crüel; al prisionero
Acá devuelve a su familia amante:
¡Sus grillos cargará, si no hai dinero!....

¡Oh, sublime virtud, qué haces del hombre
Un héroe celestial! ¡Oh, sacerdote,
Anjel de paz i amor! ¿dónde su vuelo
Tus alas plegarán? Si el negro azote
De plaga asoladora
Muertes derrama i destruccion i duelo
Allí brilla tu luz consoladora;
¿El huérfano i la viuda,
La vírjen desvalida
Piden pan i un hogar? vas en su ayuda;
I no hai social herida
Que no cures con bálsamo divino;
Si sale en tu camino
Orgulloso el error, blandes la espada
De la eterna verdad; si su saeta
Súbita, envenenada
El vicio disparó, dañar no pudo,
Que te da la virtud su fuerte escudo.

Do quier mi pensamiento
Discurre, allí te encuentras, vas delante,
Siempre del bien sediento,
Sembrando gratitud i bendiciones;
Si salvo los umbrales
De la tumba sombría,
Escucho la armonía
De tus santas plegarias, inmortales....

No pliegues, nó, tus alas
Que son alas de luz, tan poderosas
Que tú con ellas el empíreo escalas:
¡Cuál vierten la alegría,
Son las alas graciosas
Con que vuela la aurora i llega el dia!

ESTÉBAN MUÑOZ DONOSO.

UN TIRO.

Estamos en un pueblecito. Conocida es la vida de un oficial de línea; por la mañana ejercicio i revista; come casa del jefe del rejimiento o en una posada judía i por la noche el bol de ponche i las cartas. En el pueblecito no habia ninguna casa que recibiera ni que pensara en ello. Nos reuniamos en casa de un compañero i allí solo veiamos uniformes.

En nuestra sociedad solo habia un paisano. Este era un hombre de treinta i cinco años, poco mas o ménos, i por esta razon le considerábamos como un veterano. Su experiencia le daba cierta autoridad entre nosotros. Su habitual tristeza, su áspero carácter i su sarcástica lengua tenian grande influencia en nuestros inexpertos ánimos, i su existencia estaba rodeada de cierto misterio; aunque parecia ruso, llevaba un nombre extranjero.

En otro tiempo habia servido en húsares i con mucha fortuna. Todo el mundo ignoraba por qué habia abandonado el servicio i se habia instalado en un miserable pueblecillo en donde la vida era triste i costosa. Siempre salia a pié, aunque el tiempo fuera malo, i siempre vestia un gaban negro. Su mesa estaba a disposicion de todos los oficiales de su rejimiento, i su comida solo consistia en dos o tres platos condimentados por algunos soldados viejos retirados del servicio; pero en cambio no se agotaba el champaña.

Nadie conocia sus recursos pero tampoco se atrevia ninguno a preguntarle sobre este asunto. Su biblioteca estaba formada en gran parte de libros militares i novelas, que prestaba con gusto, sin que nunca las reclamara cuando olvidaban devolvérselos. Pero debemos decir que, por su parte, no devolvia jamas los libros que le prestaban. Su principal ocupacion era tirar la pistola; las

paredes de su cuarto, acribilladas a balazos, estaban llenas de agujeros como una colmena. Su único lujo era una rica coleccion de pistolas; tal era la perfeccion con que manejaba esta arma, que si hubiese propuesto a un oficial de nuestro rejimiento derribar de un balazo una manzana puesta sobre su cabeza, no hubiera vacilado en aceptar.

En nuestras conversaciones, frecuentemente hablábamos de duelos; Sylvio,—este nombre le dábamos—nunca tomaba parte en estas conversaciones. Si por casualidad le preguntaban:—¿Os habeis batido alguna vez?—respondia con un sí áspero i seco, pero no daba detalles de sus duelos, i se conocia que tales preguntas le eran sumamente desagradables.

Todos estábamos persuadidos de que su conciencia le acusaba de alguna víctima de aquel arte fatal, en que pudiera haber sido maestro. Por lo demas, nunca se nos habia ocurrido sospechar que fuese cobarde. Es verdad que hai muchos hombres cuyo aspecto aleja toda sospecha sobre este punto. Pero sobrevino una aventura que nos asombró a todos.

Un dia comiamos casa de Sylvio diez compañeros i bebiamos como de costumbre, es decir, enormemente. Despues de comer, suplicamos a nuestro anfitrion tallara una banca. Este rehusó, porque rara vez jugaba. Sin embargo, estrechado por nuestras instancias, hizo traer una baraja, i despues de echar sobre la mesa cincuenta ducados, comenzó a tallar. Todos nos agrupamos en derredor de la mesa, i comenzó el juego. Como de costumbre, guardaba profundo silencio, no disputaba i nunca habia que dar explicaciones. Si el que apuntaba padecia un error, él pagaba lo que le faltaba; si el error era en su provecho, lo escribia.

Desde mucho tiempo sabiamos esto, i le dejábamos obrar a su gusto; pero aquel dia estaba con nosotros un oficial recien llegado al rejimiento; jugando con distraccion, dobló una apuesta, Sylvio tomó un lapiz i segun su sistema, la apuntó. Creyendo el oficial que se habia equivocado, quiso una explicacion; pero Sylvio, sin hacer cargo de ello, continuó tallando. Perdiendo la paciencia entonces el oficial, cojió el lapiz i borró lo que creia estar demas. Sylvio cojió a su vez el lapiz i volvió a escribir la cantidad. Escitado el oficial por el vino, el juego i las risas de sus compañeros, se creyó gravemente ofendido, i en un movimiento de cólera cojió un candelabro i se lo arrojó a Sylvio a la cabeza; éste, por fortuna, esquivó el golpe.

Sylvio se levantó pálido de cólera i arrojando llamas por los ojos.

—Salid; caballero, le dijo, i agradeced a Dios que haya sucedido esto en mi casa.

No podiamos engañarnos sobre el resultado de aquella agresion, i mirábamos ya a nuestro compañero como muerto. El oficial salió diciendo que, habiendo insultado a Sylvio, estaba dispuesto a darle la satisfaccion que quisiese.

Continuamos jugando algunos minutos aun, pero viendo que el dueño de casa ya no pensaba en el juego, volvimos a nuestros alojamientos hablando de la próxima vacante que no podia ménos de haber en el rejimiento.

Al dia siguiente, al vernos en la revista, todos nos preguntábamos si vivia aun el pobre teniente. En aquel momento entró.

Todos nos dirijimos a él, i nos dijo que hasta aquel momento no habia oido hablar de Sylvio.

Entónces fuimos casa de éste i le encontramos en el patio, pistola en mano i clavando bala sobre bala en un as pegado a la puerta cochera.

Recibiónos con su expresion habitual, i no habló palabra sobre el lance de la víspera.

Pasaron tres dias i el teniente continuaba viviendo. Todos nos preguntábamos sino se batiria Sylvio. Sylvio no se batió. Contentóse con una lijera explicacion e hizo la paz.

Esto le perjudicó mucho en el aprecio de los jóvenes. La falta de valor es lo que se pérdona mas difícilmente en la primera edad de la vida, que ve en la bravura el *non plus ultra* de las virtudes humanas i la excusa de todos los vicios.

Sin embargo, todo se olvidó poco a poco i Sylvio recobró su ascendiente sobre nosotros.

Unicamente yo no podia acercarme a él: dotado de imajinacion novelesca, era el mas adepto a aquel hombre, cuya vida era un enigma i que se me aparecia como héroe de una novela misteriosa. El me apreciaba, i sino me apreciaba, solamente conmigo prescindia de sus habituales sarcasmos i hablaba de todo con franqueza, sencillez i agrado. Pero despues de aquel desgraciado lance, la idea de la mancha que habia recibido su honor, mancha que no habia querido lavar, no me abandonaba i me impedia ser para él el mismo que ántes: imposible me era mirarle a la cara.

Sylvio era demasiado perspicaz i demasiado experimentado para no conocer mi frialdad i adivinar la causa; parecióme que lo sentia; al ménos observé que dos o tres veces habia deseado explicarse conmigo; pero yo rehusé i Sylvio renunció a la explicacion.

Desde entónces solo le ví en compañía de mis camaradas i cesaron nuestras conversaciones íntimas.

Los habitantes de las ciudades no conocen esas sensaciones tan conocidas de los que habitan las aldeas, como por ejemplo, la llegada del correo; los mártes i viérnes se llenaba de oficiales el cuartel de nuestro rejimiento: uno esperaba dinero, otro periódicos, aquel cartas; las cartas se abrian habitualmente en el acto, circulaban las noticias i el cuartel ofrecia un cuadro sumamente animado.

Sylvio recibia sus cartas por la via militar i se presentaba en el cuartel los dias de correo. Una vez le presentaron una, cuyo sobre rompió con viva impaciencia. Al leerla lanzaron relámpa-

gos sus ojos; pero como cada cual se ocupaba de sus asuntos, ninguno se fijó en ello.

— Señores, dijo Sylvio, el estado de mis asuntos exije que parta inmediatamente. Parto, por consiguiente, esta noche, i espero que no rehusareis comer conmigo por última vez. Os espero a vos tambien, i os espero absolutamente, añadió dirijiéndose a mí.

Dicho esto salió precipitadamente i nosotros tambien, prometiéndonos acudir a su invitacion.

Llegué casa de Sylvio a la hora indicada, i allí encontré a casi todos los oficiales del rejimiento: los muebles i efectos estaban ya embalados, no quedando mas que las paredes acribilladas de balazos.

Sentámonos a la mesa; el dueño de la casa estaba de buen humor, i pronto se nos comunicó a todos: saltaron los tapones, llenáronse los vasos i deseamos de todo corazon feliz viaje al que partia.

Era tarde ya cuando nos levantamos de la mesa; todos empezaron a despedirse, i cuando iba yo a hacer lo mismo, me cojió Sylvio la mano, diciéndome en voz baja:

—Necesito hablaros.

Quedéme, pues. Cuando se retiraron todos, quedamos uno en frente de otro, i en medio del mas profundo silencio, comenzamos a fumar nuestras pipas.

Sylvio estaba preocupado; no le quedaba rastro alguno de su nerviosa alegría. Su lívida palidez, sus brillantes ojos i las nubes de humo que le rodeaban, le hacian parecer un demonio.

Pasaron algunos minutos i Sylvio rompió al fin el silencio.

—Tal vez no nos volvamos a ver mas, me dijo. Antes de partir quisiera tener una explicacion con vos. Quizás habreis observado que me ocupo poco de la opinion que puedan formar de mí; pero como os aprecio, sentiria dejaros conservándome en mal concepto.

Detúvose para llenar otra vez la pipa, i yo callé, permaneciendo con los ojos bajos.

—¿Verdad que os ha parecido extraño que no pidiese reparacion a ese borracho estúpido que me arrojó el candelabro a la cabeza? Comprendereis que teniendo la eleccion de armas i el derecho de tirar primero, su vida estaba en mis manos, miéntras que la mia ningun peligro corria. Podia atribuir mi accion a grandeza de alma; pero no quiero mentir; si hubiese podido castigarle sin arriesgar mi vida, no le hubiera perdonado.

Al oir esto miré estupefacto a Sylvio; tal confesion me repugnaba.

Sylvio continuó:

—Sí, es cierto, no tengo derecho a arriesgar mi vida. Hace seis años que recibí un bofeton, i el que me lo dió vive aun.

Mi curiosidad estaba excitada hasta el mayor grado.

—¿No os batísteis? le pregunté. ¿Vuestros negocios sin duda os habrán alejado al uno del otro?

—Me batí, dijo, Sylvio, i ved la prueba de nuestro duelo.

Levantóse i tomó de una caja una gorra de uniforme, que se colocó en la cabeza: tenia un agujero de bala a una pulgada de la frente.

—Ya sabeis, dijo Sylvio, que he servido en el rejimiento de húsares de ***. Conoceis mi carácter i habreis podido comprender que estoi acostumbrado a ser el primero en todo. En mi juventud esto fué una necesidad irresistible: en mi tiempo estaba en moda ser alborotador, i yo era el primer alborotador de todo el ejército. Aplaudiamos a los bebedores intrépidos, i yo he bebido mas que el célebre D.... que fué cantado por D. D. En nuestro rejimiento eran mas que diarios los duelos, i en todos ellos era testigo o actor. Mis compañeros me adoraban, i los comandantes, que a cada momento eran cambiados, me consideraban como un mal incurable que aflijia al rejimiento.

Descansaba yo sobre mis laureles, cuando un jóven, rico i de ilustre familia, permitid que calle su nombre, ingresó en el rejimiento.

Nunca habia visto hombre mas feliz.

Figuraos la juventud, el talento, la belleza, la loca alegría, el valor sin límites, un bolsillo inagotable, todo esto reunia ademas de su gran nombre. Ya comprendereis que puesto habia de ocupar entre nosotros.

Mi imperio vacilaba. Oyendo hablar mucho de mí, empezó por desear mi amistad; pero le recibí con frialdad, i él se alejó con indiferencia.

Cobréle rencor, i su éxito en el rejimiento i con las mujeres me llenó de desesperacion.

Empecé a buscarle quimera, pero respondia a mis epigramas con epigramas mas agudos i picantes que los mios. Mi rabia aumentaba porque conocia su superioridad.

En fin, en un baile, casa de un señor polaco, viéndole objeto de atenciones por parte de todas las mujeres, i especialmente de la dueña de la casa, que estaba en relaciones conmigo, me acerqué a él i le dije al oido una injuria grosera.

Al oirla, perdió la cabeza i me dió un bofeton.

Echamos mano a los sables, desmayáronse las señoras; nos separaron, i aquella misma noche arreglamos el duelo.

Cuando amaneció, estaba yo en el sitio designado con mis testigos, esperando con ansiedad la llegada de mi adversario. El sol de primavera habia salido ya i derramaba su calor. A los pocos momentos le ví a lo léjos; traia la pelliza colgada en el sable, i venia a pié i acompañado de un solo testigo.

Salimos a su encuentro, i se acercó a nosotros, llevando en la mano su gorra llena de cerezas.

Yo tenia derecho a disparar primero; pero era tal la ajitacion

de mi pulso, que no estaba seguro de mi bala, e insistí para que tirase primero él; pero rehusó.

Entónces decidimos someternos a la suerte.

La suerte fué para aquel favorito de la fortuna.

Apuntó i me atravesó la gorra.

Habia llegado mi vez. Al fin tenia su vida entre mis manos. Miréle con avidez, tratando de descubrir en él la ménor sombra de estremecimiento; pero esperaba mi bala comiendo cerezas, cuyos huesos arrojaba a mis piés. Su sangre fria me exasperó.

—¿Qué necesidad hai, me dije, de arrebatar la vida a un hombre, al que le parece tan indiferente?

Una idea diabólica atravesó mi mente; bajé la pistola i dije:

—Creo que no estais preparado a morir, puesto que almorzais con tanta tranquilidad. Permitid que os deje terminar el desayuno.

—No me incomodais, caballero; pero obrad como gusteis. Teneis un tiro que disparar contra mí; bien ahora o bien mas tarde, siempre estaré a vuestra disposicion.

Entónces me volví hácia mis testigos, i les dije:

—No dispararé hoi.

Estaba terminado el duelo.

Pedí la licencia i me retiré a este pueblecito, en donde no ha pasado un dia sin pensar en la venganza.

Pero ha llegado la hora.

Sylvio sacó del bolsillo la carta que habia recibido aquella mañana i me la dió para que la leyera.

Uno, creo que su ajente de negocios, le escribia que el individuo en cuestion se disponia a casarse con una jóven encantadora.

—Desde luego comprendereis, continuó Sylvio, quién es el individuo en cuestion. Pues bien, parto para Moscou, i ahora veré si mañana o pasado mañana le será tan indiferente la muerte como el dia en que comia cerezas.

Diciendo esto se levantó Sylvio, arrojó la gorra al suelo i empezó a pasearse en el cuarto como un tigre en la jaula.

Mirábale sin pestañear, i observaba que chocaban en su mente opuestas i estrañas ideas.

El criado entró diciendo que estaban preparados los caballos. Sylvio me estrechó la mano; nos abrazamos; montó en un carruaje en que solo llevaba un saco de viaje i una caja de pistolas i partió al galope.

Muchos años pasaron despues; mis negocios me obligaban a habitar en una aldea en el distrito de N.... Aunque me ocupaba de los asuntos de mi casa, no por eso dejaba de echar ménos mi vida de otro tiempo, tan alegre i descuidada. Lo único a que no podia acostumbrarme era a pasar las largas veladas de primavera o invierno en completa soledad. Hasta la hora de comer encontraba medio de matar el tiempo, bien hablando con mi *starosta* (1) bien visitando mis cuerpos o bien las construcciones

(1) Alcalde de aldea, que frecuentemente es esclavo, apesar de su elevado cargo

que hacia ejecutar, pero en cuanto descendia el sol al horizonte, no sabia ya que hacerme.

Los pocos libros que habia podido encontrar, los sabia ya de memoria; las historias i cuentos que podia referirme mi ama de llaves, Kirolowna, los habia escuchado muchas veces, i las canciones de los aldeanos habian concluido por inspirarme melancólia. Hubo una ocasion en que recurrí al licor de cerezas; pero este licor me abrazaba, i temia llegar a convertirme en borracho *por tristeza*, la peor especie que conozco i que abunda en aquel distrito.

No tenia mas vecinos que dos o tres borrachos amargos, cuya conversacion consistia frecuentemente en bostezos i suspiros; en vista de todo esto comprendí que lo mejor que podia hacer era acostarme temprano comiendo lo mas tarde posible. De este modo prolongaba los dias i acortaba las noches.

A cuatro kilómetros de mi casa habia una rica propiedad de la condesa B..., pero en ella no vivia nadie mas que el intendente. La condesa estuvo en ella un mes durante el primer año de su matrimonio, i en la segunda primavera de mi soledad corrió el rumor de que la condesa vendria con su esposo a pasar el estío en el campo, i en efecto llegaron a principios de junio.

La llegada de un rico vecino es un acontecimiento para los que viven fastidiados en el campo. Los propietarios i sus criados hablan de ellos dos meses ántes de que lleguen i tres despues de que partan. Por lo que a mí hace, os confesaré francamente que la llegada de mi jóven i rica vecina habia ocasionado gran trastorno en mi existencia i que me devoraba la impaciencia de verla. Por esta razon, el primer domingo, despues de su llegada, fuí a su propiedad para ofrecerme a su excelencia como el vecino mas próximo i el servidor mas respetuoso.

El lacayo me llevó al gabinete del conde i me dejó en él para ir a anunciarme.

Aquel inmenso gabinete estaba adornado con el mayor lujo. Las paredes estaban cubiertas por los armarios de libros i sobre cada uno de éstos habia un busto de bronce; sobre la chimenea de mármol brillaba un gran espejo. Sobre el piso habia un paño verde i sobre el paño tapices. Como en mi retiro habia perdido la costumbre del lujo i hacia mucho tiempo que no veia riquezas, sentí una emocion parecida al temor, i esperé al conde con la extraña sensacion del pretendiente de provincia que espera la salida del ministro.

Abrióse la puerta, i un hombre de noble rostro i treinta i dos o treinta i tres años de edad entró en el gabinete.

El conde, porque era él, se acercó a mí con aire franco i amistoso. Empezaba a tranquilizarme i trataba de dominarme por completo, cuando me interrumpió el conde.

Nos sentamos, i su alegre conversacion acabó de disipar mi salvaje timidez.

Empezaba ya a entrar en posesion de mí mismo, cuando ví entrar a la condesa, i quedé mas turbado que anteriormente.

Era hermosísima en verdad.

El conde me presentó a su esposa i yo traté de mostrarme amable; pero cuanto mas lo procuraba, mas turbado me veia.

Para darme tiempo a dominar mi emocion el conde i la condesa empezaron a hablar entre ellos, concluyendo por tratarme como si fuese antiguo conocido, es decir, sin ceremonia: miéntras hablaban examiné los libros que habia sobre las mesas i los cuadros colgados en las paredes. No soi entendido en pintura, pero uno de aquellos cuadros me llamó la atencion.

Era un paisaje de Suiza; pero no era el paisaje ni la ejecucion lo que yo miraba, sino un doble balazo que habia atravesado el cuadro.

—¡Diablo! hé ahí un buen pistoletazo, dije al conde

—Sí, respondió, es un tiro notable, ¿verdad? I vos, me preguntó, ¿tirais bien?

—Medianamente, le respondí; a treinta pasos estoi casi seguro, con una pistola que conozca, de poner una bala en una carta de baraja.

—¡Ah! ¿de veras? dijo la condesa con suma curiosidad. I tú, amigo mio, añadió volviéndose hácia su esposo, ¿harias otro tanto?

—Probaremos, dijo el conde.—En otro tiempo era algo diestro en ese ejercicio; pero hace cuatro años que no he tocado una pistola.

—En ese caso, repliqué, apuesto a que no tocais una carta ni a veinte pasos de distancia. La pistola exije ejercicio diario; lo sé por experiencia: en el rejimiento era uno de los mejores tiradores de pistola. Una vez ocurrió que, teniendo mis armas en reparacion, estuve un mes sin tirar, i la primera vez que lo hice erré cuatro veces seguidas una botella a veinticinco pasos. Es preciso no abandonar este ejercicio, señor conde, de lo contrario se pierde en seguida la destreza. El mejor tirador que he conocido acostumbraba a cortar todos los dias, ántes de comer, tres balas en un cuchillo. Esto era tan necesario para él como la copita de aguardiente ántes de la sopa.

El conde i la condesa parecian mui satisfechos de verme lanzado a la conversacion.

—¿I cómo tiraba? me preguntó el conde.

—De un modo mui sencillo, respondí; si veia una mosca en la pared, ¿os reís, condesa? os juro que os digo la verdad, gritaba: "Cousma, una pistola." El criado le traia una cargada; apénas tomaba tiempo para apuntar: ¡paff! la mosca quedaba aplastada en la pared.

—Es marabilloso,—dijo el conde;—¿i cómo se llamaba?

—Sylvio.

—¿Habeis conocido a Sylvio?—exclamó el conde dando un salto.—¿Habeis conocido a Sylvio?....

—No solo conocido; éramos amigos. En el rejimiento le considerábamos como compañero, i hace cinco años que no he oido hablar de él; pero a juzgar por vuestras palabras, vos le habeis conocido tambien, señor conde.

—Sí, le he conocido, i bien, os lo juro. Si érais su amigo, como decís, os debió referir una historia bastante singular.

—¿La de un bofeton que recibió en un baile?

—¡Sí! ¿i os dijo el nombre del que le dió el bofeton?

—Nó, señor conde.

En seguida, iluminado por una idea i mirando a la condesa:

—¡Fuísteis vos!—exclamé.

—Sí, yo,—exclamó el conde con viva ajitacion,—i ese cuadro agujereado es un recuerdo de nuestra última entrevista.

—¡Oh! querido amigo, no refieras eso a este caballero—dijo la condesa;—sabes que me hace daño.

—Nó, este caballero sabe de qué modo insulté a su amigo: que sepa tambien cómo se vengó.

El conde acercó una butaca. Sentéme i escuché con vivo interes el siguiente relato:

Hace cinco años que soi casado. El primer mes, *the honey moon*, la luna de miel, lo pasé en esta aldea. Esta casa guarda los recuerdos mas dulces i los mas tristes de mi vida.

Una tarde íbamos a caballo la condesa i yo, cuando el caballo de ésta se encabritó; tuvo miedo, saltó al suelo, me echó las bridas i se encaminó a pié hácia la casa.

Cuando llegué vi un carruaje de camino. Dijéronme que me esperaba en el gabinete una visita i que el que aguardaba no habia querido decir su nombre; pero habia dicho que le traia un asunto concerniente a mí solo. Entré en el gabinete i vi a un hombre con larga barba i cubierto de polvo. Estaba al lado de la chimenea.

Estuve examinándole un momento.

—¿No me conoces, conde?—me preguntó con voz sombría.

—¡Sylvio!—exclamé.

I confieso que se me erizaron los cabellos.

—Me toca tirar—dijo—¿estás dispuesto?

Llevaba una pistola en la cintura.

Moví la cabeza significando que reconocia su derecho, i midiendo doce pasos, fuí a colocarme en el ángulo de la habitacion, suplicándole que tirara pronto, ántes de que entrara mi esposa.

—No veo—dijo,—haz que traigan luz.

Llamé a un criado i le mandé encender las bujías: en seguida cerré la puerta i fuí a colocarme en el puesto, suplicándole otra vez que no me hiciese esperar.

Apuntó i conté los segundos; pensaba en ella.

Pasé un momento terrible.

Sylvio bajó la mano.

—Es una desgracia que la pistola esté cargada con una bala en vez de un hueso de cereza; pesa i me fatiga la mano.

I despues de un momento que me pareció un siglo:

—En verdad—dijo—esto no seria un duelo, sino un asesinato. No tengo costumbre de tirar sobre un hombre desarmado. Volvamos a empezar i sorteemos quien haya de disparar primero.

Estaba aturdido, i creo que al pronto no consentí. Sin embargo, recuerdo que cargamos las pistolas, que escribimos nuestros nombres i pusimos los billetes en la gorra que yo habia agujereado: la suerte me favoreció.

Por segunda vez tiré primero.

—Eres mui afortunado, conde,—me dijo con una sonrisa que no olvidaré jamas.

No sé cómo ocurrió, pero en vez de herir a mi adversario, clavé la bala en ese cuadro.

El conde señaló el cuadro con el dedo; su rostro estaba enrojecido; el de la condesa, por el contrario, estaba pálido hasta la lividez. Al verlos no pude contener una exclamacion.

Sylvio levantó de nuevo la pistola i apuntó.

La expresion de su rostro me decia bien claro ahora que no tenia que esperar gracia.

De pronto se abrió la puerta; entró María, i lanzando un grito de terror, se abrazó a mi cuello.

Su presencia me devolvió la serenidad.

Hice un esfuerzo i lancé una carcajada.

—¡Loca!—la dije—¿no ves que es una broma? Es una apuesta. ¿Es posible que te asustes así? Vamos, vé a beber un vaso de agua, vuelve i te presentaré a un antiguo amigo.

Pero no quiso creer nada de lo que dije.

—Caballero, en nombre del cielo, ¿es verdad?—preguntó dirijiendo la palabra al sombrío Sylvio.—¿Es esto una broma? ¿es cierto que solo se trata de una apuesta?

—Sí, sí,—contestó Sylvio—era una broma; es costumbre del conde bromear. Bromeando me dió un dia un bofeton; otro dia, bromeando tambien, me agujereó con una bala esta gorra; en fin, bromeando aun acaba de errar el tiro por segunda vez. Ahora me toca a mí bromear.

I pronunciando estas palabras, levantó la pistola hácia mi pecho.

María lo comprendió todo i se arrojó a sus piés.

—¡Oh!—exclamé—¿no te avergüenzas?

I añadí furioso:

—¡Vamos, caballero! ¿concluireis? ¿tirais o nó?

—Nó—respondió Sylvio.

—¡Cómo! ¿nó?

—Nó, estoi satisfecho; he visto tus temores, tus angustias, tu

terror. Dos veces te he hecho disparar sobre mí i dos veces has errado el tiro. Ya te acordarás; te dejo con tu conciencia.

I se adelantó hácia la puerta para salir.

Ya en ésta se detuvo, i volviéndose hácia el cuadro i sin casi apuntar, hizo fuego i salió. Para que no dudara de su destreza, habia clavado su bala encima de la mia.

Mi esposa se habia desmayado.

Mis criados no se atrevieron a detenerle i le miraron pasar con miedo.

En la puerta de la casa llamó a su cochero i partió sin darme tiempo para reponerme.

El conde calló.

Acababa de oir el final de la novela en cuyo principio tanto interes habia tomado.

Desde entónces no habia vuelto a ver a Sylvio.

Despues se extendió el rumor de que cuando en 1820 dió la señal de la revolucion de Grecia Alejandro Ipsilanti, Sylvio mandaba una compañía de griegos i murió en la batalla de Dragachan.

POUSCHKINE.

EL HIMNO.

En las fragosas cumbres
De los nevados picos
Do el águila suspende
El orgulloso nido:
Arriba, arriba siempre
El pensamiento mio!

Marcándole su término
Con ademan divino,
En vano Dios al hombre
No pasarás, le dijo:
Do quiera el hombre piensa
Le atraen los abismos.

Del cielo en los espacios
El aire se ha encendido,
Rebosa mi cerebro
I dentro hierve el Himno.
Acude a tu hijo ¡oh Musa!
Las horas han venido.

Como brotó la espuma
Del labio sibilino,
Mis ojos se derraman
Del fuego comprimido;
Mis pechos se dilatan
I se oye un gran rüido.

I lucha el pensamiento
En un rincon perdido
I quiere abrir sus alas,
I quiere sus dominios;
Como un inmenso globo
Lanzarse al infinito!

Entre crueles dolores
La mente enjendró al Himno,
Estenuados los miembros
Por tierra se han caido;
Mas, solo, él se remonta
Soberbio en el vacío.

Los vértigos le acosan,
Se extiende el precipicio,
I sigue i sigue siempre
Su intrépido camino,
I sube hasta los astros—
La tierra se ha perdido.

Octubre 27 de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

SAUL I SAMUEL.

En la tierra Israelita,
Donde crecen las palmeras,
En la patria de Sanson,
De Judit, Booz i Seila,

En esos campos fecundos
Que en premio a Judá se dieran,
Se oyen gritos i clamores
I el sonar de las trompetas;

Las ciudades se conmueven,
Los guereros ya se aprestan
Para defender su patria
En encarnizada guerra.

A un rei siguen: es Saul
Que gloria de su pueblo era,
I hoi se dirije al combate
Del Gelboè por la cuesta.

Su semblante está abatido,
De amargura su alma llena;
Mas parece sombra errante
Que un rei que va a la pelea.

Divisa ya al enemigo
Que a lo léjos se le muestra,
Como un inmenso jigante,
Como un jigante que aterra.

Atrevido el Filisteo
En Sunam está; desea
Lavar con ardiente sangre
Las manchas de sus afrentas.

¿Quién en la lid vencerá?
¿A quién la victoria espera?
¿A las tribus de Israel
O a la raza filistea?

Entre tanto melancólica
La oscura noche se acerca,
Envuelta entre velos lúgubres
Como noche de tormenta.

Por el cielo nubes rápidas
Pasan como sombras negras,
Ocultando el brillo lánguido
De las pálidas estrellas.

I jime el viento monótono
Entre las áridas peñas,
Mezclado al graznido fúnebre
De la nocturna corneja.

Un secreto pavor vaga en la atmósfera
Que hace temblar a un corazon de piedra;
Parecen levantarse entre los árboles
Fantasmas mil que amagan la existencia.

I ve el rei esas sombras vaporosas
Flotando desfilar en las tinieblas,
Que parecen mirarlo amenazantes
I hundirse luego en la partida tierra.

I luego aterradoras levantarse.
La ronca voz lanzando de pelea,
I veloces alzarse hasta las nubes
I confundirse con la oscura niebla.

A la luz del relámpago que brilla,
Con siniestro fulgor en la honda esfera,
Ve al lívido esqueleto de la muerte
Silencioso tender sus alas negras.

¡Mísero rei! su pompa i poderío,
La gloria de sus triunfos, su grandeza,
Lo perdió todo en un instante leve,
Todo por su impiedad i su soberbia.

¡Oidlo! a Jehová con labio impuro
Airado insulta i de su amor blasfema:
"Si el Dios de la victoria me abandona,"
Con rabia exclama en su impotencia ciega,

"Prestadme amparo furias del infierno,
Prestadme auxilios rei de las tinieblas:
Yo con vosotros gozaré mis triunfos
Si humillamos la raza filistea."

¡Mísero rei! miradle, a Endor desciende,
Su corona de rei, su manto deja,
Sus reales insignias i su cetro:
De verse rei un rei ya se avergüenza.

I ¿qué busca en Endor de Cis el hijo?
¿Por qué desciende a la campiña amena?
Parece que vagara como sombra
Que otra sombra incansable persiguiera.

Va a evocar de Samuel la sombra augusta
Con torpes signos i palabras necias,
Como si el mundo de impalpables almas
A la voz de una maga obedeciera.

Mas, quiso el cielo por su mal oirlo:
Crujen las ramas, chócanse las piedras,
Los aires cruzan centellantes rayos,
I en las nubes los truenos se refuerzan....

Imponente i envuelta en su ancho manto,
Sin tocar con sus piés la dura tierra,
Muéstrase de Samuel la sombra augusta
En medio del fragor de la tormenta.

Ahí, los dos, el rei, el poderoso,
El que de Benjamin la gloria fuera;
I la sombra terrible i majestuosa
Del justo, del pontífice profeta.

Ahí Saul, el rei; Samuel, el santo
El que vivo ante un muerto jime i tiembla;
El que muerto, su tumba destrozando,
Vuelve a la vida i su descanso deja.

Cual árbol ajitado por el viento,
Tembló el soberbio rei, el de alma fiera,
Cual paja entre las olas espumosas,
Cual agua de los mares en tormenta.

I así le habló la misteriosa sombra:
"¿Para qué soberbio rei me has invocado?
¿Por qué me has hecho abandonar mi tumba
Donde tranquilo gozo mi descanso?

"De tí se aparta el Dios de las alturas,
Pues no seguiste sus preceptos santos,
A tu rival alumbrará la ciencia
I el real cetro tomará en sus manos.

"I tu gran pueblo i tu aguerrido ejército
Del enemigo quedarán esclavos,
I tú i tus hijos morireis mañana
I serán los tormentos tu descanso."

Todo en silencio quedó
Cuando la sombra calló,
El rei en tierra caido,
Anonadado, abatido
Con la sentencia que oyó.

Cual si fuera precursora
De la guerra destructora,
Melancólica i oscura
Nació al fin la nueva aurora
De la montaña en la altura.

Fué el combate encarnizado,
A cada ¡ai! desesperado
Otro ¡ai! de algun combatiente,
A un soldado otro soldado,
A un valiente otro valiente.

Vencieron los filisteos,
La raza de Phetrusin,
De su pais al confin
Lleváronse cual trofeos
Las glorias de Benjamin.

ABEL MALDONADO.

EL TROCITO DE MADERA.

Era un arroyo; i sentado
Pensaba yo en su ribera
Queriendo cantar las glorias
De la edad caballeresca;
Pero mi mente oprimida,

En valde por mí sujeta,
Buscando temas mas lindos
Se me iba la mui traviesa.
Venga la mente aturdida,
Quede acá la mui inquieta
La dije: vana esperanza
Se me fué i ¡adios leyendas!
En esto de pecesillos
Ví una dorada caterva
Que en vano hundir pretendian
Un trocito de madera
Que a buscar iba nadando
Un lecho entre las arenas.
Lo mordian fuertemente
I ajitando las aletas
Lo hundian poquito a poco
A esconderlo entre las piedras;
Pero ántes de concluir
Su descocada tarea,
El trocito se les iba
Buscando siempre la arena.
¿Por qué arrastrar, dije entónces,
Mi mente de amor sedienta
De lo que no es ilusion
Entre las musgosas piedras?
Yo quiero cantar amores,
Cantar trovitas amenas,
Recordar la niña mia
I creer que ella me recuerda.
La niña que amé mui niño,
Con la que mi mente sueña,
La causa de mis delicias,
La que me da tantas penas.
Mi mente busca ilusiones
I vive tan solo de ellas
Como el trocito en su busca
Entre recuerdos navega,
¿Por qué a las piedras llevarla
Si ella busca solo arenas?

Octubre 29 de 1875.

JULIO M. MONTERO.

LA HORA DE EL ¡ADIOS!

(A LA SEÑORA FELIPA PINTO DE VIVANCO.)

Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo.

RIOJA.

Ya nubes vaporosas ocúltannos el cielo,
Cubriendo ya del dia la grata claridad;
El sol que ya se esconde me niega su consuelo,
Dejándome sumido en mústia soledad.

La móvil cerradura resuena de tu puerta,
Trayendo a mis oidos los ecos su rumor;
I tu feliz morada al contemplar desierta,
Mi alma entristecida entrégase al dolor!

Revuélvense en mi mente confusas impresiones,
Las horas tan felices que el tiempo sepultó;
Mi pecho palpitante, sinceros corazones
Recuerda, que la suerte tan léjos se llevó!

Muriendo ya la tarde, en vano por tu ausencia,
En vano sentiremos insólita inquietud;
Tu imájen con nosotros, conmigo tu existencia,
Inspirará sus cantos a mi infeliz laud.

.....

¡Qué abismo me rodea!.. ¡Cuán triste es tu partida!
Amargo desconsuelo le deja al corazon,
Un inmortal recuerdo a mi alma entristecida,
En nuestras cercanías.... ¡letal desolacion!

Santiago, Octubre 28 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

LAS CINCO HERMANAS DE YORK.

(CHARLES DICKENS.)

Muchos años atras, cuando el siglo XV solo contaba dos años i Enrique IV reinaba en la Inglaterra, vivian en la antigua ciudad de York cinco hermanas solteras, asunto de mi narracion.

Eran de una belleza sobresaliente. La mayor tenia 23 años, la segunda era un año menor, la tercera un año menor que la segunda, i la misma diferencia habia entre ésta i la cuarta.

Todas poseian figuras majestuosas con negros i brillantes ojos i cabellos de azabache; en cada uno de sus movimientos brillaba la dignidad i la gracia, i por toda la comarca se habia difundido la fama de su belleza.

¡Si eran hermosas las cuatro hermanas mayores cuán encantadora era la menor, tierna niña de dieziseis!

No son mas perfectas las sonrosadas tintas de la ya madura fruta o el delicado matiz de bella flor, que el conjunto de rosa i azucena en sus dulces mejillas, o que el azul profundo de sus ojos. La viña con su elegante lozanía no es mas jentil que los crespos color de castaño oscuro que jugueteaban en torno de sus sienes.

Si todos poseyéramos corazones semejantes a los que laten alegres en el pecho de la juventud i la belleza, qué espléndido paraiso seria esta tierra! Si miéntras nuestros cuerpos se envejecen i se secan pudieran al ménos nuestros corazones conservar su frescura ¿qué importarian nuestros dolores i nuestros sufrimientos? Pero la débil imájen del Eden, que se imprime en ellos durante la niñez, se desvanece, se borra mui pronto en nuestros rudos combates con el mundo, para dejar a menudo tan solo un triste vacío.

El corazon de la tierna niña rebozaba de contento i de alegría; sus puras afecciones eran un cariño profundo para con sus hermanas i un amor ardiente a todas las bellezas de la naturaleza. Su alegre voz i su risa libre de cuidados eran la música mas dulce de su hogar, era su luz i su vida. Las mas brillantes flores del jardin le debian su existencia; al escuchar su voz los pajarillos cantaban de contento i se entristecian cuando echaban de ménos su dulzura. Alicia, dulce Alicia, ¿qué ser viviente dentro los límites de su dulce encantamiento podia dejar de amarla?

En vano buscareis ahora el lugar que habitaron las hermanas, porque hasta sus nombres se han perdido i los empolvados anti-

cuarios hablan de ellas como de una fábula. Vivian, sin embargo, en una antigua casa de madera antigua aun en aquellos dias, adornada con estendidos tejados i balcones de encina toscamente labrados. Rodeábala un agradable huerto, en torno del cual habia una muralla de piedra, desde la cual un buen arquero habria podido lanzar un dardo hasta la abadía de Santa María. Ese viejo monasterio florecia entónces, i las cinco hermanas, que vivian en sus bellos dominios, pagaban cierta cantidad anual a los monjes negros de San Benedicto, que eran dueños de la abadía.

Una alegre i brillante mañana del agradable verano, uno de esos monjes negros salió de la ancha portada del convento i dirijió sus pasos a la casa de las bellas hermanas. Sobre su cabeza el cielo estaba azul i verde la tierra bajo sus plantas; brillaba el rio como un sendero de diamantes heridos por el sol. Desde los sombreados árboles vertian las aves sus melodiosos cantos; la voladora alondra elevaba su vuelo sobre el ondulante trigo, i el continuo zumbido de los insectos llenaba los aires. Todo estaba alegre i risueño; pero el hombre santo seguia su camino triste i melancólico con los ojos fijos sobre el suelo.

La belleza de la tierra es solo un soplo, sombra vana es el hombre: ¿qué simpatía para con ellos puede abrigar en su pecho un santo monje?

Así, con los ojos fijos sobre el suelo o levantados únicamente lo bastante para no tropezar con los obstáculos que estorbaban su camino, el relijioso avanzó despacio hasta llegar a una puertecita falsa que daba entrada al huerto de las hermanas i por la cual penetró. El ruido de suaves voces i de alegres risas hirió sus oidos, i alzando la vista algo mas que de costumbre, vió a corta distancia a las cinco hermanas, sentadas sobre el césped, con Alicia en el centro i ocupadas todas en su acostumbrado trabajo de bordar.

—Salud, bellas hijas, dijo el fraile.

I a la verdad eran bellas. Aun un monje podia amarlas como las obras escojidas de la mano del Creador.

Saludaron con reverencia las hermanas al santo hombre, i la mayor le mostró un musgoso asiento. El fraile, con un lijero movimiento de cabeza, rechazó su oferta i sentóse sobre una dura piedra, sacrificio que sin duda los ánjeles aprobaron.

—Alegres estabais, hijas, dijo el monje.

—Ya sabeis cuan lijero es el corazon de nuestra dulce Alicia, replicó la hermana mayor, resbalando sus dedos por los cabellos de la risueña niña.

—I cuanta dicha i contento nos causa ver la naturaleza brillante con el sol, añadió Alicia, avergonzándose bajo la severa mirada del reclusa.

La única contestacion del monje fué una grave inclinacion de la cabeza, i continuaron las hermanas en silencio su trabajo.

—Todavía perdiendo las horas preciosas, dijo por fin el fraile

volviéndose hácia la hermana mayor; todavía perdiendo las horas preciosas en estos vanos juguetes. ¡Santo Dios! ¡que con tanta facilidad se pierdan i desparramen los pocos globulillos, los únicos que sobre la superficie de la eternidad nos permiten ver el cielo de esa negra i profunda corriente!

—Padre, contestó la mayor dejando de trabajar, ya hemos rezado en la hora de maitines, se ha distribuido en la puerta nuestra limosna diaria i los campesinos enfermos han recibido nuestros cuidados; todas nuestras tareas matinales han sido ejecutadas. Creo que nuestra actual ocupacion es inocente.

—Aquí veis, dijo el monje tomando el bastidor de su mano: una enmarañada mezcla de brillantes colores, sin destino ni objeto, a no ser que algun dia se convierta en vano ornamento destinado a satisfacer el orgullo de vuestro frájil i veleidoso seno.

Esta incesante tarea ha consumido dia tras dia, i sin embargo ni la mitad está hecho. Al morir el dia las sombras cubren nuestra tumba i el gusano se enaltece pensando que nosotros hácia ella nos precipitamos. Hijas, ¿no hai acaso mejor medio de pasar las fujitivas horas?

Las cuatro hermanas mayores bajaron la vista avergonzadas por las palabras del santo hombre; Alicia, por el contrario, alzando los ojos los fijó en él con dulzura i le dijo:

—Nuestra querida madre, cuya alma Dios tenga en paz....

—¡Amen! interrumpió el fraile con profunda voz.

—Nuestra querida madre, continuó la bella i conmovida Alicia vivia aun cuando empezamos estas largas tareas, i nos ordenó que despues de su muerte les dedicáramos todos nuestros ratos de descanso.

Siempre nos decia que si pasábamos esas horas entregadas a una inocente alegría i a las ocupaciones propias de doncellas, serian éstas sin duda las mas felices i tranquilas de nuestra vida: que si mas tarde saliamos al mundo i nos esponiamos a sus cuidados i a sus pruebas; si atraidas por sus tentaciones i deslumbradas por su brillo olvidábamos, un dia, el amor i el cariño, que con sagrades lazos debe unir a los hijos de una madre tan querida, una sola mirada al trabájo de nuestra unida niñez despertaria en nuestros pechos dulces recuerdos de dias ya pasados i ablandaria nuestros corazones para dar cabida al cariño i la afeccion.

—Padre, tiene razon Alicia, dijo la hermana mayor con cierto orgullo i continuó su trabajo.

Consistia éste en una especie de bastidor, cuyo dibujo era confuso i complicado; igual para las cinco en sus colores i disposicion.

Miéntras las hermanas se inclinaban con gracia, siguiendo su tarea, el monje, apoyada la barba sobre sus manos, las contemplaba en silencio.

Por fin, con voz solemne les dijo:

—¡Cuánto mejor seria despreciar estos vanos pensamientos i

en el tranquilo refujio de la Iglesia dedicar vuestras existencias al cielo! Las horas del nacimiento, la niñez, lo mas florido de la vida i la avanzada vejez se secan con tanta prontitud como se precipitan unas sobre otras. Recordad que el polvo humano rueda siempre hácia la tumba; volved vuestras caras con tranquilidad hácia ese calabozo i evitad la nube que nace entre los placeres del mundo para engañar los sentidos de sus secuaces. El velo, hijas, el velo.

—Nunca, hermanas, exclamó Alicia, no cambieis la luz i el aire del cielo, la frescura de la tierra i todas las bellezas que sobre ella respiran por el helado claustro i por la celda. Las bendiciones de la naturaleza son los verdaderos bienes de la vida, juntas podemos gozarlos sin pecado. La muerte es nuestra carga mas pesada, pero, ¡ai! muramos con vida en torno nuestro; que cuando dejen de latir nuestros frios corazones, respiren a nuestro lado otros ardientes i amorosos; que nuestra última mirada caiga sobre los límites que Dios ha puesto a su brillante firmamento i no sobre murallas de piedra i barras de fierro.

Hermanas queridas, que nuestra vida se deslice, si quereis, i que nos encuentre la muerte en el espacio de este verde jardin; pero huyamos siempre de la oscuridad i la tristeza de un claustro; así seremos felices.

Abundantes lágrimas cayeron de los ojos de la doncella al concluir estas palabras i ocultó su bello rostro en el seno de su hermana.

—Consuélate, Alicia, le dijo ésta, besándola en la frente, nunca el velo arrojará su sombra sobre tu jóven cabeza.

—¿Qué os parece a vosotras hermanas? Alicia i yo estamos decididas.

Todas, como de comun acuerdo, dijeron que nunca se separarian; que fuera del convento tambien habia asilos donde moraban la paz i la virtud.

—Padre, dijo entónces la mayor, alzándose con dignidad, habeis oido nuestra última determinacion. La misma piadosa persona que despues de haber enriquecido la abadía de Santa María, nos dejó huérfanas bajo su santo amparo, ordenó que jamas se forzaran nuestras naturales inclinaciones, ántes bien que fuéramos libres en nuestra eleccion de estado. Os pedimos, padre, que no nos hableis mas sobre este asunto. Hermanas, poco falta ya para la hora de mediodía; retirémonos hasta el anochecer. Al concluir estas palabras se inclinó ante el fraile i tomando de la mano a Alicia se dirijió hácia la casa, seguida de sus otras hermanas. El santo hombre, que aunque a menudo les habia hablado sobre este asunto, nunca habia recibido una negativa tan directa, marchó en pos de ellas a corta distancia, con los ojos fijos sobre el suelo, i moviendo los labios como en oracion. Al llegar las hermanas a la puerta de la casa, apuró el paso i les ordenó detenerse.

—Esperad, dijo, alzando la diestra en el aire i dirijiendo una mirada llena de indignacion ya a Alicia ya a la hermana mayor. Esperad i escuchad de mí cuales son esos recuerdos que aun sobre la eternidad quereis mantener i despertar por medio de vanos juguetes, si por felicidad dormian. El recuerdo de las cosas terrenales está lleno, en la vejez, de amargo desengaño, afliccion i muerte; de espantoso cambio i roedor cuidado. Vendrá el dia en que una mirada a esas tonterías abrirá a pedazos hondas heridas en los corazones de algunas de vosotras i herirá hasta lo mas profundo de vuestras almas. Cuando llegue esa hora, i oidme, llegará, cambiad el mundo a que os entregásteis por el refujio que ahora despreciais. Mostradme una celda mas fria que el fuego de los hombres debilitado por la calamidad i los dolores.

En seguida, bajando un poco la voz al ver a las aterrorizadas doncellas, continuó:

—Esta es la voluntad de Dios i no la mia. Hijas, que la Vírjen os conceda su bendicion.

Con estas palabras desapareció por la puerta falsa i las hermanas se apresuraron a entrar a la casa. No salieron mas en todo el dia.

La naturaleza, apesar del disgusto del monje, siguió sonriendo i al dia siguiente brilló el sol con todo su esplendor i tambien en el que vino despues i aun en el tercero. I en el resplandor de la mañana i en el dulce reposo del anochecer todavía se paseaban, o trabajaban o engañaban el tiempo conversando alegremente en el tranquilo jardin.

Pasó el tiempo con la rapidez con que se refiere una historia, mayor, aun que la de muchos cuentos entre los cuales temo, se ha de colocar éste. Permanecia la casa de las hermanas donde ántes habia estado, i la agradable sombra de los mismos árboles se extendia sobre el césped del huerto. Tambien las hermanas estaban allí; encantadoras como al principio; sin embargo, se notaba un gran cambio en su morada, se oia a veces estrépito de armaduras, brillaba la luna sobre cascos de acero, empolvados jinetes espoleaban hasta la puerta sus rendidos corcelos i una figura de mujer salia apresurada en busca de noticias. Una numerosa comitiva de caballeros i señoras se hospedó una noche en el recinto de la abadía i al dia siguiente partió en compañía de dos de las hermanas.

Desde entónces vinieron los jinetes con ménos frecuencia i si venian eran talvez portadores de malas noticias, i al fin dejaron de venir del todo; i oculto ya el sol aldeanos con los piés ensangrentados se deslizaban furtivamente hasta la puerta en cumplimiento de algun encargo.

Una vez a media noche llegó a la abadía un vasallo, i al despuntar el dia se oyeron suspiros i llantos en la morada de las hermanas; despues de esto un triste silencio descendió sobre ellas

i nunca mas las visitaron señoras o caballeros, ni vióse armaduras ni caballos.

Triste oscuridad reinaba en la atmósfera, el sol se habia ocultado rabioso, tiñendo las pesadas nubes con los últimos rastros de su cólera, cuando el mismo negro monje llegó a la distancia de un tiro de dardo de la abadía. Tristes estaban los árboles i arbustos; i el viento amenazando romper la tranquilidad que durante el dia habia prevalecido, suspiraba de tarde en tarde pronosticando los destrozos de próxima tempestad; surcaba el murciélago el pesado aire con fantásticos movimientos, i el suelo hervia con insectos que por él se arrastraban atraidos por su instinto para cebarse e hincharse en la lluvia.

Los ojos del fraile ya no se dirijian hácia la tierra; lanzados en derredor, vagaban de punto en punto como si la tristeza i desolacion estuviesen en armonía con su propio pecho. De nuevo se detuvo ante la morada de las hermanas; i de nuevo tambien entró por la puerta falsa.

Mas esta vez la risa no hirió sus oidos; su vista no descansó sobre las preciosas figuras de las cinco hermanas.

Todo era silencio i soledad; los ganchos de los árboles estaban torcidos i quebrados; largo i marchito estaba el pasto; lijeros piés no lo habian pisado por muchos dias.

El fraile penetró en la casa con la indiferencia o la abstraccion de uno mui acostumbrado a los cambios. Entró a una pieza larga i oscura. Allí habia cuatro hermanas. Sus negras tocas aumentaban la blancura de sus ya pálidos semblantes, sobre las cuales el tiempo i el dolor habian hecho profundos destrozos. Eran nobles todavía, pero, el brillo del orgullo i de la belleza habia pasado.

¿I Alicia, dónde estaba? En el cielo.

El monje, aun el monje, se enterneció, porque hacia mucho tiempo que no se reunian las hermanas i habia surcos en sus rostros que no habrian podido causar los años. Tomó asiento en silencio i les indicó que continuasen su conversacion.

—Aquí están, hermanas, dijo la mayor con voz temblorosa, nunca me habia atrevido a mirarlos desde entónces; ahora me acuso de mi debilidad. ¿Qué podemos temer al mirarlos? Será un goce solemne todavía el recuerdo de nuestros antiguos dias.

Al decir estas palabras, dirijió una mirada al fraile i abriendo un gabinete sacó los cinco bastidores concluidos desde mucho tiempo ántes. Su paso era firme, pero, su mano temblaba al sacar el último, i cuando las otras hermanas dejaron exhalar sus sentimientos, ella no pudo contener mas sus lágrimas, i exclamó entre sollozos:

—¡Dios la bendiga!

El fraile se puso de pié i avanzó hácia ellas.

—Fué casi la última cosa que tocó, dijo en voz baja.

—Así es, dijo la mayor, llorando amargamente.

El monje se volvió hácia la segunda hermana.

—El gallardo jóven que se embebió en tus ojos i estaba suspenso de tu aliento, cuando te vió por vez primera absorta en esta distraccion, yace enterrado en un llano, cuyo pasto está rojo con sangre. Mohosos fragmentos de armaduras, brillantes en un tiempo, se pudren ahora sobre el suelo sin que se conozca que le pertenecieron mas que los huesos amontonados en su fosa.

La dama jimió i retorció sus manos.

—La diplomacia de las cortes, continuó dirijiéndose a las otras dos hermanas, os llevó de vuestra pacífica morada a escenas de libertinaje i de esplendor. La misma diplomacia i la ambicion insaciable de hombres ardientes i orgullosos os ha vuelto otra vez, viudas jóvenes i humilladas proscritas. ¿Digo la verdad?

Los suspiros de las hermanas fué la única contestacion.

—Poca necesidad hai, continuó el fraile con una mirada significativa, de perder el tiempo en frioleras que tienen por objeto evocar los pálidos fantasmas de las esperanzas de los primeros años. Sepultadlos, amontonad sobre ellos castigos i mortificaciones; que sea el convento su sepultura.

Pidieron las hermanas cinco dias para reflexionar i esa noche creyeron que el velo seria la mejor mortaja para sus muertos placeres.

Pero volvió la mañana, i aunque los marchitos ganchos de los árboles del huerto yacían en el suelo, era siempre el mismo huerto tan querido. Crecido i enredado estaba el pasto; pero allí estaba todavía ese sitio, donde tantas veces juntas se habian sentado cuando el cambio i el dolor eran para ellas vanos nombres; allí, cada camino, cada rincon que habia alegrado Alicia, i en medio una estendida losa, bajo la cual reposaba ya en paz.

¿Podian ellas acaso, teniendo presente el horror con que ese puro corazon miraba las terribles murallas del monasterio, acercarse a su tumba cubierta por tocas que helarian las cenizas que encerraba? ¿Podian entregarse a la oracion si al alegrar al cielo cubrian con su manto de tristeza el rostro de un solo ánjel? Nó.

Mandaron hacer, despues de haber obtenido la aprobacion de la Iglesia para su obra de piedad, cinco grandes trozos de vidrios pintados, copia exacta de sus antiguos trabajos bordados. Los colocaron en una gran ventana desnuda hasta entónces de adornos, i cuando el sol brillaba alegremente, como a *ella* tanto le habia gustado, se reflejaban los dibujos con sus verdaderos colores i un brilante rayo de luz al caer sobre el pavimento iluminaba el nombre de *Alicia*.

Por muchas horas, durante el dia, se paseaban las hermanas por la ancha nave, o se ponian de rodillas al lado de la estendida losa. Pasados muchos años solo se vió a tres en su acostumbrado lugar, despues a dos, i por largo tiempo mas a una sola figura de mujer agobiada por la edad.

Por fin, ella tambien dejó de venir i sobre la piedra habia cinco nombres propios.

Esa losa ya se ha gastado i ha sido remplazada por otras i muchas jeneraciones han venido i han partido desde entónces. El tiempo ha suavizado los colores; pero el mismo rayo de luz cae todavía sobre la olvidada tumba que ha desaparecido del todo. Hoi en la catedral de York se muestra al viajero una antigua ventana llamada Las Cinco Hermanas.

WENCESLAO SMITH.

ULTIMA ROSA DEL VERANO.

(TOMAS MOORE.)

I.

Del verano última rosa,
Que dulce belleza ostentas,
Solitaria, abandonada
Por tus lindas compañeras;
Llora, llora tu desdicha
Porque ya ninguna queda,
I no tienes a tu lado
Flor alguna, que devuelva,
Cariñosa tus sonrojos,
I tus suspiros, que lleva,
Sobre sus rápidas alas
El viento sordo a tu queja.

II.

Mas no dejaré que sola
Te consumas i que mueras,
Por el dolor oprimida,
Que tu débil tallo seca.

Pues todas las bellas duermen,
Duerme tú tambien, con ellas.
Que tus hojas desparrame
Compasiva i triste deja
Sobre el lecho do marchitas
Reposan tus compañeras,
Perdida ya su fragancia,
I su dulzura con ella.

III.

Así tambien yo tranquilo
Bajar a la tumba pueda,
Cuando los lazos queridos,
De la amistad, se disuelvan
I de su brillante trono
Dulce amor sus joyas pierda.
Cuando yacen corazones,
Marchitos, que amantes eran;
Cuando todo el mundo frio,
I repulsivo se encuentra,
¿Quién no anhela abandonarlo?
¿La muerte quién no desea?

GUILLERMO ERRAZURIZ URMENETA.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

ANJEL MARÍA GALAN.

Nació en un pueblo de la antigua provincia de Tunja, en 1836.

Estudió literatura i filosofía en los colejios de Nuestra Señora del Rosario i del Espíritu Santo, i jurisprudencia en el de San Bartolomé (en Bogotá).

En 1856 fué elejido miembro del Liceo Granadino, sociedad de literatura, ciencias i bellas artes. Allí pronunció, en sesiones solemnes, dos composiciones en verso, tituladas: JOSÉ EUSEBIO

Caro i Luis Várgas Tejada, que reprodujeron el periódico del Liceo i la Semana literaria de El Porvenir. Por aquella misma época trabajó, en colaboracion con el doctor José María Quijano O., un drama, al cual dieron por título: El último Boabdil, o amor i relijion, que se exhibió en el teatro de esta ciudad. En 1859 i 1860 hizo parte del grupo de redactores de El Mosaico, en su primera época.

Desencadenada luego la revolucion en el pais, Galan partió para el Estado de su nacimiento a tomar servicio a las órdenes de Gutierrez i Acosta, en 1861. Concluida el 18 de julio la primera parte de la campaña, volvió a Boyacá a servir la secretaría de hacienda del gobierno provisorio, hasta que se constituyó el Estado.

Fué nombrado en seguida ministro de un tribunal de cuentas que creó la Asamblea constituyente; en el año siguiente fué elejido diputado a la Asamblea lejislativa, i en el período de 1864 a 1866 fué secretario jeneral del Presidente del Estado.

En 1866 fué vice-rector del colejio de Boyacá i catedrático de filosofía.

En 1867 concurrió al Congreso que se reunió despues del 23 de mayo, lo mismo que a los de 1868 i 1869.

Nombrado director de la contabilidad jeneral, redactó los dos reglamentos mas completos que sobre la materia ha tenido el pais en su última época.

Ha sido catedrático en el colejio de Nuestra Señora del Rosario, de ciencia constitucional, derecho de jentes i pruebas judiciales, i en la Universidad nacional, de contabilidad, filosofía i ciencia de la lejislacion civil i penal.

Ha colaborado en periódicos literarios i políticos.

Sus producciones literarias se encuentran en la Crónica del colejio del Espíritu Santo, El Pasatiempo, El Liceo Granadino, La Semana literaria de El Porvenir, El Mosaico, El Album, la Biblioteca de Señoritas i otros periódicos.

Sus escritos políticos i científicos han aparecido en La Revista de Colombia, El Liberal, El Foro i El Bien público, i de ellos el principal es una Refutacion de las Sirenas, que apareció despues en folleto.

Es actualmente jefe de una seccion en la secretaría de hacienda i fomento de la Union.

Isidoro LAVERDE A.

EL RENEGADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, SACADO DEL FRANCES I ARREGLADO EXPRESAMENTE PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

(Continuacion.)

ACTO II.

(El teatro representa una sala en el palacio de Tarik.)

ESCENA I.

IBRAHIM, JUANINO

(Al levantarse el telon, Ibrahim, parece sepultado en profundas reflexiones; Juanino está de pié, cerca de él, mirándolo con ternura.)

JUANINO. Señor Ibrahim, explicadme la razon de tanta aflixion i tristeza.

IBRAHIM. Bien lo sabes, Juanino. Largo tiempo ha que las virtudes de los cristianos han movido mi corazon; en secreto, he examinado a fondo sus sagradas letras, comparando sus dogmas con los de nuestro profeta. Con lo que he leido, he sentido nacer la duda en mi alma. *(Levantándose.)* Sin embargo ¿será posible que Mahoma no haya sido sino un vil impostor....; un instrumento de que se haya servido el cielo para castigar la impiedad de los mortales?.... ¿Será cierto que el tuyo es el único verdadero Dios, que la luz de la verdad solo alumbra a los cristianos?

JUANINO. Así es, señor, no lo dudeis; pero, pudiendo mi ignorancia, en materia tan importante, comprometer la relijion que yo defiendo, permitidme traiga a vuestra presencia un ministro de nuestra santa fé; consultadle, comunicadle vuestras dudas; su voz os alumbrará, su voz hará brotar en vuestro corazon esa fé que

salva; luego sereis cristiano como yo i así veré cumplido mi mas ardiente deseo.

IBRAHIM. ¡I qué! ¿no conoces las leyes que nos gobiernan?

JUANINO. Sí, señor, las conozco; i sé tambien que crueles tormentos me aguardan si llego a ser descubierto.

IBRAHIM. Mas ¿estás seguro de que se encuentre algun sacerdote en el ejército de Vasco de Gomez?

JUANINO. ¿Acaso no están siempre donde hai algun beneficio que prestar?

IBRAHIM. ¿Entónces no temen las leyes que los condenan?

JUANINO. Tratándose de salvar a sus semejantes, una alma que sea, nuestros sacerdotes no temen la muerte; en la hora del peligro, siempre están prontos a sacrificarse i a trabajar hasta el último aliento de su vida.

IBRAHIM. Juanino, sé mi hermano, yo quiero ser cristiano; ahora mismo preséntame al ministro de tu Dios; quiero verle, oirle i exponerle mis dudas.

JUANINO. Enhorabuena. Apénas anochezca, saldré de este castillo e iré, con este objeto, al campo cristiano. Ahí todos me conocen, pues son mis hermanos, soi español como ellos i, como ya lo sabeis, ántes que cayese prisionero i fuese reducido a la esclavitud, siempre combatí entre sus filas.

IBRAHIM. ¡Tú mi esclavo, Juanino! . . . Nó, llámame tu hermano, pues, desde hoi, dejo de ser tu amo; i para hacerme ménos indigno de ese nombre, oye lo que proyecto. . . . Bien conoces el grande influjo que ejerzo en el ánimo de Tarik i los numerosos amigos de que puedo disponer; tú bien sabes que poseo las llaves de todos los calabozos i puertas de este castillo; ahora bien, ese influjo, esos amigos, ese poder, quiero me sirvan para restituir la libertad a todos aquellos desgraciados cautivos que los azares de la guerra han puesto ayer en nuestras manos. Yo sé cuántas i cuáles seducciones los amenazan; quiero salvarlos de los lazos que talvez les armarán; quiero vuelvan entre los suyos i pronto estoi a marcharme con ellos. Entretanto, vete a disponer mis armas i no te olvides de la promesa que me has hecho de traerme esta noche un sacerdote cristiano. Tú mismo lo irás a buscar; o bien, puedes valerte de algunos de los cautivos, de aquel campesino que trajeron el otro dia i a quien Tarik entregó una carta. . . .

JUANINO. Recuerdo ¿el aldeano Perico?

IBRAHIM. El mismo; yo creo que él puede servirnos.

JUANINO. Es verdad: Perico es astuto i capaz de todo.

IBRAHIM. Entónces, ya está decidido. Lo harás salir por la poterna que da al bosque en que se halla acampado el ejército cristiano. Luego te entregaré la llave de esa poterna.

JUANINO. Corriente. Entónces, hasta luego.

IBRAHIM. Aguarda. Antes de irte, dime ¿quién es aquel guerrero que combatia bajo nuestras banderas i capitaneaba nuestros

soldados contra los cristianos? La visera de su casco no me permitió distinguirle el rostro.

JUANINO. Ese hombre, a quien Tarik ha dado el nombre de Almanzor, es hijo de uno de los mas bravos caballeros que ha visto jamas la tierra de España: es el hijo de Gomez.

IBRAHIM. Ese hombre es cristiano i combate contra sus hermanos ¡qué horror!

JUANINO. Cristiano lo fué; mas, ya no lo es. *(Mirando hácia la derecha.)* Pero, Tarik se acerca. Retirémonos, retirémonos; vamos a pensar en los medios de arrancar a los cristianos de la cruel suerte que les amenaza. *(Vánse por la izquierda.)*

ESCENA II.

TARIK, ALONSO *(Con el nombre de)* ALMANZOR, LÓPEZ *(Con el nombre de)* SOLIMAN.

TARIK. Has peleado cual héroe, Almanzor. Mis ojos te han visto i admirado en medio de la refriega; i, lo confiéso, a tu valor debemos la derrota de los infieles godos. ¡Lluevan sobre tí las bendiciones de Mahoma! Ya no puede ser dudoso el triunfo de los creyentes moros, despues de la victoria que han alcanzado hoi sus armas. No encontrando ya Pelayo quien lo ampare, tendrá luego que someterse; si se atreviese a resistir todavía, lo seguiremos en medio de las montañas; ahí lo acosaremos cual fiera hasta en los sitios mas inaccesibles, i acabando con él, acabaremos con España i su relijion maldita. Almanzor, harto galardon te han merecido tus servicios; te habia colocado tu alcurnia en las gradas de un trono que acaba de hundirse bajo nuestras plantas. Pues bien, yo, el teniente del padre de los creyentes, quiero restituirte lo que has perdido por causa mia: el reino de Murcia espera un soberano; vé, Almanzor, vé a ceñirte esa real corona. ¡Rei de Murcia, Tarik te saluda!

ALMANZOR. Señor, tanta bondad....

TARIK. Debe pagarse con una adhesion a toda prueba. Al amanecer, Almanzor, podrás ir a tomar las riendas de tu nuevo gobierno; pero, no olvides jamas que la misma mano que te da la corona, puede tambien arrebatártela. Ten presente que, rodeado por los emisarios de Tarik, serán vijilados todos tus actos i hasta tus mas secretos pensamientos. Has reinar la justicia, propagando con una mano la relijion de Mahoma, i con la otra aniquilando el cristianismo. Solo en su sangre podrás lavar la cruz que, al nacer, estamparon en tu frente.

ALMANZOR. Señor, el alto rango al que os dignais llamarme, es mas que suficiente para dejar mui satisfecha la mas desmedida ambicion. Sin embargo, hablando con la franqueza que me es propia, i que escusareis, las pruebas de desconfianza que me ma-

nifestais, empañan no poco el brillo de la corona que me habeis brindado con tanta jenerosidad. ¿Acaso no estais seguro de mi fé?

TARIK. ¡Almanzor, Almanzor, quién renegó de su Dios, puede faltar a su fé!.... Pero, no hablemos mas de esos leves lunares que, borrados por el tiempo, luego te han de hacer olvidar la solicitud de tus nuevos cortesanos. Dime, Almanzor, tú que conoces los enemigos que nos han disputado la victoria, dime ¿quién era aquel guerrero, de las armas bruñidas, en cuyo casco ondeaba blanco penacho; aquel jefe que tantas veces puso el desórden en nuestras filas?

ALMANZOR. ¡Ah! demasiado lo conozco.

TARIK. Era....

ALMANZOR. ¡Mi padre!

TARIK. ¿Tu padre, Almanzor?... Te doi los parabienes; recibe mis felicitaciones; es mi prisionero, i mui grande es mi satisfaccion porque él encontrará en tí un poderoso protector.

ALMANZOR. Señor, ahora mas que nunca soi enteramente vuestro. Mis tesoros, mi espada, mi vida, todo os pertenece; mas ¡ah! restitud la libertad a mi padre.

TARIK. Grande, mui grande es tu engaño, Almanzor. Las leyes de nuestro profeta, que no puedo infrinjir, decretan para los plebeyos i villanos la esclavitud; mas, para los poderosos, la abjuracion o.... la muerte.

ALMANZOR. ¡La muerte!

TARIK. Sí. Mas, tú, como fiel sectario de Mahoma, fácilmente lograrás la abjuracion de tu padre, valiéndote, para tan noble fin, de cuantos recursos suele inspirar la piedad filial. Si ha sido premiada la abjuracion de Alonso con todo un reino, juzga de cuanto valor será para mí la de su propio padre. Retírome, Almanzor, luego tendremos que hablar de tu reino de Murcia i de nuestros prisioneros. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

ALMANZOR, SOLIMAN.

ALMANZOR. (*Lleno de furor i en la mayor desesperacion.*) ¡Maldicion sobre mí i sobre el dia que me vió nacer! ¡La venganza de Dios caiga sobre tí, Lopez, sobre tí que me has arrastrado hasta el precipio, arrojándome en un abismo insondable! ¡Oh, abominable i fatal ambicion que me armaste contra mi padre, que me armaste contra mi patria i contra mi Dios!

SOLIMAN. (*Mirando en torno suyo i a media voz.*) Sosegaos, señor, os pueden perder vuestros imprudentes arranques. ¿No sabeis que pueden oiros? ¿no sabeis que todas las avenidas de este palacio están custodiadas?

ALMANZOR. ¡Poco me importa la vida habiendo perdido el honor!

SOLIMAN. Una sola palabra basta para que perdais la confianza de Tarik.

ALMANZOR. ¡La confianza de Tarik!... Tan pronto has olvidado esa expresion tan llena de verdad: ¡quién renegar pudo de su Dios, puede faltar a su fé!.... ¿Acaso no han hecho mella en tu corazon esas terribles palabras?.... ¿Al oirlas, no comprendiste a qué precio he comprado mi reino?.... ¡Ai de mí! ¡para reinar lo he sacrificado todo, mi relijion, mi honor, mi patria!.... ¡Para reinar, he entregado a una muerte casi segura a mi propio padre!.... ¡Mi padre!.... ¡Ah! ¡si él supiera que el guerrero que acaudillaba las tropas enemigas era su propio hijo!.... El nunca abjurará; prefirirá mil muertes a tamaña infamia. ¡Yo soi quien lo ha arrastrado hácia la cortante cimitarra!.... Si pudiera ignorarlo al ménos.... Al verme, morirá de dolor i de vergüenza.

SOLIMAN. ¡Tranquilizaos, don Alonso, tranquilizaos!... Vuestro dolor no me admira; en cuanto a vuestras maldiciones, ni las extraño, ni las temo; luego lloverán las bendiciones, cuando, afianzado vuestro trono de Murcia, os veais rodeado de fieles súbditos, dueño de inmensos tesoros; cuando, sobre todo, podais desafiar impunemente el poder de los califas, derribando su omnipotencia i reinando vos en su lugar.

ALMANZOR. Tarik tenia razon.... ¿No lo crees así, Lopez?... En efecto ¿qué valor puede tener el juramento de quien no teme a su Dios?... Es una mera fórmula que la boca pronuncia i que desvanece el viento.... Sí, hablemos de Murcia; me gustan tus proyectos; seamos conspiradores; derribemos el poder de quien lo tenemos todo. (*Se oye ruido adentro.*) Mas ¿qué significa ese tumulto?

ESCENA IV.

DICHOS, PERICO, ABDALLAH, MARIETTO, MENDOZA I CAUTIVOS ESPAÑOLES, (*despues*) JUANINO.

ABDALLAH. Vamos, perros cristianos ¡adelante! (*Da un latigazo que hace saltar a Perico.*)

PERICO. (*Rascándose las pantorrillas.*) Cuidado, señor mahometano, que tengo el cutis mui delgado i que, el látigo que maneja tan bien vuestra merced, no tiene nada de divertido. Si al ménos....

ABDALLAH. ¡Calla, perro!

PERICO. (*Aparte.*) ¡Qué mal criados son estos señoritos mahometanos! Da miedo el oirlos.

ALMANZOR. ¿Hai otros cautivos fuera de esos guerreros, Abdallah?

ABDALLAH. Sí, señor Almanzor; solo traigo aquí la vil canalla.

PERICO. (*Aparte.*) Mil gracias por el cumplimiento al señor sarraceno. (*Mirando a Almanzor.*) ¡Oiga! ¿quién será ese otro hijo de Mahoma? .. Qué parecido es a don Alonso. (*Mirando a Soliman.*) ¿I aquel otro con su cara de vinagre?... Apostaria, no sé cuanto, que es el señor Lopez.

ABDALLAH. ¿Qué haces ahí?... ¡Quita, perro! (*Dándole fuertes latigazos.*)

PERICO. (*Brincando.*) ¡Ai! ¡ai! ¡ai! (*Aparte.*) ¡Qué bruto! ¡qué moro tan mal morijerado! ¿No dirian que le han de pagar los golpazos con que machuca el cuero de quien ni siquiera le dice: esta boca es mia?

ABDALLAH. ¿Qué estas refunfuñando, perro?

PERICO. Digo...., que no digo nada.... (*Aparte.*) ¡Maldito negro!

JUANINO. (*Entrando por la derecha.*) Rei de Murcia, el ilustre Tarik, luz de nuestros ojos i gloria del orbe, os envia el prisionero de que os habia hablado.

ALMANZOR. ¡A mí! dices.... Pero ¿qué prisionero es ese?

JUANINO. El jefe de los cristianos: Vasco de Gomez.

ALMANZOR. (*Aterrado; aparte.*) ¡Mi padre!

ESCENA V.

DICHOS, DON VASCO, SOLDADOS MAHOMETANOS (*Que entran por el foro.*)

ALMANZOR. (*Aparte.*) ¡Dios! ya está aquí.... ¡Oh, si la tierra pudiera ocultarme en sus entrañas! (*Despues de un momento de silencio.*) ¡Padre mio!

D. VASCO. ¡Cielos! ¿qué veo?... ¡él!... Nó, no puede ser... Me engañan mis ojos.... Es una ilusion de mis sentidos.... ¡Alonso!.... nó, eso es imposible.

ALMANZOR. Padre mio, oidme: mirad que se trata de vuestra vida....

D. VASCO. Pero nó; no es un sueño lo que pasa por mí. (*Mirándolo fijamente.*) Es su propia voz; yo la reconozco.... Su semblante es el mismo;.... sus miradas.... (*Cubriéndose el rostro con las manos; aparte.*) ¡Vergüenza!.... ¡sí, es mi hijo!

ALMANZOR. Escuchadme, padre mio.

D. VASCO. ¿Qué dices, sarraceno? ¡Yo, tu padre! (*A los cautivos.*) Españoles, acercaos: mirad bien a ese hombre; él es libre, yo esclavo; es mahometano, yo cristiano.... ¡i me llama su padre! ¿Lo podeis creer?

ALMANZOR. ¡Padre mio!

D. VASCO. Vil impostor, no profanes ese santo nombre. ¡Gran

Dios! si así fuera, te diria: ¡Miserable, tú eres mi hijo i te atreves a presentarte a mi vista con las insignias de tu aprobio!.... ¡I qué! ¿No sabes que el horror que me inspiras me da alas para invocar sobre tí la cólera de mi Dios?.... Nó, no eres mi hijo: tu voz, tu semblante son talvez los de mi Alonso, pero tu fé no es la mia; mi rei es Pelayo, i el tuyo es el caudillo de la maldita secta de Mahoma.—Sarraceno, me han hecho venir a tu presencia; aquí estoi: habla, pues, tu prisionero escucha.

ALMANZOR. ¿Por qué aparentais no reconocerme?.... ¿Por qué poneis en duda que yo sea vuestro hijo?....

D. VASCO. ¡Qué! ¿tú quieres que te llame mi hijo?.... Pues bien, puesto que así lo quieres, oye i contesta a tu padre.

ALMANZOR. (*A los cautivos.*) Retiraos, esclavos, retiraos.

D. VASCO. No se moverán de ese lugar; yo lo mando i lo quiero. Son españoles todos i no esclavos.

ALMANZOR. Así, señor ¿quereis infamarme en su presencia?

D. VASCO. Si no eres mi hijo, en nada te ofende su presencia; si lo eres, ella te debe agradar sobremanera. Jamas hasta ahora se ha visto que un Gomez se avergonzase de hallarse en compañía de los suyos.

ALMANZOR. Pero, señor, pensad que os amenaza un gran peligro: se trata de hacer vuestra abjuracion, o de morir.

D. VASCO. ¿Puedes acaso dudar cuál sea mi determinacion?

ALMANZOR. Señor, por amor a vuestro hijo ¡abjurad!

D. VASCO. ¡Yo abjurar! i por esa vil condescendencia....

ALMANZOR. Os darán honores, poder, una corona talvez.

D. VASCO. ¿I qué te han dado a tí? ¿qué es lo que te movió a cometer semejante bajeza?

ALMANZOR. Yo soi rei de Murcia.

D. VASCO. Eso es decir la verdad. ¡Dios os guarde rei de Murcia! ¡Dios os guarde hijo de Gomez!.... ¡Hijo de Gomez!.... ¡qué he dicho, gran Dios! (*Lleno de indignacion.*) ¡I qué! ¡tú llevarias mi nombre, i sin la menor vergüenza podrias mirar su infamia i su deshonra!.... (*A sus guardias.*) ¡Soldados, conducidme de nuevo a mi prision; nada tengo que ver con ese hombre.... no le conozco!

ALMANZOR. ¡Señor!....

D. VASCO. (*A sus guardias.*) Llevadme, os digo, llevadme.

ALMANZOR. (*Arrojándose a los piés de su padre.*) ¡Piedad, señor, piedad! ved a vuestro hijo postrado a vuestros piés.

D. VASCO. (*Apartando a su hijo que se abraza de sus rodillas.*) Deja, infame; no te llames así.... Si fueras mi hijo, harias mil pedazos tu corona, despedazarias ese turbunte i dirias que eras cristiano.... Mas ¿por qué callas? ¿por qué enmudeces? ¿por qué te estás arrastrando a mis piés?

ALMANZOR. Ya es imposible, señor ¡es demasiado tarde!

D. VASCO. (*Tremendo.*) ¿Ya es imposible, miserable, ya es imposible?.... Pues, entónces ¡yo te maldigo!

ALMANZOR. (*Cayendo desplomado.*) ¡Ah! (*Lopez acude a favorecerlo.*)

CAUTIVOS CRISTIANOS. ¡Gran Dios! (*Movimiento de horror.*)

ESCENA VI.

DICHOS, TARIK (*Entrando por la derecha.*)

TARIK. (*Aparte.*) ¡Rabia! Por lo visto, todo ha sido inútil. (*A los soldados.*) Guardias, rodead a ese hombre.

D. VASCO. ¿Con ese vano aparato, piensas talvez atemorizarme?

TARIK. ¡Calla! hablarás solo despues de interrogado por mí.

D. VASCO. Aguardando estoi.

TARIK. Quisiera saber por qué razon, valiéndote de tu poder sobre tus vasallos, los has excitado a que combatan contra los soldados del verdadero Dios.

D. VASCO. El verdadero Dios, no es el de Mahoma.

TARIK. ¿Por qué, con tanta osadía, te has atrevido a alzar la bandera aborrecida, llevando la muerte contra los fieles hijos del profeta?

D. VASCO. Porque ellos eran los enemigos de mi fé i de mi patria; ellos querian esclavizarla; ellos querian destruir la venerada i sagrada relijion de nuestros padres.

TARIK. ¿Quién eres tú para hablarme así?

D. VASCO. Soi Vasco de Gomez, español i cristiano.

TARIK. I ¿sabes tú cuál es mi poder? ¿sabes quién soi?

D. VASCO. Yo sé que tú puedes quitarme la vida, Tarik es tu nombre; yo sé que eres tú quien ha llenado de ruinas mi desgraciada patria; yo sé que tus soldados son bandidos feroces i que tú eres su caudillo.

TARIK. ¡Te atreves a insultarme, vil esclavo!

D. VASCO. Para el cristiano no hai esclavitud.

TARIK. Te haré arrancar la lengua i reventar los ojos.

D. VASCO. Nada me importa mi cuerpo si salvo mi alma.

TARIK. ¡Qué insensato eres, Vasco!.... Escúchame: sé de los nuestros i te perdono la vida.

D. VASCO. ¡La vida!.... nada vale para mí.

TARIK. Vivirás rodeado de riquezas i de honores.

D. VASCO. Esas riquezas, esos honores ¿acaso me acompañarán al cielo?

TARIK. Ceñirás real corona.

D. VASCO. ¿Será la que tú me concedas mas brillante que aquella que Dios tiene reservada a sus escojidos?

TARIK. Tu fé es una locura.

D. VASCO. Esa locura salvará al mundo.

TARIK. (*Furioso.*) ¿Piensas talvez, porfiado viejo, que una pronta

muerte te proporcionará, sin dolor alguno, aquella corona que te promete tu ciego fanatismo?.... Así no lo pienso yo: agotaré en tí toda mi zaña i mi enojo; el verdugo experimentará en tus carnes nuevos i exquisitos tormentos, i despues de haberte hecho sufrir mil i mil angustias i espantosos suplicios, serás conducido a la hoguera i ahí perecerás como un perro, quemado a fuego lento.

D. Vasco. ¡Cristiano soi!

Tarik. ¡Obedece, sino entrego a las llamas a cuantos esclavos fueron compañeros tuyos!

D. Vasco. (*A los cautivos.*) Españoles ¿qué consejo me dais?

Cautivos. ¡Somos cristianos!

Tarik. (*Terrible.*) ¡Piara de perros, todos morireis! (*A don Vasco.*) Tú tambien morirás; sobre tu corazon despedazado quiero saciar mi sed de venganza. Dí: ¡maldito sea Cristo! o renuncia a la vida.

D. Vasco. ¿Será preciso repetírtelo otra vez?... Tarik ¡cristiano soi!

Tarik. (*Fuera de sí.*) ¡Guardias, llevadle al mas estrecho calabozo; i, mañana, ántes que brille la primera luz del dia, le conducireis al suplicio!

Almanzor. (*Volviendo en sí.*) ¿I mi padre, Lopez, mi padre?.. (*Viendo a los soldados que le llevan.*) ¡Ah! ¿dónde le llevais?

Tarik. ¡A la muerte!

D. Vasco. ¡A la gloria!

(*Cae el telon.*)

Ruperto MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará.*)

FRAGMENTOS.

(A MI QUERIDO AMIGO JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.)

I.

Feliz criaste al hombre, Dios potente;
Noble, del limo lo sacó tu mano,
Brilló en su altiva frente
De tu luz un reflejo:
Soberano la tierra lo aclamaba,
El clarísimo cielo era su espejo,
Siempre a lo alto la mirada alzaba,
I en el mundo no habia un solo abrojo
Que al monarca del orbe diera enojo.

I amaba i era amado....
Sí, Dios mio... I amaba i era amado
Con ese amor anjelical i puro,
Sin pena, sin sonrojos,
Nunca ajitado, sin cesar seguro,
Que velar jamas supo
En llanto amargo los mortales ojos.

¡Esa vida era vida!
Nadie entónces, temblando,
Correr sentia el tiempo presuroso,
No de las Párcas el oficio infando,
No de la muerte el hálito espantoso,
Turbar podian con letal desmayo
De un sol de vida el inmutable rayo....

Las flores siempre frescas i fragantes,
Los prados siempre verdes,
Alegres siempre las canoras aves,
Claras siempre las aguas murmurantes....
¡Oh tiempo deleitoso
Tan fugaz e inconstante como hermoso!

¡Inconstante, fugaz!.... ¿Por qué, Dios mio
Si al hombre puro hiciste,
Por qué el jérmen del crímen, del desvío,
En su inexperto corazon pusiste?
¡Noble! i alzar no supo una plegaria
Diciéndoos: "Señor, yo soi indigno
De tu inmensa bondad: dicha precaria
Mi dicha fué; al castigo me resigno:
Mas, solo yo he pecado,
Solo yo tus mandatos he burlado;
Sobre mí caiga, sobre mí tan solo,
Tremendo el anatema fulminado,
¡No de mis hijos el dolor yo vea!
¡No por mis hijos maldecido sea!...."
¿Porqué, porqué, Dios mio?.... Mas ¿qué digo?
¡Perdona a un vil gusano de la tierra,
Que medir quiso su razon contigo!

¡Esa vida era vida!
Señor, Señor, mi corazon sediento
Suspira por el agua de la vida
¡Que pase luego este crüel tormento
Que llaman existir! ¡Mi alma abatida,
Pueda volar al cielo,
Léjos del torpe aliento
Que agosta i mata en el mezquino suelo!
¡Sienta por fin mi frente,
Libre de humillacion i de vergüenza,
El soplo omnipotente,
Con que sacaste un mundo de la nada,
Soplo divino que al no ser fecunda,
I que en clemencia i en perdon abunda!

.....
.....
.....

II.

¡Cuánto en esta prision, cuánto se sufre,
Desierto sin *oásis*
De la maldad i del dolor morada!:
Despreció el primer hombre la ventura,
Nosotros la buscamos.... ¡nada, nada!

Sufre el jóven.... O bien los desengaños,
Despedazan cruelmente,

En la flor de los años,
Su corazon ardiente;
O bien en su alma, roedora duda,
Horribles tempestades desenfrena,
I hace que el triste hácia el abismo acuda,
Ciego i atado a una fatal cadena.
Sufre el anciano.... Matador hastío
Devóralo sin tregua;
El peso del pasado desvarío,
Le atormenta quizás. Ora a la muerte
Pide su aliento soporoso i frio,
Ora maldice el desamor impío
Que doquier ve en los hombres, ora tiende
La envidiosa mirada
A los que suben miéntras él.... desciende:
I ora mire al futuro, ora al pasado,
Ora al presente; siempre es desgraciado.
I sufre la mujer.... Cual nadie sufre,
Porque cual nadie siente.
Ella posee un arma en la hermosura,
Mas ¡ai! frecuentemente,
Las mas veces ¡oh Dios! su desventura
Dispone que ella misma, ántes que hiera,
De su arma misma bajo el golpe muera....
¡I si es madre! Hai un sér; un sér tan solo,
Que del materno pecho
Comprenda el padecer. ¿Quién es? La madre.

.....
.....
.....

III.

Sentia triste el corazon, mui triste.
Bajo el imperio cruel de las pasiones,
I un malestar misterïoso, vago,
Que a mortales remedios se resiste,
Producia en mi pecho tal estrago,
Que todo era a mis ojos, negro, aciago.

No veia en la flor mas que la espina,
En la vida el dolor, la desventura,
En el orbe el desquicio, la rüina,
I en la amistad la pérfida impostura.
I la risueña brisa,
Que leve entre los árboles murmura,

Ofrecíame en vano
Su tibio beso i su fugaz sonrisa:
Yo preferia el irritado viento,
Que silba i troncha i despedaza insano,
Que infla a la onda con robusto aliento,
Que abismos abre en el instable Oceáno,
Que hace a la ola chocar contra la ola
Con pavoroso acento,
I luego destrozadas,
Elevarse las dos al firmamento.

Entónces yo no amaba....
I con amarga risa,
De todo pecho amante me burlaba,
"¡Maldad, mentir! en mi interior decia,
La gracia femenil no es mas que un velo
De negra hipocresía;
¡Ah, si creeis en el femíneo celo,
Creed tambien en el azul del cielo!
¡Al presentar el vaso de veneno;
Para que el hombre incauto
Lo beba ansioso i de temor ajeno,
Primero endulza el borde cristalino,
I al infeliz lo ofrece.
Confiado el hombre bebe;
I llama ánjel de amor a su asesino,
I lo adora i bendice su destino!"

I de todo dudaba; i mi existencia
Torturaba una horrible indiferencia;
I sin fijar mis ojos en el suelo,
Ménos aun los dirijia al cielo.
Del mundo huia, porque el mundo frio,
Con estúpida risa,
De mi mal se burlaba i de mi hastío:
I desconfiado i lleno de amargura,
En medio de mi loco desvarío,
Veia en la existencia una tortura,
En el hombre un verdugo, un enemigo,
En la vida un cruelísimo castigo.

.....

Solo amaba esas cándidas palomas
De inmaculadas alas que al batirse,
Derraman fragantísimos aromas;
Anjeles de la tierra,
Sonrisas del Eterno.

Que hacen a nuestros males dulce guerra,
Flores que nunca agostará el averno:
Niños los llama el mundo i los venera,
¡Cuánto yo por ser niño, cuánto diera!
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

IV.

¡Llorando te recuerdo,
Llorando te bendigo, dulce infancia!
Ayer no mas fuí niño:
Hoi diviso veinte años a mi espalda.
Te fuiste como un sueño
Mas ¡ai! de ayer a hoi ¡cuánta distancia!
¡Ah! si otra vez batieras
Sobre mi frente las colombeas alas,
Partirian las sombras
Que han venido a hacer de ella su morada,
I en vez de un duro sueño,
En que jamas las inquietudes callan,
I en que habla la conciencia,
I en que visiones mil, burlan o espantan,
De la inocencia el sueño
Con su quietud vendria, con su gracia.
¡Ah, vuelve! Del abismo
Harto próximo ya, mi vida salva....
¡Ai de mí! De pequeño
A huirlo me enseñó mi madre amada;
Le temo, quiero huirlo,
Que es muerte para el cuerpo i para el alma,
Mas una dulce fuerza,
A la letal vorájine me arrastra.
¡Es tan suave su senda
Tan grata es de sus flores la fragancia!

¡Triste del ave que el perfume aspira
De una preciosa flor que atrae i mata!
¡Ai, de la mariposa que en sus jiros
Se acerca mas i mas hácia la llama!
¡Ai, del que busca el vaporoso ambiente
Que mata a quien embriaga!
Triste de aquel que *hoi* al placer se entrega,
Sabiendo que el morir será *mañana!*

¡Triste de mí.... Oh, vuelve niñez, vuelve,
Da tu candor a mi alma!
¡Oh, no es posible, nó! que indiferente
Al goce i al dolor el tiempo marcha.
Queda solo el recuerdo, sí, el recuerdo
¡Triste remedio que la herida ensancha!
.....
Los que hallais en la copa de la vida
Dulce néctar no mas, sin mezcla amarga,
Pensad, al acercarla a vuestros labios
Que jamas en la vida el dolor falta:
I al llegar éste i al partir la dicha,
I al dirijirle la postrer mirada,
Si es que sabeis llorar llorad a mares,
Mojad la pluma en vuestras mismas lágrimas
I dejadla correr; el sufrimiento
Os dictará las mas sentidas cántigas
I un consuelo hallareis, un desahogo,
El mas grande tal vez que el triste alcanza.

Noviembre de 1875.

JUAN R. SALAS E.

EL PAJARO VERDE.

I.

Hubo en época mui remota de esta en que vivimos, un poderoso rei, amado con extremo de sus vasallos, i poseedor de un fertilísimo, dilatado i populoso reino, allá en las rejiones de Oriente. Tenia este rei inmensos tesoros i daba fiestas expléndidas. Asistian en su corte las mas jentiles damas i los mas discretos i valientes caballeros que entónces habia en el mundo. Su ejército era numeroso i aguerrido. Sus naves recorrian como en triunfo el Océano. Los parques i jardines, donde solia cazar i holgarse, eran marabillosos por su grandeza i frondosidad, i por la copia de alimañas i de aves que en ellos se alimentaban i vivian.

Pero ¿qué diremos de sus palacios i de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede a toda ponderacion? Allí muebles riquísimos, tronos de oro i de plata, i vajillas de porcelana, que era entónces ménos comun que ahora; allí enanos, jigantes, bufones i otros mónstruos para solaz i entretenimiento de S. M.; allí cocineros i reposteros profundos i eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, i allí no ménos profundos i eminentes filósofos, poetas i jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto a su espíritu, que concurrian a su consejo privado, que decidian las cuestiones mas árduas de derecho, que aguzaban i ejercitaban el injenio con charadas i logogrifos, i que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este rei le llamaban con razon *el Venturoso*. Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida habia sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora reina, persona mui cabal i hermosa, a quien S. M. habia querido con todo su corazon. Imajínate, lector, lo que la lloraria, i mas habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que le tenia, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel pais que ya llevaba el rei siete años de matrimonio sin lograr sucesion, aunque vehemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en pais vecino. El rei partió con sus tropas; pero ántes se despidió de la señora reina con mucho afecto. Esta, dandole un abrazo, le dijo al oido:

—No se lo digas a nadie para que no se rian si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoi en cinta.

La alegría del rei con esta nueva no tuvo límites, i como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano a tres o cuatro reyes que le habian hecho no sabemos que mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos i volvió cargado de botin i de gloria a la hermosa capital de su monarquía.

Habian pasado en esto algunos meses; así es que al atravesar el rei con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones i el aplauso de la multitud i el repiqueteo de las campanas, la reina estaba pariendo, i parió con felicidad i facilidad, a pesar del ruido i la ajitacion i aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendria S. M. cuando, al entrar en la real cámara, el comadron mayor del reino le presentó a una hermosa princesa que acababa de nacer! El rei dió un beso a su hija i se dirijió lleno de júbilo, de amor i de satisfaccion, al cuarto de la señora reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca i tan bonita, como una rosa de mayo.

—¡Esposa mia! exclamó el rei, i la estrechó entre sus brazos.

Pero el rei era tan robusto i era tan viva la efusion de su ternura, que sin mas ni ménos ahogó sin querer a la reina. Entónces fueron los gritos, la desesperacion i el llamarse a sí propio

animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diria que aun vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, habia volado el alma envuelta en un suspiro de amor, i orgullosa de haber sabido inspirar cariño bastante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta reina!

El rei probó el mucho cariño que le tenia, no solo en vida de ella, sino despues de su muerte. Hizo voto de viudez i de castidad perpétuas, i supo cumplirle. Mandó componer a los poetas una corona fúnebre, que aun dicen que se tiene en aquel reino como la mas preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó a la reina solo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, segun dice el refran, no hai mal que dure cien años, el rei, al cabo de un par de ellos, sacudió la melancolía, i se creyó tan venturoso o mas venturoso que ántes. La reina se le aparecia en sueños i le decia que estaba gozando de Dios, i la princesita crecia i se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento i buen trato, la admiracion de cuantos la miraban i el asombro de cuantos la oian. El rei la hizo jurar heredera del trono, i trató luego de casarla.

Mas de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron a la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas cortes, invitando a todos los príncipes a que viniesen a pretender la mano de la princesa, la cual habia de escojer entre ellos al que mas le gustase.

La fama de su portentosa hermosura habia recorrido ya el mundo todo; de suerte que apénas fueron llegando los correos a las diferentes cortes, no habia príncipe, por ruin i para poco que fuese, que no se decidiera a ir a la capital del *rei Venturoso*, a competir en justas, torneos i ejercicios de injenio por la mano de la princesa. Cada cual pedia al rei, su padre, armas, caballos, su bendicion i algun dinero, con lo cual, al frente de una brillante comitiva, se ponia en camino.

Era de ver cómo iban llegando a la corte de la princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que habia entónces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los enigmas que los príncipes se proponian para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribian; las serenatas que daban; los combates del arco, del pujilato i de la lucha, i las carreras de carros i de caballos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros i ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que a pesar de su modestia i discrecion, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza i desamorada, abrumaba a los príncipes con su desden, i de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le

parecian frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos, i vanidad o codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apénas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oir sus serenatas, ni ronreir agradecida a sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le habia traido de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del rejio alcazar.

La indiferencia de la princesa era glacial para todos los pretendientes. Solo uno, el hijo del Kan de Tartaria, habia logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este príncipe adolecia de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblícuos, las mejillas i la barba salientes, crespo i enmarañado el pelo, rechoncho i pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, i el jenio intranquilo, mofador i orgulloso. Ni las personas mas inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el ministro de negocios extranjeros del *rei Venturoso*, cuya gravedad, entono i cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el *sanscrito*, lengua diplomática de entónces, se prestaban algo al escarnio i a los chistes.

Así andaban las cosas, i las fiestas de la corte aun mas brillantes cada dia. Los príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *rei Venturoso* rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse, i ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del príncipe tártaro, de quien sus pullas i declarado aborrecimiento vengaban con usura al famoso ministro de su padre.

II.

Aconteció, pues, que la princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos i suavísimos cabellos. Las puertas de un balcon, que daba al jardin, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco i con él el aroma de las flores.

Parecia la princesa melancólica i pensativa, i no dirijia ni una palabra a su sierva.

Esta tenia ya entre sus manos el cordon con que se disponia a enlazar la áurea crencha de su ama, cuando a deshora entró por el balcon un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecian de esmeralda, i cuya gracia en el vuelo dejó absorta a la señora i a su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre esta última, le arrebató de las manos el cordon, i volvió a salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo que la princesa apénas tuvo tiempo de ver al pájaro, pero su atrevimiento i su hermosura le causaron la mas extraña impresion.

Pocos dias despues, la princesa, para distraer sus melancolías, tejia una danza con sus doncellas, en presencia de los príncipes.

Estaban todos en los jardines i la miraban embelesados. De pronto sintió la princesa que se le desataba una liga, i suspendiendo el baile, se dirijió con disimulo a un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenia ya S. A. la bien torneada pierna, habia estirado ya la blanca media de seda, i se preparaba a sujetarla con la liga que tenia en la mano, cuando oyó un ruido de alas, i vió venir hácia ella al pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico i desapareció al punto. La princesa dió un grito i cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes i su padre. Ella volvió en sí, i lo primero que dijo fué:

—Que me busquen al pájaro verde.... que me lo traigan vivo.... que no le maten.... yo quiero poseer vivo al pájaro verde!

Mas en balde le buscaron los príncipes. En balde, a pesar de lo mandado por la princesa de que no se pensase en matar al pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, jerifaltes i hasta águilas caudales, domesticadas i adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba a la princesa i acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los príncipes era que no valian para nada.

Apénas vino el dia, se alzó del lecho, i en lijeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, mas hermosa e interesante en aquel *deshabillé*, pálida i ojerosa, se dirijió con su doncella favorita a lo mas frondoso del bosque que estaba a la espalda del palacio i donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso a llorar i a lamentar su suerte.

—¿De qué me sirven, decia, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo a tí, madre mia; i de qué todos mis primores i joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, i como para consolarse algo, desenlazó el cordon de su vestido i sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso a besar. Mas apénas empezó a besarle, cuando acudió mas rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la princesa, i arrebató el guardapelo, que durante tantos años habia reposado contra su corazon, i en tan oculto i deseado lugar habia permanecido. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo i perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la princesa; ántes bien se paró mui colorada, i dijo a la doncella:

—Mírame, mírame los labios; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró i no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro habia puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió a parecer en adelante, i la princesa

fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumia, i casi no hablaba sino para decir:—Que no le maten.... que me le traigan vivo.... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar a la princesa era traerle vivo el pájaro verde. Mas ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los mas hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes a quien le trajera.

El *rei Venturoso* reunió un gran congreso de sabios a fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignacion, quién era i dónde vivia el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba a su hija.

Cuarenta dias i cuarenta noches estuvieron los sabios reunidos, sin cesar de meditar i disertar sino para dormir un poco i alimentarse. Pronunciaron mui doctos i elocuentes discursos, pero nada averiguaron.

—Señor, dijeron al cabo todos ellos al rei, postrándose humildemente a sus piés e hiriendo el polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, i solo nos atrevemos a sospechar si será acaso el ave fénix de la Arabia.

—Levantaos, contestó el rei con notable magnanimidad, yo os perdono i os agradezco la indicacion sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la reina de Sabá, i con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el pais sabeo, i de allí habeis de traérmele, si no quereis que mi cólera réjia os castigue, aunque trateis de evitarla escondiéndoos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los mas versados en lingüística, i entre ellos el ministro de negocios extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el príncipe tártaro.

Este príncipe envió tambien cartas a su padre, que era el mas famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La princesa, en el ínterin, seguia mui mal de salud i lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas mas de cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto mui afanadas, i como entónces ni la persona mas poderosa tenia tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacian mas que ir a lavar al rio.

III.

Una de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresion a la moda, una *pollita mui simpática*, volvia un dia, al

anochecer, de lavar en el rio los lacrimosos pañuelos de la princesa.

En medio del camino, i mui distante aun de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada i se sentó al pié de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja, i ya iba a mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos i empezó a rodar por aquella cuesta abajo con singular lijereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja; pero miéntras mas corria, mas la naranja se adelantaba, sin que jamas se parase i s n que ella llegase a alcanzarla en la carrera, si bien no la perdia de vista. Cansada de correr, i sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenia a veces i pensaba en desistir de su empeño; pero la naranja al punto se detenia tambien, como si ya hubiese cesado en su movimiento i convidase a su dueño a que de nuevo la cojiese. Llegaba ella a tocarla con la mano, i la naranja se le deslizaba otra vez i continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecucion, cuando notó al fin que se habia alejado muchísimo de la ciudad, que se hallaba en un bosque intrincado, i que la noche se le venia encima, oscura como boca de lobo. Entónces tuvo miedo, i rompió en desconsoladísimo llanto. La oscuridad creció rápidamente, i ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atras.

Iba, pues, vagando a la ventura, afijidísima i muerta de hambre i de cansancio, cuando columbró no mui léjos unas brillantes lucecitas. Imajinó ser las de la ciudad; dió gracias a Dios, i enderezó sus pasos hácia aquellas luces. Pero ¡cuán grande no seria su sorpresa al encontrarse, a poco trecho i sin salir del intrincado bosque, a las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecia una ascua de oro por lo que brillaba, i en cuya comparacion pasaria por una pobre choza el espléndido alcázar del *rei Venturoso!*

No habia guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, i la chica, que no era corta, i que ademas sentia el estímulo de la curiosidad i el deseo de albergarse i de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha i lujosa escalera de bruñido jaspe, i empezó a discurrir por los mas ricos i elegantes salones que imajinarse pueden, aunque siempre sin ver a nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundia suavísima fragancia. Los primorosos objetos, que en los salones habia, eran para espantar por su riqueza i exquisito gusto, no ya a la lavanderilla que poco de esto habia disfrutado, sino a la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, i hubiera dado patentes i medallas a los inventores i fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró a su sabor, i admirándolos se fué

poco a poco hácia un sitio de donde salia un rico olorcillo de viandas mui suculento i delicioso. De esta suerte llegó a la cocina; pero ni jefes, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices habia en ella; todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardian, no obstante, el fogon, el horno i las hornillas, i en ellos estaba al fuego infinito número de peroles, cacerolas i otras vasijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola i vió en ella unas anguilas; levantó otra i vió una cabeza de jabalí desosada i rellena de pechugas de faisanes i de trufas; en resolucion, vió los manjares mas exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores i papas; i hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales i réjios serian tan groseros, como al lado de éstos un potaje de judías o un gazpacho.

Animada la chica con lo que veia i olia, se armó de un cuchillo i de un trinchante, i se lanzó con resolucion sobre la cabeza de jabalí. Mas apénas hubo llegado a ella, recibió en sus manos un golpe, dado, al parecer, por otra poderosa e invisible, i oyó una voz que le decia, tan de cerca, que sintió la ajitacion del aire i el aliento caliente i vivo de las palabras:

—¡Tate.... que es para mi señor el príncipe!

Se dirijió entónces a unas truchas salmonadas, creyéndolas manjar ménos principesco i que le dejarian comer; pero la mano invisible vino de nuevo a castigar su atrevimiento, i la voz misteriosa a repetirle:

—¡Tate.... que es para mi señor el príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto i quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio; así tuvo con harta pena que resignarse a ayunar, i se salió despechada de la cocina.

Volvió luego a recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad i donde el mas profundo silencio parecia tener su morada, i llegó a una alcoba lindísima, en la cual solo dos o tres luces, encerradas i amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa i voluptuosa, que estaba convidando al reposo i al sueño. Habia en esta alcoba una cama tan cómoda i mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir a la tentacion de tenderse en ella i descansar. Iba a poner en ejecucion su propósito, i ya se habia sentado i se disponia a tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de a ochavo la punzasen, i oyó de nuevo una voz que decia:

—¡Tate.... que es para mi señor el príncipe!

No hai que decir que la lavanderilla se asustó i aflijió con esto, resignándose a no dormir, como a no comer se habia ya resignado; i para distraer el hambre i el sueño se puso a rejistrar cuantos objetos habia en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras i los tapices.

Detras de uno de éstos descubrió nuestra heroina una primorosa puertecilla secreta de sándalo, con embutidos de nácar. La empujó suavemente, i cediendo la puerta, se encontró en una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse a uno como invernáculo, donde crecian las plantas i las flores mas aromáticas i extrañas, i en cuyo centro habia una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio i diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan jigantesco como el que hai ahora en la *Puerta del Sol*, pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural i ordinaria, i la de éste era agua de olor, i tenia, ademas, en sí misma todos los colores del íris i luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable. Hasta el murmullo que hacia esta agua al caer tenia algo de mas musical i acordado que el que producen otras, i se diria que aquel surtidor cantaba alguna de las mas enamoradas canciones de Mozart o de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas i gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito i vió abrirse una ventana de cristales.

La lavandera se escondió precipitadamente detras de una masa de verdura, a fin de no ser vista i poder ver a las personas o séres que sin duda se acercaban.

Estos eran tres pájaros rarísimos i lindísimos, uno de ellos todo verde i brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, segun todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *princesa venturosa*. Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecian de mérito singular. Los tres venian con mui lijero vuelo, i los tres se abatieron sobre la taza de topacio i se zambulleron en ella.

A poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salian tres mancebos tan lindos, bien formados i blancos, que parecian estátuas peregrinas hechas por mano maestra con mármol teñido de rosas. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que jamas habia visto hombres desnudos, i que de ver a su padre, a sus hermanos i a otros amigos, vestidos i mal vestidos, no podia deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba a tres jenios inmortales o a tres ánjeles del cielo. Así es que sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos i nada pecaminosos. Pero los tren salieron al punto del agua, i pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el mas hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas i era acatado de los otros, como señor soberano. Si desnudo le pareció a la lavanderilla un ánjel o un jenio por la hermosura, ya vestido la deslumbró con

su majestad, i le pareció el emperador del mundo i el príncipe mas adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirijieron en seguida al comedor i se sentaron en una expléndida mesa, donde habia tres cubiertos preparados. Una música sumisa e invisible les hizo salva al llegar i les regaló los oidos miéntras comian. Criados, invisibles tambien, iban trayendo los platos i sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veia i notaba la lavanderilla, que sin ser vista ni oida, habia seguido a aquellos señores, i estaba escondida en el comedor detras de un cortinaje,

Desde allí pudo oir algo de la conversacion, i comprender que el mas hermoso de los mancebos era el príncipe heredero del grande imperio de la China, i los otros dos, el uno su secretario i el otro su escudero mas querido; los cuales estaban encantados i trasformados en pájaros durante todo el dia, i solo por la noche recobraban su sér natural, prévio el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera, que el príncipe de las esmeraldas apénas comia, aunque sus familiares le rogaban que comiese, i que se mostraba melancólico i arrobado, exhalando a veces de lo mas hondo del hermosísimo pecho un ardiente suspiro.

IV.

Refieren las crónicas que vamos estractando que, terminado ya aquel opíparo i poco alegre festin, el príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de un sueño, alzó la voz i dijo:

— Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa i volvió de allí a poco con la cajita mas preciosa que han visto ojos mortales. Aquella en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparacion de ésta, mas chapucera i pobre que una caja de turron de Jijona.

El príncipe tomó la cajita con sus manos, la abrió i estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que habia en el fondo de ella. Metió luego la mano en la cajita i sacó un cordon. Lo besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura, i prorrumpió en estas palabras:

¡Ai cordoncillo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordon en la cajita, i sacó de ella una liga bordada i mui limpia. La besó, la acarició tambien i exclamó al besarla:

¡Ai linda liga de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, i si mucho habia

besado cordon i liga, mas le besó i mas le acarició aun, diciendo con un acento tristísimo, que partia los corazones i hasta las peñas:

¡Ai guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

A poco el príncipe i los dos familiares se retiraron a sus alcobas, i ya la lavanderilla no se atrevió a seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó a la mesa, donde aun estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas i los jenerosos i chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz misteriosa i de la mano invisible la detenian, i la obligaban a contentarse con mirar i oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto a los manjares, que vino a ponerse entre la mesa i la silla del príncipe. Entónces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caian sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate i come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del príncipe; i, ya autorizada por la voz, se puso a comer con un apetito extraordinario, que la novedad i lo exquisito de la comida hacian mayor aun, i comiendo, se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era mui de dia. Abrió los ojos, i se encontró en medio del campo, tendida al pié del árbol donde habia querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que habia traido del rio, i hasta la naranja corredora estaba allí tambien.

—¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para sí la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales i no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, i luego se detenia en cualquiera hoyo o tropiezo, o cuando el impulso con que se movia dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacia lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenia nada de extraño ni de marabilloso.

Despechada entónces la muchacha, partió la naranja i halló que por dentro era como las demas. Se la comió, i le supo a lo mismo que cuantas naranjas habia comido ántes.

Ya apénas dudó de que habia soñado.

—Ningun objeto tengo, añadió, con que convencerme a mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré a ver a la princesa i se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.

JUAN VALERA.

(*Concluirá.*)

¡AH! SI, TAMBIEN.....

¡Ah! sí; tambien te embriagas dulcemente
Con el silencio de la noche en calma;
Como yo, tú a la luna misteriosa
Dirijes la mirada.

Del festin de los goces te apartaste
Para vivir conmigo solitaria,
Feliz con el amor que te ofrecia,
Puro incienso de mi alma.

Modesta, como flor que entre la yerba
Su tierno cáliz pudorosa guarda,
Ignoras la ambicion; para mí solo
Tus perfumes exhalas.

No conoces la fiebre de la vida,
Lo bello solo con el bien te encanta....
Ven; goza aquí a mi lado la hermosura
De la noche estrellada.

Naturaleza a tu alma candorosa
Brinda la paz, i hasta su ruido acalla,
Para que escuches el suspiro ardiente
Con que mi amor te llama.

1872.

ENRIQUE DEL SOLAR.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

OCTUBRE.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Novena en honor del Arcánjel San Miguel, por don Alejandro Larrain.—1 vol. de 18 pájs.—Imprenta de *El Estandarte Católico.*

Catálogo oficial de la Exposicion Internacional de Chile en 1875.—Seccion 4.ª Bellas artes e injeniería.—1 vol. de 92 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Método Zaba, para el estudio de la historia universal, en mapas cronolójicos, clave i tablero de ejercicios.—1 vol. en 8.° de 40 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

El Campeon, máquinas para segar trigo.—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta de *Schrebler.*

Boletin eclesiástico del arzobispado de Santiago. El 5.° tomo que comprende desde el año 1863 hasta el de 1874 inclusive.—1 vol. de 1,308 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Solemne distribucion de premios en el colejio de los Sagrados Corazones el 29 *de octubre de* 1875.—1 vol. en 8.° de 18 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Ordo divini offici recitandi, etc.—1 vol. en 8.° de 51 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Reglamento de la vida de la sierva de María o prácticas de piedad para honrar en este dia a la Santísima Vírjen.—1 vol. en 18.° de 160 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Compendio de la regla i orijen de la órden tercera capuchina de San Francisco de Asis. Traducida al castellano por el R. Fr. Damian de Viareggio.—1 vol. en 12.° de 32 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Manual del hacendado chileno. Instrucciones, etc., por Manuel José Balmaceda.—1 vol. en 8.° de 132 pájs.—Imprenta *Franklin.*

Fleur de The, ópera bufa en 3 actos, letra de Alfredo Duru, de Henri Chirot.—1 1 vol. en 8.° de 9 pájs.—Imprenta *Schrebler.*

Reglamento de la caja de ahorros de la 1.ª *compañía de hacheros de Santiago.*—1 vol. en 8.° de 6 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Novena del Corazon de Jesus.—1 vol. en 8.° de 19 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Sacramento confirmationis. Instructio pro simplici sacerdote sacramentum confirmationis.—1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Memoria presentada a la junta de beneficencia por el médico de ciudad, sobre el hospital de Rengo. 1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de *El Correo.*

Establecimientos fiscales de minas i fundiciones de Alemania en el Harxz Alto. Traduccion del aleman por G. Galler.—1 vol. en 4.° de 34 pájs.—Imprenta de la Librería del *Mercurio.*

El mulato Plácido o el poeta mártir, novela orijinal por J. Lemoine.—Las entregas 13 a 16.—1 vol. en 4.°, desde la páj. 145 hasta la 192.—Imprenta de la Libreria del *Mercurio.*

Lista de los mayores contribuyentes de San Fernando. Hoja suelta.

Lista de los mayores contribuyentes de San Cárlos. Hoja suelta.

Zoolojía. Coleóptero Caralus. Opúsculo en 8.° de 8 pájs., sin autor, imprenta, ni año.

VALPARAISO.

Telégrafo trasandino. Quinta memoria del Directorio.—1 vol. en 4.° de 12 pájs. —Imprenta de *El Mercurio.*

Obras maestras de literatura moderna.—Entregas 4.ª, 5.ª i 6.ª, en 4.°—Imprenta de *El Mercurio.*

Almanaque popular para el año de 1876, revisado por la autoridad eclesiástica de Valparaiso.—1 vol. de 32 pájs.—Imprenta de *La Patria.*

Guia del visitante de la Exposicion de Santiago, con un plano litografiado.—1 vol. en 8.° de 80 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

Exposicion Internacional de Chile. Artículos de cristal i porcelana de la compañía de cristalería de Baccarat, presentado por A. Maldini i Ca.—1 vol. en 4.° de 30 pájs.—Imprenta del *Universo.*

Nueva edicion del Código de Mineria, concordado con la antigua ordenanza, la lejislacion francesa, belga i el Código Civil chileno, por J. Joaquin Larrain Z.—1 vol. en 4.° de 142 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

Almanaque pintoresco de Valparaiso para 1876, publicado por Cárlos 2.° Lathrop.—1 vol. en 4.° de 48 pájs.—Imprenta de *La Patria.*

El Fisco i los derechos sobre el azúcar. Refutacion por Julio Bernstein.—1 vol. en 4.° de 27 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

CHILLAN.

Division del departamento de Chillan. Datos, etc.—1 vol. de 8 pájs. en 4.°—Imprenta de *El Telégrafo.*

TALCA.

Nuevo partido político en Chile, Folleto de actualidad.—1 vol. de 46 pájs.—Imprenta de *La Opinion.*

EL CONSTRUCTOR DE ATAUDES.

El constructor de ataudes Adriano Prokoroff acababa de colocar sus últimos muebles en un coche fúnebre que habia convertido en carro de mudanzas, i dos caballos negros i flacos los trasladaron, haciendo el cuarto viaje, de Basmauna a Niketzki, a dondo iba a vivir con su familia.

Despues de cerrar la tienda, pegó un papel en la puerta anunciando que la casa se vendia o alquilaba, i se encamino a pié hácia su nueva morada.

Al acercarse a la casa amarilla que, desde mucho tiempo era

objeto de sus deseos, i que al fin habia podido comprar por una cantidad considerable, el antiguo constructor de ataudes se asombró mucho de no sentir tan alegre su corazon como otras veces.

Al poner el pié en aquel suelo desconocido i ver su nueva morada en el mas completo desórden, echó de ménos su antigua casa, en la que, por espacio de dieziocho años, todo habia estado cuidadosamente arreglado, i empezó a reñir a sus dos hijas i a su operario por su lentitud; al mismo tiempo, mas bien por avergonzarles que por trabajar, se puso él tambien a la faena.

Pronto quedó todo arreglado; el armario en que se guardaban las imájenes de los santos, el bufete, la mesa, el divan i la cama ocuparon los sitios que tenian designados de antemano en una habitacion interior. En la cocina i en la sala colocaron los productos de su industria, es decir, ataudes de diferentes clases i pintados de distintos colores. Colocáronse en los armarios las capas de duelo, los sombreros fúnebres i las arañas de Rusia. En fin, el nuevo establecimiento se hizo púlico por una muestra que representaba a Cupido con una antorcha invertida, i con la siguiente inscripcion:

"Se construyen ataudes sencillos o pintados, con tela o sin ella; se alquilan i componen los usados."

Arreglado todo, se retiraron a su habitacion las dos hijas de Adriano. Este, despues de pasar revista a todos los objetos, se sentó junto a la ventana i encendió la pipa.

No ignora el lector que Shakespeare i Walter Scott representan a los sepultureros i constructores de ataudes, dos profesiones que se dan la mano, como personajes alegres i decidores; con esto obtienen la ventaja de que el contraste impresiona a nuestra imajinacion.

Nuestro respeto a la verdad nos impide desgraciadamente seguir este ejemplo, i debemos confesar que el carácter de nuestro héroe estaba en perfecta armonía con su oficio. Adriano era triste i pensativo, pues no desplegaba los labios mas que para reñir a sus hijas, cuando las veia ociosas o para decir el precio de sus mercancías a los que tenian la desgracia, i algunas veces la fortuna, de necesitarlas.

Adriano Prokoroff estaba sentado junto a la ventana i bebia con su habitual tristeza la séptima taza de té, pensando en la gran lluvia de la semana anterior que habia caido sobre el coche en que llevaba a un anciano brigadier a su último cuartel. Aquella lluvia habia producido muchos perjuicios. Le habian estropeado bastantes capas, i bastantes sombreros habian perdido la forma a consecuencia del agua: en vista de aquellos desperfectos preveia gastos de absoluta necesidad, gastos tanto mas necesarios cuanto que se agotaban las existencias, i era indispensable renovar completamente el almacen.

Adriano esperaba indemnizarse de todas sus pérdidas con la comercianta Trukina, que hacia un año estaban diciendo que se

moria. Pero Trukina no se acababa de morir, i como Trukina vivia en Bargoulay, es decir, cerca de la casa que acababa de dejar Adriano, éste temia con justa razon que los herederos, que se habian comprometido a proveerse en su almacen, le faltasen a la palabra ahora que habia dejado el barrio i acudieran a su sucesor.

Todo esto era mui triste, como se ve, i como Adriano no era alegre, esta aglomeracion de circunstancias nefastas habian cambiado en lúgubre su humor melancólico.

Aquellas reflexiones que habian oscurecido su rostro fueron interrumpidas por tres golpes dados en la puerta al modo masónico.

—¿Quién es? preguntó el constructor de ataudes.

Por toda respuesta se abrió la puerta, i un hombre, que Adriano conoció en seguida por un obrero aleman, entró en la habitacion i se acercó alegremente al dueño de casa.

—Perdonad, querido vecino, el dijo al recien llegado con pronunciacion rusa de las mas grotescas. Perdonad si os molesto; pero he deseado conoceros en seguida.

Aunque Adriano no le miraba con demasiada benevolencia, el vecino continuó:

—Soi zapatero i me llamo Gottlieb Schultz, vivo en la casa de en frente i mañana celebro el vejésimo quinto aniversario de mi matrimonio, i os invito a vos i a vuestras dos hijas a que vengais a comer conmigo.

El rostro de Adriano se despejó algo recibiendo bien la invitacion i rogó al zapatero que se sentara, preguntándole si queria una taza de té.

El zapatero aceptó.

El carácter de Schultz era tan benévolo i franco, que a los pocos momentos de conversacion los dos vecinos se trataban tan familiarmente como si fuesen antiguos amigos.

—¿Cómo va el comercio de zapatos? le preguntó Adriano.

—Medianamente, respondió Schultz; no puedo quejarme, aunque mi oficio no es tan ventajoso como el vuestro, porque un vivo puede pasar sin zapatos i un muerto no puede pasar sin ataud.

—Es verdad, respondió Adriano; sin embargo, si el vivo no compra zapatos, va descalzo; pero esto solo indica que dejais de ganar, miéntras que yo, si el muerto es pobre, tengo que darle ataud gratis, que significa pérdida.

Schultz movió afirmativamente la cabeza.

La conversacion duró cerca de una hora; pero como nada contenia interesante para el lector, nos dispensará que solo le hagamos conocer lo dicho.

Al fin se levantó el zapatero i se despidió del constructor de ataudes, rogándole de nuevo que no olvidase su invitacion para el dia siguiente.

Al dia siguiente, cuando sonaba la última campanada de las

doce, estaban dispuestos Prokoroff i sus hijas. No describiré el caftan de Adriano, ni los caprichosos trajes de Acoulina i de Daria, separándome en esto de la costumbre de los novelistas modernos. Sin embargo, no creo inútil decir al lector que aquellas dos jóvenes se cubrieron con sombreros amarillos i se calzaron con botines rojos, adornos que habitualmente constituia la base de sus trajes del domingo.

Cuando el padre i las dos hijas llegaron a casa del zapatero la encontraron llena de convidados, de los que la mayor parte eran obreros alemanes con sus mujeres i aprendices. Respecto a empleados del gobierno habia un boutschnik (1) llamado Yourko, que, a pesar de su modesto empleo, habia sabido captarse la benevolencia del dueño i la dueña de la casa. Hacia veinticinco años que servia fielmente como postillon de Pojoulsky. (2)

El incendio de 1812, destruyendo la capital, no perdonó la garita amarilla de Yourko; pero en cuanto salieron los franceses de Moscou, le canstruyeron otra de color gris con columnas blancas, i Yourko, cubierto de nuevo con su saco de buriel i empuñando su vieja alabarda, que habia salvado, empezó a pasear delante de su nueva garita al mismo paso que lo hacia delante de la antigua.

Yourko conocia a todos los alemanes que vivian cerca de las puertas del Niketzky. Algunos de éstos, a título de hospitalidad, pasaban muchas veces la noche del domingo al lúnes en su establecimiento.

Adriano trabó al instante conversacion con el boutschnik, comprendiendo que podia serle útil en alguna ocasion, i cuando se sentaron a la mesa se colocó a su lado.

Los esposos Schultz i su hija Lotken (3), jóven de diezisiete años, ayudaron a la cocinera a servir la comida, en la que desempeñaba el papel principal la cerverza.

Yourko comia como cuatro i bebia sin taza. Adriano no le cedia en nada, pero todo lo hacia con su habitual tristeza; sus dos hijas obraban con suma delicadeza, haciendo ceremonias a cada plato que las presentaban i a cada vaso de cerveza que las ofrecian.

De pronto rogó el dueño de la casa a los convidados que guardaran silencio para que nada se perdiera del efecto; hizo saltar el tapon de una botella de champaña, i la detonacion fué saludada con hurras tanto mas jenerales cuanto ménos esperada era.

Debemos decir, para que no se estrañe la prodigalidad del in-

(1) Empleado de policía, que se estaciona en el estremo de las calles en una garita. Su principal mision es recojer los borrachos, los vagabundos i los que se duermen en las calles por la noche. Al dia siguiente lleva a la policía a estos individuos, que les condena, en castigo de su incontinencia i segun la gravedad del delito, a barrer las calles donde han sido encontrados, durante uno, dos o tres dias.

(2) A pesar de las investigaciones que hemos hecho, ignoramos qué es postillon de Pojuolsky, i, con sentimiento, nos vemos obligados a dejar al lector en la misma ignorancia.

(3) Diminutivo de Lucrecia.

dustrial aleman, que el champaña que ofrecia no era procedente de las orillas del Marne ni de las de la Saona, sino de las riberas del Dom, lo que le daba en San Petersburgo un valor relativo al que tiene en Paris el vino de Limoux o el de Seran.

Esta circunstancia no impidió al zapatero brindar a la salud de su querida Lisa, brindis que todos repitieron con entusiasmo.

Sin duda agradó mucho al buen aleman la amabilidad de los convidados, porque destapando otra botella de champaña llenó de nuevo los vasos, exclamando:

—¡A la sulud de mis queridos huéspedes!

Los convidados le dieron las gracias vaciando los vasos.

Despues de la salud jeneral se pasó a las salud particular. Bebióse a la de cada convidado, a la de Moscou, a la de una docena de pueblos de Alemania; en seguida pasaron a la salud de los caseríos i aldeas, i para no olvidar a nadie bebieron a la salud de los obreros.

Adriano bebia con entusiasmo, llegando a ponerse tan alegre que sus hijas casi no le conocian.

De pronto un grueso panadero levantó el vaso i bebió a la salud de sus compañeros de trabajo. El brindis se recibió con entusiasmo, i todos los convidados se saludaron, porque cada uno tenia parte en él. El sastre saludó al zapatero, el zapatero saludó al sastre, el panadero saludó al sastre i al zapatero, todos los demas saludaron al panadero, i así sucesivamente.

Solamente Adriano, en medio de aquella fraternidad universal, a pesar de su alegría, no apuraba el vaso a la salud de nadie, lo cual no queria decir que perdiera ocasiones de apurarle.

Su vecino Yourko observó aquel mutismo.

—¿Por qué no bebeis a la salud de álguien, señor Adriano? Puesto que todo el mundo bebe a la salud de sus parroquianos, bebed a la de los vuestros.

Esto sujirió una idea que le hizo reir, de la manera que él podia hacerlo, i levantándose sobre sus vacilantes piernas, dijo con voz bastante intelijible aun:

—Tienes razon, vecino Yourko. ¡A la salud de mis muertos, i que les aproveche!

Pero nadie respondió a aquel brindis, que sin duda consideraron algo sacrílego, i el constructor de ataudes se sentó en medio de un silencio glacial.

Los convidados continuaron bebiendo, aunque el intempestivo brindis de Adriano habia interrumpido la série, sin lo cual no hubiese terminado hasta caer todos debajo de la mesa.

A hora bastante avanzada de la noche se separaron los convidados del zapatero, la mayor parte ébrios i los demas achispados.

El grueso panadero i su vecino de mesa, cuyo rostro estaba encarnado como un ababol, llevaron a Yourko, que no andaba sino porque le sostenian éstos, dejándole en la garita, con la que

ellos habian hecho conocimiento en otras ocaciones, diciéndose uno a otro el proverbio ruso:

"Favor a cuenta de otro."

Talvez hubiesen sido mas exactos diciendo: "Favor por favor;" pero en el estado en que se encontraban, no se repara en pequeñeces, i se alejaron riendo, prueba evidente de que estaban contentos de la cita, por incorrecta que fuese para ellos.

Por su parte, el constructor de ataudes volvió a su casa; pero no estaba ébrio solamente, sino furioso. Con la obstinacion de los borrachos, que ven una ofensa en donde no existe la mayor parte de las veces, i que la hacen mas amarga a fuerza de darla vueltas en la cabeza, no cesaba de pensar en la impolítica de los convidados, que no habian recibido su bríndis con el mismo favor que los anteriores.

—¿Qué significa esto? murmuraba entre dientes, ¿por qué no han contestado a mi bríndis esas jentes? ¿Es ménos honroso mi oficio que el de ellos? ¿Es hermano del verdugo un constructor de ataudes? ¡Rehusar beber por mis muertos! ¡Pues me parece que los muertos valen tanto como los vivos, i sobre éstos tienen la ventaja de que la muerte les ha curado de todos sus defectos! Los muertos dejan tranquilos a los vivos, miéntras que los vivos suelen atormentar a los muertos hasta en sus tumbas. ¡Mueran los vivos, vivan los muertos!

Dando traspieses entró en su casa, subió a su cuarto, i embebido en la misma idea i sin reparar en la criada que le ayudaba a desnudar:

—Pensaba convidarles a cenar para devolverles su atencion; pero habiéndome tratado así, estoi dispensado de ser atento con ellos. Que se queden con sus parroquianos; yo me quedaré con los mios. A mis parroquianos i no a los suyos convidaré a cenar. Mis muertos serán mis convidados; con ellos beberé, i si no contestan a mis bríndis, al ménos sabré por qué callan.

I riendo en seguida como reiria un esqueleto:

—¡Está dicho, convido a comer a mis muertos!

—Pero, señor, ¿qué estais diciendo? exclamó la criada.

—O a cenar si lo prefieren, añadió Adriano.

—Pero, me haceis temblar, señor. ¿Convidais a los muertos a cenar?

—Sí, porque será mejor a cenar; cenaremos a su hora, a media noche. Que vengan a cenar conmigo mañana a media noche; les espero.

—¡Callad, señor! ¡Cenar con los muertos a media noche! ¿Es posible tener vino tan triste? ¡Dios mio!

I como estaba casi desnudo, la criada le empujó hácia la cama, i salió de la habitacion haciendo la señal de la cruz.

Aun no habia cerrado la puerta, cuando su amo roncaba ya como un huracan.

Despertaron mui temprano a Adriano. Durante la noche habia

muerto la comercianta Trukina, i su primer dependiente, por órden de los herederos, fieles al compromiso contraido con el constructor de ataudes, venian a decirle que le necesitaban.

Adriano dió al dependiente diez copecks por la buena noticia, se vistió apresuradamente, tómo un isvochsnitz i se hizo llevar al Bargoulay, casa de la difunta.

Esta, amarilla como la cera, estaba tendida sobre una mesa.

La habitacion estaba llena de parientes, amigos, personas de la casa i conocidos.

Las ventanas estaban abiertas, encendidas las bujías, i los sacerdotes cantaban las oraciones de los muertos.

Adriano se acercó al sobrino de la señora Trukina, su pariente mas próximo, jóven comerciante vestido a la última moda, i le prometió que el ataud de su señora tia no dejaria nada que desear i se le remitiria al instante con los blandones i otros objetos necesarios para el entierro.

El heredero de la señora Trukina (la herencia era buena) el heredero de la señora Trukina le dijo que hiciese las cosas en conciencia, que no regatearia con él i se entregaria completamente a su buena fé.

Adriano le dió las gracias, prometiéndole tratarle como amigo; en seguida miró al dependiente, guiñándole el ojo, para indicarle que no le olvidaria, i despues salió para dar las órdenes necesarias i prepararlo todo.

Conforme habia prometido Adriano, todo estuvo dispuesto aquella noche.

A las once salió de casa de la señora Trukina, a la que acababa de hacer enterrar, i volvió a pié a su nueva habitacion.

Aunque el camino era largo i oscura la noche, le recorrió sin accidente alguno.

Apénas distaba veinte pasos de su casa, cuando, a los rayos de la luna que empezaba a salir, le pareció ver una sombra que entraba por la puerta pequeña.

—¿Qué diablos será eso? se preguntó Adriano; ¿quién puede venir a mi casa a estas horas?

Precisamente en aquel momento daban las doce ménos cuarto.

—¿Será un ladron? murmuró. ¡Diablo! ¿si será algun amante que vendrá a ver a alguna de mis hijas? Bien podria ser.

Pensando esto, se habia detenido a quince pasos de la casa, cuando vió otra sombra que, siguiendo el camino que la primera, entraba por la misma puerta.

Adriano dió un paso con intencion de interrogar al recien llegado; pero éste se detuvo, i al ver a Adriano marchó hácia él i se quitó políticamente el sombrero.

Sin que Adriano recordara el nombre de aquel hombre, su fisonomía no le era desconocida.

—Caballero, le dijo, si venís a hablar conmigo os suplico que entreis en mi casa, donde estaremos mejor que en la calle.

—Tratadme con confianza, respondió con voz sorda el desconocido. Pasad delante, os lo ruego.

—Solamente para enseñaros el camino, replicó políticamente Adriano.

I, sombrero en mano, echó delante.

La puerta estaba abierta, con gran asombro de Adriano.

Subió la escalera i el desconocido le siguió.

Adriano abrió la puerta de su habitacion i quedó estupefacto.

Su habitacion estaba llena de muertos.

La luna iluminaba aquellos rostros amarillos i ríjidos, cuyas bocas estaban entreabiertas, medio cerrados los ojos i puntiaguda la nariz.

Adriano temblaba, i reconoció a todos los muertos que habia depositado en ataudes.

El último que habia entrado con él, cuyas facciones no le eran desconocidas, era el brigadier en cuyo entierro habia ocurrido aquella gran lluvia que tan cruelmente habia deteriorado su material.

Al presentarse el constructor de ataudes todos se inclinaron dándole gracias, esceptuando una mujer a quien Adriano tuvo que dar gratis un ataud, porque la infeliz habia muerto tan pobre que no podia pagarlo, i ahora no se acercaba a él por temor de que la tratara mal.

Aquella mujer permaneció modestamente en un rincon.

Los demas muertos estaban mui bien vestidos.

Las señoras llevaban faldas con volantes i tocas o sombreros de la época en que fueron enterradas. Los hombres iban de uniforme o con trajes civiles, pero sin afeitar.

Los comerciantes llevaban sus ropas de domingo.

—Hénos aquí, Prokoroff, dijo el brigadier tomando la palabra a nombre de todos; como ves, hemos acudido a tu invitacion. Hemos dejado en casa a los descarnados, a los que nada tienen. Solamente ha querido venir uno, apesar de nuestras observaciones.

Al decir esto el brigadier, abrieron el círculo los muertos, i por el espacio despejado vió acercarse Adriano un esqueleto, completamente despojado de carne i sonriendo com amabilidad. Pedazos de sudario pendian de él, como los trapos que cuelgan de un palo en los campos para asustar a los pájaros. Los huesos de sus piés crujian dentro de las botas produciendo siniestro ruido.

—¿No me conoces? dijo el esqueleto a Adriano.

El constructor de ataudes permaneció mudo, bien porque no conociera al muerto, bien porque el terror le helara la lengua en el paladar.

El esqueleto continuó:

—¡Cómo! querido Prokoroff, ¿no recuerdas?

El constructor de ataudes hizo un esfuerzo i murmuró:

—¿Qué? ¿qué?

—¿No recuerdas a un antiguo soldado de la guardia, a Kurit-

kine, a quien vendiste en 1799 tu primer ataud? Yo te estrené, i como no te he ocasionado desgracias, me debes un apreton de manos.

El esqueleto se adelantó hácia Prokoroff tendiéndole los brazos.

Adriano retrocedió medio muerto.

Pero como el esqueleto seguia avanzando i al mismo tiempo retrocedia Prokoroff, pronto llegó a la pared i tuvo que detenerse.

—¡Ah!. . ., dijo el esqueleto. Al fin te tengo.

Pero cuando Adriano vió aquellas huesosas manos i aquellos descarnados brazos prontos a estrecharle contra el hueco pecho, su terror llegó al paroxismo; rechazó violentamente al esqueleto, que cayó de espaldas i se rompió en mil pedazos sobre el suelo.

Al ver aquello, todos los muertos empezaron a lanzar gritos del otro mundo, injuriando al pobre Prokoroff i preguntándole si era aquella su costumbre de convidar a las jentes a cenar a media noche, separándolas de sus ocupaciones para recibirlas a puñetazos i hacerlas pedazos como al esqueleto.

Los gritos llegaron a un diapason tan elevado, sus jestos indicaron una exasperacion tan grande, sus rostros revelaron tan amenazadora indignacion, que faltando al pobre Adriano fuerzas para quedarse o huir, cayó sin conocimiento sobre los huesos del soldado de la guardia.

Su desmayo fué tan profundo, que no salió de él hasta las nueve de la mañana.

Cuando abrió los ojos se encontró en su lecho, i vió a su criada preparando el samavar.

Aunque tenia abiertos los ojos, aunque estaba en su cama, aunque, a excepcion de la criada, estaba desierta la habitacion, Adriano permaneció un instante mudo i temblando, porque su imajinacion le representaba a la señora Trukina, al brigadier i al soldado de la guardia.

Incapaz de pronunciar una palabra, esperó a que Axenia, así se llamaba la criada, empezara a hablar.

Esta se volvió por casualidad, i vió que su amo tenia los ojos abiertos.

—¡Ah, gracias a Dios! dijo, creia que no ibais a despertar hoi, Adriano Prokoroff: ¿sabeis la hora que es? Las nueve.

Diciendo esto, acercó la ropa a su amo; pero viendo que permanecia mudo,

—El sastre Ivan ha venido, continuó; despues el buridochwich Yourko ha dicho que no olvideis que hoi es la fiesta del alcalde de barrio; pero dormiais tan bien, que no he tenido valor para despertaros.

El constructor de ataudes hizo un esfuerzo.

—¿I no han venido de casa de la difunta? preguntó.

—¿De casa de qué difunta? dijo Axenia.

—De casa de Trukina, la comercianta que sabes.

—¡Jesus! esclamó Axenia; ¿se ha decidido al cabo a morir la buena señora?

—Demasiado lo sabes, puesto que me ayudaste ayer a preparar todo lo necesario para los funerales.

—¿De que funerales hablais? ¿estais loco, Adriano Prokoroff? Ayer no estuvísteis de funerales sino de fiesta, aunque los funerales sean fiestas para vos.

—Pero ¿dónde estuve ayer?

—¡Ayer! todo el dia estuvísteis en casa del zapatero vecino, que celebraba el vijésimoquinto aniversario de su matrimonio; por mas señas que volvísteis ébrio hasta el punto de no poderos tener de pié, que os acostásteis en cuanto venísteis, i que desde entónces hasta ahora habeis estado durmiendo.

—¿Es verdad? exclamó Adriano sentándose en la cama.

—Tan verdad, que oid las nueve en este momento.

Prokoroff escuchó el reloj desde la primera campanada hasta la última, i solo entónces dijo, como si estuviese convencido:

—En ese caso vé a llamar a mis hijas i sírvenos el té.

Miéntras obedecia la criada, el constructor de ataudes se limpiaba el sudor de la frente murmurando:

—Es la última vez que bebo a la salud de mis parroquianos.

POUSCHKINE.

EL ORGULLO I LA MODESTIA.

Cerca del Orgullo necio
La Modestia se encontró,
Al verla aquél, con desprecio
Insolente la miró.

—¿Qué quieres aquí a mi lado?
Por fin se dignó decir,
Con tu presencia me enfado,
Pantalla de mi lucir.

—Tu cruel enojo me asombra,
¿En qué te puedo ofender?
—Te repito: ni tu sombra
Quiero a mis ojos tener.

¡Quiero solo estar rodeado
De alabanzas!—¡Ceguedad!
¿No comprendes, desdichado,
Que todo es ¡ai! vanidad?

—¿Vanidad llamas la grata
Brillantez de mi poder?
—Es humo que se dilata
Del candil de tu valer.

—Calla, necia, tu ignorancia
No te permite lucir!
—¡Pobre loco! tu arrogancia
Acibara tu existir!

—Yo vivo de los honores
Que envidia la multitud.
—Pena me dan tus errores:
Yo vivo de la virtud.

Así la Modestia dijo,
I mi amada que la oyó,
Con el alma la bendijo
I con sus flores se ornó.

ROSENDO CARRASCO.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

SALVADOR M. ALVAREZ.

Nació en la ciudad del Socorro el dia 21 de febrero de 1818: sus padres fueron Juan Bautista Alvarez i Mercedes Bermúdez.

El 10 de junio de 1823 le puso su padre en la escuela, i en 1.° de febrero de 1829 pisó por primera vez los claustros del colejio de San Bartolomé, en donde hizo, con interrupciones diversas, todos sus estudios universitarios hasta obtener el grado de doctor en medicina el 21 de febrero de 1842, aniversario de su natalicio.

Ejerció su profesion como médico alópata durante algun tiempo, no obstante que desde 1839, en que obtuvo su primer diploma oficial de bachiller, ya estaba iniciado privadamente en las doctrinas de Hahnemann; pero desde 1846 en adelante su práctica fué cada vez mas exclusivamente homeopática.

Publicó en esta ciudad el periódico médico titulado: La Homeopatía.

I murió en Bogotá el 24 de mayo de 1874.

Su Manual de medicina homeopática se publicó despues de su muerte, en la imprenta de Gaitan (1875), precedido de un rasgo biográfico i del retrato del autor.

ANIBAL GALINDO.

Nació en el distrito de Coello, Estado del Tolima, en 1834.

Hizo sus estudios en el colejio de San Bartolomé, de 1844 a 1851, recibiéndose de abogado en 1852.

Ha desempeñado los siguientes destinos:

Gobernador de la antigua provincia de Cundinamarca (1853 a 1854).

Ayudante de campo del gobernador de la provincia de Mariquita, señor Mateo Viana, en la campaña contra el jeneral Melo (año 54).

Subdirector de rentas nacionales en la administracion del doctor Mallarino (1855 i 1856).

Miembro del Congreso por el Estado de su nacimiento (1866 i 67).

Secretario de la Legacion de Colombia en Europa, con el título de Encargado de Negocios (1867).

Nuevamente elejido representante por el Estado de Cundinamarca (en 1872).

Ministro residente de Colombia en Venezuela (1873).

Jefe de la seccion de Estadística nacional (1874 i 1875).

Se ha consagrado especialmente a los estudios económicos i fiscales, i ha desempeñado constantemente la cátedra de economía política en el colejio del Rosario i en la Universidad nacional.

Sus escritos publicados son:

Tratado sobre Bancos, i en especial sobre el Banco de Inglaterra.

La historia de la deuda extranjera de oríjen colombiano.

La historia fiscal i económica del pais, desde la colonia hasta nuestros dias.

El Anuario estadístico de Colombia.

La memoria sobre libertad de la navegacion de las aguas comunes con Venezuela.

I la traduccion del Paraiso perdido, de Milton, texto ingles i español, publicado en Europa en 1867 i precedido de una carta congratulatoria de Lord Clarendon dirijida al traductor.

Fué redactor del periódico El Liberal i ha sido colaborador del Diario de Cundinamarca, El Pais i otros varios.

ARSECIO ESCOBAR.

Nació en Medellin el dia 16 de julio de 1832.

Vino a Bogotá en 1848, ciudad en donde concluyó sus estudios en el colejio del señor Lléras i en la Universidad, hasta obtener el título de doctor.

Desde mui jóven se afilió en la causa del partido conservador, la cual sostuvo siempre.

A la edad de veintiun años concurrió como representante al Congreso de Ibagué, i luego tomó parte en la memorable campaña que tuvo por resultado la toma de Bogotá, el 4 de diciembre de 1854.

Asistió tambien, como representante principal, a los Congresos de 1855, 56, 57, 58 i 59.

A fines de este último año fué nombrado secretario de una Legacion de primera clase en las repúblicas del Perú i Chile.

En 9 de diciembre de 1859 llegó a Lima, i poco tiempo despues se dirijió a Chile, donde permaneció cerca de dos años, ya como secretario de la Legacion, ya como Encargado de Negocios.

Cuando estalló la revolucion del año 60, volvió a Colombia i sirvió en el ejército conservador como intendente jeneral, hasta la muerte de Arboleda.

Entónces marchó a Quito i allí se dedicó a negocios mercantiles.

Publicó muchos panfletos políticos i relijiosos, entre éstos uno en defensa del clero granadino, otro titulado Antioquía i uno en elojio de Julio Arboleda.

De sus poesías, publicadas en periódicos de Quito, Guayaquil, Santiago, Lima, Bogotá i Medellin, es mui conocida la titulada: Fé, esperanza i caridad. Escribió una leyenda en verso llamada Gabriela i fué colaborador de la Revista del Pacífico. En El Hogar se encuentran algunos de sus artículos de costumbres limeñas, escritos con el seudónimo de Omar.

A mediados del mes de enero de 1867 se embarcó en Guayaquil con direccion a Panamá, i en este puerto tomó pasaje en el vapor *Ocean Queen*, que debia llevarlo a Nueva York, pero habiendo sido atacado de fiebre amarilla, murió en el buque el 9 de febrero de 1867, tres dias ántes de llegar a tierra.

Cuando se supo la noticia de su muerte se hicieron suntuosas exequias en Quito i en Popayan, tributadas a su memoria; i en la primera de estas ciudades el presbítero Federico C. Aguilar pronunció una oracion fúnebre en elojio del finado, i los señores Belisario Peña, Federico Hurtado, Emeterio Aragon, Saturnino Ordóñez, Rafael Orrantia, Ramon Calvo i Juan Leon Mera, dijeron sendos discursos elojiando su memoria.

Isidoro LAVERDE A.

EL RENEGADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, SACADO DEL FRANCES I ARREGLADO EXPRESAMENTE PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

(Continuacion.)

ACTO III. (1)

El teatro representa una prision. Puerta principal al foro; a la derecha, puerta secreta.—Es de noche: una luz cuelga de la bóveda.—Una mesa i dos bancos.

ESCENA I.

DON VASCO (*Solo.*)

D. Vasco. (*Sentado.*) ¡Todo concluyó ya para mí!.... Algunos momentos mas, i habrán cesado todos mis padecimientos; algunos momentos mas, i mis oidos se habrán cerrado a las conversaciones de los hombres; mis ojos no verán mas la luz del dia; mis manos no podrán ya esgrimir ese acero que tantas veces empuñé contra los enemigos de mi patria i de mi relijion; algunos momentos mas, i el alma de Vasco de Gomez habrá pasado a la eternidad.... ¡Oh, qué tristes pensamientos se agolpan a mi confusa mente! ¡qué aterradoras fantasmas se presentan a mis ojos! ¡qué fatídicos recuerdos vienen a acibarar la última hora de mi vida!.... ¡Mi hijo, mi hijo a quien maldije!.... ¡Infeliz Alonso!.... ¡Ah! ¡no comprendo cómo por un humo de honor i de falsa gloria, pudo renegar de su fé!.... ¡no comprendo cómo pudo resolverse a abandonar a sus amigos, su patria, su padre i,

(1) El presente acto i las primeras escenas del IV, no existen en el orijinal frances: "La Malediction," drama en tres actos, de M. L'Evêque.

hasta su mismo Dios!.... ¡Insensato, insensato Alonso!.... (*Pausa.*) ¡Ah! si pudiese hablarle todavía una vez para ver si puedo hacer que vuelva a mejores sentimientos.?.. Pero, aunque he pedido se me haga este favor, creo que mis verdugos no me concederán este último consuelo.

ESCENA II.

DON VASCO, ABDALLAH.

ABDALLAH. (*Entrando, con una linterna, por el foro.*) Prisionero, has enviado a solicitar se te conceda la gracia de ver por última vez a tu hijo, i nuestro magnánimo señor, el gran Tarik, queriéndote dar una prueba de su clemencia, aunque tan mal hayas correspondido a ella, ha accedido gustoso a tu peticion.

D. VASCO. (*Aparte.*) ¡Gracias, Dios mio!

ABDALLAH. Ojalá el noble Almanzor logre persuadirte que le imites, abjurando de una vez esa tu relijion maldita i librándote así de los horribles tormentos que te esperan.

D. VASCO. Basta, carcelero, guarda tus reflexiones; i si es verdad que Tarik me concede el consuelo de volver a ver mi hijo, condúcelo inmediatamente a mi presencia, pero, que sea sin testigos; quiero estar solo con él.

ABDALLAH. Bien, así se hará; voi en su busca. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

DON VASCO (*Solo.*)

D. VASCO. ¡Ah! ¡mi hijo va a venir!.... ¡Dios mio, inspiradme, dad bastante persuasion a mis palabras para que pueda atraerlo al arrepentimiento!.... Sí, él oirá mi voz, oirá mis amargas quejas, verá mi dolor i escuchará la última voluntad de su padre. (*Escuchando.*) ¡Cielos! siento sus pasos....¡Dadme valor, Dios mio! (*Se sienta.*)

ESCENA IV.

DON VASCO, ALMANZOR.

ALMANZOR. (*Entra por el foro, se detiene i luego cae de rodillas a los piés de su padre.*) ¡Padre mio!

D. VASCO. (*Aparentando la mayor calma.*) Tomad un asiento.

ALMANZOR. Dejadme suplicaros de rodillas que salveis vuestra vida por medio de una pronta abjuracion.

D. VASCO. Servios sentaros; yo os lo ruego.

ALMANZOR. (*Siempre de rodillas.*) Padre ¡abjurad, abjurad, por amor a vuestro hijo!

D. VASCO. (*Levantándose.*) Entónces, aguardaré.

ALMANZOR. ¡Padre mio! ¡padre mio!

D. VASCO. Os he pedido que os senteis.

ALMANZOR. Ya obedezco. (*Se sienta en el banco que le señala su padre.*)

D. VASCO. Supongo no habreis extrañado que os haya hecho venir a este lugar, a no ser que....

ALMANZOR. Hablad, hablad; ya os escucho.

D. VASCO. (*Con mucha calma.*) Alonso, yo he procurado toda mi vida ser un hombre de bien.

ALMANZOR. ¡Ah! vos habeis sido siempre el ejemplo del honor i de la probidad.

D. VASCO. Mucho habeis ponderado. Ya se ve, debeis saberlo mejor que yo; pero, dejadme deciros todo lo que tengo aquí en el corazon.

ALMANZOR. ¿De qué quereis hablarme?

D. VASCO. Quiero hablaros de vuestra niñez. ¡Es tan grato recordar aquellos hermosos dias en que todo respirando inocencia, solo encierra dichas i encantos!... Sin duda no habreis olvidado las caricias de vuestra madre; esos besos llenos de ternura que mil veces ella imprimió en vuestra frente....

ALMANZOR. ¡Madre mia!

D. VASCO. ¡Ah! con cuanto amor, ella, estrechando a su hijo en sus brazos, le enseñaba a balbucear el nombre de ¡padre! i a repetir el dulce nombre de ¡madre!... I mas tarde ¡con cuánta dulzura lo exhortaba a que fuese siempre un buen i amante hijo, fiel a su patria i a su relijion!...

ALMANZOR. ¡Padre mio!

D. VASCO. Ella i yo nos hemos desvelado por daros una educacion conveniente; ámbos hicimos cuanto estuvo de nuestra parte para inculcaros todas aquellas cristianas máximas que podian servir para vuestro bienestar i felicidad....

ALMANZOR. ¡Ah, matadme, pero no me trateis así!

D. VASCO. (*Impasible.*) Ambos queriamos hacer de vos un caballero digno de la noble sangre que corre en vuestras venas; un caballero lleno de honor, lleno de amor hácia su patria i hácia su Dios.

ALMANZOR. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) ¡Ah!

D. VASCO. La dicha me sonreia por todas partes; sí, era mui dichoso. La tierra era entónces para mí un paraiso, pues vivia radiante de felicidad al lado de mi idolatrada esposa i de Alonso...; Alonso, el hijo de mi amor.

ALMANZOR. (*Aparte.*) ¡Ya no puedo mas sufrir!

D. Vasco. Trascurrió un año mas... ¡mi esposa habia muerto!...

Almanzor. (*Sollozando.*) Madre mia ¿por qué no morí yo contigo?

D. Vasco. Quedé, pues, solo, encargado de la educacion de mi hijo. Desde entónces, tampoco he perdonado medio alguno para que el único heredero que me quedaba fuese digno de llevar el nombre de Gomez; fuese capaz de poder presentarse con la frente erguida delante de todo el mundo, sin tener nada de que ruborizarse, nada que echarse en cara, nada de que arrepentirse mas tarde.

Almanzor. (*Cayendo de rodillas, con las manos alzadas hácia su padre.*) ¡Padre mio! ¡padre mio!

D. Vasco. (*Levantándose i tomándolo de una mano.*) ¡Calla! ¡calla!... Ya te lo he dicho: ese nombre no debe estar en tus labios en tanto que no laves el negro baldon que has arrojado sobre mi casa.

Almanzor. Pero, señor...

D. Vasco. (*Con voz mas dulce.*) Mañana, yo habré muerto...

Almanzor. (*Levantándose.*) ¿Qué decis?

D. Vasco. Sí, pronto mi cabeza va a caer bajo el hacha del verdugo.

Almanzor. (*Comienza a estraviársele la razon.*) ¡Ah!

D. Vasco. (*Con ternura.*) Que a lo ménos lleve a mi tumba un consuelo: que el hijo perjuro, el hijo traidor poco ha a sus afectos mas caros, ha vuelto de nuevo al seno de donde se habia separado. Vamos, hijo mio, si quieres llamarte tal, si quieres obtener el perdon de Dios i el mio, despedaza ese turbante, abandona ese traje que envilece a quien le lleva, renuncia a esa corona que ambicionas i exclama sin temor: ¡cristiano soi!

Almanzor. (*Que le ha estado mirando con ojos desencajados.*) Ya es imposible ¡es demasiado tarde!... Lopez me llama... Es él, es su voz... Ya voi, Lopez, ya voi... Mi frente se arde... Una mano invisible graba en ella, con caractéres de fuego, el nombre de ¡Renegado!... Sí, yo soi enemigo de Dios, enemigo de los hombres, enemigo de mi padre... ¿A dónde huiré?... ¿dónde me esconderé?...

D. Vasco. (*Siguiendo a Almanzor que se va.*) ¡Alonso! ¡Alonso! vuelve en tí; dí si abrazas de nuevo tu fé; pronuncia una palabra i moriré contento.

Almanzor. (*Desasiéndose de su padre que lo retiene.*) ¡Dejadme! ¡dejadme!... ¡Apartaos de mí que soi un maldecido! (*Vase por el foro.*)

ESCENA V.

DON VASCO (*Solo.*)

D. VASCO. ¡Dios mio, tú que castigas i perdonas..., tú que me has sostenido durante cincuenta años de combates i de trabajos..., tú que me has enseñado a sufrir por tu santa causa..., apiádate de mi hijo i concédele tu perdon!

ESCENA VI.

DON VASCO, JUANINO.

JUANINO. (*Entrando con una linterna por la puerta secreta.*) No temais, señor don Vasco; soi un antiguo servidor vuestro.

D. VASCO. ¡Un antiguo servidor mio!

JUANINO. ¡Qué! ¿no me reconoceis? ¿no os acordais ya del viejo Juanino?

D. VASCO. ¡Juanino! ¿eres tú?... Pero ¿cómo es que te encuentro aquí, en la morada de Tarik?

JUANINO. Básteos saber, señor, que soi prisionero de guerra, i, como tal, no habiendo querido abjurar de mi fé, he sido reducido a la esclavitud.

D. VASCO. ¡Pobre Juanino! yo te creia ya muerto. ¡Cuánto me alegro de volverte a ver, aunque sea en tan tristes momentos!... Pero ¿a qué has venido?

JUANINO. A traeros siquiera un último consuelo.

D. VASCO. No te entiendo.

JUANINO. Os traigo un sacerdote.

D. VASCO. ¡Un sacerdote!... De veras, Juanino, que no comprendo como pueda ser eso.

JUANINO. Todo ha sido una disposicion de aquella Providencia infinita que jamas abandona al desgraciado. Escuchadme: mis palabras, durante el tiempo que he pasado en este castillo, han tocado el corazon de Ibrahim, que es, se puede decir, el verdadero amo i señor, pues se ha granjeado toda la voluntad de Tarik. Hablando con él, ayer tarde, me manifestó el deseo que tenia de hacerse cristiano i de verse, con este objeto, con un sacerdote de nuestro culto. Muchas dificultades se presentaban, pero, para allanarlas, me entregó la llave de una poterna que cae al bosque, diciéndome que enviase a vuestro campamento al aldeano Perico, a quien debeis conocer.

D. VASCO. ¡Oh, sí! es hijo de uno de los hombres mas fieles a la causa que defendemos.

JUANINO. Pues bien, así se hizo; pero el diantre de muchacho no ha vuelto i solo hemos visto llegar al sacerdote, quien, gracias

a Ibrahim, que me ha proporcionado la llave de esa entrada secreta, no tardará en venir.

D. Vasco. ¡Oh, amigo mio! no sé como manifestarte mi agradecimiento; pero Dios te recompensará.

Juanino. El buen relijioso espera en esa parte del subterráneo.

D. Vasco. Pues, entónces, llamadlo; que venga cuanto ántes.

Juanino. *(Abriendo la puerta secreta.)* Entrad, padre mio, entrad.

ESCENA VII.

dichos, perico *(Disfrazado de relijioso con una larga barba i la capucha calada.)*

Perico. *Deo gratias!* *(Aparte.)* Estoi que la camisa no me llega al cuerpo.

D. Vasco. Puedes retirarte, Juanino.

Juanino. Os dejo, señor don Vasco; pero, será para volver pronto. ¡Oh, si pudiese salvaros!

Perico. *(Aparte.)* ¡Salvarlo!

D. Vasco. Estoi resignado con mi suerte, Juanino. ¿Qué quieres? Dios lo ha dispuesto así ¡que se cumpla su divina voluntad!.... ¡Oh! te recomiendo a mi hijo; tú velarás sobre él ¿no es verdad?

Perico. *(Aparte.)* ¡Qué oigo!

Juanino. *(Tomando la linterna.)* Ya hablaremos, señor; yo volveré. Os dejo con ese santo relijioso. Tened ánimo ¡hasta luego!

Perico. *(Deteniéndolo.)* Aguardad. ¿Habeis dicho que deseabais salvar al señor don Vasco?

Juanino. ¡Ah, sí! aunque fuese a costa de mi propia vida.

D. Vasco. ¡Juanino!

Perico. ¿Aunque sea a expensas de tu vida, dices?

Juanino. Dios es testigo de que, lo que mis labios pronuncian, lo siente el corazon.

Perico. Abrázame, Juanino.

Juanino. ¡Qué os obrace!

Perico. Abrázame, te digo. *(Quitándose la capucha i la barba.)*

D. Vasco, Juanino. ¡Perico!

Perico. El mismo, en cuerpo i alma.

Juanino. ¡Bendito sea Dios!

D. Vasco. Pero ¿qué has venido a hacer aquí?

Perico. ¿Qué he venido a hacer?.... ¿qué he venido a hacer?.... Pero, Juanino os lo ha dicho: vengo a salvaros.

D. Vasco. ¡A salvarme!

Perico. Lo que ois. Pero, no me digais nada, no me preguntеis nada, porque ni os oiré, ni os contestaré. Enviado por Juanino en busca de un sacerdote, me fuí en derechura al convento que está al otro lado del bosque. Hice llamar al padre guardian

i le expuse lo que intentaba.... Momentos despues, Perico, trasformado en un fraile hecho i derecho, volaba, que no corria en direccion al castillo. Llegué a la poterna: los soldados que custodian esa parte de la fortaleza, habian recibido órden de dejar entrar a un relijioso; el relijioso entró; Juanino lo esperaba i.... ¡aquí me teneis! Ahora la cosa es mui sencilla: los soldados que custodian la poterna saben que un relijioso ha entrado i que, esta misma noche, un relijioso debe salir; pues bien, en lugar de frai Perico, saldreis vos.

D. Vasco. ¡Yo!

Perico. (*Quitándose el hábito.*) Aquí teneis el hábito que os ha de salvar.

D. Vasco. Pero....

Perico. No hai pero que valga. Ya os dicho que no os oiré, ni os contestaré. Soi sordo i mudo a ese respecto. Tomad. (*Le pasa el hábito.*)

D. Vasco. Pero ¿qué va a ser de tí?

Juanino. Haced, señor, lo que os dice Perico; no hai otro medio de salvacion. (*Principian a vestir a don Vasco.*) Con respecto a nosotros, nada temais: saldremos por esa misma puerta secreta i volveremos a ocupar nuestros puestos en palacio.

D. Vasco. Pero, Ibrahim os preguntará por el relijioso i, entónces....

Juanino. Fácil será manifestarle que ha sido imposible proporcionarse ninguno; i, en último caso, señor don Vasco, yo le confesaré la verdad; i, estad persuadido, él no podrá ménos de aplaudir lo que él mismo deseaba aunque no se atrevia a llevar a cabo.

D. Vasco. Si es así, nada tengo que añadir.

Perico. (*Mirando a don Vasco i riéndose a mas i mejor.*) Já, já, já. ¡Si pareceis un dómine benedictino! I, ahora ¡en marcha! Ya sabeis: el paso mesurado, los brazos cruzados sobre el pecho, la capucha bien calada, los ojos fijos en el suelo.... ¡eso es! i, luego, si os interpelan, no olvideis la consigna: *Pax vobiscum!* o *Deo gratias!* i ¡arre!

D. Vasco. Deja que te estreche entre mis brazos; i tú tambien, Juanino. Venid ámbos aquí, junto a mi corazon. (*Los abraza estrechamente.*)

Voz dentro. ¡Centinela, alerta!

Juanino. (*Escuchando.*) Parece que la jente de palacio se pone ya en movimiento.

Perico. (*Yendo a la puerta del foro.*) En efecto, se siente como un lejano rumor.

Juanino. Partamos, entónces, partamos pronto. (*Vánse por la puerta secreta.*)

Voz mas lejana. ¡Alerta, centinela!

(*Cae el telon.*)

(*Concluirá.*) Ruperto MARCHANT PEREIRA.

EL PAJARO VERDE.

(Conclusion.)

V.

Miéntras acontecian, en sueño o en realidad, los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa*, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente, i aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solia estar levantado i aun almorzado en aquella época, la princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguia en la cama.

Mui interesantes juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traia, cuando se atrevió a despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana i exclamó con alborozo:

—Señora, señora, despertad i alegraos, que ya hai quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La princesa despertó, se restregó los ojos, se incorporó i dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al pais sabeo?

—Nada de eso, contestó la doncella; quien trae las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detras de una puerta aguardando este permiso, i empezó a referir con gran puntualidad i despejo cuanto le habia pasado.

Al oir la aparicion del pájaro verde, la princesa se llenó de júbilo, i al escuchar su salida del agua convertido en hermoso príncipe, se puso encendida como la grana; una celestial i amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, i sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma i ver al príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneracion i afecto que el príncipe le tenia, i el amor i cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la princesita, a pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó i besó a la lavanderilla i a la doncella, e hizo otros extremos no ménos disculpables, inocentes i delicados.

—Ahora sí, decia, que puedo llamarme propiamente la *Princesa Venturosa*. Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era i es un amor que por oculto i no acostumbra-

do camino ha penetrado en mi corazon. No he visto al príncipe, i creo que es hermoso. No le he hablado, i presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida, sino que está encantado i que me tiene encantada, i doi por cierto que es valiente, jeneroso i leal.

—Señora, dijo la lavandarilla, yo puedo asegurar a V. A. que el príncipe, si mi vision no es un sueño vano, parece un pino de oro, i tiene una cara tan bondadosa i dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por qué, le he tomado aficion, es al escudero.

—Tú te casarás con el escudero, replicó la princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, i ámbas sereis mandarinas i damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazon me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar a los tres pájaros mancebos.

—¿I cómo podremos desencantarlos? dijo la doncella favorita.

—Yo misma, contestó la princesa, iré al palacio en que viven i allí veremos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no habia terminado su narracion, la terminó entónces, e hizo ver que no podia servir de guia.

La princesa la escuchó con mucha atencion, estuvo meditando un rato, i dijo luego a la doncella:

—Vé a mi biblioteca i tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* i el *Almanaque astronómico*.

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la princesa el de *Los Reyes*, i leyó en alta voz los siguientes renglones:

"El mismo dia en que murió el emperador chinesco, su único hijo, que debia heredarle, desapareció de la corte i de todo el imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de la Tartaria."

—¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir? respondió la *Princesa Venturosa*, sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado a mi príncipe para usurparle la corona. Hé ahí por qué aborrezco yo tanto al príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

—Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

—De ello trato, añadió la princesa, i para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, a todos los caminos i encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el príncipe tártaro al rei su padre para consultarle sobre el pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas i se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, será muertos; si ceden, serán aprisionados e incomunicados, a fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el rei mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondremos entre las tres con el mayor sijilo. Aquí teneis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad i la enerjía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

I efectivamente, la princeca, que ya se habia levantado i estaba de bata i en babuchas, sacó de un escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, i se las dió a sus confidentas.

Estas partieron sin tardanza a poner en ejecucion lo convenido, i la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico*.

VI.

Cinco dias habian ya pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La princesa no habia llorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro i placer al rei su padre. La princesa habia estado hasta jovial i bromista, dando leves esperanzas a los príncipes pretendientes de que al fin se decidiria por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie habia sospechado la causa de tan repentina mudanza i de tan inesperado alivio en la princesa.

Solo el príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera mui vaga, que la princesa habia recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenia, ademas, el príncipe tártaro un misterioso presentimiento de una gran desgracia, i habia adivinado por el arte májica, que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debia mirar un enemigo. Calculando, ademas, como sabedor del camino i del tiempo que en él debe emplearse, que aquel dia debian llegar los mensajeros que envió a su padre, i ansioso de saber lo que respondia éste a la consulta que le hizo, montó a caballo al amanecer, i con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas, aunque el príncipe tártaro salió con gran secreto, la *Princesa Venturosa*, que tenia espías, i estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, i llamó a consejo a la lavanderilla i a la doncella.

Luego que las tuvo presentes, les dijo mui angustiada:

—Mi situacion es terrible. Tres veces he ido inútilmente a tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Solo he averiguado, por el *Almanaque astronómico*, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de primavera. Acaso no sea posible volver a verle hasta el próximo equinoccio de la misma estacion, i ya para entónces el príncipe tártaro me le habrá muerto. El príncipe tártaro le matará en cuanto reciba la carta de su padre, i ya ha salido a buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijais, hermosa princesa, dijo la doncella favorita; tres partidas de cien hombres están esperando a los mensajeros

en diferentes puntos para arrebatarles la carta i traérosla. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple, i no se dejarán vencer por el príncipe tártaro a pesar de sus artes májicos.

—Sin embargo, yo soi de opinion, añadió la lavandera, de que se envien mas hombres contra el príncipe tártaro. Aunque éste, a la verdad, solo lleva cuarenta consigo, todos ellos, segun se dice, tienen corazas i flechas encantadas, que a cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La princesa hizo venir secretamente a su estancia al mas bizarro i entendido jeneral de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas, i le pidió su apoyo. Este se le otorgó, i reuniendo apresuradamente un numeroso escuadron de soldados, salió de la capital decidido a morir en la demanda o traer a la princesa la carta del Kan de Tartaria i al hijo del Kan, vivo o muerto.

Despues de la partida del jeneral, la princesa juzgó conveniente informar al *Rei Venturoso* de cuanto habia acontecido. El rei se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija i de la levandera, i se lamentó de que, fundada su hija en un sueño, enviase a tantos asesinos contra un príncipe ilustre, faltando a las leyes de la hospitalidad, al derecho de jentes i a todos los preceptos morales.

—¡Ai hija! exclamaba, tú has echado un sangriento borron sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La princesa se acongojó tambien, i se arrepintió de lo que habia hecho. A pesar de su vehemente amor al príncipe de la China, preferia ya dejarle eternamente encantado a que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que enviaron despachos al jeneral para que no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El jeneral habia ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entónces aun no habian telégrafos, i los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el jeneral, vieron venir huyendo a todos los soldados del rei i los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos jenios, corrian en su persecucion trasformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Solo el jeneral, cuya bizarría, serenidad i destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El jeneral se fué hácia el príncipe, único enemigo no fantástico con quien podia habérselas, i empezó a reñir con él la mas brava i descomunal pelea. Pero las armas del príncipe tártaro estaban encantadas, i el jeneral no podia herirle. Conociendo entónces que era imposible acabar con él si no recurria a una estratajema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga i fuerte faja de seda que le ceñia el talle, hizo con ella, sin ser notado, un lazo es-

curridizo, i revolviendo sobre el príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, i siguió con su caballo a todo correr, haciendo caer al príncipe i arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el jeneral al príncipe tártaro. No bien murió, los jenios desaparecieron, i los soldados del *Rei Venturoso* se rehicieron i reunieron a su jefe. Este esperó con ellos a los enviados que traian la carta del Kan de Tartaria, i que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo dia volvió a entrar el jeneral en el palacio del *Rei Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un jentil i respetuoso saludo, se la entregó a la princesa.

Rompió ésta el sello i se puso a leer, pero inútilmente: no entendió una palabra. Al *Rei Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron a todos los empleados en la interpretacion de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luego i no se mostraron mas hábiles.

Los siete sábios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, i que *por ende* estaban condenados a morir, acudieron tambien; mas, aunque se les prometió el perdon si leian aquella carta, no acertaron a leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rei Venturoso* se creyó entónces el mas desventurado de todos los reyes; se lamentó de haber sido cómplice en un crímen inútil, i temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta mui tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho mas desesperado, cuando al despertarse al otro dia mui de mañana supo que la princesa habia desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

"Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar a donde voi, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo i que estoi bien de salud, aunque no volverás a verme hasta que no tenga descifrada la carta misteriosa del Kan i desencantado a mi querido príncipe. Adios."

VII.

La *Princesa Venturosa* habia ido con sus dos amigas a pié, i en romería, a visitar a un santo ermitaño que vivia en las soledades i asperezas de unas montañas altísimas que a corta distancia de la capital se parecian.

Aunque la princesa i sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era mas propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos i asnos, que, con perdon sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solia

cabalgar en aquel reino. Por esto i por devocion fué la princesa a pié i sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban a visitar era un varon mui penitente i estaba en olor de santidad. El vulgo pretendia tambien que el ermitaño era inmortal, i no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretension. En toda la comarca no habia memoria de cuándo fué el ermitaño a establecese en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La princesa i sus amigas, atraidas por la fama de su virtud i de su ciencia, anduvieron buscándole siete dias por aquellos vericuetos i andurriales. Durante el dia caminaban en su busca entre breñas i malezas. Por la noche se guarecian en las concavidades de los peñascos. Nadie habia que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldicion del ermitaño, pronto a echarla a quien invadia su dominio temporal, o a quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. A pesar de la natural bondad de su alma, su relijion sombría i terrible le obligaba a maldecir i a lanzar anatemas.

Pero las tres amigas, imajinando, como por inspiracion, que solo el ermitaño podia descifrarles la carta, se decidieron a arrostrar sus maldiciones i le buscaron, segun queda dicho, por espacio de siete dias.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas a guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta i melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, i casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era mas blanca que la nieve, cuya piel estaba mas arrugada que una pasa, i cuyo cuerpo se asemejaba a un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante, con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos ascuas, i dijo con voz entera, alegre i suave:

—Gracias al cielo que al fin estais aquí. Cien años há que os espero. Deseaba la muerte i no podia morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rei de los jenios. Yo soi el único sabio que habla aun i entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel ántes de la confusion. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza i mueve a las potestades infernales a servir a quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar i desatar todos los lazos i leyes que unen i gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable i fecunda. Dialectos pobrísimos e imperfectísimos de ella son los mas hermosos i completos idiomas del dia. La ciencia de ahora, mentira i charlatanería en comparacion de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contie-

ne en sus letras la esencia de la cosa nombrada i sus ocultas calidades. Las cosas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre, obedecen a quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseia esta lengua, que pretendió escalar el cielo, i lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Solo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilejio de los diablos, Nembrot i sus descendientes. El último de éstos murió, una semana ha, por disposicion tuya, ¡oh *Princesa Venturosa!* i ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soi yo, i para hacerte ese servicio el rei de los jenios ha conservado siglos mi vida.

—Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable i profundo sabio! dijo la princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

—Al punto voi a descifrártela, contestó el ermitaño, i se caló los espejuelos, i se acercó a la lámpara para leer.

Mas de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. A cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovia, las estrellas se cubrian de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo como tiembla su imájen entre las olas del océano, i la princesa i sus amigas tenian que cerrar los ojos i que taparse los oidos para no ver los espectros que se mostraban i para no oir las voces portentosas, terribles o dolientes, que partian de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, el ermitaño se quitó los espejuelos i dijo con voz reposada:

—No es justo, ni conveniente, ni posible, ¡oh *Princesa Venturosa!* que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hai en ella tremebundos i endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el dia, son estos misterios inefables, inenarrables i hasta inexplicables. El linaje humano, por medio de su incompleta i enfermiza razon, llegará a conocer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la sustancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria i que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elucubraciones*, de esta lengua perfectísima e intrasmisible ya por nuestros pecados.

—Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla, si despues de lo que hemos pasado para encontraros, i siendo vos el único que podeis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no quereis traducirla.

—Ni quiero ni debo, replicó el vetusto i secular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contiene de interesante para vosotras, i os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, por-

que los momentos de mi vida están contados i mi muerte se acerca.

El príncipe de la China es por sus virtudes, talento i hermosura, el favorito del rei de los jenios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponia contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle léjos de sus súbditos i reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible i eterno, mas no pudo lograrlo a pesar de sus marabillosos conocimientos en la majia. El rei de los jenios se opuso a su mal deseo, i si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamientos i conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo tambien el príncipe un palacio donde vivir i ser tratado con todo el miramiento, honores i regalo debidos a su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplian las siguientes condiciones, que el Kan, así por la mala opinion que tiene de las mujeres, como por lo pervertida i viciosa que está la raza humana en jeneral, juzgó imposibles de cumplir.

Fué la primera condicion, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa i apasionada i de la mas baja clase del pueblo, viese a los tres mancebos encantados, que son los mas hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, i que la limpieza i castidad de su alma fuesen tales que ~~no se~~ turbasen ni empañasen con el mas lijero estímulo de liviandad. Esta prueba habia de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debia sentirle por la hermosura i admirarla vivamente; pero de un modo espiritual i santísimo.

Fué la segunda condicion, ya cumplida tambien, que el príncipe, sin poder mostrarse sino tres instantes, i esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente i casto, cuanto invencible, a una princesa de su clase.

La tercera condicion, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la princesa se apoderase de esta carta, i que yo la interpretara.

La cuarta i última condicion, en cuyo cumplimiento habeis de intervenir las tres doncellas que me estais oyendo, es como sigue. Solo me quedan dos minutos de vida, mas, ántes de morir os pondré en el palacio del príncipe al lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros i se zambullirán i se trasformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los vereis; mas habeis de conservar, viéndolos, toda la castidad de vuestros pensamientos, i toda la virjinidad de vuestras almas, amando, empero, cada una a uno de los tres, con un amor santo e inocente. La princesa ama ya al príncipe de la China i la lavanderilla al escudero, i ámbas

han mostrado la inocencia de su amor: ahora falta que la doncella favorita de la princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguireis sin ser vistas, i allí permanecereis hasta que el príncipe pida la cajita de sus entrenimientos i diga, besando el cordoncito:

¡Ai, cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

La princesa, entónces, i vosotras con la princesa, os mostrareis al punto, i cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, i el príncipe de la China, no solo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos i provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apénas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca mui rara, entreabrió la boca, estiró las piernas i se quedó muerto

La princesa i sus amigas se encontraron de súbito detras de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

Todo se cumplió como el ermitaño habia dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas e inocentes. Ni siquiera en el punto comprometido de dar el regalado i apretado beso sintieron mas que una profunda conmocion toda mística i pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China i la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del príncipe. La princesa i sus amigas lo fueron mas aun casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rei Venturoso* abdicó, i se fué a vivir a la corte de su yerno, que estaba en Pekin. El jeneral que mató al príncipe tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarin i una pension de miles de miles para él i sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* i el ya emperador de China vivieron largos i felices años, i tuvieron media docena de chiquillos a cual mas hermoso. La lavanderilla i la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de Sus Majestades, i siendo los señorones mas principales de toda aquella tierra.

JUAN VALERA.

A LA LUNA.

¡Con qué esplendor el cielo
Melancólica alumbras,
Derramando tus rayos
Arjentados, ¡oh luna!
I las sombras disipas
Que el bello cielo nublan,
Al deslizar tu carro
De suaves rodaduras
Por la rejion vacía
Que silenciosa surcas!
Atónito contemplo
La singular dulzura
De tu pálida lumbre
En la mansa laguna,
Cuya faz plateada
Lijeramente arruga
La fresca blanda brisa
Que los valles perfuma.
¡Cuán hermosa te miro
Del bosque en la espesura,
Al sepultar tus rayos
Que entre silvestres fuccias
I rosas resbalando
El monte espeso cruzan,
Como cintas de plata
La riquísima púrpura!
¡Cuán bella se retrata
De la ancha mar profunda
En las jigantes hondas
Tu imájen entre espumas,
De perlas semejando
Un mar, sus aguas puras!
¡Faro de los espacios,
Espléndorosa luna!
Extasiado te admiro,
I cuando la alta cúpula
Rielas del firmamento,
Conozco en tu hermosura
La mano bienhechora
Que tu curso regula!

José M. UGARTE OVALLE.

EL LIBRO DE UNA MADRE

POR

MME. PAULINA L***

(Traducido del frances.)

LUCHITA.

I.

LA PRIMERA MUÑECA.

Sí, señorita, tendrá Ud. una nueva muñeca; pero, cúidela Ud. mucho esta vez: pues, si encuentro sus miembros en el jardin i su cabeza en la cocina, comenzaré a creer que Ud. no es una buena madre.

Es inútil que Ud. ponga esa cara tan aflijida. Puesto que consiento en renovar su familia, es porque estoi segura de su arrepentimiento.

Los soldados de Heródes, sus modelos, sin duda, solo una vez degollaron a los inocentes. La Historia Santa así lo dice. Espero, Luchita, que Ud. no será mas feroz que esos soldados, i que ésta será su última víctima.

Enjugue Ud. sus lágrimas; ellas solo sirven para borrar las lindas rosas de sus mejillas, así como Ud. ha desleido en la fuente los colores de su muñeca; i Ud. lo sabe: sus mejillas me pertenecen. Esas rosas son mias.

No crea Ud. que me envanezco; mas, ya que Dios las ha hecho así, quiero que Ud. las respete. Una muñeca se compra; mas, las rosas de la niñez, una vez marchitadas, fenecen, i, para siempre.

¿Se rie Ud.? ¿tan pronto? Eso me prueba que su dolor no era sincero. Pero, no empiece de nuevo con esos pucheros tan feos; eso me probaria que Ud. no me comprende. ¿Se sonrie Ud.? así me gusta. La sonrisa, hija mia, es la primera cortesía del alma. Con placer veo que aun conserva Ud. un poco de alma i que no ha olvidado del todo la cortesía. ¡Vamos, picaruela, deme Ud. un beso!

¿Sabes, Luchita, que no es cosa tan fácil escojer una nueva muñeca? La que acabo de encontrar ahogada en la fuente del jardin

era mui fea. No vayas a creer que quiero hablar mal de ella; pero, en fin, era poco sólida; tenia los dedos de los piés demasiado juntos, i los dedos de las manos siempre separados. No movia ni los brazos ni las piernas, i sus ojos vizcos te enseñaban a torcer los tuyos.

No te perdono que le hayas tronchado los brazos queriendo doblárselos para que te abrazase, ni que le hayas roto las piernas para obligarla a arrodillarse. Es preciso sepas que, en este mundo, no hai que forzar ni la ternura, ni los ruegos. Pero confieso que esa inmovilidad i esa rijidez impacientaban tanto como tu perpetuo movimiento. Sin embargo, lo ves, jamas se me ha ocurrido el despedazarte, para someterte a mi voluntad.

Dios no quiere que escojamos nuestros hijos; los escojeríamos segun nuestros gustos i quizás no segun el de ellos. El nos pone en los brazos, pequeños séres sin palabra i sin pensamiento, que debemos devolverle mas tarde, hablando i pensando. Por esto, el amor maternal es un estudio constante que jamas principia demasiado pronto. Cuando te doi una leccion, yo misma la recibo.

Ahora bien, las muñecas son niñitos simulados que deben servir como de maniquíes a las niñas pequeñas para modelar, ajustar, disminuir o aumentar ellas mismas su propio carácter, ayudando de esta manera el trabajo de sus padres.

Tú comprendes esto. Tienes siete años cumplidos. Aun te llamas Luchita; pero, dentro de dos o tres años, ya serás Luisita, i a grandes pasos caminarás entónces hácia la edad en que yo, i otros que yo, te llamarán Luisa.

Entónces podré vanagloriarme, si Luchita, con sus juegos, ha preparado a Luisita para llegar a ser sabia; i si Luisita, estudiando, ha hecho de Luisa una persona instruida, modesta i sobre todo, sincera. La verdad, es el celeste resplandor de la divina belleza de Dios; ella vale infinitamente mas que la belleza de Luzbel.

Algunas veces dicen a los pequeñuelos:

—Sed juiciosos como las imájenes.

Preferiria que se les dijese:

—Sed tan juiciosos que se puedan hacer imájenes de vosotros.

Arregla tu muñeca segun tí misma, i no te mires i remires en ella, para asemejártele.

¡Qué horrible es ver a una niña que, por su aspecto, parece salir de la tienda de un mercader de juguetes; que se peina como una muñeca; que se amolda un semblante de porcelana o de cera; que, por demasiada pulidez, se desfigura la boca, i que no habla por temor de que se descubran sus artificios!

Conozco algunas de estas extravagantes *máscaras*. Cuando pequeñas, inspiraban lástima. Han crecido; han envejecido ¡ahora causan miedo!

Han pasado su infancia, tiesas, almidonadas, engomadas, cubiertas de barniz. Un dia, un señor corto de vista, engañándose

o dejándose engañar, las ha pedido en matrimonio. La menor desgracia que puede acontecer, es que el tal señor sea él mismo un buen zoquete. En tal caso, la vida se deslizará tontamente entre ellos.

Mas, si el marido es un hombre como tu papá, o como lo será un dia tu hermanito, entónces, Luchita, la vida es un suplicio. La mujer-muñeca concluye por resquebrajarse i reducirse a migajas, si es de cera; por volverse una pasta o lodo, si es de carton; o bien, si es de porcelana, corre el riesgo de que, un dia, su marido, curioso de ver lo que tiene en el corazon, la haga mil pedazos.

¡Sí, mil pedazos! ¿Esto te asombra? I, sin embargo, es mui cierto; i muchos sabios i académicos, que han estudiado detenidamente las muñecas, escriben libros i dramas para probar que tienen razon de romperlas; que, por mui pequeños que sean los pedazos, no será todavía bastante; i que es preciso pulverizarlas.

Tú, Luchita mia, yo te conozco. Tú, no querrias cambiar tu cabeza rosada i mofletuda, por una cabeza de cera, de carton o de porcelana. Tú quieres sentir en tus mejillas los besos de tu madre, toma, como éste; tú quieres poder reir, llorar, abrir la boca, toda la boca.

¿Para qué achicarla? las palabras no por eso saldrán mas finas, los bocados tendrán que ser mas pequeños, i, tú no quieres, me parece, reducir tus tortas.

¿Qué muñeca escojeremos?

Ayer, me mostraste una en una tienda. Tenia un vestido guarnecido de oro, cabellos arreglados con oro, i una varilla de oro en la mano. Era una hada.

No te la compraré. Los encantamientos no existen en el mundo. Las buenas i las malas hadas están en nosotras mismas. Cuando me sonries, tú eres la hada *Graciosa;* cuando te enfurruñas, eres la hada *Regañona;* cuando has estudiado bien, cuando te diviertes sin remordimiento, cuando corres en el jardin, suelta tu cabellera, rojas las mejillas, entónces eres la hada *Alegría.* Los únicos encantamientos que existen bajo del cielo, son nuestras buenas acciones.

Al lado de la hada habia una hermosa señora, ceñida sus sienes con una corona; era una reina, una emperatriz cualquiera.

¿Qué querrias enseñarle?

Esas muñecas son encantadoras, pero no se las puede desvetir sin quitarles su prestijio; i su brillo las impide asemejarse a las demas mujeres. Ellas solo son nuestras iguales cuando lloran i cuando sufren.

Tú no quieres ser reina o emperatriz. ¡Oh! esto no quiere decir que sea imposible. Muchas cosas se han visto i todo puede suceder; pero, anhelo demasiado tu felicidad para que te desee tan grandes destinos.

Por lo que te he dicho, colejirás que no escojeré ninguna de

estas muñecas ridículas, que no son mas que muñecas, que permanecerán muñecas, i que no son hechas, vestidas, engalanadas i emperifolladas, sino para agradar a otras muñecas. ¿Consentirias acaso en ser la madrina, la madre de una de estas elegantes cuyo ajuar cuesta mas caro que el de un niño i que llevan cachemiras de cien francos?

¡Sí, cien francos! es decir, el alimento de una familia pobre durante un mes; el salario de una sirviente durante dos meses; el pan de un huérfano durante un año.

Tú no te atreverias a guardar esta señorita mejor puesta que tu madre, i que pareceria provocarnos a arruinar a tu padre para que no perdiésemos nuestra superioridad sobre ella. ¿Osarias llevarla en tus brazos, para atravesar por delante de la iglesia donde predican la igualdad, o a vista de los mendigos que implorarian tu caridad?

Algunas veces has oido hablar a tu padre de los malvados que quieren apoderarse de los bienes de los ricos. Hai algunos tan malvados como éstos: son aquellos que quieren arrebatar el bien de los pobres, i que se empeñan en impedir en las familias, el órden, la economía, el aseo, la sencillez.

Corromper el gusto, es tan malo como quemar las casas; es quemar las almas. Son los enemigos de las madres previsoras i de las niñas modestas, quienes nos invitan a colocar estas sirenas de almacenes de confecciones, entre vuestras cunas i nuestras mesas de labor.

Nó, nó, Luchita, todavía estás mui distante de tu primer vestido de seda para ser la mamá de una muñeca vestida de terciopelo. No te expondré al pecado de la envidia, i de la envidia la mas fea, la mas baja, la de las telas, de los vestidos, de los andrajos.

¿Quieres un nene? ¿Te ries? Pero ¡cuidado! Un nene que solo sabe decir *papá* i *mamá*, i abrir i cerrar los ojos, es un mendigo de caricias; i cuando te hayas cansado de darle limosna; cuando lo hayas arullado, i le hayas referido todos tus cuentos, será preciso volver a principiar. Tú no podrás confiarle tus pequeñas dichas i tus pequeños pesares; no podrás recitarle tus lecciones; no podrá crecer, esto es, trasformarse contigo; i estará siempre repitiendo *papá* i *mamá*.

Los nenes son para los nenes i para las abuelitas ya viejas; no hablemos mas.

La hija que hayamos escojido, la tomaremos pues tal cual estaba el niño Jesus en el pesebre. Tú la vestirás, quiero que sea grande, de hermosa figura, es decir de una figura verosímil. Se les forma cabezas a las muñecas, como se les hacen los vestidos, con suma exajeracion. Ella no será ni mui rosada, ni mui pálida, ni demasiado mofletuda, ni excesivamente flaca, ni bella, ni fea; como tú, en fin, de buena salud.

Tendrá soltura en los miembros, sin que por eso sea demasia-

do articulada. Desconfio de las muñecas que se prestan a todas las actitudes. Les es necesaria cierta rijidez, para evitar que la ilusion vaya demasiado léjos; es su dignidad natural.

Tendrá, como toda su raza, un encorchado en el cráneo para poner los cabellos, i estopa en el pecho para clavar los alfileres. Será pues inútil descoserla para visitarla interiormente. Me resigno con la cara de porcelana; es mas cara; pero es mas fácil de lavar.

Cuidarás de no romperla, de no dejarla caer. Hai muñecas que se acostumbran a los golpes; pero son las mas feas, las incorrejibles, esas de carton.

La hospedarás en tu cuarto; le darás tus costumbres; cumplirás delante de ella todos tus deberes, como si ella pudiese juzgarlos. Ella te recordará sin cesar que, para no quedar vacía i muda como ella, es necesario aprender. Es una prenda que te doi, como en el juego; mas, este juego es grave en el fondo. Es el de la vida.

No te la volveré a pedir. ¿Sabes a quien tendrás que devolvérsela dentro de diez o doce años?

A un señor mui político, mui respetuoso, pero mui exijente, a pesar de sus sonrisas, que vendrá a saber si he educado bien a mi hija; i a quien yo te presentaré, a tí, grande, séria, modesta i buena. Al ver a tu lado, tu muñeca que se ha quedado pequeña, un poco descolorida, pero en buen estado, mirará, comparará, juzgará la diferencia de las dos personas, i dirá:

—Las tomo a las dos; se parecen tan poco, que no me equivocaré.

Entónces, Luchita mia, seguirás con tu muñeca a ese gran señor, tu nuevo, tu último camarada. Llevarás los dos ajuares, i conservarás, para mostrarla un dia a tus hijos, la muñeca que te habia escojido tu madre i que te habrá traido la dicha.

¡Ven a vestirte: el comerciante nos espera!

II.

LOS JUEGOS.

Hé ahí lo que resulta, Luchita, de jugar a la gallina ciega, con los niños de tu edad.

Mírate en el espejo. Estás encendida como una grana, lo que te impide enrojecer de vergüenza. Tienes una rotura en la manga i un chichon en la frente. Te han hecho correr hasta perder el aliento, te han despedazado, te han hecho caer. Así son siempre esos pillastrones, ya sean chicos o grandes, siempre harán lo mismo. Es el destino de las niñas demasiado buenas i de las mujeres demasiado débiles.

No me gustan estas cosas, Luchita, ni ahora, ni nunca.

No te impido que juegues con tu hermano i sus amigos. ¡Al contrario!

Es bueno que te acostumbres con el carácter de ellos, con su jenerosidad i hasta con su maldad. Cuando hayas llegado a ser una mujer, como yo, acordándote que tú los tratabas como hombres, cuando eran buenos contigo, los tratarás como niños grandes, cuando te causen alguna pena.

Conozco algunas madres que prohiben a sus hijas pequeñas el levantar los ojos delante de los niños. Esas madres conocen, sin duda, a niños mui malos i no están seguras de poseer buenas hijas. Yo, quiero tener confianza en los niños que recibo, i como entiendo que siempre me tengas abierta tu alma, para que yo pueda leer en ella, trataré de hacerte leer en la mia la razon de mis consejos i de mis acciones.

Tú conoces ese gran pais de las montañas azules, de las casas azules, de los árboles azules, que está pintado en los dos grandes floreros de mi cuarto. Es el Japon.

En ese pais tienen la costumbre de escojer, desde la edad de cuatro o cinco años, la niña que debe ser un dia la esposa de un niño de casi la misma edad.

Cuando los padres han hecho entre sí los arreglos indispensables, educan e instruyen a los niños el uno para el otro. De tiempo en tiempo, se examina i se compara su espíritu, como se examina i se compara su estatura, para ver si crecen bien i de la misma manera, en jentileza e instruccion.

Los japoneses, que son jentes mui corteses, no se atreven a burlarse de nuestros usos delante de nosotros; mas, entre ellos, parece que encuentran sumamente rara la moda de ocultar el uno al otro, durante veinte años, dos séres destinados a no tener nada oculto el uno para el otro, despues de sus veinte años.

No llevo la prevision tan léjos como las madres japonesas; i francamente, Luchita, yo no sé si tu futuro marido se halla entre los traviesos que te maltrataron hace un instante. Pero yo sé que no te educo para servir a Santa Catalina; i si te he dado una muñeca para enseñarte el oficio de mamá, te dejo tambien jugar con pequeños camaradas que, mas tarde, serán hombres, para que, jugando, aprendas el oficio de mujer.

No obstante, Luchita, es ser demasiado complaciente en consentir siempre en hacer de caballo cuando jugais a la dilijencia. Cada uno a su turno; o mas bien, no aceptes sino los tiros de a dos.

En sí mismo, el juego de la dilijencia es un juego como cualquiera otro. Tiene su enseñanza.

La vida es un enorme i pesado carruaje, que se hace rodar con facilidad, cuando el hombre i la mujer están a uno i otro lado de la misma lanza i marchan al mismo paso. El cochero permanece invisible; se sienten sin embargo sus golpes. El camino ora es suave, plano i sin obstáculos, ora áspero, cuesta arriba i pedre-

goso. Si la subida es difícil, se hacen bajar los niños que juegan en torno de los caballos de tiro, i que les devuelven las fuerzas. ¡Vuestros besos i vuestros juegos son nuestra avena!

Pero, entre tanto, no quiero que te lastimen los brazos con una cuerda, ni que te pongan una mordaza en la boca.

Cuando te recomiendo que seas buena i paciente, no te digo que te hagas esclava. Piafa con dignidad; eso bastará para advertir a los cocheros impertinentes.

Mas tarde, tú verás en los libros, ántes de verlo en el mundo, que el bien, para realizarse, necesita de la fuerza del hombre i de la dignidad de la mujer.

Los pueblos que nunca han cesado de tratar a la mujer como bestia de carga, no han comenzado aun su civilizacion; i los pueblos en donde la mujer desprecia i domina completamente al hombre, principian su decadencia.

Es preciso no despreciar a ninguna creatura viviente, Luchita, no mas al hombre que a la avecilla. Es menester no exponerse al desprecio de ningun sér animado, no mas al de la avecilla que al del hombre. Nuestro rol es de domesticar: las aves, para que olviden sus alas, los hombres para que las deseen i miren al cielo.

Domestica, pues, los amiguitos de tu hermano, i no te dejes martirizar mas por esos orgullosos gorriones.

Rie, charla, corre, juega envuelta con ellos en el mismo rayo de sol, en el mismo torbellino de polvo i de alegría; pero, no profanes la inocente libertad que te doi, haciéndote roturas en los vestidos i chichones en la frente.

Esto no significa que hayas de sentirte por un golpe dado sin mala intencion.

El mal físico no es el verdadero mal; solo es la apariencia. El dolor es una insidiosa cuestion que nos hace la vil materia, para saber si tenemos una alma. Mas tarde aprenderás esto.

Castigo a tu hermano cada vez que llora por una desolladura. El será soldado; es una de las pruebas que la patria impone al corazon de las madres; si saca su pañuelo del bolsillo, en el campo de batalla, que sea para vendar la herida de un camarada o la suya propia, mas no para enjugarse los ojos.

Tú, Luchita mia, tú no irás a la guerra, i deseo ardientemente que haya del todo desaparecido, cuando seas esposa i madre.

No obstante, los hombres están todavía tan léjos de entenderse, para jugar al mismo juego sin enojarse i sin batirse, que quizás te verás obligada a cuidar heridos. Aprende, desde ahora, a sufrir sonriendo, para que aprendas a hacer sonreir a aquellos que sufrirán delante de tí.

Te prohibo sin embargo el exponerte sin necesidad; pero no te prohibo jugar; como tampoco te prohibo trabajar, rezar, cantar i respirar.

El juego es tambien un deber. Todos juegan en este mundo.

Para los niños, es la gramática de la salud; para los grandes, es la jimnástica del buen humor.

El amor del juego es un instinto que se puede engañar, corromper, trasformar, pero no destruir.

No quiero hablarte de los juegos del mundo. Te asombrarias, Luchita, de los grandes nombres que toman i de los honores que algunas veces reciben. Vénse pueblos sérios prosternarse delante de hombres que llaman héroes, porque son jugadores de dados; grandes políticos, porque son jugadores de naipes; grandes salvadores, porque son jugadores de cubiletes.

La moral no siempre tiene su parte en estas ovaciones de la habilidad; pero la moral tambien es un juego, i los que juegan trampean mui a menudo.

Vas a temblar, Luchita. Hai mujeres que hacen de sus sentimientos i de sus deberes mas sagrados, juegos pérfidos i homicidas. Hai hombres que juegan todos los dias el pan de sus familias, so pretesto de industria o de ambicion.

La lucha de la razon contra el azar ocupa i atormenta a las tres cuartas partes de la humanidad.

Tú ves que el exceso del juego puede dejenerar en un gran vicio.

En cuanto a tí, Luchita, no tengas ningun escrúpulo; i cuando has aprendido todas tus lecciones, cuando has terminado todos tus deberes ¡anda a jugar! Olvida por una hora, por dos horas, que el mal i los malvados existen sobre la tierra. ¡Vé! ¡corre! toma tu raqueta i tu volante.

La raqueta, es la experiencia que da empuje al deseo. El volante es tu corazon rodeado de plumas. ¡Lánzalo al aire, hazlo saltar, volar bien arriba, tan arriba como puedas en el azul del cielo! Cuida que no caiga a tierra; no le quites sus plumas; el corcho mismo seria entónces demasiado pesado. ¡Acompáñalo siempre con la mirada, con la esperanza, con la sonrisa!

El juego del volante es mi juego predilecto; te ejercita toda entera; te obliga a tenerte derecha, a correr, saltar, a levantar los brazos, la cabeza, el cuerpo, todo tu sér.

Gusto ménos del juego de la cuerda. No obstante, se requiere mucha ajilidad i su ejercicio es excelente. Salta, hija mia, para tí sola ¿lo entiendes? i no para hacerte admirar. Has la cruz de Malta, la cruz del caballero; no abuses de las dobles i triples vueltas; son el supérfluo de la vanidad que fatiga. Cuando te sientas cansada, ten cuidado de no reposarte demasiado presto.

Guarda para el invierno los juegos de paciencia, los juegos de historia, de viaje; i, para el mal tiempo, los juegos del hogar i de las muñecas.

Han regalado a tu hermano una caja de juegos de destreza. Nada encuentro en ella a propósito para tí.

En esta caja de Pandora han puesto cubiletes, estuches, para enseñar el arte de escamotar. ¿Con qué objeto dar a los niños el

hábito del engaño? Por desgracia, demasiado impulsados somos al encubrimiento i al disimulo. Tu hermano tiene juegos mas nobles que buscar. Hazle amar largo tiempo la inocencia de los tuyos.

Cuando estais ahí, jugando ámbos en medio del parque; cuando te veo, a cada grande esfuerzo, morderte los labios, lo que ayuda mucho a lanzar mas léjos el aro; cuando tu hermano se alza sobre las puntas de los piés, como si quisiera abarcar cien veces en el espacio la distancia que pone entre su talon i la tierra; cuando os oigo reir a cada chambonada; cuando veo a vuestras dos personitas, avanzar, recular, retorcerse, enlazar los brazos, tropezar algunas veces, recibir, no acertar al aro i reir siempre ¡oh! entónces, yo me arrelleno con delicia en mi gran poltrona. Me siento feliz de veros jugar; como lo soi de veros trabajar. Me parece que vuestra animacion aumenta la vida que nos rodea; que vuestra alegría añade un resplandor mas al sol, una flor al jardin, una virtud a mi alma.

No os amo mas, queriditos mios, porque eso es imposible; pero os amo con ménos inquietud. Yo tambien olvido entónces los peligros de la vida, sus fealdades; solo veo sus gracias. Vuestros juegos son los nuestros, hijos mios; ellos nos tranquilizan del pasado que no conoceis: ellos nos hacen confiar en el porvenir que centellea en vuestros ojos.

Hé aquí por que, Luchita mia, una vez mas, te prohibo hacer de caballo.... En grandes aprietos te verias si yo te condenase a comer heno.

III.

LAS LECCIONES QUE APRENDER.

Abre tus ojos, Luchita, tanto como tus oidos, para escucharme mejor. Las palabras de una madre se ven en su rostro. Mírame, pues, para que me comprendas bien.

Porque lees correctamente; porque ya no tienes necesidad que las palabras impresas sean grandes como guisantes; i porque escribes letras un poco mas finas que lentejas, te consideras sabia i ya no quieres aprender.

Has declarado que la gramática te fastidia; que la historia antigua era demasiado vieja para parecerte bonita; que, sin duda, tú nunca irias al mercado i que, por consiguiente, no tenias necesidad de saber contar; que con los ferrocarriles la jeografía era inútil; que en los libros de cuentos se habla siempre de niñas expuestas a desposarse con príncipes hermosísimos, pero que, en ninguna parte, se habla de la necesidad de recibir lecciones, i, llevando el escándalo hasta su colmo, has llenado de tierra tu

tintero i plantado tu pluma de acero, como una insignia de revuelta, en medio de esta barricada.

¿Es esto verdad?.... Yo no te reprenderé, hija mia, porque, no hai duda, a tí te toca reprenderme. Los padres son siempre responsables de la pereza de sus hijos.

El mundo nunca podrá admitir que una niña amada, acariciada, i que tiene delante de sus ojos el ejemplo de su padre i de su madre que trabajan, pueda resignarse o encapricharse en permanecer ignorante, para ser mas tarde necia e insoportable.

El mundo dice:

—¡Es la falta de los padres!

I el mundo tiene razon. Talvez no he hecho lo posible por procurarte el gusto por el estudio. Mas, puesto que todavia es tiempo de arrepentirme, dime, Luchita ¿en qué he obrado mal para que quieras ser mi castigo i mi vergüenza?

Desde que sabes hablar, a cada paso, siempre me interrogas; i sabe Dios que muchas veces he tenido que hojear mis antiguos cuadernos para contestar a tus eternos: *¿Por qué?* ¿Cómo sucede entónces que siendo tan curiosa, no quieres abreviar el tiempo tratando de responderte a tí misma?

Tu erudicion hasta aquí se reduce a los cuentos de hadas. Con eso te contentas. ¡Cuidado! no hai un solo cuento que no sea un reproche de tu pereza.

Quieres decirme, Luchita, quién es la Caperucita Encarnada, sino una pequeña retozona que no sabe nada, i que el lobo se engulle, porque, en su ignorancia de la historia natural, la mui atolondrada ha confundido a un lobo con su abuelita.

Imajínate el pesar de la mamá de la Caperucita Encarnada. ¿Crees tú que no tendrá remordimientos de haber confiado una galleta tan hermosa i un tarrito de mantequilla tan fresca, a una chicuela bastante necia para referir, en el camino, sus encargos al primer lobo que encuentra, i para no saber que los lobos no tienen grandes patas, grandes ojos, una boca enorme i dientes agudísimos sino para comerse mejor a la jente?

¿Tú compadeces a la Caperucita Encarnada? Yo compadezco a su mamá, que ha debido morir de pesar; i compadezco al lobo que ha debido morir de indijestion; pues una niñita tan poco avisada es mui difícil de tragar.

¿Tomas un aire provocativo?

¿Porqué no hai lobos en nuestro jardin, crees tú que no los hai en ninguna parte?

Te equivocas. Hai i habrá siempre lobos en el mundo, en tanto que existan hombres; i lobos de grandes dientes para engullir a los ignorantes, a los tontos, a los que nada han aprendido: caperuzas rojas, caperuzas azules, caperuzas blancas, caperuzas de todos los colores i de todas las categorías.

¡Cuántos insensatos que arriesgan su galleta i su tarrito de mantequilla, rehusando instruirse, i que van a arrojarse en las

fauces del lobo, prodigándole m / caricias, sin acordarse que los lobos pueden ocultarse bajo las mas respetables papalinas!

Compara la necedad de la Caperucita Encarnada con la sagacidad de Pulgarito.

Hé ahí uno que deseaba aprender; i como sus padres eran demasiado pobres para costear maestros, aprendió solo, mui lijero; i su saber no solo le aprovechó a él, sino tambien a sus hermanos i a toda su familia.

Lo despreciaban por que era mui pequeñito. Tú comprendes que era una injusticia. El alma no se juzga por el tamaño de las personas. Si así fuera, los tambores mayores serian héroes; i todos los hombres grandes serian grandes hombres.

Por el contrario se han visto hombres, no mas grandes que la bota de un ogro, hacer prodijios.

Pulgarito no tenia el aire de un salvador, i sin embargo, salvó a todos los suyos.

¿Qué hizo para encontrar su camino? Esparció guijarros; era una nueva clase de dibujo, una especie de jeografía en relieve. ¿Cuando la noche lo sorprendió en el bosque, se contentó acaso con llorar? Nó. Trepóse arriba de un árbol, buscó una luz, la vió, i la siguió.

¿Cuando el ogro corria tras de él, cómo salió de apuros Pulgarito? Tomando las botas de siete leguas; lo que significa que no se habria visto embarazado para tomar el ferrocarril, si el ferrocarril hubiese sido inventado, i que estaba al corriente de los progresos hechos en el calzado por los zapateros de aquel tiempo.

Dime, Luchita, ¿qué harias si te encontrases perdida de repente en el universo, mui léjos de aquí? Llorarias, me llamarias; pero ni siquiera sabrias hácia que lado habias de dirijir tu voz.

Rogarias a Dios; lo creo. Mas, si Dios desea que tengamos confianza en El; prohibe que nos atengamos únicamente a El para salir de apuros. El quiere que hagamos un esfuerzo. El ayuda a los que trabajan; pero no hace la tarea de los holgazanes. Ha creado los paises para que los conozcamos, i nos permite trazar caminos, para que nos sirvamos de ellos. El te dejaria perdida para castigarte de no haber querido aprender de qué manera uno siembra su espíritu en los libros, a fin de volver a encontrarse en ellos; cómo uno debe elevarse sobre sí mismo para buscar en las tinieblas de su ignorancia, la pequeña luz que brilla siempre en el horizonte.

Estudia pues la jeografía, Luchita mia; son las botas de siete leguas de nuestros sueños. No te digas que esta ciencia está reservada a los viajeros. ¿Quién te asegura que no viajarás un dia? ¡Hai tantas maneras de abandonar su pais! No solo se va fuera de la patria por puro placer o por negocios. No quiero hacerte lúgubres predicciones. Sabe solamente que no hai ninguna ciencia que deba estar reservada a los hombres, puesto que no hai

ninguna desgracia, ningun duelo, ningun sacrificio que no pueda ser compartido por la mujer.

¿Quieres que te refiera una historia verdadera? (1)

Habia una vez un pueblo amable, hermoso, viejo i sin embargo jóven, como si hubiese sido tocado por una vara májica. Era rico, como Barba-Azul; halagado i aclamado como el mismísimo marques de Carabas. No habia en el universo entero, fiesta a que no acudiera, ni buena accion que sin él pudiera hacerse. Desgraciadamente, era mui orgulloso, i creia saberlo todo, porque se reia de todo.

Como la Caperucita Encarnada, llevaba una excelente galleta i un tarrito de mantequilla para los pobres que no tenian. Iba saltando, cantando, recojiendo avellanas. Quiso un dia, mal aconsejado, salir de su bosque e ir a cojer en el del vecino.

El desdichado pueblo descubrió entónces que ignoraba los caminos del vecino; pero que el vecino, en cambio, conocia los del atolondrado. Partió, a pesar de todo, olvidando la historia ¡los cuentos! ¡Ai! no anduvo mucho. Sus jefes no sabian mas que él.

Entónces, Luchita, se vió una cosa horrible.

No solamente los lobos estaban escondidos detras de los avellanos del vecino, sino que vinieron a comerse las avellanas de los otros. Vióse entónces que afilando sus dientes, habian aprendido la jeografía. Conocian hasta los menores senderos de sus enemigos. Llegaban de improviso, a las ciudades, a los campos, i delante de las puertas aun las mas ocultas.

¡Fué un terrible desastre!

Los lobos se comieron todo, hombres, mujeres, ganados, hasta los muebles; i, en su glotonería, se tragaron los relojes, pensando que un pueblo que no sabia aprovechar el tiempo no necesitaba saber la hora.

Desde aquel dia, Luchita mia, en ese pueblo devastado por los lobos, todas las mujeres juraron estudiar la jeografía i la historia, para enseñarlas a sus hijos i consolar a sus maridos.

Ese pueblo, Luchita, es la Francia. Supongo que no querrás un dia ver rondar en torno de la cuna de tus hijos, los lobos que arrasaron aquel hermoso pais. Apresúrate pues a estudiar la jeografía para agradar a tu hermano, i para ser digna del colejialito que será un dia tu marido.

Volvamos a nuestros cuentos.

Mucho quieres a tu gatito ¿no es verdad? Al acariciarlo, acuérdate del gato sublime que salvó un dia a su amo, i le adquirió por su saber una gran fortuna.

En sí misma, la moral del *Gato con botas* deja algo que desear. Apoderábase frecuentemente de los bienes que encontraba para dárselos a su amo; pero los *gatos con botas* no hacen otra cosa; i si los animales, que son mas industriosos que nosotros, tuviesen

(1) Alusion a las desgracias de la Francia, en la guerra de 1870.

la misma moralidad, nos serian superiores. Seria necesario entónces empeñarse en ser animal.

No temas nunca saber demasiado, Luchita. Hai una curiosidad frívola, la que estuvo a punto de perder a madama Barba-Azul. Esta solo pensaba en husmear en los armarios i en rejistrar sus trapos i sus alhajas. Pero hai una curiosidad séria, excelente, aquella que hace buscar las ventajas del corazon i del espíritu bajo las fealdades i deformidades aparentes.

Acuérdate de la hermosa princesa, tan poco espiritual i que se hizo un prodijio de espíritu, casándose con el sabio i feo Riquet el del Copete, i de Riquet el del Copete, que llegó a ser hermoso casándose con la reina de belleza a la cual él le daba espíritu.

¿No es esta la prueba de que el espíritu i el saber son mas poderosos que la belleza, puesto que la aumentan i la fuerzan a obedecer?

Así, está convenido; en adelante aprenderás tus lecciones de historia, para comprobar la moralidad de los cuentos; aprenderás tu jeografía para saber hallar tu camino en este mundo; la astronomía para buscar tu ruta en el cielo; la aritmética para adquirir el órden, la economía i moderar tu anhelo de ejercer la caridad sin arruinarte.

Aprenderás lo mas que puedas. En tanto que los hombres no tendrán jamas bastante ciencia, las mujeres nunca tendrán demasiada.

Quiero que si la suerte o la desgracia te reviste de una *piel de asno*, se descubra bajo ese disfraz una mujercita capaz de comprenderlo todo, i de brillar como un diamante en el recinto de su hogar.

¡El hogar! ¡henos aquí! Es el gran objeto de la vida, el terror de los espíritus lijeros e ignorantes, pero tambien es una ciencia; la ciencia por la cual se forman todas las demas.

Historia natural, historia de los acontecimientos, aritmética, química, botánica con el arte de conducirse bien i de saber conducir a los otros, todo concurre a la dicha íntima, al órden, a la economía, a la buena salud física i moral del marido i de los hijos.

En el hogar existen toda clase de alegrías i de recompensas; el cuento de la *Cenicienta* nos lo enseña; pero recomendándonos no acostarnos nunca demasiado tarde, i no olvidando jamas el deber en el placer.

Tengo la intencion, Luchita, de enseñarte una profesion. Se han visto algunas hijas de rentistas, mas ricas, ellas solas, que tres hijas de reyes, hacerse recibir como institutrices, maestras de escuelas. Esto es prevision; una profesion nada quita i puede reemplazarlo todo.

Mira lo que sucedió a la desdichada princesa durmiente del bosque. En aquel tiempo se educaba ya mui mal a los príncipes i a las princesas. No se les exijia que rindiesen exámenes, para

ser reyes o reinas, ni que fuesen los primeros en sus exámenes, puesto que ambicionaban ser los primeros entre los examinadores.

Si la princesa hubiese sabido hilar en su rueca, si le hubieran enseñado este oficio primitivo, esencial, no se habria herido torpemente i no habria dormido cien años.

¡Cien años! no es mucho para el sueño de los príncipes, que duermen mucho mas cuando se ponen a dormir; sin embargo, ya es demasiado. Como la costumbre de halagar a los príncipes i a las princesas data desde el oríjen de los principados, refieren en el cuento que una hada habia condenado a la bella a estar herida, i que éste era un destino fatal. Sí ¡era un destino! mas, yo sé el nombre de la perversa hada: la llamaban la hada Pereza; ella es la que condena a los niños ignorantes.

Ayer por la mañana, te he visto desde mi ventana plantar en una maceta una margarita arrancada del parterre. Tenia ganas de advertirte que esa flor sin raices no tenia esperanza alguna de reverdecer. Pero, tú trabajabas con tanto empeño, estabas tan segura de tí misma, que preferí dejarte concluir tu faena.

¡Pobre florecilla! la enterraste en la tierra como enterraste tu pluma en el tintero, ni siquiera la regaste para prolongar la agonía de su frescura; i ufana instalaste tu maceta en pleno sol, para que nada faltase al suplicio de la hermosa margarita.

Esta mañana, mira: la flor está marchita, seca; está caida sobre el borde de la maceta i todas las regaderas del cielo i de la tierra no podrian reanimarla. ¡Ya ni siquiera causa lástima! Está fea; causa horror; solo resta arrancarla i arrojarla a la basura.

No quiero, Luchita, que te asemejes nunca a esta flor de un dia, tan mal plantada, tan mal cuidada. Yo me atengo a tu raiz: es la ciencia que toda niña modesta debe ocultar, pero que, bebiendo los jugos de los libros, de las lecciones i de la experiencia, produce la savia, i, mas tarde, producirá flores.

Ignoro en que maceta te tocará brillar; que sea de greda, de loza o de porcelana, con tal que no tenga rajaduras, yo te plantaré con confianza. Quiero que florescas con toda seguridad; que embalsames el aire en torno tuyo. Mas, para esto, querida ramita arrancada de mi corazon, vas a prometerme que te dejarás abonar, regar, podar, cuidar, como una plantita sumisa i obediente.

¿Dices que sí? Así me gusta. Ahora, cuando me hagas llorar, será de gozo i de orgullo. Esas lágrimas, Luchita mia, cayendo sobre tí, serán el rocío de tu alborada.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

ESCRITORES COLOMBIANOS.

RAMON M. ARANA.

Nació en Cartago, Estado del Cauca, el 8 de setiembre de 1820.

Hizo sus estudios en el colejio de Santa Librada, en Cali, i en el provincial de Cartago, completándolos mas tarde en el de San Bartolomé de Bogotá.

Fué secretario de la gobernacion de Pasto de 1849 a 1851, secretario del Cauca de 1861 a 1863, diputado por el Estado de su nacimiento a la Convencion de Rionegro de 1863, diputado a la lejislatura del mismo Estado, varias veces, jefe del municipio de Quindio en 1867; i últimamente, en la administracion del doctor Murillo, fué nombrado cónsul en Brusélas.

Como defensor de la célebre causa que los habitantes de la aldea de María promovieron sobre límites, escribió varios folletos i hojas sueltas.

En Pasto redactó, en los años 1849, 50 i 51, los periódicos políticos El Volcan i Las Máscaras, i en Bogotá ha colaborado en El Síkis, el Diario de Cundinamarca i otros. Fué de los fundadores i redactores de La Nueva Idea.

LUCIANO RIVERA G.

Nació en Buga, Estado del Cauca, el 5 de diciembre de 1846.

Hizo sus estudios en la capital de la república en los colejios de Perez hermanos, de los jesuitas i Santo Tomas de Aquino, en la época en que fué dirijido por el doctor Ortiz.

Comenzó a escribir para el público a la edad de diezinueve años, i desde entónces colaboró en los periódicos La Alianza, El Hogar, La Fé, El Museo literario, El Bien público, El Eco literario, La Revista i La América, de Bogotá; en El Cóndor i El Oásis, de Medellin; en El Cauca, de Popayan; i en La Esperanza, de Guayaquil.

Varios de sus artículos han sido reproducidos en periódicos de otras repúblicas.

En 1871 dió a luz sus Ensayos Literarios, coleccion de cuatro narraciones cortas; i en seguida las cartas de viaje, que llevan por título: De Buga a Quito, que aparecieron en El Bien público.

Tiene inédita una novela de costumbres, i actualmente prepa-

ra, para dar a la prensa, su obra nominada: De América a Europa—Recuerdos de viaje.

Algunos de sus escritos están firmados con el seudónimo: Rivas Gallardo.

JOSÉ HILARIO LOPEZ.

Nació en Popayan, Estado del Cauca, el 18 de febrero de 1798.

Tomó parte en la guerra de la independencia desde el 9 de octubre de 1812, enrolándose en el ejército patriota como cadete de la 5.ª compañía de infantería, mandada por el capitan José María Ordóñez; i por su valor i decision en la causa patriota, obtuvo el grado de jeneral.

Fué gobernador de la provincia de Bogotá, secretario de guerra i marina, ministro residente de la Nueva Granada en Roma i Presidente de la República.

El año de 1857 publicó en Paris el primer tomo de sus Memorias.

Murió en Neiva el 27 de noviembre de 1869 i despues de sufrir una larga i penosa enfermedad.

AGUSTIN NUÑEZ.

Nació en Cartajena en 1813.

Siguió en 1815, con sus padres, a la emigracion de los patriotas, despues de la heróica defensa que éstos hicieron durante el sitio de esa plaza por los españoles.

De regreso a Cartajena, en 1822, entró a la escuela del padre frai Nicolas Ruiz, en donde adquirió los conocimientos elementales correspondientes a su edad.

Vino en 1823 al colejio del Rosario de esta ciudad, donde cursó filosofía hasta 1827.

En Cartajena concluyó su carrera recibiendo en la Universidad de Magdalena e Istmo i en el tribunal de ese mismo distrito, los grados de bachiller, licenciado i doctor en jurisprudencia, i en 1832 el título de abogado.

En 1834 era ya juez de primera instancia, juez de hacienda de la provincia de Cartajena i presidente del consejo municipal del canton, no obstante las muchas atenciones de la casa de comercio del señor su padre, quien en ese año i en el siguiente vino al congreso de senador.

En el mismo año intervino como conjuez del tribunal superior, en el fallo de la célebre causa del ex-jeneral José Ignacio Luque, seguida por asesinato i robos cometidos en el correo del interior.

Redactó la sentencia condenatoria que impuso a Luque la pena de destierro perpétuo, apesar de la opinion del respetable majistrado doctor José Marcelino del Real, que propuso la de presidio.

Acusado el doctor Nuñez ante la corte suprema por este fallo (el doctor del Real habia muerto en 1835) sostuvo la legalidad de la sentencia i fué absuelto en primera i segunda instancia.

En 1839 vino el doctor Nuñez a Bogotá con el objeto de recibir del señor José María Plata los cuantiosos intereses que este señor manejó como apoderado i ajente del señor Manuel María Nuñez, padre del doctor.

I en mayo del mismo año, recibió poder de los majistrados del tribunal superior de justicia del Magdalena e Istmo, para defenderlos ante el senado de la república. contra la acusacion intentada el año anterior por la cámara de representantes, por la sentencia que dictó dicho tribunal en el negocio de la goleta americana *By Chance*. La sentencia fué absolutoria.

Pocos meses despues se dirijió el doctor Nuñez a los Estados Unidos i luego a Europa, en donde permaneció cerca de nueve años al frente de una casa de comercio, hasta su regreso a Cartajena en 1848.

Fué en 1849 el primer gobernador de la nueva provincia de Ocaña hasta 1852 i su primer representante en los congresos de 1850 i 1851. En este último congreso fué él quien redactó i presentó por primera vez el proyecto de lei sobre separacion de la Iglesia i del Estado, i el primero que propuso la forma de gobierno federal por completo, en el proyecto de constitucion que se discutia en dicho año.

Elejido a la vez senador por la provincia de Cartajena i representante por la nueva provincia de Valledupar, concurrió por ésta al congreso constituyente de 1853.

En el Estado de Magdalena fué diputado a la asamblea constituyente de 1857. Redactó la constitucion de ese año i los códigos civil, penal, de organizacion judicial i de procedimientos i las leyes mas importantes. Fué ministro del tribunal del mismo Estado, procurador jeneral; i en 1861 fué nombrado consejero de gobierno, con cuyo carácter vino a esta capital en 1862. En seguida fué elejido diputado a la convencion de 1863, en Rionegro, a la cual concurrió.

El Estado de Bolívar lo nombró ministro del tribunal superior para 1860 i 1861, i senador plenipotenciario para los congresos de 1870, 1871, 1874 i 1875. Actualmente es diputado electo para la asamblea próxima.

Fundó varios periódicos en Riohacha, Ocaña, Cartajena i Santamarta, en varias imprentas de su propiedad. Ha colaborado en varios, señaladamente en El Nuevo Mundo, de Bogotá, periódico de oposicion, haciendo el "exámen de actos oficiales."

En 1872 redactó los proyectos de códigos nacionales de los

cuales el congreso de 1873 aprobó el civil, el penal i el fiscal; quedando pendientes el administrativo, el militar i el de fomento.

MEDARDO RIVAS.

Nació en Bogotá el 4 de junio de 1825.

Hizo sus estudios en el colejio del Rosario i recibió mui jóven aun el grado de doctor.

Durante la administracion del jeneral José H. Lopez, fué nombrado cónsul de la República en Venezuela, i despues pasó a los Estados Unidos del Norte, en donde se perfeccionó en el conocimiento de los idiomas frances e ingles.

Mas tarde ha desempeñado los destinos de representante, senador, secretario de guerra i marina i cónsul jeneral de la República del Ecuador i de la República Arjentina. La administracion del señor Perez le nombró cónsul jeneral en Berlin; empleo que no aceptó.

En la revolucion del año de 1860 obtuvo el grado de jeneral.

Ha sido colaborador de muchos periódicos del pais i del extranjero i redactor de El Liberal, El Siglo (en compañía de los señores Salvador Camacho R. i Antonio M. Pradilla) i de La Revista de Colombia, periódico político, literario i noticioso, escrito íntegramente por él; i el cual sostuvo por cinco años desde el 25 de mayo de 1868 hasta el 13 de febrero de 1872; i en su segunda época desde 21 de febrero de 1873 hasta 16 de enero de 1874.

En este periódico aparecieron sus novelas cortas: Las dos Rosas, El Destino, Memorias de un Ajusticiado, La vida en América, Dolores i Tradiciones de Tocaima; i sus comedias en un acto: La Falta de Orden, El Socialista i La Leccion de una Novia.

Es autor de las siguientes obras:

La Condicion del Pueblo en Colombia.

La Pola, drama.

Conferencias sobre Educacion de la Mujer, i

Conversaciones sobre Filosofía.

Algunos de sus escritos llevan el seudónimo de Emilio Souvestre.

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER.

Nació en la Villa del Rosario de Cúcuta el 2 de abril de 1792.

Despues de sus estudios, abrazó la carrera de las armas, prestó bastantes servicios a la causa de la independencia nacional i gobernó la República de Colombia desde 1819 como vice-presidente, i la de Nueva Granada como presidente en 1832.

Murió en la capital el 6 de mayo de 1840.

Escribió varios artículos políticos i sus MEMORIAS, para sincerarse ante la historia.

ISIDORO LAVERDE A.

EXPOSICION INTERNACIONAL DE 1875.

CARTA SEGUNDA AL LECTOR.

Señor lector: No puedo negar a Ud. que he tenido el honor de proporcionarle una bellísima ocasion de ejercitar una de las mas preciosas virtudes cristianas: la paciencia.

¿Se acuerda Ud. de la historia de San Simon Estilita? Ud. ha reproducido a lo vivo la proeza de ese insigne penitente: solo que él se estuvo inmoble no sé cuantos años de pié sobre una columna i Ud. lo ha estado en el suelo firme durante no sé cuántos dias, en la puerta del pabellon Rose Innes & C.°, donde habrá hecho Ud. el papel de la mas primorosa de las estátuas de la Exposicion, i los que lo hayan visto habrán exclamado: ¡Si está que habla i.... hace pinicos!

Pero si Ud. ha hecho ejercicio de paciencia en la inmovilidad, yo lo he hecho miéntras tanto en una insufrible movilidad. Allá va lo uno por lo otro, i estamos pagados. Por contricion de amor a la patria i por atricion de temor a las multas me ha tenido Ud. durante medio mes a idas i venidas diarias a diez legua de distancia, donde, para mayor comodidad mia, se me encargó de empadronar al pueblo soberano....

Oida esta cumplidísima satisfaccion, olvidemos lo pasado, deme Ud. de nuevo el brazo, sígame, mire i escuche.

Toda esta seccion, que pertenece a una sola casa de comercio, la de Rose Innes & C.°, contiene en muestras la miseria de 155,000 pesos. Creo que Ud. i yo nos contentariamos con ser dueños del valor de las muestras.

Dé Ud. aquí un vistazo jeneral. ¡Qué diversidad de máquinas i aparatos de todo jénero! El fierro i el acero en manos de la industria humana son blandos como cera para recibir las mas caprichosas formas, obedientes i hábiles para el trabajo como el mas

intelijente i bien pagado obrero, fuertes, resistentes e incansables en la labor.

Al contemplar esta variedad infinita de ruedas, sierras, aspas, gárfios i cuchillas, ¿no se le figura a Ud., señor lector, que está contemplando el repostero de máquinas de tortura que la diabólica inventiva i exquisita crueldad de los mónstruos coronados del paganismo romano tendrian de repuesto, en los tiempos de la persecucion contra los cristianos?

En cuanto a mí, le aseguro que, si bien no puedo ménos de admirar la destreza i la rapidez con que trabajan estos inanimados obreros de hierro, movidos con un impulso invisible, yo no gozo aquí.

Pero, dejémonos de filosofías i de sentimentalismos. Voi a explicarme sobre lo mas notable que vayamos encontrando; adviértole, sí, que por ahora voi hablar por boca de ganso i "si, lector, dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento."

Al lado de aquel motor quema-paja, i de aquella trilladora de Clayton, tiene Ud. una linda máquina para tascar i peinar el cáñamo. Vea Ud. cómo lo echan en bruto por este lado i cómo por el otro va saliendo en forma de sedosos filamentos como cabellos de ánjel. Un poco mas allá tiene Ud. una trilladora de trigo de Pitt, otra trilladora de paja del ya mencionado Clayton i aquí esta máquina para elaborar fierro; lo que muestra el camino del injenio industrial del hombre, que consiste en sojuzgar los elementos poniéndolos en lucha el uno contra el otro i aun en lucha suicida a cada elemento contra sí mismo.

Pasemos de largo por frente a estas sierras verticales, dignas émulas de aquella otra que en nuestro anterior paseo vimos. Esta máquina sirve para la extraccion de aceites i es, como si dijéramos, el prólogo de todas las máquinas posibles, porque todas suponen fabricado ya el aceite i en esto se parecen, entre otras cosas, a la ensalada.

Parémonos aquí, que vale la pena. Hé aquí una admirable copista. Pone Ud. a este lado de esta maquinita un radio de rueda, una horma de zapato, un bolillo de silla o lo que a Ud. se le ocurra i por el otro lado comienzan a salir como por encanto centenares de radios, hormas, bolillos, etc. Se me ocurre que si Ud. se acostara en lugar de la horma de zapato, habia de comenzar a salir por el otro lado un grimillon de hombrecitos igualitos a Ud., señor lector.

Si Ud. fuera dueño de minas, le interesarian esta bomba a vapor para desaguar i este taladro mecánico que, segun dicen, comienza a entrar en una roca i no pára hasta llegar a las mismísimas entrañas del infierno.

Si fuera Ud. siquiera molinero, no tendria precio para Ud. esta maquinaria para los trabajos preparatorios de la fabricacion de harina.

Si hubiera Ud. abrazado la industria cuyo primer usufructua-

rio i primera víctima fué nuestro padre Noé (de quien todos los humanos descendemos, mal que nos pese) se ahorraria Ud. el pago de muchos brazos con la adquisicion de esta otra máquina, i nos venderia Ud. vino barato.

Mire Ud. este formidable batallon de arados, pesada cruz de los bueyes i crudelísimos desgarradores de las piadosas entrañas de nuestra madre Tierra. Pero, consolémonos con que solo ella tiene la culpa de que sea necesario tanto rigor. Si, como en los tiempos de la edad de oro, nos diese espontáneamente sus preciados frutos, otro gallo le cantaria. Dejemos ya estos colosales instrumentos de la cirujía agrícola, i pasemos a otra cosa.

Ud. estará creyendo mui seriamente que estas preciosas chimeneas son de mármol i del mármol mas lindo del mundo. Pues está Ud. mui equivocado; no son de mármol. Pero esta vez voi a dejarlo a Ud. con la curiosidad de saber de qué están hechas las chimeneas, i la razon que me induce a ello es que se me ha olvidado el nombre del material de que me dijeron que eran.

Dicen que los mejicanos son excelentes jinetes. Así debe de ser indudablemente i ademas deben de estar blindados con acero, porque lo que es yo no cabalgaria ni por todo el oro del mundo un caballo de trote en una de estas sillas mejicanas. Con eso i todo, son ellas preferibles a las *monturas redondas* de nuestros huasos (que tienen tanto de *redondas* como Ud. de triangular.) Para montar sobre éstas hai que gastar medio dia en levantar una torre de Babel de pellones sobre el lomo de la cabalgadura; una vez concluida la tarea de ensillar, tiene Ud. que abrir las piernas como para cabalgar en dos caballos i, por último, si no nació Ud. sobre la *montura redonda*, no les arriendo a sus tobillos la ganancia que hagan con esos dos troncos laboreados que se llaman *estribos*.

So pena de vivir en la mas espantosa ociosidad, madre del tedio, i so pena de hacer el negocio de la modista con perjuicio del bolsillo del padre o del marido, las mujeres tienen que coser. No serán pocas, pues, las bendiciones femeninas que hayan recaido sobre el que inventó la primera máquina de coser. Ahora: si sobre éste han llovido a millares las bendiciones, a millones deben llover sobre el que inventó esta máquina de coser que delante tenemos. Con ella, ya no necesitan las mujeres mover con sus manos o con sus piés la máquina, cosa que les ocasionaba tantas enfermedades; bástales ahora tener cañería de agua potable en sus casas i adaptarla a este sencillísimo i pequeño motor, amen, por cierto, de gastar por una sola vez ochenta pesos.

No nos embarquemos en este maremagnum de cristalería, artículos de plaqué, de bronce i de fierro fundido.

Supongamos, señor lector, que Ud. acaba de comprar una casa i que le urje tanto instalarse en ella con su familia, que no puede Ud. esperar el tiempo necesario para que la pinten (a la familia nó, sino a la casa) se seque la pintura i se disipe el consiguiente

mal olor, todo lo cual, como Ud. sabe, no es cosa de un par de dias.

¿Qué hace Ud. en ese caso, señor lector?

¿Se queda Ud. pensándolo? Pues escuche Ud.: no tiene mas que comprar de este papel de estaño, i, donde Ud. lo pegue, remeda, a su antojo, pintura al óleo, barnices, maderas, dorados, mármoles, etc., etc. I lo que es mejor aun: puede Ud. hacer lavar cuantas veces la gana le dé, techos, paredes, frisos i puertas. ¿Me negará Ud. que el descubrimiento vale mucha plata?

Vamos a este otro, que es primo hermano del anterior. Aquí tiene Ud. papel-madera o madera-papel para empapelar. Métale Ud. pluma a la duracion que ello tendrá. I vea Ud. qué finura i qué flexibilidad en el material.

Cara tiene Ud. de poco familiarizado con las armas de fuego i la pólvora debe de tener para Ud., si no me engaño, olor a miedo. Con todo, no eche Ud. en olvido que aquí hemos visto muestras de pólvora de todas clases, desde la que sirve para hacer volar montañas hasta la que sirve para hacer que no vuelen mas los jilguerillos.

¿No le parece a Ud. cargo de conciencia que estas lindas máquinas segadoras vayan a dar al campo en vez de ser cuidadosamente guardadas como un chiche en un salon?—¿Sí?—Pues somos de una misma opinion i ¡adelante!

Aquí tiene Ud. ruedas de carreta; dicen que no son *hechizas* sino extranjeras, lo que vale tanto como afirmar que en Extránjis *no se hacen* las cosas. No crea Ud. que le digo esto por hacerle comulgar con ruedas de carreta: no llega a tanto mi audacia, señor lector.

¡Vamos, señor i amigo! ¿Qué particularidad tienen las ruedas de ese coche?

—Busco, busco, vuelvo a buscar, i no acierto.

—Es Ud. poco observador. ¿No ve Ud. que las llantas son redondas en vez de ser cuadradas?

—I ¿qué importa eso? ¿Qué ventaja resulta de ello?

—Eso yo no lo sé, señor lector. Si es mucha la curiosidad de saberlo, podriamos preguntarlo al fabricante por el primer vapor.

Esta bomba centrífuga arroja 1,200 galones de agua por minuto. De donde se colije que la tal bomba daria lo bastante para abrevar a medio Santiago.

¡Un brinco, señor lector, i estamos en pleno Centro-América, en Costa Rica! No desdice de este último nombre la preciosa coleccion de materias primas que esa republiquita luce en la Exposicion. Café, en gran variedad, arroz, frejoles i demas bebestibles i comestibles; seda, cueros, goma elástica, incienso, copaiba, quina, cacao, etc., etc., si fuera a numerarle a Ud. todo lo que hai en esta arca de Noé, tendriamos que alojarnos esta noche aquí.

Entremos ahora en la mas antipática de todas las secciones de la Exposicion. Es, sin embargo, el salon de honor, i está lleno de las baratijas industriales de los súbditos de Von Bismark. Así co-

mo allá le dije a Ud. que todo era brillante, lleno de gracia i de buen gusto, mui simpático, es decir, mui frances; así le digo ahora que todo es aquí.... mui aleman, demasiado aleman. ¡Perdonen los interesados! Aquí no encontramos ni quien nos haga una indicacion; las jentes son tercas, adustas i un si es no es inciviles. ¡Ah! si estuviéramos en el galpon frances, señor lector!.... I de nó, haga Ud. la prueba de preguntarle algo a ese cara de baqueta que Ud. ve allí, i sabrá cuántas son cinco. Zarandajas falsas o falsificadas, juguetes mas o ménos grotescos i ordinarios, fósforos (¡gran novedad industrial!) etc. He ahí a lo que se reduce el salon aleman.

—Es Ud. injusto, señor escriborroteador.

—¿En qué, señor lector?

—Allí veo yo un soberbio órgano....

—Bueno para una parroquia rural.

—Alhajas, artículos galvanoplásticos, de plaqué, de bronce i de cristal.

—En cuanto a las alhajas.... son israelitas (para usar términos parlamentarios); de galvano-plástica no entiendo jota....

—¿I aquellos armoniums, aquellos ricos pianos, aquel órgano mecánico?

—Ya hemos visto i veremos mucho mejor que eso, señor lector.

—¿Le parecen a Ud. cosas de tres al cuarto estos instrumentos ópticos, estos objetos de marfil, estos albums i necesarios con música, este camafeo que vale 3,000 pesos, estos relojes, estos vasos sagrados, estas cajas de fierro para incendios, aquellas sierras, herramientas i armas blancas?

—¡Todo es aleman, señor lector, todo, todo!.... Me ha puesto Ud. de mal humor con sus réplicas, i pongo punto final a este paseo-carta. Lo ménos malo que puede sucederle a Ud. es que le haga esperar otro par de semanas a la puerta de otra seccion de la Exposicion.

Conque, ¡abur!

Santiago, 18 de noviembre de 1875.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL RENEGADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, SACADO DEL FRANCES I ARREGLADO EXPRESAMENTE PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

(Conclusion.)

ACTO IV.

(El teatro representa un bosque. A la derecha, las murallas de un convento. A la izquierda, la cabaña de Pedro.—Principia a amanecer.—Una tempestad deshecha. La campana del convento suena pausadamente.)

ESCENA I.

ALONSO (*Con el nombre de*) FERNANDO (*Solo.*)

FERNANDO. (*Aparece en el fondo del bosque, con sus vestidos despedazados. Apoyado en un baston, camina con pasos vacilantes.*) No sé lo que pasa por mí: esa viva claridad del relámpago; ese sordo ruido que me hace estremecer; el lúgubre acento de esa campana...; todo me parece un sueño, pero un sueño fatídico... Siento el alma oprimida... ¡Ah! no me cabe duda: esta es la voz de Dios que me llama al arrepentimiento... (*Mirando al cielo.*) ¡Dios mio! apénas sí me atrevo a pronunciar vuestro sacrosanto nombre ¡compadeceos de mí, compadeceos de mí!... (*Adelantándose en la escena.*) ¡A qué triste estado me veo reducido!... Yo, ántes tan orgulloso, tan altanero; yo, que siempre iba cubierto de ricas vestiduras; yo, a quien no bastaba un reino para satisfacer la ambicion que devoraba mi alma, me veo ahora solo, abandonado i al punto de perecer de miseria... La tempestad brama i no tengo un techo donde abrigarme, un rincon donde poder descansar mis fatigados miembros... Todos me rechazan, todos huyen

de mí... (*Mirando en su alrededor.*) ¡Ah! ahí veo una cabaña: llamaré otra vez, volveré a pedir, i si me despiden sin darme lo que tanto necesito, entónces acabaré con mi triste existencia ¡me arrancaré la vida con mis propias manos! (*Llama a la puerta de la cabaña.*)

ESCENA II.

FERNANDO, FABRICIO.

FABRICIO. (*Dentro.*) ¿Quién va?

FERNANDO. Un infeliz que os pide una limosna por amor de Dios.

FABRICIO. (*Dentro.*) Allí en frente está el convento. Llamad i os abrirán. Aquí no tenemos con que dar de comer a tantos pordioseros como pululan en la aldea. ¡A otra parte, amigo, a otra parte!

FERNANDO. Mirad que ya desfallezco i muero de necesidad.

FABRICIO. (*Dentro.*) ¿Con que tanto apura?... Aguardad, entónces; dejadme abrir i veré si es cierto lo que decís. (*Asomándose por un postigo; tiene la cabeza cubierta con un gorro de dormir.*) Mui temprano venís a incomodar a los vecinos. ¡Ui! si apénas está aclarando. Si no me engaño, entre sueños, creo haber oido la campana del convento, i ya sabeis que los padres se levantan mui de madrugada a cantar maitines... (*Brilla un relámpago i se oye el último trueno.*) ¡Misericordia! parece que se viene el cielo abajo. (*Cierra el postigo.*)

FERNANDO. ¡Abrid, por amor de Dios!

FABRICIO. (*Dentro.*) Nó, nó; hace mucho frio i temo me dé un catarro si vuelvo a abrir el postigo.

FERNANDO. ¡Me despiden!... ¡no me oyen!... ¡no se compadecen de mí!... ¡I se atreven a llamarse hombres!

ESCENA III.

FERNANDO, FABRICIO, PEDRO.

PEDRO. (*Dentro.*) Fabricio, Fabricio ¿qué haces ahí tan temprano? ¿qué sucede?

FABRICIO. (*Dentro.*) Es un mendigo que vino a pedir limosna i yo lo mandé que fuese al convento.

PEDRO. (*Dentro.*) ¡Es posible! Quita muchacho; déjame abrir. (*Abriendo la puerta de la cabaña. A Fabricio, dentro.*) Jamas se debe rechazar al desgraciado que llama a nuestra puerta e implora nuestra caridad. (*Saliendo con la cabeza atada con un pañuelo.*) ¿Qué quieres, pobre muchacho? ¿quién sois?

Fernando. Yo soi ahora un infeliz mendigo, pero ántes poseia un gran reino; tenia riquezas i poder... Mi nombre no os lo diré; llamadme como os parezca; Fernando, si quereis.

Pedro. *(Aparte.)* ¡Infeliz!

Fernando. Lo que os pido es un pedazo de pan para poder continuar mi camino ¡tengo hambre!

Pedro. Te daré de comer, pobre muchacho, te daré de comer.

Fabricio. ¿Qué decís, padre? Así sois siempre: basta que uno sea pordiosero para que coma de nuestro pan.

Fernando. *(A Fabricio.)* ¿Nunca has tenido hambre, jóven? ¿nunca te has sentido desfallecer por falta de un pedazo de pan?...

Fabricio. Sí, por cierto; cuando paso largo tiempo sin comer, tengo hambre; pero esa no es una razon...

Fernando. Para que yo tenga hambre ¿no es verdad?

Fabricio. Es que..., es que...

Pedro. ¡Silencio, Fabricio! respeta la desgracia de este pobre hombre. *(A Fernando.)* Oye, Fernando: quédate conmigo; no soi rico, a la verdad; pero miéntras Dios i los moros me dejen un pedazo de pan, tú lo partirás conmigo.

Fabricio. Bueno está. ¿I nosotros que somos los hijos de la familia?...

Pedro. ¡Silencio! te digo.

Fabricio. Pero...

Pedro. ¿Callarás, al fin? *(Tirándole las orejas.)*

Fabricio. *(Gritando.)* ¡Ai! ¡ai! ¡ai! *(A Fernando.)* ¡Malhaya sea! tú tienes la culpa. Allá me las pagarás. ¡Por qué no te quedaste en tu reino, maldito pordiosero! *(Entra corriendo en la cabaña i cierra la puerta.)*

ESCENA IV.

PEDRO, FERNANDO.

Fernando. *(Desvariando.)* Es verdad ¿por qué abandoné mi reino?... Pues ¡qué! ¿permaneces solo a mi lado?... ¿Dónde están mis cortesanos?... Quiero que los placeres reinen en esta morada. Llamad a mis esclavos... Haz servir, al punto, un espléndido banquete. Alternen sin cesar los juegos i las risas; pues, lo sabes: se me despedaza el corazon, no vivo mas que de llanto... ¡Retírate, Lopez!.. Volveré a ver a mi padre... Ya oigo sus pasos. A lo léjos veo relumbrar su brillante armadura... Se aproxima...; me manda quedar...: obedeceré, padre mio... ¡Gran Dios! no veo ya mas que un espectro horrible que se ajita; que sacude sus pesadas cadenas; que me emenaza... *(Cayendo de rodillas.)* ¡Ah, padre mio, padre mio, no huyais, no me abandoneis, no me maldigais! *(Cae por tierra.)*

Pedro. *(Llamando.)* ¡Fabricio! ¡Fabricio!

FABRICIO. (*Asomando la cabeza por el postigo.*) ¿Qué hai, padre?

PEDRO. (*Ayudando a levantarse a Fernando.*) ¡Desdichado!

FABRICIO. No tanto. Mirad, ya se vuelve a levantar: jente de esa clase, jamas se muere.

PEDRO. Fernando, hijo mio, vuelve en tí. Mira como se despeja el cielo; cuán bella está la naturaleza; cuán verdes los árboles de la selva; cuán cristalinas las aguas del arroyo... (*Sentándolo en un banco.*)

FERNANDO. ¿Es vuestra voz, bienhechor mio?... ¡Ah! dadme con que satisfacer mi necesidad, i despues, os dejaré en paz; abandonaré estos lugares; me internaré en la montaña. Allí talvez encuentre un término a mis males.

FABRICIO. (*Desde el postigo.*) Por supuesto, nadie puede negar lo juicioso que es ese modo de hablar.

PEDRO. Te voi a socorrer, hijo mio, no solamente hoi, sino tambien mañana i todos los dias. Fabricio, anda lijero: pan i vino.

FABRICIO. Pero, padre...

PEDRO. Anda, te digo. (*Fabricio cierra el postigo. A Fernando.*) Una sola cosa no me gusta en tí, i es que no quieras decirme tu nombre.

FERNANDO. ¡Imposible!

PEDRO. ¿Por qué imposible, hijo mio?... Bien podriais contarme tus penas, tus desgracias. No soi mas que un pobre campesino, pero ¿qué importa? yo podria hallar quizas algun consuelo para tus males. Amigo mio, dime tu nombre.

FERNANDO. No puedo. Si os dijera mi nombre, perderia vuestra estimacion.

PEDRO. A lo ménos, perteneces a una condicion superior a la mia. Bien podria ser que tu familia...

FERNANDO. ¡Mi familia!... no la tengo.

PEDRO. Que tu padre...

FERNANDO. ¡Mi padre!... lo he perdido. (*Levantándose.*) Dejemos esta conversacion, pues siento mi cabeza volverse otra vez confusa. ¡Oh! mi bienhechor, mis ideas se agolpan i revuelven; mi alma desfallece... ¡Desdichado de mí!

PEDRO. Hijo mio, hijo mio, respeto tu secreto, ya no intentaré conocerlo. (*Mirando a la cabaña.*) Pero Fabricio no llega... Ven, Fernando, ven a apagar tu sed i a satisfacer tu hambre; un poco de descanso calmará tus sentidos ajitados ¡ven! (*Entran en la cabaña.*)

ESCENA V.

FABRICIO, (*Despues*) PERICO.

FABRICIO. (*Saliendo por detras de la cabaña, con un cesto al brazo.*) ¡Hola! ¿dónde están? ¡Padre!... ¡Fernando!... No respon-

den ahora... ¡Padre! ¡Padre!... Ni una sola palabra... Quién sabe si ese mendigo, con su reino, se lo habrá llevado... No sé, pero yo creo que ese hombre puede ser mui bien uno de esos brujos que, segun dicen, vagan alrededor de nuestra casa; o será quizás el diablo, en persona natural, que se habrá disfrazado así de cristiano para dar sus rondas, vueltas i revueltas... Yo no sé por qué, mas.. , lo cierto es que... que... que... estoi tem... blan... do... do... do... de miedo; que ya de susto, el sudor me go... go... gotea por la frente; i que... que... que no me atrevo a dar vuelta la cabeza por temor de que... que... que...

PERICO. (*Que entra corriendo por el foro.*) ¡Aquí estoi, por fin!

FABRICIO. (*Gritando.*) ¡Padre! ¡padre! ¡socorro!

PERICO. ¡Si soi yo, hombre, soi yo!

FABRICIO. (*Sin atreverse a mirar.*) ¡Mas allá, señor Sa... Sa.. Satanás!

PERICO. ¡Vive Dios! esto si que es gracioso. Pues ¡qué! Fabricio ¿ya no me conoces?

FABRICIO. (*Sin mirarlo.*) Sí... sí... os conozco. No os acerqueis.

PERICO. ¡Canario! ¿qué te has propuesto burlarte de mí?

FABRICIO. (*Gritando.*) ¡Padre! ¡padre!

ESCENA VI.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. (*Saliendo de la cabaña.*) ¿Qué gritos son esos? ¿qué hai? ¿qué sucede? (*Viendo a Perico que se arroja en sus brazos.*) ¡Ah, buen Dios! ¿eres tú, mi pobre Perico?

FABRICIO. (*Embobado.*) ¡Qué! ¿acaso será éste mi hermano Perico?

PEDRO. Pues me gusta la ocurrencia ¿i quién querias que fuese?

FABRICIO. Abrázame, mi pobre hermano... ¡I yo que te habia tomado por el diablo! (*Se abrazan.*)

PEDRO. Pero ¿por qué vienes tan ajitado?

PERICO. Es que he corrido mucho, padre, porque don Vasco me envió adelante a anunciaros su llegada. ¡Ah! ya está aquí.

ESCENA VII.

DICHOS, DON VASCO, JUANINO, MENDOZA, MARIETTO I SOLDADOS ESPAÑOLES.

D. VASCO. Hola, Pedro, mucho celebro verte.

PEDRO. Dios os guarde, señor don Vasco.

D. Vasco. Sin duda extrañarás mi presencia en este lugar, pero he tenido noticias de que mi hijo, que ha desaparecido desde el dia del asalto del castillo de Tarik, se habia internado en estas montañas.

Pedro. ¡Vuestro hijo!... ¡Oh! quizás sea él...; pero nó..., no puede ser.

D. Vasco. ¡Qué! ¿le has visto?

Pedro. Nó, señor; estaba pensando que quizás pudiera ser un pobre jóven que hace poco, en medio de la tormenta, llegó a golpear mi puerta. Desde que le ví, me llamó la atencion; i si bien sus vestidos estaban todos andrajosos, su semblante, sus palabras, revelaban una persona distinguida. Por mas que he hecho, no he podido averiguar su nombre. El habla de riquezas, de honores, de una corona...

D. Vasco. ¿Qué dices, buen Pedro?.... Es un jóven que, en medio de sus harapos, deja traslucir algo de caballero ... I ese jóven habla de un reino, de honores.... Quizá tambien os dijo que no tenia familia....; que su padre le habia maldecido.... ¡Ah, sin duda es él!

ESCENA FINAL.

dichos, alonso (*Que aparece en la puerta de la cabaña.*)

D. Vasco. ¡Cielos!.... sí, ¡es mi hijo!

Todos. ¡Don Alonso!

Alonso. ¿Qué haceis aquí? ¿qué quereis?

D. Vasco. Pues ¡qué!.... ¡Alonso!

Alonso. Tú me llamas Alonso; pero ¿quién te ha dicho mi nombre?.... Así me llamaba ántes mi padre; entónces, era cristiano; mas, han cambiado los tiempos: mi nombre es Almanzor; yo soi rei de Murcia....; Mahoma es el profeta de Dios.

D. Vasco. (*Enjugándose los ojos.*) ¡Así he perdido a mi Alonso, a mi hijo!

Alonso. ¿Lloras, anciano?.... ¡Ah, cuán feliz sois en poder siquiera llorar!.... Pero ¿me has dicho que tambien se llamaba Alonso el hijo de tu amor?.... Pues, sabe ¡ese es el nombre de un infeliz, el nombre de un renegado!

D. Vasco. Pero, Alonso ¿qué ya no reconoces a tu padre?

Alonso. ¡Te mofas, anciano! Yo he causado la muerte a mi padre; él ha muerto por su Dios, yo he renegado al mio.... En otro tiempo, con el socorro de María, adoraba al Dios que los cristianos adoran; feliz era yo entónces....; mas, quise ser rei; no pude perdonar a Pelayo su elevacion al trono i así todo lo he vendido para vengarme; todo lo he sacrificado al demonio del orgullo: ¡mi rei, mi padre, mi eternidad!....

D. Vasco. ¡Infortunado Alonso! ¿Ya no llegará para tí la hora

del arrepentimiento? ¿No volverás a abrir los ojos a la verdadera luz? ¿Permanecerás así siempre sumido en las tinieblas que te cercan? ¿No reconocerás, por fin, tu crímen i tu error? ¿Tu corazon quedará sordo a la voz de tu padre, a la voz de Dios que te inclina a alcanzar tu perdon?

ALONSO. Habla, habla. Yo no sé, pero, tu voz suena dulce a mis oidos; experimento al oirla un momento de bienestar. Vuelve a repetirme lo que has dicho; háblame de la bondad i misericordia de Dios.

D. VASCO. Me conmueves el alma, hijo mio. Vuelve en tí, vuelve a la razon, te lo pide tu padre.

ALONSO. Anciano, tu ruegas por mí i, sin embargo, dices ser mi padre; pero, eso no puede ser, porque mi padre me maldijo, yo merecia su oido.

D. VASCO. Vuelve en tí, hijo mio, i te bendeciré. Abjura tus errores; maldice la impía secta que, por un momento, te detuvo en sus cadenas; repite: ¡gloria a Cristo, respeto a su santa lei! i tu perdon, hijo mio, bajará del cielo. Abre tus ojos a la verdad; abre tu corazon al arrepentimiento.

ALONSO. ¡Al arrepentimiento!.... Sí, sí, ya ha comenzado a brotar en mi alma. (*Se cubre el rostro con las manos.*)

D. VASCO. ¿Lloras, hijo mio?.... ¡Ah, se ha salvado!

ALONSO. No sé lo que pasa por mí.... Parece que quitan un espeso velo de delante de mis ojos.... Todo está cambiado en mi alrededor....; todo toma nueva forma.... Me veo rodeado de soldados españoles.... (*Reconociendo a su padre.*) ¡Cielos! ¡vos sois mi padre! (*Cayendo de rodillas a sus piés.*) ¡Oh, padre mio, no me desecheis, moriria a vuestros piés!

D. VASCO. Levántate, hijo de Gomez, levántate i dí: ¡cristiano soi!

ALONSO. (*Con las manos alzadas al cielo.*) Sí, padre mio, lo soi; dadme vuestro perdon.

D. VASCO. ¡Hijo, ven aquí, sobre mi pecho, al lado del corazon! (*Se abrazan estrechamente. Pausa. A los soldados, teniendo a su hijo de una mano.*) Españoles, lo veis, Dios está con nosotros. Completo ha sido nuestro triunfo, completa nuestra ventura. Tarik huye perseguido por Pelayo. La media luna cae ante el estandarte de la cruz. Celebremos este fausto dia i saludad al nuevo adalid que os depara el cielo: aquí teneis a vuestro jefe; en adelante, Alonso de Gomez os conducirá al campo del honor.

(*Cae el telon.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

EL LIBRO DE UNA MADRE

POR

MME. PAULINA L***

(Traducido del frances.)

(Continuacion.)

IV.

EL JARDIN.

¿Cómo, Luchita, tan sobresaliente eres en la historia romana? Sin titubear, has enseñado a tu hermano quien era *Tarquino el Soberbio*, i estoi segura que tenias una intencion maligna, cuando, con torva mirada, añadias que era un vil tirano. Tu hermano no se dió cuenta de tu dicho. ¿Qué quieres, hija mia? La mas lejítima oposicion encuentra a veces yerros como éste, i los tiranos nunca quieren convenir en sus injusticias.

Tienes razon, sin embargo, en no amar la tiranía; de esta manera no amarás tus defectos. Por otra parte, has explicado perfectamente, cómo este Tarquino no hacia mas caso de la cabeza de un enemigo que de la cabeza de una amapola, i cómo su jardin, en vez de inspirarle ideas de paz i de bondad, le hacia subir al cerebro ideas de matanza i de venganza.

Esto me prueba, Luchita, que no solo sabes bien tus lecciones, sino que presientes el rol de la naturaleza i de las flores en el combate de las pasiones humanas.

Mereces tener un jardin que te pertenezca, un jardin que sea tu propiedad, tu casa, tu terreno que cavar, que sembrar, que plantar i que embellecer.

Lo tendrás; yo te lo doi; i el jardinero te lo va a medir.

Nadie sino tú lo tocará. Se te darán las semillas necesarias, las nociones útiles, cuando pidas las unas i las otras. Si lo dejas abandonado, únicamente tú serás responsable de su esterilidad; si te produce flores, tuya será toda la gloria.

Como con tu muñeca, como con tus juegos, como con tus li-

bros, será un horizonte abierto a tu espíritu, una jimnástica ofrecida a tu cuerpo.

Tendrás que cuidar de los dias demasiado ardientes, de las noches demasiado frias, de las lluvias, de los vientos, del granizo, de las orugas, de los gusanos.

Tendrás un invernáculo; una mesa para extender tus granos; un rincon para guardar tus utensilios de jardinería.

Te los haré comprar proporcionados a tus fuerzas: regaderas que puedas llenar, llevar i vaciar; azadas, una carretilla, cestos; tijeras con mangos de madera; campanas de vidrio, macetas; cordeles para alinear tus plantaciones; rótulos para las plantas; un rastrillo de madera para recojer las hojas secas, i uno de fierro para limpiar las avenidas; un plantador, una podadera, un cedazo. ¿Qué mas todavía?... Todo lo que quieras; excepto esos abominables juguetes que los falsos aficionados colocan entre las flores, so pretesto de ornamentacion; quiero decir esos grandes globos de vidrio, que sirven como espejos; esos aquariums, esas estátuas de yeso e intrincados juegos de agua.

Nó, Luchita, en tu jardin, solo habrá los productos de tu cultivo i los resultados de tus combinaciones. Así como te doi pájinas en blanco para que escribas, te daré tambien esta pájina oscura para que hagas jerminar toda clase de ideas, con toda clase de flores.

¿Será éste el aprendizaje de la profesion que quiero que abraces? Nada sé. No hai mas obligacion en ser jardinera, cuando grande, porque se sabe la jardinería, que en ser costurera, por haber cortado, cosido los vestidos de sus muñecas; i que llegar a ser institutriz porque se posee bien la historia, i porque se ha sabido desde mui temprano el nombre de *Tarquino el Soberbio*.

Lo que desde luego quiero enseñarte, es el gusto de la armonía visible, como te enseño la música; quiero que aprendas el arte de los colores. Este jardin es un cañamazo que tú bordarás i matizarás a tu gusto; tus flores serán tus madejas de lana, i tus canastillos tus tapicerías.

Ya no me acuerdo en que cuento, en el del *Pulgarito* quizás, se habla de que se siente brotar la yerba.

Es un modo de hablar. Mas, regando tus platabandas, viendo despuntar al traves de la tierra, crecer, abrir, florecer, la planta que tú misma habrás sembrado, sentirás distintamente brotar, ajitarse dentro de tí toda clase de buenos consejos i de excelentes lecciones. Te sorprenderás, al cabo de algun tiempo, de vivir la vida de tu jardin; de estar siempre pronta, como él, a aprovechar un hermoso sol, a arrostrar una borrasca, a trabajar para crecer i florecer; llevarás dentro de tí, en tu corazon, un ramillete de todas tus flores; i creerás, al pasearte en tus avenidas, respirar el buen olor de tus virtudes.

El trabajo, Luchita, hé ahí la primera leccion de la planta.

Pequeñita, imperceptible, ahogada en el suelo, principia a lu-

char; separa mui suavemente la tierra que le hace obstáculo; solevanta el pequeño guijarro, el tirano que quiere impedirle salir; tan pronto como sale, conoce que la miran; entónces, el amor propio la hiere i sube derecha, arrogante, i a medida que se aleja del seno maternal, i que se remonta en el aire, se embellece i se perfuma.

Verás como esta pequeña obrera no falta jamas a su deber. No se puede cambiar su vocacion, su naturaleza, su carácter; hacerla enroscarse hácia la derecha, cuando su destino es enroscarse hácia la izquierda. Ella gasta la paciencia del hombre, este Tarquino el Soberbio, que se entromete en las obras de la naturaleza para menoscabarlas i destrozarlas, sin haber conseguido nunca aumentar una sola línea de la lista.

El órden es el primer resplandor del trabajo, i la belleza es su despliegue.

Lo bello el mas fácil de comprender, aquel que se apodera de nosotros desde luego, aquel que nos ayuda a presentir otras bellezas, aquel que nos suministra infinitas comparaciones, es ese bello múltiple que brilla en el dibujo, en la forma, en la gracia, en el color de una flor.

Lecciones de trabajo, ejemplos de órden, nociones de lo bello, hé aquí, Luchita, las primeras cosechas de tu jardin.

Mas lo bello es la coquetería del bien. ¿No es cierto, queridita mia, que era preciso ser un atroz tirano para pensar en matanzas, i para preparar crímenes, en medio de su jardin?

El hombre que no ama a las flores, no ama a la humanidad, i la mujer que no las comprende es un mónstruo en la naturaleza.

Las flores nos hablan, en efecto. Su perfume es la cancion muda que ellas, para ser amadas, entonan a los que pasan. Cada una tiene la suya; i el coro silencioso que la brisa reune, sube hácia el cielo como una plegaria, forzando a las almas a abrirse, a exhalar sus perfumes, i a orar tambien.

¿Se sabe acaso de dónde viene el perfume de la flor? Nó. Es su secreto. La rosa no se lo ha dicho a nadie, i el clavel desafía a que se lo arrebaten jamas. Bástale a la planta llenar su deber bajo la lluvia, bajo el rocío, bajo el sol, para poder embalsamar.

Cuando hayas llegado a ser una hábil jardinera, i que sientas brotar las flores, sabrás, Luchita, que las plantas viven i se ajitan. Sin duda, ellas no tienen una alma como la tuya; pero tienen algo que no se ha definido aun i que es la pequeña alma de las flores. Despiértanse por la mañana, bostezan durante el dia; duérmense por la noche; algunas veces, parecen escuchar las necedades que decimos, i ellas se estremecen.

Un gran naturalista, cuyo jenio aprenderás a honrar, Lineo, ha descubierto que la flor del loto se envolvia, se cubria de hojas, para dormir a sus anchas, sin ser importunada, ni mas ni ménos como tú te pones tu gorro de dormir, pero, sin duda, mas correctamente que tú.

Una señora ha traido de Bengala una especie de pipirigallo que se mueve sin cesar, que adora al sol, i que bate sus hojas a su aproximacion, como aletean los pollitos al acercarse su madre.

¿Conoces la sensitiva? Tú la has visto estremecerse, temblar, sustraerse a ciertos contactos. ¡Ah, hijita mia, si pudiéramos sentir del mismo modo la aproximacion de los malvados, de los cobardes, de los hipócritas! ¡Si pudiéramos pedir a estas plantas su delicadeza, i dar a nuestro corazon su sensibilidad, sus presentimientos!

Ya ves cuantas cosas morales se pueden respirar en este jardin. No te lo digo todo. Te dejo el placer de muchos descubrimientos. Sin contar que las plantas, venidas de paises lejanos, nos traen, bajo sus hojas, un poco de la historia i de la jeografía de aquellos paises.

Te pones séria, Luchita. Tienes miedo de que no haga de la jardinería un pretexto de lecciones demasiado severas. Desengáñate. Lo que te digo hoi, lo podrás olvidar mañana, pero te acordarás mas tarde.

Diviértete en tu jardin. El grano que deposito en tí no es para que jermine en un dia.

Hai una ciencia de las plantas que se llama la botánica. La aprenderás, cuando seas grande; la buscarás tú misma, cuando te parezca necesaria; tomarás el libro cuando hayas llenado el herbario.

No te inquietes, pues, de saber si hai nombres griegos, latinos, sabios, pedantes, para designar las flores que has de plantar. Dales nombres ordinarios; invéntalos si quieres. Trátalas como a tu muñeca, segun tu gusto, segun tú humor, segun tu emocion, segun tu amistad. Amalas primero; estúdialas en seguida.

La naturaleza, Luchita, es como una abuela cuya bondad se prueba, cuya avanzada edad se venera, cuya experiencia se admira, i de quien se reciben lindos regalos, aun ántes de haberla oido referir sus historias. Eres demasiado pequeña para besarla en la frente i en las mejillas; bésale las manos llenas de rosas i de frutos; contémplala sin temor, pero con respeto. Mira cuán buena es, aunque haya sufrido tanto; cuán dulce a pesar de nuestra ingratitud; i cómo es siempre jóven a pesar de su vejez. Pídele la fuerza que derrama en aquellos que se acojen a sus brazos i las virtudes que inspira a aquellos que no la reniegan jamas.

Debes perdonarme, Luchita, si te digo cosas un poco duras para tu edad. La idea de tu jardin se me sube a la cabeza; todas tus flores me emborrachan. Me olvido pensar en alta voz delante de tí, deseando verte un dia pensar como yo.

Supon que te toco en el piano una sonata que aun no puedes descifrar. Comprendes, sin embargo, que es bella música, que es preciso saber, que tú sabrás un dia, i vagamente percibes la armonía. Eso me basta.

Cuando la Escritura dice que el paraiso terrestre era un gran jardin, da una leccion a la humanidad, i la exhorta a la jardinería, como a la conquista del paraiso perdido.

¿Creerás, hija mia, que el hombre ha olvidado durante largo tiempo amar a la naturaleza? Ahora, recientemente, solo ayer, esto es, ahora cien años, algunos filósofos, algunos soñadores se han acordado decir que quizas seria bueno buscar en las plantas, en las flores, en los bosques, los consuelos que no dan las ciudades i que los hombres no saben dar.

Habian tiranizado a la naturaleza; poníanle un uniforme, casi una librea; los jardines estaban vestidos, peinados, empolvados. Era abominable.

De repente se percibieron que esos jardines eran los de Tarquino el Soberbio, que solo brotaban amapolas, que solo se paseaban hombres de Estado; i entónces hízose una gran revolucion para volver a encontrar el jardin sencillo, la naturaleza tal cual es.

Desde aquel tiempo, cada uno aspira a la jardinería, todos quieren tener su pequeña casa de campo. No pudiendo devolver al punto el paraiso a los que en él sueñan, hánse creado, en las ciudades, hermosos jardines, parques, en donde los pobres se pasean. Fórmanse jardines para los niños; e ir a la escuela, ya no significa irse a encerrar en una sala oscura, en una prision; hoi dia, eso quiere decir ir al jardin.

Los mas lindos libros de estos tiempos, aquellos que leemos con mas gusto, comenzando por *Pablo i Virjinia*, son todos libros donde los árboles, las plantas, el cielo, desempeñan un importante rol; no se puede componer una obra maestra, sin colocar el perfume de la naturaleza, i este perfume basta muchas veces para hacer la obra maestra.

Un excelente hombre, que solo poseia talento, casi encontró jenio, una mañana, refiriendo la historia de una pobre plantita que habia brotado entre dos lozas en el patio de una prision.

Esta planta, la *Picciola*, como la llamaban, hizo un milagro. Ella enseñó la paciencia, la resignacion, el espíritu de sacrificio, la estima de sí mismo, la estima de los otros, la confianza en la humanidad, la esperanza en Dios, todo lo que realza al hombre, todo lo que lo engrandece; ella enseñó todas estas cosas al prisionero, sin tomarse otro trabajo que el de florecer, de enviar sus perfumes hácia los cuatro rincones del patio.

Si un simple alelí hizo estas cosas, porque parece que era un alelí, juzga, Luchita, todo el bien que puede hacer tu jardin. Tienes con que salvar del mal a toda una familia.

Vamos pronto a medir tu jardincito.

V.

LOS ANIMALES.

Tu hermano te ha llamado animal, i tú lloras, Luchita.

La palabra te ha parecido fea; i lo es en efecto, en la intencion, mas no en la realidad.

¡Oh, si los verdaderos animales hablasen, como se tratarian entre sí, de *hombres* i de *mujeres*, cada vez que quisiesen acusarse de suficiencia, de vanidad i de inútil ferocidad!

Algunos sabios, que llevan demasiado léjos la estima de los animales i el desprecio de sí mismos, pretenden que descendemos de los monos. Creo mas bien que nos empeñamos en acercarnos a ellos. Pero, lo que es mui cierto, es que los animales nos han precedido sobre la tierra. Ellos no han venido donde nosotros; nosotros hemos ido donde ellos. Ellos no necesitaban de nosotros; aun podrian pasarse sin nosotros, puesto que no somos su alimento necesario; mas nosotros no sabríamos estar sin ellos.

¿Podrías imajinarte, Luchita, un mundo, en donde no se oyera ni el canto de un pajarillo, ni el zumbido de un insecto, ni una queja en el bosque, ni un bramido en la llanura; en donde los árboles, las yerbas, los rios i el mar estuviesen vacíos?

¿No es cierto que seria mui fastidioso i sumamente embarazoso para el hombre? Al fin i al cabo, podria vestirse, masticar heno, legumbres i frutas, pero ya no tendria ni compañero, ni enemigo; ni mas punto de comparacion, ni ejemplos a su alcance.

Preciso es pues respetar a los animales como a nuestros mayores, i amarlos como a nuestros amigos forzosos. Ellos son quienes nos han civilizado; esto se ve por demas. Sin ellos, seríamos los animales feroces de la creacion; ellos nos han enseñado el trabajo i la lucha; la paciencia, la sumision; ellos han llegado a ser nuestros primeros servidores, despues de haber sido nuestros primeros maestros.

Cada una de las artes que cree poseer la humanidad, está representada especialmente por un animal; i todos nos enseñan el arte universal de amar a sus pequeñuelos i de protejer a su familia.

En adelante, cuando tu hermanito te llame animal, respóndele:

—Sí, soi animal, por la ternura sin artificio, por la abnegacion, i quiero ser así tan animal toda la vida. Quiero ser el perro fiel del hogar, el ave que canta para disipar el tedio, el cordero que da su lana para vestir a los niñitos desnudos, el insecto que llena su tarea en la oscuridad i en el silencio, la abeja que fabrica la miel, la hormiga que acapara. Pongo todo mi empeño en ser animal de este modo. ¡Tanto peor para tí, si crees hacerme una injuria llamándome así!

I lo que tú responderías a ese impertinente muchachuelo a

quien amamos, ámbas, como dos buenos animales de madre i de hermana, es preciso creerlo, hija mia.

Interroga tu corazon. ¿No te dice acaso que *Fido*, tu perro, es un ejemplo de fidelidad a sus deberes, de actividad en el trabajo, de inquieta solicitud, cuando se le ordena vijilar?

Por la noche, cuando estás en tu cama, i cuando, al traves de las puertas o de las ventanas, sientes pasar como una amenaza, en el viento que silba ¿acaso no te consideras mui feliz de escuchar el ronco ladrido de tu perro, que parece enronquecerse mas aun, para asustar a los transeuntes sospechosos?

Acaso no tienes reconocimiento por este amigo que vela sobre tí, i que, por la mañana, cuando tú le das las gracias acariciándolo, viene a restregarse contra tí, batiendo dulcemente su cola, no atreviéndose a estenderte la pata i como diciéndote en su lengua de perro:

—Estad tranquila, o mas bien, tranquilízate, Luchita, (porque yo creo que los perros nos tutean) miéntras viva, yo te protejeré i no permitiré que nadie te falte al respeto.

I cuando parte para la caza con tu padre ¡qué leccion de sagacidad se prepara a dar! cómo mira al cazador diciéndole: "¡Yo soi tu nariz que camina!" No atreviéndose a decirle, a tantó llega su modestia: "¡Yo soi toda tu ciencia!"

¿Haces un jesto de duda? ¿Parece que no crees en la modestia de los perros? Bien se ve, Luchita, que aun no has visto perros sabios. Son aquellos que humillan la fatuidad de los hombres, i que, para saber mas que los otros, no se creen autorizados a ser mas altivos que un simple perro de corral.

No te hablo de los perros de caridad que salvan a los viajeros i que no tienen nunca ni una medalla en su collar, ni otra esperanza que la de morir un dia en medio de las nieves, en el agua o en la esquina que los ha visto tanto tiempo tiritar, pidiendo una limosna para otro.

Tal es el perro.

El gato tiene otros méritos, i quizas ménos virtud. Es cariñoso, pero rasguña; le gusta jugar, mas no quiere incomodarse. Cuando el hombre ha buscado un emblema para expresar la fidelidad, la piedad del recuerdo, el sacrificio, ha escojido al perro i nunca ha encontrado otros.

Mas, cuantas veces ha querido pintar la hipocresía, la astucia, el robo solapado, ha pensado en el gato. Siempre que ha tenido que quejarse de una creatura femenina, indolente, perezosa, golosa, dormilona, delirante, amiga de abusar de sus gracias para ser adulada i de reemplazar el espíritu de conversacion por un sempiterno *run-run*, ha mentado a la gata.

Minette acaricia, hija mia, mas *Fido* abraza; aspira a las virtudes varoniles del perro. Siempre te quedarán uñas bastante largas i suficiente donaire para rasguñar i hacer *run-run*, cuando no tengas otra cosa que hacer.

No necesito hablarte del caballo. Tú lo admiras desde léjos. Permanece a esa distancia. Es el gran tentador; es el peligroso juguete de los hombres.

Ayer te he hecho leer en Buffon que el caballo es la mas noble conquista del hombre. ¡Ah! Luchita, todo ha cambiado mucho desde Buffon; i el animal se ha vengado perfectamente. El hombre es su conquista. Cuando seas mas grande, te haré ver algunos caballeritos que los caballos han metamorfoseado i a quienes hacen trotar. Estos viejos hijos de los hombres están desolados por no poder andar en cuatro patas; mas, ellos alargan tan bien los brazos, doblan tan bien el dorso, que, en una o dos jeneraciones, el fenómeno será completo. Entre tanto, ellos ya no caminan, piafan. Ya no hablan, relinchan. Aun no comen heno, pero se perfuman con él.

Llevan herraduras en la corbata, en las cadenas de reloj, en el baston, en las colleras, en el anillo, quizas hasta llevan en los piés. Solo tienen ideas de caballo, conversaciones de caballo; para ellos se hace una literatura de caballo, una música de caballo; se les educan mujeres de caballo.

No vayas, sin embargo, hasta aborrecer el caballo a causa de su semejanza con el hombre. Es un bello animal, bueno a sus horas, algo orgulloso, un tanto necio, como toda creatura que gusta pavonearse i caracolear, i que tiene su puesto en las apoteosis guerreras; pero es un animal bravo, un soldado, hecho para soportar soldados.

El asno tiene ménos prestijio i mas virtud. Sóbrio, paciente, algo testarudo, como toda jente sencilla; vive con los pobres i vive como ellos. Es el súfrelo-todo de los niños ingratos. Tú no lo maltratarás nunca ¿no es cierto, Luchita? Me imajino que para algun objeto tiene sus orejas tan largas; son como dos grandes cuernos, en los cuales recoje todas nuestras necedades, todas nuestras palabras vanas. De tiempo en tiempo las sacude para librarse de ellas; pero quizas no consigue arrojarlas todas; algo, sin duda, le entra en la cabeza, i hé aquí por qué lo tratamos de asno.

No tengo que recomendarte que ames a los pájaros.

Te encargo sí que los ames en los árboles, en el espacio, en las flores de tu jardin. Las jaulas, aun cuando concluyan por acostumbrarse, son ofensas para ellos.

El ave es el alma de la libertad que vuela; es el emblema de todo lo que se remonta hácia el cielo, la risa, el canto, la mirada, la oracion.

Los animales que caminan nos enseñan los deberes de este mundo. Las aves nos hacen levantar la frente i pensar en el otro. Los mas pequeños son los mas fuertes para alzarnos sobre la tierra, para arrastrarnos, para esparcir nuestros ensueños al traves del infinito.

Toda ala que pasa es un desafío a la materia inmoble, i el hombre no puede soñar en los ánjeles sin darles alas.

Tienes razon en amar los pájaros. Por sí mismos no tienen muchas ideas; dotados de pequeños cerebros, tienen pequeños espíritus; pero ellos hacen nacer, provocan, arrastran, trasportan las ideas que no poseen.

¡Ah! si tuviésemos alas, cuán léjos no nos remontaríamos para ir a buscar el olvido, el consuelo, el remedio de las miserias de aquí abajo! Dios no ha querido que pudiéramos volar en los aires; pero nos ha enviado a las aves para darnos siquiera la ilusion de un viaje imposible, i para obligar nuestros pensamientos a salvar, por la reflexion, el infinito que no podemos salvar en realidad.

Hai aves maléficas, así como hai hombres malvados. Si todo fuese bueno en la naturaleza, uno se gozaria demasiado en ella.

Pero las águilas, los buitres, los gavilanes, esos bandidos del espacio, no te piden que los ames.

No pienses en ellos, Luchita, sino para compadecer a sus víctimas. Está persuadida que hai un castigo reservado a las águilas presuntuosas, i una recompensa prometida a los pajaritos que ellas tiranizan.

Tú no eres aficionada a la pesca. Estoi, pues, segura que no atormentarás a los pescados.

Están a la moda desde hace algunos años, i, demasiado, a mi modo de ver. El aquarium me desagrada aun mas que la jaula. Me impaciento al ver esos mudos pececillos en sus incesantes vaivenes. Que se estudien sus costumbres: eso es ciencia. Que se les coja para comerlos: es una necesidad. Mas, que se les contemple, por el solo placer de contemplarlos, hé ahí lo que yo considero como un síntoma mui sensible de embrutecimiento.

Es por la redoma de dorados pececillos por donde los niños principian, i por donde las naciones concluyen.

Para terminar la leccion ¿será preciso, Luchita, recomendarte que tengas piedad del mas pequeño insecto? A menudo llamamos dañoso aquel cuya lei no comprendemos.

Espera, para juzgar, que la luz se haga en tu espíritu; i deja pasar, sin incomodar, el sér que no puede ni defenderse ni implorarte. Todos los animales son iguales ante nuestra ignorancia. Todos han sido colocados en este mundo como obreros necesarios, para funciones que no hemos del todo adivinado.

Dejemos a la naturaleza estos ajentes misteriosos, estos ruidos, estas voces, estos mensajeros, portadores de un secreto. Vivamos con ellos en buena amistad; defendámonos, no ataquemos. El mundo es bastante vasto para que toda la creacion quepa a sus anchas. Si todos los animales se sublevasen, la humanidad seria incapaz de resistir. ¿Para qué, entónces, provocar con crueldades a compañeros que no quieren vengarse?

En fin, mi Luchita, acuérdate que el niñito Jesus está siempre

representado en el establo, entre el asno i el buei; como si los animales pacíficos, sin los cuales no puede pasarse la humanidad, hubiesen sido admitidos los primeros, aun ántes que los Reyes Magos, al alto honor de saludar al Mesías.

Acuérdate tambien que, para hacérnoslo adorar mejor, nos muestran al Salvador del mundo, llevando sobre sus hombros una oveja que acaba de salvar.

Piensa en esto cuando encuentres algunos animales, i perdona a tu hermanito. Es un falderillo que, mas tarde, será para tí un excelente perro guardian; pero que, entre tanto, ladra a uno i otro lado, sin saber lo que dice al ladrar.

LUISITA.

VI.

LA PRIMERA COMUNION.

Nos pides que te bendigamos, mi querida hija. Los besos que tu padre i tu madre te dan todas las mañanas i todas las noches, no te bastan hoi dia. Esta primavera de tu conciencia, que ya se despierta en la pureza, necesita la aurora de un nuevo amor i respeto.

Ven, pues, a mis brazos, Luisita mia, porque ya no eres Luchita. La niñita que yo entretenia con mis cuentos, i cuya muñeca, ménos culpable que ella, yo reprendia, no tendrá ya necesidad de ficciones para entretenerse o para instruirse.

Ahora le es necesaria la verdad, toda la verdad.

Tú la pides con fé, con una resolucion cándida i entera. Has borrado, por un sincero arrepentimiento, todas tus faltas de la niñez; la pájina de tu corazon está blanca, i, ántes de ofrecerla a Dios, tú quieres que la rubriquemos con un beso.

Temes no estar suficientemente arrepentida para que Dios se incline hácia tí, para que venga a reposarse en tu alma. Quieres que la bendicion de tus padres añada un albo velo, un doble amor a tu tierno amor, una plegaria a tu oracion. ¡Te bendecimos, hija mia! ¡Marcha sin temor hácia Dios, tú a quien Dios envió hácia nosotros!

En tu catecismo has aprendido todo lo que debes saber. No me toca a mí hablarte como te hablaban en la iglesia. La teolojía maternal debe limitarse a decirte:

—¡Ensancha tu alma, toda tu alma, Luisita mia; es el secreto del amor divino que van a derramar en tu corazon, para acrecentar tu poder de amar i de sacrificarte!

Todas las relijiones, todos los pueblos han reconocido, para la juventud, la necesidad de una iniciacion solemne a la vida ideal.

En todos los tiempos, bajo todos los cielos, los padres, las madres i los sacerdotes, han cubierto de flores i regado con piadosas lágrimas los umbrales que vas a pisar por vez primera.

Los paganos, los católicos, los protestantes, los judíos, los musulmanes, aun los filosófos, todos aquellos que respetan los destinos terrestres i cuidan de las esperanzas infinitas, han querido que las imajinaciones juveniles fuesen deslumbradas i penetradas, durante un dia, con las luces que nos vienen de arriba, i que nos sirven despues para ver mejor en las tinieblas de abajo.

Es una alianza que se hace contraer a los mortales, con la inmortalidad del bien, i han escojido la primavera del año para celebrar esta fiesta de la primavera de la vida; han querido asociar la idea de una estacion nueva para el alma a la renovacion de la naturaleza, a fin de dejar un perfume indestructible al recuerdo de esta jornada.

Tú, mi Luisita, hoi dia no eres únicamente la linda margarita que el cielo me ha dado, el lirio que he visto crecer; tú eres mi savia en su completo desarrollo: me siento reflorecida, purificada, perfumada al verte. Me parece que soi yo quien va a sonreir i llorar bajo tu velo.

Temblaré como tú cuando te acerques al sagrado altar; llevaré mi corazon encendido como tú llevarás tu cirio; comulgaremos con la misma hostia; i el mismo éxtasis nos arrobará a las dos.

Los goces inefables que vas a experimentar no se desvanecen jamas. Los mismos hombres, aunque mas tarde lleguen a ser indiferentes, incrédulos, paganos; aunque renieguen hasta de su fé, no por eso podrán renegar las dulces emociones de su primera comunion. Viejos, tristos, desconsolados, rejuvenecen, se consuelan, esperan; cuando evocan este dia de radiante juventud, de confusa ternura, de humildad i de altivez a un mismo tiempo, este dia en que se sintieron alijerados de todos sus defectos, buenos, fervorosos, amando mas a sus mayores, amados con mas gravedad, llenos de respeto i respetados, como séres consagrados, santos, en medio de una santidad que los arrastraba, fascinados, dichosos, viendo sonreir a los cielos, i la tierra tapizada con sus flores, avanzándose entre una doble bendicion, hácia un misterio divino que los exaltaba, que los separaba de la infancia i los emancipaba en el ideal!

Tu padre, Luisita mia, que pasa por un filósofo, me ha prometido venir a la iglesia; i yo te aseguro que rogará, talvez de un modo mui distinto al que se ruega en los libros, pero no por eso ménos bien. Ambos te acompañaremos hoi, como, espero en Dios, podremos acompañarte un dia, ante el mismo altar, para otra ceremonia.

Todos los deberes relijiosos, hija mia, deben servir para aliviar i perfeccionar la tarea humana. Dios no es un padre egoista i envidioso, que nos atrae para guardarnos. El te devolverá esta tarde a tus padres, a tus amiguitas, a tu hermano, a tus estu-

dios, a todo lo que tiene necesidad de tu trabajo, de tu buena voluntad; solo sí, te devolverá mas fuerte.

Tendrás en tí la idea de una victoria siempre prometida, de un consejo siempre ofrecido; tu fé de cristiana alimentará tu vocacion de niña i de mujer.

No te arregles una actitud para este dia. Sé sencilla i verdadera en tu emocion.

Si la dicha te hace sonreir, no ofenderás a nadie por la inocencia de tu ventura. Si lloras, no te avergüences de tus lágrimas.

Tu vestido está pronto. Lo he querido sencillo. El lujo, en un dia como éste, es una imprudencia sacrílega.

No sé si algunas madres pueden ser bastante indiscretas para hacer a sus hijas coquetas delante de Dios; en cuanto a mí, temeria turbar tu conciencia, adornándote demasiado exteriormente, puesto que la belleza interior es la única que vale a los ojos de Aquél que no puede engañar ningun adorno.

No quiero decirte mas, hija mia. Las palabras mejor intencionadas podrian turbar tu recojimiento. El silencio es el pudor de la piedad. ¿No te he dicho bastante al darte mi bendicion?

Ven a tomar este velo blanco i este vestido blanco que se lleva dos veces en la vida, para dos grandes iniciaciones.

No tienes corona visible que ponerte hoi sobre tu frente; mas hoi es cuando principias a recojer, una a una, las flores de la corona que llevarás un dia.

¡Bendita seas en tu inocencia, tú que me has bendecido en mi maternidad!

¡Delante de Dios que me oye, delante de tu padre que me escucha, deseo a mi ventura de esposa i de madre el poder inspirarte un dia esperanzas tan dulces como los recuerdos embriagadores despertados en mi alma por tu dicha de jóven i de cristiana!

VII.

LOS SIRVIENTES.

Luisita, respóndeme.

¿Un plato quebrado, un mueble no mui limpio, valdrán la pena que se cause un pesar profundo a un honrado servidor i que se le provoque a aborrecernos?

Dices que nó. ¿Por qué, entónces, esta mañana, te he sentido reñir con tanta cólera al sirviente?

Ignoro lo que le decias; no he comprendido bien, pero tú querias humillarlo, anonadarlo con tu superioridad, porque ya no rompes nada, i porque no dejas un grano de polvo en las mesas de tu cuarto.

Has hecho mal, Luisita.

Es cierto que me gusta conservar mis platos i que no tengo la intencion de renovar mis muebles; mas tambien quiero conservar mi sirviente. Tiene las manos algo pesadas, pero es probo i honrado; sacude mal, pero es atento. Se puede reemplazar fácilmente la vajilla i los sillones; se corre mas riesgo en querer reemplazar una creatura humana, cuyos defectos no son mui grandes, i cuyas buenas cualidades os son garantidas.

Cuando tengas tu casa propia, te deseo, Luisita, que estés tan bien servida como se puede estar cuando una no se sirve a sí misma. Pero ¡ten cuidado! La ciencia de los amos debe preceder i preparar la ciencia de los domésticos; es difícil saber mandar, pero es mucho mas difícil saber servir.

Un hombre de Estado, de esta última época, no halló mejor divisa que poner en sus blasones, cuando juzgó a propósito tomar una, que esta palabra:—¡Sirvo!

Se complacia, el orgulloso.

Hubiera querido verlo de librea, presentando una bandeja a sus convidados.

Por lo regular, se está mal servido, porque no se sabe lo que debe esperarse de los servicios de los criados i las consideraciones que es necesario tener con ellos; porque se ha perdido, junto con el sentimiento de los deberes de los sirvientes, el sentimiento de proteccion de parte de los amos.

En otro tiempo, mi Luisita, un servidor llegaba a ser una especie de pariente, familiar i obsequioso, que daba su parecer en las ocasiones decisivas, a quien se admitia en los goces íntimos i que mezclaba su alma a la de la familia.

Eran, en cierto modo, como unos segundos institutores para aquellas cosas que ni los libros, ni los maestros enseñan. Eran los primeros confidentes de los pecadillos fáciles de perdonar; los primeros intercesores cuando se trataba de abrir la puerta al hijo pródigo.

He sentido humedecerse mis ojos, al leer la historia de una sirviente de los tiempos pasados, historia que te voi a referir.

Un filósofo del siglo último habia venido mui jóven a Paris, a pesar de la prohibicion de su padre, que fabricaba cuchillos en la ciudad de Langres.

Paris era ya en aquel tiempo una mansion ruinosa para los estudiantes, i mui temible para los padres de provincia.

El pobre jóven filósofo aprendia mas filosofía que la que hubiera querido aprender. Roia sus libros i sus vestidos cuando no tenia pan que comer; i, mui a menudo, el ingrato, cuando su estómago estaba vacío, volvia los ojos hácia la casa paterna. Pensaba en la mesa bien servida, en los excelentes cuchillos trabajados por su padre i que no tenian necesidad de afilar para rebanar los suculentos pasteles confeccionados por su madre; estremecíase al pensar en las dulzuras de su hogar i lanzaba hondos suspiros.

Esos suspiros, ya se exhalen a cien leguas o a setenta de distancia, el corazon de las madres los oyen siempre.

La mujer del fabricante despertábase algunas veces al sonido de una voz temblorosa, fatigada, que decia al traves de la puerta:

—¡Madre, tengo hambre!

La excelente mujer sacaba entónces de su viejo armario de nogal, tres monedas de oro ocultadas con esmero, ponia en un cesto bien cubierto, una galleta, medias tejidas por ella, un paquete de besos, i corria a la cocina i decia a la sirviente:—Finje que vas al mercado, i te vas a Paris.

La sirviente se quitaba su gran delantal, se ponia su jubon de los domingos para hacer honor a Paris, tomaba su cesto i se marchaba.

De esta manera caminaba mas de sesenta leguas, a pié; una mañana llegaba por la barrera de Charenton, endilgaba por las calles de la gran ciudad, trepaba la larga escalera de la bohardilla del filósofo, i, empujando la puerta mal cerrada, exclamaba:

—¡Aquí estoi!

Abrazaba entónces al pobre hambriento, le daba los tres luises, lo reprendia, lo amenazaba de no volver nunca mas; le acomodaba i remendaba su ropa; veia que, a pesar de todo, el hambre le sentaba; besábalo en las dos mejillas i volvia a partir para Langres, a pié, como se habia venido.

El fabricante, el padre bárbaro, sabia mui bien lo que pasaba, pero aparentaba ignorarlo. Durante esta ausencia, reia i lloraba arreglando sus cuchillos; i cuando la sirviente, con los piés llenos de polvo, el rostro tostado, volvia del mercado con el cesto vacío, ocultábase para oirla decir a su ama:

—¡Lo he visto, está bueno, hermoso i os envia mil caricias!

Tres veces, durante los años de aprendizaje del filósofo, esta pobre sirviente hizo este viaje de sesenta leguas, para llevar siquiera tres luises i el beso de una madre al jóven *Diderot*.

¡I el servicio no la desanimaba! pues permaneció sesenta años en la familia, siempre pronta a volver a principiar.

¿No crees, Luisita, que semejante mujer merecia una hermosa recompensa?

Mas ¿por qué tales actos de abnegacion han llegado a ser tan raros?

Algunas veces oigo decir:

—¡Es la falta de los criados! ¡Se les han enseñado tantas cosas, que se creen iguales a sus amos!

Sea como fuere, parece que no se les ha enseñado a sacrificarse.

En otro tiempo, se tuteaba siempre a los sirvientes; era la época en que no se tuteaba ni a su padre ni a su madre. ¿Se les guarda hoi dia mas miramientos a los criados? ¿Se ama mas a los padres desde que ha cambiado la moda?

Una gran dama del tiempo de Luis XIV, la marquesa de Lam-

bert, escribiendo consejos a su hija, le decia que tratase a sus sirvientes como *amigos desgraciados.*

I luego añadia:—lo que es mas notable de parte de una marquesa que pertenecia a la corte mas orgullosa del mundo—que la *casualidad* era la única que establecia la excesiva diferencia entre una marquesa i una sirviente, i que *nada rebaja tanto como manifestar orgullo al que nos está sometido.*

No olvides la leccion, hija mia. Pon tu altivez en la dulzura, i tu autoridad en la razon. Luchar en orgullo con jentes ménos instruidas, es provocarlas a revueltas, a insolencias que es preciso evitar siempre, para guardar las distancias convenientes.

La cortesía es la gran fuerza de los amos, puesto que es la primera condicion que ellos imponen a los sirvientes.

Sé, pues, siempre afable para reclamar la cortesía i para excluir la inútil familiaridad.

Si los servidores son amigos caidos en la desgracia, son amigos que *se pagan.* Esto basta para que desconfies un poco de la ternura que te manifiesten i que quizas no es del todo desinteresada.

Que no crean nunca que el salario de su trabajo los obliga a adularte i a mentir. Manifiéstales que tú no pagas su corazon; i, sobre todo, Luisita, no les pidas jamas virtudes, de las cuales tú no les hayas dado el ejemplo. Seria suponerlos mas ricos que tú.

En la vida, sin que aparezca a primera vista, uno es a menudo el servidor o la servidora de alguna cosa o de álguien.

Cuando te conduzca en medio del mundo, tú verás, hija mia, individuos que saludarán a otros, mas servilmente que el criado que barre nuestro cuarto o limpia nuestro calzado.

¿Qué ambicioso puede decir que no llevará nunca librea? El nombre cambia, pero los galones son siempre los mismos. Debes ya haber comprendido que en una multitud vestida de frac i de corbata blanca, es muchas veces difícil distinguir los amos de los criados.

Quedé sorprendida, un dia, pidiendo un vaso de agua a un señor que yo tomaba por un sirviente.

Era un sabio que no sabia enojarse, pero, en el fondo, era un presuntuoso que no dudaba de nada. Fuéme a buscar el vaso pedido; al pasármelo, desparramó toda el agua sobre mi vestido. Tratélo públicamente de torpe.

¡Ah! Luisita ¡cómo fuí castigada! Todos se pusieron a reir; el señor sonrió galantemente, i yo quedé confundida, humillada de haber descubierto mi equivocacion, no por mi modo de pedir de beber, sino por mi modo de contestar a una torpeza.

Si hubiese sido cortés, nadie habria notado mi engaño. Acuérdate del error de tu madre, i cuida de no confundir nunca un caballero con un criado.

Quisiera, hija mia, preservarte igualmente de una costumbre pretenciosa i vulgar, la de hablar de los sirvientes, a cada paso,

en sociedad, i la de murmurar de ellos, aun en su presencia. Las dueños de casa que se dejan llevar por estos accesos i por estos excesos de vanidad, parecen siempre, denigrando tanto la cocina i la ante-cámara, querer renegar i hacer olvidar su propio oríjen.

Sucede en el hogar, Luisita, lo que con el tocado personal i la devocion: son éstos, deberes tan imprescindibles, tan necesarios, tan naturales, que hablar de ellos, es manifestar que se ha hecho un esfuerzo para comprenderlos.

Cuando oigas a algunas personas lamentarse sin fin de sus domésticos, comprenderás que son incapaces de un cuidado mayor, de un tormento mas ideal. Las pequeñas miserias que la domesticidad mezcla a nuestra existencia, son reales; pero son de la misma naturaleza que todas aquellas de que no se habla, a ménos de lloriquear continuamente sobre la condicion humana.

En el fondo de mi alma, perdono, mas a menudo de lo que ellos creen, a esos séres que nos deben únicamente sus servicios i a quienes exijimos un constante buen humor.

Delante de ellos nos permitimos toda clase de caprichos, de impaciencias; les pedimos que sufran con nosotros; pero no queremos soportar sus lágrimas, sus decepciones, sus tristezas. No les permitimos la familia, la paternidad, la patria, sino en ciertos dias i a ciertas horas. Somos felices cuando se desentienden un poco de sus mujeres, de sus hijos i de su pais.

Si la separacion les cuesta mucho, si sucumben de pena, si nos dejan, nosotros, que solo les hemos dado el salario de sus años de destierro, los llamamos ingratos.

¿I nosotros no lo somos nunca para con ellos?

Si tu padre fuese bastante rico, quisiera que tuviese la honra de establecer un premio para el amo que nunca hubiese dado un mal ejemplo, un mal consejo, ni dirijido una injuria o un reproche injusto, a sus domésticos.

Dime, Luisita, que quieres ganar ese premio; i tú lo recibirás un dia, de tí misma, cuando te sientas feliz, tranquila, respetada, en tu honesto hogar, con servidores honrados para abrir tu puerta a jentes honradas.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

UNA MAJIA SINGULAR.

Los prestijiadores usan de ciertas palabras merced a que desaparecen los objetos i tórnase lo blanco en negro i las apariencias engañosas se revisten de una existencia real i efectiva.

El arte que tal realiza es sin duda admirable; i uno tentado se siente a creer que solo por obra de encantamiento se efectúan esos prodijios que sorprenden, i esos hechos que espantan, i esas manifestaciones de un poder májico i seductor; i el vulgo aplaude calorosamente, corriendo parejas la fé en la mentira con la habilidad de los engañadores.

Los alquimistas de la Edad Media fueron miserables ilusos que corrian en busca de la piedra filosofal sin encontrar el éxito de una esperanza ambiciosa, ni conquistar a las turbas, ni arrastrar como prosélitos a pueblos enteros. Las palabras májicas de la Edad Moderna valen mucho, muchísimo mas que la invencion de los alquimistas.

No hablamos de los que hacen el negocio de sus bolsillos con los misterios de la prestijiacion en el recinto de un teatro mas o ménos grande, pero que al fin es divertimiento inocente a costa de la credulidad pública. Nos referimos a un jénero mui conocido cuanto penicioso de prestijiadores que tienen a oficio embaucar a los pueblos (que no tan solo a los individuos) con el aparato de una majia arrebatadora a fuerza de ser impía, i en que mui poco se piensa por haberse popularizado en todos los paises modernos.

Esos embaucadores son hombres del corrillo, de la prensa i de la tribuna. El teatro en que funcionan es la sociedad entera. Esa majia que ejercitan es un repertorio de palabras, que la multitud acepta sin definirlas i emplea sin comprenderlas: palabras májicas que todo lo pueden, que andan como vagando en la atmósfera i con ecos dilatados llenan el espacio; palabras que suenan dulcemente al oido i se guardan gratamente en la memoria, dejando en el alma como las huellas de halagador ensueño, como los ecos de lejana armonía.

Lo misterioso i vago ha tenido siempre no sé qué secreto atractivo para los corazones; i no fuera de mucho extrañarse que lo incomprensible e indefinido, que asedia al hombre por todas partes, se trocara en un deleite suavísimo para las intelijencias.

Una palabra que no se comprende es a manera de un océano inexplorado, inmenso, sin riberas. ¿A qué poner un término a la inmensidad i un límite a lo infinito?

Vagas son las aspiraciones del alma, vago es el pensamiento que la ajita i vago el porvenir que la espera. ¿Quién ha sondeado los misterios del sentimiento, quién ha medido los abismos del corazon humano?

Nada encierra mas encanto que una ilusion i nada es mas indefinido que ella.

La poesía misma ¿qué es sino un pensamiento vaporoso difundido en las rejiones de lo ideal?

Lo desconocido tiene el poder de la seduccion, sea cualquiera el órden de sus manifestaciones; porque lo desconocido puebla el imperio de la fantasía i es la aspiracion irresistible de las inteligencias creadas.

Mas ¿para qué engolfarnos en tan difusas reflexiones? Al hablar de los encantos de lo indefinido, nuestra pluma se ha dejado llevar por una incoherente vaguedad, como si participara del secreto influjo de lo misterioso.

¡Basta! Mui léjos de nuestro propósito está el hacer la apología del misterio.

Reconocemos un hecho i tratamos de explicarlo. Eso es todo.

Quede para otros la supersticiosa historia de los oráculos, obra del delirio i de la mentira: nos repugna hablar aquí de trípodes i pitonizas, cuando la luz esplendente del siglo en que vivimos ha disipado, a lo que dicen, hasta la mas leve sombra de rastrera credulidad. Verdad es que una supersticion reemplaza a otra, que una mentira sucede a otra mentira i que la ciencia de las trípodes medra increiblemente i tiene sus sacerdotes i sus apóstoles i sus pontífices. Pero eso.... al fin la moderna civilizacion ha resucitado al paganismo para estudiarlo detenidamente, i mas, para imitarlo, i mas aun, para glorificarlo i adorarlo.

Hemos afirmado un hecho; i ese hecho es que algunas docenas de palabras i un regular acopio de frases constituyen la majia del liberalismo.

¡Cuán gratas al oido son las voces *libertad, igualdad, fraternidad!* Al oirlas el vulgo se enardece de febril entusiasmo, i todo labio les rinde acatamiento. En nombre de ellas los crímenes se justifican i las iniquidades se borran. Hé aquí, pues, tres dogmas del liberalismo, o mas bien, una trinidad misteriosa que deslumbra, no por la sublimidad del concepto sino por la pompa de que se la reviste i el calor con que se la proclama i aplaude donde quiera.

¡I sin embargo, la libertad es un Proteo mitolójico, i la igualdad i la fraternidad son como las sirenas que cantó la musa pagana!

El mundo moderno tiene sus divinidades como el antiguo. El Olimpo i el Orco no han sido creaciones estériles de la fábula condenada a perecer juntamente con la relijion de los ídolos. El Olimpo es todavía el paraiso de los modernos liberales, la mansion de las grandes divinidades, donde los dioses enseñan a los

hombres cosas marabillosas que los ojos no se cansan de ver ni los oidos de oir. I como toda revelacion es de suyo oscura, no hai que admirarse de que la doctrina liberal encierre muchísimos puntos negros e incomprensibles para la humana intelijencia.

Pero ¿i el Orco? ¡Ah! el Orco es una mansion tenebrosa habitada por sombras i fantasmas. En la mitolojía liberal esas sombras son las ideas cristianas i esos fantasmas son los principios luminosos del catolicismo.

Despues de todo, nos parece que un tanto nos hemos apartado i que tiempo es ya de abandonar la mitolojía para volver a la majia, siquiera sea para dirijir una pequeña advertencia a los que con la risa en los labios se burlan amargamente de los crédulos.

Cuando se trata de probar que una cosa existe, no hai como presentarla a la vista de todos: moviéndose probaba un filósofo el movimiento.

A los que se asusten o escandalicen de la majia, les preguntaremos:

Si la majia es el arte engañoso de embaucar i seducir ¿no es majia la del liberalismo, que seduce i embauca?

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

RIMAS.

Era aun mui niño, i vivia
Con mis sueños i esperanzas
Esa vida de ilusiones
Que al final de la jornada
Despues llora el alma triste,
Volviendo atras sus miradas.

Era aun mui niño: una tarde,
Dormido a las asechanzas
Del amor, que sijiloso
A mis espaldas rondaba,
Me entretenia escuchando
Las armonías lejanas,
El concierto misterioso
De los valles i montañas,

Tejiendo alegres coronas
Con las flores de mi alma;
Miéntras la brisa del valle,
Jugueteando entre las ramas,
Vino a acariciar mi frente
Sudorosa i fatigada,'
Embriagando mis oidos
Las notas dulces i estrañas
De una celeste armonía
Mas dulce que la esperanza;
I despues besos i risas,
I enamoradas palabras,
I un algo como suspiros
De otra alma triste i hermana;
Cuando el amor entre juegos
Se acercó a donde yo estaba,
I jugando con mis flores
Se entretuvo en desojarlas,
I luego huyóse mui quedo
Entre una verde enramada.
Despues se vino la noche,
Sentí una espina en el alma
I al horror del desengaño
Ví que mis ojos lloraban
Mis ilusiones de niño,
Mis flores despedazadas.

Vírjen celeste de mis sueños de oro,
¿Por qué ¡ai! me acariciaron tus miradas,
Si la dicha falaz que prometian
Era solo ficcion de mi esperanza?

JAVIER VIAL SOLAR.

A continuacion tenemos el gusto de publicar dos composiciones poéticas debidas a la pluma del distinguido i simpático artista i literato español, don Federico Cervi Campasol, recien llegado a esta capital, de quien ha hablado ya la prensa diaria de Santiago i de Valparaiso, i a quien, despues de ofrecer privadamente nuestra amistad, tenemos el honor de saludar desde las pájinas de LA ESTRELLA DE CHILE.

A MI AMIGO MIGUEL EN SUS DIAS.

Es la vida una montaña
Con cuestas a los dos lados;
Unos marchan hácia arriba
Otros marchan hácia abajo.
Querido Miguel, nosotros
Somos de los que bajamos;
Tú vas calzado i tus huellas
Se quedan tras de tu paso.
Yo nada me dejo en pos
Porque camino descalzo.
Tú bajas entre las flores
Que nacieron a tu lado
Contento con los perfumes
Que ellas te van regalando.
Yo sobre espinas desciendo
Con los piés ensangrentados.
Te acompaña la sonrisa,
A mí me acompaña el llanto.
¡Huellas dije! tambien yo
Huellas pudiera ir dejando
Mas son lágrimas que el polvo
Antes que pase ha borrado,
Ayes que arrebata el viento
Entre sus jiros llevando.
Delante caminas tú
Feliz, contento, despacio.
Dios quiera que en el camino
Inviertas, Miguel, cien años.
Yo voi detras, pero huyendo
De mis pesares amargos;
De mi negra soledad,
¡Corro tanto! corro tanto
Que me doi por satisfecho
Si a un mismo tiempo llegamos,
I al juntarnos en la muerte
Tú feliz, yo desgraciado,
Tú diras: "Dejo.... mis hijas."
Yo diré: "Dejo.... mi llanto."

FEDERICO CERVI.

¡NO SOI TU PADRE!! ¡NO ERES MI HIJA!!

DOLORA.

¿Por qué hechicera,
Preciosa niña,
Flor de mi alma,
Luz de mi vida;
¿Por qué tu planta
Junto a mí fijas?
Si has de olvidarme,
Si te retiran
Formas sociales
Del alma mia,
¿Por qué los rayos
De tus pupilas
Roban mi calma,
Matan mi dicha?
Si he de perderte,
Niña querida,
¿Por qué me hablas?
¿Por qué me miras?
¿Por qué tus labios
Puros, me brindan
Tiernos halagos,
Dulces caricias?
Niña que diste
Dicha a mi dicha,
Alma a mi alma,
Vida a mi vida,
Huye lijera
Sombra bendita,
Para que el mundo
No te maldiga;
Déjame solo
Con mi desdicha.
¡No soi tu padre!
¡No eres mi hija!

. . . . . .
. . . . . .

¿Por qué en tus sienes
Alabastrinas
Dejas que un beso
Mi labio imprima?
¿Por qué en tus trenzas
Que el sol codicia
Dejas que enjugue
Lágrimas mias?
Ojos de cielo,
Boca divina,
De Dios tus labios
Son la sonrisa.
Si he de perderte,
Niña querida,
Deja que muera
Planta marchita,
Sin el ambiente
Que aromatizas
En torno tuyo
Cuando suspiras,
Sin el influjo
De tus pupilas,
Que son espejos
Donde se miran
Las ilusiones
Del alma mia.
Sin tus halagos,
Sin tus caricias,
Sin tus cabellos,
Sin tu sonrisa,
Que es el rocío
Que fertiliza
La árida frente
Del pobre artista.
Solo me deja
Niña... ¡Mi niña!
¡No soi tu padre!
¡No eres mi hija!

Motril, 1874.

FEDERICO CERVI.

RECUERDOS.

Niño era i el estruendo,
Que a las rocas hiriendo
Forma el agua del mar,
Llegaba a mis oidos
Cual los ecos perdidos
De un canto misterioso i sepulcral.

Al jenio de los mares
Recuerda el alma mia,
Las noches i los dias
Que junto al mar pasé,
Las olas espumosas
En el invierno frio,
Las aguas del estío
Templadas cual las brisas del verjel.

Léjos del suelo mio
Yo loco desvarío
Por dormirme en la arena de mi mar,
Miéntras braman las olas
Léjos del mundo, a solas,
Con mis ensueños de ventura i paz.

¡Oh! si pudiese ahora
Cual ántes a la aurora
Al vaiven de mi esquife saludar!
¡Oh! cuán felice fuera
Si cual ántes pudiera
Al lado de mi padre navegar.

Cuando el sol i la luna
Luces dan i ninguna
Nube en los cielos va:
Grato es en blando esquife
En mar sin arrecife
Las movedizas olas desafiar.

Dulcemente dormido
Por las olas mecido
Del incansable mar,

Léjos de árida tierra,
Me es grato entre las olas
Con mi ilusion a solas
Soñar los sueños de ventura i paz.

ABEL MALDONADO.

DON DIEGO DE MENDIETA.

I.

Erase el año de gracia de 1575 i la última hora de una fria tarde de invierno. Las campanas la iglesia catedral de la Asuncion tañian tristemente i sus lúgubres sonidos iban a perderse a lo léjos entre los bosques que bordan las márjenes del Paraguay. Un acontecimiento extraordinario habia puesto en movimiento aquella ciudad que dormia en santa paz el sueño colonial; parecia que aquel dia la Asuncion habia despertado sacudida por una gran desgracia.

¿Qué habia sucedido? ¿Por qué jemian aquellas campanas? Sus lúgubres tañidos anunciaban la muerte del adelantado español don Juan Ortiz de Zárate.

Las campanas jemian, i aparentaban tambien jemir los habitantes de la Asuncion; pero la verdad era que los guaranies ya no cabian de contentos con la muerte del adelantado i que muchos españoles daban por ella gracias al cielo. I razon tenian para ello. No hai duda de que Zárate fué hombre a quien pocos igualaban en bravura, que repartia en los combates unos mandobles que ni el Cid los daria mejores i que tenia la audacia de un Hernan Cortéz; pero, como casi todos los capitanes españoles conquistadores de América, era un soldado brutal, inhumano, disoluto en sus costrumbres i para remate era tambien viscaino, lo que vale tanto como decir que era terco i colérico sobre toda ponderacion. Hizo bastantes proezas en el Paraguay i Rio de la Plata; pero en cambio las injusticias i tropelías que cometió, especialmente con los charruas i guaranies paraguayos, fueron las innumerables.

El pobre adelantado bajaba al sepulcro con la conciencia algo cargada; pero no era él hombre que se abatiera así no mas.

Cuenta Barco de Centenera que hallábase ya a los últimos Zárate, librando el postrer combate, i exclamaba aun con aire del que está dispuesto a no ceder un punto al enemigo:—¡Vaya! si podré yo con la muerte!

Pero con la muerte no hai valor, ni resolucion, ni porfía que valgan; i no bien el adelantado acababa de articular estas palabras, cortó ella de un golpe el hilo de su existencia i el infeliz cerró los ojos i su alma voló a dar cuenta a Dios de tanta fechoría como cometió con los desgraciados indíjenas.

II.

Zárate dejaba un testamento i en él el nombre de la persona que debia sucederle en el mando, conforme a la autorizacion que tenia del rei de España.

El ya citado don Martin del Barco Centenera, compañero de Zárate, arcediano de la catedral de la Asuncion i autor de un poema titulado *La Arjentina*, nos lo ha dado a conocer en ocho versos, con que voi a obsequiar a los lectores, aunque mas no sea por enseñarles un testamento en una octava real:

Dejó en su testamento declarado
Que sea su lejítimo heredero
La hija que en los Charcas ha dejado
I aquel que fuese su esposo i compañero
Suceda en el gobierno i el estado,
Segun como lo tiene el de primero;
I mande i rija en tanto que ella viene
Su sobrino Mendieta que aquí tiene.

Los versos del buen arcediano no son cosa; pero lo que es el testamento no deja de ser orijinal. Por él dejaba el adelantado el gobierno en propiedad al que se casase con doña Juana de Zárate, hija suya i residente en Charcas i el interino a un tal Mendieta, su sobrino. Lo que fué de doña Juana i cómo llegó a escojer marido entre tanto pretendiente como se avalanzó a obtener aquella mano que era honor i riqueza i que tal sujeto le salió el marido, podrá saberlo cualquiera que se tome el trabajo de leer algun cronista de aquellos tiempos o aguardar a que yo se lo cuente un dia que amanezca con humor para ello.

Don Diego de Mendieta, a quien tan inesperadamente favorecia la fortuna, era un mozo que apénas frisaba en los veinte años.

Valiente hasta la temeridad, jeneroso, arrogante, gracioso en el decir, elegante en sus maneras i en su porte, el jóven gobernador parecia estar llamado a grandes destinos. De la noche a la mañana, cuando podria decirse que empezaba a vivir, se encontraba desempeñando un elevado cargo que parecia iba a ser-

virle de peldaño para subir a puestos mas elevados aun. Desgraciadamente habia en el fondo de su alma un depósito de veneno que debia corromperla i frustrar tan justas esperanzas: cegábalo el orgullo i cometia las mayores locuras arrastrado por una necia vanidad. Criado entre soldados, i soldados que estuvieron mui léjos de descollar por su moralidad, sus costumbres no eran ejemplares aun ántes de subir al poder. Su tio el adelantado Zárate habia sin duda adivinado su carácter. Soi malo, decia él, pero estoi cierto que no faltará quien me haga bueno despues de mi muerte.

Diego de Mendieta era el encargado de realizar tal vaticinio; era el presente, el último obsequio que don Juan Ortiz de Zárate hacia a sus gobernados en prueba de su cariño.

Al verse elevado a tanta altura la vanidad de don Diego creció sobremanera; empezó a mirar con desden a todos los que le rodeaban i vinieron luego sus antiguos compañeros de cuartel i de licencia i le adularon i festejaron sus primeros extravíos i le incitaron a cometer otros mayores, i tanto hicieron que acabaron por hacer creer a aquel pobre mozo, gobernador por carambola e interino del Paraguay, que era un César romano hecho i derecho.

Su tio le habia dejado por tutor (¡gobernadores con tutor!) a un tal Martin Duré; pero don Diego, como era de esperarse, al dia siguiente de tomar el mando despachó a su casa al tutor i empezó a gobernar segun su leal saber i entender, i junto con esto empezó tambien a cometer tanto disparate i tantas arbitrariedades que no hai por donde comenzar. Lanzado por el despeñadero del mal, ya don Diego no podia volver atras, que su orgullo cerrábale el camino.

Consejos no los tomó ya si no de sus compañeros de escándalos; i si Zárate habia sido arbitrario en el gobierno, su sobrino lo dejó mui atras.

Cumplióse el pronóstico del adelantado i los desgraciados habitantes del Paraguay tuvieron que lamentar su muerte i olvidar sus faltas ante la enormidad de las que cometia su sobrino. Apénas les habia quedado derecho para respirar i pedir justicia al cielo con las miradas, que eso de hablar habria sido ya demasiado aventurarse. I así era en efecto.

¿Advertíale álguien al gobernador que debia aconsejarse con personas mas idóneas?—A la cárcel con él, contestaba el soberbio mozo, que yo sé lo que hago i yo mando aquí.

¿Atrevíanse algunos a reprenderle o a enseñarle cual era su deber?—Que les azoten ¡a la horca con esa canalla!

I asi mandó azotar a muchos caballeros en la plaza pública, metió a otros en la cárcel i a no pocos envió a hacer pruebas en lo alto del rollo. La Asuncion estaba consternada.

Los espías introducíanse en todas partes, las delaciones llovian i como sucede en casos semejantes la confianza habia desaparecido, todos desconfiaban hasta de sus mas íntimos amigos, todos

temblaban, todos aguardaban con temor la luz del nuevo dia en que podrian ser víctimas de un capricho o una venganza.

Una mañana un paje de don Diego encuentra en la puerta de su casa un billete anónimo en que se echaban en cara al gobernador todas sus faltas, se le amenazaba con severos castigos i se le emplazaba en último caso para ante el tribunal de don Felipe II i el de Dios. Llevárselo a su amo i leerlo éste i enfurecerse, todo fué uno. Por saber quien habia escrito aquel billete, llevó a la cárcel a media Asuncion, azotó a no pocos de sus habitantes i amenazó con la horca a otros tantos sin que jamas pudiera darse el placer de conocer a su autor i hacerle pagar caro su atrevimiento. Si así trataba a los españoles, ya podrá el lector juzgar cómo les iria a los guarinies con aquel mozo, que sin duda ha servido de modelo a los Francia, los Lopez i tantos otros ridículos tiranuelos como en nuestro siglo se han alzado sobre el suelo americano con las ínfulas de unos emperadores.

III.

Residia por aquel entónces en la Asuncion un noble hijo de Castilla llamado don Pedro García i a su lado vivia una jóven hermana suya que era, a estar a lo que de ella se refiere, un dechado de hermosura, de gracia i virtud.

Era aun Blanca, que así se llamaba, una inocente niña de quince primaveras, entregada aun a los juegos de la infancia, cuando conoció en Toledo a un tal don Juan Benavente, apuesto mancebo que no tardó en abrasarse de amores por ella i en despertar el alma de aquella niña a nuevos i mas dulces ensueños. Blanca i Benavente acabaron por amarse i se dieron palabra de casamiento i se juraron eterna fé; pero éste, escaso de fortuna i honores i ambicioso de ellos abandonó su España i vino a establecerse en el Paraguay con la esperanza de realizar allí sus deseos.

La fortuna no le fué esquiva ni era natural que le fuera, pues el tal Benavente era hombre de no poca habilidad i lo que talvez valia mas en estos dominios de don Felipe, tenia un valor i unos puños que infundian un saludable respeto.

La ausencia i la distancia no entibiaron su amor, i escribióle a García aconsejándole que se viniera a América, en donde podrian realizar el proyectado casamiento i vivir en la felicidad i la abundancia. Don Pedro, que habia perdido casi toda su hacienda, no aguardó a que le repitieran dos veces el consejo i partió al punto para la Asuncion en compañía de su hermana i una tia que habia criado a ésta i le servia de madre desde la infancia. Pero con no poco dolor de ellos, al llegar al término de su viaje se encontraron con que Benavente habia partido algun tiempo ántes para el Perú, a donde le llevaban una comision de Zárate i la idea de realizar algunos negocios por aquellas tierras. García se resolvió a aguardar en la Asuncion el regreso de su

amigo i futuro cuñado i con los pocos doblones que traia compró una propiedad vecina a la capital, en la cual vivian con bastante escasez cuando subió al poder don Diego de Mendieta.

Nadie sabia que habia sido de Benavente. Al tener conocimiento de la llegada de Blanca a la Asuncion, habíale escrito prometiéndole ponerse en camino así que pudiera terminar algunos negocios que tenia entre manos, pero los dias pasaban i pasaban los meses i el don Juan no llegaba nunca ni contestaba siquiera las cartas que se le escribian.

Impacientado ya con tanto esperar juraba García en Dios i en su ánima que era Benavente un mal nacido i un perjuro; la tia, que no dice la crónica como se llamaba ni nos importa saberlo, que era una solterona que pasaba de los cincuenta, aprovechaba la oportunidad para echarle unos sermones a su sobrina en que ponia a los hombres de malos e inconstantes que no habia por donde tomarlos, i solo Blanca, la bondadosa e inocente Blanca no queria dar abrigo en su pecho a la vil sospecha i esperaba aun, esperaba que llegara todos los dias el hombre en quien habia puesto el puro cariño de su alma.

La pobre jóven vivia sumida en la mayor tristeza i su semblante habia perdido ya, a fuerza de sufrir, sus naturales i rosados tintes; pero aquel dolor pintado en su lánguida mirada, aquella palidez de su rostro, aquella soledad misma en que pasaba los mas bellos dias de su juventud parecia que daban mas realce a su hermosura i que extendian en torno de ella un no sé qué de compasion, misterio i simpatía. Esforzábase en vano su hermano por hacerle olvidar a Benavente e instábale sin cesar para que elijiera un marido entre tanto pretendiente como aspiraba a poseer aquella rica joya; pero Blanca no podia mandar en su corazon i éste latia siempre por aquel que en Toledo habia sabido inspirarle su primer amor.

IV.

Don Diego de Mendieta era uno de los que desde tiempo atras bebian los vientos por la bella prometida de Benavente. Confiado en su donaire i en sus artes en tan difíciles empresas, acercose con su natural audacia a conquistar aquella plaza a que tantos ponian asedio, i con no poca sorpresa i despecho del presuntuoso jóven hubo de recibir un rechazo i con él un desengaño bastante amargo. No se dió, sin embargo, por vencido; aumentó, por el contrario su pasion, i apénas subido al poder lanzóse de nuevo a la carga, creyendo haber encontrado ya en las riquezas de que podia echar mano la llave de aquel castillo que tantos habian hallado inexpugnable. La puerta no se abrió; pero don Diego encontró un aliado decidido en García, que deseaba salir, al fin, de la triste condicion a que se veia reducido.

Recibió a Mendieta en su casa, colmóle de atenciones i hacia cuanto estaba de su parte porque Blanca consintiera en darle su

mano; ésta, sin embargo, no queria por nada faltar a su promesa de aguardar a su prometido esposo.

En vano el jóven gobernador arrojaba a sus piés todo el oro que arrancaba a indíjenas i españoles; en vano hacia celebrar espléndidas fiestas de toros, de cañas i sortijas en que Blanca era siempre la reina i las mas veces él el vencedor i el héroe; en vano jemia i suplicaba a sus plantas; en vano a veces llegaba en su despecho hasta amenazar, que a la novia de Benavente ni le cegaban el oro i las fiestas, ni le ablandaban las lágrimas ni le aterraba aquella cólera que hacia temblar de espanto a los demas. Como era natural, aquella resistencia centuplicó la pasion de don Diego hasta el delirio; ya no pensaba sino en Blanca, ya no vivia sino para ella. Aquella lucha duraba demasiado; no era él hombre para aguardar mucho tiempo i tenia ademas motivos especiales para desear que tuviera un pronto término aquella empresa. Resolvióse, pues, a salir del paso a su manera, aconsejado por sus dos antiguos compañeros de escándalos, Galiano de Meira i Juan Ochoa, que habian pasado a ser sus consejeros privados. No sé cual de ellos fuera mas vicioso, dice Centenera hablando de estos dos sujetos, i por esas palabras podrá sacar el lector que buenas piezas serian los amigos del gobernador.

Una mañana dirijióse éste a casa de García i con el pretexto de ciertas noticias recibidas de Charcas, le dió órden de dirijirse al punto a aquella ciudad conduciendo unas comunicaciones de gran importancia. García trató de excusarse alegando gran número de razones; pero Mendieta, sin querer dar oido a ninguna, le echó en cara que se negara a prestar aquel servicio a quien debia ya muchos favores i aumentando de pronto su cólera real o finjida llegó hasta amenazarle con su venganza. No era García hombre para arrostrar la ira del gobernador i renunciar a su proteccion así no mas i tuvo que resignarse a partir. Despidióse de su hermana con las lágrimas en los ojos, i con el corazon agobiado por un triste presentimiento, alejóse de la Asuncion a cumplir el encargo que llevaba.

¿Por qué alejaba don Diego a García del lado de Blanca?

Temia que se negara a obligar a su hermana a casarse por fuerza; temia talvez que Benavente fuera a aparecerse el dia ménos pensado i quedaran frustrados todos sus planes; e irritado, exasperado ya, se habia resuelto a echar por en medio i poner término a aquella lucha que le humillaba de una manera digna de sus antecedentes.

No hai para qué decir que aquella resolucion fué tomada en consejo con sus inseparables Meira i Ochoa, quienes la aplaudieron estrepitosamente, le alentaron a llevarla a cabo i se ofrecieron a prestarle su mas decidida cooperacion.

CÁRLOS A. BERRO.

(Concluirá.)

BOSQUEJO DE UN HOMBRE ECONOMICO

DEL SIGLO XVIII.

Don Venancio Barriga, de quien me propongo hablar, i a quien la naturaleza por burla, o algun mal intencionado antecesor le habia dado ese apellido, vivia por los años de 1780 en la ciudad de Badajoz, calle de Miserables, núm. 1.

Era alto, de pelo negro i tieso; de frente no mui grande pero con muchas ondulaciones, viniendo la última de ellas a formar una gran cavidad para los ojos, que eran chicos, vivos, algo escondidos i mui inclinados hácia la nariz, como indicando con esto que los tres habian sido formados con el mismo objeto. Esta última (la nariz) era de estilo jónico, mui larga i proporcionadamente ancha; nacia como casi todas las narices nacen, pero, a poco, tenia un caballete mónstruo, una prominencia tal, que apénas se hubiera podido medir con barómetro; en seguida declinaba rápidamente i se prolongaba, ya en línea recta, ya en zig zag, hasta que, toda chulleca i ladeándose hácia la izquierda parecia ir a entablar conversacion con la barba, la que, a su vez, se habia encorvado hácia arriba para poderle escuchar: tenia los pómulos no mui salientes; i su boca mui enterrada, seca i como aflijida, no tanto por el abandono i menosprecio que de ella hacian los demas miembros sino de puro miedo a la nariz.

Su cuello, que le salia casi de en medio del pecho i se estiraba hasta dar con la cabeza, era larguísimo i mui delgado, llevando en su centro una manzanilla de tal manera disforme e irritada, que pareciera querer arrancar de hambre si don Venancio no la sujetase i medio encubriese con su gran corbatin negro, el que, por lo ménos, daba seis vueltas al rededor del lugar en donde debia estar la camisa. Los hombros eran jibados i algo inclinados hácia la derecha: no usaba nunca levita por ser esta una moda imprudente que habia colocado los bolsillos atras, mui léjos de la conciencia propia i mui cerca de las manos de aquellos que no la tenian; solo se ponia un paltó largo color café amarilloso i medio tornasol, en el cual no se conocian las manchas ni se sujetaban peluzas, pero era porque al pobre ya no le quedaban pelos; estaba el infeliz inmirable, invisible, raido, cascado, roido, i de puro viejo se habia puesto hasta jovial, pues por muchas partes sonreia; mas *ni por esas;* su amo jamas lo desamparaba, porque, segun él decia, desde una mui grande aventura amorosa, que en sus mocedades con él habia llevado a feliz término el dia que lo

estrenara, le habia tomado cariño i desde entónces le tenia lei.

Por entre las vueltas de este dichoso paltó se dejaba ver un no ménos célebre chaleco (entónces chupa) que fué de terciopelo verde con botones amarillos i de seguro que habia causado algunas envidias en su juventud; pero ahora, por haber tenido que luchar mucho con la polilla, el tiempo i los achaques; i porque tambien habia tenido sus rencillas con la moda, ya no hacia tan buen efecto que digamos. Debajo de esta curiosa pieza i ahorcados por crueles suspensores caian unos abombillados pantalones que sabian de memoria la escandalosa historia de muchos lustros i que jamas, apesar de esfuerzos inauditos, habian logrado descansar en los tobillos de su dueño, modo que dejaban entrever unas piernas largas i tísicas, cubiertas con medias azules, las que a su vez se escondian dentro de unos calamorros mui bien lustrados. Porque han de saber Uds. que en el lustre del zapato es en donde se conoce la hidalguía.

La casa de nuestro héroe guardaba perfecta armonía con su persona; yo, por supuesto, jamas la ví, pero me consta que tampoco nadie se habia asomado a ella de miedo; porque, segun el vulgo, no solo a su entrada dejaban de comer los sabañones i otras tiñas, como en esotra de que nos habla el sin igual Quevedo, sino que ya era fama de que en una gran inundacion del rio vecino, se entraron las aguas a ella un cajon, salido de la vecindad, que ántes habia sido para guardar queso, i en el cual venian asiladas varias ratas náufragas. ¡Mala desgracia fué ésta para los pobres animales i aun para la especie toda! porque una vez que bajaron las aguas, fué tanto i tan intenso el hambre que experimentaron en la nueva casa, que, estando ya para morir, acertaron a abrir un forado para las casas contiguas, en las que no solo concluyeron con todos los comestibles que pudieron haber, sino que tambien (i esto es mui cierto) se comieron todas las demas ratas que encontraron.

Se decia, pues, i con razon, que en la tal casa habitaba el hambre en persona, i aun habia muchos que daban gran vuelta para no pasar junto a ella.

A pesar de todo, decian tambien que don Venancio era hombre mui rico, podrido en plata, i esto, como despues veremos, lo confirma la manera trájica i orijinal como murió; pero sobre que su vida fué siempre archimiserrima, no cabe cuestion, i aunque vivió mucho despues, yo no tendria dificultad en creer que era el mismo padre del licenciado Cabra, i de seguro pudo darle cuantas lecciones económicas hubiese querido.

Siento infinito no poder dar mas noticias acerca del carácter, costumbres, condiciones i manías de nuestro buen don Venancio, como tambien de otras historias i consejas celebérrimas que de él se contaban; pero las antiguas crónicas de que he tomado lo anterior, estaban ya mui viejas, borradas i rotas, de modo que yo tambien, como Uds., me he quedado con gran curiosidad de

saber tan preciosos e interesantes detalles. Sin embargo, con gran trabajo i despues de mucho estudio, pude entender aquella parte en que se contaba la curiosa i propia manera como el diablo puso fin a sus dias. El caso fué como sigue:

Rezaba una tarde el susodicho don Venancio, con gran fervor i de rodillas, en un cuartito vecino a su dormitorio, cuando de repente pasa corriendo por este último, con gran bulla i estrépito, un gato, el cual, habiendo tenido en los tejados una fiera i sin igual contienda con un su enemigo (gato tambien) por ciertos celos, de los cuales era causa i fomento una hermosa Zapaquilda, quiso la mala suerte de nuestro enamorado galan que su adversario lo venciese i lo echara a rodar tejado abajo; no hacia muchas horas todavía que estaba mui herido en el patio de la casa de Barriga (el dueño de casa se entiende), cuando mi buen gato se vió acosado sin duda por el mismo enemigo que atacó a las ratas (cosa que de seguro no le aconteciera si hubiera sido contemporáneo de ellas i compañero de desgracias); i entónces afligióse tanto i corrió de tal suerte i tan sin rumbo, que llegó, como hemos dicho, al cuarto de don Venancio. Este sobresaltóse al principio i en seguida, creyendo que fueran ladrones, corrió precipitadamente a su cuarto; al pasar por la puerta que comunicaba las dos piezas, el miedo, su temperamento nervioso i el temor de que por ahí se pudieran escapar los malhechores, se la hicieron cerrar con tal fuerza, que se remecieron las paredes i tijerales como si hubieran sido columpios de cordeles. Casi simultaneamente una gran mole cae sobre su cabeza i le deja muerto en el instante.... Un talego repleto de monedas de oro, que seguramente su dueño habia guardado para mayor seguridad sobre algun tijeral, se habia desprendido de su lugar i muerto a su adorador.

Se dice comunmente: "la avaricia rompe el saco;" en este caso: la avaricia quebró el mate.

.....

Las cosas han cambiado, i ya ha desaparecido esta clase de avaros que nos hacen reir un poco i sin mas los despreciamos, no tanto por malos o inútiles como por tontos i mentecatos, que no saben que el dinero es en sí tan despreciable como las piedras cuando no sirve para hacer el bien i alcanzar la felicidad terrestre por su medio. En nuestros tiempos, mas adelantados que los de don Venancio, los han reemplazado, i con ventaja, avaros jóvenes, elegantes, buenos mozos, lucidos i charlatanes, que hablan de caridad, de filantropía, de libertad, de progreso; i sin embargo, en su interior son incapaces de tener una idea, un sentimiento que no sea egoista, bajo o torpe. I ántes puede hundirse el mundo que no ellos mover un brazo para socorrer a un desvalido.

Yo, la verdad, ya que se tiene el vicio, prefiero la naturalidad i franqueza de los Venancios.

PAULO ANTONIO LEAL.

EL LIBRO DE UNA MADRE

POR

MME. PAULINA L***

(Traducido del frances.)

(Continuacion.)

VIII.

LA PRIMERA AMISTAD.

Me pides que te busque una amiga, mi querida Luisita. La escojerás tú misma. Ya no se trata esta vez de un maestro, ni de una muñeca; i ya estás bastante grande para dirijir este primer ensayo de tu corazon.

No me quejo, hija mia, de que te consideres un poco aislada, aun en la casa paterna. Mucho nos amas, nos amas sin reserva i sin excepcion; mas, nosotros te damos el apetito de amar, sin hartarte. Aun nos amarás mas amando a tus amigas; pero, un algo interior te dice que serias siempre una niña si no tomases la iniciativa de una nueva afeccion, de la cual tendrias la eleccion i la responsabilidad.

Este instinto del corazon que se despierta, es preciso escucharlo, Luisita.

La amistad es el vínculo de las conciencias.

Tú no sabrás lo que vales, ni podrás conocer la fuerza i apoyo que podrás dar i recibir, sino cuando te hayas rodeado de algunas amigas.

Hacía dias veia flotar en torno tuyo una lijera sombra de disgusto. Descuidabas tu muñeca, i reprendias a tu hermano, a quien acusabas de caprichoso. Me preguntabas si no teníamos

algunas visitas que hacer; querías esplorar el terreno. Antes de ponernos en camino, escúchame con atencion.

Solo hai un modo en el mundo de conquistarse amigas: es el de esforzarse en amar.

Si se escoje el sér que nos completa i nos refleja, no puede permanecer indiferente o ingrato delante de una sincera simpatía; mas no se abren los corazones sino despues de haber abierto el propio. Para merecer ser amado, es necesario estar bien seguro de saber i de poder amar.

La Fontaine, el primer filósofo de los niños, el último filósofo de los viejos hastiados de filosofía, ha dicho con mucha razon: "¡Oh cuán dulce es un amigo verdadero! El busca vuestras necesidades en el fondo de vuestro corazon."

Hé aquí la mas bella definicion de la amistad; i todas las afecciones humanas: el amor maternal, el amor filial, el amor de los esposos, se encieran en esta última frase.

La amistad, tan necesaria a las niñas, llega a ser mas tarde una necesidad para las madres.

Yo me empequeñezco a medida que tú creces. Cuando esté vieja i que tú seas ya una jóven, no me contentaré con ser tu madre, me esforzaré en ser tu amiga. Tendrás secretos que se escaparian forzosamente a la autoridad maternal; el respeto te haria guardar silencio. Tu confianza, sin disminuir, será mas circunspecta; entónces, es, Luisita, *cuando tendré que buscar tus necesidades en el fondo de tu corazon.*

Lo ves, pues, la amistad es una cosa mui grande, puesto que las madres tienen necesidad de ella, para continuar siendo madres cuando sus hijas han dejado de ser niñas.

Busca una amiga. Que tu hermano quede siendo tu hermano; mas, vuestra amistad tiene un oríjen tan parecido, dichas tan semejantes, i pesares tan poco distintos, que, amándoos únicamente, i no amando a nadie mas, por cierto que no haríais ningun mal, pero tampoco haríais el suficiente bien.

Un sabio lo ha dicho: "El que no vive para otros, no vive para sí mismo."

Quiero que pases recta i cumplidamente toda tu vida de jóven i de mujer.

La amistad engrandece el corazon; es la sola afeccion que no puede amoldarse con el egoismo, puesto que introduce forzosamente los pensamientos de los otros en nuestros pensamientos íntimos.

Muchas mujeres se creen santas porque llevan una vida de reclusa en sus deberes de madre o en su amor fraternal. Aislándose en una virtud, la esterilizan. Amando exclusivamente los séres que no pueden dejarse de amar sin traicionar a la naturaleza, los aman pésimamente mal. La amistad añade el sentimiento al instinto, sirve de lazo i de atmósfera a todas las afecciones humanas, i une en una misma alma todas las facultades de amar.

Busca una amiga, Luisita. Cuando la encuentres, descubrirás en tí mas corazon del que creias.

Mas ¡ten mucho ciudado! Lo que nos salva puede perdernos. No vayas a confundir la amistad con la vana curiosidad de las niñas envidiosas, que no se unen estrechamente sino para celarse mas de cerca.

Huye de aquellas compañeras que, orgullosas de su aspecto i de su traje, no admiten en sus juegos a las que van mal vestidas, i que no saben otra cosa que preguntar:

—¿Qué hacen tus padres? ¿Son ricos? ¿Tienes un vestido de seda?

Ten cuidado, Luisita. Se muere de amistad como se muere de otras cosas, i si se sobrevive a las decepciones, al veneno de las amistades malsanas, queda siempre en el corazon un penoso recuerdo, una amargura, una vergüenza, de la cual no se sana jamas.

La falsa amistad es un lazo del odio.

¡Cuántas veces he visto mujeres que, despues de largos años de ardiente expansion i de tiránica amistad, han manifestado de repente que se detestaban i aborrecian! Su apasionado abrazo no podia terminar sino en un súbito alejamiento i fastidio. No se habian unido por ese lazo indisoluble de la inocencia i de la recíproca estimacion, lazo que nunca se rompe.

No escojas tu amiga por su talla o por su cara; desconfía de aquella que te diga que eres linda, ántes de saber si eres buena.

Reconocerás a tu amiga verdadera, predestinada, en el misterioso latido del corazon que os hará amaros cuando os encontreis en el amor de la misma virtud.

¡Sí, la virtud! Por mas que digan i repitan, Luisita, ella es el fondo de todas nuestras dichas, así como es el cielo el fondo de todos nuestros horizontes.

Te he hablado de la marquesa de Lambert, que escribió sabios consejos para su hija; ella escribió tambien un hermoso tratado sobre la amistad i ha dicho con mucha razon:

"La perfecta amistad nos pone en la necesidad de ser virtuosas. Como no puede conservarse sino entre personas estimables, ella nos fuerza a imitarlas."

No te asustes de esta sentencia, Luisita. La virtud, para principiar, puede tener cabellos rubios, mejillas rosadas i hoyuelos; puede reirse i divertirse, i quizás la encontrarás en alguna de tus amiguitas. Ella no consiste en renunciar a la vida, al juego, a las afecciones de la familia. Consiste, al contrario, en el respeto de la vida; en el juego sin cálculo; en la afeccion sin envidia.

¡Eleva tu alma para hallar una alma elevada!

¿Quieres tener una confidente? pues abre de antemano tu corazon; álguien lo busca quizás sin conocerlo, para derramar en él consuelos i dulzuras.

¿No quieres amar un semblante adusto? pues ten mucho cui-

dado de no amostazarte nunca. El rostro de una amiga es un espejo.

¿Quieres una compañera animosa? hazte fuerte. ¿Modesta? vela sobre tu modestia. ¿Espiritual? cuida de no ser tonta. ¿Risueña? no pierdas nunca tu lindo reir: es el eco de los corazones de oro.

¿Quieres una amiga que te agrade? pues trata de agradar.

Te doi la primera leccion de coquetería, i te la doi sin temor.

Para amar a Dios i a tus padres i para ser amada, no has tenido que hacer grandes esfuerzos. Mas el mundo no tiene el ojo abierto de Dios, ni los ojos cerrados de los padres.

El quiere, para tomarle gusto a la virtud, señales exteriores, como necesita sentir el buen olor de una flor para detenerse a cojerla.

La coquetería, sin otro fin que el de parecer bella, es una accion peligrosa. La belleza, puesta al servicio de la bondad, es la obra maestra que la naturaleza nos presenta todos los dias, desafiándonos de alcanzarla.

Mírate en el espejo, Luisita. Desde que te hablo, has embellecido. Es una buena señal.

Aun no sabes el nombre de la amiga que has de amar; pero ya amas la amistad, como una gracia mas que adquirir, como una virtud superior que te inspira ambicion.

Tranquilízate; con semejante vocacion no puedes ménos de elejir con acierto. Tu amiga no me arrebatará a mi hija, i tú, tú me vas a dar una hija mas que amar.

IX.

LAS PRIMERAS LECTURAS.

Te he sentido suspirar, Luisita, cuando tu hermano, abriendo sobre mis rodillas la hermosa edicion de la historia de los cartajineses por Rollin, descubrió una mosca aplastada entre dos pájinas, i se tomó la libertad de decir:

—¡Mira, mamá, esta pobre mosca, se habrá muerto de fastidio!

Tu suspiro era un respetuoso comentario de la insolencia de tu hermano.

Perdoné al insurjente que se sublevaba contra Aníbal. Te perdono, a tí, mi paciente discípula, que estés un poco cansada de historia griega, romana, cartajinesa, sagrada o profana.

Ya no te gustan los cuentos infantiles, en donde la moral aparece como una almendra con una lijera capa de confite.

No te interesas mucho por los libros escritos especialmente para las niñas; los impulsos de tu espíritu exceden ya a las flores de estos jardincitos.

Me pides verdaderos libros, libros que te entretengan i te conmuevan.

Recuerdas que un dia, al entrar en mi cuarto, sorprendiste una lágrima que caia sobre la cubierta de un libro que cerraba; tú me preguntaste por qué lloraba; si habia recibido alguna mala noticia, si tenia algun pesar...

Creí serenarte confesándote que la triste historia de una mujer honrada habia sido suficiente para humedecer mis ojos. Yo bien comprendí en tu admiracion que envidiabas esa lágrima.

Hoi vienes a pedirme que la comparta contigo.

Tú sabes que, algunas veces, he velado mas de lo que acostumbro por conocer el fin de una narracion interesante.

Me has oido decir a tu padre que me he sentido sumamente conmovida, al ver un triste desenlace. ¿Temes dormir demasiado? ¿quieres tener esa clase de fiebre?

Tus diezisiete años ya próximos te hinchan el corazon. Ya no eres una niña; dentro de algunas semanas serás una señorita. Quieres comenzar a buscar en los libros, los secretos de la vida que poco te han explicado hasta hoi. ¿Te he adivinado, no es verdad?

Algo me contrarías, Luisita; i lo digo sin modestia, muchas otras madres, que no hubiesen previsto tu curiosidad, se sentirian del todo embarazadas.

Tengo que hacerte una confesion.

La mayor parte de los libros que abro por moda, i de los que leo por conciencia, apénas sí son destinados a las madres. No han sido hechos para las jóvenes.

Esto te asombra i quizas te escandaliza. Tú que sabes que no autorizaria en mis salones un solo dicho que tú no pudieras oir i sobre todo comprender, te preguntas por qué me permito lecturas que no puedo permitirte. Tú que puedes entrar a toda hora en mi vida social, mundana ¿por qué no puedes entrar del mismo modo en mi vida intelectual? Tú que rejistras mi alma cuando quieres ¿por qué no has de poder rejistrar mis libros?

Es una injusticia, Luisita, de que participo junto con todas las mujeres que quieren estar al corriente de las cosas literarias.

Puesto que no se escribe nada para nosotras, es necesario que busquemos alimento en todo lo que se escribe para otros. No buscamos deliberadamente la mala compañía literaria; pero ella es tan invasora, que necesitamos conocer su movible topografía, aun cuando no fuese mas que para preservar a nuestros maridos i a nuestros hijos de viajes peligrosos.

Hé aquí por qué, hija mia, leo en voz baja delante de tí, libros que no querria leer en alta voz.

Hago mi eleccion, sin embargo; i si mis lecturas hieren mui a menudo mi fiereza de mujer, mi probidad de esposa, les prohibo al ménos manchar mi gusto i ofender mi memoria. Quiero cono-

cer el mal que se pretende decir de nosotras; pero solo admito las murmuraciones bien escritas i las calumnias correctas.

Estas son raras i su rareza no hace su fortuna.

¿Los autores son entónces jentes perversas, que no tienen mujeres, hijas, ni madres?

Nó, Luisita; pero son autores, esto es, séres inclinados a la malicia, ávidos de éxito; rebuscando en las audacias precedentes para labrarse una orijinalidad; dando lo que se les pide; atreviéndose a todo lo que no se les prohibe, i en particular a lo que se les prohibe.

Son ménos culpables que nosotras. Si las mujeres honradas lo hubiesen querido, habrian impuesto a los libros la misma decencia que a los salones; pero no teniendo que guardarse sino a sí mismas, han creido poder arriesgarse.

La costumbre, imponiendo a las jóvenes la ignorancia del mundo, teniéndolas alejadas de toda idea de matrimonio, i por consiguiente de toda idea de sentimiento libre i personal, vedándoles como un crímen la vision de las dichas mas lejítimas i mas naturales, ha abierto ancho campo a la literatura, puesto que no tenia miradas que la refrenasen.

Parece que las madres de familia se hubiesen dicho:

—Podemos charlar i dejar charlar delante de nosotras de las cosas prohibidas; nuestras hijas no están aquí para escuchar. Señores, ántes que vengan, referidnos pronto los escándalos que sabeis, inventadlos si no los sabeis.

Miéntras mas dura la narracion, mas alejadas se tiene a las hijas.

¡Ah! Luisita ¡cuántas de estas pobres jóvenes he conocido que crecian, palidecian, se enflaquecian, encerradas en sus aposentos, esperando que sus madres concluyesen la novela principiada!

Algunas veces la jóven se impacientaba, leia a escondidas, o se escapaba para ir en busca de un novelista que le hiciese una pequeña historia cuya heroina fuese ella. Gritábase entónces ¡al escándalo! i la madre cerraba su libro para llorar los extravíos de la hija que habia tanto tiempo olvidado en su solitario encierro.

Otras veces, las jovencitas curiosas escuchaban a las puertas, oian lo que no se decia para ellas, leian lo que no debian leer, i se corrompian así, ellas solas, únicamente porque se habia tenido el temor mal entendido de corromperlas.

Lo que hai de mas grave en la literatura contemporánea, es que esta facilidad de escribir sin reserva se ha erijido en principio. Todos aquellos que remueven las pasiones, se hacen un honor en removerlas hasta la hez, afectando no escribir para la juventud, i asombrándose de que ésta tenga la pretension de informarse de los peligros que la amenazan.

¡I sin embargo, por una estraña contradiccion, estos cínicos historiadores de las debilidades de la mujer, pretenden el rol de

moralizadores! ¿A quién dan sus lecciones, puesto que las rehusan al porvenir? ¿Cómo esperan preparar una cosecha de virtudes, puesto que no arrojan ningun grano en las almas vírjenes?

Mui a menudo, Luisita, aun ántes que hubiese presentido tu curiosidad, me he irritado de la impertinencia de algunos escritores que solo escriben novelas para contar de qué manera una mujer puede faltar a sus deberes, no pensando casi nunca en manifestar cómo el sentimiento del deber debe mezclarse al despertar de las pasiones.

¡Oh! si yo hubiese sabido escribir, hubiera querido narrar veinte veces, cien veces, la incesante solicitud con que, a pesar de los mayores obstáculos i contrariedades, se buscan dos corazones atraidos el uno hácia el otro por el vehemente deseo del bien. Hubiera querido ayudar, por medio de ejemplos, esta séria i conmovedora prueba que bien pronto va a principiar para tí: la de la estimacion de los hombres, del respeto de las mujeres, la del hogar, en una palabra, que siendo el fin universal i eterno, deberia ser el tema inagotable de provechosas i útiles lecciones.

¡Sí, el tema es inagotable!

No hai que creer que hubiera llegado a ser fatalmente monótono. Solo hai dos temas en el corazon humano; se les multiplica, se les hace inconocibles por las variaciones; pero si se pudiesen colocar bajo de una prensa todos los poemas, todas las novelas, todas las trajedias, todas las elucubraciones del espíritu, desde el oríjen del mundo, solo saldrian dos gotas: una que fortaleceria el corazon exhortándolo a la vida, otra que le traeria el vértigo i la amargura; una que seria el deber, otra que seria la pasion.

Lo que yo no puedo hacer ¿cuándo lo intentará algun escritor mas enamorado de su conciencia que de su corazon? ¡Qué dicha si fuese un escritor de jenio! ¡qué gloria si fuera una mujer!

Las mujeres, Luisita, han escrito en estos tiempos muchas novelas, no siempre las mejores.

Te haré leer, sin embargo, algunas obritas campestres, de la mas célebre, de la mas elocuente, de la mas poderosa de todas las que manejan la pluma. Es una desgracia que haya que escojer entre sus libros.

La vocacion de escribir novelas es casi siempre, para las mujeres, una vocacion de revuelta. Estas insurjentes en contra del hogar, traducen su exasperacion en relatos que, tú lo comprendes, no pueden ser ni el elojio del hogar, ni la glorificacion del marido.

En cuanto a los novelistas, se estrenan por lo jeneral en la carrera, ántes de conocer la vida i de haber aceptado sus cargas. No tienen que revelarse ellos mismos, pero no encuentran ningun peligro personal en impeler a los otros a la revuelta. Si se casan, creen haber firmado un contrato de seguros, i continúan con mayor seguridad sus murmuraciones. No quieren contradecirse; seria enfadoso no seguir una série de escritos que tan bien se

venden; por otra parte, sus mujeres saben que mienten, i ellas les agradecerán sus mentiras.

Imajínate, Luisita, que entre la multitud de novelistas, hai algunos que se han empeñado en escribir obras de imajinacion, para negar la imajinacion, para estropear el sentimiento. Pretenden no referir sino dramas *reales*, en un *estilo real*. ¿Crees tú que entónces se han consagrado a enseñar los deberes positivos, aquellos de que tienen necesidad la jóven honrada i la mujer honrada? ¿Crees tú que entónces han tomado el estilo mas sencillo i mas claro para describirnos i hacernos amar las sanas realidades de la vida?

Pues bien ¡nó! Estos pretendidos realistas solo tienen almacen de monstruosidades morales; solo quieren interesarnos en imposibilidades; i tomando la palabra brutal por la palabra verdadera, nos hacen leer lo que no se atreverian a contarnos en un salon. Creen suprimir el ideal, porque en vez de alzar la frente para mirar el cielo, lo contemplan en un charco de fango; i sostienen que el firmamento huele mal, porque al describirlo remueven el agua corrompida que les sirve de espejo.

En realidad, no hai realistas.

El hombre que solo ve lo feo, miente tanto a la naturaleza como el que solo ve lo bello. Es necesario un poco de poesía en los libros ¡la ponemos tan injenuamente en nuestros actos, cuando rodeamos de lujo, de perfumes, de música, de oraciones, el sér o el objeto que amamos!

No te avergüences nunca, Luisita, de amar a los poetas.

La poesía, es la realidad de lo invisible i de lo desconocido.

Todo cuanto esperas de grato en la vida, todo cuanto quieres hacer de bueno, te se presenta con un encanto poético; i, sin embargo, tú bien sabes que esos deberes no son quimeras.

Querrias buscar en los libros la historia de jóvenes corazones teniendo tu vocacion, satisfaciéndola, o luchando por satisfacerla. Querrias así como tienes buenas amiguitas al presente, caminar hácia el porvenir, con las amigas ideales que los autores inventan en provecho de las jóvenes honradas.

Desgracidamente, mi Luisita, los autores inventan pocas cosas para las jóvenes honradas. Nunca piensan en ellas. Solo escriben para las señoritas desenvueltas o para las mujeres ya maduras. No se atreverian a pintar la inocencia, a describir una afeccion lejítima. Cuando, por casualidad, se aventuran en un idilio, lo tratan de tal manera, dan a la virtud olores tales, que se siente el vértigo al respirarla. No me gustan los altares de donde uno se ve repelido por el olor demasiado sofocante del incienso.

¿Qué hacer, Luisita? ¿Será preciso renunciar a la lectura? ¿Será necesario proscribir, al ménos, las novelas? ¿Tendrás que estar condenada sin remision, a la historia? ¿La misma historia, no llega a ser muchas veces un romance equívoco, un cuento detestable, segun el moralista que la explota?

Volveremos sobre este asunto, hija mia; es uno de los mas graves que tendremos que tratar juntas.

X.

LA BIBLIOTECA DE UNA JÓVEN.

Quiero que leas, hija mia, aun novelas.

La curiosidad que te ajita no es una tentacion fatalmente mala. El peligro de las novelas depende de los novelistas i no del jénero en sí mismo; muchas veces tambien la disposicion del lector o de la lectora hace el veneno de las lecturas.

Si me he empeñado en fortificar tu razon i en elevar tu alma, no es ciertamente para temer que a la menor lectura, el vértigo arrastre tu imajinacion.

Ya he arreglado en los anaqueles del armario que te sirve de biblioteca, libros de piedad, de instruccion; no hablo de los cuentos de hadas que están relegados en el fondo. Pronto colocaremos las obras de algunos poetas.

¿Deseas tener novelas? La adquisicion no me arruinará; la eleccion cuesta mas.

Ya te he dicho, Luisita, por qué algunos novelistas, no siendo invitados a escribir para las jóvenes i no escribiendo sino para las mujeres casadas, refieren e inventan sin miramiento alguno, i se aventuran maliciosamente en curiosidades audaces i malsanas.

La novela de las almas tiernas e ignorantes, puede siempre var arse al infinito sin traspasar los umbrales del paraiso de la inocencia.

Lo que hai de ménos trivial en el mundo, es el idilio; como que lo que hai de mas variado i mas lleno de sorpresas, es la primavera.

Mas, cuando no se quieren contar sino los sueños, las comedias, los dramas del hogar, no se sale de la monotonía de la vida de familia sino a condicion de salir de los deberes necesarios.

En algunos paises, en Inglaterra, en Alemania, por ejemplo, la juventud, siendo mas libre en sus maneras i mas libre en sus lecturas, la novela se ocupa de ella, i es mas decente. Los grandes novelistas pueden dejar hojear sus libros por sus hijos. El jenio conmueve sin turbar; no infunde ningun sueño malsano. Por esto es que Walter Scott, cuyo nombre conoces, es un confidente amable, i al mismo tiempo un consejero heróico.

En Francia, hubo un escritor poderoso, mas profundo, Balzac; éste se ha aprovechado cruelmente de la ausencia de las jóvenes para rejistrarlo todo i decirlo todo.

La primera vez que me atreví a leerlo, seis meses despues de mi matrimonio, sentí una honda tristeza i una revelacion dolorosa penetrarme el corazon. Lloré sobre el volúmen que tu padre

me habia dado; i despues, me habitué, con una melancolía, con una resignacion que tiene sus amargos goces, a los casos de conciencia discutidos por este confesor desapiadado e inhumano.

Aun no estás en este caso, Luisita; aun no tienes necesidad de buscar fórmulas i máximas para tu experiencia; tú quieres leer para ensanchar tu alma i no para volverla a cerrar. ¡Busquemos juntas ese rocío!

Ciertamente, hai tesoros de gracia, de poesía, de verdad, rasgos de verdadera honradez en muchos de los libros contemporáneos. Yo te los señalaré. Si no se les puede aislar completamente de esos escritos enfáticos i malsanos, tomaré mi partido i haré mil pedazos todo cuanto pueda ofender tu dignidad.

Despues que hayas agotado la literatura sencilla, instructiva, infantil, busca aquellas novelas que, al encanto de una conversacion, unen una intimidad intelectual que consuela i que aconseja, una enseñanza de la vida por medio de la amistad, al mérito superior del arte que nos impele hácia lo ideal.

Para hablar como a mí me gusta hablarte, esto es, sin entusiasmo; para sacar una comparacion de la vida del hogar, te diré que la poesía pura es el licor que en casos extraordinarios se sirve a los postres, que entusiasma un poco, i que corona el festin con un miraje deslumbrador; la novela, es el postre regular. No se podria vivir únicamente de postres, pero tambien es bastante difícil privarse completamente de ellos.

La novela moderna, tal como yo quisiera verla comprendida por todos, como lo es por algunos, es el comentario elegante i decente de la vida; murmura lo bastante para mantener el orgullo de soportarla; no debe calumniarla hasta el punto de inspirar aversion hácia ella, puesto que no tiene nada que ofrecer para reemplazarla; ni siquiera la embriaguez de los sueños. Su tarea es hacer amar los heroismos familiares, sostener el gozo del sacrificio, la estimacion del amor, con el amor de la estimacion.

Para nosotras las mujeres, es la gaceta misteriosa que nos relata nuestros secretos, pareciendo enseñarnos los de los otros. Es el espectáculo cuotidiano del domicilio, que se interrumpe, que se vuelve a principiar, que entretiene i excita la curiosidad, asegurando la sumision.

El gusto de la lectura, Luisita, no es necesariamente lo contrario del gusto de la virtud; a menudo la precede.

El medio de juzgar las novelas, de reconocer las que son buenas, es mui sencillo. Cuando se tiene una alma honrada, es necesario no leer en voz baja sino aquellas que pueden ser leidas en alta voz por la jóven delante de su madre, por la madre delante de su hija.

Estarás siempre segura, mi querida Luisita, de haber hecho una buena lectura, tú que tienes la conciencia recta i la razon sana, si, al cerrar tu libro, te ves tentada a exclamar:—¡Quisiera haberlo escrito!

Mas ¿cómo preservarte del primer contacto? Por ahora, yo cuidaré de ello. Mas tarde, a medida que leas, llegarás a presentir, a adivinar los malos libros. Ciertos nombres sirven de rótulo al veneno. El título, el aspecto del volúmen, son indicios casi seguros.

En nuestros paseos, te he enseñado a cojer buenas setas; estoi segura ahora que ya no corres el riesgo de envenenarte. La experiencia de los *libros venenosos* la adquirirás del mismo modo.

Miéntras la alcanzas, buscaremos juntas.

Cuando seas capaz de preservarte por tí sola, ya te habrás casado, i tú verás, Luisita, que nada da tanta penetracion a la castidad, como el temor de palidecer nunca delante de su marido o de enrojecer delante de sus hijos.

Lee, pues, sin temor las novelas que yo te proporcione.

Hoi principiaremos a formar tu biblioteca. No sé si colocaré muchas obras completas, pues, jamas, hija mia, te permitiré leer sino libros que puedan ser leidos por una madre de familia; i no quiero que puedas creer que yo preservo tu imajinacion de una mancha, por remordimiento de haber mancillado la mia.

Hai groserías, ofensas de la mirada o de la palabra, que la mujer la mas honrada puede castigar, pero no puede evitar.

Las ofensas del libro necesitan nuestra complicidad. Consuélate, por otra parte: las novelas malas, venenosas, se denuncian ellas mismas por la gloria de sus autores. Es sumamente fácil no tocarlas.

No leeremos, pues, nada de los señores..... La lista es un poco larga.... La haremos otro dia.

LUISA.

XI.

EL PRIMER BAILE.

Es cosa decidida, Luisa, iremos al baile. He contestado que aceptaba la invitacion. Ya es tiempo que hagas tu entrada en el mundo, i que tú me vuelvas a conducir hácia él.

Este baile es, en efecto, hija mia, un doble estreno; mirarán a tu madre tanto como a tí. Quiero hacerte honor, querida mia, i me pondré hermosa a mi modo, así como tú estarás linda con tus diez i siete años i con los pequeños accesorios que les agregaremos.

No obstante, cuando se piensa, bien poca cosa es esta visita que se hace, entre las once de la noche i las tres o cuatro de la mañana, a una señora que conocemos mucho, i que podemos visitar a nuestro antojo en horas mas cómodas; para hallarnos reu-

nidas a un centenar de personas que no conocemos; para ahogarnos, yo, arrellenada en un sillon, tú, de pié; para volver, en fin, a nuestra casa, yo sumamente fatigada i tú rendida.

Sí, no hai duda, es poca cosa; es una vanidad; es el pretexto de un gasto, de una molestia i de un constipado. Pero, no obstante, hija mia, es una prueba necesaria i formidable en su frivolidad. Es tu admision en la via láctea en donde el mundo busca sus estrellas; es, digámoslo de una vez, tu noviciado para el matrimonio.

Te traigo siempre a colacion esta idea, porque tal es mi objeto; porque tal es la idea fija de todas las madres; porque siempre tengo miedo de olvidarla; porque yo no te he instruido, engalanado, sino para entregarte a otro.

Quiero que al vernos entrar en el salon, se digan:—¡Qué poco ha envejecido la madre consagrándose a la educacion de su hija! I quiero que te contemplen a tí, sin decir nada, en ese silencio respetuoso que causan la estimacion, la gracia, la verdadera juventud, la incomparable pureza.

Estaremos bellas las dos, te lo aseguro.

No necesito rebuscar mucho mi traje. Hace diez años que lo hago, deshago i vuelvo a hacer en mi espíritu, sometiéndolo a las variaciones de la moda.

Lo quiero bastante sencillo, bastante grave, para que te sirva como de suave i dulce sombra; pero será preciso que sea bien elegante para que tu padre triunfe en su mujer al mismo tiempo que en su hija.

¿Qué te parece, Luisa, un vestido de raso color malva, guarnecido de blondas blancas? Llevaré diamantes en los cabellos, sin flores, puesto que tú las tendrás, sin plumas, sin recargo de ninguna especie; seria demasiado aparato para una victoria que quiero ganar dulcemente, i que no me parece difícil. Quiero, sin embargo, ponerme en la cabeza algo que brille, una chispa de la llama que tendré en el corazon.

Me permitirás escotarme un poco. Será preciso. Me ahogaria de gozo, si no tuviera libre mi pecho.

Me persuado que adivinarán todo mi orgullo, todas las sanas i santas esperanzas que me ajitarán i que me envidiarán, cuando me vean entrar así, con la frente erguida i deslumbradora, arrastrando mis blondas i encajes, cuya risueña blancura será atemperada por el melancólico tinte de mi vestido. Seré la tarde de un dia de verano, cuando un plateado vapor vela las pálidas nubes que colora el sol de agosto.

Tú, mi primavera, hé aquí como he arreglado tu aparicion.

Un viso de raso blanco cubierto con un vestido de gasa de seda blanca; blancura sobre blancura; virtud sobre virtud; pero blancura elegante i virtud espiritual. Entre los pliegues del vestido, haré colocar tres guirnaldas de flores del campo entremezcladas de margaritas. Será la primera cosecha que llevarás en

tu vestido, la cosecha de tus sueños inocentes, de tus goces infantiles. Tu corpiño será escotado moderadamente, pero lo suficiente para que no haya entre la coquetería de tu madre i tu modestia una desproporcion mui grande. Llevarás en el corpiño, i en los cabellos, sueltos por detras, las mismas flores, las mismas margaritas. Te daré mi collar de perlas blancas, mi collar de jóven; será el abrazo de mis diez i ocho años con tus diez i siete abriles. Llevarás en las orejas dos pequeñas perlas. No te hablo de los botines blancos, de los guantes blancos; es un detalle supérfluo. Finalmente, como una mariposa, harás revolotear en torno de tus flores un abanico de raso blanco.

¿Estás contenta, mi Luisa? ¿Tienes alguna objecion que hacerme? ¿Habias soñado de otro modo tu primera *toilette?*

¿Cómo te conducirás bajo ese brillo i esa blancura? Ni mas ni ménos que cuando te pones tu vestido de percal: sin ostentacion de verte mas adornada, sin temor de ser ménos bella que las que llegarán con vestidos dorados, plateados; sencilla como siempre; veráz, mirando bien a los que te dirijan la palabra; dando la mano a los que te tiendan la suya, i bailando de buen humor.

Creo (¿será preciso decir: espero?) que te invitarán a menudo. Si te dejan en tu asiento mas de lo que te habias imajinado, si hai abundancia de niñas i escasez de caballeros, no te vayas a enojar por eso. Permanece tranquila.

Un baile no es un concurso de jimnástica. No se va para ganar un premio. Acepta las invitaciones sin prisa i sin orgullo. Cuida no desairar a ningun jóven. ¿Por qué ofender al que nos hace el honor de solicitar nuestra compañía? Vale mas sacrificarse un poco que ser causa quizas de un amargo pesar. Por el contrario, no te muestres demasiado agradecida al que te invite varias veces; a menudo será un jóven tímido, que corre el riesgo de ser indiscreto por temor de acercarse a otras niñas.

Si tu compañero, para hacerse el orijinal, murmura de la casa que lo recibe i de las personas que lo rodean, hazle comprender por tu modestia, que no eres su juguete; pero no trates de probarle que es un imbécil; seria tiempo perdido. Si lleva el respeto de su pareja i de sí mismo hasta guardar el silencio mas absoluto, estímalo tanto como a un hablador, i no lo fuerces a decaer a sus propios ojos, con insípidas conversaciones sobre el calor, la orquesta, el tiempo.

En jeneral, Luisa, piensa que todos esos hermosos jóvenes, ataviados como diplomáticos, que se hacen los guapos a los veinte años, que te invitan balbuceando, i que no se muestran impertinentes sino al retirarse, son, a pesar de todo, jóvenes de espíritu i de buena familia, mas embarazados, mas *niñas* que tú.

Se les educa a tal distancia de las jóvenes honradas, cuando no tienen hermanas; saben tan poco de qué manera comportarse al lado de una futura mujer honrada; somos tan imponentes, parece, en nuestro traje de baile, que los mas atrevidos se encuen-

tran amarrados, i muchas veces no saben como estar en un salon.

Sé misericordiosa, mi querida Luisa. Uno de estos torpes será quizás tu marido. No trates de adivinarlo sin embargo. Los buenos maridos, como las jentes de espíritu, no se descubren tan fácilmente como los valsadores en un baile; i en este punto, yo te ayudaré un poco.

Condúcete con las mujeres de todas edades, con las jóvenes, sea cual fuere el traje que lleven, ni mas ni ménos que con tus compañeros de baile, esto es, sencillamente ¡sé buena!

Hai caridad i otras virtudes que ejercitar aun en un baile. Si vieses, por ejemplo, una pareja ménos elegante, ménos atendida que las otras i que no pudiesen hallar vis-a-vis, arrastra, en cuanto te sea posible, tu compañero hácia ellos.

Te permito que seas un poco coqueta cuando haces una buena accion. Hazte entónces, por decirlo así, vis-a-vis a tí misma; i cuando bailas, con tu hermoso traje, delante de una pobre niña, sonríele como sonreirias a tu espejo. Trata de buscar, en sus ojos iluminados por los tuyos, la chispa feliz de tu mirada. Haz resplandecer sobre ella tu corazon i tu gracia. La encontrarán bella, si tu la embelleces con tu sonrisa; la amarán, si tú le comunicas el encanto que emana de tu bondad.

Cuando vuelvas de tu primer baile, rendida de fatiga, con tu vestido hecho pedazos, con una orquesta en la cabeza i un hormiguero en los piés, verás cómo llegará el sueño acariciador i bueno. Tendrás tu conciencia tan tranquila como despues de haber cumplido un deber, al salir de esa reunion frívola en donde habrás dado al mundo la medida de tu espíritu, i a mí, mi querida Luisa, la primera sazon de las recompensas que espero.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

ESPAÑA I LA IMPIEDAD.

(PARA "LA ESTRELLA DE CHILE.")

¡España! ¡España! que altiva te atreves a hollar las relijiosas instituciones que tus leales i sabios antepasados con cariño tanto te legaron: ¡oh! ¡qué espectáculo tan triste! ¡qué escenas tan desgarradoras están presenciando las naciones todas; en las novaciones i mudanzas que das continuamente a tu rumbo, al mirar los tristes despojos de tantos triunfos, admiracion del orbe! Fija, sí, fija tu vista sobre tantos trofeos que miraron con envidia las naciones todas en mas venturosos tiempos, cuando eclipsando con tu brillo los laureles de Platea, Maraton i Salamina deslumbraba al orbe entero tu gloria i tu pujanza. Tú, que sacudida fuiste en hora aciaga por los embates del ambicioso poder de la media luna i despues de siete siglos de rudo combatir quebrantaste el poder de los hijos del aquilon, rejistra hoi tu historia; lee en ella esa no interrumpida sucesion de reyes, cuyas frentes ciñeron tu corona ántes de Rodrigo, sus bajezas, el apurar de sus goces, sus vergonzosas orjías abrieron paso franco por las columnas de Hércules a las huestes aguerridas de los hijos del Koran.

¡Iberia! ¡Iberia! en vano al desplome de tus templos i alcázares soberbios se entolda con el polvo de tus escombros i tus ruinas ese cielo azulado que te cubre; al formidable reventar de los férreos proyectiles: en vano ruedan con estridor horrísono por el pavimento desnudo de tu suelo las cureñas de tus bronces, sembrando de cadávares los campos i derramando en tus calles a torrentes la sangre de tus bravos; en vano rebraman las bocas de tus castillos, que al ensordecer los aires están vomitando torrentes de fuego i sepultando tus ciudades bajo espantosa lluvia de candente metralla. Sonó la hora fatal de tu decadencia; i ni el apurar de los placeres, ni el cárdeno reflejo del incendio que ya avanza clareando tu horizonte, te devolverán tu pasado esplendor. ¡Iberia! ¡Iberia! ¡cuánta fué la pujanza de tu brazo, pero dirijido por la relijion divina! ¡Tan pronto olvidaste los gritos de victoria que atronaban el espacio, aquel dia en que tus bravos se cubrieron de gloria en Arjel i en las Navas de Tolosa, en Pavia i San Quintin! ¿No lo recuerdas? ¿Aquel dia de eterna memoria en que rasgaba la proa vencedora de tus naves, las ondas coronadas de sangrienta espuma en las aguas de Lepanto? ¿Aquel

dia en que el orbe admirado contempló tremolando el pendon castellano en remotas playas i en desconocidos mundos, cuando admiró tantos i tantos trofeos que son el ornato de las brillantes pájinas de tu historia? No fuiste tú la vencedora, Iberia, no fuiste tú; no venció solamente el valor de tus soldados; ese leon que en tus estandartes tremola, do quiera llega tu dominacion i tu pujanza, le hubieras visto humillado; i pavorosa hubieras escuchado su rujido lastimero, devorando tus hijos humillados el silencio de la derrota, si sobre la popa de tus naves no flameara la enseña prepotente de la relijion divina: si no retemplara el pecho de tus valientes el fuego inextinguible de la fé cristiana, en una palabra, si tus lejiones hubieran sido abandonadas por la diestra del Omnipotente: no vencieras no, sin esa relijion augusta, que destruyendo la ambicion enjendra la unidad, con la unidad multiplica los ejércitos i los lleva seguros despues del combate a la victoria.

Hubo un tiempo en que miraste desdeñosa las riquezas de Tiro e intrépida venciste la bravura de los mares: hubo un tiempo en que Babilonia, la ciudad inmensa de Semiramis, "la de los jardines suspendidos, la de los diques con cien puertas de bronce i jigantescas torres," Babilonia, sí, la que se sentaba como dominadora del Asia en las anchurosas márjenes del Eufrates, comparable apénas fuera con la nacion defendida por las rocas formidables del soberbio Pírene: hubo un tiempo en que a la altanera Nínive, la sabia Grecia i la soberbia Roma, las mirabas como atravesando un período de decadencia, comparadas con tu gloria i tu pujanza. Un fúnebre recuerdo es el bien que conservas de tu pasado esplendor: i ahora, cuando sientes tus miembros desfallecidos, rugosa i llena de sulcos tus frente, cubierto de pálido color tu rostro ¿pretendes libar el fatal tósigo que a pasos de jigante te conduzca a las puertas del sepulcro? Vuelve, España, vuelve desde el lecho de muerte donde te ajitas en medio de terribles convulsiones: rompe precipitada con esas funestas amistades que aunque en dorada copa te dan a libar la hiel mas amarga, el mas activo veneno.—Tú, que merced a tus creencias, proclamabas en dias no lejanos que medias con la redondez del orbe la extension de tu imperio: tú, que no pedias mas barreras que el pecho de tus leales soldados: tú, que no sufriste doblegar tu frente al déspota, despues de sostener una guerra de setecientos años en defensa de tu fé, ¿te arrojarás hoi en brazos de hombres sin relijion, sin costumbres, sin Dios? ¿de hombres que incendian, destruyen i profanan tus templos, despedazan tus aras, insultan tus creencias i con sonrisa sarcástica parodian tus ceremonias?

¡Oh dolor, si evocando las sombras venerandas del inmortal Recaredo i San Fernando levantaran sus frentes de la rejion silenciosa del sepulcro! ¡oh, si los bravos que se cubrieron de gloria en la inmortal Zaragoza i coronaron su patria con lauros de victoria en los campos de Gerona, la contemplaran hoi ceñida de

marchitas flores i manchado su rostro de lodo vil que con traicion aleve le arrojara el mónstruo horrendo de la impiedad!

¡España! ¡España! Examina los datos del gran problema que estás llamada a resolver: aprende en los funestos resultados de tan peligrosas novedades, en la patria de Luis XVI, ántes que el jenio del siglo, Napoleon Bonaparte, cruzara, cual fatídico cometa el cielo oscurecido, los campos de la Europa i ciñera a su frente, abrasada por el simoun de los desiertos la espléndida corona de emperador de los franceses.

Nó, España, nó: ¡Perezca una i mil veces ántes que entregar el depósito sagrado de la fé de tus mayores en manos viles i traidoras, manchadas mil veces con inocente sangre! ¡Piérdanse en hora buena tus estados! ¡Contemple yo humillada i confundida en las incendiadas cenizas de tus seculares monumentos, tu gloria i tu pujanza, ántes que rasgue envenenado acero la túnica preciosa de tus creencias! ¡Desplómense las soberbias cadenas de tus montañas! ¡Pierdan tus rios su profundo cauce, primero que viertas el amargo llanto del crímen, primero que mire sombreada tu frente con la vergüenza i el oprobio, primero que verte arrastrar la bárbara cadena del mónstruo de la impiedad, por entregarte a pérfidos principios, que introdujeron en tiempos no lejanos el luto i la desolacion en cien naciones i en cien pueblos!

Santa Fé, 5 de Noviembre de 1875.

VICENTE NAVIA I RODRIGUEZ.

VI EL IRIS...

Ví el iris aparecer
Sobre la erguida montaña,
Dulce presajio que anuncia
Que ya pasó la borrasca.

¡Mira qué espléndido brilla!
Míralo bien, prenda amada,
I sus colores admira
I sus mutaciones varias.

Era la existencia mia
Hace tiempo mui amarga,
Dura, pesada cadena
De burladas esperanzas.

Combatíame el dolor,
Las pasiones se ensañaban
Como desecha tormenta
En el fondo de mi alma.

Huérfano, sin ilusiones,
Del mundo en el mar flotaba
Como despues del naufrajio
Flota desperado el nauta.

Mas cuando débil, rendido,
La esperanza desmayada,
De mi dolor bajo el peso
La mústia frente doblaba

Ví al léjos brillar el iris....
¡Era tu dulce mirada!
¡Era tu amor que traia
La paz i la dicha al alma!

1873.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA EDUCACION DE LAS MADRES DE FAMILIA.

La educacion de las madres de familia, obra mui conocida i mui propagada en Chile, fué coronada por la Academia Francesa. El autor de tan ruidoso libro es M. L. Aimé-Martin.

Dios juzgará la conciencia de M. Aimé-Martin, pero los hombres creemos tener derecho para juzgarle su palabra escrita u obrada.

Aimé-Martin divide su obra en cuatro libros.

El libro primero da a la mujer una enseñanza práctica i reli-

jiosa. Domina en este libro una filosofía elevada, imájenes bellas, i por lo tanto verdaderas, pensamientos poéticos i sublimes, sentimientos delicados, cultos i relijiosos, muchísimos rasgos de elocuencia.

Como el que mas, este filósofo comprende la necesidad de ilustrar a la mujer, pero sin descuidar su parte mas noble, que es el alma.

Dando un acertado rumbo a sus ideas, ¡qué bien habla Aimé-Martin de la educacion de la mujer! Es necesario seguirlo, reproducirlo, porque las verdades que contiene nunca dejarán de causar una hermosa i saludable impresion. Así, despues de juzgar con bastante buen criterio el pequeño libro que con tanto talento dedicó Fénélon a la mujer, continúa:

"Las ideas de Fénélon no fueron mui comprendidas en su siglo, i el nuestro las descuida demasiado. Con solo haber leido sin alguna meditacion su doctrina i su obra, ya creemos haber adelantado algo; i sin embargo ¡en cuántos paises de Europa, en cuántas ciudades de Francia ni han llegado siquiera a conocerse las sublimes verdades que encierra! En el centro mismo de la civilizacion ¿son las mujeres lo que debieran ser? ¿No es aun en el dia de hoi su educacion un testimonio de nuestra ingratitud i de nuestra imprevision? ¿Al ver cómo se las educa, no se diria que su buena o mala voluntad ha de quedar sin resultado? ¡Oh mujeres! es, pues, positivo, que los hombres insensatos os condenan en todas partes a la desgracia i la abyeccion. ¡En todas os tratan como juguetes, os encierran como ídolos, i os compran i venden como mercaderías! Los pueblos, aun los mas civilizados, en lugar de ilustrar vuestra razon i de elevar vuestra alma, cifran su felicidad en corromperos; os enseñan a considerar los trajes como la primera necesidad de la vida, i la belleza como la primera cualidad humana; os reducen a esa belleza fujitiva, i para colmo de estolidez, despues de haber depravado vuestro corazon, ofuscado vuestra intelijencia i ajado vuestra razon, dejan pendiente su honor de vuestras virtudes."

En los últimos capítulos de este libro desarrolla Aimé-Martin teorías sobre la educacion de las madres, que aunque antiguas, se presentan con novedad, porque la sociedad en jeneral aun no comprende que la madre es llamada por Dios i la naturaleza para ser el primer preceptor i el mas celoso guardian de la moral del hijo.

Está bien que el padre fortalezca i guie la intelijencia del niño, que le dé experiencia de la vida, que lo ejercite i esfuerze para el trabajo físico; pero ante todo cuidemos que el niño, en el regazo de la madre, bajo su amparo i alentado por la ternura de su amante corazon, comprenda la extension de sus deberes para con Dios i los hombres.

Este libro primero contiene capítulos que con honor pueden figurar en la obra inmortal de Sainte-Foix, *Horas sérias de una*

jóven. Pero cuidemos de quitar palabras i suprimir algunos pensamientos, que si bien no ofenden la moral, no están de acuerdo con la enseñanza del catolicismo.

Del libro segundo forma Aimé-Martin un verdadero tratado de sicolojía, o sea el estudio de las facultades i operaciones del alma.

Estamos seguros que, por falta de estudio, son pocas las mujeres que hayan comprendido el alcance de este libro. Esto ha sido, sin duda alguna, al ménos así lo creemos nosotros, un gran beneficio para la mujer i la sociedad en jeneral. Segun las creencias católicas, Aimé-Martin desbarra tristemente en este libro.

Para comprender todo el alcance de las teorías i de los principios sicolójicos que establece Aimé-Martin, necesítase haber hecho estudios mui sérios i detenidos sobre metafísica, sobre teolojía, sobre ciencia natural.

Un libro de educacion solo debe abarcar principios elementales, mui comprensibles, que fuertemente estén apoyados, no en vagas i antojadizas teorías, sino en nociones prácticas i que tengan por fundamento la fé católica. Si quien tiene estudios, es fácil que estravíe su razon ¿cuánto mayor riesgo no corre aquel que apénas ha pisado los umbrales del templo de la sabiduría?

Hemos dicho que Aimé-Martin desbarra, i esa es la verdad. Con cierta novedad se hace maniqueo. Supone en el hombre dos voluntades: una que lo arrastra invenciblemente hácia el bien, otra que lo impele forzosamente hácia el mal.

Aimé-Martin hiere el dogma.

Jesus i su Iglesia jamas han condenado el uso de los sentidos; pero sí nos aconsejan, nos prescriben en muchos casos, que los mortifiquemos i aun los *matemos*. San Pablo nos dice: *Dad muerte a los miembros del hombre terrestre*. ¿I el mismo Divino Redentor, para ejemplo i edificacion nuestra, no ayunó i mortificó sus sentidos? De ahí, pues, que la penitencia sea un dogma católico, necesario, absoluto, para nuestra eterna salvacion.

El libro tercero está dedicado a los estudios morales i políticos de la madre de familia, como dice Aimé-Martin.

Trátase en este libro de cuestiones teolójicas de grande aliento, de mui difícil solucion. I es lo mas singular, que Aimé-Martin aprecia tales cuestiones desde un punto de vista que no es propio para un libro de educacion.

Como Aimé-Martin campea de propia cuenta, de una plumada vulnera i echa por tierra lo mas grande i lo mas santo, que constituye la gloria del catolicismo como intelijencia i como caridad. Para filósofos de la talla de Aimé-Martin no son de suficiente peso ni los talentos, ni la vastísima ciencia de los Agustines i Tomases de Aquino; ni el fuerte amor de los Domingos de Guzman, los Franciscos de Asis, las Teresas de Jesus; ni la ardiente caridad de los Juanes de Dios, los Vicentes de Paul.

Pero, apesar de los grandes i lamentables errores que Aimé-

Martin siembra en este libro, i apesar de su insulsa e impía filosofía, en algunos pasajes derrama cierta luz, suave i pura, sobre el porvenir de la mujer, lo que le honra i le caracteriza de sesudo filósofo. Tales arranques son propios de Aimé-Martin, siempre que deja de *filosofar* sobre relijion.

De un hermoso capítulo, que entraña una profunda filosofía, vamos a reproducir algunos párrafos. Ellos son de mucha actualidad, i cuadran tanto a la Francia, para la que fueron escritos, como a nuestro amado Chile.

Con mucha gracia dedica Aimé-Martin este hermoso capítulo a los curas, a las señoras i a los alcaldes de aldea. Sírvele de tema este poético pensamiento de Fénélon: "Entre tanto, la madre de toda la familia prepara una comida sencilla a su esposo i i a sus caros hijos, que han de volver cansados del trabajo del dia. Ordeña sus vacas i sus ovejas, i por resultado se ven manar riachuelos de leche. Enciende una hoguera grande, a cuyo derredor toda la familia inocente i pacífica se recrea cantando, i rindiéndose por fin al sueño."

"La ignorancia de la jente del campo, dice Aimé-Martin, su grosería i su miseria, no son mui a propósito para la composion de un idilio, ni el cuadro que acabamos de bosquejar, se encuentra, sino mui rara vez, en nuestras aldeas. Sin embargo, yo lo he vista en ellas, en el seno de algunos cortijos privilejiados, donde se daba cumplimiento a la lei civilizadora del universo, i donde por el solo efecto de esta lei, las mujeres habian embellecido, habiéndose allí moderado todo: vida, costumbres i trabajo.

"Dos medios mui sencillos se ofrecen para mejorar la suerte de los pobres aldeanos.

"El primero es: establecer con alguna extension una instruccion primaria para las niñas, poniéndolas en estado de dirijir algun dia los negocios interiores de su casa, i de educar por sí mismas a sus hijos. Establecer en las aldeas la superioridad intelectual de las mujeres sobre los hombres, aunque sea pasajeramente, es volver a las mujeres su influencia; aquella influencia vivificadora que enriquece las chozas i civiliza los pueblos. Por esto dijimos al principio de esta obra, que todas nuestras leyes de instruccion primaria eran insuficientes, porque ántes que todo, i con preferencia a todo, no fundaban escuelas para las niñas. Jamas la instruccion echará en las aldeas raices profundas, si no llega a los niños por medio de las madres, i por medio de las mujeres a los hombres. El maestro público no es mas que un instrumento árido, que hace repetir el alfabeto; miéntras la madre de familia es un poder moral, que fecunda el pensamiento, al mismo tiempo que abre los corazones al amor i las almas a la caridad.

"El segundo medio, consecuencia necesaria del primero, consiste en volver a las aldeanas a los trabajos de su sexo, en volverlas a la lei de la naturaleza.

"Este cambio tan sencillo seria una revolucion completa. La mujer, volviendo a sus trabajos, recobra su belleza; i recobrando su belleza, recobra tambien su poder. Ocupada en cosas ménos groseras, sus gustos se purifican, sus modales se suavizan, procura que todo esté limpio, comprende lo que es bienestar, i llega un dia en que todos sus pensamientos, todos sus deseos penetran en el corazon de su marido. La delicadeza de la mujer es el enemigo mas poderoso de la barbárie del hombre."

Ahora permítaseme una corta digresion en gracia del amor a nuestro oscuro pueblo.

Si estas sabias reflexiones de Aimé-Martin tan hacederas, que robustecen el sentimiento católico, que idealizan el amor de hijo, esposo i padre, que tan oportunamente fueron dirijidas a la Francia por la voz de la razon i de la experiencia, como una advertencia i como una enseñanza, las aplicáramos a Chile con igual elevacion de espíritu, ¿qué horizonte tan vasto no abriríamos a nuestras lejítimas aspiraciones? ¿No valdria mas educar nuestro pueblo, que gastar injentes sumas en una inmigracion tan pequeña como estéril para nuestros fines sociales i políticos? I si no, ¿cuál es la utilidad práctica que hemos hasta ahora obtenido para la ventura i prosperidad de Chile con tal corriente de inmigracion? Si la hai, ¿está a la altura de nuestros grandes i dispendiosos sacrificios? Obrando así, ¿hemos llenado con equidad i justicia aquel fin social, que nos impone el verdadero patriotismo, como es el amor de raza, los altos destinos de unidad de miras a que está llamado Chile? Nó, i mil veces nó, nos dice nuestra razon política i nuestra conveniencia social i relijiosa.

Antes de llamar con nuestro dinero una inmigracion extranjera, ha debido educarse nuestro pueblo, intruírsele i creádosele una industria. Tal es nuestra idea, i para ello hemos pensado primero en la educacion de la mujer proletaria, en la mujer de nuestras aldeas i de nuestros dilatados campos. Asientos minerales tenemos de cuatro, de seis i de ocho mil almas, donde no hai una sola escuela de mujeres, i donde mui bien podrian recibir instruccion, aunque lijera, no ménos de quinientas niñas.

A causa de ese abandono con que se mira a la mujer de nuestro pueblo por parte del gobierno i de las autoridades locales, continúa la crasa ignorancia del coloniaje, las costumbres groseras i casi salvajes, el exceso en la bebida, el ocio intemperante, la falta de hábitos cultos i económicos, aquellas orjías que se prolongan hasta diez i quince dias contínuos en varias épocas del año, malgastando de ese modo la salud, corrompiendo las mejores prendas del corazon i acabando con todo ahorro. A causa de ese abandono, nuestra mujer no conoce la hijiene, i la mortalidad de los párvulos es inmensa, i nuestro pueblo huye de su nido i de los suyos i busca playas extranjeras en mayor número que toda posible inmigracion.

Miéntras nuestros lejisladores no abran sus ojos i comprendan

que vale infinitamente mas educar nuestro pueblo, que gastar cientos de miles procurando que vengan a nuestras playas extranjeros que no conocen nuestras costumbres, ni aman nuestra raza, ni traen siquiera gran caudal de conocimientos, nada o mui poco avanzaremos en civilizacion, en industria i en buenas costumbres.

Pero educado nuestro pueblo, teniendo por base la educacion de la mujer, puesto a una altura de ilustracion digna de los destinos de Chile, esa corriente de inmigrados vendrá sola, atraida por la conveniencia i por la fama de nuestra prosperidad moral i material. Entónces, con sobrado fundamento, esperar podremos que tales extranjeros traigan luces, capitales, buenas costumbres, una voluntad decidida para implantar una industria cualquiera, i aquella virilidad que da fuerza i vigor a los pueblos que aspiran a ser grandes por la razon i la justicia.

El cuarto libro de la *Educacion de las madres* consta de once capítulos, proponiéndose Aimé-Martin, tal es su pensamiento, enseñar la relijion que debe tener la madre de familia.

Francamente, cuando por vez primera leimos el encabezamiento de este libro, creímonos felices, pues esperamos encontrar un precioso talisman para la mujer, con él su tabla de salvacion. Pero, lo decimos mui alto, sufrimos un amargo desengaño.

Aimé-Martin, que tan imperiosamente exije para la buena educacion de la mujer el auxilio de una relijion, la deja impíamente, segun su propia enseñanza, sin relijion alguna. Con toda verdad podemos asegurar que este filósofo no profesa ninguna relijion. Aimé-Martin no es católico, no es protestante, no es judío, no es mahometano siquiera. De ahí que su espíritu divague, sufra espantosas caidas i contradicciones. Con su bastarda filosofía, lo que nos enseña Aimé-Martin en una pájina, lo niega o combate en la otra.

Lo sentimos. En este libro, mas que en los otros tres, Aimé-Martin raciocina i discurre sin lójica, sin ciencia i sin relijion. Tristemente hace el papel de un pedante. Sin mas autoridad que el *yo*, pretende, quiere que el jénero humano siga sus huellas, abandonando para ello su libre albedrío, su criterio i su razon filosófica.

Aimé-Martin, mistificándose, *sobrepuja en sensibilidad* al mismo Redentor del mundo. Ataca, pues, el dogma de las penas eternas. Da para ello *una razon mui fuerte, que no tiene réplica:* "¡Cómo podria creer, dice, en la eternidad de vuestras venganzas, viendo brillar el sol sobre mi cabeza, cubrirse de mieses los campos, i vuestras manos derramar delante de mí tesoros que no habia merecido! Hombres preocupados, o talvez malvados, han querido pintaros como ellos, i han dicho: infierno, penitencia, expiacion, condenacion."

En el libro en que nos ocupamos, Aimé-Martin ataca de frente, sin embozo alguno, la santificacion, la virjinidad, el celibato ecle-

siástico. Condena tambien todo comentario sobre la Santa Escritura; pero él se permite interpretarlo a su paladar.

Aimé-Martin *abre*, como es el deber de un filósofo de su talla, *nuevas rutas* a la razon.

Sucede, pues, que Aimé-Martin corrompe a toda luz la divina obra de Jesus, deja a la mujer sin enseñanza alguna relijiosa i al hombre sin la conciencia de la justicia eterna de Dios.

Filósofo especulativo, su móvil es el orgullo, la vanidad i el prurito de innovar.

Resumamos.

La educacion de las madres es una obra mui notable i de gran aliento. Ha sido valientemente escrita, enrostrando a nuestro siglo, tanto la enseñanza superficial que recibe la mujer de alta sociedad, como el criminal abandono con que se mira a la mujer del pueblo. Su lenguaje es correcto, propio i culto. Su estilo preciso, florido, ameno, i muchas veces poético. Su enseñanza se reviste de cierto majisterio, aquel que da la edad, la ciencia i las buenas costumbres. Tiene esta obra el defecto de ser mui filosófica, mas de lo que corresponde a una obra de educacion propia de la mujer; siendo los libros segundo i tercero los que mas adolecen de tal falta. Carece tambien de órden en las materias de que trata.

Hombre de experiencia i de costumbres irreprensibles, Aimé-Martin habla siempre de la mujer con dignidad, con amor i con respeto. Desde el principio de la obra hasta el fin, déjase ver que hai en él un verdadero i sólido culto porque la mujer sea instruida i relijiosa.

Sin disputa, el filósofo en quien venimos ocupándonos, es hombre de talento i de variados conocimientos; mas su razon se eclipsa, no goza de grandes resplandores, cuando habla de relijion. De donde se sigue que Aimé-Martin no es un filósofo ni tan experimentado, ni tan sabio, ni tan profundo como el ilustre Cárlos Sainte-Foix.

Aimé-Martin ha leido i quizas estudiado la Santa Escritura; pero no conoce ni sabe apreciar su espíritu vivificante, que aunque antiguo, siempre será nuevo, siempre será la enseña de toda civilizacion. Como todo hombre de instruccion, ha hojeado algunos libros de los padres de la Iglesia, pero estamos seguros que no ha profundizado a ninguno.

Aimé-Martin ataca el catolicismo; pero con frecuencia cita i echa mano de algunos pensamientos de Fénélon, Bossuet, Bernardino de Saint-Pierre, Santa Teresa de Jesus, San Agustin, etc., a quienes ensalza. Como modelo de madres nos señala a Blanca, madre de San Luis; i confiesa con todas sus fuerzas que los tres soberanos mas grandes que ha tenido la Francia fueron educados por sus madres, que eran acendradamente católicas. Así, pues, Aimé-Martin maldice inconsideradamente a esa relijion, que produce hombres eminentes por su ciencia i piedad; so-

beranos que han sido verdaderos padres para el pueblo, i cuyos nombres serán bendecidos por todas las jeneraciones; mujeres inmaculadas por su espíritu i costumbres; esposas que fueron el baluarte de sus esposos; madres que supieron santificar a sus hijos i a sí mismas.

Pero Aimé-Martin, en materia de relijion, es émulo del filósofo de Jinebra. Dogmatiza errores tan antiguos como el mundo.

Sin fé i sin ideas fijas en relijion, Aimé-Martin niega hoi lo mismo que ayer aplaudió. A las veces sublima la relijion de Jesus, hace de ella su único tesoro, i ahí anida el corazon de la mujer; i acto contínuo sostiene que no debe haber mas relijion que la naturaleza. Pero si es verdad que la naturaleza nos predica por todas partes que hai un Dios, es tambien lo cierto que ella no nos da un Redentor, una relijion, una Iglesia, un culto, un dulce refrijerio para nuestros dolores, un seguro asilo para nuestras tormentosas pasiones.

M. Augusto Nicolas, el ilustre autor de los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, nos asegura en dicha obra que *La Educacion de las madres de familia* es un libro *sustancialmente impío*. Nosotros no podemos ménos que aceptar tan ilustrado juicio, i estamos seguros que todo sincero católico no encontrará severa la opinion del sabio i piadoso Nicolas.

Por fin, lo bueno que contiene *La educacion de las madres de familia*, no está a la altura de los errores relijiosos que propala. Por consiguiente, ninguna madre verdaderamente católica puede leer dicho libro e inspirarse en sus principios.

José Sótero FÁBRES.

LA AZUCENA DE MARIA.

En medio un verjel florido,
Bajo una espesa enramada
Una imájen de María
Graciosa se levantaba;
La rosa allí i la azucena,
De la brisa acariciadas,
Con purísimos aromas
El ambiente regalaban;
No léjos un manso arroyo
Con sus linfas arjentadas
Por entre el verdoso musgo

Suavemente deslizaba;
Allí mil aves canoras,
Saltando de rama en rama
Daban sus trinos al aire
Cuando la aurora clareaba;
Allí cipreses enhiestos
I los maitenes i acacias
Prestaban al peregrino
Sombra deleitosa i grata;
I cuando, al caer la noche,
Negras sombras enlutaban
Aquel agreste santuario
Una luz trémula i clara
Dejaba piadosa mano
Entre las ramas colgada.
Aquella imájen bendita
El labriego visitaba,
I allí dejaban sus lágrimas
Los pobres de la comarca.
Gozosas iban las madres
Sus hijas a presentarla,
I hasta el bandido en sus cuitas
Reverente la invocaba.

Iba tambien una niña,
Que en quince abriles frisaba,
Llena de amor a confiarle
La inocencia de su alma.
Cuando el sol entre las crestas
De los montes asomaba,
Veíala de rodillas
De la imájen a las plantas.
En plática dulce i tierna
Con su Madre idolatrada,
Unas tras otras las horas
Veloces se deslizaban.

Era esa niña mas pura
Que el primer rayo del alba
I se miraban los ánjeles
En el cristal de su alma.
De la hermosa primavera
En las risueñas mañanas
Ella el verjel recorria
I el otero trasmontaba
Para cojer por su mano
La azucena mas galana
Que hubiera abierto al contacto
Del cierzo de la alborada;

I ántes que las blancas perlas
Que en su cáliz se anidaban
Cayeran del sol heridas,
La colocaba a las plantas
De la Reina de los cielos,
Que sus finezas pagaba
Con amorosa sonrisa
I con benignas miradas.
Allí, al dejar la azucena,
La tierna niña la hablaba
I le decia amorosa
Con el lenguaje del alma:
"¡Madre de Dios, Madre mia!
Yo te amo con mis entrañas:
Nadie como tú en el mundo
Amor tan grande me arranca;
Yo por tí, Madre querida,
Mil vidas daria ufana,
Que es dulce i grata la muerte
Si ella rompe la lazada
Que al alma tiene cautiva
En esta prision ingrata...
Pedir quisiera a las aves
Por un instante sus alas
I remontar a la altura
Donde tienes tu morada...
Pero entre tanto, benigna,
Acoje esta flor galana,
Que simboliza, Señora,
La pureza de tu alma:
Yo no tengo, bien lo sabes,
Ni joyas, ni oro, ni plata;
Huérfana, soi desvalida,
I soi una pobre aldeana
Que ¡ai! otro amparo no tiene
Que el tuyo, Madre adorada;
Mas te ofrezco cuanto tengo:
Un corazon que te ama...
Yo quisiera transformarme
En una azucena blanca,
I ser tan pura como ella
I como ella perfumada,
Para enviarte el dulce aroma
Que de mi alma se exhalara..."
Así la niña inocente
Todos los dias le hablaba,
Brotando amor de sus labios
I puro candor de su alma.

Un dia, cuando termina
Su oracion acostumbrada,
Misterioso arrobamiento
De súbito la arrebata,
E inmóvil como una roca
Allí queda arrodillada;
Tan solo de su albo pecho
Suave suspiro se escapa...
Era el alma que del cuerpo
Dulcemente se arrancaba,
Como arranca de las flores
La brisa de la mañana
Un aliento perfumado
Que la pradera embalsama.

El alma subió a los cielos
De los ánjeles en alas,
I al pié de la bella imájen
Fué la niña sepultada.
Sobre su rústica tumba
Solo una cruz se levanta,
Mas brota allí desde entónces
Esbelta azucena blanca,
Que jamas pierde sus flores,
Que siempre está perfumada,
Que ni las nieves marchitan
Ni el sol su cáliz abrasa.

Noviembre de 1875.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

DON DIEGO DE MENDIETA.

(Conclusion.)

V.

Blanca se habia quedado casi sola en la propiedad que su hermano poseia cerca de la Asuncion; acompañábala únicamente su tia i algunos servidores que García habia podido proporcionarse merced a los mejores vientos que le soplaban desde que Mendie-

ta habia subido al poder. Entre éstos estimaba Blanca sobre todo a un jóven guaraní que su hermano habia comprado i bautizado con el nombre de Pedro; pero a quien todos conocian con el de Yamambé, que era el nombre con que le designaban los de su tribu. Yamambé contaba apénas veintitres años i hacia ya cuatro que habia caido en manos de los españoles en una sorpresa que éstos habian hecho a una de las tríbus del Chaco. En ella habia perdido el indio toda su familia: su padre habia caido luchando contra los asaltantes i el resto habia sido inmolado despues de la victoria o habia servido de botin al vencedor.

El fué conducido a la Asuncion i reducido a la esclavitud. Tenia, como los de su raza, una intelijencia despierta i una imajinacion viva i no tardó en aprender el castellano i cuanto quisieron enseñarle.

Su carácter altivo e irascible i el odio reconcentrado que parecia abrigar contra sus dueños movió a éstos a deshacerse de él; pero apénas hubo pasado al poder de García se operó en él un cambio completo. Servia a sus nuevos amos con solicitud extremada i parecia que se esforzaba por adivinar sus pensamientos. Jamas tenian por qué reprenderle. Una secreta pena parecia que amargaba los dias del guaraní: veíasele casi siempre triste i pensativo, esquivaba la compañía de los demas servidores, gustábale la soledad i mas de una vez le habian sorprendido hablando a solas consigo mismo o jimiendo dolorosamente. Blanca habia solido tambien encontrarle en aquel estado de dolor o desesperacion i arrastrada por un sentimiento de caridad habíase acercado a consolar al pobre esclavo. Al escuchar las dulces palabras de su ama, Yamambé enjugaba sus lágrimas, la sonrisa se dibujaba en sus labios i parecia que daba al olvido todos sus pesares. Muchas veces, en las largas horas de la noche, complacíase Blanca en escuchar de boca de Yamambé la historia de su vida i la descripcion de las costumbres de sus hermanos, cosa que solo con ella hacia de buen grado.

Movida por la compasion que le inspiraba aquel indio, habia conseguido un dia de su cumple-años, a fuerza de súplicas i caricias, que su hermauo le concediera la libertad. Llena de gozo con el triunfo que acababa de conseguir la bondadosa jóven se dirije corriendo a dar Yamambé la feliz nueva; pero éste, arrojándose a sus plantas, le dice que renuncia a aquella libertad, dulce esperanza de su alma, que quiere vivir a su lado i servirla hasta que la vea feliz. Blanca no podia volver de su sorpresa, pues no podia dejar de comprender cuán grande era el sacrificio que hacia aquel hombre renunciando a su propia libertad. Aquella prueba de cariño aumentó mas aun el aprecio que ella tenia por él. Pocos dias despues de este hecho, sentada en su ventana, hallábase Blanca contemplando con tristeza la campiña iluminada con los postreros rayos del sol. Cerca de la ventana estaba Yamambé; aquel era el sitio donde tenia en la

tarde sus cortos instantes de descanso. Miraba el indio a su ama con una mezcla de cariño i de pesar hacia largo rato, cuando al fin, como tomando de pronto una resolucion, acercóse a la ventana i le dijo con voz conmovida:

—¡Qué triste está su merced esta tarde!

—¡Triste!.. ¿i cómo quieres que no lo esté? Hace tanto tiempo que espero inútilmente ser feliz.

—Talvez yo podria hacer algo por conseguir disipar esa tristeza.

—¿Tú? ¿I qué podrás hacer tú, pobre Yamambé?

—Mucho; pero es necesario que su merced me consiga mi libertad por algunos meses i yo me comprometo a ir a buscar a don Juan Benavente hasta los últimos rincones del Perú o averiguar que es de él.

—¿Sí?... Pero nó; eso es un sueño, es imposible que puedas hacer ese viaje.

—Al contrario, nada me será mas fácil; consígame su merced el permiso del amo i un salvo-conducto del gobernador i mañana mismo parto con una expedicion que parte para Charcas.

—¡Pero vas a tener tanto que sufrir! ¡Sin dinero, sin saber a quien dirijirte!....

—¡Sufrir! Léjos de eso, voi a empezar a ser feliz porque empezaré a ser libre, i despues porque talvez conseguiré que su merced sea dichosa. En cuanto a dinero, no le necesito, que a donde quiera que vaya los de mi raza me darán hospitalidad i yo sabré injeniarme i tomar lenguas para hacer los encargos que se me den.

Aquella proposicion no podia ménos de llenar de júbilo a Blanca, i a Yamambé no le costó mucho para acabar de convencerla de que nada habia en el mundo mas hacedero. Ya no cabia en sí de contenta; iba al fin a saber de su Benavente.

Consiguió con García que diera permiso a su esclavo para hacer aquel largo viaje, le dió algun dinero que pudo proporcionarse i entregándole una carta para su prometido, se despidió del noble indio, prometiéndole encomendarle todos los dias a Dios para que nada malo le pasara durante su ausencia.

VI.

Algun tiempo despues de la partida de Yamambé alejóse tambien de su lado don Pedro i la jóven quedó aguardando en la mayor tristeza el regreso de aquellos tres séres queridos a quienes una série de singulares acontecimientos habia arrastrado al Perú. Desde la partida de su hermano, Blanca vivia en un completo retiro, i hasta el mismo Mendieta habia tenido que resignarse a no verla.

Una noche, sentada en un corredor de su casa, que daba a un pequeño huerto, gozaba del fresco miéntras clavaba distraida su mirada en las profundidades del cielo i repasaba talvez en su

memoria quien sabe que dulces recuerdos de la madre patria. De pronto, de entre una mata de rosales que habia en el huerto ve levantarse a un hombre, que se adelanta hácia ella.

Verle, lanzar un grito i echar a correr despavorida la tímida jóven todo fué uno; pero una voz conocida le detiene al momento: era la de Yamambé.

—No huya su merced, le decia, que su esclavo ningun mal quiere hacerle.

—Yamambé! exclama Blanca, que acababa de reconocerle, ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

—Hace ya largo rato que oculto tras las ramas de ese rosal contemplaba de nuevo a mi querida ama i me gozaba al pensar que iba al fin a poder borrar de su rostro las señales del sufrimiento.

—¿Qué dices, Yamambé? No trates de engañarme.

—He cumplido mi palabra, he visto a don Juan i ...

—¿Le has visto? ¿Vive todavía?

—Sin duda alguna, i no solo le he visto, no solo sé que vive sino que no tardará en estar aquí, como debe decíroslo esta carta.

—¡Ah! cuanto te debo. Dámela, amigo mio.

I la pobre Blanca, loca de alegría, abrió aquella carta esperada durante tanto tiempo en vano; las lágrimas corrian por sus mejillas al leerla, miéntras una dulce sonrisa se pintaba en sus labios. Así se llora cuando la felicidad ahoga el corazon.

Benavente le decia en ella que habia estado algunos meses luchando con la muerte en el lecho del dolor; al levantarse de él habia pedido una carta de su Blanca que le hiciera olvidar sus padecimientos; le contestaron que durante su enfermedad no se habia recibido ninguna. Escribió entónces repetidas cartas a García i a su prometida, i nadie le contestó. El estado de su salud le impedia hacer su viaje al Paraguay i le pareció lo mejor dirijirse a un compañero suyo, pidiéndole noticias. Al cabo de algun tiempo recibió una carta de éste en que le decia que su regreso a la Asuncion era ya excusado: Blanca, cansada de esperarle, se habia casado i habia partido para España con su marido i su hermano. El amigo que le daba tales nuevas se llamaba don Diego de Mendieta. Perdida ya toda esperanza, el pobre Benavente habia andado vagando algun tiempo por el vireinato del Perú, cuando habiendo pasado a la ciudad de Charcas, encontróle allí Yamambé i supo al fin que la carta de don Diego era solo un tejido de pérfidas mentiras i que aun le amaba Blanca.

Despues de haber meditado detenidamente con el guaraní lo que debian hacer, habia resuelto que éste se adelantara a advertir a su ama, miéntras Benavente le seguia con la esperanza de poder penetrar en el Paraguay sin ser descubierto por Mendieta i salvar de su poder a la que debia ser su esposa.

Aquella carta llenó el alma de Blanca de placer i zozobra a la vez; Benavente vivia, le amaba aun e iba a volverle a ver, pero

iba a correr tambien sérios peligros i la ausencia de García hacia todavía mas embarazosa la situacion de ella.

Largo tiempo permaneció aquella noche en compañía de Yamambé, ya preguntándole los pormenores de su penoso i aventurado viaje, ya cavilando sobre lo que debia hacer a la llegada de Benavente.

Yamambé, sentado sobre el suelo al lado de ella, contestaba a todas sus preguntas, miéntras fijaba sobre el rostro de la jóven su mirada en que se pintaba el intenso cariño de su alma.

Era ya tarde de la noche cuando se separaron. Luego que el jeneroso guaraní se vió solo, dejóse caer rendido por el cansancio sobre el pobre lecho que le habian preparado i arrancando del fondo de su alma un profundo suspiro, exclamó:

—Ya ha muerto mi loca esperanza, pero ¿qué importa?... ¡Ella será feliz!

VII.

Blanca, retirada en su aposento, leia una i otra vez aquella carta llegada tan a tiempo, agolpábanse a su mente un mundo de pensamientos, entreteníase en repasar en su memoria mil recuerdos de horas mas tranquilas i se iba pasando la noche sin que el sueño viniera a cerrar sus lindos ojos, cuando oyó al perro que guardaba el huerto ladrar desaforadamente. Será algun otro animal que ha entrado al huerto, pensó ella. Pero los ladridos del perro continuaban; se conocia que luchaba desesperamente; de pronto calló el valiente animal i Blanca creyó oir un quejido de agonía.

Sobresaltada se levantó i acercándose a la puerta de su habitacion púsose a escuchar atentamente. Todo habia vuelto a quedar en silencio. Iba ya a retirarse cuando sintió distintamente que la puerta que daba al huerto se abria pausadamente; mas asustada ya, abre al punto la de su aposento i ve con terror a varios hombres embozados que penetraban en el zaguan de la casa.

En medio del terror que se apodera de ella, apénas acierta a cerrar la puerta de su habitacion i pidiendo socorro a gritos se dirije á la ventana; pero al abrirla retrocede espantada i la cierra de nuevo con desesperacion. Al pié de ella acaba de ver a otros embozados. Casi desfallecida dejóse caer de rodillas al pié de un crucifijo i abrazado al santo símbolo de esperanza, elevó al cielo entre sollozos una ferviente plegaria para que le salvara de aquel peligro. Los que avanzaban por el zaguan llegaban ya a la puerta de su aposento, cuando de pronto un golpe terrible asestado a la ventana la derriba en pedazos i un hombre armado de una hacha salta por ella.

Blanca, al verle, cae sin sentido al pié del crucifijo, i aquel hombre, tomándola entre sus nervudos brazos, se lanza con ella por la ventana fuera de la habitacion. Dios habia talvez escu-

chado la plegaria de aquel ánjel: aquel hombre era Yamambé, que a sus gritos habia ocurrido a salvarla. Al pié de la ventana estaban tendidos entre un mar de sangre los cadáveres de los dos embozados que la guardaban. Uno de ellos era Ochoa, el inseparable amigo de Mendieta, a quien habia reconocido Yamambé en el momento de derribarlo sin vida de un hachazo. El bravo guaraní atravesó corriendo el patio formado por una alta tapia que protejia por aquel lado la casa i llegando a un porton que daba sobre el camino, saltó sobre uno de los caballos que allí habian dejado los asaltantes i sosteniendo entre sus brazos a su preciosa carga, se lanzó a escape con ella, huyendo de los que, sin duda alguna, venian a arrebatársela.

La violencia de la carrera volvió al fin el sentido a Blanca, quien al verse de aquella manera, intentó arrojarse del caballo creyendo hallarse en brazos de un raptor.

Trabajo costó a Yamambé hacerse reconocer por ella i explicarle cómo la habia salvado de aquellos hombres, que debian ser ajentes de don Diego de Mendieta i que talvez los vendrian persiguiendo. Anegada en lágrimas i ahogada por los sollozos la desgraciada jóven se dejaba llevar por su esclavo, que apuraba sin cesar a su cabalgadura. Por desgracia no era ésta de mucha resistencia i empezaba ya a ceder poco a poco en la carrera.

—Pero, Yamambé, exclamó al fin Blanca, ¿a dónde me llevas? ¿A dónde podemos huir que podamos salvarnos del gobernador?

—¿A dónde?.... Al lado de don Juan Benavente, si es que no nos alcanzan, pues siento el galope de los caballos de esos miserables.

—¡Oh, por Dios! apura entónces el caballo; sálvame de sus manos otra vez.

—No temais, que ántes de llegar a tocar un solo cabello de su merced, han de pasar sobre mi cadáver.

I el noble indio azotaba con desesperacion la fatigada cabalgadura.

Los perseguidores ganaban terreno; el galope de sus caballos sentíase ya cercano; Yamambé esforzábase en vano por animar el suyo, pero el pobre animal desfallecia ya de cansancio. Al fin, entre la vaga luz del crespúculo, se dibujaron las figuras de una media docena de jinetes, que lanzaron un grito de júbilo al distinguir a su presa.

Todo parecia perdido; Yamambé contestó con un rujido de cólera i desesperando ya de salvarse dirijió su caballo hácia la orilla del rio. Al llegar a la alta barranca, a cuyo pié desliza el Paraguay sus tranquilas aguas, desmontó de su caballo, que apénas podia ya sostenerse en pié, i alzando entre sus fornidos brazos a Blanca, a quien volvian a abandonar sus fuerzas, subió corriendo hasta la cima de aquel refujio que la naturaleza ofrecia a la inocencia i el deber. Allí se detuvo i dejando a la desgraciada jóven, volvíose hácia sus perseguidores esgrimiendo un puñal entre sus

manos. Un cuadro digno por cierto de otra pluma que la mia ofrecíase entónces en aquel apartado sitio.

Los primeros tintes de la aurora iluminaban el horizonte; una vaga claridad extendíase por la verde campiña; las aves, alegres, cantaban en la arboleda: la tierra despertaba a la vida, ajena a aquellas escenas de llanto i miseria.

Sobre la elevada barranca estaba Blanca de rodillas orando fervorosamente i al verla con las manos elevadas al cielo, envueltas en sus blancas vestiduras, hubiera podido tomársele por un ánjel que pedia a Dios por los desdichados ántes de batir sus alas i volar al lado del Señor.

A su lado, pálido, ensangrentado, queriendo en vano articular alguna palabra a que no daba paso su garganta ahogada por la cólera, estaba Yamambé, amenazando con su puñal a sus adversarios, que le alcanzaban ya. Era el jenio de la muerte. Un temblor convulsivo ajitaba sus miembros, sus ojos centelleaban i golpeaba la tierra como si le pidiera que abriera sus fauces i los arrebatara a todos.

Sus perseguidores, que le amenazaban con sus armas, estaban ya a pocos pasos de él; entre ellos, el bravo guaraní acababa de descubrir a don Diego de Mendieta, que adelantándose a los suyos le grita:

—Entrégate, perro indio, si no quieres que al momento te haga matar como mereces.

Al reconocer a Mendieta i al oir sus palabras, pareció aumentar la desesperacion de Yamambé. Volvió a todas partes su vista como buscando un medio para salvarse; no habia ninguno, estaban perdidos.

El solo tenia un puñal para defenderse; los enemigos, armados perfectamente, avanzaban a su frente, i a sus espaldas el Paraguay le cerraba el paso. Yamambé fijó en sus tranquilas aguas su mirada extraviada.

—¡Ah! miserable, no será tuya! exclamó entónces con desesperacion, i tomando de nuevo a Blanca entre sus brazos i lanzando un espantoso grito, se arrojó con ella al Paraguay.

Don Diego, horrorizado, se avalanzó al borde de la barranca; el rio deslizaba en calma su corriente; Yamambé i Blanca habian desaparecido.

Mudo, aterrado, febril, permaneció largo rato el gobernador a la orilla del rio, contemplando aquellas aguas en que acababa de encontrar su tumba la mujer que amaba. A veces creia a lo léjos ver flotar sobre ellas la blanca vestidura de su víctima; pero despues todo desaparecia i el remordimiento i el dolor volvian otra vez a despedazar su corazon.

El sol apareció al fin en el oriente; i como volviendo don Diego de una horrible pesadilla i dando una última i desesperada mirada al Paraguay, saltó sobre su caballo i tomó a escape el camino de la Asuncion, seguido de sus compañeros, aterrados tam-

bien con el resultado que habia tenido aquella aventura del jóven gobernador.

VIII.

Séase que le acosara en la Asuncion el remordimiento, séase que empezara a molestarle ese fastidio que martiriza a los tiranos, el hecho fué que Mendieta partió luego para Santa Fé. Gobernaba por aquel entónces esta villa un capitan llamado don Francisco Sierra, "hombre mui astuto i mui soldado," segun dicen las crónicas. Era don Francisco hombre que si sabia cumplir con la lei, sabia tambien hacerse respetar, i mas de uno habia ya mandado a la horca. Malas pulgas i muchas agallas debia tener sin duda, pues apénas habian pasado dos dias desde la llegada de Mendieta cuando tuvo con éste un altercado de Dios es Cristo i le dijo desde una hasta ciento. Temeroso de que don Diego lo mandara a hacer piruetas a su vez en lo alto del rollo, huyó i se refujió en la iglesia; pero Mendieta, sin respetar el sitio, hizo entrar soldados i que lo sacaran a viva fuerza. La fama de las barbaridades cometidas por Mendieta, en el Paraguay habia llegado a Santa Fé i predispuesto en su contra todos los ánimos i todos temblaban a la sola idea de que se viniera aquel mozo a hacer en la villa fechorías como las que en la capital tenia hechas.

Al ver sacar de la iglesia a Sierra, la indignacion de los santafecinos estalla; arrójanse sobre los soldados, los dispersan fácilmente i dan libertad a su gobernador i resuelven deponer a Mendieta. Rodeado éste por el populacho intentó en vano defenderse i quiso que no quiso tuvo, para salvar su pellejo, que firmar una acta por la cual renunciaba el mando. Sierra, que no era lerdo i conocia cuanto peligro corria dejando en la provincia a don Diego, le hizo meter en una carabela mandada por el alcalde Espinosa, i lo despachó fuera de ella. Condujéronlo hasta San Gabriel i allí lo dejaron, prohibiéndole el que regresase al Paraguay; pero no era don Diego de Mendieta hombre que se arredrase así no mas i renunciara a su gobierno tan fácilmente. Embarcóse de nuevo i desembarcando en la costa arjentina dirijióse por tierra al Paraguay. Pero estaba de Dios que todo habia de ser percances para el pobre jóven i sucede que en lo mejor de su viaje topa con el alcalde Espinosa i éste me le echa el guante, me lo embarca de nuevo i se larga con él a España a ver si así podria librarse de él. El talante con que iria don Diego a la península ya podrá figurárselo cualquiera; la rabia le devoraba.

Un dia armóse a bordo una trifulca; métese don Diego, pierde la chaveta, vánsele las manos i despacha al otro mundo a un pobre marinero a puñaladas.—Aquello lo echó todo a perder.

Espinosa da órden de atracar a la costa del Brasil i allí, en un lugar triste i solitario, dejó abandonado a su destino al pobre don Diego; lugar "do presto feneció triste i lloroso," como dice Centenera.

Así terminó sus dias bajo el peso de la desgracia i el remordi-

miento, aquel jóven tan gallardo i valeroso, a quien el orgullo i la malas compañías convirtieron en un tirano disoluto i criminal.

¿Qué fué de los demas personajes que figuran en esta historia? Lo único que se cuenta es, que algunos años despues de aquella alborada en que Blanca i Yamambé desaparecieron bajos las aguas del Paraguay, vivia en las soledades del Chaco un famoso cacique que hacia a los españoles una encarnizada guerra i se gozaba en llevar la muerte i la desolacion a los hogares de los conquistadores. Llamábanle sus súbditos Taquiran. No era hijo de la tribu que gobernaba, contra la costumbre de los guaranies. Algunos años ántes, en una hermosa mañana de verano, algunos indios habian sorprendido en las orillas del Paraguay a un jóven guaraní que cavaba con un puñal una sepultura al pié de un árbol. A su lado estaba tendido el cadáver de una jóven europea, cuya belleza habia respetado la muerte. Conmovidos con las muestras de dolor que daba el enterrador, acercáronse a él los indíjenas, le ayudaron a terminar su piadosa obra, depositaron en ella el cadáver i desearon conocer el secreto de aquella misteriosa historia. El jóven no quiso revelarla; dijo solo que era su nombre Taquiran, que acababa de recobrar su libertad del yugo de los españoles i que en adelante perteneceria a la tribu a que ellos pertenecian. Con regocijo lo admitieron aquellos indios por hermano, pues todos habian simpatizado con aquel jóven que parecia tan desgraciado. Antes de alejarse de aquel sitio, el que decia llamarse Taquiran escribió en el tronco del árbol, a cuyo pié dormia el sueño de la muerte aquella hermosa niña i en guaraní este bello nombre: Blanca.

Gracias a su natural talento, a su valor i a los conocimientos que habia adquirido entre los españoles, aquel jóven no tardó en llegar a ser el jefe de su tribu adoptiva.

Era terrible en la guerra; jamas daba cuartel a ningun español, parecia que queria satisfacer con torrentes de sangre la sed de venganza que dominaba su corazon. Vivia casi siempre triste, silencioso, devorado por una secreta pena que nadie conocia. No reveló jamas el secreto que envolvia su vida anterior a aquel encuentro a orillas del Paraguay con algunos de los que mas tarde serian sus súbditos.

Guardaba con relijioso cuidado algunos objetos pertenecientes a la jóven europea, i siempre que en sus escursiones se acercaba al Paraguay iba a visitar la tumba de Blanca i regaba de nuevo con sus lágrimas la tierra que la cubria i escribia en el árbol que prestaba sombra a aquel ignorado sepulcro la fecha de su visita.

Era ya un anciano cuando una violenta enfermedad le arrebató a sus indios, que le amaban i le consideraban como un sér superior.

Solo pocos dias ántes de su muerte contóles quien era i les refirió toda su historia. En seguida cerró sus ojos i expiró. Yamambé habia dejado de existir.

CÁRLOS A. BERRO.

"SANTA."—Episodio del Mahabharata.

El rei de Anga, Lomapad glorioso,
A un brahman ofendió, no dando en premio
De un sacrificio lo que dar debiera.
Irritados entónces los brahmanes,
Salieron todos de su reino: el humo
Del holocausto al cielo no subia;
Indra negaba la fecunda lluvia
I la miseria al pueblo devoraba.
Lomapad, consternado, saber quiso
El parecer de los varones doctos,
I los llamó a consejo, i preguntóles
Qué medio hallaban de aplacar la ira
Del Dios que lanza el rayo i amontona
En el cielo del agua los raudales.
Mil sentencias se dieron; mas al cabo
El mas prudente de los sabios dijo:
—Escucha ¡oh rei! miéntras brahman no haya
Que sacrificio en este suelo ofrezca,
Indra no saciará la sed abriendo
El líquido tesoro de las nubes.
Los brahmanes, movidos del enojo,
Al sacrificio no se prestan. Oye,
Para cumplir el venerando rito,
Cómo hallar solo sacerdote puedes.
En la fértil orilla del Kausiki,
En lo esquivo i recóndito del bosque,
Del trato humano léjos, su vivienda
Vifandák tiene, el hijo de Kasyapa,
Brahman austero i penitente. Vive
En el yermo con él su único hijo,
El piadoso mancebo Risyaringa.
No vió a mas hombre que a su padre nunca;
Solo frutos silvestres, hierbas solo
I licor solo que entre rocas mana,
Alimento le dieron i bebida.
Tan inocente i puro es el mancebo,
Que de lo qué es mujer no tiene idea.
Manda, pues, rei, que una doncella hermosa
Vaya al bosque, le hable, i con hechizos
De amor, cautivo a la ciudad le traiga.
No bien sus piés en tus sedientos campos
La huella estampen, no lo dudes, Indra
Dará principio el suspirado riego.
Así habló el sabio, i su atinado aviso
Agradó mucho al rei. Dinero i honras
Prometió Lomapad a la doncella

Que hábil trajese al candoroso jóven:
Pero todas miraban con espanto
De Vifandák la maldicion horrrible,
I exclamaban:—¡Oh príncipe! perdona;
No llega a tal extremo nuestra audacia.
En tanto, iban mostrándose tan fieras
La sequía i el hambre, que perdieron
Toda esperanza el rei i sus vasallos,
Cuando Santa, del rei única hija,
Vírjen por su beldad maravillosa,
Modestamente se acercó a su padre
I así le habló:—Si quieres, padre mio,
Yo he de intentar que venga a nuestra tierra
El jóven que no vió séres humanos.
Con gran contento el rei escuchó a Santa,
I al instante dispuso que una nave
Se aprestara, de flores i verdura
Cubierta por doquier, como retiro
Feraz de bienhadados penitentes.
Peregrinando en ella con su hija,
Fué contra la corriente del Kausiki
Hasta llegar al prado i a la selva,
Mansion de Vifandák el solitario.
Con discretos consejos de su padre
Para tan árdua empresa aprecibida,
Santa desembarcó, i entró en la choza
Do el mancebo por dicha estaba solo.
—Dime, *múni*, le dijo, si te place
La penitencia aquí. ¿Vives alegre
En esta soledad? ¿Tienes en ella
Abundancia de frutos i raices?
—Tengo, contestó el jóven; mas ¿quién eres
Que como llama refuljente luces?
Bebe del agua mia: te suplico
Que mis flores aceptes i mis frutos.
—Allá en mi soledad, replicó Santa,
Al otro lado de los altos montes,
Nacen flores mas bellas i olorosas,
Son los frutos mas dulces, i es mas clara
I mas salubre el agua de las fuentes.
—¡Oh huésped celestial! dijo el mancebo;
Algun sér superior eres sin duda.
Yo me postro a tus plantas i te adoro
Como adorar debemos a los dioses.
—¡Ah, no! tú eres mejor, tú eres perfecto,
I adorarme no debes: yo rechazo
La no fundada adoracion: permite
Que te dé paz como se da en mi patria.

Cediendo en parte entónces al consejo
Discreto de su padre, i al impulso
Del corazon tambien, Santa la bella
Al cuello del garzon echó los brazos,
I le dió un beso, i llena de sonrojo
Huyó a la nave do su padre estaba.
Volvió del bosque Vifandák en esto,
Grave, terrible, penitente, todo
Desde los piés a la cabeza hirsuto.
—¡Hijo! exclamó, ¿por qué has holgado, hijo?
Ni partistes la leña, ni atizaste
El fuego, ni lavaste la vajilla,
Ni la vaca cuidaste ni el becerro.
Mudado me pareces. ¿En qué sueñas?
¿Qué cavilas? ¿Sabré lo que ha pasado?
—Un peregrino, respondió el mancebo,
Estuvo por aquí, de negros ojos
I sonrosada i blanca faz; en trenzas
Los cabellos caian por su espalda;
En sus labios brillaba la sonrisa;
Jentil, gracioso, esbelto era su talle,
I en suave curva levantado el pecho.
Como canta el *kokila* en la alborada,
Así su voz sonaba en mis oidos,
I a su andar un aroma yo sentia
Como el del aura en grata primavera.
No quiso de mis frutos, i no quiso
Agua tampoco de mis fuentes: frutos
Mas sazonados me ofreció i bebida
De mas rico sabor, cuya promesa
Bastó a embriagarme un tanto. Ciñó luego
Con sus brazos mi cuello el peregrino,
Inclinó hácia la suya mi cabeza,
Tocó en mi boca con su amable boca,
Hizo un susurro pequeñito i blando,
I por todo mi sér discurrió al punto
Un estremecimiento delicioso.
Por este peregrino en vivas ánsias
Me consumo; do vive vivir quiero;
De que se ha ido el corazon me duele;
I hacer la misma penitencia aspiro
Que me enseñó, para endiosar el alma
Mas eficaz ¡oh padre! que las tuyas.
Vifandák contestó:—No te confíes,
Hijo, en belleza material; a veces
Van los jigantes por el bosque errando,
I toman bellas formas, con intento
De seducir a los varones píos

I perturbar su penitente vida.
Para buscar a Santa salió entónces
Vifandák, ciego de furor; i apénas
Hubo salido, penetró de nuevo
La linda moza con furtivo paso.
La vió el mancebo, trémulo de gozo;
Corrió a ella i le dijo:—No te pares;
Huyamos sin tardanza do tú vives;
No nos halle mi padre cuando vuelva.
Así Santa logró que Risyaringa
La siguiese a la nave. Dió a los vientos
La vela entónces Lomapad, i raudo
Bajó por la corriente del Kausiki.
No bien puso la planta el virtuoso
Mancebo en tierra, cuando abierto el cielo
Vertió torrentes de fecunda lluvia.
El rei, viendo sus votos ya cumplidos,
A Risyaringa desposó con Santa.
Volvió, entre tanto, Vifandák del bosque
A la choza, i al hijo fujitivo
Buscó en balde do quier. Con saña cruda
De Anga a la capital marchó en seguida
Para lanzar su maldicion tremenda.
Con la fatiga a reposar paróse
En medio del camino, i miró en torno,
I vió praderas de abundantes pastos,
I ovejas mil i lucios corderillos
I pastores alegres.—¿Quién os hace
Tan dichosos? les dijo, i respondieron:
—El piadoso mancebo Risyaringa.
Siguió su marcha Vifandák, i hallaba
Paz, opulencia, dicha en todas partes,
I cada vez que de álguien inquiria
De tanto bien la causa, mil encomios
Escuchaba de nuevo de su hijo.
Aduló con son grato las orejas
Del austero varon tanta alabanza,
I se entibió su cólera fogosa.
Llegó, por fin, a la ciudad, en donde
Le colmó el rei de honores i mercedes;
Vió feliz como un Dios al hijo amado;
Vió tan gozosa a la gallarda nuera,
Que como luz de amor resplandecia;
I en torno vió rebaños florecientes,
I amenos, verdes sotos, i el hartura
I el deleite por huertos i jardines.
No pudo entónces maldecir: las manos
Elevó hácia los cielos i bendijo.—JUAN VALERA.

DICCIONARIO BIOGRAFICO AMERICANO

POR

JOSE DOMINGO CORTES.

Cuando en 1874 oia yo hablar de la próxima publicacion de un *Diccionario biográfico americano*, confieso que una escéptica sonrisa salia a vagar por mis labios porque, a la par que reconocia la importancia de la obra i los utilísimos servicios que estaba llamada a prestar, me era imposible olvidar las numerosas dificultades, los mil i un obstáculos con que se tropezaria al tratar de llevarla a cabo. Para convertir el hermoso proyecto en hecho, de nada ménos se necesitaba que de una voluntad de fierro, una intelijencia despierta, una actividad a toda prueba i colaboradores decididos i bien intencionados, que en la realizacion de la empresa viesen ante todo una obra de patriotismo.

¡Qué sinnúmero de elementos no se necesitan para llenar un plan tan vasto! ¡Cuántas dificultades surjirian a cada paso, atentos nuestros hábitos, nuestra condicion social, nuestras relaciones mismas de pueblos hermanos, nacidos al mundo bajo los pliegues de una misma bandera i alentados i empujados por una misma gloriosísima esperanza! Los obstáculos subian de punto, los inconvenientes aparecian mayores de marca cuando uno se ponia a considerar cuán cierto es que los americanos no nos conocemos i que seria por tanto sobre modo difícil adquirir datos exactos a cerca de nuestros hombres mas notables en las letras, en las armas, en las artes, en la industria, etc.

En la portada del templo de Délfos leíase este sabio consejo: *Conócete a tí mismo.*

Lo americanos no lo tuvimos jamás presente, i preocupados por el movimiento de la civilizacion europea, por las ajitaciones febriles de Francia i por nuestras propias internas ajitaciones, poco sabíamos ayer i poco sabemos hoi de lo que a nuestro lado pasa.

La literatura americana, rica, espléndida como nuestro cielo,

exuberante como nuestra naturaleza, es de los americanos desconocida, como no se trate de uno que otro literato, de uno que otro *americanista* que con teson i constancia digna de elojio reune cuanto en América se publica i conoce, por tanto, el movimiento literario de nuestras repúblicas. ¿Cuántos son en Chile los que conocen los poetas o escritores de la República Arjentina, Brasil, Perú, Colombia, etc.? Cuántos son los que se hallan en situacion de poder dar noticia siquiera sucinta de nuestros mas eminentes hombres de letras?

Cierto, conocemos muchos célebres literatos i poetas arjentinos; pero esto lo debemos, mas que a nuestro comercio literario, que casi es nulo, a la sangrienta tiranía de Rosas, que nos trajo una saludable i brillante inmigracion. Entónces conocimos los Sarmientos, los Gutierrez, los Alberdis i no fué escaso el provecho que a su lado obtuvo nuestra adolescente literatura.

La América no se conoce a sí misma; i léjos de trabajar por conocerse, las distintas nacionalidades se aislan por rivalidades mezquinas, se odian, se combaten, se menosprecian i mútuamente se caricaturan. No parece sino que tuvieran por destino desgarrarse, despedazarse en fratricidas luchas i no quedar tranquilos, i no volver a la paz i al trabajo, en tanto no lleven en sus manos, como los bárbaros de Norte América, tan diestramente pintados por Cooper, las ensangrentadas cabelleras del vencido enemigo. Vivimos como si los pueblos americanos estuviesen por desiertos inmensos separados unos de otros; i cuando acertamos a mirarnos, o es para arrojarnos al rostro una provocacion o para exhibir nuestras desnudeces i miserias.

Rara vez hombres bien intencionados i sinceros amantes del progreso de las naciones americanas, estudian al vecino i exhiben sus obras para darlas a conocer i adjudicarles el premio que se merecen. Son éstas honrosísimas excepciones que no alcanzan a hacer olvidar nuestras caseras rivalidades, pero que un inmenso bien producen, ya que lo único que falta para que dejemos de odiarnos, para que el rencor se cambie en cariño i en confraternidad fecunda el aislamiento que mata, es que nos conozcamos.

Por eso, cualquier paso dado en el sentido de estrechar nuestras mútuas relaciones merece los mas entusiastas aplausos de las almas honradas i patriotas: se presta grande e importantísimo servicio a la América dando a conocer a sus hombres, que son, mal que pese a nuestras odiosidades i a nuestro egoismo, gloria i honra comun de todo americano.

Entre los obreros de esta gran empresa de hacer que los americanos nos conozcamos i, conociéndonos, nos amemos, figura en primera línea el señor don José Domingo Cortés, a cuya inteligente laboriosidad tanto debe nuestra literatura. Mas de doce

años hace que está dando a luz obras en prosa i en verso, mas o ménos importantes; pero todas ellas, absolutamente todas destinadas a hacer que la América se conozca, estableciendo entre todas las repúblicas un comercio literario tan activo como fecundo. Desde las *Flores chilenas* hasta el libro que me ha dado materia para este artículo i que es el mas importante i el mas útil de los muchos que lleva publicados, todas las obras del señor Cortés se distinguen por el espíritu de americanismo que les ha dado vida i que respiran en cada una de sus pájinas: ora reune como en un haz los poetas chilenos, arjentinos, peruanos, bolivianos; ora nos da a conocer la estadística bibliográfica de Bolivia; ora nos presenta la galería de los héroes de nuestra independencia; ora reune en cuadro sinóptico las riquezas naturales de Méjico. La América es su punto de mira, su faro, su tierra de promision, su único objetivo. Para darla a conocer, ha principiado por conocerla; i para conocerla ha viajado i entablado relaciones con sus hombres mas ilustres. No ha elaborado sus libros en el silencio de su gabinete, encerrado entre cuatro paredes, con los datos que le han proporcionado sus colaboradores, nó: ha recorrido la América, ha conocido a nuestros hombres célebres, ha obtenido de ellos mismos los datos que le eran necesarios. Rejistrad las pájinas de su album i vereis desfilar a vuestra vista todo lo que la América tiene de glorioso en la carrera de las armas, en la de las letras, en las artes o en la industria.

¡Asombrosa actividad es la del señor Cortés! Reune aquí i allá, viaja, investiga, ordena i cuando uno ménos lo piensa, una nueva obra nos ofrece, la cual siempre será interesante, puesto que no siempre sea completa i por exquisito criterio elaborada.

Todos saben el deseo que últimamente le llevó a Europa, al seno mismo de la maderna Babilonia, de ese jigantesco París, cuya alma es confusa mezcla de ánjel i demonio. Queria publicar varias obras, todas ellas de mucha importancia, i halló que en el Viejo Mundo le hacian la impresion con mejor modo i a mas bajo precio que en el Nuevo. Metió en su maleta todos los materiales acopiados i acopió nuevos durante su viaje; i en tal manera realizó su proyecto, que el público americano, que habia principiado por dudar, concluyó por aplaudir, después de un primer momento de asombro. Los mas escépticos han tenido que inclinarse ante la realidad de los hechos i todos reconocen i confiesan que el señor Cortés ha sobrepujado a las mas halagüeñas esperanzas.

Soi franco i debo decir que mui pocos eran los que esperaban que el señor Cortés, pretendiendo publicar un *Diccionario biográfico americano*, llegase a producir otra cosa que un abundante *charquican*. ¡El desengaño ha sido tan oportuno como consolador! Pasead vuestras miradas por esas pájinas tersas, de limpia i correcta impresion, i decidme si no es cierto que hai ahí una obra que puede figurar con honra i provecho en los estantes de

nuestros literatos i qne no debe faltar en el escritorio de nuestra juventud estudiosa.

—¡Qué ha de hacer Cortés! se decian los mas cuando se hablaba de la publicacion de un Diccionario.

I confieso que yo figuré entre los que temian que el proyecto diese pésimos resultad

En primer lugar, en el *Diccionario* iba a tomar parte un gran número de colaboradores i habria por consiguiente tanta variedad de estilos como variedad de especies en el arca de Noé. Este por sí solo era ya un defecto capital. Además, cada cual pediria para su santo, no habria unidad de doctrina i seria aquello algo como un caos de donde saldrian

Jesu-Christ et Mahomet dansant un cotillon.

¿Han desaparecido estos defectos?

Ciertamente que nó; pero, en parte por lo ménos, no aparecen tan resaltantes como era de temerse. Procuraré hacerlo ver o por lo ménos indicarlo en el discurso de este artículo. Creo conveniente, sí, repetir desde luego que el *Diccionario biográfico americano* es un trabajo que honra la intelijencia i laboriosidad de su autor, mui útil para toda persona estudiosa i que contribuirá poderosamente a la grande obra de la confraternidad americana, haciendo que mútuamente nos conozcamos i nos apreciemos, conociendo i apreciando los grandes hombres que al pié de los Andes i entre dos jigantescos océanos vieron la luz primera.

En la *Introduccion* de su obra, dice el señor Cortés lo siguiente:

"El *Diccionario biográfico americano* obedece a un propósito humanitario i patriótico. Es una publicacion de todo punto orijinal, por referirse especialmente a las personalidades que se han distinguido en el Nuevo Mundo, que hasta hoi solo habia logrado introducir en las publicaciones universales del mismo jénero un cortísimo número de sus notabilidades.

"El continente que se extiende de un polo al otro en el hemisferio de Colon, está cruzado en todos sentidos por rios caudalosos, por cadenas de colosales e inaccesibles montañas, por intransitables desiertos i por selvas vírjenes, en cuya espesura vagan incultos los primitivos habitantes de la tierra. No debe, pues, causar extrañeza que los Estados constituidos en aquel mundo nuevo, en el curso de tres siglos i medio corridos desde su descubrimiento, permanezcan todavía los unos con respecto de los otros en un relativo aislamiento.

. . . . . .

"Sociedades que en gran parte arrancan del mismo oríjen,

constituidas bajo rejímenes análogos en su mayoría, con idénticas aspiraciones e intereses armónicos, los Estados americanos deben i tienen que formar una familia. Las malas intelijencias que suelen suscitarse entre ellos, las rivalidades que se suponen en jérmen, no proceden de otra causa que del aislaminnto, punto de todo egoismo.

"Este libro tiene por principal objeto reaccionar contra ese aislamiento, multiplicando i estrechando los vínculos relajados despues de la independencia i haciendo familiares en todos nuestros paises los nombres venerados i queridos en cada uno.

"Este noble fin es lo que ha infundido al autor del libro, aliento para emprender su magna obra i lo que ha mantenido su celo en el curso de la ejecucion.

.....

"El espíritu que a su redaccion ha presidido, es el que de un modo gráfico prescribió el inmortal Miguel de Cervántes Saavedra, en estos elocuentes términos: "Los historiadores deben ser puntuales, verdaderos i no nada apasionados, i tales, que ni el interes ni el miedo, el rencor ni la aficion les haga torcer el camino de la verdad, cuya noche es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo i aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir."

"La exactitud en los datos i la sobriedad en las consideraciones han sidos los dos principios que han servido en este caso de norma.

"Sin embargo, una obra de este jénero no puede aspirar a ser perfecta desde su primera edicion. Por mucho escrúpulo que su organizador i editor haya puesto, es materialmente imposible que en los apuntes biográficos de mas de cinco mil personajes, a muchos de los cuales la distancia, las ocupaciones o la excesiva modestia han impedido proporcionar detalles o resolver dudas, no se hayan deslizado involuntariamente algunos errores accidentales de nombres, de lugares o de fechas.

"No tiene tampoco este libro la pretension de ser completo. A decir verdad, mas de un nombre ilustre, con derecho a figurar en honroso sitio en sus pájinas, no ha sido, por esta vez, incluido en ellas, por no haberse obtenido con oportunidad los datos necesarios i fidedignos a su respecto.

"El autor se hace, pues, un deber de pedir a sus lectores indulgencia para esta primera edicion, en atencion a la enormidad de la obra i al sinnúmero de dificultades que, para realizarla, ha tenido que vencer.

"Ruega ademas a los que tengan rectificaciones que hacer a equivocadas aseveraciones del *Diccionario biográfico americano* i a los que noten la ausencia de nombres que debieran figurar en él, que le dirijan sus comunicaciones, a fin de tenerlas presentes para la segunda edicion, que se emprenderá agotada la primera.

"Libros de la naturaleza del *Diccionario biográfico americano* no pueden ser el producto de un dia ni del esfuerzo de un hombre o de un grupo; tienen forzosamente, si han de ser exactos i completos, que serlo del tiempo i del público en jeneral.

"No cabe, pues, al que sirve de intermediario; al que traduce del frances, del ingles i del portugues, como ha ocurrido en el caso actual; al que colecciona, organiza, vijila la impresion i corrije i limpia, en fin, hasta el último momento, gloria literaria alguna.

"Séale ello tenido en cuenta al autor del presente *Diccionario biográfico americano*, i resárzale el público sus sacrificios, al ménos con su benevolencia."

He creido conveniente transcribir este largo pero interesante fragmento para que el público tenga siquier una idea de la obra del señor Cortés, del teson que ha necesitado para llevarla a cabo, de las dificultades que ha tenido que vencer i de las circunstancias atenuantes que alega en su descargo para detener el zañudo golpe de la crítica i ganarse la indulgencia del público, que bien merecida se tiene ya el autor.

Contiene el *Diccionario* mas de cinco mil biografías. Cierto, hai en él vacíos notabilísimos. ¿Por qué extrañar que los haya? Téngase presente que es el primer ensayo hecho en este particular en América i no se olvide el tiempo en que ha quedado concluida i a disposicion del público la obra. Cuando se publicó la primera edicion del Diccionario de la Academia, aquella sabia corporacion creyó necesario disculparse ante el público por los vacíos o defectos que en su obra hubiere. ¿Qué mucho que siga sus huellas el señor Cortés, pidiendo benevolencia para los defectos de su *Diccionario?*

Acometió el señor Cortés el ensayo; hizo lo que literatos de fama no se atrevieron a hacer i ahí está en gran parte su mérito. En cuanto a los vacíos, errores o defectos, fácil es subsanarlos en una segunda edicion.

Una de las grandes dificultades con que debió tropezar el señor Cortés para la realizacion de su gran proyecto, fué sin duda la de las ambiciones personales; la de la vanidad herida o excitada por la oportunidad de figurar en un libro que iba a tener, no ya una circulacion americana, sino tambien europea.

Necesitaba el señor Cortés de gran número de colaboradores i por de contado que no faltaron entre éstos quienes, sin los títulos necesarios, quisieron figurar en el *Diccionario biográfico americano*. De ahí que en las pájinas de éste aparezcan nombres que no han prestado otro servicio a las letras que el haber escrito en mala prosa para la prensa diaria; nombres que no son notables ni dentro del estrecho recinto de la ciudad en que de cuando en cuando suenan; nombres, en fin, que ántes amenguan que enriquecen la literatura de su pais.

Pedia el señor Cortés datos sobre la vida de este o aquel per-

sonaje; i recibia extensas biografías, llenas de pormenores insignificantes, de insulsas nimiedades. A haberlos publicado todos, no habrian cabido en dos volúmenes como el que acaba de publicar, i los que no nos conocen habrian creido que en América abundaban tanto los ricos injenios como las alcachofas i las papas.

El trabajo de expurgacion ha sido, por tanto, pesadísimo i fatigoso para el señor Cortés. Su *consejo de guerra* (como él dice pintorescamente, aludiendo a lo mucho que ha tenido que abreviar, correjir i suprimir) ha tenido que permanecer en sesion permanente durante meses enteros. Así i todo, muchos hai en el *Diccionario* que debieron quedar en el silencio i que merecen un buen borron. Los llevan pobres soldados de las letras, las artes i la industria que son *paja picada* al lado de tanto americano ilustre que hermosea las pájinas del bello libro del señor Cortés.

La diferencia de estilos que en el *Diccionario* se nota, paréceme ser un defecto inherente al carácter mismo de la obra i, por lo tanto, casi imposible de evitar. Han escrito muchas manos las biografías i por mas empeño que el señor Cortés pusiese en dar unidad, o si se quiere, uniformidad a la redaccion, lo único que conseguiria seria centuplicar las dificultades de la empresa para obtener una mui pequeña ventaja.

No así por lo que toca a otra clase de defectos, pues en otras ediciones puede el señor Cortés hacerlos desaparecer.

Me refiero principalmente a la unidad de la doctrina del autor, unidad que desaparece en presencia de muchas biografías. Abrid ese *Diccionario* i no faltará una pájina en que se haga el elojio del racionalismo, en que salte una burla contra la relijion. I sin embargo, el señor Cortés es católico i honrado: conozco sus jenerosos sentimientos i sus bien arraigadas i sinceras convicciones. ¿De qué proviene tan gravísimo mal?—De la colaboracion. Acaso no se fijó mucho el señor Cortés en ciertas biografías, que bien merecen ser correjidas.

Abro en la pájina 211 el *Diccionario* i encuentro la biografía del desgraciado sacerdote apóstata Francisco de Paula Gonzalez Vijil. Se hace de él un exajerado elojio; se le pone por los cuernos de la luna i se agrega que ese apóstata "*ha tenido el honor de figurar en el Indice expurgatorio de la Inquisicion moderna de Roma.*"

¿Quién, leyendo lo que de Gonzalez Vijil dice, no creerá que el autor del *Diccionario* es un libre-pensador de *pura sangre*, rabioso contra todo lo que huela a catolicismo?

Sí; deseo ardientemente que el señor Cortés, cuyos servicios a la América, a la literatura americana nadie podrá con justicia negar, borre de su *Diccionario* estas pájinas que, si no le deshon-

ran, le amenguan. No tiene él necesidad de traicionar sus convicciones, de elojiar a quien por ningun aspecto merece elojios para que su obra sea notable i mui digna de la proteccion del público. Vendrá una segunda edicion i allí tendremos todos el placer de ver correjidos los defectos que en la primera pueden apuntarse.

Sean cuales fueren los defectos de que adolece el *Diccionario*, lo cierto es que no se le puede negar su relevante mérito ni desconocer en el autor los títulos que ha conquistado al aprecio de todo americano. El ha dado el paso mas importante i mas trascendental para que los americanos nos conozcamos: mas de cinco mil biografías, casi en su totalidad de hombres ilustres del Nuevo Mundo, nos ponen en situacion de conocernos i juzgarnos con acierto. I después ¡qué multitud de sacrificios no ha tenido que hacer el señor Cortés para llevar a cabo su obra! ¡Cómo no admirar su constancia, su voluntad de fierro, su altivo i victorioso desden por los obstáculos! Lo cierto es que, a no ser por el señor Cortés, muchos años habrian pasado todavía sin que tuviéramos ni la sombra de un *Diccionorio biográfico americano*. Muchos eran los que querian publicarlo: uno solo ha sido el que ha realizado el proyecto. ¡A él la palma de la victoria i a él la gloria de haber llevado a cabo una obra que honrará a la América!

A pesar de sus defectos el *Diccionario* es una grande obra i todos podemos cousultarlo con provecho. El señor Cortés tendrá siempre derecho para decir que ninguno como él ha servido a las letras americanas; i que ninguno como él ha contribuido a que los americanos nos conozcamos, i conociéndonos, olvidemos antiguas i mezquinas rencillas para unirnos en estrecho abrazo i juntos hacer la jornada del porvenir. El señor Cortés ha conquistado hermosos títulos para ser considerado uno de los mas entusiastas i mejores obreros de la union americana; pero de esa union fecunda que columbraron i desearon nuestros padres; de esa union que confortará nuestros espíritus, unificará nuestra fé i nos convencerá una vez por todas de que no hai felicidad para los pueblos ni para los individuos que reniegan de la sombra bienhechora de la cruz.

Envío al señor Cortés mis mas sinceras felicitaciones. Cierto, la vanidad herida le ha criticado i censurado por su *Diccionario;* pero no olvide que la misma pluma que hoi le censura, le habria elojiado a haber tenido siquiera una línea en la obra que me ocupa. No la tuvo; no dijo el señor Cortés: Fulano empuerca papel para tal diario, i de ahí la rabia i el despecho.

Suprima el señor Cortés de su libro la paja; deje sólo el grano; llene los vacíos que se notan; corrija los defectos, i ríase después

de ciertas censuras que de todo tienen, ménos de desinteresadas; i cuando la envidia o el despecho le hieran i le hostiguen consuélese considerando que, como dijo el moralista, hai reproches que son una alabanza i alabanzas que son una maldicion.

Diciembre 8 de 1875.

RÓMULO MANDIOLA.

A MI HIJO RAFAEL.

¡Qué hermoso está dormido!
¡Con qué placer contemplo
Sobre la blanca almohada
Su rostro puro i bello!

Cual de tierno capullo
De rosa medio abierto,
Se escapa de sus labios
Su perfumado aliento.

La cándida sonrisa
Que resbala sobre ellos,
Es del candor de su alma
Purísimo reflejo.

¡Quizá conmigo sueñas
I al amoroso beso
Del maternal cariño
Sonries placentero!

¿O en torno de tu cuna
Estás acaso viendo
Que alegres juguetean
Los ánjeles del cielo?

Te arrullan con sus cantos,
En sus aéreos juegos,
I tus bracitos alzas
Para volar con ellos.

¡Ah! duerme, niño mio,
Tranquilo, sonriëndo!
¡Pluguiera a Dios que siempre
Así fuera tu sueño!

Mas ¡ai! vendrá *el mañana!*
Que se desliza el tiempo,
Cual rápido meteoro
Que cruza el firmamento,

I vendrán los dolores,
I roerán tu pecho
Decepciones amargas
I ¡oh Dios! remordimientos;

Que la blanca paloma
Cuando abate su vuelo
Empaña su blancura
Con leve polvo al ménos.

No crezcas, niño mio,
Que el maternal anhelo
Quisiera verte siempre
Entre besos i ensueños.

No crezcas: de la tierra
Ignora los misterios,
Ignora que es el mundo
De crímenes asiento.

Pero abres ya tus ojos
Ltiéndesme, sonriendo,
Tus bellas manecitas,
Dulcísimo embeleso.

Ven á mi pecho amante
I pague mis desvelos
De tus rosados labios
Un regalado beso.

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

EL LIBRO DE UNA MADRE

POR

MME. PAULINA L'''

(Traducido del frances.)

(Continuacion.)

XII.

EL GORRO DE SANTA CATALINA.

Luisa, he tenido un escrúpulo que debo confesarte.

Ayer noche, en los salones de la señora A.... yo te contemplaba; i sin querer halagarte, para hacer justicia a la verdad, aun cuando parezca adulacion, te diré que me encantaste. Como sin duda estabas contenta de tí misma, como tu conciencia estaba tranquila, tenias en la frente un apacible resplandor que no dañaba las pretensiones de nadie i que realzaba tu belleza.

Sí, estabas bella i tambien mui espiritual. Tus respuestas en los juegos de prendas, tu penetracion para resolver las charadas me hacian enorgullecer, i de buenas ganas te hubiera dado un beso.

¡Ai! hija mia, hé aquí el reverso de mi orgullo. Yo era la única que te admiraba.

Las madres comentaban tus respuestas por pura rutina.

En cuanto a los jóvenes perfectamente acicalados que se dignaban tomar parte en esos juegos infantiles, que tú dirijias como mujer, manifestaban tan profundo desprecio por las concesiones que les arrancaba la política, estaban tan satisfechos de sí mismos, que no se les ocurria el asegurarse si podrian estar contentos de tí.

Entónces fué cuando me dije a mí misma:

—"Hai aquí una coleccion completa de jóvenes ¿en cuál de ellos mi Luisa querria o podria fijar su atencion?

"¿Será en ese que acaba de hacer un viaje a Europa, exprofeso para hacer grabar sus cifras en sus escobillas, peinetas, cajas de marfil i en los arneses de sus caballos i botones de sus libreas?

"¿Será en aquel que se vanagloría de haber asistido quince ve-

ces a la representacion de *La fille de madame Angot* i de conocer de punta a cabo todo el repertorio de Offenbach i de Le-Cocq?

"¿En ese otro pisaverde que teme que le fatigue la lectura i nunca ha querido hacer la prueba?

"¿En aquel elegante a la última moda que solo habla de sus caudales i quizas no sabe cómo ganarse un centavo con su trabajo?

"¿En aquel otro señor del bigote retorcido i de la mirada altanera que se alaba de no tener opinion sobre cosa alguna, i que mira a cada paso el ramo que lleva en el ojal de su levita?

"¿En ese anjelical nene de veintidos años que con tanto desprecio habla de la Iglesia i de sus ministros i ni siquiera sabe el a, b, c de su catecismo?

"¿En ese otro que tanto blasona de su prosapia i que siempre habla de la fulanita esta, de la fulanita aquella; del caballo tal, del caballo cual; del exquisito habano, del coche recien llegado, de sus proyectos i de sus triunfos en sociedad?

"¿En aquel imberbe que aun no sabe dónde está parado i ya su lengua mordaz no deja nombre ni reputacion que no arrastre por el suelo?

"¿En éstos o en aquéllos que no saben nada, ni piensan en nada, que no aspiran a nada, que no leen nada, que no hacen nada i que, sin embargo, como en volandas, se les verá llegar a los primeros puestos; que se aburren de aburrirse, sin saber si es posible tener gusto por alguna cosa en este mundo?

"¿En qué cabeza bien plantada, en qué pecho bien puesto, en qué corazon, la mirada de mi Luisa podrá caer i hacer brotar una chispa?

"Estos jóvenes son fenómenos de imbecilidad; representan una gran parte de la jeneracion actual ¡i talvez algunos de ellos concluirán por hacer sériamente la figura de hombres sérios!"

No he titubeado un segundo, querida mia, en pensar que ninguno de estos caballeritos, irreprochables en su traje, era capaz de inspirarte la mas leve ilusion del amor que deberás a tu marido. Mas, yo me dije:—¡Si Luisa solo tiene pretendientes de esta clase donde escojer, la pobre niña se quedará soltera!

Entónces me pareció ver desplegarse en el techo una gran gorro de encajes, con blondas colgantes, con cintas amarillas, i que este adorno simbólico descendia lentamente sobre tí, para coronarte hija de Santa Catalina, para consagrarte a perpétua viudedad, a tí a quien he querido dar la ciencia de la mujer i el jenio de la madre.

Estaba mui triste con esta vision. Encontrábala en todas partes. Si bajaba los ojos i miraba la lámpara, la pantalla puesta sobre el globo se me fijuraba el gorro de Santa Catalina cubriendo un cerebro luminoso.

Los tejidos de las cortinas i de los paños puestos en los respaldos de los sillones, eran para mí las franjas del susodicho gorro.

Cuando me pidieron una palabra para el juego de *sinónimos*, propuse *gorro*.

Creo que todos me miraron con cierta estrañeza; i tú misma medio te sonreiste como compadeciéndote de tu pobre madre.

Es que yo sentia en mi cabeza el gorro de Santa Catalina; no pude desprenderme de él al acostarme ¡lo ví en mis sueños! Solo al despertar me sentí completamente en calma; i es desde esta mañana cuando se me ha ocurrido un escrúpulo. Yo me dije:— Imprudente! he educado a mi hija para un marido ¿qué será de ella si no encuentra ninguno?

¿Acaso las madres indolentes que se fian a la casualidad i que se contentan con una educacion superficial, son mas previsoras o ménos previsoras que yo?

¿Acaso las jóvenes son siempre bastante buenas para los maridos que las dan? ¿Acaso haciéndolas mas exijentes, se las expone a mayores desencantos? ¿Acaso vale mas casarlas segun la moda, con jóvenes a la moda, que el que permanezcan solteras?

¿Existe por ventura ningun fantasma de mujer casada, ménos odioso, tan odioso, mas odioso que un espectro de solterona?

A esta palabra, me detuve i cerré los ojos para no verte como eres, sino para buscarte, en mi conciencia, tal cual deberias ser con quince o veinte años mas, si hubieras de quedar soltera.

Pues bien, Luisa ¿seria ilusion maternal? ¿Seria tentacion de mi egoismo que se consolaba de conservarte siempre a mi lado? No te hallé mui distinta a lo que te he visto a menudo, en mi imajinacion, mujer casada, madre tranquila. Sonreias con tu misma sonrisa, mas grave, sentada al lado de una cuna; te llamaban *¡máma! ¡tíita!* estos nombres repetidos por voces infantiles, tomaban dulzuras adorables....

Tu hermano i su esposa te llamaban: ¡mi hermana! con una amistad mas tierna; i tú, siempre bella, maternal, serena, tranquila, con esa dulce melancolía de la mirada, resultado del bienestar i de la dicha; con esa resignacion de una alma esforzada que conoce la vida i que ya no tiene que temer las decepciones, yo te veia envejecer, insensiblemente, compartiendo la ventura de los demas, a quienes mirabas sin envidia i a quienes cuidabas sin desfallecer.

Tus cabellos emblanquecian, sin ser por eso mas ralos; tú no habias conocido las fiebres de la maternidad. Pensabas en mí; i al murmullo de tus labios, de donde mi nombre se escapaba en medio de tus ruegos, adivinaba que me bendecias de que, no habiendo podido darte un marido digno de tí, te hubiese dado al ménos bastante fuerza i virtud para hacerte hallar los goces de la maternidad, sin el matrimonio i sin el marido.

Entónces, el gorro de Santa Catalina, que tu llevabas como una corona, brillaba con un resplandor de lo alto, i las blondas se desplegaban como alas, se solevantaban, i te arrebataban en una refuljente asuncion.

Vas a tacharme de emplear la poesía en todo ¿no es cierto, Luisa? yo, que me he empeñado en hacer de tí una mujer razonable. Es que la razon tiene sus éxtasis, i que no hai deber cumplido sin belleza. Miéntras mas penoso, mas vuelo da al pensamiento.

Es pues absolutamente necesario prever el evento en que no te cases. Es improbable. Basta que sea posible; i quiero alejar de tu espejo esa vision de las solteronas díscolas, marchitas i que llevan en sus rostros los estériles botones de una primavera que no volverá mas.

Tales mujeres no se han dejado enflaquecer sino que han abierto sus almas al viento seco del despecho. Demasiado orgullosas, un dia, se hallaron envaradas; sus vértebras se habian soldado; no podian ya ni inclinarse sobre una cuna, ni dulcificarse para jugar con un niño que les tendia los brazos. Derechas como una estaca, colocadas bajo del cielo para atraer el rayo i trasmitirlo, pero no para desviarlo, se van adelgazando, hasta que llegan a aguzarse de tal manera que rompen la tierra, para desaparecer, con la rabia de no haber podido romper sino la tierra.

Otras que, sin saberlo, tienen la vocacion del celibato, se apelotonan i se vuelven ovillo. Bien pueden acribillarlas de alfileres; ellas los llevan como un adorno. Estas, inofensivas, inútiles, solo tienen el defecto de ser modestas; pero, por lo regular, entienden mui bien de pastelería, de confitería i sobre todo de cocina.

Venga lo que viniere, no temo para tí, mi queridísima Luisa, ninguno de estos dos destinos. He querido darte el gusto de todos los deberes de la familia, pero jamas he querido engañarte acerca de las amarguras que de ordinario la acompañan. Eres digna de un marido.

Si el compañero que te deseo, si el hijo que aguardo, pasa sin mirarte i sin verte, perdónale que no acierte con su felicidad. Perdona a los otros que no son culpables de su error, pero queda tal cual yo te he formado. Espera entónces los hijos ajenos para ser madre.

Contempla los matrimonios que se bendecirán en tu presencia, como una viuda que ha amado mucho, pero que no ha podido emplear todo su amor, i que lo tiene en reserva, para hacer regalos de amistad durante su vida i dejar una herencia al eterno desconocido, despues de su muerte.

Por otra parte, espero acompañarte todavía durante una buena porcion del camino; yo seré por ahora la solterona para darte el ejemplo, i tú reconoces, me parece, que hasta aquí no te he engañado. Recibe pues esta leccion, como has recibido todas las otras.

¡Ah, mi querida Luisa, si ella llegase a ser inútil, cómo bendeciria a ese L*** o a ese M*** que hoi me hubiese hecho perder mi tiempo!

XIII.

LA PETICION EN MATRIMONIO.

Nó, mi Luisa, por mui venerable que sea, tú no te pondrás el gorro de Santa Catalina; ya es cosa resuelta: lo arrojamos por la ventana.

Mañana, estoi prevenida, vendrán a hacernos la peticion sacramental. ¡Ya sabes cual será nuestra respuesta!

Tu padre i yo, te conduciremos hácia un señor tímido i trémulo que nos hablará a nombre de su hijo. Nosotros le diremos: "Aquí teneis a nuestra hija, tomadla." El nos contestará: "¡Compartamos!

Te abrazarán, se abrazarán. Recibirás, en el mismo dia, el primero de los ramilletes blancos que señalarán, a partir de mañana, cada uno de los dias de ese sendero florido, a cuyo término te aguarda un altar engalanado, iluminado.

No aceptaremos, mi querida hija, sino al que tú ya has aceptado. Has sido del todo libre en tu eleccion; mas, sin querer establecer una comparacion sacrílega, puedo confesar que tu libre albedrío, en este caso particular, como en el de todos los séres humanos, ha sido vijilado, guiado, no forzado.

Me has hecho algunas confidencias; es preciso que yo a mi vez te haga las mias. Tu pequeño poema se va a convertir en prosa; lo hemos visto florecer. Desde el primer indicio, desde el primer destello sorpendido en tus ojos, desde el primer rubor observado en las mejillas del que palidecerá mañana, al pisar estos umbrales, tu padre i yo nos hemos dicho en voz mui baja:—¡Oh, si llegasen a amarse!

Las condiciones de rango, de familia, de fortuna, eran iguales i casi indiferentes. No teniamos necesidad, sobre este punto, ni de pedir informes, ni de tomar precauciones.

¡Lo que nos importaba era otra cosa mui distinta!

Tú no sabrás nunca, queridita, i él sobre todo no sospechará cuanto lo hemos estudiado, acechado, espiado, a este señor que tan bruscamente viene a intimarnos que lo amemos como a un hijo. ¡Cómo escudriñábamos su manera de entrar, de saludar, de sentarse, de mirarte, de hablarte!

Yo, a solas i en el silencio de mi cuarto, hacia vibrar el sonido de las palabras que habia retenido, para prejuzgar el secreto, el fondo i los menores dobleces de su carácter, en la vibracion de las sílabas.

Cuando hablaba lentamente, tenia súbitos temores de su indolencia; cuando replicaba con vivacidad, temblaba de descubrirlo demasiado violento.

Tu padre le hacia, a quema ropa, las preguntas mas imprudentes, sin parecer interrogarlo; i al cabo de ocho dias, ese jó-

ven tan reservado nos pertenecia; sabiamos lo que pensaba, lo que creia, lo que sabia.

No te has equivocado, Luisa, has escojido perfectamente. Si aun quedan algunos puntos oscuros, si todas las investigaciones maternales, si todos los instintos de tu corazon, no han podido penetrar hasta los últimos pliegues de esta conciencia a la cual te entregamos sin reserva, Dios, a quien suplico que te bendiga, no me castigará de no haber sabido conducirme mejor. El es testigo que nada he economizado de mi ternura, i que hubiera querido tener jenio, para analizar hasta las últimas fibras del corazon de mi nuevo hijo.

Mas, te lo juro, estoi satisfecha. ¡Oh! esto no quiere decir que él sea una obra maestra, ni que me fio en todo lo que yo he visto.

Sospecho que este conquistador arregló muchas veces su fisonomía; i que otras tantas dió mas gravedad a su jesto, mas gracia a su corbata, ántes de llamar a nuestra puerta.

Si hubiera podido atisbarlo por el agujero de la cerradura, lo habria sorprendido sin duda, mas de una vez, examinando sus fuerzas, limpiando una mancha de su acharolado botin, deshaciendo una arruga de su camisa, i ensayando varias sonrisas, ántes de hallar la mejor.

Hai siempre mucha hipocresía, aun en el hombre mas franco; i cuando él ya no tenga que estarse mas a la defensiva o a la ofensiva; cuando ya sea vencedor, i se encuentre instalado, ocupando su puesto, está segura que descubriremos sus ardides; él los confesará, se vanagloriará i nos dirá:—¡Tenia tanto miedo de no agradar!—I nosotras le perdonaremos de haber agradado tanto i de haber mentido tan bien.

Por otra parte, tú tambien, hija mia, has exajerado un poco: algunas veces te he visto bajar los ojos con estudio, cuando estabas a su lado i, sobre todo, tomar un soberbio aire de indiferencia, cuando el retintin de la campanilla te heria el corazon i te decia:—¡Es él!

Un dia que no estaba completamente de acuerdo contigo sobre no sé qué, se habia apoderado de tí tal desesperacion, que te sentaste al piano despues de su partida, i comenzaste a cantar a gritos como una loca. Ansiaba interrumpirte para obligarte a darme las lágrimas de que tanta necesidad tenia, tan feliz me contemplaba al hallar en tí los mismos inocentes disimulos por los cuales yo habia pasado a tu edad.

Lo ves, Luisa mia, con mi sistema, tu hora ha llegado tan fácilmente i con mas garantías que por la rutina ordinaria. Te he permitido hablar con tus compañeros de baile, cenversar con los jóvenes bien educados que recibiamos o que encontrábamos; habia puesto en tus ojos i en tu corazon una pequeña luz sin humo i sin gran llama, que no era cínica, como la linterna de Diójenes, pero que tenia sus exijencias, su seguridad. Supiste servirte de ella. ¡Buscaste i hallaste un hombre! No extingas esa claridad

victoriosa; ella será tu lamparilla de todas las noches, la luz de la casa que vamos a amueblar.

Pero tenemos tiempo para tratar de este gran porvenir, aplazado durante seis semanas; ocupémonos del presente.

El presente, es tu dicha incomparable; es la mia mas tranquila: es la peticion de que ya hemos sido prevenidas; es la entrada, con un aire mas solemne, de ese jóven que estará mañana mui estúpido i a quien yo bendeciré por su estupidez; no le perdonaria que estuviese a sus anchas. ¡Tiene espíritu, el mónstruo! pero le prohibo manifestarlo. Estoi tranquila; creo que hai de sobra para sentirse conmovida, i para manifestar su emocion.

Tú, Luisa, estarás como puedas estar. Hoi no es como en vísperas de tu primer baile; no tengo que aconsejarte el aderezo que te convenga. Debes manifestar en tu exterior, en tu porte, en tu actividad el verdadero sentimiento que ajita todo tu sér. Escúchate i no oigas mas que a tí. Preséntate con toda la sencillez de tu amor, con la seguridad de tu propia estimacion, con la modestia de tus virtudes, con una confianza plena en tí misma, en nosotros, en él, que sin vacilar, te hará tender la mano al que ya es dueño del corazon.

En adelante, vendrá todos los dias. No tengo libertad que darte ni reprimir. Nada quiero alterar en nuestras costumbres. No seria yo quien podria guardarte; tú sola velarás con la custodia que he puesto en tí.

El desdichado va a creerse en cuarentena. Tú le dirás que me gusta su mal i que tú no lo temes. Te hablará en voz baja. Estoi cierta que no te dirá sino lo que yo podria oir. Esos pequeños misterios de la voz, del jesto, esos grandes secretos que mediarán entre vosotros, yo los conozco; tu padre se los recitaria de punta a cabo, al decirle adios; i yo, cuando vienes a arrojarte en mis brazos i darme las buenas noches, podria hacerte sonreir repitiéndotelos al oido.

Vas a pasar por el mismo camino que ha seguido tu madre. Recojerás las margaritas que yo he recojido; las deshojarás con la misma confianza, sin vana coquetería, sin timidez pueril.

La dicha te espera pacientemente; vé, pues, con paciencia a su encuentro. ¡No corras! seria tu sombra i correria delante de tí, mas lijera que tú. No camines tampoco con mucha lentitud, pues el dulce amigo que te acompaña quiere cuanto ántes jurarte vivir i morir a tu lado.

No esperes de este paseo hácia el deber una poesía que te embriague; pero no temas tampoco las risueñas ilusiones i los gratísimos ensueños que van a revolotear en torno de tu frente.

La gloria que me habia reservado para coronar mis lecciones, la dicha suprema que me habia prometido despues de todas las que me has proporcionado, ya las poseo, hija mia, las poseo en su plenitud: i ellas consisten en poder pronunciar delante de tí, mis ojos en tus ojos, mi corazon contra tu corazon, sin rubo-

rizarme, sin que tú palidezcas, sin que tengamos, yo remordimientos, tú temores, esta formidable palabra: *amor*, palabra que resume todos los deseos humanos, i que contiene todas las promesas divinas.

¡Sí, es el amor que principia para tí, Luisa de mi alma; el amor que ya no envidiará tu madre, que tu padre va a bendecir, que el mundo va a ratificar con su estimacion i que el Dios santo e infinitamente bueno va a consagrar! Recíbelo, sumisa i modesta, pues sus delicias se pagan con grandes deberes, i a veces con grandes dolores. No te asustes, si el que va a murmurarte esta suavísima palabra, a media voz, no la pronuncia con tanta claridad como tu madre que te la indica ahora; i si, por timidez o por respeto, no se atreviese a decírtela, perdónalo; espera, ¡será preciso que te la diga un dia! Entónces verás cómo, las palabras mas dulces que puede escuchar el alma, son aquellas que nunca se han deletreado.

XIV.

LA VÍSPERA DE LA BODA.

Mi querida hija:

Mañana es el gran dia.

Miéntras tú sueñas en tu cuartito de niña i de doncella, yo recuerdo i repaso mi vida toda en mi cuarto de mujer i de madre.

De comun asentimiento, hemos abreviado esta velada, la última que pasaremos juntas bajo del mismo techo.

Al separarnos, nos hemos abrazado estrechamente, oprimido el corazon, pero sonriendo, i yo te he dicho:

—¡Vete a reposar, hija mia, para que mañana, en la iglesia, encuentran a la novia fresca i hermosa!

Tú hiciste ademan de creer en este escrúpulo de coquetería, i a tu vez me contestaste:

—¡Anda a descansar, mamá, para que mañana aparezcas tan bella i jóven como lo eres en realidad!

Así nos separamos, acordes en mentir, pero sin engañarnos. Estoi segura que aun no puedes conciliar el sueño; en cuanto a mí, yo te escribo.

Leerás esta carta ántes de encaminarte a la iglesia. La llevarás contigo. Quiero que la sientas junto a tu corazon, como una no interrumpida caricia del mio. Quiero que le oigas hablar de mi alegría, cuando sorprendas mis lágrimas. Siempre se llora un poco en ese dia de inmensa felicidad; pero esas lágrimas no deben inquietar a nadie. Las otras madres, cuyo turno aun no ha llegado, nos las envidian; i aquellas que ya las han vertido, beben el resplandor de su sonrisa, como para colocar un arco-íris.

No te turben pues las tristezas que espero, como tampoco me inmutará la melancolía que te deseo.

Mi pasado, que recojo cuidadosamente para derramarlo sobre tí, como la bendicion de tu porvenir, no me causa ninguna alarma i me autoriza a decirte con fé:

– ¡Marcha sin temor al encuentro de esa nueva vida! eres digna de ella: mereces sus dulzuras, e iba a decir sus suplicios; porque los sufrimientos que se soportan en un hogar honrado, dejan una virtud en el corazon i una gloria en la frente.

No se puede hacer un pacto con el destino humano. No se pueden garantir las sorpresas i los engaños. Mas yo, que, he tenido mi parte de duelo i de gozo, te juro, hija mia, que, toda cuenta arreglada con nuestros sueños, el matrimonio hace mas fáciles los deberes, mas lijeras las penas; i puede dejar tanta serenidad, despues de mas de veinte años de experiencia, que ilusiones i esperanzas puede sujerir la víspera.

La verdad, por mui dura que sea cuando se la busca i cuando se la abraza con una voluntad leal, no puede causar decepciones. Solo la mentira tiene incurables amarguras. El matrimonio no miente; es la verdad. Promete la maternidad, que es la obra mas grande i mas dulce de la vida; da el amor; asegura la estimacion.

Nada temas, hija mia, porque nada hai que temer. He querido hacerte a mi imájen; i a punto de separarme de tí, cuando busco el mejor voto que poder formar, no hallo otro que el de verte caminar por los senderos que yo he seguido; no pidiendo a Dios que aparte de tí ninguna de las espinas que me han martirizado, pero que me han hecho la esposa la mas satisfecha de su trabajo, la madre la mas feliz de su obra.

Nada tengo que decirte, hija mia, de lo que hacer debas cuando, arrodillada al pié del altar, temblorosa, palpitante, bajo el albo velo i los azahares de la desposada, escuches la voz del sacerdote que, uniendo vuestras manos e interrogando vuestros corazones, sellará el lazo que os ha de unir para siempre.

Si tu piedad habitual se enternece mas particularmente, si tu respeto se llena de mas amor i reconocimiento, yo sé que la razon sostendrá tu corazon en esta última prueba i que no desfallecerás ante la gracia que bajará del cielo a tu alma, en medio de las armonías del órgano i de la bendicion del sacerdote.

Hai necesidad de rogar, así como hai necesidad de llorar, en esta inefable dicha. Cuando se encadena la existencia, se quiere aspirar al infinito, agregar un rincon del horizonte insondable al horizonte humano, i tomar nota, por decirlo así, del derecho de prolongar su ventura mas allá de esta vida. Pero este éxtasis tiene su delirio.

Las emociones relijiosas, las mejores, las mas provechosas, son aquellas que no disminuyen el sentimiento de la realidad, i que se mezclan sin turbarlo. Lleva al pié del altar el sentimiento preciso i terrestre de tu union. El hombre que ha de tomar tu mano

en presencia del sacerdote, no se hace ni un santo, ni un ánjel, por este acto relijioso. Quizas, en el fondo de su corazon, no cree tanto como tú. No lo aventajes mucho en tu fervor. Míralo siempre al traves de Dios; i no lo trasfigures para ver a Dios al traves de él.

¿Tengo otros consejos que darte para esa radiante mañana? Estarás hermosa, porque toda tu alma estará en tu rostro. No tomarás un aire de triunfo, porque la eleccion de un marido no es una conquista. Es un deber que principia. No estarás confusa de tu dicha, pues tú la has merecido.

Entra en la iglesia sencillamente, con confianza, segura de tí misma; llevando en torno tuyo, como un apoyo, la familia que te da, i como una esperanza, la familia que te recibe; dichosa de ser estimada mas aun que de ser amada, porque, en este dia, hija mia, la primera parte pertenece a los nuevos parientes, a los amigos, al público, como la segunda pertenece toda entera al marido.

¿El marido? Luego hablaremos de él, sin envidia, sin afectacion maternal, sino segun tu corazon, que siento latir dentro del mio.

Mas, en tanto que no te halles a solas con él, en esa entrevista que no terminará mas, tienes que observar algunos miramientos de cortesía. No olvides a nadie i no te olvides a tí misma. Te analizarán; piénsalo para quedar siempre natural. La mejor precaucion que puedes tomar es no ocultar nada i no hacer alarde de nada.

No te recomiendo que ames a tu marido. Te digo únicamente: ¡no temas amarlo! La demasiada reserva de los amores honestos priva al mundo de una victoria sobre el descaro de los amores deshonestos. Engalánate, hija mia, con todas las bellezas que da la naturaleza a aquellas que pueden obedecerla sin quebrantar ninguna lei moral; i no temas nunca dejarnos ver esa felicidad que te damos.

El hombre que has escojido nos ha parecido tu igual en cualidades i en defectos. Si mas tarde le descubres una superioridad imprevista, enorgullécete i no te humilles, pues su confianza en tí tendrá entónces mucho mas precio. Si reconoces que te es inferior en algunos puntos, compensa este vacío por un exceso de fuerza i no dejes nunca romperse el equilibrio de vuestras dos almas.

No creas que sea una tarea mui difícil; las mas torpes la llenan con jenio cuando aman, i a menudo las mas brillantes, las mas espirituales, fracasan porque les falta amor.

No te hablaré del arreglo de tu casa. Te he educado e instruido lo mejor que he podido. Tú me has visto en el trabajo, tú me has ayudado. Acuérdate de mis lecciones, i puedo decirte con un orgullo que aumenta la dicha de este gran dia: ¡Acuérdate de mi ejemplo!

Eres la hija de una nueva familia; i la parte que tú nos quitas, tu marido por mui bueno, por mui respetuoso i por mui filial que sea i que quiera manifestarse, no nos la devolverá nunca. Los padres dan su hija; los que tienen hijos mas bien los vuelven a recobrar que no los entregan, al casarlos; pues el hogar conyugal atrae al marido al hogar paterno que huia el jóven.

Ya he medido la magnitud de nuestra separacion. Ella lo es, en efecto, a pesar de nuestra vecindad. Tú me dejas realmente por la primera vez de tu vida, i para siempre. Estoi sorprendida, al sentirme aflijida de verme feliz. No vayas a entristecerte a tu vez. Mi dicha borra mi pena; tu inquietad empañaria tu felicidad.

El matrimonio, puedo decírtelo hoi dia, es para la madre como un segundo nacimiento de su hija que la abandona, despedazándole el seno, pero dilatándole el corazon. ¡Anda! ¡anda! no te vuelvas para ver si lloro. Estoi impaciente de verte en tu nueva infancia, en tu nueva vida; de seguir tus pasos en ese camino desconocido, que voi a reconocer, a medida que tu lo vayas conociendo.

Sé verdaderamente la hija de los que te llamarán su hija. Llámalos, a tu vez, *mi padre* i *mi madre*, sin exijir para nosotros, de parte de tu marido, la reciprocidad de un lenguaje filial que le costaria quizás mas i que nos conmoveria ménos.

Las mujeres tienen la ternura mas pronta, mas fácil, mas injeniosa; los hombres son altivos hasta en su gratitud.

Deja, pues, que tu marido nos ame como pueda, con tal que nos ame; i si no se atreve nunca a llamarse en voz alta nuestro hijo, nosotros no lo desconoceremos, a causa de este respeto tan grande, para vengarnos de algunos errores de lenguaje.

¿He terminado esta vez? Sí, hijita mia. Yo te conduciré hasta los umbrales en donde cesan mis derechos i mi deber; pero, no iré mas allá. En esa alcoba, en donde espero instalarme mas tarde como abuela, tu madre, Luisa, se encontraria mas turbada i confusa que tú. Entra sola en el misterio de tu amor. Quiero que tu marido te encuentre tan llena de confianza cuando te abra sus brazos, como te encontraba púdica i casta cuando te separabas de los mios.

¡Adios, mi Luisa, mi hija, mi alma! tus sueños concluyen; los mios vuelven a principiar.

XV.

LAS SUEGRAS.

Van ya seis meses a que eres una *señora*, i aun no he podido acostumbrarme con la idea de que ya no eres una niña.

Por mas que, ántes de escribirte, paso i repaso cada una de las

letras de esta palabra: *señora;* por mas que doi vueltas, repito i deletreo cada una de sus sílabas, no hago mas que tomar un pliego de papel, i me siento como atraida i fascinada por un espejo májico. Miro, i te veo linda, pequeñita. El ruido de mi pluma despierta tus sonrisas de ánjel; i, cuando ménos pienso, me hallo que estoi riéndole i hablándole al papel.

¿Lo creerás, querida mia? No tengo ninguna idea de tu semblante actual; de nada me sirve tu retrato; el que me enviaste, lo he colocado junto al de tu marido. El aspecto de este señor que conozco desde hace tan poco tiempo, me desconcierta enteramente: me presenta una amistad nueva; no es mi hija: es su mujer.

¿Quién me devolverá mi hija, mi hijita querida, mi Luchita, mi Luisita?....

¿Cómo explicarme esta rareza de mis recuerdos? No es la jóven señorita que, hace seis meses, se separó de mí, la que yo veo en mi corazon. Doi un gran salto hácia atras, para encontrarme frente a frente de la niñita a quien yo entregaba su primera muñeca.

¡Esos inolvidables i dulcísimos años, los últimos que pasamos juntas, ántes de tu casamiento, se borran, desaparecen, no puedo alcanzarlos; tu velo blanco lo ha cubierto todo, lo ha arrastrado todo, lo ha sepultado todo!.... Mi corazon está lleno, empapado en aquellos felices años de tu infancia.

¡Mira hasta dónde llevo mi locura! No es solo tu imájen i tu rosada carita de niña, la que yo siento i llevo dentro de mi corazon, sino tambien tus vestidos, tus juguetes, tus cintas i las cabezas, los brazos de tus muñecas, todos los despojos i queridas reliquias de tu niñez.

¿Será rencor involuntario contra tí, hija mia, por haberme abandonado cuando te viste grande? ¿Será envidia a tu marido? ¿Seré por acaso una suegra injusta i apasionada como tantas otras? ¿No será mas bien mi vocacion de abuela que se despierta, una vez satisfecha mi vocacion de madre, i que me devuelve el miraje de tus gracias infantiles?

¡Si fuese esto!... ¡Oh, yo quiero que sea! Pensadlo mui bien, señora. Pensadlo vos tambien, caballero. ¡Teneis que devolverme una hijita! Yo lo quiero. Lo mando.

Es cierto que un hombrecito seria una excusa suficiente.

Ya hablaremos mas tarde.

Si me separé de tí, algunas semanas despues de tu casamiento, es preciso, hija mia, que no lo tengas a mal, como una desercion, ni que me compadezcas, por un pretendido dolor llevado a mi soledad. La miel de tu dicha no atormentaba mis labios maternales, yo me sentia herida por ese dulce tuteamiento que comenzaba, i que ya no soi la única, con tu padre i con tu hermano, en oir salir de tu boca i de tu corazon.

Siempre he creido que los padres son mas lójicos i mas prudentes, dejando que sus hijos hagan solos el viaje que de ordinario se acostumbra hacer despues de la boda.

He querido imitar a esos maestros de natacion que, en el momento ménos pensado, sueltan a sus alumnos en plena mar. He querido ver si sabias nadar. Me he retirado para ver mejor la perspectiva del cuadro de tu hogar; i, finalmente, ahora que disminuyen mis deberes para contigo, he querido pensar en los mios para conmigo misma.

Ser madre, es la belleza de la vida; ser abuela, es la recompensa i la dulzura; ser suegra, es la prueba.

Este rol tiene sus peligros; quiero prepararme, i, por una emulacion sin malicia, quiero que la madre de tu marido se prepare del mismo modo.

Nuestras dos familias se han entendido admirablemente para el arreglo del dinero i de los negocios. Ahora tienen que respetar, que garantir su obra, no trabajando mas; i como esta obligacion es siempre mas delicada, mas difícil para la madre de la esposa, he querido ser la primera i dar el ejemplo.

Tu menaje estaba en órden; la vida regular comenzaba para tí. Te habia felicitado i cumplimentado. Tuve miedo de buscar un pretexto de nuevas lecciones; me esquivé diciéndoos:—¡Volveré pronto!—I tuve el valor de no volver.

¿Me guardas rencor? No mucho ¿no es verdad? Tu marido se postra a mis piés al fin de cada una de tus cartas para besarme las manos i darme las gracias; tú, tú siempre me dices en la *postdata:*—¿Cuándo vienes, mamá, a gozar de tu obra?

Estad tranquilos, ya gozo de ella; pero quiero dejaros tomar todas vuestras costumbres, para correr ménos el riesgo de turbarlas despues. Quiero ser, durante algunos dias todavía, el testigo que se *desea;* si hubiese permanecido a vuestro lado, seria quizas el testigo que se *soporta.* Cuando vuelva, yo sé que me dareis con el mayor gusto la parte que me corresponde. No dudo de vosotros, pero dudo de mí. Quiero estar bien segura de contener mi apetito, para no temer las tentaciones de mi glotonería.

Tu padre me habla siempre de los afectuosos modales de tu marido. Sin embargo, yo veo que se guardan cierta etiqueta. Es natural: cuando no están perfectamente de acuerdo sobre todos los puntos, no pueden abrazarse como nosotras, para persuadirse. ¡Está de por medio el respeto humano, esa necedad de los hombres!

Tu padre tiene un espíritu superior; mas, su encumbrada razon, aun no lo ha correjido del temor de parecer sentimental. Si cediese a la tentacion que algunas veces sospecho en él de estrechar a tu marido entre sus brazos i decirle:—¡Hijo mio!—temeria la burlona sonrisa de su yerno.

No pretendo que, desde luego, él me diga "mamá." Temo que tome la costumbre de llamarme siempre "señora," i lo confieso, me causaria mucha pena si solo me llamase "suegra."

¡La *suegra!* ¡Hé aquí el espantajo, el asunto de los dramas i de

las comedias, de los terrores i burlas sin fin! Una suegra es una enemiga prevista, clasificada, que falta a su vocacion si no atormenta a su yerno.

¿Cuántas de estas desdichadas, cuyo único crímen era su incesante solicitud, no han sido calumniadas, por causa de unas pocas, necias por naturaleza i crueles por desesperacion?

Es preciso, sin embargo, queridos ingratos, que comprendais que a ellas les está reservada la carga mas pesada en los arreglos del matrimonio. Ellas han educado hijas que les arrebatan, cuando no saben entregarlas, i pierden, de repente, un porvenir que era el alma de su existencia.

Estos *mónstruos*, que se maldicen en verso i en prosa, en todos los teatros, cuya muerte se desea, las mas de las veces son excelentes mujeres, buenas esposas; pero madres torpemente amantes, que quieren recobrar, al dia siguiente de las bodas, la hija entregada la víspera, que no comprenden la lei natural de la separacion; que rehusan ver que ellas son el fin de un capítulo i que el marido es el principio de otro. Por esto se hacen aborrecer; por querer tomar parte en la dicha de los nuevos esposos, i se hacen arrojar por no haber sabido apartarse un poco.

Despues del casamiento de su hijo o de su hija, las madres ya no son sino meras espectadoras de la vida que dirijian. Sin duda, que conservan el derecho de reprender, su sumision no debe llegar hasta la cobardía, pero su autoridad no debe eximirse de la resignacion.

Yo no quiero ser suegra en el sentido ordinario de esta palabra ¿lo ois bien, señorito, que leeis esta carta por sobre los hombros de mi hija? Llamadme como querais; no me deis ningun nombre, si os parece; no por eso me impedireis ser *vuestra amiga*, induljente con los olvidos involuntarios, no tomando en cuenta la gratitud que de vos espero, no ménos que mi paciencia i mis contínuos sacrificios.

Ya, hija mia, no te exijiré de tus secretos, sino lo que tú buenamente quieras confiarme. Seré la sombra que os rodeará, hijos mios, i no la sombra que os separará. Estaré como de visita en vuestros corazones, respetaré a mis huéspedes; tendré cuidado de no instalarme permanentemente. ¡Necesitais tanto lugar para vosotros i para toda la inmensidad de vuestros deseos!

Tengo mi orgullo, mi ambicion. Quiero ser la influencia superior indirecta, ya oculta, ya visible, segun seais felices o desgraciados; el astro sin brillo importuno, que incesantemente se eleve sobre vuestras cabezas, hasta que se pierda en el cielo, pero sin turbar el horizonte de vuestro hogar.

Tal es el fin que me propongo. Quiero vengar en mi persona, a las suegras inmoladas, así como quiero vengaros, mis queridos hijos, del reproche de ingratitud, tan lijeramente dirijido a los dichosos de vuestra edad, que se consagran exclusivamente a las promesas de su ventura sagrada, a los goces de sus deberes.

Mas, si observo fielmente el juramento que hago, convendreis, en cambio, hijos mios, que habré ganado para mi cumpleaños, o para la fecha que el bondadoso Dios se digne fijar, la muñeca de los padres que se conducen bien.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Concluirá.)

INFLUENCIA DE LA RELIJION

SOBRE LA FELICIDAD I LA VIRTUD.

(PEQUEÑA PÁJINA.)

La relijion es necesaria para la felicidad i perfeccion moral de los individuos: sin ella toda felicidad, reducida meramente a las sensaciones agradables, seria incompleta i la práctica de la justicia no dependeria mas que de las circunstancias. Nuestra alma necesita, para conocer i experimentar todo el encanto de la virtud, todo el ardor del entusiasmo i la plenitud del goce, que la ajiten grandes esperanzas, deseos interminables. La idea de lo bello, de lo perfecto, de lo infinito puede tan solo producir en nosotros una pasion vehemente, las deliciosas emociones que nos transportan i embelesan. Esta idea de lo perfecto e infinito, es la que inspira en las bellas artes el sentimiento de lo ideal, i en moral el severo cumplimiento del deber con preferencia a todo respeto humano, i los rasgos heróicos de abnegacion i de sublime virtud.

Nosotros amamos a nuestro amigo porque le atribuimos cualidades que cautivan nuestra simpatía, que nos hacen una necesidad de su conversacion i compañía i que su presencia, despues de algun tiempo de separacion, nos conmueva con un placer inefable. No amamos con delirio a nuestra querida, sino la revestimos de todos los encantos físicos i morales. La amamos porque nos representa un tipo perfecto de belleza, un dechado de virtud, i esta ilusion nos causa una ternura indecible, una série de gratas i variadas impresiones i de afectos delicados que nos transportan a un verdadero eden. Por el contrario, cuando los objetos que anhelábamos con ánsia se empequeñecen a nuestra vista i se disminuye su mérito e importancia, nuestra pasion comienza

a declinar i debilitarse, tornándose en una afeccion vulgar. Entónces nos volvemos indiferentes respecto de los objetos que buscábamos desatentados: ya no estamos dispuestos a no omitir diligencia alguna i a ejecutar grandes sacrificios para evitar al amigo algunas molestias i sufrimientos, o procurarle alguna dicha. Nuestra querida pierde toda su gracia, dulzura i esplendor celestial, viene a ser una mujer comun i encontramos en otras las prendas i atractivos que creiamos le eran peculiares i exclusivos.

Los griegos i los romanos, por el amor de la patria, arrostraban todos los peligros i recibian entusiasmados la muerte en los campos de batalla. La patria era para el griego i el romano lo mas digno, lo mas grande i honroso que pudiera haber. La paz i la guerra, las alianzas, las ardientes discusiones de la tribuna i del foro, los disturbios políticos, los juegos i espectáculos públicos, absorbian toda su existencia. La estimacion i el desprecio de la patria constituia toda su dicha o infortunio, su gloria o vilipendio, i fuera de ella se reputaba muerto. Destruid, en cualquiera cosa que sea, la idea de perfeccion, disminuid la suma de bien i mal que pueda causarnos, i en su medida se debilitará nuestro amor i entusiasmo por ella. La relijion es la que por excelencia puede vivamente afectarnos, con la espectativa de bienes i de males infinitos, que enaltecen nuestra dignidad i destino. Nos estimula a la virtud con halagüeñas i misteriosas esperanzas, i nos retrae del crímen con la amenaza de terribles castigos. La moral no puede tener incentivo mas poderoso, base mas sólida, sancion mas eficaz. Quitad este ascendiente de la relijion, i nuestras almas se enervan al instante. Toda la recompensa i honorabilidad de las buenas acciones no se cifraria mas que en la satisfaccion que procura la opinion, i la conformidad de nuestra conducta con el bien parecer, la moda i el decoro. ¿I por tan débiles ventajas, nos atreveríamos a desprendernos de nuestra fortuna, a perder nuestra vida, a someternos a duras privaciones, a soportar con resignacion todo jénero de penalidades i sufrimientos? ¿Quién sacrificaria a fruiciones tan pequeñas i limitadas todo lo que contribuye a nuestro bienestar terrestre? Nó, hai algo de mas noble i elevado dentro de nosotros que nos induce al desprendimiento i al sacrificio. Quitad la esperanza de una vida futura, i despojais a la vida humana de su mas inestimable valor, pues luego desaparece el dilatado i encantador horizonte que la animaba, todo lo que engrandece la felicidad i hace tolerable el dolor i la desgracia. La virtud entónces se marchita, languidece i no exhala ya un delicioso perfume, porque la inmortalidad es la aspiracion i la aureola de la virtud.

Supongamos, por último, que la vida futura no sea mas que un sueño; ninguno negará que es una plausible ilusion, que está identificada con la naturaleza humana, i que es el patrimonio de las almas sensibles, de las almas selectas.

F. MARIN.

EN SU ALBUM.

EN EL BOSQUE DE LAS DECLARACIONES.

Las dulces emociones deste dia
No las quiero olvidar;
Su recuerdo i el tuyo, prenda mia,
Conmigo vivirán.

Recordaré este bosque de ventura,
De dicha i de ilusion,
Donde el ave sus cántigas murmura
I lleva el áura hasta los piés de Dios.

Mira la luna resbalando ufana
En nubes de zafir;
¿La ves? la misma copiará mañana
Tu dulce sonreir.

Porque los astros de la noche bellos
Sonrien de placer,
Cuando ven retratados sus destellas
En los ojos de luz de una mujer.

¡Mañana! iré mui léjos de esta tierra
I a mí me alumbrará....
I yo de tí conversaré con ella....
¡I.... mis cuitas oirá!

La diré que en el bosque rumoroso
En que dicha soñé,
Vagará siempre el corazon ansioso
A la vírjen buscando que adoré.

La diré que si el valle i la campiña
Resuenan a su voz
Cual la pasion de la inocente niña
Tan solo alaba a Dios.

Despues, cuando la luna ya se pierda,
Olvidada de mí,
Lloraré. ¡Ah! mis lágrimas recuerda,
Que son por tí, mi amor, solo por tí!

Huechupin, Noviembre 8 de 1875.

CAMILO MUNITA GORMAZ.

LEOPOLDO BURON

(ACTOR DRAMÁTICO.)

I.

Ha llegado una segunda era felizmente para el arte dramático en Chile. Entre nosotros hai en verdad una aficion por el teatro no desmentida hasta el presente, apesar de que nuestro público, ilustrado en jeneral i dotado de un exquisito gusto literario, debia estar escarmentado con las representaciones que se le ofrecian de cuando en cuando.

A nadie queremos ofender; pero la verdad se ha de decir. Hacia muchos años que no veiamos en la escena verdaderos actores dramáticos. Vino Rosi, i aunque exajerado por demas i lleno de un amaneramiento no ménos detestable que el de cierta escuela española, gustó mucho i cosechó a manos llenas laureles i dinero. Tras de Rosi vinieron la Ristori, astro que se hallaba en un magnífico ocaso i Salvini en lo mejor de su vida de artista. Estos últimos hicieron olvidar a Rosi, como Rosi habia hecho olvidar a los actores españoles que lo habian precedido en nuestros teatros. Pero el público, por mas que se diga, no podia gozar sino mui a medias con representaciones en una lengua extraña, que escapaba a su comprension, dejándole apénas gozar de los encantos de una mímica verdaderamente inimitable.

Con todo, nuestra escena se ennobleció con la presencia de esos dos colosos del arte, que han dejado en Chile imperecederos recuerdos. La Ristori i Salvini despertaron en el público la medio adormecida aficion al drama i a la comedia, i nos hicieron desear con ánsia la visita de alguno de esos artistas que han conquistado en España una bien merecida reputacion.

Este deseo acaba de cumplirse, gracias a los señores Valero i Buron, el último de los cuales está haciendo en el dia las delicias de esta culta sociedad. Gracias a ellos, vemos en la escena con gusto las obras maestras del arte, la imitacion casi perfecta de la naturaleza, la mas acabada interpretacion de las pasiones i de los sentimientos humanos, un algo, en fin, que se asemeja hasta no mas a la vida real tal cual es, sin la exajeracion i el amaneramiento con que nos la presentaban en el teatro.

Hemos visto a Valero en un papel insignificante de la comedita *La mosca blanca*, en el difícil rol de *La carcajada* i en la pobrí-

sima pieza *El Músico de la murga*, obra en que el azucarado novelista Perez Escrih agotó (si puede permitírsenos la expresion) su falta de conocimiento del arte, i su falta de inventiva para crear un tipo digno del proscenio. ¡I sin embargo, cuán grande no nos pareció ese jigante de la escena, luchando para ocultar los desaciertos de dramaturgos mediocres o ménos que mediocres; mas aun, luchando contra los años, ese enemigo terrible de los artistas dramáticos, que los obliga en cierta época a un forzado retiro, a decir adios a los laureles i a la gloria, a contentarse ¡triste fin de las grandezas humanas! con el pasado, con el eco de los aplausos que otro tiempo recibieron, con la memoria no mas de un algo que ya se disipó!

Despues de Valero hemos visto al jóven actor don Leopoldo Buron, jóven decimos porque apénas cuenta treinta i un años, lleno de todo el fuego de la vida, ardiendo en fé i entusiasmo, mirando al porvenir con la vista del águila, soñando siempre un destino glorioso, al que sin duda alcanzará.

Valero desciende talvez; pero con la decadencia del jenio; tiene los descuidos del gran Homero, aquellas siestas del padre de la poesía en que alguna vez se resbaló su pluma para escribir algo ménos perfecto: Leopoldo Buron marcha a su oriente, será mui pronto el sol de la escena: si la vida no le falta ha dejar un renombre glorioso.

No entra en nuestro propósito el comparar a Valero i Buron. Francamente lo diremos: no somos capaces de hacerlo i sobre todo necesitariamos ver al viejo actor muchas mas veces para dar un fallo justiciero entre ámbos.

Ambos nos han proporcionado horas de solaz i esparcimiento artístico que no olvidaremos jamas. A ámbos les debemos mil goces. ¡Sea para ámbos nuestro aplauso!

II.

Hemos tomado la pluma, como lo indica el título de estas desaliñadas líneas, para ocuparnos de Leopoldo Buron i de las dotes artísticas que lo adornan; i vamos ante todo a decir lo mui poco que sabemos de su vida.

El eminente literato don Juan María Gutierrez decia, hablando de nuestro simpático i popular poeta don Eusebio Lillo, que su biografía estaba en el porvenir. Exactamente podemos repetir lo mismo del artista que nos ocupa.

Buron no llega aun; apénas va tocando a la meta que el cantor del Infierno llamaba

El medio del camino de la vida.

Leopoldo Buron tiene, lo hemos dicho, treinta i un años i doce de vida artística. No puede darse, vista la altura a que ha alcan-

zado, una carrera mas pronta ni mas brillante. Va acercándose al cenit cuando otros alcanzan apénas a vislumbrar los primeros resplandores de ese sol de la gloria que a tantos ciega en el mundo.

La carrera artística de Buron comenzó por su entrada en el Conservatorio de música i declamacion, establecido en Sevilla. Hijo de Sevilla, Buron se educó en esa ciudad i dedicó sus primeros trabajos a esa bella Andalucía, patria del arte español, cuna de Herrera i de Rioja, donde tuvieron su asiento los mas grandes poetas i pintores de los siglos pasados.

El Conservatorio de Sevilla, establecimiento modelo en su clase, recibió a Buron a los diezinueve años de edad i el inspirado jóven no tardó en captarse el aprecio de sus maestros los actores Capo i José Maiquez, sobrino este último del célebre Isidoro Maiquez i educado por él en el difícil arte de la escena.

Veinte años contaba Buron cuando terminó su aprendizaje, ganando el primer premio en sus pruebas finales con la representacion de *El sí de las niñas* de Moratin.

El alumno del Conservatorio comenzó desde estónces su brillante carrera, consagrando las primicias de su talento a los teatros de Andalucía. En San Lúcas de Barraneda, en Alcoi, en Terruel, en Valencia i en Cádiz, el jóven actor halló estímulo i aplausos que no olvidará jamas. El recuerda sobre todo con gratitud la temporada en que trabajó en Cádiz, desempeñando los papeles de galan jóven, bajo la direccion del eminente actor don Isidoro Valero, hermano de don José, i cuyos consejos i lecciones contribuyeron a elevarlo a la altura que ha alcanzado.

Concluidas sus correrías artísticas por los teatros de Andalucía, Buron sintió el natural deseo de exhibirse ante el público de Madrid, i con tal objeto se dirijió a esta ciudad, donde su permanencia fué mui corta.

De Madrid marchó a Barcelona, contratado como primer actor al lado de don José Mata, con quien se alternaba en el desempeño de los roles mas importantes. Habiéndose separado Mata de la compañía, Buron quedó solo de primer actor i director de escena, habiendo alcanzado durante seis años ruidosos triunfos en los teatros Principal, Circo i Liceo, el último de los cuales es en categoría el segundo de España.

Tras una corta temporada cómica en Palma de Mayorca, Buron pasó a Madrid, donde logró una ventajosa contrata en el Teatro Clásico Español, antiguo teatro del Príncipe.

El Teatro Clásico tenia entónces la mejor compañía de toda España. Eran primeros actores, a mas de Buron, Antonio Vico, Antonio Zamora, Ricardo Morales i Antonio Pizarroso, director del Conservatorio Real, i uno de los artistas mas instruidos que ha visto España. Con ellos representaban Teodora Lamadrid celebridad europea, i Elisa Boldun, Cándida Dardalla i Pepa Ijosa, todas tres distinguidísimas actrices.

El estreno de Buron en este teatro fué un verdadero triunfo. Representó con Teodora Lamadrid el mágnifico drama *Locura de amor*, entusiasmando de tal modo al público que en el tercer acto el jóven actor fué llamado tres veces a las tablas.

En ocho meses que duró la temporada, Buron estrenó obras de los mas distinguidos poetas modernos, como *Crisálida i Mariposa* de G. Gutierrez, *Quien bien te quiera* de Begramunti, (1) el *Don Rodrigo* de Lacerna, *La razon de la fuerza* i *Sejismundo* de los señores Retes i Echeverría, el *Hamlet* i *La mujer propia* de Collo, i por fin el mngnífico drama de don Marcos Zapata intitulado *El castillo de Simancas*.

Muchos son los dramas, ya conocidos del público, en que Buron obtuvo verdaderas ovaciones. Entre ellos mencionaremos *La carcajada*, *El drama nuevo*, de Tamayo Baus i *La rica hembra*, del mismo autor. Nunca olvidará nuestro actor el triunfo que obtuvo en la representacion de *La rica hembra*. En su carrera de artista nada hai para él mas lisonjero que el recuerdo del frenesí con que fué aplaudido, sobre todo por el público femenino. Los aplausos se prolongaron hasta fuera del recinto del teatro. A la salida lo saludaban con bravos i palmadas García Gutierrez, Hartzenbusch, Tamayo i Baus, Abelardo López de Ayala i mil otros grandes poetas a quienes habia avasallado durante aquella inolvidable noche.

Muchos poetas han escrito especialmente dramas para nuestro actor. Zorrilla le consagró *El encapuchado*, cuya representacion fué un triunfo para el actor i para el poeta. *El encapuchado* se dió en Zaragoza treinta veces seguidas. Era la vez primera que se veia un éxito igual en un teatro de provincia. Zorrilla le quedó tan agradecido que en el prólogo que antecede a su drama le tributa los mas ardientes elojios.

El último teatro de España en que Buron representó fué el de Zaragoza, donde por dos años ha sido el encanto del público. En Zaragoza recibió propuestas para Buenos Aires donde como en Montevideo i Valparaiso ha ganado merecidos laureles.

Hoi que está entre nosotros, el público le hace una completa justicia, aplaudiéndolo con frenesí cada noche. Buron es un gran artista, es la palabra que anda en boca de todos i en verdad que este elojio es merecido.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

(1) Seudónimo del poeta don Miguel Vicente Roca.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

NOVIEMBRE.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

A los artesanos de Curicó.—Dos hojas, 4. ° mayor, 1875.—Imprenta de *El Protector.*

Bases de apreciacion a que, en sus trabajos, debe sujetarse el 13. ° jurado de la segunda seccion de la Exposicion.—1 vol. de 14 pájs. en 4. °, 1875.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Las Caidas. Ejercicio piadoso, etc., 10. ª edicion.—1 vol. de 15 pájs. en 16. °, 1875.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Catálogo oficial de la Exposicion Internacional de Chile en 1875.—Seccion 2. ª, Maquinaria.—1 vol. de 226 pájs. en 4. °—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio.*

Catálogo oficial de la Exposicion Internacional de Chile en 1875.—Seccion 4. ª Bellas artes e injeniería. Seccion de animales cabalgares. Seccion de animales vacunos.—3 vols. de 31 pájs. el 1. °, de 32 el 2. ° i de 14 el 3. °, en 4. °, 1875.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio.*

Descripcion pintoresca del gran torneo internacional de Chile en 1875.—La primera entrega hasta la pájina 16 en 4. °, 1875.—Imprenta *Franklin.*

Empresa de lavados.—Una hoja suelta.—Imprenta de *El Estandarte Católico.*

Exposicion Internacional de Chile. Artículos para iglesias, que en representacion de los señores Trioullier frères i Simon Jeune presenta el señor don José María Anrique.—1 vol. de 28 pájs. en 4. °, 1875.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Flores del alma, ofrecidas a María durante el mes consagrado a su gloria.—1 vol. de 46 pájs. en 16. °, 1875.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Guia postal de la República de Chile, o reseña jeneral sobre el servicio del correo; núm. 1.—1 vol. en 4. ° mayor de 125 pájs., 1875.—Imprenta de *La República.*

Lei de organizacion i atribuciones de los Tribunales.—1 vol. en 4. ° mayor de 150 pájs., 1875.—Imprenta de *La República.*

Lejislacion de aguas. Estudio presentado al Congreso de Agricultura, por el delegado suplente A. C. Gallo.—1 vol. de 133 pájs. en 8. °, 1875.—Imprenta *Franklin.*

Manifiesto solemne que el candidato popular Benjamin Vicuña Mackenna dirije a los pueblos de la República desde el gran meeting del circo Trait, anunciándoles que desiste de su candidatura para Presidente de la República.—Hoja suelta en fol. a 3 columnas, noviembre 28 de 1875.—Imprenta de V. Mazon Carrasco.

Memoria que el Ministro de Justicia, Culto e Instruccion Pública, don José María Barceló, presenta al Congreso Nacional en 1875.—1 vol. como de 1,000 pájs., pues carecen de numeracion seguida, en 4. ° mayor, 1875.—Imprenta *Nacional.*

Novena del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, segunda edicion.—1 vol. de 187 pájs. en 8. °, 1875.—Imprenta de *El Correo.*

Novena para las almas de los sacerdotes en el Purgatorio, compuesta por el presbítero don José Venegas.—1 vol. de 20 pájs. en 8. °, 1875.—Imprenta de *El Correo.*

Nuevo curso teórico-práctico de la lengua francesa, por Miguel F. Guillou, segunda edicion correjida i aumentada, tomo 2. °, segundo año de frances.—1 vol. de 345 pájs. en 4. ° mayor, 1875.—Imprenta de *El Correo.*

Ordo divini offici recitandi et S. O. F. Prædicatorum provinciæ chilensis. S. Lauren-

tii anno 1876, dispositus a F. J. a S. Rosa Feliu.—1 vol. en 8. ° de 62 pájs., 1875. —Imprenta de *El Correo.*

VALPARAISO.

Catálogo, núm. 2, ilustrado i descriptivo de la maquinaria fabricada e importada por Balfour, Lyon i C. ª, injenieros, cuyos ajentes en Chile son los señores J. i H. Prieto.—1 vol. de 90 pájs., fol., 1875.—Imprenta de *El Mercurio.*

Gallerie exemplarischer menschen in Zwanglosen heften.—1 vol. de 23 pájs. en 4. °, 1875.—Imprenta de *El Universo.*

Guia descriptiva de Valparaiso i almanaque comercial para 1875, por Cárlos 2. ° Lathrop.—1 vol. de 164 pájs. en 4. °, 1875.—Imprenta de *La Patria.*

Minas i fundicion de Chanaral. 6. ª memoria de esta compañía, correspondiente al primer semestre de 1875.—1 vol. de 22 pájs. en 4. °—Imprenta de *El Universo.*

Los Misterios del confesionario, novela por M. Palma.—Las entregas 25, 26, en 4. °, 1875, desde la páj. 383 hasta 478.—Imprenta de *El Mercurio.*

Obras maestras de la literatura moderna.—La 7. ª i 8. ª entrega de los grandes dramas de Gaboriau, desde la paj. 289 hasta la 384.—1 vol. en 4. °, 1875.—Imprenta de *El Mercurio.*

La verdad de hoi, folleto político dedicado a la clase obrera de la provincia de Concepcion por Ramon 2. ° Harriet.—1 vol. de 30 pájs. en 8. °, 1875.—Imprenta de *La Patria.*

MELIPILLA.

Estadística jeneral del departamento de Melipilla, presentada a la Exposicion Internacional chilena de 1875.—1 vol. de 104 pájs. en 4. ° mayor, 1875.—Imprenta de *El Progreso.*

SAN JAVIER.

Voz de alerta.—Una hoja suelta.—Imprenta de *El Atalaya.*

A los electores católicos. Dos hojas, 1875.—Imprenta de *El Atalaya.*

RECUERDOS I ESPERANZAS.

A RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

I.

¡Qué triste es el pasado!
¡Qué hermoso se presenta el porvenir
Al que llorando en otro tiempo, amigo,
Entre las ruinas de la amarga vida,

Mezclaba con el aura dolorida
Su acongojado llanto!
Jemía en otro tiempo, i con las quejas
Del aura, a la llanura caminaron
Mis ayes lastimeros;
Juntáronse lijeros
De un árbol con las quejas de las hojas
Que vacilantes al soplar del viento,
Una a una lanzando su lamento,
Yertas cain en el duro suelo.
¡Ah! desprendidas de sus tiernas ramas,
Inmóviles quedaron un momento,
I al despertar de un sueño de tormento,
No ya mecidas por el suave céfiro
Fueron las tiernas hojas.
¡Lamentables congojas
Al cielo levantaban!
I de repente un huracan furioso,
Sus iras desplegando en la montaña,
Baja violento a la llanura, envuelve
Con los ayes del aura i de las hojas,
Mi fúnebre lamento.
Soplando en remolinos, levantaba
Veloz a los espacios,
Con las hojas i quejas sus bramidos,
Que léjos en un bosque repetidos
Sus ecos se perdian.
En pos de los bramidos de ese viento,
Lejanos ¡ai talvez! del que no arrastra
Furioso con su soplo,
Lanzónos en el bosque el huracan:
Sujetas en los troncos de los árboles
Las hojas se quedaron;
Mis ayes se elevaron
Sobre la copa de una antigua palma:
Allí, tranquilos en la dulce calma,
Las quejas de las hojas empezaron:

II.

—"En otro tiempo, henchidas de ventura,
Nosotras ¡ai! galanas, la hermosura
De este bosque, risueñas contemplamos;
Mas ora ¿por qué triste
Miramos este bosque?
Esbeltas en un dia desafiamos
Las hojas de los árboles del valle

I ufanas nos mecimos
I alegres cuando vimos
Caer al soplo del primer otoño
Las hojas que contaban dos edades.
Nosotros ¡ai! mas tarde al aura leve
Venciendo solo un dia!
En amarga agonía,
Al venir del otoño nos hallamos;
I al primer viento que soplara, fuimos
Desprendidas del árbol i caimos!
Mas ¡ai! que en ese instante
El huracan nos arrojara aquí,
Donde otro tiempo ¡para ejemplo! vimos
Las hojas perecer, i no creimos
Que el tiempo suerte igual nos deparaba!"

III.

Mis ayes yo mezclaba a los quejidos
De las hojas, i el bosque enternecido
Seguia mi lamento....
Pero en las horas del pesar amargo
Volvia el aura a consolar mis penas,
El aura de otros tiempos, que en cadenas
El huracan llevara.
Salvando los espacios i el furor
Del viento que en el bosque se perdia,
Llegó a la copa de la antigua palma,
Batiendo silencioso su ramaje.
"Mis quejas ya pasaron;
Mis ayes se volaron
Con el furioso viento," me decia,
"Solo conservo en la memoria mia
Una dulce palabra: ¡porvenir!"....
En pos de los azares, la fortuna
Cambiándose ya viene,
Su paso no detiene
La envidia, ni el dolor, ni la mentira!

IV.

Ya ví tornar al horizonte el sol
De la esperanza mia,
Radiante de alegría
Gozando con el aura, decia mi lamento:
"¡Pasaron ya las horas de tormento,

El porvenir se acerca!"
Acordes ya mis quejas i las auras
Cambiáronse en risueñas
I dulces cantileñas
Los llantos de otro tiempo.

V.

Cual el lamento de las tiernas hojas
La vida es en el mundo, caro amigo!
¡Ai! ¡cuántas esperanzas que risueñas
Un tiempo, despreciaban
Del hombre acongojado los suspiros,
Entre amargos delirios
Atormentadas yacen!
Está ¡ai! cuán lloroso
El que ántes orgulloso
A la virtud ufano contristaba!
Como los ayes de las tristes auras
Que el huracan llevara,
Errante la virtud anda en el mundo;
Mas ¡ai! ¡que el viento del furor termina!
I cual el aura, la virtud camina
A consolar mi llanto!

Santiago, octubre 17 de 1875.

A. M. Heraclio OLEA BESOAIN.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

MANUEL ANCÍZAR.

Nació en Cipaquirá, Estado de Cundinamarca, a principios del presente siglo.

Ha sido periodista político i ha representado a Colombia, como ministro, en el extranjero.

Su obra mas popular se titula Peregrinacion de Alpha.

JOSÉ MARÍA VERGARA I VERGARA.

Nació en Bogotá el 19 de marzo de 1831, i murió en la misma ciudad el 19 de marzo del año 1872, a las ocho i media de la mañana.

Aprendió a leer i a escribir en la escuela del señor Rafael Villoria, en 1839; i en 1844 entró al colejio de los jesuitas, en donde permaneció seis años.

Desde mui niño adquirió pasion por la lectura, i cautivaban principalmente su atencion, El Quijote i El Jenio del Cristianismo.

A la edad de veinte años se consagró con decision i entusiasmo a los estudios literarios, a los cuales dedicó la mayor parte de su vida.

Fué colaborador de muchos periódicos i fundador, o al ménos colaborador, de todas las empresas literarias que se promovieron durante la época de su vida.

Entre los periódicos que redactó, los últimos fueron los siguientes: El Mosaico (época primera) El Iris, El Hogar i La Revista de Bogotá (primer trimestre.)

En asocio del señor José B. Gaitan, publicó El Institutor, libro de enseñanza; i un Almanaque de Bogotá i Guia de Forasteros; i en asocio del señor J. J. Borda, La Lira Granadina, coleccion de poesías nacionales. Publicó tambien un Museo de Cuadros de Costumbres, coleccion de artículos de escritores colombianos, una edicion de los escritos del jeneral Nariño, i tres tomitos del Parnaso Colombiano, que contiene las poesías de los señores Gutierrez Gonzalez, Caicedo Rojas i Marroquin.

Como autor sus obras son:

Historia de la Literatura en Nueva Granada, desde la conquista hasta la independencia.

Olivos i aceitunos todos son unos, novela.

Un tomo de Poesías i la Historia de los Vireyes.

Publicó tambien un crecidísimo número de artículos de costumbres i literarios, en diferentes periódicos.

A sus esfuerzos, cuando estuvo en España, se debe la creacion de academias americanas, sucursales de la española.

Fué fundador i miembro activo de la sociedad de San Vicente de Paul.

Su muerte fué sentida por todos sus compañeros de letras, i durante mas de seis meses, tanto la prensa de la capital, como la de los Estados, publicó continuamente necrolojías i versos consagrados a su memoria.

Con el seudómino de Areizipa, firmó muchos de sus escritos.

RAFAEL ELISEO SANTANDER.

Nació en Bogotá en la segunda década del presente siglo.

Ejerce la profesion de abogado i ha escrito en varios periódicos políticos i literarios.

Actualmente es secretario de la corte suprema federal.

TOMAS CIPRIANO MOSQUERA.

Nació en Popayan, Estado del Cauca, el dia 26 de setiembre de 1798.

Abrazó la carrera militar a los quince años de edad, a las órdenes del jeneral Nariño.

Ha ocupado los principales puestos de la república, i varias ocasiones la ha representado en el extranjero.

Como presidente, ha gobernado cuatro veces la república, en el período de 1845, en el de 1861, en el de 1863 i en 1866.

El congreso de su patia le honró con el título de gran jeneral.

Ha sido colaborador de periódicos políticos i ha dado a luz numerosos folletos.

Sus obras son:

Jeografía Física i Política de Nueva Granada, publicada en Lóndres.

Memoria sobre la Jeografía Física i Política de la Nueva Granada, compendio, publicado en Nueva York.

Cosmogonía, i

Memorias del Libertador Simon Bolívar.

JUAN RODRIGUEZ FRESLE.

Nació en Bogotá, el año de 1566.

Hizo la guerra de los Pijaos con don Juan de Borja i acompañó a Quesada en su viaje a España. Se ignora el dia de su muerte.

A los setenta años de edad escribió El Carnero, crónica i pintura de la actual Colombia, desde el principio de la conquista hasta la presidencia de don Martin de Saavedra Guzman.

ANTONIO VARGAS REYES.

Nació en Charalá (Estado de Santander) el dia 21 de setiembre de 1816.

Empezó su educacion con el señor Julian Torres, la continuó

en los colejios del Rosario i San Bartolomé, hasta obtener el título de doctor en medicina i cirujía.

Fué durante mucho tiempo médico i catedrático del hospital.

Redactó los periódicos La Lanceta i La Gaceta médica; i dejo tambien otros trabajos sobre el cólera morbo, la fiebre tifoidea, i una *Memoria sobre las quinas de Nueva Granada.*

Murió en Villeta el dia 23 de agosto de 1873.

DOMINGO AROSEMENA.

Carecemos de datos biográficos de este escritor.

Solo se sabe que nació en Panamá.

Su libro de viajes, publicado en Nueva York en 1850, se titula *Sensaciones en Oriente.* Existe un gran número de ejemplares de esta obra, en la encuadernacion del señor Villarraga.

MANUEL CANUTO RESTREPO.

Nació en Abejorral (Estado de Antioquia) en la segunda década del presente siglo.

Es actualmente obispo de Pasto.

Ha publicado algunos artículos político-relijiosos i sus *Impresiones de viaje a la Tierra Santa.*

HONORATO BARRIGA.

Nació el 22 de diciembre de 1829, en Bogotá.

Comenzó sus primeros estudios en casa de don Mateo Izquiaqui, i los siguió en el colejio del señor Victoriano D. Paredes.

El año 1840 comenzó la carrera militar, de tambor.

En 1854 era capitan, i disuelto el ejército, él, que no sabia otra cosa que ser militar, no tuvo inconveniente en colgar su espada i hacerse cómico para buscar con honradez la subsistencia de su numerosa familia.

En el teatro siempre fué aplaudido, i es el únicó actor cómico que tenemos entre nosotros.

En 1860 hizo la campaña en las filas del ejército conservador i con el título de coronel.

Ha sido colaborador de La Prensa, La Ilustracion i El Chino de Bogotá.

Escribió para el teatro una comedia en un acto nominada: *El 18 de julio* o *Viva la federacion*, que se representó la noche de su beneficio.

Tiene inédito un drama titulado: *Los estudiantes de Cuba;* i un sainete escrito en colaboracion de un amigo, nominado: *¡Mueran los panaderos!*

TEMISTOCLES AVELLA M.

Nació en Sogamoso (Estado de Boyacá) el dia 2 de julio del año de 1841.

Ha publicado muchos artículos de costumbres en periódicos literarios, especialmente en El Mosaico (primera época) El Iris, El Hogar i El Museo Literario. En los dos primeros aparecieron sus novelas: *Los tres Pedros* i *Daniel Sickles*. En el folletin de El Conservador publicó tambien otra novela titulada: *Anacoona*. Sus *Notas de viaje* aparecieron en la *Semana Literaria* de El Hogar.

Entre sus escritos inéditos se encuentra un drama en tres actos i en prosa nominado: *Gustavo III*.

Es tambien autor de una *Citolejia reformada*.

JOSÉ BENITO GAITAN.

Nació en Bogotá el año de 1827, i mui niño comenzaba a hacer estudios provechosos, cuando la desgracia visitó su hogar i lo obligó a consagrarse exclusivamente al trabajo de impresor.

Sus primeros ensayos líricos aparecieron en El Pasatiempo, i despues en La Guirnalda.

Asociado a los señores Vergara i Borda se puso al frente de un pequeño establecimiento tipográfico, el cual, mas tarde, pasó a ser de su propiedad i es hoi una de las mejores imprentas.

Publicó en compañía del señor Vergara i Vergara un *Almanaque de Bogotá* i *guía de forasteros*, El Institutor; i redactó por algun tiempo el periódico Diario de Cundinamarca, siendo tambien su editor desde su fundacion.

El año pasado desempeñó en Paris el destino de secretario de la legacion colombiana.

Tiene inéditas mas de doscientas composiciones en verso.

FRANCISCO J. CARO.

Nació en Medellin, el 7 de junio de 1814.

Hizo sus estudios en el colejio del señor Triana i en el de Santo Tomas.

Fué empleado durante mucho tiempo en la tesorería jeneral de la nacion.

Redactó, en compañía del señor José Eusebio Caro, el periódico La Estrella (1834.)

I ha sido colaborador de La Caridad i El Dia (1841) El Porvenir (1850) i El Tradicionista desde su fundicion en 1871.

Frecuentemente ha firmado con el seudónimo de *San Jurjo*.

Isidoro LAVERDE A.

EL LIBRO DE UNA MADRE

POR

MME. PAULINA L***

(Traducido del frances.)

(Conclusion.)

SEÑORA LUISA DE....

XVI.

EL HOGAR I EL MUNDO.

Vamos, señora, no hagais la coqueta con vuestra madre. No me detalleis, con tanta minuciosidad, vuestros gastos de casa; no me describais, con tantos detalles, el arreglo de vuestro interior, para que yo esté orgullosa de mi discípula, para que me encuentre mui hermosa mirándome en vuestros muebles, en vuestras caserolas, esos espejos de la vanidad maternal.

¡Cuándo te decia que llegarias a ser mui ducha en aritmética! El libro de gastos que me has enviado es un modelo en su jénero. Me dan ganas de ocultarlo bajo una piedra de la casa, para que la posteridad, que escombrará nuestras ruinas, lo encuentre, lo admire, i se forme una soberbia opinion de una verdadera ama de casa del siglo diez i nueve. Tus cifras están estampadas con la tranquila firmeza de una compradora que sabe el precio de las cosas. Están alineadas, como un escuadron de amazonas capitaneadas por una heroina. En cuanto al total de tus adiciones, tienen la majestad de una inscripcion lapidaria; se conoce que el cincel de la verdad ha trazado esas sentencias del *debe* i del *haber*.

Si me atreviese a hacer encuadrar este manuscrito, tu prime-

ra obra maestra, lo suspenderia al lado de la cabeza de *Niobé* tu primer dibujo, que adorna tu antiguo cuartito.

Se me ha hecho agua la boca, al leer lo que me refieres de tu intervencion decisiva en un caso en que tu cocinera se hallaba toda confusa. Se comerá bien en tu casa, es decir que se hablará con espíritu.

Confiesa, hija mia, que el aprendizaje de este arte de la olla no ha sido ni penoso, ni humillante; i cuando te feliciten por tu ciencia culinaria i por tu saber en el arreglo de la casa, muestra tus manos, manifiesta que están bien blancas, que las uñas siempre están rosadas; afirma que jamas te impuse el cilicio del delantal; i que si, hasta tu matrimonio, ayudaste a arreglar tu cuarto, nunca te distraje de un estudio o de alguna otra ocupacion.

Aprendiste la cocina, oyéndome ordenar su preparacion. Aprendiste el manejo de la casa, viviendo en la mia; respiraste el aire que nutre, al mismo tiempo que el que hace soñar. Has hecho prosa sin saberlo; lo que te dejaba plena libertad para pensar en la poesía.

Tu comedor, cuyo arreglo me agrada, tendrá pues excelentes comidas; así como tu salon tendrá amenas conversaciones.

Yo, ya he escojido mi lugar; mi sillon predilecto será el que está entre la chimenea i la ventana. Tú me lo reservarás.

Puedo confesarte que al dejaros escojer el color i la forma de vuestros muebles, no dejaba de tener cierta desconfianza. Temia que tu marido no se esmerase demasiado en adornar las habitaciones como el nido coqueto i exclusivo de vuestro amor i de vuestra dicha.

Hai, en los primeros trasportes de una pasion, una fascinacion de egoismo que dispone a pensar solo en sí propio, no siempre para librarse de los demas, sino para darles un bello ejemplo. Se cree, con toda inocencia, servir a la propaganda de las virtudes del amor, engalanando con idolatría al amor virtuoso.

Mas tarde, cuando el mundo, al cual no siempre se puede cerrar la puerta de este santuario, se introduce en él, mírase como una profanacion, en tanto que el mundo sonrie desdeñosamente del excesivo sentimentalismo de los que no quisieron prever la hospitalidad.

Mis temores, pronto se desvanecieron, al ver la elegante i discreta eleccion de vuestro mobiliario. Los matices son suaves; algunos casi severos. Las formas son cómodas, sin afectar un rebuscamiento de indolencia que ofenderia a las visitas.

Los objetos de arte son bastante numerosos para halagar la vida ideal, i bastante escasos para no desanimar la vida práctica. No habeis tenido la prematura admiracion por las antigüedades. Un menaje nuevo en un museo, es como una cuna dentro de una caja de momia.

Vuestro gusto se ha manifestado hasta en las cosas de indus-

tria vulgar; nada choca; todo os agrada, todo os agasaja en este recinto en donde el silencio os habla dulcemente.

No he tenido necesidad de recomendarte esa familiaridad que deben tener los sillones, las mesas, los accesorios del salon.

Se puede, en el mas correcto arreglo, introducir una gracia, un cierto descuido, una lijera armoniosa irregularidad que rompa la simetría, dándole un encanto, que inspira confianza i promete amistad. El órden absoluto, como todos los absolutos, destierra la simpatía lo mismo que el desórden.

En mi juventud conocí jentes hospitalarias i amables, que no permitian que se desarreglase ni una silla de su salon; i que, para mas seguridad, habian fijado a la muralla todos los asientos. Uno se sentia aterrado en aquel metódico recinto. Llamaban a este salon: *el cuarto de los tormentos*. Uno se veia como en un tribunal. Al cabo de algunos meses, nadie vino a sus estrados.

La primera habilidad de una dueño de casa, es parecer siempre esperar a los que la sorprenden, i tener siempre preparados para ellos, sus muebles predilectos.

¿Recibirás visitas desde el primer año de tu casamiento? Visitas, sí; pero, lo que son pequeñas reuniones musicales, puede ser.

La soledad os encanta, queridos hijos; estais todavía en la isla desierta; mas, será preciso señor i señora Robinson, que tengais vuestro viérnes. Tú me permites este horrible juego de palabras ¿no es verdad? Toma el lúnes, si quieres, para no tener el mismo dia que yo.

Piensa que tu marido tiene deberes sociales que llenar. Por mui modesto que sea, tendrá su parte, grande o pequeña, en el combate de la vida; necesitará aliados; tú le ayudarás a escojerlos. Si no temiese refinar las precauciones, agregaria que tambien le ayudarás a escojer sus enemigos....

Entreabrid, pues, vuestra puerta, ántes que llegue el fastidio, para no tener que derribarla con estrépito el dia de una repentina irrupcion del mundo. *Cread* vuestra sociedad, hijos mios, para no tener que *soportarla* despues. Tomaos todo el tiempo que creais necesario; pero, comenzad temprano. Rodeaos de amigos, a medida que encontreis buenos, para no tener que aceptar a destajo las amistades de ocasion, el dia de una fiesta o de una desgracia.

Habias escojido perfectamente tus amistades de niña. Ten cuidado, querida mia, de saber escojer tus amistades de mujer. Ahora, sois dos; luego el mal seria doble. Todas la mujeres de tu edad no son tus iguales, porque puedan serlo en belleza, en fortuna, en espíritu. Somete, pues, a prueba, ántes de entregarte a ellas, esta afinidad de situaciones que a menudo mezcla demasiado pronto las familias, sin haber discernido los caractéres.

Vela por tu dicha, como yo velaba por tu salud, con cuotidianas precauciones, con la hijiene de vuestros corazones, i no con cuidados extraordinarios. ¡No seas envidiosa! No dejes a tu alma

el tiempo de serlo, tan atenta estarás en prevenir hasta la mas mínima ocasion.

¡Sé buena! es el mejor preservativo; buena con intelijencia, es la mejor manera. No pretendas nunca ser infalible; perderias las ocasiones de hacerte perdonar; no creas en la infalibilidad de tu marido; perderias los inefables goces de perdonar a tu vez.

¿Es esto todo? Sí i nó.

Sucede en la vida moral del hogar, como en la cocina; las reglas esenciales no son numerosas; pero las combinaciones de las salsas, de los guisos i de las especias varian al infinito.

Eres demasiado buena cocinera, mi ánjel, para no ser una excelente moralista.

XVII.

LA CONCIENCIA DEL MARIDO.

Tu última carta, hija mia, adolecia de ciertos melindres que me han hecho reir; lo que no me impedirá, por cierto, reprenderte.

Eres una cristiana sincera; pero tu amor, sin que te percibas, te hace en este momento una maliciosa jugada.

Sí, señora; cuando sentís que vuestro marido no os acompañe a la iglesia tantas veces como quisiérais; cuando anhelais que sea él quien os pase siempre el agua bendita, cedeis naturalmente a una coquetería que no es tan cristiana como parece.

Tendreis que confesaros de esto, señora mia, confesaros con el dueño de casa en primer lugar, i luego no volver a caer en estos pecadillos que podrian turbar la paz de vuestro hogar.

Tú vas a decirme que no te has quejado. Lo sé, hija mia; pero, el ojo de una madre no pierde fácilmente sus viejos hábitos de penetracion. He adivinado un suspiro en la sonrisa de tu carta, por eso es que te advierto.

Tus escrúpulos, los conozco demasiado; yo tambien los he sentido. Toda mujer que quiera vivir la vida moral e ideal de su marido, por fuerza tendrá que experimentarlos algun dia.

Tu padre era medio filósofo. En el primer fervor de nuestra union, traté de ganarle el corazon e infundirle poco a poco mi modo de pensar. La prueba era algo peligrosa. El resistió dulcemente; yo, por entónces, no insistí.

Mas tarde, cada vez que algun gran gozo brillaba en nuestro hogar; cuando, henchido el corazon de tierno agradecimiento, me arrodillaba para dar gracias a Dios que así nos favorecia, siempre sorprendia la mirada satisfecha, acariciadora i húmeda de tu padre. ¡Ah! es que, en silencio, él oraba tambien. Sí, oraba, despues me lo ha confesado, porque es imposible que las dulces

embriagueces de la tierra no arrebaten nuestra alma i nos hagan pensar en el cielo.

En nuestras horas de tristeza, de duelo: cuando mi primer hijo murió entre mis brazos, sorprendí la misma mirada, la misma lágrima, en los ojos de ese hombre jeneroso, i tambien, la misma oracion.

El dolor como la dicha, hija mia, nos hace palpar la mano soberana que rije nuestros destinos. Tu padre ya no dudó mas: creia i creia como yo. I, sin embargo, yo nada le habia dicho; nuestras conciencias no se habian provocado; habíame contentado con amarle: mi amor le hizo apreciar la virtud; la virtud le hizo creer. El filósofo habia desaparecido, solo quedaba el cristiano.

Haz como yo, hija mia. Atravesamos una época fatal de disputas relijiosas i de disturbios políticos. Nuestro rol es mui sencillo. Abramos las discretas ambulancias de las conciencias heridas; cuidémoslas con tierno afan; sanémoslas con la buena salud de nuestras almas.

La duda, esa fiebre moderna, esa enfermedad que se ha apoderado del mundo, es el resultado del desarrollo i del orgullo del espíritu humano, al mismo tiempo que de las revoluciones, de las controversias i de los escándalos.

Esos que escudriñan tan bien el cielo, la tierra, los mares, buscan un Dios nuevo. Si dan la vuelta de todas las cosas, para volver al punto de partida; si deben descubrir pronto, o dentro de un siglo, que el Dios nuevo es el mismo Dios antiguo, hé aquí, hija mia, lo que inevitablemente ha de suceder; pero, entretanto, ya que buscan, seamos induljentes; preparémosles un abrigo en cada paradilla, una palabra de aliento en cada decepcion; tengamos nuestra fé siempre alerta i retemplemos nuestra alma en la caridad.

¡La mujer aplastará a la serpiente! Sea; pero es preciso que no se equivoque i aplaste anguilas. Si la verdadera serpiente quiere deslizarse en tu paraiso, encántala, adormécela con una tasa de leche; podrás reventarla mui fácilmente en seguida.

Tú no conocerás a fondo las opiniones relijiosas de tu marido, hasta el dia que lo veas de rodillas delante de tí, para recibir tu primer hijo, el Mesías, el Salvador de las almas paternales. Tú verás entónces si su mirada no tiene las lágrimas que sorprendí en los ojos de tu padre, i si no exclamará como él: "*¡Dios mio*, qué lindo es!"

Respeta sus opiniones políticas. Es bueno que un hombre pertenezca a algun partido. No es culpa suya si los partidos son numerosos i si su patriotismo se ve obligado a escojer. El único voto que puede formar una mujer sumisa, patriota i espiritual, es que la política no rebaje nunca la dignidad de su marido i no arroje ninguna mancha sobre su nombre.

¡Cuántos hombres de Estado no han variado en su carrera diplomática o parlamentaria, sino por ser fieles a la coquetería de

sus mujeres, envidiosas de un título, de un honor, de un puesto!

Vela sobre esa conciencia viril, de la cual te haces solidaria. Si se doblega, sostenla; si se encumbra, sostenla mas aun; hasta en medio de su gloria, comunícale el reflejo de tu conciencia serena, modesta, tranquila.

Ponte a la obra, hija mia.

Los hombres que nos halagan, para dispensarse de juzgarnos, i que nos reconocen el arte de todas las diplomacias, para justificar algunas veces sus torpezas, proclaman a cada paso el *exquisito tacto* femenino.

Nos imponen grandes responsabilidades con esa palabra; es nuestro mayor elojio, es su mejor excusa. Esta ciencia de precauciones infinitas, nunca la poseemos demasiado. Hagamos un constante estudio, i procuremos salvar a los que amamos, a fuerza de prudencia i de cariño.

XVIII.

LA CUNA VACÍA.

Tu marido, mi querida Luisa, acaba de escribirme una carta admirable de razon i de ternura. Es a tí a quien contesto. Estoi segura que así cumpliré mejor sus intenciones.

¿Te aflijes, porque despues de un año i ocho dias de matrimonio, no tienes aun ninguna esperanza de maternidad? ¿Te crees condenada? Tu marido, con una conmovedora melancolía, parece pedirme perdon de que no sea abuela, i me envia los mas hermosos juramentos de amor para contigo; como si tuviese necesidad de asegurarme que te amará mas, a medida que los meses i los dias aumenten vuestras decepciones.

Queridos hijos mios, yo os perdono, i deberia mas bien pediros perdon de venir a aumentar vuestras tristezas, mas, consolaos; no soi tan vieja que no pueda prolongar el crédito hecho a vuestra juventud i a vuestro amor.

Os prohibo, pues, caballero i señora, tomar esos aires de profundo desaliento. ¿No se diria, al oiros, que el cielo habia fijado una fecha en vuestro matrimonio i que os faltaba a su palabra? ¿Queríais una cosecha precoz? Ella será tardía. ¡Qué importa, con tal que venga! Ella vendrá; yo lo sé; mi dedito meñique me lo ha dicho; i si fuese habladora, tambien os contaria lo que se oculta debajo de la hoja de col que el jardinero del paraiso de las madres ha solevantado para mí.... Pero he prometido ser discreta. No sabreis nada. ¡Buscad si quereis! Entretanto, mis queriditos, id al bosque; los laureles no se han cortado.

Francamente, vuestro desconsuelo me conmueve como una virtud, i me entusiasma como un augurio. Las vocaciones tan

bellas siempre se ven satisfechas. Serás madre, hija mia, puesto que ya lo deseas.

¿Te acuerdas de mis consejos a propósito del gorro de Santa Catalina? Ellos te han traido la dicha. ¿Qué dirias si me valiese del mismo proceder, retando al cielo, probándole que seria cruel inútilmente i que no se aflijiria tu corazon maternal, por no tener hijos que amar?

Muchas veces he oido consolar a los esposos sin familia, con esta queja de las madres que están de duelo:

—¡Felicitaos de no tener hijos; vosotras al ménos ignorais cuán duro es el perderlos!

Es este un consuelo trivial, ofrecido sin conviccion. ¡Apelo al corazon de las madres que mas han tenido que sufrir! ¡Que se atrevan a decir si, aun despues del suplicio de haber visto morir los pequeñitos séres que adoraban, no sienten en el fondo de su alma un reconocimiento indeleble, un resto de celestial ventura, por haber conocido las delicias de la maternidad!

Sí, te lo digo, a riesgo de aumentar tus lágrimas, siempre se da gracias a Dios de haber tenido hijos, aun cuando se les haya perdido despues; i las madres que no quieren ser consoladas, nunca tratan de consolar sinceramente a las madres estériles.

Yo no he hecho de tí, hija mia, una verdadera cristiana, para que equipares únicamente tus fuerzas a tu dicha, i no a tu deber. ¿Te juzgarias exenta de todo amor, porque el tuyo no te habia producido flores ni frutos? ¿No podrias hacer la limosna de tus tesoros maternales a los hijos ajenos, i a ese compañero de tu vida que seria entónces tu solo i único hijo?

Los hombres no son dignos de ser padres sino cuando tienen almas maternales. Tu marido sufriria tanto como tú, i porque era desgraciado ¿querrias tú aumentar los sufrimientos de aquel a quien te has dado toda entera, delante de los hombres i delante de Dios? Amándolo con la misma pasion, redoblando tu ternura, elevarias mas i mas tu amor a las puras rejiones del heroismo maternal.

En un hogar como el tuyo, no se llena nunca el sitio vacío de una cuna. Mas, cuando se merecen esos goces que aun no se han alcanzado, cuando este es el único pesar que hai que sobrellevar, por mui grande, por mui pesado que sea, se comparte entre dos, con resignacion. Se sigue en paz su camino, esperando, si se quiere; i, con el corazon palpitante, una se figura acompañar el pequeño convoi de un niño que siempre se espera ver resucitar.

¡Ah! hija mia, tu hermano i tú, me habeis hecho la madre mas feliz, mas envidiada, pero yo conozco que si jamas hubieseis de haber nacido, nada habria cambiado en mí, i que habria, por decirlo así, amado a mis hijos invisibles, en la obstinada vision de mi amor maternal.

Habria tenido, sobre todo, mas mérito. Los hijos alivian muchas cosas de la vida, i ayudan al cumplimiento de muchos tra-

bajos. No es difícil tener un hogar alegre, un marido satisfecho, cuando la parlería de una boquita de rosa os adormece i despierta, cuando una no se puede enojar por temor de enseñar a encolerizarse, cuando unas manecitas pequeñitas os reconcilian, aun ántes que os hayais enfadado.

El hogar sin hijos, hé ahí la obra mas delicada i mas difícil, la prueba que reporta mas gloria, produciendo ménos recompensa.

¿Será preciso, hija mia, que te resignes a este triunfo? Mi corazon, mis instintos, mis presentimientos me dicen: ¡Nó! Mi razon me obliga a decir: ¡Puede ser!

¡Puede ser! Esta palabra no debe hacerte temblar; es la palabra de la sumision humana. Te deseo, al contrario, que te llene de una dulce esperanza, que haga estremercerse en tí todas las fuentes de la vida, que haga palpitar al lindo querubin que esperamos, i que se hace esperar, únicamente para saber si le guardaremos rencor cuando venga.

¡Guai con él! ¡lo confundiremos a besos!

Mas, si tu marido continúa escribiéndome cartas tan animosas, tan nobles; me veré obligada a desear un niño. El pobre hombre lo habrá merecido. Tú no tendrás el derecho de tener una hija, sino sabes esperar mas de un año.

XIX.

EL PRIMER HIJO.

¿Qué te decia, hija mia? ¿me he engañado? o mas bien, porque no quiero tener orgullo en medio de tan grande alegría ¿acaso podria engañarnos el cielo? ¡Bien te repetia yo que esta vocacion de nuestros corazones no era una mentira, un engaño: qué yo seria abuela i que tú serias madre!

Te saludo, hija mia, llena de gracias. Saludo a tu marido. Os estrecho entre mis brazos ¡yo os bendigo!

Has hecho mui bien en aguardar un poco, ántes de comunicarme esta noticia. Sufria ménos con mi inquietud; ahora casi no puedo soportar mi esperanza. Tu carta ha ahuyentado mi prudencia, mi razon. Me creia fuerte: soi débil. Desde esta mañana, lloro, cuando quiero reir, i cubro de besos, como si fuese una cútis suave i sonrosada, el papel que encierra tan fausta nueva, miro las palabras, las escucho. Ellas gorjean con una melodiosa vocecita que me arrebata el alma, que me arrastra fuera de mí.

. . . . . .

Mira, tengo que dejar en blanco una línea. Está humedecida con mis lágrimas. Ahogaríase en ella el beso que mi pluma te envia.

¡Cómo! ¿una es tan cobarde cuando llega a ser abuela? Quisiera exhortarte, darte buenos consejos, decirte cosas mui razonables. Habia reservado lecciones mui prácticas. Hai una hijiene, i aun una hijiene moral que seguir durante estos meses de espera.

Mas, ese picaruelo acaba de echar por tierra todas las redomas de mi ciencia, i todas mis recetas. Solo a él veo, solo en él pienso; siento continuados repiques en la cabeza, en el corazon: son las campanas que anuncian el bautizo del hijo de tu amor, su entrada triunfal en el seno de la Iglesia.... Yo estoi loca; me parece que el cielo se abre ¡tanto esta locura me arrastra hácia Dios!

¡Ah! cuánto debe amarte ahora tu marido, puesto que yo, tu madre, que creia haber alcanzado las cimas de la afeccion maternal, te amo diez veces mas ¡solo ahora comienzo a amarte!

¿Sufres, hijita mia? ¡Oh! cuán cruel soi. Necesito saber que sufres un poco, todas las mañanas, para estar mas segura de que la duda es ya imposible; i, luego, si este pequeñito sér no te atormentase, temeria que no se preparara como es debido a la vida.

¿Será una niñita, no es cierto? una preciosa niñita con la cual volveremos a comenzar todas las cosas de tu infancia. No obstante, es necesario no ser egoista, Luisa; si tu marido quiere absolutamente que el mayorcito sea un hombre, consentiremos en ello; pero, yo siempre tendré la mujercita. ¡Mas tarde, Dios nos la enviará!

No temas esta exijencia. Tú verás como cuando se rebosa de luz nada cuesta producir el dia. Son las malas madres las que temen este deseado instante. Se sufre, es cierto; pero para caer en un sosiego i en un bienestar tan grande, que se agradece el sufrimiento.

Tú, hija mia, ve llegar con serenidad esta crísis sublime que mezcla los dolores del cielo en la tierra a la palma de un embriagador martirio.

Cuando todo haya terminado, cuando lo tengas en tus brazos, cuando te sientas mordido el seno por su primer grito, ántes de serlo por su boquita, alzarás los ojos hácia nosotros para decirnos:—¡Qué! ¿no era mas que esto?

Pues bien ¡sí! ¡no es mas que eso! ¡algunas horas de angustia, una hora de dolor, para toda una existencia de delicias!

Sin embargo, queridita, no hai que poner demasiada vanidad en este martirio. Es permitido mitigar su aproximacion. Antes de este grande esfuerzo, fatígate un poco todos los dias; camina mucho con tu carga.

¡Cuánto desearia verte andar! ¡cuán imponente deberás ser, cuán bella con tu rostro pálido, con tus ojos dulces, errantes, que parecen buscar ese tesoro invisible!

Recuerdo haber visto con tu padre, un hermoso cuadro: representaba una mujer, poco mas o ménos de tu estatura; llevaba un

hermoso vestido oscuro, guarnecido de encajes en el cuello i en los puños; i sus manos albas i bien torneadas, las cruzaba suavemente sobre su vientre un tanto abultado. El pintor de aquel lienzo nunca tuvo tanto jenio como en esta representacion tan natural, fiel i marabillosa de la maternidad. Así mismo debes cruzar tus manos; i cuando las retires con un pequeño jesto de sorpresa, será porque tu hija o tu hijo las habrá sentido encima, i habrá palpitado bajo esta bendicion.

¡Si te dijese todas las cosas que pasan por mi cabeza, concluirias por burlarte de tu pobre mamá!

¡Cómo comprendo ahora ese cuadro de Leonardo de Vinci, que representa a Santa Ana, teniendo sobre sus rodillas a la Vírjen María que tiende los brazos a su Divino Hijo! Es el símbolo, el misterio de la ternura maternal.

Yo tambien, desde que leí tu carta, os llevo a los dos, a tí i a tu hijo.

¿Por qué se me ocurren ideas de cuadros? ¿Por qué necesito adornar con las obras del jenio el cuarto donde colocaré la primera cuna?

¡La cuna! soi yo quien la da. Yo soi la madrina. ¡Madrina de mi primer nietecito! Esto parece ménos que ser abuela. I, sin embargo, hija mia, es mucho mas, cuando este título se une al otro. Me considerará mui feliz siendo abuela; me considero llena de gloria en ser madrina.

Puedo confesártelo ahora: hace un año que, sin decir nada a nadie, ocultándome sobre todo de tí, preparo un ajuar completo. He hecho bien en comenzar tan temprano, no para estar pronta cuando llegue el momento, sino, porque si solo hubiese principiado el trabajo hoi dia, en la embriaguez que me domina habria hecho locuras.

La cuna será blanda, abrigada. Verás las colchas tejidas en seda, guarnecidas de encajes, que yo misma he confeccionado; son mi obra maestra. Las seis frazaditas bordadas son albas como copos de nieve.

He cortado los capillos por los de tu última muñeca. Los encontrarás perfectamente a la medida, tanto los de franela como los de batista. Cuando los pongo en mi puño, me hacen una completa ilusion. Tu pobre padre, que estará mas chocho que yo, no ignora que saqueo todas sus camisas, para darte camisitas suaves, usadas, pero que no se gastarán, i que no magullarán los miembrecitos de nuestra linda *guagua*.

No te fatigues pues, hija mia, ni en trabajo, ni en compras. Teje, si quieres, los botincitos de lana. Es lo único que te permito.

La bata para el bautizo será hecha de la tuya, que he conservado. Podrás verte en esa muñeca, como me veré, yo, en la almohada en donde descansarás tu cabeza fatigada, despues de la prueba.

Entiendo que el bautismo será cuanto ántes. No veo las horas

de llevar a la iglesia a mi segunda Luchita ¡por que ella se llamará Luisa!

Perdóname que vuelva siempre a esta vision de una hijita; mas no tengas remordimientos si fuere fallida tu esperanza. Soi mui capaz de consolarme. Los hombrecitos tienen mucho de bueno. I luego, en esto no podemos nada, ni tú, ni tu marido, ni yo, ni nadie; Dios únicamente; El te enviará lo que mas te convenga.

No tengas tampoco la debilidad de buscar oráculos en algunos síntomas. Tu médico te dirá que los mas hábiles no saben nada. La naturaleza nos prohibe la indagacion de una certidumbre, i nos exije que nos preparemos a amarlo todo, para recibirlo todo. Si tienes un malestar mas o ménos grande, no vayas a creer que debes guardarle rencor o agradecérselo al señorito tu hijo mas bien que a la señorita tu hija.

¡Todavía cuatro meses de espera! Escríbeme sériamente; saca bien tus cálculos, porque querria contar los dias. ¡Si te engañases! ¡Si solo tuviera que aguardar tres meses! Harias mui mal no diciéndome la verdad. Es preciso ser buena con las abuelas, ellas devuelven siempre el triple del bien que se les hace.

¡Allá verás cuán excelente voi a ser contigo! Todas las caricias que te prodigaba, eran nada; yo me reservaba para despues; es a *ella*, es a *él* a quien voi a entregar todo ahora, sin escatimar ni una mirada, ni una sonrisa.

¡Ella es tan linda! ¡yo la veo! Con sus ojitos negros, negros como los tuyos; con sus labios que envidiaria la flor del granado; mira como los frunce; se enfurruña, hace sus pucheritos; dan ganas de hacerla llorar nada mas que para reir con sus visajes. ¡Es tan dulce ese primer enojo! ¡es tan fácil secar i beber esas lagrimitas! Ya se sonrie. Dámela para que muerda i me coma esas manecitas, esos bracitos aterciopelados, blandos, pequeñitos.

Lo ves ¡estoi completamente loca! Me parece verla, i sin embargo, no la podré ver hasta dentro de cuatro meses, de tres meses, hasta dentro de una eternidad. ¡No aguanto mas! Mañana estaré a tu lado. Yo te obligaré a que te apures.

Dí a tu marido que es un hombre sublime, que lo amo, que lo adoro; pero que tome un aire modesto cuando lo estreche entre mis brazos, pues ese pedacito de cielo viene de Dios i Dios me lo envía a mí ¿lo oye Ud., yerno mio? ¡Su parte vendrá despues!

XX.

LA NODRIZA.

¿Me preguntas si estoi contenta? Esta no es pregunta que se hace a una madre, mi bella nodriza, i mucho ménos a una abuela.

Sí, feroz coqueta, que todavía quieres que te felicite i te bendiga; sí, estoi satisfecha. Ese enorme pillastron me hace esperar la Luchita que no quiso venir.

¡I cómo gritaba i se saboreaba el mui pícaro cuando el sacerdote le puso la sal en la boca! El comprendió que era la sal de la sabiduría, i por eso comenzó por hacer jestos; tambien era la sal de la elocuencia: su lengua se desató súbitamente; creí que iba a cantar el hosanna, a hablar, profetizar. ¡Oh, qué pulmones! Solo tú, hija mia, has podido crear semejante orador.

Sí, me siento orgullosa de ser la madrina de ese caballerito. Díceselo, pues es mui capaz de comprenderte.

¿Está mui hambriento, me dices? Debe halagarte su buen apetito; eso quiere decir que le agrada su alacena; i tú, tu estarás mui satisfecha, vertiendo a raudales la vida que te reclama ese mendigo.

Estaba persuadida que serias una excelente nodriza. Yo no sé lo que los médicos dicen a las mujeres coquetas que quieren razones para eximirse de criar; pero yo, que sé mucho mas que los señores médicos, porque tengo la fé maternal, te digo i te repito que con un poquito de buena voluntad, una madre tiene siempre suficientes pretextos para amamantar su hijo.

¡I cuando se piensa que los goces de la lactancia maternal se miran jeneralmente como una pesada esclavitud!

Ya se ve: la madre que tal hace, debe renunciar al mundo elegante, al teatro, a las visitas. ¡Adios la vida lijera, si tal joya cuelga del pecho!

Mas ¿dónde está el mal? ¿Acaso hai algun mundo mas hermoso que el universo contenido en los ojos de un niño? ¡El mundo! él lo amasa entre sus manecitas, él lo oprime i aprieta sobre ese mapa mundi sagrado que llena su horizonte i su boca.

¿Acaso hai algun teatro mas variado, de mas efecto i de mas emociones, que la cabeza de ese comediantito que tiene caprichos i pasiones ántes de tener una voluntad; que se embadurna, que jestea, que jesticula como el mas chistoso de los bufones; que hace reir con sus quejas i llorar con sus risas?

¿Acaso hai visitas mas agradables, mas espirituales, que las que se hacen a cada instante, a ese pequeñito sér, en su cuna? ¿i que las que él mismo os viene a pagar, en vuestra cama, i hasta en vuestro corsé?

¡Ah! las compadezco, las necias que corren en pos de otros placeres, cuando pueden tener estos tan inefables i tan dulces. I tambien compadezco a aquellas que, demasiado delicadas, se ven en la precision de confiar su hijo a una nodriza.

La educacion principia con la lactancia; tu hijo es dos veces tu alumno. Esa leche, esa savia de tus entrañas, fortificando entre vosotros la afinidad que no debe romperse nunca, lo dulcifica, lo enseña, lo hace bueno sin esfuerzos. Formas su espíritu, al mismo tiempo que formas su carne.

Un lazo misterioso lo encadenará a tu seno. Se separará de esa fuente bienhechora que era para él el sol, la luna, las estrellas, todo su cielo; beberá el vino necesario a los hombres, crecerá, el mónstruo; se irá, el traidor; pero nunca te abandonará del todo, siempre existirá un algo entre él i esa primera almohada de su primer sueño. Lo sabrás mejor de memoria, habiéndolo estudiado desde tan chiquito; lo consolarás mejor, habiéndolo visto llorar tantas veces por nada; serás hasta el fin su nodriza, como yo he sido la tuya.

Nútrelo i nútrete. Pace, mi bella cabrita, para tener leche; harás tu provision de lecciones i de ventura. ¿Te crees madre? Aun no estás mas que en el aprendizaje. Ahora comienza tu incesante tarea. Ya no cesarás de crear, a cada momento, puesto que, a cada momento, tendrás que pulir i retocar ese querido i tierno bosquejo.

Ahora es, cuando, en medio de su triunfo, tu marido debe ser modesto; tú lo superas, i con mucho.

Ahora es, cuando puede amar a su suegra ¡le debe una mujer tan buena, un hijito tan lindo!

I bien, señor ¿está Ud. contento de mí? ¿he cumplido con mi deber? ¿os he engañado? Me habeis dado las gracias hace mucho tiempo, pero, entónces, yo no queria vuestros agradecimientos; ahora si que os lo pido. Es mi última ambicion de madre i de abuela.

¿Qué hace ese estoico, recostado sobre su viña, en tanto que se embriaga mi hermoso querubin? ¡Espero que está ahí de rodillas, delante de tí, i que, puestas sus manos, te bendice i te adora!

Caton era una ciudadano mui distinto a tu marido ¿no es cierto? Pues bien, Plutarco refiere que cuando Caton tuvo un hijo, lo abondonaba todo, aun sus mas precisos quehaceres, a ménos que se tratase del interes público, para correr al lado de su mujer, cuando lavaba i fajaba a su hijo.

¿Dicen que Caton gustaba del vino i era avaro? Le perdono la ánfora. Se embriagaba viendo beber a su hijo; i, si era avaro, era para costearle su ajuar.

No te digo esto para que tu marido le imite. Nó, señor. Ese bello espectáculo debe manteneros en el culto de las sobriedades; esta abundancia de su nodriza debe abrir en vosotros nuevas fuentes de jenerosidad.

¿Cómo pueden las mujeres ser coquetas, frívolas, atolondradas, culpables, cuando han sido nodrizas? ¿Cómo pueden los hombres ser malos, ingratos, pérfidos, cuando han visto su conciencia en la límpida mirada de un niño? Hartamos con nuestra leche a esos discípulos que llegan a ser nuestros maestros; ellos, en cambio, nos hartan con su inocencia. Son pequeños testigos i grandes jueces de nuestras acciones que abrigamos en nuestro seno.

Tú piensas en esto, hija mia, puesto que vas a educar a tu hijo, como yo te he educado. Comencé como tú principias; concluirás como yo terminé. No te dejé ni un solo dia; te he instruido con mis besos i mi leche, ántes de instruirte con las lecciones i los libros.

Hoi dia puedo retirarme. Ya nada tengo que enseñarte. Ese pequeñito doctor te inspira lo imprevisto. Eres una mujer amada, respetada en el mundo, adorada por tu marido; tienes un hijo en los brazos; eres madre i nodriza ¡estás completa! Te miro, te contemplo ¡se me dilata el corazon i quedo ámpliamente recompensada al contemplarte!

A tu vez, hija mia. Estás en buen camino. Tienes un compañero de viaje, induljente i firme como tu padre; puedes apoyarte en él, i el fardo que llevas en tus brazos es tan dulce, que no te sentirás nunca fatigada.

¡Anda, hija mia! Si ese ánjel llama a otros; si una *caterva* te enlaza, te enguirnalda, como en el cuadro de la Asuncion de Murillo, permanece risueña en medio de esta gloria maternal. Nunca maldigas tu fecundidad; ella acrecentará tus beneficios para con aquellos que un dia te pidan hijas modestas i buenas como tú misma lo has sido, o que desearán para sus hijas, jóvenes honrados i bien educados como lo será tu hijo.

¡Deja que los hogares impíos que fabrica la moda i que deshace el fastidio, blasfemen de la naturaleza, con sórdidos cálculos, i lamenten, como una inmensa calamidad, la llegada de un hijo, aun cuando, el recien venido, sea el primero i quizas el único!

Yo no seré la madrina de toda la nidada; está convenido. Llegaré, como buena abuela, cada vez que se me llame, orgullosa i alborozada de poder estrechar contra mi corazon i llenar de besos i de caricias, al nuevo retoño de mi Luisa, que bendigo desde el fondo de mi alma.

Ruperto MARCHANT PEREIRA.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

(A JUAN DE DIOS VIAL GUZMAN.)

¡Qué dulces, amigo mio, son los recuerdos! No sé si tú experimentes igual placer al mio, recorriendo con la imajinacion los sitios i los tiempos en que se deslizó alguna parte de nuestra vida; pero me parece que sí lo has de experimentar, porque creo que el recuerdo es bello por naturaleza, a causa de lo misterioso que de suyo es, i conozco lo poeta que eres, es decir, cuan sensible es tu alma i cuan delicada para percibir ese reflejo de la divinidad en la criatura a que se ha dado el nombre de belleza. Sea como quiera, i dejando filosofías a un lado, que mal se avienen con tu carácter i el mio, quiero darme el placer, que espero no sea molestia para tí, de apuntar en estas líneas algunos recuerdos que conservo grabados en la mente, con el cariño que tú sabes.

No hubiera deseado escribir recuerdos de viaje, que por lo comun no tienen interes alguno para los lectores; aunque naturalmente lo tendrán i mucho para quienes al escribirlos ven en ellos no solo los hijos de su mente, sino tambien un relato de que ellos mismos son héroes. Pero sea como quiera, no he podido resistir a la tentacion de recordar aquí aquel viaje que juntos hicimos, cuando el corazon i el deber nos lo exijian de consuno. Espero que tú, a lo ménos, leerás sin enfado estas líneas, que traerán a tu memoria aquello mismo en que tuviste tanta parte.

No soi de esos acérrimos enemigos de lo que se ha dado en llamar *literatura subjetiva*, tan en boga hoi dia i que ha dado a la española, siendo que aun esta escuela se halla en sus primeros albores, tantos frutos de belleza i gloria; nó, mil veces nó, así como me parece una majadería meterlo a uno, aunque para mas tenga fuerza, por el mismo camino que recorrieron con acierto nuestros antiguos, así tambien creo que es impertinencia i grande, exijir a todos los escritores que salgan de esa trillada i segura senda, para que se entren por esos mundos de Dios, del propio yo, a contarnos sus penas i sus goces, que pueden ser mui interesantes i divertidos para ellos mismos; pero que son, las mas veces, tontos e insulsos para sus desgraciados lectores. En el arte, como en los modales i en todo, creo que lo bueno está en ser moderado, dando a este epíteto todo el significado de que es capaz; es decir, que huyendo de los extremos busquemos los me-

dios, que es donde se halla la verdad, la belleza i lo natural: i ya sabes que la naturaleza es la maestra que debe siempre consultar i el dechado que ha de tener ante sus ojos, quien como el sabio i el artista desea enseñar la verdad, mostrar la belleza, deleitar el espíritu i aun ser agradable a sus semejantes.

Pero, amigo mio, ¿a dónde voi? Hablando, hablando, me he puesto a disertar sobre estética, que talvez no sea ni la mas fácil de hacer, ni la mas agradable de oir entre las muchas disertaciones que a la pluma se ofrecen. Dejando ambajes, vamos al grano.

Recordarás sin duda como yo, los largos i tristes dias que con nuestros inolvidables compañeros de viaje pasábamos acurrucados en los bancos del *Smokin-room* (nombre que no tiene en castellano la consagracion del recuerdo para nosotros) asidos con fuerza de las mesas para no estrellarnos con los fronteros, como ellos a su vez pugnaban para no venirse sobre nosotros a causa del violento vaiven de esa procelosa mar del sur, tan negra, tan imponente, tan inmensa, si tal puede decirse. Recordarás sin duda cuán silenciosos permanecíamos, sumidos en los recuerdos de la tierra que abandonábamos, de las familias que entónces oraban por nosotros, de los amigos que nos habian visto alejar con las lágrimas en los ojos, de ese conjunto sublime, síntesis de todos los amores, dulce cadena que ata el corazon al suelo, que se llama patria. Recordarás como tendíamos nuestra vista sobre esa negra mar llena de montañas i profundas cimas que se movian sin cesar, i buscábamos en vano un punto en que fijar nuestra mirada. Recordarás con que melancolía contemplábamos ese cielo oscuro i triste como nuestras almas, i no hallábamos siquiera un solo rayo de sol, de ese sol brillante de nuestro nativo suelo, de ese sol que calienta i regocija el alma, de ese sol que solo allí se sabe valorar. Recordarás, por fin, como despues de una violenta sacudida veíamos con secreto temor derrumbarse una montaña de agua sobre la cubierta de nuestro buque i saliendo todos de nuestros pensamientos exclamábamos: ¿Cuándo divisaremos tierra? ¿Cuándo entraremos al Estrecho? Esa tierra era con sus montañas un lejano reflejo de la patria, era entónces una necesidad de nuestros corazones i de nuestros ojos. Nuestras almas fatigadas por los recuerdos, como nuestros cuerpos cansados de su contínuo trabajo, necesitaban quietud i reposo.

El mar ajitado es imájen del pecho combatido por las pasiones; el mar tranquilo i nublado del Estrecho, cuyas nieblas rompe con dificultad uno que otro rayo de luz de mil colores, ese sí es imájen del recuerdo, triste i sombrío a las veces con uno que otro punto luminoso allá casi perdido entre las brumas; pero siempre dulce para el navegante fatigado i para el corazon aflijido.

¿Te acuerdas, amigo mio, de aquel dia en que resonaba por todas partes ¡tierra! ¡tierra! ¡Con qué placer mirábamos entónces allá, como las ilusiones de un sueño, dibujarse en lontananza las

sombras azulejas de los montes! Despues los Evanjelistas, aquellas cuatro majestuosas rocas, en que se estrellan furiosas las olas, i que parecen en medio de aquella inmensidad adelantarse al viajero para animarle, mostrándole algo fijo, algo que no vacila. ¡Admirable imájen de esas cuatro rocas contra las cuales luchan en vano las olas furiosas de los diezinueve siglos! Mas tarde el Cabo Pilar, con su mole negra, que se levanta de las aguas i esconde las agudas rocas de sus cumbres en nubes sombrías i tempestuosas! ¿Te acuerdas? Su vista inspira terror; pero al llegar a él sentimos admiracion por su majestad, placer con la cercanía de la tierra. En esos momentos mismos vimos un vapor a toda vela que pasó junto a nosotros. ¡Iba a la patria! Luego un rayo de sol cayó sobre el buque, como un rayo de consuelo habia penetrado en nuestros pechos. Un albatroz nos seguia con su pesado vuelo. Por cierto que no comprenderá todo lo que esto significa quien no se haya alejado de la patria, quien no se haya visto en la inmensa soledad de un mar siempre sombrío.

No me atreveré, por cierto, a intentar siquiera recordarte la belleza sublime de ese Estrecho en que parece que la naturaleza agotó sus primores, de ese Estrecho que será siempre la desesperacion del artista que ose remedarlo. Allí, en medio de sus canales, de sus infinitas islas, de sus montañas ora boscosas, ora desnudas e imponentes, de sus cascadas convertidas en columnas de nieve, de su sublimidad, en una palabra, el alma se anonada i columbra apénas aquella belleza que la pasma.

¿Te acuerdas con cuánto entusiasmo, Blánes, el gran pintor del Plata, intentaba robar una vislumbre siquiera de tanta marabilla para echarla sobre el lienzo? ¿Te acuerdas? Allí, sobre cubierta ¡cómo luchaba durante larguísimas horas en esa lid en que el artista ve, toca casi la belleza ideal i la gloria con ella, i no puede cojerlas i desfallece por fin! Nó, aquello no se puede pintar: si lo bello es un reflejo divino, aquella belleza, casi se atreve a decirlo mi pluma, es Dios lleno de resplandores, de majestad, i ¿qué pincel humano intentaria reflejar aun sus mas débiles fulgores?....

Allí deberian ir nuestros artistas en busca de ese tipo que la mente crea i que constituye lo que suele llamarse jenio; allí quien sienta entusiasmo por lo bello, por lo grande, por lo sublime.

Nunca podré olvidar, amigo mio, mis sentimientos de entónces, cuando en los canales tortuosos o en los tranquilos lagos veíamos juguetear los ballenatos arrojando al aire el agua convertida en menuda lluvia, pasar los delfines en numerosísimos cardúmenes, asomar por todos lados las focas sus cabezas chatas, nadar majestuosamente innumerables bandadas de cisnes i cruzar el aire i correr sobre las aguas aves acuáticas de los colores mas variados. Nunca podré olvidar aquel silencio, aquella melancolía, aquella majestad.

¿No recuerdas cuando en ocasiones parecia que los arcoiris ve-

nian a ceñir de una aureola nuestras cabezas o caminando delante de nosotros parecia que intentaban burlar nuestros deseos? ¿No recuerdas? ¡cómo se complacia la luz en dar los tintes mas variados i raros a los montes, a las nieves, a las aguas, a los árboles! ¡Oh, amigo mio, eso sí es grande! Allí sentí no tener la lira de un Byron, un Heredia, un Hugo o un Quintana, para haber dado salida al torrente de inspiracion que llenaba mi alma.

Pero lo que allí me sorprendió mas fué encontrar tanto primor, tanta belleza envueltas en ese manto sombrío de misterio i de melancolía que impide al espíritu comprenderlas i que por lo mismo les da tal atractivo i tal encanto.

Si la poesía griega soñó un rio que atravesaban las almas al salir de la tierra, no pudo ser, por cierto, mas bello, mas tranquilo, mas triste, mas majestuoso que éste.

La tristeza i lo misterioso son, puede decirse, la esencia de la belleza, tan unidos se hallan siempre i tan estrechamente enlazados están en la creacion entera. Tristeza i misterio, condiciones de lo grande i de lo bello, ¿no son acaso el natural resultado de lo que de suyo es la belleza? Si es ella un reflejo de Dios en la creatura ¿no es consiguiente que el alma limitada se sienta impotente para comprenderla? Hé ahí, entónces, el misterio de lo bello. Si el alma vislumbra en ese reflejo la beldad infinita de los resplandores divinos, ¿no debe angustiarse cuando no alcanza a apoderarse de esa beldad que es su objeto, su anhelo constante, su reposo único? Esa es, a mi ver, la causa de la tristeza que lo bello inspira.

No sé si es esta una ficcion de mi fantasía, pero entre la grandiosidad sombría del Estrecho i el sublime i tremendo númen de Shakespeare, el gran trájico del Norte, me parecia descubrir íntimas relaciones, estrecha semejanza. Ambos despiertan en el alma el mas hondo sentimiento de belleza, i ámbos ocultan con espeso velo de misterio, pensamientos, ideas, puede decirse, cuya grandeza la mente columbra apénas, pero que no puede apreciar ni comprender claramente.

¿No es verdad, amigo mio, que allí, al propio tiempo que sentíamos nuestra pequeñez, contemplábamos asombrados cómo se remontaban nuestros pensamientos a alturas desconocidas? ¡Marabilloso poder de lo grande, mostrar la pequeñez i sublimarla!

Pero cuando recuerdo aquellos sitios i aquellos sentimientos, se viene sin quererlo a mi memoria la imájen de los desgraciados séres que habitan esas soledades i que tan profunda impresion hicieron en nuestra alma. ¿Cómo olvidarlos? Siempre recordaré con angustia aquellos instantes en que vimos amarrado a uno de los árboles de la orilla un bote blanco, que sin duda tripulaban algunos infelices náufragos. ¿No habrian perecido allí transidos de frio o estenuados por el hambre? ¿No habrian sido pasto de la voracidad de los salvajes habitantes de aquellos bosques? El humo que se alzaba entre la espesura nos decia que

vivian aun, i que alcanzábamos a salvarlos de su horroroso destino. ¿Te acuerdas, amigo? ¡Con qué fuerza palpitaban nuestros corazones en tanto que se detenia el vapor i hacia las consoladoras señales!

Un momento despues el bote, impelido por seis remos, cortaba blandamente la serena superficie de aquella hermosa ensenada. Por medio de nuestros anteojos, vimos con admiracion que sus tripulantes eran unos infelices indios de la Tierra del Fuego. Aquel bote, reliquia del naufrajio del *Santiago*, pertenecia entónces a aquellos desgraciados.

Me parece que aun tengo ante mis ojos aquellos hombres completamente desnudos, de cuerpo enjuto, de formas atléticas, de color bronceado, que tendian hácia nosotros sus manos, i se asian de los cabos del buque ladrando su salvaje dialecto i pidiendo "tabacj," como parecian decir. Todos tiritábamos, a causa del frio glacial que conjelaba la lluvia, i ellos, ájiles i contentos, parecian insensibles a la intemperie de que no los guardaba la tiesa capa de pieles que colgaba de sus gargantas hácia la espalda i que ávidos cambiaban a nuestros marineros por un poco de galleta o de tabaco. ¿No conservas, como yo, grabados en tu memoria, aquellos rostros extraños, adornados con una espesa cabellera negra, teñida de color encarnado en torno a la coronilla de la cabeza? ¿No recuerdas aquel, que sentado en la popa del bote parecia ser jefe de aquella pequeña tribu, por los colores que teñia su cara, por el respeto de sus compañeros hácia él i por la salvaje majestad de sus movimientos? ¡Ah! lo que sobre todo no habrás podido olvidar será aquella infeliz mujer que, echada en el fondo de la embarcacion, semejante a una bestia, no cesaba de arrojar fuera el agua con ese balde o escudilla de cuero. ¿Te acuerdas de los jestos salvajes que hacia su rostro, hablando sin cesar, riendo i mostrando su enorme boca en que brillaba una fila de blanquísimos dientes que habian roido talvez huesos humanos. ¡Oh! allí fué donde comprendimos cuán grande bien es la civilizacion, allí conocimos al hombre-bestia, a la mujer esclava de esa fiera, a la humanidad sumida en la mas degradante i asquerosa barbarie. Ciertamente entónces i solo entónces comprendí el sobrehumano sacrificio de los santos misioneros que van gustosos a sepultarse en medio de esas manadas para recibir, en pago, de ellos, horrible muerte, i odio i calumnias, de hombres que osan llamarse tales.

Pero dejemos, amigo mio, un recuerdo que fatiga el espíritu, como una pesadilla nocturna; alejámonos de esa escena, vergüenza de la humanidad, como nos alejamos entónces, miéntras esos desgraciados se disputaban nuestros regalos i prorrumpian en salvajes carcajadas al mirarse ridículamente vestidos con algunas ropas de las que les arrojamos.

Con el corazon oprimido i llena el alma de tristes ideas, los vimos quedar mas i mas léjos.

En una hora mas llegaríamos a Punta Arenas, último recuerdo de la patria, perdido en aquellas soledades. Allí debíamos enviar en nuestras cartas nuestros últimos adioses a las prendas de nuestro cariño.

¡Las cartas a la patria! ¡Ah! eso se siente, la pluma no lo describe! Esas cartas encierran un tesoro de recuerdos, de ternura, de amor; esas cartas, escritas con lágrimas, irán a los lugares benditos de nuestra dicha; verán a esos séres, encanto de nuestra vida, les harán sentir los latidos de nuestro corazon, los anhelos de nuestro pecho, las angustias de nuestro cariño; pero esas cartas son incapaces de declarar lo que significa una sola de las innumerables lágrimas que sobre ellas han caido.

Pero, amigo mio, ¿a qué seguir? Esto no se pinta; ¡tú lo conoces, porque tú las escribiste léjos de la patria!

Un cañonazo nos anunció que anclábamos en Punta Arenas. ¿Te acuerdas del pintoresco aspecto de aquel pueblo medio recostado a orillas del mar, sobre una suave pendiente, i sobre todo de aquellas casitas blancas, perdidas, diseminadas aquí i allá entre troncos derribados i bosques jigantescos? ¡Cuánto deseamos entónces recorrer las calles de esa ciudad escondida entre la barbarie, atravesar en el ferrocarril, que conduce a las minas de carbon, aquellas soledades poco ha holladas únicamente por los salvajes i por el ájil huanaco!

Pero aquella molesta llovisna que nos impidió a nosotros bajar a tierra, no fué parte a estorbar que vinieran a nuestro buque innumerables vendedores de lindas pieles que habian comprado a los indios. ¡Cuánto nos molestó entónces la continua i porfiada instancia con que pretendian hacernos comprar ora las amarillas i sedosas pieles de huanaco; ora las de cisne, mas blancas que las de armiño; ya las suavísimas de nutria; ya las artificiosamente formadas de infinitos colores, que los indios arrancan a las aves de los canales i combinan conforme al gusto de su salvaje usanza! ¿Pero te acuerdas cuánto nos repugnó el aspecto siniestro de aquellos mercaderes, la jerga ininteligible de que se valian para convenirse entre sí, i aquella estrecha fraternidad que mostraban con los españoles e italianos, tratados para explotar las minas, que mas parecian bandidos arrancados a los bosques que obreros pacíficos i honrados?

¡Qué dulce es, en medio de la oscuridad, divisar a la distancia las luces que nos anuncian la cercanía de hogares de familia, de hombres. Aquella dulce noche no la olvidaré: cuando balanceados levemente por el mar dormido, divisando las luces de la costa, conversábamos en la cámara con algunos amables habitantes de Punta Arenas i recibíamos avergonzados sus obsequios i sus favores. ¿Recuerdas el entusiasmo con que hablaban del brillante porvenir de la colonia, de su saludable clima, de su fértil suelo, de la riqueza de sus minas carboníferas i, sobre todo, de los inmensos bosques de su bellísimo territorio?

Pero, amigo mio, ¿a qué estenderme tanto en relatar lo que tú mejor que yo debes conservar en la memoria, lo que no has podido olvidar? ¿A qué recordarte la tristeza con que al siguiente dia nos hallamos ya léjos del postrer recuerdo de nuestro Chile, con que mirábamos abrirse poco a poco las riberas no ya fértiles i montuosas, sino áridas, bajas i tristísimas; con que contemplamos i vimos desaparecer, por último, ese cabo de las Vírjenes, que como una larguísima muralla parece que intentara cerrar el Estrecho i ocultarnos a la codicia de la Europa.

¡Despues el Atlántico! Sin riberas como el mar del olvido, no logró, a pesar de la claridad de su cielo i del claro verde de sus aguas, dar a nuestro pecho aquel dulcísimo consuelo del peregrino, aquel alivio del desterrado.... ¡nada habia allí de nuestra patria! Esas olas no irian a besar sus costas, esas brisas desfallecerian en la pampa, en ese cielo no brillaba nuestra estrella, en esa inmensidad no se ostentaba nuestra hermosa bandera.

Mas tarde, sobre el callado Plata, vimos muellemente tendida a Montevideo, la hermosa Montevideo. Allí habíamos de encontrar fraternal cariño, pero allí quedó nuestro amigo; i volvimos solos, i cuando por la noche, reunidos en sabrosa plática vimos su asiento vacío, todos los labios repiten su nombre, todos los corazones palpitan a su recuerdo i.... ¡no podremos olvidarte hermosa Montevideo!

Santiago, 21 de Junio de 1875.

RAIMUNDO LARRAIN C.

POETISAS CELEBRES.

TRES LIBROS.—POETISAS AMERICANAS.—CAROLINA FREYRE.—LUISA PEREZ.—LA AVELLANEDA.—LAS MEJICANAS EN EL LIBRO.—TAREA APLAZADA.

(De LA REVISTA UNIVERSAL de Méjico.)

Hai tres notables libros en la mesa humildísima de Orestes. Llámase uno *Poetisas Americanas*, i está impreso en Paris. Son los otros *Pájinas de versos*, de Antenor Lescano, i *Datos para el estudio de las rocas mesozóricas de Méjico*, por Mariano Bárcena.

Garantizan estos dos últimos nombres lo que hacen, i autoriza la coleccion de *Poetisas* el señor don José Domingo Cortés, mui distinguido publicador de buenos libros de América, i él, a su vez, atildado i pulcro hablista. No ha dado espacio a sus tareas Cortés desde que comenzó en ellas en Paris: colecciona i da a luz cuanto de bueno se ha publicado en las Repúblicas Sur Americanas, i hoi mismo fatiga las prensas con un lujoso Diccionario Biográfico-Histórico de hombres i cosas de America, que tendrá de seguro en los paises meridionales hermanos, la aceptacion que es ya usanza que allí tenga todo lo que hace José Domingo Cortés.

Pero ¿anduvo tan escrupuloso como de sus talentos i buena práctica era de esperar en la coleccion de *Poetisas Americanas*, que en una edicion bellísima presenta? ¿No ha olvidado en el libro a algunas poetisas distinguidas? ¿No ha sido la fama pública consejera un tanto ciega, en vez de lo que de una nueva e intelijente coleccion hubiera sido de esperar? Un tanto confuso habria de verse Cortés, a haber de responder a estos justos cargos,—que hai en su libro espacio en demasía para las unas, breve e injusto espacio para otras, i para muchas un tanto desacertada i desfavorable eleccion. Quejárase, por ejemplo, con derecho bonísimo la señora Carolina Freyre de Jaimes, mui elegante escritora en prosa i a las veces inspirada i no comun poetisa: hai de ella en el libro de Cortés una mediana poesía relijiosa, de inspiracion difícil i vaga, de forzada i dura entonacion, que no da por cierto idea de la hábil i seductora manera con que maneja la escritora peruana el habla riquísima española.

Ni fueran infundadas las querellas de una poetisa de Cuba, *Luisa Perez de Zambrana*, si tuviera su alma delicada costumbres de reproches i resentimientos. Es Luisa Perez pura criatura, a toda pena sensible, i habituada a toda delicadeza i jenerosidad. Cubre el pelo negro en ondas sus abiertas sienes; hai en sus ojos grandes una inagotable fuerza de pasion delicada i de ternura: pudor perpétuo vela sus facciones puras i gallardas, i para sí hubiera querido Rafael el óvalo que encierra aquella cara noble, serena i distinguida. Cautiva con hablar, i con mirar inclina al cariño i al respeto. Mujer de un hombre ilustre, Luisa Perez entiende que el matrimonio con el esposo muerto dura tanto como la vida de la esposa fiel. ¡Cuán bellos versos son los suyos, que Domingo Cortés copia, inferiores, sin embargo, a muchos de los que Luisa Perez hace! Llámanse los del libro de *Poetisas, Dios i la mujer culpable;* pero a fé que no es esta paráfrasis la que debió escojer Cortés para su libro: ¿no ha leido el hablista americano *La vuelta al bosque* de Luisa? Ramon Zambrana habia muerto, i la esposa desolada pregunta a las estrellas, a las brisas, a las ramas, al arroyo, al rio, qué fué de aquella voz tranquila que le habló siempre de venturas, de aquel espíritu austero que hizo culto de los ajenos sufrimientos, de aquel compañero amoroso, que

tuvo para todas sus horas castísimos besos, para sus amarguras apoyo, i para el bien de los pobres suspendidas en los labios consoladoras palabras de ciencia? I nada le responde el arroyo, que corre como quejumbroso i dolorido; lloran con ellas las brisas, conmovidas en las rumorosas pencas de las palmas; háblanle de soledad perpétua los murmullos del bosque solitario. Murió el esposo, i el bosque, i los amores, i los palmas, i el corazon de Luisa han muerto: ¿por qué no copió Cortés estos versos de una pobre alma sola que oprimen el corazon i hacen llorar?

Cortés llena, en cambio, mui buena parte de su libro con las composiciones conocidas de la poetisa Avellanada. ¿Son la grandeza i la severidad superiores en la poesía femenil a la exquisita ternura, al sufrimiento real i delicado, sentido con tanta pureza como elegancia en el hablar? Respondiérase con esta cuestion a la de si vale mas que la Avellaneda, Luisa Perez de Zambrana. Hai un hombre altivo, a las veces fiero, en la poesía de la Avellaneda: hai en todos los versos de Luisa un alma clara de mujer. Se hacen versos de la grandeza; pero solo del sentimiento se hace poesía. La Avellaneda es atrevidamente grande; Luisa Perez es tiernamente tímida.

Ha de preguntarse a mas, no solamente cuál es entre las dos la mejor poetisa, sino cual de ellas es la mejor poetisa americana. I en esto, nos parece que no ha de haber vacilacion.

No hai mujer en Jertrúdis Gomez de Avellaneda: todo anunciaba en ella un ánimo potente i varonil: era su cuerpo alto i robusto, como su poesía ruda i enérjica: no tuvieron las ternuras miradas para sus ojos, llenos siempre de extraño fulgor i de dominio: era algo así como una nube amenazante: Luisa Perez es algo como nube de nácar i azul en la tarde serena i bonancible. Sus dolores son lágrimas, los de la Avellaneda son fierezas. Mas: la Avellaneda no sintió el dolor humano: era mas alta i mas potente que él: su pesar era una roca: el de Luisa Perez, una flor. Violeta casta, nelumbio quejumbroso, pasionaria triste.

¿A quién escojerias por tu poetisa, oh apasionada i cariñosa naturaleza americana?

Una hace temer: otra hace llorar. De la Avellaneda han brotado esos versos soberbiamente graves:

"Voz pavorosa en funeral lamento,
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia; tristemente
En son confuso lo dilata el viento:
El dulce canto en mi garganta hiela,
I sombras de dolor viste a mi mente."

I cuando álguien quiso pintar a Luisa Perez, ornada de atributos de gloria i de poesía, aquella lira de diezisiete años tuvo estos acordes suaves i modestos:

"No me pintes mas blanca ni mas bella;
Píntame como soi: trigueña jóven,
Modesta, sin belleza i si te place,
Puedes vestirme, pero solamente
De muselina blanca, que es el traje
Que a la tranquila sencillez del alma
I a la escasez de la fortuna mia
Armoniza mas bien: píntame en torno
Un horizonte azul, un lago terso,
Un sol poniente cuyos rayos tibios
Acaricien mi frente sosegada:
Los años se hundirán con rauda prisa,
I cuando ya esté muerta i olvidada
A la sombra de un árbol silencioso,
Siempre leyendo encontrarás a Luisa."

Lo plácido i lo altivo: alma de hombre i alma de mujer: rosa erguida i nelumbio quejumbroso: ¡delicadísimo nelumbio!

*
* *

No pudo ser Méjico olvidado en la coleccion de José Domingo Cortés, i son sus poetisas el ornato mejor de este libro, tan precipitado como hermosamente hecho.

Allí se leen versos bellos de Esther Tapia de Castellanos, de Mercedes Salazar de Cámara, de Dolores Guerrero, de Isabel Prieto de Landázuri. I ¿no podria la inspirada Soledad Manero reclamar un puesto distinguido en este libro de las Musas, que con la mui notable suya indudablemente hubiera honrado?

Leénse en las *Poetisas* dos odas de Esther Tapia, entre nosotros conocidísimas i justamente renombradas, *Al Jenio* una, i *A Dios* otra; allí hai de Isabel Prieto su tierna *Caida de las Hojas;* de Dolores Guerrero lindos pensamientos *A una Estrella;* de Mercedes Salazar, sonoros versos *Para el álbum de Ofelia Prisé.*

En verdad, que con haber andado con tanto desaliño en la eleccion todavía fuera difícil a las poetisas de otras Repúblicas competir con las muestras que de las inspiradas mejicanas trae el libro. Hai entre las de Chile una oda valentísima de Mercedes Marin de Solar: hai entre las colombianas, los versos de *Edda* enamorada, que a vueltas con el tiempo inflexible parecen ser obra del poeta Rafael Pombo, el de los versos al Magdalen de un rumor blando, el fácil bardo de la patria de Gregorio Gonzalez, el mui fiel i cariñoso amigo de nuestro buen pintor Gutierrez.

Recuerdan a Cuba en la coleccion, no solamente la Avellaneda i Luisa Perez, sino Julia, la hermana de Luisa, con una mui bella oda a la tarde; Mercedes Valdés Mendoza, la de versos fáciles i llenos; Ursula Céspedes, ora valiente i correcta, ora desa-

liñada i quejumbrosa; Luisa Molina, de poesía doliente i meditabunda.

Muéstrase Colombia rica en hijas que la honran: Josefa Acevedo, Leonor Blander, Isabel Bunch, Ubaldina Dávila, Amelia Denis, Elena Lince, Cármen Balien, Agripina Montes, Mercedes Párraga, Samper de Ancízar i Mercedes Suarez, grupo bello, en verdad, en quien suple la inspiracion fácil i suave, lo que en lo comun tiene en su estilo de amanerado e incorrecto.

I seguiria aquí enumerando el boletinista cuanto digno de leerse i recordarse tiene el libro, si no pensara que ha de ser para sus lectores cosa mucho mas agradable que su lijerísima reseña, hacer por sí propios conocimientos de las bellezas que se callan en el libro de *Poetisas*, que tan bien ha de estar en toda biblioteca de mujer.

***

Ni espacio habia tampoco para mas comentarios. Pensó Orestes al comenzar que diria de Antenor Lescano todo lo bueno que sus *Pájinas* merecen, i de Mariano Bárcena, elojios afectuosos i merecidísimos; pero en esta tarea agradable, que se reserva para cuando le quepa en turno dar quehacer fatigoso e inútil a sus pacientes i benévolos lectores.

ORESTES.

PACIENCIA.

(A MI AMIGO DON FEDERICO CERVI CAMPASOL.)

Paciencia viene del latin *patior*, padecer.

De ahí que la paciencia difiere de la apatía i de la indolencia como un corazon difiere de una roca.

La indolencia vejeta, cubierta de las telarañas del tedio, carcomida por la broma como la nave estacionaria.

Esperanza es aguardar suavemente consolado; paciencia es aguardar sufriendo. El arte de vivir consiste en saber endulzar la paciencia con la esperanza.

La esperanza es el lenitivo de la paciencia, i la resignacion su alegría, el goce del padecimiento.

La paciencia no es la quietud. Lanzad al aire una piedra, i exijidle que se detenga en la mitad de su descenso, ántes de haber llegado al suelo, que es su único reposo.

La paciencia no es la impasibilidad. Exijid a un hueso dislocado que no cause dolor.

Quien dice paciencia, dice anhelo refrenado, dice padecimiento soportado.

Sin la paciencia, cada hora es una ascua, cada minuto un siglo interminable.

Alguien ha dicho que el jenio es la paciencia; yo digo que la felicidad es la paciencia. Me fundo en que, en esta nuestra vida, o estamos bajo el peso de una tribulacion o aguardamos con el frenesí de un sediento una dicha que hemos soñado. I no pocas veces sucede que ámbas cosas nos atormentan a la vez.

He dicho *atormentan* porque tan bien merecido tiene la vida su nombre de *valle de lágrimas*, que hasta la felicidad nos hace desgraciados. La felicidad que dejamos atras envuelta ya en la bruma del recuerdo, tiene para nosotros toda la amargura del bien perdido. La felicidad que columbramos o nos finjimos velada por la bruma del porvenir, nos hace padecer el suplicio de Tántalo; la una pasó, ya no es; la otra tarda, tarda mucho en ser.... ¿Será alguna vez?.... ¡Arcano!

Para ser felices necesitamos saber soportar i saber aguardar: necesitamos paciencia.

Cuando se desata sobre nuestra cabeza la tormenta de la tribulacion, el instinto animal nos aconseja huir.... ¡como si el viajero de la vida pudiera escapar de esa tormenta! Cuando el dolor nos visita, el instinto aconseja evitarlo o, cuando mas no se pueda, aborrecerlo i maldecirlo. La paciencia enseña a agazaparse bajo la nube tormentosa de la tribulacion, enseña a trabar amistad con el dolor.

La imajinacion es una gran enemiga de la paciencia. Es la imajinacion quien se desespera por volar en alas del relámpago del deseo, miéntras la paciencia se resigna a marchar al paso del lerdo carro del tiempo. Son dos impulsos contrarios que forcejan en perpétua lucha.

La imajinacion (sea dicho con perdon suyo) es una loca de atar; el corazon, que es un perdido enamorado de esa loca, la sigue con los ojos vendados. ¿I quién podrá decir los descalabros que ocasionarian esa loca i ese loco, si no interviniera esa loquera que se llama paciencia?

No sé para qué se necesite mas paciencia: si para vivir una vida erizada de padecimientos o para vivir una vida en que nada se siente.

No sé cuál corazon sea mas infeliz: si el que está acribillado de heridas, ensangrentado i jadeante o el que está petrificado.

La monotonía es tan poderoso enemigo de la paciencia, que llego a creer que, si el corazon humano viviese en dicha perpétua, la dicha se convertiria en infelicidad. Paréceme, por esto, que Dios cuida de diversificar, matizar i sazonar la vida alternando los goces i los padecimientos, bien así como el pintor alterna en la tela la luz i las sombras, como el músico alterna en la armonía las consonancias con las disonancias.

El tiempo es el molejon de la paciencia i el aguijon de la impaciencia. I contra el influjo adverso del tiempo sobre la paciencia no hai mas remedio que el trabajo. Hai dos clases de pereza: la pereza ociosa i la pereza veleta. La primera es hija de la indolencia; la segunda es hija de la impaciencia. El remedio contra ámbas perezas es la paciencia.

De todo lo dicho colijo que, si vivir es padecer, aguardar, trabajar, sufrir el tiempo, para nada se necesita mas paciencia que para vivir.... si se exceptúa la que ha tenido que gastar el lector para llegar hasta este punto final.

Santiago, 8 de Diciembre de 1875.

RAFAEL B. GUMUCIO.

FLORES DE ANTAÑO.

(A MIS CONDISCÍPULCS DE COLEJIO.)

¡Veinte años, ai! veinte años
Desparecer he visto indiferente!
Perdidos van entre la densa bruma
Del tiempo volador, las ilusiones
Que arrullaron mi mente
Huyen flotando cual la leve espuma
Que arrastra inexorable la corriente.
Allá van en innúmeros jirones
Mis sueños adorados,
Mis plácidas visiones,
De mi feliz niñez, caros blasones.

I ¿qué he dejado atras? Luz indecisa,
Flotantes nieblas de color sombrío
Que el sol de los recuerdos tibio dora:
Tambien lágrimas deja en su rocío
I no toda es placer la blanca aurora.

Esas, que el tiempo devoró inflexible,
Fugaces horas de contento i gozo,
¿Qué huellas estamparon
De mi alma en el recinto misterioso?
¿Resta algo de ellas hoi?—Sí, que la vista
Vuelvo al claro fanal de mi memoria
I en él descubro, cual lozanas flores,
Bellos recuerdos de soñada gloria.
Dulcísimos rumores
Llegan a mi alma i vagas armonías
Que se apagan en triste resonancia,
Son los flébiles cantos de otros dias,
Es el eco perdido de mi infancia.

Allá léjos diviso
En rico panorama
Mis años de colejio.... Amigos mios,
Ceñid mi frente con la verde rama
De esos erguidos árboles frondosos,
Que en horas de solaz i desvaríos
Sombra a nuestra amistad dieron piadosos.

Vamos allí otra vez: rústico albergue
Nos prestarán, en tanto
Que el sol extiende sobre la ancha esfera
La augusta pompa de su rojo manto.
Vamos allí: de nuestra edad florida
Todo nos hablará; esa aura leve
Que el suelo apénas a besar se atreve,
Es la misma que oyó nuestros suspiros,
Que sonrió con nosotros de contento,
La que en revueltos, caprichosos jiros
Llevó quién sabe a donde nuestro acento.
I esa campana.... siempre a nuestro oido
Resonó con distintas vibraciones:
Si anunciaba el contento era serena,
Lúgubre si anunciaba horas de pena.
Tal es la acerba lei que al hombre rije
Entre el vaiven de desventura tanta;
Maldice al tiempo si el dolor le aflije,
Bendice al tiempo si el placer le encanta.

. . . . . .

Mis maestros tambien.... ¡Oh! nó, mis padres,
Los que enseñaron a mi tierna infancia
El único sendero
Que conduce hasta Dios; los que benignos,
De la ciencia el clarísimo lucero
Coronado de eternos resplandores,
Mostraron a mi mente, en la ignorancia
Antes adormecida, i sus horrores.

Cárcel oscura, la sagrada escuela,
Otros la llamarán, nó, yo no puedo
Sin gozo ver la luminosa estela
De ciencia i de virtud, que ella ha dejado
Grabada en mi razon. Aun hoi exhala
Mi corazon la misteriosa esencia
De esos años de cándida inocencia.

Allí por vez primera saludamos
Los venerables nombres
De aquellos séres de inmortal memoria
Que el jenio del saber meció en sus alas,
Colosos de la historia,
De la estirpe del hombre réjias galas.
Allí fluctuó nuestra alma
Entre el canto sublime de Isaías
I el acordado estrépito de Homero;
Jimió con los amantes
Suspiros del Petrarca, i la aureöla
Fúljida, contempló del gran Cervántes,
Que el cielo de las letras arrebola....

Venid caros amigos i vivamos
Con la pasada vida.
Dejemos que nuestra alma el cruel letargo
Sacuda del presente,
I en locos devaneos distraida
Olvide el peso amargo
De la azarosa realidad. La dulce,
La eterna lozanía
Otra vez respiremos de Virjilio....
Ved.... el pasado siempre es un idilio,
I la vida presente una elejía.

¡Dejad el porvenir!.... lóbrego arcano
Que envía apénas tímida vislumbre ..
¡Ah! no lo interrogueis, que será en vano!
Radiante luminar de clara lumbre
Teneis en lo que fué ¿por qué atrevidos

Sondear quereis lo que será? El Eterno
Nos mostrará el camino,
Del mundo entre el revuelto torbellino.

De la expirante aurora los destellos
Por el oriente aun vagan,
Saludemos ¡oh amigos!
A esos últimos rayos que se apagan.
Juntos, un himno nuestro pecho vierta
A esos reflejos de una edad ya muerta.
Alzemos todos hasta Dios un himno....

. . . . . .

Mas uno ¡ai! no responde
De la amistad al cariñoso acento,
¿Dónde se oculta? ¿dónde?
¿Por qué su voz, presajio de bonanza
No viene a confundirse en mi lamento
I a reanimar, cual ántes, mi esperanza?
¡Ai, Dios! la fatal hora,
Fatal para nosotros, en el cielo
Pausada resonó, i al bajo mundo
Tendió su raudo vuelo
El ánjel de la muerte, i en profundo
Sopor hundió a mi amigo, (1)
Del gozo de los ánjeles testigo.

Desde entónces mi planta
Posé mas de una vez sobre esa tumba,
Donde la voz del cielo se levanta
I el mundanal bullicio se derrumba.
Desde entónce, al rogar por mi precaria
Existencia, en la noche silenciosa,
El eco de mi férvida plegaria
Muchas veces jimió sobre su losa.
Tras tan ruda vijilia de dolores
Duerme el sueño del bien, mi dulce amigo,
En tanto que nosotros recorremos
Esas horas de luz i de belleza
Que de nácar tiñó nuestra pureza....

. . . . . .

¿Os acordais? Entónces
Bellísimas quimeras, blandos sueños
Los prístinos albores
De nuestra juventud acariciaban,

(1) El intelijente i virtuoso jóven Joaquin Cámus, cuya temprana muerte deploramos cuantos tuvimos la fortuna de conocerlo i honrarnos con su amistad siempre sincera.

Las gracias, los amores,
Falaces i halagüeños,
Delicias regalando, jugueteaban
A nuestro alrededor: la fantasía
Iluminada por la luz mas pura
Un encantado albergue parecia....
Bosques inmensos de eternal verdura,
Praderas aromadas
I fuentes cristalinas
En cuyas ondas plácidas soñaban
Sueños de juventud, ninfas divinas.
A nuestros piés tendia la fortuna
De innumerables triunfos los despojos,
I al tibio rayo de la casta luna
Entrevian un ánjel nuestros ojos.
Émulos de la gloria nos soñamos,
Tras la ventura con ardor corrimos,
I estrecho el mundo a nuestro anhelo hallamos,
I breve el tiempo para amar creimos....
¡Ah! si la dicha, si la gloria humana
No es solo un vano i seductor miraje.
Llevadme, amigos mios,
Llevadme a ese paraje
Que vislumbré desde mi edad primera;
Llevadme a esas rejiones
Donde suspira eterna primavera
Mecida en grata calma,
Allí do toman sér las ilusiones,
Allí do cesa de anhelar el alma.
Quiero que bese la jigante gloria
Mi enardecida frente,
Hollar quiero esos lauros inmortales
Con que adornó sus sienes la victoria;
I en bellas espirales
De luz resplandeciente
La dicha envuelva mi abatida mente.

Dejadme delirar; la vida toda
¿No es un constante anhelo?
Nunca la torpe realidad la enloda
Hasta abatir del alma el libre vuelo,
Que es el delirio la intuicion de un cielo;
Es una chispa errante
De un sol que alumbra incógnitos edenes,
Vivísima centella
Que enciende con su llama rutilante
Ese limbo que esconden nuestras sienes.
Como la nave audaz que, ansiosa, vuela

Hácia el faro que brilla en lontananza,
Solo delira el que ambicioso anhela,
Solo el que anhela la ventura alcanza.
Dejadme delirar.... mas nó, que el mundo
En alas ¡ai! del tiempo
Rodando sigue entre infinitos males,
I ensordece la vida, el iracundo
Fragor de las tormentas mundanales.
¿Qué importa delirar, si nuestra vida
No ha de volver atras?.... con la careta
De la risa cubramos nuestro llanto,
No vea el hombre nuestra vista inquieta,
No aumenteis con el vuestro su quebranto....
.....¿Qué, a nosotros ahora,
Prepara el porvenir? Amigos mios,
Estrechemos por siempre en lazo amante,
De la amistad la noble confidencia,
I boguemos, boguemos adelante
Sin mas faros que Dios i la conciencia.

1875.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

EL SEÑOR DON FEDERICO CERVI CAMPASOL.

UN VOTO QUE VALE.

Completamente legos en el arte musical, no hemos podido apreciar nosotros en el distinguido señor Cervi sino el mérito del literato i sobre todo las estimables cualidades del hombre; pero, en presencia del artista, no hemos hecho mas que gozar i admirar. Ahora tenemos la satisfaccion de publicar un voto por de mas autorizado sobre las dotes artísticas de nuestro distinguido amigo.

Otro respetable i simpático amigo nuestro, veterano del arte musical i de la patria en Chile, e igualmente conocido como artista i como escritor, cuyo nombre no estamos autorizados a re-

velar, pero a quien por fortuna descubrirá su estilo, que es su mejor firma, nos dirije la siguiente carta, solicitando su publicacion como un acto de estricta justicia.

Dice así:

"Señor don Rafael B. Gumucio.

"Estimado amigo: He tenido el gusto de oir al señor don Federico Cervi Campasol, que es mui notable compositor i profesor de piano i de flauta.

"En ámbos instrumentos ejecutó trozos de su composicion de distintos estilos, i en todos ellos me hizo admirar la novedad de los motivos, sus vastos conocimientos científicos de la armonía i su diestrísima ejecucion.

"El señor Cervi no es de aquellos músicos de quienes dice Breton que solo saben el *do, re, mi, fa, sol;* es un hombre de aventajada ilustracion i de finos modales.

"Tiene un defecto, sin embargo, defecto poco comun en el dia: es excesivamente modesto, a pesar de que, sin orgullo, podria gloriarse de ser uno de los mas distinguidos alumnos del Conservatorio de España, su patria, i un discípulo que honra al gran Slava, el primer compositor de música sagrada en el dia.

"Aconsejen Uds. a las personas que quieran aprender pronto, es decir, aprender bien, composicion, flauta o piano, que se apresuren a aprovechar las aptitudes del señor Cervi para la enseñanza de esos ramos.

"Le agradecería que diera Ud. publicidad a esta carta. Es un acto de justicia.

"Me repito su afectísimo amigo

O. O."

A los respetables conceptos que contiene la carta precedente, nada podriamos agregar, i nos limitaremos a felicitar a la sociedad de Santiago por la adquisicion que ha hecho con el señor Cervi i a desear que sepa aprovecharse de él.

RAFAEL B. GUMUCIO.

LEOPOLDO BURON

ACTOR DRAMÁTICO.

III.

Hemos apuntado lo poco que sabíamos de la vida artística de Buron i vamos a dar en seguida nuestra opinion acerca de sus trabajos i de las dotes que lo distinguen.

A primera vista se conoce que, una carrera de solo doce años, por brillante que sea, no alcanza a formar lo que se llama un maestro. Leopoldo Buron está en el camino de la gloria, avanza en él con felicidad i llegará en pocos años mas, si sabe aprovechar los previlejiados dones con que el cielo lo ha enriquecido, a conquistar un renombre envidiable entre los primeros artistas modernos.

Cada actor tiene sus especialidades i la de Buron consiste en el acertado desempeño de los papeles trájicos. La comedia, con su fino gracejo, su movimiento i su travesura no se ha hecho para él. No es tampoco de su cuerda la expresion de los afectos tiernos i delicados que hacen el encanto de la vida i las delicias del corazon. Buron de galan es un buen actor, agrada oirlo; pero nada mas, aunque él siempre sepa elevarse sobre los artistas vulgares. Igual cosa le sucede en los papeles cómicos. Su acento incisivo i nervioso, su mímica misma están revelando que no nació para hacer reir. Otro es su destino i en otro lugar deben buscarlo los que quieran apreciar sus méritos en su verdadero valor.

Dadme a Buron haciendo el papel del jóven mayorazgo catalan en el drama *L'Hereu* de Retes i Echeverría; mostrádmelo en esas terribles luchas de un alma destrozada por pasiones devoradoras, combatido de un lado por la intensidad de un amor hasta no mas enérjico, i del otro por la voz del deber i los gritos de la conciencia que le manda ahogar el odio injusto que abriga contra un hermano que es a la vez su rival, i oyendo a cada instante los lamentos de una madre querida a quien ese odio hace desgraciada; presentadmelo así i os diré: ese hombre es un artista.

La representacion de *L'Hereu* fué para nosotros inolvidable. Tiene ese drama situaciones que parecen creadas expresamente para el jenio de Buron. El carácter de Pedro, mezcla de jenerosidad i rencor, está perfectamente sostenido desde el principio hasta el fin. Buron lo interpreta con raro talento, sobre todo en el último acto, en los momentos de lucha terrible en que Pe-

dro vacila por un instante en librar a su hermano del lazo que le tendia un hombre vil, hasta que aceptando al fin el sacrificio corre a salvar a Jaime de su traidor enemigo. ¿I qué diremos de su actitud, de la inflexion de su voz, del extravío de su mirada en el momento en que pregunta a su hermano si él es su rival? Aquel *¿tú?* pronunciado por Buron, era inimitable.

Haciendo en el *Valentin el guarda-costas* el papel del viejo i abnegado marino Balbrut, tuvo rasgos felicísimos, sobre todo cuando el noble i leal corazon del protagonista se niega a aceptar ni por un momento el que su hijo adoptivo se haya manchado cometiendo un infame robo.

Buron nos ha dado tambien un drama de Tamayo i Baus, cuyo mérito literario hemos oido juzgar de diversas maneras. *El sueño de un malvado*, que tal es el título de la pieza, nos agradó como obra poética, tanto por su buen lenguaje como por la patética situacion en que el autor ha colocado a la jóven protagonista. Lúcas, el malvado que acaba de asesinar al amante de Ines, descubre su crímen en un ataque de sonambulismo, precisamente en los momentos en que la misma Ines va a ser llevada a la cárcel como reo del asesinato. El papel de Lúcas proporcionó a Buron situaciones en que lucir, situaciones que el artista supo aprovechar con ventaja. ¡Qué magnífica declamacion! ¡qué bien pintaba el extravío de la razon i el horror de los remordimientos! ¡cómo hacia estremecerse al público al confesar el poder de la conciencia, ese verdugo implacable de los malvados!

Pocas veces se presentó Lúcas en la escena, porque el autor del drama no acostumbra exhibir sus personajes sino únicamente cuando deben aparecer; tres veces solamente, en escenas importantes al ménos, se lo vió i cada vez recojia estrepitosos aplausos el actor que lo caracterizaba.

El señor Tamayo i Baus desanuda su accion valiéndose de un recurso mui conocido en el teatro, sobre todo desde que Shakspeare escribió su Macbeth. El mismo criminal declara su crímen en el delirio de sus ajitados sueños. La conciencia del malvado aboga a su pesar en pró de una víctima inocente, i si bien bajo este punto de vista el drama no es orijinal, la sobriedad de resortes escénicos i la lucha de las pasiones, expresada con enérjica elocuencia, hacen de esta obra una pieza que conmoverá siempre al público, sobre todo, representada por un artista como Buron.

De *El sueño de un malvado* pasaremos a la representacion de *La Carcajada*, drama detestable, pero que ha tenido la rara fortuna de gustar siempre, gracias al extraño recurso de que se vale el autor para interesar al público. La carcajada histérica, terrible i atronadora de un delirante es lo único que hace valer esta pieza que, sin embargo, ha dado reputacion a mas de un gran artista. Fatigar físicamente al actor, destruir su salud i su voz, hé aquí lo que, sin quererlo acaso, ha logrado el autor de ese enjendro del peor gusto. Es imposible representar *La Carcajada*

sin enfermarse, sin padecer mucho física i moralmente. Oirla es horripilante, es padecer no mas, sin goce artístico de ninguna especie.

Dada nuestra opinion sobre la pieza, diremos pocas palabras sobre su representacion. En los dos primeros actos, frescos aun los recuerdos de Valero, que representaba majistralmente las escenas entre Andres i su madre, al fin del primer acto, i la entre Leopoldo i Andres en el segundo, nuestro jóven actor nos dejó algo que desear; pero él supo desquitarse de esta opinion, en que muchos nos acompañaban, en el desempeño de la escena con que termina el drama. La desesperacion de Andres que cree ver, al través de las rejas de su manicomio, pasar el entierro de su madre, cuya tumba ha abierto él mismo con los pesares que le ha causado; el vigor desesperado con que quiere romper los barrotes de su prision, sus gritos de horror i de remordimiento no tenian igual. El público aplaudia i lloraba, i olvidándose por un momento de que asistia a un teatro se creia en presencia de una de esas desgracias terribles que desgarran el alma del que las presencia.

En esta escena Buron emulaba a Valero.

IV.

Hemos oido hablar mucho sobre el gusto literario de nuestro artista en la eleccion de los dramas que representa. Punto es este delicado, en el que haciendo justicia a las críticas que se le dirijen, no titubeamos en decir que el público tiene una gran culpa en esa falta. El público aplaude mil veces lo mui malo i hai piezas detestables, que consiguen teatro lleno i estrepitosos aplausos. Sin ir mui léjos ¡cuánto entusiasmo no han despertado las representaciones de *La Carcajada* dadas por los señores Buron i Valero! Se sabia que *La Carcajada* era un aborto literario, una comedia pésima i sin embargo todos, hasta los gacetilleros de diarios, que hacen a los actores esta fundada crítica, eran los primeros en pedirla. El drama tísico i de inmoralidad nauseabunda, titulado *La dama de las camelias*, las escenas patibularias de *Los seis escalones del crimen*, el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, *El Jorobado* i tantos otros dramones detestables ¿nó han hecho la fortuna de muchas empresas teatrales?

El público, a este respecto, es un mal maestro de los artistas i cuando los critica debia ver ántes si está o no inocente de la falta que censura en ellos i recordar las profundas i filosóficas palabras que dirijia la célebre poetisa mejicana, sor Juana Ines de la Cruz, a los hombres que baldonan a las mujeres, en cuya perdicion les cabe tanta parte:

Pues ¿para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis
O hacedlas cual las buscais.

Lope de Vega, que conocia hasta no mas esta verdad, la consignó en dos versos, que no copiamos por ser demasiado sabidos, i el mejicano Ruiz de Alarcon, cuyos magníficos dramas i comedias, admiracion hoi de la posteridad, fueron silvados en su tiempo por el público madrileño, dedicaba a ese mismo público la edicion de sus obras prodigándole entre mil i otros epítetos los de *vulgo* i bestia fiera, i poniéndole por fin el extraño dilema, de que si no compraba su libro, se consolaria con que el libro era bueno i si lo acojia favorablemente, le vengaria de saber que le eran detestables sus obras la plata que por ellas diesen los compradores.

No aceptamos del todo las doctrinas que a este respecto sientan los dos notables dramáticos que acaban de citarse; pero es imposible negar que en ellas hai un fondo de verdad de que no es posible desatenderse.

Los actores hacen mal en llevar a la escena obras faltas de mérito, pero el público obra mal tambien cuando las aplaude i sigue acudiendo a ellas.

Buron, con todo, no es el artista mas digno de este reproche. Entre las piezas que ha dado se cuentan *L'Hereu* i *El sueño de un malvado;* tiene anunciado a la hora en que esto escribimos *El gran filon* de Rubí, piensa dar el *Otelo*, *El tanto por ciento* i *El Sullivan*, i por fin exhibirá, por la primera vez sin duda, *La vida es sueño* de Calderon, ese monumento de poesía con el cual la literatura española se enorgullece con justicia.

El repertorio de nuestro actor es de lo mas selecto, i si como lo esperamos de su elevado talento, el señor Buron no busca solo aplausos fáciles de obtener, sino que cultiva el arte con verdadero amor i elevacion, él comprenderá mejor que nadie que uno de los mejores títulos para captarse el aprecio del público será obsequiarle con obras maestras que hablen a un tiempo a su corazon i a su intelijencia.

ENRIQUE DEL SOLAR.

EN BRAZOS DEL DESALIENTO.

Reminiscencias del alma
Melancólicos recuerdos,
Vestijios de un bien perdido,
De mi dicha tristes restos:

¿Qué quereis? dejadme solo,
No mas desgarreis mi pecho;
Idos; ¿por qué así ensañaros
En mi triste desconsuelo?

Si una lágrima a mis ojos
Arrancar es vuestro intento,
Dejadme por Dios, dejadme,
Porque llorar.... ya no puedo.

Ya no lloro; con la dicha
Mis lágrimas se extinguieron.
Niño, el llanto yo esquivaba,
Lo busco ahora.... i no lo encuentro.

¿No veis que el llanto es emblema
De esperanzas i consuelos
I mi esperanza vacila,
Mis ilusiones han muerto?

¿No veis mi dicha ofuscada,
Disipados mis ensueños,
Circundándome tan solo
La realidad del destierro?

Tuve patria, hogar, amigos,
De mi amor queridos dueños:
Mi corazon ya no es mio,
Es de ellos; ¡cuánto los quiero!

¿Recordarán al amigo,
Al amigo de otros tiempos?
¿Por mí alzarán su plegaria,
Como yo la alzo por ellos?

Sí: conservar mi memoria
Al partir me prometieron,
Cariño.... tambien cariño,
Aunque están léjos.... ¡tan léjos!

Tan léjos, i estoi tan triste,
Que dudo, vacilo i temo;
¡Lleva un recuerdo a los mios,
Vírjen, madre de los buenos!

Duda cruel que me atormentas
Con tus fantasmas siniestros:
¿Quién eres? ¿quién te ha prestado
Tanta cabida en mi pecho?

Es la voz de la tristeza,
Patrimonio del destierro,
De un corazon solitario
Los mentirosos acentos,

Reminiscencias del alma,
Melancólicos recuerdos,
Vestijios de un bien perdido,
De mi dicha tristes restos.

Santiago, 18 de abril de 1874.

JULIO M. MONTERO.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

PABLO AROSEMENA.

Nació en Panamá el 24 de setiembre de 1836.

Principió sus estudios literarios en el colejio de dicha ciudad en 1847, i vino a esta capital en febrero de 1849.

Fué alumno del Rosario i de San Bartolomé, i en 1852, a la edad de diezisiete años, recibió el grado de doctor en jurisprudencia.

Regresó a Panamá a fines de 1853.

Desde 1854 a 1857, desempeñó los destinos siguientes:

Oficial mayor del tribunal del distrito del Istmo, secretario de la corte superior i procurador del Estado de Panamá i algunos otros cargos municipales.

En 1858 fué elejido diputado a la asamblea lejislativa i en 1859 representante al congreso de la Confederacion.

Concurrió a las sesiones de este cuerpo en 1860, formó en las filas de la oposicion liberal, i propuso la acusacion del presidente Ospina.

En octubre de 1860, el gobernador Guardia lo nombró jefe de la seccion de gobierno de la secretaría de Estado, i secretario jeneral en 1862.

Se halló en el combate de Matapalo en que sucumbió ese majistrado el 19 de agosto de ese año.

En 1865 fué elejido miembro del congreso i concurrió a las sesiones de 1866 i 1867; i tambien a las de 1870 i 1871, como representante principal. A fines de este último año fué nombrado por la administracion del jeneral Salgar secretario de la legacion colombiana en Europa, que estaba confiada al doctor Justo Arosemena; empleo que dejó en 1874 para ocupar un asiento en el senado de plenipotenciarios.

Fué redactor de El Pensamiento, El Centinela, El Federalista, i La Crónica Mercantil, El Fénix, La Union Liberal i El Istmeño i colaborador de otros varios.

Acaba de ser elejido, popularmente, para presidente del Estado de Panamá.

LÚCAS FERNANDEZ PIEDRAHITA.

Nació en Bogotá el 6 de marzo de 1624, se educó con los jesuitas en el colejio de San Bartolomé i al terminar sus estudios recibió las sagradas órdenes.

Despues de haber gobernado el arzobispado en sede vacante, fué enviado a España, por haberse opuesto a las demasías de un visitador español.

Durante su permanencia en Madrid escribió su *Historia jeneral del nuevo reino de Granada.*

Regresó de España premiado con el Arzobispado de Santamarta. Preso i puesto en tormento por los piratas Cos i Duncan, fué libertado i agasajado por Morgan, que le condujo a Panamá, su nuevo obispado.

En aquella ciudad murió, en 1688, despues de una vida inmaculada de 64 años.

Isidoro LAVERDE A.

LA REPUBLICA DEL URUGUAY

EN LA EXPOSICION DE CHILE.

La bien cortada pluma de un amigo nuestro ha trazado sobre las pájinas de esta Revista un cuadro jeneral de la gran fiesta internacional que aun celebra Chile, cuadro (casi era escusado decirlo) lleno de chispa i animacion; pero que tiene el solo defecto de ser apénas un boceto.

La ESTRELLA DE CHILE, que ha guardado siempre un recuerdo de estos grandes acontecimientos del progreso del pais, no podia dejar en olvido uno de tanta importancia, i nuestro amigo tomó a su cargo la no liviana tarea de decir a los lectores de hoi i de mañana lo que habia sido la Exposicion Internacional de 1875. Desgraciadamente, circunstancias imprevistas le han impedido terminar su obra.

Nosotros vamos ahora a continuarla en parte, llenando al mismo tiempo algo que no podemos dejar de mirar como un deber. En efecto, un deber es para nosotros consagrar algunas pájinas en esta Revista a los objetos remitidos a la Exposicion por la república del Uruguay, nuestra querida i desgraciada patria.

El jenio de la muerte i el infortunio sopla de nuevo sobre aquella tierra, tantas veces ajitada por el furor de las borrascas. La sangre jenerosa de los uruguayos empapa de nuevo las ricas llanuras de su patria, los hogares orientales a cubrirse vuelven de luto, las madres lloran en ellos la pérdida de sus hijos i el pais entero queda sumido en el dolor, la angustia o la desesperacion.

Tal es la situacion de esa república, ayer tranquila i feliz i a quien hoi han precipitado en un abismo de males la ciega ambicion de los unos i la impremeditacion i exaltado entusiasmo de los otros.

En medio de este estado de desconcierto i de ansiedad por que atraviesa el Uruguay, vino a sorprenderle la voz amiga de Chile, que le invitaba a esta hermosa fiesta de la civilizacion moderna en que hoi vamos a ocuparnos. El Uruguay ha acudido a ese llamado, dando así una prueba de simpatía por es-

te pueblo que, mas feliz que él, goza en fecunda paz de sus libertades i de las riquezas que ha sabido crear con su trabajo.

Fácil es comprender cuantas dificultades habrá sido necesario vencer para poder concurrir a la Exposicion Internacional; los objetos uruguayos que en ella figuran han sido recojidos en medio de la contienda civil i de la angustia i la ansiedad inmensa que domina al pueblo oriental.

Era necesario, sin embargo, manifestar a los hijos de Chile que aquella tierra no alienta solo soldados que sepan morir con gloria, sino que allí hai ciudadanos que honran al pais con su talento i su ilustracion; que no solo hai allí intelijencia para la guerra i entusiasmo por las luchas populares, sino que hai intelijencias brillantes que resuelven problemas mas fecundos que los de ganar batallas i corazones que arden en santo entusiasmo por todo lo que es ciencia, arte, progreso, i eso acaba de poner de manifiesto el Uruguay, a pesar de la angustiada situacion por que atraviesa en estos instantes.

Los pocos hombres que permanecen alejados de la lucha o aquellos a quienes ha respetado la borrasca han reunido a la carrera i a última hora todo lo que ostenta la seccion uruguaya en la Exposicion. Los que tal han hecho, complacidos deben estar i con razon, de su obra, que el pais sabrá agradecer debidamente.

Al Uruguay no debe, sin embargo, juzgársele por lo que ha exhibido en la Exposicion, aun cuando de la pobre manera que está representado no tenga que avergonzarse al lado de las demas repúblicas hispano-americanas. Por esto ántes de entrar a pasar en revista los objetos que se encuentran en la seccion uruguaya, vamos a permitirnos dar una idea jeneral de su estado de adelanto, sirviéndonos para ello de las luces de la estadística o de nuestros propios conocimientos.

La República del Uruguay es por su territorio la mas pequeña de todas las secciones sud-americanas; tiene solo 7,036 leguas jeográficas cuadradas de superficie.

Su poblacion no pasa de medio millon de habitantes; pero ningun Estado americano ha tenido un crecimiento tan rápido como esta República. En 1852 su poblacion alcanzaba apénas a 131,969 habitantes; en 1860 ascendia ya a 221,190 i doce años mas tarde no bajaba de 450,000; crecimiento tan rápido que deja mui atras aun los de los Estados Unidos i la República Arjentina i que se debe a la numerosa inmigracion europea que acude a aquellas tierras hospitalarias, que encierran en su seno tantos jérmenes de futuro esplendor. La densidad media de la poblacion en el Uruguay es solo de 0.43 habitantes por quilómetro cuadrado, cuando la de Chile en la misma superficie es de 6 habitantes, la de Holanda de 94 i la de Béljica de 151. El Uruguay es un pais que empieza a poblarse, aumentando cada dia la rapidez de su extraordinario crecimiento. Este repentino desarrollo que observamos en la poblacion, se nota igualmente en todo; el comercio, las

rentas públicas, la industria, la instruccion, a pesar de las guerras civiles i las crísis económicas que han aquejado aquel pais, han adelantado de una manera sorprendente i que revela el espíritu de progreso que anima a sus habitantes. El valor del comercio de exportacion e importacion ascendia en el año de 1860 a la cifra de 17.000,0000 de pesos i en 1872 alcanzó a 34.349,256 pesos el valor de ese mismo comercio. En doce años se habia duplicado. El año de 1829, en que la Banda Oriental nació a la vida independiente, solo contaba con 757,000 pesos de renta para atender a los gastos de la nacion; en 1870 esas rentas eran ya de 10.204,696 pesos, habiendo aumentado catorce veces su valor en cuarenta años.

En Chile las rentas públicas en el mismo año alcanzaron a 18.000,000; pero no debe olvidarse que esta República cuenta con una poblacion por lo ménos cuatro veces susperior a la del Uruguay.

Las llanuras del Plata han sido siempre miradas como unas de las mas aptas para la cria de ganados; pero sobre todo privilejiadas son las de la República Oriental, especialmente para la cria de ganado lanar.

Actualmente no existirán ménos de 20.000,000 de cabezas de ganado lanar, cerca de 8.000,000 de ganado vacuno i millon i medio del caballar.

Las razas de animales han sido notablemente mejoradas, sobre todo la raza ovejuna. En la Exposicion Internacional de Viena, las lanas uruguayas obtuvieron varios premios.

En un pais como el Uruguay, ajitado con frecuencia por serias conmociones políticas, no era posible que la agricultura pudiera alcanzar un gran desarrollo. La agricultura no puede prosperar o sostenerse sino en medio de una paz prolongada i cuando no se abriga el temor de que el azote de la guerra civil venga mañana a destruir en pocas horas el fruto de largo tiempo de trabajo. Este ha sido el obstáculo que ha detenido por tantos años el progreso de la agricultura i que ha paralizado el de las demas industrias. La escasez de la poblacion por otra parte i la falta de un impulso i una direccion intelijente de los intereses agrícolas fueron tambien parte a impedir ese adelanto; pero hoi felizmente esos obstáculos empiezan a desaparecer o han desaparecido ya i la agricultura comienza a aumentar, prometiendo ser fuente de inmensa riqueza para aquel privilejiado pais.

Las guerras civiles son ménos frecuentes i asoladoras, la poblacion aumenta cada dia, las máquinas reemplazan a los brazos, excesivamente caros en el Uruguay, i en la capital se ha establecido hace algun tiempo una sociedad destinada a velar por la industria agrícola, la cual cuenta entre sus 600 miembros, a los principales capitalistas i a los hombres mas distinguidos del pais. Esa misma sociedad, llamada la *Asociacion Rural del Uruguay*, ha establecido una revista quincenal consa-

grada exclusivamente a los asuntos relativos a la agricultura o a la riqueza territorial del pais.

Las colonias agrícolas, establecidas en varios departamentos por sociedades particulares, han contribuido poderosamente al adelanto de la agricultura, así como la facilidad de comunicaciones.

Hai actualmente abiertas al público dos vías férreas, la central del Uruguay, que partiendo de Montevideo llega hasta la ciudad del Durazno i debe mas tarde prolongarse hasta la frontera i la línea que partiendo de la ciudad del Salto termina en el pueblo de Santa Rosa, situado en el límite con el Brasil.

La parte de la primera, que está entregada al dominio público, es de 200 quilómetros de extension i 120 la segunda.

Hai concedidas i no pasaran muchos años sin que estén terminadas, otras tres líneas férreas: la del este, que partiendo de la capital terminará en la frontera brasilera, en las márjenes del lago Merin; la del oeste, que debe unir a Montevideo con Nueva Palmira, hermoso pueblo que se halla sobre las riberas del rio Uruguay i a quien su privilejiada posicion asegura un porvenir de gran prosperidad i hará que ántes de muchos años sea una de las ciudades mas importantes de la República i finalmente otra línea de Montevideo a Fray-Márcos, en el interior del pais.

Dentro de mui poco el Uruguay se verá, pues, recorrido por una red de ferrocarriles, así como hoi lo está por líneas telegráficas que unen la capital a casi todos los pueblos de la República, a Buenos Aires i a Europa.

Esas líneas férreas, facilitando la salida de los productos nacionales, ofreciendo a los campesinos seguridades i comodidades de que ántes carecian, derramando en las desiertas campiñas uruguayas los millares de inmigrantes que llegan anualmente de Europa, poniendo a los pueblos del interior a un paso de la costa, contribuirán inmensamente a aumentar la riqueza del pais i harán mas por la paz de la República que todas las peroratas de los políticos i las cargas i mandobles de los militares. Esas vías tienen ademas otra ventaja para el pais i es que atraerán a Montevideo i los puertos del Uruguay todo el comercio de la provincia brasilera del Rio Grande del Sur i el de la provincia arjentina de Entre-Rios.

En medio de las frecuentes i tremendas borrascas que han amenazado despedazar al pueblo oriental, los gobiernos que han rejido sus destinos, agobiados por las imperiosas atenciones del momento, poco han hecho por la instruccion pública; pero allí felizmente los individuos han aprendido a no esperarlo todo de la accion de la autoridad i la iniciativa individual, en esto como en muchas otras cosas, ha sabido reemplazar talvez con ventaja a la accion de los gobernantes. No es el Uruguay uno de los pueblos mas adelantados por su instruccion; pero se encuentra, sin embargo, a mucha mayor altura que otros pueblos hispano-

americanos. Los últimos datos que tenemos han sido tomados el año de 1872. Habia entónces en las escuelas del Estado 37 alumnos por cada mil habitantes; pero de entónces acá los establecimientos de instruccion han aumentado mucho i hoi esa proporcion debe ser mucho mas halagüeña.

Si se compara este estado de la instruccion con algunos principados alemanes, donde hai educándose 175 alumnos por cada mil habitantes, o con el de la Béljica, donde existe uno por cada ocho, indudablemente que la República Oriental debe considerarse como un pais mui atrasado; pero no es con esos paises con los cuales debe establecerse una comparacion, sino con las demas naciones sud-americanas. Chile, en medio de su paz octaviana i la proteccion que sus gobiernos han dispensado a la instruccion del pueblo, contaba el año 1871 con solo 40 alumnos por cada mil almas i la provincia de Buenos Aires 51 por el mismo número de habitantes, miéntras que el imperio del Brasil tiene apénas por el mismo número de habitantes 20 niños que se instruyan en sus escuelas. Esto acontece en las provincias mas adelantadas del imperio, como las de Alagoas i Ceará, pero hai otras provincias condenadas a tal estado de atraso i embrutecimiento, como las de Goyaz i Piahuy que solo se encuentran por cada millar de pobladores cinco alumnos que reciban algunos asomos de instruccion.

El progreso de la enseñanza ha sido en el Uruguay tan rápido como el de su poblacion i su riqueza; baste decir que en 1860 se educaban en el departamento de Montevideo solo 1,228 alumnos i que doce años mas tarde esa cifra ascendia ya a 5,805. Con estos datos no nos parece una temeridad asegurar que ántes de mui pocos años el Uruguay no tendrá nada que envidiar en materia de instruccion pública a sus hermanas las demas repúblicas hispano-americanas.

El temor de tener fatigados a los lectores con estos datos nos priva del placer de entrar a pasar una lijera revista a las producciones i al estado de la industria en el Uruguay; pero algo tendremos oportunidad de decir al hablar de los objetos que ha remitido a la Exposicion.

Un dato mas ántes de concluir por hoi, i perdónesenos, por ser sobre el periodismo i el adelanto literario.

Se publican actualmente en la capital, a pesar del estado anormal por que atraviesa el pais, ocho diarios, cinco de ellos de gran formato, casi todos por imprenta a vapor i tres con fundicion de tipos. Ven ademas la luz pública en Montevideo cinco periódicos semanales o quincenales i casi todas las demas ciudades i pueblos de la república cuentan con una o mas publicaciones periódicas. Puede calcularse que se publican en el Uruguay un ejemplar por cada veintiseis habitantes, lo que coloca al pais en una situacion mas ventajosa que la de muchos pueblos europeos. Existen en varios departamentos bibliotecas populares, fundadas

i sostenidas por el pueblo mismo. Hai en Montevideo cuatro sociedades científico-literarias, donde una brillante i numerosa juventud trabajaba hasta ayer con increible entusiasmo en el cultivo de su intelijencia i su corazon; hoi el soplo de la revolucion ha convertido en soldados o arrojado de la patria a sus miembros; pero esas sociedades no han muerto, el impulso está dado i el pais volverá mui pronto a seguir su camino de adelanto i enriquecimiento.

Los antiguos partidos que cubrieron al pais de luto durante tantos años han desaparecido al fin, aniquilados en gran parte por los esfuerzos de esa misma juventud que entra a la vida política con el alma ardiendo en ansia de paz, de órden i progreso. Una violenta reaccion contra el pasado se opera hoi dia en el Uruguay i nada podrá detenerla.

La borrasca por que atraviesa en estos instantes es precisamente una consecuencia de ese impulso saludable i del aniquilamiento de los antiguos partidos bajo el peso de las nuevas ideas i aspiraciones de la mayoría de los orientales.

El porvenir pertenece a la juventud; la juventud uruguaya mira ya la revolucion como un gran crímen i desea solo paz, trabajo, libertad i todo eso eso mañana será una realidad en el Uruguay.

CÁRLOS A. BERRO.

(Concluirá.)

NOCHE-BUENA.

I.

Todo es músicas i flores
I sonar de la vihuela,
Porque ésta es noche de gloria,
Porque ésta es noche de fiesta
I se oyen en todas partes,
Los cantos de Noche-buena.

Todo revive i se anima
Para celebrar la fiesta
Del Niño, que un pesebre
Nació por salvar la tierra,

I las palabras de amores
De los mozos i doncellas,
I los requiebros i risas,
I las burlas i finezas
Se confunden con los gritos
De los dueños de las ventas;
Miéntras dentro de las carpas,
Al sonar de la vihuela,
Danzan alegres comparsas
La popular *Zamacueca*

II.

"¡Morena, flor de las flores,
Cierra tus ojos morena!
Que esos ojos que me abrazan,
Que esos ojos que me queman
El corazon, si no me amas,
A la muerte me condenan,
Pues yo no quiero vivir,
Si no aceptas mis promesas
De darte el alma i la vida,
I cuanto en la vida tenga,
Por retenerte a mi lado,
I un cielo hacer de la tierra,
Cantándote mis amores
Al sonar de mi vihuela."

Así canta a Rosalía,
Linda moza dominguera,
Miguel que diera hasta el alma
Por conseguir esa prenda,
Que aunque amiga de festejos,
I aunque todos la rodean,
Conserva aun en su pecho
Las flores de la inocencia
Con su nativa frescura,
Aunque a amarillear empiezan
A las ardientes miradas
Del amante que las quema.
I a las palabras de amores,
Aunque esos amores mientan,
La niña siente en el alma
Una languidez estrema,
I en sus ojos de azabache
Un no sé qué se revela,
I sus labios ya responden
A finezas con finezas.

Pero entre tanto la danza
Rompe al sonar de las cuerdas,
I Miguel i Rosalía
Tambien se mezclan en ella.
¡Cómo se juntan, se apartan!
¡Cómo se huyen, se acercan!
¡Cómo baten los pañuelos!
¡Cómo en sus jiros remedan
Del amor i la inconstancia,
Del desden i las finezas,
La del teatro de la vida
Antigua i constante escena!
¡Nadie como ellos en gracia!
¡No hai mas hermosa pareja!
¡Nadie hai que lo imite en garbo!
¡Nadie mas linda que ella!
¡Viva la flor de la gracia!
¡I viva la Noche-buena!

III.

"¡Morena del alma mia,
Si mis amores aceptas,
Toma este ramo de flores,
De flores de Noche-buena,
Verde, como mi esperanza
Que a florecer ya comienza!"

El galan con su sonrisa
Así dice a la doncella
Que lo mira con sus ojos
Con sus ojos de hechicera,
Miéntras óyense a lo léjos
Los cantos de Noche-buena,
I a misa de gallo tocan
Las campanas de la iglesia.

La niña siente en el alma
Una voz que la aconseja,
I que la dice en silencio
Con acento de tristeza:
"Jesus nace en un pesebre,
Marcha a adorarle, morena."
Pero ella presa en los lazos
Que allí la tienen sujeta,
"Mi madre ruega por mí;
Yo me divierto por ella"
Dice, algun tanto confusa,
No sin recelo i sin pena.

Linda niña, sol de soles,
Si aun conservas tu pureza,
Si cual tu blanco vestido
Tienes el alma tan bella,
Deja tus ojos de cielo,
Deja tu gracia, morena,
Para otras noches de gloria,
Para otros dias que vengan,
Que las campanas te llaman,
Que las campanas te esperan.

Pero ¡ai! la danza es su vida,
I ya la danza comienza,
I se oyen en todas partes
Los cantos de Noche-buena.

IV.

Ya el alba con su sonrisa
Las avecillas despiertan,
Que la saludan cantando,
Cantando la norabuena.

"¿Qué es ¡ai! de la dulce niña,
La salada, la hechicera,
La de los dormidos ojos,
La de carita risueña,
Tan pura como los ánjeles,
Como los ánjeles bella,
Que la amaban tanto, tanto,
Que hasta sus gracias le dieran?
¿No la visteis, no la visteis
Marchar a la Noche-buena
Anhelante de esperanzas,
Soñando dulces quimeras?
¿No la visteis en la noche,
Como mariposa aérea,
Entre luces i entre flores,
Danzar alegre en la fiesta
La danza de los amores
Al compas de la vihuela?"
Así, la madre llorando
Dice a todos los que encuentra.

No llores, madre, no llores,
Que el cielo te la conserva,
Que los ruegos de una madre
Nunca el viento se los lleva.

Es la misma dulce i pura,
La salada, la hechicera....
¿No la ves allí? Un mancebo
Con fementidas promesas
Su amor robarte procura.
Corre, madre, el tiempo vuela,
Que ya el alba va estinguiendo
Los cantos de Noche-buena.

JAVIER VIAL SOLAR.

DOS ODAS DE HORACIO.

A NEERA.

Era la noche; en el azul sereno
Entre astros mil i de mas ténue brillo
Resplandecia Diana; en ese instante
Mi boca un juramento te dictaba
I tú, perjura i cruel, lo repetias,
Insultando a los dioses. Con tus brazos,
Con tus brazos suavísimos ciñéndome,
Mas fuertemente que la débil hiedra
Al tronco secular, "juro, decias,
Amarte siempre, como tú me amas,
Miéntras el lobo a la ovejilla espante;
Miéntras Orion, del náuta el enemigo
Al tempestuoso piélago conmueva;
Miéntras el aura con su soplo meza
La cabellera aurífera de Apolo."

¡Ah Neera, Neera! ¡Cuántas penas
Va a traerte mi rabia i mi despecho.
¡Oh! si de hombre el título merezco,
No sufriré, lo juro, que prodigues
A otro tus caricias! En mi rabia
Otro amor buscaré digno del mio,
¡Si a cerciorarme llego de tu engaño,
No creas, nó, que pasará mi enojo!

¡Oh, quien quiera que seas, venturoso
Mortal afortunado que al presente
Gozas viendo mi mal!.... aunque tus campos
Inmensurables sean; aunque tengas
Numerosos rebaños, i el Pactolo
Sus arenas preciosas te regale;
Aunque por tí Pitágoras renazca
I sus misterios sepas; aunque venzas
En belleza al bellísimo Néréo:
¡Triste de tí! con lágrimas amargas
Llorarás ese amor que fué ántes mio....
I entónces con cruelísimos sarcasmos,
De tí me vengaré i de tu jactancia.

A LOS ROMANOS.

¿A dó correis, crueles? ¿Por qué causa
Llevais en vuestras diestras los aceros,
Tanto tiempo guardados? ¿Creeis acaso
No suficiente la romana sangre
En el mar i en la tierra derramada?
No la guerra llevais contra Cartago,
Rival de vuestra patria; vuestro intento
No es llevar al Breton, aun sin hierros,
A traves de Via-Sacra: ¡Nó, romanos,
El impulso no es ese que os dirije!
Vais ¡oh vergüenza! a complacer al Partho,
¡Vais a destruir a Roma! No mas crueles
El tigre i el leön son que vosotros.
¿Es un ciego furor el que os domina,
O una fuerza mayor que vuestra fuerza,
O vuestro propio crímen? Contestadme....
¡Callan! La palidez cubre sus frentes,
El estupor sus labios enmudece.
¡No hai remedio! Funesto es el destino
Que sobre Roma pesa. Son los frutos,
Del negro crímen del perverso hermano;
I la sangre por Remo derramada,
Sobre vosotros ¡oh romanos! cae.

Diciembre de 1875.

J. R. S. E.

HIMNO.

CORO.

María, sálvanos,
¡Madre de amor!
¡Madre dulcísima
Del Redentor!

I.

Flores sin cuento
Brota hechicera,
La primavera,
Solo por tí.
Reina en las almas
Casta alegría:
¡Madre María!
¡Vírjen feliz!

II.

En torno suenan
De tus altares
Tiernos cantares
De fé i de amor.
A tí piadosa
Llegue inspirada,
La voz sagrada
De la oracion.

III.

Da al aflijido
Grato consuelo,
La luz del cielo
Da al pecador.

I al que te invoca
Fiel i confiado,
Dale el sagrado,
Divino amor.

IV.

Enciende al mundo,
Madre clemente,
De fuego ardiente
De caridad.
Da fé al que lucha
Firme en la tierra,
En dura guerra,
Con la maldad.

V.

Madre eres nuestra,
Vírjen María;
En tí confía
Tu pueblo fiel.
Oye sus votos,
Mira su llanto:
Tu ruego santo
Se alce por él.

VI.

Madre te llama
Mi patria hermosa;
¡Madre amorosa,
Su amparo sé!
¡Jamas domine
La duda impía
Donde hoi, María,
Reina la fé!

AMIR.

EMILIO BELLO.

¡Triste cosa es tener que grabar en el libro de los recuerdos el nombre querido de un compañero de la infancia, que deja la vida cuando aun no termina la juventud!

A los amigos de otros dias que han dejado de existir tenemos que añadir uno mas, Emilio Bello, jóven i entusiasta poeta, soñador de glorias en otro tiempo, i amable compañero en las tareas literarias, cuya memoria jamas olvidamos, apesar de haber vivido mútuamente alejados por diversas circunstancias de la vida.

Emilio Bello era poeta como su padre i culto como él en el lenguaje i en las formas. Era mui niño cuando comenzó a arrancar a su lira tiernas i delicadas armonías, que despertaron el entusiasmo de nuestra sociedad, tan poco sensible siempre a los ardientes trasportes de la poesía.

Bajo la direccion de su sabio padre habia formado su gusto i los precoces frutos de su injenio eran el orgullo del noble anciano, que esperaba dejar en ese hijo de su vejez un digno heredero de su nombre.

I en verdad que Emilio Bello pudo añadir mas de un timbre a las glorias literarias de su familia. Aunque su musa no era la musa de las grandes inspiraciones; aunque él no habia nacido para entonar como Olmedo el himno épico de nuestras grandes glorias; sabia, sin embargo, cantar los afectos tiernos del alma, hallando mas de una vez en su lira notas dulcísimas que conmovian suavemente el corazon.

Pocas son las obras que nos deja, salvo lo que hemos oido decir que tiene inédito i que es para nosotros desconocido. El catálogo de sus producciones ocuparia pocas líneas; pero entre esas pocas obras se encuentra una bellísima imitacion de Víctor Hugo, titulada *Paseo*, que nos recuerda la musa de su padre, pieza llena de sentimiento i mui esmerada en su ejecucion.

Entre sus poesías orijinales se halla la bellísima anacreóntica titulada *Plegaria*, que copiamos en seguida, como la muestra mas acabada de su culto injenio. Es una composicion escrita para un álbum, circunstancia que hace resaltar mas su mérito.—Dice así:

PLEGARIA.

Escucha, niña amable,
La de la azul pupila,
La de las trenzas de oro,
La de infantil sonrisa,

Escucha la plegaria
Que enamorada i fina
El alma mia al cielo
Eleva por tu dicha:—

¡Señor! cubre de flores,
Señor, de abrojos limpia
La senda do lijera
Posa su planta Silvia.
Aurea copa a sus labios
Hoi la inocencia brinda:
No permitas que en ella
Mezcle el dolor su acíbar.
Nunca al cojer las rosas
La hieran las espinas,
¡Nunca en el cielo nubes
Halle, si al cielo mira!
Graciosa siempre i bella
I feliz i tranquila
Atraviese, alma pura,
El mar de nuestra vida,
Como atraviesa el cisne
Las aguas cristalinas
Sin que manche sus alas
El cieno de la orilla.

Emilio Bello escribia así. Jamas enlodó su pluma en el fango del materialismo grosero. Fué el cantor del amor puro i de las flores, el bardo del sentimiento i de la ternura.

Al consagrar estas líneas a la memoria del hombre i del poeta, no podemos olvidar la amistad que nos unió al primero i el entusiasmo con que aplaudimos siempre los triunfos literarios del segundo. Hoi que no existe, i que dormido en el sueño eterno goza de una existencia mejor, como debemos espera.lo de todo aquel que espira como él alentado por la fé i los dulces consuelos de la relijion i la piedad; ya que no tenemos una flor fresca i delicada que arrojar en su tumba, una de esas flores que brotaban de su bella fantasía; le ofrecemos el único tributo que está en nuestra mano rendirle ¡nuestros recuerdos i nuestras lágrimas!

Enrique del SOLAR.

UN AMIGO VERDADERO.

I.

Escribimos esta historia tal como nos ha sido relatada.

En 1848, Antonio Raymond era injeniero de puentes i calzadas en uno de los departamentos del este. Algunos enemigos i envidioso, (jente que abunda en todas partes) lo malquistaron con el gobierno de la república, i fué destituido. Le quitaron el pan, ¿por qué? tuvo el orgullo de no preguntarlo.

Poco tiempo despues, un banquero a quien habia confiado sus ahorros (unos quince mil francos) quebró fraudulentamente i se huyó a Béljica, con los bolsillos atestados, probablemente, de oro i de billetes de banco. Esta pérdida, que en otros momento no hubiera sido mas que un accidente secundario, le fué mui sensible.

Privado de su empleo, sin esperanza de encontrar fácilmente otra ocupacion, su situacion le pareció espantosa, mas que por todo, por las escaseces que tenia que imponerse su jóven esposa, a quien amaba ardientemente. Ambos no poseian sino algunos centenares de francos, que servirian para tres o cuatro meses; pero, ¿i despues?.... ¡Dolorosa pregunta! I todo esto no era nada aun. Una tercera desgracia, la mas terrible, estaba reservada a Antonio Raymond. Hacia escasamente mas de un año que se habia casado; i al dar su nombre a una jóven huérfana, sin fortuna, habia hecho lo que se llama un matrimonio de inclinacion; su corazon i su razon habian procedido de acuerdo, las preciosas cualidades de la huérfana eran un tesoro, i este tesoro, jeneralmente poco estimado hoi, equivalia a un dote. Por lo demas, no tuvo nunca sino motivos para congratularse de la eleccion que habia hecho. Durante un año no hubo para el matrimonio sino dias de alegría.

La señora Raymond era una de esas naturalezas delicadas i sensibles, en las que obra violentamente la menor impresion.

Esta sensitiva debia encontrarse sin fuerza en la hora de las pruebas.

La resignacion es la mas santa, aunque tambien la mas rara de las virtudes. La señora Raymond se afectó vivamente, cayó enferma, viéndose obligada a guardar cama. La ciencia del médico, i sobre todo, la ternura i cariñosos cuidados de su esposo debian dominar la fiebre; desgraciadamente al séptimo dia se declaró una conjestion cerebral. Despues de dos horas de sufrimientos i de

lirios, la jóven enferma exhaló el último suspiro en los brazos de su esposo.

Renunciamos a describir el dolor i la desesperacion del desgraciado Raymond: no seria posible dar sino una idea incompleta. Hai cosas que no pueden traducirse a idioma alguno.

Sentado en la habitacion de aquella que tanto habia amado, delante del lecho en que habia fijado sus labios por última vez sobre su frente pálida i helada, Antonio Raymond pasaba largas horas entregado al mas acerbo dolor. Llamaba la muerte a gritos; pero la muerte se habia contentado con una víctima, i no le queria.

—Mi vida está ya terminada, exclamaba una tarde, miéntras echaba una triste mirada alrededor suyo; me falta la fuerza moral i la desanimacion se ha apoderado de mí. ¡Ah! ¿dónde está su sonrisa, que me hacia tan confiado i feliz? ¿Ya no escucharé mas su voz, aquella voz que me daba la fuerza, la intelijencia, el valor, la voluntad? La injusticia de los hombres me habia herido; pero Clara estaba ahí, i yo confiaba en el porvenir. ¡Hoi ya no existe ella; el presente es lúgubre, el porvenir siniestro! ¡Al perderla, lo perdí todo! ¡Estoi hundido, ya no soi nada! ¡I estar condenado a vivir! ¿Qué hacer? ¿en qué ocuparme? ¿a dónde ir? Ya no está a mi lado quien como ántes me diga: "¡Marcha! si vacilas, yo te sostendré; si dudas, te daré la fé." Todo lo que tengo ante mí se convierte en obstáculos. Los caminos están obstruidos con espinosas zarzas. Me rodea el desierto.... ¡Ah! estoi solo, solo en el mundo!.... En aquel momento un perro blanco, de la especie mas bella, que estaba acostado en un rincon del cuarto, con los ojos fijos en su amo, se levantó i vino, con su dulce sonrisa, a colocar sus manos sobre las rodillas del injeniero.

¿Por qué habia dejado su sitio?

¿Habia comprendido, acaso, las palabras de su amo, o bien esba cansado de esperar inútilmente una palabra o una mirada? ¡Qué importa! su actitud indicaba una protesta. Su expresion, el movimiento de su cabeza, el de su cola, sus intelijentes ojos, todo parecia decir:

—Te quejas sin razon, amo mio; dices que nadie te ama, que estás solo en el mundo, ¡me olvidas, pues! ¡Oh! ¡haces mal!

Antonio no interpretó de otro modo el mudo lenguaje de su perro.

—¡Mi bravo Medoro! dijo, acariciando con la mano la cabeza del animal, no pensaba en tí, soi un ingrato. Tienes razon, no estoi solo en el mundo, puesto que te tengo a tí, siempre fiel i consagrado a mí. Sí; tú me amas, no lo puedo dudar. Me seguirás a todas partes, mi pobre amigo, no nos separemos jamas, i compartirás conmigo mi buena o mala fortuna.

Por contestacion a estas palabras afectuosas, Medoro se levantó, apoyándose en sus patas de atras, i tocó con su lengua la

frente de su amo. Despues, en su alegría, se puso a saltar por todo el cuarto.

Quince dias mas tarde, Antonio Raymond se dirijia a Paris.

II.

Antonio tenia la esperanza de encontrar mas fácilmente un empleo en Paris, la ciudad de los grandes recursos; se hallaba obligado a trabajar, pues solo le quedaban ya algunos francos en el fondo de la bolsa, i eran dos los que tenian que comer de ellos, él i Medoro.

Desgraciadamente, en Paris escaseaba el trabajo en aquella época, tanto como en las ciudades pequeñas de las provincias; Antonio lo notó bien pronto. El cepillo i la sierra no se ejercitaban ya en la madera, ni se escuchaba el golpear de los martillos sobre el hierro. Industria, comercio, artes, todo parecia muerto. Los talleres, las fundiciones, las manufacturas, habian cerrado sus puertas, i el gobierno, sin saber qué hacerse, i queriendo acallar a los hambrientos, enviaba doscientos mil brazos a partir piedras al parque Monceaux i a la puerta Maillot. Esto no impedia que los descontentos gritasen, que se levantasen, i que por un sí o por un nó, corriesen a las armas. La atmósfera estaba llena de clamores i de ruidos siniestros. En cuanto Antonio se hubo dado cuenta exacta de la situacion de Paris, comprendió que ántes de encontrar un empleo, él i su perro tendrian sobrado tiempo para morirse de hambre. ¡Porvenir poco animador!

Sin embargo, no perdió su valor por completo; hizo numerosas tentativas sin resultado favorable alguno; por la tarde, cuando entraba en su pequeño aposento, una caricia de Medoro le consolaba.

Entónces decia, tratando de sonreir:

—Esperemos, Medoro, esperemos; ¡quién sabe! mañana tal vez seré mas afortunado.

I así, de esperanza en esperanza, llegó a sus últimos centavos i a su último pedazo de pan, del que hizo dos mitades, la una mayor que la otra, la primera fué para Medoro; al dársela, los ojos de Antonio se llenaron de lágrimas.

—Come, Medoro, come, dijo, tú no estas acostumbrado al pan seco, ni yo tampoco, mi pobre amigo; pero por hoi es preciso contentarnos; come, mañana ayunaremos sin duda.

El perro habia escuchado atentamente, al parecer, las palabras de su dueño; exhaló un suspiro, miró con tristeza su pedazo de pan i se acurrucó cerca de él, sin tocarlo.

—¡Oh! Medoro, te haces el desdeñoso, i eso no está bien. Mañana temprano te considerarás mui feliz al encontrar ese pedazo de pan que desprecias hoi, exclamó el jóven.

Recojió el pedazo de pan i lo puso sobre la mesa, al lado del otro, que todavía no habia tocado. Entónces el perro se levantó, colocó sus manos en los borde de la mesa, adelantó la cabeza, abrió la boca i tomó su cena. No habia querido la porcion mayor tomó la mas pequeña. Antonio no pudo contener sus lágrimas.

Pasó una noche sumamente ajitada preguntándose el medio de salir de aquella penosa situacion.

El tenia algunos amigos en Paris a quienes habia visto ya, uno tras otro.

Dos o tres de ellos le habian prometido ocuparse en él: pero con la intencion de no hacer nada; en cuanto a los otros, a aquellos que en realidad podian servirle, Antonio se sentia dominado por una extrema timidez. El aspecto del rico desconcierta al pobre; el que es desgraciado no se atreve a acercarse a las personas felices; entre los que se hallaban poco mas o ménos en una posicion social semejante a la suya, Antonio habia sido cariñosamente acojido; desgraciadamente nada podian hacer por él.

En su mayor parte eran casi tan pobres camo él; unos sufrian por la crísis industrial; otros se veian sobrecargados de obligaciones. Antonio soñó en pedir prestado un centenar de francos. Pero ¿a quién? ¿dónde? ¡Cien francos! ¿Los encontraria? Era indispensable buscarlos, sin embargo. La miseria se presentaba ante él amenazante i cruel; a cualquier precio queria evitarla.

—Iré a ver a Dumont, se dijo; es un amigo de la infancia, tiene buen corazon, le pediré este favor; es de los pocos a quienes puedo hablar con franqueza; no le ocultaré nada, i conocerá mi situacion tal cual ella es.

A la mañana siguiente, en efecto, Antonio fué a ver a su amigo.

Dumont le escuchó tristemente, con los ojos bajos.

—Mi querido Antonio, respondió, no sabes tú toda la pena que me produce el oirte hablar. Me pides cien francos, i escasamente tendremos cincuenta en casa. Mira, mi establecimiento está lleno de mercancías que no se venden i que tengo que pagar de cualquier modo a los fabricantes. Para no desacreditar las firmas de mis corresponsales i la mia, ya he tenido que tomar a interes fuertes sumas de dinero, i aun me veré forzado a tomar otras nuevas. La suspension de pagos o la quiebra, me aterran, i espero poder escapar sin sucumbir; hasta hoi he hecho frente a todos mis compromisos; desgraciadamente el crédito no es ilimitado; si la crísis dura algunos meses mas, mis recursos se agotarán, es decir, me arruinaré. Tú ves bien, mi pobre amigo, que no me niego a servirte, estoi, al contrario, angustiadísimo por no poner a tus disposicion, como hubiera podido hacerlo el año pasado, no cien miserables francos, sino uno, dos o tres billetes de a mil.

Al llegar aquí Dumont tomó la mano del injeniero.

—No te entristezcas demasiado, ni te desesperes tampoco. In-

telijente, trabajador, i tenaz como eres, es imposible que no llegues a encontrar un empleo digno de tu mérito. Miéntras tanto, tienes un cuarto en mi casa i un cubierto todos los dias en nuestra mesa.

Antonio trató de escusarse de aceptar; Dumont le interrumpió, diciéndole:

—Es una cosa convenida, lo exijo, lo quiero. Concede por lo ménos este derecho a mi amistad. Por otra parte, agregó sonriéndose, tú sabes el proverbio: "Cuando hai para tres, hai para cuatro."

III.

Una mañana en que nuestro injeniero se hallaba ocupado en escribir algunas cartas solicitando empleo, a las que probablemente aguardaba, como a tantas otras, la callada por respuesta, Dumont entró en su cuarto.

—¡Buena noticia! exclamó con acento alegre.

—¿De qué se trata? preguntó Antonio.

—Te he encontrado un empleo. Soberbio, inesperado. Solo que es léjos de Paris.

—¡Oh! amigo mio, eso no importa, iré a donde quieran, aunque fuese a la Patagonia.

—Nó, no está tan léjos; i puesto que irias a la Patagonia, supongo que de buena gana te irias a Burdeos.

—Explícame....

—Escúchame: anoche la casualidad me hizo hablar en una tertulia al propietario de una fundicion importante; se quejaba de no encontrar un hombre suficientemente capaz de secundarle en la direccion de los trabajos que se verifican en su casa. Se trata principalmente de construcciones de máquinas de vapor, i de otras clases.

Despues de haberle escuchado atentamente, tomé la palabra para hablarle de tí, i, sobre todo, de los estudios que has hecho. Es preciso creer que desplegué una elocuencia rara, porque exclamó entusiasmado: "¡Hé ahí mi hombre!" i vengo, en una palabra, a acompañarte a su casa, calle de Santo Tomas, hotel de Francia e Inglaterra.

Antonio cambió de ropa a la carrera, i los dos amigos se dirijieron juntos al punto indicado.

El señor Darneton (que tal es el nombre del constructor) los aguardaba; hizo numerosas preguntas al injeniero, i quedó encantado con sus respuestas tan satisfactorias como modestas.

—Al hablarme de usted ayer, dijo Darneton, su amigo me dió de los conocimientos i de la persona de usted una opinion mui favorable; al presente estoi convencido que desempeñará perfec-

tamente su cometido. Pasado mañana me iré de Paris i espero llevármelo a usted conmigo; ahora lo que únicamente deseo es que usted me diga cuáles son sus condiciones.

—Esas condiciones, señor, serán las que usted mismo determine.

—Me embaraza algo, replicó el bordeles sonriendo; pero voi a tratar de olvidar por un instante mi interes para pensar en el de usted. El sueldo de usted será de cuatro mil francos anuales, i tendrá, ademas, segun la expresion consagrada, casa i comida. ¿Cree usted que es bastante?

—Sí, señor, i puede usted contar con todo lo que valgo.

—Cuento con ello; i me prometo, por otra parte, ser siempre consecuente con usted: pasado mañana, pues, a las seis i media en el camino de hierro; seis i media en punto.

Los dos amigos se levantaron i se dirijieron a la puerta; pero en el momento de salir, Antonio se detuvo:

—Usted dispense, señor, dijo a su nuevo patron, con alguna vacilacion; he olvidado decirle....

—Es necesario no olvidar nada; diga usted; le escucho.

—Es que.... no soi solo.

—¡Ah! su amigo me parece que me dijo que era usted viudo.

—En efecto, lo soi.

—I sin hijos.

—Todo eso es desgraciadamente cierto; pero tengo un perro.

—¡Un perro! ¡Demonio, demonio! dijo Darneton contrariado.

Despues de un momento de silencio, agregó:

—Es preciso que usted se deshaga dé él, que se lo dé a álguien.

—¡Separarme de mi perro! exclamó Antonio, ¡imposible, señor, imposible!

—¡Ah! con qué acento dice Ud. eso.... Desgraciadamente hai una razon poderosa que impide que vaya Ud. acompañado de su perro; i voi a hacérsela conocer. Mi esposa tenia una hermana menor a quien amaba mucho; un dia la infeliz fué mordida por un perro; curaron la herida como si fuera de un carácter comun, se cicatrizó; pero un mes mas tarde se declaró una horrible enfermedad; corrimos a los médicos; era demasiado tarde. La pobre jóven habia sido mordida por un perro rabioso; murió presa de terribles convulsiones despues de horribles sufrimientos. Desde aquella época mi mujer detesta toda la raza canina; ver un perro, aun de léjos, basta para producirle un ataque terrible de nervios; un ladrido la hace temblar i palidecer; le diré a usted mas todavía, si por casualidad se habla de un perro delante de ella, se la ve cambiar de color inmediatamente; sus ojos se trastornan i solo al cabo de un rato i con el auxilio de un pomo de sales vuelve en sí. Todo esto es extraño; pero es desgraciadamente cierto. Mi mujer es una pobre enferma, lo sé, i muchos sabios médicos han tratado en vano de curarla. El mal

es de los que no tiene remedio. Todo lo que puedo hacer es tributarle toda clase de cuidados i cariños, i de evitar las emociones que la hacen sufrir tan cruelmente. Ya sabe Ud., pues, señor Raymond, por qué le dije que no era posible que llevase Ud. a su perro consigo.

El injeniero estaba extremadamente pálido; exhaló un suspiro i exclamó tristemente:

—La fatalidad me persigue, señor; mis mas ambiciosos sueños no me hicieron esperar jamas una posicion tan brillante como la que usted me ofrece, i que me veo obligado a renunciar.

—¿Qué dice Ud.?

—Ya lo habia manifestado a Ud.; no me separaré nunca de mi pobre perro, de mi fiel Medoro.

—¡Pero, Antonio, lo que haces es una locura! exclamó Dumont.

—Yo comprendo todo el cariño que pueda sentirse por un animal, dijo Darneton; pero lo que no comprendo, señor Raymond, es que Ud. no tenga valor para hacer un sacrificio necesario i salir de la desagradable situacion en que se halla.

—Mi querido Antonio, el señor Darneton tiene razon; paréceme que entre tu porvenir, tu fortuna talvez, i tu perro no hai vacilacion posible.

—Por eso no he vacilado, Dumont.... ustedes encontrarán sin duda que mi conducta es ridícula, insensata; lo es aparentemente; pero nó en realidad. El separarme de un perro, de un animal, el abandonarlo cuando la necesidad lo exije, es fácil, dirán ustedes. Pues bien, eso es un error. Hai vínculos sólidos que ligan a veces a una pobre bestia con un hombre de tal modo que nada puede separarlos; ellos han sufrido juntos; en los momentos de mayor dolor la bestia ha consolado al hombre, i éste ha contraido por esto una deuda sagrada.

Bien me dice mi corazon que puedo ser ingrato sin ser culpable; pero mi corazon desaprueba esa voz; porque el pobre Medoro no es para mí únicamente un perro bueno, fiel, un verdadero amigo, sino todo lo que me resta de una muerta adorada; él es su recuerdo. Mi mujer lo crió, creció junto a ella. Cuando me veia obligado a separarme por uno o mas dias, lo que ocurria a menudo, él era su guarda fiel. Cuando yo retornaba, corria por delante de mí, i me conducia a su ama con aire de triunfador, pareciendo decir: "No te fastidies mas; héle aquí." Era la época de los dias felices. La desgracia entró a su turno mui pronto i mi mujer murió.

La acompañé al cementerio entre mis sollozos i tmis lágrimas. Medoro se habia quedado encerrado, rompió la puerta de su prision para reunirse a mí i acompañar tambien a su ama querida a su último asilo.

¡Pobre animal! me dirijió una mirada suplicante que no tuve valor para despedirle; caminaba a mi lado, detras del sarcófago,

lentamente, con la cola caida, la cabeza inclinada i triste la mirada; cuando colocaron la caja en la fosa, los sepultureros se vieron obligados a amenazarle i rechazarle para impedir que se precipitase en ella.

El injeniero estaba tan conmovido que se vió obligado a interrumpirse; gruesas lágrimas trazaban dos líneas húmedas en sus mejillas pálidas. Tomó su pañuelo i lo llevó a los ojos con un movimiento febril.

Su amigo i el señor Darneton, ámbos mui conmovidos tambien, le tomaron las manos, i se las estrecharon silenciosamente.

—¡Oh! hai cosas que no se olvidan jamas! prosiguió Antonio. No es esto todo. Despues de la ceremonia fúnebre fuí conducido a casa por algunos amigos que me dirijian en vano palabras de consuelo.

Ya mui tarde de la noche noté que Medoro estaba ausente: le llamé, le busqué por toda la casa, por el jardin i sus alrededores; nadie le habia visto desde por la mañana: Medoro habia desaparecido. Volverá esta tarde, o mañana, pensé, i no me ocupé mas de él. A las doce del dia siguiente aun no habia vuelto; confieso que me inquieté vivamente. Salí a buscarle de nuevo, i en vano recorrí dos o tres veces el pueblo; al fin, a eso de las cinco de la tarde, ántes de retirarme a casa, entré en el cementeriopara arrodillarme por algunos momentos junto a la tumba en que yacia mi felicidad. Allí fué donde encontré a Medoro, tendido en el suelo, i exhalando quejas que parecian sollozos. Al reconocerme, su abatida mirada se animó, dejó escapar un sordo jemido, despues se levantó i se puso a escarvar la tierra con las manos i la boca. Ya habia hecho un agujero suficientemente grande en que cabia casi todo él. Vamos, ven, le dije. Me siguió; pero noté que lo hacia mas por obediencia que por voluntad. Encontré al guarda del cementerio. "Es Ud. mui afortunado en podérselo llevar con tanta facilidad; ayer i hoi traté varias veces de hacerle salir de aquí, pero no ha habido modo de conseguirlo, i aun me parece que si me hubiera acercado demasiado me habria devorado." Me detengo aquí, señor Darneton, porque he abusado demasiado del tiempo de Ud.; pero no quiero irme de aquí sin explicar a Ud. mi conducta. I permítame Ud. creer que con lo que acabo de decirle me justifico a sus ojos.

—¡Oh! sin duda! La conducta de Ud. no revela sino un corazon jeneroso, dijo Darneton, i es lo que mas pena me da.

—Veamos Antonio, le dijo su amigo, reflexiona bien ántes de rechazar la oferta del señor Darneton. ¿Sabes tú acaso si volverás a encontrar una parecida? Sin duda que lo que te se pide es una cosa pesada; pero tambien es cierto que hai separaciones mucho mas crueles que esa, dejando a un lado la que impone la muerte, puesto que no hai medio de evitarla; los marinos pasan a veces años enteros léjos de su familia, de sus mujeres, de sus hijos, no se van por cierto con el corazon rebozante de alegría, i

sin embargo se van.... a la merced de Dios. Oyeme, se me ocurre una idea, confíame tu perro, te prometo cuidarle esmeradamente, él quiere mucho a mi mujer, i no lo pasará mal en casa. Dentro de cierto tiempo te lo llevarás contigo.

—Creo que la proposicion del amigo de Ud. lo deja todo perfectamente arreglado, dijo Darneton; i, ademas, como tendrá que venir muchas veces a Paris durante el año, Ud. podrá juzgar si su perro se considera feliz en casa de su amigo.

Antonio empezó a flaquear, i Dumont agregó algunas palabras mas que le acabaron de decidir. Consintió en irse.

IV.

Hace ocho dias que se halla Antonio en Burdeos; este breve tiempo le ha bastado para ponerse al corriente de todas las operaciones de la fundicion i para sustituir a Darneton; éste, que se considera mui dichoso por haber encontrado al fin un hombre intelijente i probo con quien contar como consigo mismo trata a Antonio como a un miembro de su familia.

El jóven está satisfecho; no puede pedir mas, su agradecido corazon está todo dedicado a su bienhechor; pero, sin embargo, no es feliz. No puede serlo, porque el recuerdo del pasado está ahí, vivo. Nada podria reemplazarle lo que ha perdido. Tiene horas de profunda tristeza en las que en vano procuran distraerle los que le rodean: miéntras está en su compañía parece ceder, mas al verse de nuevo solo, retornan los sombríos pensamientos i sus ojos se humedecen; de noche, sobre todo, cuando todo duerme i calla a su alrededor, es cuando se entrega por completo a su dolor. Parece que experimenta un secreto placer en hacer desangrar las llagas de su corazon.

La casa de Darneton, contigua a la fundicion, está edificada frente a una ancha calle, sembrada de hermosos árboles; se compone de un edificio principal de dos pisos, i de dos alas principales de un piso en forma de pabellon; éstos, aunque comunicados con el cuerpo principal del edificio, tienen una salida independiente a una callejuela dedicada al servicio de la fundicion.

Uno de estos pabellones sirve de vivienda i oficina a Antonio; éste acababa de entrar en ella, es tarde; pero como no siente el menor deseo de dormir, abre la ventana de su cuarto i se apoya en el balcon; el cielo está cuajado de brillantes estrellas; la brisa de abril acaricia su rostro, trayéndole el perfume de las tempranas flores. La luna acaba de salir i sus rayos arjentados despiden una pálida claridad. Todo está silencioso a su alrededor; a veces, sinembargo, de tiempo en tiempo, el ruido lejano de algun carruaje llega a sus oidos, i miéntras la ciudad de los jirondinos se duerme por completo, su pensamiento le domina dulcemente i le sepulta en su sueño habitual.

De repente parécele escuchar un jemido, un grito plañidero, particular, que reconoce; levanta la cabeza i escucha.

Pero se ha equivocado; sin duda que es juguete de una ilusion. Ha creido escuchar la voz de Medoro. ¡Es imposible! ¡Oh! nó. ¿No ha dejado su perro en Paris, al cuidado de su amigo? No importa, no puede dejar de experimentar ciertas dudas; su corazon se ajita, i hasta retiene su respiracion para escuchar mejor.

Un nuevo quejido, algo mas fuerte, se deja oir. Esta vez Antonio no duda mas; está seguro de no equivocarse: es Medoro que le llama, Medoro que se ha escapado, burlando la vijilancia de Dumont i que ha seguido la pista de su amo hasta Burdeos.

Antonio se lanza fuera de su cuarto, baja rápidamente la escalera i abre la puertecilla que da a la callejuela. Medoro está ahí i ve a su amo.

Al instante su alegría se manifiesta con saltos prodijiosos; se entrega a las mas extravagantes manifestaciones, no respeta ni la ropa, ni el rostro de su amo; como lo ha encontrado, cree que todo le está permitido.

—Basta, basta, le dice Antonio; ¡vamos! cálmate, i, sobre todo, cuidado con ladrar porque estaríamos perdidos. El dócil animal se acuesta entónces a los piés de su amo, i en seguida se levanta a una señal de éste que lo guia a su cuarto.

Medoro experimenta un nuevo rapto de alegría, que su dueño no tiene el valor de impedir; el injeniero piensa que su perro debe tener hambre i sed; sale un instante i vuelve cargado de provisiones.

Miéntras que Medoro cena alegremente, Antonio reflexiona. ¿Qué hará de él? porque el caso es grave i la situacion extremadamente embarazante; la idea de separarse por segunda vez de Medoro por supuesto que no le ocurre; lo que trata, por el contrario, es de encontrar el medio de conservarlo a su lado sin que noten su presencia en casa de Darneton; cuenta mucho para esto con la intelijencia del perro, pero éste puede distraerse i venderse; un ahullido, un grito, lo echaria todo aperder, i comprende al mismo tiempo que es imposible condenar a un perro a una prision i silencio perpetuos.

Entre tanto Medoro, que ha concluido su cena, viene a lamer la mano de su dueño i se tiende en seguida sobre una alfombra, en donde no tarda en dormirse. Las reflexiones a que se entrega Antonio perturban algo el placer que experimenta por ver de nuevo a su fiel amigo; al fin toma una decision; se lo dirá todo a Darneton porque no quiere recibir una reconvencion de su patron: su carácter, por otra parte, le impide toda clase en engaños i astucias arteras. Todo lo falso le repugna.

Levántase temprano al dia siguiente i va a ver a Darneton que trabaja en su gabinete; éste le hace tomar asiento i le pregunta sonriéndose el objeto de su vlsita matinal; Antonio le manifiesta lo ocurrido la noche anterior.

—¡Pobre animal, exclama, cuán grande es su amor por usted! ¡Qué admirable instinto! Sí, arrojarle, alejarle ahora seria sin duda una accion odiosa; i no me siento con valor para pedir a usted ese sacrificio. Mas, ¡qué haremos para conservarle! Veremos; sin duda encontraremos algun medio. Tenemos quince dias para pensarlo; mi mujer parte hoi con su hijo; va a pasar dos o tres semanas en el campo con una de sus amigas; la invitacion ha sido oportuna, pues nos da tiempo sobrado para pensar lo que debemos hacer.

Al dia siguiente los empleados i obreros de la fundicion veian, estupefactos, correr i saltar alegremente un perro por el patio de la casa de Darneton.

EMILIO RICHEBOURG.

(Concluirá.)

MOISES.

(POEMA DE ALFREDO DE VIGNI.)

A mi querido amigo, presbítero don Ramon Anjel Jara.

I.

El sol rozaba con las tiendas blancas,
Su rayo moribundo i declinante
Cendal dorado que en los aires deja
Cuando en lecho de arenas va a acostarse,

Revistiendo su pálido reflejo
La campiña de púrpura i de jalde.
Moises, hombre de Dios, trepa en silencio
De Nebo el monte en su tristeza grande;

Se detiene, i tranquila la mirada,
Por el vasto horizonte humilde esparce.
Distingue a Phasga envuelta en sus higueras
I sentados al borde de los valles,

Galad i Manases i Efrain mira
Entre vegas risueñas i feraces,
I arrullando a Judá, la mar dormida
En sus yermos i extensos arenales.

Mas allá tiembla Neftalí en la sombra
Al rumor de sus tristes olivares
I en su planicie de odorantes flores
A Jericó abanican los palmares,

I hasta Segor sus bosques alcanzando,
Phogor extiendes sus colinas suaves.
Vió la tierra feliz que su sepulcro
No admitirá jamas; Moises lo sabe;
Triste miró; su mano a los Hebreos
Tendió potente i prosiguió adelante.

II.

En tanto el campo de Moab llenando
Reunido al pié de la montaña santa,
Como mies sacudida por el viento
Israel en el valle se ajitaba.

Desde la hora en que el prístino rocío
La sed de las arenas fresco apaga
I columpia sus perlas temblorosas
Que la noche lloró sobre las ramas,

A hablar con el Señor habia partido
El anciano profeta, triste el alma,
I a los rayos de luz de su cabeza
Seguia el pueblo aun con la mirada.

Moises alcanza la sublime cumbre
I a la nube de Dios su frente horada
Que el monte de relámpagos corona
I de silencio i misteriosa calma.

Arde el incienso en el altar de piedra
De las espiras por el sol doradas
A la sombra; las frentes en el polvo
Los cantares de Dios el pueblo canta.

Los hijos de Leví sobre las turbas
Con sus arpas los cantos acompañan
Entre arenal revuelto semejando
Un bosque de ciprés que se levanta.

III.

I ante el Dios de Siná de pié el profeta,
Cara a cara le habló en la nube oscura:
—Señor: ¿mi vida inquieta
Jamas acabará? Viví potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.
¿Qué os hice yo, Señor, para que hicieseis
De mí vuestro elejido?
Vuestro pueblo llevé do lo quisisteis,
Llegó, por fin, al suelo prometido.
De vos a él la mediacion divina
Que otro acepte por mí; que enfrene otro
De ese Israel el indomable potro,
I yo le lego entónces
Mi libro i mi inmortal vara de bronce.

IV.

¿Por qué quisiste la esperanza mia
De ser hombre feliz en mi ignorancia,
Desvanecer un dia,
Ya que del Nebo hasta la roca fuente
Tumba no halle para mi helada frente?
Sabio entre sabios, del errante pueblo
Los pasos dirijí; sobre los reyes
Mi voz hizo llover lluvia de fuego
I el porvenir mui luego
Arrodillado adorará mis leyes.
Abrí la tumba del mortal¡primero
I la muerte en mi voz halla un acento
Profético i austero.
Soi grande, soi mui grande,
Mi pedestal coloso
Que ante mi sér anonadado yace
Son pueblos i naciones:
Mi brazo poderoso
Jeneraciones mil hace i deshace.
Viví, Señor, potente;
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

V.

De los cielos penetro los secretos,
Mando a la noche desplegar sus alas
I a mis ojos pretasteis
La fuerza de los vuestros
Con que al principio al caos inflamasteis.
Por su nombre he contado las estrellas
I a un leve signo de mi mano alzada
Cada una se presenta apresurada.
I mis manos impongo
Del nubarron en la abrasada frente
I arrancó de su seno
De las tormentas la espumosa fuente.
Entrego las montañas
A las alas sin rumbo de los vientos,
En arenas sepulto las ciudades
Convertidas en yermas soledades.
Es mi planta mas fuerte que el espacio,
I el rio de las aguas sin barrera
A mi paso detiene su carrera
I sus líquidos montes conjelados,
Son de mi pueblo colosal palacio,
I hasta su voz bravía
Calla aterrado al escuchar la mia.
Mi pueblo sufre i vuestras leyes pide;
Alzo mis ojos; vuestro sér sublime
Llena mi sér, i ante mi voz tranquila
Se vela el sol; la inmensidad vacila;
Los ánjeles celosos
A mi alrededor anonados jiran
I os miran i me miran i se admiran.
I, Señor poderoso,
En mi gloria i poder no soi dichoso.
Me hiciste envejecer; grande i potente,
Profunda soledad mi vida encierra,
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VI.

Así que vuestro soplo
Llenó al pastor en medio a su rebaño
Los hombres se miraron
I dijeron:—¿quién es?—nos es extraño.
I los ojos bajaban

Ante los mios do chispeaba un fuego
Que les mostraba en mi mirar sombrío
Algo mas que mi alma,
Mas que el antiguo pensamiento mio.
La amistad i el amor me abandonaron
I temiendo morir si las miraba
Las vírjenes huian
I miedosas al verme se escondian.
Envuelto entónce en la columna negra
Mi sér olvido, mi esperanza inmolo
I camino ante todos
Triste en mi gloria i en mi gloria solo.
I dije al corazon: ¿qué busco ahora?
Para dormir soñando sobre un seno
Mi frente es mui pesada;
Mi mano deja el hielo
En la mano que toca,
En mi acento retiembla la tormenta
I fulgura el relámpago en mi boca.
I así léjos de amarme
Hélas allí temblando anonadadas
I cuando abro mis brazos
Caen a mis plantas mudas i aterradas.
Viví, Señor, potente,
Profunda soledad mi vida encierra;
Dejad que duerma mi cansada frente
El sueño soporoso de la tierra.

VII.

Temiendo el pueblo en tanto
Del Dios celoso las tremendas iras
Oraba, sin mirar el monte santo,
Que si alzaba la vista un punto solo
La tempestad bravía
En la nube sus rayos revolvia.
I sus chispas ardientes
Quemaban las miradas
I abrasaban las frentes
En el polvo temblando sepultadas.
Reapareció mui pronto
El monte sin Moises... El pueblo entónce
Al profeta lloró. Palideciendo
Josué, abrumada la inspirada frente
Guiaba al pueblo al suelo prometido:
Era ya el elejido
Del Dios de Sabahot omnipotente.

Santiago, 5 de setiembre de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

PENSAMIENTO.

Por dos rostros de mujer,
Enlazados con un beso,
Van caminando dos lágrimas
En misterioso descenso.
Se aproximan, se retratan
Mútuamente en sus espejos,
I este diálogo sencillo,
Temblando, comienzan luego:
—¿Cómo te llamas?—*Miseria.*
—¿I tú?—Me llamo *Consuelo.*
I al reconocerse, en una
Sola se funden sonriendo.
—Nuestro camino es el mismo.
—¿A dónde vamos?—¡Al cielo!

Santiago, noviembre 22 de 1875.

FEDERICO CERVI.

EPIGRAMAS.

Me han dicho, Antonio, i no es trama,
Que tú has hecho un epigrama;
¡Por la fé de Belzebú!
No me admiro, porque es fama
Que eres epigrama tú.

—"¡Pues qué! tengo papel i tengo pluma;
Tengo lo que otros tienen: tengo dientes,
Ojos, boca, nariz, manos, en suma,
De escritor cualidades excelentes.
No mas oscuridad que ya me abruma,
Quiero la gloria que orna nobles frentes,
Quiero fama i un nombre." Pensó Antonio,
I escribió i ¡tuvo fama!.... de bolonio.

Santiago, 23 de diciembre de 1875.

JOAQUIN MARTINEZ RUIZ.

EL TIEMPO.

¿No has visto niño del alma
Cuando el sol muestra sus rayos
Una gota de rocío
Sobre un capullo temblando?
Pues esa gota es el tiempo,
El tiempo que pasa ufano
I deja a la flor, la vida,
La juventud, el encanto;
I allá, cuando el sol se pone,
¿No has visto un insecto raro
Que del cáliz de otra flor
Los pétalos arrancando
Con crueldad, se regocija
Destruyéndola inhumano?
Pues es el tiempo tambien,
El tiempo que va pasando,
I deja a la flor marchita
El dolor i el desengaño.
Tiempo en la niña es rocío.
Es insecto en el anciano.

FEDERICO CERVI.

EXAMEN

DEL JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA, I DADA A LUZ POR DON VICENTE SALVÁ EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

Habiendo leido con algun cuidado el primer tomo de esta obra, me figuré que entre su autor i su editor pasó, o pudo pasar, el diálogo siguiente:

HERMOSILLA.—Vamos, señor Salvá, dgíame Ud. con franqueza que le ha parecido mi *Juicio crítico*, i si está en ánimo de encargarse de su impresion.

Salvá.—Si con franqueza lo he de decir, me ha parecido un elojio exajerado de Moratin i una amarga diatriva contra Melendez bajo el disfraz de un título en que descubro ademas no pocos visos de superchería.

H.—¿Elojio exajerado? ¿Superchería? ¿Qué es lo que Ud. dice?

S.—No se enfade Ud. que yo me iré explicando. ¿No es elojio exajerado de Moratin no encontrar en todas sus obras sino media docena de pecados, ménos que veniales, pintarle siempre como el poeta de los poetas, i el modelo de los modelos, apurando en su alabanza cuantas frases i exclamaciones tiene nuestra lengua, i repitiendo a cada paso: *Esto es lo que se llama poesía. En esta composicion todo es sublime, perfecto, inimitable. No hai nada igual en nuestro Parnaso?* ¿No deberá llamarse diatriva contra Melendez un escrito en que se ve claro el empeño de encontrar defectos en sus obras, ya con ridículas cabilaciones i quisquillas gramaticales, ya suponiendo plajios que no cometió, ya disputando sobre si tal composicion que llama *oda* debe llamarse *cancion* o *silva*, ya sobre si el encuentro de ciertas sílabas es o no mal sonante, ya acusando este verso de prosaismo, aquel de galicismo, i ya, en fin, diciendo ¡cosa rara! que tal romance es bueno, pero un poco largo, i que el otro no es malo, pero tiene cosas que a Ud. no le gustan, sin decir cuáles son? ¡Ah, señor Hermosilla! Este pueril i mezquino compas de los gramáticos no es la pauta por la cual debe juzgarse a los poetas como Melendez. La viveza de las imájenes, la opotunidad de las comparaciones, los arrebatos de una fantasía lozana sin extravagancia, la belleza i dulzura de la versificacion, la naturalidad i ternura de los afectos, i sobre todo la impresion que deja en el ánimo i el halago que produce en el oido la reunion de todas estas dotes, eso es lo que constituye la esencia i la excelencia de la poesía. ¿I qué valen en tal caso los reparos minuciosos de los gramáticos? ¿No desaparecen como el humo a la simple lectura de una estrofa en quien tiene alma que sienta, imajinacion que exalte, i oido que perciba la música de los buenos versos?

¿I qué diremos de la que Ud. llama *doctísima crítica* de las obras de Moratin, hecha por don Juan Tineo, i que sirve como de introduccion a la obra de Ud.? Si en ésta recae la censura sobre las miserables menudencias que dejo indicadas, aquéllas por el contrario se reduce a encomios desmedidos i rotundos de su ídolo, i a sangrientas invectivas i acriminaciones contra Melendez i su escuela. Tales i tan absolutas jeneralidades merecen alto desprecio, i solo prueban que el trascurso de veinticinco años, durante los cuales tantos i tan grandes intereses i vicisitudes han ajitado el ánimo de los españoles, no ha sido bastante a endulzar en el suyo la hiel i el encono con que la pandilla que rodeaba el pedestal de Moratin, a principios de este siglo, se ocupaba en zaherir a la escuela de Melendez. ¿I qué refutacion cabe de las majistrales sentencias de Tineo, cuando las presenta sin otro apo-

yo ni razon que su dicho? ¿Qué obras nos ha dejado Tineo para que por ellas podamos juzgar del peso i acierto de sus decisiones? ¿En qué títulos se funda la autoridad que presume deber reconocer los lectores en sus fallos doctorales? Todo el contexto de su *doctísima crítica* no rebosa mas que cólera i veneno. No quiere que Melendez haya escrito un solo verso mediano, i al hablar de la dedicatoria que precede a *la Mogigata* de Moratin, se irrita con éste porque dice, que habiendo querido

> .....*la voz imitar i la armonía*
> *Que un tiempo el eco en la floresta verde*
> *Repitió del Zurguen,*

vino la musa de Menandro i le quitó con enfado la cítara i flautas pastoriles, diciendo que su talento no era a propósito para tal empresa. ¿I qué dice a esto don Juan Tineo? Que Moratin hizo esta confesion por pura modestia. Yo conocí i traté a Moratin, señor Hermosilla, i sé mui bien que la modestia no era su virtud dominante. Ud. debe tener tambien hartas pruebas de ello, i por si las ha olvidado, bastará que yo le recuerde aquel romance, dirijido al conde de Floridablanca, pidiéndole un beneficio, i en el cual, a pesar de ser todavía mui jóven, dice al ministro que espera de él su felicidad, porque el cielo tiene reservado a su gobierno

> *Hacer flores las letras*
> *I dar favor a los sabios.*

¿Qué tal? ¿No es admirable la modestia de Moratin? Pero supongamos que por modestia confesó no poder llegar a competir con Melendez en los jéneros que este cultivó ¿cabe modestia en asegurar que se propuso imitarle? ¿Trata nadie de imitar lo que no tiene por bueno? Luego Moratin no tenia de Melendez la opinion que su panejirista, sucediendo con los entusiastas de aquel ilustre escritor lo que se decia de los palaciegos de Luis XVIII, que eran mas realistas que el monarca mismo. Yo aprecio mucho a Moratin, i Ud. lo sabe; pero esas alabanzas tan encarecidas con que Tineo i Ud. se empeñan en remontarle a la mas empinada cumbre del Pindo, le perjudican, léjos de favorecerle, pues dan ocasion a que ofendido alguno de esa escandalosa parcialidad le ajuste las cuentas tan menudas que no quede mui bien parado.

H.—No negaré que acaso Tineo i yo nos hayamos excedido algun tanto en los elojios de nuestro amigo, i en cargar la mano a Melendez con sobrada severidad; pero de esto a *supercheria* hai una gran distancia, i confieso que esta palabrita me ha picado. *¿Supercheria?* Si Tineo viviera....

S.—No la apliqué yo a Tineo. Este buen señor francamente i sin ambajes dijo: *segun mi modo de entender, Moratin es el primer poeta del mundo, i Melendez el mas despreciable.* Ya ve Ud. que

esta jeneralidad a nadie convence. Escritos de igual naturaleza, aun cuando lo sazone la sal i pimienta de la sátira mas fina, llaman talvez la atencion momentánea, sepultándose a poco tiempo en la oscuridad del olvido, miéntras la fama del hombre célebre, a quien en ellos se intentó deprimir, crece con los años i ocupa siempre en la estimacion pública el digno lugar a que supo elevarse. Pero Ud. no se ha conducido con tanta franqueza, i perdone que se lo diga. Ud. vendiéndose por amigo de Melendez, i refiriendo hechos i jestiones que lo indican, disimula hipócritamente su malquerencia, le trata con visible parcialidad en su Juicio crítico, i quiere que aparezca este opúsculo como una obra desapasionada, i escrita para instruccion de la juventud. ¿Qué instruccion han de sacar los jóvenes de la lectura de un libro en que se pinta a Moratin como un jigante i a Melendez como un pigmeo, en que el crítico tiene ojos de lince para hallar defectos en éste, i los tiene de topo para no distinguir en aquél la mas leve mácula?

H.—Poco a poco con eso, señor Salvá: yo no hablo al aire, como Tineo, ni censuro por el empeño de censurar. Doi razon de mi dicho i le apoyo siempre en sólidos fundamentos. I sino, veámoslo: ahí está el manuscrito.

S.—Enhorabuena. Empezando por las anacreónticas, dice Ud. que en la estrofa sexta de la segunda se encuentran dos defectos. Dice así:

> Tú de las roncas armas
> No oirás el son terrible,
> Ni en mal seguro leño
> Bramar las crudas sirtes.

Es el primer defecto no aparecer con claridad si las sirtes braman en mal seguro leño, o si el embarcado en él es quien desde allí las oye bramar. ¿No es esta una duda voluntaria i sin viso de razon?

El segundo defecto consiste en que las sirtes, que son unos bancos de arena, no braman, pues las que braman son las olas que en ellos se estrellan. Aquí se olvida Ud. de que la primitiva i jeneral acepcion de la voz *sirtes* es la de peñascos combatidos por las olas, i no hai cosa mas comun entre los poetas antiguos i modernos, que pintarlas como unos mónstruos, que con sus bramidos aterran a los navegantes deseando devorarlos. ¿No es fuerte cosa que por el ansia de hallar defectos a Melendez se empeñe Ud. en condenar hasta los ladridos de Escila i Caribdis?

H.—Cuando las metáforas están ya tan autorizadas....

S.—No me interrumpa Ud., que luego hablará cuanto quiera. En la preciosa anacreóntica A UNA FUENTE (páj. 198) reprueba Ud. que Melendez diga *amable sueño* porque este adjetivo solo se aplica a las personas. Podrá ser cierta la observacion segun el

estricto rigorismo gramatical; pero no sé yo porque no ha de poder aplicar un poeta el adjetivo *amable* en ese i otros casos en el sentido de *grato* o *apacible*. Reprueba Ud. tambien que diga *ondosa culebra*, diciendo que esta calificacion solo viene bien a los fluidos, como el mar o el viento que son los que forman ondas; mas no a los sólidos como las culebras. Pues ¿qué no forman ondas ciertos caminos con sus sinuosidades? ¿No las forman las montañas, los pabellones, i otras mil cosas naturales i artificiales? ¿Puede estar mas propia i oportunamente aplicado aquel adjetivo que al movimiento ondulatorio de ciertos reptiles? Ya veo que segun el fallo de Ud. no podrán decir los poetas el *ondoso cabello*, pues tambien es sólido, i no líquido ni fluido.

Tacha Ud., por último, el encuentro de las sílabas *te te* del verso

Trasparente te lanzas,

i otras varias que descubre su lente crítico en las obras de Melendez. No diré yo que esta deje de ser falta reprensible; pero ¿por qué no aplicó Ud. el mismo lente a las de Moratin? Sirva de ejemplo este verso suyo en la oda a Cárlos III:

Hoi el ce*tro te* ofrece.

Entre el *tete* de Melendez i el *trote* de Moratin no se advierte gran diferencia.

EL CONSEJO DEL AMOR.

En esta anacreóntica no tiene Ud. mas reparo que oponer que haber usado en ella Melendez la palabra *beso*, por cuanto representa con excesiva desnudez una idea voluptuosa.

H.—¿I qué? ¿Me negará Ud. que los poetas deben poner sumo cuidado en no presentar imájenes lúbricas, ni emplear expresiones que ofendan el pudor i hagan sonrojar a la inocencia?

S.—Léjos de negarlo, me parece mui laudable ese escrúpulo. Lo que extraño es que no ofendiese la delicadeza de su oido el impecable Moratin en estos versos:

¡Ai! si benigna un dia
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto i flores.

Esto es algo peor que el *beso*, i la expresion harto desnuda e indecente.

H.—¿Cómo? ¿Dónde está ese pasaje?

S.—Aquí lo verá Ud. en la *Oda a Nisida*, que enzalsa Ud. a las nubes, diciendo *que no la tiene mejor el mismo Horacio* (páj. 41).

H.—Hombre, es verdad. ¡Dónde tendria yo los ojos!

S.—No se apure Ud., que aun nos queda largo camino que andar.

A LA PRIMAVERA.

En esta i otras ocasiones critica Ud. que Melendez use de verbos neutros o intransitivos como si fuesen activos, desentendiéndose de que esta es una de las galas del lenguaje poético, reconocida por tal en todos los idiomas i naciones, cuando se emplea con juicio i buen gusto. En la composicion de que tratamos reprueba Ud. que diga Melendez, hablando de las aves:

Suspirando delicias
Por el bosque se pierden.

Igual reprobacion le merecen las siguientes locuciones:

De tus hojas, cuando el ala
Del céfiro los bullía

. . . . . .

los jilgueros
Trinándole la alborada.

En otro lugar, hablando Melendez con una madre sobre el cariño que tiene a su hijo, le dice que no hai

Ternura que no le grite,
Ni bendicion que no le eche.

Estas expresiones tan bellas i poéticas las censura Ud. con burla i rechifla, comparándolas con las frases culteranas *guiñar pasmos* i *jemir arrullos*, de que hizo mofa Tomé de Burguillos. ¡Cuán ciego es preciso estar para no echar de ver la diferencia!

Al recorrer mas adelante la oda de Melendez AL AMOR CONFESÁNDOSE RENDIDO, en la cual dice que su verso

Solo suspira amor,

vuelve Ud. a machacar sobre el absurdo de hacer transitivos los verbos neutros, reproduciendo el *jemir arrullos* i el *guiñar pasmos*, i añadiendo que aquella expresion está copiada de Boileau, que dijo:

les amours, que soupirait Tibulle,

i concluye Ud. con el chiste de que en España no podemos *suspirar amores*. Tanta lástima, créame Ud., merece quien no siente la ternura i belleza de aquella expresion, como desprecio si percibiéndolas la moteja por pura molevolencia. Lo mas reparable es, que ora fuese por ignorancia, ora por tildar a Melendez de plajiario, cita Ud. en falso a Boileau, el cual no dijo que *Tibúlo suspiraba amores* sino *versos*.

H.—¿Cómo que nó?

S.—Lo dicho, dicho. Aquí está el mismo Boileau que no me dejará mentir.

Ce n'etait pas jadis sur ce ton ridicule
Qu'amour dictait *les vers que soupirait Tibulle.*

Algo mas atrevida es la expresion metafórica de Boileau que la de Melendez por la mayor analojía que tienen los suspiros con *los amores* que con *los versos:* siendo digno de observar que siempre ha merecido a los franceses grandes elojios aquella expresion, a pesar de que el verbo *soupirer* es tan neutro e intransitivo en su idioma, como el *suspirar* en castellano.

Es tal, sin embargo, la obstinacion de Ud. en no conceder a los poetas la libertad de emplear como activos los verbos neutros, que estampa los siguientes clausulones (páj. 207): "I para que no se dude que esta disparatada licencia no es un lejítimo engalanamiento de la poesía, sino un abuso detestable i perjudicial, SÉPASE que ni Homero entre los griegos, ni Virjilio entre los latinos, *ni los demas poetas de ámbas naciones*, hicieron jamas transitivos los verbos neutros de sus respectivas lenguas. ¿Cómo habian de cometer semejante solecismo? Las reglas principales de la gramática (i una de estas es la que distingue los verbos neutros de los transitivos) cuando una vez están sancionadas por el uso jeneral, uniforme i constante, son inviolables, i el quebrantarlas un delito capital en el código literario. Insisto e insistiré todavía en este punto, porque veo con dolor que esta licencia o mas bien este reprensible abuso, introducido i autorizado por Melendez, i llevado al extremo por Cienfuegos, ha corrompido ya en pocos años nuestra hermosa lengua, i acabará con ella dentro de poco si se tolera i aplaude."

H.—Sí, señor: lo dije i lo diré siempre. Es un escándalo, una calamidad lamentable.

S.—No se aflija Ud., señor Hermosilla, ni nos atemorice con sus pronósticos i anatemas, dictados por el ciego espíritu de partido. Siento no haber tenido tiempo para averiguar si los poetas griegos fueron tan observantes de ese rigorismo gramatical, como Ud. asegura con tal majisterio; pero entre tanto sírvase decirme si reconoce a Lucano por poeta latino.

H.—¿Quién lo duda?

S.—Pues oiga Ud. estos dos versos de la Farsalia:

> Quique nec humantes nebulas, ne rore madentem
> Aera, *nec ventos tenues suspirat Anauros* (lib. 6.)

H.—A ver.... sí, verdad es; pero ya Ud. sabe que Lucano no se cuenta entre los poetas del siglo de oro, i....

S.—Poco a poco. ¿I Tibúlo i Juvenal son buenos textos?

H.—Eso es otra cosa. Vaya ¿a qué no usaron ellos como transitivos los verbos neutros?

S.—Ya se ve. ¿Cómo habian de cometer semejante solecismo? ¿No es verdad? pues oiga Ud.:

Suspirant longo non visam tempore matrem (Juv., sat. 11.)
Quod si fortè alios jam nunc suspirat amores. (Tib., lib. 4, el. 5.°)

¿Qué dice Ud. a esto, señor Hermosilla? ¿Tiene Ud. mas arbi-

trio que cantar la palinodia? Pues SÉPASE que las citas de casos iguales fueran en mayor número, a no haberme querido yo contraer al solo verbo de la disputa en que nos quiso Ud. presentar a Melendez como plajiario de Boileau.

H.—Veo, amigo, que con los años flaquea la memoria en términos increibles. I luego, como aquel Moratin era tan ríjido en la observancia de los fueros del lenguaje, i le tenia a uno tan imbuidas sus máximas de purismo....

S.—Por eso sin duda se abstuvo de incurrir en ese crímen capital del código literario.

H.— Ciertamente.

S.—No será malo que Ud. me diga si reputa por verbos intransitivos a *crecer* i *arder*.

H.—¿Quién puede dudar que lo son?

S.—Pues ahora vea Ud. si están empleados como transitivos en los versos siguientes:

....Cuyas ondas puras
Van *a crecer del Tajo la corriente*,
....Las soberbias torres
Arderá de Ilion la llama activa.

H.—En efecto, apostaré a que son de algun poeta de la escuela salmantina.

S.—No son sino de don Leandro Fernandez de Moratin. Los primeros se hallan en el idilio A LA AUSENCIA, del cual dice Ud. nada ménos *que es el mas hermoso i perfecto que tiene hasta el dia nuestro Parnaso.*

Los otros son de la traduccion de la oda de Horacio a Póstumo, acerca de la cual, i de las demas que vertió el mismo poeta en castellano, conviene Ud. con la opinion de Tineo en su *doctísima crítica*, quien repite igualmente el consabido fallo, *de que no las hai mejores en el Parnaso español.* ¿Cómo se ocultaron a la perspicacia de Ud. tales solecismos? ¿Tiene Ud. algo que contestar a esto?

H.—Sí, señor, i mucho. En el uso transitivo de los verbos *crecer* i *arder* no incurrió Moratin en el delito capital literario de alterar su naturaleza. No hizo otra cosa que cometer un arcaismo, pues tales verbos se usaron como activos antiguamente.

S.—No fuera esa mala contestacion, si Ud. mismo no la hubiera desvirtuado, cuando condenó a Melendez por haber usado como activo el verbo *bullir* en su anacreóntica DEL VINO.

H.—¿Pues qué dije?

S.—Tenga Ud. paciencia que ya lo estoi buscando. Estas son sus palabras (páj. 207): "No se me diga para disculpar a Melendez que el verbo *bullir* fué antiguamente transitivo i significó *mover* o *menear*, i de consiguiente que aquí no hai licencia, sino *arcaismo.* Porque entónces responderé: 1.° que este es uno de aquellos arcaismos que no deben usarse, i 2.° que la acusacion queda

la misma, pues siempre resulta que a un verbo, hoi neutro, se le hace transitivo por arcaismo."

H.—Confieso que tengo manía contra esa locucion antigramatical, i a no habérseme pasado por alto esos versos de Moratin, no hubieran quedado sin reprimenda.

S.—¿I qué hubiera Ud. dicho contra un pobre poeta que tuvo valor de escribir:

> Así cuando en Sicilia el Etna ronco
> *Revienta incendios....?*

H.—¡Jesus! ¡qué desatino! Ese si que es gongorismo de primer órden. Diga Ud. si estaria mal aplicada a su autor la comparacion de *guiñar pasmos*, i si merece la zumba del buen Burguillos.

S.—Sin embargo, el verbo *reventar*, aunque la Academia lo califica de neutro, suele usarse tambien como activo, i en este caso la expresion podrá tacharse de hinchada; pero....

H.—Nó, señor: aquí no hai disculpa. El verbo *reventar* se usa como activo, cuando significa *hacer que otra cosa u otra individuo reviente*. Así decimos: *al saltar la zanja reventé los pantalones; llegué en pocas horas, pero reventé el caballo.* Mas este es caso distinto, i en él es intransitivo el verbo *reventar*, o no hai verbos intransitivos en la lengua castellana. *¡Reventar incendios!* Esto solo Cienfuegos ha podido decirlo en los tiempos modernos. El solo es capaz de incurrir en un crímen tan capital, en un abuso tan abominable.

S.—Nó, amigo: no ha sido Cienfuegos el reo, sino Moratin.

H.—¡Cómo! Eso es increible.

S.—Véalo Ud. aquí en la ELEJÍA A LAS MUSAS, que con suma complacencia nos has copiado íntegra (páj. 145) sin faltarle punto ni coma: por cierto que la encarece Ud. hasta el extremo de decir que no hai palabra en ella que no haya salido del corazon, *i que es la mejor en su línea que tiene nuestro Parnaso.*

H.—No lo puedo negar. Algun demonio me cegó cuando hice este exámen.

S.—El demonio de la pasion, bajo cuya influencia está escrito ese libro desde la portada a la fé de erratas. Con Moratin siempre entusiasmado hasta perder el seso; con el pobre Melendez tan escrupuloso, tan difícil....

H.—¿Qué es eso difícil, señor Salvá? ¡Cómo se conoce que ha vivido Ud. en Paris muchos años! Ese es un galicismo garrafal, i no de los lijeros de que alguna vez acusó a Melendez; galicismo que en verdad no recelaba pudiese salir de los labios del autor de una gramática de la lengua española. ¿Se rie Ud.?

S.—¿Pues no me he de reir?

JUAN NICASIO GALLEGO.

(Continuará.)

UN AMIGO VERDADERO.

(Conclusion.)

V.

Un domingo temprano, Antonio dijo a Darneton:

—¿Cree usted necesitarme durante el dia?

—Nó, amigo mio, está usted completamente libre.

—Gracias, voi a aprovecharme de mi libertad para hacer una excursion por los alrededores de la ciudad, todavía desconocidos para mí.

—Si desea usted dar ese paseo a caballo o en carruaje, uno de mis caballos de silla o mi tilbury está a la disposicion de usted, hoi como siempre.

—Sin duda que me aprovecharé algun dia de su amable ofrecimiento, señor; pero hoi prefiero salir a pié en campañía del amigo Medoro.

Media hora mas tarde, Antonio estaba ya léjos de la ciudad, en medio de una campiña animada, rica de vejetacion, adornada por todas partes de esas *villas* blancas i graciosas a donde van los comerciantes ricos a descansar el domingo de las fatigas de la semana.

Al medio dia, al atravesar Antonio un pueblecillo, notó que Medoro estaba mui sofocado, pensó naturalmente que tendria sed, i aun él mismo la experimentaba. Entró en una pequeña posada, i se hizo servir un pedazo de carne fria de que tocó parte a Medoro, i una media botella de vino de Medoc.

Era la una cuando el jóven salió de la posada.

—Me hallo a tres leguas de la ciudad, pensó, i me parece que obraré cuerdamente no alejándome mas; es hora de volver a casa, i lo haré por otro camino distinto del que me ha conducido hasta aquí.

Al salir del pueblo, que está situado en una planicie algo elevada, vió dos caminos, o mas bien, dos senderos que partian del

lugar en que se encontraba; se detuvo vacilando si tomaria el de la derecha o el de la izquierda; el primero se dirijia rectamente hácia la ciudad, el otro obligaba necesariamente al caminante a hacer un largo rodeo; pero abundaba en terrenos quebrados i conducia a un pequeño valle por el cual serpenteaba un arroyo de caprichosas curvas. Antonio lo escojió; pues, si bien mas largo, le pareció mas agradable. Silbó a Medoro que corria locamente entre las cepas de vid, i se encaminó por el sendero que conducia en suave pendiente al valle. No tardó en llegar a las orillas del riachuelo que, aunque angosto, corria con mucha rapidez i parecia ser mui profundo, pues, apesar de la limpieza de sus aguas, no pudo Antonio divisar su fondo. Viejos sauces torcidos i de huecos troncos se inclinaban sobre la orilla en que bañaban sus flexibles ramas. El calor era en aquel momento insoportable. Antonio se sintió completamente cansado, buscó un lugar cómodo cerca del rio, i allí se sentó sobre la yerba, a la sombra de uno de los árboles.

Medoro se acostó a su lado.

El jóven se hallaba en la orilla derecha; hubiera podido pasar fácilmente al lado opuesto por medio de un madero que atravesaba el rio a manera de puente.

Despues de descansar unos veinte minutos, iba a levantarse para proseguir su camino cuando el ruido de varias voces llegó a sus oidos.

Medoro habia ya levantado su hermosa cabeza, i con los ojos fijos en su amo parecia preguntarle.

Guiado por un sentimiento de curiosidad, Antonio echó a un lado algunos gladiolos que le impedian ver, i observó.

Tres mujeres, bellas, jóvenes i alegres, se paseaban por la orilla opuesta; no pudo nuestro injeniero ver sus rostros, por estar ocultos tras las sombrillas; dos chiquituelos de diez i doce años corrian por delante de ellas alborotando risueñamente. Antonio reconoció al hijo de Darneton en uno de los muchachos; seguramente que una de las señoras debia ser la esposa de aquél.

Medoro se levantó con la mejor intencion de ladrar, pero, ántes de haber tenido tiempo de dejar oir su poderosa voz, su dueño le tomó por la cabeza i le obligó a volver a acostarse sobre la yerba.

—¡Silencio! Medoro, le dijo; ¡silencio! te prohibo que articules el mas leve sonido.

El intelijente animal comprendió, i se acurrucó al lado de su amo, cerrando los ojos.

En aquel momento las señoras se encontraban casi frente a Antonio.

—Gustavo, dijo una voz que el jóven reconoció al momento, Gustavo, te sofocas demasiado, no corras tanto, i sobre todo no te acerques tanto al rio.

—No tengas cuidado, mamá, no tengas cuidado.

—¡Si supieran ustedes todo lo imprudente i aturdido que es! dijo la señora Darneton dirijiéndose a sus compañeras.

—Gustavo es como todos los muchachos.

—Sin duda; pero tiene un arrojo que me hace temblar.

Los dos niños habian llegado junto al madero.

—¿Te atreverías a pasar corriendo por este puente? preguntó Gustavo a su amigo.

—No sé; me parece que tendria miedo.

—¡Oh! yo no tengo miedo alguno, dijo Gustavo, que habia puesto ya un pié sobre el madero.—Lo vas a ver.

I, diciendo i haciendo, se lanzó por el peligroso puente. Desgraciadamenta dió una pisada en falso i perdió el equilibrio, quiso sujetarse con las manos; pero el peso de su cuerpo se lo impidió; dió un grito i desapareció en el agua.

VI.

A este grito del pobre niño, otros gritos terribles, desesperados, contestaron; la señora Darneton cayó sin conocimiento en los brazos de sus amigas que no cesaban de gritar pidiendo socorro.

Antonio, desde el lugar en que se hallaba, no habia podido ver la caida de Gustavo; pero, a los primeros gritos, previendo la ocurrencia, corrió hácia el madero.

—¡Al agua! Medoro ¡al agua! exclamó. El perro cayó de un salto en el rio; se puso a nadar describiendo un largo círculo, i buscando en torno suyo. El niño, conducido por la corriente, apareció en ese momento a quince o veinte metros mas allá del puente.

—¡Por aquí! Medoro ¡por aquí! dijo Antonio.

Mas ya el perro habia visto, i ayudado por la corriente nadaba rápidamente; pero ántes de tener tiempo para llegar hasta el niño, éste habia desaparecido de nuevo.

Entónces Medoro echó una mirada a su amo, quien le animaba con la voz i el jesto i se zabulló.

A los cinco segundos apareció con el niño asido por una pierna.

—¡Por el cuello, Medoro! ¡tómale por el cuello! El heróico animal no se lo hizo repetir; soltó la pierna i sostuvo al niño por el cuello de la chaqueta, i así, manteniéndole siempre la cabeza fuera del agua lo condujo a la orilla.

Antonio se encontraba allí; al estar Gustavo al alcance de su mano, lo tomó, lo cargó i lo llevó a donde se hallaban las señoras. Medoro apénas se hubo sacudido el agua corrió a su amo i se puso a lamer el rostro i las manos del niño.

La señora Darneton continuaba desmayada; una de sus ami-

gas la atendia miéntras la otra auxiliaba a Antonio en los cuidados que tributaba al hijo.

—¡Ha hecho un movimiento! exclamó de repente el jóven; vea usted, señora, vea usted, las mejillas empiezan a enrojecerse, respira, está salvado.... ¡Bravo, Medoro, mui bien! ¡eres todo un valiente!....

Un instante despues, el niño se llevó las manos al pecho, dejó escapar un profundo suspiro i abrió los ojos. La señora Darneton empezaba a volver en sí.

—Ahora ya no me necesitais, señoras, dijo Antonio; i no tengo tiempo que perder para alejarme.

—¡Cómo! exclamó la que parecia de mas edad ¿lo hace usted acaso para evitar el que mi amiga le dé las gracias?

—Hai otra razon, contestó el jóven, señalando al perro.

—¡Ah! me olvidaba.... Es decir, que conoceis a la señora Darneton.

—Sí, señora, i doi mil gracias a la casualidad que conduciéndome aquí me ha dado la oportunidad de salvar a su hijo.

—Pero ántes de irse usted, déjenos su nombre, por lo ménos.

—Hace tres semanas que estoi empleado en casa del señor Darneton.

—¡Ah! si, sé ahora que es usted el señor Raymond.

—Sí, señora.

El jóven saludó a las dos señoras, i se alejó rápidamente seguido de Medoro, i entró en Burdeos ya cerca de la noche. Comió con Darneton; pero no le dijo una palabra del peligro que habia corrido su hijo.

A la mañana siguiente, como a eso de las nueve, se detuvo un carruaje frente a la casa; conducian a señora Darneton i a Gustavo, que volvian del campo.

Como no se les esperaba ántes de ocho o diez dias, no se habia juzgado necesario prohibirle a Medoro el uso del patio; allí se hallaba muellemente acostado sobre un monton de paja fresca. Al momento reconoció al niño, se lanzó a su encuentro i saltaba a su lado para demostrarle su alegría. Darneton, que acababa de asomarse a la ventana, palideció al ver lo que hacia el perro; mas, ¡cuán sorprendido quedóse al ver agacharse a su mujer, llamar a Medoro, acariciarle i permitirle que pusiese sus gruesas manos sobre sus hombros!

La madre i el hijo entraron en seguida en la casa llamando al perro, que iba tras ellos sin hacerse el desdeñoso.

Pocos momentos despues Antonio, que habia sido llamado por Darneton, entraba en el pequeño salon en que éste se hallaba en compañía de su esposa i Gustavo. Al lado de la señora Darneton, sentado sobre el sofá como todo un gran personaje, estaba Medoro, masticando un pedazo de azúcar.

—Mire usted, dijo Darneton a Antonio, mostrándole a Medoro i a su señora que tenia en la mano un segundo pedazo de azú-

car que el perro contemplaba de soslayo; en seguida tomó las manos del jóven injeniero, i estrechándolas entre las suyas exclamó: Debo a usted la vida de mi hijo i la cura de mi mujer; es usted mi hermano; a partir de este dia es usted mi socio.

VII.

Medoro fué amado, acariciado i adulado por todo el mundo; en un dia habia conquistado todas las simpatías, i gozaba en casa de Darneton de la mas completa libertad: se le consideraba como a un miembro de la familia. Tenia su puesto en la sala de comer i su entrada a todas partes, en el salon, en los aposentos, en los jardines i los talleres; se le habia dado un cuarto para él solo en el pabellon habitado por Antonio.

Pero habia otro sitio en que Medoro gustaba de reposar i de dormir: el aposento de Gustavo; allí se extendia sobre una alfombra miéntras el niño daba su clase, inmóvil, sin impacientarse, durante horas enteras.

Antonio decia a veces:

—Creo que Medoro me ama ménos desde que se ha hecho amigo de Gustavo. Lo cierto era que el perro amaba al niño que habia salvado; pero este nuevo cariño se habia desarrollado al lado del primero, sin afectar a éste en manera alguna. Así es que cuando la señora Darneton salia por las tardes a dar un corto paseo acompañada de su hijo, Medoro iba a reunirse con Antonio, se colocaba ante éste en cierta actitud, le miraba moviendo la cola, i como diciéndole: ¿Me permites ir con ellos?—Vé, le decia aquél.

Esta palabra bastaba. Medoro, radiante de alegría, corria a reunirse con la señora Darneton i Gustavo. Como todos los perros, Medoro tuvo su collar, un valioso collar con su placa de oro en que estaba el nombre de su dueño; pero este collar no fué nunca mas que un mero adorno; jamas cadena alguna de hierro pendió de él.

Toda la ciudad conocia el perro de Antonio Raymond: su historia habia sido relatada en todos los salones i en todos los talleres; al pasar por las calles decian los niños: Ahí va Medoro, el perro que salvó a Gustavo Darneton; i pasaban sus manos por el pelo sedoso del animal, que se dejaba acariciar sin murmurar.

Este le ofrecia un pedazo de azúcar, aquél un pedazo de carne, el otro un bizcocho. A menudo el pobre Medoro no sentia los menores deseos de tragar bocado, pero las ofertas se le hacian de tan buen grado que su cortesía le obligaba a aceptar.

Gustavo habia comenzado sus estudios bajo la direccion de un profesor de la ciudad; al llegar a los doce años, i a instancias del mismo profesor, se decidieron sus padres a que siguiese, como externo, los cursos del liceo.

El dia en que Gustavo fué conducido por primera vez a ese establecimiento de educacion por Darneton, Medoro, que no habia sido prevenido i que estaba ignorante de todo, quiso entrar en el aposento del niño para acompañarle, como de costumbre; mas halló la puerta cerrada, i comprendió al instante que su amigo estaba ausente. Viéronle en seguida recorrer toda la casa lleno de inquietud; todo lo exploró, las habitaciones, los jardines, i en seguida el patio, donde se acostó junto a la puerta de entrada.

Al mediodía la señora Darneton le llamó; era la hora del almuerzo, fué al salon de comer, se colocó al pié de la silla que solia ocupar Gustavo, i se negó a tomar alimento alguno; despues, cuando se hubo concluido el almuerzo, volvió a la puerta del patio, i allí permaneció hasta que vino Gustavo, a quien saludó con todo jénero de caricias.

A la mañana siguiente mui temprano ya estaba Medoro de guardia expiando la salida de su amigo, le acompañó hasta el liceo, i hasta trató de entrar con él; pero el portero le cerró la puerta en las narices sin piedad; i comprendiendo, sin duda, que no podia ser admitido como pupilo, volvió a su casa; por la tarde, pocos momentos ántes de la salida de los externos, estaba de nuevo a la puerta del liceo aguardando allí a Gustavo; i así, todos los dias, sin excepcion, Medoro lo acompañaba en su ida de por la mañana i en su regreso de por la tarde.

—Medoro, al fin, me ahorrará un criado, decia sonriéndose Darneton.

VIII.

Hace cinco años que Darneton se retiró de los negocios; vive con su mujer e hijo en una hermosa residencia que compró en la campiña de Burdeos, a tres cuartos de legua de la fundicion.

Esta se halla dirijida hoi por Antonio Raymond, que ha sucedido a su antiguo socio; como ántes, la fundicion sigue prosperando i Antonio posee ya una brillante fortuna, que será duplicada dentro de poco sin duda, vistas sus facultades para el trabajo, la constancia de su noble carácter i su juventud.

Muchos de sus amigos, i entre ellos el mismo Darneton, han tratado de casarle; pero Antonio Raymond ha declarado que queria permanecer viudo i fiel a la cara memoria de aquella compañera que fué su único sosten en los primeros dias amargos de de su vida.

Medoro se ha puesto viejo, como que va a cumplir veinte años: conserva todavía su hermosura; pero ya su cabeza empieza a cubrirse de pelos grises i no tiene la lijereza ni la fuerza de otros tiempos.

La señora Darneton quiso llevárselo consigo al campo; pero

Medoro prefirió quedarse en la ciudad junto a su amo; ya no gusta de correr i se pasa horas enteras durmiendo sobre su mullido colchon de lana.

Una o dos veces por semana, sin embargo, sale de la fundicion i va a hacer una visita a la casa-quinta de Darneton, pues no se ha olvidado de su amigo Gustavo, i de allí, despues de recibir las caricias de todo el mundo, retorna a la ciudad.

Se cree que vivirá muchos años mas.

EMILIO RICHEBOURG.

ALLA SENTADO....

Allá sentado en solitaria roca,
Al sepultarse en occidente el sol,
De las volubles olas contemplaba
La eterna ajitacion.

Vía al léjos cual punto en el espacio
Nave, que, deslizándose veloz,
A la mirada ansiosa se encubria
Cual soñada ilusion.

Sobre la misma nave, ha pocas horas
Daba a un amigo el postrimer adios;
Era feliz, el ánjel lo llamaba
De su primer amor.

Tras larga lucha el que a la mar se hacia
Brillar miraba el rayo encantador
De la esperanza que adoró de niño,
I realidad es hoi.

¡Benignos astros al deseado puerto
Guíente, oh nave! El turbido aquilon
Huyan léjos de tí, mansas las olas
Te arrullen con amor!

Constitucion, 1870.

ENRIQUE DEL SOLAR.

SONETOS.

I.

EL SONETO.

Como esculpido vaso alabastrino
De arjentada i suäve trasparencia,
Guarda el soneto misteriosa esencia
En el fondo de un verso cristalino.

Dictóle Clio a un bardo florentino,
El le dió ritmo e intencional cadencia,
I de su canto a la amorosa influencia
Le llamó el hombre menestral divino.

I a mí tambien.... una induljente amiga,
A solas me lo canta i en secreto,
¡I no me importa lo que el mundo diga!

¿Nó? el tiempo vuela con afan inquieto;
I ella.... la union que nuestras almas liga,
Entónce apénas cantará un soneto.

II.

LA SIESTA.

Dormia el cazador. La grata siesta,
Sus lánguidos rumores le ofrecia;
La cigarra en el surco, en la alquería
La voz del gallo de encendida cresta.

Atento el galgo sus oidos presta,
Alza el cuello i observa por la via,
Escarba tierra, descansar le hastía,
I alarga la cabeza i se recuesta.

Zumba el insecto; desplegando el ala,
De flor en flor la mariposa vuela,
I el céfiro dormido se resbala.
I miéntras duermen amo i centinela,
Léjos, mui léjos, en desierta sala
Una jóven llorando se desvela.

III.

LA NUBE.

Cayó la noche; en el balcon abierto
Lento jemia un misterioso piano,
La brisa oreaba en el oscuro huerto,
Yo meditaba en el jardin cercano.

Cruza al acaso en el azul desierto
Algun ave nocturna de verano;
Se alza la luna, un resplandor incierto
Baña las cimas del pinar lejano.

Como el incienso de doradas copas,
Brota del bosque majestuosa nube,
Tendiendo al aire sus lijeras ropas.

Así el alma inmortal de Margarita
De luz se impregna i por los cielos sube,
Miéntras que *Fausto* en el jardin medita.

Octubre de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

EXAMEN

DEL JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA, I DADA A LUZ POR DON VICENTE SALVÁ EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

(Continuacion.)

HERMOSILLA.—Extraño mucho que ignore Ud. que el adjetivo *difícil* nada significa en nuestro idioma, aplicado a las personas, si no se sigue un verbo en infinitivo que determine el objeto de la dificultad: v. g. *Juan es difícil de convencer. Los gallegos son difíciles de engañar.* Pero el tal adjetivo *a secas* solo puede aplicarse a las cosas, como *negocio difícil, problema difícil.* En frances es diferente: se aplica a las personas i quiere decir *nimiamente escrupuloso, delicado con exceso;* en una palabra, *descontentadizo.* ¿A qué viene esa sonrisa burlona? ¿Estoi acaso diciendo algun disparate?

SALVÁ.—Todo lo contrario, señor don José. Convengo con Ud. en que es un solemne galicismo, que de propósito dejé caer por ver qué tal sentaba.

H.—¿Cómo habia de sentar? Si Moratin lo hubiera oido, no le esperaba a Ud. mal latigazo. Dale con la risa.

S.—Me estoi riendo hace rato del chasco que Ud. se va a llevar. Este galicismo esputendo, garrafal, intolerable, lo cometió Moratin en la sátira EL FILOSOFASTRO, en la cual dice: (páj. 219)

Mas difíciles *son i atrevidos*
Que nuestros padres.

H.—Hombre, déjeme Ud. verlo.

S.—Aquí está. ¡Que cabizbajo se ha quedado Ud.! Levante ya los ojos del libro. ¿No ha tenido Ud. tiempo sobrado para leer verso i medio?

H.—¡Jesus! ¡Jesus! Estoi aturdido.

S.—Serénese Ud., i sigamos nuestro repaso.

H.—Confieso, amigo mio, que no creí jamas encontrar en Ud. un enemigo tan acérrimo de nuestro Moratin. Mui léjos de eso, le juzgaba apasionado suyo.

S.—I lo soi en realidad. Ya he dicho que estimo mucho a Mo-

ratin, que me deleito en leer sus comedias i otras composiciones, en que hai cosas mui dignas de elojio. El enemigo de Moratin es Ud., pues su vergonzosa parcialidad me ha puesto en precision de medirle con la misma vara con que Ud. mide a los que cree que le hacen sombra. Vuelvo a repetir que a los poetas célebres i a los demas escritores que merecen la aceptacion universal no se les juzga por medio de reparos pueriles. Tales censores son los que llama por burla Ciceron *cantores formularum, i aucupes syllabarum;* esto es, ensalzadores de las fórmulas, i cazadores de sílabas. No diré que son infundadas todas las tachas que Ud. nota en Melendez, ni que Ud. deje una u otra vez de hacerle justicia; pero las de Moratin se le pasan por alto, o se convierten en primores. Digo mas: algo de los defectos imputados al primero están respirando mala fé por todas sus letras.

H.—En eso no convengo: habré estado con él ríjido i minucioso, si Ud. se empeña en ello; pero siempre la conviccion ha dictado mis observaciones.

S.—Ahora lo veremos. En la anacreóntica de Melendez a un baile critica Ud. la estrofa que dice:

De ramo en ramo cantan
Las tiernas avecillas
El amoroso fuego
Que el seno las ajita.

Recae la censura sobre la inexactitud de la expresion *cantar el fuego*, como si no supiese Ud. que en poesía se canta todo; las armas, el campo, los héroes. ¿Cabe un reparo mas pueril i malicioso? Dice Ud. que el fuego se *enciende, se apaga, se aviva*, pero *no se canta*. Segun eso Virjilio no debió decir: *Arma virumque cano*, porque las armas *se forjan, se afilan, se esgrimen*, pero *no se cantan*. ¿I por qué no aplica Ud. a Moratin tan singular doctrina, cuando dice, hablando de la toma de Panzacola: (páj. 41)

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña
La América triunfante?

¿Puede la América triunfante *cantar lauros*, i no pueden las aves *cantar el fuego amoroso* que las ajita? ¿I será razon poderosa para negarlo, decir que los lauros *se cortan, se riegan, se hacen con ellos coronas i escabeches; pero no se cantan?* ¡Ridícula frialdad!

En la anacreóntica A UN PINTOR reprende Ud. las *turjentes pomas* de la estrofa 19, diciendo que es mas decente decir *pechos*, i añade que *turjentes* es voz *algo quirúrjica*. ¿Algo? ¿A tales reparos qué se ha de contestar?

En la anacreóntica A LA ESPERANZA i otras composiciones afea Ud. el uso que hace Melendez del adverbio *hora* en lugar de

ahora, aun cuando confiesa que lo han hecho igualmente los poetas del siglo XVI; es decir, los principales maestros, como Garcilaso, Herrera i frai Luis de Leon. Cabalmente el adverbio *ahora* si se emplea como voz de tres sílabas hace flojo i arrastrado el verso, i si se contrae a fin de que solo se cuenten dos, resulta escabroso i duro. Estas razones, i sobre todo la autoridad de los grandes poetas citados, debieran dejar a salvo a Melendez de semejante censura, a no haber empeño formal en atribuirle defectos.

Esto lo confirma el que reprobando Ud. en Melendez la contraccion de la misma palabra *ahora*, reducida a dos sílabas, en este verso:

Ahora cantara, cual ansié algun dia,

añade: *¿Por qué no dijo* hora, *como otras veces?* De modo que le reprende Ud. aquí por no haber hecho lo mismo que le afea en otros lugares. ¿Cabe en esto buena fé?

H.—Lo que yo quise decir es, que ménos malo fuera que hubiese puesto *hora* en vez de *ahora*, sin que esto sea dar mi aprobacion a ese adverbio anticuado.

S.—Las voces i frases poéticas, empleadas uniformemente por los principales poetas del siglo XVI, no merecen la calificacion de anticuadas, i el adverbio *hora* no tiene la nota de anticuado en el diccionario de la Academia.

H.—Mucho será que no la tenga.

S.—A fé que pronto saldrá Ud. de la duda. Aquí está (octava edicion, páj. 402): *Hora*, adv. de lug. *Ahora*.

H.—Estoi convencido; pero en la mala fé no convengo.

S.—En la anacreóntica A LA BREVEDAD DE LA VIDA le acusa Ud. de prosaico por estos dos versos:

I a los meses los años
Suceden por la posta,

sin hacerse cargo de la sencillez propia de este jénero, ni de que hai prosaismo de versificacion, de lenguaje i de expresion. La de este lugar no puede ser mas rápida, pintoresca i significativa; los versos son buenos, i la diccion es familiar i sencilla cual conviene.

¿I en qué consiste que no hayan parecido a Ud. prosaicos estos versos de Moratin?

Todo lo manda i todo lo gobierna.... (páj. 57).
Ellas su auxilio deben ofrecerte.... (epíst. a un ministro).
Habiéndole comido el patrimonio.... (páj. 120).

I sobre todo estos dos con que da principio a una oda:

Don Jenaro, don Zoilo
I doña Basilisa....

¿No parecen a Ud. buen par de versos para una oda, i principalmente el segundo?

H.—Yo no sé, en verdad, por qué se obstinó ese hombre en bautizar con el nombre de oda ese romancillo, gracioso, eso sí, pero del jénero mas familiar i humilde.

S.—En el romance AL COLORIN DE FILIS reprueba Ud. que Melendez llame a la jaula *ominoso encierro*. La razon es porque *ominoso* es lo que *anuncia males*, i siendo el encierro el mayor mal que puede aflijir a un jilguero, dice Ud. que aquel adjetivo no tiene objeto, i por consiguiente es impropio. Lo que es impropio en un crítico de buena fé, es inventar sofisterías para dar cierta apariencia de razon a sus voluntarias imputaciones. Supongamos que no deba aplicarse el adjetivo *ominoso* a un mal o a una situacion que no pronostique otros males. ¿El encierro de un colorin no le anuncia la pérdida de su libertad para siempre, que vendrá la primavera i no podrá gozar de la frescura de los bosques, ni saludar la salida de la aurora, ni celebrar sus amores? ¿No es esto criticar por criticar?

H.—¡Vaya, que está Ud. inexorable!

S.—No es ménos voluntaria i capciosa la censura de un verso de Melendez en el romance LOS SEGADORES, en que hablando del sol, dice:

I en su inmenso ardor nos baña.

Tacha Ud. de impropia esta metáfora: ¿i por qué? *Porque ardor es la impresion que sentimos al acercarnos a un cuerpo ardiente, i hasta ahora nadie se ha bañado en impresiones.* ¿Puede ignorar Ud. ni nadie que *ardor es calor excesivo*, i que los ardores del sol se llamarán siempre tales, aun cuando se prescinda de si hacen, o nó, impresion en nosotros? Lo mismo pudiera decirse del calor i del frio. Si estas palabras no significan otra cosa que la impresion que sentimos al acercarnos a un cuerpo frio o caliente, no podremos decir con propiedad: *El calor del sol vivifica los campos. El frio de enero atrasó las sementeras.* No sé, pues, cómo ha de salvar Ud. su buena fé en órden a tan fútil reparo. Pero como Ud. no se contenta con poner defectos a Melendez, sino que ademas suele tomarse la libertad de enmendarle la plana, me fuerza a decirle que la reforma que propone del citado verso, decidiendo que estaria mejor,

I en su inmensa luz nos baña,

es desacertada, por no decir otra cosa. En prueba de ello bastará recordar que en el romance LOS SEGADORES se trata del sol ar-

diente de julio, i que la circunstancia de bañarnos *en su inmensa luz*, lo mismo se verifica en verano que en invierno.

H.—En esa parte doi a Ud. la razon: no caí en ello. Mas, dejando este punto, i a fin de acreditar a Ud. que no es tan excesivo el rigor de mi censura respecto a Melendez, observe Ud. en qué términos he hablado de Las bodas de Camacho, drama que tirios i troyanos han convenido en calificar de perverso. A tener yo, como Ud. supone, ese afan de ensangrentarme en su autor, ancho campo hubiera tenido para anatomizarle verso por verso. Sin embargo, no lo he hecho así, contentándome con adherirme simplemente al concepto uniforme de cuantos han hablado de aquella malaventurada comedia.

S.—Nó, amigo; no crea Ud. que me da papilla con esa moderacion maliciosa. Ud. es mui ladino, pero a mí no me engaña. Ha dicho Ud. entre sí: ¿A qué emplear mi escalpelo como los cirujanos en un cuerpo muerto? Lo que importa es tiznar i desacreditar con la juventud lo que se ha ponderado como excelente i digno de imitarse. No deja Ud., a pesar de eso, de hacer en pocos rasgos festiva mofa de la ignorancia de Melendez acerca del estilo i lenguaje cómico, citando el *risum teneatis* despues de copiar docena i media de versos, a fin de que los lectores suelten la carcajada. Pregunta Ud. ademas en tono de compasion cómo el buen Melendez, sabido el poco aprecio que tuvo su comedia en el teatro i fuera de él, se empeñó en insertarla en la coleccion de sus poesías, haciendo así pública i perpétua su deshonra.

H.—Cierto que lo dije, i lo repitiré cien veces.

S.—¿Su deshonra, señor Hermosilla? ¿I por qué?

H.—Porque no es comedia, ni la versificacion ni el estilo son de comedia, ni tal composicion *es otra cosa que una larga égloga dialogada, dispuesta en forma dramática como el Aminta de Taso i el Pastor Fido de Guarini* (páj. 277).

S.—Luego Ud. mismo desvanece su acusacion confesando que Melendez no se propuso hacer una comedia, sino una pastoral por el estilo de las dos indicadas, que tanta celebridad tuvieron en su tiempo. Si Melendez no consiguió igual aceptacion, ya porque el gusto literario hubiese tomado un nuevo rumbo, ya porque cometiera el desacuerdo de dar al teatro una composicion, que, aunque dialogada, no era propia de la escena, ya en fin por no haber sido feliz en la imitacion de sus modelos, no por eso deja de haber en Las bodas de Camacho trozos de poesía lírica i elejíaca, bastantes por sí solos para acreditar a un gran poeta. Como no tengo a mano las obras de Melendez, me habré de contentar con repetir los mismos versos que Ud. copia por via de rechifla.

¡Ai! cómo en estos valles,
Morada ántes de amor, hoi del olvido,
Basilio fué dichoso!

¡Oh tiempo, tiempo! ¿Dónde presuroso
Tan presto te has huido?
¿La crédula esperanza, que mi pecho
Abrigó tanto años, qué se ha hecho?
¿Es ésta, infiel Quiteria, la ventura
De tu zagal amado?
Amado, sí, cuando inocente i pura,
Como la fresca rosa,
I mucho mas hermosa,
Nos dió el amor sus leyes celestiales.
En fin todo lo alcanza la riqueza,
I en adorar el oro son iguales
Cuidades i alquerías.
El mérito es tener, i la belleza
Cede del poderoso las porfías,
Como la caña al viento....

Estos versos no deshonran a nadie, señor Hermosilla, por mas que Ud. los haya elejido de propósito para ridiculizarlos, presentándolos como objeto de burla, i añadiendo que los restantes son *de la misma calaña*. ¿No se avergüenza Ud. de expresarse en tales términos? Gana me está dando de carear con los referidos versos un trozo cualquiera de los de Ud. de su traduccion de Homero; mas como por una parte no me he propuesto juzgar a Ud. en calidad de versificador, sino en la de crítico imparcial, i por otra pudiera Ud. ofenderse de que empleaba armas prohibidas, me abstendré de ello, i pasaré al exámen de otro punto.

H.—Ya va Ud. estando pesado, i no poco.

S.—Tenga Ud. paciencia. De la anacreóntica A LA AURORA solo dice Ud. que no le suena bien *¡Salud, divina aurora!* i le parece que es la fórmula francesa *je vous salue*, añadiendo que sin duda por eso el autor de la epístola a Andres (Moratin) censuró el *¡Salud, lúgubres dias!* del mismo Melendez. No está claro si Moratin hizo dicha censura porque no le sonaba bien a Ud. aquella apóstrofe, o por haberla creido semejante al *je vous salue* de los franceses. Si es por la última circunstancia, como parece mas probable, forzoso es convenir en que entrambos tienen razon. No cabe duda en que tal fórmula es parecida al *je vous salue* de los franceses, al *io ví saluto* de los italianos, al *salve, sancta parens* de Virjilio, al *salve Regina* de la Iglesia, al *salvete, flores Martyrum* de Prudencio, i en fin a todos los saludos del mundo. ¿Pero qué se infiere de aquí contra la anacreóntica de Melendez? Si esto no es criticar al aire, confieso que no lo entiendo.

H.—Yo en ese pasaje nada critico: digo simplemente que se parece a la salutacion francesa; pero ni le apruebo ni le repruebo.

S.—Ya veo que Ud., habiendo pronunciado su fallo Moratin, renuncia al uso de su razon, i se somete a su dictámen bajando sumisamente la cabeza.

H.—Yo juzgo por mí mismo, i en nadie reconozco el derecho de juzgar mi razon.

S.—¿Cómo no? ¿Cuántas veces se limita su censura de Ud. a estas solas palabras? *Baste decir que está en la epístola a Andres.* No parece sino que la tal epístola es un edicto de inquisicion. ¿I qué diré de la estrafalaria denominacion de *loista*, voz ridícula, inventada por Ud. para hacer un nuevo cargo a Melendez por mero capricho?

H.—No hai tal capricho: es un hecho innegable que Melendez usa el pronombre *lo* en lugar de *le*, lo cual, fuera de las locuciones neutras, es un gran defecto.

S.—¿Por qué es defecto? porque Ud. lo dice. Harto sabida es la controversia entre los gramáticos sobre si debe emplearse el pronombre personal *le* en solo el caso dativo, dejando el *lo* para el acusativo, o si en uno i otro debe usarse el primero. Ud. es de esta última opinion, i llama *loistas* a los que siguen la contraria, como llama *magüeristas* a los que emplean voces anticuadas. Semejante cuestion permanece indecisa, i en tal estado se hallará hasta que el uso jeneral i uniforme llegue a resolverla. Entre tanto, cualquiera tiene libertad para usar el *le* o el *lo* indiferentemente, segun le acomode o le convenga, i sin que nadie le pueda tachar por ello de infractor de las leyes del buen lenguaje. Melendez por lo mismo unas veces dice *lo*, i es lo mas comun, i otras *le*. De aquí toma Ud. pié para clamar contra el *loismo* de aquel escritor cuantas veces tropieza con su malaventurado pronombre, sin que esto le salve de otra reprimenda cuando escribe *le*, pues entónces le reprende Ud. porque infrinje su sistema favorito, dejando de ser *loista*. ¿I quién ha dicho a Ud. que Melendez es *loista* ni *leista* por sistema? El empleo que indiferentemente hace de una i otra terminacion probaria a quien no criticase por flujo de criticar, que Melendez, léjos de ser sistemático en este punto, se aprovecha de la libertad que el uso tiene autorizada.

H.—Pero Ud. no se hace cargo del ambiguo i poco decente sonido de varias expresiones, cuando en ella entra el pronombre *lo*. Solo por esto debiera desterrarse tal locucion, segun lo indico en varios lugares de mi Juicio crítico.

S.—¿I qué adelantaríamos con eso? Supongamos que se proscribe el *lo* por una lei del reino, hecha en cortes, promulgada a son de clarines, i con su sancion penal por añadidura. ¿Qué sucederá en ese caso? Que todo el mundo dirá *le* en esas expresiones ambiguas, i tendremos la misma dificultad.

H.—Ya lo veo: a la larga vendríamos a dar en el propio inconveniente.

S.—Vamos a otra cosa. Censurando Ud. la oda Al fanatismo deja caer la especie de que la expresion de este verso:

Bandera de la luna triunfadora,

es de Herrera. No sé si quiere Ud. dar a entender que Melendez

robó este verso al poeta andaluz. Pero, aunque así fuese, no hai ninguno de cuantos se han ocupado en versificar, que ignore cuán fácil es tomar el poeta por suyo un verso que le ocurre, siendo en realidad reminiscencia de otro que ha leido. Cuando Moratin estampó este endecasílabo: (páj. 107).

Por las concavidades retumbando

creo yo que estaba mui distante de imajinar que cometia un plajio.

H.—¿Pues qué? ¿No es suyo ese verso?

S.—Nó, señor; que es de su padre en el canto A LAS NAVES DE CORTÉS: bien que pudiera alegar derecho a su propiedad como su heredero lejítimo i único.

H.—Déjese Ud. de bromas.

S.—Enhorabuena; pero volviendo al verso de Melendez:

Bandera de la luna triunfadora,

dígame Ud. si la falta que le pone tiene otro fundamento que el maligno prurito de criticar.

H.—¿Pues qué digo de él? Ya no me acuerdo.

S.—Que incurrió en la impropiedad de decir *la luna*, debiendo haber dicho *la media luna*, por no ser sino *media* la que campea en los estandartes moriscos.

H.—¿I en eso no tengo razon?

S.—Tuviérala Ud. si no hiciera siglos que a cada paso leemos en nuestros escritores en prosa i verso *las africanas lunas*, *las lunas otomanas*, cosa que le consta a Ud. tanto como a mí, i de la cual pueden citarse ejemplos a centenares. Así en España cuando se dice *la media luna*, se entiende que es la de la plaza de toros.

H.—No puedo negar que en eso anduve algun tanto quisquilloso.

S.—Pues no creo lo estuviese ménos en la censura de estos cuatro versos de Melendez, contenidos en su oda MI VUELTA AL CAMPO, i en los cuales un labrador ve

El rio ondisonante
Entre copados árboles torciendo,
Engañar con su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo.

Aquí nota Ud. dos defectos: 1.° que diga *torciendo* sin añadir *el paso* o *el curso*, como si esta omision perjudicase a la claridad i no fuese de uso jeneral i corriente. ¡Cuántas veces habrá Ud. dicho, i oido decir: *El camino tuerce a la derecha. El arroyo va torciendo hácia la villa*, sin necesidad de que se añada *su direccion ni su curso!*

El segundo defecto consiste en aplicar impropiamente el adjetivo *circulante* a la fuga del rio. No diré yo que convenga este adjetivo con propiedad matemática al jiro tortuoso que por lo comun llevan los rios; pero no puedo dejar pasar sin contestacion el que añada Ud. que el tal epíteto se puso allí por *la fuerza del consonante*. Esta calificacion es injuriosa a Melendez, i lo seria para cualquier versificador mediano, pues no hai cosa mas fácil que dar nuevo jiro a los versos cuando la rima es rebelde. Melendez lo estampó, porque, con razon o sin ella, lo juzgó pintoresco i oportuno. De lo contrario hubiera alterado el primer verso, i expresado su pensamiento de distinto modo. I a fé que no sé yo cómo se defenderia Moratin, ni por dónde sacarian el caballo sus ciegos panejiristas, si les dijésemos que solo *la fuerza del consonante* (al cual confesaba el mismo poeta tener muchísimo miedo) le habia obligado a emplear dos voces notoriamente impropias en las composiciones siguientes: 1.ª Al nuevo plantío que hizo el mariscal Suchet en la alameda de Valencia. Léense en ella estos versos:

Amor, el dulce amor, alma del mundo
Aquí tendrá su imperio i monarquía,
I los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo i sus centellas,
Por gozar atrevido
En la que ve crecer floresta umbría
Los verdes ojos de sus ninfas bellas (páj. 54).

¿Qué *centellas* del monte Olimpo son estas? Que por venir Cupido a gozar de la frondosidad del plantío i de los ojos verdes (¿por qué verdes?) de las valencianas, deje los pensiles de Gnido i la mansion del Olimpo, se comprende mui bien; pero que deje *sus centellas* no lo entiendo. ¿Será, pues, juicio temerario sospechar que tales centellas entraron en el verso forzadas por las *ninfas bellas* en que se propuso el autor que terminase la estrofa?

La segunda impropiedad, procedente de la maldita rima, se encuentra en la composicion de Moratin dirijida a un ministro sobre la utilidad del estudio de la historia. Hablando de la caida del imperio romano por la invasion de los bárbaros, principia un período con estos versos: (páj. 107)

I como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, i resonando lleva,
Roto el márjen con ímpetu violento,
Arboles, chozas; i peñascos duros
Rápido quebrantando, i espumoso
De los puentes la grave pesadumbre
I la riqueza de los campos quita,

I soberbio en el mar se precipita:
Así bárbaras jentes, etc.

¿No es una compasion que en un trozo de nueve versos, en que solo los dos últimos están rimados, no hallase el poeta otro consonante a *precipita* que el frio i sosegado *quita?* ¿Qué quiere decir que un torrente furioso *quita* la pesadumbre de los puentes i la riqueza de los campos? ¿No está el símil pidiendo de justicia otro verbo que contenga en sí la idea de una violencia tan terrible, como *arrastra, arrebata, aniquila, destruye?* Ud., amigo, como no aplica a Moratin el mismo microscopio que a Melendez, léjos de descubrir la mota mas lijera en esta composicion, dice de ella: (páj. 106) "Citaré algunos trozos (uno es el copiado) no para notar defectos, porque en toda ella no los hai, *sino para presentar modelo de la mas sublime poesía.*"

De la oda AL PLANTÍO DE LA ALAMEDA VALENCIANA, es decir, la de *las centellas*, "asegura Ud., despues de otros encomios, a cual mas encarecido, *que no tiene pero; que fué dictada por el mismo Apolo, i que ella solo probaria que Moratin no solo es el mejor de nuestros poetas cómicos, sino el mas perfecto de cuantos han escrito versos desde Rioja hasta el dia en los jéneros en que ejercitó su pluma*" (páj. 52). ¡Rotunda decision! ¡Admirable imparcialidad! Aun pudiera hacer a Ud. otra observacion sobre *el atrevimiento del Amor* en la oda de que estamos hablando....

H.—Hombre, déjeme Ud., por Dios, que ya estoi mareado con tantas observaciones, i tengo la cabeza como un timbal.

S.—En buena hora; pero no piense Ud. que ha de acabar aquí la fraterna. Mañana será otro dia.

JUAN NICASIO GALLEGO.

(Continuará.)

REMORDIMIENTO DEL ALMA

QUE NO HA PERDIDO SU PRIMITIVO CANDOR.

¡Placer! déspota cruel, tú deslumbras, atraes i nos dominas con un poder irresistible. Posees el májico prestijio de oscurecer la intelijencia i de arrebatar a la voluntad toda su enerjía, para resistir a la pendiente resbaladiza que nos arrastra a la perdicion. Placer ¿qué recompensa guardas a la flaqueza servil que obedece a tu imperio? el tedio de la saciedad i las amargas reflexiones de una conciencia atribulada: la tristeza nos agobia i el despecho destroza al corazon. ¡Cuán punzante dolor nos causa la rapidez del deleite i el hondo pesar que deja en pos de sí! ¡Qué vergüenza el sentimiento de nuestra miseria, el envilecimiento de nuestra alma i su afeminada languidez! ¡Qué odio al placer i a todo aquello que ha contribuido a exaltarle i provocarlo! ¡Qué comparaciones entre nuestra virtud i la de otros, siempre en nuestra ignominia, i cómo se complace la memoria en atormentarnos! ¡Cuántas acciones que nos habian producido una sensacion penosa e inspirado menosprecio i horror, se nos representan con viveza, para hacer resaltar mas nuestro oprobio comparándolas con las nuestras! ¡Cuánto nos aflije el ventajoso concepto que otros tengan de nuestra virtud, no pudiendo acallar los clamores de la conciencia, i qué desesperacion que nos amen por prendas de las que estamos mui ajenos! Entónces nuestra propia humillacion llega a su colmo: tiniebla densa cubre nuestro espíritu; como los réprobos en el dia tremendo del juicio, quisiéramos huir de nosotros mismos i escondernos a la vista de los demas, i el remordimiento, a manera de una saeta clavada en el corazon, por todas partes nos acompaña, nos inquieta i exaspera. Entónces juramos mantenernos firmes contra el ímpetu de nuestras pasiones, prorrumpimos en mil imprecaciones contra el vicio, i conjuramos al cielo para que fulmine rayos contra nosotros, si incurrimos en nuevos extravíos. I sin embargo de promesas tan fervientes de enmienda, la experiencia de nuestra debilidad nos perturba i entristece. Miramos lo pasado como en un espejo, vemos la sucesion i enlace de nuestras fragilidades, que una ha sido oríjen de otras muchas, i sentimos que el contajio del mal ha taladrado todo nuestro sér. Entónces se escapa del pecho oprimido un ¡mal haya! se exhala un ¡ah! que expresa en vano el deseo de revocar lo pasado. Entónces, en vez de calmar nuestro sufrimiento, procuramos mas irritarle, para

sacar de su mismo exceso resolucion firme, voluntad decidida para hollar los groseros deleites i marchar con planta altiva por el sendero del deber. Ilusion halagüeña, destellos de virtud, exhalaciones puras de una alma todavía honesta que pretende redimir su presente vergüenza i cobrar aliento para el porvenir.... I consuelo que una nada disipa: la palabra prudente de un amigo, el asalto inesperado de la pasion, la soledad i silencio de la tarde, las hojas del árbol movidas por el viento .....
La menor cosa basta para renovar el recuerdo de nuestros pasados desórdenes; tocamos a cada paso objetos que nos revelan el abismo de nuestra corrupcion, i nos abruma el pensamiento desolador de las continuas recaidas; ellas son otras tantas cadenas que nos arrastran a nuestras malas inclinaciones; pesa sobre nosotros tristeza sepulcral, descaecimiento que anonada, i gastado ya todo nuestro vigor moral, los esfuerzos mismos que hacemos para desprendernos de nuestros malos hábitos, parecen hundirnos i envolvernos mas i mas en el lodazal de nuestra abyeccion; son las últimas llamaradas de un candil, o mas bien las ansias del náufrago que brega inútilmente contra el choque de las olas, que lo empujan i arrastran en todas direcciones; nos encontramos bajo la influencia de un conjuro, agarrados por la mano poderosa de un demonio invisible.

Con todo, en medio de este profundo desaliento i de este caos sombrío, luce un rayo de esperanza, i deseamos ardientemente que vuele el tiempo, hasta que llegue el caso que saliendo nuestra virtud triunfante del vicio, en alguna prueba nos consuele nuestra fortaleza, i mas ensanchado el ánimo celebre gozoso la corona alcanzada contra las pasiones que habia desesperado de vencer....

Sí, hoi será el último dia que me deje avasallar por vergonzosas inclinaciones; desde hoi arrancaré de raiz los sentimientos mezquinos que abriga mi pecho, terminará mi carrera de bajeza i daré principio a la de estimacion i honor con que ha de ser hermoseada....

¡Oh remordimiento! ¡cese entretanto de ajitarme tu justo rigor i tus crueles dardos emboten sus sangrientos aguijones! ¡Oh cielo, yo te juro renunciar para siempre a mis locuras! ¡Santa virtud, ven a disipar mis congojas; levanta i fortifica mi alma abatida! Inflámame con tu sagrado ardor, i hazme sentir al aspecto de la torpeza, la repugnancia i horror que por ella experimentan los corazones puros; que las delicias inefables de la virtud me infundan un noble entusiasmo por todo lo justo i bello; que las imájenes seductoras del deleite no me deslumbren, que su ponzoñoso halago lo repela con indignacion, como aquellas bebidas que bajo su aparente dulzura, contienen el tósigo mortal que nos haria descender al sepulcro.

F. MARIN.

MESA REVUETA.

TERMÓMETRO DE LA PROBIDAD.

Un rico banquero de Poitiers, dice la *Semana relijiosa de Berry*, se habia presentado en quiebra. Tres de sus acreedores se encontraron un dia i se preguntaron cuánta suma tenian comprometida en la quiebra. El primero dijo: Figuro en ella por treinta mil francos; el segundo confesó que el fallido le debia treinta i nueve mil francos; el tercero declaró que no le debia sino siete francos cincuenta céntésimos.

—Sin embargo, observó uno de los otros dos, el banquero de Potiers me ha dicho, hace algun tiempo, que él debia a usted cuarenta i cinco mil francos. ¿Qué ha hecho usted para no perderlos?

—He procedido de una manera mui sencilla; he reclamado mi dinero i me lo han entregado.

—¿Alguien probablemente le advirtió a usted con anticipacion la inminencia de la quiebra?

—El diario la *Verdad del Oeste* fué quien me lo avisó.

—Pero, ¿cómo el entónces que los diez mil suscritores de ese diario no han reparado en lo que usted leyó en él?

—Todos han leido lo que yo he leido, pero no lo han comprendido. He aquí el hecho:

El año pasado, nuestro banquero pronunció en Angers, al borde de la sepultura de un libre-pensador, un discurso que respiraba el materialismo i la impiedad, discurso publicado por la *Verdad del Oeste*.

—Es cierto, ese discurso realmente fué publicado en aquel diario; pero aun siendo materialista e impío, como usted dice, uno puede ser hombre probo i honrado.

—Yo no he raciocinado de ese modo. Me he dicho: Puesto que ese hombre hace alarde de no creer ni en Dios ni en el diablo, puede tambien un dia no creer ni en el honor ni en la conciencia. Me desagradó el oir a un hombre que me debia cuarenta i cinco mil francos decir sobre una sepultura que Dios, la justicia suprema, no era sino una quimera. Desde hace veinte años he observado que de cien quiebras, ochenta, por lo ménos, han tenido por autores a los hombres sin relijion.

—Hai mucha verdad en lo que dice usted; pero usted debió habérnoslo advertido.

—He creido que no debia permitirme semejante falta de deli-

cadeza. Por otra parte, ustedes no me habrian hecho caso; me habrian tratado de clerical. Así van ustedes a saber en cabeza propia que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*, i por consiguiente de la probidad.

EN NOMBRE DE JESUCRISTO.

En una de las audiencias públicas del Pontífice Pio IX, adelantándose dos jóvenes, se echaron a los piés de Su Santidad, derramando abundantes lágrimas. El bondadoso Pio IX quiso levantarlas; pero ellas insistieron con una expresion de profundo sentimiento, lo que sorprendió al Sumo Pontífice, quien no pudo dejar de preguntarles la causa de su gran pesar.

—Beatísimo padre, le contestaron, somos protestantes i quisiéramos hacernos católicas.

—Mui bien, hijas mias, repuso el Papa; ¿i hallais algun obstáculo para realizar vuestros deseos?

—Sí; nuestra madre se opone a ello.

La madre estaba allí persente con aire severo, i en pié a cierta distancia.

Pio IX la miró i pareció que se entristecia, como Jesus a la vista del sepulcro de Lázaro. No obstante, dirijiéndose a aquella desapiadada madre, le dijo:

—Señora, en nombre de Jesucristo, de quien soi indigno Vicario, os reclamo estas dos jóvenes, pues primero son de él que de vos.

Tanto la madre como las dos hijas abjuraron sus errores al cabo de poco tiempo, i continúan siendo fervorosas católicas.

ESTA SÍ ES IDOLATRÍA.

Al hacer Garibaldi su entrada en Roma el 24 de enero último, un caballero, queriendo darle pruebas de su estimacion i aprecio, le presentó un sombrero que el jeneral usaba el año de 49, i que aquél conservaba, como preciosa prenda. Al verlo reconoció el jeneral su antiguo sombrero, i esto fué suficiente para que todos los circunstantes se disputasen el *honor* de poseer tan *valiosa joya*.

Bien decia un autor: "Los que no quieren venerar las reliquias de los santos, siervos de Dios, acaban por venerar las de los impíos, enemigos de Dios."

Esto es precisamente lo que sucede a los modernos liberales. A título de progreso i civilizacion, se burlan de los católicos, apellidándolos oscurantistas i retrógados porque veneran las reliquias de San Vicente de Paul, por ejemplo, que fué el hombre

mas caritativo de los tiempos modernos; i los señores *liberalísimos*, hombres *adelantados i llenos de luz*, tributan honores al sombrero de Garibaldi!

Pero no es esto solo.

La prensa refiere tambien que muchos *italianos despreocupados* que no tuvieron la *dicha* de tirar del carruaje de Garibaldi cuando era ocupado por éste, ni pudieron besar la mano de su jeneral, para dar expansion a sus *nobles i liberales* sentimientos, arrastraron despues el carruaje vacío por las calles de Roma, besándolo a profía cuantos podian.

Hé ahí los hombres que llaman idólatras a los católicos.

ECUADOR.

Uno de los asesinos del último Presidente del Ecuador, señor García Moreno, escribió la siguiente carta a su madre desde la capilla, pocas horas ántes de la ejecucion de la sentencia de muerte:

"Madre de mi alma: En este momento, que es la una de la mañana, cuando solo me faltan cuatro horas para morir, quiero dirijirle estas palabras de consuelo.

"No puede usted calcular el modo prodijioso con que Dios ha tocado mi corazon. Estoi resuelto, gustoso i ansioso de que llegue el momento de ir a conocer a Dios, que a un hombre encenegado en los vicios i olvidado de él tanto tiempo lo ha llamado a su gloria.

"Diga usted a mis hermanos que pregunten a los bondadosos padres Guardian i Baltasar, de San Francisco, que han venido a consolarme de parte de Dios, qué resignacion he manifestado en toda la noche, desde que recibí la Sagrada Hostia.

"Dígales que acordándose de mí se han de confesar i han de llevar una vida virtuosa.

"¡Oh! ¡cuán consoladora es la relijion en estos momentos! Me desesperaba, creyendo que usted se arruinaria en su fortuna; mas ahora nada temo. Dios la guardará.... Si a mí, malvado, no me desampara Dios, con mas razon a los que practican la virtud.

"No llore, dé gracias a Dios. El ha vuelto los ojos hácia nosotros. Adios, la espero en el cielo.—MANUEL J. CORNEJO."

LA MISA BLANCA.

Se conoce la persecucion que padece el catolicismo en el Jura bernés. El rasgo que la caracteriza es lo que en el lenguaje del pais se llama el *culto de la granja*. Allí se halla el pueblo católico

del pasado: las jentes que vengan despues, buscarán los recuerdos de la actual persecucion. Veamos lo que cuenta un testigo.

Asistí al culto de la granja en Courgenay, aldeita mui bella a una lengua de Porrentruy. El consejo municipal suspendió hace dieziocho meses al alcalde, M. Débœuf, por católico, i no ha nombrado otro en su lugar.

Cerca de quinientas personas llenaban la granja. Un altar sencillo, como el pesebre de Bethlem, ocupaba el principal lugar; i encima de aquél habia un cáliz cubierto con los corporales; dos linternas hacian las veces de las lámparas del santuario. Nada faltaba allí; pero el cura, ¿en dónde estaba? ¡Ah! desterrado en la frontera.

La multitud esperaba silenciosa: al cabo entró la institutora de la aldea con un ritual en la mano. Avisa cuáles son los dias de fiesta de la semana, lee despues las oraciones de la misa i la epístola i el evanjelio del dia. El *Kirie* i *Gloria* son cantados por un grupo de hombres. No sé si la granja se preste a que suenen bien las voces; pero lo cierto del caso es que ninguna armonía me pareció mas suave ni mas adecuada a la ceremonia conmovedora.

Despues del Evanjelio, el capitan X... se presentó con un sermon escrito, que el cura desterrado, Stouder, envía regularmente todas las semanas a sus feligreses, desde el lugar de su destierro. Concluida la lectura, continuaron las oraciones de la misa.

Esto es lo que se llama una *misa blanca* en el Jura. Yo me preguntaba si una retrogradacion del calendario de las edades no me hacia presenciar una de esas escenas de la primitiva iglesia, inmortalizadas por la tradicion i las actas de las primeras persecuciones.

La escena es diferente en la vecina iglesia, en donde los viejos católicos han instalado su sacrílega comedia. Un sacerdote apóstata, que se llama Choisel, para ocultar su verdadero nombre, como los caballeros de industria que huyen de la justicia, entra a la iglesia al mismo tiempo que mi curiosidad me lleva allí, con pasos precipitados i ojos extraviados. Miéntras que hace un simulacro de jenuflexion, vuelve la cabeza para ver quién es el nuevo neófito que le depara la casualidad. Pero yo me salgo al ver que me van a presentar el hisopo con el agua bendita. En la espaciosa iglesia no vi sino dos muchachas, dos pilluelos, una mujer i cuatro hombres. ¡I esa es una paroquia oficial! ¡i ocupa una iglesia i goza de todas las propiedades eclesiásticas, i de una renta de $ 800!

Si de Courgenay pasamos a Delemont vemos que allí han tenido necesidad de construir un local *ad hoc* a fin de que pueda contener toda la poblacion católica. La granja ha sido reemplazada por una inmensa barraca de tablas, de construccion tan orijinal como injeniosa.

El pueblo católico del Jura se robustece en la persecucion; cùra sus llagas en silencio; el catolicismo recobra su poder en el seno de las familias i cuando llegue el dia del rescate, se hallará mas católico que nunca.

ANTIDOTO EN FABULAS

CONTRA ERRORES ESPECIALMENTE MODERNOS.

Hemos visto la obra que con este título ha publicado en Guayaquil el padre jesuita Luis Segura. Es un tomo en 18.°, de cerca de 300 pájinas. Las fábulas están divididas en 6 libros: síguelas una controversia en octava rima, entre el siglo XV i el XIX. Conocíamos al padre Segura por eminente teólogo: así es que nos ha sorprendido agradablemente que varon tan sabio no se haya desdeñado de traer entre manos esta tarea festiva de escribir fábulas, bien que su carácter de "antídoto contra errores" les da una gran importancia moral. Se conoce que el autor se ha valido del estilo parabólico i del halago de la rima como para endulzar el borde del vaso en que propina a los niños sérias verdades. Muchas fábulas se señalan por la novedad del asunto o por la gracia de la aplicacion, i alude a puntos de la historia de Hispano-América, por lo cual son especialmente interesantes para los habitantes de estas comarcas. Creemos agradar a nuestros lectores poniendo aquí unas muestras de esta recomendable obrita.

La causa de estas alusiones i citas, segun advierte su autor, es haber él estado muchos años en estas repúblicas i conocer de cerca nuestras costumbres populares i políticas.

LIBRO I, FÁBULA 14.

Un caballo con anteojos verdes.

Un hombre vi con singular idea
Unos verdes anteojos
Poner a su corcel sobre los ojos:
—¿Qué pretende, o desea,
Le pregunté risueño, usted con eso?
Respondióme:—Que vea
Verdes esas virutas;
Que yerba ser sabrosa i fresca crea,
I así las coma.—I luego recojiendo
Un buen monton las puso por delante.
Mordiólas; mas enjutas,
I ásperas i pungentes ser sintiendo,
Con lánguido talante

Miraba a los dos lados bostezante.
Ni mas probarlas quiso,
Pues luego echó de ver que solo viso
Tenian de comida;
I eran para quitar, no darle vida.
Aquel era caballo,
Mas al tocar las yerbas aparentes
Echóles luego el fallo
Conociendo no ser para sus dientes:
Los hombres, mas dementes,
Aunque palpen cien veces con su mano
Que es falso el bien por rojos prometido,
Que es paja sin un grano
I en todo a las virutas parecido,
Aprécianlo por solo el colorido.

LIBRO II, FÁBULA 4.ª

Las equivocaciones de un campesino.

Yendo a cazar por La Mesa (1)
Ciertos rojos bogotanos,
De un rústico mui sencillo
En la casa se hospedaron.
Ya se ve, como acostumbran,
Hiciéronle gran relato
De sus sistemas utópicos,
I sus ensueños dorados:
Hablaron de masonismo,
De democracia, de cuanto
Hacen su filantropía
I progreso decantado.
El hombre estaba suspenso
Oyendo tales milagros,
Pues ignoraba estas cosas,
Cual sucede a los aldeanos.
I tal elojio le hicieron
I supieron decir tanto,
Que se quedó del rojismo
Grandemente enamorado:
I prometió que vendria
A la capital, pasando
La sementera, a inscribirse
En el masónico cuadro.
Ellos volvieron alegres
De verle mason-hermano,

(1) Poblacion a algunas leguas de Bogotá.

Porque del bien no envidiosos
Procuran comunicarlo.
Vino, en efecto, el labriego
A Bogotá de su campo,
I anduvo por esas calles
A sus huéspedes buscando.
Mas por haber aprendido
Tanta cosa en breve rato
I trascurrido seis meses
Desde aquel encuentro fausto,
Trabucaba casi todos
Los radicales vocablos;
I preguntando decia,
Para que ejemplo pongamos:
¿Dónde habitan los *matones?*
Los *masones* indicando;
¿I la gran *demoniocracia*
No me dirán dónde la hallo?
I de progreso tampoco
El nombre bien recordando,
Decia ser *poco-seso*
O un vocablo asemejado;
Tambien de sus sociedades
I sus socios le trataron,
I él *sucios* i *suciedades*
Con labio dice profano.
Reíanse los oyentes;
Pero dicen que un mulato
Tenido por mui discreto
Díjoles la voz alzando:
De esas equivocaciones
Me admiro se rian tanto,
I no vean que son todas
Mui propias i mui del caso.

LIBRO II, FÁBULA 9.ª

Una feliz ocurrencia de las señoras limeñas.

Parto fué sin duda alguna
De verdad i bello humor,
Lo que en la ciudad limeña
Hace poco sucedió.
En el Congreso trataban,
Segun es grande el teson
Que en ello despliega tanto
Hereje lejislador,

De aclimatar en la tierra
Peruana la relijion
Que Lutero, o por su medio
Satan falaz inventó.
I con pompa de palabras
Mas de un sofista doctor
De todo culto abogaba
Por la libre introduccion.
A las señoras, que muchas
Mui piadosas allí son,
Para apartar tal desgracia,
Lindo expediente ocurrió:
Tejiéronse dos guirnaldas,
Propias para su intencion,
La una de alfalfa, la otra
De flores de gran primor;
I tomándolas entrámbas,
Cada una de ellas marchó
Al Congreso i en la barra
Presenciaba la sesion;
Si el herético proyecto
Desechaba el orador,
Presentaban la florida
En señal de su adhesion:
Si, al contrario, peroraba
El opinante en su pro,
La de alfalfa le ofrecian
Mostrando en ello su horror.
I así cerraron las puertas
A la impiedad de Rusó,
Segun la cual es lo mismo
Del diablo el culto i de Dios.
¿Del bello sexo de Lima
Quién te parece culpó
Esta felz ocurrencia
Con grande encono i furor?
Pues nadie, sino la jente
Que con frenético ardor
En Carácas por enero
Al congreso acometió,
I que en Bogotá por marzo,
Para lograr la eleccion
De su candidato López,
Puñal agudo blandió.
Así veras que estos hombres
De eterna contradiccion,
Juzgan de una misma cosa
Segun les viene mejor.

A LOS SANTOS INOCENTES.

I.

Voces de confusion i de amargura han herido mis oidos con fuerza de huracan.

En mis ojos se ha abierto la fuente de las lágrimas, i mi lengua está atada con las ligaduras del terror.

I las voces no son de tribus que pelean, ni de huestes que sucumben.

I la confusion no es, ni de moradores de ciudades incendiadas, ni de familias perdidas en el Desierto.

I la amargura no es de hombres que arrastran la cadena de la esclavitud, ni de reos cuyos ojos sacan los verdugos.

I los clamores son como de zagales que buscan la grei perdida, i la gritería es como de pueblos ajitados en el tumulto.

I el aullido es como de perros que ladran sobre el cadáver de su amo; i el ruido es como balido de ovejas en redil invadido por las hienas; como rujido de leon que ve sus cachorros presos en el lazo; como suspiro de tórtola en el nido asaltado por la serpiente; como el melancólico trino de las aves cuyos hijuelos roba el cazador.

En los valles de Judea no resonaron jamas tantos i tan tristes lamentos: ni nunca subieron a sus montañas tantos i tan prolongados ayes, tantos i tan lúgubres jemidos.

¿Quién rasga, Judea, las vestiduras de tu alegría?

¿Por qué lloran tus mujeres llanto de desolacion?

Jesus ha nacido en Belen, i Heródes reina en Judea.

Sobre un establo nace la majestad de un Dios, i sobre un solio de vana pompa i grandeza se sientan la soberbia i la depravacion del hombre.

En el estado de la pobreza cubre Dios con el velo de la humildad los resplandores de su gloria;

I en el trono de la dominacion ostenta el hombre el asqueroso manto de sus vicios.

Jesus ha nacido en Belen....

I el tirano de Judea ha encendido sus ojos en la llama de la ira;

I hierve en su pecho la saña con fuerza de olla puesta sobre brasas de enebro i de retama;

I su cara el Aquilon;

I su boca como el cráter de un volcan;

I de su boca han salido torrentes de lava destructora;

I su lengua ha lanzado palabras de esterminio, como flechas envenenadas arrojadas del arco de alevoso ballestero.

El rei de los judíos ha nacido en Belen....

I el tirano de Judea tiembla temblor de expiacion;

I se ajita como culebra arrojada al fuego;

I en la fiebre ardiente de su soberbia pone en tortura su perversidad;

I se viste con la armadura de la muerte, i dice:

"¡Mueran cuantos niños se nutren con la leche de las madres de Judea!

"¡Que ninguno se salve de mi sentencia de esterminio....!

"Marchad, sayones....: cerrad vuestros oidos a la piedad; herid con mano firme i segura....

"Hacinad sus cadáveres como almiares de heno.... pegadlos fuego.... i arrojad al aire las cenizas....

"Mis ojos os siguen....; yo contaré las víctimas que cada uno de vosotros haga.

"¡Ai de aquel cuya mano atraviese ménos pechos!"

La voz del tirano hirió el corazon de las madaes con fuerza de muerte repentina.

I no murieron a impulsos del dolor, porque la defensa de los hijos es en las madres un sentimiento mas poderoso que la naturaleza.

I María estrecha en el seno de su amor al Amor de los amores.

I besando su frente hermosa con la hermosura de Dios, exclama:

"¡No morirás, hijo mio; nó, no morirás....!

"Las nubes me darán un esilo para Tí....

"La furia del tirano no puede llegar hasta los cielos. El aire me prestará sus alas, i con ellas volaremos, i con ellas huiremos de esta tierra de desolacion."

I parecia que el dolor habia agotado las fuerzas de la mas hermosa de las madres....

I de su corazon no salian ya mas que ayes de amargura, cuando apareció el ánjel del Señor Dios, i dijo:

—"Levántate, María, toma a tu hijo, i huid....

"El Señor Dios me envia para guiaros.... Ejipto es el lugar de vuestro refujio...."

I María i José se posternaron, i dieron gracias al Señor Dios.

I poniendo en El su confianza, como Amram i Jacobed, salvaron en las llanuras de Ejipto al nuevo Moises confiado a su cuidado.

I partieron como David huyendo de Absalon.

I fué su asilo tan seguro como lo fué Gabáa para el Arca de la alianza; i una hospitalidad tan jenerosa como la que hallaron los sacerdotes en la casa de Abinadab.

II.

Los satélites del tirano inundan la Judea, i el sol ha marcado en la sombra la hora de la destruccion.

Las mujeres de Judea corren aterradas por las calles i las plazas, por los montes i los valles.

I en las ciudades, i en las aldeas, i en los campos, se oyen el ruido de los verdugos, el ¡ai! de los niños que perecen, i el ¡ai! de las madres que caen desfallecidas.

I las madres defienden a sus hijos con valor de varones fuertes;

I los satélites luchan por arrebatarlas sus hijos con encarnizamiento i saña de manada de lobos ajitados por la rabia;

I del regazo de amor, i de las manos inermes, i de los pechos que lo lactaban, los arrancan con fuerza i ruido de ramas desgajadas de los árboles.

Donde el vigor no alcanza, la llama de la saña hiere: i un mismo hierro traspasa a un tiempo mismo el seno del hijo i el de la madre.

I ámbos luchan con la muerte.

I todavía se afanan las madres en esa lucha por contener con sus labios la sangre de las heridas de sus hijos;

I en la ceguedad de la defensa, hai mujer que huye llena de contento, creyendo llevar salva la prenda de su amor;

I cuando la infeliz va a estampar el beso del triunfo sobre la frente de su hijo, conoce que sus manos no poseen mas que la mitad del cuerpo, que el verdugo dividió en su empeño de arrancarle de los brazos de la que le dió el sér.

I las madres luchan, i nunca vencen;

I los sayones persiguen, i nunca perdonan;

I las madres demandan piedad;

I los sayones reclaman las víctimas;

I la sangre de los niños corre a torrentes;

I las lágrimas de las madres aumentan los raudales del dolor.

I en Dan, i en Betsabée, i en Joppe, i en Belen, asaltaron las moradas, e invadieron el tálamo del amor;

I desde las atalayas arrojaban los hijos de las mujeres de Judea;

I en las cuevas pisaban sus cuerpos, i en las cunas molian sus cabezas como granos de maiz arrojados a la piedra de molino.

Llorad, mujeres de Judea, llorad sobre los cadáveres de vuestros hijos;

Llorad llanto de Heli en la muerte de Phines i Ophi....

Llorad como la madre de Issabod en la pérdida del Arca, como Abel la grande en la destruccion de los bethasamitas;

Llorad como en Goatha i en Gereb, como sombra salida del sepulcro de Raquel por la calamidad de Rama, en el cautiverio de las tribus....

Llorad como las mujeres de Jerusalen en los horrores de su asedio, como los moradores de Gabim en la irrupcion de Assur.

Llorad, mas que por la muerte de vuestros hijos, por el sacrilejio del tirano.

¡Ai del pueblo donde tiene su asiento la impiedad!

¡Ai de la nacion sometida al capricho del que hizo ahogar a Aristóbulo; del que mandó matar a Hircano i a Alejandro; del esterminador de las razas de los amoneos.

Llorad, mujeres, llorad....

La naturaleza puso en vuestros corazones la ternura i el amor; i abrió en vuestros ojos la fuente inagotable de las lágrimas....

¿Qué seria de la mujer si no sintiera?....

¿Qué seria de las madres si no lloraran?....

III.

Cumplida está ya la sentencia....

A las voces de la confusion i del terror, ha sucedido el silencio de los sepulcros....

Nada se oye, mas que el rumor de los ayes que apénas pueden exhalar las madres agobiadas con la vehemencia del dolor....

Alentad, mujeres de Judea; enjugad vuestro llanto, abrid vuestros ojos, i vereis la justicia del Señor Dios.

Mirad a los cielos, i en ellos a vuestros hijos vestidos con la túnica resplandeciente de la inocencia, i coronados con la guirnalda del martirio;

I oireis los cánticos de su triunfo i las súplicas que dirijen al Señor por la felicidad de sus madres.

No han muerto.... porque viven con la vida de la inmortalidad.

Oid, oid la voz del Señor Dios: *Benditos sean los que con su muerte conservaron la vida de mi Unijénito.*—Alentad, mujeres de Judea.

Oid las imprecaciones que la tierra lanza contra ese tirano, figura de Behemoth i de Leviathan, contra el nuevo Amalec, contra el que es mas bárbaro que Faraon, mas sacrílego que Acham, mas impotente que Sanabalat contra Zorobabel, mas impío que los adoradores de Baal i de Astaroth....

Dios se prepara a vengaros.

La mano de su castigo se estiende, i sobre la cabeza de Heródes caen estas palabras de su enojo:

¡Maldito sea el hombre que persigue a la inocencia!

A su voz vació la podredumbre el fango de la corrupcion en el cuerpo del tirano;

I la calentura le dió su sed, el hambre su debilidad, la rabia su dolor, i la muerte sus gusanos;

I pasto fueron sus carnes de los que se nutren con cadáveres;

I Dios quiso que viviera en el lecho de la muerte, i que la muerte se nutriera con su vida....

¡Gloria al Dios de los Inocentes!

LEON CARBONERO I SOL.

AÑO NUEVO.

I.

Antes de pasar los umbrales del año que se nos viene encima, sería conveniente resolver una cuestion siempre antigua i siempre moderna, que se ha suscitado, digámoslo así, incidentalmente, nada ménos que en el Parlamento.

Los términos del problema se ofrecen a nuestra consideracion encerrados dentro del curioso espacio que hai siempre entre dos interrogaciones.

El secreto, pues, se nos acerca con cierta malicia burlona, i nos pregunta: ¿qué tiempos son mejores, los pasados o los presentes?

La pregunta se descuelga con una oportunidad incontestable; porque a nadie se le oculta que nos encontramos a fin de año, i que convendria saber si nos conviene apechugar con el año que se acerca, o contratar de nuevo al año que se va para servirnos de él otros doce meses por lo ménos.

Demos una vuelta alrededor de la cuestion ántes de entrar en ella para que veamos dónde nos vamos a meter.

Si los tiempos pasados son mejores que los presentes, lo primero que se ocurre es pararse i ver si se puede volver atrás; pero si los tiempos presentes son mejores que los pasados, lo que se ocurre a primera vista es la conveniencia de no seguir adelante para no derrochar en cuatro dias el codiciado capital de estos preciosos tiempos.

Por este lado la averiguacion es inútil, porque ya de un modo, ya de otro, lo que parece mas conveniente es echar pié a tierra i plantarse, como sábiamente hacen todas las mujeres que han cumplido treinta años.

No obstante, es preciso despejar la incógnita porque urje saber si hemos sido unos sabios naciendo ahora o fuimos unos tontos no naciendo ántes.

La primera observacion que me tira de la levita es esta:

"Los tiempos pasados no han debido ser mui buenos, por la sencilla razon de que han durado muchos siglos, i todo el mundo sabe que lo bueno dura poco."

Pero me sale al encuentro otra reflexion, i guiñándome el ojo con profunda malicia, me dice:

"Los tiempos presentes deben ser mui malos, porque todo el mundo anda buscándoles salida como si nos hubiéramos metido en un mal paso."

I es verdad: no hablaríamos tanto de lo que está por venir, si lo presente fuera a nuestros ojos siquiera medianamente bueno.

Si *mañana* es una esperanza, *hoi* debe ser una desgracia.

Al mismo tiempo obsérvese la tristeza con que se descuelgan las siguientes palabras:

"La humanidad tiene que ser jóven o vieja: si es jóven no querrá pasar de la juventud; si es vieja querrá volver a ella."

"Cuanto mas anda el hombre en la vida, mas se acerca a la muerte; de manera que nuestra esperanza es el fin del mundo. A pesar de esto, nadie quiere atrasarse; los que ménos pedimos, deseamos siquiera salir del dia."

Es verdad que los tiempos pasados no hai por donde agarrarlos; i esto es claro, si se hubieran podido cojer no se habrian ido.

Tomando el asunto desde su principio, vemos que nuestro padre Adan lo hizo todo lo peor posible, legándonos una herencia cuya posesion nos cuesta sudores de muerte.

I hé ahí la primera operacion de crédito que se hizo en el mundo: él realizó un empréstito que nosotros pagamos. Este es el principio de ese recurso con que se han enriquecido los Estados modernos, i que se llama deuda flotante.

Pero consideremos que si nosotros somos mejores que nuestros padres, hai una inícua injusticia en el órden de sucesion.

Yo pregunto: si fueron inferiores a nosotros ¿por qué van delante?

O do otra manera: si somos mejores ¿por qué vamos detrás de ellos?

¿Será que la humanidad ha empezado por el fin?

Yo me horrorizo cuando desde el punto elevado de la historia en que nos encontramos, vuelvo la cabeza i echo una hojeada hácia atrás.

¡Qué bárbaros! En Sagunto i en Numancia se degüellan unos a otros por no ser ciudadanos de Roma: ellos mismos incendian sus ciudades para alumbrar el vuelo trinfante de las águilas romanas, i alfombran el camino por donde pasan las lejiones invencibles con la púrpura de su sangue.

¡Parece mentira! Siete siglos emplean en arrojar de España las nuestes agarenas, i pasan siete jeneraciones estúpidas haciéndole la cruz a los moros.

Se les ocurre llamar sabio al rei don Alfonso porque tuvo la humorada de hacernos unas cuantas "partidas" que aun no hemos podido olvidar.

¡Qué tiempos, santo Dios, serian aquellos en que era el modelo de los hombres ese brutal personaje que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Cid!

¡Qué idea debia tenerse entónces del soldado, del súbdito i del hombre!

No comprendo qué interes pudo tener Isabel la Católica en venir al mundo en tan triste época.

¿I qué debemos pensar de Cervantes? ¿Cómo pudo caber tan grande injenio en tan estrechos tiempos?

¿I ántes? ¡Qué insensatos! Colon descubre la América, i Hernan Cortés conquista a Méjico.

Llega un tiempo en que nuestros padres esclavizados pierden hasta el derecho de dormir de noche, porque el sol no encuentra horizonte donde ponerse en los dominios de España.

Al fin se acerca el dia en que esos tiempos van a pasar al sepulcro de la historia, i nuestros padres hacen el último esfuerzo i firman su testamento con esta rúbrica bárbara: Dos de Mayo.

¡Imbéciles! ¿Qué nos han dejado? Nada: la primera historia del mundo.

¡Qué tiempos! nadie diria que habian de venir a desembocar en éstos.

Digámoslo con orgullo: no parecemos hijos de nuestros padres.

Los tiempos presentes ¡qué diferencia! No tenemos el oprobio de Numancia ni de Sagunto, no en siete siglos, sino en siete meses hemos arrojado a los moros, no de España sino de Tetuan. ¡Las partidas! Nosotros tenemos partidos. Nuestro Cid es mas que un hombre, es un banquero. No hemos conquistado a Méjico, cierto, pero hemos adquirido a Santo Domingo.

Es preciso acabar de una vez con esa preocupacion que nos hace creer que "todo tiempo pasado fué mejor," porque en ese caso el progreso humano resultaria en razon inversa, i vendriamos a parar al absurdo inadmisible de que las últimas jeneraciones están condenadas a ir a la cola de la humanidad.

Somos mejores que nuestros padres; pero esto tiene una dificultad que merece pensarse.

¿Debemos declararnos incluseros para no cargar con la vergüenza de nuestro oríjen? Veamos.

Bajo ese punto de vista preciso es que nos detengamos ántes de entrar en el año nuevo, para que el presente no deje de ser el mejor de los años. Está en nuestro interes i en nuestra dignidad.

Ahora comprendo la profunda sabiduría con que las mujeres se quitan años. Lo hacen como quien dice: "no tengo nada que ver con los tiempos pasados."

Es una cuenta corriente en la que toman tanto de lo que llega como dejan de lo que se va.

Las cosas, por una razon incontestable de adelanto, van siendo malas segun se van alejando de nosotros: para ser buenos es preciso que nos paremos.

Pensemos bien el caso crítico en que nos encontramos. Si seguimos adelante, vamos a comprometer todo lo que hemos ganado.

Si hemos conseguido llegar a ser mejores que nuestros padres, no debemos pasar de aquí, porque mañana seremos peores que nuestros hijos. Como padres, no podemos admitir semejante injuria.

—¿Qué quiere decir año nuevo?

—Quiere decir que el otro ya es viejo.

En tal situacion es imposible parar el carro, porque detenernos aquí seria tanto como no salir de la antigüedad.

Hai algo de precipitado en este viaje.

Doce meses le bastan a un año para volverse viejo. No tenemos tiempo que perder: resolvamos la cuestion.

La cuestion seria difícil de resolver si no estuviera ya resuelta: el año es nuevo pero los dias son viejos; los doce meses que se van son los mismos doce meses que vuelven.

Desde que se descubrió el nuevo mundo no hai nada nuevo.

La antigüedad se repite delante de nosotros como una vieja disfrazada de niña: todo lo ha dicho i todo lo ha hecho.

Con los sucesos ocurre lo mismo que con los hombres, vienen por jeneraciones: cambian de nombre, pero siempre son los mismos.

¿Qué es un hombre mas que la repeticion de otro?

Llamad a la Moda i preguntadle. ya sabeis que la Moda no es mas que la novedad.

Pues bien, aquí teneis una tela nueva, es de lana, por ejemplo, clara u oscura.

Todos la vemos i exclamamos: "¡qué cosa tan nueva!"

Recapacitemos: la lana es una materia conocida desde el sexto dia de la creacion del mundo, los colores son tan antiguos como la luz i la oscuridad es anterior al sol; la tela mas maravillosamente tejida se remonta a los tiempos de Penélope.

Veamos otra cosa nueva: aquí hai un sombrero acabado de hacer. ¡Qué alas! ¡Qué copa! Digámoslo francamente: las copas son tan antiguas como los árboles i las alas tan viejas como los cuervos.

Pero vengamos a la novedad mas caprichosa: aquí teneis un lazo admirable, verdaderamente nuevo. Todos caen en él i ninguno cae en la cuenta.

Este lazo es una pobre imitacion de aquel que Eva compró a la serpiente por un tesoro de inocencia: es el mismo en que Adan cayó.

La tienda misma ¿qué tiene de nuevo?

Ella es una especie de paraiso; el comerciante una clase de serpiente; la mujer una continuacion de Eva, i el hombre un pobre Adan.

El mundo es ya una vasta prendería, en que todo es viejo hasta la misma juventud.

Lo único orijinal que conocemos es el pecado, i cuenta ya seis mil años de fecha.

¡Año nuevo! No le creais: os engaña: seis mil veces ha pasado ya por la tierra: es el mismo de siempre.

II.

Al llegar al último dia de Diciembre no puede uno ménos de pararse, tirar una línea por debajo del último minuto i sumar.

La cantidad que arroja esa operacion puede ser cualquiera de estas tres: un año, doce meses o trescientos sesenta i cinco dias.

Esa cantidad puede anotarse o entre las ganancias o entre las pérdidas.

El tiempo es una de las cosas que mas fácilmente se gana o se pierde.

Ganar tiempo es hacer que otro lo pierda.

Perder tiempo es lo que hacen todas las mujeres que han pasado de cuarenta años.

Por una rareza incomprensible, cuanto mas tiempo se pierde mas tiempo se tiene.

Hemos andado trescientos sesenta i cinco dias minuto a minuto, sin descansar ni un momento: hemos comido andando; andando hemos dormido.

Si hubiéramos podido detenernos un momento, no nos encontraríamos ahora en el último instante de este año que se nos escapa.

El tiempo es un reloj cuyas agujas somos nosotros, que vamos siempre de hora en hora, de año en año.

Esta suma de meses se nos presenta de un golpe, i nos dice: "Un año mas."

Hé aquí una noticia que seria verdaderamente agradable si no quisiera decir: "Un año ménos."

Tenemos a la vista un año que va a cumplirse, i que podemos sumar i restar a la vez sin que sufra alteracion la cantidad que buscamos.

Digan lo que quieran las matemáticas, esas viejas curiosas que todo lo averiguan, *mas* es enteramente igual a *ménos*.

Al ajustar la cuenta nos encontramos con que la fórmula es indiferente para la exactitud del cálculo.

Esto es mui curioso.

Un hombre emplea todo su tiempo en adquirir cuarenta años de vida, por ejemplo; se le ocurre un dia hacer un arqueo sobre este capital tan penosamente ganado, i se encuentra con que los cuarenta años los tiene de ménos.

Uno toma su partida de baustismo, cuenta los años, suma i dice:

—Un año mas de vida.

Otro hace la misma operacion, i saca en limpio este resultado opuesto:

—Un año ménos de vida.

En presencia de estos dos resultados, cualquiera, valiéndose de otra fórmula tambien matemática, diria:

—Es igual.

Mas, ménos, igual.

Hé aquí tres términos que en la cuenta de la vida forman una combinacion verdaderamente absurda.

El problema se plantea i se resuelve así:

Mas, igual, ménos.

O de otra manera talvez ménos matemática, pero mas gramatical:

Mas es *igual* a *ménos.*

Hé aquí por qué sobre el tiempo no se puede formar cálculo ninguno.

La vida matemáticamente considerada, es una unidad que la muerte reduce a cero.

Hai en las mujeres dos edades cuya verdadera diferencia consiste en la diversa manera con que en cada una de ellas ajustan la cuenta de la vida.

A los doce años todas las mujeres suman.

A los treinta todas las mujeres restan.

Por esta doble operacion se ha llegado en Madrid a la felicidad de una juventud perpétua.

Con los años que se quitan las viejas se hacen mujeres las niñas.

Es posible que la vida sea un camino mui corto; pero yo lo que observo es que todos caen desfallecidos al llegar al término de ese camino.

Todo es misterioso en este asunto.

El afan de vivir no es mas que el afan de dejar la vida.

Ajustada bien la cuenta, resulta que el tiempo es una inmensidad de la que no puede disponer el hombre mas que de un minuto.

Ese minuto en el que puede decir: vivo.

Por cada uno que nace se abre un libro de caja: el *Debe* se va llenando poco a poco, miéntras el *Haber* permanece en blanco.

Llega la muerte, que es una especie de liquidacion, i entónces no hai mas remedio que pagar la vida con la vida.

Es un depósito que devolvemos.

La sepultura es la caja donde entregamos el capital que se nos habia confiado.

Hai en el fin de cada año algo que se parece al fin de la vida.

Es la época en que se cortan todas las cuentas.

La prosperidad moderna ha descubierto un nuevo lazo entre los hombres.

Los vínculos del amor, a fuerza de estar tanto tiempo en ejercicio, se han relajado; la amistad es tambien demasiado antigua.

El gran vínculo que hoi une entre sí a los hombres, son las deudas.

Se puede decir que vivimos sujetos unos a otros por el bolsillo.

De la nivelacion ha resultado un terrible desnivel; la sociedad se ha fundido en estas dos clases: deudores i acreedores.

Deber es tener la seguridad de que hai por lo ménos un hombre que no nos olvida.

Las deudas vienen a ser el fausto de nuestros tiempos.

Hemos roto las trabas de tantos deberes, que ha sido preciso poner apresuradamente en práctica el deber dinero.

Una deuda es casi un adorno.

¿Quién no debe?

Hemos echado la cuenta de nuestra prosperidad, sumando lo que hai i lo que se debe: por eso hai tanto.

Cuando Dios hizo el mundo, no habia nada que fuera ménos que nada.

Cuando el hombre tropezó con la misteriosa série de los números, nada encontró que fuera ménos que cero.

La nada era el límite, la barrera insuperable puesta a todo, i el cero una especie de punto final colocado como término del discurso humano.

Ante estos dos obstáculos ha permanecido detenida la humanidad por espacio de muchos siglos. ¡Qué atraso!

Empujados por la fuerza del progreso, hemos roto esos límites vergonzosos ante los que se hallaba suspensa la razon humana.

El mundo necesario para el desahogo de la grandeza moderna tenia que ser mas espacioso, i hemos extendido nuestro dominio mas allá de la nada, i hemos llevado nuestros cálculos mas allá del cero.

El órden es este:

El hombre que posee mas o ménos riqueza, representa una cantidad.

El que no posee riqueza ninguna, es entre los hombres lo que el cero entre los guarismos.

El que debe representa ménos que cero tanto como deba.

La deuda está al otro lado de la nada; para deber es preciso estar *bajo cero*.

Donde creiamos que acababa el mundo, hemos encontrado que precisamente empieza otro mundo.

El mundo antiguo empezaba en los ricos i acababa en los pobres; ahora empieza en los que tienen i acaba en los que deben.

Todo lo que hemos andado puede medirse por la distancia que hai de pedir limosna a pedir prestado.

El que no tiene nada es pobre, el que debe es mas pobre todavía.

En virtud de esto todas las nacionas están mas allá de los que piden limosna.

Nuestra prosperidad no puede ser mas pobre.

José SELGAS I CARRASCO.

EXAMEN

DEL JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA, I DADA A LUZ POR DON VICENTE SALVÁ EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

(Continuacion.)

SALVÁ.—Aquí me tiene Ud. puntualísimo i dispuesto a llevar a cabo la demostracion....

HERMOSILLA.—No me rompa Ud. la cabeza con mas demostraciones: diga de una vez si quiere encargarse de la impresion de mi obra, que es el punto que dejamos pendiente.

S.—¿Con que segun eso, insiste Ud. en el propósito de echarla a volar por esos mundos de Dios con su nombre i apellido en la portada?

H.—Sí, señor; con mi mombre i apellido. ¿No ve Ud. que una crítica anónima tiene visos de sátira, i yo quiero dar a mi obra la apariencia de doctrinal, i como un complemento práctico de mi arte de hablar en prosa i verso?

S.—Ya veo, amigo, que es Ud. incorrejible. Yo creí haber convencido a Ud. en nuestra pasada conferencia de que sus juicios son apasionados e injustos, i de que esta ciega parcialidad aparece clara en cada pájina, en cada línea de su juicio crítico. ¿I aun tiene Ud. el empeño de que esa mala fé se haga pública, i caiga sobre Ud. una lluvia de folletos, donde salgan a relucir el arte de hablar, la traduccion de Homero i el Jacobinismo, que felizmente gozan de profundo descanso en los almacenes de la imprenta? Yo suponia que despues de nuestra conversacion, hubiera hecho Ud. algunas enmiendas, reformando aquellos juicios de mas palpable injusticia, i suprimiendo muchos de los reparos pueriles con que tizna a Melendez, i que Ud. se vió obligado a confesar por tales.

H.—¿Enmendar i suprimir? Nada ménos que eso: no pienso quitar ni una coma. Verdad es que convine con Ud. en que a veces

anduve algun tanto escrupuloso; pero tambien lo confieso en mi obra, i doi en seguida mis descargos.

S.—¡Ah, pecador impenitente! ¿Dónde está esa confesion, que no recuerdo haber leido?

H.—Véala Ud. aquí (páj. 249.)

S.—A ver, (leyendo) "ELISA ENVIDICSA (Melendez.)

Cuiden de realzar su lustre.

"Contraccion durísima de las dos vocales *e-a*, que deben pronunciarse con separacion. Para que haya verso, es necesario leerle como si estuviese escrito.

Cuiden de *ralzar* su lustre."

Déjeme Ud. suspender por un momento la lectura, que quiero salir con un tapaboca al encuentro de este reparo.

Leucónoe, si los números caldeos....

Este es un verso de Moratin, en el cual, si ha de merecer tal nombre, hai que hacer una violenta contraccion de las vocales *o-e;* de manera que es preciso leerlo así:

Leucone, si los números caldeos....

Pregunto: ¿es igual el caso?

H.—De modo.... que.... sí.... parece....

S.—No tiene Ud. que cansarse: los ejemplos son idénticos. Ahora sigo leyendo.

"Talvez me dirá alguno: Ud. es demasiado ríjido. Si los poetas no se toman esas licencias ¿cómo han de hacer buenos versos? Respuesta: como los hizo Moratin, en cuyas obras no se encuentra *una sola* de las innumerables incorrecciones i licencias de prosodia que se permitió Melendez. I éste es el gran mérito de aquel insigne poeta. Hacer sonoros versos atropellando las leyes de la gramática, i alterando arbitrariamente la prosodia usual de las voces, no es ciertamente difícil. La dificultad consiste en hacerlos magníficos, llenos de grandes ideas, sin ripios, en un lenguaje purísimo, correcto, propio i verdaderamente poético, i sin tomarse una sola licencia, que no esté autorizada por el uso de los buenos escritores."

¿Conque esta es la confesion i los descargos? ¿Conque Moratin es el modelo de los modelos, i el tipo de la perfeccion, en que no se encuentra ni un solo pecado venial en órden al rigor prosódico, a la pureza i correccion del lenguaje, a la magnificencia de la versificacion, i a cuantas dotes constituyen la excelencia de la mas alta i sublime poesía? Amigo, no hai paciencia para

leer encomios semejantes. A ellos solo puedo contestar que vaya Ud. respondiendo a estas preguntas:

¿Hacer a *Leucónoe* voz de tres sílabas no es la misma licencia de prosodia, que la de Melendez cuando hace de dos a *realza?*

¿Es lenguaje purísimo el de: *Mas difíciles somos, etc.?* ¿Es locucion propia decir

la ciudad famosa
A quien del Ebro la corriente baña,

en vez de *la cual*, como prescribe la gramática?

¿Son versos magníficos

I a Diomedes, mas fuerte que su padre....
De los suyos. Oh Dios Omnipotente....?

¿No es un ripio miserable el del Olimpo i *sus centellas?*

¿No es prosa ramplona

Habiéndole comido el patrimonio....?

¿No atropella las leyes de la gramática el que hace concertar adjetivos masculinos con un sustantivo femenino?

H.—¿Dónde? ¿Cuándo?

S. - En un epigrama, cuyos primeros versos son los siguientes:

Ves esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado, etc.

¿Una criatura *chato*, una criatura *pelon*, no son por ventura concordancias mas que vizcainas?

¿Es idea grandiosa llamar a un sucio coche-simon de los tiempos pasados *máquina opulenta?*....

H.—Eso ya lo advierto yo en su lugar, i digo que la voz *opulenta* vino allí arrastrada por el consonante (paj. 29.)

S.—No era mui difícil dar con el adjetivo *mugrienta* que le venia pintiparado. Fuera de eso, el que Ud. lo advierta no abona el desatino.

H.—Nó; pero prueba mi imparcialidad.

S.—Esa, no hai duda, es admirable. Vamos siguiendo.

¿No es lenguaje, no solo incorrecto, sino absurdo, el de esta copla en que termina uno de sus romances:

I cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le *celebran?*

en lugar de decir *que le celebren*, de modo que el pícaro asonante le obligó a estampar que los Marones, que todavía no han venido al mundo, le están ya celebrando?

H.—Tambien ese disparate i falta gramatical están anotadas por mí terminantemente (páj. 80.)

S.—¿Conque en suma, Ud. advirtió i censuró la impropiedad en la máquina opulenta i la no ménos grave de los futuros Marones?

H.—Sí, señor, i sino, vea Ud. las pájinas citadas.

S.—¿Pues de ese modo cómo tiene Ud. valor para decirnos que en las obras de Moratin no se encuentra *una sola incorreccion, licencia, ni ripio, i que todo es purísimo, magnífico i correcto?* ¿No es esto contradecirse Ud. groseramente?

H.—Nó, por cierto; una u otra excepcion no destruyen la regla jeneral, i pocos lunares no afean un rostro hermoso.

S.—Podrá ser así; pero de un rostro que tiene pocos lunares, no se puede decir que no tiene ninguno. Bien es verdad que para Ud. sus lunares son primores i las composiciones mas triviales, no solo las elojia como portentos del arte, sino que las encarece como empresas de suma dificultad, columbrando en ellas misterios recónditos, que solo existen en su alucinada fantasía. Tal es, por ejemplo, la oda a Jovellanos, obra de mui corto mérito, reducida a una docena de expresiones cortesanas, i escrita en un metro facilísimo i de poca gracia, el cual supone Ud. que es una invencion peregrina con que aumentó Moratin una nueva cuerda a la lira española.

H.—Si Ud. es de esa opinion, tendrá a bien permitirme que yo prefiera la del mismo Inarco, quien lo dice terminantemente en una nota, añadiendo que aquel metro de invencion suya, es una imitacion de otro latino.

S.—¿De cuál de ellos?

H.—Eso no le expresa Moratin; pero yo presumo que del asclepiadéo o mas bien del exámetro (páj. 38.)

S.—Para examinar ese punto, será preciso que copiemos un trozo de la oda susodicha. Dice así:

Id en las alas del raudo céfiro
Humildes versos, de las floridas
Vegas, que diáfano fecunda el Arlas,
A donde lento mi patrio rio
Ve los alcázares de Mántua excelsa.
Id i al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro a las Musas,
Para mí siempre númen benévolo,
Id, rudos versos i veneradle.

Estos son los versos desconocidos, con los cuales da a entender su autor que ha aumentado una cuerda a nuestra lira, imi-

tando no sé qué especie de metro romano. Estos, lo que Ud. presenta como una invencion singular, ponderando *la facultad con que manejaba Moratin la lengua i cómo jugaba con las dificultades que de intento buscaba i sin esfuerzo vencía.*

H.—Lo dije i lo repito.

S.—Luego veremos qué gran invencion esta i qué dificultades ofrece. Entretanto diremos algo sobre la versificacion latina, a que mas se asemeja.—¡Ud. se inclinó al verso asclepiadéo, i en efecto, si tienen semejanza con alguno, es con este! Los versos

Id en las alas del raudo céfiro....
Mœcenas, atavis edite regibus....

forman a nuestro oido una cadencia, sino idéntica, mui aproximada. Así, no alcanzo cómo reformó Ud. su opinion, diciendo que remedaba mas bien el exámetro latino.

H.—Lo dije, porque el mismo verso castellano, careado con el segundo de Horacio:

O et præsidium et dulce decus meum!

no me sonaba ya de igual modo.

S.—Por disonante que a Ud. le pareciese, no sé cómo pudo Ud. descubrir la mas leve conformidad entre el verso de Moratin i el exámetro, cuando para echar de ver la enorme diferencia que media entre uno i otro, no hai necesidad de acudir ni a las reglas prosódicas ni al testimonio del oido, pues basta la simple vista.

Id en las alas del raudo céfiro.... (Versos de Moratin.)
Oye pío, responde grato, censura severo.... (Exámetro.)

A fin de que se note mas palpablemente la desproporcion, he puesto un exámetro castellano; pero compuesto de voces tan latinas, que sin mas que una leve alteracion en las desinencias, se convierte en un verdadero exámetro latino.

H.—Ya veo que el uno es mucho mas largo que el otro.

S.—¿No lo ha de ser? El primero no tiene en rigor mas de diez sílabas i el segundo quince: i si los medimos por piés, como lo hacian los romanos, el exámetro tiene seis i el asclepiadéo cuatro.

H.—No se canse Ud. mas: ya veo que dije un disparate; pero mi equivocacion nada tiene que ver, ni con el mérito de la invencion, ni con la dificultad de la estructura, que, como dije, supo vencer Moratin sin esfuerzo.

S.—Para esclarecer ese punto, quisiera que me dijese Ud. si tiene por difícil el verso de cinco sílabas, como los de aquella fábula de Iriarte:

Vió en una huerta
Dos lagartijas
Cierto curioso
Naturalista.

H.—No me parece de una gran dificultad.

S.—¿I si fuesen sueltos o libres?

H.—¡Oh! Estando exentos de la traba del asonante, los considero facilísimos.

S.—Pues para que lo estén los cuatro citados, convertiremos las lagartijas en alacranes, diremos:

Vió en una huerta
Dos alacranes
Cirto curioso
Naturalista.

H.—Bien; ¿pero qué tiene eso que ver con el punto que ventilamos?

S.—Una friolera: como que toda la invencion de Moratin está reducida a escribir en un renglon dos versos de cinco sílabas, convirtiéndolos en uno de diez.

Vió en una huerta dos alacranes
Cierto curioso naturalista....
Id en las alas del raudo céfiro
Humildes versos de las floridas....

¿Le parece a Ud., si con tan peregrina invencion le quedarian hirviendo los sesos, i tendria que comerse las uñas para vencer las dificultades que representa?

H.—Hombre.... sí.... hasta cierto punto....; pero no acabo de convencerme de la perfecta conformidad de esos cuatro versos. El primero de Moratin veo que termina en una voz esdrújula que no existe en ninguno de los otros.

S.—Creí que no ignoraba Ud. que un esdrújulo al fin de verso no altera su naturaleza ni se toma en cuenta el aumento de la última sílaba.

H.—Es verdad, no me acordaba.

S.—De todos modos, para que aparezca mas patente la identidad, pondremos en lugar de *alacranes* una voz esdrújula; v. g.

VERSOS DE CINCO SÍLABAS.

Vió en una huerta
Varios cernícalos
Cierto curioso
Naturalista.

Id en las alas
Del raudo céfiro,
Humildes versos
De las floridas....

INVENCION DE MORATIN.

Id en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos de las floridas....
Vió en una huerta varios cernícalos
Cierto curioso naturalista.

¿Está Ud. convencido?

H.—Iguales parecen. Vea Ud. ¡quién habia de imajinar que todo el misterio estaba reducido a poner en un renglon dos versos de cinco sílabas, que son tan antiguos i manoseados! ¡Toma! Como que Moratin mismo tradujo en ellos la oda de Horacio *Integer vitæ*, diciendo:

El que inocente
Su vida pasa,
No necesita
Morisca lanza.

S.—Cierto; ahí lo tiene Ud., ponga esos cuatro versos en dos líneas, quíteles el asonante i está todo hecho.

El que inocente su viva pasa
No necesita morisco dardo.

Dígame Ud. ahora si esto es haber añadido una cuerda a la lira castellana i si resplandece la modestia de Moratin en la indicada nota.

H.—En efecto, ya no me parece tan admirable la invencion, aunque me tomaré tiempo a fin de meditar sobre la exactitud de las observaciones de Ud.

S.—Pues para eso, i para ensayarse Ud., si gusta, en hacer versos iguales, le daré a Ud. la receta que de intento traigo en el bolsillo.

RECETA.

Toma dos versos de cinco sílabas
De aquellos mismos que el buen Iriarte
Hizo en su fábula lagartijera,
Forma de entrambos un solo verso,
I esto repítelo, segun te plazca.
Mezcla si quieres, que es fácil cosa,

Algun esdrújulo de cuando en cuando.
Con esto solo, sin mas fatiga,
Harás a cientos versos magníficos,
Como estos mios, que estás leyendo.
Así algun dia los sabios todos,
Los Hermosillas del siglo próximo,
Darán elojios al digno invento,
Ora diciendo que son exámetros,
O asclepiadéos, ora que aumentas
Con nueva cuerda la patria lira,
No hallando en Córdoba laurel bastante,
Con que enramarte las doctas sienes.

H.—Poco a poco, señor don Vicente. Eso es ya burlarse de mí, i por muchos ensanches que se den a la amistad que nos une, no creo que deba Ud. emplear, ni yo sufrir, semejantes bufonadas. Aquí dió fin nuestra conversacion i venga mi manuscrito.

S.—Vamos, no se enfade Ud., que esto es una broma, i a fin de desenojarle voi a referirle un caso gracioso que me sucedió hace pocos dias con uno de mis chicos. Estando éste leyendo la traduccion, que Ud. acaba de recordarme, de la oda de Horacio, *Integer vitæ*, me dijo con mucha formalidad:—Papá, ¿qué especie de arma antigua era la que los romanos llamaban *fusco?*—Hombre, le contesté, yo no tengo noticia de tal arma.—Yo imajino, me replicó, que *el fusco* vendria a ser a manera de un tridente, o acaso de un chafarote.—¿Pero en qué te fundas? ¿Dónde se hace mencion de ese instrumento?—Aquí, en la primera estrofa de una oda de Horacio, traducida por Moratin:

El que inocente
Su vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas.

—Majadero, le dije yo, ¿no ves que ese *Fusco* es el nombre propio del sujeto a quien Horacio dedicó la oda? — ¿I yo en qué lo podia conocer? Metido entre las armas, lo tuve por una de ellas, i si ciento lo leen, otros tantos lo interpretarán del propio modo. Entónces volví a leer la estrofa, i viendo el lugar que ocupa aquel nombre, conocí que el muchacho tenia razon.

H.—¿I qué quiere Ud. decir con eso?

S.—Que Moratin no acertó a colocar el tal vocativo en términos que apareciese con la debida claridad su pensamiento.

H.—Cierto que el reparo es de importancia. Ya se ve, a falta

de otros mas graves, tiene Ud. que acudir a fruslerías, que pueden llamarse mui bien escrúpulos de monja.

S.—¿I no es de monja el escrúpulo de Ud., cuando aparenta escandalizarse de los besos, de que habla Melendez en la oda o idilio *Al sueño*, dados ¿a quién? ¿a una rosa? (pájina 270). Fuera de eso, tenga Ud. por seguro que si nos pusiéramos a examinar una por una las obras de Moratin, con la detencion i malignidad con que Ud. repasa las de Melendez, descubriríamos defectos de mas bulto.

H.—A fé que no encontraria Ud. ni arcaismos, ni trasposiciones violentas, como en Melendez i sus secuaces, que desfiguran el idioma sembrándole de voces anticuadas.

S.—Tambien Moratin las emplea cuando le acosa la necesidad, como allá: *No vos ofende*, i despues

Suele el cultor acumular los frutos.... (pájina 112).

Ya ve Ud. que ahora decimos: *No os ofende*, i él lo hubiera dicho tambien si no quedara manco el verso. En órden a la voz *cultor*, en lugar de agricultor, sucede lo mismo: se valió de la primera (que es anticuada i como tal la califica la Academia) por no haber podido acomodar la segunda. Por lo relativo a trasposiciones, no hai quizá ninguno de nuestros poetas que las haya usado mas violentas ni con profusion mas destemplada.

H.—¿Qué es lo que Ud. dice? ¿Hai acaso escritor cuya diccion sea mas natural i castiza, ni que mas respete las leyes gramaticales? Es cuanto me quedaba que oir.

S.—No hai que acalorarse. Ud. sabe mui bien que una de las excelencias de la lengua castellana es la gran facilidad que permite para alterar i combinar de mil modos la colocacion de las palabras; pero tampoco ignora Ud. que hai algunas que forzosamente han de ocupar un lugar determinado i no pueden trasponerse.

H.—Eso es clarísimo: por ejemplo el relativo *cuyo*, como que siempre se ha de aplicar al sustantivo que mas próximamente le precede, no sufre trasposicion que le aleje del mismo.

S.—Es mui cierto: i tenga Ud. presente esa observacion, porque mas adelante tendremos que recordarla. Entre las voces que no admiten trasposicion, se encuentran en primer lugar los títulos o dictados que anteceden a los nombres propios, como "Frai Pedro ha muerto," "Don Juan está en Segovia."

H.—Así es, no se puede decir, "Frai ha muerto Pedro," "Don está en Segovia Juan."

S.—En la misma regla se comprenden los artículos, los adjetivos numerales, los demostrativos i algunos mas: v. g. "El paño es bueno—un terno me ha caido—este caballo relincha."

H.—En efecto, nadie puede decir: "El es bueno paño—un me ha caido terno—este relincha caballo." Hasta aquí estamos acordes.

S.—Bien está: pues sin embargo algunos de nuestros poetas han solido divorciar las indicadas voces intercalando otras palabras i aun frases enteras; pero lo han hecho rarísima vez, i en ocasiones en que un sentimiento profundo autorizaba esta licencia, pues ya sabe Ud. que la pasion se explica en frases cortadas e interrumpidas con exclamaciones, las cuales en cualquier lugar del período tienen entrada libre i colocacion oportuna. Así lo hizo Rioja, o sea Rodrigo Caro, al empezar su cancion a las Ruinas de Itálica, diciendo:

Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
Campos de soledad....

Tan notable osadía contra las leyes del buen lenguaje, no solo merece disculpa en este caso, sino elojio, por ser oportunísima para infundir desde luego en el lector el mismo sentimiento que inspiró al poeta la vista de la destruccion de aquel gran pueblo.

H.—Es mucha verdad, i ahora me acuerdo de que Moratin suele emplear la misma trasposicion alguna que otra vez.

S.—¿Cómo alguna que otra vez? Le cayó tan en gracia, que acaso no hai una sola composicion suya, en que no se encuentre, llegando a tal extremo el abuso de esta licencia, que suele usar de ella dos i mas veces en un centenar de versos.

H.—Vamos, vamos; eso ya es mucho exajerar.

S.—Para que vea Ud. que no exajero, citaré las que me ocurren.

Si ya depuesto *el* que brilló indignada
Rayo fulminador....
(Al nacim. de la cond. de Chinch.)

Cuantas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas.... (Ibid.)

Los que el furor de sus voraces mónstruos
No deformó, *cadáveres desnudos*.
(Oda a Trafalgar.)

O los que al mundo
Naturaleza dió *males crueles*....
(Epíst. a Rodrig. Laso.)

I los que devastó furor impío
Feraces campos.... (Oda a Suchet.)

En la que va a crecer *floresta umbría*. (Ibid.)

Del que guardaste
Con cien candados *Cécubo oloroso*....
(A Póstumo.)

Si alguna inflama
Purä centella del poder divino.
(Al nacim. de la cond. de Chinch.)

I la que osada desde el Nilo al Bétis
Sus águilas llevó *prole de Marte*....
(Epíst. a Jovellanos.)

A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos....
(A la marquesa de Villafranca.)

Ese que aduermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante.... (Ibid.)

Estos que formo de primor desnudos
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos.... (Ibid.)

Esa que veis llegar *máquina lenta*....
(Son. a Clori.)

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficcion.... (Ded. al prínc. de la Paz.)

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa. (Soneto al Pilar.)

Me parece que bastan los ejemplos apuntados para probar a Ud. que no ha sido ponderacion mia; que el empleo frecuente de unas mismas formas i jiros poéticos, arguye pobreza i hace amanerado el estilo; i sobre todo, que ese respeto a los fueros del idioma, esa correccion esmerada, esa sobriedad en el uso de licencias i trasposiciones atrevidas, no son tales como Ud. las encarece.

H.—Del modo con que Ud. presenta sus citas, reuniéndolas todas en un monton, es claro que han de producir mal efecto en el oido; pero en su propio lugar le hacen mui bueno, i hasta ahora no he oido que hayan chocado a nadie.

JUAN NICASIO GALLEGO.

(Concluirá.)

UNA SATIRA DE HORACIO.

(Sunt quibus in satira.)

HORACIO DELIBERA CON UN AMIGO SOBRE SI DEBE ABSTENERSE DE COMPONER SÁTIRAS

HORACIO.

Mis versos unos de crüeles tachan,
I de pasar los límites me acusan
Del sarcástico jénero: los otros,
Tibios i flojos mis escritos llaman,
I dicen que en un dia hallarse pueden
Mil versos no inferiores a los mios.
¿Qué debo, pues, hacer? Hablad, Trevacio.

TREVACIO.

—Quedar tranquilo.

HORACIO.

—¡Cómo! ¿que renuncie
Por completo a escribir?

TREVACIO.

—Es mi dictámen.

HORACIO.

¡Pues muera si eso no es lo mas prudente!
Mas.... ¡no podré dormir!

TREVACIO.

—Los que desean
Dormir profundo sueño, amigo Horacio,
Frótense el cuerpo con süave aceite,
I una, dos i tres veces por el Tiber
Crucen a nado; con añejo vino
Calor adquieran en seguida i fuerza:

Mas, si el sagrado númen os arrastra,
Cantad del César los heróicos hechos;
Que así merecereis noble corona.

HORACIO.

¡Amadísimo padre! mis potencias
No en proporcion están con mis deseos.
No todos pueden describir las huestes
Erizadas de dardos, ni a los galos,
Sin piedad destrozados, ni a los Parthos,
Moribundos al pié de sus corceles.

TREVACIO.

Al justo, al fuerte César, a lo ménos,
Cantad como a Scipion cantó Lucilio.

HORACIO.

Lo haré cuando oportuno el tiempo sea;
Entónces solo, al preocupado oido
Del gran César irán los pobres versos
De Cayo Horacio Flaco. ¡I que no adulen
Torpemente al monarca, pues la entrada
Les negara, prudente, en sus oidos!

TREVACIO.

¡Oh sí! Vale mas eso que cruelmente
Del bufon Pantolabo hacer escarnio
O bien del disoluto Nomentano!
Quien por sí mismo teme, a todos odia,
Aunque nadie lo hiera.

HORACIO.

—¿Por ventura
Puedo dejar de hacerlo? Apénas siente
Milon que el vino a su cabeza sube,
Ve que las luces bailan i a la danza
Con delirio se entrega. Entre caballos
Castor la vida pasa. El pujilato
Es de su hermano el predilecto goce:
Hai, por fin, tantos gustos como hombres.
A mí me agrada en cadenciosa frase
Encerrar las palabras, cual Lucilio,
Mas razonable que nosotros. Este,

A sus tablas de cera en otro tiempo,
Como a fieles amigos confïaba
Sus secretos, i, triste o desgraciado,
No las dejó jamas. Su vida entera
Se encuentra en ellas, pues, cual se hallaria
En un votivo cuadro. Yo, nacido
Ignoro si en Lucania o en Apulia,
Pues el Venucio labrador trabaja
En una i otra tierra; yo lo imito.
Es fama que allí mismo los romanos,
Espulsado el Sabino, se situaron
Para impedir que entrase el enemigo
Por indefensos sitios, ya la guerra
El Apulio moviese, ya el Lucano.
Mas en mis versos, no sin justa causa
Ofenderé a ninguno. Ellos tan solo
Prontos a protejerme estarán siempre,
Como el acero que en la vaina duerme.
¿A qué desenvainarlo, miéntras viva
Léjos de insulto, de enemigos léjos?
¡Oh rei i padre Júpiter! ¡Perezca
Mi espada carcomida por el moho,
I mi dulce descanso nadie turbe!
¡Ai de quien me provoque! (¡Le valdria,
Por cierto, mucho mas, no provocarme!)
¡Llanto le costará; verá su nombre
Por toda la ciudad escarnecido!

Cervio, a las leyes irritado insulta;
Canidia, hija de Albutio, a cuantos odia
Con veneno amenaza; negros planes
En su puesto de juez, Turio medita;
Cada uno a medida de sus fuerzas,
Al que le inspira desconfianza ataca:
Lei imperiosa de Natura es esta.
El toro hiere con el cuerno, el lobo
Con afilado diente; ¿por qué causa,
Sino porque son esos sus instintos?

Confiad su madre al disoluto Sceva:
Nada temais de sus *piadosas* manos.
¡Cosa admirable! ¡que ni el lobo ataque
Con las uñas, ni el buei a dentelladas!
Así, Sceva a la anciana dará muerte
De cicuta i de miel con mezcla infame.
En fin, Trevacio amigo; ora me espere
Tranquila senectud, ora la muerte
Sus negras alas a mi lado bata;

Ora rico, ora pobre; ya en mi patria,
Ya en el destierro, si lo quiere el hado;
Sea duro o dichoso mi destino,
Versos escribiré.

TREVACIO.

—¡Mísero jóven!
Temo no vivais mucho. Un poderoso
Puede heriros de muerte, caro amigo,
Con palabras glaciales.

HORACIO.

—¡No lo temas!
Cuando escribió Lucilio en este jénero
Para arrancar la máscara embustera,
Que velaba de algunos el cinismo
Con radiante apariencia; cuando Lelio
Un justísimo apodo dió a Cartago,
A Cartago vencido: ¿por ventura
Contra ellos protestaron? ¿Reclamaron
Por Metelo ofendido, o por las burlas
Hechas a Lupo en majistrales versos?
Nó, Trevacio; apesar de que con todos
Se ensañaba Lucilio i sus azotes
Al plebeyo i al noble castigaban:
Ménos a la virtud i a sus sectarios.

Scipion el virtuoso, el sabio Lelio,
Alejarse solian del bullicio
Aliviando sus hombros de la toga;
I miéntras se cocian las legumbres
Amables i tranquilos platicaban.
Las musas, es verdad, i la fortuna
Me han protejido ménos que a Lucilio;
Mas, ha de confesar la envidia misma
Que el favor de los grandes gocé siempre.
Si el envidioso diente morder quiere
En mi mas débil lado, ha de romperse
Sin fruto alguno; a ménos que disientas,
Docto Trevacio.

TREVACIO.

—A la verdad no encuentro
Nada que contestaros. Sin embargo,
Prudencia os aconsejo: de las leyes

La ignorancia no os traiga algun conflicto.
Siempre tened presente que "si acaso,
Malos versos contra otro álguien escriba,
Hai juicio i pena."

HORACIO.

—¡*Malos versos*, sea!
¿I si ataca un poeta en *buenos* versos
I los aprueba el César? ¿I si acosa
Un honrado escritor a un miserable?

TREVACIO.

Con aplausos entónces i con risas
Las tablas de la causa harán pedazos
Los jueces, i dirán: marchad absuelto.

Enero de 1876.

JUAN R. SALAS E.

¡POBRE FLOR!

Una noche me desperté sobresaltado al oir junto a mí un suspiro de infinita ternura, uno de aquellos suspiros que encierran en sí todo un idilio de amor i amargura. Miré por una i otra parte, buscando el desgraciado sér que tan suave i tiernamente lloraba su suerte; mas no ví a nadie. Creí seria ilusion. Se oye tanto suspirar en la vida, me dije para mí, que no es raro que la ilusion nos engañe durante el sueño. Mas, a poco rato, el mismo suspiro i, si cabe, de modulacion mas dulce i de mas profunda tristeza. Nó, no hai duda, álguien sufre i suspira junto a mí; i buscando i pensando quién podria ser el que sí se lamentaba, solo ví una pobre Flor que al acostarme habia dejado a mi lado.

Las flores no suspiran, las flores no sufren, me dije, el sufrimiento es triste i exclusivo patrimonio del hombre.

¡Ah! ¡cuán engañado estaba! Era la Flor, la pobre Flor la que

así suspiraba; i solo vine a salir de mi engaño, cuando ¡cosa mas rara aun! la oí dirijirme la palabra....

¿En qué idioma me habló, con qué voz?.... no lo sé.... Mas esta corta i sencilla historia me contó la Flor:

"Eramos dos hermanas. Lanzadas a la vida en un mismo instante i adornadas de suaves i bellos colores, por algun tiempo creimos ocupar las mas felices pájinas del libro de las Flores.

"El mismo sol vivificó nuestro cáliz, el mismo rocío refrescó nuestros ardores i la misma brisa llevó nuestros aromas confundidos.

"Por la tarde, en esa hora de dulce tristeza, de tierna melancolía en que el mundo se cubre con la media luz del crepúsculo, inclinadas sobre nuestros tallos, suspirábamos de amor, porque las flores no son como los hombres, su vida es el amor i sin amor no hai para ellas vida.

"La hermosa que cuidaba de nuestra existencia amaba, o mas bien, creia amar a un enamorado mozo que, como nosotras, pobres flores, con alma sencilla i pura habia dado por ese amor toda su cándida fé.

"Una tarde.... ¡aun la recuerdo con dolor!.... la altiva beldad i el ardiente galan, entrelazadas las manos i confundidas las miradas, se juraban *eterno amor* (aquí creí oir en medio de la oscuridad el eco de una risa.... ¿reirán tambien las flores?...)

"La jóven tronchando, sin imajinar quizá que mataba una existencia, el tallo en que bella i galana se ostentaba mi dulce hermana, la dió en prenda de amor a su compañero....

"La callada noche fué mudo testigo de lo que yo sufrí en aquellas largas horas de dolor. A la mañana siguiente el sol secó mis lágrimas i la brisa llevó mis suspiros.... ¡estaba sola!

"¿Qué fué de mi hermana?.... por largo tiempo ignoré su triste fin.

"Una dorada mariposa, libando el néctar de mi cáliz, me dijo callandito un dia: El amor de Constancia, así se llamaba la hermosa, duró lo que el aroma en el cáliz de la flor: nace al ardor del sol de la mañana i lo lleva en su seno la brisa de la tarde.... Tú hermana murió al morir la amorosa fé del jóven."

Aquí calló la Flor.

A la mañana siguiente su cáliz estaba húmedo.... ¿habria llorado?.... ¡quién sabe!....

ALBERTO UGARTE SOLAR.

LE WILLI.

(IMITACION DE LA POESÍA DEL NORTE.)

(INÉDITA.)

¿Quiénes son el bello jóven
I la vírjen hechicera,
Que en la esmaltada pradera,
Asidos del brazo, van?
Todas las noches, orilla
Del lago, a la misma hora,
Los contempla como ahora
La luna juntos vagar.

Silvestres frutas le ofrece
Ella de suaves olores;
Una corona de flores,
De la frente en rededor,
El la entreteje gozoso:
No hai dudarlo un solo instante:
De ella el jóven es amante,
El de la niña el amor.

¿Quién es el jóven?—del bosque
Un cazador—¿Quién la bella?
¿De dó viene? ¿por qué huella
Se escurre cuando se va?
—Nadie alcanza a penetrarlo.
Cual lirio en las aguas crece,
Sobre el lago se aparece,
Huye cual lumbre fugaz.

***

—"¿Por qué linda i dulce amiga,
Secretos para mí tienes?
¿Cuál tu casa? ¿de dó vienes?
Dime ¿i tu padre quién es?
Huye el verano, los árboles
Pierden su verde follaje.

¿En esta márjen salvaje
Siempre a buscarte vendré?

"¿Qué humor te lleva a los bosques,
Tímida cierva sin guia?
¿Por qué en la noche sombría,
Como vampiro vagar?
De hoi mas pon término, amiga,
A tu vida siempre errante.
Ven conmigo; soi tu amante;
Déjate dócil guiar.

"¡Mira ese bosque tupido
De altos i verdes nogales!
Los protectores leales
De mi choza en ellos ves.
Vamos allá, amiga mia;
Caza i leche en abundancia,
Fruta de suave fragancia,
Siempre ofrecerte podré."

I ella:—"¡Audaz, tu lengua enfrena!
Mi padre me dijo un dia:
—Seductoras, hija mia,
Cual canto del ruiseñor,
Son del hombre las palabras.
Mas no fies; de veneno
I arterías está lleno
Su voluble corazon.—

"Mas temor de seducciones,
Que confianza en juramentos,
Me inspiran esos acentos.
¿Si te escuchase hoi a tí,
Fuérasme fiel i constante?"
El cazador se arrodilla;
—Por la luna sin mancilla,
Juróle entónces que sí.

—"¡Oh, cazador, nunca olvides,
Ni violes tu juramento!
Te lo digo; cruel tormento
Llevarás a la verdad.
¡Anatema al que perjura!
Infeliz en esta vida,
En el infierno aflijida,
Su alma infelice será."—

Así, ella dice i se escapa.
Desde léjos a su amante

Aun saluda, i al instante,
Lijerísima fugó:
El la sigue, mas en vano.
Como brisa perfumada,
Perdióse ella en la enramada;
I triste al jóven dejó.

Por un áspero sendero
El retorna silencioso;
I oye solo el suelo hojoso
Bajo sus plantas crujir.
Pero hácia el lago aun convierte,
Su mirada vagabunda.
¿Por qué en la selva profunda,
Comienza el viento a jemir?

Hierve el lago, la onda muje.
Se abre el líquido elemento,
I una vírjen ¡oh portento!
Del abismo se elevó.
Su figura es blanca rosa,
Que humedece la mañana;
Sútil gasa la engalana,
Como diáfano vapor.

Su voz, amoroso canto,
Murmura:—"Oh jóven ¿qué esperas
Hallar en estas riberas,
De la luna al resplandor?
¿Quizá buscas a la hermosa
Que te atrae vagabunda,
Que de tristeza te inunda,
I rie de tu dolor?

"¿Por qué, oh viajero, suspiras?
¡Cede a mis dulces acentos!
¡No mas cobardes lamentos!
¡Oye mis voz, ven a mí!
Sobre el lago danzaremos.
Si cual ájil golondrina
Rasar las olas te inclina,
O bajar al fondo, dí,

"Te llevaré donde quieras.
De dia oirás mis canciones,
I celestiales visiones,
De noche te arrullarán,
Cuando te entregues al sueño,
En un lecho perfumado

De blancos lirios colgado
Bajo un cielo de cristal."—

Su velo el viento descorre,
Como el plumaje brillante
De los cisnes, palpitante
Su albo seno apareció.
El jóven baja los ojos,
Mas ella mil vueltas dando,
Se le acerca i va cantando:
—"¡Ven conmigo, cazador!"—

Ya se levanta en los aires;
I a par del íris que uniera
Una con otra ribera,
Vésela entónces brillar
Con los mas gayos colores.
O bien las olas azota,
I parece cada gota
Perla nítida al saltar.

Vuelve el jóven; con tal májia
Se siente el alma embebida.
Iba a lanzarse.... trepida....
Un momento le venció.
Una ola mansamente
Llega a la playa arenosa,
I jimiendo cariñosa
Humilde sus piés lamió.

I luego el alma le embriaga
Con un deleite inefable,
Cual si oprimiérale amable,
Secretamente al partir,
Púdica amante la mano;
Ebrio de amor, él olvida
Sus promesas, su querida;
¡Se lanza al abismo, al fin!

¡I marabilla! en las ondas,
Persigue con firme planta,
A la vírjen que le encanta,
Nuevo objeto de su ardor.
Ya estrecha una blanca mano,
Ya el fuego en sus ojos prende,
Que en otros ojos enciende
Un encanto seductor.

¡Corta dicha! Borrascoso
De súbito ruje el viento;

Cae la nube al momento;
Disipóse la ilusion.
Que el cazador reconoce
A la jóven hechicera
De los bosques, la primera,
A quien dió su corazon.

—"¿Dónde están tus juramentos
De amor constante i fé pura?
¡Anatema al que perjura!
Te lo dije a la verdad.
I eras osado en las ondas
A solazarte, insensato,
Cuando el cuerpo del ingrato
Reclama la tierra ya.

"De inmundo fango cubiertos
Serán tus frios despojos.
¡Ni aun llorar podrán tus ojos!
I tu alma en el dolor,
En ese fresno mil años,
Hallará infernal manida."—
Así ella dice ofendida;
La oye inquieto el cazador.

El quiere huir; su mirada
Jira en torno vagabunda.
Mas en la selva profunda
Comienza el viento a jemir.
Hierve el lago, la onda muje;
I en medio del torbellino,
Al abismo submarino,
Ella arrastró al infeliz.

Aun hoi, las noches de luna,
Se ven dos sombras errantes;
Ellos son, los dos amantes,
La maga i el cazador.
Mas ella en las olas danza;
I el alma del jóven jime
Bajo el fresno que la oprime,
Víctima ya de su error.

Febrero 25 de 1861.

PIO VARAS.

TRES HISTORIAS.

I.

Qué hombre tan erudito.... que hombre tan lleno de ciencia debe de ser este vecino, el señor don Inocencio Timbales Serruchillo de la Mostaza.... Si pudieran Uds. mirar por un instante esa magnífica biblioteca que posee....¡Qué estantes! ¡qué libros! ¡qué encuadernacion! ¡qué pastas!.... Un mes lleva ya en diligencias de poner los piés en aquel paraiso de literatura.... Cuélome por fin.... Don Inocencio hojeaba un precioso tomo junto a una de las ventanas de la sala.

—¿Qué libro es ese, señor don Inocencio?

—¡Bonito pasaje! ... ¡já!.... ¡já!.... ¡já!.... ¡Salada ocurrencia! ¡já! ¡já!.... ¡Bravo el *panzon!*

—¿Pero qué es?....

—Mire Ud. cómo viene para abajo.... ¡já! ¡já! ....Mire, mire Ud..... ¡Pobre diablo!.... Mire Ud. cómo abre tamaños ojos!.... ¡Patuplum!.... ¡zas!.... ¡a la manta!!!

—¿Qué hai señor Serruchillo? insistí sintiendo que la garganta se me atoraba de curiosidad.

Pero don Inocencio no me atendia. Con los ojos clavados en la lámina que tenia delante, reia del bueno de Sancho, que dando a los vientos sus voluminosas asentaderas iba a caer de bruces a la manta de los mal intencionados arrieros. Hube de darle en el hombro dos palmadillas como golpe de mazo.

—Hermosos libros tiene Ud., señor don Inocencio. ¡Qué buenos deben de ser!....

Don Inocencio no se movió. Continué preguntando.

—¿I qué libros son aquellos que miro allí con pastas doradas, a la inglesa?

—¿Qué se yo, mi amigo?.... Están en extranjero.

—¡Gran idioma! ¡bello idioma es ese, vida de sanes!.... ¡Qué gusto tiene Ud. para comprar libros!.... ¡Pero quiá! *¡Cours de philosophie!*.... ¡Viva ese nombre!....Es el autor de mas talento que yo conozco.... ¿I qué librazos son aquellos otros que están tabla por medio mas arriba?

—Son libros de historia, amigo Salerillo.

—Libros de historia.... Sí, ¡los conozco!.... allí está.... César Cantu....(la *C* parecia *G.)*—Bravo *gabacho* es ese Cantu por vida de mis abuelos.—¿I cómo se llaman aquellos otros de tapas coloradas?....

Pero don Inocencio habia atrapado ya otra lámina del Quijote i se reia a boca llena sin escuchar lo que yo le decia.

—¡Já!.... ¡já! ¡Diablos!! Ya te han safado la mitad de los dientes.—Buenos pulsos tiene ese tunante de ganadero ...

—¿Qué libros son aquellos señor don Inocencio?

—¡Qué sé yo hombre!.... Venga Ud.... Aquí sí que puede uno divertirse.... ¿Qué le parece ese viejo largui-puntiagudo que se está agarrando los carrillos a dos manos? ¡Buena le ha ido con la pedrada.... ¡já! ¡já!

—¡Bonita lámina, vive Dios! Pero yo debo conocer aquellos libros.

Me acerqué. Cojí uno. Leí el comienzo: "Tesoro de los fabulistas o sea coleccion de fábulas de todos los autores, comenzando por el jorobado de Esopo."

—¡Vayan allá!.... ¡Tonterías! mentiras mal inventadas.... ¿Pero quién es éste que acaba de pasar por mis ojos?.... ¿Don Tomas de Iriarte?—Fabulilla de "El burro del aceitero." ¿Qué dice?....

> Me temo que se mosquee
> De este cuento quien procure
> Juntar libros que no lee.

—¡Por el bueno de San Brito!.... ¡Esta fabulilla le da medio a medio al buen señor don Inocencio Timbales Serruchillo de la Mostaza!....

II.

Mas vuelta la esquina.... ¡zas! Un protestante me encaja media Biblia por las narices.

—¡Torpe muchacho!....

—¡Una Biblia *mi señor mio!* La Sagrada Escritura en lengua castellana.

Cojí el libro interrogando con ámbas manos en los bolsillos de mi chaleco.

—¿Qué precio?

—Nada, señor, nada, nada.—Yo soi un apóstol del Dios verdadero i quiero sacarlo a Ud. del error, enseñándole la verdad. Le regalo ese libro que la contiene en cada pájina.

I el que así hablaba era un tunante que trascendia a tabernas i que dejaba asomar tres manojos de pelo por tres distintas aberturas de su sombrero.—Le arrojé su libro.

—Pan que se nos da gratuito en medio de la calle es pan envenenado ¡vive Dios!

—¡Hombre fanático, ignorante, sin principios, de malas ideas,

enemigo de la sana moral i de toda ilustracion!—I siguió apostrofándome con la rabia de un perro echado a palos de la venta.

III.

¿Conocen Uds. al respetabilísimo sujeto (mi padrino) don Tacaños Poncio-Pilato Antenas, natural de allende el Clarilla, hijo lejítimo de un marques sin nombre i de la digna señora doña Venturina Poncio-Pilato Antenas? Es un sujeto que ya frisa en los noventa i nueve, alto, derecho, grueso como la cerda de un marrano, de barba tiesa i color plata, ojos sin pestañas i con un malhadado juanete en la punta de la nariz que le hace andar tropezando con las puertas cuando todavía dista de ellas un tiro de ballesta.

Viste con decencia i talvez elegantemente. Sombrero de felpilla ancho, aletudo i color dudoso, pantalon listado a cuadros, chaqueta color paja, (i algunas veces tambien frac negro relumbroso) zapatos calamorros, ceñido el cuello con una banda rosada con borlas i encubriendo sus ojuelillos bajo unos anteojos que antaño le regaló un amigo suyo que tenia el laudable oficio de rejistrar las casas de comercio a fuer de prestidijitador.

Pues han de saber que a mi mui apreciado padrino Poncio-Pilato Antenas hubo de metérsele en mitad de la mollera que Dios no le habia traido a este mundo sino para ser un afamado vate i.... héle ahí ya injerido en los negocios de la literatura.—¡Por San Estéfano!.... I en dos meses escasos de su nueva carrera, ya nos tiene escritos veintiocho volúmenes en cuarto mayor, fuera de otro tomo que en pocos dias mas ha de ver la luz pública por la imprenta de *Los pecados ajenos*. ¡Oh! ¡progreso!.... ¡Oh marabilla! ¡I ya es académico! ¡I ya es el mas ruidoso i entrometido de nuestros literatos!.... ¡I ya se ha exhibido en nueve certámenes!—¿I los premios?.... ¡Válame Cristo!—¿Cómo habia de obtener premios mi pobre padrino si la suerte no le acompaña? Ademas ¡cuántos enemigos, cuántos envidiosos no se han empeñado i empeñan en oscurecer el mérito de sus obras!...

Un dia, cuando don Tacaños era aun mui novicio en la literatura, estando yo sentado frente al escritorio, descubrí la formidable nariz, que penetraba por la puerta de mi gabinete. Me levante exabrupto, sin ofrecer siquiera un asiento a mi digno padrino, le pregunté qué significaba aquel rollo de papeles que como libro de colejial remolineaba bajo su brazo. Fuéme forzoso esperar la respuesta, hasta que libre el rostro de don Tacaños del sudor que corria a manera de lluvia, los pulmones del jóven señor tomaron aire.

—Querido ahijado Salerillo, has de saber que me hallo en apuros.

—Como así, amado padrino.

—Hijo mio, hoi no puede uno gozar de verdadera felicidad. ¡Bribones!!!

—¡Qué es lo que pasa, idolatrado señor!

—Sabras que yo he publicado una leyenda intitulada....

—*Miseria i corrupcion*.... Sí, padrino, la conozco.—Guapa leyenda por San Crispo.... guapa leyenda....Leyenda que hemos aplaudido como se merece los hombres que sabemos de gusto.

—Pues no faltan envidiosos.—Hace dias se ha publicado este infame libelo que lleva las hipócritas apariencias de un libro de crítica.

I me pasó un cuaderno cuya carátula i primeras pájinas leí en un santiamen.

—¡Infamia!... ¡ruindad!....¡bajeza!!....grito al terminar la dicha lectura.

—Pues lo que necesito de tí es un enérjico desmentido, una refutacion, una contestacion *imparcial*, en una palabra, una contra-crítica.

—¡Válame toda la lejion de bienaventurados!.... ¡I cuán difícil es encontrar bellezas en los escritos de un anciano que no puede ménos que pintar las cosas con la helada indiferencia de la vejez!.... ¿Cómo haré para sacar el pié del pantano? Valor i Dios ayude....

"El crítico, don Chafalonio de Urbanilla, no es, lo repito por la centésima vez, ni un hombre juicioso, ni un crítico recto e imparcial, ni un sujeto de erudicion i de gusto, sino solo un truan, un escritor grotesco i chocarrero que abusa de la santa institucion de la prensa para insultar personas, a cuya altura jamas él conseguirá llegar. ¿Cuál es la crítica que se hace de la leyenda en que nos venimos ocupando? Juzgue el lector, juzgue el público, juzguen los hombres de sano criterio, por el siguiente ejemplo:

El hombre es como los chivos,
Que por riscos escarpados
Baja a cojer mala yerba
Aunque llegue hecho pedazos.

—"¡I qué!—La indignacion me sube a los ojos.—¿Dónde están esas faltas de que habla con voz de pregonero el crítico Urbanilla?"—¡Pero escuche!.... Esto casi no se puede defender.—¡Comparar con los chivos a la humanidad!.... ¿I cómo es, por otra parte, que se viene a sentar aquí entre las expresiones poéticas ese señor don Chivos?— ¡Cuernos del diablo! aquí hai mas de una falta, mal que le pese al bueno de mi padrino.

I esto dicho arrojé la pluma, confundido, desalentado ante los escollos que empezaban a presentárseme.

Pero hé aquí que el espíritu del abismo vino a meter su rabo, como en todas partes. Don Tacaños, el mismo don Tacaños en carne i huesos (aunque aseguran varios que no tenia carnes) acababa de llegar junto a mí, oyendo todas i cada una de las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Conque decia Ud., mi buen ahijado, que en mis estrofas hai mas de un defecto? exclamó mirándome con una cara de ponzoña.

Deshíceme en disculpas.

—¿I qué importa eso, pues, querido padrino?.... ¿Acaso los mas grandes poetas no han tenido tambien sus defectos?

Pero don Tacaños se mantenia fiero como un toro de los montes.

—Deme Ud. mi leyenda i la crítica de Chafalonio Urbanilla, repuso, despues de una breve pausa.—Se las pasé.

—Pues siga Ud. en su tarea, que yo no tendré para qué ocuparme mas en ella, añadió despues, volviéndome las espaldas. En vano lo llamé. Tentando el camino con su baston (i creo que tambien con la nariz) salió de mi cuarto refunfuñando a media voz.

—No quiero valerme de ningun envidioso. Contestaré con un epigrama i una epístola satírica a ese tunante de Urbanilla i negocio concluido.

—¡Oh!.... ¡en adelante no volverá a pasarme!—Si quiero no reñir con algunos encontraré bellezas todos sus defectos.

Curicó, Noviembre 20 de 1875.

TEMÍSTOCLES URZUA CRUZATT.

LA REPUBLICA DEL URUGUAY

EN LA EXPOSICION DE CHILE.

(Conclusion.)

En el penúltimo número de esta Revista dimos al lector una rápida idea de los adelantos realizados por el Uruguay despues de su independencia; circunstancias ajenas a nuestra voluntad nos habian impedido continuar esta grata i voluntaria tarea que

nos hemos impuesto; pero hoi por fin vamos a ponerle término pasando una lijera revista a los objetos remitidos por esta república a la Exposicion.

Hemos dado ya en parte a conocer lo que es el Uruguay; veamos ahora cómo está representado en la gran fiesta internacional a que Chile ha convidado a los demas pueblos civilizados. Penetremos para ello al soberbio palacio levantado por el pueblo chileno como elocuente testimonio de su adelanto actual i de su anhelo de mayor progreso aun, al vasto circo abierto en el fondo de estos escondidos valles, no para que midan en él las naciones del orbe la fuerza brutal del individuo, sino el esfuerzo de la inteligencia, el adelanto de la industria, del arte, de la ciencia.

Entremos al salon del oriente, contiguo al de honor, que ocupa la Alemania. Basta pisar sus umbrales para conocer, por decirlo así, que se pisa tierra americana. Las hamacas suspendidas en el aire, los vistosos productos de la zona tórrida, las vistas, las banderas, los tejidos i hasta los colores indican que aquí está Sud-América.

Cuatro banderas que ostentan el blanco i azul del cielo americano i que llevan en ellas el emblema de la libertad i de la democracia, cubren esos productos: son las de Venezuela, San Salvador, la República Arjentina i el Uruguay; pero entre ellas vese tambien un pendon auri-verde i en medio de él el escudo de un monarca; es la bandera del Brasil.

Al lado de la república de San Salvador se encuentra la seccion uruguaya. Entremos ya en ella.

Todo indica tambien aquí que es este el local concedido al Uruguay para exhibir sus producciones: las pieles, las lanas, los frascos de carnes conservadas, los libros, los objetos de arte revelan a un pueblo, cuya principal fuente de riqueza es la ganadería, pero que tiene el vivo sentimiento de lo bello i el noble entusiasmo del progreso. Una parte de la seccion se halla ocupada con vistas fotográficas de la ciudad de Montevideo i de sus alrededores.

Esas vistas pueden haber dado a conocer a los curiosos visitantes de la Exposicion los hermosos i elegantes edificios que adornan a una de las mas hermosas i prósperas capitales de Sud-América; ciudad llamada por su propia posicion jeográfica, que la hace escala obligada del comercio de la República Arjentina, del Paraguay i del sur del Brasil, a un porvenir de inagotable riqueza i poder.

Pero el principal adorno de la seccion del Uruguay es sin duda el magnífico cuadro del pintor oriental don Juan Manuel Blanes, que representa Los últimos momentos del jeneral Carrera. Ese cuadro es una joya del arte; un peldaño mas colocado en su camino por una gloria que sube i crece cada dia.

Esa tela ha cobrado vida bajo el pincel del artista; un sombrío calabozo de la cárcel de Mendoza ha vuelto a abrirse al rayar el

alba de un dia luctuoso i un cuadro desgarrador se ofrece al pueblo chileno, que le contempla asombrado i mudo por la indignacion.

Del fondo del calabozo se adelanta un militar, crispadas las manos, erguida la frente, bañado su rostro en una indecible expresion de dolor, de rabia, de heróica altivez; a su izquierda, está apoyado sobre una mesa un hombre que parece agobiado bajo el peso de una desgracia que le anonada. Cerca de la puerta, sentado sobre un banco, jime un anciano; dos sacerdotes se esfuerzan por consolarle, miéntras otro se adelanta extendiendo su mano suplicante; dice sin duda a los que a aquella hora penetran en aquella pieza: ¡Por Dios, un momento, un momento todavía! Pero el que entra es el alcaide de la cárcel; los que le siguen i se agolpan a la puerta para ver a los prisioneros, son los soldados que lo deben conducir al patíbulo. Esa puerta se ve abrir, entrar por ella a los ajentes de la justicia humana, se ve en el interior del calabozo llorar, jemir, caminar, suplicar a los que en él se encuentran; se adivina lo quepiensan, se conoce lo que sienten, hasta se oye lo que hablan. I sin embargo, nada de eso es realidad: ahí no hai cárcel, ni puerta que se abra para dar paso a los verdugos, ni reos, ni sacerdotes, ni héroe que se adelanta altivo a desafiar a su fiero destino aun en el último instante de su vida; ni falta en verdad ese ladrillo del pavimento, ni existe esa manta, ni se extingue en ese momento la luz que habia ardido toda la noche sobre la mesa, ni es ciertoque entra a reemplazarla la rosada luz de la aurora que penetra en el calabozo. Lo que hai ahí de verdad es el númen esclarecido del artista que ha sabido animar de nuevo a esos hombres i a ese héroe infortunado que se acercan a hablarnos, levantando la losa que los cubre hace ya mas de medio siglo; el sentimiento delicado del corazon de un poeta que ha sabido pintar ese cuadro, que encierra un poema de patriotismo, de infortunio i caridad; i sobre ese númen i ese sentimiento hai otra verdad incuestionable, la gloria merecidísima, sin par en la América Española, imperecedera, del distinguido uruguayo, autor de ese cuadro.

—¿Quién es Blanes? ¿Cómo ha llegado a conseguir esa gloria?

Voi a decíroslo. Hace veinte años, en una imprenta de Montevideo, trabajaba un jóven aprendiz de taquigrafía. Vivia de su trabajo diario, con el cual ayudaba tambien a mantener a su buena madre. Sus compañeros notaron luego en él una aficion decidida por el dibujo, cuyas reglas, sin embargo, desconocia, i miéntras ellos empleaban sus horas de descanso en el ocio o el placer, él entregábase a su pasion favorita. Aquel jóven tenia en su alma el amor i el sentimiento del arte; tenia algo mas, ardia en su mente la llama vivificadora del jenio. El jenio se abre siempre paso por en medio de todos los obstáculos que le oponen la pobreza, la rivalidad mezquina, la indiferencia i el desprecio mismo de la sociedad. El númen venció al fin tras larga i fatigosa lucha, i el

pobre cajista de otros dias llegó a ser el pintor de hoi; habia roto las brumas del olvido, habia empezado a recorrer la senda que siguieron los Buonarrotis, los Rafaeles i Bramantes; su nombre ya no podia morir.

Segun la exacta expresion que oimos un dia de sus labios, para llegar a adquirir esa reputacion, ha tenido que golpear con su cabeza durante veinte años contra una roca; otro habria caido; pero Blanes ha echado a tierra la barrera que le cerraba el camino de la inmortalidad. Ayer, puede decirse, era un pobre cajista, nadie reparaba en él, nadie deseaba conocerle, nadie sabia su nombre fuera del hogar materno i del grupo de sus amigos; hoi su nombre ha resonado con jeneral aplauso en todo Sud-América, todos desean conocerle, todos admiran sus obras, todos le proclaman el primer pintor de la América latina.

Jueces no desprovistos de toda competencia como nosotros, jueces que podian dar una opinion ilustrada, han pronunciado ya su fallo sobre el autor i sobre el cuadro en que en este momento nos ocupamos, fuera de Chile i en Chile mismo.

Pero ademas del fallo de los intelijentes del arte, tiene en su abono ese cuadro otro que no debe, a nuestro modo de ver, despreciarse, sobre todo cuando ámbos están acordes; es el fallo del pueblo, del pueblo que nada entiende de arte, pero que lleva tambien en su alma el sentimiento de lo bello. Ese juez ha dado su opinion de una manera asaz elocuente. ¿Qué entendia él de composicion, de perspectiva, de colores? Nada; quizas era la primera vez que entraba a una galería de pinturas, que veia una tela medianamente bien pintada; i, sin embargo, todos al pasar por delante de ese cuadro se han detenido, han comprendido que estaban delante de un monumento del arte i han manifestado todos su aprobacion unánime, con la palabra los unos, otros con lenguaje mas elocuente aun, con sus lágrimas.

Así es como sabe triunfar el jenio, arrancando aplausos a los maestros, apagando la voz de los émulos, robando lágrimas a las madres. Así es como triunfa el jenio, hablando a todos los corazones, admirando a todos.

Así ha triunfado Blanes en Chile con su cuadro de *Los últimos momentos de Carrera*, i así triunfó en el Plata con la que hasta hoi podemos llamar su obra maestra, el cuadro que representa un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires.

La opinion pública ha dado al primero de los cuadros el premio que merecia; ningun otro ha llamado tanto la atencion del público, ningun otro ha sido objeto de la manifestacion de entusiasmo que despertó desde el primer dia que empezó a exhibirse en Santiago. La preferencia con que todos han ocurrido a contemplar la obra del señor Blanes, es una prueba irrecusable de lo que decimos.

El artista uruguayo no ambicionaba otro premio que ese; le ha obtenido i debe estar satisfecho. Un premio así es un título de

gloria, es algo que puede enaltecer a un artista, porque de él no puede decirse como de otros, que han sido dados por la mas evidente parcialidad o la mas crasa de las incompetencias.

Otro cuadro del señor Blanes, una revista pasada por San Martin en Rancagua al ejército arjentino, no ha despertado en el público de la capital el mismo entusiasmo que el anterior i en parte con razon, pues le es inferior como idea i ejecucion. No tiene ese interes dramático, que habla al corazon de todos, ni tiene tampoco aquel interes puramente nacional, pues es un cuadro que mas puede hablar al corazon de un arjentino que al de un chileno.

Sin embargo, aunque esa tela de Blanes no esté a la altura de las dos de que hemos hablado, es sin duda una obra con que podria enriquecerse cualquier museo.

Hacia tiempo que el artista uruguayo conservaba con cariño una joya que produjo su paleta, animada por el sentimiento del filial cariño.

Blanes ha tenido el desprendimiento de sacarla de su hogar para remitirla a la Exposicion; es el retrato de su anciana madre.

Nada puede pedirse a ese retrato, es una obra que haria honor a cualquier artista. La expresion del semblante, las arrugas que surcan el rostro de la anciana, esa mirada que habla, su boca, todo es obra de un pincel acostumbrado hace ya tiempo a vencer las dificultades.

Los cinco paisajes del Estrecho de Magallanes, que el señor Blanes ha remitido, por desgracia demasiado tarde, han llamado tambien la atencion de las personas intelijentes i mui en particular de aquellos que conocen los lugares que el pincel del artista ha trasladado al lienzo. Basta mirar esas vistas para reconocer en ese cielo siempre encapotado por negros nubarrones, en esas aguas teñidas de verde i azul, en esas desnudas montañas que cubre la nieve i el sol viste con los mas vivos colores del íris, en esas costas áridas i desiertas, el cielo, el mar, los montes, la luz del Estrecho i las desoladas riberas de la Tierra del Fuego.

Blanes como paisajista i retratista no está sin duda a la misma altura que como pintor de cuadros históricos; pero ha probado que en esos jéneros es siempre un pintor de notable mérito.

Repitámoslo una vez mas: el señor Blanes debe de estar satisfecho de sí mismo; la Exposicion Internacional de Chile ha sido para él un verdadero triunfo, que honra al distinguido artista i honra tambien a su patria.

No son, no obstante, los hermosos cuadros de Blanes las únicas obras artísticas con que el Uruguay ha concurrido al llamado de esta República hermana. Una desgracia ha estado a punto de arrebatar a la seccion uruguaya uno de sus ornatos i a las artes una obra de indisputable mérito; queremos hablar de la estátua del señor Mora.

En el viaje de Montevideo a Valparaiso, esa estátua fué casi

completamente destruida, i habria quedado definitivamente perdida si el distinguido escultor chileno don Nicanor Plaza no la hubiera restaurado con el talento que todos le reconocen. Desgraciadamente, en el interes de que esa obra alcanzara a figurar en la Exposicion, el señor Plaza ha tenido que ejecutar su trabajo en un plazo demasiado corto.

El lector querrá saber qué representa esa estátua. Vamos a complacerle: representa la muerte de una víctima de las civiles contiendas, un mártir que ha caido derribado en medio del torbellino de la revolucion. Representa el último instante de uno de esos gauchos orientales, siempre altivos, valerosos i patriotas; la historia de quien sabe cuantos miles de orientales mas.

Ese pobre gaucho vivia tranquilo i feliz en su pajizo rancho, en medio de su familia; solo la suerte de su patria, siempre infortunada, turbaba su felicidad. Un dia el grito de revolucion estalló de nuevo en aquella tierra, los caudillos llegaron a la puerta de su rancho, le pintaron con negros colores las desgracias de la patria, culparon de ellas a sus adversarios, encendieron en su alma el fuego de la indignacion i el pobre gaucho, sin saber qué habia de verdad en aquellas palabras, sin ver otra cosa que el martirio de la patria, tomó la lanza que le ofrecian para vengarla, saltó sobre su caballo i abandonó entusiasmado aquel dulce hogar que ya sus ojos no volverian a ver.

La última pájina de la vida de ese gaucho es a la que ha sabido dar vida el señor Mora, con indisputable talento.

Suena el clarin que manda cargar, las caballerías se avalanzan, se encuentran, se *entreveran*, corre la sangre i el furor de los combatientes aumenta; de repente nuestro héroe siente un frio glacial en sus entrañas, un dolor horrible despedaza su pecho, una nube oscurece su vista i rueda sin sentidos del caballo: la lanza de un hermano acaba de derribarle.

Algunas horas despues todo ha pasado, los combatientes han desaparecido, el herido vuelve en sí i mira en torno de él. Está solo, abandonado, moribundo en medio de un desierto de verdura. No hai nadie que le socorra i vende aquella herida por la que se va su sangre toda, nadie que pronuncie a su lado una palabra de consuelo, nadie que lleve a su madre, a su esposa i a sus hijos aquel adios desgarrador i aquella última bendicion que vaga por su labios amortecidos. El momento supremo se acerca entónces; la víctima se incorpora sobre sus brazos crispados por el dolor i levanta sus ojos al cielo. ¡Qué suprema angustia, qué horrible desesperacion en esa última mirada! Sus labios se entreabren como para dar paso a una palabra, escápase de ellos el soplo de vida i aquel infeliz cae para no levantarse jamas, para dormir en ignorada tumba el sueño de la muerte.

Eso representa la estátua del señor Mora; eso, todo eso i mucho mas todavía dice lo que era no hace aun dos meses un monton de yeso i es ahora una joya artística i la imájen viva de las

desgracias del pueblo uruguayo. En ese pobre gaucho que ha derribado en medio de la lucha civil la lanza que aun está clavada en su pecho, en su rostro desfigurado por el dolor i la muerte, está pintada al vivo, con detalles que aterran, la patria que se desangra, que siente que las fuerzas le faltan en medio de esas ricas campiñas donde todo convida a vivir i la muerte parece que no debiera llegar jamas. Esa estátua es una dura leccion i habla con lenguaje elocuente i doloroso al corazon de todos los uruguayos.

Talvez ella sola dice mas de lo que pudiera decir el mejor libro escrito en contra de las revoluciones. Es un grito de dolor e indignacion que se arranca del pecho noble i jeneroso de un distinguido artista.

No se busque, sin embargo, la perfeccion en esa obra: es solo un boceto, una obra que aun no está concluida.

El deseo de que alcanzara a exhibirse en Chile impidió a su autor terminarla con la calma necesaria. Esa produccion es un trabajo preparatorio para una estátua en mármol de tamaño natural, que medita el señor Mora. Lo que conocemos es una prenda segura de lo que será esa estátua.

Al lado de la gloria del gran pintor uruguayo, se alza sobre el suelo oriental una gloria mas, la del inspirado escultor don Daniel Mora. Son los nombres de dos amigos, de dos esclarecidos injenios que bien pueden hacer en grata compañía el viaje de la inmortalidad.

Pero nos hemos estendido mas de lo pensábamos en este artículo i es necesario que ya le pongamos término; hablemos, pues, de los demas objetos remitidos por el Uruguay a la Exposicion.

Sabemos que no es este jénero de trabajos el que mas agrada a los lectores de esta Revista, mas afectos a un buen trozo de literatura que al mas luminoso dato de la estadística i seremos breves. Ya hemos dicho que a la República Oriental no debe juzgársele por los productos que ha remitido, pues el estado de anarquía porque atravesaba entónces el pais impidió el que pudiera concurrir dignamente. Por otra parte, los exponentes del Uruguay, no han podido, como los de otros paises, contar con la proteccion de su gobierno, cuya atencion absorbia por completo la guerra civil. Todos los objetos que se ven en la seccion uruguaya han sido remitidos expontáneamente por algunos ciudadanos interesados en salvar el buen nombre del pais.

Sus esfuerzos han sido coronados por el mejor éxito.

Efectivamente, merced a ellos, la República Oriental, apesar de la pequeñez de su territorio, de la escasez de su poblacion, de las azarosas circunstancias porque atraviesa desde hace un año, ha sido una de las naciones sud-americanas que ha obtenido mas premios en este gran concurso internacional.

Si se atiende a las circunstancias que acabamos de indicar, se debe mirar el papel que el Uruguay ha desempeñado en la Ex-

posicion, si no como un espléndido triunfo, como un resultado que debe llenar de júbilo al pais i de justa complacencia a los ciudadanos que, en medio de las tribulaciones de la guerra civil, han sabido mirar por el buen nombre de su patria en el extranjero.

Ese éxito manifiesta claramente que, en circunstancias anormales, el Uruguay podia haber ocupado un honroso puesto al lado de cualquiera de los demas Estados sud-americanos, i es al mismo tiempo una promesa de lo que podria ser aquella república si a los beneficios que le ha prodigado la naturaleza pudiera agregar por largos años el bien no ménos precioso de la tranquilidad pública. El resultado obtenido en la Exposicion de Chile debe ser un motivo de aliento para los exponentes uruguayos i para todos los hombres que en aquel pais se afanan por el adelanto de la industria i de las artes.

La guerra civil, que aniquilaba la riqueza i paralizaba la industria de la República Oriental, ha tenido felizmente término; la paz vuelve a reinar sobre su suelo siempre rico i hermoso, i el porvenir vuelve a sonreirle, porque el Uruguay solo necesita paz para llegar a ser un gran pueblo por sus riquezas naturales, su industria, sus artes i el esclarecido talento de algunos de sus hijos.

CÁRLOS A. BERRO.

JUBILACION DE LOS EMPLEADOS PUBLICOS.

I.

Mas de una vez ha estado a la órden del dia la cuestion de jubilaciones de los empleados públicos. Su estudio ha prestado materia abundantísima para las discusiones de los periódicos i las deliberaciones del poder lejislativo. Todos han convenido en la necesidad de una pronta i radical reforma de nuestra lejislacion sobre la materia. Los mas, admitiendo la justicia i conveniencia de las jubilaciones, se han contentado con proponer modificaciones mas o ménos sustanciales; el menor número, condenando el principio en absoluto, ha ido hasta pedir su completa derogacion. Sin embargo, i por extraño que parezca, la verdad es que nada se ha hecho. Los grandes intereses comprometidos, la codicia de los unos, las miras políticas de los otros i la negli-

jencia con que todos miran las cosas que, por pertenecer a todos, a nadie pertenecen, han cerrado el paso a las reformas. De esa manera se explica el hecho de que la defectuosa lei dictada en 20 de agosto de 1857 haya podido resistir a las exijencias universales tan claramente manifestadas.

Objeto de esta memoria es el exponer las principales consideraciones que militan en favor de la segunda de las opiniones citadas, es decir, la de aquellos que sostienen la supresion absoluta de las jubilaciones. Pero considerando que aun ha de correr largo tiempo sin que esta aspiracion tome cuerpo i llegue a convertirse en lei de la República, analizaré rápidamente la lei vijente, i ántes de concluir, apuntaré algunas medidas propias para disminuir (ya que es imposible suprimir del todo) los abusos innumerables que hoi a su sombra se cometen.

II.

La hacienda pública es la suma de las cantidades con que los ciudadanos de una nacion contribuyen al mantenimiento del Estado; es el producto del impuesto que debe repartirse igualmente entre todos, segun los principios del gobierno democrático sancionados por el art. 12 de nuestra Constitucion, i que, por lo tanto, no puede emplearse sino en beneficio comun, o lo que es igual, en la satisfaccion de las necesidades públicas. El Estado es el mandatario administrador i no el dueño de los bienes, i en su distribucion debe conformarse al oríjen de éstos, que se acaba de indicar.

Estando, pues, esos bienes destinados al pago de servicios que se prestan a la comunidad, puede el Estado consumirlos en la remuneracion de sus empleados. Pero es necesario determinar los principios que han de regular esa remuneracion. En las relaciones privadas de individuo a individuo, impera una regla mui sencilla: "Entre el servicio i la remuneracion debe mediar una exacta equivalencia;" i como la remuneracion no es mas que una especie de servicio, se llega naturalmente a la fórmula: "Servicios se cambian por servicios," cuya demostracion seria inoficiosa en este lugar, i que por lo tanto consideraremos como una verdad perfectamente demostrada.

La remuneracion de los empleados en la industria libre se ajusta rigorosamente a este principio; no así la de los empleados civiles. ¡Los sostenedores de las jubilaciones lo olvidan enteramente cuando pretenden que un individuo que durante diez o mas años ha recibido un salario proporcionado a su trabajo, adquiere el derecho de continuar recibiéndolo despues de separarse de su empleo, aunque no preste servicio efectivo alguno! ¡Como si tambien los contribuyentes, cuyos son los dineros manejados por el gobierno, los hubiesen ganado por el mui cómodo arbitrio

de no hacer nada!! ¿En qué se funda tan enorme diferencia? Unos i otros sirven porque creen compensado su trabajo con el salario respectivo. Su situacion es mas o ménos idéntica, i si hai algunas ventajas, están de la parte del empleado público, como procuraré demostrarlo en mui pocas palabras.

Es verdad que en la industria o el comercio, el empleado tiene mejores expectativas de ganancias mayores i mas rápidas; pero, en cambio, está expuesto a contínuas e inciertas fluctuaciones i a cada momento corre peligro de perder su destino. El empleado civil, por el contrario, goza de cierta estabilidad que en la práctica se convierte en casi inamovilidad. I como los ascensos se fundan jeneralmente en el derecho de antigüedad, bástale permanecer en su destino para marchar en escala ascendente de honores i sueldos, sin necesidad de grandes esfuerzos, con solo desempeñar medianamente sus obligaciones de todos los dias. I téngase en cuenta que esa certidumbre es condicion nada despreciable i que para alcanzarla, los hombres sacrifican a menudo otras ventajas de importancia. Ademas de ésta, tiene otras ventajas. La falta de una persona pecuniariamente interesada en obtener de él la mayor suma de trabajo posible en cambio de su remuneracion, es motivo para que el empleado público dé la menor suma de trabajo conciliable con la conservacion de su empleo; cosa en extremo opuesta a lo que se observa en la industria libre. Tan cierto es esto, que existe una clase harto numerosa de empleos mui solicitados por los estudiantes, porque les permiten holgadamente seguir sus estudios profesionales sin perjuicio de las obligaciones anexas al destino, i aun, despues, no les impiden el ejercicio de la profesion misma. El artículo 1,618 del Código Civil les otorga un privilejio especialísimo, cual es el de no ser embargables por deudas sus salarios, sino hasta concurrencia de una cantidad proporcionada a su valor. Esta sola ventaja es suficiente parte para considerar su situacion como mui superior a la de toda otra clase de empleados, puesto que ella lo pone enteramente a cubierto de los azares de la miseria. Hé aquí a lo que queda reducida la pretendida inferioridad de los empleados públicos despues de un lijero exámen. De ese modo desaparece uno de los principales fundamentos que se alegan en apoyo del sistema de jubilaciones. Pero, aun cuando la inferioridad fuese tan efectiva como se la supone, su existencia no importaria en manera alguna una prueba de justicia de las jubilaciones; lo único que racionalmente podria deducirse de ello, seria la necesidad de aumentar los salarios hasta colocarlos al mismo nivel del valor de los servicios.

Se dice que el Estado debe asegurar el porvenir de sus servidores i el de sus familias por cuanto ellos se inhabilitan por la naturaleza de sus ocupaciones para ganarse la vida de cualquier otro modo, i por cuanto la exigüidad de los salarios les impide ahorrar en prevision de las necesidades futuras.

No es imposible desvanecer tales objecciones. En primer lu-

gar, el que remunera un servicio, no atiende a las necesidades del servidor (que pueden ser innumerables) sino al valor del servicio. En justicia, no tiene para qué averiguar si el porvenir del empleado está o no seguro, sino cuál es la cantidad menor con que puede obtenerlo; al empleado toca ajustar las satisfacciones de sus necesidades al valor de sus servicios. Por lo que hace a la inhabilidad, no puede negarse que ella es efectiva, aunque no absoluta; pero, sus efectos aflijen igualmente a los empleados del trabajo libre. Un cajero de correos, por ejemplo, con dificultad podria dirijir una fábrica; ni un fabricante de sombreros sabria dirijir un taller de ebanista. Sin embargo, jamas se le ocurrirá pretender derecho a jubilar por esta causa. El que se obliga a desempeñar un empleo público realiza un negocio como cualquier otro; i si él prefiere arrendar sus servicios de ese modo, es porque cree obtener en esa forma la mayor utilidad posible. De consiguiente, tan racional es exijir al Estado que asegure el porvenir de sus servidores, como exijirle que garantice el de todos los empleados de la República, i tambien el de todos los cuidadanos.

En segundo lugar, en la jeneralidad de los casos, es falso que el empleado civil no pueda ahorrar. Tal suposicion se fundaria en una mui triste idea de su intelijencia; a ménos que se le crea de una natureleza distinta de los demas hombres, quienes pueden ahorrar siempre que lo necesitan. La verdad es que las jubilaciones son la causa principal que impide ahorrar a los empleados, puesto que por su medio cuentan con una renta segura i no sienten necesidad de sujetar los consumos a su haber, i solo piensan en darse las mismas comodidades que están al alcance de otros mas favorecidos de la fortuna I las mas dolorosas consecuencias de esta imprevision caen sobre la familia del empleado. En efecto, como éste sabe que miéntras viva, trabaje mucho o poco, i por último nada, su renta ha de permanecer siempre igual, pierde el espíritu de economía i todo sentimiento de la propia responsabilidad. Se abstiene del ahorro porque le causa una privacion inmediata, i divisando la época de la muerte como un acontecimiento remoto, confia en que durante sus últimos dias podrá recuperar el tiempo perdido. Llega, por fin, la muerte i su familia, sorprendida por la miseria, no encontrará mas recurso que el de implorar una pension de gracia del Congreso. De este modo, un abuso da oríjen a otro, a un gravámen se encadena otro gravámen. Mui diferente habria sido la suerte de esa familia si el empleado no hubiese tenido la expectativa de jubilar. Si en lugar de ella hubiese tenido la seguridad de que el salario solo podria durarle miéntras tuviera fuerzas para ganarlo, se habria sentido estimulado a privarse de gastos supérfluos para formar un capital con que trabajar por cuenta propia o alimentar a su familia en los tiempos de escasez sin apelar a la jenerosidad de la Nacion. Se sentiria responsable de sí mismo, i jamas olvidaria que el porvenir de su familia depende del grado de prevision i de constan-

cia empleado por él mismo; i a su muerte, ésta poseeria lo suficiente para subsistir decentemente. Se ve, pues, que la jubilacion, léjos de asegurar el porvenir de las familias de los empleados, mas bien lo empeora, impidiendo o mas bien suprimiendo uno de los principales estímulos del ahorro. Bien puede ser que la mezquindad de los sueldos en proporcion a la categoría de los servicios llegue hasta el extremo de impedir realmente todo jénero de ahorros. Pero, en este caso como en el anterior, lo único lójico, seria un aumento de sueldos.

El establecimiento de las jubilaciones se ha fundado principalmente en el deseo de mejorar el servicio, haciendo que los empleados permanezcan en sus puestos, atraidos por el poderoso aliciente de una renta que guarda proporcion al número de años de servicio. Se ha creido que solamente de esa manera podrian adquirir los conocimientos i la expedicion en el manejo de los negocios que son fruto de la experiencia. Mucho podria decirse sobre los inconvenientes, mayores que las ventajas, producidas por esa permanencia; ni seria difícil manifestar cómo los empleados que se eternizan en un negocio determinado i uniforme contraen hábitos de rutina, perjudiciales al servicio, puesto que impiden todo progreso, resisten a toda innovacion dirijida a simplificarlo. Largamente podríamos discurrir acerca de los males que acompañan a la creacion de una especie de aristocracia de los empleados, cuyos pésimos efectos se están haciendo sentir en Francia i en otras naciones del Viejo Mundo.

Por otra parte, a una nacion jóven i vigorosa i que naturalmente ofrece ancho campo al trabajo espontáneo, no conviene estimular esta clase de trabajo improductivo. Al pais le es mucho mas útil que sus ciudadanos aspiren al trabajo de produccion, por lo ménos al trabajo independiente, a aumentar la riqueza jeneral, aumentando la suya propia. Los jóvenes solo deben permanecer en estos empleos el tiempo necesario para ahorrar un capital que se convierta despues en fuente de produccion, o el que necesiten para prepararse al ejercicio de una profesion científica. ¡Cuántas intelijencias escojidas, que en otro campo habrian realizado grandes cosas se esterilizan en el monótono trabajo de las oficinas públicas!

Aun mas, si se cree absolutamente necesaria esa permanencia, no faltan otros medios de obtenerla. En varias partes de esta memoria hemos indicado el aumento de sueldos. Limitado a aquellos empleados que exijen una aptitud especial o una intelijencia distinguida seria ménos gravoso al erario, mas conforme a la justicia i por último, mas favorable al servicio, puesto que llevaria a las oficinas empleados mas competentes i celosos, desde que esta nueva ventaja vendria a agregarse a las otras que dejé enumeradas al ocuparme en comparar las respectivas situaciones de los empleados públicos i particulares.

Las jubilaciones se conceden a la mayor parte de los emplea-

dos, sin considerar otra cosa que el número de años de servicio. Hai, sin embargo, una clase de éstos que ha sido favorecida de una manera especial; tal es la de la instruccion pública. A éstos se acostumbra abonar, para efecto de su jubilacion, cierto número de años de servicio, cuando escriben o traducen algun texto destinado a la enseñanza, siempre que a juicio de la Universidad merezca esa recompensa.

Condenado el sistema de jubilaciones, no habria mucho que agregar sobre esto; pero, como tales recompensas envuelven una injusticia tan evidente que mas de una vez ha arrancado fundadas protestas, conviene apuntar algunas lijeras reflexiones dirijidas a ponerla mas de manifiesto. Dígase lo que se quiera, el dueño de un texto adoptado para la enseñanza, adquiere un monopolio a costa de los alumnos de los colejios del Estado en toda la República, i tambien, aunque contenido dentro de ciertos límites sobre los de los colejios particulares, a quienes no conviene apartarse de los programas de la enseñanza oficial. Las utilidades de ese monopolio no pueden dejar de compensar con exceso su trabajo, i si la obra es verdaderamente de mérito, su producto no se reducirá a la venta en los colejios. La esperanza de ámbas utilidades es suficiente incentivo para los escritores, i su realizacion suficiente recompensa. Si ese abono de servicios no fuera injusto, deberia al ménos desecharse como un gasto innecesario. Esta práctica es tanto mas injusta, cuanto que los profesores comprendidos en el supremo decreto del 14 de enero del año 1854 tienen derecho a un aumento de sueldo por cada año de servicio que pase de seis. De modo que el autor de un texto adoptado para la enseñanza gozará el producto de su venta, ademas, el premio correspondiente a los años de servicio que se le designaren como de abono por el mismo texto, i por último, se le permitirá jubilar en consideracion a un número de años de servicio mucho mayor que el efectivo. La compra del texto por una crecida suma seria para el Fisco un arbitrio considerablemente ménos oneroso.

El último asilo en que procuran hacerse fuertes los sostenedores de las jubilaciones es el deber que contrae el Estado (mejor, la Nacion) de premiar dignamente los servicios extraordinarios de ciertos abnegados ciudadanos que sacrifican su persona e intereses en favor de la causa pública. Ya que esos hombres no han dejado grandes fortunas a sus hijos por la misma heróica dedicacion a los intereses comunes, es mui justo que la Nacion manifieste su gratitud concediendo una recompensa adecuada a los herederos. Sin entrar a dilucidar hasta qué punto llegue la deuda contraida por el Estado en favor de esos eminentes ciudadanos, cualquiera podrá observar que para premiar tan raras abnegaciones, no es menester jubilar a todos los empleados, convirtiendo en regla jeneral lo que nunca dejará de ser una excepcion bien poco comun. Pues, como se ha dicho mas arriba, por

regla jeneral, el empleado sirve porque le pagan, i léjos de prestar servicios extraordinarios, solo procura trabajar lo ménos posible. Para premiar al corto número de empleados que en justicia se hiciesen acreedores a ello, únicamente habria menester de una lei que así lo decretase en vista de cada caso particular.

Antes de concluir esta parte de mi memoria, voi a examinar una medida propuesta, como término de transaccion, por los partidarios de la supresion de las jubilaciones, pero, no en absoluto; o hablando con mas exactitud, partidarios de la reforma de la base del actual sistema. Profundamente convencidos de la injusticia inherente a los principios que hasta ahora rijen esta materia i deseosos de evitar los abusos a que dan oríjen, han creido encontrar el remedio en la fundacion de cajas de ahorros para los empleados auxiliados por el Estado, en cierta proporcion mas o ménos elevada, respecto del salario de los empleados. Todos los partidarios de esta fundacion convienen en que el Estado debe suministrar una cantidad de los fondos para estas cajas. Pero, en cuanto a la contribucion de los empleados, las opiniones se dividen: unos sostienen las erogaciones voluntarias; otros las forzosas.

Respecto de la participacion que se atribuye al Estado, nada tengo que agregar a lo dicho en las anteriores líneas; los dineros de las jubilaciones son los dineros de la Nacion, lo mismo que lo serian las cantidades con que el Estado contribuyese a la caja de ahorros. Omitiré, pues, ociosas repeticiones, para ocuparme en la parte que corresponde a los empleados. Si la erogacion es voluntaria, nada tiene en sí misma de repugnante a las doctrinas de justicia i de libertad, i su análisis no es necesario para el objeto de esta memoria. Mas, no sucede lo mismo respecto del ahorro forzoso; aquí a la injusticia de emplear los dineros de todos en beneficio de unos pocos, se añade otra, talvez mayor, cometida contra los bienes de los mismos favorecidos. Semejantes doctrinas son consecuencia lejítima del "Estado-Providencia" en que se deleita la imajinacion de ciertos publicistas autoritarios. Aunque el empleado no necesite ahorrar por ser rico; aun cuando no quiera hacerlo por creerse capaz de invertir ese dinero en otra forma mas conveniente a sus intereses, o en satisfacer sus placeres, si así lo prefiere, se le despoja de una parte de su sueldo para destinarlo a la futura satisfaccion de sus necesidades personalísimas. I esta violacion se comete bajo el absurdo pretexto de que es incapaz de preverlas por sí mismo; como si el Estado pudiese conocerlas mejor que el individuo que las experimenta. No pudo concebirse una forma mas odiosa del tutelaje del Estado. Creo que la desnuda exposicion de semejantes doctrinas es su mejor refutacion; por lo tanto, no insistiré mas sobre ellas.

RAIMUNDO SALAS E.

(Concluirá.)

EXAMEN

DEL JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA, I DADA A LUZ POR DON VICENTE SALVÁ EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

(Conclusion.)

SALVÁ.—Sí, señor; han chocado, i yo tengo bien presentes los malos ratos que dieron los críticos a Moratin cuando publicó su composicion a la batalla de Trafalgar, burlándose del citado hipérbaton.

Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó *cadáveres desnudos.*

Entónces le aplicaron, i no sin causa, la sabida zumba que hace de semejante licencia el autor de la Gatomaquia, diciendo:

En una de fregar cayó *caldera.*

I digo que no sin causa, porque en este verso médian solo tres palabras entre el *numeral* i el *sustantivo*, i en los de Moratin se intercalan nada ménos que nueve entre el *artículo* i el *nombre*, número que suele llegar a once, como sucede en uno de los contenidos en la espístola a Jovellanos.

HERMOSILLA.—¡Qué cuentas tan menudas! Eso es lo que se llama hilar delgado.

S.— Ud. me obliga a ello con sus encarecidos elojios de Moratin. Déjele Ud. gozar del honorífico puesto que dignamente ocupa en el Parnaso español, i no se empeñe en encaramarle a la cumbre a par del mismo Apolo.

H.—No tanto, amigo, no tanto.

S.—¿Con qué no tanto? La oda al plantío de la alameda de Valencia sienta Ud. (páj. 52) que la dictó el mismo Apolo. De

otra composicion a los Padres del Limbo, dice Ud. que *parece escrita por un ánjel, i que no solo en nuestro Parnaso, sino en cuanto Ud. conoce de la literatura moderna, no hai trozo de tan sublime poesía* (páj 34.)

H.—No puedo negar que me embelesa la lectura de sus obras, i que cuando las leo se me van las horas sin sentir i no me acuerdo de nada ni de nadie.

S.—Que entónces no se acuerda Ud. de nadie, estoi tan distante de creerlo, que no titubeo en asegurar que se acuerda de todo el mundo, i que los encomios de aquel, no tanto proceden de la predileccion con que le mira, cuanto del odio a sus rivales.

H.—Esa es una de las ofensas gratuitas e infundadas con que Ud. acostumbra favorecerme.

S.—¿Infundada? Si Ud. está tan ciego que lo cree así, me obligará a demostrárselo con repetidos ejemplos.

Despues de alabar Ud. el soneto a CLORI EN COCHE-SIMON (la máquina opulenta) diciendo *que no le hai igual en los mismos italianos, siendo los inventores de soneto*, añade Ud. que esta composicion sola bastaria para probar que Moratin era, *cual ninguno de sus contemporáneos*, lo que se llama un poeta; i mas abajo añade: *¿Quién de ellos hubiera sabido pintar con decorosas expresiones la pesadez del coche, la mala calidad de las mulas que tiran, los inútiles esfuezos del cochero?*

Elojiando Ud. el soneto titulado: LA DESPEDIDA, i despues de encarecer la ternura con que amó a su autor i el entusiasmo con que el admiró, vuelve a hablar de *sus contemporáneos*, encumbrándole sobre todos ellos.

Hablando Ud. del cántico: A LOS PADRES DEL LIMBO, se le va la cabeza en términos que no encuentra frases con que encarecerlo. Algunas quedan apuntadas, por lo cual solo expresaré las últimas, que son las que se refieren a mi actual propósito. *¿I oscuros pedantuelos se atreverán* todavía *a decidir ex-trípode que Moratin no fué poeta lírico?* De modo que jamás pierde Ud. de vista a los contemporáneos, deprimiéndolos con adjetivos de malquerencia i menosprecio. ¿I qué diré a Ud. del adverbio *todavía* que está rebosando presunciones i jactancia por todas sus letras? Bórrelo Ud, cuanto ántes, sino quiere que los pedantuelos se rian de su fatuidad.

H.—¿Por qué se han de reir?

S.—Porque diciendo Ud., (no probando) que aquella composicion es magnífica, inimitable i divina, la pregunta si *todavía* se atreverán a decir que Moratin no es poeta lírico, equivale a esta otra: ¿Diciendo yo que es excelentísimo, habrá quien tenga la audacia de dudarlo?

H.—Yo no he querido dar a entender eso: lo que quiero decir es, si despues de leer esa composicion, se atreverán a negar que Moratin fué poeta lírico.

S.—Eso fuera bueno, si ahora se publicara el tal Cántico por primera vez; pero sigo adelante.

Habla Ud. de la oda A NISIDA, i despues del turbion de elojios consiguientes, dice que éstas son las verdaderas odas horacianas, introducidas en nuestra poesía por Garcilaso, Camoens, frai Luis de Leon, Francisco de la Torre i otros, i *llevadas al mas alto grado de perfeccion por Moratin*, i concluye dando una dentellada a los que por desgracia han confundido las odas con las canciones pindáricas i petrarquescas, *designando en esto a los contemporáneos*. Prescindo, por no ser mi objeto en esta ocasion, de la peregrina idea de separar las odas de Píndaro de las de Horacio, i asociarlas con las canciones de Petrarca, como composiciones de igual naturaleza i artificio.

Viene despues la epístola A UN MINISTRO sobre la utilidad de historia; empiezan de nuevo los arrebatos de admiracion, i acaba Ud. su panejírico, diciendo: *Esto sí que es hacer hablar a las Musas el lenguaje de la filosofía i de la moral. ¿I las bárbaras catervas que están atrincheradas en nuestro Parnaso, dirán todavía que Moratin solo fué poeta cómico?* Estas bárbaras catervas, que son los contemporáneos, no dejarán de agradecer a Ud. la cortesanía con que las trata.

Al fin del alto elojio de *la epístola lagartijera*, i despues de ponderar *las dificultades que de intento buscaba Moratin, i sin esfuerzos vencia*, añade Ud.: *Compáresele con los canijos versificadores, que tanto sudan para componer una estrofa mediana.*

Por último, maravillado Ud. de la excelencia de los dos sonetos de Moratin, uno A LA MEMORIA DE MELENDEZ, i otro A LA MUERDE MAIQUEZ, dice del primero que no le hizo mejor, ni tan bueno, el elojiado, i termina los encomios del segundo con estas expresiones: "esto se llama ser poeta, i lo que a esto no se parece, se llama ser coplero".

Inútil es aglomerar otras citas para convencer a Ud. de que en sus elojios de Moratin tiene tanta parte por lo ménos su ojeriza contra los rivales de este poeta, como el alto concepto que le merece. Así, las mayores alabanzas le parecen a Ud. insípidas i frias, sino las sazona con la mostaza de la injuria i desprecio de los que juzga émulos de su gloria.

H.—Será lo que Ud. quisiere; pero miéntras no me haga ver que no tengo razon, i que los tales sonetos i demas composiciones son defectuosas, i no merecen el alto concepto en que las tengo, podrá Ud. tachar mis elojios de algo exajerados, pero no de injustos.

S.—Para eso fuera preciso irlas desmenuzando como Ud. desmenuza las de Melendez, i ya tengo dicho a Ud. que no apruebo ese método de juzgar a los poetas; pero si Ud. quiere que por via de ensayo demos un repaso a algunas de las que Ud. reputa por mas acabadas, verá como no falta que decir sobre ellas.

H.—Mucho me complacería ver qué defectos les encuentra el señor Salvá.

S.—¿Sí? pues daré a Ud. gusto con dos condiciones: primera, que el exámen sea breve, i recaiga sobre dos o tres cosas de las mas notables, pues para hacer lo mismo con todas sus obras, fuera forzoso emplear demasiado tiempo; segunda, que esto se entiende dejando a salvo mis principios en la materia, que no son ciertamente los de criticar con solo el fin de encontrar defectos. Téngase, pues, entendido que yo voi a hacer en esta ocasion con las poesías de Moratin lo que Ud. haria si las hubiese escrito Melendez.

H.—Enhorabuena.

S.—Empecemos por el soneto A Maiquez. Dice Ud. "que es magnífico," i pondera lo bien expresado que está el objeto de la trajedia, que "es el de robustecer el alma para que resista al vicio i desprecie los riesgos que puede ofrecer la práctica de la virtud." ¿No es esto?

H.—En efecto, eso es lo que digo.

S.—Pues yo creo que en ámbas cosas padece Ud. equivocacion. Para probarlo no es menester pasar del primer cuarteto. Dice así:

> Tú solo el arte adivinar supiste
> Que los afectos acalora i calma:
> Tú la virtud robustecer del alma,
> Que al oro, al hierro, a la opresion resiste.

Si a cualquiera, sin otra prevencion ni antecedentes, se le pregunta, cuál es el arte, el ajente, el móvil que tiene eficacia bastante para excitar los afectos humanos, restituyendo la calma al hombre irritado, i encendiendo en ira al que está sereno, contestará que la "Elocuencia," ya sea en prosa, ya en verso, i alguno dirá talvez que la "Música;" pero ninguno que la "Declamacion." Esta se limita a expresar con toda propiedad en voz, jesto i accion, las palabras i afectos que el poeta atribuye a sus personajes. Por tanto, si a éste le falta el necesario talento para pintarlos con la naturalidad i el sentimiento, propios de su situacion i carácter, no podrá el cómico, por mas que se esfuerce, excitar en el ánimo de los espectadores los afectos que se propuso i no supo expresar el autor. La elocuencia, pues, es la fuente verdadera i única, el manantial, puro o impuro: el cómico viene a ser el conducto que da paso a sus aguas, turbias o cristalinas. No quiero decir con esto que sea un vehículo simple i maquinal de los sentimientos i expresiones del poeta: confieso, por el contrario, que la declamacion es arte difícil, i que de la perfeccion o imperfeccion con que se ejerza, depende en gran parte el buen o mal efecto que la obra de aquél produce en los espectadores; pero el fuego central, la fuerza májica está en ella: la declamacion no es mas que un auxiliar suyo.

Aun es mucho ménos exacta la idea contenida en los dos segundos versos, a saber: "que Maiquez supo robustecer la virtud del alma, que resiste al oro, al hierro i a la opresion." Ud. dice que en estos versos está bien definido el objeto de la trajedia, i Moratin no habla de la trajedia i su objeto, sino del trájico i su habilidad: *Tú solo supiste, etc.* Ahora bien: si se pregunta, como arriba indiqué, cuál es el ajente, el poder májico, capaz de infundir en el alma del hombre tal valor i esfuerzo que haga frente al hierro i al oro, i desprecie la muerte i todo jénero de amarguras i peligros, ¿dirá nadie que es el cómico Maiquez, ni la declamacion, ni la trajedia? ¿No dirá que es la exaltacion de alguno de los sentimientos o pasiones humanas, especialmente de las nobles i jenerosas? ¿No dirá que es el entusiasmo guerrero, patriótico o relijioso? ¿Quién llevó a Régulo a Cartago, a San Lorenzo a la hoguera, a Colon al Nuevo-Mundo? ¿Decir que tan prodijiosos efectos los sabe producir un cómico, no es decir un solemne desatino?

Pasando ahora a los versos que Ud. gradua de "magníficos," solo observaré que no pueden merecer este concepto los de un soneto en que se encuentran rimando cuatro verbos, tres de los cuales están en segunda persona de un tiempo mismo, i son *supiste, conseguiste, dividiste.* Rimar de este modo, prueba esterilidad i pobreza; pero en cambio estaba seguro el autor de que hasta apurar todos los verbos en er i en ir de la lengua castellana, no le podian faltar consonantes.

H.—Pues yo estoi cansado de ver emplear tales rimas a los poetas de gran renombre, entre ellos al mismo Garcilaso.

S.—Es mucha verdad; así están rimados los tercetos de uno de sus sonetos (1); mas en esto no debe ser imitado, i si en ellos se fundara la gloria del cisne del Tajo, no hubiera llegado su nombre hasta nosotros. Bien seguro estoi de que no hai mediano versificador en España que no se avergonzara de que pasasen por suyos. Pero demos una ojeada al soneto A LA MEMORIA DE MELENDEZ, del cual dice Ud. que es superior en mérito a cuantos compuso este poeta.

Ninfas, la lira es esta, que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tórmes; cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia.
Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo, etc.

En este primer cuarteto se echa de ver una incorreccion notable en el uso del pronombre "cuyo," que el autor quiso aplicar a Batilo, i en lei de buena gramática se refiere al Tórmes.

(1) Pues en una hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes, etc.

H.—¿Al Tórmes? ¿I por qué?

S.—Por ser el sustantivo que le precede, i con arreglo a la doctrina que Ud. sentó, hablando de las trasposiciones, no es posiblea entenderlo de otro modo.

H.—Ya; pero a fin de salvar esa ambigüedad, despues del Tórmes se pone punto i coma.

S.—Aunque Ud. ponga una pared maestra, i al recitar el verso se detenga en Tórmes diez minutos, siempre estas palabras:

Del Tórmes; cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia,

quieren decir "que la voz armoniosa del Tórmes era quien detenia el curso de las ondas." Ya ve Ud. que no es esto lo que el poeta quiso dar a entender.

H.—Ese reposo no es mas que una quisquilla despreciable.

S.—Algo de eso podrá haber, ¿pero no es quisquilla reparar, por ejemplo, en que Melendez no debió decir "Anacreon," sino "Anacreonte?" Prosigamos.

Intacta i muda entre la pompa verde,
Solo en sus "fibras" resonando el viento,
El claro nombre de su dueño acuerde:

¿Quiere Ud. hacerme favor de decirme qué "fibras" son estas?

H.—¿Qué "fibras" han de ser? Las cuerdas de la lira.

S.—Jamás he visto a ningun escritor castellano, de prosa ni de verso, llamar "fibras" a las cuerdas, ni en cuantos diccionarios he podido rejistrar se encuentra semejante voz en ese sentido.

H.—La habrá tomado Moratin del idioma latino, i bien sabe Ud. que es lícito españolizar voces de lengua madre.

S.—Mucho hai que decir sobre eso; pero es el caso que en tal acepcion jamás he visto empleada aquella palabra por los autores latinos del buen tiempo, ni se halla en los vocabularios de este idioma. ¿La ha visto Ud. por ventura?

H.—Yo solo recuerdo haberla leido en un himno del oficio de San Juan Bautista.

S.—Cierto: en el de vísperas:

Ut queant laxis resonare "fibris," etc.

pero no ignora Ud. que el autor de este himno fué el diácono Paulo, que floreció a fines del siglo VIII; es decir, en los tiempos de la ínfima latinidad.

H.—Lo que sé mui bien es que los latinos conocian dos especies de cuerdas en los instrumentos músicos, las de metal i las de tripa. A todas en jeneral las llamaban "chordæ" i aun "fides;"

pero con este nombre solian designar particularmente a las segundas, a las cuales daban tambien el de "nervi." Ciceron dice que los griegos consideraban como parte esencial de una educacion esmerada, la destreza "in nervorum vocumque cantibus."

S.—En eso no hai duda. Tambien Horacio en su oda A MERCURIO, llama "nervi" a las cuerdas de la lira.

> Tuque testudo resonare septem
> Callida "nervis;"

mas ninguno las llama "fibræ," i siendo cierto, como lo es, que ni en latin ni en castellano, se conoce esta voz, ¿quién dió facultad a Moratin para usarla? ¿Hai en esto la acrisolada correccion i propiedad que Ud. le atribuye?

H.—Yo presumo que Moratin usó el nombre de "fibras" en el sentido de "nervi;" esto es, de cuerdas fabricadas de intestinos de animales.

S.—Es mui posible, porque en realidad entre "nervios i fibras" alguna semejanza se advierte, pero siempre fué sobrada libertad. Por otra parte, ¿no era mas propio i honorífico para Melendez dar a su lira cuerdas doradas? Así podria resonar el viento en ellas, en vez de que, pendiente la lira de un laurel en la "selva fria" del Tórmes, poco tiempo resonarian siendo de tripa, pues estarian podridas i rotas en ménos de una semana.

H.—Eso ya es mucho sutilizar; i lo que yo le digo a Ud. es, que cuando Moratin puso "fibras," pudiendo escribir "cuerdas," que cabe en el verso perfectamente, motivos tendria para hacerlo.

S.—¿Quién lo duda? Los tuvo mui grandes, i yo le diré a Ud. cuáles fueron. Escribió:

> Solo en sus "cuerdas" resonando el viento
> El claro nombre de su dueño "acuerde."

Esto de "cuerdas i acuerde" le sonó mal, i con harta razon. Entónces, no sabiendo cómo salir del apuro, encajó "fibras," pegase o no pegase.

H.—Ya se ve; en empeñándose en tropezar en pelillos....

S.—A fé que Ud. no necesita de eso para sus censuras. ¿En qué pelillos tropezó Ud. para decir que los romances de Melendez eran buenos en jeneral, pero tenian el defecto de ser demasiados. ¿A quién, sino a Ud., le ha ocurrido la especie de que es defecto de "lo bueno" el ser "mucho"? Por fin, reconoce Ud. que hai pelillos en qué tropezar, i eso que no quiero meterme con el último terceto por no ser pesado, pues aquello de la "ignorancia feroz" de la patria no se aviene mui bien con "el lamento de la misma," i presta materia para algunos reparos. Mas, en cambio, daremos un vistazo a la famosa composicion A LA MUERTE DE

Conde, que en el dictámen de Ud. "no tiene igual en nuestro Parnaso," i se complace en insertarla íntegra a fin de que los contemporáneos "aprendan a ser poetas." Empieza así:

H.—Dios nos la depare buena.

S.— ¡Te vas, oh dulce amigo,
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, i no conmigo!

Lo primero que me ocurre, es la incorreccion de la segunda frase, pues en buen castellano no se dice "huir la luz al dia," sino "la luz del dia," i así lo hubiera dicho Moratin si le hubiese cabido en el verso.

Otra impropiedad se advierte en la misma locucion respecto a su sentido, i consiste en que el "huir" es acto voluntario. ¿No es así?

H.—Ciertamente, porque aun cuando el mal de que se huye sea gravísimo, en mano del hombre está el arrostrarle si le prefiere a la fuga. Esto es lo que enseña el axioma: "Voluntas, etiam coacta, voluntas est."

S.—Lo ha explicado Ud. perfectamente. Pues bien; en eso me fundo yo para afirmar que solo se dirá con propiedad "que huye la luz del dia" el que se mata a sí mismo. Del que no se halla en este caso, deberemos decir, "que la luz del dia es la que huye de él." Hé aquí por qué es impropia aquella locucion, pues es de presumir que Conde muriese contra su gusto.

H.—En punto a sutilezas veo que puede Ud. apostárselas al mismo Escoto.

S.—Vamos al tercer verso, que en mi sentir adolece de otra impropiedad.

¡Te vas i no conmigo!

Moratin debió decir: "¡Te vas sin mí! ¡Te vas i no me llevas! ¡Te vas i no voi yo contigo!"

H.—¿Pues no es lo mismo?

S.—Nó, señor; "Te vas i no conmigo," supone que Moratin trataba de hacer algun viaje, i esto no es verdad. Nadie se va con el que se está quieto. Veamos otra estancia.

Las nueve de Helicona
Sus diáfanos cristales
Te dieron, i benévolas
Su lira de marfil.

Estas donaciones están un poco oscuras. Cuando en la oracion hai una série de posesivos iguales i sin interrupcion alguna, se refieren todos en buena gramática al mismo sujeto. Si decimos:

Juan me dió "sus" guantes, "su" capa i "su" sombrero, damos a entender que estas prendas pertenecian a Juan. "Las nueve de Helicona" dieron a Conde "sus" diáfanos cristales i "su" lira, de marfil. Si estos dos "sus" hacen relacion a "Helicona" viene mui bien en órden a los cristales, pero mui mal en órden a la lira, porque la fuente Helicona no tiene lira que dar. Si dichos dos posesivos se refieren a las Musas, pase la donacion de la lira, pero los cristales son de Helicona i no de éstas. Ademas, hai no poca duda respecto a "su" lira. ¿Tenian las Musas una sola lira para las nueve i se la dieron a Conde? ¿O tenian cada cual "su lira" i le regalaron "nueve liras"? Fuerza es convenir en que todo este pasaje está confuso i embrollado.

I te cedió Teócrito
La Caña pastoril.

La "caña pastoril" no significa un instrumento músico, como sin duda quiso darlo a entender Moratin. ¿Por qué no dijo "flauta" i mejor "avena"? Ni en las varias acepciones que trae el Diccionario de la voz "caña," ni en ningun poeta antiguo ni moderno, recuerdo haber hallado semejante voz en el sentido de gaita o zampoña.

H.—¡Qué tacha tan pueril!

S.—Como muchas de las de Ud. Vamos adelante.

El ritmo i afluencia,
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma i Atica
Supiste declarar.

El verbo "declarar" significa en este caso lo mismo que "aclarar;" es decir, poner en claro lo que está oscuro i confuso. Por lo mismo estará bien dicho que Conde supo "declarar el ritmo" que usaron los griegos, los romanos i los árabes, por ser para nosotros materia confusa o intrincada; pero aquello de que "supo declarar la afluencia de dichas naciones," no lo entiendo. "Afluencia" se llama "la facilidad de explicarse con abundancia de palabras i expresiones." Donde hai "afluencia" no es menester aclaracion, porque "afluencia sin claridad" no se concibe. Lo que talvez suele necesitar de aclaraciones es lo que se refiere en términos mui lacónicos. Hai por tanto en la expresion de Moratin falta de propiedad.

H.—Ya escampa.

S.— La Historia alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó a tu desvelo
Bronces que el arte abulta,

I códices i mármoles
Amiga te mostró.

¿Quiere Ud. decirme qué "bronces abultados" son estos?

H.—¿No está bien claro? Medallas, bajos relieves, estátuas, como la de Marco Aurelio, los caballos de Venecia, etc., etc., etc.

S.—Pues siendo así, encuentro en esta estrofa una palpable impropiedad. Aquí tenemos dos verbos, que son "entregar" i "mostrar." El primero significa "pasar o trasladar una cosa de la mano o del poder de quien la tenia a la mano o al poder de otro sujeto." Por consiguiente lo que "se entrega" es siempre un objeto manejable. El verbo "mostrar" quiere decir "exponer una cosa a la vista de alguno, enseñársela con el dedo o de otra manera." De estas definiciones, cuya exactitud es innegable, se deduce que Moratin trocó los frenos, diciendo que la Musa de la Historia "entregó" a Conde bronces abultados, i le "mostró" códices. Mas natural seria que le "entregase los códices, i le mostrase los bronces."

Hai ademas otra idea falsa o mal expresada, pues dice que le "entregó"

Bronces que el arte "abulta."

Lo que hace el arte es "animar" los bronces, darles forma, expresion i vida. Esto fué sin duda lo que quiso, i no supo decir Moratin. No es objeto del arte "abultar los bronces," que harto abultados son de suyo.

H.—Basta, basta. Ya veo yo que criticando de ese modo, no hai en el mundo composicion sin defecto.

S.—¿Quién lo niega? Así es como Ud. critica a Melendez.

H.—Vea Ud. qué impertinentes reparos, tratándose de una composicion que Tinéo alaba con encarecimiento, i a la cual dió no ménos elojios en el número 30 del Censor mi amigo don Alberto Lista.

S.—Por lo que hace a Tinéo repito a Ud. que en mi estimacion tienen poco peso sus encomios. No diré lo mismo de don Alberto Lista, cuya idoneidad, o por mejor decir, cuya superioridad en tales materias reconozco i respeto, como la reconoce i respeta toda España. Alabaria, no lo dudo, la oda elejíaca a la muerte de Conde, tanto por ser propio de su carácter honrar a todo el mundo, cuanto porque para formar su juicio procederia con benévola intencion, considerando en aquella obra, ya en su totalidad, ya en cada una de sus partes, la armonía de sus estrofas, la oportunidad i el órden de sus pensamientos e imájenes; la naturalidad, viveza i expresion de los afectos, i en fin, la impresion que deja su lectura en el ánimo de los lectores imparciales, que es la piedra de toque mas lejítima i segura. Pero no descen-

deria a desentrañar malignamente i por ápices su estructura, vocablo por vocablo i sílaba por sílaba, como Ud. ha hecho con el pobre Melendez, o como yo lo hago ahora con Moratin. Proceder de este modo, es lo mismo que si para juzgar de la belleza i fragancia de una rosa, fuésemos examinando i arrancando sus hojas una por una.

Basta con lo dicho para hacer ver que nadie hai perfecto; que Moratin no puede presentarse a la juventud como un modelo sin tacha; que la crítica maligna rara vez deja de encontrar donde hincar el diente con mas o ménos razon; i por último, que del mismo modo que estamos obligados a ser induljentes con el prójimo en órden a sus defectos morales, debemos serlo respecto a sus flaquezas literarias, teniendo presente aquella copla de Quevedo:

Todos somos concebidos
En cosquilla orijinal;
Quien no las tiene en los lados
Las tiene en el espaldar.

H.—Todo eso está mui bien, pero vamos a lo que importa: ¿imprime Ud. mi obra, o no la imprime?

S.—¿Sin enmiendas?

H.—Sin enmiendas: "quod scripsi, scripsi."

S.—La imprimiré, pero será poniéndole un prólogo, en que declare paladinamente "que disiento de la opinion de Ud. en el juicio que forma de Moratin; que los elojios de Ud. i de Tinéo son parciales i exajerados; que los tributan a su ídolo con ciego entusiasmo i repeticion empalagosa, i que estoi mui distante de tenerle por el mejor i mas perfecto de todos los poetas que han escrito desde Rioja hasta nuestros dias en cuantos jéneros ejercitó su pluma." ¿Le acomoda a Ud. así?

H.—¡Qué disparate! ¿Lo dice Ud. de veras? Si así sucediese, seria Ud. el primer editor del mundo que desacreditase de propósito la obra que tratara de publicar.

S.—Pues lo seré, no le quede a Ud. duda, porque no quiero aventurar mi reputacion literaria, tal cual ella sea. (1)

H.—¿I se figura Ud. que he de ser yo tan necio que entregue mi manuscrito a quien se propone desautorizarle i rebajar su mérito?

S.—Está bien: aguardaré para publicarlo a que Ud. se muera.

H.—En tal caso haga Ud. lo que guste, pues como dicen los franceses: "aprés moi le déluge."

JUAN NICASIO GALLEGO.

(1) En efecto el editor ha cumplido puntualmente su palabra.

JUBILACION DE LOS EMPLEADOS PUBLICOS.

(Conclusion.)

III.

Saliendo del terreno de la teoría, en que hasta ahora nos hemos encerrado, es necesario examinar rápidamente nuestra lejislacion sobre esta materia, buscando al mismo tiempo los medios de hacer las jubilaciones ménos opuestas a los principios de justicia i tambien ménos gravosas al Estado.

A fin de proceder con método, comenzaremos haciendo una exposicion suscinta de las leyes del 20 de agosto del año 1857 i del 3 de febrero del año 1863, cuyas disposiciones se reducen substancialmente a lo siguiente.

Pueden jubilar los empleados que reciben su renta del tesoro nacional o de los establecimientos de educacion del Estado, si hubieren desempeñado cumplidamente su destino durante diez años continuos o interrumpidos i se inhabilitaren física o moralmente de un modo absoluto que les impida desempeñar su destino, comprobado con documentos fehacientes i con audiencia del ministerio público.

No obsta la calidad de empleado interino, suplente o auxiliar, salvo que alguna otra circunstancia lo prive de su derecho. No aprovecha el tiempo anterior a la interrupcion que proviene de destitucion o separacion por faltas cometidas en el desempeño del destino.

Segun el tenor del artículo 4.° de la lei de agosto de 1857, no se entiende imposibilitado el empleado a cuya salud perjudicase el temperamento de un lugar, si en otro pudiese desempeñar un destino igual o análogo; ni el que imposibilitado para ciertos cargos, pudiere ejercer otros de igual categoría. Sin embargo, el mayor de sesenta i cinco años que hubiere servido cuarenta puede jubilar aunque no esté imposibilitado.

El jubilado goza de una cuarentava parte de su sueldo anterior por cada año de servicio; pero, para hacer la computacion del tiempo no se toma en cuenta las fracciones de año; ni para la de la renta los sobresueldos, gratificaciones u otras recompensas extraordinarias. Para jubilar en consideracion a la renta del último empleo es menester haberlo servido durante tres años continuos, o haber ascendido desde el empleo inmediatamente inferior.

El artículo 3.° de la lei citada enumera los empleos que no dan derecho a jubilacion.

En el 7.° se determina la manera de fijar la renta de ciertos empleados especiales, como ministros diplomáticos, empleados de a caballo en los resguardos i la de algunos otros.

Finalmente, al Presidente de la República corresponde conceder las jubilaciones con arreglo a las leyes expuestas, en virtud de la atribucion que le confiere el número 11 del artículo 12 de nuestra Carta fundamental.

En la anterior exposicion se ha conservado las palabras mismas de la lei en cuanto ha sido conciliable con la brevedad. Basta la mas somera observacion para notar en ella vacíos importantes, i fácilmente se comprende que en la práctica haya dado lugar a tantos abusos. No existe una sola disposicion que tenga por objeto evitar la jubilacion de personas que no se hallen en estado de pobreza. Condicion que, a mi juicio, es inseparable de leyes de esta naturaleza. Se ha supuesto que durante el servicio el empleado no puede atender a su porvenir, i se ha querido librarlo de la miseria mediante la concesion de esta gracia para los dias de la vejez. De consiguiente, nada mas anómalo que el hecho de que una persona dueña de lo suficiente para subsistir con sus propios recursos, se mantenga a expensas del tesoro público.

La redaccion de la lei es tan defectuosa que favorece la jubilacion de personas hábiles para trabajar; i de una manera terminante. En efecto, segun acabamos de verlo, se considera imposibilitado al empleado que no pudiendo cumplir sus obligaciones, tampoco puede ejercer los de otro destino de igual escala. Aunque el artículo 4.° de la lei del 20 de agosto no está redactada con estas mismas palabras, no puede ser otro su alcance. Pero, todavía se va mas léjos en el mismo artículo. Puede jubilar el empleado a cuya salud perjudicare el temperamento del lugar en que está sirviendo, si en otro no pudiere desempeñar un destino igual o análogo. De manera que es mui posible que un empleado jubilado en razon de hallarse imposibilitado para trabajar, se ocupe despues en el ejercicio de alguna profesion lucrativa o en desempeñar otra ocupacion tan bien o mejor rentada que el anterior destino.

Una lei que permite, i casi podria decirse, que estimula tamaños abusos exije pronta i eficaz reforma. Así lo ha reconocido uno de nuestros cuerpos colejisladores. La Cámara de Diputados, al discutir i aprobar en jeneral un proyecto sobre fundacion de cajas de ahorros para los empleados públicos presentado, por su comision de hacienda en la sesion del 25 de junio del año 1872, condenó implícitamente el actual sistema, segun claramente se manifiesta en la discusion sostenida en aquella época.

La Constitucion, reservando exclusivamente el ejercicio de esta facultad al Presidente de la República, ha depositado en sus ma-

nos un poderoso resorte de favor que puede convertirse (i de hecho se ha convertido muchas veces) en arma política cuasi irresistible, de un manejo tanto mas fácil, cuanto que hiere directamente una de las cuerdas mas sensibles del corazon humano: el interes. Es menester buscar algun contrapeso a esta facultad tan peligrosa que subordina la suerte de los individuos a la buena voluntad de los gobiernos, i por lo tanto facilita a éstos el arrancar promesas de apoyo que no habrian obtenido sin amenazas de miseria. Por lo ménos permite al jefe del ejecutivo colocar a los empleados en la dura alternativa de verse privados de una buena renta o de gozar de ella bajo condicion de suscribir un pacto humillante para ellos i de funestos resultados para su patria.

Si no todos, muchos de los inconvenientes enumerados podrian subsanarse mediante la adopcion de ciertas medidas. Hé aquí algunas.

Establecimiento de dos clases de jubilacion; absoluta i relativa; es decir, con el sueldo íntegro o con solo una parte de él. La primera se concederia únicamente a los empleados que acreditaren, en la forma que mas abajo se dirá (i otra que reuna las mismas garantías) su carencia absoluta de cualesquiera otros medios de subsistencia, su absoluta inhabilidad para todo jénero de servicios i finalmente, el número de años de servicio que la lei exije para jubilar con sueldo íntegro. La jubilacion relativa o parcial se otorgaría en favor de aquellos empleados que carezcan de alguno de los requisitos anteriores, i en la forma siguiente:

Al empleado que se inhabilitare para desempeñar la clase especial de funciones anexas a su destino, mas no para otras formas de trabajo, se le exijirá que continúe sirviendo en otro proporcionado a sus fuerzas i aptitudes, aunque sea de diferente categoría; i como jubilacion solo se le abonará la diferencia entre ámbos sueldos. I si a la sazon no hubiere vacante algun destino que reuna las condiciones dichas, solo podrá conservar su renta obligándose a permanecer en disponibilidad para entrar en servicio cuando fuere llamado. Al que poseyere bienes propios se aplicará en cuanto fuere posible la misma proporcion que al anterior o bien lo que, a juicio de tribunal competente, fuere de justicia. El empleado que no hubiere cumplido cuarenta años de servicio jubilará en atencion al número efectivo de ellos i en la proporcion que determine la lei. En los dos primeros casos de jubilacion parcial, si el empleado no hubiere enterado dichos cuarenta años, jubilará tambien en atencion al número efectivo; pero, sin perjuicio de las demas restricciones expresadas anteriormente. El que no acreditare satisfactoriamente su inhabilidad, por lo ménos relativa, no tendrá derecho ni a una ni a otra clase de jubilacion, bajo pretexto alguno, aunque haya servido mas de cuarenta años i tenga mas de sesenta i cinco de edad. Por regla jeneral, la renta se arreglará extrictamente al sueldo

ordinario del empleado i al número real de años de servicio; sin embargo, en casos excepcionales i mui justificados, podrá concederse el abono de tiempo i aun el de salario, en premio de servicios extraordinarios, siempre que ademas concurran todas las otras condiciones del caso.

Queda todavía por resolver una de las cuestiones mas graves i sin cuya acertada solucion serian inútiles todos los medios indicados. En efecto, nada se habria hecho, miéntras no se hubiese determinado el modo de acreditar los hechos anteriores en una forma que preste a los intereses del Estado verdaderas garantías, imposibles de hacer ilusorias por los ardides que tan diestramente sabe manejar el interes auxiliado por la mala fé. Sea cualquiera el arbitrio que se adopte, me parece de una importancia capital la disminucion de la ilimitada influencia del Presidente de la República. I esta segunda condicion del problema es grande parte a aumentar la primera dificultad. Debo confesar que no he tenido la suerte de resolverlo de una manera que parezca satisfactoria. Sin embargo, voi a exponer aquel que se me ha ofrecido como ménos deficiente, ya que su necesidad es ineludible.

Se conserva al jefe del poder ejecutivo su facultad constitucional de conceder jubilaciones con arreglo a las leyes; pero, notablemente restrinjida. Se le prohibe concederlas sin que ántes se haya ventilado en juicio contradictorio, con todas las solemnidades legales i probado plenamente la posesion de todos los requisitos exijidos, segun los diferentes casos, i en consecuencia los tribunales hayan declarado, en vista de los antecedentes, que el empleado tiene derecho a la jubilacion. Naturalmente el representante del interes fiscal estaria obligado en estos juicios a oponerse a las pretensiones del empleado, i para mayor garantía convendria conceder a los tribunales la facultad de proceder de oficio con mayor amplitud que en el juicio civil ordinario. Puede ser que esta sea en alto grado deficiente; pero, a primera vista se divisa un resultado favorable entre los efectos de su planteacion. El temor de un juicio adverso i compromitente (en ciertos casos) de su honorabilidad apartaria a muchos, que no son realmente merecedores de ello, del propósito de solicitar su jubilacion. Si esta i otras ventajas resultarian mayores que los inconvenientes, es lo que debe averiguarse; por ahora, lo repito, solo he querido indicar una idea.

Despues de lo anterior, casi no me atrevo a señalar otra idea, que aunque vendria a servirle como de complemento, ofrece talvez dificultades mayores, i sobre todo, suscitaria una fuerte oposicion de parte de los interesados. Repetidas veces ha de suceder que un empleado que al tiempo de abandonar el servicio poseia todos los requisitos de la lei, deje de poseer uno o mas de ellos, al cabo de cierto tiempo. La lei debe, por lo tanto, prever este caso, que podria llamarse de habilitacion sobreviniente. Con este fin, seria conveniente imponer al empleado la obligacion de

reiterar la primera informacion todos los años, o en otros períodos mas largos, segun se creyere necesario. Para esta informacion periódica no se exijirian las mismas solemnidades mencionadas en el párrafo precedente; bastaria el certificado de uno o dos facultativos nombrados *ad hoc* por el gobierno, la declaracion de dos testigos u otros equivalentes, segun fueren los hechos sobre que hubiese de recaer la prueba.

El empleado jubilado perderá su derecho siempre que se habilitare para trabajar, sea que la rehabilitacion se pruebe por el representante de los intereses fiscales, quien será obligado bajo su responsabilidad personal a denunciar i a perseguir ante los tribunales al empleado que se halle en este caso; sea que el empleado mismo no pueda reiterar en tiempo oportuno la informacion de que se ha hablado anteriormente. Perderá tambien su derecho siempre que adquiera bienes propios, i por la circunstancia de aceptar un empleo de los que ordinariamente son remunerados, ménos en la parte en que su renta de jubilado exceda a lo que posteriormente adquiera. En todos estos casos deberá restituir las pensiones recibidas desde la fecha de la demanda, a cuya instauracion es obligado el representante fiscal.

Del mismo modo será obligado a restituir lo indebidamente recibido en cualquier tiempo en que se le probare mala fé. Pero, en este caso la restitucion comprenderá todas las pensiones recibidas desde la fecha en que sobrevino la mala fé. No se le admitirá la excepcion de prescripcion, salvo la extraordinaria de treinta años. Todo lo cual se entenderá sin perjuicio de la accion criminal a que por el delito haya lugar.

Se presumirá mala fé toda vez que el mejoramiento de fortuna haya provenido de causa anterior a la terminacion del expediente de jubilacion.

IV.

RESÚMEN.

Para concluir haré un breve resúmen.

El Estado no es dueño del tesoro público, sino un mandatario de la sociedad para su administracion, i solo puede invertirlo en beneficio de todos, como producto del impuesto que carga sobre todos igualmente. Los empleados públicos sirven en cambio de la remuneracion i no hai razon para establecer excepciones en su favor, ya que su situacion es igual o superior a la de los otros empleados. Tampoco el Estado tiene obligacion de asegurar su porvenir ni el de sus familias, puesto que si no ahorran, no es por imposibilidad, sino por defecto de voluntad. Por lo demas,

la jubilacion empeora el porvenir de las familias haciendo el ahorro mas difícil. Por regla jeneral no conviene la larga permanencia de los empleados públicos en sus destinos, i si algunos empleados lo exijen por los conocimientos que demanda su manejo, es fácil conseguirla mediante un aumento de sueldo. Es injusto e inútil para el Estado el abono de años de servicio a los autores de textos para la enseñanza, pues, sin él tiene suficiente estímulo i recompensa. Los servicios extraordinarios pueden premiarse por medio de leyes dictadas en vista de cada caso particular. Las cajas de ahorros, auxiliadas por el Estado, se hallan en igual condicion que los jubilaciones, i las erogaciones forzosas de los empleados son inadmisibles, desde cualquiera punto de vista que se las mire.

En la segunda parte expusimos la lejislacion vijente i propusimos varias medidas encaminadas a mejorarla, que era el segundo de los fines indicados al comenzar esta memoria. Despues de cuya adopcion quedaria todavía un largo camino por recorrer ántes de llegar a la perfeccion. Sin embargo, agregadas a las otras que sujieran la prudencia i experiencia de los lejisladores, irán subsanando, con marcha lenta pero segura, los vacíos de que adolece nuestra antigua lei de jubilaciones. Por lo ménos, ya no serian imputables a deficiencia de la lei los graves abusos, consecuencia irremediable de la actual, puesto que entónces lo serian únicamente a la mala fé de los interesados, a quienes rara vez faltan los medios de burlar o eludir las mas justas i sabias leyes. Una reforma concebida en un espíritu semejante a éste, si bien no realizaria la supresion de las jubilaciones, única medida estrictamente conforme a los principios de justicia, las haria ménos gravosas a la nacion, sin herir los intereses de aquellos empleados que realmente necesitasen esta gracia. Puesto que la modificacion de mayor trascendencia se reduce a disminuir la renta del jubilado en proporcion de lo que posea por otras causas i a tomar ciertas precauciones para evitar la malversacion de los fondos públicos en provecho de personas que carezcan de títulos lejítimos para jubilar.

Del exámen en conjunto que se acaba de hacer, resulta con nuevo brillo el axioma económico que expresábamos al comenzar: "Servicios se cambian por servicios." Tal es la norma inflexible de que jamas debiera apartarse la administracion de la hacienda pública. Su aplicacion seria la mas sólida garantía de honradez i economía; i lo contrario es arrebatar a los ciudadanos una parte de sus bienes, atropellando uno de los derechos primordiales cuya mejor defensa ha sido el fin que se han propuesto al reunirse en sociedad. En efecto, así como el individuo tiene un derecho indisputable para exijir la justa equivalencia entre sus servicios i la remuneracion, los mismos títulos pertenecen al Estado para no remunerar sino servicios efectivos sin exceder su verdadero valor. Así, pues, es lójico afirmar que en justicia na-

die tiene derecho a pedir una suma cualquiera a título de jubilacion u otro jénero de pensiones gratuitas, como retribucion de servicios anteriores, ya sea que los haya prestado el mismo solicitante o alguno de sus ascendientes.

Santiago, diciembre 29 de 1875.

RAIMUNDO SALAS E.

SONETO.

Madre de amor, dulcísima María,
¿Dónde hallará la luz el peregrino,
Que sorprendido en medio del camino
Vió tras el monte sepultarse el dia?

De amarga soledad noche sombría
En hora aciaga a sorprenderme vino
I, débil a luchar con el destino,
Del bien perdí la misteriosa via.

Escucha, oh Madre, mi ardoroso ruego
I al Dios me vuelve que dejé en mala hora
I mi alma enciende en el sagrado fuego.

Estiéndeme tu mano protectora,
Mi error olvida i mi delirio ciego
¡I cantaré tu gloria, alta Señora!

1869.

OLIMPIO.

MODESTIA.

No pierdas, bella niña,
Nó, la modestia,
Mira que es una joya
De dicha emblema:
Velo precioso
Que al alma guarda pura
Del sucio polvo.

¡Ai! si te alejas de ella,
¡Ai! si la auyentas,
Se apagará con tus ojos
Esa luz bella.
Tus bellos rizos
I el carmin de tus labios
Serán mentidos.

Mentida será entónces
Esa agraciada,
Esa risa inocente
Que en tí se alaba:
Pues la mentira
Lleva por compañera
Soberbia altiva.

No pierdas, bella niña,
Nó, la modestia,
Que perderás a un tiempo
¡Ai! la pureza:
La ardiente llama
Que al alma dando vida
Tu dicha labra.

Curico, diciembre 23 de 1875.

TEMÍSTOCLES URZUA CRUZATT.

GUSTOS VARIOS.

Sabrán Uds., carísimos lectores, que yo soi un admirador de la poesía; un aficionado a la literatura en verso; un gran partidario del sublime arte del divino Apolo.

Un dia me introduje en un salon.—I héteme aquí ya, frente a frente de la solterona doña Cenefas Fijerilla-para-vestir-santos.

—¿Qué le parece a Ud. el *adios* de nuestro poeta Rebanado Rebanadillas, *señorita* Cenefas? le pregunté sin ceremonia alguna.

—¿Qué, caballero?.... ¡adioses!.... quejas, ayes, palabras sin sentido, *vaguedades*, en una palabra. Nó, señor mio. Yo me ocupo de cosas de mas provecho. La prosa, la buena prosa.—"Una noche de luna," por Muffett Rosguera.—"Los atractivos del amor," por Zenon Pillulli.—"El fantasma de color rojo," por Rompidos Rampon.—"Las catacumbas i la vision horrenda," por don Bahi-Colgando.—Hé ahí, señor Salerillo, otras tantas fuentes en que puede Ud. ir a beber los sanos principios i la buena ciencia.... hé ahí otros tantos libros de entretenimiento i de buen gusto.—Hé ahí otros tantos depósitos de sublimidad.... ¡Qué intrigas, qué pasajes tan llenos de misterio se nos presentan en la novela de don Bahi-Colgando!.... ¡Qué expresiones tan atrevidas i *fogosas* las del amante Pestañas largas, que figura en la novela de Rompidos!....

¡Válame Dios!.... I qué iba a objetar yo a la literata i eruditísima (tal me parecia) solterona, si era la primera vez que aquella carrandilla de nombres entraba por la puerta de mis oidos.—Era preciso, no obstante, defender mis gustos.

—Señora Cenefas, repliqué un tanto desconcertado ante la locuacidad de la de Fijerilla, Ud. no me negará que la poesía....

—Sí, sí, todos Uds. tienen esa; los versos, la poesía.... Una algarabía de retrúecanos que no dicen nada....

—Pero, señora.... ¿I esa inspiracion con que se nos cantan la naturaleza i las costumbres, Dios, el amor, las hazañas de los héroes i hasta los deberes del ciudadano, del padre i del esposo?

Doña Cenefas soltó una carcajada desdeñosa. Sentí que la sangre me venia a los ojos, i enfurecido, fuera de mí, aunque la que lanzaba aquel reto era una mujer, me puse de pié para defender a voz en grito los fueros de la poesía i del poeta.... Pero en ese momento intervino Dios. Una mano que no era liviana acababa de posarse sobre mi hombro izquierdo.—Dí la vuelta.

*
* *

Don Asténez Morañeja, gran político del dia, estaba a mi lado, sosteniendo en una mano dos diarios i un folleto i con la otra un cigarro que humeaba como una chiminea.

—I bien, señor Salerillo, ¿qué le parece a Ud. la renuncia repentina, inesperada, imprevista del ministro Ganapan?

—Nada sé, señor don Asténez, respondí yo que sabia tanto de política como un lego de decir misa.

—¡Cómo!.... ¿Ud. no se preocupa de la gran ciencia, de la ciencia mas importante de la actualidad?

—¡Qué ciencia!.... pregunté con voz mal humorada, a causa del desprecio por la poesía que yo descubria ya en las palabras de don Asténez.

—La ciencia de la política, amigo Salerillo, sí, esa es la ciencia que necesita uno estudiar hoi para llevar su vida con alguna comodidad.

—¡Miserable ciencia es aquella que se encierra en el círculo del vil interes!....

Don Asténez me dió por única respuesta una risotada i luego añadió:

—Ud. es un pobre mozo que me da compasion....

¿Cómo les pintaré la rabia que me cojió con aquellas palabrotas?—Pero me apacigué. ¡Aquello solo merecia desprecio!

Me alejé de aquel hombre con una sonrisa despreciable (bien que con el pelo mas erizado que el hasta de una lanza.)

***

Quien les dirá a Uds. que mi mala estrella me llevó a tropezar con don Campino de Labriego i Chirimoya, que medio recostado sobre un canapé hojeaba un cuaderno.

—¿Cómo andan esos versos, señor de Labriego? le interrogué setándome a su lado.

—Yo no pierdo el tiempo en cosas inútiles, amigo Salerillo. ¡Versos!.... Quédense para los desocupados mozalvetes que a manera de aire pestilente infestan nuestro desdichado pais.

Me hirvió la sangre i sentí que los dientes se daban uno contra otro: pero supe tenerme.

—¿I qué ramo puede haber mas importante que la poesía, vamos a ver?

Mírome don Campino con sus ojos siempre llorosos i luego repuso:

—Este libro es un buen trozo de la ciencia por excelencia.—Léalo, estúdielo Ud. i junto con la manera de subsistir, hallará en él muchísima semilla para el cultivo de la cabeza.

Cojer el cuaderno que don Campino me presentaba i arrojarle con indignacion fué todo uno. ¡Una revista de los precios de pla-

za! ¡un apunte de cereales i aguardientes!... ¡Hombre ignorante!.. ¡hombre rudo! ¡I eso era para él una fuente de sabiduría!...

*
* *

Mas hé ahí dos caballeros, que se pasean sosteniendo una conversacion animadísima. ¿Hablarian de literatura? Paré la oreja.

—Mi señor don Harapos Hurtados, leguleyo, decia uno levantando la voz, cuando le digo que el tratado científico de M. L'Arouca, acerca de los extreñimientos i enfermedades intestinas, es un libro escrito sin el debido conocimiento del réjimen curativo que debe seguirse en el tratamiento de las afecciones del abdómen....

—Mi querido doctor Yerbas-Buenas-Matancero, gritaba el otro, es necesario, ante todo, que Ud. me confiese que el artículo 2,000 del Código de Enjuiciamientos es atentatorio contra el derecho de presentacion i que....

No quise oir mas. Aquello me tenia el cerebro revuelto. Erame forzoso dejar aquel salon insulso que no tenia un eco, un eco solo para los divinos cantares de las musas.

*
* *

Héme aquí otra vez, dando con dos estorbos a la puerta del salon.—El jóven Rudo Cochinilla i la niña Tuti-Amatora, amigos mios.

—¡Buenas noches!.... Pero ¿qué es lo que miro entre sus manos, señorita Tuti-Amatora? ¡Un libro!.... ¡Santo patron de los arrepentidos!.... ¡Un tomo de poesías! Sí; no me engaño.... *Trozos escojidos de los poetas españoles.* ¡Loadas sean las jentes de buen gusto! ¿No es verdad, señorita Tuti-Amatora, que Ud. ha leido i releido cien veces este tomo de preciosidades?

—No da Dios tiempo para leer estas cosas mui a menudo, señor Salerillo. Hai otros libros tan bonitos. El señor don Rudo, por ejemplo, me acaba de ofrecer, entre otros, la novelita *El corazon saltando*, que es, en su concepto, la mejor obra que se conoce i ya ve Ud....

—¡Mentira es esa! interrumpí, saliendo de mis casillas.

Rudo no era hombre que se dejaba mesar las barbas en presencia de una buena moza.

—Cómo es éso, mi buen Salerillo.... ¿Ud. quiere sobreponer sus lloriqueos de bardos a obras como *El corazon saltando*!.... Desde luego le digo que Ud. no sabe de gustos.

—Así será. Pero yo debo salir de esta pocilga de literatura, de este cenagal de mal gusto.

Tomé la calle.

—¡Jentes de pésimo gusto, jentes de gusto depravado, jentes sin corazon i sin cabeza!

Curicó, diciembre 25 de 1875.

TEMÍSTOCLES URZUA CRUZATT.

POEMA SECULAR.

CORO DE MUCHACHOS I DE NIÑAS.

Oh, Febo, oh, Diana, que las selvas rijes,
Almo esplendor del cielo,
Siempre adorado i adorables dioses
Escuchad nuestros ruegos;
Hoi que en sus versos la Sibila ordena
Que de castos mancebos
I de doncellas escojido coro
Entone nobles metros,
En honor de los dioses que benignos
Nuestras siete colinas protejieron.

CORO DE JÓVENES I DE PUEBLO.

Astro benéfico
Que de tu carro veloz i nítido
Quitas i envías tu resplandor;
¡Oh, tú que idéntico
Siempre renaces, i siempre espléndido,
I siempre nuevo, sol bienhechor,
¡Jamas alumbres en tu carrera
Nada mas grande que nuestra Roma,
Jamás, oh, sol!

CORO DE VÍRJENES.

¡Suave Hithya, proteje a las madres
Cual protejes al niño que al mundo
Va luego a nacer!

Ora quieras te llamen Lucina,
Ora en tí a Genitális imploren,
De los niños romanos el número
Haz, Diosa, crecer.
Del senado el decreto bendice
I la lei que mui pronto en romanos
Fecunda será. (1)
I una nueva carrerra de soles,
I los juegos i cantos nos vuelva
Que tres dias, tres noches alegres
Nos deben durar.

CORO DEL PUEBLO.

Parcas verídicas
Cuyos oráculos
Jamas mentidos
El tiempo vió;
Mandadnos épocas
De paz i júbilo,
Cual la dichosa
Que ya pasó.
Haced que el suelo pródigo
En hierbas, frutos i árboles,
De doradas espigas
Ofrenda a Céres dé.
Las aguas salutíferas,
Los airecillos plácidos,
Fecunden este suelo
Que a Roma vió nacer.

UN NIÑO.

¡Deja Apolo tu flecha temible
I escucha apacible
A los niños que claman a tí!

UNA NIÑA.

¡Oye, oh, reina de dulce creciente,
Oye, astro esplendente
A las niñas que claman a tí!

ÁMBOS COROS.

Si Roma es obra vuestra; si a la Etruria
Por órden vuestra las troyanas huestes

(1) Excusado es advertir que el poeta alude a la *lex Julia* contra el celibato, aprobada un año ántes de los juegos seculares.

Sus lares desertando, se marcharon
Con un viaje feliz; si vuestro amparo
No a los tristes negais, que el pio Eneas
Salvos llevó, como jurado habia,
Los escombros de Troya atravesando,
Prometiéndoles mas de lo perdido:
Costumbres puras, conceded ¡oh, Dioses!
A la romana juventud; tranquila
I envidiable vejez a nuestros padres;
Honor, fortuna i descendencia al pueblo.
—De Vénus i de Auquise el descendiente,
Quien, albísimos toros os ofrece;
A todos mande i sobrepuje a todos,
Terrible con aquel que se resista,
Clemente con aquel que haya vencido.
Ya tiembla el Medo ante su fuerte brazo
En el mar i en la tierra poderoso,
Ya las Fasces romanas le amedrentan.
Ya el Indico i el Scitha, tan soberbios,
Tan orgullosos ántes, sin aliento,
La alianza imploran i temblando esperan.
—La fé, la paz, la probidad antigua,
La virtud, olvidada tanto tiempo,
Osan reaparecer, i la abundancia
Vuelve otra vez con su fecundo cuerno.

CORO DE MUCHACHOS.

¡Oh, Dios que aman las musas, oh, Dios que volver sabes
Al láguido las fuerzas, con májico poder!
¡Oh, Dios de arco fuljente
Que un porvenir hermoso nos haces entrever!;
Si con propicios ojos el Palatino miras,
I el Sacio i nuestros triunfos, con complacencia ves;
¡Concédenos, oh, Febo,
Un siglo que no pueda tener igual despues!

CORO DE DONCELLAS.

Casta Diana, tú que habitas
El Aljida i Aventino,
De tus quince sacerdotes (2)
Oye las fervientes preces.
Casta Diana, tú que habitas
El Aljida i Aventino,

(2) Estos quince pontífices estaban encargados de la custodia de los libros libros Sibilinos.

De la juventud escucha
Las plegarias inocentes.

CORO DEL PUEBLO, DE MUCHACHOS I DE DONCELLAS.

Júpiter nos oyó, los dioses todos
Nuestra voz escucharon;
Ya al doméstico hogar volver podemos
Colmados de esperanzas:
Pues hemos celebrado en nobles cantos,
Al padre Febo i a la suave Diana.

Enero de 1876.

JUAN R. SALAS E.

EL ORGANO.

(Orijinal de Nicolas Cornet—ENSEIGNEMENT CATHOLIQUE).

I.

¿Qué es el órgano?

Es un instrumento músico esencialmente relijioso. Así como el canto litúrjico, el órgano es una creacion de la Iglesia, al ménos tal como ha llegado a nuestros dias. Su oríjen data desde mui antiguo; pues, aunque la palabra *organismo* haya largo tiempo designado todo aparato músico que resuena con el auxilio del viento, *spiritu inflante completum* (1), hai que reconocer el órgano en la descripcion que San Agustin hacia, en el siglo IV, de un instrumento que aspiraba el aire a impulsos del fuelle, *qui inflatur follibus* (2), i en otra semejante de Tertuliano, en el siglo III, en que habla de un instrumento que recibia el aire mediante una corriente de agua, *qui de tormento aquæ anhelat.* Pero todo esto no era mas que un estado rudimental, i la Iglesia, llamando al órgano al servicio del culto, le ha dado poco a poco la hermosa

1) San Isidoro de Sevilla.
(2) San Agustin, in psalmis 56, 16.

extructura i el desenvolvimiento jigantesco, en su forma i en sus voces, que hoi lo caracterizan.

La primera vez que el órgano apareció en el templo católico, a lo ménos en Francia, fué en Compiègne, en los tiempos de Pipino el Breve; i ya entónces debieron de ser extraordinarios sus efectos. Walafrido Strabon refiere que, estrenándose un órgano, en Aquisgran, en el reinado de Carlomagno, fué tal la impresion que sus armonías produjeron, que una mujer no resistió a tales emociones, i expiró en el acto. No obstante, viene a ser mucho despues cuando el órgano cobra un perfeccionamiento mas sensible i cuando se le instala en la mayor parte de las grandes iglesias.

El órgano propiamente dicho es, pues, una de las marabillas producidas por el arte cristiano en la Edad Media. Contemporáneo de los bellos templos góticos, ha sido hecho para ellos; i, lo diremos de paso, en esa clase de templos es en donde el órgano se halla en el sitio i lugar que le corresponden. Miéntras el templo griego, con sus angulosas molduras, sus cornizas salientes i sus artesonados o sus bóvedas de elevacion tan pequeña, contrarían a cada instante las ondulaciones sonoras del órgano, la iglesia ojival, con sus suaves cortes, sus arcadas sublimes i atrevidas bóvedas, favorece de la manera mas sensible la difusion de aquellos sonidos, i en parte alguna el marabilloso instrumento despliega como ahí la magnitud de sus riquezas.

El órgano es el instrumento único que esté autorizado para intervenir en el culto divino: honor merecido i que nadie puede disputarle. Si otros instrumentos músicos penetran en el sagrado recinto, es por excepcional merced i por tolerancia. El órgano nó; está ahí con perfecto derecho, i desempeña funciones que le acuerda la divina liturjia; pues, incorporado en cierto modo a ella, tiene en el ceremonial prescripciones que especialmente le atañen. En qué circunstancias haya de hacer oir su voz, en cuáles deba enmudecer, cómo haya de regular i modular sus acentos, todo está fijado i previsto. Tanta importancia tiene el oficio del órgano en nuestros templos.

Por eso, véasele al órgano en la tribuna en que descansa. Diríase que está orgulloso del privilejio de que goza. ¡Qué noble actitud! ¡Qué dignidad en el modo como se presenta ante los fieles, con su vigoroso pecho i sus alas de plata! Ni cause ello sorpresa: el órgano es el rei de los instrumentos, i esa alta dignidad no inviste tanto por su poder sonoro, cuanto por su carácter litúrjico. Es rei, porque es el portavoz de la Iglesia cuando ésta hace llegar hasta las moradas del cielo los acentos de alegría o de tristeza de sus hijos reunidos en un sentimiento comun en los templos de la tierra.

II.

Relijioso por su oríjen i por su carácter, no lo es ménos el órgano por la influencia que está llamado a ejercer.

Hablando del canto que se usa en los oficios de la Iglesia, San Agustin nos manifiesta el objeto de esta parte interesante de la liturjia, en los siguientes términos: "Los himnos i la salmodia, dice, que entonamos en nuestros templos tienen por objeto el levantar el corazon, por los encantos con que halagan nuestro oido, a los afectos de la piedad," *ut per oblectamenta aurium, infirmior animus in affectum pietatis assurgat* (3). Es lo mismo que el papa Juan XXII declara con estas palabras: "Ordénase la salmodia en las iglesias, con el fin de excitar la devocion de los fieles," *in ecclesiis Dei psalmodia præcipitur, ut fidelium devotio excitetur* (4).

I ése es el papel que desempeña el órgano. Al introducirlo en el templo, acordándole el honor de que haga escuchar, junto con las voces del coro, sus poderosas i nobles armonías, la Iglesia no quiere otra cosa, sino conmovernos relijiosamente, excitar en nosotros sentimientos de piedad i hacernos ofrecer al Señor homenajes mas verdaderos, puros i dignos, por lo mismo que esa música grave i séria nos transporta en cierto modo a otra rejion mas elevada que la nuestra. La mision del órgano es, pues, esencialmente relijiosa.

El catolicismo nada deja de poner en obra para realizar el bien del hombre i la gloria de Dios. Naturalmente, amamos la belleza en las cosas que están en el dominio de la vista; i la Iglesia llama a las artes que hablan particularmente a ese sentido, a la arquitectura, la pintura, la estatuaria i otras, i multiplica en dondequiera sus producciones marabillosas. Amamos la belleza en lo que es el dominio del oido; i la Iglesia pone a su servicio el arte que tiene por especial objeto encantarnos por medio de los sonidos i el culto se enriquece con obras musicales que no conoció la antigüedad. La Iglesia nos presenta, cada dia, esos bellísimos cánticos que el oido nunca se cansa de escuchar; crea ese colosal instrumento, que reuniendo bajo la accion de un mismo soplo i de unas mismas manos un sinnúmero de instrumentos, forma por sí solo una orquesta completa i nos hace oir efectos de armonía que en vano buscaríamos léjos de él. ¡Qué tacto, qué conveniencia, qué sabiduría de parte de la Iglesia! ¡Cómo sabe proporcionar sus medios de accion a las tendencias i necesidades del corazon humano!

I el fin que persigue es siempre uno mismo: la belleza es el es-

(3) Confesiones, X, 33.
(4) De vita cleri.

plendor de la verdad, i por la belleza quiere ella conducirnos a la verdad; la verdad es la regla del bien, i por la verdad nos lleva al bien; la belleza, la verdad, el bien es Dios; de suerte que, en último análisis, la Iglesia no aspira sino a conducirnos hasta Dios.

Pero nótese cómo el órgano es particularmente apto para realizar las miras de la Iglesia. Si su destino es relijioso, sus voces ¿no tienen un carácter profundamente tal? ¿En dónde hallaríamos acentos que estén mas en armonía con los que reclama la oracion, ni mas dignos de interpretar los sentimientos del alma cuando ésta quiere hablar a su Soberano Hacedor? Basta solo un destello de fé para que, al escuchar una simple melodía exhalada por el órgano, el espíritu se recoja i, en alas de esas notas graves i profundas, la oracion se desprenda sin esfuerzo de nosotros.

Mas de una vez se ha querido ensayar el piano en nuestros templos. ¡Error incalificable en artistas cristianos! Aparte del insuperable inconveniente de la uniformidad de sus timbres, las notas débiles, frias i rápidas del piano, condenan a este instrumento a la mas completa impotencia en el lugar sagrado. Desde hace cierto tiempo, háse recurrido al armonium, i mui distantes estamos de desconocer los servicios que este instrumento ha podido prestar en templos que otra cosa mejor no poseen. Mas, ante las múltiples, llenas i tranquilas voces que hace oir el órgano, ¿qué pueden los sonidos monótonos i enervados de un armonium? Nó: nada hai comparable al órgano; nada hai que pueda reemplazarlo. Por su influencia i por su carácter, es el instrumento relijioso por excelencia.

III.

Despues de esto, no será difícil determinar el uso que del órgano debe hacerse.

Siendo un instrumento relijioso i no habiéndolo la Iglesia asociado al culto sino en vista de su influencia santificadora, queda ya trazado el empleo único que ha de dársele.

Del órgano no deben jamas salir sino acentos que respiren el sentimiento relijioso; i sea que acompañe el canto de los fieles, sea que resuene él solo, ya haga oir sus inspirados *ofertorios*, ya por sobre las frentes inclinadas del pueblo envíe tímidamente sus adoraciones al Dios que renace en el altar, siempre ha de corresponder a su mision sagrada.

No toda clase de música puede lejítimamente hacerse oir en el órgano. Este honor toca solamente a la música que, por su carácter de cristiana piedad, es apta para conmover relijiosamente al auditorio i digna de la majestad del santuario. Como el canto litúrjico i como toda música sagrada, el órgano debe orar i hacer orar. Toda obra que no esté marcada con este sello, por artística

e inspirada que en otro sentido sea, no está hecha para el órgano i debe ser de él alejada. Parece que el órgano por su propia naturaleza las rechazara. Nunca han podido avenirse con él composiciones de alto mérito i ejecutadas por hábiles artistas, pero que carecian de la dignidad e inspiracion que conviene al jénero relijioso.

Ni todo músico, tampoco, conviene a las funciones del organista. Para interpretar las obras relijiosas o para producirlas, se requiere un artista relijioso, de fé i poseido del entusiasmo que la piedad católica inspira. ¿Cómo expresaria sentimientos piadosos quien no conoce la piedad? ¿Cómo habria de conmover el alma ajena i llevar a ella las emociones de la fé el que es frialdad i hielo, en la suya propia, para tales afectos? ¿Cómo hacer orar, sino se conoce la oracion?

Por eso, todos los grandes maestros en música sagrada, i especialmente en el órgano, han buscado en la comunicacion con el cielo la fuente de su inspiracion. Sebastian Bach, el rei de los organistas, era piadoso hasta el escrúpulo. Cuando el inmortal Haydn se veia detenido en algun trabajo tomaba el rosario, i en la tierna i sublime invocacion a la Madre de Dios halló mas de una vez la resolucion de sus bellísimas frases, siempre llenas de grandeza i como animadas por un reflejo de celestial pureza.

Hé ahí modelos; i a la par de Bach i de Haydn, fácil seria exhibir otros nombres, gloria del arte, i que la Iglesia reivindica tambien como gloria que le pertenece.

El artista sin fé i sin piedad, el artista sensual i mundano es radicalmente inhábil para el órgano. Podrá ser eminente cuanto se quiera, brillará en el piano, se hará admirar en los círculos de las familias i cosechará abundantes aplausos en el teatro; pero no será jamas buen organista.

Hai una música que habla particularmente a los sentidos, que ajita i disipa, que enerva el alma i lleva a ella ideas frívolas, cuando no culpables. Es la música mundana, cuyo puesto no está en el lugar sagrado i no debe buscársele ahí.

Llevar al órgano esa clase de música es una impertinencia, sino es una profanacion. Quien lo intente desconoce el arte. ¿No se ve claro que tal jénero, si otro inconveniente no tuviera, produce el enorme mal de recordar al vivo las escenas de los sitios en donde tal música tiene naturalmente su asiento? Hai leyes terminantes de la Iglesia que con extrema severidad la prohiben. El Concilio de Trento es explícito en esta materia.

Hai, por el contrario, otra música que pasa, diríamos, inadvertida por los sentidos i va derecho al alma, se apodera de ella i la hace concentrar su actividad en las ideas que despierta. Es música que ha recibido los nombres de *sagrada*, *celestial*, *divina*, nombres que justamente merece porque de la Iglesia ha obtenido el privilejio de hacerse oir en sus augustas ceremonias, posee el misterioso secreto de transportar nuestra mente a los

cielos i facilitarnos nuestra comunicacion con Dios por la oracion. Es música que, con arte marabilloso, sabe expresar las diversas situaciones del alma ante la Divinidad; pues con igual perfeccion traduce las profundas humillaciones de la adoracion, como los ardientes votos de la súplica i los lánguidos suspiros del dolor. Es la música relijiosa, cuyo único i autorizado intérprete es el ÓRGANO.

ALEJANDRO LARRAIN.

¡POBRE VIEJO!

A M. P. G.

LEYENDA.

Caminando hácia la Torre
Con trabajo i paso lento,
Ya puesto el sol una tarde
Avanzaba un pobre viejo.
Duro contraste formaba
Lo encorvado de su cuerpo,
Lo rastrero de su planta,
La fatiga de su aliento,
Con la ansiedad de su rostro
Que revelaba un deseo.
Fijos los ojos tenia
En el pueblo que a lo léjos
Se divisaba, i parando
Alguna vez, un momento
Su marcha, hondo suspiro
Se escapaba de su pecho;
Entónces, cual si se hubieran
Clavado sus piés al suelo
Haciendo a diestra i siniestra
Un desesperado esfuerzo
Con los hombros, proseguia
Su paso dudoso i lento,

Con la ansiedad en el rostro
Con la fatiga en el pecho.
Le alcancé, paré el caballo
I eché pié a tierra.—Buen viejo
¿Quereis montar? vais cansado,
Le dije, lleno de afecto.
—Gracias, señor, contéstome
Con un dulcísimo acento,
No tal, voi bien.... i ¿no veis?
¡Está tan cerca ya el pueblo!....
—Sin embargo, vais rendido,
Montad, montad un momento,
I miéntras vos descansais
Yo pasearé.—Caballero,
Teneis un gran corazon,
Me contestó, os lo agradezco:
Mas no extrañeis que no acepte
Vuestro fino ofrecimiento.
A los que a la dicha vamos
De fé i de esperanza llenos,
La sublimidad del alma
Nos hace olvidar el cuerpo.—
No insistí, seguí a su lado
Respetando su silencio,
I admirando aquel semblante
Donde la mano del tiempo
No habia podido alterar
Lo venerable i lo bello.
Adelantó algunos pasos
I otra vez paróse el viejo:
Mas ya vacilante, ansioso,
Lívido el rostro, i el cuerpo
Con un temblor convulsivo
Que me aterraban.—¿Qué es eso?
Le dije miéntras mis brazos
Le sostenian, ¿vais al suelo?
¿Qué teneis?—Nada, señor,
Me contestó sonriendo,
Que el espíritu es tan bravo
Cuanto es de cobarde el cuerpo,
Que necesito a los dos,
I solo con uno cuento.
—Pues bien, montad, insistí.
—No debo, señor, no debo.
—¿Por qué?—Porque es tan sagrada
La causa que da este efecto,
Que si achico el sacrificio
Puede acrecentar mi duelo,

I el dolor de la materia
Pasarse al alma.—No entiendo....
Sentaos, recobrad las fuerzas
I contadme vuestro anhelo.
—Descansaré i entre tanto
Os referiré un fragmento
De mi historia, ya que vos
Mostrais por saberla empeño.—
I con no poco trabajo
Sentóse a mi lado el viejo.
Limpió el sudor de su frente,
Elevó la vista al cielo,
I despues de humedecer
Con su lengua, los extremos
De su boca, al ofrecido
Relato dió así comienzo.

Yo en Torre-Nueva vivia
Hace mucho, mucho tiempo,
Rebuscando entre las olas
De ese furioso elemento
Que llaman mar, lo preciso
Para el mísero sustento
Mio, i de una hija querida,
Que Dios poderoso i bueno
Al privarme de mi esposa
Me otorgó para consuelo.
Era hermosa como un ánjel,
Era su frente un destello
Del fuego de la pureza,
Que de Dios brota en el seno:
I sus dos ojos brillaban
Grandes, radiosos i negros,
Como en la bóveda oscura
Brillan los ojos del cielo.—
Aquí el viejo, la cabeza
Inclinó sobre su pecho,
I lanzó un ténue suspiro
Que fué a perderse en el viento.
Continuó:—Yo me miraba
En ella, que era mi espejo.
Cuando la risa en mis labios
Demostraba mi contento
En sus labios de alelí
Mi risa hallaba reflejo
I cuando la pena mia

Se retrataba en mi ceño,
Su pura i serena frente
Copiaba mi sentimiento.
Así feliz, aunque pobre,
Se iba resbalando el tiempo,
Sobre mi humilde vivienda
Que era de virtud modelo.

Pasaron años, mi niña,
Fué creciendo, fué creciendo....
Mas yo nada reparaba,
Que el amor de un padre es ciego,
I solo mira en sus hijos
Niños, aunque ya sean viejos.

Llegó un dia, en que sus ojos,
No reflejaban contento,
I velados me miraban,
Siempre de pena cubiertos,
Yo le preguntaba ansioso,
Ella entónces escondiendo
Sus lágrimas sonreia,
Dejaba en mi frente un beso
I se alejaba. Una noche
En mi pobre barquichuelo
Salí a la mar. Noche aciaga,
Noche de amargos recuerdos.
Tendí mis redes, las olas
Se rizaban por el viento,
Fósforica i blanca espuma
Cortaban mis fuertes remos
I siniestros nubarrones
Se agrupaban en el cielo.
Entre el sordo murmurar
De las aguas a lo léjos,
Escuché la voz de Dios
Que profético i severo,
"Vuelve a tierra" me decia;
Mas yo era pobre, el sustento
De mi niña idolatrada
Quise disputar al seno
De los mares, i esperé;
Pronto el resonar del trueno,
El brillo de los relámpagos,

El zumbido de los vientos,
I las nubes desgajadas,
I de la mar el estruendo,
Me hicieron temblar, mis redes
A recojer dí comienzo:
Mas las olas me envolvian
Haciendo inútil mi esfuerzo.
De pronto un fuerte relámpago
Iluminó todo el cielo,
Un trueno le secundó
Que heló la sangre en mi pecho
I una gran ola encorvada
Sepultándome en su seno,
Me separó de mi bote
Que no volví a ver. No os cuento
La lucha del pobre náufrago,
Yo era un fuerte marinero
I nadaba como un pez.
Nadé hácia tierra con vértigo,
I pasé mas de dos horas
Luchando. Ya sin aliento
Las fuerzas me abandonaban,
Mas pensaba en ella, i luego
La esperanza renacia
En mi fatigado pecho.
Al fin, sin sentido casi,
Toqué tierra, llegué al pueblo.
La noche era tan oscura,
Que mi humilde casa atiento
Pude encontrar, i la puerta
Al primer golpe cediendo
Se abrió; presuroso entré;
Un vago presentimiento
Mis sienes martirizaba,
I dando un grito de imperio,
Llamé a mi hija, mas ella
No me contestó. En su lecho
La busqué, i estaba solo,
Solo como un cementerio.
Dí gritos que repetia
Como de mi voz el eco
En la tormentosa noche
La ronca voz de los truenos.
A mis fieros alaridos
Los vecinos acudieron.
—¿Dónde está mi hija? les dije
Amenazante, soberbio,
I una jóven contestando

Mi pregunta—"Hace un momento
Se ha marchado con un hombre,
Dijo, abandonando el pueblo."
Al escucharla, mi sangre
Se replegó a mi cerebro,
I empujando a la razon
La separó de su centro.
Loco viví desde entónces
Mucho tiempo, mucho tiempo,
Comiendo del negro pan
Que mis pobres compañeros
Les robaban a sus hijos
Para darlo al pobre enfermo.
Despues, la razon volvió
I con ella el sentimiento,
Las lágrimas i las penas,
La ansiedad i el desconsuelo.
Inquirí, mas todo inútil,
Nunca logré saber de ellos.

Solo ya, solo en el mundo,
Sin ella, que era mi cielo,
Lenta desesperacion
Destrozando iba mi pecho.
¡Sin ella!!.... Nó, dije mal,
Ella ha vivido en mi aliento,
Ella ha vivido en mi alma
Como un querido recuerdo.
En el campo, en cada flor
Miraba su rostro bello,
I para calmar mi pena,
Dios copiaba en los luceros
De la noche, su mirada
Que alumbraba el firmamento.
—Aquí el viejo hizo otra pausa,
I aprovechó este silencio
Para enjugarse los ojos,
Para suspirar de nuevo.
Miéntras que del alma un grito
Mi corazon comprimiendo,
Arrancándole una lágrima
La hizo rodar hasta el suelo.
¡Si yo tuviera una hija!!....
¡¡Qué bueno fuera, qué bueno!!
—¡Ah! continuó, dispensadme,
Si ahora por encima os cuento

Lo restante de mi historia.
Dejando mi casa i pueblo,
Sin esperanzas marché,
I el primer cuerpo de ejército
Que fué a Africa, en sus filas
Llevaba a este pobre viejo.
Luché i a los pocos dias,
Del moro fuí prisionero.
Nueve años justos pasaron
En mi amargo cautiverio,
Sin que el trabajo, las penas
Ni los feroces tormentos
Que para mí se inventaron
Me arrancaran ni un lamento.
Por fin, un hermoso moro,
Noble, jóven, rico, esbelto,
Me compró, compadecido
De mis penas, i al momento
Me llevó a Fez. Un brik-barca
Para España de aquel puerto
Zarpaba, fuimos a bordo
I con dulce i triste acento,
—"Cristiano, vuelve a tu patria,
Me dijo, llega a tu pueblo
I dí, si ves a tu hija,
Que has hallado un moro bueno
Que la pide en recompensa
De tu libertad, al ménos
Que te vuelva su cariño,
Que yo a su padre la vuelvo."
I dejando unas monedas
En mi mano, partió luego.
Zarpó el buque, i poco a poco
Nos separamos del puerto,
Hasta que Fez se perdió
Del horizonte a lo léjos.
Navegamos cuatro dias
Favorecidos del viento,
I el buque en Cádiz ancló.
No bien pisé el patrio suelo
Cuando se arrojó en mis brazos
Un antiguo compañero.
—¿I mi hija? le pregunté.
—"Tu hija vive en el pueblo
Tu antigua casa ocupando,
Pobre i enferma, sufriendo
Como castigo divino
Lo venal que fué su jenio."

—¿Pero vive? interrumpí.
—"Vive en la expiacion, primero
De su ingratitud contigo
I con su marido luego."
—¿I su esposo?—"Deshonrado,
En Africa ya hace tiempo
Diz que renegó, i es hoi
Poderoso."—¡Dios del cielo!
Quien mi libertad compró
Era sin duda mi yerno.
¡Hija mala! ¡Mala esposa!
¡Aun me aguardan mas tormentos!
Sin embargo a Dios te queda.
Yo la busco, yo la quiero,
I estrechando entre mis brazos
A mi amigo, el juramento
Hice de venir a pié,
Duro pan solo comiendo
Para que Dios se apiadara
De lo largo de mis duelos
I me dejara a mi hija
Estrechar contra mi pecho.
Salí de Cádiz andando
Ha diez dias, caballero,
I ya sabeis la razon
Del cansancio de mi cuerpo.
Partamos, que ya es de noche
I un negro presentimiento
Me está torturando el alma.
No sé por qué, pero pienso
Que me hallo mas léjos de ella
Miéntras mas a ella me acerco.
—Vamos, dije interesado
Con su relato, marchemos.
I poniéndome de pié,
Alargué una mano al viejo
Que él oprimió entre las suyas,
I haciendo un supremo esfuerzo
Se levantó. Aquellas manos
Me parecieron de hielo,
Temblorosas i tan ríjidas
Como las manos de un muerto.
Despues se cojió a mi brazo
I marchamos. Tan lijero
El anciano caminaba,
Que su marcha me dió miedo.
Me pareció que su paso
Vertijinoso i resuelto,

De una luz agonizante
Era el resplandor postrero.

Ya bien entrada la noche
Llegamos por fin al pueblo,
Cuyas calles solitarias
Semejaban un desierto.
Cruzamos la poblacion
De un estremo al otro estremo,
Donde blanca, aislada i triste
Una casita su asiento
Sobre la playa tenia.
Tan sencillo era su aspecto,
Que me pareció en la arena
Blanca paloma durmiendo.
—¡Mi casa! dijo el anciano
Casi sin voz, todo trémulo.
Llegamos, tocó i la puerta,
Al primer golpe cediendo,
Se abrió.—¡Como aquella noche
Principio de mis tormentos!!!
El pobre viejo exclamó.
Ténue luz de un aposento
Próxima a espirar salia
Con un resplandor siniestro.
Penetramos, i unas cuantas
Mujeres de triste aspecto
Llenaban la habitacion
Rezando en torno de un lecho,
Donde amortajado i frio
Yacia sin alma un cuerpo.
—¡Hija! exclamó el pobre anciano
Con un alarido inmenso,
—¡Hija! repitió otra vez
Sobre aquel lecho cayendo,
I cubriendo aquel cadáver
De lágrimas i de besos,
—¡Muerta! dijo. Le sostuve.
—¡Muerta! ¡Muerta! el pobre viejo
Desplomándose en mis brazos
Exhaló su último aliento.

Este cuadro doloroso
Atónitos i perplejos

Nos dejó. La confusion
Reinaba en nuestros cerebros,
I me pareció escuchar,
Resonando entre el misterio
I el dolor, esta sentencia
Que mandaba el Sér Supremo:
"Imitadle, fué buen padre.
Benditos los sufrimientos
Que al morir, muestran la senda
Que va de la tierra al cielo."

Santiago, 1876.

FEDERICO CERVI.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

ANDRES DE SAN NICOLAS.

Se ignora el verdadero nombre de este escritor, que nació, segun unos en Bogotá, i segun otros en Tunja, i murió en Madrid el 20 de noviembre de 1666.

Era fraile agustino i escribió la *Historia jeneral de los agustinos descalzos de la congregacion de España e Indias*, i una multitud de obras místicas en latin i en castellano.

En Europa fué grandemente admirado de los suyos por su erudicion i talento.

ALONSO ZAMORA.

Este fraile domínico nació de humilde oríjen, en Bogotá, en 1660.

En 1701 se publicó su libro, que encierra nuestra historia hasta el año de 1690, enlazada con la historia de su órden.

Sirvióse para su obra de los preciosos manuscristos de Garzon de Jahuste i de Gonzalo Jimenes de Quesada.

MANUEL RODRIGUZ.

Es célebre este jesuita, natural de Cali, por la historia que escribió con el título de EL MARAÑON O AMAZONAS, publicada en Madrid, en 1684.

Fué misionero en el Ecuador, i ocupó en España puestos elevados en su órden.

GARCÍA DEL RIO.

Era cartajenero i figuró en los tiempos de la primera Colombia.

Sus principales escritores son *Las meditaciones colombianas*, que se publicaron en 1829.

ISIDORO LAVERDE A.

ISOTTA.

RELATO HISTÓRICO POR CÉSAR CANTÚ.

(Del italiano para *La Estrella de Chile.*)

En aquellos inolvidables tiempos, entre mis dieziocho i veinte años, recorrí muchas veces, ya por gusto, ya por necesidad, el Lario de Lecco en Colico; i como no estaba aun abierta la via que poco há se concluyó, i no habiendo entónces la embarcacion a vapor que hoi está en servicio, se hacia aquel viaje en un barco de los comunes, que partiendo por la tarde llegaba al amanecer dos a la ribera opuesta.

Los viajeros que formaban mi compañía eran jentes de variada condicion: los mas eran negociantes que volvian del mercado, algunos campesinos, una que otra mujer: rara vez habia con quien conversar. Así, la noche se pasaba en silencio si éste no era interrumpido de cuando en cuando por alguna plegaria que elevaba a los pobres muertos el mas viejo barquero i a la cual todos respondian respetuosos.

Una de esas noches era mas pura i serena que de costumbre; i yo, a la claridad de una luna llena, me mantenia de pié sobre la popa, abrazado a las cimbras de la cubierta, fantaseando con tanto placer como se suele a los veinte años, en una noche silenciosa, en medio del lago, henchida el alma de tantas vírjenes esperanzas como entónces eran las mias. Hoi las ménos se han realizado; muchas están aun en el regazo del porvenir; i una gran parte de ellas se ha desvanecido, dejándome un amargo desengaño.

Al cabo de poco rato, volviéndome hácia atrás, me encontré frente a un sacerdote de mediana edad que tambien miraba i, como yo, meditaba.

Como ámbos estábamos poseidos del mismo sentimiento, pronto entablamos conversacion: ya él me imponia de los estudios o indagaciones de los sabios acerca de aquel lago, ya le mostraba

yo el marabilloso efecto de los hornos de cal, luminosos como volcanes encendidos sobre el oscuro flanco de la montaña; despues él me señalaba rocas en ruinas, me hablaba de monasterios, de cierta reina Teodolinda, la cual, decia él, fabricó aquella torre alta sobre Varenna; i yo le mostraba los surcos encrespados por desconocida causa sobre la tranquila superficie de las aguas.

—Mirad, le decia yo, ¡qué puro es el azul de los cielos! Las estrellas de que se ven tachonados ¿no parecen islitas de luz en el océano del espacio?

—Sí, me respondia él; ¿quién al contemplarlas no siente vivo el deseo de subir mas alto que ellas i embeberse en una luz mas pura e inmortal?

—I callamos i mirábamos el cielo, los montes, el lago.

Habíamos llegado cerca de Olcio, i en medio del agua negreaba el promontorio de Bellagio, que parte el lago en dos, i que era el punto de reunion de los navegantes que servian al señor de aquel lugar.

—Pero la jente que habia allí, decia un viejo, no fué siempre tan buena como el señor conde de ahora: ¿no es verdad, señor cura?

—¡Sí, verdad, por desgracia! replicó el sacerdote. Así nos lo refiere la tradicion; pero la misericordia del Señor es grande i habrá perdonado aun a esas jentes.

Miéntras tanto, yo que le estaba escuchando i que no podia conformarme con una mera insinuacion, le rogué me dijese algo mas.

Estábamos atentos; aun los barqueros se disponian a escuchar; i él, con esa bondad que es tan habitual en los sacerdotes del Dios de amor, principió de esta manera:

—Quien hubiera visto ahora tres siglos el promontorio de Bellagio, habria encontrado lo mismo que hoi las obras de la naturaleza; pero no así las del arte. La selva de encinas i de abetos, nueva entónces, negreaba como ahora. Mas allá de la selva estendíase una faja de murallas, todas almenadas, destruidas en varias partes, pero de las cuales, sin embargo, se lanzaba la muerte a las naves que recorrian el lago, especialmente en tiempo de la guerra de Jacobo Medeghino, castellano de Musso. Dicha faja cercaba por todos lados el castillo que veis, i que fué levantado por Marchesino Stanga, señor de Milan. El edificio era tan hermoso, que los duques, los príncipes, aun el rei, iban a hospedarse en él. A poca distancia, veíase un tosco campanario, a cuyo lado se levantaban la iglesia i el convento de los capuchinos. ¡Singular contraste de las ideas de paz bendita i de guerra furibunda, de relijiosos i de guerreros, de dolor i de consuelo, de bronces que arrojaban la muerte i de hombres que en medio de la tempestad salian a socorrer al extraviado navegante!

El desórden i el tumulto de la guerra se extinguieron cuando

Cárlos V se apoderó del Milanesado, poniendo freno a la faccion i desterrando a Medeghino.

Pero la tempestad no se habia calmado en el ánimo de Isotta, señora de aquel castillo. Bella i fresca, aunque frisaba en los treinta años, cubierta con su túnica de terciopelo negro, con un albo cuello de finísima muselina, sus ojos demostraban la ajitacion interna de que era presa. Sentábase sola en un terrado que miraba hácia la Tremenzina, aun no sembrada de granjas, i desde donde se perdia la vista en los montes del valle Intelvi; observaba el sol, que, al ocultarse tras la cadena de San Zeno, enviaba un último indeciso rayo a colorear de trémula luz el apacible lago.

Es la hora de la meditacion. ¿Quién de vosotros no la ha sentido? ¿Quién no ha experimentado una dulce melancolía, una suave reconcentracion sobre sí mismo, sobre el pasado, al contemplar el astro de la tarde brillando con incierto resplandor? Suave, digo, para quien abrigue dentro el pecho un tesoro de tiernos i virtuosos sentimientos; pero para Isotta no era así. La paz de la naturaleza, el canto lejano de las aldeanas que volvian de las faenas de la vendimia, el tranquilo bogar de alguna barca le traian a la mente los encantadores recuerdos de la primera juventud. I se representaba el tiempo cuando, niña inocente i de mediana si no escasa fortuna, vagaba tranquila en la campiña en que el Adda se une con el Po, entre el fuerte Pizzighettone i la torrecilla de Cremona. Recordaba la plácida benevolencia de un padre, de una madre, de una hermana; los dias de uniforme quietud i las tardes empleadas en recitar una plegaria que embellecia el rumor de la noche. Despues venia a su memoria el dia en que Lucillo, hijo de Marchesino Stanga, llevaba por aquellos lados la caza clamorosa, voldiendo rendido por la tarde allí i no al hogar paterno.

Ese dia fué el último de su tranquilidad. Aquel señor poseia el arte de conquistar los corazones. La jóven era incauta. No habia bastado el paternal desvelo para arrancarle del pecho el jérmen de un orgullo siempre creciente.

El la habló de amor; fué escuchado: adios la virtud. La niña del campo es señora en el palacio de Cremona, acariciada, festejada.

Pero la ambicion, no el amor, era lo que habia movido al señor. Por eso, apagado el primer ardor, desdeñó a una mujer de baja esfera o la pospuso a otra. Ella, que no habia amado al que le habia arrebatado la virtud, buscó distraccion i olvido en nuevos crímenes. Pronto el palacio de Stanga fué teatro de las escenas mas escandalosas. Stanga, por fin, trató de alejar a Isotta; pero por honor no la volvió a la oscuridad de que la habia sacado, sino que la puso donde pudiera vivir i brillar como en su palacio.

El castillo de Bellagio habia sido construido por su padre con

magnificencia i comodidad; pero despues que el lago fué infestado por las correrías de los Cavargnoni i por los partidarios de los franceses i españoles, no ofreció ninguna seguridad a sus habitantes i fué abandonado a causa de haberse convertido en teatro de combates cuotidianos, mucho mas desde que se fué a habitar en Muzso el terrible Medeghino, que supo resistir tantos años i al fin triunfar contra el poder destructor de Cárlos V i de Francisco I.

Stanga designó, pues, a la infeliz Isotta este castillo abandonado para que en tranquilo i liberal destierro pasara los dias de su vida. Como vivió, mejor es callarlo: ¿quién alcanzaria a narrar sus crímenes?

De los valientes que rodeaban a Medeghino i de los gondoleros de su servicio, se habia atraido algunos, despues que aquél se ocultó en su cueva. Complacíase, como él, en recorrer el lago cuando estaba mas tempestuoso, en triunfar siempre de todo i acaso en conquistarse, tambien como él, criminal celebridad. ¿Veis allá aquel plano mas elevado? Si visitarais ese delicioso lugar, os mostrarian un profundo barranco en el cual Isotta precipitaba a sus amantes cuando se cansaba de ellos.—Así a lo ménos decia la fama, que, dicho sea en verdad, siempre exajera lo malo.

Ya este variado sistema de vida no bastaba a distraer su alma hastiada de todo. Pasando alternativamente del placer al dolor, sentia en su alma el peso de un remordimiento que quisiera poder ocultarse a sí misma, pero que con voz incesante le hablaba dentro. Desde cierto tiempo, sobre todo, experimentaba este suplicio con mayor fuerza i buscaba algun arbitrio para entrar con honor en la sociedad, sin que le ocurrieran otros que una austera penitencia o un amor honesto. Pero la penitencia no se acomodaba con los hábitos de su vida. Talvez la habrian conducido a ella una fuerte desgracia, una pérdida imprevista; mas, las circunstancias que la rodeaban le sujerian la incertidumbre, la duda, no la eficacia de la resolucion.

El otro partido la habia alucinado mucho mas desde que habia aparecido en aquellos lugares el caballero Alberto Morone, conde de Lecco, poderosísimo en su tiempo hasta la invasion de los franceses i españoles, que disponian a su agrado en asuntos políticos. De sus dos hijos, a uno tenia en el obispado de Módena i al otro lo habia destinado a los negocios públicos. Pensador i amante de la patria, habia visto con amargura a los príncipes en la miserable lucha de aquellos tiempos, combatir no por el derecho o por honor, sino al lado de los extranjeros. Habia visto a Francisco Sforza, último vástago de una familia heredera de la libertad i de la tiranía lombarda, abatido, jimiendo en su imbecilidad bajo el peso soberbio i abrumador que gravitaba sobre sus espaldas. Habia visto a los poderosos disputarse el ducado por medio de las armas, i por fin el advenimiento de una paz

indecorosa, en la cual los hijos a quienes sus padres habian creido trasmitir muriendo un porvenir, una esperanza de ventura, no pudieron hacer mas que envilecerse o aturdirse.

Desesperado, entónces, el caballero, se retiró de los negocios de la guerra i vino a esta apartada ribera en busca de la distraccion i de la paz. Contaria a lo sumo treinta i cinco años de edad. En su frente se revelaba la habitud de altos pensamientos; pero, como ellos ya no lo ocupaban, sentia en su corazon un vacío mortificante que no le permitia reposar tranquilo. Vagar por el lago, trepar hasta cima de la montaña armado de su baston, hacer el bien donde quiera que se le presentase la ocasion, tal era por esa época su vida. Entónces revivieron en su pecho los pensamientos de amor que al principio habian permanecido ocultos; i ya que no podia consagrar su vida a los grandes intereses de la patria, deseaba hacer suya una suave i bella criatura i recorrer tranquilamente con ella los dias de su vida. Esta idea lo llevaba con frecuencia al castillo de Isotta. La primera vez que un sirviente, penetrando al aposento donde se encontraba meditabunda la dama, anunció la visita del caballero Morone, Isotta se conmovió, i "que entre," dijo, pintándose la turbacion del espíritu en su semblante. Este era el hombre que veia en los sueños de su porvenir, el que podia volverla con honor a la sociedad. La frecuencia con que visitaba su castillo i los respetos que le guardaba, la hicieron formarse la ilusion de poder inspirarle amor. En quince dias que le conocia, se habia acostumbrado a alejar de sí hasta las apariencias del delito i a mostrarse buena en cuanto es posible a una persona que no lo es.

No estaba aun repuesta de la turbacion, cuando el caballero entró, i, entregando al sirviente el baston i el ancho sombrero, se dirijió hácia ella besándole la mano i saludándola.

Las primeras expresiones que se cambiaron, fueron de frio i comun cumplimiento, como no podian ménos de ser entre una dama que tiene preocupado el espíritu i un hombre a quien algo le falta. Al fin el caballero se mostró mas franco.

—¿Dónde está la señorita Estella? preguntó.

—Ocupada en sus trabajos la infeliz.

—I ¡qué! ¿es verdaderamente tan desgraciada, ella tan hermosa, tan buena, tan digna de ser mas feliz? ¿Por qué no me narrais su historia?

—Su historia es corta i sencilla. Es hija de Polidoro Boldoni de Bellano. En las largas guerras pasadas, éste armó una banda en los montes para combatir a los extranjeros, franceses i españoles; experimentó derrotas i alcanzó triunfos; no habia batalla en favor de la patria en que él no se encontrase; en Como dirijió la artillería contra los soldados del marques del Vasto, cuando se preparaban a saquearlo; mas tarde, cuando vió la terrible devastacion, corrió a defender a Torno, i, no pudiendo alcanzar la victoria, tuvo a lo ménos la alegría de ver caer bajo sus golpes

al hijo del marques. Cuando Medeghino se puso de este lado, esperando hacer causa comun con él en favor de la patria, se le reunió; pero habiéndose entregado el primero al robo i al saqueo, se separó en el acto de su compañía, tanto que habiéndole ofrecido Medeghino una hermana suya por esposa, le contestó que no queria alianza ni parentesco con ladrones.

Las consecuencias de esta ruptura fueron fatales para Polidoro Boldoni; pues Medeghino, trocado en enemigo implacable, arruinó su poder, asaltó la casa, exterminó la familia, a unos quitó la vida i otros se dispersaron. Yo he recojido a esta pobre niña que, allegada unas veces aquí, otras mas allá, vivia sin albergue ni proteccion. Dicen que el padre ha muerto, pero no lo creen sus enemigos, de los cuales el mas tenaz es el marques del Vasto, que obtuvo del emperador un premio para el que lo entregase vivo o muerto i la pena del último suplicio para todo aquel que lo ocultase.

Cuanto ella decia era verdad, porque es cierto que los grandes criminales gustan de acercarse a algun ser inocente para darse las apariencias de la virtud o para tener a álguien que los bendiga entre la multitud de maldiciones que reciben de sus oprimidos.

Con la anterior relacion, mas conmovido se puso el ánimo del caballero i en sus palabras se manifestaba la impresion que le habia causado, impresion que la señora queria atribuir a la incertidumbre del que ama. Para salir de dudas, se atrevió a decirle:

—Me parece, caballero, que desde tiempo atras me ocultais algun secreto. ¿No teneis confianza conmigo? ¿No soi yo mujer capaz de sentir como vos?

El amor i la esperanza habian echado sobre Isotta un denso velo que ella aguardaba ver caer a sus piés con las palabras del caballero en que la declarase cuánto la amaba. Pero sucedió lo contrario.

—Sí, le dijó: os revelaré un pensamiento que desde largo tiempo abrigo en el corazon: yo amo.

—I ¿a quién?.... ¡Feliz aquella a quien hayais escojido!

—La niña que vos protejeis; i, si obtengo vuestro consentimiento i el de ella, esa niña será mia.

Un rayo que hubiera caido sobre Isotta, no le hubiera causado tanta impresion como las palabras que acababa de escuchar: amor, rabia, orgullo, todo junto la asaltó. Se habria desahogado allí mismo; pero la contuvo el semblante firme i tranquilo del caballero. Devoró su amargura i varias veces se paseó taciturna a lo largo de la sala. Despues, deteniéndose frente a él, que no le habia quitado la vista, le dijo:

—Caballero, habria creido que un jentil hombre como vos supiera fijar sus afectos en persona mas elevada.... ¡Una miserable, hija de un proscrito, sin nombre, sin fortuna!....

—Señora, no me importan el nombre ni la fortuna: solo busco la virtud.

Resonaron estas palabras en el fondo del corazon de la dama, que recojiéndose en sí misma, vió que no poseia ni lo uno ni lo otro. Encolerizada exclamó:

—¡Virtud,.... virtud!.... Pues bien, venid a convenceros vos mismo.

I lo condujo a un terrado que miraba al lago. La luna tan espléndida como ahora, iluminaba las aguas, mostrando distintamente cada una de las naves que las surcaban. Isotta señaló al caballero una en que se veia blanquear algo que no era un pescado ni un remero. Cuando estuvo mas cerca, se distinguió una mujer, la cual, una vez allegada la embarcacion a la orilla, saltó a tierra i se dirijió hácia el castillo acompañada de un antiguo sirviente. En ella reconoció el caballero a Estella.

—¡Pues bien! exclamó la señora, dirijiéndose a Morone, viene de visitar a su amante: ¡hé ahí su virtud, vuestra esperanza!

I se le pintó en el rostro el triunfo de la venganza, miéntras él se quedó turbado i sombrío. Por eso, cuando entró Estella, bella i risueña como un ánjel, i se dirijió a abrazar a su protectora, i ésta con singular cariño le dijo,—"Bien venida seas,"—el caballero, quedó aun mas sorprendido. Cuando la niña volvió hácia él los ojos, lo notó perturbado i mui diferente de como era siempre con ella, pues ya habia mostrado a la niña su amor con aquellos actos imperceptibles a todos, ménos para quien es objeto de ellos.

La jóven no habia podido permanecer indiferente a las bellas i sólidas virtudes del caballero. Al verlo entónces con el semblante contraido, i cuando al salir recibió de él una mirada, no comprendió con seguridad lo que significaba, pero le pareció de indefinible reproche. Entre tanto, la idea de la venganza aceleraba mas i mas los latidos del corazon de Isotta, que si no podia disfrutar de ese amor, tampoco queria que otra lo gozase.

A la tarde siguiente, Estella, como de costumbre, se fué a la orilla i entró a la embarcacion con su sirviente; hundió ella misma el remo en el arenoso lecho i volvió la proa hácia Limonta.

Ténues nubecillas velaban a ratos la faz de la luna: su luz era a veces completa, otras débil, i tan pronto se extinguia como jugueteaba trazando caprichosas figuras sobre la superficie del lago o sobre las oscurecidas laderas de los montes. Cuando mas claro alumbraba, hacia resaltar la cándida figura de Estella, cubierta con un sencillo vestido, sobre el cual caian sueltos al aire de la noche los mas bellos rizos de cabello negro. Vogando de este modo, llegó allí donde se divisa aquella señal entre un escollo i un no mui estenso prado; acercó, entónces, la embarcacion a la orilla, saltó a tierra i se dirijió hácia el frente.

Pero unos ojos la espiaban. El caballero, deseoso de convencerse hasta qué punto se habia engañado al juzgarla un alma be-

lla i pura, habia ocultado léjos su navecilla, se habia escondido en los matorrales, la vió llegar i concentró en los ojos toda su fuerza i atencion. Largo rato estuvo observándola; despues la perdió de vista. Largo tiempo vagó a la ventura; despues un lijero ruidecillo llamó su atencion. Trata de acercarse hasta el lugar de donde salia i advierte una cabaña, llegado a la cual se asoma por una ventanilla; i a la vacilante luz de una linterna, dirije hácia dentro una ávida i escrutadora mirada. ¡Oh, qué ve! Un hombre de majestuosa forma, pero envejecido por los padecimientos, de larga i poblada barba, estaba sentado en un banco i sobre sus rodillas una anjelical figura, Estella, que con un brazo le rodeaba el cuello i lo acercaba tanto que las ásperas canas del viejo se confundian con su negra cabellera, miéntras que con la otra mano le daba el alimento que le traia preparado en una cesta. Las tiernas expresiones que le dirijia, tenian un no sé qué de melancólico, algo, como el recuerdo de la patria lejana.

El caballero estuvo largo rato contemplando aquel espectáculo i en seguida se presentó a la puerta escusada. Cuando Estella lo vió, envuelto como estaba en un manto, no lo reconoció; dió un grito i se precipitó a sus piés exclamando:

—¡Piedad, señor! ¡salvad a mi padre!

Convencido, entónces, el caballero de lo que ya habia sospechado ántes, que aquel hombre era el padre de la niña, a quien ella llevaba vida i consuelo, con el corazon profundamente conmovido la levantó diciéndole:

—Nada temas, Estella, soi yo; buena Estella, mucha es tu virtud i tendrás premio.

En seguida, dirijiéndose al anciano, dijo:

—Polidoro, vos i yo hemos peleado por nuestra patria, i sin embargo ha sucumbido; pero a vos las persecuciones de un poderoso os han puesto en esta miseria: yo resistí a los enemigos de Italia i fuí temido de ellos i respetado de los nuestros. Cuando ví irremediable la ruina de la patria, me vine a vivir aquí en desesperada paz; pero en Milan mi nombre es escuchado todavía; si algo puede inducirme a hacerlo valer, a visitar de nuevo aquellos muros ¡ai! tan cambiados, será el ir a solicitar vuestro perdon. Pero aguardo un premio i es la mano de vuestra hija, si es que ella consiente.

El padre interrogó a la hija i ella no contestó de otro modo que echándole los brazos al cuello exclamando:

—Padre, ¡qué felices seremos!

Separáronse entónces: Estella se dirijió a su barca i Morone al camino recto, endonde lo esperaban.

Al dia siguiente, el caballero se presentó a Isotta, rogándole que consintiese en que Estella fuera su esposa. La señora se sintió dominada por la firmeza i rectitud del caballero i accedió a la peticion que se le hacia.

Miéntras se disponian los preparativos para la boda, Morone se fué a Milan.

Excusado es decir qué pensamientos preocuparon a Isotta en ese dia i en los sucesivos. Morone habia sido el primero en quien ella habia buscado el amor i no un instrumento de su ambicion; habia agotado todas las fuerzas del arte para atraérselo, i se le escapaba; no solo se le huia, sino que la posponia a una pobre desconocida que no se recomendaba por nada mas que por su belleza.

—¡No tiene mas que su belleza! exclamaba Isotta. Pero nó; ella posee otra cosa que yo no tengo, la virtud. Yo no le podia ofrecer una mano sin mancha, un corazon inocente como esta pobre niña. Pero ¡virtud!.... ¿qué virtud es la suya, cuando todo me lo debe a mí, que la recojí abandonada, que guardo el secreto de su padre, cuando con una sola palabra podria i deberia perderlo? ¡I la ingrata me arrebata el amante!.... ¡Desleal!.... ¡mi venganza te cojerá i será tan cruel como la mereces!.... Pero.... ¡deslealtad!.... ¡venganza!.... ¿qué sabe ella de mis amores? ¿cuál es el arte con que me ha burlado?.... ¡Ah! si yo pudiera volverme como ella.... niña.... pobre.... pero sin pensamientos, sin estos pensamientos que noche i dia devoran mi corazon, que nunca, jamas dan tregua al martirio dejándome un momento de paz!.... ¡Bella inocencia! ¿quién puede devolvérmela? ¿Quién puede darme los placeres de la edad injénua, del primer amor? ¡I aun éste lo malgasté sin saberlo, desgraciada!.... ¡I ella los gozará!.... Pero tambien yo he gustado i puedo aun saborear el placer de la venganza.... ¡Oh! es mui dulce contar los momentos de vida que restan al enemigo; sentir su agonía sin que él lo sepa; despues, oir un jemido, i.... ¡nada mas!.... ¡Ah, no hai armonía que se le parezca!.... Yo la he sentido.... i ¿quién me impide gozarla otra vez todavía?.... ¡Ver convertido en llanto el triunfo de esa orgullosa!.... ¡Oh, sí! ella es mi huesped, le merezco confiaza, se fia completamente de mí, i.... ¿traicionarla?.... Pero ¿no me ha ofendido ella primero? Pues entónces ¿porqué el bien que le ¡he hecho debe ligarme a ella? Por otra parte ¿no ordena la lei denunciar a los facciosos i entregar la cabeza de ese rebelde Polidoro Boldoni? ¿no podria hacerlo yo? ¿no seria traicionar al emperador proceder de otra manera?

En todos aquellos dias, estos i semejantes pensamientos se agolpaban bajo variadas formas al tempestuoso espíritu de Isotta; pero no por eso dejaba de mostrarse buena i cariñosa con la niña, que estaba siempre aguardando con ansiedad la llegada del correo i preocupada con todo lo relativo al nuevo estado en que iba a entrar. De cuando en cuando, interrumpia su labor para echarse al cuello de la señora exclamando:

—¡Oh, mi jenerosa protectora, cuánto os debo! ¡toda mi felicidad viene de vos!

La dama sonreia de un modo que no bastaba a disimular el tumultuoso afan de su interior. Aveces aun, compadecia el llanto de la niña; pero desde el fondo de su corazon se alzaba la voz del mal clamando venganza.

Habian trascurrido los dias i habia llegado ya el señalado para la boda.

A la caida del sol debia llegar el caballero.

La niña esperaba impaciente. Se adornó con sus mejores vestidos; i así ataviada, entró al gabinete de la señora, i corriendo a su encuentro, con la confiada alegría de la inocencia, le dijo:

—¡Oh, cuán feliz soi señora mia! ¡el cielo os bendiga!

Pero, léjos de volverle el abrazo, Isotta se retiró dando muestras de una gran turbacion. Al principio la rechazó como horrorizada; despues, anhelante, la tomó de un brazo, con la vista vaga e inquieta, convulsos los labios, el pecho ajitado, contraido el rostro, alternando entre el color i la palidez: toda ella revelaba la ajitacion de su corazon: miéntras tanto, el semblante de la niña demostraba la incertidumbre, la sorpresa, el miedo injénuo que no sabe qué temer.

—¡Oh, Señor mio!—exclamaba,—¿qué teneis mi protectora?

—¡Qué Señor! ¡qué protectora!—gritó encolerizada la dama, manifestando en aquel acceso de rabia cuánta hiel tenia comprimida,—ya no es tiempo de seguir disimulando: desde hoi verás en mí a tu mas encarnizada enemiga, i tengo los medios de hacértelo sentir bastante. Oye, oye, o das esta bebida (i sacó del seno una redoma) a tu esposo ántes de media noche, o al levantarte alza los ojos i verás colgar de esta torre el cadáver de tu rebelde padre.

Dió un grito la infeliz, como si bajo una flor hubiera visto una serpiente, i vacilante se apoyó en el respaldo de un sillon.

En ese momento entró el caballero, i donde se figuraba hallar la alegría, solo encontró lágrimas i desconsuelo.

Colocado en medio de las dos, tomó la mano de Estella, que no se atrevia a mirarlo, i fijó la vista a la señora para descubrir qué de siniestro habia sucedido. Ella se volvió de nuevo a la niña, i rechinando los dientes i apretando los puños, le dijo:

—Decídete; i si te demoras,.... ¡lo uno i lo otro!

I se alejó.

En esto, habíamos llegado a Varenna, endonde solia hacerse estacion. Cuando emprendimos de nuevo nuestro viaje, sonaban las siete de la noche. El buen cura las contó i dijo:

—Las horas nocturnas son mis amigas: cuando todo es silencioso en derredor, su voz me parece la de un amigo que me llama.

—Pero, agregaba yo, deseoso de volver a la historia, no las contarian tan tranquilamente aquellos de quienes hablabais.

—Concluiré, respondió. Sé bien que hoi gusta lo terrible i que lo buscan los lectores.

—Continuando, pues, os diré que cuando los esposos quedaron solos, el caballero trató de consolar a la jóven, de interrogarla, pero sin poder obtener de ella mas que jemidos i exclamaciones:

—¡Oh, padre mio, padre mio! ¡partid en el acto! ¡socorredlo! ¡ah, soi desgraciada para siempre!

La boda fué diferida, los vestidos de gala olvidados i todo el dia llorar i suspirar. El cielo parecia contribuir a la tristeza de Estella, porque habia sobrevenido una furiosa tempestad en el lago: los vientos cruzaban amenazadores, llovia con extraordinaria fuerza i los relámpagos i truenos se sucedian sin interrupcion. ¡Ai de la nave que la tempestad hubiera sorprendido en medio del lago!

Mil pensamientos venian a la imajinacion de Estella delante de la imájen del padre i del esposo, víctimas inocentes. Correr donde su padre, sacarlo de allí i huir con él, fué su primer pensamiento; pero el lago rujia amenazador i el camino de tierra estaba intransitable por el desborde de los torrentes vecinos.

Entre tanto, las horas pasaban i se acercaba la media noche, aquella terrible media noche en que la jóven debia elejir entre su padre i su esposo.

El caballero la rodeaba de exquisitos cuidados e intentaba inútilmente arrancarle el secreto. Un relámpago mas claro i prolongado que los otros mostró allá abajo una góndola tripulada por numerosos remeros i que vogaba con extraordinaria rapidez.

—¡Una góndola! exclamó él: ¿cuál sino una sola, podria aventurarse en el lago con este tiempo?

Estella en cuanto la vió arrojó un grito de desesperacion.

—¡Salvad a mi padre! le dijo.

—Pero, ¿de quién?

—¡De la señora!.... ¡Ai de mí! talvez he dicho demasiado!

La verdad saltó entónces a los ojos del caballero i exclamó:

—¡Estella, adios! voi a salvarla o a morir.

I quiso alejarse, pero no pudo impedir que la jóven lo acompañara. Despues de haberse armado convenientemente, tomó una mula i, con la niña a la grupa, emprendió el camino por el sendero del monte.

No lo describiré; pero es fácil figurarse cómo seria a semejante hora, en aquellos sitios i con tal tiempo.

Cuando hubieron llegado cerca del bosque, echaron pié a tierra i comenzaron a descender hácia el valle donde vivia el padre de la niña.—¡Acaso dormia por última vez!

El corazon acelera sus latidos miéntras mas se aproximan a la cabaña.

¿Llegarán a tiempo?

Ahí está al fin la choza.

Estella se precipita palpitante i.... ¡su padre no estaba!....

Entónces, a la luz de un relámpago, se vió en medio del lago

una góndola que avanzaba rápidamente en direccion al castillo....

Era en realidad la góndola de Isotta, que ya iba de vuelta.

¡Oh, caros oyentes mios! ninguno de vosotros conoce el placer feroz de la venganza; ninguno cuán tempestuoso es el tiempo que trascurre entre la deliberacion i la ejecucion de un crímen. Solo en esas circunstancias se hacen prodijios semejantes al que realizó Isotta con arrojarse al lago en medio de la tempestad. Una borrasca como esa dió coraje a su espíritu, de tal modo, que el peligro de la muerte le parecia nada comparado al placer de la venganza.

Pero, retrocedamos a algunos momentos ántes de que el caballero i Estella llegasen a la cabaña del anciano.

Isotta habia escojido los gondoleros mas experimentados i con ellos se habia dirijido al lugar donde vivia el viejo con el propósito de robarlo i retenerlo en prenda.

Cuando la barca se acercó a esa orilla, por fuerte i bien construida que fuese, amenazaba zozobrar; los mas avezados palidecian i un copioso sudor rodaba de sus frentes: Isotta tambien temblaba i, en medio de la ajitacion de su espíritu, se decia:

—¡Si una ola me sumerjiera!.... seria extinguida; acabada esta ajitacion de infierno; concluida la guerra entre yo i los hombres; ¡concluido todo!.... Pero, ¿será cierto que todo termina con la muerte?

I entónces aquella mujer permanecia con el espíritu largo tiempo ofuscado i confundido. No divisaba nada mas allá de la tumba i no creia en un poder divino. Se estremecia, se helaba su sangre, corria por su cuerpo el sudor de la angustia, apartaba la vista dirijiéndola de aquí allá; pero cuando ningun objeto llamaba su atencion, se le presentaba viva la imájen espantosa de un porvenir desconocido. Entónces volvia los ojos a las olas i miraba los relámpagos sin conseguir por eso distraer su pensamiento.

A ese tiempo tocaban a la ribera; i dos hombres trajeron a viva fuerza al anciano i lo entraron a la góndola.

—¡Oh, señora, quien quiera que seais, que usais conmigo de violencia, exclamó él: recordad que vos tambien llegareis a vieja i que debeis morir!

—¡Calla, viejo imbécil! fué la respuesta de la señora.

Al oirla, todos callaron i emprendieron la vuelta.

Calmábase poco a poco la tempestad en el lago, pero crecia en el corazon de Isotta. Las palabras del anciano le habian llegado al alma.

—¡Sentirme vieja! ¡morir! pensaba aterrada.

I cuanto hizo por acallar el eco de estas palabras fué en vano.

En esos momentos escuchó un sonido vago, indeciso: era la campana de los capuchinos que, en el universal silencio, tocaba

tristemente anunciando al mundo dormido que una alma cristiana iba a dejar la tierra.

Cuando la oyó, el viejo se quitó el sombrero i recitó la oracion enseñada por Cristo, el salmo de la misericordia i las preces con que la Iglesia une a sus hijos, congregándolos en una misma oracion por el hermano que les precede a entrar en una vida sin fin.

Los remeros respondian a una voz; i aquel uniforme orar, única voz humana en esa vasta soledad, caia al corazon como suave rocío. Pero ¿al del malvado? ¿al de Isotta?....

Quiso al principio imponer silencio; pero le faltó la voz. La idea de la muerte, el remordimiento del delito abrumaban su alma. No pudo resistir: ocultó la cara con las manos i rompió en un mar de lágrimas.—¡Estaba salvada!

Cuando llegaron a la orilla, ella fué la primera en saltar a tierra, i sin acordarse del viejo, que quedaba en la barca, se dirijió al castillo. Atravesó taciturna el vestíbulo, pasó la sala,—¡oh, recuerdos! i llegando a su gabinete, se arrojó a los piés de una Vírjen que sostenia sobre sus brazos al divino niño, que, sonriente a quien lo miraba, parecia asegurarle que su oracion seria escuchada. Allí se postró, regó el suelo con su llanto i oró; oró implorando la paz de otros tiempos con oraciones, olvidadas desde largos años, pero que entónces volvieron a su memoria.

El caballero i Estella que llegaron a pedirle cuenta, se sorprendieron sobremanera al encontrarla a los piés de una Vírjen i deshecha en llanto.

Toda ira enmudeció; mucho mas cuando Isotta se arrojó al cuello de Estella exclamando en medio de sollozos:

—¡Perdon! ¡perdon!.... ¡tu padre está salvo!....

En ese momento daba la media noche.

Aquí el buen sacerdote calló i todos guardamos un relijioso silencio. Así trascurrió una hora, al cabo de la cual, como continuando un pensamiento no interrumpido, una niña preguntó:

—¿I qué fué de Isotta?

—¿Isotta? exclamó el sacerdote como volviendo de una profunda meditacion. ¿Veis aquel terreno sobresaliente sobre un promontorio i allí un elevado edificio blanco? Es Dervio: allí habia un monasterio de arrepentidas descalzas. A él se retiró la señora para pasar el resto de sus dias en la austeridad, que es tan agradable a Dios como la inocencia.

—¡Oh! ¿por qué, dije yo, no se quedó entre los hombres para reparar con bienes el mal que habia hecho?

—¿Acaso he dicho que no hizo bienes? Sus obras de caridad en toda la provincia fueron innumerables.

Pocos dias despues, los esposos celebraron su boda, que bendijo el padre guardian del convento, i fué celebrada con placer, aunque sin estrépito, en el castillo.

No os pintaré yo la felicidad de los esposos: no es fácil describir la felicidad: ¡han sido tan pocos los que la han probado!

Tanto mas dichosos fueron cuanto que en esos dias llegó la nueva de que Polidoro Boldoni, hasta entónces perseguido, quedaba libre i recobraba todos los antiguos derechos por influjo del caballero Morone. En esa época el emperador Cárlos V, seguro del poder en el Milanesado, concedia el perdon a los rebeldes i restablecia la paz i el órden en Lombardia.

—Orden.... paz.... exclamaba yo, intentando conducir al narrador a otra historia. Pero el sacerdote nada me respondió; i tomando el breviario, a la luz del crepúsculo, comenzó sus oraciones al Dios de quien vienen el sufrimiento i el consuelo, el premio i el castigo.

Yo, por mi parte, volví al apacible silencio i a los sueños de la fantasía, gozando del inefable sentimiento que difunden los últimos rayos de la luna.

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

EL CAPITAN SAMBRUNO.

I.

¡Felices dias aquellos en que el pueblo de Chile saboreaba los primeros frutos de su libertad! El jenio de San Martin acababa de obtener una gloriosa victoria en las alturas de Chacabuco i al ver los chilenos que sus cadenas estaban rotas, apénas acertaban a creer tamaña ventura.

—¡Ah! qué triste es vivir en un pueblo oprimido i esclavizado! nos decia un anciano que alcanzó a ver en su infancia los nefastos dias de Osorio i de Marcó. ¡Qué existencia la nuestra entónces! Cada hogar era una morada de lágrimas; el padre de familia estaba proscrito o jemia entre prisiones, la madre lloraba sin consuelo i los hijos apénas tenian pan. Los orgullosos vencedores nos miraban con desprecio, hasta los niños patriotas que concurríamos a la escuela nos veiamos humillados por nuestros propios compañeros pertenecientes a familias realistas. ¡Pero llegó un dia la noticia de la victoria de Chacabuco i todo cambió para nosotros! ¡Nunca veré entusiasmo igual ni alegría mas estrepitosa i espontánea en sus manifestaciones! ¡El noble i el plebeyo se abrazaban en medio de las calles, los niños gritábamos a las puertas de nuestras casas sonoros vivas a San Martin i a

la patria! ¡Por todas partes se veian rostros animados por el júbilo i el patriotismo! ¡La patria era para nosotros una deidad; las virtudes cívicas el incienso que anhelábamos quemar en sus aras!

¡Oh! el pueblo chileno era entónces mui feliz! Los que no hemos alcanzado esa época de gloria, no podemos sino mui remotamente comprender el gozo que animaba entónces el corazon de nuestros padres!

II.

Pero en medio del jeneral alborozo que reinaba, dos hombres esperaban en un sombrío calabozo de la cárcel de Santiago la hora en que habian de marchar al patíbulo. Aquel dia era el último en que verian ponerse el sol al traves de los hierros de su prision. Al siguiente la mano de la justicia cortaria sin remedio el hilo de su miserable existencia.

Amargos i sombríos eran sus pensamientos; la esperanza les habia cerrado sus puertas i, prontos a comparecer ante el inexorable tribunal de Dios, sus miradas se fijaban con horror en un pasado de sangre i de odios, cuyo peso oprimia dolorosamente su alma.

Pero entre estos dos hombres habia una notable diferencia. El uno era un criminal vulgar i miserable, el otro un fanático sombrío; el primero estaba despechado i cobarde, el otro aguardaba la muerte con austera resignacion; blasfemaba el uno, el otro oraba en silencio; aquel injuriaba a sus jueces, éste no proferia una sola queja por mas que repitiese que como prisionero de guerra no era justiciable ante los que lo condenaban a morir. El primero era el sarjento de Talaveras Villalobos, el segundo el capitan don Vicente Sambruno, el inexorable perseguidor de los patriotas, el terror de Santiago pocos dias ántes....

Estos dos hombres, víctimas ámbos de un vuelco de la fortuna, i ámbos criminales aunque por distintos móviles, omnipotentes casi ayer, se veian de súbito en la mas miserable de las situaciones. Iban a morir i sus nombres pasarian a la posteridad, cargando las maldiciones de toda una jeneracion.

Si Villalobos temblaba ante el cadalso, Sambruno lo veia acercarse resignado, como si su vida no hubiera podido aguardar otro fin, como si se cumpliera en él el decreto de una fatalidad implacable contra la que era vano intentar resistencia.

Villalobos recordaba su poderío de pocos dias ántes, sus sueños de ambicion, sus amores i sus placeres; Sambruno repasaba su vida, contando una a una sus faltas, recordaba la paz del convento donde consagró a Dios su primera juventud, sus oraciones, su fervor, las rudas i terribles penitencias a que allí se habia entregado; en pos de su vida de monje se agolpaban a su mente los

recuerdos de su existencia de guerrero, la sangre derramada en la lucha, la que sin necesidad vertia despues de la victoria. Sus manos palpaban sangre, a sus ojos se ofrecian las sombras de sus víctimas i estas amargas memorias acibaraban sus últimos instantes.

Entónces se preguntaba con pavor si no le habria valido mas acabar sus dias orando en vez de recorrer el mundo para dejar en pos un nombre odiado en la tierra i hallar en el cielo mayor severidad en el Juez Supremo, ante quien iba a comparecer con tantos reatos sobre su conciencia?

—¡Oh! que al ménos me purifique mi fin! se habia dicho; i aceptando la muerte como una expiacion, se entregó sin reserva a la direccion del piadoso sacerdote que lo consolaba en sus últimos momentos.

Tal era la situacion de ámbos reos en el momento en que los presentamos en escena.

III.

En un extremo del calabozo se levantaba un altar pobremente decorado. A la muribunda luz de dos cirios colocados en sendos candeleros de cobre, se veia un devoto crucifijo de vara i media de alto, obra de un escultor quiteño, escasa de arte en verdad, pero no falta de cierta expresion tierna i dolorosa que daba al rostro de la sagrada imájen un no sé qué que inspiraba confianza i amor al que murió en la cruz por rescatar a los hombres. Vista a aquella luz el crucifijo de que hablamos, infundia al corazon santos i piadosos sentimientos. Sambruno, que no apartaba los ojos de aquel improvisado altar, parecia pedir a los cielos la misericordia que no alcanzaba a esperar de los hombres.

Los dos prisioneros guardaban silencio; entre tanto los vivas a la Patria que sonaban fuera, llegaban de cuando en cuando a los oidos de los condenados, produciendo en su alma impresiones dolorosas, aunque de distinta índole en ámbos.

—¡Miserables insurjentes! exclamaba Villalobos al oir los gritos del pueblo. Hoi nos insultan i ayer no mas temblaban ante nosotros....

—Calla, respondió Sambruno, calla i resígnate a tu suerte.

—Injusta suerte, ¡vive Dios!

—No es hora de lamentos, Villalobos, sino de prepararnos a morir como cristianos i españoles. Esos hombres que temblaban ha poco delante de nosotros, deben vernos subir serenos al cadalso que nos preparan.

—¡Pero morir así!

—No envilece el cadalso a los militares que saben morir con valor. Acuérdate que ese pueblo sediento de nuestra sangre,

piensa quizas hallarnos débiles i menguados en la última hora.

—¡Canallas!

—Acuérdate tambien que somos cristianos i debemos morir perdonando, respondió Sambruno con severidad.

—¡Bien se conoce que fuisteis fraile, don Vicente!

—Sí, lo fuí, dijo Sambruno con tristeza, i no debí nunca dejar el sayal que una vez vestí. Pero ¡ai! tenia pasiones demasiado ardientes i bajo el santo hábito que cargaba, latia demasiado estrecho mi corazon. ¡Qué quieres! Fervor de mozo, desengaños de la vida, qué se yo que fué lo que me llevó al claustro.... Allí pronuncié mis votos i no era feliz.... Mi alma enérjica sintióse de repente entusiasmada al oir los ecos del clarin que convocaba a los hijos de España a lidiar contra ese monstruo de ambicion, contra ese Napoleon, jacobino disfrazado que derribaba tronos i levantaba altares. Mi patria jemia opresa, llamaba a sus hijos con lágrimas, i no pude hacerme sordo a su clamor. Habia nacido para la guerra e inconsideradamente me alisté en la milicia de los altares. Dudé mucho ántes de abandonar mi convento, vertí lágrimas de sangre, jemí, oré pidiendo el auxilio de los cielos para vencer la tentacion de gloria mundana que venia a llamar a las puertas de mi santo retiro. Pero los cielos estuvieron sordos; talvez no supe invocarlos con el fervor de las almas puras, con la confianza del niño que se dirije a su padre. Llegó un dia en que me dije: ¡no puedo mas! Postréme ante el altar donde tantas veces habia pedido consuelo.... pedí entónces perdon de lo que iba a hacer.... i dos dias despues el fraile se habia trocado en soldado.

—Esa es la historia de muchos, interrumpió desdeñosamente Villalobos.

—Lidié, prosiguió Sambruno, como muchos otros hijos de España; fuí un leon en la pelea i ¡Dios me lo perdone! un tigre en la victoria.

—Eran franceses, eran enemigos alevosos de España los que inmolabas a tus furores, interrumpió Villalobos, irritado con los recuerdos que evocaba su compañero.

—¡Eran hombres! prosiguió con tristeza Sambruno, i yo me engañé en ellos.... pero ¡ai! ¡estábamos ciegos! ¡Dios mio! despues he estado ciego tambien!

—¡Ciego! repitió admirado Villalobos.

—Sí, ciego i mui ciego, porque seguí siendo cruel, porque traté a los insurjentes de América como a los soldados de Napoleon, el invasor de España.

—Eran rebeldes i todo se lo merecian.

—Sí, habian levantado bandera contra su lejítimo soberano; querian derribar un trono tres veces secular, alzarse los hijos contra los padres, hollar en un dia de delirio los sagrados lazos de la gratitud i la sangre. ¡Los insurjentes! Ellos olvidaban que nosotros trajimos a estas rejiones la luz del Evanjelio i planta-

mos la Cruz donde se tributaba inmundos cultos al demonio;... todo lo olvidaban i yo queria refrescarles la memoria, reduciendo a esos ingratos al freno de la obediencia. ¡Ah! Villalobos, en los combates fuí un terrible enemigo; pero ¡a cuántos no he inmolado a mis furias, cuando débiles e inermes me pedian la vida!

—¿Te remuerde acaso aquello? preguntó Villalobos con sarcasmo.

—Sí, amigo mio, i ¡ai de tí en la otra vida si no lloras en ésta el asesinato de aquellos patriotas que inmolamos a pocos pasos de aquí!

—Querian sublevarse; justa fué su muerte.

—No tal, tú fuiste el que por medio de tus satélites les hiciste concebir falsas esperanzas.... ¿qué prisionero no ansia por la libertad? ¿quién no desea romper sus cadenas? Los infelices cayeron en el lazo, víctimas de tu astucia infernal!

—¿Soi yo acaso el solo reo de ese crímen?

—Tienes razon; yo tambien soi responsable porque no debí permitirlo. No inventé esa tramoya del infierno, no la inventé yo, bien lo sabes Villalobos; pero por mi desgracia no la impedí, ¡maldita sed de sangre! ¡malditos odios que así ennegrecen la conciencia!

—¿Es decir que ahora lo lloras?

—Sí.

—Pues, es tarde.

—Tarde, sí, para alcanzar piedad de los hombres; pero a tiempo para lograrla de la misericordia de Dios! He sido mui criminal pero espero ser perdonado en el tribunal del Juez Supremo.

—¿No habrá entre tanto un amigo que arriesgue la vida por libertarnos?

—Nó, Villalobos. ¡Estamos solos!

—¡Solos!

—¡Sí, solos! Nuestros amigos harto harán con salvarse a sí mismos. No esperemos en ninguno de ellos. Nuestro poderío, tan grande ayer, se ha disipado como se disipa en la atmósfera una tempestad de verano; hoi no nos resta otra cosa que pedir al cielo perdon de nuestros crímenes.

—¡Ah! ¿por eso hiciste llamar a ese fraile? ¿no te bastaba con el que teníamos? ¿era preciso traer acá otro de esos cuervos siniestros que anuncian la muerte con su presencia?

—El fraile a quien he mandado llamar, respondió Sambruno, tiene que perdonarme mucho en la tierra.

—¿Vas a pedirle perdon?

—¿I por qué nó?

—Eres débil.

—Quiero morir como un valiente, i para eso necesito morir como cristiano.

Villalobos lanzó al aire una carcajada infernal. Era aquella la

risa del réprobo que en la última hora de la vida osa todavía blasfemar de Dios.

IV.

Así conversaban los reos cuando se presentaron en el calabozo dos frailes de noble i venerable aspecto. Vestian el hábito de San Francisco que llevaron en América los grandes i eminentes prelados.

El mas anciano de los dos revelaba en su faz la santidad i la mansedumbre. El aspecto del otro era ménos austero, bien que no se notaba en él nada que desdijese de la santidad del sayal seráfico.

El fraile anciano llevaba el nombre tres veces venerable de frai Pedro Nolasco de Zárate; el otro se llamaba frai José Javier Guzman, i era entre los patriotas un mártir de sus ideas i para Sambruno una víctima en quien se habia ensañado cruelmente.

—¡Venis al fin, padre mio! exclamó Sambruno viendo entrar al padre Guzman.

—Sí, hermano respondió el relijioso, i seré mui feliz si puedo daros algun alivio en el apurado trance en que os hallais.

—¿Entónces me habeis perdonado?

—¡Nunca os tuve odio!

—¡Oh! ¡bendito vos! ¡no me odiabais cuando yo tanto os aborrecia!

—¡Qué quereis, hermano! interrumpió el padre Zárate; los hombres de guerra pueden guardar rencores i animosidades, nosotros los frailes no tenemos mas destino que perdonar.

El padre Guzman estaba profundamente conmovido. Sus ojos, anegados en lágrimas, revelaban mas de lo que hubiera podido decir en un largo discurso.

—Padre, continuó Sambruno, os he llamado para pediros perdon, pues *sois la persona a quien mas he perseguido en Chile.* (1)

—¡A mí! exclamó sorprendido el franciscano.

—Sí, os odiaba, porque vos, en el púlpito i en el ejercicio privado de vuestro ministerio, erais el apóstol de las nuevas ideas que ¡plegue al cielo no traigan la ruina de esta hermosa tierra!

—La libertad i la independencia nos traerán la dicha, respondió Guzman, picado en su orgullo de patriota.

—Dios unje a los reyes i los envia para caudillos de sus pueblos, i la caida de los tronos trae en pos la de los altares, dijo Sambruno.

—No lo temais, don Vicente; respondió el relijioso mas sereno. El cristianismo es la obra de Dios i sobrevivirá a la caida de todos los tronos. Ademas, Dios envió a Israel los reyes como un

(1) Histórico.

castigo por su poca sumision a los profetas que en su nombre lo gobernaban.

—¡Cuidado, padre mio, cuidado! Mirad que el trono es i será siempre una institucion divina, establecida no, como decis, para el castigo, sino para felicidad de los pueblos. Un dia, como aquí ahora, se llamó en Francia verdugos i tiranos a los unjidos del Señor. Hombres impíos i sin lei llevaron su mano sacrílega sobre el hombre virtuoso que gobernaba a sus pueblos como un padre a sus hijos. Era yo jóven i cuando oí referir con espanto que habia rodado en el patíbulo la cabeza de ese rei mártir, me extremecí todo, no pudiendo comprender cómo el cielo no destruia con sus rayos esa nacion rejicida manchada con la sangre del mas justo de los hombres. ¡Ah! los que habian derribado el trono borraron el nombre de Dios de sus leyes, quemaron los templos i degollaron a los ministros del Evanjelio; con el trono cayó el altar, i este doble sacrilejio trajo a la Francia el mayor de los castigos. Esa manada de lobos rabiosos, hartos ya de derramar sangre inocente, faltos ya de víctimas que inmolar, comenzaron a devorarse los unos a los otros i las cabezas caian i la sangre corria a torrentes, las teas incendiarias abrasaban cuanto habia quedado en pié, i ninguno de esos ciegos veia en eso la mano que los heria porque habian olvidado hasta el nombre de Dios. Frescos están los hechos, padre mio; i el mismo castigo aguarda a los que abandonan a sus reyes, a los hijos ingratos que reniegan de sus padres.

Sambruno hablaba con voz alterada; su rostro amoratado revelaba la emocion que dominaba su alma fanática. Habia tal conviccion en su acento, que ninguno de los dos frailes se atrevió a interrumpirlo, temeroso de exacervar la indignacion que lo devoraba.

El padre Guzman, como mas jóven i patriota mas exaltado aun que su compañero, rompió al fin el silencio que habia seguido a estas palabras de Sambruno, respondiendo a ellas con acento firme aunque lleno de evanjélica moderacion.

—¡Por Dios, don Vicente, no nos equipareis a los revolucionarios de Francia, a esos hombres impíos que comenzaron su obra de destruccion negando a Dios i destruyendo su culto! Los republicanos de América guardaremos incólume la fé de nuestros padres, sabremos mostrar al mundo que para ser cristiano no es necesario doblar la rodilla ante un rei, i probar a los adoradores del derecho divino que la república es el gobierno que mejor se aviene con las máximas del Evanjelio.

—¡El porvenir lo decidirá! respondió Sambruno con voz apagada i lúgubre.

—A él me remito.

—Vos sois jóven i os queda vida para ver si me engaño o nó; yo, pobre de mí, tengo contados mis momentos demasiado preciosos para perderlos en inútiles discusiones. No hai ya tiempo

para que ninguno de los dos convenza al otro; yo moriré fiel a mi rei, servid vos a esa patria que ahora creais, no sé si para bien o para desgracia de estas bellas rejiones. Servidla como hombre, servidla como ministro del altar, cumplid, en fin, vuestra mision en la tierra, mejor que yo he cumplido la mia. Habeis venido a mis ruegos, añadió conmovido, i ya puedo morir tranquilo. ¡Ai, padre! bien puedo deciros en este instante supremo: nadie os hizo tanto daño como yo, pero vos ¿no es verdad que me habeis perdonado?

—¡Hermano mio! exclamó el padre Guzman tendiendo sus brazos a Sambruno.

Pero el altivo español, el cruel i fanático capitan de los Talaveras, no respondió a esta fraternal i amorosa invitacion, estrechando contra su pecho al que tan de veras le abria los brazos. Cristiano humilde ante todo, no quiso dejar una duda sobre su arrepentimiento i se postró en tierra para besar los piés del franciscano, que en valde quiso sustraerse a esta manifestacion.

—¡Oh! levantaos, don Vicente! exclamó el padre bañados los ojos en lágrimas.

—No me levantaré sin que ántes me hayais bendecido.

El fraile bendijo a Sambruno, atrayéndolo despues con la mayor ternura a su pecho.

—Yo fuí, prosiguió Sambruno, el que os hizo salir moribundo de Rancagua; yo el que os confiné al sombrío e insalubre convento de San Pedro Alcántara, yo, en fin, el que os procuró tan malos tratamientos de parte de vuestros mismos hermanos en relijion, a cuya guarda os confié en Chillan. De cuanto mal os ha acontecido en los últimos años, yo he sido la única causa.

—¿A qué hablamos de eso cuando todo lo he olvidado?

—¡Sí, olvidado para siempre! exclamó entusiasmado el padre Zárate confundiendo en estrecho abrazo al infortunado Sambruno i a su amigo i compañero de relijion;—olvidado para siempre!

—¡Así olvide Dios mis grandes pecados! respondió Sambruno.

Excusado es deciros, añadió Guzman, que estaré con vos hasta vuestra última hora.

—¡Gracias, padre mio, gracias! pero ya no nos volveremos a ver en la tierra. Vuestra presencia en mis últimos instantes seria un dolor mas, pues me recordaria que ya es tarde para resarciros el mal que os he hecho. Recordadme, sí, en vuestras santas oraciones.

—No me olvideis tampoco en las vuestras don Vicente.

—Pobre pecador ¿qué puedo prometeros?

—Dios os llama a su reino, capitan Sambruno, i estareis en buen lugar, dijo Zárate. Mas que cruel, habeis sido un alma extraviada.

—Cruel no era; *me perdió un celo excesivo*, (2) un sentimiento

(2) Histórico.

exajerado de lealtad hácia mis reyes. Al fin Dios me ha de juzgar, i él tendrá compasion de mí.

Un cuarto de hora despues el padre Guzman se despedia de Sambruno i Villalobos, que mudo testigo de esta escena no habia desplegado sus labios en toda ella. Zárate pasó la noche en compañía de los reos.

Cuando al dia siguiente marchaban al patíbulo estos dos famosos españoles, el sanguinario Villalobos distaba mucho de la serenidad que demostraba su compañero. Al salir de la cárcel, repetia las palabras con que despidiera el dia anterior al padre Guzman:—"*¡Un excesivo celo me ha perdido!*"

ENRIQUE DEL SOLAR.

SOLA I TRISTE.

Caminito de la playa
Sola i triste va la niña
Canta amores, llora ausencias
!Pobrecita! ¡Pobrecita!
Ni en sus ojos hai contento,
Ni color en sus mejillas,
Ni en sus labios purpurinos
Se estremece la sonrisa.
En la senda la mirada
Lleva fija.

Ni los trinos de las aves,
Ni el susurro de las brisas,
Ni las nubes, ni las flores,
Ni las aguas cristalinas
Lenitivo son al llanto
Que derraman sus pupilas.
No ve nada, nada escucha.
Sola i triste va la niña.
Canta amores, llora ausencias
¡Pobrecita!

Ya la arena de la costa
Con su planta breve pisa,
Ya sus formas se dibujan

De las aguas en la orilla
I en su torno leves dejan
Las espumas blancas cintas.
Se detiene, mira al cielo
Que retratan sus pupilas
I en el borde de las ondas
Se arrodilla.

Reza i llora, ni una queja
Por sus labios se desliza.
Pasajero, ten la marcha
Calla, escucha, piensa, mira.
Que quien sufre por amores
I en sus penas se resigna
Por la senda del martirio
A la gloria se encamina.

. . . . . .

. . . . . .

Por la arena de la playa
Sola i triste va la niña.
Dios bendice los acentos
Que suspira.

Santiago de Chile 1876.

FEDERICO CERVI CAMPASOL.

JUAN DIENTE.

(A MI QUERIDO AMIGO CALIXTO AVENDAÑO.)

En estos calamitosos tiempos que alcanzamos, i digo así porque se me ha ocurrido que si todos les dan algun epíteto ingrato, no encuentro para que yo me quede atrazado i no les cuelgue el mio aunque me parezca un desatino; en estos tiempos, pues, no sé porqué a la jente se le ha puesto en el meollo que no son los amigos como debieran, sino tan celosos de la honra i engrandecimiento del prójimo i tan benéficos para poner de manifiesto las cualidades que adornan su sér moral, como la langosta que deja

en descubierto la sábia de los árboles, comiéndose la corteza que la cubre por su propia conveniencia; i que es preciso, por consiguiente, no olvidar jamas aquella estrambótica máxima de La-Rochefoucault, que dice: "Trata a tu amigo como si algun dia hubiere de ser tu enemigo," la cual no resiste sin desaparecer, algunos momentos de exámen porque expresa en su principio i su término dos cosas que nunca podran avenirse bien puesto que son incompatibles.

Raras veces falta un majadero que lo hostigue a uno i lo saque de sus casillas, dale que le darás repitiendo:

—"Cuento con los amigos."

—"En amigos pocos i buenos."

—"Prefiere tener confianza en tu mas feroz enemigo que en el amigo hipócrita que te da cariñosamente la mano i te adula en tus barbas i a punto seguido se mofa de tí en cuanto has vuelto las espaldas."

—"Guárdate, Pedro, de la pedrada de tu concinera, que ella sabe donde tienes la postemilla i ha de acertarte una mui fiera."

Uno habla aquí pestes de los amigos, otro allá, acullá otro; en fin, una cáfila de majaderías capaces de acabar con la paciencia.... no digo de Job porque me quedaria corto.

Si tratamos de indagar concienzudamente hasta qué punto la jente tiene razon en esta materia, no dejaremos de reconocerle alguna.

Los amigos son los que tienen cabal conocimiento de nuestras acciones, de nuestras palabras, de nuestra vida toda; i por tanto, los medios mas fáciles para denigrarnos cada vez que se les antoje, si sucede que son unos bellacos; pues, conociendo nuestra vida, conocen así mismo ciertas flaquezas de que el hombre a menudo se ve presa apesar de su buen sentido i de su voluntad que a ellas se opone, i que no siendo otra cosa que lijeros defectillos, son fáciles de ser abultados por la malevolencia de los pillos.

Sin embargo, esta razon contra los amigos no vale sino para determinada clase de jente: para aquella que encuentra en sí un buen número de bribonadas de que arrepentirse; i bien se comprende que no debemos tener por consejero a la de tal calaña, pues está mejor para recibir que para dar consejos.

Tomemos ahora en cuenta otra razon contra esa especie de desconfianza hácia los amigos.

La jente llama misántropo al individuo que, del trato de la sociedad cansado, se aparta con su propio hastío a la soledad para reirse de los hombres a sus anchas. I si los amigos son tan perniciosos, como se dice, ¿qué causa habria, siquiera un tanto aceptable, para motejar con ese desprecio a un sujeto de tan sano juicio que se esconde con tiempo de ellos?

Ademas, el hombre es naturalmente sociable, lo que no necesitamos probar por estarlo ya superabundantemente; debe, pues,

estar en la sociedad i tener ahí amigos so pena de verse obligado en el caso contrario a finjir de contínuo amistades que está mui léjos de cultivar con sinceridad o deferencias que está mui distante de sentir; a ser un hipócrita redomado; i entónces llegariamos a sacar por consecuencia que todos los hombres son hipócritas, lo cual está tan léjos de suceder, como el que esto escribe de aborrecer a las buenas mozas o de salir a la calle como su madre lo echó al mundo.

El principio a que yo arribo es que no debemos temer a los amigos, sino mucho a nosotros mismos, que somos la causa primera de nuestras desgracias.

Ved con cuanta satisfaccion el hombre honrado que nada tiene que reprocharse, que ninguna accion encuentra en su vida que se le pueda enrostrar como mengua i vilipendio, ved con cuanto cariño i lealtad tiende la mano al amigo: ved que mañana ese amigo tan francamente acojido le lanza una pública calumnia. ¿Creeriais que ese hombre de bien se ha inquietado? No tal. Ved lo que dice:

—"¡Cuánto siento que ese infeliz sea digno nada mas que de la tacha de falsario i calumniador! ¡Ojalá Dios le perdone como gustoso lo hago yo!"

I sin trabajo ni rencor, su corazon tranquilo olvida al instante a la víbora que ha tratado inútilmente de morderlo.

Ved ahora al hombre indigno del título de caballero que la jente le da porque ignora las malas acciones que él ha sabido ejecutar con sijilo; ved sus reflexiones al encontrarse con sus amigos:

—Estos bribones me conocen: felizmente yo los conozco bien a ellos, i si algun dia se les ocurriere la mala idea de descubrirme, habremos de ver quién descubre mejor las bribonadas de quién.

I se llega a ellos con el recelo en el corazon i con la finjida risa en los labios, ocultando sus malignos pensamientos, así como oculta el presidario fugado, bajo un flamante gaban, la marca infame que al fin ha de delatarlo.

Ved las reflecciones mentales de los amigos que lo reciben:

—¡Ah! malvado, quien no te conozca que te compre; nos conoces pero te conocemos.

No hai deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, i el plazo de la hipocresía ha llegado a su término.

Un dia cree uno de esos amigos estar seguro de que a él no podrán descubrirlo i, presidario tambien, arranca el gaban al hipócrita i muestra la terrible marca.

La máscara ha caido i se ve la corrupcion.

El desenmascarado no puede defenderse i a su vez descubre con vileza al que se creia inmune.

Tan cierto es que los pícaros se confunden mútuamente; tan cierto es que el hombre honrado no tiene por qué, ni debe temer

a los amigos; tan cierto es que lo que debemos temer son nuestras acciones propias.

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que el hombre honrado, so pretexto de que no tiene nada que temer de los amigos, se ponga a jugar como chiquillo a la *gallinita ciega* i al primero que pille le eche encima el título de amigo, i le conceda las prerrogativas de tal, nó: eso seria cometer una insensatez de marca mayor, una ridiculez injustificable; podria suceder que se atrajera la compañía de un farsante, i hai que tener respeto por la frase familiar de: "Dime con quien andas te diré quien eres" que desgraciadamente ha nacido de la maldita propension del prójimo a juzgar mal del prójimo con preferencia a bien.....

.....

Tales eran los pensamientos acerca de los amigos, que hace algun tiempo leia yo con sumo placer en una carta mui cariñosa de mi inolvidable maestro i compañero Juan Diente, cuya amistad me servia de honra i provecho a la vez, i que hoi no me es dado cultivar, pues dichoso o infeliz, él salió de este mundo en el *coupé* de los que se van, llamado unánimemsnte ataud, para ir a conocer el término de su carrera.

Hoi he querido rendir un testimonio de gratitud al que siempre que pudo estuvo a mi lado i principalmente en los momentos en que era preciso detenerme en el mal camino de las ideas extravagantes, sin aguardar otro mayor premio que verme hecho hombre por sus enseñanzas.

No alcanzó en esta terrenal vida lo que esperaba, i ello fué causa de profunda pena cuando oyó que le tocaban su hora en el reloj anunciador de nuestra libertad; hora que los séres han dado en llamar *muerte*, asociándole ideas tristes, jemidos, llanto i pavor, i que Juan Diente llamaba la hora de la verdadera vida.

La mundana para él no era otra cosa que una horrible pesadilla comenzada en el instante en que el alma se duerme, es decir, al punto de nacer el individuo; continuada en el momento en que puede decirse principia: cuando creemos llegar al uso de la razon; i cuyo término está a la hora del despertar, cuando en la última convulsion de la agonía nos encontramos en nuestra verdadera patria.

Ese testimonio de reconocimiento son estas líneas trazadas por la tosca pluma que tantas veces guió; líneas en las que ya he comenzado a dibujar algunos rasgos de su carácter, i que me ha parecido bien encabezarlas por esos pensamientos suyos sobre los amigos que son fiel imájen de su alma grande i noble, apetecedora de la verdad en donde quiera se encontrase, sin distincion de partidos políticos ni de sectas.

Juan Diente: tú ya vives la verdadera vida. No sé si me ves, no sé si me oyes; mas si ello sucede, dispénsame que me haya atrevido a ensalzarte, cuando conservo el imperecedero recuerdo

de tu modestia que te hacia despreciable cualquier elojio a tu persona por mui justo que fuera.

Yo estoi aun continuando mi pesadilla, aun no he despertado como tú, i me siento impulsado a tratar de tus méritos.

Nació Juan Diente, i esto no es raro, con los ojos abiertos, creció como todos crecen, vivió como viven pocos i murió como no muere ninguno, murió sin haber cambiado de ideas en tiempo alguno, ni por mujer o macho, ni por el oro.

Por lo primero dió el laudable ejemplo de que el hombre de convicciones arraigadas debe mantenerlas i acatarlas; pues el que a mujer cede, es mas débil que mujer, i el que a hombre, es el mas despreciable de todos; porque si quien insta es un miserable, es un canalla el que cede. Por lo segundo, dejó bien probado que todavía existen sujetos que tienen a gran mengua ser mercaderes de ideas.

¿Qué elojio digno podria hacer de él que no fuera pálido, ante la realidad de lo que fué esa figura en cuanto a intelijencia i nobleza? ¿Decir que fué bueno? ¿que fué notable? ¿que fué ilustrado? ¡Ah! nó; eso no basta. Hai algo mas grande, mas sublime que mi mente apénas concibe, que mi pluma no puede escribir.

Ese hombre jamás debia de haber muerto para consuelo de los que poseen las virtudes de que el fué emporio, pero murió, i murió jóven.

¡I tanto truhan que llega a viejo!

Ese hombre era lo que hoi llaman orijinal muchos que ocultan la cola en los pantalones para que no llegue a descubrirse que son animalitos de Dios, i a quienes si no les salen cuernos en la frente es por pura misericordia divina.

Cuántos años estuvo en su pesadilla terrenal imposible seria decirlo con fijeza, porque jamás pude saberlo de él mismo. Decia:

—El mundo ha dado en poner edad a la pesadilla en que está envuelto, pues póngame la que le parezca.

Diez o quince años mas no le importaban un ardite.

Era indiferente para él este asunto, i recuerdo que se reia de la mala idea de cierta clase de jente, que pretende a toda costa ser retrógrada en edad en este favorecido siglo XIX, en que progresan a la par las ciencias i las artes liberales.

Recuerdo que Juan Diente, contándome algunas peripecias a que daba efecto la manía de disminuirse la edad, me referia algunos casos.

Hé aquí lo que a mí me ha sucedido.

Don Timoteo, caballero respetable por su trato, sus maneras i sus canas, preguntado por mí indiscretamente, lo confieso, acerca de su edad, me contestó un si es no es confundido:

—Mire Ud.... yo.... no puedo tener arriba de ... cuarenta años.... cuarenta años.... sí.

Por poco mi pícara lengua no le largó aquel terrible: "En cada pata" de nuestros campesinos.

—Voi a sacarle a Ud. la cuenta cabal, prosiguió don Timoteo. En *tal* acontecimiento ocurrido en fecha *tal*, tenia yo veintitres años; desde entónces han pasado diezisiete.... pues justamente.... tengo cuarenta.

—Pero, señor don Timoteo, el acontecimiento que Ud. indica tuvo lugar años ántes de la fecha que Ud. le ha designado.

—¡Qué sabe Ud. hombre, si en aquel entónces apénas si estaba Ud. en la mente de Dios....

—Pero señor, la historia lo dice.

—¡Eh! quite allá con su historia.

Hé aquí otro caso de nada envidiables consecuencias.

Don Toribio era el nombre de cierto sujeto que usaba peluca o *tapa-calva*, como quiera llamársele a esas abundantes cabelleras artificiales que tienen buena demanda, i de cuyo despojo se querellarán algun dia los muertos.

Don Tiburcio usaba un *tapa-calva* negro i bien trabajado; bigote usaba tambien, mas no postizo, i se ostentaba rubio apesar de que el semblante del caballero estaba como encarrujado, con altos i bajos, crestas i precipicios.

Cuando le indicaban que el bigote parecia no tener la edad correspondiente al rostro en que se encontraba, él semi-distraido decia:

—Qué quiere Ud.... el trabajo i las fatigas han arrugado mi cara i no la vejez, por eso no se me ve cano el bigote.

I uno se quedaba pensando en sus adentros:

—¡Con qué arte se lo pinta!

Fué el caso de que un dia creyó don Tiburcio que la peluca que acostumbraba llevar no era peluca ni cosa parecida i sí una cabellera natural de su desprovisto cráneo.

¿Qué sucedió?

Que al poco tiempo comenzaron a aparecer mechoncillos blancos, que don Tiburcio habia descuidado cortar convenientemente, por debajo de la peluca, i la jente decia:

—Vean, vean como está criando canas el *tapa-calva* de don Tiburcio.

I héteme aquí que se puso en ridículo.

Mas no fué esto todo.

Como se teñia el bigote para ocultar su verdadera edad, en una ocasion, despues de lavarse la cara, no se acordó de volverlo a poner rubio; de modo que de repente el bigote de don Tiburcio apareció blanco, bien blanco en las partes en que del todo habia salido el color i rubio en las otras.

Nuevas burlas i chanzas por este percance ocasionado por la necia pasion de aparecer de poca edad.

Mi amigo Juan Diente estaba a cubierto de tales chascos. Tanto le daba que lo hicieran de poca como de mucha edad. Sin embargo, alguna vez le oí decir:

—Prefiero que me pongan de mas, que si sobra podemos des-

hechar, miéntras que faltando no tenemos siquiera lo necesario.

Tal era su lójica.

Jeneroso i humanitario, jamas se burlaba de los defectos propios de un individuo, sino de todos en jeneral, designando igualmente los remedios que se debian usar para poner al mal un atajo seguro.

¡Con cuánto gusto escuchaba yo de su boca la lectura de algunas "Cartas trascendentales" de Castro i Serrano i las reflexiones que acerca de ellas hacia!

Mui sensato le parecia el siguiente párrafo de ese escritor, que se encuentra en la carta dirijida a la señora de Lopez:

"Principia Ud., señora, por decirme que es mui fácil poner faltas a todo, pero mucho mas difícil indicar el remedio. Tiene Ud. razon sobrada: i este achaque de que Ud. me moteja es cabalmente el cáncer de la época actual. Háse extendido i se arraiga mas cada dia la costumbre de desmoronar lo que mal o bien se mantiene derecho sin que nadie se tome el trabajo de poner puntales a lo que se derriba, ni de hacer presupuestos de reedificacion.

"Apénas apunta el bozo en la mandíbula de un muchacho aplicado; apénas habla sin tropezarse i escribe de corrido, cuando ya se lanza a periódicos i academias tronando contra todo lo que ve, contra todo lo que oye i contra todo lo que existe—para lo cual hai siempre datos de sobra porque en todo lo que existe, en todo lo que se oye i en todo lo que se ve abundan los defectos;—i ese muchacho adquiere popularidad, prestijio i hasta renombre cuando bien mirado no es otra cosa que un albañil científico, literario, político o social; es decir, un peon de palanqueta que tan distante se halla del arquitecto o injeniero como Ud., señora Lopez, de cantar misa."

Al terminar estas pocas líneas dedicadas a la memoria del maestro, del compañero tan querido, haré presente que era de una modestia llevada hasta su último grado i que al morir me legó ¡rasgo admirable de su amistad! todos sus importantes papeles, dejándome mui encargado que hiciese mias las ideas contenidas en ellos, i que nunca ni por ningun caso los hiciera aparecer a la luz pública con su nombre.

Santiago, Enero 21 de 1876.

ANTONIO ESPIÑEIRA.

JOSE MARMOL. (1)

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

I.

Intento por medio de este artículo dar a conocer un volúmen de poesías que dias há recibí i que he leido con algun detenimiento, deseoso de saber algo mas de lo que acerca del célebre poeta Mármol sabia. El aplaudido autor del inspirado canto *A Rósas*, mas que con tinta escrito, con un hierro candente estampado en la frente del tirano, goza de fama, no sólo americana, sino tambien europea; i pues en Europa se ha impreso el libro de que hablo, paréceme conveniente ver de qué manera ha llevado a cabo el editor su obra, i examinar si en la coleccion aparece el autor tal cual es, con toda su grandeza i todos sus defectos.

Mármol es uno de los poetas sud-americanos mas justamente celebrados, i algunas de sus poesías son dignas de los mas preclaros injenios españoles contemporáneos, por la viveza i el atrevimiento de sus imájenes, la enerjía de su expresion, la elevasion del pensamiento, no ménos que por la robustez i sonoridad de sus estrofas. Popular es en toda la América española i el célebre canto que dejo mencionado, hasta los niños lo repiten, porque basta leer una sola vez las dantescas imprecaciones de que está salpicado para que queden grabadas en la memoria ménos feliz. No hubiera escrito un solo verso mas, i esas magníficas estrofas, en que brilla con lujosa esplendidez riquísima inspiracion, le darian derecho a figurar entre nuestros mas afamados vates. Por lo que a mí toca, injénuamente confieso que jamás he podido leerlas o recitarlas sin sentir mi pecho ajitado por la tempestad de volcánico ódio contra la tiranía i los tiranos; que nunca han llegado a mis oidos esos nobles i patrióticos acentos sin que se haya despertado en mi espíritu la mas viva i ardiente admiracion por el gran patriota que, en la flor de su edad i cuando acababa de desplegar las alas de su vigoroso númen, vióse arrastrado a oscuro calabozo, porque, como el mulato Plácido, amaba la libertad del suelo en que vió la luz primera; i allí encerrado, desafiaba la rabia i el furor del tirano escribiendo en las sombrías paredes que le rodeaban esta valientísima apóstrofe:

(1) OBRAS POÉTICAS I DRAMÁTICAS *de José Mármol, coleccionadas por José Domingo Cortés, caballero de la órden de la Rosa del Brasil.*—Paris, Librería de A. Bouret e hijo, 1875.

Muestra a mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon:
¡Bárbaro! nunca matarás el alma
Ni pondrás grillos a mi mente, nó.

Quien este cuarteto escribia, tenia solo veinte años i ya habia apurado el amargo cáliz de la persecucion. Habia nacido liberal i poeta, i su alma jenerosa padecia al sentir sonar las cadenas que el despotismo de Rósas arrojaba sobre la altiva *emperatriz del Plata*, miéntras la juventud arjentina dejaba los patrios lares para comer en extrañas playas el pan amargo de la proscripcion.

El despotismo odia los grandes injenios, como si presintiera que en ellos ha de encontrar poderosa valla para sus sanguinarios caprichos.

Nació Mármol el 4 de Setiembre de 1818 en la ciudad de Buenos Aires i perteneció por tanto a esa noble jeneracion de escritores, tribunos i poetas que durante una larga série de años minaron con la pluma o con la espada, desde el destierro o en los campos de batalla, la sangrienta tiranía de Rosas: fué contemporáneo de Echeverría, Rivera Indarte, Gutierrez, Dominguez, Varela, Alberdi i otros patriotas ilustres. Desde las aulas comenzó su lucha tenaz contra la tiranía, lucha que sólo terminó con la batalla de Monte Caséros, en que el pueblo arjentino hizo trizas las cadenas con que Rósas le oprimia; i él, como Florencio Varela, queria, ante todo, "hacer conocer la verdad, para que el mundo comprendiera el sistema antisocial, irrelijioso, aniquilador de todo principio de órden i de prosperidad que representaba don Juan Manuel Rósas; atraer sobre ese coloso del crímen la reprobacion de todos los hombres honestos i veraces, de todos los gobiernos civilizados i cristianos; promover contra él una liga de reprobacion universal, que le marque como declarado enemigo de Dios i del jénero humano; que le declare tiránico usurpador de un poder que no es suyo, i le retire las consideraciones i el trato de que solo son dignos los hombres i los gobiernos que respetan la lei universal: una liga de civilizacion i de humanidad que rescate esa mísera capital de Buenos Airaes, esos desolados pueblos arjentinos, de la sima sangrienta que va cegando con cabezas humanas; i quebrante en las manos del público asesino el puñal con que amenaza i aniquila."

Mármol estudió alternativamente en las escuelas de Buenos Aires i Motevideo, en la patria i en el destierro.

La flor de sus mejores años la pasó en suelo extranjero i desde allí lanzaba sus terribles apóstrofes contra el *gaucho* Rósas. Desde Montevideo tiró al rostro del tirano su *Amalia*, que es todo un poema lleno de colorido i de vida en que se retratan con

admirable pincel las miserias de un pueblo que jime bajo la planta de un déspota brutal.

Amalia fué publicada por primera vez en el periódico *La Semana* i apénas principió a circular en Buenos Aires, Rósas la prohibió bajo severísimas penas. Leíasela, no obstante, a hurtadillas i esas brillantes pájinas contribuyeron no poco a mantener vivo e inextinguible i con fuego siempre creciente el odio a la tiranía. La pluma del poeta sabia convertirse en afilada espada que despedazaria las entrañas del tirano.

Amalia ha sido traducida en aleman i en frances, i plajiada con inaudito descaro por un escritor que goza de buena reputacion en Europa: M. Aymar. La audacia es tanto mas grande, cuanto que la celebrada obra de Mármol es, como queda indicada, en Europa conocida.

Mármol, que no podia luchar con la espada, hacia guerra sin tregua con su pluma a la tiranía. Fundó periódicos, que siempre redactó con brillo i valentia, i colaboró en otros. Su actividad estaba a prueba del cansancio i la fatiga: crecia con su ódio a los déspotas i su amor a la libertad. Escritor, poeta, tribuno, no permanecia ni un solo momento ocioso, i su palabra i sus escritos encendian en entusiasmo el pecho de los patriotas arjentinos que luchaban heroicamente en los campos de batalla, hasta que brilló la aurora del dia feliz que presenció la gran victoria de Monte Caseros.

En 1844 Mármol decidió recorrer las Repúblicas del Pacífico i se embarcó; pero tuvo que detenerse en mitad del camino i volver proas hácia el Brasil. Estableciόse entónces en Rio Janeiro, donde continuó su activa propaganda contra Rósas.

En el mar escribió *El Peregrino*, magnífico ramillete de poesías líricas que añadieron un nuevo laurel a su corona de poeta inspirado, audaz i grandioso. Su magnífico canto a la luz de los trópicos es una de las pocas composiciones en que se pinte la vírjen i espléndida naturaleza americana a la manera que la habia pintado ya Echeverría en su famosa *Cautiva*.

Despues de veinte años de destierro, volvió Mármol a su patria i entró nuevamente a la prensa. Fundó i redactó, entre otros periódicos, el *Paraná* i el *Uruguay*.

Escritor fogoso, dialéctico hábil, orador brillante, ocupó en su patria puestos distinguidos. Fué varias veces Ministro Plenipotenciario en el Brasil i el Uruguay i figuró como miembro de la Lejislatura Provincial i el Congreso Nacional, donde dió siempre muestras de vasta ilustracion al par que de un esquisito tacto político.

Desempeñó tambien el honroso cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

En los últimos años de su vida, como Milton, perdió la vista. Su espíritu jeneroso i abnegado se abatió un tanto i su inspira-

cion, léjos de haber adquirido mayores fuerzas, parece que perdió una parte de su vigor i esplendidez.

Tenia sólo veinticinco años cuando escribió el famoso canto *A Rósas.—El 25 de Mayo de* 1843, de que ya varias veces he hablado i hablaré todavía después: i el soplo de solas veintiseis primaveras habia acariciado su frente cuando llamó la atencion de propios i extraños con la publicacion de *El Peregrino*, poema en que, como dice el afamado historiador i poeta arjentino Dominguez, "están concentrados todos los sentimientos del alma arjentina en aquella época."

José Mármol murió el 9 de Agosto de 1871, a consecuencia de una enfermedad al corazon, i la sociedad entera regó su féretro con lágrimas.

La noticia de su muerte llegó al Congreso arjentino, de que era miembro, cuando éste celebraba sesion. Como una prueba de dolor por la gran pérdida que acaban de experimentar las letras americanas i la patria, la sesion se levantó inmediatamente.

El Gobierno, por su parte, ordenó que los edificios públicos mantuviesen todo el dia las banderas a media asta i que una salva de artillería anunciase la salida del fúnebre cortejo de la casa del ilustrado poeta.

A las 12 del dia 11 de Agosto los restos mortales de José Mármol fueron trasladados al cementerio, seguidos de uno de los mas numerosos concursos que haya visto jamás Buenos Aires en estas fúnebres ceremonias. Rodeaban el féretro una comision del Gobierno i la Cámara de Diputados, que asistió en cuerpo.

Al borde de la tumba que iba a encerrar el frio cadáver del que con sus cantos hizo durante varios años palpitar tempestuosos los corazones arjentinos, pronunciaron sentidos elojios don Bartolomé Mitre, a la sazon Presidente de la República, i el señor Dominguez, su Ministro de Hacienda.

Hé aquí como principiaba su discurso el señor Dominguez:

"A fines de 1838, cuando comenzaba nuestra larga época del terror, un jóven de veinte años era preso al salir del aula i encerrado en un oscuro calabozo. De ningun delito era acusado; pero la intelijencia brillaba en su frente i el amor a la libertad ardia en su corazon: i estas dotes, si no son crímenes, son sombras aterradoras para los tiranos."

Se sabe que el jóven a que el orador alude era Mármol, que a sus dotes de poeta, unia un patriotismo jamás desmentido.

Mármol, como Plácido, detestó la tiranía; pero Mármol parece haber bebido con la primera leche ese odio invencible que jamás desapareció de su pecho i que siempre le hizo intolerable hasta la sombra del tirano. No busqueis en sus versos la lisonja cortesana, insólita e infundada al poderoso, porque buscareis en va-

no: en esto se distingue del poeta de Matánzas, por mas que haya entrámbos muchos, muchísimos puntos de contacto.

Mármol detestó siempre de toda tiranía; pero su noble i jeneroso espíritu no se deleitaba en la contemplacion de cuadros de horror i de sangre. No era finjido su amor a la libertad ni era sólo aparato escénico su odio a la tiranía; pero era tambien real el horror con que miraba el puñal del asesino.

El heróico poeta cubano, así juraba ódio a muerte a los tiranos:

EL JURAMENTO.

A la sombra de un árbol empinado,
Que está de un ancho valle a la salida
Hai una fuente que a beber convida
De su líquido puro i arjentado.

Allí fuí yo por mi deber llamado
I, haciendo altar la tierra endurecida,
Ante el sagrado código de vida,
Extendidas mis manos he jurado:

—"Ser enemigo eterno del tirano;
Manchar si me es posible, mis vestidos
Con su excecrable sangre, por mi mano
Derramada con golpes repetidos;
I morir a las manos de un verdugo
Si es necesario por romper el yugo."

Leyendo tan atroz juramento, uno cree sentir las palpitaciones de furiosa hiena. Cada verso, cada palabra parece escrita con hirviente sangre africana. El señor Amunátegui transcribe este soneto i exclama:

"Este alarido de furor ataca los nervios, da miedo, causa vértigo. No es posible simpatizar con el individuo que lo ha proferido. Aquí no se ve al cristiano, sino al bárbaro. La conciencia de la humanidad no puede ménos de protestar indignada contra las ideas de Plácido sobre el tiranicidio. Es mui justo que se lance una reprobacion tremenda contra ellas; pero es menester acordarse de fulminar el mismo anatema contra las arbitrariedades de los gobiernos que, por sus desaciertos, convierten a los hombres en fieras. Los paises donde impera un réjimen abusivo i despótico se asemejan a las rejiones cubiertas de selvas i de montes: crian tigres i leones."

Así como ama la libertad el leon aherrojado, así la amaba Plácido; i para alcanzar a recobrarla, habria sido capaz de desgarrar las entrañas del déspota.

¿No se comprende esta sed de sangre?

La sangre embriaga como los licores alcohólicos i el amor de la libertad enloquece. Escuchad.

Un negro africano, que va a ser ajusticiado al dia siguiente, se halla encerrado en las cárceles de Puerto Rico. Con sus propias uñas i con la pieza de un reloj de bolsillo abre un forado i pasa a otro calabozo, en que está preso un español. El negro le invita a huir; pero el español se niega, a pesar de que tiene en su poder un pequeño instrumento con el cual puede limar sus cadenas. El dia se acerca i en breve llegará el carcelero. El negro jime i ruje alternativamente: su libertad está a un paso i no la alcanzará porque un blanco no quiere seguirle: en cambio, su cabeza rodará, algunos minutos mas tarde, en el patíbulo. Ruega, llora, amenaza; pero nada consigue. El blanco prefiere morir por su patria a huir clandestinamente. El africano se desespera, sus ojos se inyectan en sangre i parecen como querer saltársele de las órbitas; críspanse sus manos i rechinan sus blanquísimos dientes. Ruega por última vez, i como el blanco persiste en su negativa, abalánzase sobre él, ébrio de rábia i deseperacion, i echa por tierra al adversario: va a arrancarle ya el arma salvadora que romperá sus cadenas; pero el español, tenaz i duro como una roca, en un momento de vértigo, no pudiendo salvarla de otro modo, se la traga. El salvaje africano da un rujido feroz i suelta en seguida una carcajada estridente: furioso, terrible se precipita sobre el blanco, le arrastra por el suelo, le sacude, le deja sin sentidos, i sentándose sobre él, con los dientes i las uñas le abre el pecho, le desgarra las entrañas i saca del cuerpo palpitante aun el instrumento que ha de darle la libertad. Rompe con él sus cadenas i libre ya de los grillos que le aprisionan, salta a la calle, teñidos aun los dientes i las manos en sangre, i deja el destrozado cadáver en el silencioso i lúgubre calabozo.

Así amaba la libertad el mulato Plácido i eso explica su horrible juramento. Si para semejantes teorías es posible hallar justificacion, no se la encontrará en otra parte, como ha dicho el señor Amunátegui, que en los gobiernos brutalmente despóticos que convierten los hombres en hienas.

Pero, si Mármol abrigaba en su pecho un amor ardiente por la libertad de su patria, nunca jamás dejóse arrastrar a los extremos que Plácido, ni manchó con la sangre del crímen su gloriosa lira. Elevado i noble, marca con hierro candente la frente del tirano i a la altura de su majestuosa inspiracion le levanta para ofrecerle a la excecracion del mundo. Oid sus valientes e incomparables estrofas:

¡Miradlo, sí, miradlo! ¿No veis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro i arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente;
Ya viene a nuestros suelos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneracion! las olas del Plata le proclaman
I al Ecuador el eco dilátase veloz:
Los hijos de los héroes ¡veneracion! exclaman
I abiertos los sepulcros responden a su voz.

I mirando a su derredor, el poeta echa de ménos las nobles figuras de los patriotas que el tirano ha desterrado i lanza al sol la siguiente apóstrofe:

Emboza ¡oh, sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
Que hai manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, nó.

La luz de los recuerdos con que a mis hijos brillas,
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!
La emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre jemidos su dolorida voz.

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
¡Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldicion con él!

I luego, recordando al tirano de su patria i volviéndose hácia él, prorrumpe en sublimes i terríficos acentos:

¡Ah! ¡Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldicion;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito i ardiente te parta el corazon.
. . . . . .

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colon,
Salvaje, tú dormias tranquilo *solamente*
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañon.

I cuando tus hermanos al pié del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestian de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo
Por la desierta pampa llevabas tu corcél.

Tan solo *sangre* i *cráneos* tus ojos *anhelaron*,
I sangre, sangre *a rios* se derramó do quier;
I de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué fiera en tus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote la venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

¿Qué sér velado tienes que te resguarda el paso
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
Cuál es de las estrellas la que te alumbra, *acaso*,
Para pedir sobre ella la maldicion de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rujir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilon;
Cascadas i torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna, tremenda MALDICION!

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazon rechaza la bíblica induljencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

Por tí esa Buenos Aires que alzaba i oprimia,
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un leon,
Hoi, débil i postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambicion.

Por tí esa Buenos Aires mas crímenes ha visto
Que hai vientos en la Pampa i arenas en la mar,
Pues, de los hombres harto, para ofender a Cristo,
Tu imájen colocaste sobre el sagrado altar.

Sí, Rósas: vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está:
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro
I entónces ni tus huesos la América tendrá.

Me detengo ya: tendria que transcribir toda la composicion si quisiese recordar las bellezas, los arrebatos sublimes, las osadas

imprecaciones, las deslumbradoras imájenes de que está salpicada. Ningun otro poeta americano escribió nunca una poesía de este jénero que haya logrado hacerse tan popular como la de Mármol. Hai arjentinos que no sabrian repetir la cancion nacional de la patria de San Martin i Rivadavia: acaso no hai ninguno que no recite alborozado i lleno de fuego fragmentos del hermoso trozo lírico a que pertenecen las anteriores estrofas. Valentía, novedad, inspiracion expontánea i arrebatadora, indignacion dantesca, versos viriles i robustos, todo allí despierta el entusiasmo i aviva en los pechos jenerosos el ódio de la tiranía i el amor de la libertad.

No obstante, necesario es reconocer que la composicion adolece tambien de defectos: en muchos lugares el poeta se arrastra en miserable prosaismo i las alas de su númen parecen recojer las telarañas de los tejados. Hai jiros insoportables, metáforas violentas, ripios como un templo segun puede verse en los versos que dejo en bastardilla i otros.

Mármol es mas un poeta romántico que clásico i su musa respeta poco las leyes de la gramática i la retórica. Da libre vuelo a su fantasía sin tener ni muchos ni pocos miramientos por los preceptistas. Su forma es por eso descuidada, a veces ramplona, lo que hace desmerecer mucho a su pensamiento, jeneralmente noble i elevado. Sus poesías acusan no poca influencia por parte de Espronceda i Zorrilla sobre el poeta arjentino i de aquí que no escaseen las muletas i los ripios, ora se llamen adjetivos, adverbios o verbos.

En su mismo canto *A Rosas—El 25 de Mayo de* 1843 se hallarán pruebas de lo dicho. Escribiólo Mármol, segun todas las probabilidades, en momentos de arrebatadora inspiracion, i lo lanzó a la luz pública sin limarlo i quizás sin revisarlo. Por eso lo afean ripios i muletas que el poeta habria podido evitar i que indudablemente habria evitado sin necesidad de cumplir al pié de la letra el precepto de Horacio respecto del tiempo que deben tenerse en la gabeta los manuscritos: los habria evitado con solo examinar con algun detenimiento sus inspiradas estrofas.

No lo hizo i de él es la culpa si algunas sombras aparecen en la corona que ciñe su frente de poeta. Véanse algunos de los defectos a que aludo:

> Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
> *Bordando de victorias el mundo de Colon.*

No me gusta la imájen que hace que *un mundo sea bordado de victorias.*

> Salvaje, tú dormias tranquilo *solamente*
> Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañon.

Ese *solamente* es un ripio descomunal que no sirve mas que para que el cuarteto pierda todo su mérito.

Jamás en las batallas se divisó tu espada,
Pero mostraste *pronto* la daga de Cain.
Cuando *a tu patria* viste debilitado *el brazo.*

¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra *acaso*
Para pedir sobre ella la maldicion de Dios?

Véase ahora un racimo de *entónces,* que son ripios de tomoi lomo:

La humanidad, *entónces,* cuando la vejan tanto
Tambien tiene derecho de maldecir como él.
Entónces, sol de mayo, los dias inmortales

Sobre mi libre patria recordaran en tí
I te dirán *entónces* los cánticos triunfales
Que es esa Buenos Aires *la de tu gloria, sí.*

Entónces desde el Plata, sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazon,
Pues opulenta *entónces* reflejará tu lumbre
En *códigos* i *palmas* i *noble pabellon.*

I al extenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá:
Que *entónces de ese Rosas* que te abomina tanto
Ni el polvo *de sus huesos* la América tendrá.

La lima habria podido hacer desaparecer todos estos defectos que tanto afean el hermoso canto de Mármol.

Santiago, enero 21 de 1876.

RÓMULO MANDIOLA.

¡OH! QUE DULCE, ES DIOS MIO...

¡Oh! ¡qué dulce es, Dios mio, cuando al alma
Roba el pesar la bienhechora calma,
Lágrimas derramar ante la Cruz
I elevar nuestros ojos anublados,
De ver tanta miseria ya cansados,
A donde brilla un sol de eterna luz!

¡Da, Señor, este bien al peregrino,
Da tu consuelo al sér que en su camino
Espinas i arenal tan solo ve;
Al que vertiendo llanto de amargura
Palpa las sombras de una noche oscura,
Sin mas guia i fanal que el de la Fé!

¡Oh Cruz! ¡oh padecer! ¡oh llanto! ¡oh pena!
Para llegar a la rejion serena
Sendero sois que nos marcó el Señor!
¡Feliz aquel que sufre resignado
I expira con la Cruz santa abrazado!
¡Ese ganó la dicha en el dolor!

1870.

ENRIQUE DEL SOLAR.

ESPIRITISMO. [1]

I.

Desde el momento en que la intelijencia humana se emancipa de las bienhechoras luces de la fé, hácese en las profundidades del alma un vacío, que inspira horror i que el hombre se afana por llenar, aunque sea con las mas viles supersticiones. Cuando las sociedades sufren por la ausencia de Dios en sus ideas, hábitos i modo de ser político, no hai errores ni ilusiones que no llamen a ocupar el puesto de donde han desalojado a Dios. Así, un pensador (2) ha escrito con mucha verdad: "Los pueblos tienen necesidad de ser creyentes, para no ser crédulos; dadles alimentos sanos, si no quereis que se alimenten con veneno." No sin razon se ha llamado al demonio *el mico de Dios;* pues toma vivo empeño en remedarlo i suplantarlo, siempre que para ello encuentra cabida; i nada ha sido mas comun, en los siglos de incredulidad, que ver a una falsa revelacion sustituyéndose a la revelacion divina, i a las intelijencias despreciar la enseñanza de la Iglesia, para entregarse con alma i vida al estudio de la adivinacion i de las ciencias que se llaman ocultas.

La historia abunda en pruebas acerca de esto; i sin necesidad de irnos a la antigüedad, desde las prestidijitaciones de los magos del Ejipto hasta a las de la Gnósis i de la Teúrjia, bástenos citar dos ejemplos contemporáneos. El siglo XVIII, que con tanto ruido apostató de la verdadera fé, cobró una pasion frenética por lo marabilloso diabólico. Lamettrie negaba a Dios i creia como en su propia existencia en la existencia de los hechiceros; un libre-pensador de esa misma época se moria de espanto cuando veia un salero trastornado, i en fin, toda la jeneracion educada por Voltaire profesó una devocion loca por las evocaciones de Mésmer i una credulidad ridícula por el charlatanismo de Cagliostro.

(1) Traduccion del opúsculo INSTRUCTION SUR LE SPIRITISME, PAR MGR. DESPREZ, *archevêque de Toulouse.*

(2) Cárlos Bonnet.

I, hoi dia, ¿cuál es la forma mas comun a que ha llegado esta enfermedad mental?

A medida que el racionalismo invade la razon pública, las almas, sedientas de lo sobrenatural, van a buscar un pábulo para ese natural instinto a las asambleas del Espiritismo; en donde los mismos que disputan a Dios el poder de hacer milagros, se extasían de admiracion i de asombro ante los espíritus que se manifiestan por golpes misteriosos; los que se burlan de las sagradas profecías no vacilan en aceptar como verdad inconcusa lo que los *mediums* les transmiten, i escépticos que miran a ánjeles i a demonios como quimeras, conversan con la mayor gravedad que puede verse con los jénios parlantes.

En verdad, que, si las evocaciones del Espiritismo no son un juego de prestidijitacion, preciso es confesar que son el mas victorioso desmentido, lanzado por Satanás al rostro del materialismo contemporáneo; i si son un embuste, la mistificacion de sus adeptos ha llegado al colmo de la vergüenza.

Pero, en uno i otro caso, el Espiritismo es culpable, i cae de lleno bajo el anatema de la Iglesia.

El Espiritismo puede considerarse como doctrina, como procedimiento práctico i como sociedad relijiosa: triple aspecto que le han hecho tomar sus mistificados partidarios.

Como doctrina, enseña que, en virtud de leyes naturales, existe un comercio real i efectivo con los muertos; admite que, por ciertas fórmulas i actos, podemos obligar a las almas de ultra tumba a aparecer en el mundo i a entrar en comunicacion con nosotros, i que, cuando las interrogamos, las respuestas que de ellas obtenemos son la espresion pura e infalible de la verdad. Este es el dogma fundamental del Espiritismo, sin tomar en cuenta otros errores de detalles, que analizaremos mas adelante.

Como procedimiento práctico, el Espiritismo ofrece medios de poner a los vivos en relacion con los muertos; habla con ellos, i mira las palabras de los séres evocados como la mas segura regla de conducta.

Como sociedad relijiosa, el Espiritismo se levanta contra la Iglesia, niega sus dogmas i su liturjia, i pretende que la obra acometida por él no puede ser mas santa, pues quiere, nada ménos, que purificar la relijion de las vanas ceremonias del Catolicismo i tomar de cada culto lo que constituye la ciencia de los homenajes tributados al Ser Supremo.

Visto de cualquier manera, el Espiritismo es digno de la execracion del católico i se halla en pugna con los preceptos divinos, con la fé i moral del Evanjelio, con la autoridad de la experiencia i con el respeto que merece la santidad de los espíritus que pretende evocar.

II.

¿Qué puede haber mas contrario a la lei de Dios, que la comunicacion con los muertos, tal como la establece el Espiritismo? Indudablemente, la Iglesia Católica reconoce un sagrado comercio con los séres que no existen al lado nuestro. La oracion es el lazo misterioso, establecido por Dios mismo para estrechar a los que permanecemos aun en la tierra con las almas que viven en la eternidad. Esas almas ¿están en posesion de la felicidad suprema? veneramos su memoria, solicitamos su mediacion cerca de Dios. ¿No han llegado todavía al cielo? Ponemos en accion la eficacia de nuestros misterios divinos, rogamos por ellas. Pero jamas pretendemos ir a turbar la paz en que reposan con evocaciones sacrílegas. Nada mas laudable que la oracion por los muertos; pero nada mas pagano que consultarlos; digno i moralizador es acercanos, a los que en el Catolicismo llamamos *santos*, por medio del amor i de la imitacion; pero impío i culpable es querer hacerlos llegar hasta nosotros. En una palabra, si las relaciones cristianas con los espíritus son un principio de elevacion, las relaciones que crea el Espiritismo son fuente de alucinaciones que extravian i degradan.

Como nuestro estudio se dirije a mirar el error espiritista en sus relaciones con la fé, conviene que veamos su condenacion desde los tiempos de la antigüedad sagrada.

Moises, como consta de tres libros del Pentateuco, prohibia severamente al pueblo de Dios las evocaciones de los muertos.

"No se imite entre vosotros, decia, los usos detestables de los "paganos; no se vea a hombre alguno que interrogue a adivinos "ni estudie los sueños o los augurios; ninguno que haga maleficios "o encantamientos ni busque LA VERDAD DE BOCA DE LOS MUERTOS. "Abominable es todo esto ante los ojos del Señor."

Isaias fulmina contra los Espiritistas de su época, que pedian a los muertos una revelacion de lo que interesaba a los vivos e iban a dormir sobre los sepulcros para merecer ahí tener sueños proféticos.

Josias no bien subió al trono, exterminó a los que profesaban el arte májico i a cuantos se ocupaban en manifestaciones sobrenaturales, que fueron muchos durante el reinado de Manasés.

En una palabra, en el Antiguo Testamento, una de las glorias que se conquistaban los reyes sábios i virtuosos, tanto en Israel como en Judá, era la de poder darse este feliz testimonio, de que se habla en el libro de los Números: "No hai augurio reconocido en la casa de Jacob, ni adivinos autorizados en Israel."

I el catolicismo, que desde los tiempos apostólicos fué inexorable contra los taumaturgos de mala lei, que se llamaron Simon

el Mago i Elimas, no ha mitigado su primitivo rigor para con los que les han sucedido en su fatal empeño. Respetuoso, como es, ante las revelaciones privadas, cuando las autoriza la palabra inspirada de la Iglesia, jamas ha tolerado las que no tienen mas oríjen que el satanismo o el buen humor de los que pretenden imponer creencias absurdas a los fieles. "Si os entregais, escribia San Pablo, a vanas observancias respecto a la virtud de los dias, de los meses, estaciones i años, el ministerio santo que ejerzo entre vosotros será inútil."

En los tiempos de Tertuliano, como él mismo lo dice, habíase querido ultrajar el alma de los muertos, evocándolas por medio de operaciones májicas. Entónces, así como ahora, se celebraban pactos con las potencias infernales, habia mesas parlantes i otros medios de comunicacion con séres invisibles. Pero el elocuente africano, despues de describir tales errores, se apresura a añadir: "Desde la promulgacion del Evanjelio, no hallareis en ningun sitio en donde impere la Iglesia, astrólogo, mago, encantador o adivino, que no haya sido con severidad castigado." I expresa la razon por qué así procede la Iglesia: "Se evoca las almas de los difuntos, dice; pero no son ellas, son los demonios los que responden al llamamiento de los vivos."

No hai duda alguna; lo que se llama Espiritismo, sino es un embuste de los hombres, es la accion del demonio; pues, estándonos absolutamente prohibido consultar a los muertos, Dios les rehusa la facultad de satisfacer nuestra curiosidad. I en tal caso, ¿de dónde pueden emanar las respuestas que los ilusionados pretenden obtener de ellos? Solo del espíritu de tinieblas, único que resiste a los mandatos divinos, i no seguramente de un espíritu bueno, que en ningun caso se prestaria a obedecer interpelaciones prohibidas por el Arbitro de cielos i tierra. De esta suerte, el Espiritismo no es otra cosa, que una comunicacion con los demonios i una vuelta, en pleno siglo de las luces, a las supersticiones i al fanatismo de los pueblos idólatras.

¿I no se vé la injuria que se hace a esos muertos dignos de la veneracion i del respeto de la familia humana, al confundirlos con nuestros peores enemigos? Hai impiedad en hacer ovaciones en que permitimos, a espíritus impuros i maléficos, tomar a veces el venerable nombre de nuestros antepasados, en otras el de personajes con que se honra la historia; ya el de los héroes de la virtud, a quienes la Iglesia denomina *santos*, ya los nombres cien veces sagrados del Salvador o de su Vírjen Madre, i ¿para qué? para pronunciar frívolas imposturas o consejos tendentes al mal. Cuando se vé a cristianos dejar correr febrilmente las noches en esas comunicaciones diabólicas, uno no sabe de qué asombrarse mas, si de la aberracion del sentido comun, que da crédito a la palabra del espíritu de tinieblas, o del extremo a que llega a descender el sentido moral, cuando se permite tales profanaciones.

"¡Nó, nó! exclama Sixto V en su memorable constitucion CREATOR CŒLI ET TERRÆ, solo es de Dios el conocer los acontecimientos libres de lo porvenir. Los temerarios que los anuncian, sin obtener para ello una revelacion divina, se atribuyen injusta e imprudentemente lo que a Dios pertenece."

Fácil nos seria aducir el testimonio de concilios, que explícitamente condenan las evocaciones infernales. Pero no podemos omitir la palabra del inmortal pontífice reinante, quien por un célebre decreto viene a poner fin a la imponente serie de autoridades que, desde los tiempos mas remotos, han execrado las prácticas espiritistas.

"La malicia de los hombres, dice Pio IX, (3) ha tomado tales creces en nuestros dias, que desdeñando el uso lícito de las ciencias i dejándose llevar por una curiosidad temeraria, con gravísimo daño de las almas i de la misma sociedad civil, hai quienes se glorien de haber descubierto el arte májico i la adivinacion. No es otro el oríjen de las prácticas que, con diversos nombres, como el de somnambulismo u otros, van haciéndose de prosélitos en el dia. Fuera de sí, en virtud de procedimientos, no siempre en armonía con el pudor i la decencia, mujeres hai que pretenden ver cosas invisibles, disertar sobre la relijion misma, evocar las almas de los muertos, ponerse en relacion con personas i cosas desconocidas o puestas a gran distancia de ellas, i temerariamente ejecutan mil actos supersticiosos, con los cuales especulan ellas mismas o las personas a cuyo servicio se hallan. En todo esto, sea cual fuere el arte de que se sirvan o la ilusion de que los adeptos se hallen poseidos, los medios físicos que emplean están destinados a producir efectos sobre-humanos, i son ilícitos, no solo porque tienden al error, sino por el escándalo que entrañan bajo el punto de vista de la moral."

I el soberano pontífice encarga a los pastores la mas activa vijilancia para detener los progresos de un mal, cuyas consecuencias lamenta con toda el alma.

En verdad que causa vergüenza ver a nuestro siglo cultivando, como descubrimiento suyo, una pasion que cuenta ya tantos años, i adherirse con frenesí a lo marabilloso, ridículo, menospreciando lo sobrenatural de la fé cristiana. Si los teólogos de la edad media nos hubieran transmitido alguna aparicion fantástica de los iniciados en el Espiritismo de su época, ¡con qué explosiones de risa no las leyeran ahora nuestros libre-pensadores! ¿Quién de éstos puede ver hoi el relato que nuestros libros sagrados hacen de una posesion diabólica, sin manifestar su desprecio con una risa desdeñosa? I no obstante, ahí están sirviendo de ministros de esas mismas operaciones, tienen el convencimiento mas firme de la efectividad de sus misterios i son los propagadores mas entusiastas de la fantasmagoría diabólica. Pero

(3) Encíclica del 30 de julio de 1856.

¿podrán, al ménos, explicárnosla de un modo natural? ¿están siquiera de acuerdo acerca de su oríjen sobrenatural? ¡Oh! diríamos que Dios se venga con crueldad del orgullo científico de nuestro siglo, i que, para castigarlo del torpe rechazo que hace de la fé, lo abandona a la nigromancia. Sí: la historia dirá mas tarde que este siglo, tan soberbio por sus numerosos i brillantes progresos, por una aberracion inexplicable, descendió hasta el punto de ser un siglo que amó locamente los hechizos i hubo necesidad de probarle que realmente estaba dando crédito a encantadores i hechiceros. Nicrománticos o hechiceros fueron, en efecto, los espiritistas del tiempo pasado. ¿Por qué no habríamos de dar su verdadero nombre a los espiritistas del nuestro? Las formas solamente han cambiado, la cosa entónces i ahora es una misma, es decir: la relijion diabólica sustituida a la relijion de Jesucristo, i la perpétua variacion del reinado de Satanás en oposicion a la inmortalidad de la Iglesia.

III.

Contrario a las prescripciones divinas en su principio fundamental, el Espiritismo no lo es ménos en el conjunto de sus dogmas i de su moral.

Así como los católicos, los espiritistas tienen su catecismo. Pero ¡qué diverso del que aprendemos desde los dias de nuestra niñez! Veamos algunas lecciones de esta nueva revelacion de Satanás:

"P. ¿Qué cosa es la Trinidad?

R. Es Dios, la materia i los espíritus.

P. ¿Qué cosa es la Encarnacion?

R. Es el tránsito del hombre, que pasa por una série de existencias con el fin de purificarse.

P. ¿Qué viene a ser la Redencion?

R. La Redencion no existe, i es imposible que exista, desde que los Espiritistas no admitimos ni la caida de Adan, ni a Adan mismo como padre de la raza humana. Ademas, el pecado orijinal es, para nosotros, el pecado que el hombre comete en los primeros dias de su vida racional i que va expiando en las trasmigraciones sucesivas.

P. ¿Qué es el infierno?

R. El infierno espiritista es la negacion del infierno admitido por los católicos; pues todo individuo iniciado con nuestros dogmas tiene el deber de combatir la idea de las penas eternas, hasta que desaparezca de la mente de los hombres.

P. ¿Qué es el Purgatorio?

R. La emigracion de los culpables a una existencia inferior; por ejemplo, la del espíritu de un rei al cuerpo de un esclavo,

hasta que por la depuracion obrada en esta metempsícosis, el espíritu suba hasta la altura de donde habia descendido.

P. ¿Qué es el Cielo?

R. Es un haren eterno, un viaje alegre i feliz que nunca ha de acabar, de planeta en planeta i de una a otra rejion risueña i llena de dicha.

P. I el Diablo ¿quién es?

R. No es mas que un vano fantasma, porque no existen ánjeles malos.

I esta última respuesta es digna de notarse. El afan eterno del Demonio es el de que no se crea en su existencia. Lo que justifica aquel antiguo axioma: "el triunfo de Dios es hacerse conocer, el del Demonio hacerse negar."

P. ¿Qué cosa es lo sobrenatural en la Doctrina Espiritista?

R. Lo sobrenatural es un vano nombre; porque, si los espíritus entran en comunicacion con los vivos de este mundo, eso no debe atribuirse a la liberalidad divina, que quiere auxiliar la flaqueza de nuestro sér, sino a una necesidad inherente a las leyes que rijen el universo. Sea Ud. un buen *medium*, ponga Ud. en práctica las reglas convenientes, i los espíritus, quiéranlo o nó, tienen forzosamente que acudir al llamamiento que Ud. les hace: tal es la lei de la naturaleza. Lo sobrenatural no tiene que ver nada en ello."

I la moral Espiritista no es mas cristiana que sus dogmas. Hagamos una lijera comparacion entre el decálogo del Sinaí i el de la revelacion infernal.

El primero dice: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazon, etc." El decálogo del Diablo, dice: "Dios es i será siempre adorado como debe serlo, pues TODOS LOS CULTOS LE SON INDIFERENTES."

El primero ordena la santificacion de un dia en la semana; el segundo, dice: "Dios nunca ha exijido sacrificios ni puesto otros límites al trabajo del hombre, que los que establecen las fuerzas de éste."

El primero manda al inferior que honre a su superior; el segundo, declara que "debe combatirse la desigualdad de condiciones sociales, sean cuales fuesen las causas de donde procedan."

El primero quiere que se respete la vida humana; el segundo no reconoce, en la vida presente, mas que la diez milésima parte de su valor, porque el hombre está llamado a vivir diez mil i mas veces. Por eso, a sus ojos el suicidio es una lijerísima falta, cuya mas transcendental consecuencia será la simple anticipacion del momento en que deba el alma empezar el camino de sus trasmigraciones, i el aborto una cosa poco grave, desde que, segun los Espiritistas, el alma no se une al cuerpo, sino en el instante del nacimiento.

I si se quiere seguir en este instructivo paralelo, a pesar del sufrimiento que impone a nuestro sentido moral, veamos cuál es

el sexto precepto del Espiritismo i veámole escrito de su propia mano. "La indisolubilidad del vínculo conyugal, dice, es una lei contraria a la naturaleza. Los goces de los sentidos no tienen otro límite, que los que traza la misma naturaleza." ¿I el séptimo? Está formulado en este axioma: "Todo medio de adquirir opuesto a la lei de amor, no puede fundar una propiedad lejítima." ¿I el octavo? En cuanto a este mandamiento, la secta no tiene derecho a ser severa, ni respecto de la mentira ni respecto del falso testimonio; porque signa i firma con el nombre de los mas grandes santos, es decir, como revelaciones hechas por ellos, doctrinas formalmente contrarias a la fé que profesaron. Por último, el Evanjelio nos enseña que, no teniendo mas que una sola alma, nos hacemos un mal inmenso e irreparable si la perdemos, pero el Espiritismo nos tranquiliza, asegurándonos que, como el alma tiene que pasar hasta por diez mil existencias, poco nos importa aventurarla en una prueba, quedándonos para salvarla tantas otras.

¿Se detendrán aquí las locuras del Espiritismo? Nó: la moral de esta invencion diabólica, despues de corromper al individuo, tiene necesariamente que llevar la desolacion al hogar doméstico. Admitida la teoría de la metempsícosis, es decir, del renacimiento perpétuo de las mismas almas en diferentes cuerpos, ya toda intimidad en el seno de la familia tiene sobre sí la mas tremenda amenaza. Vosotros, los que os gozais de vivir bajo el mismo techo con séres tan queridos i que hasta hoi habeis saboreado las dulzuras de esa union tan grata, desengañaos; salid de vuestra ilusion. ¿Quién os asegura de que, en ese hermano, estais abrazando el espíritu de Cain? ¿No temeis que el hijo a quien amais tenga el alma de Absalon, o que esa hija posea la de Herodias, o que en el criado, con cuya fidelidad contais se encarne el espíritu del mal ladron? "Haceis mal, decia un sabio prelado frances a un Espiritista, gloriándoos de que vuestra alma sea la noble alma de un frances de antiguo oríjen, porque en tiempo de Julio César habeis hecho guerra a los galos; durante las cruzadas, combatiais al lado de los turcos, i cuando vuestros hijos os crean sepultado en el suelo de la patria, habreis resuscitado en el cuerpo de un jeneral prusiano."

En fin, el Espiritismo, despues de desmoralizar al individuo i a la familia, lanza el mas cruel ultraje a la memoria de los muertos. Merced a él, los santos que con mayor respeto veneramos en nuestros altares, ¡cuántas veces han sido objeto de la burla de los iniciados Espiritistas, quienes han hecho cubrir las mas horrendas blasfemias con los dignos nombres de esos santos! ¿No evocan tambien las grandes almas de los jenios de la elocuencia, Bossuet, Fenelon, Lacordaire, Ravignan, i témerariamente se les hace predicar doctrinas que esos grandes hombres execraron durante su vida? Como último rasgo de las profanaciones del Espiritismo, notad que bien pudo vuestro padre haber llevado la

vida del mas perfecto cristiano, coronando una bella existencia con la muerte mas santa; bien pudisteis tambien consolaros de su pérdida con la seguridad de que su alma recibió de Dios la recompensa de sus virtudes. ¡Ilusion! El Espiritismo evocó esa alma, i ella ha declarado que su vida fué una hipocresía i que su herencia en la eternidad es la de los malos.

Tal es el símbolo i los mandamientos que promulga el Espiritismo, declarando hipócritamente que elimina toda cuestion de controversia relijiosa. Así trata los dogmas i la moral revelados, no obstante de jurar que no es su ánimo entrar en esa clase de cuestiones.

Al exponer su credo i sus tendencias, en nada exajeramos. Allí están sus periódicos de propaganda; ahí sus libros, particularmente *El libro de los Espíritus* i *El libro de los Mediums;* ahí sus prácticas i maniobras de todos los dias, como prueba de que no calumniamos.

IV.

Como práctica opuesta a los mandatos divinos i especialmente a la virtud de la relijion, el Espiritismo es una supersticion; como sistema de creencias i preceptos, constituye una relijion falsa; como medio de investigacion i conocimiento, superior a las leyes de la experiencia, es fuente de mistificaciones.

¿Qué se proponen sus adeptos, cuando consultan los espíritus? ¿Un pasatiempo sorprendente, conmovedor?

Por eso seria pueril, si no fuera criminal, en vista de la prohicion terminante de la lei divina, que lo hace del todo inexcusable. ¿Adquirir conocimientos ciertos i seguros i deducir de ellos conclusiones útiles para nuestra conducta? Eso seria exponernos a las aberraciones mas groseras. La fé nos dice que, habiendo Dios prohibido tales evocaciones, los espíritus de mentira, únicos que resisten a los mandatos divinos, son los únicos tambien que pueden acudir a nuestro llamado; de manera que si hoi nos dicen la verdad, es para acreditar los errores que nos dirán mañana. I la razon viene a corroborar los dictados de la fé. La razon nos dice que la experiencia es una luz establecida por la sabiduría de Dios; i tendiendo el Espiritismo a destruir esta certidumbre, sustituyendo a las realidades que ella nos ofrece las visiones infernales, Dios se debe a sí mismo i nos debe a nosotros el no permitir a la revelacion diabólica que prevalezca contra sus leyes.

Léjos, seguramente, estamos de negar la posibilidad de las comunicaciones entre el mundo visible i el mundo invisible. Las Sagradas Escrituras i toda la historia de la Iglesia nos enseñan que Dios ha hablado por el ministerio de los Anjeles i el de los

hombres inspirados por él. La revelacion divina es la base de toda la relijion. Pero esas comunicaciones deben ser conformes a las enseñanzas de la fé i tener por garantía la autoridad infalible de la Iglesia; sin esto, toda comunicacion con el mundo invisible no tiene ningun valor para el católico, i añadiríamos, para todo hombre de buen sentido. Por eso las revelaciones del Espiritismo, que conversa con seres de ultra tumba, con menosprecio de los mandatos divinos i de las prohibiciones de la Iglesia, no son mas que un cáos en que la razon, léjos de hallar la luz, se ve envuelta en oscuridades i tinieblas.

I viniendo al terreno de los hechos, ¿querrá álguien decirnos en dónde están las verdades que hemos aprendido en mas de veinte años que el Espiritismo ha abierto una nueva escuela en nuestra sociedad? Si es lo que sus sectarios pretenden, no hai duda alguna, el Espiritismo está destinado a ser un instrumento preciso que enriquezca las ciencias con las mas altas verdades, i el poderoso auxiliar de las artes, la industria i los mil detalles de la vida práctica. Pues bien, consultemos la experiencia i veamos la cosecha que este elemento de progreso ha realizado en esta otra faz de su venida en medio de nosotros. ¡Esterilidad completa! El saber humano, en sus múltiples ramificaciones, ni el mas débil destello ha recibido de este brillante faro de luz infernal. I si no, otra vez mas, cítesenos un descubrimiento debido a la evocacion de los espíritus; señálesenos, siquiera, una profecía, esto es, el anuncio de un acontecimiento futuro i extraño a la prevision humana. Los astronómos ¿deben a la evocacion de los espíritus una nueva ciencia acerca del curso de los astros o el descubrimiento de otro planeta? ¿Han venido los muertos a ayudarlos en sus penosos estudios? Los injenieros que sudan i se afanan por trazar líneas férreas i perforar montañas ¿han llevado sus dudas adonde un espíritu *golpeador?* ¿O talvez los mineros habrán encontrado, mediante los hábiles consejos de un espíritu, algun Perú o una nueva California? ¿Quizá la medicina será la ciencia feliz que ha sorprendido en una noche de comunicacion infernal, la receta infalible para una enfermedad incurable? Por lo ménos, algun ajente de Seguros andará a estas horas en busca de un buen *médium* para cerciorarse de que la propiedad o las mercaderías, objeto de un contrato, estarán libres de las tempestades o del fuego?

Cuando los *médiums* se ponen a la obra, cuando estas modernas sibilas se alzan en la trípode para pronunciar sus oráculos, ¿quién os garantiza que han oido la voz de ultra-tumba? ¿quién os sale garante tambien de su sinceridad? Si les consultais acerca de un matrimonio, ¿quién os responde que no están pagados para favorecer alguna pasion culpable o una ambicion criminal? ¿Mucha confianza os inspiraria el remedio que ellos os indicaran para sanar de la fiebre que os devora? ¿Qué diriais del médico que, sin sondear vuestra llaga, apelara a la revelacion de un es-

píritu? ¿qué del farmacéutico que preparara la pocion, no segun la fórmula del médico, sino segun la que le indicara un redivivo? ¿Entregariais vuestra vida o vuestras mercaderías a un conductor de tren, que en todo se guiara por semejantes inspiraciones? ¿Estariais tranquilos, en la hora del combate, si el jeneral en jefe no tomaba en cuenta, para todas las evoluciones, las reglas de la estratejia, sino los díceres de los *médiums?*

A tales preguntas, cualquiera que no tenga extraviado el juicio, no responde mas que con una sonrisa, i esa sonrisa es el fallo del buen sentido contra la alucinacion de los espiritistas.

El buen sentido, relegando al Espiritismo léjos del mundo práctico, ha pronunciado contra él su definitiva sentencia; le ha señalado el lugar que le corresponde entre los sueños que bien pueden divertir por un momento a los crédulos, pero que, como sueños, se disipan ante la luz de quien quiera hacer uso de su razon.

Puede ser que los espíritus respondan a las interpelaciones, porque los espíritus son intelijencias; puede ser, tambien, que sus respuestas versen acerca de cosas altas i sublimes, porque son intelijencias superiores. Pero jamas enseñarán ni una ciencia cierta, porque son espíritus de mentira; ni una ciencia últil, por el carácter de la palabra de Satanás, así como el carácter de Satanás mismo, es la esterilidad. El límite puesto por el Creador entre el mundo del conocimiento natural i el de las visiones sobrenaturales, no será jamas traspasado. De ello da testimonio el mismo error espiritista, el cual nada ha descubierto, ni nada ha podido acreditar ni establecer en contra de las leyes del órden divino.

V.

Instrumento inútil para conocer la verdad, así como para el progreso de las ciencias, artes, industria i práctica de la vida, el Espiritismo es, ademas, un veneno mortal para las intelijencias.

Nadie interviene impunemente en esas misteriosas sesiones. Es un hecho averiguado que los que las frecuentan caen en una especie de aturdimiento i en una exaltacion mental, que lleva de ordinario a la locura. Cuando el hombre cierra voluntariamente los ojos a la luz de los principios eternos, para ponerse a merced de vanos fantasmas, no tarda en sufrir el castigo, que consiste en extravíos i perturbaciones de mas de un jénero. Bajo este aspecto, el Espiritismo es para el cerebro lo que el opio o el cloroformo. ¡Desgraciado del que se deja arrastrar por su corriente! Expiará su imprudencia por alucinaciones espantosas.

I al decir esto, nadie imajine que pretendemos amedrentar con vanas teorías. Una estadística hecha, no hace muchos meses,

en Estados Unidos, demuestra con la elocuencia de los números que una sexta parte de los casos de locura i de suicidio deben cargarse a la cuenta del Espiritismo. En un informe presentado a la Sociedad de Estudios Médicos de Lyon, se declara fuera de duda que las prácticas espiritistas son la causa mas fecunda de enajenacion mental. I téngase entendido que la locura proviniente de las evocaciones llega a hacerse en breve furiosa, i entónces los que son víctimas de ella, sobrexcitados por sus comunicaciones con los demonios, o vuelven contra sus semejantes el ardor que los devora i no despiertan de su manía homicida, sino en un cadalso o en la celda solitaria que perpétuamente se les destina, o bien, se arman contra sí mismos de ese furor i legan a sus familias un duelo que ninguna esperanza podrá consolar. Otra prueba mas de que el Espiritismo es la relijion de *aquel* de quien dicen los sagrados libros "que fué homicida desde el principio del mundo."

¿No deberia el Espiritismo, como toda institucion maléfica, ser objeto de una vijilancia activa i de una enérjica represion? Si las víctimas de la secta tienen que responder, ante los tribunales de justicia, de los actos a que se les arrastra, ¿por qué la secta misma habia de estar libre de toda responsabilidad?

Quede, pues, sentado i manifiesto que a ningun católico es lícito intervenir en las evocaciones espiritistas. Formar parte de esos círculos, frecuentarlos siquiera, con el fin de adherirse a sus doctrinas, seria apostatar de la Iglesia e incurrir en excomunion.

Todo libro, folleto o escrito, cualquiera que sea, destinado a aprobar las evocaciones o a propagar su uso, es una lectura prohibida i de hecho pertenece al Indice.

ALEJANDRO LARRAIN.

¡DIOS NOS LIBRE!....

A MI AMIGO J. RAMON GUTIERREZ M.

—Señor lector.

—¿Qué se le ofrece?

—Tiempo ha que no conversamos los dos.

—Pues, hombre, mas vale así.

—Es que ahora me ha tentado el demonio.

—¡Por Cristo! qué malas tentaciones tiene, hombre; pero en fin, todo sea por mis culpas.

—Pero se me antoja una cosa.
—¿Cuál?
—Que Ud. me perdone este atrevimiento....
—Como se pide, i concluya presto.
—Es que....
—¡Hombre, comience Ud., con todos los diablos!

—Por no ser ménos complaciente que Ud., amigo lector, i hacer como Ud. quiere, con todos los diablos doi principio a este endiablado artículo, al cual no puedo encontrarle cabo ni rabo, que cumplirá las esperanzas de su desesperado autor siquiera sirva para sacarlo a Ud. de sus casillas, sino de otro modo, a lo ménos haciéndole echar pestes i maldiciones, lo que ha sido en todo tiempo mui de mi agrado.

Mire Ud. que es mui sabrosa una patada furibunda, digo cuando no se la asientan a uno, que retumbe en el suelo como un cañonazo; i confieso francamente que cuando tal veo, no puedo contener mi entusiasmo i digo:

—Hé aquí un hombre que tiene carácter.... o que está enfermo del hígado.

I no se crea Ud., amigo lector, que una patada es cosa fácil de comprender. Nó, señor.

A mi modo de ver las cosas, ella se presenta susceptible de una clasificacion en la forma siguiente:

Patada real, i
Patada metafórica o figurada.

O bien, lo que es mas sencillo:

Patada física, i
Patada moral.

Léjos está la division presente de ser hija del capricho i no de un estudio *profundo* i *detenido* de esa funcion tan distinguida que, entre muchas otras, tienen que desempeñar forzosamente los piés del prójimo cada vez que por alguna travesura ajena sale éste de su estado ordinario de tranquilidad i reposo a gustar de la pasion de la cólera que posee para su debida práctica, ademas de otros que no tomaremos en cuenta, el *derecho de pataleo.*

I aunque, así como una palabra tiene dos o mas significados que a menudo no guardan analojía entre sí, tambien un órgano cualquiera puede desempeñar dos o mas oficios distintos; sin embargo, no sucede igual cosa con el órgano jenuino de las patadas que Ud. bien conoce; pues si bien es el único apto para dar efecto a la *real* o *física*, no lo es absolutamente para la *metafórica*, *figurada* o *moral*, la que, como es natural, no existiria si no poseyera otro órgano que la desempeña como su funcion mas importante.

De lo expuesto se deduce *claris verbis* que pudiéndose clasificar la patada en dos de diferente naturaleza, requiere tambien mas de un órgano que las plante en el terreno de la práctica.

Tócanos ahora averiguar cuáles son esas terribles causas de esos mas terribles efectos, de los que pidamos a Dios con todo fervor i recojimiento nos libre siempre, amigo lector, que aunque yo soi un amigo sincero de las novedades, no busco, a fé, novedades tan peligrosas como las patadas.

No me parecen menester grandes investigaciones para dejar en limpio cuál es la causa de las *reales*, la que, como ántes he dicho, Ud. conoce mui bien, señor lector. Pero en fin, dígame Ud.: cuando va Ud. por una vereda tranquilamente, o con mas propiedad, aceleradamente, pues camina a dar acabo a un negocio que puede dejarle en estado de hacer sonar con orgullo sus bolsillos, i por desgracia se encuentra a un sujeto de canina especie, que sin atender a lo prescrito por la urbanidad i por la dignidad personal, está cuan largo es tendido en la acera; dígame Ud. ¿qué es lo que hace? Se entiende Ud. i no el otro.

—¿No es verdad que avanzando Ud. con gracia i prontitud un pié se lo afirma al impertinente en los lomos, resultando como efecto una patada? A no ser que el sujeto sea de tan robustas i esbeltas proporciones i le inspire un respeto tan atento que le obligue a dejarlo quieto en la vereda i se eche Ud. en aquel mal paso a caminar por el medio de la calle, diciéndose allá en sus adentros:

—No es posible que un perro me gane en cortesía ni amabilidad.

Lo cual no seria mas que una fea parodia de lo que hizo Washington un dia que paseaba en las calles de Nueva-York.

Topó con un negro que queria cederle la vereda; pero aquella grande alma quiso a su vez que el negro pasara por el lugar preferente i le franqueó el camino. Pero nada: el negro humilde se retiró mas, lo que obligó al galante Washington, a avanzar hasta el medio de la calle i pasar por ahí, ganando siempre al negro en cortesanía.

Cuando despues de aquel torneo de buena educacion, un sujeto que acompañaba a Washington le dijo:

—Pero señor, ved que es desdoroso que un negro os gane la vereda,

El noble Presidente se volvió sereno i le respondió:

—¿Querrias acaso que un negro me enseñara urbanidad?

Pero supongo, amigo lector, que es Ud. lo que vulgarmente se dice un hombre de pelo en pecho, i que léjos de tener miedo, hablando en plata, al perro que le estorba el paso, le ataca Ud. de la manera que he indicado i he ahí que le da Ud. un tremendo *golpe de pié* como dicen los franceses, i en nuestro idioma quiere significar una patada. Esta la rejistraré a causa de su índole, si me permite Ud. el salvajismo de dar índole a las patadas, en la clasificacion que he rubricado con el título de *Reales ó físicas*, porque el efecto no puede ser mas *físico* i verdadero.

Llego, pues, a concluir de todo lo que arriba se ha dicho que

las patadas, entendiéndose en este lugar, tan solo las que están en la categoría de las *Reales o físicas* no son otra cosa, como dice Salvá en su *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana*, que:

"El golpe dado con la planta del pié o con lo llano de la pata del animal."

Esta segunda parte no tenemosq ue tomarla en cuenta, señor lector, porque aquí trato de los animales racionales i en manera alguna de los irracionales, que bien se están donde están.

Causa, pues, es decir, órgano de las *Reales o físicas*, son:

Pedes.

¡Ah! una súplica, señor lector: perdóneme Ud. mis latines; pero pierda Ud. cuidado, los entenderá todos. Le aseguro que si los colejiales se vieran obligados a aprender el latin que yo sé, no anhelarian su descarte de los ramos de humanidades, nó, ciertamente.

¡Dios nos libre! amigo lector, de que alguna vez tengamos que saborear lo que es una patada *real*. ¡Dios nos libre! pero si ahora tal decimos, con qué tono de aflijidos diremos mas tarde esta interjeccion.

Dividida la patada, que talvez a cualquier prójimo le parecerá la cosa mas sencilla, en las dos categorías que a mi entender son absolutamente necesarias para distinguirla en todos los casos en que se presente, puesto que ahora están a la órden del dia i mui especialmente las que se comprenden en la lista de las *Metafóricas, figuradas* o *morales;* conocida *la física*, que es la mas fácil i vulgar i amenudo justo i necesario correctivo de ciertos *lapsus linguæ colorados;* conocido asimismo el comun órgano que sirve para darles efecto en la práctica, paso, señor lector....

—¡Hombre! ahora se me ocurre que quizas es Ud. lectora; pero lo mismo da para el caso....

Paso, pues ¡triste tarea! a decirle, si es que ya no lo sabe, lo que es i puede una patada *moral* i lo que es i puede el órgano que como su funcion mas importante las desempeña.

Bien supo Dios lo que hizo cuando hizo al hombre; pero quien verdaderamente, o no pensó lo que hizo o estaba *en el cuarto de hora* que cada uno de esos vípedos que se llaman hombres tiene, cuando quiso dejar su semilla en el mundo, fué sin duda alguna el desgraciado Adan, desgraciado en sus obras, por sus obras i por los efectos de sus obras.

En sus obras: porque como casi todos creen que no existe la felicidad en este mundo de.... es claro que los hombres que son obra de Adan serán unos pobrecitos desgraciados.

Por sus obras: porque el *atracon* que se dió con la manzana ha sido uno de los actos mas infelices e impensados que jamas hayan sido cometidos por hombre alguno.

Por los efectos de sus obras: porque por estos llegó a perder

la felicidad del paraiso terrenal para caer en la terrena miseria.

Como consecuencia de esas obras, llegó el castigo de Aquél que los habia colocado en medio de la abundancia sin necesidades molestosas ni dolencias endiabladas. El castigo mas tremendo que hasta nuestros dias se ha conocido.

"Dios castiga pero no a palos," dice el adajio: cierto, este debe ser el verdadero credo de cuantos razonablemente discurren; i agregándole un tantico que le falta a ese dicho, quedaria perfecto:

"Dios no castiga a palos, pero a patadas."

¿Me pregunta Ud., amigo lector, cómo puede ser eso?

Sí, que puede, señor.

¿Pruebas?

Ahí tiene Ud. el castigo de Adan: ¿qué mas pruebas quiere?

El ha sido la gran patada, la patada *clásica*, cuyos malos efectos deploramos ahora i deploraremos hasta el juicio i aun despues del juicio. Así como a una obra acabada i casi perfecta le llamamos "obra maestra," así tambien llamo a esa patada de Dios justamente enojado, la "Patada maestra," que ocupa el primer lugar en la categoría de las *Metafóricas*, *figuradas* o *morales*.

¿Otra prueba?

Cuando en cualquier contratiempo que sufre Ud., dice:

—¡Ha sucedido por permision de Dios!

¿Se ha fijado Ud. en lo que dice? Sin duda que nó porque todos los dias decimos muchas cosas como papagayos; pues bien, eso significa en mi lenguaje:

—Dios me ha dado una patada.

No otra cosa que remedos o imitaciones mas o ménos variados e imperfectos de la "Patada maestra," son las que unos a otros se aplican los descendientes de Adan, continuamente, desde que la cabeza comun experimentó la primera de un Sér superior dada con toda la perfeccion de El que es infinitamente perfecto.

Las calidades i motivos de las *metafóricas* han dejenerado mucho entre los hombres; los que como, a todas las cosas que poseen, las han hecho servir a intereses mezquinos, i de oríjen a mil intrigas de mala lei.

Ya ve Ud., amigo lector, si hasta aquí ha tenido la descabellada idea de seguirme leyendo, que la segunda clasificacion de las patadas encierra en sí individuos de una naturaleza casi por completo opuesta a los de la primera; i que por tanto requieren un órgano tambien distinto.

¿No ha comprendido Ud. cuál sea ese órgano? Pues voi a decírselo a Ud.

Admírese Ud.: ¡ese órgano es *Lingua!*

¡Quien dijera que un pedacito de carne, que mas es nervios i músculos, escondido en el pequeño hueco de la boca, fuera poderoso a tal punto de anonadar, entusiasmar, herir, de dar tre

mendas patadas, en fin, que acarrean un hato de aterradoras consecuencias!

¡Ai, amigo lector! Dios nos libre de que alguna vez se le ocurra a alguno de esos perniciosos pedacitos hacernos experimentar toda su grandeza!

¡Dios nos libre!

¡Qué feliz ocurrencia habria sido la de que nuestro padre Adan i nuestra madre Eva, ántes de tener hijos, se hubieran cortado la lengua en algunos de sus pleitos, para que los descendientes hubiéramos nacido sin ese instrumento pateador!

I el pobre, el rico, el avaro, el pródigo, el enfermo, el sano, el tuerto, el pilon, el manco, el chato, el cojo, el narigon, el jorobado, el ciego, el sucio, el aseado, el grande, el pigmeo, el hombre i la mujer, en un palabra, son aptos para las patadas *metafóricas, figuradas* o *morales*, porque todos, todos tienen lengua.

¡Dios nos libre!....

¡Pero siga Ud., lector amigo, i sepa cómo puede ella trastornarlo todo i cómo en lugar de decir con aquel célebre soneto de Lope de Vega:

¡Qué tanto puede una mujer que llora!

digo yo:

¡Mas puede una patada *metafórica!*

Pero oiga Ud., señor lector, oiga Ud. i verá que la razon, si es que no me falta, me sobra.

Ha poco vivia en una de las haciendas situadas en las cercanías de Biliscuajo, don Severino Pandorga, hombre algo anciano, sencillo i franco, de los que actualmente se llaman sujetos de cuño antiguo, i que en el no corto curso de su vida, corriendo muchas tierras, mas de una vez se habia hallado en situacion de conocer algunas de las diferentes castas de los vípedos-hombres.

Si la experiencia es verdaderamente madre de la ciencia, como lo asegura el comun dicho de las jentes, don Severino debia ser una noria de ella.

Mas, quien sabe si para su desgracia o su tranquilidad de espíritu, el humilde sujeto no pasaba de tener lo que pocos tienen: sentido comun.

Poseia sí una especie de vista instuitiva o talento natural que le dejaba darse cabal razon i cuenta del objeto que perseguian las acciones de sus prójimos i que le guiaba en las suyas propias, dirijidas siempre a su felicidad doméstica i al bienestar de los demas.

Sin ambicion, porque no sabia lo que era esa cosa abstracta que cada cual posee en mayor o menor grado; sin secretos para nadie, porque jamas los tuvo ni admitió el depósito de ninguno, creyendo que no hai cosa mas inútil i perjudicial que ellos, verdad innegable si bien se considera; pobre, porque si bien ganara

de sobra el pan de cada dia con el sudor de su frente, jamas le faltó un ocioso que le ayudara a consumirlo mas pronto de lo que éste hubiera deseado; don Severino, a la sazon de cincuenta i siete años, vivia tranquilo con el modesto salario que le proporcionaba la administracion de un fundo de campo que se le habia confiado por su honradez i su amor al trabajo.

El dueño del fundo, hombre tambien de edad madura, de buen corazon, maneras distinguidas, que vió desde pequeño un hermano en cada individuo, sin reflexionar en si calzaba el zapato de charol del caballero o la mísera *ojota* del gañan; desde que comenzó a trabajar para sí propio, tuvo como don Severino, la desgracia de topar con solapados e hipócritas, que son los mas reverentes partidarios de las patadas *metafóricas, figuradas* o *morales*, quienes, si bien no habian cambiado sus buenas prendas, hicieron penetrar poco a poco en su alma noble la desconfianza de los contínuos desengaños.

Al tratar con alguno por primera vez, tomaba ciertas medidas de precaucion, cual si el nuevo conocido fuera uno de tantos embaucadores que existen, para no verse obligado a añadir una triste decepcion mas a las ya tan apesar suyo adquiridas.

Mucho estimaba a don Severino, pues con gran asombro i verdadero gusto habia conocido que era hombre bueno a carta cabal; i fiándose completamente de la perspicacia e intelijente direccion de su administrador, vivia descuidado en Santiago al lado de su familia, con la seguridad de encontrar a su regreso al fundo todo en buen estado, bien cerrados los potreros, las acequias convenientemente dispuestas i preparadas, en fin, las cosas necesarias para la buena marcha de la propiedad.

Don Severino con esto comprendia que su patron estaba al corriente de sus buenas partes i se afanaba mas i mas para dar prestijio a la hacienda e impulso a los negocios que en ella se efectuaban.

El administrador parecia serlo en cosa propia, a juzgar por ese siempre creciente interes, merced al cual tanto lo apreciaba su patron.

Este aprecio i el filial amor de una hija de dieziseis años, constituian la dulce felicidad de don Severino.

Su deber estaba vinculado al gusto de su patron i al socorro de los pobres campesinos que en la hacienda moraban a condicion de prestarse a desempeñar los varios trabajos de ella.

Pero estaba escrito que una sola patada hechara por el suelo aquella felicidad que lograba gozar despues de tantos vaivenes de la suerte en los cincuenta i siete años con que ya podia comparecer ante el Supremo Tribunal; estaba escrito que se trocaria la dicha, porque es necesario que nada sea monótono debajo de las estrellas, que son las verdaderas imájenes de la felicidad, porque así como brillan en la noche i corridas ocultan sus resplandores

cuando aparece el sol que a veces daña i a veces vivifica, así tambien la dicha brilla un momento en el corazon del hombre para sumirlo en seguida en la penumbra que arroja el pesar, antorcha funeraria con la cual todo se ve lúgubre, obrero de pasmosas transformaciones morales i el único sabio maestro en las enseñanzas de la vida.

No todos los administradores son como era don Severino Pandorga; no todos tienen esa buena voluntad para desempeñar debidamente las obligaciones que su cargo les impone; no todos cuidan con el mismo anhelo las cosas de sus patrones, con que don Severino cuidaba de las del suyo.

El fundo de "La Tapuja," ántes de llegar a las manos de aquel buen sujeto, habia visto trascurrir por su suelo una pandilla de esos administradores que lo son en el nombre i no en cuidados, i que a la prosperidad del fundo que tienen a su cargo prefieren la del vecino, lo cual es el principio de una desmoralizacion completa en los inquilinos, quienes, sin el ejemplo preciso ni la custodia necesaria, comienzan a gustar las dulzura de la pereza, abandonando a su propia suerte las diversas clases de trabajos que deben efectuar.

Era llegada la época de la recoleccion de los sembrados.

"La Tapuja" comenzaba ya un movimiento siempre creciente, despertando de la especie de letargo en que todo fundo pasa en nuestro pais los rigores del invierno, estacion en que el inquilino tiene pocas ocupaciones a causa de los pocos trabajos que en esa época hai necesidad de llevar a cabo.

Aquí i allá se descubria, medio envueltos en el trigo, a los cegadores cantando con descompazada i desagradable voz algunas de esas cancioncitas, del pueblo miéntras en un *¡raj! ¡raj!* continuo se quejaba la simiente de los cariñosos abrazos de la dentada *echona*.

Otros examinaban las carretas remendando o agregándoles las partes deterioradas o inútiles para dejarlas en estado de servir con seguridad en *la encierra* i en el acarreo de los granos a sus depósitos respectivos. Muchas estaban despojadas de sus ruedas i a su lado ardia con violenta llama la paja que debia, una vez quemada, ser revuelta con el sebo, a fin de untar con el compuesto la parte de los ejes en que las ruedas jiran i evitar así, al par que el deterioro de esa parte, el molestísimo chillido de las carretas no ensebadas.

Los yugos crujian al golpe de la azuela que los limaba convenientemente para que no lastimaran a los bueyes que debian llevarlos.

Se entretejian las *quinchas* de las carretas por medio de tiras de cuero bien remojadas, i se afianzaban en las camas.

Se cortaban los cables para *volvedores*.

Todo se preparaba.

Todo era accion i movimiento.

En esta época, pues, son mas necesarios que en otra alguna los utensilios que se usan en la recoleccion de los sembrados, i uno solo que falte o que no sea empleado en su respectivo oficio, deja de prestar servicios tanto mas importantes cuanto es mayor el tiempo que sin él se demora la recoleccion. Porque es natural que miéntras mas pronto se concluya ésta, ménos riesgos corre de sufrir inexperados accidentes que pudieran disminuirla, como son las lluvias, las tempestades, i sobre todo, los incendios.

Así lo comprendia el intelijente administrador de "La Tapuja," i su asíduo cuidado era la causa de esa extraordinaria actividad desplegada en el fundo.

No estaba en él el patron de don Severino i solo tenia noticias del estado de los trabajos por las cartas diarias del administrador.

En estas circunstancias, una tarde que don Severino reposaba de los afanes del dia, recibió un papel del señor don Aficionado Alienis, dueño de uno de los fundos vecinos, quien ántes varias veces habia molestado al administrador pidiéndole prestados algunos utensilios de labranza. En ella le decia:

"Mi amigo Severino:

"Espero que esta vez no me negará Ud. el favor que me veo en la necesidad de pedirle, como otras veces lo ha hecho cubierto con la finjida máscara de la honradez. ¿A qué fin andamos aparentando lo que no somos? Vamos, amigo Severino, es menester que los dos nos conozcamos, que nos auxiliemos mútuamente i que seamos mui buenos amigos. Le aseguro que no le irá mal conmigo. ¿Conoce Ud. a Cirilo Tafilete? Tuvo en ese fundo el mismo lugar que ahora ocupa Ud. El me facilitaba todo lo que yo le pedia, a escondidas del patron, i le iba lo mas bien conmigo. Lo mismo seré con Ud. Así es que hágame el favor de prestarme unas cuatro carretas para *encerrar* un potrero; yo se las volveré en cuanto las desocupe. Hágalo Ud., hombre, ¿quién lo sabrá? Su patron no está en "La Tapuja," de modo que todo quedará entre nosotros dos.

AFICIONADO ALIENIS."

Al concluir la lectura de esta carta, don Severino la hizo mil pedazos en presencia del muchacho que se la habia llevado.

La indignacion de su noble alma se reflejaba en su rostro despues que hubo leido las ruines proposiciones de don Aficionado.

—¡I son estos los que se llaman caballeros! exclamó con acento despreciativo. ¡Caballeros! ¿Por qué? Porque tienen plata. Porque habitan en buena casa i pueden darse comodidades que nosotros los pobres no debemos conocer; pero son mas pícaros

en sus sentimientos que el mas infeliz gañan, pues teniendo una buena educacion, obran como el mas ignorante.

—¿I qué le digo al patron? exclamó el muchacho que esperaba la respuesta.

—Espera, contestó don Severino.

I cojiendo papel escribió a don Aficionado esta digna respuesta:

"Señor:

"Si las cosas de este fundo de "La Tapuja" fueran del pobre hombre, pero honrado, que firma estas pocas líneas, mucho me miraria ántes de permitir que le fueran facilitadas a Ud, despues de leer una carta tan ofensiva como la que he tenido la desgracia de recibir. ¿De cuándo acá ha notado Ud. en mí alguna accion que le haya permitido juzgarme del modo que lo hace Ud. en su carta? ¿Me ha visto Ud. alguna vez faltar a las obligaciones que tengo para mi patron don Respingo? ¿O acaso Ud. sin dato ninguno juzga Ud. a este pobre criado un ente capaz de cometer cualquiera vileza? ¡Ah, señor don Aficionado, qué mal juzga Ud. a los hombres! Si en algo tiene Ud. mi consejo, me permitirá que le haga presente no olvide jamas aquel refran que reza: "El ladron cree que todos son de su condicion." ¡No quiera Dios que yo ponga a disposicion de nadie las cosas de mi patron sin expreso mandato de éste! I en cuanto a sus ofertas, le diré que le doi debidamente las gracias i que las guarde a los que se venden como Cirilo Tafilete, pues yo soi un hombre honrado.

SEVERINO PANDORGA."

Cuando don Aficionado Alienis leyó esta carta, enérjica respuesta de un hombre digno a las insultantes frases de uno que bien examinado no valía, como suele decirse, tres cominos, rujió de cólera, no tanto por las ofensas justas e indirectas pullas que en ella se le soltaban, cuanto porque veia que don Severino no era en efecto como su antecesor en la administracion de "La Tapuja," Cirilo Tafilete, ni como muchos otros que hubieran estado en el fundo ántes de Cirilo, a los cuales fácilmente él sobornara. Era este don Aficionado, a la verdad, un veterano en la astucia i un consumado actor en el arte de finjir, i tanto que, siendo un pillastron, mantenia mui buenas relaciones con don Respingo, el dueño de "La Tapuja," quien, como ya hemos dicho, era hombre demasiado desconfiado. Sin embargo, con maña habia sido conquistado por don Aficionado, al cual profesaba un verdadero cariño de amigo.

Cierto era que el bellaco Alienis le dió en muchas ocasiones datos seguros acerca de los hipócritas que habian pretendido engañarle, i cierto tambien que varias veces le prestó servicios de algun peso, sea desempeñándole graciosamente varios mandatos, sea prestándole cantidades de dinero para librarle de algun apuro; pero todo esto lo sacaba con sóbras don aficionado,

mediante las picardías de los administradores de "La Tapuja;" de suerte que al encontrarse con uno que, léjos de favorecer sus viles intentos, ponia obstáculos a ellos con una enerjía i una lealtad a su patron que a los otros les habia faltado, se juzgó dañado considerablemente sino daba al mal un pronto ataque. Pensó que lo mas apropiado para conseguir sus fines era indisponer a don Severino con su señor i acarrearle la desconfianza de éste, lo cual seria un golpe sin duda mortal para un administrador tan atento en el cumplimiento de sus obligaciones, tan puro en el manejo de los fondos que pasaban por sus manos i tan caballero en su modo de portarse.

Poderoso enemigo era don Aficionado en especial a causa de la amistad sincera i profunda gratitud que le profesaba el dueño de "La Tapuja" i era ademas hombre que no se paraba en pelillos, ni a meditar mucho tiempo en lo que se disponia a llevar a cabo.

Don Aficionado conservaba aun la carta de don Severino, i la releia sin darse cabal razon del contenido de ella; no alcanzaba a comprender cómo eran desechadas tan flemáticamente las propuestas de un sujeto tan importante como él.

—¿I qué hizo don Severino cuando le entregaste mi comunicacion? preguntó al muchacho portador de la respuesta.

—La hizo añicos, patron.

—¡Hola! la hizo pedazos.

—Sí, patron, i parecia estar mui enojado.

—¿I no te dijo algo?

—Sí, patron. Cuando me entregó ese papel que le dí a su merced, me dijo:

—"Recomiéndale de mi parte al señor don Aficionado Alienis que se sirva no molestarse mas enviándome cartas como la que me has entregado hoi. Díle tambien que se fije un poco mas en lo que hace; pues si hasta ahora nada he hablado con mi patron don Respingo de los ocultos pedidos que ya mas de una vez me ha hecho él, puede que un dia mi paciencia se concluya i con ella acaben las consideraciones que a don Aficionado le tengo, puesto que al fin i al cabo es el dueño de uno de los fundos vecinos, i amigo de mi patron."

—¿Eso fué todo lo que te dijo? exclamó Alienis fastidiado.

—Todo señor, contestó el muchacho.

—Está bien; has que me llamen a Pitosvana.

—¿Luego?

—Inmediatamente.

—Está bien señor, dijo el muchacho i se retiró.

De allí a poco se presentó a don Aficionado un huaso, cara de vinagre, de esos repugnantes a primera vista i que no se cuidarian mucho de dar una patada al Padre Santo de Roma si tuvieran la desgracia de encontrarle. Este tal era el, por álias, llamado Pitosvana.

Este individuo moraba en "La Tapuja," en calidad de inquilino, cuando llegó al fundo el administrador Pandorga, quien tuvo pronto ocasion de conocerle hasta sus mas ocultas acciones que no le daban mui buen nombre. Rompió luego con don Severino que le traia siempre a tres dobles i un repique; salió furioso del fundo en compañía de sus nada caritativos pensamientos de venganza contra aquél, despues de una gran reyerta que entre ámbos hubo, i fué a pedir a don Aficionado una hospitalidad que éste no tuvo empacho en concederle.

Ahora el nuevo patron queria probablemente utilizar en provecho propio i en perjuicio del administrador de "La Tapuja" el odio que Pitosvana tenia para con este último.

¿Para qué lo habia mandado llamar?

Nunca he tenido verdadera certidumbre en cuanto a este punto.

El hecho es que luego que hubo llegado a su presencia, don Aficionado lo hizo penetrar a su gabinete i celebró con él una misteriosa conferencia que duró cerca de media hora.

Eran tal para cual.

I talvez se forjaba entre ellos el terrible plan que deberia traer por efecto una terrible patada *metafórica.*

Yo deseaba, amigo lector, desarrallar a su vista i como ejemplo histórico de patada *metafórica, figurada* o *moral*, la historieta que hasta aquí ha leido Ud. Me proponia seguir paso a paso el plan que quizas se habia tramado entre don Aficionado Alienis i Pitosvana; conocerlo por sus desgraciadas consecuencias; i derramar, en fin, una lágrima por los infortunios del mas infortunado de los Pandorgas que han pisado la superficie del globo terraqueo; pero así como estaba escrito que una patada echara por el suelo la dicha del buen don Severino, así tambien estaba escrito, no sé en donde, que su mísero cuentero, señor lector, no podria obrar segun su voluntad.

El poco tiempo de que dispongo, que no es siquiera el necesario para releer los renglones que voi dejando atras, me obliga a que, mal de grado, ponga todo empeño en reducir el cuento i en hacer lo mas chica posible esta varilla que he injertado en el tronco de este destroncado artículo.

Diré, pues, abreviando el cuento, i estoi seguro que en provecho de Ud., cómo paulatinamente i a la sordina don Aficionado, valiéndose de la amistad que don Respingo, el dueño de "La Tapuja," le profesaba, fué minando en el ánimo de este sujeto el aprecio que sentia por don Severino i por tanto la confianza que habia depositado hasta entónces en el honrado administrador.

Don Severino perdia terreno sin darse cuenta, a pesar de su buen tino, de la causa que su patron tenia para quererle mal i para ir olvidando sus anteriores buenos servicios i los que seguia prestándole con tanta delicadeza.

Muchas veces se preguntaba allá en sus ratos de reposo si tal-

vez sin meditarlo habria cometido alguna imprudencia en el servicio i el buen hombre se aflijia i casi llegaba al extremo de derramar lágrimas; pero luego volviendo a su estado habitual de serenidad, desechaba ese pensamiento que tanto le hacia sufrir.

Tambien llegó a creer que era don Aficionado quien estaba tramando su pérdida i entónces se indignaba i queria ir a don Respingo i acusar a Alienis de su falsa amistad i de las malas pasadas que le quisiera jugar complicando al administrador; mas tambien por un sentimiento de caridad su noble corazon arrojaba esas ideas.

I no era solamente el repentino despego de su patron lo que tenia que deplorar don Severino.

Desde pocos dias despues de haber recibido la carta de don Aficionado Alienis, a la cual habia dado tan digna respuesta, comenzaron a desaparecer algunos animales de los potreros de "La Tapuja;" animales buscados i rebuscados en vano, pues parecia que jamas hubieran existido.

Tal era la situacion un año despues de la misteriosa conferencia celebrada entre don Aficionado i Pitosvana.

Sin duda, de ella traian oríjen todos los males del administrador.

Se le queria desbancar de su puesto por su misma honradez.

El carácter de don Severino se iba tornando poco a poco sombrío.

Cuando su hija le hacia alguna caricia, se reia con una risa diabólica, i volviéndose a un lado murmuraba entre dientes:

—¡Pobrecita!....

Comia poco.

Dormia mal.

Andaba a todas horas de aquí a allá.

Tan luego se sentaba como se paraba para sentarse de nuevo.

Alzaba la cabeza, queria hablar a su hija i callaba apretando los puños con un movimiento repentino e inclinando su cabeza hasta topar la barba con el pecho.

Todo le incomodaba; lo aborrecia todo; aquel hombre, en una palabra, si no era demente, le faltaba una línea para serlo.

Un dia, don Respingo, que acaba de llegar de Santiago al fundo de "La Tapuja," hizo llamar a su presencia al malhadado administrador.

Don Severino se le presentó luego.

La situacion tocaba ya a su fin, pues aquella entrevista iba a ser el desenlace de la trama de don Aficionado.

¿Seria feliz o desgraciado?

¿Quedaria el administrador destituido para siempre o se le daria una satisfaccion por el recelo tan infundado de que en los últimos tiempos habia sido la víctima?

Don Respingo hizo entrar a su cuarto a don Severino, quien permaneció respetuosamente apartado de su patron. Este abrió el cajon de una mesa i, sin decir palabra, sacó una bolsa de dinero que comenzó a contar.

Aquellos dos hombres parecian mudos, i por la inmobilidad de don Severino; por su aspecto cadavérico a causa de los sinsabores i amarguras soportadas apénas; por su mirada fija en la mano del dueño de "La Tapuja," que contaba con lijereza febril el dinero; por sus labios descoloridos i arrugados; por ese tinte, en fin, de profunda melancolía que su semblante manifestaba, parecia un sér misterioso que venia de un mundo desconocido a cobrar alguna antigua cuenta.

Al fin don Respingo acabó su operacion; dejó en un extremo de la mesa un montoncillo de pesetas, cojió la bolsa, guardóla en el cajon i volviéndose al administrador interrumpió el silencio que hasta entónces reinara, con estas lacónicas palabras:

—Tome Ud. don Severino.

I señaló el montoncillo.

Don Severino hizo un lebe movimiento como si resucitara a la vida i exclamó un tanto sorprendido i asustado del modo con que se habia expresado su patron.

—¿I por qué, señor?

—Porque ya toda correspondencia se acabó entre los dos, dijo don Respingo con aire de profundo despecho. Ese dinero es su salario de seis meses. Ahora arreglamos las cuentas, i mañana sale Ud. para siempre de este fundo.

Don Severino quedó anonadado.

—¡Me despide, señor! alcanzaron a balbucear sus labios i salió de la habitacion casi loco i sin pedir explicacion alguna.

—¡Ah! hipócrita, pensaba don Respingo. ¡Cómo pudo engañarme de esta manera! ¡Qué desgracia la mia de no encontrar sino jente falsa i corrompida!

Don Aficionado llegaba en ese momento a ver al dueño de "La Tapuja."

—¡Ah! estimado Alienis, Ud. es el único hombre en quien he encontrado un verdadero cariño, le dijo don Respingo. En este instante acabo de despedir, por consejos de Ud., al infame don Severino que me engañaba miserablemente. ¡Cuánto le debo a su amistad!

—Nada, nada, respondió Alienis con prontitud, talvez remordiéndole ya la conciencia de sus criminales procederes.

Me contaron, amigo lector, que poco despues de este desgraciado suceso, don Severino murió pobre i que su hija arrastró una vida miserable, sumida en el fango por el canalla don Aficionado, que se finjió su desinteresado protector despues de muerto el ex-aministrador.

Por via de ejemplo le he contado a Ud. la anterior historieta, señor lector.

Ahí tiene Ud. lo que puede una patada *metafórica, figurada* o *moral*, que no otra cosa fué lo que al pobre don Severino le dió don Aficionado Alienis.

I sabe Dios qué caramillo armaria contra él.

Sabe Dios qué juego haria el órgano de las *metafóricas*, que, como anteriormente hemos dicho, es: *Lingua.*

Llegamos, pues, a sacar en limpio que los dos órganos verdaderamente causa de las patadas en sus dos distintas clasificaciones, son terribles segun su aplicacion a los individuos de la humana especie.

I me parece que no tengo necesidad de decir a Ud. que las pullas, las calumnias, los díceres en contra del prójimo son los que entran en la segunda categoría; ni que he llamado a ésta la de las *metafóricas, figuradas* o *morales*, porque aunque no son verdaderamente patadas, pues no producen dolor físico, son la pura representacion de aquellas i mas terribles aun que ellas mismas por el dolor moral que producen.

I no crea, amigo lector, que las patadas tienen como únicas causas los órganos arriba nombrados. Nó.

Si así fuera, podria decirse que los mudos no son susceptibles de dar patadas *metafóricas, figuradas* o *morales*, sino *reales* o *físicas*. ¡Pero Dios nos libre de las patadas *metafóricas* de los mudos! Pues si bien ellos no tienen, o mas bien dicho, no pueden hacer uso de la lengua, pueden hacerlo de la mano.

Dígale Ud. cualquiera cosa desagradable a un mudo, v. g.: zamba cañuta, i conocerá entónces en sus costillas de Ud. el peso de una mano nada política, i leerá en un papel que le presentará el injuriado una reverenda *metafórica* patada.

Tiene Ud., por tanto, otro órgano:

Manus.

I si damos crédito a un cantarcillo que escuché en una ocasion, conoceremos aun otro órgano:

Oculi.

Así decia entre otras cosas:

Una patada me dió
Que me dejó patitieso,
I si ántes no lo estuviera
Mal le fuera al majadero.
Que una preciosa morena
Me ha dado en medio del pecho
Con sus ojos una horrible
Que me tiene medio muerto.
¡Ai! morena de mi vida,
Duélete de tu moreno.

¡Qué fuertes dan las patadas
Tus pateadores ojuelos!

¿Ha leido Ud., señor lector, siquiera por curiosidad, lo que dice el autor del *Diccionario de galicismos* acerca de la palabra Gubernamental?

Pues oiga Ud. algo:

"I no quiero mas prueba de mi dicho que el vocablo que sirve como de rúbrica a este artículo, vocablo terrible por lo largo; bárbaro por lo disforme; atroz, inculto, indómito, bravío, que ninguna garganta delicada puede pronunciar, a que ningun órgano vocal medianamente constituido puede acostumbrarse, i que ningun oido castellano, por embotado que esté, puede escuchar sin extremecimiento i horror." (1)

¿Se puede decir algo mas malo de una palabra? Imposible.

Ya se me figura estar viendo a Baralt con un terrible ataque de epilepsia, tratando de la voz *Gubernamental* i anatematizando al mundo entero si una, una sola vez se desliza a pronunciar el espantosísimo vocablo.

Pues, amigo lector, yo digo todo lo que dice Baralt, todo lo que puede decirse i aun lo que no puede, lo terrible, lo atroz, lo extraordinario, lo abominable, lo excecrable, etc., etc., etc., cuando oigo un vocablo que talvez no conoció aquel preceptista. Ese vocablo es (su nombre solo horripila) es:

¡Dicen!....

Principio de las mas estupendas patadas *metafóricas*.

¡Dios nos libre!

Termino, amigo lector, i al concluir le diré a Ud. que lo único que he hecho ahora ha sido darle con este artículo fatigosísimo, escrito a todo escape, una bien fuerte patada *metafórica*, para que diga Ud.: "¡Dios me libre!" de otra, que yo por no ser ménos que Ud., diré:

"De ellas ¡Dios nos libre!"

Santiago, Enero 27 de 1876.

ANTONIO ESPIÑEIRA.

---

(1) Rafael María Baralt. *Dic. de Gal.*, páj. 273.

DON JUAN FRANCISCO ORTIZ.

.....Nunca labraron
Púrpuras de Laconia, para el uso
De su Señor, mis siervas;
Pero vivo contento
De que jamas faltaron
En mí virtud i númen afluente.

MORATIN.

El dia 27 de julio ha sido funesto para las letras colombianas. Aun no ha dejado nuestra patria empobrecida, de llorar la pérdida de Arboleda, Mallarino, Vergara, Gutierrez Gonzalez, Fernandez Madrid,.... cuando, elijiendo presa otra vez entre lo mas granado de sus hijos, se presenta la muerte a descargar sobre ella un nuevo golpe.

Quien se haya deleitado alguna vez con la lectura de un diminuto cuanto precioso romance, que se anda por ahí impreso con el título de *Carolina la Bella;* quien en sus horas de ocio haya recorrido las pájinas de *La Guirnalda* i por ende tropezado con unos donosos artículos que, bajo sendos títulos de *Mr. Keg* i *Motivo por el cual*...., se hallan consignados en ese rico muestrario de nuestra literatura; quien, para decirlo todo de una vez, arrastrado por la, en ocasiones, invencible manía de andar a caza de las obras del injenio, se haya engolfado en ese piélago de hojas que, de cuarenta años a esta parte, ha echado a volar como meteoros fujitivos, el periodismo del pais, i haya fijado su mirada sobre un hombre que donde quiera se encuentra allí estampado al pié de una profusa variedad de opúsculos, relaciones de viajes, artículos de costumbres nacionales i extranjeras, bibliografías, leyendas i poesías de diversos jéneros, sobre multiplicados asuntos, vertidas a las veces en extrañas lenguas, i en las cuales el autor ha recorrido todos los tonos de la lira castellana, desde el jovial i festivo de Alcázar i de Iglesias al tierno i delicado de Melendez i Gil Polo, i desde éste hasta la noble i majestuosa entonacion de Leon i Herrera, ese tal, decimos, i solo él podrá apreciar el valor del nombre que vamos a dejar consignado en estas líneas.

¡¡JUAN FRANCISCO ORTIZ!!

Penetrados de dolor i agobiados bajo el peso del anatema que graba sobre la frente de la triste humanidad, ensayamos trazar con mano temblorosa estas pobres líneas, no para lanzar una queja contra el cielo, ántes bien para bendecir la mano de la Providencia que, en sus inescrutables designios, vino conduciendo desde remotas playas i al traves de mil vicisitudes, al eximio varon, cuya pérdida lamentamos, para hacerle dormir entre nosotros el sueño de la tumba.... Entre nosotros, sí, al pié de esta ladera, a la sombra de los mismos mirtos i arrullado por las ondas del mismo rio que tantas veces fueron el objeto de sus poéticas meditaciones....

Al levantar nuestra débil voz para rendir homenaje de justicia i gratitud al *semihuérfano* de nuestra emancipacion política, al antiguo ayo de la juventud colombiana, al esclarecido ciudadano, al piadoso defensor de nuestras creencias relijiosas i a uno de los gloriosos fundadores de nuestra república literaria, cedemos al impulso irresistible de nuestro corazon. Nosotros no tuvimos la dicha de conocerle sino cuando, postrado en el lecho del dolor i velados ya sus ojos por las sombras de la muerte, nos alargó con paternal efusion su mano trémula para decirnos el "Dios se lo pague" con que recibia a cuantos se acercaban a saludarle. Mas ¿qué importa que no le hubiéramos conocido de antemano? Nosotros ya le amábamos. ¿Se necesita acaso ver a los buenos para amarlos? Cobramos aficion a ciertas flores solo por los efluvios que desde léjos nos envian. El espíritu de algunos hombres es como el aliento de esas flores: se difunde al traves de la distancia i del tiempo, i penetrando en nuestra alma nos liga con un fuerte vínculo de simpatía hácia ellos. El injenio que se levanta como el águila en una atmósfera serena, i la virtud tranquila que cual mansa i apacible fuente se desliza, ejercen ciertamente un poder supremo de asimilacion que nos atrae i cautiva; pero cuando, por el contrario, los vemos combatidos por las tempestades de la ingratitud o de la envidia, entónces vienen a ser para nosotros verdaderos objetos de adoracion i de ternura. Colon aherrojado, Cervantes visitando todas las mazmorras de su patria, i Ortiz, *el hijo de un prócer de la independencia, que ha consagrado su vida al servicio público i a la enseñanza de la juventud, casi ciego, ciego i enfermo, golpeando con su baston a las puertas del Capitolio e invocando recuerdos gloriosos para implorar del Congreso de su patria el óbolo de Belisario*.... son espectáculos que nunca hemos podido contemplar sin conmovernos.....

.....

Nosotros no abrigamos la ridícula pretension de hacer el elojio fúnebre del Dr. Juan Francisco Ortiz: sus relevantes méri-

tos personales no le pertenecen ya, son títulos de gloria nacional, que la fama está encargada de recojer. Bajo la losa que cubre su sepulcro no existe sino un poco de polvo, i el polvo de los muertos no se reanima con el aliento profano de los que viven. Pero si las lágrimas vertidas sobre el féretro de los justos pueden ser estímulo a la virtud, i si las modestas flores esparcidas al pié de la tumba de los grandes hombres pueden servir de guia en el sendero de la inmortalidad, nosotros convocamos a la juventud de nuestra patria, para que venga a depositar al pié de esta tumba veneranda una lágrima i una flor!....

Buga, 1.° de Agosto de 1875.

RAFAEL NAVIA.

JOSE MARMOL. [1]

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

II.

No quiero continuar examinando las poesías de Mármol ántes de decir algunas palabras acerca del libro del señor Cortés, este compilador infatigable que tanto ha hecho en favor de las letras americanas, sin que por eso pueda decirse que nunca, con la mejor voluntad del mundo, las ha perjudicado.

Hermosa i limpia es la impresion, de buena calidad el papel i bastante claro el tipo. Esto en cuanto al aspecto material del libro. I para que el juicio sea completo, tengo que agregar que la edicion contiene muchos errores tipográficos, como casi todas las que hace la casa de Bouret, segun lo hemos podido comprobar en várias obras de autores chilenos, las de don Alberto Blest Gana, por ejemplo.

Por lo que toca al aspecto literario, necesario es confesar que el señor Cortés no ha sido completamente feliz i que su desgracia comienza con el título mismo de la obra. ¿Qué significa eso de *Obras poéticas i dramáticas?* Es que los dos dramas de Már-

(1) *Obras poéticas i dramáticas* de José Mármol, coleccionadas por José Domingo Cortés, caballero de la órden de la Rosa del Brasil.—Paris, Librería de A. Bouret e hijo, 1875.

mol que en el volúmen aparecen no son poéticos? Pues si están en verso i tienen hermosos trozos de poesías. La verdad es que el título tiene un tanto de disparatado i lo justo habria sido bautizar el libro con el nombre de *Obras líricas i dramaticas* u otro semejante.

No me gusta tampoco eso de *coleccionadas*, ya que *coleccionar* no puede exhibir una mui noble i respetada prosápia.

En cuanto a las piezas líricas que el editor presenta, a primera vista se conoce que éste no ha sido guiado en su tarea por un exquisito buen gusto, como fácil me será demostrarlo. Hai en el volúmen que me ocupa composiciones que hacen desmerecer a sus compañeras i faltan ótras que desde que se publicaron fueron una hoja mas de laurel para la hermosa corona del poeta arjentino.

Cuando en 1846 el literato arjentino don Juan María Gutierrez publicó en Valparaiso su *América poética*, incluyó allí lo mejor que, a su juicio, habian escrito los bardos americanos; i de Mármol, si la memoria no me es infiel, publicó las siguientes poesías: *Las nubes*, *Los trópicos*, *A Buenos Aires*, *Los tres instantes* i la célebre invectiva a Rosas. Pues bien, el señor Cortés ha tenido a bien excluir de su coleccion las tres primeras piezas nombradas, sin embargo de ser bellísimas i mui dignas de figurar al lado de las mas notables del Parnaso Americano. Esto prueba que el señor Cortés no ha procedido con el mas acendrado buen gusto.

I la ausencia de las mencionadas poesías es tanto mas notable, cuanto que el señor Cortés las incluyó en su *Parnaso Arjentino*, obra publicada en 1873. Si las creyó dignas de figurar al lado de las mas aplaudidas inspiraciones de los poetas que cantaron a las orillas del Plata, ¿en virtud de qué razones pudo excluirlas de las pájinas de un volúmen al solo Mármol consagrado? Yo no lo comprendo.

En el *Parnaso Arjentino* aparecen las siguientes poesías líricas del autor del canto a Rósas: *A....*, *Los trópicos*, *Las nubes*, *Canto de los proscritos*, *El reloj*, *A Rósas*, *Los tres instantes*, *A la señora condesa de Walewski*, *Ayer i hoi*, *Adios a Montevideo i Cristóbal Colon*.

En el volúmen que me ocupa hallo las siguientes composiciones: *A Dios*, *Canto de los proscritos*, *El reloj*, *Ayer i hoi*, *En el álbum de L. H. de C.*, *Cristóbal Colon*, *A....*, *A tí*, *Melancolía*, *Amor*, *Adios a Montevideo*, *Yo te perdono*, *Canto del trovador*, *La noche*, *A Rósas*, *Los tres instantes*, *A Pilar*, *A Teresa*, *Ilusion*, *A la condesa de Walewski*, *A Bolivia*, *A mis amigos de colejio*, *Sueños*, *En un álbum*, *A Buenos Aires*, *Al sol*, *Recojimiento*, *Canto del poeta*, *Desencanto*, *En un álbum*, *En la lápida de Florencio Varela*, *Ráfaga*, *Al 25 de Mayo en 1849*, *Rósas* i *En la tumba de un niño*. Vienen, demás de éstas, dos dramas: *El cruzado* i *El poeta*.

Vamos a ver mas adelante cómo es cierto que hai en el volúmen composiciones indignas de figurar allí i que, léjos de honrar

a Mármol, le presentan como versificador desgraciado i poeta de floja inspiracion, de formas poco artísticas i nada conformes con los preceptos del bien hablar.

La primera pájina del libro del señor Cortés está ocupada por dos o tres rasgos biográficos que, a su brevedad, añaden la circunstancia de tener fechas equivocadas. Esos rasgos, con pequeñas diferencias, son los mismos que aparecen en el *Parnaso*, al frente de las poesías de Mármol. Véase una muestra:

"*José Mármol.*—Nació en Buenos Aires el 4 de diciembre de 1818.

"En 1838 habia en las cárceles de Rósas un jóven de veinte años....

"Este audaz prisionero se llamaba José Mármol."

Ya lo veis: en las primeras líneas el biógrafo da un salto de veinte años, como quien no dice nada.

Un poco mas adelante dice:

"Ha escrito una novela histórica, *Amalia*, de la cual se han hecho cuatro ediciones, una en Alemania, otra en Béljica, otra en Chile i la otra en *su* pais, *que*, a juicio de personas competentes, *es la mejor produccion de este literato.*"

No necesito insistir en señalar la construccion bárbara que aquí aparece. ¿Con que la "edicion hecha en *su* pais" *es la mejor produccion de Mármol?* I perdonando el barbarismo gramatical, todavía se pueden hacer otras observaciones. Decir que una novela es mejor que un drama, que una leyenda, que una poesía lírica, es algo de tan aventurado, que en la mayor parte de los casos quien eso diga se expondrá a errar. Se trata de composiciones de jéneros mui distintos; i es espinoso asunto por ende, establecer entre ellas comparaciones i dicernir a las únas el premio que a las ótras se rehusa. ¿Cómo me probaría el señor Cortés que *Amalia* es mejor que el canto *A Rósas*, o que *Las nubes* o que el drama *El Poeta?*

¿Habrá querido el señor Cortés decir que *Amalia es la mejor* de las novelas por Mármol escritas? En tal caso, no habrá quien no reconozca que ha dicho una verdad de tomo i lomo, una verdadera perogrullada, ya que, o mucho me equivoco, o Mármol jamás escribió otra novela que la que dejo nombrada.

Se dice en los rasgos biográficos: "Murió el 12 de Agosto de 1871."

Hai aquí un gravísimo error de fecha. Los restos de Mármol fueron llevados al cementerio, con la solemnidad que ya he indicado, el dia 11 de Agosto. ¿Cómo, pues, pudo haber muerto el 12?

Penoso me ha sido tener que detenerme en estos pormenores, por lo mismo que me visto obligado a señalar errores tan graves en un tan pequeño número de líneas. Pero ello era necesario, pues ante todo a la verdad me debo.

La primera composicion que el señor Cortés nos da se titula *A Dios* i bien merece figurar entre las peores que hayan escrito los que en esta querida tierra de América han llevado i pueden llevar, sin remordimientos, el nombre de poetas. Ni la forma ni el fondo tienen nada de sobresaliente, de medianamente notable. Fondo i forma no se levantan mas arriba de los tejados, i a no conocer al editor del libro, yo me habria visto arrastrado a creer que habia realizado el intento de hacer una mala jugada al celebrado Mármol. Habla el poeta a Dios; y cuando cualquiera se apareja para recibir lluvia de nobles i elevados pensamientos, dignos del Sér a quien se canta, sólo encuentra vulgaridades mayúsculas expresadas en un idioma que no ha sido jamás el de las Musas ni siquiera el de mortales que conozcan la lengua que con tanta destreza i brillo manejaron Herrera, Frai Luis de Leon i todos nuestros grandes poetas.

Herrera, llamado merecidamente el *divino*, escribiendo sobre la batalla de Lepanto, recuerda que no se mueve la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios i produce una de las mas clásicas i mas bellas odas de nuestro Parnaso. Ved su robusto e incomparable exabrupto:

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud i gloria nuestra;
Tú rompiste las fuerzas i la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escojidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, i descendieron
Cual piedra en el profundo; i tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.

Nada hai en el Parnaso español que sobrepuje esta espléndida oda, tan robusta, tan majestuosa, tan elevada i al mismo tiempo tan llena de donaire en el corte de sus versos i en la expresion de sus pensamientos.

Pues bien, parece que Mármol ni de nombre conoció este magnífico trozo lírico; que, a conocerlo, no habria invocado el nombre de Dios para hablarle de necedades mayores de marca que no habria podido escuchar con interés ni sin bostezos el mas paciente de los mortales.

Dice Mármol:

Señor, no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
La cristalina gota

Del *llanto matinal* sobre las flores;
El *pequeñuelo arbusto*
Besando el mar desde la peña rota;
Al espirar el sol, los mil colores
Que huyen la noche con su ceño adusto;
De los niños *la risa* i *las congojas;*
De las palomas *el sentido arrullo;*
La música del céfiro en las hojas
I el cristal de una fuente i su murmullo,
Fueran siempre, Señor, al alma mia
El terso espejo do *tu imájen via:*
Dó mis ojos, Señor, te *contempláran*
En tu esencia de amor i de pureza,
Como el trueno i el sol me *revelára*n
Tu eminente poder i tu grandeza.
Pero nunca jamás te hallé mas bueno
Ni mas sublime en débil critura,
Que al sentir en mi seno
Este mar de inquietudes i ternura.
Hoi no vivo por mí—vivo en la vida
De una mujer que a revelarme vino
La esencia celestial que hai escondida
En cuanto es obra de tu sér divino.

Tienen estos versos algunas bellezas; pero abundan tambien en ellos los defectos. No me gusta eso de *llanto matinal* por *rocío de la mañana;* en lugar de *pequeñuelo arbusto besando el mar*, la buena locucion prescribe que se diga *pequeñuelo arbusto que besa al mar*, porque el jerundio no modifica a sustantivos. (2)

El verso *que huyen la noche con su ceño adusto* es anfibolójico. Póngase el pensamiento en prosa vil i resultará: *los mil colores que* (los cuales) *huyen* (de) *la noche con su ceño adusto*; i lo que ha querido decir el poeta es que la luz del sol huye cuando viene la noche con su ceño adusto, o bien, que la luz del sol huye de la noche i de su ceño adusto.

El cristal de una fuente puede ser espejo en que se vea la *imájen* de álguien; pero ¿cómo podrian serlo ni *la risa i las congojas* de de los niños, ni la *música del céfiro*, ni *el arrullo de las palomas?* Hai, pues, impropiedad en los términos.

Los subjuntivos *fueran, contempláran i revelára*n, deben ser errores tipográficos, porque el poeta pudo usar sin inconveniente los pretéritos de indicativo: nada pudo obligarle a usar de una licencia tan poco elegante i a que acuden sólo los malos versificadores.

(2) El jerundio no puede modificar al sustantivo. Sin embargo, hai expresiones autorizadas por el uso, como *mi detencion allí, agua hirviendo* i otras. Moratin titula una de sus poesías a *Un niño llorando en los brazos de su madre:* lo correcto habria sido decir: *A un niño que llora o que lloraba, etc.*

Véase Bello, cap. XLIV, núm. 381, o de su *Gramática de la lengua castellana.*

Via por *veia* es una licencia que usa mucho Mármol i que da, por tanto, a sus poesías un aire de afectacion mui marcado. En la composicion que examino se hallan los versos siguientes:

La inspiracion secreta
Me *hiciera* imajinar lo que no *via:*

Dos licencias poéticas que todo buen versificador debe evitar cuanto le sea posible. Meléndez abusó mucho de la primera i ha sido imitado por poetas poco escrupulosos. En nuestros clásicos, la forma subjuntiva en *ara* i *era* tuvo siempre el carácter de ante-copretérito. Así

Me *hiciera* imajinar lo que no *via,*

equivaldria a decir

Me *habia hecho* imajinar lo que no *via*

i no, como lo quiere el poeta a

Me *hizo* imajinar lo que no *via.*

Melendez Valdés ha dicho:

Astrea lo ordenó, mi alegre frente
De torvo ceño oscureció inclemente
I de lúgubres ropas me *vistiera.*

Lo propio habria sido *vistió.*

En una palabra, la forma subjuntiva indicada puede usarse, pero en el carácter de anti-copretérito i nunca como pretérito, anti-presente o copretérito.

Hé aquí otros versos de la misma composicion que adolecen de defectos:

I no a tu *grave* Majestad, profana
Al hablarle de amor mi voz mundana.

Una cabaña en las desiertas islas
Del alto Paraná, seráme un *Eden*....

....Que a veces creo que remonta el vuelo
I *en ánjel* o *en perfume* se me ausenta.

I el penetrante aliento
De las *auras besando* los aromas.

A mi sensible voz pierde su calma,
Pero en su vírjen seno,
De sueños de ánjel i suspiros lleno
La flor de su virtud quede *fragante*.

Mujer de corazon, ama i *padece*
I en su mismo *sufrir* su amor se excita,
Como *abre* i enrojece
Lo rosa con el sol que la marchita.

Solo sé que contento
Cuando a su lado estoi, mas pienso en ella
Que *en los ardores* que en mi pecho siento,
Aun cuando la amo tanto i es tan bella.

Las estrofas restantes no tienen nada de notable i uno las lee sin entusiasmo, sin ese no sé qué con que impresiona el alma a veces un solo verso de un verdadero poeta.

Dicho está que Mármol descuida frecuentemente la forma, el estilo i yo podria llenar pájinas tras pájina en comprobacion de mi aserto. Algunas muestras he dado i daré todavía otras porque, al par que sus bellezas, conviene hacer notar los defectos del inspirado poeta para que sus admiradores no le imiten.

No se dice que alguien se ausenta *en ánjel* o *en perfume*, sino *como ánjel* o *como perfume*. *Padecer* i *sufrir* no son verbos sinónomos i como tales los emplea el autor: *padecer* se refiere mas al físico i *sufrir* denota un acto de la voluntad que hace que el hombre se sobreponga a los males que *padece*.

La comparacion del penúltimo verso copiado es inexacta i poco poética. Demás de esto, el poeta habria podido evitar la impropiedad del verso subrayado diciendo:

Cual *se abre* i *se enrojece*
La rosa con el sol que (después) la marchita.

El *abrirse*, el *enrojecerse* i el *marchitar* aparecen aquí como fenómenos simultáneos i no son tales: ello proviene de la forma incorrecta que el autor ha dado a su pensamiento, traicionándolo. Es evidente que no ha dicho lo que queria decir.

El *Canto del proscrito* es una composicion en octavas de versos de diez sílabas, que no carece de bellezas. Mármol, que vive i lucha en extranjero suelo, a toda hora recuerda a su patria i le envia sus cantos. Bellísimas, a pesar de sus lunares, me parecen las siguientes estrofas:

¿No mirais esas luces que brillan
Cual destellos de un fuego divino?
Son los ojos del *Jenio Arjentino*
Irritado en su oscuro confin.

¿No escuchais un confuso ruïdo
Como de onda de un mar que *se avanza?*
Son las sombras que claman ¡venganza!
De los héroes de Maipo i Junin.

¿No *sentís* que *tu* planta resbala
Sobre el húmedo suelo que tocas?
Es que el suelo i el monte i las rocas
Sudan gotas de sangre a *tu* pié:
Es que todo se irrita i conmueve
Al no ver de *tus* tiempos de gloria
Mas virtud ni mas santa memoria
Que del pobre proscrito la fé.

Alza ¡oh madre! tu mano sagrada
I bendice tus hijos proscritos.
Que de aquellos tus tiempos *benditos*
No te queda mas que ellos i Dios.
Los que besan el pié del tirano,
No son dignos de un otro destino:
Son ladrones del nombre arjentino,
Son bastardos sin alma sin voz.

Somos pocos ¡oh patria! i no importa
Pues la gloria de un pueblo i su nombre
Suele a veces guardarse en un hombre
Cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
No se cuentan jamás sus esclavos:
Son sus hijos virtuosos i bravos
Los que dan a la historia el crisol.

Desterrados i pobres i presos,
En nosotros el alma es un templo
Donde brilla *en magnífico ejemplo*
La mas pura arjentina virtud.
I si *en medio al destierro* caemos
Prolongada tu suerte inclemente,
Será siempre padron elocuente
De tu honor nuestro humilde ataud.

Inferiores a éstas son las demás estrofas i esto basta para dar una idea del mérito de la composicion. Los versos copiados son

bastante buenos, excepto algunos que, sobre prosaicos, son incorrectos. Intolerable es el cambio de personas en la segunda estrofa, pues aparecen alternativamente como sujetos los pronombres *vos* o *vosotros* i *tú*, cosa que aun en los estudiantes seria digno de amargo reproche.

En medio al destierro ha dicho el poeta, obligado por el ritmo; debió decir *en medio del destierro;* i todavía habria sido mejor *en el destierro.*

Prolongada por *prolongando* debe ser un error de caja.

Véanse todavía otros versos:

¡Patria! ¡Patria! palabra divina
Que en el cáliz del alma *se esconde.*

Mas propio habria sido decir *se anida.*

Ese nombre de paz i esperanzas
Es la dulce oracion del proscrito:
El aprende a llamarle bendito
En la escuela que enseña el dolor.

El sentido de los dos últimos versos es anfibolójico: no se sabe si *el dolor* enseña en una escuela o si es enseñado. I en uno u otro caso ¿qué escuela es esa tan determinada que el poeta no ha trepidado para designarla con un *la?* Por adivinanza puede decirse que es la escuela del mundo o de la experiencia; pero tambien es cierto que en ella no siempre el dolor enseña, ya que muchos varones hai que no conocieron la desgracia.

¡Ai! recoje ese noble tributo
Que refleja tu imájen en sí.

El sentido de estos dos versos es completamente oscuro. Dificilillo es averiguar lo que ha querido decir el poeta.

Nuestra vida ha perdido sus flores
I a la luz de los años mejores
Se tocó con la noche su albor.
Pero *en medio a la récia tormenta.*

Al dejar de un hermano los restos
Bajo el suelo extranjero, *tan mudo*....

Ese *tan mudo* es un ripio descomunal i digno de ser condenado a perpétuo ostracismo.

I al nacer nuestros hijos al mundo
Mil recuerdos nos hieren *prolijos*
Al pensar que ni vemos los *hijos*
En la patria del padre nacer.

Todo esto es prosa, miserable prosa rimada i malamente rimada. Mármol vivió enamorado de la voz *prolijo*, quizás porque ignoró su significado propio, que es *largo, dilatado, con exceso, impertinente, molesto*, etc., i la puso dondequiera que se acordó de ella, viniese o nó al caso. Vayan algunos ejemplos:

Allí donde perdisteis vuestro *hijo*
Allí arrancados de sus brazos fueron;
I allí donde llorasteis tan *prolijo*
Sobre sangre sus lágrimas corrieron.

Bendicion en la frente de tus *hijos*
Que en el hogar junto a la tierna esposa
Hablan de paz i libertad *prolijos*....

I *yo, yo* que te debo
La vida que respiro, si *prolijo*
A nombrarte me atrevo,
Es porque respeto la grandeza
De tus pasados dias.... como el *hijo*....

Cuando *cerca a tu pálida frente*
Las estrellas asoman *prolijas*,
Como en *torno a sus padres* las *hijas*....

Caigamos con ellos lidiando *prolijos;*
Atrás, nuestros restos; llegad, nuestros *hijos;*

I no cito otros ejemplos por no parecer *prolijo*....

Esto prueba que el vocabulario de Mármol era escaso i que era jeneralmente pobre su rima. Debió estar poco familiarizado con nuestros clásicos i no se manifestó jamás mui conocedor de los secretos del arte, ni mui abundante en recursos para vencer la dificultades de la versificacion. Mas que de desatar el nudo gustaba de cortarlo.

Yo podria traer aquí numerosísimos ejemplos, en comprobacion de lo que digo. Así, diez o mas veces, cuando un verso concluye en la palabra *hijo*, singular i plural, aquel con el cual ha de aconsonantar termina en *fijo*, singular o plural. Un poeta esmerado no incurre en tales extremos. Casi todas las composiciones poéticas de Mármol prueban tres cosas: 1.ª que Mármol no conocia bien el idioma; 2.ª que hacia frecuente uso de licencias poéticas a que sólo acuden los malos versificadores; i 3.ª que el verso endecasílabo fué por él con poca felicidad manejado, a lo que se agrega que no usó la octava real, la mas majestuosa i la mas delicada entre todas nuestras estrofas. Su metro predilecto fué el alejandrino de catorce sílabas i a veces usó tambien con cierta maestría el dodecasílabo i la silva: en el primer metro están *Las nubes* i en el segundo *Los trópicos*.

RÓMULO MANDIOLA.

EN UN ALBUM.

En la penosa carrera
Que llaman algunos vida,
La esperanza combatida
Por el mundano vaiven
Vacila; el alma al cruzarla
Doquier encuentra dolores;
Que hai mas espinas que flores,
Tú lo sabes, yo tambien.

Cuando al pisar las espinas
De dolor i desencanto,
El corazon duele tanto
Que brota sangre al latir,
I la ilusion se deshace
Por no encontrar un abrigo,
Es mui dulce un pecho amigo
Que entienda nuestro sufrir;

Que sepa oir el violento
Bramar de las tempestades
Allá en las concavidades
Oscuras del corazon;
I amaine los rotos pliegues
De una esperanza hecha trizas
I dé vida a las cenizas
De la perdida ilusion;

I ofrezca un seno que impida
Al alma mustia i enferma
Que un sopor funesto duerma
En brazos del desamor,
I ofrezca lo que te ofrezco,
I te ame como te amo,
I te haga oir el reclamo
De un amor como mi amor.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

POESIAS DE DON CLEMENTE ALTHAUS.

(De La Sociedad de Lima.)

Hemos tenido el gusto de ver al fin impreso el tomo de poesías de don Clemente Althaus, que tanto deseábamos, i nuestro deseo ha sido coronado por el éxito mas feliz que se podia esperar.

Mui escasas de mérito son, en estos tiempos, las publicaciones que se hacen en lengua castellana, i las obras poéticas del vate limeño son dignas de los mejores tiempos de la literatura española.

Como aficionados que somos a las letras i al decoro de nuestra patria, no podemos dejar de examinar detenidamente un libro que hace honor al pais, cosa que por cierto no se puede decir de la multitud de publicaciones que se anuncian con mucho ruido, i para vergüenza nuestra, con grandes elojios de todos los periódicos de la capital. ¿Cómo es posible que merezcan igual alabanza el insulso coplero que titulan poeta, porque escribe en consonantes i solo versifica vaguedades i cosas sin sustancia, i el hombre de talento i de corazon que a fuerza de estudios i de meditacion forma un caudal de ideas i conocimientos, con que enseña a los pueblos a acatar la virtud i a aborrecer el vicio? Algunos periodistas hacen elojios de todo lo que se publica, por amistad o por compasion, si el titulado poeta es pobre; pero no es la simpatía ni la conmiseracion la que debe dirijir al criterio de los que están llamados a guiar la opinion pública: el periodismo debiera ser una especie de sacerdocio, que no ejercieran sino personas dotadas de una clara razon, de vastos i universales conocimientos, i de una alta imparcialidad.

El libro de que tratamos, es una joya de la lengua castellana: son tantas sus bellezas, que para citarlas i analizarlas seria necesario publicar un volúmen de las dimensiones del que nos ocupa; pero la estrechez de un artículo nos obliga a abreviar nuestros juicios, mencionando solamente las mas notables composiciones.

Tomando esta leccion en su conjunto, se puede dividir en tres partes, que corresponden a tres épocas de la vida del hombre. Las poesías escritas en la primera época, son lijeras i soñadoras i ya se advierte imajinacion en los conceptos i elegancia en el estilo. Las escritas en la segunda, manifiestan consagracion al estudio de la literatura antigua castellana, a la vez que sed ardiente de felicidad, i en esta época se ve el perfeccionamiento en el estilo que toma un carácter definitivo de abundancia i primor. En la tercera, el caudal de conocimientos se aumenta i el vigor i brevedad de la expresion determinan el jénio del poeta en su apojeo.

La *Cancion de Coralai*, escrita a los dieziseis años, es la primer composicion del tomo. ¡Cuánta lozanía i gracia en la descripcion de la noche! Despues ¡cuánta nobleza i jenerosidad de sentimientos en la india, que, enamorada de un extranjero ya ligado con juramento a otra, no quiere ser correspondida de él para no causar la desgracia de su prometida.

Con el acento mas triste dice:

Goce la vírjen hermosa
De su amor puro i entero,
Que ninguna dicha quiero
Que se compre con su mal.

Despues, cuando llevada de la fuerza de su pasion, quisiera hacer llegar a oidos de su amado el eco doloroso de sus quejas, retrocede avergonzada a la sola idea de una desdeñosa acojida i clama a la luna mitigue sus pesares.

Adioses: es la expresion mas injenua de los sentimientos de un niño al separarse de su compañera de infancia.

Las cautivas de Israel sacadas del salmo *Super flumina Babilonis* i tratadas de un modo enteramente nuevo, respiran el amor de la patria i el pesar de la ausencia.

La composicion *A Colon*, publicada anteriormente en el tomo que dió a luz en Paris en el año 1862, está correjida de los defectos que entónces le notamos, que eran demasiada extension i poco concentrado el estilo, de manera que las ideas perdian algo de su fuerza. Con solo haber omitido casi una tercera parte del todo, ha quedado en nuestro concepto tan mejorada, que la creemos una de las primeras de la segunda época del poeta. Desde la primera estrofa se encuentra valiente entonacion, nobleza de sentimientos i suma elegancia i primor en el estilo. ¿Cuánta valentía al describir el semblante del descubridor de América en los siguientes versos:

¿Rayos brotaba tu semblante augusto?
¿Hablaba Dios por tu inspirada boca,
Que así la saña i el valiente susto
Domar pudiste de esa turba loca?

I mas abajo ¡qué pintura tan grandiosa cuando dice!

Al mirar siempre en torno cielo i onda
I eterno centro tu veloz navío
Ser de la mar redonda,
¿Temor no te asaltaba
Que nunca, nunca de acabar hubiera
O allá tan solo donde el orbe acaba
Aquel trémulo llano i su carrera?

¡Cuánta magnificencia i pompa al describir América! No podemos resistirnos a citar aunque sea una pequeña parte:

Sus montañas, del cielo cual pilares,
De oro se encumbran i de plata llenas,
I de sus rios, que semejan mares,
Son oro las arenas;
Son edenes sus vastas praderías,
I son sus noches dias:
Cuán bello rico i cuánto rico vasto,
Tres mundos a la par contrapesando,
Del orbe la mitad ocupa solo;
Su talle en derredor la zona ardiente
Ciñe, cual ancho cinturon de fuego,
I es un polo corona de su frente
I estrado de su planta el otro polo.

I al concluir ¡con cuánta vehemencia i firmeza lamenta en los versos que copiamos, el triste fin *del Dios humano*, como le dice al fin de la composicion. Hé aquí los versos:

I ¡oh vergüenza de Europa!
¡Oh del siglo baldon no encarecido!
¡A las congojas de miseria i hambre
Jimió tu santa ancianidad sujeta!
¡I el mas rico varon que el tiempo vido,
De quien era el caudal medio planeta,
Murió como el postrero desvalido!

El himno *A la Virjen*, en quintillas, merece especial mencion: es una poesía católica en toda la extension de la palabra, llena de sentimiento en el fondo i de elegancia en la forma: su segunda parte ofrece una série de cuadros admirables, destinados a pintar todas las desgracia humanas, para las cuales se invoca la proteccion de aquella a quien el poeta se dirije en estos términos:

Tú que eres (¡en tal manera
De Dios la gracia en tí abunda!)
La criatura primera
De la creacion entera,
I a Dios tan solo segunda;
Sublime María, nueva
Mayor mejorada Eva,
Segunda Madre del hombre....

Vision: esta composicion, como la de *Colon*, ha quedado mui mejorada con solo haberle suprimido una gran parte, porque habia en ella tal abundancia de ideas que sobraba material para otras composiciones: como está ahora, bastaria para dar fama a un poeta.

La estrofa primera puede servir como modelo de poesía descriptiva i de elegancia i dulzura en el estilo:

Iba la mas oscura, taciturna
I triste Hora nocturna
Moviendo el tardo soñoliento vuelo
Por el dormido cielo,
Cuando, dejando mi alma
En brazos del hermano de la muerte
A su cansado compañero inerte,
Libre de su cadena,
Voló a su patria desde el turbio Sena.

Despues, con la mas valiente entonacion, a grandes pinceladas describe el Perú.

La pintura del ánjel es grandiosa i merece el epíteto de dantesca por la verdad i viveza de las imájenes: no se puede pintar con mas esplendor el semblante del ánjel; una de las dotes gloriosas, la claridad, se vé en los versos que citamos:

I cual del Sol la rutilante cara
En la mitad del dia,
Derramaba ancho círculo de rayos,
Sol portentoso de la noche umbría.

El ánjel hace en pocas i sentidas palabras la historia del Perú, desde los Incas hasta que se selló con sangre nuestra emancipacion en los campos de Junin i Ayacucho.

En seguida habla el poeta quejándose de las desgracias de la patria. ¡Cuánta solemnidad i amargura, i cuánta verdad, por desgracia, en todo lo que dice! ¡Ojalá nuestros mandatarios leyeran este trozo, para que por compasion, ya que no por cumplimiento de su deber, se abstuvieran de empujar al pais a su completa ruina!

Despues de vituperar la jeneral empleomanía protectora del ocio, i del abandono en que están aquí las ciencias i las artes, poseido de santa indignacion, exclama:

Por eso ¡ai Dios! con arrogante boca,
Bien como a jente bárbara e inculta
Nos befa el extranjero i nos insulta;
I los peruanos defender no pueden
En ajenas orillas
A su patria afrentada, i sus mejillas
Se cubren del color de la vergüenza.

La poesía *A Dios* empieza con una arrogante invocacion a la Musa, a fin de que inspire al bardo su canto mas sublime, para magnificar con él al Señor de todo lo creado. En seguida enumera todas las marabillas del universo, comenzando por el mar, cuya extension es en lo material el retrato mas semejante de la inmensidad de Dios.

Despues de haber manifestado cuán sin trabajo creó Dios el universo, recuerda que con la misma facilidad con que lo creó puede destruirlo; i esto lo lleva al juicio final del que nos hace la mas tremenda pintura en los siguientes versos:

Peste i hambre serán, i universales
Asoladoras guerras,
De tan tremendo dia las señales;
I cubriéndose sol i estrellas puras,
Se quedará la creacion a oscuras;
Sus olas empinando como sierras,
Tan horrendos bramidos
Levantará la mar embravecida,
Que de pueblos distantes
Con espanto mortal serán oidos,
I al fin los lindes le darán salida
Que no salvaron sus furores ántes;
I, en continuo vaiven, de polo a polo
El globo temblará como un navío
En mar airado que alborota Eolo.

Despues describe la tempestad i el temblor, cuando

A las plazas i campos rauda corre,
En confuso tropel, la triste jente,
Que, de espanto amarilla,
I con rápida mano hiriendo el pecho
Dobla en tierra la trémula rodilla.

En la parte tercera, de tan diverso tono, describe los dias i

las noches, los rios que dan vida a la tierra, los minerales, las piedras preciosas, las aves, los cuadrúpedos, pintados con la brevedad i fuerza que distinguen al autor; i concluye dulcemente con las humildes pero bellas i fragantes flores que visten la pradera.

La parte cuarta es una plegaria por la patria, i a este respecto diremos que no hai composicion entre las de gran mérito del autor en que la patria no merezca sus mas ardientes votos.

En la parte quinta, que es la última, el poeta se introduce a sí mismo, invoca la misericordia de Dios para que le devuelva la salud perdida, i termina ofreciendo los méritos de la redencion.

Solo citaremos de paso las poesías a Elena, entre las cuales nos parecen las mejores la que comienza:

Dulcísima vírjen, eres....

i la escrita en liras, *¡Cuán vivamente anhelo*, graciosas i elegantes ámbas: ni nos detendremos en las siguentes: *En Nápoles*, *En Cádiz*, *A Lóndres*, *Reto al Destino*, *Al Sueño*, *A una Espada*, etc., apesar de su mérito: pero las que nos obligan a hacer un exámen detenido, son las dos composiciones *A Fr. Luis de Leon* i *A la Música*, que son en su jénero lo mejor que ha escrito el señor Althaus. En la primera, el autor ha procurado imitar el estilo del ilustre vate a quien la dedica, i lo hace tan felizmente, que por momentos nos parece que estamos leyendo los versos de Fr. Luis. Véanse sino las siguientes estrofas:

Tu frecuente lectura
Es plática que tengo yo contigo,
I me es tanta dulzura,
Cual con estrecho amigo
Estar hablando a solas sin testigo.
.....
Por quienes a la lumbre
De vijilante lámpara desdeño,
Por antigua costumbre,
El tentador beleño
I el reposo blandísimo del sueño.

La composicion *A la música*, que tambien participa en algo del estilo de Fr. Luis, es todavía mas profunda e inspirada i sus estrofas están mas artística i primorosamente ejecutadas: ¡qué poesía tan exquisita en estos versos!

Por tí se engolfa mi alma
En un piélago inmenso de dulzura,
De donde no volviera
Jamas a la tristísima ribera.

I en estos otros:

Las gotas de mi llanto
Mi faz refrezcan, de dulzuras llenas,
Como rocío santo;
I si talvez al corazon das penas,
No hai placer ni alegría
Que mas me halague que la pena mia.

Pero lo mejor es el fin:

¡Ah! cuando llegue el fijo
Plazo fatal que a mi vivir espera,
I el santo crucifijo
Levanten a mi triste cabecera
Sacras piadosas manos,
I lloren junto a mi madre i hermanos,
En tan terrible trance,
(¡Cumplido logre este postrer anhelo!)
Tu acento oir yo alcance
Cual dulce voz con que me llame el cielo
Para que de la vida
Con ménos sentimiento me despida.

Los romances *A mi Madre* i *A Magdalena mi nodriza*, son composiciones tiernas i dulcísimas.

El canto de Safo a Faon, es la pintura mas viva de una verdadera pasion. Empieza por describir el amor en sus primeras sensaciones: vivísimos deseos de comunicar a su amado las hondas emociones que siente cuando piensa en él, incapacidad de declararlas i aun de mover la voz en su presencia, turbacion, desfallecimiento i casi muerte: en ausencia, entusiasmo, celos, llanto, desesperacion, locura: envidia los mayores tormentos, porque todos los considera como nada comparados con su martirio; en su furor maldice las deidades de su relijion i les enrostra sus vicios: le pesa su injenio para la poesía, i lo trocara gustosa por un rostro bello, que pudiera seducir al ingrato que la pospone a una necia hermosa; últimamente medita su suicidio, i le pide a Faon una lágrima siquiera sobre su tumba, única esperanza con que la desdichada quiere calmar su padecer.

El *Ultimo canto de Safo* está en seguida de la composicion anterior, i puede servirle de conclusion. Es un adios a la vida, ántes de arrojarse de la Leucadia roca, en que llama a todos los que padecen a imitar su arrojo; apellida cobardes i viles a los que no la siguen, i volviéndose despues a Faon le echa en cara su ingratitud; pero, como cosa propia del verdadero amor, inmediatamente lo disculpa, en los primorosos versos que copiamos:

No fué amarme en tu mano:
Tuya no fué la culpa; el rigor lo hizo
De Júpiter tirano
Que, con avara diestra, velo humano
Me dió desnudo de beldad i hechizo.

Despues, dirijiéndose al mar, le dice con desprecio:

¡Oh Ponto! cuyo asalto
La excelsa roca azota, hirviente espuma
Arrojando a lo alto,
No del mortal irrevocable salto
Arredrarme tu cólera presuma.

I termina diciendo que es tranquila calma la furia del mar que azota la roca que la sostiene, comparada con la horrible tempestad de su alma; i arrojándose al mar, solo queda su lira abandonada a merced de las ondas.

Vanitas vanitatum: profundamente filosófica, tiene pinceladas maestras: la estrofa que copiamos pinta con los mas vivos colores la desgracia del corazon, bajo las apariencias mas engañadoras:

¿Quién conoció jamas un venturoso?
Es máscara la dicha solamente:
El rostro mas sereno i mas radioso
Tristeza esconde, regocijo miente;
Como talvez entre el rosal frondoso
Anida venenosa la serpiente,
O al lindo fruto de color lozano
Le roe el corazon negro gusano.

El *Desahuciado* es una composicion bellísima i profundamente relijiosa i consoladora; pero, si se enumeraran todas las composiciones de mérito del señor Althaus, seria preciso citarlas casi todas.

A mi patria cuando me disponia volver a ella, es un canto que merece especial consideracion por la elegancia del estilo i los sentimientos patrióticos que revela el autor, i aunque el episodio de Ulises que lo termina es un poco largo, la maestría con que está escrita impresiona tan agradablemente, que se olvidan sus dimensiones. Empieza por bendecir el momento de regresar a la patria, i desea no volver jamas a abandonar su suelo. En lindos versos manifiesta el mas vehemente anhelo por el engrandecimiento de su patria, deseando para ella los adelantos en ciencias i artes que admiraba en Europa. En seguida describe el delicioso clima de Lima, con los versos mas dulces i llenos de sentimiento e imajinacion:

¡Cuánto, oh mi Lima, anhelo
Ver de nuevo tu puro alegre cielo!
¡Cuánto echa el alma ménos tus iguales
Serenos dias, i tus noches bellas,
De tus dias rivales, etc.

Expresa el cariño mas intenso al hablar de la jente del pais, tan hospitalaria i blanda de carácter; de las mujeres, cuya belleza llama proverbial; de las calles i paseos de Lima, i hasta de la calidad de los manjares. Recorre casi todo el Perú, trazando a grande rasgos su historia; i al hablar de Ayacucho recuerda que ha nacido en suelo independiente, i bendice la dulce patria en que vió la luz primera. Describe en concisos i vigorosos versos sus riquezas naturales, i le promete como una ofrenda santa los lauros que coseche inspirados por ella. Lamenta tristemente las revoluciones i cambios políticos a que está sujeto el Perú; pero de repente, con tono profético, exclama:

Mas ¿quien no dice, oh patria que mañana
Rayos no dés de gloria soberana?
Si es de la vana Europa lo presente,
El tuyo lo futuro,
Que nada persevera eternamente,
Ni a cambios del destino está seguro.

Despues, para probar lo universal i justo del amor a la patria, imita en dulcísimos i elegantes versos el episodio en que Homero cuenta la historia de Ulises i Calipso, i termina diciendo que, si Ulises rodeado de cuanto bienestar puede apetecer humano deseo i en lugar tan delicioso, como que era mansion de una diosa, deseaba regresar a su Itaca querida, ¿cuánto mas no deseará él volver a su Perú no teniendo como Ulises tantos i tan multiplicados atractivos que lo detengan en tierra extranjera?

NOCHE DE LUNA.

¡Qué dulce es la luna! Su luz de topacio
Ya brinda al espacio
Belleza mayor;
Las flores por ella levantan la frente,
Remansos le forma la clara corriente
Del fresco arrolluelo que riega inocente
Del campo la flor.

¡Qué lindo está el cielo! Parece que imita
Tu frente bendita,
Mi anjélico bien!
¡Qué verde está el prado! ¡Qué dulces olores
Exhalan las hojas de todas las flores!
¡Qué suave es, bien mio, la brisa de amores
Que besa tu sien!

Contempla del Ande la cima nevada,
De gloria pasada
Testigo inmortal.
La rueda del tiempo no huella su frente,
Los astros le brindan su luz refuljente,
Cual brindas a mi alma, paloma inocente,
Placer celestial.

Eterna cual esa montaña jigante,
La fé de tu amante
Será para tí.
Ni sombras de ausencia, ni males sin cuento,
Harán que te olvide un solo momento.
¡Ah! ¡quieran los hados que igual pensamiento
Tú abrigues por mí!

ROSENDO CARRASCO.

¡PATRIA MIA!

(De *El Uruguay en la Exposicion de Chile.*)

I.

¿De dóndes vienes pabellon sagrado,
Bicolor de mi patria?
¿A dónde vas? ¿Qué buscas? ¿Quién te envia?
¿Acaso el alma de la patria mia
En tus pliegues radiantes escondida
Viene a templar mi pecho acongojado,
Viene a inflamar mi inspiracion dormida?
¿No peleabas ayer? ¿Hoi no peleas?
¿No acabo de escuchar el vocerío?
El fatal alboroto
Que entre el polvo i el humo se levanta,
Do tu jiron flotaba
Ensangrentado, desteñido i roto?
Jenio inmortal que rijes las batallas:
¡Tú tambien como bueno,
Tú radiante de paz, puro i sereno,
Al fin luchando para el bien te hallas!
¡Gran Dios, cuanta alegría!
Casi no te conozco, Patria mia.

Ese jiron de tu bandera roto
Que se ostenta del bien en el torneo,
Mi corazon ensancha;
Hoi en la fé del patriotismo creo;
Yo cantaré la aurora en que te veo,
Yo lloraré la sangre que te mancha.
Patria, feliz me siento;
Tu nombre en mi alma es abrasado rayo
Que funde un corazon, forjando un antro
De rabia, de entusiasmo i de cariño:
Para cantarte a tí.... ¡soi Uruguayo!
Para llorar por tí.... ¡me siento un niño!
I si el lloro pueril ante el recuerdo
De una patria adorada

Viene a mezclarse a la chilena gloria,
Tambien verá su historia
Con la de un pueblo varonil trazada;
Si legaron a Chile sus mayores
Con el ser de la edad la fria calma,
Mi patria nació jóven; su ardimiento,
Crímen fué de su edad no de su alma.

II.

Sonó la redencion de un continente:
Un rumor de cadenas que se roen
Se oyó confusamente
Cual jérmen de tormenta
Que nace, crece i que fatal revienta.
El siniestro presajio
Fermentó, reventó. Tembló la esfera
Al ver que aquel volcan hecho pedazos
Mostró en su cátrer i en su lava hirviente
Que forjaba en su seno en vez de esclavos
Cada pedazo una nacion de bravos,
I de aquella vorájine potente
Ser colosal, que concibió un delirio
Fundida en los crisoles del martirio,
De América surjió la libre frente.

Mi patria allí nació: Tambien tú Chile
Peleaste como bueno;
Mas en el campo de la lucha noble
Dejaste todo, el odio de tu seno.
Tu herencia recojiste, i sobre el Ande
Plantaste tu vivac; cesó la lucha,
Tu gloria no fué efímera; no lámpos
De dicha te alumbraron,
Tu potro refrenaste
I sin riendas cruzó libre tus campos.
I tu casco, tu adarga, tu celada,
Tu lanza enmohecida,
Colgados en tus árboles frondosos
Al arado i al riel dejaron paso;
I el férreo anulador de la distancia
Unió su idea del oriente a ocaso.
La estrella de la paz sobre la frente
I el vapor revolcándose, mujiendo,
Bajo tu pié domesticado i mudo,
Tranquila la conciencia
Escribiste en tu escudo:

Dios i la Libertad; Paz i creencia.
Con fé en el porvenir, lleno de vida
Miraste con la frente levantada
La frenética i loca polvareda
Que, en lucha fratricida,
Levantaba de pueblos desgraciados,
Entre horror i baldones,
El nefando tropel de los bridones.
Esa, Chile, es tu historia;
Quien tiene corazon, la llama gloria.

Pabellon bicolor: corre a la patria,
Haz que cesen los odios que la oprimen;
Has visto libertad, viste su fruto;
¡Ah! ¡no es valor el que alimenta el crímen!
La paz le exije su filial tributo.
Dile que al fin comprenda
Que hai un pueblo viril sin sangre i luto.

Comprenderlo sabrá la patria mia;
¿Qué en su frente no arde
Una chispa de fé? Quien no la alienta
Es un pueblo cegado, es un cobarde.
I cobarde.... ¡jamas! Guarde el olvido
Un pasado que fué i en él se pierde;
Pasado criminal que infama i mancha
Al rencor que cegado le recuerde.

Los culpados ¿do están? Ya no nos toca
A nosotros hablar; ¡miente el que falle!
Un crímen a otro crímen amontona:
La Patria los perdona.
Olvide el corazon, el labio calle
I un pasado de sangre vergonzoso
Que cruzó envenenando nuestro suelo,
No empañe un porvenir que luce hermoso;
I si hubo criminales.... ¡juzgue el cielo!
I si un pueblo de glorias se alimenta,
Conquiste gloria, no rencor i muerte:
Los triunfos i victorias
Que de época infeliz la Patria cuenta,
Fueron glorias de horror... ¡no fueron glorias!

¿Qué buscas descompuesta i jadeante
En ese campo de funesta lucha?
Mira que acecha tu desgracia el crímen,
Tente un momento... ¡la ambicion te escucha!
.....

¡Esclavitud!.... delira quien te nombra.
Ante tí ¡cuánto es dulce guerra i muerte!
Ante tí se levanta en tropa inerte
De nuestros padres la tremenda sombra.
Patria: no desconfío,
Heróica nuestros padres te enjendraron,
Del poder que te acecha yo me rio,
Sus esfuerzos son vanos
Porque ante él los hermanos son hermanos.

Si arranqué de mi lira tu desgracia,
El mundo comprendió que tu cabeza
Se inclinó ensangrentada
Bajo tu misma varonil audacia,
Bajo el peso fatal de tu grandeza.

Libre te ostento ante la faz del mundo,
Tu nombre con orgullo
Hago que grande entre mis labios vibre;
¡Lloré las faltas de una patria jóven!
¡Canté las glorias de una patria libre!

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

LA BIBLIA I LA CIENCIA.

Con motivo de la aparicion de una obra intitulada *Conflictos entre la ciencia i la revelacion*, compuesta por un escritor americano, Draper, el redactor del periódico parisiense DES MONDES publicó un artículo de refutacion que traduce LA CARIDAD de Bogotá.

Lo damos a conocer a nuestros lectores como publicacion de actualidad por la novedad de la obra que lo motiva, como tambien por las doctrinas que encierra.

Hoi, que es la eterna pesadilla de la incredulidad el pretendido antagonismo entre la ciencia i la relijion, esa clase de producciones es de indisputable necesidad para desvanecer esos errores que, si algo tienen de modernos, es que apesar de las brillantes refutaciones que de ellos se han hecho, se repiten con aire de triunfo hasta en nuestros dias.

La refutacion del libro de los *Conflictos entre la ciencia i la revelacion*, es una produccion sumamente lijera, i tan ordenada cuanto puede serlo un artículo de diario; pero que por lo mismo facilita mas su lectura, pues es sabido que las obras voluminosas duermen en los estantes de las bibliotecas como no venga una mano piadosa a desempolvarlas.

Para quien haya leido refutaciones como las que contiene el abate Duclos en sus *Vindicias de la biblia*, ese artículo no alcanza los honores de la novedad.

Entre tanto, veamos lo que dice el abate Moigno, redactor de Des Mondes ocupándose en el libro del señor Draper:

"Este volúmen de la biblioteca científica internacional no es en realidad sino expresion apasionada de odio, violenta declaracion de guerra i colérica declamacion, tres cosas basadas en una interpretacion parcial, arbitraria i falsa de hechos desfigurados de la historia. Lo leí con la mayor atencion i ví no sin sorpresa, i sin tristeza tambien, que puede resumirse en la siguiente asercion tan gratuita cuanto extraña (páj. VI): "Una revelacion divina excluye necesariamente la contradiccion; excluye el progreso de las ideas i cuanto emane de la *espontaneidad humana; i nuestras opiniones tocante a estas cosas son susceptibles de cambio i de ilustracion por los descubrimientos de la ciencia.*"

Declarar imposible i criminal todo lo sobrenatural, porque esté o pueda estar en contraccion con algun hecho o lei científica, es el dogma draconiano de Page de Buchner, de Vogt, de Renan, etc. A pretexto de ser fieles a la ciencia, negar desvergonzadamente a Dios, la Divina Providencia, que el alma es distinta del cuerpo, e inmaterial e inmortal; negar toda relijion divina i verdadera; romper con las tradiciones del jénero humano i hasta con los instintos de las mas degradadas razas; esto es lo que hace M. Draper, no diré a sangre fria sino sin remordimiento. Tal profesion de fé atea i materialista se halla consignada a cada páj ina del libro, consecuencia de su dogma fundamental: la *confesada imposibilidad de lo sobrenatural;* de modo que me ha escandalizado la hipocresía con que parece dejar abierta la puerta a una reconciliacion entre el cristianismo i la ciencia.

Se lee en la pájina 262: "Se ha llegado, pues, a esta conclusion: que la ciencia i el cristianismo romano se reconocen *mutuamente* (¡qué calumnia!) como incompatibles; que no pueden existir juntos, que el uno debe ceder el lugar al otro, i que el jénero humano debe elejir... Hai insuperables obtáculos, imposibilidad talvez, en la reconciliacion del catolicismo con la ciencia, cosa que no sucede con el protestantismo. En cuanto al primero, se trata de vencer desde luego un rencor profundo, una antigua i mortal enemistad (¡qué mentira tambien!); en cuanto al segundo, no se trata sino de restablecer la antigua concordia turbada por la equivocacion que ha hecho desconocer el derecho de interpretacion del libro de las Escrituras cuando se opone al de la naturaleza."

M. Draper ha condensado al fin de su obra, en pocas líneas, las causas del *abismo insuperable i que crece siempre entre el catolicismo i el espíritu del siglo* (páj. 259-260.)

"Cuando se pretende que abdique la ciencia delante de la iglesia, ¿no puede aquélla recordar a ésta el pasado? El conflicto tocante a la figura de la tierra i el lugar del cielo i del infierno se convirtió a su favor.—1. Decia que la tierra era plana i el cielo una bóveda sobre nuestras cabezas, i que con frecuencia se habia visto subir a seres privilejiados.—2. Demostrada la figura globular de la tierra por el viaje de Magallánes, se acojió a la preeminencia de nuestro planeta, sosteniendo que era éste el punto central del universo.—3. Desalojada de esta posicion, afirmó luego que la tierra era inmoble, i que las estrellas i el sol son los que dan vuelta a su alrededor: la invencion del telescopio vino a convencerla de error.—4. Despues de esto pretendió que los movimientos de los astros están arreglados por una Providencia incesante. Los principios de Newton demostraron que lo son por una lei irresistible.—5. Habia sostenido siempre que la tierra habia sido creada hace seis mil años, lo mismo que los astros, i que el órden del universo con las plantas i los animales que pueblan la tierra habia sido arreglado en seis dias.—6. Forzada por la evidencia, concedió que estos seis dias podian ser períodos de duracion indefinida.—7. Tuvo necesidad de renunciar a los seis períodos lo mismo que a los seis dias, cuando se vió que las especies se habian formado lentamente en la primera edad, habian adquirido su perfeccion en la segunda i tambien lentamente habian desaparecido en la tercera. Los sacudimientos creadores de los seis períodos habian exijido, no solo una primera creacion, sino creaciones sucesivas.—8. La Iglesia contaba que habia habido un diluvio universal que cubrió la cima de las montañas mas altas i que las aguas se secaron por los vientos: las nociones exactas acerca del volúmen del mar i del de la atmósfera, así como el fenómeno de la evaporacion, pusieron en claro el valor de esta relacion.—9. La Iglesia decia que el hombre habia salido perfecto de manos del Creador i que habia dejenerado por el pecado: hoi ella anda buscando el modo de combatir los testimonios que surjen por todas partes relativos a la condicion salvaje del hombre prehistórico."

Se trataba de una guerra exterminadora, de un bombardeo sin tregua: el majíster Draper debió colocar sus mejores cañones en batería; i ya se ve en lo que paró todo. El hechicero o adivino Balaam, que fué llamado para que maldijera, llega caballero en su asno i grita a su pesar a la Iglesia de Dios: "¡Qué bellos son tus tabernáculos, ¡oh Jacob! i tus tiendas, ¡oh Israel!"

En efecto, la vergonzosa debilidad de sus argumentos, es brillante triunfo para la Iglesia. Las Santas Escrituras, comunes a judíos i a protestantes, no la Iglesia, les han señalado esos pretendidos errores. La Iglesia, como tal, cuando habla, divinamen-

te inspirada, por la voz de un Concilio incontestablemente ecuménico, o por la del Soberano Pontífice *ex-cáthedra*, no ha contestado ninguna verdad ni afirmado ninguno de esos errores. Hijos sumisos de la Iglesia, como Copérnico, el cardenal Cusa, etc., son, al contrario, quienes enseñaron dogmáticamente el doble movimiento de la tierra sobre su eje i alrededor del sol. Estas verdades sucesivamente controvertidas i dilucidadas, tenian tantos o mas partidarios en las filas del clero que en el seno de las universidades. La argumentacion de M. Draper es insensata e injusta; pero, apesar de esto, recorreremos cada uno de sus errores:

1.° *¡La tierra superficie plana!* La Santa Escritura la llama frecuentemente globo; el Libro de la Sabiduría dice que Dios le dió goznes i que él se asienta en su redondez: Job pregunta quién la fabricó a torno, i quién, cojiéndola por los dos polos, la sacude para hacer caer a los impíos: San Agustin admite la tierra globular i redonda; i Rafael, en sus cuadros de la creacion, la pinta siempre en forma de un inmenso globo redondo.

2.° *¡La preeminencia de nuestro planeta!* Nunca los libros santos la han comparado con los demas cuerpos celestes, ni la han exaltado a expensas de éstos. ¿No fué Francisco Arago quien, en su elojio de Bailly, maravillado de las conquistas de la ciencia humana, dijo: "Al lado de las obras maravillosas del espíritu, ¿qué importan la frajilidad i debilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué importan las dimensiones del planeta que habitamos, de ese grano de arena en el cual nos fué dado nacer?" ¿Está seguro M. Draper de que se hayan hecho tan brillantes conquistas sobre otros astros?

3.° *¡La inmobilidad de la tierra!* Josué no la afirmó jamas; él habló el mismo leguaje que hablan hoi hasta los sabios mas eminentes; i seria imposible inventar otro. La lei del movimiento relativo es la lei fundamental de la mecánica. I ademas, ¿qué tiene que hacer el telescopio en esta cuestion? M. Draper quiso hablar sin duda del jiroscopio.

4.° *¡La Providencia presidiendo al movimiento de los astros!* No haya miedo que M. Draper la destierre del gobierno del mundo. El Libro de la Sabiduría es el primero que habla de la circunvalacion de los abismos o conjunto de materia disociada, de la organizacion de los cuerpos celestes por el poder de cierta lei i por el movimiento jiratorio. Pero esta lei no es la de atraccion, en la cual no creia Newton ni nadie cree hoi: absurdo manifiesto que el mundo de los sabios ha tragado como agua hace doscientos años, i que M. Draper, sin embargo, tiene la candidez de declarar eterna i esensial.

5.° *¡La tierra creada hace seis mil años!* El Génesis la hace aparecer al principio del tiempo bajo la forma de abismo o conjunto de materia nebulosa. M. Draper confunde la creacion de la tierra con la creacion del hombre, que es, en efecto, reciente. San Pe-

dro dice de paso que aquélla fué formada lentamente en el seno del agua i por el agua. Moises la muestra poblándose de lo simple a lo compuesto en períodos sucesivos, llegando con el tiempo a su completo desarrollo.

6.° *¡Los seis dias, períodos sucesivos!* Es permitido creerlo i muchos lo han creido así. La opinion de que los dias del Génesis son dias solares, tiene hoi muchos partidarios: estos dias han empezado ántes del sol; i el sétimo dia que tuvo principio, no tiene fin hace seis mil años.

7.° *¡Creaciones sucesivas!* ¿Qué sabe de esto M. Draper? La cosmogonía de Moises es una evolucion marabillosa, i tan sabia, como es arriesgada la de Darwin e insensata la de Haeckel.

8.° *El diluvio universal.* Tocamos a él por la nacion judía, por Moises, por Noé: este es el hecho mas brillante de la historia del mundo. ¿Qué pueden contra la certidumbre de los hechos los pretendidos cálculos de M. Draper? ¿Sabe éste cuál era el sistema de las montañas del mundo en la época del diluvio? El levantamiento de los Alpes, de los Andes, de las cordilleras i del Himalaya, son recientes: jeólogos tan ilustres como M. Elías de Beaumont afirman que el hombre ha sido testigo i que el levantamiento puede haber sido la causa del diluvio. David hace surjir i saltar las montañas: "*Mota est terra.... Montes exultaverunt ut arietes;* la tierra se conmovió.... los montes saltaron como corderos."

9.° *¡La condicion salvaje del hombre!* Todo prueba que el hombre ha existido i existe en estado salvaje; pero todo prueba tambien que el estado salvaje no ha sido su condicion orijinaria; que decayó, pero despues de una época de primitiva civilizacion; que es imposible que el hombre salga por sí mismo de tal estado; que la civilizacion viene esencialmente de afuera; que ciertas tribus saben defenderse bastante por su salvajismo de toda impresion exterior para quedar en un estado de inmobilidad durante miles de años, como dice M. Ricardo Owen, quien saca de la inmobilidad de los andamanistas un argumento en favor de la antigüedad indefinida del jénero humano.

Ved, pues, a M. Draper desarmado. Pero sigamos, sin embargo, en este camino.

Preludió su bombardeo incendiario por un tiro de rebote cómico. "¿Cómo se podria reconocer un oráculo inspirado e infalible en las orillas del Tíber, cuando repetidas veces los papas se han contradicho mutuamente; cuando los papas han denunciado a los concilios i los concilios a los papas?" (¡Puede haber impudencia igual para hablar así de lo que se ignora! Tal es la costumbre de los libre-pensadores. ¿Dónde se vió nunca, jamas un Papa que haya, hablando solemnemente *ex-cáthedra*, sido juzgado o condenado por concilios regulares ecuménicos?) Cuando la Biblia de Sixto V contenia tantos errores, mas de dos mil, que sus propios autores se vieron forzados a suprimirla." (En lugar de dos mil,

M. Draper podria haber dicho treinta mil; ¡pero qué ignorancia i cuánta audacia transformar en errores culpables, variantes, yerros de copistas o de imprenta que consistian en puntos, comas, acentos, nombres propios, etc., los cuales han dado por resultado hacer mas patente la autenticidad i verdad absoluta de los libros santos!) "¿Cómo podrian mirar los hijos de la Iglesia como alusiones engañosas la esfericidad de la tierra, el movimiento de rotacion sobre su eje i su revolucion al rededor del sol? ¿Cómo podrian negar la existencia de los antípodas i de otros muchos planetas? ¿Cómo podrian quedar convencidos de que el universo habia sido creado de la nada, el mundo hecho en una semana i tal como existe hoi; que no se ha verificado cambio alguno, sino que todas sus partes han funcionado con tal indiferencia que ha sido necesaria la incesante intervencion de Dios para ponerlo en movimiento i conservarlo?" (No sé si es por falta del traductor, pues no tengo a mano el orijinal ingles, pero las interrogaciones son verdaderamente de un idiota.)

Creemos, i mas que M. Draper, en la esfericidad de la tierra, en su doble momiento de rotacion i de traslacion, en los antípodas, en los otros mundos planetarios, habitables o nó, habitados o nó, no lo sabemos, pues no hemos ido allá; ni M. Draper tampoco.

Creemos en un sér necesario i por consiguiente eterno, infinito, omnipotente; pero nos resistimos a creer con M. Draper en la necesidad, en la eternidad irracional de un primer sér que puede tomar mil formas o dimensiones diferentes, sér animado de mil movimientos distintos, de entre los cuales no podia escojer ninguno ántes de existir.

Nuestro Sér necesario e infinito, ha podido crearlo todo; el sér continjente i finito, el protoplasma de M. Haeckel, no ha podido hacerse lo que es, ni ha podido obrar. El absurdo queda, pues, del lado de M. Draper.

Nada nos fuerza a admitir, lo que sin embargo seria posible al Dios eterno e infinito; nada nos fuerza a admitir que el mundo haya sido creado en una semana tal cual se halla hoi; i mui léjos de afirmar que no se ha producido ningun cambio, decimos, al contrario, con el grandioso lenguaje del Rei Profeta, bien diferente por cierto del estilo rastrero de la falsa ciencia: "En el principio tú, Señor, fundaste la tierra, i obras de tus manos son los cielos. Ellos se mudarán, mas, tú permaneces: i todos se envejecerán como un vestido. Mas tú el mismo eres i tus años no se acabarán i *los hijos de tus siervos habitarán contigo.*"

I en cuanto a la indiferencia de las partes de la tierra unas por otras, no estamos dispuestos a reemplazarlas por la atraccion universal, por amor neutoniano, palabra sin sentido, error monstruoso del que todos se avergüenzan hoi; sino que nosotros abandonamos sin temor el mundo solar i todos los mundos estelarios a la accion divina del impulso i movimiento que fueron

consecuencia providencial del *Fiat lux* solemnemente pronunciado por Dios.

Es evidente, de todo punto evidente, mas evidente que la luz, que el ataque brutal de M. Draper, que entró en campo cerrado armado con todas las armas de la ciencia revolucionada, no ha sido otra cosa sino el dardo enmohecido que no ha sabido ni podido herir: *Telum imbelle sine ictu.*

F. MOIGNO.

LA PRIMAVERA.

Es fecunda en amores
I es mensajera
De brillantes colores
La primavera;
Ella restaura
Las perfumadas flores
Que besa el aura.

Viste el monte sus faldas
De verdes hojas,
De arbustos i guirnaldas
I flores rojas,
I sus follajes
Parecen de esmeralda
Ricos encajes.

Sus ondas, clara fuente
Tiende serena
Por reflejar la frente
De flor amena,
I alegre trina
Al rizar su corriente
La golondrina.

De rocío las perlas
Caen de noche
En la flor que por verlas

Abre su broche,
I con delicia
El aura, por beberlas,
Las acaricia.

Entre copos de grana
I encajes de oro,
De luz la aurora ufana
Luce un tesoro,
Luz esplendente
Que del Ande engalana
La altiva frente.

Por jardines que riegan
Fuentes de amores,
Enamorados juegan
Los picaflores;
I allá en las rosas
Sus alas de oro plegan
Las mariposas.

Los cielos son risueños
I trasparentes,
Puros como los sueños
Mas inocentes,
I el aura leda
Sus suspiros de ausentes
Blanda remeda.

Perfumes son las flores,
Música el viento,
Admiracion i amores
Mi pensamiento.
¡Ah! quién pudiera
Contemplar tus primores
La vida entera!

Con la dulce pureza
De tu perfume,
Olvido la tristeza
Que me consume,
I me imajino
Que igual a tu grandeza
Es mi destino.

Estacion hechicera,
Lluvia de flores,

Divina mensajera
De los primores,
Dulce ventura
Nos traes placentera
Con tu hermosura.

A tu influjo revive
Naturaleza
Porque de tí recibe
Nueva pureza.
Gloria a tu encanto,
Reina de la belleza,
Que adoro tanto!

Gloria a tu encanto que anhelante adoro,
Imájen fiel de juventud querida,
Tu florido ropaje es un tesoro
Do entre perfumes el pesar se olvida.
Al ver saltar el manantial sonoro
A mi alma vuelve la ilusion perdida,
E imajino mirar en la distancia
El cuadro hermoso de mi tierna infancia.

Al ver los bosques de fragante aroma
Do cuaja el fruto sus sabores ricos,
Con sus ramos formar a la paloma
Pintados i agradables abanicos;
I al ver del Ande la jigante loma
Alzar al cielo sus nevados picos,
En relijiosa admiracion i en calma
A Dios bendice reverente el alma.

Como alhajada i réjia soberana
Cubierta en chal de vaporoso encaje,
Bello es mirar al sol en la mañana
Entre nubes dorar verde follaje;
I luego en iris convertir la ufana
Bullidora cascada del paisaje,
Que brinda perlas a las frescas flores
Que liban los brillantes picaflores.

Al ver cruzar la bienhechora luna
Bajo el azul de májicos primores,
Creo mirar de mi fugaz fortuna
Frescas las ya descoloridas flores;
I me parece ver junto a mi cuna
Al castísimo amor de mis amores,

La dulce madre que veló mi sueño
Por mí rogando con ferviente empeño.

I constantes fijándose en mis ojos
Los suyos creo ver, i sentir luego
El casto beso de sus labios rojos.
Mas ¡ai! en vano el pensamiento entrego
A juzgarme feliz, cuando de abrojos
Llena mi vida está, i, en vano ruego,
Partido el pecho de fatal quebranto,
Vuelvan las horas que lamento tanto.

¡Oh! que dichoso si el mortal pudiera,
Tras el dolor de rudos desengaños,
Sentir tornar con su ilusion primera
De inocencia infantil dulces engaños.
Sí, bien dichoso, si en su afan sintiera,
Tras la experiencia de ajitados años,
Tornar de nuevo la brillante aurora
De la infancia feliz que el alma llora.

Mas ¡ai! siguiendo su carrera ímpia
Rápido el tiempo tempestuoso avanza,
Rompiendo aquí la anjélica alegría,
Tronchando allá la flor de la esperanza,
I sembrando la cruel melancolía
Que es el iris fatal de su bonanza,
¡Bonanza cruel que arranca por tributo
Lágrimas de pesar i triste luto!

I así cual morirán tus frescas flores
Al rudo golpe de Aquilon airado,
Como al peso fatal de los rigores
Con que implacable nos derriba el hado,
De mi cándida infancia los albores
Cual destello fugaz se han disipado;
¡Así tambien por el dolor herido
Morirá tu cantor en el olvido!

Mas cuando vuelvas, primavera hermosa,
De ricas flores tapizando el suelo,
Deja en mi triste i solitaria fosa
La mas jentil que te regale el cielo;
Puede que al ver su gracia primorosa
El viajero feliz, para consuelo
Del alma mia, hasta mi tumba llegue
I allí, por ella, de rodillas ruegue.

1870.

ROSENDO CARRASCO.

UN HOMBRE RELEGADO AL OLVIDO.

Los hombres se suceden en el mundo como las hojas en el árbol. Estas, verdes i lozanas, son una de las galas de la primavera; se ajitan risueñas a impulso del viento, brillan bajo los rayos del sol i con la palidez de la muerte abandonan mas tarde los ganchos que las sustentaban.

Allí llegan a su término las gracias i las ilusiones de la juventud, esa primavera de la vida humana; así va desapareciendo la memoria de las jeneraciones que pisan la tierra i de las cuales recibe ésta los despojos.

Empero, cuantas veces la mano del hombre que contempla con atencion las galas de la naturaleza, que repasa una a una sus maravillas i admira la infinita sabiduría de las leyes que la rijen, cuántas veces, digo, esa mano recoje, aquí una yerbecita, toma de allá una ramita para guardarlas cuidadosamente entre blancas hojas de papel, donde serán objeto de un atento estudio, de una detenida observacion. De este modo la yerbecita del valle, la ramita arrancada del árbol del verjel se preservan por algun tiempo de la destruccion que en tanto sufren sus coetáneas.

Así tambien algunos hombres no se pierden del todo en el polvo del sepulcro, habiendo quienes recuerden a sus hermanos lo que fueron i les cuenten sus acciones.

Hai cierta analojía entre los afanes del naturalista i los del biógrafo, entre el herbario de aquél i los escritos de éste. Aquél i éste recojen lo que la jeneralidad de los hombres miran con desden i estudian con cariño lo que ignoran muchos.

La planta del jardin i la del prado, la que crece al abrigo del bosque i la que produce el yermo, son dignas de la misma atencion para el que fija sus estudios en la naturaleza. El hombre de una raza i el de otra, el de vida turbulenta i el de vida tranquila, el que la consagra a la ciencia i el que la destina a las letras, el alto majistrado i el ciudadano modesto, en fin, pueden igualmente ser merecedores de la atencion del que, historiando las obras de unos, ofrece a los otros pasajes edificantes, reglas de conducta laudables i a las veces la condenacion severa de los que no obraron guiados por los preceptos de la justicia i de la virtud.

Como el naturalista que marcha a rejiones apartadas en busca del objeto que anhela estudiar, voi a trasladarme a tiempos lejanos para recojer en ellos la memoria de un hombre acreedor a tal distincion.

Pero no es al hombre opulento ni al que vivió observado por todos en encumbrado puesto a quien vaya a considerar en este escrito. Ninguno de los que se dignen leerlo habrá oido pronunciar seguramente el nombre que aquí estamparé. Nombre del pasado, en él fué por algunos respetado i despues por todos olvidado.

No faltan quienes conceptúen de escasísimo o de ningun valer la relacion de los hechos que forman la vida de un fraile. Un jeneral que mil veces ensangrentó su espada en las asonadas i en las batallas, un político que causó la zozobra de un pueblo entero, un mandatario que hizo prorrumpir en jemidos a unos i en imprecaciones a otros, son personajes siempre dignos del biógrafo de Queronea. Un hombre que de preferencia atendió a enjugar lágrimas i a separar a cuantos hermanos pudo de los formidables brazos del vicio, es siempre un hombre secundario, de escasos méritos, que si es menester recordarlo hoi, se olvida mañana.

No pienso así yo, porque prefiero ir guiado por un espíritu de recta justicia, dando a cada cual lo que le corresponda, sin defraudar a nadie de la gloria que se conquistara ni de los merecimientos con que se presente ante el recuerdo de la posteridad.

Escasos son los recuerdos que han quedado de un relijioso de esta tierra llamado frai Juan de Dios Larraburu, pero ellos bastan para conocer el temple de su espíritu, las bondades de su corazon i el bien que practicó.

Llevó el hábito de aquella órden militar establecida en España en los tiempos de don Jaime el conquistador, ese hábito que con su color de azucena i de lirio simboliza la pureza de la Vírjen Madre.

Instituto creado con el fin siempre grandioso de ejercer la caridad, las mazmorras demandaron una asídua asistencia a los que la profesaron.

Miembros de este instituto fueron los primeros regulares que pisaron el suelo de Chile, viniendo entre los individuos que componian la expedicion del capitan extremeño don Pedro de Valdivia. Ellos asistieron a la conquista i el tiempo en su carrera habia de dar a Chile otros mercenarios que contribuyeran al establecimiento de la república.

En efecto, el relijioso acaso mas conspicuo de la revolucion que desbarató el dominio de la España en nuestro suelo, fué el mercenario frai Joaquin Larrain. Patriotas como él fueron sus hermanos de relijion frai Miguel de Ovalle i frai Joaquin Jaraquemada. I a estos nombres debo agregar el del padre Juan de Dios Larraburu.

Nacido en tiempo oportuno para ver espirar la éra de sus mayores, rindió al lado de sus hermanos, a la causa de la independencia, sus importantes servicios. Si no servicios activos i fatigosos, otros muchos estaban reservados a los que debian conformar sus acciones con su estado relijioso.

Empero, no fué extraño por entónces ver salvar estos límites i precipitarse sin reparo alguno en el campo de las empresas decididas i de los afanes que hacen olvidar la circunspeccion monástica. Mas, en la segunda o postrera parte de la existencia del padre Larraburu, se ve campear de tal suerte la modestia i la dulce mansedumbre, que poderosamente inclina esto a creer en la rectitud de su proceder durante las efervescencias de los primeros años de la revolucion.

En el mes de marzo de 1818 llegó a Santiago una noticia fatal, que sobrecojia de espanto a cuantos la escuchaban: el ejército nacional habia sido desconcertado por una sorpresa en un lugar ya ántes desgraciado para los defensores de la independencia.

El recuerdo de la postrimera dominacion de los realistas estaba mui vivo en la mente de cada chileno, lo que de pronto obligó a algunos a tratar de ponerse a salvo de nuevas tribulaciones.

Vióse entónces a un fraile seguir la ruta de Santa Rosa, tirando del cabestro a una mula en que conducia su pobre equipaje. Este era Larraburu que, como a otros, lo ponian en marcha los temores infundidos por la nueva del descalabro de Cancha Rayada. Paréceme excusado decir que el término que señalara a su viaje se hallaba al otro lado de los Andes, en el territorio de la República del Plata.

Su partida quizás fué como la del pobre peregrino que marcha confiado en la proteccion que le deparen aquellos que encuentre a su paso. Humilde, seguia la ruta de la emigracion, conduciendo por sí mismo la mula que acaso cargaba cuanto poseia.

Habiendo llegado al pueblo de Santa Rosa, escuchó una noticia que debia cambiar su determinacion: el ejército disperso i desconcertado se encontraba reorganizado.

Sin abrigar esperanzas, considerando a la patria de nuevo subyugada, queria salir de sus límites; mas ahora que sus hermanos iban a hacer un esfuerzo supremo por afianzar sin mas demora su libertad ¿separaria su suerte de la de ellos? La victoria talvez no coronaria ese grandioso esfuerzo i en tal emerjencia ¿aguardaria léjos del campo de los sucesos el resultado defitivo de éstos?

No vaciló. Volvió sin demora al lugar de que habia partido. ¡I cuánta nobleza de sentimientos i cuán acendrado patriotismo manifiesta este solo acto!

No vino a Santiago a proseguir entre tanto la vida claustral, sino que a empezar una nueva en el campamento mismo del ejército nacional. Así, pues, ofreció sus servicios al jeneral en jefe, animado del heróico propósito de unir su suerte a la del ejército.

Consolador debe ser para el soldado que se halla faz a faz con el enemigo, que no sabe si en un momento o en otro la agonía

embargará su pecho, escuchar el acento solemne del sacerdote que preconiza la santidad de la causa que defiende, que lo alienta en el peligro i que con él va a compartir la suerte de la jornada. Tal fué la mision de aquel relijioso en el campamento de Maipo.

En seguida presenció la mas gloriosa batalla campal que se rejistra en nuestros anales, i recibió, en premio a sus servicios, la condecoracion que llevaron en su pecho los vencedores.

Mas tarde, al aproximarse la primavera de 1820, la escuadra chilena se hacia a la vela de la rada de Valparaiso con destino al Perú, conduciendo a aquellas costas al ejército que puso término a la larga cronolojía de los vireyes. En uno de los buques que la componian iba el mismo mercenario, que, como ánjel de consuelo i no de exterminio, habia recorrido las filas en el campo de Maipo. Su destino era el de capellan de un batallon, que le fué confiado dos meses ántes de la partida.

Allá cumplió dignamente su mision a costa de un considerable menoscabo de la salud. Los trabajos, los desvelos i quizás mas que esto, el clima de las rejiones tropicales, lo privaron de aquel bien, tanto mas estimable cuanto mas léjos se está de los lares queridos. Forzosamente tuvo que separarse de su cargo para buscar de pronto alivio a sus males en el descanso.

Se ausentó del ejército honrosamente, así como podia haberlo hecho el mas pundonoroso veterano. Al otorgarle su retiro, en 30 de noviembre de 1821, el vencedor de Maipo, entónces pretector del Perú, don José de San Martin, lo hizo sin suspenderle el fuero respectivo i presentándole una medalla de oro en recompensa a sus trabajos.

¡Cuántas son las inconsecuencias del mundo! ¡El hombre así honrado por un capitan poderoso quedaba a riesgo de sucumbir de miseria!

Fueros, condecoraciones, expresiones de gracias i cuanto estimula la vanidad, se habia brindado a este hombre, sin protejer ni con un solo óbolo su subsistencia. En suma: al separarse del ejército quedó absolutamente privado de recursos i atormentado por las dolencias.

El seno de aquella república fecunda se presentaba ante sus ojos como la desamparada soledad para los padres del yermo. Cual ellos solo podia confiar en la Providencia.

Un sér de esa raza desgraciada que ha arrastrado la ominosa cadena de la esclavitud, un negro, digo, fué para él lo que ántes eran ciertas aves misteriosas para los santos varones del desierto. En su desamparo i en sus dolores, el negro fué su protector; le socorria dia a dia, llevándole caritativamente el sustento de que carecia.

Tales obras debieron avergonzar a los que, negando impíamente la unidad de la especie humana, no quieren ver en cada negro

un hermano. Las obras de éstos son mas elocuentes que las teorías de aquellos i por sí solas las refutan victoriosamente.

Mas bella es la intelijencia del negro que llora con el aflijido i parte su pan con el habriento de otra raza, que la del que engreido por su saber deprime sin compasion a una porcion del jénero humano. Mas acatado que aquellas teorías será siempre el dogma de la unidad de nuestra especie, mas admiracion arrancará la caridad cristiana, mas vivos resplandores producirá la cruz, que cuantas enseñanzas imparta a los cuatro vientos el que se intitule sabio de la tierra!

Despues de esta consideracion, tócale su turno a otra que, como ella, se desprende del mismo hecho.

Talvez parecerá increible el desamparo del padre Larraburu en el suelo de los antiguos deificadores del sol. Retenido ahí por sus dolencias que lo privaban de alientos para emprender su vuelta a Chile, debió permanecer distante de sus amigos del ejército, quienes no es posible presumir que se hubiesen excusado de subvenir a sus necesidades. A mas no existe razon alguna para dudar de la exactitud de lo referido. Tal fué su destino en el Perú. Cuando pudo abandonarlo, lo haria indudablemente bendiciendo de todo corazon a aquel que con él habia compartido el sustento de cada dia.

A Chile trajo el recuerdo de sus miserias i el de su noble protector, i aquí daba expansion a la gratitud, refiriendo el bien que habia recibido de éste. ¡Digno homenaje de un buen corazon!

Eran dias de pesar para el clero regular, particularmente los que corrian a su llegada, i por entónces él, como muchos, ingresó al secular.

Siendo teniente a poco del cura de Rio Claro, se le ofreció un ascenso, encomendándole el servicio de una parroquia, proposicion que no aceptó, dando por motivo de ello la pobreza que aflijia a los campos.

Habia en este hombre un gran fondo de caridad que lo hizo recomendable a los que le conocieron i que le granjeó el aprecio de sus superiores. Al ofrecérsele el desempeño de una parroquia rural, se tenian en consideracion sus particulares méritos, méritos no ostensibles porque no buscaba para ellos un galardon en el mundo.

Su corazon sensible se condolía, pues, vivamente al considerar la indijencia de los campecinos i labriegos despues de una larga lucha i en medio de las zozobras i aflixiones que por donde quiera suscitaba el bandalaje. Vivir a expensa de los derechos parroquiales en tales circunstancias, era una idea mortificante para su espíritu i decididamente rehusó la colocacion que se le proponia.

A la sensibilidad de su corazon, la virtud que mas perceptiblemente se descubria en él, se agregaba un espíritu poco animoso i sin ambicion alguna. Aquella podia ser ya la obra del tiem-

po, pero esta fué una calidad apreciable que ningun acto desdice i que complementa su virtud mas descollante.

Piadoso, desinteresado i prudente, para bien de muchos, no lo dudo, i acrisolacion de sus propias virtudes, se le dió una colocacion mui conforme con su carácter e inclinaciones, cual fué la de capellan de un hospital.

Como mercenario habia contribuido a la redencion de la Patria, faltaba que, como el santo de su nombre, contribuyese al alivio de sus semejantes en el hospital.

El hospital, casa de misericordia i escuela de rejeneracion, presenta a cada hora oportunidad de considerar los dolores de la humanidad i de practicar alguna buena obra. A él fué don Juan de Dios Larraburu a poner remate a la carrera de su vida, coronándola así gloriosamente.

¿Qué mas podia anhelar? Tenia asegurada su subsistencia, satisfechas sus necesidades, sin duda mui limitadas, i aquel establecimiento, a mas de subvenir a esto, proporcionaba a su alma el consuelo incomparable de recibir en sus brazos a los que sufrian, de dar consejos salvadores junto a la almohada del convaleciente i de sentarse al lado del lecho de la muerte a encomendar piadoso al espíritu en su partida.

Pobre habia llegado al hospital, para vivir pobre entre los pobres. Esta condicion i su mucha misericordia i mansedumbre lo asemejaban al santo ilustre, cuyo nombre recibió.

Sin bienes que distrajeran su atencion del fin primordial a que la consagraba, dotado de un corazon puro, teniendo constantemente delante de sus ojos el trance de la muerte caminaba a él con paso seguro i con alma tranquila.

Las últimas labores de su vida eran una preparacion tan santa como dilatada para la muerte.

Espiró por los años de 1834, sin haber abandonado el servicio de los pobres, cual aquel insigne sabio de Priene i uno de los siete de la Grecia, que cerró dulcemente sus ojos en el Senado despues haber hecho una defensa justa.

Larraburu que no se mostró en cargos prominentes ni su nombre lo ligó a mil acontecimientos de la época en que le cupo vivir, dejó por eso de merecer nuestra atencion su memoria.

¡I cuántas veces es mas grato i provechoso recorrer la vida del ciudadano humilde que la del majistrado poderoso!

Cumplió fielmente su mision, llenando sus deberes de chileno i sus deberes de cristiano, amando a sus prójimos i sabiendo sacrificarse en servicio de ellos.

Descansan sus cenizas en tumba ignorada i su memoria se halla entregada al olvido. ¡No obsta esto ni aquello para la satisfaccion de las aspiraciones de su vida, que fueron las de alcanzar el cielo!

Santiago, enero 27 de 1876.

Luis Francisco PRIETO del RIO.

LA BARCA DE MI DICHA.

(A J. V. G.)

Entre riberas verdes,
En sus cristales limpios,
El azulado cielo
Va reflejando el rio.

Allá en el bosque ocultos
Regalan el oido,
Mil cantores alados
Con sus alegres trinos.

Esparce las aromas
El manso cefirillo,
Que a las amantes flores
Arrebató lascivo;

I hácia la mar impele
Con soplo blando i tibio,
Mi lijera barquilla
Sobre el rio dormido.

Tú el timon gobernando,
Que solo a tí confío,
Con mano cuidadosa
Evitas los peligros;

En tanto que inocente,
En lánguido deliquio,
Sobre mi pecho apoya
Su frente el amor mio.

¡I cuéntanme mi dicha
Sus cándidos latidos!
¡I dícenme "*yo te amo*"
Sus tímidos suspiros!

I al ver de nuestras almas
El íntimo cariño,
A mi adorada madre
Que nos sonrie miro,

Que va tejiendo flores,
Con maternal ahinco,
De mi hechicera amada
Entre los blandos rizos.

¿Qué mas anhelar puedo?
¿Qué dichas mas codicio?
¡Dichoso, sí, dichoso
Mi májico destino!

¿Qué importa que resuene
Terrífico el rujido,
En medio de las ondas,
Del escollo bravío?

¡Sus furias burlaremos
Serenos, caro amigo,
Unidas nuestras almas,
Nuestros brazos unidos!....

Así venturas forja
Mi loco desvarío,
I gozo en las quimeras
Que yo propio me finjo.

¡Mas ¡ai! son ilusiones
Que se huyen de improviso!
¡Son de mi ardiente pecho
Juveniles delirios!

R. LARRAIN C.

SONETO.

—¡Bravo! ¡Mui bien! ¡Sublime! ¡Esto es grandioso!
Entusiasmado el público exclamaba
En el teatro i el éco prolongaba
Aquel aplauso unánime, estruendoso.

Cayó el telon; i oculto el engañoso
Escenario, el concurso abandonaba
Sus asientos i aquí i allá poblaba
El corredor, el patio i el hermoso

Vestíbulo; i en mil variados tonos
Ensalzaba al autor de la comedia
I al intérprete de ella alzaba tronos.

—¡Inclito actor! ¿verdad don Casimiro?
—Sí, señor; mas ya son las diez i media
I como estoi enfermo me retiro.

—Tengo que madrugar, otro decia,
I me voi porque es tarde. I así muchos.
¡Cuán breve instante dura la alegría!

Santiago, abril de 1875.

JOAQUIN MARTINEZ RUIZ.

Para ser justamente apreciada la composicioncita que damos en seguida, no basta leer sus estrofas llenas de ternura e inocencia: fuerza es tener presente que son compuestas por una niña *de once años* i que es una inspiracion completamente espontánea de su alma, encarnacion del candor i la intelijencia, precozmente hermanados en ella.

La fluidez i armonía intachables del verso i los pensamientos, son dignos a todas luces de una intelijencia completamente desarrollada.

Juzguen los lectores:

A LOS PIES DE LA VIRJEN DE LAS MERCEDES.

Vírjen de Dios, Vírjen santa,
Faro del bien que me guia,
Dame amparo Madre mia,
Porque me siento morir.
Mírame aquí desolada,
Recoje mi triste llanto
I tu que has sufrido tanto
Díme cómo he de sufrir.

¿No ves? mis lágrimas corren
Por mi mejilla rosada.
¡Tan niña, tan desgraciada!
Dúelete de mi dolor,
I si este mi acento triste
Logra alzarse hasta tu oido,
Concede a mi frente olvido
O devuélveme a mi amor.

Mira al mar, sus crespas olas
A mi padre se llevaron
I huérfana me dejaron
Sin amparo en mi afliccion;
Ni una sombra de aquel buque
Ni en lontananza una vela,
No queda mas que su estela
Dentro de mi corazon.

Vírjen de Dios, Vírjen santa
Dame tu amparo divino,
Devuélveme al peregrino
Que mi dicha lleva en sí,
I si mi triste demanda
Llegar no puede a tu cielo,
Que no me llamen Consuelo
Que consuelo no hai en mí.

CONSUELO PARERA.

EL HOMBRE FELIZ.

(CUENTO.)

Despues de un opíparo almuerzo, disputaban tres amigos de sobremesa, sobre la existencia de la felicidad.

—La felicidad, tras de la cual todos corren desolados, sin poderla asir jamas, es un mito, es una ilusion, decia Ramon, uno de nuestros personajes.

I al expresarme así no creais que lo haga movido por alguna idea estrafalaria, ¡nó! ¡La felicidad no existe! I si dudais de mis palabras, sin ir mui léjos, sin abandonar esta sala, hallareis un ejemplo palpable de lo que os digo. Como vosotros lo sabeis mui bien, soi poseedor de una inmensa fortuna. Pues bien: apesar de esto, de no carecer de nada, de poseer cuanto puede hacer la felicidad de muchísimas familias, como dicen algunos, les confieso a Uds., con entera franqueza, mis buenos amigos, que no me considero completamente feliz.

—¿I quién se puede jactar de serlo? saltó Pablo, otro de nuestros personajes.

—Poco a poco, caballeros, observó Manuel, nuestro tercer personaje, entrando en escena. Por lo que acaban Uds. de decir, veo que se han formado una idea mui distinta de lo que es aquella, en realidad. ¿Quereis decirme, Pablo, en qué consiste la felicidad? preguntó al que habia interrumpido.

—Paréceme, contestó éste, que aquella, como su nombre lo indica, es una série continuada de prósperos sucesos que elevan a mucha altura al que le toca en suerte.

—¡Error! ¡lamentable error! exclamó Manuel, mui animado. ¿Cómo quereis ¡por Dios! que sea una série de prósperos sucesos, cuando no hai nada inmutable sobre la tierra?

Siendo esto así, fuerza es que la felicidad lo sea tambien, porque de lo contrario, hasta ella misma se nos haria insoportable.

¿Cómo conoceria, ademas, el hombre que era feliz, si la desgracia no le hiciera sentir de tiempo en tiempo su presencia?

Desengañaos, amigos mios, la felicidad no consiste en eso.

La felicidad es algo que no se puede definir, pero que no es el dote de un solo hombre, o de muchos hombres, segun de las palabras de Pablo se desprende, sino que es comun a todos, pu-

diendo cada cual proporcionarse la que le es dado disfrutar mediante el exacto cumplimiento de sus deberes.

Con injenua franqueza nos ha confesado Ramon, que apesar de sus riquezas no se considera feliz. Voi a permitirme, a título de amigo, interrogarle un poco para ver si descubro las causas que a ello se oponen.

—Puedes preguntarme lo que gustes, respondió el interpelado.

—Voi a hacerlo. ¿Has esperimentado alguna vez el deseo de poseer un objeto cualquiera, sin que al instante se haya visto aquél satisfecho?

—Nunca, Manuel. En viendo una cosa que me agrada, me basta solo indicarlo para poseerla

—Pues hijo: hé aquí que a la primera pregunta doi con una de las causas que mas contribuyen a tu malestar.

Si el hombre ve realizados hasta el menor de sus caprichos, disfruta de todas las comodidades posibles i ve que nada hai, en fin, que no esté al alcance de su mano, i se considera feliz, sí, pero por breve tiempo, porque el hastío no tardará mucho en apoderarse de él.

—Es precisamente lo que a mí me sucede, exclamó Ramon, admirado de la penetracion de su amigo. I continuó: Mas, ya que con tan exquisito tino has puesto el dedo en la llaga, espero no serás ménos feliz en la eleccion del remedio.

—La pobreza, a quien todos miran con espanto, como si fuera mal pegadizo u oríjen de todos los vicios, ha sido mi maestra, prosiguió deciendo Manuel. Pobres, pero honrados fueron mis padres; i su pobreza, junto con su honradez, heredó el único hijo que tuvieron, que fuí yo. Por ella tengo que imponerme crueles privaciones apesar de mi trabajo, que solo me permite satisfacer mis necesidades mas urjentes, pero.... de ello no me quejo; estoi mui contento con mi suerte.

—Me admira tu conformidad, Manuel, dijo Pablo. Colocado en tu lugar, trabajo me costaria el resignarme con mi estado.

—Peor seria el desesperarse por lo que no tiene remedio, agregó Manuel. Como no depende de nuestra voluntad el nacer en una posicion elevada o humilde, síguese de esto que no debemos avergonzarnos de ello, ántes bien trabajar con anhelo por procurarnos una mejor que la en que la Providencia nos colocara al nacer. Pero veo, añadió, que nos hemos apartado insensiblemente de nuestro objeto. Volvamos, pues, a él.

El remedio que te voi a indicar, Ramon, lo he ensayado repetidas veces en mí mismo i siempre con el mejor éxito, por lo que te recomiendo lo pongas en práctica, seguro que presto conocerás sus saludables efectos.

—Impaciente estoi por conocerlo, replicó Ramon. Te suplico, pues, que cuanto ántes me lo manifiestes.

—Sucédeme a veces desear con gran vehemencia, prosiguió Manuel, ya sea la posesion de un objeto cualquiera que me llena

el ojo, ya el asistir a algun paseo o funcion teatral. En lugar de darle gusto a un individuo satisfaciendo sus deseos, tomo a tarea el contrariarlo, no comprendo la cosa que me agrada, ni asistiendo a paseos o al teatro, aunque para ello no exista el menor obstáculo, ni tenga que imponerme gravámen alguno. Procediendo así, he conseguido poner a raya mis deseos: ser, en una palabra, dueño mí mismo.

—Has conseguido un imposible, mi buen Manuel, lo que yo talvez no podré conseguir jamas, observó Ramon.

—No desconfies del éxito, si pones, caro amigo, de tu parte los medios que para conseguirlo se requiere.

Grande, poderoso esfuerzo tendrás que hacer al principio para no darte gusto en todo, pudiendo hacerlo sin sacrificio alguno de tu parte; mas, te acostumbrarás en breve a dominarte i el hastío i la saciedad que ahora experimentas, desaparecerian entónces por completo.

—Te doi mi palabra de seguir puntualmente tus consejos, dijo Ramon.

—Otra de las causas que contribuyen poderosamente a nuestro bienestar, es el socorrer a los desgraciados, continuó Manuel. De mí sé decirte que jamas experimenté placer mas puro que cuando pude aliviar la suerte de algun prójimo.

En ese sentido, tú, Ramon, debes haber socorrido a muchos, por lo que juzgo que grande debe ser tambien tu satisfaccion.

—No te negaré que he socorrido con mano pródiga a un sinnúmero de personas i que al hacerlo he experimentado vivísima satisfaccion; pero, desgraciadamente, Manuel, ella ha ido disminuyendo de dia en dia, hasta el extremo de que casi me arrepiento ahora de haber procedido como lo hiciera.

—¡Oh! ¡nó! ¡nó! no digas eso, Ramon, le interrumpió Manuel vivamente. Jamas debe el hombre arrepentirse de haber obrado el bien, aun cuando las personas a quienes haya obligado mas, hayan desconocido al parecer sus beneficios. I digo al parecer, porque es imposible que lleguen a olvidar nunca al hombre que, con mano jenerosa, sus necesidades socorriera.

Sé mui bien que existen en el mundo seres que corresponden con negra ingratitud los mayores beneficios que reciben, pero esos tales son mui raros i por su causa no debemos privarnos de hacer el bien.

—Bella i buena es tu doctrina, Manuel, como que es al fin la del Crucificado, le respondió su amigo; pero ¿sábes tú lo que a uno le sucede cuando ve desconocidos, no una, sino cien veces sus beneficios? Te lo voi a indicar aun cuando te supongo mui bien enterado de ello.

La sensibilidad, que algunos llaman exquisito perfume, se embota por completo, i el corazon, que es su asiento, cruelmente torturado tantas i tan repetidas veces, acaba por volverse insensible

a la desgracia ajena, o lo que es lo mismo, se vuelve uno misántropo.

—¡Pierde cuidado, que a tí no te sucederá eso jamas! le dijo Manuel sonriendo.

—Bien puede ser; pero créeme, Manuel, el desaliento me va ya ganando.

—Escúcha, Ramon, le interrumpió su amigo: cuando hagas algun beneficio, olvídalo por completo, cuenta que aquel a quien se lo haces no pertenece al número de los vivientes, procurando suene en tu oido su nombre como el de extraña persona i te aseguro que volverás a experimentar la misma dulce satisfaccion de otro tiempo.

—Voluntariamente te dí palabra de seguir tu primer consejo, i voluntariamente me comprometo ahora a seguir tambien el que me das, le contestó su amigo.

—Pues bien: en pago de esa docilidad i sumision, mui rara en un jóven mimado de la fortuna como tú, me voi a permitir leerte un libro que traigo conmigo, por estarlo leyendo en la actualidad. Es la historia de un íntimo amigo mio que hace poco que murió. En su testamento ordenó se me entregara un legajo de papeles que contenian varios apuntes.

Entre ellos he hallado la historia que vais a oir i que, por lo que hasta ahora llevo leido, juzgo tiene estrecha relacion con lo que hablamos poco ha.

I sacando Manuel un bien poco abultado cuaderno del bolsillo, empezó a leer en alta voz:

DE LOS INCONVENIENTES QUE TRAE CONSIGO UNA GRAN RIQUEZA O UNA POBREZA EXTREMADA.

I.

Hé aquí, lector amado, el fiel relato de la vida de un pobre hombre, que no por serlo, dejó de considerarse el hombre feliz.

Nacido en noble cuna e hijo de padres que nada omitieron por darme una educacion brillante, halléme a los veinticinco años de edad, dueño absoluto de mis acciones por muerte de aquéllos, i poseedor ademas de una inmensa fortuna.

En esa dichosa edad en que todo se reviste de los mas risueños colores, como que aun no han marchitado los desengaños las ilusiones de la infancia, vime lanzado de improviso en el torbellino del mundo.

Desde el primer dia, i como por encanto, se llenó mi casa de multitud de personas que se llamaban mis amigos, sin conocerme.

Partidarios todos, yo el primero, del buen vivir i de reuniones i tertulias, parecia que el placer hubiera establecido en ella su morada, pues se sucedian sin interrupcion las fiestas unas a otras.

A ellas acudia lo mas distinguido de las personas del lugar.

Si salia de paseo, lo que sucedia con frecuencia, numerosa cohorte de amigos me acompañaba i solia ver a menudo detenerse a las jentes que me encontraba al paso, i exclamar, señalándome con el dedo: "Ahí va el millonario don Fulano i su séquito."

Solicitábase mi amistad con grande ahinco, estimándose todos mui dichosos de poseerla porque mi desinteres i jenerosidad eran proverbiales.

Con esto, veníame el tiempo escaso para leer el sinnúmero de cartas que diariamente me dirijian de todas partes, multitud de personas desvalidas, implorando mi proteccion.

A juzgar por el crecidísimo número de ellas, cualquiera hubiera creido que se habian dado cita, en aquel lugar, todos los pobres del mundo.

I era que nadie acudia a mí en solicitud de una limosna, sin que fuera en el acto servido; ninguna lágrima se vertia en mi presencia, sin que fuera enjugada al momento; ningun pesar que agobiara a algun prójimo, que mui presto no disipara.

Con la sonrisa en los labios, con amabilidad suma, era recibido a cualquier parte que fuera, creyéndoseme un partido ventajoso; i bastábame solo dirijirme por primera vez a una jóven para que luego se hiciesen a un lado i abandonasen el campo sus mas decididos partidarios i amigos.

A la mas leve indicacion que hiciera, si deseaba obtener alguna cosa, apresurábanse todos a complacerme.

—¡Hombre! ¡qué cosa tan particular! exclamó Ramon a tiempo interrumpiendo la lectura que habia escuchado con profunda atencion hasta entónces. ¡Si me parece que estoi oyendo leer mi propia historia!

—¡Tanto mejor! se apresuró a responder Manuel. Así podrás aprovecharte de las lecciones que ella encierre, que presumo no han de ser pocas.

—¡Adelante! lector, ¡adelante! saltó Pablo contrariado, que si a cada paso nos detenemos, llevamos traza de no oir el final de la historia porque nos quedaremos ántes traspuestos.

—Prosigo, señor impaciente, contestó Manuel, cojendo el libro i continuando:

"Como llovidos del cielo me venian los cargos honoríficos i dignidades.

"No habia sociedad que recien se formara que no fuera encabezada con mi nombre, dándoseme ademas el título de miembro honorífico de ella.

"Hasta el mismo Gobierno rindió tambien culto al dios ciego,

pues tuvo la debilidad de ofrecerme los mas altos puestos del Estado, que yo tuve la cordura de rechazar.

"Considerábaseme, en fin, por todos como un grande hombre, merced a mis millones, cuando solo era en realidad un pobre diablo.

"Tantas atenciones me dispensaron por último, tanto me halagaron, que dieron alas a mi vanidad i, creyéndome un sér superior a los demas hombres, empecé a mirarlos desde entónces con desprecio.

"En mi insensata vanidad veíalos pequeñitos, como se ven los objetos adheridos al suelo, por elevados que sean, mirados desde mucha altura."

—¡Qué situacion tan análoga a la mia! interrumpió Ramon por segunda vez.

—Se prohiben las interrumpciones, señor mio, arguyó al instante Pablo.

—¡Si fué una mera exclamacion, hombre! replicó a su vez el primero.

—¡Pues se prohiben tambien las exclamaciones! tornó a decir el último.

—Haya paz, señores, observó Manuel i punto final al diálogo, que voi a continuar.

II.

"Excenta de penas e inquietudes deslizábase de este modo mi vida, dulcemente.

Pero ¡ah! ese bienestar que yo juzgaba eterno, duró solo brevísimo tiempo. Tuve la criminal condescendencia de permitir la entrada al juego en mi casa, i aunque al principio se jugaba por mero pasatiempo, fué poco a poco subiendo la cosa de punto hasta llegar a cruzarse apuestas considerables.

Los amigos se desnudaban allí unos a otros, sin compasion; i mas de uno dejó talvez mi casa decidido a poner fin a mis dias por haber perdido al juego cuanto poseia, i no poder atender a las necesidades de su familia, quizás numerosa.

¡Tan solo de pensarlo me estremezco!

Poco tardé yo mismo en experimentar sus desastrosas consecuencias.

Aficionéme insensiblemente al juego, i aunque al principio mostróseme la suerte favorable, como para tentarme mas i mas, volvíome al fin las espaldas, i desde ese dia datan mis desgracias. Cuando hube experimentado algunas pérdidas, la conciencia pretendia hacerse oir, pero yo, sordo a sus ruegos i estimulado por

el despecho, perverso consejero, no hice caso de sus consejos, continuando la misma vida que habia llevado hasta allí.

Sucedió, pues, al poco tiempo lo que naturalmente debia suceder.

Empecinado yo en recobrar las fuertes sumas que habia perdido al juego i continuando la suerte en mostrárseme adversa, llegó un dia en que, de la inmensa fortuna que me legaron mis padres, no me quedó ni lo necesario para vivir modestamente.'

—¡Pobre! ¡infeliz! exclamaron con dolorosa emocion los tres amigos, Ramon, Pablo i Manuel, suspendiendo este último la lectura del manuscrito.

—¡A qué fatal extremo conduce este excecrable vicio! dijo Pablo.

—Al peor i mas lamentable de todos, agregó Ramon.

El es el que pone en manos del perdidoso el arma mortífera con que da fin a sus dias, disponiendo así de una existencia que no le pertenece.

—Juro por los manes de amigo no tomar una carta en la mano en los dias de mi vida, murmuró Manuel.

JOAQUIN MARTINEZ RUIZ.

(Concluirá.)

CHACABUCO.

¡Para cantar la hazaña
De mas eterna gloria
Que en lid sangrienta i de feliz memoria
Obtuvo Chile del poder de España,
Sublime inspiracion, brinda a mi canto
El estro vigoroso
Del cantor de Junin! Que si Bolívar
Es en los cantos del ilustre vate
El jenio vencedor de aquel combate,
Orgullo de la historia americana,
La hazaña que yo canto,
I a la cual rendiré justa alabanza,
Es debida tambien a la pujanza
De un héroe superior!—¿Lo veis? ¡Miradlo
Coronada se ve su altiva frente
Por el sol explendente,
Huella su planta las nevadas cimas
Do reina el cóndor de pujante vuelo,
Salta a su paso bullidor torrente
Lamiendo riscos i salvando simas,
Tremola entre sus manos
La espada vencedora
Sediento de lidiar, i al viento flota
La insignia redentora
De dos pueblos heróicos,
Terror de los tiranos,
I dignos, sí, de apellidarse hermanos!
¡Miradlo, sí, miradlo!
Desde esa nieve que a los cielos toca
I do revienta el huracan i el trueno,
A la hueste realista
Domina con su vista
I al combate provoca
El titan arjentino!

I sediento de gloria i de confianza,
Mirad cual se abalanza,
Despreciando la muerte,
El bravo San Martin! No de otra suerte,
Abriendo en su rodar fácil camino,
Se precipita la jigante roca
Que impele en aluvion i torbellino!

Así, tambien la reina
Del espacio explendente,
Sus anchas alas en las nubes peina,
Fijando con su vista poderosa
Al inmundo reptil que dilijente
La presa busca que a su diente acosa!

¡Jamas fueron mas grandes
Los jigantescos Andes
Que el dia aquel en que su cumbre heria
La planta audaz de la lejion de bravos
Que a libertar corria
Pueblos cansados de sentirse esclavos!

I resuena el clarin, i despreciando
El peligro i la muerte,
Por entre el plomo que vomita el bronce
Los bravos escuadrones
Se estrechan mas i mas! No de otra suerte
Se chocan corpulentas
Las olas del océano
Al empuje del ábrego tirano,
Precursor de las hórridas tormentas!

I en ámbos bandos el rencor domina,
I avivando el ardor de la batalla
Salta en pedazos la fatal metralla
Claros dejando en su veloz correr.
I sigue la matanza, i sigue, i sigue,
I hollando los despojos de la guerra,
I haciendo estremecer toda la tierra
Chocan los bravos sin ceder un pié!

Es todo estruendo, confusion i sangre,
Columna de humo por el aire sube
Formando espesa i aterrante nube
Por sobre la guerrera multitud.
I en ámbos bandos el ardor acrece,
Tal como acrece el Aquilon que salta

Por suspender a la rejion mas alta
Las crespas olas del oceáno azul.

Ved como arrojan el cortante acero
Pregonando la muerte o la victoria,
Ved, a esa jente, honor de nuestra historia
Marchar de frente i sin mirar atras.
I mano a mano, de coraje ciegos,
El polvo hacen morder a los contrarios,
Que en cruel derrota i por caminos varios
Huyen del bravo que tras ellos va.

La accion dirije recorriendo el campo,
Por entre el plomo que a su lado llueve,
Sobre un corcel que resoplando mueve,
De su cabeza la flotante crin,
Un jenio sin igual! Los españoles
Tiemblan cobardes al mirar su acero,
I ¡cómo no temblar cuando el guerrero
Es el audaz, ilustre San Martin!

De pronto el grito de "¡Victoria!" suena,
I resuenan tras él los sacros himnos
Cantados a una voz por los que dignos
Supieron por la patria combatir!
¡Salve a los bravos que a mi patria dieron
Renombre, triunfo i envidiable gloria!
¡Salve al coloso de inmortal memoria
Que hundió a los godos en brillante lid!

1875.

Rosendo CARRASCO.

DON ALONSO DE GUZMAN I PERALTA.

Durante la era colonial uno de los criollos que alcanzaron mayor rango i mayor influencia en Chile, fué el doctor don Alonso de Guzman i Peralta.

En esa era, como es mui sabido, los empleos mas importantes eran confiados a los españoles, siendo en limitadas acasiones servidos por americanos o por españoles americanos, para decirlo tal como entónces se acostumbraba. I aun cuando el hombre de mi referencia no llegó al pináculo del poder, no deja por eso de diferenciarse su suerte de la de sus coexistentes.

En el siglo XVII un chileno habia desempeñado en dos ocasiones, accidentalmente, la presidencia del Reino; pero en el siglo XVIII no volvió a suceder esto. Mas, en cambio, la iglesia chilena, tuvo en el siglo XVIII dos prelados nacidos en su propio suelo i ámbos de méritos relevantes. La vida del doctor Guzman i Peralta corrió tambien en este siglo i tambien fué conciudadano de los obispos aludidos, esto es, fué oriundo de la Concepcion.

Su nacimiento ocurrió en esa ciudad por los años de 1705, i la carrera que le señalara su vocacion fué la noble del foro.

Hijo de la aristocracia colonial, en el segundo tercio de su vida, segun barrunto, celebró su matrimonio con una dama digna del rango que le habia cabido en la sociedad, la cual fué doña Nicolasa Lecaros i Ovalle.

Era don Alonso un hombre que a su hidalguía agregaba títulos de mas valer, tales como una buena intelijencia, una aventajada instruccion i una intachable honorabilidad. Todas estas cualidades fueron, empero, exornadas por la influencia de los cargos públicos. El historiador nacional, don Vicente Carvallo i Goyeneche, lo menciona entre los hombres de nombradía que habia producido la ciudad de Concepcion.

La ciudad de Santiago fué la cuna de su descendencia, el lugar donde figuró en la vida pública, i el punto en que se extinguió su existencia i mas tarde la de su esposa i sus hijos.

Fué uno de éstos el célebre relijioso franciscano frai José Javier de Guzman, el que entre sus manuscritos dejó algunos apuntes relativos, en parte, a sus projenitores i a otros deudos.

Desgraciadamente la mayor parte, casi todos los papeles de este relijioso historiador ya no existen, i de los pocos que lo han sobrevivido tengo una copia exacta entre los mios.

Si bien estas variadas apuntaciones me servirán para un extenso estudio sobre la vida i escritos de su autor, quiero ántes tomar de ellas la parte relativa a su distinguido padre.

Dejo trazados algunos antecedentes del doctor Guzman i Peralta, i a ellos debo agregar ahora una reseña de sus empleos i servicios, para lo cual me valdré a las veces de las propias expresiones de su hijo.

Establecida en Santiago la Real Universidad de San Felipe, i contándose aquél entre sus miembros fundadores, se hizo cargo de la cátedra de cánones i leyes, en cuyo servicio permaneció el largo período de veintidos años, al cabo de los cuales, en 1780, la jubilacion lo eximió de estas tareas.

"Fué fundador de dicha Real Universidad, dice su hijo, i el primer jubilado que tuvo." Así se apartaba, pues, de su cátedra dejando establecido un buen precedente para alcanzar los honores de la jubilacion.

Segun el testimonio de su mismo hijo i del historiador ya citado Carvallo i Goyeneche, el doctor Guzman i Peralta fué en el seno de aquella corporacion no tan solo un catedrático, sino tambien uno de los rectores que ella tuvo.

En el órden administrativo no fueron tampoco secundarios los destinos confiados a la ilustracion i probidad de este chileno: fué asesor de cuatro presidentes i teniente letrado, cargo que el monarca español le encomendó en 1786.

"El dia 1.° de agosto de 86, dice frai José Javier, se le despachó título de asesor i teniente letrado de gobernacion i de intendencia a mi padre el señor doctor don Alonso de Guzman, i fué el primero que obtuvo en este Reino dicho empleo por su majestad.

"Por muerte del intendente subdelegado i presidente de esta Real Audiencia, el señor don Ambrosio de Benavides, recayó en él, segun el artículo 12 del nuevo plan de intendencias el despacho universal de los cuatro ramos de hacienda, civil, criminal i guerra, habiendo reservado para sí la Audiencia, que se intituló gobernadora hasta dar cuenta a su majestad, el despacho que dijo era superior.

"La renta que este oficio tiene, agrega todavía, son mil pesos del ramo de propios i advitrios i mil de las cajas reales i demas subvenciones, aunque éstas no ha gozado mi padre hasta tanto venga de la corte el arancel, o se aumente, omitiéndolas, la renta, como es en Lima."

Algunos años ántes la corte española habia querido honrar con una toga al ya viejo doctor Guzman i Peralta. En efecto, en 1777 llegó a Chile el real despacho en que se le conferia el alto cargo de oidor de la Audiencia de Santa Fé de Bogotá.

"Renunciólo, escribe su hijo, por sus muchos años, i queriendo su majestad distinguir su mérito lo jubiló con los mismos hono-

res i dos tercios de la renta que debia gozar en dicha Audiencia."

El despacho en que se le concedia esta gracia o recompensa a sus servicios, llegó a sus manos en los primeros dias del año de 1780, siendo éste, como ántes lo dije, el año en que tambien obtuvo su jubilacion en la Universidad de San Felipe.

A mas de los empleos enunciados, sirvió los de protector de naturales i auditor jeneral de guerra.

Don Alonso en su vejez tuvo que llorar la muerte prematura i consecutiva de tres hijos i de un yerno, i a todos ellos los sobrevivió mas de un lustro, llegando así la hora de su fin en el invierno de 1791.

"Yace sepultado, escribia tambien su hijo relijioso, en el convento de mi Padre San Agustin, su gran devoto, i ya que por graves motivos adversos a mi fortuna no se enterró en mi relijion, pienso, si alguna vez puedo, trasladar sus cenizas a esta santa Recoleccion."

Acariciando esta idea frai José Javier de Guzman trazó un epitafio para la tumba de su querido padre, el cual colijo que nunca fué trasladado del papel a la piedra sepulcral.

Antes de mencionar los empleos que habia desempeñado el finado, lo titulaba: "Persona noble i mayorazgo de Castilla." I mas adelante, al final del epitafio, agregaba: "Hombre mui cristiano, amante de su patria i padre de los pobres; hermano de todas las relijiones i síndico jeneral de esta provincia de nuestro Padre San Francisco."

Segun la costumbre de la época el relijioso proyectaba dejar escrita la vida entera de su conspícuo projenitor sobre la losa que cubriese sus despojos.

En reemplazo de este pomposo homenaje, que a la verdad parece raro que lo trazara una mano que envolvian los pliegues del sayal, le consagró mas tarde un recuerdo no ménos pomposo en una de las pájinas de la Historia de Chile que dió a luz en los años postreros de su existencia.

¡Tan cierto es que el hombre nunca se olvida de la calidad de la cuna en que fuera mecido!

Don Alonso, habiendo fallecido casi en vísperas de la revolucion de la independencia, dijo su adios al Reino, dejando en su descendencia varios próceres insignes a la República.

Santiago, febrero 8 de 1876.

LUIS F. PRIETO DEL RIO.

EL LEPROSO DE LA CIUDAD DE AOSTA,

DE

JAVIER DE MAISTRE.

La parte meridional de la ciudad de Aosta, hoi dia casi desierta, es un sitio que merece llamar la atencion de los viajeros. Está rodeada de campos cultivados i praderas que se extienden, por un lado, hasta las antiguas murallas que construyeron los romanos para que les sirvieran de defensa, i por el otro, hasta las tapias de algunos jardines. Cerca de las puertas de la ciudad se ven las ruinas de un castillo antiguo, en el cual, si puede darse crédito a la tradicion popular, el conde René de Chalans, instigado por los celos, dejó morir de hambre en el siglo XV, a su esposa, la princesa María de Braganza: de ahí el nombre de *Bramafau* (grito del hombre) dado al castillo por los habitantes del pais.

Esta anécdota, cuya autenticidad podria probarse fácilmente, hace que esas ruinas llamen la atencion de las personas que la creen verdadera.

Mas léjos, a algunos centenares de pasos, se levanta una torre cuadrada, unida al antiguo muro i construida, segun parece, con el mármol de que aquél estaba en otro tiempo revestido. Se la llama la *Torre del espanto*, a causa de que el pueblo la ha creido, durante mucho tiempo, habitada por aparecidos. Las ancianas de la ciudad de Aosta, recuerdan todavía, haber visto salir de ella, en las noches oscuras, a una mujer colosal, vestida de blanco i con una lámpara en las manos.

Hará como quince años que la torre fué refaccionada por órden del gobierno i circulada de murallas, para hospedar en ella a un leproso, separándolo de la sociedad i procurándole el único placer de que era susceptible en tan triste situacion. Se encargó al hospital de San Mauricio que proveyese a su subsistencia i se le dieron algunos muebles i las herramientas necesarias para el cultivo de un jardin.

Durante la guerra de los Alpes, en el año de 1797, un militar que se encontraba en la ciudad de Aosta, pasó delante del jardin del leproso, cuya puerta estaba abierta i tuvo la curiosidad de entrar. Vió a un hombre, que apoyado en un árbol, parecia sumido en profunda meditacion. Al ruido que hizo el oficial, el leproso, sin volver la cabeza, dijo:

—¿Quién es? ¿Para qué me buscan?

—Dispensad, respondió el militar, a un extranjero, al cual, el bello aspecto de este jardin, ha hecho cometer una indiscrecion, pero que de ninguna manera quiere molestaros.

—No deis un paso mas. Deteneos, estais cerca de un leproso.

—Cualquiera que sea vuestra desgracia, no me alejaré un paso; jamas he huido de los desgraciados; pero si mi presencia es importuna estoi dispuesto a retirarme.

—Sed bien venido. Podeis hacerme compañía si despues de mirarme os sentís con el valor suficiente.

El militar se extremeció involuntariamente al oir las últimas palabras del habitante de la torre, al cual habia desfigurado horriblemente la lepra.

—Me quedaré, le dijo, si es que os agrada la visita de un homa quien la casualidad ha conducido a este lugar i a quien retiene en él un vivo interes.

—¡Interes!.... no puedo inspirar otra cosa que caridad.

—Me creeria feliz si pudiera ofreceros algun consuelo.

—Lo es i mui grande para mí, el oir el metal de la voz humana que parece huir siempre de mí.

—Si es así, permitidme conversar algunos instantes i recorrer vuestra habitacion.

— Gustoso lo haré si con esto puedo agradaros (diciendo esto, el leproso se cubrió con un velo, cuyas extremidades le ocultaron el rostro). Despues de esto, añadió: cultivo, como veis, este jardin, en el cual encontrareis flores mui raras. Me he procurado semillas de algunas que crecen naturalmente en los Alpes, las que se han multiplicado prodijiosamente i se tornan cada dia mas hermosas por medio del cultivo.

—En efecto, veo flores cuyo aspecto me es enteramente desconocido.

—Mirad esos rosalitos, son rosas sin espinas que únicamente crecen en los altos Alpes, pero que pierden esa propiedad a medida que se cultivan i se multiplican.

—Debian ser el símbolo de la ingratitud.

—Tomad algunas; no tengais miedo. Yo las he plantado, tengo el doble placer de regarlas i mirarlas; pero jamas las toco.

—¿Por qué?

—Temo marchitarlas i no poder obsequiarlas a los que vienen a esta torre.

—¿Para quién las destinais?

—Algunas veces, las personas que me traen el alimento hacen con ellas preciosos ramilletes. Otras veces, los niños de la ciudad se presentan a las puertas de mi jardin. Yo corro luego a la torre por temor de asustarlos o de hacerles algun daño, i desde mi ventana los veo juguetear i robarme algunas flores. Al retirarse, levantan sus ojos hácia mí: "Buenos dias, Leproso," me dicen riendo, i con eso me hacen gozar.

—Habeis reunido plantas bien curiosas i variadas; veo flores i árboles frutales de especies desconocidas.

—Los árboles tienen mui poca edad, yo mismo los he plantado. Esa vid que se eleva a mas altura que el muro antiguo, forma con sus ramas i con la sombra que ellas producen, un pequeño cenador que es mi sitio favorito. Trepad a esas piedras, sobre ellas encontrareis una escala, cuyo arquitecto he sido yo mismo. Subid al muro.

—¡Qué sitio tan bello, tan propio para las meditaciones de un un hombre solitario!

—Me es mui querido: desde él veo el campo, los trabajadores i lo que sucede en la pradera sin ser visto de nadie.

—Admiro lo apacible i aislado de este retrete. Se vive en medio de una ciudad i, sin embargo, se creeria estar en un desierto.

—No solo existe la soledad entre las rocas i en medio de las selvas. El desgraciado está siempre i en todas partes solo.

—¿Qué série de acontecimientos os trajo a este recinto? ¿Es vuestra patria este pais?

—Nací en el principado de Oneille, a orillas del mar, i solamente hace quince años que habito en esta torre. Mi historia es una larga i continuada série de desgracias.

—¿Siempre habeis vivido solo?

—Perdí a mis padres cuando aun era mui niño i no los conocí. Me quedó una hermana; murió hace dos años. Nunca he tenido un amigo.

—¡Infortunado!

—Tales han sido los altos designios de Dios.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—¡Ah! ¡mi nombre es temible! me llamo el *Leproso*. Ignoro el de mi familia i el que recibí el dia de mi bautismo. Soi el *Leproso:* hé ahí el único título que tengo a la bondad de los hombres. ¡Bien pueden ignorar eternamente quien soi!

—Esa hermana de que me habeis hablado ¿vivia con vos?

—Vivió conmigo durante cinco años. Tan desgraciada como yo, compartíamos nuestras penas empeñándonos mútuamente en hacer mas llevadera nuestra suerte.

—¿Cuáles son vuestras ocupaciones en una soledad como ésta?

—La relacion de las ocupaciones de un solitario no puede ofrecer interes a un hombre del mundo que encuentra su felicidad en la actividad de la vida social.

—¡Ah! ¡cuán poco conoceis el mundo! Jamas proporciona un instante de verdadero placer. Yo tambien suelo hacerme solitario, por mi propia voluntad, i talvez en nuestras ideas hai mas analojía de la que pensais: pero os confieso que la idea de un aislamiento eterno me espanta; me estremezco solo al pensarlo.

—*El que ama su morada encontrará en ella la paz.* La Imitacion de Cristo lo enseña así. Principio a creer en la verdad de esas palabras consoladoras. Los negros pensamientos que inspira la

soledad pueden tornarse ménos tristes por medio del trabajo. El hombre trabajador nunca es completamente desgraciado, tengo la prueba en mí mismo. En la primavera me ocupo en el cultivo de mi huerto i del jardin; en el invierno hago cestas, esteras, trabajo mis vestidos, preparo el alimento que me mandan del hospital i las horas que me deja desocupado el trabajo, las empleo en la oracion. De esa manera me parece que el año ha sido mui corto.

—Debia pareceros un siglo.

—Los pesares alargan las horas, pero los años se deslizan siempre con la misma rapidez. Hai en el último escalon de la desgracia, un momento de felicidad que no conocen los hombres i que os parecerá mui singular, es: el de existir i respirar. Los dias de primavera los paso sobre esta muralla gozando del aire puro i con el hermoso espectáculo de la naturaleza; en tales ocasiones, mis ideas son vagas, la tristeza reposa en el corazon, sin abrumarlo, i mis miradas se extienden sobre el campo i esas rocas. Queda todo eso tan grabado en la memoria, que forma, por decirlo así, una segunda parte de mí mismo. Cada sitio llega a ser un amigo, al cual veo con alegría todos los dias.

—Muchas veces he experimentado uno cosa parecida. Cuando el pesar se apodera de mi sér i no encuentro en el corazon de los hombres lo que el mio desea, me consuela el aspecto de la naturaleza i la vista de las cosas inanimadas; tomo cariño a las rocas, a los árboles i llego a creer que los séres de la creacion son amigos que Dios me ha dado.

—Me dais valor para manifestaros lo que pasa en mi sér. Amo los objetos que veo todos los dias i que son mis compañeros de vida. Todas las tardes, ántes de encerrarme en la torre, vengo a este sitio a contemplar los hielos de Ruitorts; los sombríos bosques del monte San Bernardo i las elevadas cimas que dominan el valle del Rhin. Aunque el poder de Dios se manifiesta tanto en la creacion del mas pequeño de los insectos como en la del universo entero, me impone, sobre todo, el grandioso espectáculo de las montañas; no puedo mirar esas masas enormes cubiertas de hielos eternos sin experimentar un sentimiento relijioso. Ademas, en este bello paisaje que contemplamos, tengo sitios favoritos que amo con preferencia; uno de ellos es la ermita que allá arriba se descubre en la parte mas elevada de la montaña de Chaversond. Aislada en medio de los bosques, recibe por las tardes los últimos rayos del sol poniente. Nunca he estado en ella i, sin embargo, siento infinito placer al contemplarla. Cuando por las tardes, sentado en medio de mi pequeño jardin, dirijo la vista hácia ella, la imajinacion me trasporta a esa ermita solitaria. Ha llegado a ser como una propiedad que me pertenece. Una confusa reminiscencia me hace creer que he vivido en ella, en tiempos mas felices, cuya memoria ya se ha borrado de mi corazon. Me deleito contemplando las lejanas montañas, cuyas cimas

se confunden con el cielo. Cuando el aislamiento hace nacer en mi espíritu el sentimiento de la esperanza, mi corazon abatido juzga que existe una tierra en la cual, andando el tiempo, podré gozar de esa dicha, porque suspiro, i que un instinto secreto me presenta a cada instante como posible.

—Teniendo una alma tan ardiente ¿os habrá costado mucho trabajo resignaros con vuestro destino i no entregaros a la desesperacion?

—Mentiria si dijese que siempre estoi resignado con mi suerte, no poseo ese grado de perfeccion a que han alcanzado algunos anacoretas. No se ha verificado en mí ese sacrificio completo de todas las afecciones humanas. Paso la vida en contínuos combates i los poderosos auxilios de la relijion no son muchas veces suficientes para reprimir los arrebatos de la imajinacion. Ella me arrastra frecuentemente, aunque a mi pesar, a un océano de quiméricos deseos. Cuando tal cosa sucede, me creo trasportado a ese mundo, del cual no tengo idea i cuya imájen seductora me atormenta sin cesar.

—Si pudiera conseguir que leyendo en mi corazon os dieseis cuenta exacta de la idea que tengo del mundo, os aseguro que vuestros deseos i pesares se desvanecerian como por encanto.

—Algo he vislumbrado, por medio de los libros, de la perversidad de los hombres i de las desgracias que le son inseparables; pero el corazon rehusa darles crédito. Me figuro sociedades de amigos sinceros i virtuosos, esposos que se aman i séres a los cuales la salud, la juventud i la fortuna colma de infinitos placeres. Los veo vagar por bosques mas verdes i apacibles que los que me brindan su sombra; me parece que el sol que los alumbra tiene mas calor i es mas brillante que el que veo todos los dias, i su suerte la envidio tanto mas cuanto que la mia es cada dia mas miserable. Al comenzar la primavera i cuando el viento que viene del Piamonte, sopla en estos valles, me siento abrasado por su vivificante calor i me estremezco sin quererlo. Experimento un deseo inexplicable i un sentimiento confuso de esa felicidad inmensa que me ha sido rehusada i que podria disfrutar. En tales circunstancias, huyo de mi albergue i vagando por los campos respiro con mas libertad. Temo ser visto por esos hombres que tanto deseo encontrar, i escondido entre las malezas de la alta colina, como si fuera una bestia salvaje, tiendo la vista sobre la ciudad de Aosta. Diviso a lo léjos, con envidia, a sus felices moradores, que apénas me conocen; llorando les tiendo las manos i con dolor les pido mi porcion de felicidad. En mi delirio ¿lo confesaré? he extrechado con efusion, entre mis brazos, a los árboles de la selva, rogando a Dios que los anime i me dé en ellos un amigo. Ellos, sin embargo, permanecen silenciosos i el contacto de su fria corteza me hace temblar, porque descubro que no tienen nada de comun con mi corazon que palpita i que desea. Agobiado por la fatiga i cansado de la vida, vuelvo

a mi habitacion, en donde, el ofrecimiento que hago a Dios de todos los sufrimientos i la oracion, calma mi espíritu, volviéndole la acostumbrada tranquilidad.

—¡Desgraciado! ¡Sufres a un tiempo los males del alma i del cuerpo!

—¡No son los últimos los mas temibles!

—¿Os dejan un momento de reposo?

—Sí, ellos aumentan i disminuyen con el curso de la luna. Cuando está en creciente sufro mucho; en seguida mis dolores desaparecen, mi piel se seca, toma un color blanco i casi no siento dolor alguno; pero, todo podria soportarse si tales padecimientos no viniesen acompañados de crueles insomnios.

—¡Cómo! ¿el sueño tambien os abandona?

—¡Ah, señor! ¡los insomnios! ¡los insomnios! Nunca podreis imajinar cuan largas i tristes son las horas que pasa un desgraciado sin cerrar los ojos, pensando en la terrible situacion en que se encuentra i en un porvenir sin esperanza. Nó, nadie puede ni siquiera calcularlo. A medida que avanza la noche, mi inquietud aumenta, i cuando está para terminar mi ajitacion no tiene límites. Mis pensamientos se confunden, siento algo dentro del pecho que solamente en aquellos momentos aciagos me turba. Ya me parece que una fuerza irresistible me arrastra a un abismo sin fondo; ya diviso cerca de mí manchas negras que, cruzándose con la velocidad del rayo i aumentándose, se trasforman en montañas que me oprimen con su peso. Tambien veo levantarse nubes a mi alrededor, las cuales creciendo i aproximándose a mí, amenazan tragarme. Cuando quiero levantarme, para desechar tan tristes ideas, me siento atado con invisibles ligaduras que me quitan las fuerzas. ¿Sin duda pensais que son sueños? creedlo, estoi bien despierto en tales ocasiones. A todas horas se presentan a mi vista los mismos objetos, con lo cual experimento sensaciones tan dolorosas que ellas solas sobrepujan a todos mis otros males.

—Talvez la fiebre sea la causa del delirio.

—¡Ah! ¡cuánto deseo que lo que decis sea verdad! Siempre he temido que esas visiones fuesen un síntoma de locura, i os confieso que semejante idea todavía me hace temblar. ¡Dios quiera que todo sea efecto de la fiebre!

—Llamais altamente mi atencion; nunca he imajinado la realidad de una situacion tan terrible. Creo, sin embargo, que vuestra vida seria mas llevadera cuando vivia esa hermana de que me habeis hablado.

—Solo Dios sabe cuánto he perdido con su muerte. Decidme, ¿no temeis estar tan cerca de mí? Sentaos en esa piedra, yo me colocaré al otro lado de la enramada i así podremos conversar sin mirarnos.

—¿Por qué? No consentiré que me dejeis solo; allegaos. (Di-

ciendo esto, el viajero hizo un movimiento para tomar las manos del *Leproso*, el cual las retiró al momento).

—¡Imprudente! ¡queriais tomar mi mano!

—Sí; la habria estrechado de todo corazon.

—Es la primera vez que se me acuerda semejante placer; nadie ha estrechado mi mano.

—Ademas de esa hermana de que me habeis hablado, ¿no habeis sido amado por alguno de vuestros semejantes?

—Felizmente para la humanidad, no tengo semejantes sobre la tierra.

—¡Me haceis temblar!

—Perdonadme, compasivo extranjero. A los desgraciados siempre les gusta hablar de sus dolencias.

—Hablad, hablad, hombre extraño. ¿Me habeis dicho que en otro tiempo vivia con vos una hermana que aliviaba vuestras penas?

—¡Ella era el único vínculo que me mantenia unido a los hombres! Quiso Dios romperlo i dejarme abandonado i solo. Su alma era digna del cielo, donde ahora se encuentra, i su ejemplo me da fuerzas para vencer el abatimiento que me agobia a todas horas desde su muerte. No vivíamos, por cierto, en esa intimidad deliciosa que debe unir a los séres desgraciados, i de la cual me he formado una halagüeña idea. La naturaleza de nuestra enfermedad nos privaba aun de ese consuelo. Orábamos juntos i tratábamos de no mirarnos, temiendo que la vista de nuestras miserias turbase las meditaciones; nuestras miradas se reunian únicamente en el cielo. Terminada la oracion, se retiraba ordinariamente a su habitacion o bajo los avellanos que crecen al extremo del jardin, viviendo, si así puede decirse, enteramente separados.

—¿Por qué os impusisteis una obligacion tan dura?

—Desde el dia en que mi hermana fué atacada de la enfermedad contajiosa de que ha sido víctima toda mi familia, i vino a morar en mi compañía, jamas nos vimos el rostro. Una sola vez me vió, fué el dia de su llegada a esta torre, i sufrió tanto que estuvo a punto de sucumbir. El temor de aflijirla i mas todavía el de aumentar sus penas, me obligó a adoptar ese nuevo jénero de vida. La lepra atacó al principio únicamente su pecho i yo tenia esperanzas de que recobrase la salud. Las cercas que veis allí, en gran parte destruidas, formaban en aquel tiempo una hermosa calle de árboles que dividia el jardin en dos partes i que yo cuidaba con esmero. A uno i otro lado de ella habia hecho caminos, por los cuales nos paseábamos i conversábamos, sin acercarnos uno a otro i sin podernos ver.

—Parece que el cielo trataba de amargar los únicos goces que os eran permitidos.

—Pero, no estaba solo; la presencia de mi hermana comunicaba la vida a este recinto. Gozaba mucho al oir el ruido de sus

pasos. Cuando al amanecer, venia yo bajo estos árboles a implorar la misericordia de Dios, se abria suavemente la ventana de la torre i su voz delicada se unia a la mia. En la tarde, cuando regaba el jardin, se paseaba en estos mismos sitios en que nos hallamos, i divisaba su sombra por entre los troncos de los árboles. Al retirarse, descubria en todas partes las huellas de sus pasos. No volveré a encontrar en su camino ni una flor deshojada, ni las ramas de los arbolitos que venian a tierra cuando ella pasaba. Estoi solo; se ha extinguido la vida i el movimiento que reinaban a mi alrededor. El sendero que le gustaba frecuentar ha desaparecido bajo la maleza. Teniéndome siempre presente, aun en sus momentos de pesar, trataba de procurarme algun placer. Muchas veces quedé admirado de encontrar en mi aposento ramos de flores i sazonados frutos que ella misma cojia. Nunca traté de hacer igual cosa, sino por el contrario, le rogaba con encarecimiento que no subiese a mi aposento. Mas, ¿quién puede poner término al cariño de una hermana? Un solo hecho os manifestará el mucho amor que me profesaba. Cierta noche en que me atormentaban espantosos dolores, me puse a pasear de un extremo a otro de mi habitacion. Mui tarde, percibí un lijero ruido, acerquéme al lugar en que se producia i puse atencion; juzgad de mi asombro; era mi hermana que a esas horas oraba por mí en el umbral de la puerta. Habiendo oido mis lamentos venia a ofrecerme sus cuidados. Recitaba en voz baja el *Miserere*. Me coloqué cerca de la puerta i, sin interrumpirla, seguí mentalmente sus palabras. Mis ojos se llenaron de lágrimas, ¿quién no se conmueve al recibir una prueba de tanta afeccion? Cuando juzgué que habia concluido su súplica, la dije en voz baja: "¡Adios, hermana, me siento mejor; retírate, que Dios te bendiga i recompense tu piedad!" Retiróse en silencio i su ruego debió ser escuchado, porque un sueño tranquilo cerró mis párpados.

—¡Cuán tristes debieron ser los dias que se siguieron a la muerte de una hermana tan querida!

—Por mucho tiempo estuve sumido en una especie de letargo que me impedia calcular lo cruel de mi situacion. Cuando desperté de él, i pude apreciar mi desventura, llegué a creer que me abandonaba la razon. Esa es la época mas triste de mi vida, ella me recuerda la mas grande de las desgracias i un crímen que estuve a punto de cometer.

—¡Un crímen! no os creo capaz de cometerlo.

—Cuando oigais la relacion de esa época de mi vida, voi a perder mucho en vuestra estimacion; pero no quiero parecer mejor de lo que soi. Estoi seguro que cuando sepais cual era ese crímen, me compadeceréis. En uno de los muchos accesos de locura que me sobrevinieron, concebí la idea de suicidarme; pero el temor de Dios me hacia rechazarla. Un accidente insignificante i poco digno de llamar la atencion, estuvo a punto de perde-

me por toda una eternidad. Me aflijia un nuevo pesar. Tenia un perro al que mi hermana habia profesado mucho cariño i que despues de su muerte habia llegado a ser un consuelo para mí. Solo podíamos atribuir a su fealdad la eleccion que habia hecho de nuestra compañía. Aunque rechazado de todas partes, era un tesoro para la casa de un leproso. Mi hermana le habia puesto el nombre de *Milagro*, en reconocimiento del favor que Dios nos habia hecho dándonos un amigo. Su nombre, que contrastaba con su buen humor i con su fealdad nos hacia olvidar nuestras dolencias. Apesar del mucho ciudado que tenia con él, logró escaparse varias veces, i nunca imajiné que ese acto pudiese tener malas consecuencias. Los habitantes de la ciudad se alarmaron, i creyendo que podia esparcir entre ellos el jérmen de mi enfermedad se quejaron al gobernador de la ciudad, el cual ordenó que mi perro fuese muerto inmediamente. Se presentaron a mi puerta dos soldados i algunos hombres de la cuidad, para ejecutar la órden, los cuales, poniéndole una soga al cuello lo arrastraron sin compasion en mi misma presencia. Cuando lo tenian en la puerta no pude prescindir de mirarlo por última vez i recuerdo que de tiempo en tiempo volvia sus ojos hácia mí, como pidiéndome un socorro que no podia darle. Querian ahorcarlo en la calle, pero la multitud, que estaba impaciente con la tardanza de los soldados, lo mató a pedradas tan pronto como lo divisó. Desde la torre presencié su suplicio. Me temblaron de tal modo las rodillas que no pudiendo sostenerme en pié me arrojé al lecho en un estado imposible de describir. El dolor no me permitia ver otra cosa en esa órden justa pero severa, que una inútil i refinada crueldad. Aunque ahora me avergüenzo de los sentimientos que entónces me ajitaron, no puedo pensar en aquel suceso sin estremecerme. Pasé todo el dia mui ajitado. Era el último sér viviente que respiraba a mi lado, i su muerte habia vuelto a abrir las llagas de mi corazon.

Al ponerse el sol, vine a sentarme sobre esa misma piedra en que os hallais. Reflexionando estaba sobre aquel triste suceso, cuando divisé por entre los árboles a dos jóvenes que recien se habian desposado. Los ví atravesar la pradera i pasar mui cerca de mí. Marchaban tomados de los brazos i estaba retratado en sus facciones el delicioso bienestar que inspira una dicha segura. Detuviéronse de repente, la jóven reclinó su cabeza en el pecho de su esposo i él la estrechó con efusion entre sus brazos. Sentí entónces despedazarse mi corazon. ¿Lo confesaré? la envidia me atormentó por primera vez; jamas se habia presentado a mi espíritu una imájen mas perfecta de la felicidad. Seguílos con la vista hasta el fin de la pradera i cuando estaban para perderse entre los árboles, llegaron a mis oidos gritos de júbilo, dados por sus parientes, que iban a encontrarlos. Una multitud de ancianos, mujeres i niños los rodeó. Solamente percibia un confuso rumor de alegría i divisaba por entre los árboles los brillantes

colores de sus vestidos. El grupo parecia rodeado de una nube de felicidad. Ya no pude mirar mas; los tormentos del infierno despedazaron mi corazon i, medio loco, corrí a mi aposento. ¡Oh Dios! ¡Cuán desierto, sombrío i espantoso me pareció! "¿Es este, me dije, el lugar en que he de vivir siempre i en que he de aguardar el fin tardío de mis dias? El Eterno, que colma de dicha a todos los séres que respiran, ¿solo será severo conmigo, dejándome sin amparo, sin amigos i sin compañeros?.... ¡Qué destino tan horrible!"

Abrumado con tan tristes reflexiones, llegué a pensar que Dios no es infinitamente misericordioso, i olvidándome de El, me olvidé de mí mismo. Continuaba diciendo: "¿Para qué he nacido? ¿Por qué la naturaleza es tan injusta i desapiadada conmigo? Semejante a un hijo desheredado, tengo ante los ojos el rico patrimonio de la especie humana i el cielo avaro me ha privado de mi porcion. Nó, nó, me decia con rabia, muere infortunado, muere, no hai para tí un solo instante de felicidad. Bastante tiempo has mancillado la tierra con tu presencia, ¡ah! si al ménos pudiera tragarte i no dejar señal alguna de tu extistencia!" Mi furor insensato aumentaba por grados i tuve entónces el fatal deseo de suicidarme. Tomé la resolucion de incendiar mi morada i dejar que el fuego me consumiera juntamente con los objetos que podian dejar algun recuerdo de mí. Ajitado, furioso, salí al campo i vagué alrededor de mi morada, dando involuntarios jemidos, de los cuales me espantaba en el silencio de la noche. Entré a mi habitacion gritando: "¡Desgraciado de tí, leproso, desgraciado de tí!" I como si todo se hubiera tornado adverso en esos tristes momentos, oí el eco, que desde las ruinas del castillo de Bramafau, repetia con claridad: "¡Desgraciado de tí!" Sobrecojido de espanto me detuve en la puerta de la torre i el débil eco continuaba aun repitiendo: "¡Desgraciado de tí!"

Cojí una lámpara, i resuelto a ejecutar el fatal proyecto, bajé a una pieza del piso bajo de la torre, llevando algunos sarmientos i ramas secas. Era la misma pieza que habia habitado mi hermana i en la cual no habia estado despues de su muerte; su silla estaba todavía colocada en el sitio en que la habia dejado la última vez. Sentí un calofrío de temor al ver esparcidos por la pieza, el velo i algunos de sus vestidos i no pude ménos de recordar sus últimas palabras: "Al morir no te dejaré abandonado. Siempre estaré presente en tus momentos de angustia." Puse la lámpara sobre la mesa, en la cual descubrí el cordon de la cruz, que siempre llevaba al cuello i que habia dejado entre las hojas de su biblia. A la vista de esos objetos, retrocedí lleno de santo temor. Presentóse, de repente, a mis ojos la profundidad del abismo en que iba a arrojarme. Acercándome al sagrado libro, dije: "Hé ahí el socorro que me prometió." Al tomar la pequeña cruz, divisé junto a ella una carta que mi buena hermana habia escrito. Mis lágrimas, contenidas por el dolor, corrieron

en abundancia. Al punto se desvanecieron mis proyectos. Oprimí contra el corazon la preciosa carta i despues de implorar la misericordia divina, leí en ella las siguientes palabras, que conservaré eternamente grabadas en lo íntimo de mi pecho: "Hermano, pronto voi a dejarte, pero desde el cielo, adonde voi, velaré por tí. Jamas te abandonaré. Pediré a Dios que te dé valor para soportar con resignacion los trabajos de la vida i para que cuanto ántes nos reunamos en un mundo mejor. Entónces te manifestaré mi cariño, ninguna cosa nos impedirá aproximarnos uno a otro i nadie podrá separarnos. Te dejo la pequeña cruz que he cargado durante toda mi vida i que siempre me ha consolado en las tristes horas del pesar. Siempre que la veas acuérdate de que mi último deseo fué de que vivieses i murieses como un buen cristiano." ¡Carta inestimable! jamas me apartaré de tus instrucciones, i os llevaré conmigo hasta la tumba; tú me abrirás las puertas de ese cielo que mi crímen debia haberme cerrado para siempre. Una vez que la hube leido, me sentí desfallecer, agobiado, como estaba, por los sufrimientos que acababa de esperimentar; ví formarse una nube ante mis ojos i perdí por algun tiempo el recuerdo de mis desgracias i el sentimiento de mi existencia. Cuando desperté de ese letargo la noche estaba mui avanzada. A medida que se aclaraban las ideas sentia una tranquilidad indefinible. Creia un sueño lo que me habia sucedido. Lo primero que hice fué levantar los ojos al cielo, para dar gracias a Dios por haberme preservado de cometer el mas grande de los crímenes. Nunca me pareció tan bello i sereno el firmamento. Una estrella brillaba delante de mi ventana, la contemplé con indecible placer i juzgué que Dios no me habia abandonado, pues me concedia la dicha de mirarla. Experimenté un secreto consuelo al pensar que uno de sus rayos estaba destinado para alumbrar el pobre albergue del *Leproso.*

La lectura del libro de Job i el santo entusiasmo de que se llenó mi alma, acabaron de disipar las negras ideas que me habian asediado. Durante la vida de mi hermana jamas habia pasado momentos tan terribles, me bastaba saber que existia para estar tranquilo, i la conciencia que tenia de su mucho amor era suficiente para infundirme valor.

¡Compasivo extranjero! ¡Que Dios os preserve de vivir solo! Mi hermana, mi única compañera, ya no existe; pero el cielo me concederá las fuerzas necesarias para sufrir con resignacion todos los trabajos; sí, lo espero, porque dia a dia se lo pido con todo el fervor de que es susceptible mi corazon.

—¿Qué edad tenia vuestra hermana cuando murió?

—Tenia solamente veinticinco años, pero los sufrimientos la hacian parecer de mas edad de la que realmente tenia. La enfermedad que la consumió, habia alterado notablemente sus facciones. Aun así habria sido hermosa si una espantosa palidez no

hubiera cubierto su rostro. Era la imájen viva de la muerte i nunca pude mirarla sin llorar.

—Bien jóven la perdisteis.

—De contextura débil i delicada no pudo resistir a tantos sufrimientos. Al principio, creí que su pérdida no era inevitable; pero estaba en un estado tan lastimoso que varias veces llegué a desear su muerte. Viéndola languidecer i consumirse dia a dia, observé con funesta alegría que se acercaba el término de sus trabajos. Su debilidad aumentaba considerablente i frecuentes desmayos amenazaban a cada instante su vida. Una tarde (a principios de agosto) la ví tan abatida que no quise separarme de su lado. Pasaba los dias enteros sentada en una silla, porque ya no podia soportar el lecho. A su lado i en medio de una profunda oscuridad, tuvimos la última entrevista. Me ajitaban crueles presentimientos i las lágrimas se secaban en mis párpados. "¿Por qué lloras? me decia, ¿por qué te aflijes? No te abandonaré al morir, siempre estaré presente en tus angustias."

Me pidió que la trasladase fuera de la torre para hacer oracion en el bosquecillo de avellanos, en donde solia pasar los dias de primavera. Me dijo: "Quiero morir mirando al cielo." No creí, sin embargo, que estuviese tan próxima la última hora. Habiéndola tomado en brazos para levantarla, me dijo: "Sostenme únicamente, todavía tengo fuerzas para caminar." Condújela lentamente hácia los avellanos, hice un cojinete con las hojas secas que ella misma habia reunido en aquel lugar, i cubriéndola con un velo, para preservarla de la humedad de la noche, me senté a su lado; pero deseaba estar sola para meditar i tuve que alejarme algunos pasos sin perderla de vista. Desde mi retiro veia moverse su velo i sus blancas manos que se dirijian al cielo. Acerquéme al fin al bosquecillo de los avellanos. Me pidió agua i se la llevé en su misma copa; pero era tarde, no pudo beberla. "Voi a morir; me dijo, mui pronto mi sed se apagará para siempre. Hermano, sostenme; ayuda a tu hermana a dar ese paso tan deseado i tan terrible. Sostenme; pronuncia la oracion de los moribundos." Esas fueron las últimas palabras que pronunciaron sus labios. Apoyé su cabeza sobre mi pecho i recité la oracion de los agonizantes. "Pasa a la eternidad, le dije, hermana querida, al fin te libraste de los sufrimientos; deja tus despojos entre mis brazos." Murió dulcemente i su alma se deslizó sin esfuerzo de la tierra. Durante tres dias la sostuve entre mis brazos.

Al terminar el leproso su narracion, se cubrió el rostro con las manos; el dolor ahogaba la voz del viajero. Por fin, el leproso levantando la cabeza, dijo: "Extranjero, cuando el dolor i el abatimiento se apoderen de vuestro espíritu, pensad en el solitario de la ciudad de Aosta i de ese modo no le habreis hecho una visita inútil."

Encamináronse en seguida a la puerta. El militar, poniéndose

un guante en la mano derecha, dijo al leproso: "Nunca habeis estrechado la mano de un hombre, apretad la de este amigo al cual interesa tanto vuestra suerte." El leproso retrocedió un paso i levantando los ojos i las manos al cielo, dijo: "¡Dios bondadoso! ¡colma de bendiciones a este hombre compasivo!"

"Hacedme entónces otra gracia, replicó el viajero. Voi a partir; mucho tiempo ha de trascurrir hasta el dia en que nos volvamos a ver, ¿no podríamos escribirnos? eso os haria olvidar por un instante vuestros males i a mí me daria infinito placer." El leproso, despues de reflexionar un momento, contestó: "¿Por qué os empeñais en que forme vanas ilusiones? No debo tener otra sociedad que yo mismo, ni otro amigo que Dios, cerca del cual nos reuniremos por toda una eternidad. Adios, jeneroso extranjero, sed feliz.... ¡Adios para siempre!" El viajero partió; el leproso cerró la puerta i corrió los cerrojos.

ANÍBAL SANFUENTES V.

TINIEBLAS DEL ALMA.

Oh mi amigo, tú no sabes
Mis recónditas congojas,
Yo soi un árbol sin hojas,
Yo soi un bosque sin aves;
Una fuente
Cuyo espejo trasparente
No reproduce riberas
De acacias, ni de palmeras,
Ni en sus bruñidos cristales
Finjen májicos cambiantes
Las estrellas titilantes
En las noches estivales.

Muerde mudo i con furor
El dolor el pecho mio,
No hai silencio mas sombrío
Que el silencio del dolor;
Mis cantares

Son ecos de hondos pesares:
Los lanzo al mundo con miedo
Pero guardarlos no puedo,
Que en esta lúgubre calma
Vienen a ser mis canciones
Fugaces exhalaciones
De las tinieblas del alma.

Un sinsabor, un afan
Perpétuos, gozar me vedan,
Mis desengaños se quedan,
Mis ilusiones se van.
Los abriles
De mis años juveniles
El tiempo con mano fria
Los convierte en noche umbría;
Ya mi vigor se deshace,
Nieve al cabello se adhiere,
Pues cada ilusion que muere
Es una cana que nace.

¡Cómo enferma una existencia
Si rujen las tempestades
Allá en las profundidades
Oscuras de la conciencia!
Si el pasado
De mil recuerdos cargados,
Cual lúgubre peregrino
Las echa en nuestro camino,
Entónce el remordimiento
Nos lastima tanto, tanto
Que se deshacen en llanto
Las fibras del sentimiento.

¡Qué triste es a los que aman
Ver desde extraños hogares
Las sombras crepusculares
Que los recuerdos derraman!
I a lo léjos,
A los últimos reflejos,
Vagos, lánguidos, flotantes,
De dichas agonizantes
Mirar ancianos que imploran,
Vírjenes que himnos levantan
I junto a niños que cantan
Tiernas esposas que lloran!

Ensueños de oro i de espumas

De mi regalado oriente
Venid, rasgad de mi frente
Estas nieblas, estas brumas.
¡Juventud!
¡Con que rauda prontitud
De mi horizonte te vas
Para no volver jamas!....
I al irte en rápidos jiros
¡Ai! ni siquiera me dejas
La música de las quejas,
El canto de los suspiros!

Un delirio, una ilusion
Fué mi amigo ¿i no te asombras?
La primer mancha de sombras
Que cayó en mi corazon.
Las mujeres,
Esos misteriosos séres
Hacen la vida querida;
Para amargarnos la vida,
I de lo bello a traves,
Con halagos seductores
Llenan el alma de flores
I las marchitan despues.

Sus inocentes engaños
Me robaron mis creencias
I aquellas alborescencias
De aquellos primeros años.
Mas no lloro
Ese perdido tesoro,
Porque en sus labios ardientes
Bebí el amor a torrentes
I amor todo lo creó;
De amor al soplo fecundo
De las tinieblas el mundo
Derramando luz brotó.

Con su aliento soberano
Renegará el sér mezquino
I lo humano hace divino
I lo divino hace humano.
Por do pasa
Purifica, eleva, abrasa
I do palpita o se mueve
La vida en el amor bebe,
¡Amor! principio eternal,
Fuerza, sombra, melodía,

Luz, calórico, armonía
Del concierto universal!

I yo amé; fecundo el riego
Bebió el alma estremecida
De ese elixir de la vida
En una copa de fuego.
¡Qué hechicera
Es esa ilusion primera
De una amorosa mirada
Allá en la noche callada!
I que dulces emociones
Sentimos si en dulce exceso
El sacramento de un beso
Desposa dos corazones.

Ella era lirio de rio,
Blanca i pura cual ninguna,
Hecha de rayos de luna
I de gotas de rocío:
Su mirar
Era el suave luminar
De una estrella cuando asoma
Medio oculta en verde loma:
Ella en su rostro reunia,
Como en expléndida corte,
A la belleza del norte
La gracia del mediodía.

Yo soi un pobre viajero
Oscurecido i sombrío
Que hasta en aquel pueblo mio
Era casi un extranjero.
Yo batallo
Buscando lo que no hallo,
I amo i pienso i me consumo
Tras un fantasma de humo,
¡I como el artista siente
Existir así olvidado
I morir desesperado
Sin un laurel en la frente!

¿Qué es del poeta el canto
Si está muerto el corazon?
Terrible conjelacion
De dolor, quejas i llanto.
Cada gota
De sentimiento que brota

De mi lira adolorida,
Es una flor de la vida,
Es unlúgubre rumor,
Gritos que el alma me hieren,
Esperanzas que se mueren
Nadando en alas de amor,

Ya la fé en mi sér no arde,
Ni en mi lira finje ufana
Los himnos de la mañana,
Los murmurios de la tarde.
A los dias
De mis dulces alegrías
El tiempo cruel les ha echado
El sudario del pasado,
Por eso en tan triste calma
Vienen a ser mis canciones
Fugaces exhalaciones
De las tinieblas del alma.

J. Joaquin PALMA.

APOLOGOS.

LA PLUMA.

Un niño, en una tarde serena de primavera, habiendo recojido una pluma la echó a volar, i como era pequeñita el viento la llevó suavemente hácia arriba.

Una golondrina se dirijó a ella, i cojiéndola presurosa, la condujo tambien presurosa a su nido. La plumita fué despues parte del abrigo de los hijuelos de esta avecita.

¡Cuántas veces guardamos cosas que siéndonos inútiles, son, si nos desprendemos de ellas, alivio para las privaciones del pobre!

EL MIMBRE.

A la orilla de un canal crecia una mata de mimbre. De sus varillas, una no tan recta como las demas, fué acariciada por

la corriente, i así que se desarrollaba iba sumerjiéndose en el agua hasta que, en parte, quedó sepultada en el lodo del fondo.

Mas tarde, al cortarse las otras varillas para formar de ellas hermosas cestas, ésta última fué desechada por inservible.

Tal acontece al hombre que se deja arrastrar por la corriente de las pasiones: ella lo precipita irresistiblemente al fango en que se degrada i envilece.

EL PICAFLOR CAUTIVO.

A una habitacion lujosa penetró equivocadamente un picaflor, despues de haber recorrido los jardines deliciosos que se estendian al frente de ella.

Allí la avecita, prisionera entre dorados i tapices, entre ricos cortinajes i relucientes espejos, conturbada se ajitaba, desesperada revoloteaba en mundo tan desconocido. Nada de esto apetecia, i nada mas despreciable que esto para ella. Solo ansiaba la puerta, la puerta que le diese salida al vasto campo que no ponia límites a su raudo vuelo, a los prados i verjeles que millares i millares de flores le ofrecian para su sustento.

La felicidad solo pretenden encontrarla algunos en medio del fausto i del explendor: ¡cuán esclavizado se encuentra en medio de ellos quien es libre i dichoso, porque la ambicion no lo ha doblegado bajo su peso abrumador!

EL POSTE.

No me es conocido el fin con que en el patio de una casa de campo se colocó un poste. Solo sé que despues de estar ahí creció al pié de él una enredadera silvestre.

Pasó algun tiempo, i el poste fué el apoyo, el único sosten de la enredadera.

Mas, habiendo la humedad del suelo corroido la parte del madero que estaba enterrada, cayó este al fin de improviso i con él la enredadera que tan estrechamente abrazado lo tenia.

Hai hombres que se elevan mediante el apoyo que otros les prestan; pero el dia que éstos descienden a la huesa, descienden tambien aquéllos al nivel de donde fueron levantados!

EL ÁRBOL AÑOSO.

En el centro de un huerto habia un árbol tan corpulento como antiguo. Los otros árboles eran nuevos i se hallaban cargados de frutos cuando este patriarca sucumbió bajo la accion del tiempo.

Una vez seco, el hortelano trozó sus ganchos i los puso de pun-

tales a las otras plantas ya agobiadas por el peso de sus copiosos frutos.

El hortelano, que era hombre discreto, pudo exclamar al practicar esta operacion: ¡Feliz el que muera dejando obras que sean el apoyo i sosten de la jeneracion que le suceda!

EL GORRION I LA HORMIGA.

Cerca de una elevadísima palma, un gorrion recojia las semillas de las yerbecillas que por allí habian crecido. Habiendo divisado entre ellas a una hormiga que lentamente caminaba,

—¡Miserable insecto, exclamó; vives por aquí perdido miéntras que yo me elevo por los aires i tengo mi morada en esa alta palma desde donde nadie puede percibirte!

Un profundo silencio guardó la hormiga i dirijiendo su marcha hácia el tronco de la palma, logró al cabo de un rato ponerse a la vista del gorrion en el cogollo del empinado árbol.

El gorrion, silencioso, oyó entónces decir a su vez al laborioso insecto:

—Cualidades particulares permiten a algunos elevarse fácilmente a las alturas; mas los pequeños pueden llegar a ellas meritoriamente, asistiéndolos la constancia en el trabajo.

EL SAUCE I EL CIPRÉS.

En cierto lugar, un sauce, con su doblado ramaje formaba un hermoso pabellon, albergue delicioso en los ardientes dias del estío. Las aguas de un arroyo, siguiendo su curso, se extendian mansamente bajo la sombra, dándole así mas frescura i atractivos.

A corta distancia de este punto, se destacaba un ciprés que descollaba sobre cuantos árboles por allí habia.

—Arbol siniestro, le decia un dia el sauce; ¿por qué no fuiste a poblar uno de los lugares fúnebres en que tan conocida es tu familia? ¡I vives delante de mí que jeneroso mantengo extendidos mis brazos en proteccion del viajero i de la dulce alegría de tantos!

—Recuerda, le replicaba adustamente el ciprés, recuerda, árbol vano, que los miembros de tu prosapia dan mas sombra a las tumbas que los de la mia. ¿No sabes que sobre ellas tantas veces las ramas del sauce buscan fraternal apoyo en las del ciprés i a ámbos los rodean yerbas i arbustos como los que aquí nacen?

Sin acordarse talvez de la mansion de descanso comun i halagados por las lisonjas mundanas hai hombres que promueven enojosos altercados motejando la descencencia de otros por enaltecer la propia; a ellos les seria provechoso guardar aquella réplica en la memoria.

LUIS F. PRIETO DEL RIO.

UNA INDICACION.

En los actuales momentos en que todos los corazones palpitan animados por el fuego del patriotismo, i todos los brazos trabajan por colocar sobre el altar de la victoria una idea que haya de dar a Chile dias venturosos; podria parecer extraño que una voz se alzara, llamando hácia otro punto la atencion, i pidiendo esfuerzos i ayuda para otra gran obra de amor patriótico i de justicia, que si bien es ménos urjente al parecer, es fecundísima en útiles i gloriosos resultados. Pero, si se considera cuán estrecha union puede existir entre la realizacion de esa idea i el porvenir de nuestra patria, toda extrañeza desaparecerá de todo ánimo sereno. Ademas, siempre es tiempo de hacer el bien.

Cuando, hace pocos dias aun, recorriamos las salas de la Exposicion, nos sentiamos orgullosos i complacidos viendo los precoces, abundantes i preciosos frutos producidos por nuestras artes apénas nacientes; en especial, las hermosísimas telas en que nuestros jóvenes pintores hicieron gala de injenio atrevido i lozano, de minucioso conocimiento de los recursos del arte i de segura i franca desenvoltura en el desarrollo de sus variados argumentos.

Ya de ántes, sabiamos que habia en los hijos de los Andes, corazones de fuego i mentes soñadoras, artistas, en fin; ya habiamos oido de boca de un respetable juez, el gran Blanes, un juicio harto alhagüeño para nuestro orgullo de chilenos i harto alentador para los jóvenes que marchan en nuestra patria por la hermosa i áspera senda de la gloria; pero cuando contemplamos por nuestros ojos la valiente i severa concepcion de Guzman; la brillante i rica imajinacion de Carmona; los bellísimos paisajes de Jarpa, tan verdaderos, tan diáfanos, tan serenos, que parecia que convidaban al reposo i la meditacion; las variadas obras de Caro, ya dignamente conocidas i estimadas de todos; esa hermosísima cordillera que tantas veces hemos contemplado silenciosos en las tardes de primavera, que A. Smith copió con la maestría i galanura de su notable pincel; i esa escena de apasionado amor tan soberviamente pintada por Lira; todos los bellos cuadros de Tapia, Ortega, Campos i tantos otros, despues de una impresion de orgullo i complacencia tan natural como lejítima, un triste pensamiento ocupó nuestra mente i sentimos en nuestro rostro algo como el calor de la vergüenza.

Admiramos el arte, queremos que haya artistas, i el arte nos sonrie i los artistas nos fascinan con las producciones de su injenio. Pero ¿es eso bastante? El pintor que ha gastado los mejores años de su vida en largo i penoso aprendizaje; que alberga ya en su pecho ese anhelo del alma que los corazones vulgares no comprenden; que sueña brillantes i sublimes concepciones; que siente poder bastante en su mano para darles color, movimiento i vida; que entrevé en lontananza la deslumbradora aureola de la gloria, ¡es hombre tambien! i al ver la miseria con todos sus rigores, como única esperanza para lo futuro, i el silencio i el olvido, para su alma espansiva i ansiosa de gloria i aplauso, no puede ménos que sentir todas las amarguras del desaliento, i no podremos culparlo, si priva a la patria de un rayo de luz de gloria que habria de traspasar las sombras de las edades venideras. Hé aquí nuestro pensamiento, hé aquí la causa de esa vergüenza que sentimos sobre nuestra frente: ese pensamiento era un reproche justísimo; esa vergüenza era la voz de nuestra conciencia de chilenos.

Cuando así pensábamos, se despertó naturalmente en nuestra alma el vehemente deseo de reparar la falta en que incurríamos; i al escribir las presentes líneas, solo eso buscamos, solo eso queremos. No hacemos mas que iniciar una idea, i nuestro propósito se reduce, ya que mas no podemos, a prestarle las álas de la prensa para que vaya a buscar quien mas dignamente la patrocine i le dé la forma i la vida que necesita. ¡Dichosos nosotros si tal consiguiéramos!

Quizá mas de un severo economista, frunce ya el entrecejo, creyendo que vamos a pedir al gobierno que forme una galería de pinturas, esculturas, etc., ofrezca premios o dé pensiones a los artistas, como algunos lo desean i como sucede en otras naciones mas adelantadas; pero nuestra peticion seria mas fácil de otorgar: nosotros querriamos que los pocos jenerosos protectores del arte que, para honra nuestra, existen en Chile, unidos a los hombres de buena voluntad que quisieran cooperar a esta empresa tan útil i gloriosa para la patria, dirijieran sus esfuerzos a formar una galería de artes, para lo cual se traerian algunos buenos cuadros que pudieran servir de modelo a nuestros jóvenes estudiantes, se comprarian los de algun mérito de nuestros pintores, se ofrecerian premios i se abririan certámenes que dieran el aliciente que les falta a nuestros artistas para entregarse a largos i costosos trabajos.

Así se despertaria el gusto por las artes, señal segura de la cultura de un pueblo; se ofreceria al artista un lugar en que recibir aplauso i aliento i una prenda que le asegurase una vida holgada, a lo ménos para los años de la ancianidad; se daria a los jóvenes que sintieran en su alma amor a la belleza i que carecieran de medios para satisfacer sus ansias, lecciones i modelos que les llevaran al logro de sus deseos, i fomentando, en fin,

las artes i ayudando a los artistas a proseguir en sus tareas, se acercaria el brillante porvenir que Chile debe esperar de ellas.

En otros paises, las enormes capitales reunidas en una sola mano, i los derechos que las leyes conceden a los hijos mayores de heredar toda la fortuna de sus padres o su mayor parte a lo ménos, permiten que los particulares posean grandes i valiosas galerías que en ve- de disgregarse con el trascurso de los tiempos, se van aumentando i enriqueciendo indefinidamente. En Chile, al contrario: escasísimo es el número de los que podrian darse este noble i costoso placer; i mas escaso aun él de los que, llenos de entusiasmo por el arte, sin reparar en los sacrificios que impone, saben remunerar debidamente a los artistas i gozar con sus producciones. I, todavía, estas raras i excepcionales colecciones están condenadas a dividirse i desaparecer tan pronto como les falte la mano solícita e intelijente que las han creado.

Por el medio que proponemos podrian quedar en Chile obras, que veremos alejarse de nuestras playas con pena i con vergüenza. Así, el bellisísimo cuadro *Ultimos momentos del jeneral Carrera* tan patético, como interesante para todo corazon chileno, seria una joya de nuestra patria i nó un reproche perpétuo por nuestra falta de amor al arte; así, el David i el Sócrates de Magni no irian a decir a Europa que en Chile no se les habia comprendido i que en este suelo en que todo lo bello i lo grande encuentran corazones ardientes i apasionados, habian sentido en torno suyo el hielo de la soledad i del desprecio; así, podriamos enorgullecernos con las innumerables bellezas que la sala de artes de la Exposicion ostentaba, i los jóvenes pintores podrian estudiar esos modelos sin el permiso de los Mecénas i sin las verguenzas del favor recibido. Hagamos, siquiera con esto, que nuestra Exposicion Internacional no sea del todo infructuosa, que quede de ella un monumento grande i hermoso i nazca para conmemorarla, la Academia de Artes, como la Sociedad Nacional de Agricultura conmemora la Exposicion de 1869. Hagamos al ménos por los progresos del espíritu, una mínima parte de lo que se hizo por los adelantamientos materiales.

Si el hermoso palacio de la Exposicion hubiera de albergar al Museo de Artes, podriamos decir señalándolo satisfechos al viajero: "Hé ahí cómo Chile conmemora sus grandes hechos con monumentos mas valiosos i duraderos que el bronce i el mármol; he ahí los frutos que sabe sacar de esas fastuosas ostentaciones de la vanidad de los pueblos.

Inútil creemos hablar, tanto mas en este somero i mal perjeñado artículo, de la necesidad que tienen las naciones de comprender i dar favor al arte, a esa luz divina que eleva i *sensibiliza* los pueblos; a ese tribuno de las almas que, dando colores, movimiento i vida a toda idea grande, a todo pensamiento noble, arrastra a las inconscientes multitudes en pos de bienes que no alcanzan a vislumbrar siquiera; a esa voz que traspasará los si-

glos para contar a las jeneraciones venideras las glorias de la patria, su abnegacion i sus sacrificios: porque un pueblo sin artes es como un hombre privado de la palabra; puede ser grande, puede realizar prodijios; pero esos prodijios, esas ideas, esos sentimientos condenados a permanecer encerrados dentro de su propio pecho, quedarán sin frutos i morirán inútiles con el mismo que les dió vida.

Si nuestra voz fuera escuchada por un solo corazon entusiasta, todas nuestras aspiraciones quedarian satisfechas.

RAIMUNDO LARRAIN C.

A QUIEN LEYERE.

Hace veintitres años que tengo la misma casa, i durante tan largo inquilinato apénas he habitado la parte principal.

Al principio el ruido de los carruajes hizo que me retrajera al interior; i despues, i ahora i para siempre, recuerdos movidos por objetos materiales que allí están colgados, i sobre todo, sombras que animadas al calor de mi alma por aquellos ámbitos históricos i huecos desocupados asoman, me asaltan, me hablan i me hieren dolorosísimamente, me han ahuyentado, i vivo en un cuarto estrecho que da vista a un jardin i al melancólico tejado de la iglesia parroquial.

El jardin está inculto, apénas nadie le frecuenta, padecen sed sus plantas en estío, i hácia el crepúsculo de la tarde, solo alguna paloma perdida suele posarse en las mohosas tejas del templo, cuyos anchos lienzos i elevada cúpula limitan demasiado el horizonte; pero en cambio a mi breve estancia no alcanza el eco bullicioso de las calles i entra el sol desde que nace.

Una hija mia, movida de su cariño, cuida mi vivienda para que no parezca tan humilde, i cuando ménos pienso, me encuentro que mandó bruñir los muebles i que colocó un grande espejo, en que no me miro, si bien me gozo en verle.

De los veintitres años, los primeros diez o doce, el tañido de las campanas llegaba a mis oidos desde racional distancia. Llamaban éstas a la oracion desde la alta torre, i así se dirijian a todos los fieles con igualdad cristiana.

Sucedió mas tarde, que un piadoso sacerdote de mi parroquia

adoleciera de muerte i legó en testamento cierta suma, con el preciso encargo de que con ella se construyera para su amada iglesia una campana de marcadas dimensiones.

Murió el cura, se incautaron los testamentarios del dinero i se hizo la campana que yo conozco ni mas ni ménos que si me la hubieran fundido en los sesos i modelado en el cráneo.

En verdad que es robusta, lisa, redonda, hermosa como la mas escojida barragana de las vedadas por el Concilio de Trento; pero sobre todo es sonora a no poderse confundir con otra.

Cuentan que el párroco de la iglesia i su teniente, juntos con los clérigos subalternos, con el impar sacristan i con todos los monaguillos, al verla recien fundida i al contemplarla tan ancha i reposada sobre el suelo, exclamaron unánimes:

—¡Soberbia pieza!

I añadió uno de ellos:

—¡Lástima que no pueda verla el cura muerto!

Dicen que dijo otro:

—Habremos de bautizarla con su nombre.

Aseguran que se rieron muchos de la advertencia tardía, i que el sacristan, numerando por lo récio *una, dos, tres,* se sacudia uno tras otro con la derecha mano los dedos de la zurda, como si fueran badajos, i que en todo lo demas callaba.

Afirman que contaba por los dedos, en efecto, a dedo por campana, por serle conocido el caso canónico de estas meófitas, que no se bautizan hasta despues que están colgadas en su supremo asiento...., lo de supremo está apropiado, pero lo de asiento, en puntos a campanas, va mal dicho.

Las campanas no se sientan nunca. Nacen boca abajo, i así conforme salen a la luz del mundo, las cuelgan a sol i a sereno en lo mas alto de la casa de Dios i colgadas las bautizan i las dejan para siempre sin otra defensa que la lengua, mas que se rajen a lamentos. Con esto sucede que, por ejemplo, la campana Tomasa se queja, i dicen los intérpretes que saluda al alba; que la campana Ruperta llora, i dicen que canta la oracion del *ángelus;* que la campana Rufina rabia, i dicen que repica; i que todas a un tiempo, Marta, Ruperta, Rufina i sus compañeras mártires se quejan, lloran, rabian i se desgañitan a grito pelado, miéntras siguen diciendo los intérpretes que tocan a gloria.

El monaguillo se goza en desesperarlas; i sin embargo el sacristan las quiere bien, aunque no las socorra en sus tribulaciones.

Relata refero.

Seguia este sacristan de mi parroquia echando sus cuentas con los dedos; i al fin levantó el brazo desde el codo a la mano, apiñó los cinco, i dijo: "Señores, este es el campanario, estos son los espacios: dos campanas no se avienen juntas; i así, vean Uds. donde ponen la que sobra."

De aquí provino la medida de colocar la campana, tocaya del testador, fuera de torre, a unos cuarentas metros de mis orejas.

Si estoi en pié, se me ofrece a los ojos en línea levemente oblícua; i la veo al desnudo en sus menores detalles, montada al aire con gracia plateresca.

Nada le estorba, nada le rodea; no la ciñe nada bastante a sofocar la total trascendencia de sus sonoros ecos, que rompen libérrinos por la acústica bóveda del cielo i siguen vibrantes ajitando el éter, hasta estrellarse en la pared de enfrente, que es la mia.

He dicho (i va de tres) mis orejas, mis ojos i mi pared, ni mas ni ménos que si yo fuese un vecino sin vecinos o como si fuera yo el único vecino de la campana de en frentre, siendo que somos a lo ménos treinta, jente toda honradísima, cómoda, acomodada i sedentaria.

Alguna vez me ha acudido voluntad de preguntar a mis vecinos si les pasa lo que a mí con nuestra comun campana; i ya que no lo he hecho por pereza, aquí lo voi a conseguir.

Sucédeme que al principio me irritaba, que luego mas tarde i un dia tras otro, me fué dejando sordo, i que ahora le profeso un especial cariño.

Por dos veces la autoridad ha borrado el nombre con que la ruda mano del pueblo habia confirmado mi calle; ese nombre era el mio.... alabada sea la autoridad que no me ha quitado la campana.

Ella es la relijiosa solitaria que me llama, la mística compañera que penetra mi espíritu i le guia; la amiga en la caridad que halaga mis dos únicas esperanzas que se cumplen.... dormir i despertar!

Así, cuando al apagarse el resplandor de cada un dia abato la frente, i mi ser moral va a perderse en el espacio sin términos por donde huyó a luz, allá hácia la vaga inmensidad que no presenta objetos; ella, mi relijiosa solitaria, me llama a la vida mortal con su lento tañido, i yo traduzco esos ecos de misericordia que me dicen: "Te aguarda el sueño." Ciérranse por grados los horizontes i la solitaria enmudece brindándome la quietud en el silencio.

Descanso tarde i me despierto pronto; que dormir i despertar en tiempo breve son dos esperanzas cumplidas i condensadas por las fuerzas contrarias del cansancio i del pesar. Mas ella en tanto suspensa entre las sombras, espía los asomos de la aurora; i a la manera que la alondra de los campos, cerniéndose en el crepúsculo, despierta a los rústicos sencillos con su salve de inmensa poesía ¡ella! mi amiga en la caridad, acude a mi desvelo i me advierte que ha comenzado el tímido esplendor que anuncia el santo nacimiento del nuevo sol.... ¡Abrese el dia i se dilata el mundo!....

Los términos son el objetivo del alma. Ante la vista, el espí-

ritu sumerjido resurje del caos de la concentracion i se difunde como si fuera desleido en la riente claridad que conduce la vida a lo exterior. ¡Santa luz matinal! Dios es el Dios de todos i la manda en raudales a la tierra.

No son todos los que se tienen por afortunados los primeros que la gozan en su cuna de amor universal; i acaso no la aman porque siempre durmieron olvidados.

No amar lo mas bello, seria desgracia de los muchos que se creen afortunados en sus deseos; pero el no amar lo desconocido es solamente la insipidez que con frecuencia los atédia.

En las ciudades no vale fiar el término del sueño al canto de la alondra. Hai que encomendarse a la campana o a los gorriones.

Los gorriones urbanos despiertan despues que yo; pero a punta de alborada i al son de mi campana, nos levantamos juntos.

Estos animalejos, en quienes ha ido poniendo Dios algo tras algo de mona, un tanto mas de rata i un mucho de pájaro, en cuanto asoman de su escondrijo, vuelan i vienen a pararse a mi balcon. Puestos allí, escudriñan con sus ojillos listos i recorren con carrerillas busconas; lo primero, curiosos i atentos al *por si acaso*, luego, ya confiados, pónense en busca del *con qué*, i así, entre mona i rata, entre miedo i hambre, cantan como casi pájaros *chao-chao gri-gri*, con notas destacadas sin pizca de armonía.

Sabido es que las especies se modifican por la higiene; i de aquí el que nadie sepa lo que seria el gorrion que, siendo anterior a las bohardillas, era compañero de los trogloditas, mas yo que me he encontrado a los gorriones tal i como son ahora, les doi de almorzar migas de pan con chocolate, i ellos ¡los inocentes! paréceme que me lo van agradeciendo miéntras los mascan de mollete i lo chupan de Caracas a las mil marabillas.... Aunque luego advierto, que en cuanto comen me abandonan a fuer de séres civilizados; i cátenmen Uds. a solas conmigo mismo.

Para no estar solo no hai mejor medio que cerrar los ojos i ponerse a pensar. En esta situacion los ojos miran hácia dentro, el hombre se rejistra i conoce que tiene todo un mundo en su interior.

Yo de mi cuenta creo que el hombre es un titirimundi que se asoma a sí propio por la lente del alma, i que no hai mas mundo que aquel que ve cada uno por sí solo dentro de sí mismo.

En el mundo externo todo son fantasmagorías. mascaradas, mojigangas, astucias sútiles i ficciones visibles salidas del injenio ajeno.

Sea de esto lo que fuere, ello es que yo pienso con los ojos cerrados; i quiero contar el cómo cierta mañanita, en cuanto me abandonaron los gorriones, me senté frente al espejo, cerré los ojos i me solté a pensar.

Ví los años natales desde el primero que me arrulló en la cuna, hasta el presente que me lleva por los cabellos.

Eran los que ví los efectivos años, pues aquellos que llaman

bisiestos, siderales, anomalísticos, trópicos, astrales, civiles, usuales i lunares, no son los años que pasando pesan en la vida individual, sino meras convenciones i nombres tras nombres con que la historia universal, las ciencias de observacion i las relijiones clasifican los trozos de la *ténia* del tiempo en el espacio. Son denominaciones convenidas a que no responden los astros en su curso imperturbable, i que a mí por el efecto me suenan a nombre puesto en perro sordo.

Lo que ví fué la edad: fueron los años natales en esa su incesante metamórfosis para allegarme a la muerte.

Eran los primeros, pequeñas i humildes crisálidas que sin perecer se trasformaban en ninfas; i de éstas se desenvolvian lijeras mariposas que ensanchando las alas rompieron con esfuerzo las celdas de su infancia i volaban lanzadas por praderas primaverales sobre flores luxuriantes, hasta fatigarse i parar en el árbol prócer de aquella ancha floresta. ¡Oh brevedad sin término! ¡abreviacion de tránsitos por tránsitos! El árbol lozano circundado de lujosos horizontes, era la edad mia henchida de esperanza.

Los años voladores, una vez reposados se fueron despojando de hermosura; perdian el esmalte de sus alas, cayéronles las alas, i quedaron en gusanos roedores del árbol eminente que se iba encorvando poco a poco. Los horizontes se estrecharon, marchitáronse las flores, i fué mi existencia palmera salitaria, que declina roida de gusanos.

Díjeme:

Nuestra vida tiene rasgos materiales, marcha trazada con seguros contornos desde que toma oríjen i va por la adolescencia a la juventud, a la vejez sedentaria i a la muerte.... De aquí el que se acepten por sinónimas las palabras *historia* i *vida*.... El alma invisible es el artista que, dando norma a la vida, la guia i la ilumina con luces de alegría indefinible i sombras de tristeza misteriosa.... Mas la historia de las alegrías i de las penas de otro, son las que nadie alcanzará a contar; i por eso aunque la vida tiene contornos gráficos, las historias de los hombres son mentira....

No nos es dado sondar en lo íntimo de la vida ajena, i la referimos; al paso que nunca alcanzamos un perfecto conocimiento de nuestro sér exterior i presumimos....

En este instante de mi razonamiento secreto, oí una voz de confesion injénua; voz de conciencia al parecer soltada sin testigos, que decia: *Somos hipócritas, somos embusteros.*

¿I quién me acusa en mi soledad sin ser llamado? pregunté; i ví el aspecto de otro hombre como yo desprevenido.

Con el vago recuerdo que nos dejan las figuras que vimos deslizarse por los panoramas, me pareció haberle visto en otras ocasiones, i convine en que acaso fuese algun conocido, de los recíprocamente olvidados sin prévio acuerdo; o un amigo de esos que en las varias corrientes del mundo toman distinto rumbo i al

cabo de los años vuelven tan fresco al punto de partida, con la memoria verde i los cabellos blancos.

La sinceridad empleada en el tratro social, es virtud desconocida, de suerte que peca en defecto mas o ménos grave hasta caer en imprudencia temeraria. No sé si la voi a cometer en daño mio, pero faltara yo a la sinceridad en causa propia, si no declarase que mi desden se confunde con mi tolerancia, de tal manera, que ni yo mismo puedo a veces definir dónde empieza el uno i donde termina la otra.

Dejé pues que estuviera, al que se habia entrado por mi casa, como dicen de Pedro por la suya; i miéntras él por su parte se mantuvo mirándome con cierta sonrisilla mundana, que maldito si no tocaba en sutilísimo desden. Lo tenia a tres pasos, veíale de frente; i hablar con tino de sus facciones no podria. Talvez me fuera mas seguro el conocer i diseñar su sombra.

Mi aparecido i yo, sea que nos halláramos influido de mútuo tédio, o sea porque son los bostezos contajiosos, bostezamos a la par; i allá al cabo de rato i cual si no hablara conmigo, dijo el hombre:

—Me levanto de la cama mas cansado que me acuesto, i me reclino en la butaca a fatigarme.

En cuanto hubo hablado, me interesé en que dijera mas, pues que sus palabras con pena murmaradas, hallaron vivo eco en mi naturaleza enferma; i él siguió en efecto, trayéndome a diálogo por la siguiente interrogacion:

—Si tú, yendo calle arriba, te vieses venir a tí por la misma calle abajo, ¿tú, te saludarias a tí?

Me quedé pensando.

—¡Hombre que tienes los ojos en la cara! me dijo. ¡Tú que solo has visto de tí tu mala copia! ¡Tú que no has podido ver nunca tu cara orijinal, porque llevas los ojos en la cara desde que naces i miéntras vives; cuando vas i vienes, cuando con el alma piensas, con el cuerpo sientes i con el jesto expresas, ¿intentas conocerte a tí mismo?

Aquí por toda respuesta me miré a las pantorrillas, i como me parecieran idénticas a las de mi interlocutor, dije para mis adentros: "En verdad que no me conoceria."

—Aun para identificar tu persona ante tu propio juicio, ¿acudes a examinarte por junto una faccion muda? Pues ahí lo tienes (dijo el incógnito), somos hipócritas, somos embusteros. Aseguramos conocer nuestras facciones i mentimos; negamos conocernos el fondo de nuestra moral, el alcance de nuestra inteligencia, el órden de nuestros defectos, la índole de nuestros vicios; i finjimos virtud o modestia, jenerosidad o franqueza. ¡Embusteros! No hai quien en su capacidad intelectual i moral, no sea en conciencia un convicto inconfeso.

"Rejistra con tu alma tus virtudes, i las verás en el primer término de tu historia, ostentándose lujosas como rameras, en tan-

to que al asomo de ellas van los vicios, siguiéndolas vestidos de fraile capuchino. Pues eres tú el que vistes las virtudes de vicio i los vicios de virtud.

"Si tratas de medir con la tuya la intelijencia ajena, donde no alcanzas te avergüenzas, pero no te declaras inferior i te evades con frases de aparente desden a fin de atajar el término de tu derrota. ¡Hipócritas i embusteros! Emplear talento llamamos al recurso de la astusia, cuando hemos aprendido que a la sombra de las conveniencias sociales se corrompe la sinceridad.

"Aquí, entre todos, me tienes a mí, que he quemado muchas hojas de cierto libro de mis confesiones, en las que habia vertido lágrimas de contricion i de atricion verdaderas.

"Aquí estoi yo, que despues de haber escrito un libro entero con todo el corazon arrojado en sus pájinas, pensé en darlo a la luz pública tal i conforme me habia nacido de la intimidad del alma; i luego al repasarlo para limar su estilo con nímia vanidad, se me fué desatando la sospecha de si caeria en imprudencia temeraria, i oí la voz i entendí consejo de la *serpiente*, que oculta a la sombra de las conveniencias sociales, me decia: "Yo no soi desde el oríjen del hombre; aquella es la *eviterna*.... Yo vine con los hombres, crezco con la especie i enlazo la Humanidad.... Mi anillo es flexible, mi lazo blando, mi voz la ciencia, mi palabra el secreto, mi razon el misterio, la sociedad es mi vida i yo la suya.... No soi yo la maldecida.... Arropo la verdad desnuda, disfrazo la mentira insolente. Soi unidad trina, encierro tres atributos, llevo tres nombres, *circunspeccion*, *recato*, *conveniencia*; i tengo altares en los templos de la Justicia. La palabra guardada, la accion secreta, el prescindimiento oportuno, son las triples corrientes invisibles que ciñen i fecundan el paraiso social, a la manera de los tres rios del Génesis. A nadie le pesó de haber callado, i la palabra suelta arrastra en pos de sí arrepentimientos.... ¡Cuánto mas persevera la palabra escrita!... El cincel i la piedra, el buril i el bronce, son ménos fuertes que la pluma del ave i que el papel de las yerbas.

"Los niños viven con el alma entre los ánjeles, i los adolescentes la comunican entre sí.... Los mozos andan puesto su corazon a precio entre mujeres.... Acorta, acorta de esta parte de tu vida lo que mejor parezca a tus sentidos.... Los hombres ya formales adelantan con los ojos fijos en los histriones que le cercan.... i mal habrá quien a los enmascarados dijere: "te conozco...." Corta aquí de tu libro por entero, i advierte, que las tonterías se pagan en esta vida, i deja que las picardías se paguen en la otra.... I pues que no has llegado aun a la edad de los enfermos de su alma, de su corazon i de sus ojos; a la edad de los que apénas viven, i son relegados forzosos al patio de la cárcel; de los que se acuestan entre muertos, deliran con recuerdos, agonizan en presidio i mueren desheredados de consuelo despues que ya habian muerto en el olvido, para los niños, para

las mujeres i para los hombres.... Como no has llegado a la edad miserable, acorta, acorta i cierra tu libro para siempre, no sea que si por colmo de tus dolores te alcanzara la mas gran desventura, que es el *sobre-vivir*, allá en las soledades de tu alma, exprimiendo tus lágrimas postreras, escribas con ellas memorias funerales i débiles epitafios de aquellos tus hijos que cayeron desconocidos, de tus muertos amigos que serán a los leyentes como si no hubiesen sido, i los que viven de su presente alegre, se mofen crueles del loco del cementerio, que riega en tierra estéril, escarba las tumbas i cierne polvo de un mundo ya pasado....

"Yo soi la serpiente posterior a la ciencia del bien i del mal.

"Yo limité a la oreja del sacerdote la suelta voz de los primeros confesantes.

"Yo recaté las confesiones, i soi la Prudencia.

"Haz que tu libro sea confesionario cerrado para el mundo i abierto a cada conciencia, para que tú seas justificado en secreto por quien leyere, al encontrarse confesor i confeso dentro de sí mismo."

Enmudeció la serpiente que tiene altares venerandos.

Era su voz retrocedente como el eco que soltamos en los valles i vuelve a nuestro oído; es nuestra propia voz. ¡Era grito de alma que viajaba de vuelta, traido por el aura de los recuerdos, siempre dolorosos!!!

En este momento mi severo aparecido dejó paso a la insinuacion de un suspiro, i a poco continuó hablando al aire como si conversara con las moscas, i decia:

—¡Ah! ¡mutilar un libro quien lo ha escrito entero! ¡La madre en cuyas manos quedan pedazos que se desprenden de su hijo enfermo, no siente mayor pena!... La prudencia, la fortaleza i la templanza son virtudes necesarias que no suman nunca la cabal justicia.

I luego, presentándome un rollo de papeles que yo le habia visto, me dijo:

—Toma este esqueleto en que habitó un espíritu sincero, i entrégale a los analíticos por si le encuentran médula en los huesos.

La accion fué imperativa; i de ella vino el que yo me encontré con que habia tomado el manuscrito tan sin conciencia, como ahora, lectores mios, teneis vosotros el impreso.

Rejistraba las primeras pájinas como presumo que pasado este prologuillo hareis vosotros, i acudí de pronto a rascarme la oreja i distraje la mirada.

No hai escritor que se ponga a escribir para sí solo, i de eso infiero que todo literato es músico de contra-punto intelectual. I me afirmo en ella tanto mas, cuanto que tengo observado que si el lector acude de pronto a rascarse la oreja i mira al limbo, es porque se toma tres compases de espera para entrar en concordancia con el libro.

Yo, a lo ménos, por tal medio busco la armonía; mas a pesar de los tres compases me quedo muchas veces rezagado.

Dichosos los que entran a tiempo i siguen la música, que de ellos es el reino de la intelijencia.

Decia, pues, que rejistrando las primeras pájinas, me quedaba tan atrás, con tanta letra menuda por delante, el juicio tan desparramado, la oreja tan caliente i tan puesto los ojos en la nada, que al fin caí en la cuenta de que con haber perdido el acorde por no tomar la entrada a tiempo, gastaria la mañana en balde, si no apelaba al autor para que me dijese claro, qué cosa queria él decir con aquello apénas dicho, o si es que era calderon de solfa donde debiera yo por mí solo lucir mi propio injenio.

Apénas lo hube resuelto, me fuí al bulto.... i aquí, lectores analíticos, llegamos al cabo del suceso i fin del prólogo.

Es el caso que, por dar en el bulto dí en el hueco; i tras esta sorpresa acudí en busca de mi desaparecido por todos los ángulos de mi estrecha vivienda.

Como tampoco le encontrase en parte alguna, mi natural impulso fué llamarle; pero en el mismo instante de soltar el nombre, se me ocurrió que no le sabia, i quedé por un rato con la boca abierta i la lengua apuntando a las narices. Si alguno se sonrie, no se corra mucho; que yo bien sé en lo que el desmemoriado i el bobo se asemejan.

Ello es que el incógnito se fué sin saludarme.

Se fué, se huyó, desapareció, conforme se me habia presentado.

Lo que habló está escrito, lo que me dejó entre manos lo pongo en las vuestras.

ANTONIO ROS DE OLANO.

LOS EXPOSITOS.

¡Oh! cuando el beso de tu madre tierna
Te dé la bendicion de la mañana
I te acaricie el alma soñolienta
Con el inmenso amor de su mirada,
Acuérdate de aquellos
Que madre solo a su nodriza llaman!
Cuando en el seno de tu padre esconda
La frente juvenil desesperada
I bajen como bálsamo del cielo
A consolar tu angustia sus palabras,
Acuérdate de aquellos
Que lloran ¡ai! en su desierta almohada!
Cuando en las horas de la noche negra
Contra tus muros la tormenta brama
Miéntras en lecho de mullida ropa
Junto a los hijos de tu amor descansas,
Acuérdate de aquellos
Que al solo amparo de los cielos andan!
Cuando a la mesa del hogar paterno
El pan de Dios con tus hermanos partas,
Bajo la aureola de la frente noble
Que con sus gotas de sudor le gana,
Acuérdate de aquellos
Que el vil mendrugo de limosna guardan!
Cuando a la puerta del hogar paterno
Vuelvas de la fatiga i la batalla,
I entre los brazos de tu madre sientas
Desfallecida de ternura el alma,
Acuérdate de aquellos
Que arrojan ¡ai! tras de la puerta extraña!
I cuando el llanto de tus ojos tristes,
(Ya para siempre oscurecida el alma),
Riegue la sombra de la cruz bendita
Que al pié de su sepulcro se levanta,
Acuérdate de aquellos
Que ni la tumba de sus padres hallan!
¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma,
I sobre el humo de la tierra triste
El sempiterno hogar de la esperanza!

RICARDO GUTIERREZ.

PENSAMIENTOS.

Como el imbécil que en mitad del dia
Por encender un fósforo se afana
Es quien la gloria celestial olvida,
Insensato, al correr tras la mundana.

¡Cuán grande es el Señor que nos dió vida,
Espacio, luz, amor, felicidad!...
¡Qué misericordioso! pues la muerte
Tras esa vida de ilusion nos dá.

La vida sin amor i sin amigos
Es un dia sin sol;
Mas la vida sin fé, sin esperanza,
Negra noche de horror.

Cuando miro un anciano venerable,
De corazon entero,
Por tan hermosa senectud daria
(I fuera corto precio)
La mitad de esa juventud gastada
De nuestros tiempos.

En ser bella la mujer
Cifra toda su ventura,
Porque no quiere entender
Que es una flor la hermosura,
Para todos, de placer;
Para ella, de amargura.

AURORA LISTA DE MILBART.

RIMAS.

Antes que tú me moriré: escondido
En las entrañas ya
El hierro llevo con que abrió tu mano
La ancha herida mortal!
Antes que tú me moriré; i mi espíritu
En su empeño tenaz
Sentándose a las puertas de la muerte,
Allí te esperá.
Con las horas los dias, con los dias
Los años volarán,
I a aquella puerta llamarás al cabo....
¿Quién deja de llamar?
Entónces, que tu culpa i tus despojos
La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte
Como en otro Jordan;
Allí donde el murmullo de la vida
Temblando a morir va,
Como la öla que a la playa viene
Silenciosa a expirar;
Allí donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad....
Todo cuanto los dos hemos callado
Lo tenemos que hablar!

BECQUER.

LA SENSITIVA.

(A CÁRLOS WALKER MARTINEZ.)

I.

Yupanqui, el grande Yupanqui,
Ha avasallado mas pueblos
Que arenas los mares tienen
I estrellas el firmamento.
A su mandato sumisos,
Encierra en su vasto imperio
Mas dilatadas rejiones
I mas poderosos reinos,
Que aguas contienen sus rios
I hojas sus bosques inmensos.
Mas Yupanqui, el poderoso,
El Inca altivo i soberbio,
Que de un mar al otro mar
Ha paseado sus ejércitos;
Yupanqui, el grande, el invicto,
Ante quien tiemblan los pueblos,
Por quien en la lid pelea
El Padre Sol desde el cielo,
Ha visto burlar su nombre
I matar a sus guerreros;
Ha visto amenguar su fama
E inútiles sus esfuerzos
Cuando las aguas del Maule
Atravesar quiso ciego.

¡Que el furor de los tiranos
Es vano contra los pechos
Que arden en el patrio amor
I alientan en libre suelo!....

No impunemente del Inca
Se escarnece el nombre excelso;
No a mansalva se desprecia
Su enojo potente i fiero.

Desde remotas rejiones
I de los vecinos reinos,
Desde las cumbres nevadas
I de los bosques espesos,
A su llamado obedientes,
Presurosos acudieron
Mil guerreros escuadrones
En lengua i traje diversos.
¡Iba a vengarse Yupanqui
De su enemigo soberbio;
Ante su saña potente
Iba a perecer un pueblo!

"Id, dijo el Inca a los suyos,
Destruid, arrasad, tremendo
Sea el castigo, no quede
Vivo uno solo entre ellos:
¡Que nadie al Inca resiste
A esos viles probar quiero!"

Calló, i tan grandes clamores,
Alzó el ejército inmenso,
Despues de oir reverente
Del Inca el sagrado acento,
Que las aves aturdidas
Por su pavoroso estruendo
Segun cuentan las historias
Desde los cielos cayeron.

¡Yupanqui, deja al valiente
Su familia i su sosiego;
Inútil será tu enojo
Inútiles tus esfuerzos:
Que el furor de los tiranos
Es vano contra los pechos
Que arden en el patrio amor
I alientan en libre suelo.

Fué larga i cruel la lucha:
En mil furiosos encuentros
Si unos valientes peleaban
Los otros leones fueron.
Estos dilatar querian
De su señor el imperio
I defendian su patria
I su libertal aquellos.

¿Qué puede en la lid sangrienta
Un ejército de siervos
Contra el que alberga la llama
De libertad en su pecho?
¡Libertad, si triunfa, logra;
I libertad, sucumbiendo!

Huyó la hueste del Inca,
Huyó su ejército inmenso
I con su azul trasparente
Cubrió el araucano cielo
Libres que serlo sabian,
Tumbas de gloriosos muertos.

¡Yupanqui, viste burlado
Tu nombre i tu enojo ciego;
Solo un puñado de libres
A tu ambicion puso freno;
Huyeron tus estandartes,
Tus capitanes cayeron,
Que el furor de los tiranos
Es vano contra los pechos
Que arden en el patrio amor
I alientan en libre suelo!

Ya el dia temido llega,
Ya el Cuzco se ve a lo léjos;
Yupanqui verá tan solo
De su ejército los restos.
Ante su enojo potente
Están los jefes inquietos,
I en sus sueños los soldados
Creen ver ya su rostro fiero.
Todo es zozobra en las almas,
Terror en el campamento,
Todo inquietud que se oculta
Con mal finjido sosiego.

Era la noche serena:
En el trasparente cielo
Brillaba la blanca luna
Su luz pálida esparciendo.
Es todo paz i reposo;
Todo en el bosque, misterio;
Todo, lejanos murmullos;
Para el alma, todo ensueños.

Solo a intervalos se oye
Interrumpir el silencio

Ya el susurro de las ramas
Sacudidas por el viento;
Ya el grito de un ave errante
Que va volando a lo léjos,
O de lejana cascada
El ronco, salvaje estruendo.

Lanzas, aljabas i flechas,
Pieles de animales fieros,
Hachas de piedra i escudos
De fuertes maderas hechos.
Hondas, i pesadas mazas,
En salvaje desconcierto,
Pendian entremezcladas
De los troncos jigantescos.

De las hogueras rojizas
Al vacilante reflejo,
I al resplandor de la luna
Que atravesaba el espeso
Ramaje del bosque umbrío,
Veíanse por el suelo
En lechos de hojas i yerbas
Los fuertes, bronceados cuerpos
De los guerreros cansados
Que se entregaban al sueño;
Aquí i allí suspendidas,
Como nidos de jilgueros,
Los hamacas de los jefes
Culumpiándose en el viento.

Aquella noche apacible,
Aquel solemne silencio,
Aquel majestuoso bosque,
Aquel reposo i sosiego;
Tantas armas i bagajes,
Tantos dormidos guerreros,
Tantas hogueras rojizas
Entre la espesura ardiendo,
Despertaban en el alma
Encontrados sentimientos,
Con su aspecto misterioso
De admiracion i respeto.

II.

¡Ai del que jime en cadenas,
Cautivo sin esperanza!
¡Ai triste del que suspira
Por el cielo de la patria!

¿Qué importa que cante el ave
Entre la verde enramada;
Qué importa que a sus oidos
Suspiren las tibias auras,

Si no conserva ese bosque
Ni una huella de sus plantas,
Ni esos árboles no oyeron
Sus amorosas palabras?

¿Si no fueron esas aves
Las que en las dulces mañanas,
Con su canto interrumpian
Los ensueños de la infancia?

¡Qué tristes las auras jimen,
I no traen en sus alas
Ni un acento conocido,
Ni un consuelo para el alma! ...

¡Ai del que jime en cadenas,
Cautivo sin esperanza!

. . . . . .
. . . . . .

Allá, a lo léjos, camina,
Como una vision fantástica,
Mal oculta por las sombras
Entre la espesa hojarasca,

Una figura vestida
De luenga túnica blanca
Que con recatados pasos
Del campamento se aparta.

¿Qué busca en la selva espesa?
¿A do encamina su planta?
¿El jaguar que cerca jime,
Las sombras, no la acobardan?

Es una niña hechicera,
Mas bella que la esperanza;
Es una tórtola viuda,
Una rosa marchitada;

Es un recuerdo de amores
Que entre las tinieblas vaga;
Es un perfumado sueño,
Es una ilusion del alma.

Detiene el paso i en tierra
Se arrodilla acongojada,
Ambas manos sobre el pecho
Alza al cielo una plegaria.

Su pura frente la luna
Con sus resplandores baña;
I su querella las brisas
Juguetonas arrebatan.

"Madre luna, desde el cielo
Compasiva estás mirando
El amargo desconsuelo
Con que por extraño suelo
Va Tilatila llorando.

"Ha un instante conseguí
De mi rudo carcelero,
Que me dejara hasta aquí
Venir a implorar de tí
Una dicha que no espero.

"Mi amor mi padre bendijo
Al partir para la guerra,
I sollozando me dijo:
—No quedas sola en la tierra;
Si muero, tengo otro hijo.

"I solitaria lloraba,
I su regreso aguardaba,
I aguardaba a mi Jahuel,
I mi Jahuel no tornaba
Ni el padre amado con él.

"Madre luna, da a mi pecho
Un consuelo en su afliccion,
Que arrancada al patrio techo,
Prisionera, llevo hecho
Pedazos el corazon.

"¡Ai! miéntras tus hijos huian
De la batalla sangrienta,
A Tilatila aprehendian
I a Yupanqui la traian
Para ocultarle su afrenta.

"Atras los Andes dejé
I sus nieves i sus rios
Que van regando a su pié
Prados i bosques sombríos....
¡Atras, atras cuanto amé!

"I por consuelo escuchaba:
"Mujer del Inca serás"
Miéntras mi patria cruzaba
Que no veria ya mas,
De ser libre a ser esclava.

"Madre luna, madre luna,
Ten benigna compasion
De este pobre corazon;
Que jamas lloró ninguna
En tan horrible afliccion.

"Dicen que amorosa amparas
A la desgracia inocente,
I que al corazon doliente
Un tibio rayo deparas
Que lo ilumine i aliente.

"Dicen que amas los amores
I por darles dulce nido,
Van tus suaves resplandores
Dando perfume a las flores
I a los céfiros rüido.

"Que llevas del pecho amante,
Que en ruda ausencia suspira,
Un suspiro delirante,
En un rayo vacilante,
A otro pecho que delira.

"Da un alivio a mis dolores....
De mi patria me arrancaron,
I de mis dulces amores
Mis dioses me abandonaron:
Nadie escucha mis clamores....

"Tu luz proteja mi huida,
Mi inocente amor defienda,
Unico bien de mi vida,
I muéstreme oculta senda
Hasta mi patria querida.

"¡Ah! si pudiera volver
A mi Jahuel adorado,
Entre sus brazos caer,
I en ellos desfallecer
Mi pecho al suyo estrechado!....

"Madre luna, desde cielo
Compasiva estás mirando
El amargo dosconsuelo
Con que por extraño suelo
Va Tilatila llorando."

Calló la niña i los ecos
De su angustiosa plegaria
Repitiéndolos el bosque
Se extinguen a la distancia.

I con susurro doliente
Van jimiendo entre las ramas
Las brisas que oyen sus quejas,
Que las reciben i pasan.

¡Ni un consuelo a sus dolores,
Ni un reflejo de esperanza,
Ni un corazon que la escuche,
Ni una respuesta a sus ansias!

¡Ai, del que solo en el mundo,
Sin rumbo, sigue su marcha,
Sin que una luz bienhechora
Vea alzarse en lontananza!

¡Ai, del que siente en el pecho
Del amor la dulce llama,
I siente vacío en torno
I siente morir su alma!

Vagar, vagar por la tierra,
Vagar con cansada planta,
Que abrasan los arenales
Que las espinas desgarran,

Buscar una fuente amiga,
Una sombra hospitalaria
I ver un desierto inmenso
Que se pierde en la distancia,

Viajeros que por el mundo
Haceis la dura jornada,
Vosotros sabeis que es esta
La mas horrible desgracia.

De súbito un rumor vago
Traen las brisas en sus alas,
Nuncio de que álguien se acerca
Con cautelosas pisadas.

Rumor fatal de infortunios,
Rumor que la sangre pára.
¡Desgraciada Tiltila,
Tus esperanzas acaban!

Talvez el jaguar te asecha
I rabioso se prepara
A sofocarte en sus brazos,
A destrozarte en sus garras.

¿El jaguar?... Mas ¡ai! ¿qué importa?
El jaguar liberta tu alma
De la prision en que jimes
I volarás al que amas.

¡Cuán dulce para el que sufre
Es esa muerte que espanta,
Que los dolores disipa,
Que las prisiones desata!

¡Cuán grato cernerse libre
En pos de lo que se ama,
Ajitar el pecho amado,
Beber su aliento que embriaga!

Mas ¡ai! niña sin ventura,
¡Suerte mas cruda de aguarda!
Talvez los siervos del Inca
Escucharon tu plegaria.

Volverás a tus prisiones
I volverá tu desgracia;
I en los brazos de Yupanquí
Serás de su amor esclava.

Vas a ofrecerle placeres,
Vas a postrarte a sus plantas,
Vas a darle tus caricias,
Vas a rendirle tus gracias.

¡Ai, va a pagar tu belleza,
Tiltila infortunada,
La sangre de tus hermanos,
La libertad de tu patria!

Mas ¡ai! el rumor se acerca,
Crujen las ramas quebradas,
La luna su faz oculta,
Las aves nocturnas graznan,

Doliente jime la brisa,
La niña asustada se alza,
Clava espantada los ojos,
Se abren con fuerza las ramas,

—"Tilatila," un hombre grita,
—"¡Jahuel!" Tilatila exclama,
I un tierno abrazo confunde
Sus almas enamoradas.

¡Dicha infinita del cielo,
Dicha que el labio no alcanza
A contener en sonidos,
A reflejar en palabras!

Amor, amor, en el mundo
Solo contento del alma,
Oasis de la existencia,
Chispa de Dios emanada,

¿Qué pecho tan dolorido
No ha sentido con tu llama
Renacer las ilusiones,
Florecer las esperanzas?

Cielo sin luz, sin estrellas,
Negra cárcel solitaria
Es la existencia horrorosa
Del que tu fuego no abrasa.

Vida sin amor, no es vida:
Mónstruo es el hombre que no ama,
Peña en que Dios no ha infundido
El soplo que enciende el alma.

III.

Desparrámanse los mares,
Estremécese la tierra,
Derrúmbanse las montañas
I el fiero volcan revienta;

Corre a torrentes el fuego,
El trueno el espacio llena,
El mundo desaparece
I el firmamento se incendia.

Todo eso el labio lo dice
I las palabras lo expresan;
Pero no de el pecho humano
Las tempestades desechas.

Cuando el corazon palpita
I la sangre por las venas
Circula como un torrente
I cual vivo fuego quema;

Cuando en la mente se agrupan
Confundidas las ideas,
Como en el cielo las nubes
En desatada tormenta;

Cuando en el pecho se ajitan
I al labio trémulo llegan
Tumultuosos sentimientos
Buscando anchurosa puerta,

Calla ociosa la palabra,
Calla sin fuerza la lengua,
Que a dar a ese mar salida
Con vanos signos no acierta.

Así, en brazos de su amado,
Muda Tilatila queda,
I se dicen con los ojos
Lo que los labios no intentan.

Temblorosos, anhelantes,
Aturdidos se contemplan
I ora amantes desfallecen
Ora febriles se estrechan.

En amorosos deliquios,
En íntimas confidencias,
Solo de su dicha gozan,
Solo de su amor se acuerdan;

Que la luz es mas brillante
Despues de ruda tormenta
I esparcen mas grato aroma
Las flores en la pradera.

I en tanto que el aura jime
I relucen las estrellas,
Los dos dichosos amantes
De sus desdichan conversan

Olvidando al enemigo
Que con su campo los cerca
I dejando huir las horas
Propicias de las tinieblas.

JAHUEL. Cuando volvió victorioso
Del enemigo, Jahuel,
A su Tilatila, fiel,
Corrió a abrazar presuroso
En su choza....
TILATILA. I entre tanto
Tilatila se alejaba
A ser de Yupanqui esclava
Derramando amargo llanto.
J. Mas Jahuel juró salvarte,
I en justa rabia encendido,
Al tirano aborrecido
Su valor sabrá arrancarte.
T. Pero cautiva hasta aquí
Trájola el tirano fiero.
Mucho de tu brazo espero....
J. ¿Temes i estás junto a mí?
T. Jamas estando a tu lado
Tu Tilatila temió....
Léjos la patria quedó....
Mucho en salvarme has tardado.

J. ¡Calla! que sino supiera
Que a el alma postra el dolor,
No creeria en tu amor
I aquí rabioso muriera.
¡Has dudado de tu amante,
De Jahuel que hasta aquí herido
Para salvarte ha corrido
El desierto, agonizante!
T. ¡Jahuel!....
J. I creiste un dia....
¿Qué creiste? ¿dime, qué?
¿Talvez en venir tardé
Porque a los siervos temia?....
T. Jahuel, tu enojo me mata;
Oye, mis ruegos atiende:
Esa sospecha me ofende....
Calla, escucha....
J. Sabe, ingrata,
Que ese vil Jahuel, por muerto
Quedó en la postrer batalla,
I si tu padre no le halla,
No salvarias, por cierto.
Sabe que quiso correr
A arrancar a su querida
En cuanto volvió a la vida....
T. ¡Infortunada mujer!....
Por el amor de tu madre
No tales cosas me digas,
No en ofenderme prosigas....
J. Estorbómelo tu padre,
"Herido de muerte estás,
Dijo, i salvarla no puedo;
Soi viejo i aquí me quedo,
Aguarda i la salvarás."
Pero sus ruegos no oí
I una noche me escapé.
T. ¡Yo jamas dudé de tí!
J. ¡Mucho en salvarte tardé!....
T. Jahuel, la luna es testigo
De que mi amor no dudó;
Ha un instante que juró
Morir i vivir contigo.
Muerto en la lid te creí
Cuando en salvarme tardabas.
J. ¿Mas, que viniera dudabas
Por miedo al Inca hasta aquí?
T. Eres bravo entre los bravos,
Por eso te adoro yo;

Quien en mi patria nació
No le teme a los esclavos.
Dudas tan crueles desecha,
¡Ya somos, juntos, felices!....
J. Sí, pues me amas como dices,
No haya en mi alma sospecha.
Pero no temas jamas
De mi valor. Nunca es tarde
Para vencer al cobarde;
Libre conmigo serás.
T. Jahuel ¿qué dicha mayor
Puede la tierra guardarme
Que sin reserva entregarme
Al objeto de mi amor?
Jahuel mio, entre tus brazos
Nada mi valor acorta.
La muerte misma ¿qué importa
Si en dulcísimos abrazos
Mi pecho a tu pecho unido
La misma flecha atraviesa?
La dicha, la muerte es esa
Que yo a la luna he pedido.
J. ¿Quién arrancarte osará
De entre mis brazos, valiente,
Si de mi esfuerzo pendiente
Tu dicha i mi amor está?
Violento el pecho me late,
Que fuerza i coraje siento
Para batirme con ciento
I vencer en el combate.
Por sus cachorros rabiosa
La puma pelea i muere,
I, aun moribunda, hiere
Al guerrero que la acosa.
¡Pelear por tí i a tu vista:
Triunfante, gozar tu abrazo;
Muerto, caer en tu regazo;
Nadie mi valor resista,
Porque rodará a mis piés,
Que la dulce amada mia
Que su dicha me confía
Premio de mi triunfo es!
T. Mi Jahuel, cuanto consuelo
Me das....
J. Dichoso por tí
Soi....
T. ¡Amame siempre así!
J. Eres mas bella que el cielo

En una noche tranquila.
T. Tú eres hermoso tambien.
J. Tú, mi amor, mi único bien,
Mi hechicera Tilatila....
T. ¡Oh! de tu amor al arrullo
Todas mis penas olvido....
¡Oye! ¿no escuchas rüido?
J. Es de las hojas murmullo,
O algun valiente quizá
De los que traje conmigo,
Que a observar al enemigo
Fueron, que vuelve será.
¿Qué importa lo que sufrí
Cuando el desierto cruzaba,
Cuando en vano preguntaba....
T. Huyamos Jahuel de aquí.
¿No escuchas?
J. Es el zumbar
Del viento en el bosque espeso.
T. ¡Ah! me buscarán!
J. Si es eso
Quietos debemos estar,
Pues descubrirnos podria
El ruido de nuestro paso....
T. ¿Qué es eso, Jahuel?
J. Acaso
Un ramo se troncharia.
No temas: mis armas tengo
Mui cerca de este lugar
I bien pronto ahí han de estar
Los valientes con que vengo.
T. ¡Cómo mi pecho palpita
Al pensar....
J. I hace un instante
Que me jurabas amante....
T. ¡Ai, ¡huyamos!....
J. ¿I así ajita
Vago miedo a quien la muerte
Junto a mí no temeria?
T. No la temo; mas podria
¡Oh Jahuel mio, perderte;
I de ser libre, contigo,
Ser del Inca prisionera!....
J. Oye, Tilatila, espera:
Dormido está el enemigo,
Distante su campamento,
Solo se oye en derredor
El apacible rumor

Que en el bosque forma el viento.
Escucha: todo reposa,
No se oye el ruido mas leve.
T. Aun mi pecho no se atreve
A creer que libre i dichosa
Seré.
J. ¿Nada escuchas?
T. Nada.
J. Ya ves; tu temor fué vano,
Pues los siervos del tirano
Ignoran que mi adorada,
Miéntras se entregan al sueño,
Por entre el bosque se aleja,
I que así burladas deja
Las crueldades de su dueño.
T. Huyamos, pues aun nos presta
La noche su sombra oscura
I senda grata i segura
Nos ofrece la floresta.
J. Huyamos, pues duermen ellos.
T. I huir en vano seria
Si nos encuentran del dia
Aquí los claros destellos.
J. Sin reposar caminamos
Por alcanzarte hasta ayer,
I cerca de anochecer
A esta floresta llegamos;
Un instante paré aquí,
Miéntras la noche caia,
I en sus sombras me ofrecia
Modo de llegar a tí.
Muerto de cansancio estoi.
T. Pues, aguardemos un rato
Que descanses.
J. ¿E insensato
Nuestro amor a arriesgar voi?
Huyamos, amada mia,
Que ese amor que a tí me liga
No consiente la fatiga
Que serte fatal podria.
T. Por la selva cruzaremos
Causando envidia a las flores
I hablar sus vagos rumores
De nuestras dichas oiremos.
J. Huyamos, que mi alma ansía
La nativa libertad
I la vasta soledad
De la floresta sombría,

Do encontrará en la espesura
Nido dulce i regalado,
Por las auras perfumado
Junto al agua que murmura
Nuestro ardiente i puro amor.
T. Adios selva solitaria
Que escuchaste mi plegaria,
Mi pleglaria de dolor.
J. Adios, esclavos, quedad
En vuestro inútil reposo;
Yo con mi amor soi dichoso
I busco la libertad.

Mas de súbito el ramaje
Abre paso con violencia
A cien guerreros que a un tiempo
Por todas partes los cercan.

—"¡Deteneos!" gritan todos
Miéntras sus armas aprestan;
I "¡Deteneos!" repite
A la distancia la selva.

—"Rendios," exclama un jefe
En son de burla i de befa;
"Nada espereis de los vuestros
Que ya prisioneros quedan."

Un ¡ai! lanzó Tilatila,
Un ¡ai! que la sangre hiela,
Un ¡ai! de suprema angustia
I se desploma sin fuerzas.

Jahuel se encoje rabioso,
Como la herida pantera,
I convulsivo a su amada
Con brazo nervudo estrecha.

Colócase cabe un tronco
Que sus espaldas defienda,
I un fuerte gancho desgaja
Ya que otras armas no lleva.

El rostro, como cadáver;
Los ojos, como centellas;
Crispadas las férreas manos,
Echada atrás la cabeza;

Trémulo el labio de ira,
Sacudiendo la melena
Como leon acosado,
A sus contrarios observa.

Todos el paso detienen,
Todos fijos le contemplan,
Todos espantados callan
I todos de pavor tiemblan.

Nadie las armas esgrime,
Nadie valiente se acerca,
¡Ai! del que su ira provoque!
¡Ai! del que a avanzar se atreva!

J. —"Solo i desarmado estoi,
Sois un ejército entero,
Venid, que a probaros voi
Lo que es un libre guerrero!...

"Ante el dueño que os humilla
Id a inclinar vuestra frente,
Ya que temeis en gavilla
La lucha con un valiente.

"Jefe, ven, si es que hombre eres.
Venid cobardes ¿qué haceis?
¡Ea! azuzad las mujeres
Que por soldados traeis!"

Así Jahuel exclamando
A sus enemigos befa;
I como el jaguar rabioso
Se lanza sobre su presa,

Veloz sobre sus contrarios,
Que pasmados le contemplan,
De un solo salto se lanza
I los aturde i atierra.

Todos espantados huyen
I de sus golpes se alejan,
I zumba la rama en tanto
Que por el aire voltea.

Allí a un soldado machuca,
Aquí a un capitan derrenga;
Allá un cráneo despedaza,
Acá un peloton dispersa.

Allí los jefes dan voces,
Aquí un herido se queja,
Allá resistir pretenden,
Acá huyendo se atropellan.

Ora improviso, de un salto
Ataca al que mas se acerca;
Ora burlando mil golpes,
Como una sombra, se aleja.

Así a un tiempo, en todas partes
Sus enemigos lo encuentran
I donde quiera los vence
I pelea donde quiera.

En la confusion i estruendo
De las ramas que se quiebran,
De las armas que se chocan,
De los jefes que vocean,

Nadie las órdenes cumple,
Nadie entiende lo que ordenan,
Nadie las armas esgrime,
Nadie a luchar se presenta.

Todos, los golpes evitan;
Todos, espantados vuelan
A refujiarse en el bosque
I el campo al valiente dejan.

Un jefe solo, rujiendo
De coraje i de vergüenza,
Miéntras escapan los suyos,
Arrójase a la pelea;

Ciego de ira, blandiendo
Violenta la masa fiera,
Sobre Jahuel la derrumba
I sanguinoso lo atierra.

Mas apénas ha caido,
Repuesto del choque apénas,
Miéntras al último golpe
El enemigo se apresta,

Alzase Jahuel i raudo
Entre sus brazos lo estrecha,
I lo estrangula i sofoca
I muerto en sus manos queda.

A un puñado de guerreros
Que de léjos lo contemplan
Por burla el yerto cadáver
Arrójales con violencia.

I cuál el toro valiente
Que la ancha plaza pasea,
Sembrada de los despojos
De su indómita braveza,

Sacudiendo la alta frente
Detiénese en medio de ella
I un nuevo enemigo busca
Que a combatirle se atreva;

Así Jahuel victorioso,
Levantada la cabeza,
Con la vista desafía
I nadie ante él se presenta.

—"¡Cobardes!" clama su labio
I a su Tilatila vuela,
Que pálida i angustiada
El fin de la lucha espera.

—"Jahuel."—"Tilatila mia,"
Al propio tiempo resuenan,
I en un abrazo del alma
Sus corazones se estrechan.

Mas ¡ai! que parte silbando
De entre el bosque una saeta,
Que de Jahuel en el pecho
Clavada i temblando queda.

¡Que siempre a la dulce copa
De la alegría se mezcla
Amarga hiel de dolores
Que el corazon envenena!

—"¡Cobardes!" Jahuel con ira
Clama i su mirada fiera
Al que le hirió busca en vano
Que a nadie su vista encuentra.

Ruje de dolor su pecho,
Hiere con rabia la tierra,
Pero su planta vacila
I todo su cuerpo tiembla.

Tilatila jime en tanto
De dolor el alma llena;
Postrada i llorosa al cielo
Ferviente súplica eleva:

"Luna, si compadecida
Has mirado mi dolor,
Salva a mi prenda querida,
No le arrebates la vida,
No me arrebates su amor.

"Luna, ¿para qué vivir?
¿Sobre la tierra qué aguardo?
El muere.... Que venga a herir
Mi triste pecho otro dardo
I tambien podré morir.

"Guárdame con tu luz pura
Del Inca altivo i crüel,
I oculta la sepultura
Donde duerma mi Jahuel
Entre la verde espesura.

"Que siempre su cuerpo frio,
Unido a mi amante pecho,
Nadie turbe el amor mio
En este tranquilo lecho
Que ofrece el bosque sombrío.

"Logre en los brazos caer
De mi Jahuel adorado,
I en ellos desfallecer,
I eterno así habrá de ser
El lazo que nos ha atado."

En tanto Jahuel, temblando,
Da de su fin claras muestras,
En sus ojos que se apagan,
En su pecho que no alienta.

Débil su planta vacila
I a sostenerla se niega;
I asido a una fuerte rama
A Tilatila contempla.

Una lágrima quemante
Desde sus párpados rueda,
Del bravo leon moribundo
Señal de ira postrera.

I con labio convulsivo,
Con voz perceptible apénas,
Da a su amada en sus adioses
De su amor la última prenda.

J. Adios Tilatila; muero....
Te dejaré en un instante....
T. Me dejas ¿i eres mi amante?
Me dejas ¿i eres guerrero?
J. Mi ardiente corazon parte
Esta flecha....
J. ¿I a tu amada
Dejas al Inca entregada?....
T. En vano corrí a salvarte,
Porque un cobarde asesino
Te arrebata de mis brazos....
J. No estorba nuestros abrazos
El dardo que a herirte vino:

Esto a la luna pedí
I mi plegaria lo alcanza:
Era mi dulce esperanza
Estar siempre unida a tí.
Eterna la dicha sea
De nuestros pechos; cobarde
Tu brazo más no retarde
El que dichosa me vea.

J. ¡Ah! yo muero, amada mia,
I con tus dulces palabras
Mi mayor desdicha labras
I haces mas cruel mi agonía.
¿Qué dicha, qué union es esa
Cuando ya a dejarte voi,
Cuando moribundo estoi,
Cuando un dardo me atraviesa?
¡Ah! Tilatila, yo muero
Huye, apártate de aquí
I guarda siempre de mí....

T. Yo abandonarte no quiero;
Nuestra dulce union estrecha.

J. ¡Deliras!

T. ¡Una mujer
Te ha de enseñar!

J. ¿Qué he de hacer?

T. ¡Qué! ¿no tienes una flecha?

J. ¡¡¡Te comprendo, Tilatila!!!...
Libre deseas morir
I entre mis brazos dormir
En esta selva tranquila.
Sí, pues, la luna recibe
Estas ofrendas de amor,
Infunda en mi alma valor....
Por mí mueres, por mí vive.
¡¡Logra, en los brazos caer
De tu Jahuel adorado
I en ellos desfallecer;
I eterno así habrá de ser
El lazo que nos ha atado!!

Así diciendo se arranca
Del pecho la aguda flecha
I traspasa a Tilatila
De un solo golpe con ella.

De la niña entre los labios
Un débil ¡ai! sonó apénas
I una sonrisa apacible
Su amor i su gozo muestra.

Hondo silencio del bosque
En las soledades reina,
Ni una hoja la brisa mueve,
Ni un lejano rumor suena.

Solo se oye de dos pechos
La respiracion incierta,
I quizá a dos corazones
Que a un mismo compas golpean.

Lánguidamente abrazados
Los amantes se contemplan
I una inefable sonrisa
Su íntima dicha revela.

¿Qué puede del infortunio
La ponzoñosa saeta
Contra quien la llama ardiente
De amor en su pecho alberga?

¡Dulces instantes veloces
Que el alma de gozo inebrian!
¿Qué son para tanta dicha
Los dolores de la tierra?

Unificarse dos almas;
Mudas e inertes las lenguas,
Arrancar de unas pupilas
El mundo de amor que encierran;

De un corazon inocente
Las vibraciones secretas
Comprender en los latidos
A que los nuestros contestan;

Desfallecer de delicias,
Levantarse de la tierra
I estrecharse en el espacio
Dos almas que juntas vuelan.

Ver desparecer el mundo,
Sentir una dicha inmensa,
Unirse dos corazones,
Confundir dos existencias;

Callar, sentir, comprenderse,
Morir i en union eterna
Juntos volar hácia el cielo;
¡Ese es amor, vida es esa!

Así Jahuel en los brazos
De su amada absorto queda,
I en dulce deliquio cae
En los de su amante ella.

De súbito un rumor triste
El aire dormido puebla,
Cual de música lejana,
Vaga armonía siniestra.

Los arroyos no murmuran,
La luna sus luces vela,
Calladas las brisas paran,
Calladas las hojas tiemblan.

Mudas las flores se inclinan
I dos suspiros resuenan.
—"¡Juntos!" repiten dos labios,
—"¡Juntos!" repite la selva.

Allá en el espacio inmenso
Donde esos suspiros vuelan
Al fundirse en uno solo
Con dulce rumor se besan.

Acá en el bosque sombrío
Sobre la desnuda tierra
Dos cuerpos inertes yacen
Que en dulce abrazo se estrechan.

—"¡Juntos!" repite la brisa
Cuando amorosa menea
Las verdes hojas del bosque
Modulando suaves quejas;

De las flores en el cáliz
Con voz dulce "¡Juntos!" suena
I se inclinan, se acarician
Suspiran de amor i tiemblan.

Saltando el agua en la grama
"¡Juntos!" murmura al lamerla,
"¡Juntos!" la tórtola jime
I arrulla a su compañera;

I hasta los rayos de luna
Temblando entre la arboleda
"¡Juntos!" dicen i se unen
I se esconden en la yerba.

IV.

Inútil es vuestra rabia,
Vuestros esfuerzos son vanos,
Que ya son son juntos felices
De su ardiente amor en pago.

Inútil es que en la selva
Querais hallar de su paso
Traidora huella que os muestre
El sendero que tomaron.

Inútil que entre las sombras
I entre los espesos ramos
Querais prender al valiente
Que os hizo huir peleando.

¡Dejad tranquilo su lecho,
En su casta union dejadlo!
¡Se amaban i son dichosos,
Eran libres i son salvos!

Id al Inca, vuestro dueño,
I ante él de hinojos postrados
Confesad vuestra vergüenza,
Vuestra afrenta confesando;

Id i decidle que huisteis
Ante un puñado de bravos,
I que un ejército inmenso
Dejó a cien libres el campo.

I cuando en vuestras espaldas
De su rabia caiga el látigo,
Cuando hiera vuestro pecho
Con venenoso sarcasmo;

Inclinando vuestras frentes,
Derramando triste llanto,
Decidle que si vencidos
Fuisteis por el araucano

Arrebatarle supisteis
De un pobre hogar solitario
Una prisionera hermosa,
Para ofrecer a vuestro amo;

Habladle de su belleza
I ponderad sus encantos;
Talvez aplaqueis su enojo,
Talvez detengais su brazo.

I cuando traerla os mande,
Decid que de vuestro campo,
Junto al Cuzco, un libre solo
Os la arrancó de las manos.

¡Siempre oye el cielo propicio
Los ruegos del desgraciado,
Siempre encuentra la inocencia
En sus dolores amparo!

¿Contempló de Tilatila
La luna el dolor amargo,
Escuchó su triste ruego,
Dióle consuelo en su llanto?....

Sobre los montes la aurora
Lanza ya destellos claros,
I aun amorosa la luna
Tiende sus pálidos rayos

Sobre la floresta umbría,
Sobre el lecho puro i casto
Donde duermen los amantes
Unidos por dulce abrazo.

Nadie ha turbado su sueño,
Nadie su paz ha turbado,
Que de su amor i su dicha
Eternos serán los lazos.

Súbito rompe el silencio
Confuso rumor de pasos
I muchas voces se escuchan
Que allí se van acercando.

Por fin aparece un hombre
Entre los espesos ramos,
Seguido de algunos jefes
I numerosos soldados,

En su rostro dando muestras
Ya de valor, ya de espanto,
Señalando el triste sitio
Así prorrumpe su labio:

—"Allí los dos se abrazaban;
Aquí fué, bajo este árbol,
Donde a ese infame rebelde
Atravesé con mi dardo;

"A ella nó, que ilesa estaba,
Mas él con su propia mano
Arrancólo de su pecho
I a la niña traspasando

"Herida i agonizante
Recibióla entre sus brazos
I juntos aquí murieron....
¡Oh! no la busqueis en vano!...."

Así el villano disculpa
Su cobarde asesinato
I a los amantes se acerca
Con planta osada entre tanto.

Mas ¡ai! envolvia el cuerpo
De Jahuel infortunado
Una hermosa hierbecilla
Con verde i florido manto.

Acariciando su rostro,
Atándolo con sus lazos,
Parece que pretendiera
Entre sus hojas guardarlo.

I cuando llegó atrevido
A tocarlas un soldado,
Resonó una débil queja,
Sus tiernas ramas temblaron,

I hasta la tierra marchitos
Inclináronse sus tallos
Ocultando el frio cuerpo,
Cual su tesoro, el avaro.

¿Era el temblor inocente
Del pudor i del recato?....
¿Era el dolor de la amante
Que le arrebatan su amado?....

¡Vió talvez de Tilatila
La luna el dolor amargo,
Escuchó su triste ruego,
Dióle consuelo en su llanto!

Siempre oye el cielo propicio
Los ruegos del desgraciado,
Siempre encuentra la inocencia
En sus dolores amparo....

Temerosos los guerreros
De aquel lugar se alejaron,
Que el misterio i la desgracia
Son para el alma sagrados.

Cuentan que a aquel triste sitio,
Por la tarde, solitario,
Yupanqui, el Inca soberbio,
Encaminaba sus pasos.

Cuentan que allí retenido,
Como por májico encanto,
Sorprendíalo la luna
Ante la hierba postrado;

I entre confusos sollozos,
I el rostro bañado en llanto,

Breve respiro a su angustia,
Solia clamar su labio:

"Diera mi rejia corona,
Diera todos mis vasallos
I hasta mi nombre i mi vida
Por estrecharte en mis brazos."

Misterios del corazon,
Del alma oscuros arcanos,
¿Qué osada mente en su vuelo
Ha logrado penetraros?

Hoi la dulce sensitiva
Trasplantada a climas varios
Es para el alma, misterio;
Para el corazon, encanto.

Quizá el espíritu duerme
De Jahuel entre sus ramos,
Como duermen los suspiros
En los virjinales labios;

Por eso tímida jime,
De otra belleza al contacto,
I se estremece e inclina
Hasta la tierra su tallo.

¡Hechizo de la inocencia,
Del amor sagrado arcano!
¿A qué corazon no embriagan,
Sensitiva, tus encantos?....

1875.

RAIMUNDO LARRAIN C.

EL HOMBRE FELIZ.

(CUENTO.)

(Conclusion.)

—No seas lijero en jurar, Manuel, le contestó Ramon. Puede que alguna vez te veas obligado, apesar tuyo, a tomarlas, sino por gusto a lo ménos por ceder a repetidas instancias i no pasar por un hombre descortes i rudo.

—Mantengo mi juramento; no las tomaré aun cuando tuviese que quedar como un zote i mal educado ante el mundo entero. ¡Qué! ¿Es por ventura el mundo quien me da a mí la tranquilidad de conciencia de que disfruto? Nó, señores. I si la pierdo por darle gusto al mundo, talvez por un mero capricho, ¿él, acaso, podrá devolvérmela? Nó, Ramon; nó, amigo mio. El mundo es *el valle de lágrimas*, i puesto que hemos de llorar, lloremos lo ménos posible. Cuidemos de no dar ningun paso en falso, no sea que se nos tuerza el pié i midamos el suelo con nuestro cuerpo. Aunque me llamen aburridor i sentencioso les repetiré lo de siempre: El hombre que anda en malos pasos, tarde que temprano habrá de arrepentirse; sigamos por la senda de las buenas acciones i venga lo que viniere.... Pero, atencion, que voi a seguir la lectura.

"Vióse, pues, de la noche a la mañana reducido a la mayor estrechez el que poco ántes era el tema obligado de las mas animadas conversaciones, por su colosal fortuna. Murió desde aquel dia para el mundo el jóven millonario; pero de sus cenizas, cual nuevo fénix, renació pobre i de todos despreciado el que, tanto con riqueza como sin ella, era solo Gaspar Ponce. Al cerciorarme de mi ruina perdí hasta la conciencia de mi sér; alelado quedé como el hombre que ha experimentado una dolorosa caida; pero esta insensibilidad no se prolongó. Pronto se sosegó mi espíritu inquieto i la fria reflexion llegó a ocupar el lugar de la zozobra. Mediante ella ví como al traves de un velo la conducta que debia seguir.

Lucharé, me dije en un rapto de febril impaciencia, lucharé a brazo partido con la suerte i recuperaré por medio de un trabajo incesante, si no toda, a lo ménos una parte de la fortuna que tan necia e inconsideradamente he derrochado, i si ello no es po-

sible, si está decretado que haya de luchar siempre con la pobreza, sea: lucharé como bueno, con todas mis fuerzas, hasta que Dios disponga de mí. ¿Tendré que decir aquí que me ví obligado a abandonar la casa lujosa que fué en un tiempo morada del placer? ¿Diré aquí tambien que esos grandes amigos que en mi riqueza me incensaban, fueron los mas grandes indiferentes cuando me vieron umbral adentro en el miserable casucho de la pobreza? ¡Ah! recuerdo fatigoso; mas, por otra parte, rica experiencia del mundo, de los vicios i de las pasiones! En aquel dia un considerable número de esas personas que se llaman caballeros, sin tener de tales mas que ese vano título que se aplican gratuita i descaradamente, cortaron conmigo unas relaciones que les eran ya demasiado inútiles i sobre inútiles, enojosas. Profundamente me hirió ese desleal proceder. ¿Era posible que séres a quienes tanto habia protejido se comportaran de esa manera?

Con esto, aquel orgullo desmesurado que adquirí en mis tiempos de prosperidad se desarrolló mas i mas en mi abandono i llegó a ser grande i poderoso en mí. Cuando encontraba en mi camino algun antiguo conocido, variaba yo de rumbo para evitarme un mal rato o si esto no era posible apénas sí me dignaba saludarle.

Si alguna persona bondadosa se condolia de mi infortunio, en lugar de agradecerle su buena solicitud en mi obsequio, decíale con altanería: Guarde Ud., señor, para otro sér mas infeliz que yo los consuelos que me da i que no he menester. Jóven soi aun i apto para el trabajo, i habiendo perdido mi patrimonio por mi culpa, veo en Ud. i otras personas, que de ello se conduelen, otros tantos censores, aunque indirectos, de mi conducta. De este modo acabé de enajenarme las pocas simpatías que algunos individuos me conservaban.

III.

"Trazada la línea de conducta que me proponia seguir, ningun sacrificio me arredró en adelante por doloroso que fuera. Reduje mis gastos a su mas simple expresion. Me prohibí por completo el exquisito vino i el delicado cigarro que fueron mi delicia en mi prosperidad. Me retiré de toda sociedad, no asistiendo a reuniones o paseos, ni espectáculos de ningun jénero; no recibiendo ni devolviendo visitas; viviendo, en una palabra, con el placer i la holgazanería que tanto habia acariciado yo en otro tiempo.

Ni mis parientes, aun los mas cercanos, fueron excluidos de la comun regla, a fin de no tener que tratar con alma viviente miéntras mi posicion fuese precaria, i ahorrarme humillaciones que estaba en mi mano evitar. Acudí a los libros en mis ratos de li-

bertad, i ellos no me fueron infieles ni enemigos. Me deleitaban sin fatigarme; me enseñaban sin ayuda de dómine; proporcionábanme, en fin, lo que jamas me hubieran proporcionado el fausto i el esplendor: la instruccion.

En mi carácter i manera de vivir se habian operado tambien notables cambios: de alegre i comunicativo me volví sério i melancólico; i de perezoso i amigo de quedarme en la cama hasta mui avanzada la mañana me transformé en madrugador. ¡Ah! en esta época de mi vida, época de rudos afanes, que a veces me hacian perder la cabeza, aunque tarde i bien a mis espensas comprendí que la esmerada educacion que mis padres me dieron era el mejor patrimonio que hubieran podido legarme. Sin los recursos que ella me proporcionó hubiera yo muerto de hambre, porque era mui soberbio para tender la mano a nadie en solicitud de una limosna.

Cuando el recuerdo de mejores dias asaltaba mi mente, abandonábame toda mi entereza i una furtiva lágrima surcaba mi mejilla, mui a mi pesar. La reflexion venia en breve en mi auxilio, serenábase mi espíritu i me echaba en rostro mi debilidad. Soi un necio, me decia, en recordar un pasado que ya no existe: tratemos de vivir en lo presente i de allegar algo tambien para el porvenir. Sin embargo, apesar de la gran estrechez en que vivia i los sensibles cuanto ménos merecidos desengaños que recibiera, complacíame en llamarme siempre *El Hombre Feliz.*"

—Ya creo en la existencia de la felicidad, exclamó Ramon admirado. Si un hombre tanto mas rico que yo quizás, reducido repentinamente casi a la indijencia, se considera feliz ¿por qué no he de serlo yo tambien? Sí, lo seré a despecho de todas las desgracias que experimente en adelante.

Manuel continuó la lectura.

IV.

"Solitario vivia yo en el mundo, como puede vivir un hombre en medio de un desierto, ajeno de cuanto pasaba a mi alrededor i en un completo olvido de las personas i de las cosas. En esta posicion un rasgo verdaderamente admirable me reconcilió casi por completo con la especie humana. Juzgad cual seria mi sorpresa al recibir un dia la visita de un jóven: sorpresa que debió traslucirse en mi semblante. Despues de los saludos de estilo el recien llegado me dijo:

—Veo, señor, que se asombra Ud. de verme en su casa cuando quizás Ud. no me conoce.

—En efecto, le respondí ya tranquilo, no recuerdo haber visto a Ud. ántes de ahora.

—Me vió Ud., señor, cuando yo era mui jóven i he variado tan-

to desde entónces que no es raro no me haya conocido Ud. ¿Recuerda Ud., señor, a don Jervasio Vaina?

—Mucho, señor, como que fué un excelente amigo de mi finado padre i tambien mio.

—Pues bien, señor, el hijo mayor de don Jervasio es el que tiene el gusto de hablar a Ud.

—Permítame Ud. estrechar su mano, señor; los hijos del buen amigo don Jervasio son tambien mis amigos.

—Gracias, mil gracias, señor, dijo conmovido el jóven.

—I ¿a qué debo la satisfaccion de ver a Ud. en esta su casa, señor....?

—Calixto, un servidor de Ud.

—¿Señor don Calixto?

—A un deber que ántes de ahora no me ha sido posible cumplir, dijo el jóven. Si Ud. me lo permite recordaré, de carrera, el pasado de una familia íntimamente relacionada conmigo.

— Puede Ud. hacerlo, jóven.

—Vivia en cierta ciudad un buen hombre cargado de familia i de escasísimos recursos. El no divisaba porvenir alguno, porque todo era tinieblas i desesperacion. La Providencia en sus ocultos designios condujo de inusitada manera hasta la casa del pobre a un caballero bondadoso que comprendió a la primera ojeada la estrechez en que la familia vivia; i queriendo recompensar de algun modo la benévola acojida que se le dispensó, al tiempo de despedirse ofreció en préstamo, sin interes alguno i por un tiempo ilimitado, al dueño de casa una gruesa cantidad de dinero. Aquel rechazó por delicadeza la oferta i a los ruegos de su mujer respondia:—Pero mujer, ¿cómo quieres que acepte nada cuando no podria devolver ese dinero, si por casualidad llegase a perderlo?—I la esposa replicaba: Tú te pones siempre en el último caso. ¿Para qué rehusar esa suma que con tanta expontaneidad te es ofrecida, cuando con ella puedes aliviar la suerte de tu familia i educar a tus hijos?—El dinero fué al fin recibido i mejoróse la situacion de aquella familia. Todo termina: el bienhechor i el agraciado murieron; el último, encargando a su mujer e hijos que pagaran la sagrada deuda a los herederos del primero. El hombre que jenerosamente socorrió a aquella familia desvalida fué su señor padre de Ud., i la familia es la mia.—He venido, pues, prosiguió el jóven, a cubrir a Ud., señor, parte de esa sagrada deuda i a constituirme por un documento deudor de Ud. por el resto.

I esto diciendo vertió sobre la mesa una crecida cantidad de monedas de oro i una obligacion en toda forma que de antemano traia preparada.

El sencillo relato de aquel jóven me conmovió profundamente i abrazándole, llenos los ojos de lágrimas, díjele que nada me debia, desgarrando a su vista el documento aludido.

—Nó, señor, me contestó él con entereza. El servicio que su se-

ñor padre prestó al mio fué inmenso. Mediante él pudo vivir holgadamente mi familia i seguir cada uno de nosotros una profesion. Ahora bien, yo ya he terminado la mia; ella me proporciona, sin grandes esfuerzos de mi parte, lo necesario para el sosten de mi madre i hermanos, i algo tambien para ir cancelando a Ud. paulatinamente el resto de la deuda.

—Nada he encontrado, entre los papeles de mi padre, que me revele la existencia de esa deuda, añadí vacilante.

—Ella, sin embargo, existe, señor, me observó; i es un hecho notorio a toda mi familia que no ha sido cancelada hasta ahora; i esto nos basta. Así, pues, señor, no mas vacilaciones i guarde Ud. ese dinero que lejítimamente le pertenece.

—Recuerdo ahora, le dije pensativo, haber leido entre varios documentos legados por mi padre, uno en cuyo rótulo se leia: *Préstamo hecho hoi, 27 de marzo, a mi amigo Jervasio Vaina sin cargo de devolucion.* Ve Ud., pues, jóven, que me es casi imposible recibir ese dinero, porque en lugar de préstamo fué dádiva la que quiso hacer mi padre.

—Dádiva que el mio no aceptó jamas, me contestó él al instante. I en seguida agregó: Guárdelo Ud., señor, pues aunque no quiera Ud. recibirlo o quiera condonarme parte de la deuda, protesto a Ud. que no lo permitiré.

Apesar del tono con que pronunció las anteriores palabras, que denotaban su firme resolucion de no aceptar la menor cosa, determiné insistir.

—Me pone Ud. en el duro trance de tener que rechazar esa suma, jóven, le dije, si persiste en su negativa.

—¿I por qué habria yo de aceptar la parte que Ud. me ofrece, señor? me contestó. No lo recibiria a título de dádiva, porque, como ya dije a Ud. ántes, mi trabajo me proporciona lo necesario para el sosten de mi casa; ni a título de recompensa, porque la suma que acabo de entregarle es una mera devolucion. ¿A título de qué la recibiria entónces?

—A título de préstamo, le indiqué yo vivamente, con la intencion de proceder en esto tomando por modelo a mi padre.

—Tampoco, señor, me replicó, porque no la necesito.

—Sin embargo, volví a insistir de nuevo, ya que Ud. no quiere aceptar nada, dedicaremos parte de esa suma a obras pías.

—Ud. es mui dueño de darle la inversion que crea mas oportuna.

—Sí, añadí, pero al hacerlo, me voi a permitir tomar el nombre de Ud.

—Es decir, que Ud. hace la limosna i yo cargo con los agradecimientos. Esto no me parece equitativo.

—Sin duda que lo es.

—Sea como Ud. quiera, señor, me dijo despues de una breve pausa. Ganaremos alguna vez induljencias con Ave-Marías ajenas, como se suele decir.

I con esto terminó nuestro diálogo.

Distribuí, pues, a nombre de mi amigo, entre varios establecimientos de caridad, la suma que le habia señalado.

V.

"Hastiada de perseguirme la fortuna, empezó a sonreirme desde aquel dia.

A la devolucion de la suma indicada, cuya deuda apénas recordaba, siguiéronle otras i otras.

Recibí mas de una vez las visitas de personas que habia ayudado en mejores tiempos i que, por causas independientes de su voluntad, no habian podido pagarme ántes.

Papeles i documentos que consideraba de ninguna importancia, la adquirieron a su vez, considerable, a mis ojos.

Se hallaba entre éstos uno que estuve muchas veces a punto de desgarrar.

Habian procedido con tanta deslealtad hácia mí, tan inícuamente, que el solo recuerdo del hecho me sacaba fuera de quicio.

Cuando perdida ya la esperanza de recobrar nada por el largo tiempo trascurrido i deseoso de evitarme inútiles mortificaciones iba a entregar a las llamas el documento aludido, fué a verme el individuo que habia abusado tan torpemente de mi buena fé i pidió hablarme.

A su vista, se renovaron todas las amarguras que me habia ocasionado su negra accion, ofuscóse mi mente i cegado por la cólera, exclamé:

—¿Con qué derecho se atreve Ud. a pisar los umbrales de mi casa, cuando de un modo tan infame me engañaron Ud. i sus hermanos?

Inmutóse ante tan extraordinaria salida aquel hombre; mudó varias veces de color su rostro; enmudeció un buen rato; i repuesto al fin de su emocion, me dijo:

—Merezco, señor, las duras palabras que Ud. acaba de pronunciar i de ellas no me doi por ofendido.

Aquella explícita confesion de su falta apaciguó mi cólera instantáneamente i me sentí pequeño ante tan cristiana mansedumbre.

Vuelto a recobrar mi natural estado,

—¿Indíqueme Ud., le dije, el objeto que a esta casa le conduce?

—Se lo diré a Ud. brevemente, señor, me contestó. Me permitirá Ud. que haciendo una pequeña digresion, traiga a la memoria pasados sucesos.

Cuando tuvimos la desgracia de caer en falencia, comprometiendo a Ud. por fuertes sumas en ella, como nuestro fiador, pedimos quitas i esperas a nuestros acreedores, las que nos fueron

concedidas, aunque con alguna dificultad. Continuamos siempre el mismo negocio que habíamos llevado hasta allí; pero, apesar de nuestros constantes esfuerzos por reunir lo preciso para cubrir nuestras deudas, hemos luchado infructuosamente contra la suerte, pues hásenos mostrado ésta siempre adversa i nada hemos podido hacer. En situacion tan desesperada, hace cosa de un mes o mas que nos escribieron participándonos que una de las minas que mas desembolsos i sinsabores nos cuesta, como que ella fué la causa primordial de nuestro fracaso, *la Desgracia*, en fin, estaba en alcance. Escasa importancia dimos al principio a la noticia, considerándola una de tantas ilusiones como se forja continuamente el minero; pero la afirmacion no ha tardado en venir con datos mui lisonjeros i positivos sobre el magnífico estado de la mina.

Parece que el alcance es soberbio, tal como no se habrá visto otro igual hasta ahora."

—Bella oportunidad para cubrir sus deudas, interrumpió Pablo.

—No me interrumpa, señor impaciente, dijo sonriendo Manuel i dejando el libro a un lado para tomar aliento.

—¡Adelante, lector, adelante! agregó Ramon, parodiando a Pablo; que si a cada paso nos detenemos, no oiremos el final de la historia, porque nos quedaremos ántes traspuestos!

—Vaya que son Uds. rencorosos, mis amigos, les replicó Pablo; i qué bien sabe Ramon volver la oracion en pasiva.

—Con vuestro beneplácito continúo, caballeros, dijo Manuel cojiendo de nuevo el manuscrito.

"Nuestra primer dilijencia, al considerarnos poderosos, es volver por nuestro honor, haciendo desaparecer la fea mancha que aquel fracaso arrojara sobre nuestro nombre. De comun acuerdo, mis hermanos i yo, hemos determinado subsanar todos los perjuicios que nuestra quiebra haya podido ocasionar a nuestros acreedores. Ud., señor, fué el mas perjudicado de todos ellos i por lo tanto merece ser tambien cubierto, primero que nadie, íntegramente de sus créditos con sus respectivos intereses.

—Con que me paguen Uds. el capital, me daré por mui satisfecho, le interrumpí yo.

—Abonaremes tambien a Ud., señor, los intereses de esas sumas hasta el dia de hoi, me respondió. I al proceder así, no crea que hacemos con Ud. una excepcion, porque del mismo modo procederemos respecto de nuestros demas acreedores, apesar de no estar obligados por la lei a devolver las quitas que aquellos nos concedieron.

—Proceden Uds. con hidalguía, como deben proceder los caballeros, con arreglo a su conciencia, que es la mejor lei a que pueden Uds. ajustar sus procedimientos ulteriores, le repliqué. De este modo quedarán Ud. i sus hermanos completamente rehabilitados en el concepto público.

—Ese es nuestro deseo mas vehemente, señor, agregó; i para conseguirlo, no omitiremos sacrificio alguno de nuestra parte, por doloroso que sea.

I cojiendo su sombrero, cuando todo se hubo arreglado, próximo ya a partir:

—Espero, señor, me dijo, nos perdonará Ud. el haber abusado de su buena fé en otro tiempo. Movióno a ello por una parte el deseo de conservar ilesa nuestra honra i por la otra el temor de quedar en descubierto i tener que suspender nuestros pagos, lo que nos vimos desgraciadamente obligados a hacer mas tarde, a pesar de esto.

—El paso que acaba Ud. de dar lo borra todo, señor, le contesté. Yo, a mi vez, tengo que pedir a Ud. un favor.

—¿I cuál puede éste ser, señor?

—Que tenga Ud. por no pronunciadas las crueles palabras que vertí en un acceso de cólera al ver a Ud.

—No las he vuelto a recordar, ni las recordaré jamas, señor, me replicó saludando i tomando en seguida el portante."

—No se puede negar que obraron con delicadeza esas jentes, al cubrir íntegramente sus créditos cuando a ello no estaban obligados por la lei, observó Ramon.

—Tal proceder borra completamente sus pasadas faltas, añadió Pablo, o al ménos, si esto no es posible, las atenúa considerablemente.

—Tienes razon, Pablo, indicó Manuel; el temor de caer en falencia les hizo cometer una innoble accion, cuyos efectos han procurado hacer desaparecer por completo, pero cuyo recuerdo conserva indeleble la memoria.

—¿Han observado Uds. la facilidad con que el hombre se enriquece cuando le sopla próspera fortuna? preguntó Ramon.

—Reñido estoi con tan inconstante diosa, exclamó Pablo con amargura. Jugóme una que la recordaré toda mi vida.

—Deseamos saber esa historia, exclamaron Ramon i Manuel a una.

—Nada es tan fácil como complacer a Uds., amigos mios, replicó Pablo. Héla aquí: Ocurriósele una vez a un hombre, considerado por todos como un infeliz, el comprar una partida considerable de un artículo de escaso valor. Sin justificado motivo, sin causa alguna aparente, adquirió aquél al poco tiempo un precio elevadísimo. Por tan casual coincidencia realizó aquel infeliz considerables beneficios en su especulacion. Divulgóse mui presto la noticia, súpolo rápidamente toda la jente en el pueblo en que aquel vivia i hacíanse todos lenguas ponderando su prevision i talento, cuando habia procedido como todos: al acaso. Envalentonado con tan feliz éxito, tuvo la malhadada ocurrencia de volver a probar fortuna. ¡Ojalá nunca se le ocurriera! Cuando penetraron los demas su intento, extraño furor se apoderó de ellos por seguir sus huellas. Alcanzó el artículo precios fabulosos con

semejante demanda, como es fácil de suponer. Compraron fuertes cantidades, sin embargo, los que deseaban hacerlo, entre los cuales hallábase vuestro amigo Pablo, que cayó tambien en el garlito. Llegado el caso de realizar la especie para evitar su descomposicion, resultó haber cantidades considerables de ella, lo que introdujo un pánico terrible entre los tenedores del artículo, que creian haberlo abarrotado por completo. Diéronse, en consecuencia, prisa en realizarlo i tan buenas trazas se dieron, tanta actividad desplegaron que, junto con realizar la especie, se vieron ellos, el infeliz, oríjen inocente del mal, i yo, completamente arruinados.

—Qué solemne chasco te llevaste Pablo, por seguir ciegamente a los demas, dijo Ramon.

—Tan completo, contestó el aludido, que aun no me repongo de él.

—Pero ¡hombre! observó Manuel; te quejas de la suerte i dices que te ha golpeado, cuando tienes tú la culpa de todo. ¿A qué diablos ir a especular en un artículo que habia alcanzado tan subido precio, por seguir el ejemplo de los demas? Bueno es esto cuando por la ninguna demanda el artículo declina considerablemente de precio. Este i no otro es el momento afortunado de entrar en esas empresas donde se improvisan rápidas fortunas.

—Pero donde se pierde tambien hasta la camisa, caso de irle a uno mal, arguyó Ramon.

—Sí, cuando se marcha al acaso i sin la debida cordura, como procedió Pablo, contestó Manuel.

—Aunque mui a mis espensas he llegado a convencerme de esto mismo, observó el narrador. I lo poco que hasta ahora he logrado reunir, no lo perderé tan neciamente ¡nó!

—Los golpes enseñan a los hombres, mi buen amigo, agregó Manuel sentenciosamente, volviendo a cojer el manuscrito i continuando:

"Esto, unido a la bella accion que referí ántes, modificó por completo mis ideas.

En medio de la amargura que me produjeron los pasados desengaños, habia medido a los hombres por un rasero, considerándolos a todos igualmente ingratos, igualmente malos.

Conozco que anduve desacertado al desconfiar del hombre en jeneral, puesto que la experiencia me pone ahora, como me puso ántes, de manifiesto que los hai cumplidos. Debo confesar injénuamente que estaba en el error cuando creia que la honradez, probidad i demas virtudes, habian abandonado nuestro planeta.

VI.

"A la vista de aquel dinero, creí que la fortuna se entraba de rondon en mi casa.

Parecíame imposible que fuera yo el único poseedor de él. Complacíame en contarlo i volverlo a contar nuevamente; palpábalo una i otra vez; hacia, en fin, los mismos extremos que hace el niño a quien se da un juguete por el que ha suspirado largo tiempo sin poderlo conseguir.

Juzgue cualquiera de mi situacion.

De una pobreza extremada habia pasado a ser, en un momento, poseedor de una regular fortuna.

¡Nada de privaciones! me dije en el colmo de mi entusiasmo, ¡nada de ahorros o economías! harto he luchado con la miseria i estrechez para no proporcionarme ahora todas las comodidades posibles, pudiendo hacerlo. Mas, reflexionando un instante despues, ví que el plan que en mi entusiasmo me habia propuesto seguir, me conduciria de nuevo a la miseria de que acababa de salir. Soi un loco, me dije, volviendo en mí, en construir castillos en el aire que a nada conducen. ¿Qué a mí las comodidades que todos anhelamos con vehemencia? Sin otra ambicion que la de vivir tranquilo, sin necesidades ficticias de ningun jénero, servicio que debo a la pobreza ¿de qué me servirian ellas? No tengo deseos de volver a caer en la miseria. Sensible cosa es esta para quien ha nacido en la opulencia. Yo, que los graves inconvenientes de entrambas situaciones he palpado, conozco eso perfectamente. Buena es la pobreza, pero para experimentarla una sola vez, por corto tiempo i como por via de ensayo, como la experimenté yo mismo."

—Aquí parece contradecirse a sí mismo tu amigo Samuel, exclamó Pablo, dirijiéndose al lector.

—¿De qué manera? preguntó el aludido, cerrando el libro.

—Antes entonaba himnos en loor de la pobreza, i ahora nos viene diciendo que es una cosa temible i buena solo para servir de ensayo, replicó el primero.

—No veo en dónde se encuentre ahí la contradiccion.

—¿Cómo no? dijo Pablo; ¿no decia tu amigo que se encontraba mui bien i se consideraba siempre el hombre feliz, aun en medio de su pobreza?

—Es precisamente lo que decia, le interrumpió Manuel.

—¿Por qué aceptó entónces las cantidades que le fueron devueltas, si variando con ellas de posicion no sabia si podia considerarse siempre tan feliz? replicó Pablo.

—No seas loco, Pablo, le dijo Ramon, terciando en la conversacion. Por mui poderoso i feliz que se considere el hombre, siempre desea serlo mas i mas, buscando incesantemente los medios de conseguirlo. Esto sentado, bien ves que el amigo de Manuel, aunque mui feliz, solo obedeció a la comun lei al aceptar el dinero que le fué devuelto.

—Confieso mi error, agregó Pablo, despues de un momento de reflexion, convencido de lo que decia su amigo.

"Me preocupó bastante la idea de la inversion que daria a ese

dinero, dijo Manuel tomando el libro i leyendo maquinalmente.

"Despues de vacilar un momento: le distribuiré, me dije, con las debidas seguridades i a un módico interes, entre los pobres, beneficiándoles de este modo grandemente, sin exponer mi capital; i con lo que él produzca viviré tranquilo en una honrosa medianía. Para llenar completamente mi objeto, busqué aquellos comerciantes, industriales i agricultores de notoria honradez i capacidad, redimí sus deudas i alivié su suerte considerablemente, rebajándoles a desusado nivel la tasa del interes.

Cundió presto la voz de *mi necedad*, como llamaban muchos al deseo que yo abrigaba de ayudar a las jentes honradas i laboriosas, i acudian todos presurosos a pedirme los auxiliara en sus apuros.

En brevísimo tiempo distribuí todo lo de que podia disponer.

Teniendo mi porvenir asegurado i hastiado de verme solo, determiné elejir una compañera.

El cielo se encargó de deparármela cumplida.

Como visitara a menudo la casa de mi amigo Vaina, me enamoré perdidamente de una de sus hermanas, tierna i candorosa niña de quince años. No pudiendo resistir mas el deseo de llamarla mi esposa, me apersoné un dia a mi amigo Calixto i le hablé de esta suerte:

—Te voi a hacer depositario de un secreto de que dependerá sin duda mi futuro bienestar. Estoi enamorado, le dije.

—¡Hola! ¡hola! ¿i quién es la beldad que ha podido hacer latir ese corazon de hielo? me preguntó

—Es Primitiva, le contesté, encendido como una amapola.

Revistióse su semblante de desusada seriedad, i me contestó gravemente:

—Si tu determinacion es invariable, Gaspar, ya sabes tú a quien poder dirijirte para pedir la mano de mi hermana. Mas, cumple a mi lealtad el indicarte que Primitiva solo posee por todo patrimonio un corazon puro que poder ofrecer al que se digne elejirla por esposa.

—Eso nada importa, le repliqué yo al instante, agregando: te ruego con encarecimiento le hables a tu digna madre sobre el particular.

Tomándome entónces Vaina de la mano:

—Ven, me dijo,que voi a conducirte a su presencia, para que puedas hablarle tú mismo.

I sin oponer la mas leve resistencia me dejé conducir como un niño.

Al verme en presencia de la señora, poco faltó para que perdiera toda mi entereza.

Vino entónces Calixto en mi ayuda.

—Madre, la dijo, mi amigo Gaspar desea le conceda Ud. la mano de Primitiva.

Me miró profundamente aquella señora; reflexionó un momento i luego me dijo:

—Ante todo, debo prevenir a Ud., caballero, que somos pobres i que vivimos del trabajo de Calixto.

—Ya habia tenido éste la lealtad de indicármelo, señora, contesté. Pero debo agregar a Ud. que yo sabia de antemano esta circunstancia, desde que, con tanta jenerosidad, me fué devuelta la suma que prestó en otro tiempo mi padre al señor esposo de Ud.

—Entónces, señor, me dijo, puede Ud. dirijirse personalmente a Primitiva i exponerle su peticion que yo ratificaré gustosa si ella da su consentimiento.

Hícelo así en efecto, i convencido del cariño que Primitiva me profesaba, me uní a ella poco tiempo despues.

VII.

"Los dias mas felices de mi vida fueron los que pasé al lado de aquella mujer incomparable.

Dióme sucesivamente hasta tres hijos, dechados de gracia i belleza todos ellos.

Cuando alguna nube pasajera amenazaba empañar el cielo de nuestra felicidad, cojia la madre en brazos a alguno de sus hijos, i besándolo, me decia.

—¡Qué bello ejemplo es el que damos a este anjelito con nuestros disgustos domésticos!

Celosa de mi felicidad i bienestar vino la muerte a poner término a ellos, arrebatándome al hijo mayor i mas querido de todos, despues de una enfermedad de pocos dias.

Quebrantados por el dolor, como queda el árbol herido por el rayo, así quedamos entrambos esposos con la muerte de nuestro hijo.

Cuando el olvido parecia haber amortiguado un tanto la amargura, una nueva catástrofe, una nueva muerte, la de nuestro segundo hijo, vino a reavivar los dolores que nos causara la pérdida del primero.

Las continuas veladas de mi mujer a la cabecera del niño enfermo la hicieron contraer una afeccion al pecho, que aumentó aun mas con la intensidad del nuevo dolor.

Habria cedido gustoso toda mi fortuna, habria cavado gustoso la tierra, sobrellevado tambien gustoso las mayores sufrimientos i aun la muerte, sin exhalar una queja, en cambio de ver restablecida a mi esposa.

¡Pero estaba decretado que habia de morir!

Todos mis esfuerzos fueron inútiles; vanos mis desvelos, ineficaces los remedios i solícitos cuidados que se la prodigaron.

Cuando llegó aquel instante fatal, creí yo llegada mi última hora. La desesperacion se apoderó de mí i me hubiera dejado

morir de hambre si el recuerdo del hijo que aun me vivia i los ruegos de mis amigos no me hubiesen hecho abandonar mi intento.

Era preciso que viviera. ¡No habia aun apurado hasta las heces el cáliz de la amargura!

Habia notado que, año por año, con cierta diferencia, se iban muriendo las prendas mas queridas a mi corazon, así es que me estremecia de espanto al aproximarse el aniversario de tan luctuosas fechas.

Poco ántes de llegar una de éstas, enfermó mi tercer hijo.

La enfermedad no presentó al principio síntomas alarmantes, pero a medida que se acercaba el dia fatal, íbase empeorando el enfermo visiblemente. En vano fué que se apuraran todos los recursos de la ciencia, fué impotente para combatir el mal i sucembió el enfermo a su violencia.

Aquello acabó de trastornar mi cerebro, ya considerablemente debilitado por tantos i tan repetidos sufrimientos. Estuve durante cuatro meses suspenso entre la vida i la muerte, pero recobré al fin mi razon. Vaga melancolía se apoderó de mí desde entónces, la que no me abandona hasta la hora en que escribo por última vez en estos apuntes.

He quedado solo en el mundo, con el corazon destrozado por el dolor. Si no creyera que en breve he de seguir tambien la suerte de mi mujer e hijos la desesperacion se apoderaria de mí i quien sabe lo que despues sucederia.—Fin."

—Así acaba, señores, la historia del *Hombre Feliz*, dijo Manuel conmovido, cerrando el libro. I añadió: voi a cumunicaros algunos detalles mas sobre él.

El dia en que se cumpliera el 5.° aniversario de la muerte de su primer hijo, murió tambien mi infeliz amigo, legando a los pobres, en su testamento, toda su fortuna.

—¡Qué fin tan triste tuvo el *Hombre Feliz!* dijo Pablo, gravemente.

— Bien nos decia Manuel que no puede uno ser constantemente feliz, observó Ramon; he hallado en el curso de esta narracion mui bellos ejemplos que imitar i excelentes consejos que seguir, por lo que pido a mi amigo Manuel me obsequie los apuntes cuya lectura nos ha causado tan honda impresion.

—Todo lo que poseo pertenece tambien a mis buenos amigos Ramon i Pablo, contestó el aludido. Cedo, pues, gustoso, al primero los apuntes que me pide.

—Gracias, mil gracias, bondadoso Manuel, respondió Ramon.

—Hora es de que nos separemos, dijo Pablo, consultando su reloj, tomando su sombrero i el portante, despues de haberse despedido de ellos.—Despidiéronse Manuel i Ramon a su vez, tomando cada cual la direccion de su casa.—Santiago, Febrero 4 de 1876.

Joaquin MARTINEZ RUIZ.

JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

PARTE PRIMERA.

"Cum brevis esse laboro, obscurus fio."

HORACIO.

I.

Hai recuerdos en la infancia que a traves del tiempo persisten vivos en nosotros hasta con los menores detalles, al paso que se nos desvanecen otros mas importantes de la edad provecta.

El fenómeno de la memoria i el de los sueños, están poco averiguados; aparecen como auroras boreales en la esfera de nuestra razon.

Cierto que si yo contara algunos casos de aquellos mui primeros años de mi vida, tal i conforme ví las cosas, tal i como presente las tengo, nadie las creyera.

Nací en América, vine a España pequeñuelo; i de aquella naturaleza exuberante; de aquellas mis primeras vicisitudes i del modo de ser de las familias, allí bajo aquel clima, con aquella mezcla de razas de donde se desprendia cruelísima guerra, pudiera pintar con la óptica de la niñez, cuadros que harian renegar a mis lectores de la sinceridad con que yo los presentaba.

Cuando algo de esto me he permitido referir, solo a mis hijos, me han preguntado cuantos años tenia entónces, i apesar del respeto que me profesan, al responderles que dos o tres, se sonrieron como Sancho de don Quijote en lo de la cueva de Montesinos, cual si ellos sospecharan que yo hubiese soñado lo que a tanta distancia narraba, con la frescura que contar pudiera lo que me pasó ayer.

Esta advertencia recibo de mis hijos, junto a la suspicacia con que me reprenden mis amigos o mis compañeros en la guerra o en la política, cuando me interpelan sobre sucesos que ellos graduan ser de importancia; i lo fueron sin duda, mas que yo no retengo sino vagamente.

Sucédeme con mi propia historia lo que con mi peculio. Tengo presente, i creo que la reconoceria si hoi la viera, la primer momeda que tuve i guardé ensartada en una cinta de color de rosa: era un Wamba; i ahora nunca sé a punto fijo cuanto dinero llevo encima, ni cuanto guardo en mi casa. En fin, no sé capitalizar mi fortuna i desperdicio mi historia, pero recuerdo el primer real que poseí i los primeros pasos que diera en la senda de la vida moral e intelectual.

Huyendo, pues, de estos dos extremos; del uno por inverosímil' i del otro caso por ser yo sobradamente desdeñoso, quiero ahora entretener mis ocios rejistrando en los años de mi adolescencia.

De aquellos años en que, por ejemplo, cuando al terminarse el verano me daban la chaqueta de invierno, yo rebuscaba escrupulosamente en los bolsillos de la que fué i volvia a ser mi abrigo; i de las puntas de lápiz, de la pluma de un pájaro, de los pedacillos de papel, de los cachos de cáscaras de fruta seca, de las medias aleluyas, etc., despertabánseme reminiscencias; i allá a mis solas con estas barajitas a la vista, enhebraba historias tiernas entre comentarios tristes.

Así ahora, a vuelta de muchas digresiones, que son accidentes de paisaje, toques pictóricos, rompimientos de lontananza en los horizontes de mi pasado, presentaré destacándose al protagonista de este cuadro en el acto de su cruenta i justificada venganza, sin omitir el cómo recibió la muerte en desagravio de unas leyes que él no conocia.

II.

Hizo Dios el burro i halló que era bueno.

No puso en él las garras del leon, las astas del toro, el veneno de la serpiente ni los colmillos del javalí; porque Dios habia hecho el burro para los hijos de los hijos de los hombres, a prevencion de que vendrian los ferrocarriles.

I le dotó de mas orejas que a los otros animales para que oyera mas; i le cargó de paciencia para que pudiera sufrir i callar; i le dió por nombre, *burro*.

¿Qué quiere decir burro? se preguntaron entre sí los hombres; i como veian tan sufrido al animal de este nombre, se respondieron que burro es el que sufre i calla; i descargaron su peso, sus iras i sus sarcasmos, no solo en el paciente animal creado por el Sumo Hacedor, sino sobre los hombres que se le parecen.

Hizo Dios al hombre i halló que era malo.

Por eso le dejó el libre albedrío, que fué tanto como colocarle entre dos pienso, e igual a decirle: "ahí lo tienes, si te condenas que te condenes."

El hombre opta por el pienso de abominacion.

Sus dijestiones son lentas como la eternidad, i va a cumplirlas a un lugar depositado.

No le marca la jeografía.

Infierno es su nombre.

Infierno del burro es este mundo, porque el hombre es malo, pero el burro es bueno.

Tiene orejas para oir, i oye las mayores maldiciones.

Tiene paciencia para sufrir, i sobrellevó en sus lomos a Balaam.

De burro a burra va poca cosa.

Tiene sufrimiento para callar i habló cuando ya no pudo soportar la iniquidad.

Si las burras hablan, ¿qué no harán en esto los burros?

El burro canta.

Tiene los dos rejistros; el de pecho i el de cabeza, que ahora llaman el abierto i el cerrado.

Va, en prueba de ello, el caso cierto de un maestro de capilla en la catedral de Sigüenza, el cual tuvo un burro que entonaba el canto llano.

Cantábale acorde con el sochantre i con los sopranos.

En verdad que no vocalizaba, pero se corria desde el *si* bemol del bajo profundísimo hasta el *do* estridente del tiplecillo de coro.

Para dar paso del rejistro de pecho al rejistro cerrado no hai como el burro.

El lo usaba orijinariamente ántes que los profesores de canto dieran en el hito para dilatar rejistros artificiosos.

Una sola ventaja llevan al burro las primas donnas mejor amaestradas.

Estas acuden con frecuencia al trino, miéntras el burro solo apela a la extension. Oid a un burro cuando se pone en tension armónica de corral a corral con una burra vecina i conciertan. Nada de *fioriture;* su método es el compás.

El burro es valiente: no tiene las garras del leon, los colmillos del javalí, el veneno de la serpiente, ni los cuernos del toro. No la busca, pero no la huye; no embiste, pero se sienta i aguarda.

En casos apurados cada uno se defiende con lo que puede.

En aquellos tiempos Fernando VII i otros, vimos en el circo de Bilbao un burro sentado.

Así esperaba a dos perros de presa, a los que no habia ofendido en lo mas mínimo.

Embistiéronle brutalmente, i él los recibió a punta-cascos hasta dejarlos cachifollados.

Cuentan que no hai que echarla en saco roto.

En verdad que muchos teólogos, i yo con ellos, creemos que Salomon no se salvó.

Tambien yo solo, para mí solo, tengo un burro que se llama Salomon por lo que sabe.

Hijo de padres pastores (de burro i burra de rebaño) su ciencia es infusa.

Voi en él por sendas ignoradas hácia despeñaderos pavorosos, como Dante guiado por Virjilio.

No me ensancho en la apolojía de mis viajes en mi burro, para que no se diga que hago literatura dantesca ni pedantesca.

Mi burro es sábio de orejas a rabo, sin otro vicio que el que dominó de punta a punta a Salomon... entendámonos: mi burro es débil con las burras.

Del asno de Apuleyo, lindamente contadas están las excelencias: i de Luciano, convertido en asno, indico, que si bien a costa de sus costillas experimentó que el burro es bueno i el hombre es malo, apénas vuelto a ser Lucio ya quiso ser rucio, cuando vió que la mujer es mas grande que el hombre.

"Entiéndame quien me entienda."

Del alma de Luciano en cuerpo de burro todos sus contemporáneos decian que era burro, i descargaban en él como los hombres de hoi sobre los hombres pacientes.

Para concluir doi salto atrás.

Dios hizo el burro para los hijos de los hijos de los hombres a prevencion de que vendrian los ferrocarriles.

Cansados se verán los escojidos por la fortuna, que son los mejores; i se llaman los aristócratas; cansados se verán de ser traidos i llevados con tanta velocidad: i tendrán en regaladas cuadras borricos de regalo

La locomocion impaciente será solo para el trabajador que ama el tiempo.

El rico ama el espacio; e irá de espacio.

Entónces serán las categorías segun la velocidad.

El convoi de viajeros será la recua de los necesitados; i la recua de burros será el tren expreso de los ricos.

¡Oh amigo burro!! Tú serás reintegrado en tus derechos, si ahora apénas es tuyo tu rebuzno.

Los gramáticos te roban la palabra, llamándola interjeccion; los retóricos plajian la oracion; i solo los lójicos te hacen justicia, pero éstos son poquitos.

Si yo fuera retórico me despediria de tí apropiándome sin escrúpulo la siguiente frase tuya.... ¡Oh! i ¡oh! mas ¡oh! que multiplicado por ¡oh! es igual a decir ¡oh mi amigo burro!

III.

En la época a que me voi a referir estaba yo en Barcelona encerrado en un colejio de primera enseñanza: i por las vacaciones sacábanme mis parientes, para llevarme a la casa paterna.

En esto de la casa paterna, cuanto mas aludiendo a las casas pairales de Cataluña, no he sido mui exacto. Diré, pues, que venia a Barcelona algun pariente mio i me sacaba de aquel tristísimo colejio para llevarme a la casa del padre de mi padre.

. . . . . .

Mi buen padre era hijo segundo. El i mi noble madre habian muerto; i yo i mis seis hermanos, dejados en el mundo sin asilo al comenzar la vida, así como peregrinos que apartan la mirada del sitio por donde avanza la tormenta, volviamos la vista hácia la familia, en aquel entónces presidida por mi tio el *Hereu*, dado que tambien acababa de fallecer mi abuelo. Fué mi abuelo recuerdo de los antiguos patriarcas que acreció la tribu, i llegado a la senectud la bendijo al despedirse.

Erase tambien la época anterior a las dilijencias, o andarian éstas tan en corto número que el tránsito de Barcelona a Jerona lo monopolizaban dos ordinarios con sendas tartanas. Del uno no sé el nombre, del otro sí; se llamaba "Servell-jirat" (sesos al revés) i por cierto que apesar de su apellido, o de su apodo, era sujeto sesudo.

Este nos trasportaba desde la capital del Principado a Jerona, hasta dejarnos en la casa de pupilaje de doña Rosa Zurra, donde ya nos aguardaba otra tartana de casa, para, el dia siguiente, despues de reposados, llevarnos al término de nuestro viaje.

Sobre quien era doña Rosa Zurra, acaso hable mas adelante.

En aquel tiempo, al salir de Jerona en direccion precisa a nuestro objeto, a las dos horas andadas, se dejaba la carretera de Francia i se torcia a mano derecha, entrando en un camino vecinal harto trabajoso, que conduce a una villa grande; mas a poco, sopena de no llegar al lugarejo en que está situada la casa de mis abuelos, teníase que abandonar el que ya apénas era camino practicable i se tomaba por una trocha que a lo mejor tropezaba en barrancos, los cuales habia que salvar de frente sin acudir a rodeos imposibles.

De cómo la tartana pasa por trochas i veredas, lo saben casi todos los españoles, a costa de agujetas; pero el cómo una tartana salva un barranco, llega al otro i tambien lo atraviesa i sigue la marcha, solo se sabe en Cataluña.

Un catalan de lanzadera, con zapatos de charol i gorra de visera, es un ciudadano de todas partes, como Garibaldi i cualquiera de los suyos véngaule de donde vinieren; pero un tartanero catalan de zurriago en mano, vestido con chaqueta i pantalon de pana, *berretina* encarnada i *espardeñas* con *flocs* o sean cintas que le sobran, es un San Cristóbal de la *ira de Deu* capaz de cargar con el niño de la bola i con la bola del niño.

La mula del tartanero es una alhaja; empuja, ceja i pára a la voz, vale por un buen par de lanza, tiene ménos fuerza que el que la manda i mira donde pisa, contando al parecer con lo que lleva a la cola; su amo lo sabe, los viajeros lo presumen; i en esta confianza, al llegar al barranco, entrega el tartanero las riendas al primer entartanado, i él en el acto pasa a la zaga del vehículo.

Mas aquí pudiera tachárseme de exajerado, si no advirtiese a quien leyere que para los casos de empresa temeraria, cual es el viaje Jerona a la casa de mis abuelos, suele el tartanero llevar

un ayudante de atrancos, a fin de que, segun las ocasiones, sirva de guia, o sea cirineo de la mula puesta en duda o colocada en aprieto.

Hecha esta observacion, a que me ha forzado la conciencia de fiel narrador, demos por llegado el momento en que la mula andando, andando, va i se asoma a uno de esos derrumbaderos. Ella lo mira de arriba a abajo e indica con las orejas que le causa miedo; los viajeros dicen para sí que tiene razon la mula i sienten como ella; pero el ayudante de atrancos acude en el acto mismo i se agarra al morro de la bestia, miéntras que con igual presteza el tartanero se aferra a la zaga del vehículo i en tan crítico instante, entre este que empuja i el otro que sujeta i ámbos que cargan con la tartana, los entartanados i la mula, allá van por los aires todos juntos, i en un santiamen, con un *reira de Deu*, cátenlos ustedes del otro lado!

No se ha dado caso de que vuelque una tartana así llevada, pero los entartanados vuelcan siempre, i sobre todo las mujeres, que revuelcan; porque ellas por acudir a las faldas, se agarran de sí mismas.

Exceptuado los muertos i no los heridos, se ve, pues, que el asalto a los barrancos es formidable, casi tanto como el ataque a la brecha de un reducto; pero pasado el último de los que defienden la llegada a mi lugar, ya se sube a Puig-Alegre i desde allí se descubre la casa solar.

Puig-Alegre es un cerro de forma cónica, el cual supera las colinas que le suceden, i son últimas estribaciones del Pirineo que por aquella parte van degradando, hasta que a su pié se tiende la *plana del Ampurdan*, limitada por el cabo de Creus i el golfo de Rosas.

En mi niñez, algunas mujeres de mi aldea creian que mas allá de Puig-Alegre no quedaba mundo.

¡Cuántas veces yendo yo de otro mundo mas pequeño que el que ahora vivo, al mundo mínimo de aquellas felices mujeres, cuántas veces, al llegar a aquel cerro coronado de pinos, me he sentado en su cumbre, i vuelta la espalda al mundo de mis dolores de orfandad de entónces, e instintivamente vuelta tambien al gran mundo de mis desengaños de hoi, i allí!.... ¡oh, cuántas veces he llorado de alegría!

Aquellas eran en el niño, lágrimas anticipadas, que suelen ser amargas i tardías en los hombres a quienes ha endurecido la fortuna i se encuentran de súbito que les aqueja la vejez, sienten la flaqueza i temen la muerte.

Veia yo la casa en que nació mi padre, i de él recordaba las melancólicas caricias; oia entre el rumor del viento sus últimas palabras.... "*¡Señor! ¡mis hijos!*...." parecíame huir de su sepultura i acercarme a su vida.... desplegabánseme en la memoria los horizontes espléndidos de la tierra en que nací brevemente dichoso, i me horrorizaba el recuerdo del colejio, como si

sintiera que, para trasladarme desde el hogar de mis padres, en América, al de mis abuelos, allí cercano, hubiese tenido que pasar forzosamente arrastrado por una cueva mui larga, mui oscura i poblada de jentes ceñudas a quienes no latia el corazon i que no habian tenido hijos.

Mas de cincuenta años han trascurrido; mis lágrimas de viejo están lloradas en la infancia; mi risa de niño es el caudal que guardo en la vejez para compartirlo con los niños.

Aunque no estuviese proferida para enseñanza, por el Alma de la moral la frase "venid a mí los niños," paréceme que me hubiese ascendido del corazon a los lábios.

Jesucristo tampoco tenia que darles mas que su inmenso amor.

IV.

Toda vez que se habia llegado a Puig-Alegre, era grata costumbre entre nosotros marchar a pié hasta casa. La voluntad de dejar el traqueteo es mucha, el trecho relativamente breve, el descenso suave i el panorama que se desarrolla en direccion al frente i término del viaje, anima al caminante, por lo que contrasta con el dejado atras i con el que por el lado norte se le ofrece a lo léjos.

Acá el olivo, el pino, el roble, la encina, los frutales, los viñedos i las mieses por valles i colinas, en una zona que les es comun: allá el fosco Pirineo, trabado de maleza, poblado de montes alcornocales, coronado de nieblas, i sobre él i por encima de las nieblas, la frente del jigante Canigó, que aborta el duro viento tramontano.

A medida que así se desciende, parece que la casa solar se va erijiendo, hasta presentarse entera por la espalda, un tanto flanqueada; pero sin revelar aun sus detalles.

Me han dicho que hoi está restaurada, contra el precepto de nuestros antepasados.

En aquel tiempo era una masa oscura, parda, térrea como los animales selváticos.

No quiero significar con esto que fuese tosca como lo son los lobos, para ocultarse i ocultar a sus víctimas su intento: pero sí que era disimulada como la corza, para no ser acechada i vista en su dormida.

No tiene, pues, la soberbia feudal; es posterior al envilecimiento humano, mas tampoco es humilde como el asilo de los envilecidos; i asentada cerca de otras casas pequeñas, varias veces se me ha representado como una fecundísima madre de muchos polluelos que viven a su calor. I tal era cuando solo la conocian en la comarca, cuando sus convecinos reverenciaban su ejido i vivian todos, los unos del trabajo que le prestaban, i los otros de la

limosna diaria que a la puerta recibian, dádiva de pan moreno, repartida por la mano de la *mestresa*, i medida segun la necesidad de cada pobre con relacion a su familia.

Si para los extraños era madre, por la caridad, para los hijos segundos era nido inolvidable, allá cuando éstos no salian de ella mas que para volar con vuelo corto desde allí al convento de Peralada, donde la virtud i la paciencia los elevaba a guardianes; o al monasterio de Ripoll, donde por iguales méritos ascendian a abades, o al pueblo de la Pubilla con quien casaban i vivian bien hallados, ántes por conveniencia que por amor; o al rejimiento, en fin, en que entraban de cadetes i se retiraban de subtenientes para ya no ponerse el uniforme mas que durante los dias de la fiesta mayor. El fraile, el monje i el oficial de la casa solar, eran de precepto; perdian el nombre de la pila, denominábanse por la profesion; i al verlos aparecer se decia en toda la comarca, ya ha llegado el fraile, ha llegado el monje, o ya ha llegado el oficial de la casa grande, como se dice en los pueblos de Castilla, "ya ha llegado la cigüeña" i nadie hai que lo extrañe porque todos la esperan.

Luego, a los hijos les brotaron mas las alas i volaron mas léjos.

Comenzó mi padre, que aspiró a mayores empleos en las armas; casó con española (frase catalana) i su nombre se pronunció en América. Siguieron otros, seguimos otros; i la casa fué escándalo a la memoria de nuestros mayores.

No hai fraccion social, familia ni individuo, que por mas aislados que parezcan estar, lo estén en efecto, de la corriente filosófica de su época.

Cuando una idea, o la fuerza material que la ayuda, invade una jeneracion, la idea por sí sola, o llevada por la fuerza bruta, corre, circula, llega, conmueve i ajita todas las fibras del cuerpo social, sin que basten a rechazarla, para no contajiarse de ella, la inocencia en su retiro, la voluntad en su negativa, o la ignorancia en su quietismo.... como ciertas enfermedades de la carne, las ajitaciones morales de los pueblos son constelativas.

La filosofía enciclopedista, la guerra de la independencia, la libertad de 1812; su represalia de 1820 i el duelo a muerte entre dos ideas antitéticas desde 1833 acá, son la constelacion de toda España.

Pero en aquel tiempo, era la casa de mis abuelos, como voi diciendo; i a ella no se iba mas que por estrechas sendas.

Oí decir por entónces, que varias veces preguntaron a mi abuelo porque no pintaba los frentes de su casa; a lo que el buen señor daba por respuesta que él no hacia ni lo uno ni lo otro porque no queria que su casa la vieran a distancia, i ménos que vinieran a ella los de léjos.

En efecto, a mas de media legua el edificio se confundia con la era, tapábanle a trechos los árboles; i los caminos que guiaban

eran solo sendas de servidumbre rural o trochas para los ganados; mas a medida que a él se acercaba el viajero, iba desarrollando un aspecto, si no sorpendente, inesperado i grato, i si no grandioso, singular.

Escribir cómo ciertas nobles familias catalanas, familias de *señores* que jamás ejercieron señorío, fundadas por los hijos segundos desprendidos de las casas troncales, escribir para explicar cómo i por qué han dado estos señores de espada i esteva una forma mixta i peculiar a la arquitectura campestre de las casas solares en que viven, seria cosa demasiado larga, cuando solo voi a contar, a vueltas con otras varias pequeñeces, la venganza de un borriquillo.

Digo, pues, que el aspecto de la casa de mis abuelos era i es inesperado i singular.

Surje de pronto, a quien de intento la busca; tiene tres plantas, i se ofrece desde la base al caballete en forma de un paralelógramo capaz de cobijar un rejimiento. Por dos de sus frentes, que son los que al escorzo se presentan, llegando de Jerona, tiéndese sobre arcadas el cuerpo principal, ceñido de una azotea en la que, sin muchas filas a retaguardia, un batallon tendria en batalla; mas esta azotea por lo macizo de los arcos de la planta baja o por la forma del conjunto arquitectural, a unos parecerá el terraplen de fortaleza, i a otros el tendedero de una fábrica.

En uno de los ángulos arranca desde el terrado una garita, i sobre aquélla se eleva otra que frisa con el tejado. A lo largo de ámbos lienzos, una fila de balcones dan paso a la dicha azotea, por ámbos lados.

Al flanco norte, cuyo frente no se ve, descuella un bastion que supera en mas de tres varas el resto del edificio: i asomando por encima de toda la obra, en su centro hai cierta torrecilla terminada en caperuza que resguarda una campana, la cual torre (por lo de la campana) a unos parecerá torre de la Vela i a otros campanario de convento. Luego, pegada a la casa, por el frente sur, tiende i se desarrolla mui prolongada cerca, sobre la que se elevan las copas de muchos árboles, a punto de imitar los límites de un gran parque.

Creo, pues, que el mas experto de esos Quijotes modernos, llamados *touristes*, al mirar por vez primera a respetuosa distancia la casa solar, diria para sí solo (porque los *touristes* no llevan Sancho) "aquello es un castillo feudal, feamente restaurado," i luego, al llegar a ella, resulta para todos que el baluarte es un pajar que abriga del viento tramontano, que los arcos son paso a las cuadras, bodegas i cocinas en que se fabrican i se guarda el vino i el aceite; que el terraplen es simplemente una azotea en que jamás se ha paseado un centinela; que las dos garitas son dos pajareras, que la campana no es de convento ni de castillo, i que allí está sin sonar, desde que dejó de tocar a somatén en la guerra de la independencia; que el parque no es parque sino

huerta que parece huerta de frailes i no es de frailes; i así desilusionado tras tanto castillo forjado en el aire, resultará a los ojos del *touriste* que la casa solar que creyó un castillo restaurado, es un rústico cortijo. Pero dará vuelta, para entrar bajo el techo hospitalario i cata otra vez que no le parecerá que la casa sea cortijo, ni castillo, ni palacio, i que allí está todo ello junto anómalo, confuso, pidiendo intérprete como el embrion del sueño de un persa o de un babilonio.

Pero no valga andarse por las ramas i vóime a lo palmario.

Quiero suponer un *touriste* que cansado de caminar, pidiera una cabalgadura para continuar en su manía de seguir viajando; i que no habiendo visto jamás un mulo, trajéranle uno.

Lo primero que miraria el *touriste* al mulo, es el tamaño, i se diria: "esto es caballo;" lo segundo, le contemplaría las orejas, i diríase: "pues esto es burro;" lo tercero, le esperimentaria en todo su porte i diria: "esto no es caballo, ni es burro, pero es animal vigoroso en que se anuncia el caballo, se asoma el burro i suple a los dos." Así pensando el *touriste* continuaria el camino cómodamente montado.

Sigamos, pues, nosotros en el reconocimiento de la casa, que si no es realizacion de un sueño del estrambótico Cambises, es el sueño de un abuelo mio, interpretado por un albañil, i que sino es un mulo vivo, es evidente que es un mónstruo simbólico, producto copulativo del consorcio de dos razas, cuales son la del caballo de guerra i la de la jumentilla del hombre del terruño.

Bien me sé que el mulo no es parto de los economistas modernos que tanto han creado, que tanto han dado a luz; pero lo parece. El mulo fué ántes por el amor, los economistas todo lo han parido despues por el cálculo; pero el mulo hecho a *priori*, parece hoi simbolizar el engrane de dos civilizaciones, el empalme de dos épocas, la épica i la prosaica, la de la guerra i la de los intereses materiales, la de la lanza i la del arado; el abrazo de Ricardo Corazon de Leon, con Jeremías Bentham: i lo cierto es que la casa solar de mis abuelos parece mulo monumental, *plantado* entre el campo de batalla i el campo de pan llevar.

El viajero que a ella se dirije desde Jerona, despues de tocarla casi con la mano, para entrar, tiene que dar un gran rodeo a la via izquierda. Pudiera ahorrársele, si abrieran un portillo que hai en la huerta; pero esto rara vez se verifica; aquella caponera está hecha con estudiada tacañería, no cabe de frente mas que un hombre i se abre solo a la voz del *Hereu*. El caso es no formar costumbre, a fin de que no se establezca familiaridad entre el mundo i el claustro, entre el cardo i la alcachofa, entre el espárrago triguero i la breva claustral; mas ya una vez dado tan molesto rodeo, se presenta la fachada principal, i cátense ustedes frente a un convento.

Es una sola cortina, con solo ventanas i un portalon que ni siquiera promedia la distancia. Ello así ofrecido a golpe de vis-

ta, es convento; pero se concreta luego la mirada, i vése sobre la puerta un escudo de armas labrado en piedra, que a mi juicio dice, ilustra i declara cuanto llevo lijerísimamente insinuado.

Hai entre los cuarteles, uno, en el que se dibuja un caballero montado a la estradiota, armado con solo armas defensivas, el cual caballero señala con la diestra hácia una casa de labranza en la estacion de agosto, i si digo agosto, es interpretando, pues por allí se ven mieses hacinadas.

Este blason explica el por qué de aquella arquitectura híbrida como un mulo; i ademas despierta otras varias ideas sobre las que no discurro, por no hacerme pesado, cuando solo voi a contar formalmente, de qué modo un borriquillo se vengó de un hortelano.

ANTONIO ROS DE OLANO.

(Continuará.)

TORMENTOS DEL CORAZON.

(A MI AMIGO V. R. M.)

¡Recuerdos de dolor i de amargura,
Venid, venid a mi ardorosa mente,
Trayendo en vuestras alas
Inspiracion a mi abatida frente!
¡Flores marchitas de mi jóven alma,
Ilusiones de amor i de ventura,
Haced latir mi corazon ardiente
I de la lira mia
Arrancareis tristísima armonía!

¡Mirad: allá a lo léjos
Se extiende el triste mundo,
Cual estéril desierto desolado,
Bañado por los pálidos reflejos
De un astro moribundo;
Ningun árbol ofrece en el camino
Fresca sombra al cansado peregrino

Que marcha i marcha con sedientos ojos,
Que fija en lontananza,
En un punto luciente donde brilla
El faro celestial de la esperanza;
I marcha i marcha con el alma alegre,
Rodeado de delicias,
Recibiendo feliz dulces caricias
Del amor, la virtud i la inocencia,
En un oasis de dichoso encanto,
Hasta que al fin penetra
En el desierto de miseria i llanto!
¡Allí, entre sombras de pesar avanza,
En pos de su destino,
Dejando en los abrojos del camino
Desgarrados jirones
De sus bellas i gratas ilusiones!
¡I triste la mirada,
Divisa en el final de la jornada
El cipres melancólico i siniestro
A cuya sombra elevará hácia el cielo
Su postrera plegaria,
Hallando a su dolor dulce consuelo
En la tumba olvidada i solitaria!

¡Horas bellas de paz i de alegría
Que estremecisteis de placer al alma
Cuando envuelta en perfumes de inocencia
Deslizaba dichosa su existencia
Al dulce arrullo de serena calma!
Ya os dije adios; mi mente enardecida
Os contempla radiente
Cual oasis divino
Que ofrece un refrijerio al caminante
Para que luego emprenda
De este desierto la espinosa senda.
¡Dejad que miren mis cansados ojos
El hogar de la infancia, el dulce nido
Do aprendí a amar en el amor de madre
I a ser virtuoso en la virtud de un padre!
¡Permitid que en mitad de mi camino
Me siente a reposar, que el peregrino
Al veros a lo léjos
Del recuerdo de los vívidos reflejos
Arranque de su lira un son ardiente!
¡Dejad que os llore el corazon doliente!

¿Qué se hizo el tiempo de ventura i calma
Cando soñaba sosegada el alma
Ilusiones de púdica inocencia?

¿Cuándo fugaz el llanto
Se secaba al rodar en las mejillas
Entre sonrisas de placer i encanto?
¡Fatal destino de la vida humana:
La mirada tan solo del recuerdo
Puede volver atrás i ver de nuevo
Esos campos floridos
Donde corrieron las mas dulces horas
De virtud i de amor encantadoras!
¡El horizonte nítido, azulado
De encajes de oro i de zafir bordado,
Cubierto el prado de lozanas flores,
Murmurando las fuentes sus rumores,
El susurro apacible de la brisa
I de natura toda
La mas hermosa i celestial sonrisa!...
El alma divagando en el espacio
Entre un coro de bellas ilusiones
Escuchando las plácidas canciones
Que le llegan en suave resonancia
Cual un divino acento
Del ánjel misterioso de la infancia!

¡Todo veloz pasó; tan solo resta
Una dulce i feliz reminiscencia
Que alumbra la existencia
En medio de su triste desventura
Con un rayo de luz serena i pura!
¡Todo veloz pasó; lijero el tiempo
Jamas detiene su eternal carrera,
El hombre siempre delirante avanza
En pos de una esperanza,
I la flor que cojiera en la mañana
Contempla ya en la tarde
Marchita i deshojada
Por el viento fugaz arrebatada!
¡I luego el pecho atravesado siente
Por la espina fatal, desgarradora
De amargo desengaño;
I el corazon herido sufre i llora!

¡Triste es vivir cuando se apura un cáliz
Desbordante de hiel i de amargura,
Cuando la sola i férvida ventura
Que gozó el corazon es un recuerdo
Que penetra en la mente
Cual una luz indefinida i vaga
Que entre las sombras del dolor se apaga!

Mas yo quiero vivir; ¡dulce es la vida,

Jardin cubierto de variadas flores
Que exhalan su fragancia
De delicias, de glorias i de amores!
Si murió para mí feliz pasado,
Del porvenir contemplo el bello cielo
I una existencia de placer anhelo!

¡Yo quiero un mundo donde brille un astro
De luz radiante i apacible i bella,
Donde las flores con su aroma eterno
Embriaguen dulce, suavemente al alma,
I el arroyuelo cristalino i puro
Corra en murmurios de tranquila calma;
Donde la brisa con arrullo tierno
Entre las hojas con placer se ajite,
I auroras bellas i serenas tardes
Hagan que el pecho con amor palpite!
En ese eden de flores
Quiero una vírjen amorosa i bella,
Fantástica creacion de mis ensueños,
Que cual plácida estrella
Me ilumine feliz con luz de amores!
Cuando a la sombra de los verdes bosques
Mi frente fatigada i delirante
Reposara en su seno palpitante,
¡Qué dulce sueño gozaria el alma
Al dulce arrullo de su voz amante!
¡Qué bello despertar allí escuchando
De su ajitado pecho los latidos,
I al entreabrir los ojos
Un cielo ver de amor i de hermosura
En su sonrisa encantadora i pura!
La luz opaca de la tarde triste,
Dulce bañando su serena frente,
Céfiro suave jugueteando leve
En sus cabellos de sedosos rizos
Que echa a la espalda en profusion graciosa
Con el aire tranquilo de una diosa!
¡Recibir el perfume de su aliento,
Embriagarse de dicha en sus miradas
De anjélica dulzura,
I arrobados en gratos sentimientos,
Gozando de sus púdicas caricias,
Olvidar para siempre la existencia
En éxtasis de amor i de delicias!

¡Yo quiero gloria, su loor eterno
Para elevarla en mis amantes brazos
A sus bellos espacios celestiales

I ornar su frente en mi delirio tierno
Con divinos laureles inmortales;
I así nuestras dos almas
Unidas en su amor eternamente,
De gloria i de virtud resplandecientes,
Cesando al fin el ardoroso anhelo
Dejar la tierra i ascender al cielo!!

¡Mentidas ilusiones
Que de la vida en la feliz mañana
Forjó la fantasía
En sus sueños de amor i de alegría!
¡Humo impalpable que arrebata el viento,
Veloz celaje que el espacio cruza,
Vivir solo un momento
Cual sombra vana de falaz contento!
Que en este valle triste
La sonrisa fugaz de la ventura
Jamas las huellas a borrar alcanza
Del llanto, del pesar i la amargura!

¡Hélas ahí: del corazon humano
Las tremendas i vívidas tormentas,
Lucha incesante de un fatal destino!
Sus recuerdos de dicha llora el alma
I al mirar realizada una esperanza
Su mas dulce ilusion se desvanece
Cual miraje falaz que nunca alcanza,
Que en los aires se forma i desparece!

¡Si esa es la vida, si en los labios vaga
Una sonrisa de placer tranquila
Miéntra en el pecho el corazon destila
Gota a gota la hiel de los dolores
La muerte es grata i dulce,
Que en el lecho nupcial de sus amores
Quizás se anidará la dicha i calma
Que anheló siempre sin hallar el alma!
¡Dulce es morir!.... Mas nó; la negra tumba
Solo busca el escéptico cobarde,
Pero aquel que feliz en su existencia
Vió mecida su cuna al tierno arrullo
De divina i dulcísima creencia,
Anhelante de paz i de consuelo,
En medio de la noche tormentosa,
Al fijar su mirada allá en el cielo
Contempla el iris de feliz bonanza
Irradiando sus luces misteriosas:
La Fé, la Caridad i la Esperanza!

1876. JUSTO MOLINA.

EN UN ALBUM.

(IMITACION.)

En un jardin ameno
Que mil flores preciosas ostentaba
Una rosa bellísima mostraba
Su tierno cáliz de perfumes lleno.
La aurora cariñosa
Cubrió a la linda rosa
Con perlas de rocío trasparente,
Que ésta ostentaba ufana
Cual la corona real sobre su frente
Hermosa soberana.

Era la reina del jardin la rosa,
I bien lo merecia,
Pues nunca imajinó la fantasía
Una flor mas galana i mas hermosa.
Tú sabes, Celia mia,
Que entre las pobres flores
Se rinde siempre culto a la belleza:
Allí no hai mas nobleza
Que los bellos colores
I del suave perfume la pureza;
I es por reina i señora respetada
La flor mas pura, bella i perfumada.

Como es de presumir, mil amadores
Requerian de amores
A la jóven i bella soberana.
Los primeros albores
De la cándida luz de la mañana,
Siempre hallaron pintados picaflores
Revoloteando en torno de la rosa
Que cruel i desdeñosa
A ninguna halagó con sus favores;
Los blandos cefirillos voladores
Amantes con sus alas la mecian;
I con envidia vian

Las otras flores bellas
Que nadie, nadie se ocupaba dellas.

No hai bella que resista al blando arrullo
De la lisonja vana
Cuando con su belleza no se hermana
La virtud que se opone al necio orgullo.
No fué modesta la fragante rosa,
I dando vida a la lisonja odiosa
Tornóse al fin soberbia i altanera:
Si alguna juguetona mariposa
Revolando lijera
En suave i leve jiro
Fué a besar su corola purpurina,
Sintió sus alas de oro i de zafiro
Rasgadas por traidora i cruel espina;
Nunca dió su perfume al aire blando
Que triste sollozando
Sus hojas al pasar estremecía;
Ni jamas inclinó su bella frente
Saludando a la pura i clara fuente
Que lánguida corria
Bañándola apacible i mansamente.

La efímera belleza de las flores
Dura lo que los sueños seductores
Que en las noches de fiebre al alma ajitan.
Nacen las flores a la luz primera
Del alba placentera
I tristes a la tarde se marchitan;
I el viento las arranca hoja tras hoja
I con el polvo vano confundidas
Léjos de los jardines las arroja.
Así ve al despertar sus mas queridas
I bellas ilusiones el que sueña,
En humo, en aire leve convertidas.

No extrañes, pues, que la fragante rosa,
Mas bella, mas jentil i mas hermosa
Que cuanta flor en el jardin habia,
Se viera un triste dia
Desprendida del tallo en que orgullosa
Al soplo de las auras se mecía;
Que el viento no respeta entre las flores
Juventud, ni perfumes, ni colores.

Al soplo rudo de huracan insano
Cayó la reina del jardin galana

Marchita i deshojada;
I de amargura llena
Se vió con harta pena
A su suerte infeliz abandonada
I entre las yerbas secas olvidada.

Como murió esa flor muere la hermosa
Que incauta o vanidosa
Se deja dominar por el orgullo
Prestando atento oido al blando arrullo
De la lisonja odiosa....
¡Ah! no permita Dios, amiga mia,
Que orgullosa te tornes algun dia!

Santiago, febrero de 1876.

M. O. BOZA.

EL LIBRO DE JOB.

Miéntras los thalmudistas i algunos rabinos opinan que la personalidad de Job es fantástica, los profetas Ezequiel i Tobías hablan de él como de un hombre real i verdadero; (1) los Santos Padres con San Agustin, el Crisóstomo i San Gregorio, apoyados en la constante tradicion de hebreos i cristianos, celebran su virtud admirable; los antiguos martirolojios de las iglesias griega i latina le mencionan; los italianos le erijen templos i hospitales; no faltando quien asegure que el mártir de la Idumea es aquel Jobad, que tuvo por madre a Bosra i por padre a Zara, hijo de Rahuel i nieto de Esaú, de que habla el primero de los libros sagrados. (2)

Divididos andan tambien los pareceres acerca del autor de la marabillosa obra que con aquel título se conoce, teniendo unos por tal al mismo Job, otros a Moises, quienes a Salomon, quienes a Isaias. ¿No pudo mui bien acontecer que la historia del santo árabe pasara como tradicional i que Moises la escribiera para alentar a los hebreos en su larga peregrinacion de Ejipto a

(1) *Ezequiel*, XIV, 14, i *Tobías*, II, 12.
(2) *Génesis*, XXXVI, 33.

Canaan, lo cual parece que demuestran visiblemente aquellas frases del mismo Job: "¡Quién me diera que mis palabras fuesen escritas! ¡Quién me diera que se imprimiesen con punzon de hierro en un libro, o con un buril en una lámina de plomo, o que en un pedernal se grabaran con un cincel!"? (3)

Segun San Jerónimo, la parte histórica en que se refieren la prosperidad i desgracias del mártir, está escrita en prosa; pero los discursos sobre *si solo los perversos son aflijidos en este mundo, o lo son tambien los justos e inocentes*, están en verso, una i otros en idioma hebreo, con algunos términos árabes i siríacos, i los segundos en una poesía semejante a la de los *Cánticos*, en un lenguaje vehemente, enérjico, con tal sublimidad de imájenes, magnificencia de frases i profundidad de pensamientos, que bien puede decirse que encanta i marabilla, eclipsando el brillo de los grandes modelos del arte, desde Homero a Esquilo, desde Esquilo a Shakspeare, desde Shakspeare a Gœthe, desde Gœthe a Byron.

El testimonio unánime de veintinueve siglos ha colocado la literatura griega al frente de todas las literaturas, i sin embargo, aun humanamente considerado, *El libro de Job* es superior a cuantas obras produjo aquella, incluso la *Ilíada*.

Estudiemos.

La sencillez es el carácter distintivo de la poesía griega, lo mismo en las odas de Anacreonte, que en las églogas de Teócrito, que en los apólogos de Esopo, que en las trajedias de Eurípides, que en los poemas de Homero; mas ¿puede esta sencillez, larga, risueña, difusa, propia de la narracion histórica, compararse en modo alguno con la de *El libro de Job*, breve, grave, sentenciosa, propia de la exposicion filosófica? De una a otra hai la diferencia que habria de la academia al templo, del orador al sacerdote. "Cuando el rico durmiere el sueño de la muerte, nada se llevará consigo; abrirá los ojos del alma i nada hallará." (4) "El hombre, nacido de la mujer, vive poco tiempo i está lleno de muchas miserias." (5)

La dramática griega se inspira jeneralmente en cierto número de familias, cuyas desgracias eran mui populares. *El libro de Job* no es la desgracia de una familia, ni de una ciudad, ni de un pueblo, ni de una raza; es la desgracia de la humanidad. Su melancolía tiene el sello de lo sobrenatural. El jemido de un hombre no hubiera sido capaz de conmover a tantas jeneraciones.

Grecia encerraba todo el saber, toda la cultura, toda la riqueza, toda la gloria del mundo antiguo. Conquistadora del *Vellocino de oro*, enorgullecida con los trabajos de Hércules i las hazañas de Teseo, vencedora de Troya, era la nacion digna de tribunales como el Areópago, de asambleas como el Anfictionado, de oráculos como el de Delfos, de templos como el Partenon i jue-

(3) *Job*, XIX, 23 i 24.
(4) *Version parafrástica de Job*, XXVII, 19.
(5) Id., XIV, 1.

gos públicos como los de Olimpia; era la patria acreedora a tener lejisladores como Licurgo, poetas como Píndaro, oradores como Demóstenes, filósofos como Séneca, jenerales como Milciades i políticos como Pericles. Pero, ¿qué podia ofrecer, ni qué podia inspirar, un pueblo como el de Israel, pobre, inculto, soez, entregado a las pasiones mas brutales, cuyo pasado era la abyeccion del cautiverio i cuyo porvenir el hambre del desierto?

Por otra parte, el griego es el idioma mas rico en expresiones i mas armonioso en la frase; las inflexiones de sus verbos, la variedad de sus declinaciones, la complicacion de sus preposiciones, el número de su combinaciones silábicas; todo hace que en su paleta haya colorido para todas las formas i entonacion para todos los estilos. En cambio el hebreo, árido como el desierto de Farán, áspero como el peñasco de Horeb, casi privado de adjetivos i conjunciones, pobre de epítetos, escaso de tiempos, hasta el punto de señalar a veces una misma voz el presente i el futuro; es una lengua indijente, desnuda, elíptica, enemiga de la declamacion, contraria a la ampulosidad. Solo una inspiracion sobrehumana podia vibrar en aquella arpa de hierro la armonía de lo sublime. Solo así la artística lira griega podia enmudecer ante el rudo laud israelita.

I enmudeció.

¿Cuál es el asunto de la *Ilíada?* La expedicion de los griegos al Asia Menor, expedicion exornada con leyendas fabulosas, que acrecientan el interes de la obra. Un episodio de aquella guerra, la contienda entre Agamenon i Aquiles, forma el plan de los veinticuatro libros i dieziseis mil versos, encaminados a inmortalizar las hazañas de los príncipes helenos que concurrieron al sitio de Troya. Supone el poeta que enojado Aquiles se retira del combate; refiere los que se dieron durante su ausencia, i en los cuales fueron vencidos los griegos i pereció Patroclo; con cuyo motivo corrió el invulnerable hijo de Peleo a vengar la muerte de su amigo, arrancando la vida a Héctor, el mas hábil i valiente troyano. El círculo es estrecho; toda la parte bélica está reducida a cuatro dias de lucha; el acontecimiento del enojo de dos capitanes, de suyo trivial, hasta carece de grandeza.

¿Cuál es el asunto de *El libro de Job?* El mas sencillo i a la vez el mas grandioso. Un hombre ensalzado en la prosperidad i abatido en el infortunio. ¿No es este el poema de la humanidad?

Descendiendo de la síntesis al análisis, observamos que la narracion de Homero se halla estudiosamente sobrecargada de epítetos i digresiones, miéntras que la de Job se muestra rápida i naturalmente esmaltada de sentencias. "Mi espíritu desfallece; el dolor acorta mis dias; i solo me resta el sepulcro.... Cubridme, Señor, con el escudo de vuestra gracia i ármense despues todos contra mí." (6) "Esperaba bienes i vinieron males; aguarda-

(6) *Version parafrástica de Job*, XVII, 1 i 3.

ba luz i sobrevinieron tinieblas.... Clamo a tí i no me oyes; estoi presente i no me miras.... Me elevaste sobre el viento i desde allí me precipitaste con violencia. Pero ya sé que me entregarás a la muerte, a la que todo sér está sujeto." (7)

Las descripciones del ciego de Smirna son prolongadas; las del mártir de la Idumea, concisas. "De noche siento los huesos taladrados de dolores, i no duermen los gusanos que me comen." (8) "El caballo escarba con la pezuña el suelo, encabrítase con brio i corre a buscar al enemigo, sin retroceder ante la espada. Aunque sobre él suene la aljaba i vibren la lanza i el escudo, espumajeando i relinchando morderá la tierra hasta que al oir la señal del combate dice con alegría: ¡Ea! Porque huele de léjos la batalla, las voces de los capitanes i la algazara del ejército." (9)

Las comparaciones homéricas nacen de circunstancias incidentales; las bíblicas se vacian jeneralmente en dos o tres palabras. "Nuestros dias pasan sobre la tierra como la sombra, sin darnos lugar a conocer las cosas." (10) "Olvídese del adúltero la misericordia; su dulzura sean los gusanos; i sea cortado de raiz como árbol infructuoso." (11)

Lo sublime de la *Iliada* muéstrase gradual; lo sublime de *El libro de Job* de un modo inesperado. "Dios es mas alto que el cielo i mas profundo que el infierno. Ni la tierra en toda su extension, ni la mar en toda su anchura, son capaces de comprenderle." (12) "El hombre nace i se marchita como la flor. ¿I vuestra majestad, Señor, se inclina hasta fijar los ojos en él i juzgarle?" (13) Parece el relámpago de la belleza. En Homero se une la magnificencia de la imájen a la de la idea; en Job cífrase el contraste entre la grandeza del pensamiento i la pequeñez del objeto. En un segundo se pasa de la tierra al cielo o del cielo a la tierra. Es la escuela en que se ha formado Victor Hugo.

Al volver a Troya, Páris habita un palacio, en el que se mira rodeado de toda clase de placeres i hasta servido por esclavos. Job tiene por palacio un muladar, por placeres sus dolores i por esclavos los gusanos.

Cuando un *extranjero* (de otra nacion de la tierra) se presenta vestido de cualquier modo en la morada de un príncipe de Homero, es tenido por un dios disfrazado, i hasta la misma hija del rei le sirve, se le rocia con perfumes, se le viste de púrpura, se le ofrecen sillones de marfil, se le convida a espléndidos banquetes, donde reinan la alegría i la abundancia, i al despedirle, despues que ha narrado su historia, se le obsequia con ricos presentes. Job, *viajero en la triste senda de la vida* (su patria es el cielo) po-

(7) Id., XXX, 20 i sig.
(8) Id., id., 17.
(9) Id., XXXIX, 21 al 25.
(10) Id., VIII, 9.
(11) Id., XXIV, 20.
(12) *Version parafrástica de Job*, XI, 8 i 9.
(13) Id., XIV, 2 i 3.

bre, llagado, dolorido, insultado por sus amigos, despreciado hasta de su propia mujer, solo confía en Dios, *juez de todos los hombres.*

En Homero hai estrépito, ostentacion en los actos de la vida civil, sentencias en alta voz en la plaza pública, discursos a orillas del mar, desafíos de héroes ante torres ocupadas por princesas, bodas con antorchas i coronas, funerales rejios a los que asiste el pueblo o el ejército, leyendas fabulosas, juramentos en nombre de las furias, etc., etc. En Job solo hai el silencio de la desgracia, interrumpido de cuando en cuando por el zumbido de la calumnia.

"En tierra de Hus, dice el texto sagrado, (14) habia un varon, recto, sencillo, temeroso de Dios, padre de siete hijos i tres hijas, i dueño de siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas burras i crecido número de criados i siervos.

"Un dia dijo Dios a Satanás:

—"¿Has reparado en mi siervo Job, como el cual no hai otro?"

"I Satanás respondió:

—"¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No le has prosperado en cuanto ha emprendido i sus riquezas no han ido siempre en aumento? Tócale en cuanto posee, i ya verás sino te maldice en tu cara."

"Entónces el Señor dijo al demonio:

—"A tu disposicion está cuanto posee, excepcion hecha de su persona."

"Con lo cual el espíritu maligno arrebató al santo idumeo, en un solo dia, con todos sus bienes de fortuna, la vida de sus hijos.

"Job rasgó en señal de dolor sus vestiduras; se mesó los cabellos; i postrado en tierra, exclamó:

—"Desnudo nací i desnudo seré enterrado; el Señor, que me lo dió todo, me lo quita; pues que tal fué su voluntad, bendito sea su santo nombre."

—"¿Has visto, dijo Dios al demonio, como apesar de haberme tú movido a aflijir a mi siervo, sin que lo mereciese, me ha permanecido fiel?"

—"Señor, todo lo dará el hombre de buen grado con tal de que no le toquen al cuerpo. Toca a Job en lo vivo de su carne, i ya verás cómo te bendice."

—"Pues en tu mano está, a condicion de que no permito quitarle la vida.

"Con esto Satanás hirió a Job con una inmunda i espantosa llaga, que le cubria *desde la planta de los piés hasta lo mas alto de la cabeza.*

"Una ocasion en que, sentado en un muladar, raíase el santo con un pedazo de teja los gusanos i podre que manaban sus úlceras, acercósele su mujer para decirle en son de burla:

(14) Id., I i II.

—"¿Quieres permanecer aun en esa tu estupidez i necedad al mirarte como te ves? Vale mas que bendigas a Dios i te mueras luego."

—"¡Ah, mujer, falta de juicio i de cordura! respondió Job.—Si de la mano de Dios recibimos los bienes, ¿por qué no hemos de recibir tambien los males?"

"Tenia Job tres amigos: Elipház, Baldád i Sophár, los cuales, sabedores de las desgracias del mártir, vinieron de sus respectivas poblaciones, Themán, Suhá i Naamath, con objeto de consolarle; pero tan desfigurado i a tan extremo dolor reducido le encontraron, que permanecieron silenciosos a su lado siete dias con sus noches, a fin de no aflijirle.

"Al cabo de ellos, exclamó Job, no pudiendo sufrir mas los rigores de su suerte:

—"¡Perezca el dia en que nací i la noche en que de mí se dijo: concebido ha sido un hombre sobre la tierra!.... ¿Por qué no morí en el vientre de mi madre, o por qué no perecí al nacer?.... Ahora dormiria en el silencio de la muerte i reposaria en mi sueño, como los potentados de la tierra que se erijen mauseleos en sitios despoblados.... En el sepulcro descansan aquellos cuyas fuerzas se gastaron en las faenas de la vida. Allí están los grandes i los pequeños; allí los esclavos, libres ya del rigor con que les trataba su señor." (15)

"Elipház reprendió al que llamaba su amigo, porque se quejaba de tal modo.

—"No soi de piedra o bronce, respondió el santo, para que deje de sentir; soi de carne i hueso i por eso siento.... Hierve mi carne en gusanos; inmundas costras cubren mi cuerpo; mi piel seca vése toda arrugada i encojida.... Ya que haya de morir en esta miseria, permítase siquiera a mi lengua manifestar la angustia de mi corazon i la amargura de mi alma.... Si concibo alguna esperanza de quietud cuando por la noche me recojo, consolándome con jemidos i buscando alivio a mis males con lágrimas i suspiros, entónces, lleno de sobresalto, véome acometido de espantosas imájenes i sueños que turban mi espíritu. A tal sufrimiento preferible seria la muerte mas violenta i miserable. Compadécete, Señor, de mí, i cese tu castigo. No es mucho lo que pido, pues que tan poco me resta que vivir. ¿Por qué tardas en restituirme la calma, destruyendo mi pecado i borrando mi iniquidad? Voi a dormir en el polvo del sepulcro. La noche me verá espirar, i cuando vinieres a buscarme por la mañana ya no seré." (16)

"Baldád calificó tales frases de despropósitos.

—"Bien conozco, exclamó el mártir, que Dios es justo, i que las cosas que hace en mi presencia, con verlas no las veo, porque no las entiendo, ni alcanzo.... A su ira nadie puede resistir,

(15) *Version parafrástica de Job*, III, 3 i sig.
(16) *Version parafrástica de Job*, VI, 12 i sig.; i VII, 5 i sig.

pues tiene bajo sus piés a todos los poderosos del mundo. I si esto es así, ¿quién soi yo para osar responderle i discutir con El? De todo lo cual quiero que entendais que Dios en esta vida envia calamidades indiferentemente sobre buenos i malos.... Pasaron mis dias felices como águila que vuela a arrojarse sobre la presa.... ¿Por ventura mi fin no ha de llegar mui luego? Pues ántes dejadme llorar un poco i lamentar mis grandes males." (17)

"Entónces Sophár acusó duramente a Job de hablador e ignorante, advirtiéndole que Dios le castigaba mucho ménos de lo que se merecia.

—"No con vosotros, que andais alejados de la verdad, replicó con justicia indignado el virtuoso paciente, sino con Dios, que conoce mi inocencia, quiero yo razonar.... Dos cosas os pido solamente, Dios mio: que ceseis de aflijirme i que no me espanteis con la grandeza de vuestra majestad.... ¿Contra una hoja que arrebata el viento, contra una arista seca, quereis alardear de vuestro poder?.... ¿Por qué, Señor, tanta severidad con un infeliz que ha comenzado a ser pasto de los gusanos, como la ropa de la polilla?.... ¿Quién podrá purificar al que de inmunda simiente fué concebido? Solo vos. Señalados teneis los dias del hombre, de donde no podrá pasar. Bástele su vida i su miseria; no la sobrecargueis mas; dejadle respirar un tanto. Sus mismos males le impulsan a desear la muerte para gozar de reposo, como el jornalero desea el dia de huelga. El árbol cortado reverdece; el envejecido retoña como cuando fué plantado; pero el hombre, una vez muerto, no vuelve a dejarse ver mas. A la manera que si de repente faltasen las aguas del mar i se agotasen los rios, quedarian secos para siempre, así el hombre no despertará del sueño de la muerte hasta el fin del mundo." (18)

"De nuevo interrumpió Elipház al desventurado para acrecentar su dolor con los epítetos de vano, falso, insolente, inícuo i blasfemo.

—"Si hablo para responderos, contestó amargamente el santo, no por eso acallo mi dolor, i si callo, me lo aumentais oyendo lo que decis.... Hinchóse mi cara i mis ojos casi cegaron de llorar... ¡Oh tierra! No escondas los mortales dolores que me acaban, ni haya lugar en tí en donde se encubran mis clamores ... Vosotros, que os vendeis por mis amigos, hablad cuanto quereis; nada me cuido de vuestros discursos; a Dios es a quien con lágrimas imploro .... Mis dias son cortos; voi siguiendo una senda por la cual no volveré mas.... Pongo mi esperanza en el sepulcro, a donde bajarán conmigo todas mis cosas; i aun allí dudo si reducido a polvo descansaré." (19)

"Al oir cuyas frases, insistió Baldád en acusar de impaciencia i despecho al mártir.

(17) Id. IX, 2 i sig.; i X, 20.
(18) Id. XIII, 2 i sig.; i XIV, 4 i sig.
(19) Id. XVI, 7 i sig.; i XVII, 1 i sig.

—"Dios, dijo éste con acerbo quebranto, todo me lo quitó: hijos, casa, bienes, salud, i perezco como árbol arrancado de raiz... Hizo que mis hermanos se alejanse de mí i que me abandonasen mis camaradas. Me desampararon mis parientes, i los que me conocian me olvidaron. Hasta mis siervos me trataron como a extraño. Mi propia mujer, no pudiendo sufrir mi aliento, no quiso acercarse a mí. Aun los mentecatos, apénas me apartaba de ellos, comenzaban a censurarme. Me aborrecieron aquellos a quienes en otro tiempo fiaba mis secretos, i aquel a quien mas amaba háme vuelto la espalda. Consumidas mis carnes, solo me han quedado la piel pegada a los huesos i los labios alrededor de los dientes.... ¡Apiadaos de mí, siquiera vosotros que decis ser mis amigos! Bien veis de qué modo me ha herido la mano del Señor.... Yo sé que vive mi Redentor i que en el último dia me resucitará del polvo a que he de ser reducido.... Temed la ira de Dios, que castiga a los calumniadores, i sabed que hai un juicio, en el que se descubrirán i castigarán vuestras malas intenciones." (20)

"Enojado Sophár con tal reprension, increpó otra vez a su antiguo camarada, llamándole impío.

—"Unos, replicó con mansedumbre el piadoso idumeo, mueren respirando grosura, ricos, felices; miéntras otros exhalan el postrer aliento estenuados por la enfermedad i sin haber disfrutado jamas la dulzura de las riquezas. Con todo, unos i otros dormirán juntos en el polvo de la tierra i serán pasto de gusanos. ¿Habrá álguien que enseñe ciencia a Dios, que es el juez de todos los hombres?" (21)

"Por tercera vez habló Elipház, no para consolar, sino para echar calumniosamente en cara al infortunado el haber explotado a los pobres en la creencia de que el Señor no se cuidaba de las cosas de este mundo.

—"Dios, que sabe mis pasos, interrumpió Job con ardiente fé, me ha acrisolado como el oro, que se prueba con el fuego. Por eso confío en mi causa, porque procuré seguir siempre el camino de la virtud i observar sus mandamientos, guardándolos en mi seno como el tesoro mas inestimable." (22)

"Pretendiendo Baldád enaltecer con tal motivo el poder del Omnipotente, Job, que como nadie le reconocia, se expresó en estos bellísimos términos:

—"¿En dónde se asienta la sabiduría? Entre las creaturas, nó, porque está escondida a sus ojos; tampoco está en el aire, porque las aves que mas remontan su vuelo no tienen conocimiento de ella; no se halla en la rejion de los muertos, porque si éstos pudieran hablar, dirian que únicamente llegó a sus oidos el ruido de su fama, cuando vivian. Solo Dios sabe su camino, por cuan-

(20) *Version parafrástica de Job*, XIX, 10 i sig.
(21) Id. XXI, 23 i sig.
(22) Id. XXIII, 10 i sig.

to abarca el mundo del uno al otro extremo, i a su vista está patente cuanto sucede debajo del cielo.... La justicia fué mi manto, la equidad mi diadema. Ojo fuí para el ciego, pié para el cojo i padre para el pobre. Quebrantaba el poder del inícuo i de sus dientes sacaba la presa. Por eso confiaba, i decia: Despues de prolongarse mis dias como los de la palmera, moriré en mi casa tranquilo ... Pero caí reducido a la nada; como el viento arrebatásteis, Dios mio, mis deseos: mi prosperidad pasó como una nube; i ahora mi alma se marchita, i la afliccion me despedaza. .. Tal me veo, que solo puedo compararme al lodo, al polvo o la ceniza. Mi piel se ha vuelto negra i mis huesos se han secado con el ardor de la fiebre. Mi alegría háse convertido en llanto, i en lamentos mi regocijo.... Si en mis obras se halló mancilla de pecado, sea mi linaje arrancado de raiz de la tierra ...Si en mi corazon dí entrada a amor de mujer casada i a título de amistad intenté hacer traicion a su marido, sufra yo igual oprobio, siendo criminalmente mi mujer manceba de otro. I si aflijí al jornalero que labró mis campos, názcanme en vez de trigo abrojos i espinas por cebada." (23)

"Hondamente impresionados los amigos del santo, preséntase Eliú, que habia escuchado en silencio los anteriores razonamientos, i enojado de ver que hombres de mayor edad i experiencia que él no sepan qué contestar, califica de necio a Job, pretendiendo con fatuidad constituirse en su maestro.

"Entónces el mismo Dios se introduce en la contienda; manda callar a Eliú; i dirijiéndose a la razon humana, que en vano se esfuerza en comprender i explicar su poder i sabiduría, le dice en lenguaje propiamente divino:

—"¿Dónde estabas cuando yo eché los cimientos de la tierra? Muéstramelo, si lo sabes. ¿Quién trazó el plan, tiró el cordel o tomó las medidas de su fábrica? ¿Dónde se apoya su base o quién asentó su piedra angular? ¿Dónde te encontrabas cuando en el primer tiempo de la creacion me alababan los astros i me glorificaban los ánjeles? ¿Quién puso diques al mar cuando se desbordaba, anegando todas las cosas, cuando le envolví en una nube a modo de vestido i le ceñí con la oscuridad a manera de faja de niño? Yo le encerré en los términos que me pareció, sin otras puertas ni cerrojos que decirle: Hasta aquí llegarás i, léjos de pasar mas adelante, aquí quebrarás la hinchazon de tus olas. Desde que vives en el mundo ¿diste leyes a la aurora, mostrándola el lugar en que debia despuntar? Cuando la tierra se llenó de impíos ¿la tomaste tú por sus extremidades i la sacudiste a modo de vestido....? ¿Has penetrado en las profundidades del mar? ¿Te han sido abiertas las puertas de la muerte? Dime algo de esto si lo sabes, i si no muéstrame el camino en que habita la luz o el lugar en que moran las tinieblas. Cuando creaba yo estas

(23) Id. XXVIII, 20, i sig. al XXXI, 40.

cosas ¿sabias que habias de nacer i qué número de dias habias de vivir? ¿Has entrado en los arsenales en que tengo reservados la nieve i el granizo? ¿Quién enjendró las gotas del rocío? ¿Por ventura conoces el órden con que el cielo se gobierna i explicarás sus causas en la tierra? ¿Te obedecerán las nubes cuando les mandes que se conviertan en fuerte aguacero....? ¿Mandarás a los relámpagos que crucen el espacio i que vueltos de la empresa que les encomendaste se te presenten de nuevo a tus órdenes? ¿Quién dió al hombre la sabiduría i al gallo el instinto para distinguir las horas de su canto? ¿Quién podrá destruir la armonía del universo? ¿Dónde estabas cuando el polvo derramado sobre la tierra se solidificó....? ¿Eres tú el que provee de alimento al cuervo cuando sus polluelos gritan a mí piando i bullendo en el nido, porque no tienen que comer....? ¿Alcanza tu industria a cubrir de plumas al gavilan? ¿Acaso por tu mandato se remonta el águila a las nubes i hace su nido en la cumbre de las montañas....? ¿Quién hubo ántes de mí? Mio es todo lo creado, i si algun temerario osare resistirme, ni súplicas, ni ruegos, le librarán de mi enojo." (24)

"Todos enmudecen ante la divina palabra, i hasta el virtuoso paciente se confiesa arrepentido de algunas expresiones, lanzadas con cierta lijereza en la angustia de sus dolores. Dios reprende a Elipház i demas compañeros su falta de caridad para con su siervo; pero por intercesion de éste les perdona por fin, devolviendo a Job la salud i duplicándole sus goces i bienes de fortuna. Entónces todos los parientes i amigos del santo, los que ántes huyeron de él o le insultaron i escarnecieron, se apresuran a visitarle en su propia casa; le acompañan a comer; se muestran compasivos de sus pasadas calamidades, a la vez que admirados de su fé constante; i hasta le hacen espléndidos regalos en prueba de la sinceridad de sus sentimientos." (25)

¡Tal era entónces i tal es hoi el mundo! ¿Puede ofrecerse cuadro mas perfecto? ¿Parecerá despues de esto exajerado, no ya el repetir con Chateaubriand que ningun escritor ha llevado la tristeza al grado a que la elevó el mártir árabe, ni aun Jeremías, *único que puede igualar las lamentaciones a los dolores*, sino el afirmar que si hai alguna literatura superior a la griega es la hebrea; si hai alguna obra superior a la *Ilíada* es ese poema del desierto, ese jemido del infortunio, que se llama el *El libro de Job* i cuyo eco terrible resuena i resonará, como ningun otro en el alma, hasta la consumacion de los siglos?

ABDON DE PAZ.

(24) *Version parafrástica de Job*, XXXVIII al XLI.
(25) Id. XLII.

UNA PESADILLA.

El señor editor de La Estrella de Chile, que es un sujeto mui amable, me habia puesto en un grave apuro, pidiéndome para su periódico *cualquiera cosa*, verbi gracia, un cuentecito o un articulito sobre *espiritismo*, porque (me decia) con motivo del feriado, todos sus colaboradores andan quien sabe donde i falta el *orijinal*.

Yo le prometí al buen señor, por mal de mis pecados, borronear unas cuantas hojas de papel para satisfacer su amable exijencia, i *salga lo que salgare*, como dijo el otro.

Sentado a mi mesa i con la pluma en la mano estuve largo rato, sin encontrar sobre qué escribir. Ya me preparaba a dejar para otro dia mi tarea, pensando en las excusas que habia de dar al dicho señor editor, cuando golpeó a mi puerta un individuo que andaba vendiendo libros usados.

—¡Libros! dije yo; vamos a verlos.

En efecto, aquel mercachifle dejó su carga en el suelo i comenzó a mostrarme algunos volúmenes.

La mitad de las obras, por lo ménos, estaban truncas. La otra mitad se componia de libros antiquísimos, en que las *eses* eran *efes* i las *vees ves*.

Un amigo mio habria dado lo que le hubiesen pedido por semejantes librejos; pero yo.... tengo a este respecto otras ideas.

En fin, por no hacer perder en balde su tiempo al vendedor ambulante de libros usados, le compré un volúmen titulado: *Dictionaire universel de la Geogr phie moderne*, impreso en 1816.

Pensando todavía en el artículo que tenia que escribir para La Estrella de Chile, me puse a hojearlo.

De entre sus amarillentas pájinas sentí deslizarse un papel manuscrito.

Apénas lo hube leido, exclamé, como Arquímides:

—¡Eureka! ¡Eureka!

Con este papel, que en menudas letras contenia la relacion de *una pesadilla*, un si es no es extravagante, cumplia mis compromisos con el siempre amable editor, sin tener que entregarme a la ímproba tarea de escribir sobre *espiritismo*.

Ademas, en la referida *pesadilla*, hacen tambien un papel importante los espíritus.

Allá va:

I.

"Anoche, diezisiete de febrero, tuve una pesadilla.

I ¡qué pesadilla, Dios mio!

No puedo recordarla sin espanto.

Es cierto que

Los sueños, sueños son;

pero hai sueños que se parecen a la realidad, sueños que son como un presentimiento de lo futuro, sueños que conmueven nuestro ánimo i lo sacuden violentamente.

La jente del pueblo cree a pié juntillas que lo que uno ha soñado se verifica indefectiblemente si no lo cuenta.

La jente del pueblo abriga muchas preocupaciones.

Yo creo que los sueños se realizan algunas veces, no siempre, i de una manera incondicional.

Sea como quiera, voi a referir mi pesadilla, reuniendo todos mis recuerdos.

Procuraré, sobre todo, ser mui fiel en mi relacion, no poniendo ni quitando nada a mi pesadilla.

Héla aquí.

II.

Me hallaba yo en un paraje desconocido.

Era una especie de cuesta mui espaciosa, limitada por un lado de altísimas montañas i por el otro de profundos precipicios.

El suelo, desnudo de toda vejetacion, estaba sembrado de rocas.

Una débil claridad, como la del crepúsculo o del alba, nos rodeaba.

I digo nos rodeaba, porque yo no estaba solo.

Me parecia divisar a pocos pasos i de una manera confusa i casi imperceptible, unas cuantas personas envueltas en blancos sudarios.

Yo sentia una extraña turbacion de espíritu: la atmósfera que me circuía, no era mi propia atmósfera; flotaba en ella como una lijera paja sobre el agua. Me parecia que mis piés no tocaban el suelo, que mi cuerpo no obedecia a las leyes de la gravedad, i sin embargo no podia moverme: un lazo invisible i misterioso me retenia en aquel lugar.

III.

Estábamos en el año de 1905, esto es, treinta años mas de la fecha actual.

Al principio no pude formarme una idea clara de mi situacion. Pero, poco a poco, i no sé cómo, vine a caer en la cuenta de que yo habia muerto treinta años ántes, es decir, en 1875.

¡Habia, pues, dormido treinta años en la tumba!

¿Cómo habia muerto? ¿en qué circunstancias?

Lo ignoraba absolutamente.

Ni recordaba tampoco, en lo mas mínimo, el duro trance que acompaña a la separacion del alma i del cuerpo.

Me acordé de las aguas del Leteo que hacen perder la memoria de lo pasado a quien las bebe.

Pero, una terrible duda asaltó mi espíritu.

¿Habria yo muerto en gracia o en pecado?

¡Dios mio! Tampoco lo sabia.

IV.

El lugar en que me encontraba podia talvez revelarme el espantoso secreto.

Miré a mi alrededor.

Las montañas que por un lado me rodeaban parecian tocar el cielo con sus cimas.

El abismo que tenia a mis piés parecia ahondarse mas i mas.

La luz que nos alumbraba era tan débil como ántes.

Los espectros, envueltos en sus blancos sudarios, estaban ahí inmóviles.

Aquella paz, aquel silencio profundo, aquella inmovilidad completa, nada me decian a este respecto, ninguna revelacion traian a mi espíritu.

Yo comprendia, sin embargo, que aquel no era el lugar de las eternas delicias.

Ni el de la expiacion temporal.

Si no era ése el cielo, ni el purgatorio, ¿seria talvez el infierno?

¿Seria aquella la eterna cárcel de los eternos suplicios?

¡Duda cruel! ¡Dolorosa incertidumbre!

V.

¡Nó!

Aquel tampoco podia ser el infierno, porque yo no sufria el menor tormento, fuera de la horrible duda que me hacia temblar.

Mi conciencia me decia que el infierno estaba en otra parte.

¿Qué lugar era entónces aquel en que me hallaba?

Siempre la misma ignorancia.

VI.

Luego comencé a tener noticias del mundo.

¡Cómo habian cambiado allí las cosas!

¡Cuántas transformaciones imprevistas! ¡Cuántos sucesos nuevos!

¡Cuánto progreso material i cuánto retroceso moral!

¡Qué curiosos descubrimientos!

Si las cosas de la tierra hubieran tenido alguna importancia para mí, que solo pertenecia al mundo de los espíritus, habria fijado mi atencion en ellas, i habria conservado su recuerdo en mi memoria.

Pero yo, repito, ví todo eso con la mas perfecta indiferencia.

VII.

Por fin, llegué a saber lo que tanto deseaba.

Aquel lugar no era ninguno de las tres mansiones a que van las almas por toda la eternidad.

Era simplemente un lugar de tránsito, el limbo talvez.

¿Cómo lo supe?

Advierto, una vez por todas, que mi conocimiento de las cosas se verificaba poco a poco, i merced a una especie de intuicion espiritual.

Sabiendo donde me encontraba, restábame no obstante una amarguísima incertidumbre: la de mi destino eterno.

Mi aflixion crecia i aumentaba sintiendo que en pocos momentos mas iba a pronunciarse mi sentencia!

¡Talvez estaba ya pronunciada!

VIII.

En medio de mis congojas, tendí mi vista hácia la tierra.

Ví en ella a mis parientes, amigos i conocidos.

Yo nada podia hacer por mí. ¡Mis súplicas no llegaban hasta el sólio de la Justicia Divina!

¡Pero ellos! ¡Ellos estaban vivos i podian interceder por mí! ¡Una limosna, una oracion, una buena obra cualquiera podian hacer inclinar en mi favor la balanza de la misericordia!

Imploré entónces su auxilio.

Recordéles su amistad, los sagrados lazos de la familia, los sacrificios hechos por su causa, la gratitud que eleva los espíritus, la caridad que ennoblece los corazones!

Pero, todo fué en vano.

Preocupados con los intereses materiales de la tierra i ensordecidos con el ruido de los placeres mundanos, no escucharon mi voz, ni prestaron oido a mis fervientes súplicas!

¡Cuánta indiferencia! ¡Cuánta ingratitud!

Aparté los ojos de la tierra, diciendo:

Dios tenga piedad de mí! ¡Dios tenga piedad de ellos!

IX.

Pero ¿qué es esto? ¡Una cédula escrita con letras de fuego! ¿Cómo ha llegado a mis manos?

—¡Lee! me dijo una voz.

I yo leí, en aquellos extraños i encendidos carácteres, una sentencia de reprobacion eterna!

Mi espíritu se conturbó en sí mismo.

Me sentí aniquilado.

—¡Desesperacion! exclamé.

—¡Vuelve a leer! repitió la voz.

I yo, sin quererlo, aunque sin vacilar un instante, volví a leer el espantoso documento, cuyas cifras centelleaban con siniestro resplandor.

Leílo de nuevo, i.... una violenta reaccion se verificó en mi espíritu.

¡En aquella cédula ví un nombre que no era el mio!

¡No era yo el réprobo, sino otro!

Alargué maquinalmente el papel que tenia en la mano a uno de los fantasmas que estaban a mi lado, el cual se apresuró a tomarlo.

¡Aquel espectro era N. N., a quien yo habia conocido en la tierra, i lo que recibia era su propia sentencia!....

X.

Jamas me olvidaré de las señales de dolor que se dibujaron en el semblante de aquel infeliz.

Sus ojos parecieron saltar de sus órbitas, i su boca, su repugnante boca, se contrajo de una manera horrible.

Con crispadas manos puso el papel sobre su cabeza, en señal de respeto i sumision; i, poco a poco, de pié como estaba, se fué hundiendo en la tierra, hasta desaparecer completamente.

XI.

Todavía contemplaba yo, presa de un pánico mortal, aquella terrible escena, cuando sentí en mis manos otro papel.

No sé qué hubiera dado por excusar su lectura.

Pero, la misma voz que aun vibraba en mis oidos, me ordenó que leyese.

Tuve que obedecer.

En este papel i en letras tambien de fuego, ví temblando mi propio nombre.

La sentencia decia:

"Cien años de purgatorio."

¡Me habia salvado!

¡Pero, Dios mio, cuántos años de horribles padecimientos!....

.....

.....

En este momento desperté.

Un sudor helado bañaba mi cuerpo."

Santiago, 18 de Febrero de 1876.

J. Ramon BALLESTEROS.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON I MENDOZA.

DISCURSO LEIDO EN EL LICEO HIDALGO DE MÉJICO CON MOTIVO DE LA VELADA LITERARIA QUE DICHA CORPORACION DEDICÓ A HONRAR LA MEMORIA DE ESTE INSIGNE DRAMATURGO.

El Liceo Hidalgo, señores, ferviente admirador del jenio, viene esta noche a ofrecer una corona, tejida con las violetas de sus elojios i con la siempreviva de su respetuoso cariño, a la augusta sombra del esclarecido poeta don Juan Ruiz de Alarcon, nacido para orgullo nuestro en Méjico, i para duelo inconsolable de las letras muerto en Madrid el 4 de agosto de 1639. No es un apoteósis lo que ahora venimos a celebrar: para tan alta ovacion, ni es digno templo este modesto recinto, ni merece la honra de interpretar el sentimiento de los cultivadores de las bellas letras la desautorizada palabra mia. Es ésta, como una sencilla reunion de familia, cuyos miembros se agrupan al pié de la venerada efijie del muerto padre; i mas con suspiros que con voces, enumeran sus virtudes, lamentan sus dolores, encomian sus merecimientos; piadoso homenaje en el que se permite tomar participio aun al mas oscuro servidor de aquel modesto hogar. Yo soi ese oscuro servidor; como a tal, dignaos escucharme.

Hablar de don Juan Ruiz de Alarcon, señores, es leer un capítulo del martirolojio del jenio; es contar al alma horrorizada i compasiva cuántas espinas pueden esconderse bajo las hojas de un laurel tardío; es cerciorarse con amargura, de que no siempre el talento i la virtud alcanzan justa recompensa en este mundo, tan solícito siempre i tan dispuesto a quemar su incienso en los altares de los ídolos afortunados.

Da espanto el considerar la tenacidad con que la precaria suerte amargó la existencia de aquel ilustre i simpático injenio, digno por sus merecimientos de una espléndida i lejítima gloria; mueve a lástima el verle apurar en su cáliz toda la hiel del infortunio; infunde todos los dolores. Porque no le faltó una sola desventura que probar en su largo calvario: pobreza, escarnio, oscuridad. Desconocciéronle sus contemporáneos, olvidáronle sus pósteros; vió engalanar con sus mejores obras la corona de otros injenios que acaso le eran inferiores; el teatro español, por cuyo engrandecimiento hizo tan poderosos esfuerzos, no tuvo para su noble frente una mezquina hoja de aquel laurel que prodigaba sin tino las mas veces; i miéntras en su patria adoptiva, en España, la envidia, la malevolencia i la ignorancia levantaban espesas nubes para eclipsar su jenio, un rayo perdido de su aureola iluminaba el teatro extranjero, rayo fecundante que hubo de producir la mejor comedia del teatro frances, inspirando a Corneille, preparando el caminos a Molière.

A manos del primero llegó la *Verdad sospechosa*, a cuya copia descolorida, a cuya servil traduccion en muchos pasajes debió este gran poeta una buena parte de su fama. "Daria yo dos de

mis mejores obras, dijo Corneille con noble franqueza, porque el asunto del *Menteur* fuese orijinal mio." Leyó Molière el *Menteur*, i aseguró que "sin esa lectura acaso no habria podido escribir comedias." I miéntras en el extranjero recibia Alarcon aquel espléndido homenaje que le tributaban esos dos reyes del mundo literario, el público español pagaba con las mofas i el desprecio la inmensa gloria que el pobre corcovado reflectaba sobre su pais. Durante muchos años ha empañado la gloria de los mas notables poetas contemporáneos de Alarcon la fea mancha de la envidia ruin, pasion que hubieron de desahogar en los insultantes versos que todo el mundo conoce; hoi el señor Fernandez Guerra, en un libro cuyo asunto es nuestro poeta, i que corre con universal i merecida estimacion, ha tratado de borrar aquella mancha, demostrando que no se trataba sino de un mero *vejámen* académico. Así será la verdad, i yo me complazco en creerlo, por honor de Lope de Vega i Quevedo i Góngora; pero lo que sí está fuera de duda es, que el público de su época clavó envenenados dardos en aquel corazon tan bondadoso i sensible.

¿Cómo, si no, hubiera olvidado su mansedumbre i su dulzura características, para lanzar aquella vehemente invectiva que en forma de prólogo estampó al frente del primer tomo de sus comedias, i que ahora me permito trascribir, cuanto no sea mas que para excitar vuestra conmiseracion? Dice de esta manera:

"El autor al vulgo.—*Contigo hablo, bestia fiera, que con la nobleza no es menester, que ell[a] se dicta mas que yo sabria. Allá van esas comedias, trátalas como sueles; no como es justo, sino como es gusto; que ellas te miran con desprecio i sin temor, como las que pasaron ya el peligro de tus silbos, i ahora pueden solo pasar el de tus rincones. Si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas; i si no, me vengaré de saber que no lo son el dinero que te han de costar.*"

¿I lo creereis, señores? Siglo i medio despues, un mal poeta, i por añadidura mal comediante, llamado Moncin, refundió infelizmente la copia del frances, dió a su trabajo el título de *El embustero engañado*, i con él alborotaba en Madrid, allí donde no habia por entónces quien se acordase de Alarcon ni de la *Verdad sospechosa*.

La jeneracion actual comienza a vindicar la memoria del poeta: su nombre es honrado en el extranjero; España le coloca al lado de Lope, Calderon, Tirso, Moreto i Rojas; sus comedias están ya seleccionadas, si bien despues de tres veces que lo intentó en vano el señor Hartzenbusch; la Academia Española acaba de mandar imprimir el interesante libro del señor Fernandez Guerra; i en estos dias se ha publicado en Paris la traduccion que de las principales comedias de nuestro poeta ha hecho al frances el distinguido literato M. Royer. En Méjico, el ayuntamiento de la capital acordó, en 1868, que el retrato de Alarcon se colocara en la sala de cabildo; la lejislatura de Guerrero decretó, pocos años ha, que el distrito de Tasco agregase a su nombre el del

poeta, i hoi, la literatura mejicana, representada por cuanto tiene de mas ilustrado i eminente, acude a este recinto para honrar la memoria de su insigne poeta dramático.

Para que se comprenda cuánta hubo de ser la importancia del impulso que Alarcon dió al teatro en el primer tercio del siglo XVII, preciso es recordar que los poetas dramáticos de aquella época, entre el *delectare aut prodesse* de Horacio, optaron por lo primero, i su intento no era otro que el de agradar, aun contemporizando, como Lope, con el gusto del ignorante vulgo. Las galas de la diccion, lo enmarañado de los lances, la grandeza de los efectos teatrales, eran los medios empleados por los contemporáneos de Alarcon para lograr su solo objeto, que era, como tengo dicho, el procurar grato solaz al público de todas condiciones. Enbebecíase la dama con la ternura i discrecion de las de Lope, entusiasmábase el caballero con la valentía de los *galanes* de Calderon, reia a carcajadas el mosquetero con las chocarrerías maliciosas del *gracioso* de Tirso, i todos se retiraban contentos, no sin haber ensalzado con sus vítores i aplausos al afortunado injenio.

Echábase, no obstante, de ménos, la comedia moral, aquella que inculca máximas saludables i provechosas, que solo por casualidad aparecian en tal cual obra, como los autos sacramentales; "todo lo demas, dice el señor Hartzenbusch, era una novela caballeresca, sin otro ajente que el honor."

Sintió Alarcon esa necesidad, midió ese vacío, recordó a Terencio, palpó los vicios reinantes de estilo i de forma, se halló capaz de ser verdaderamente útil a la humanidad, i al reinado de la imajinacion sustituyó el de la filosofía, el de la moral, i entrelazadas amorosamente la casta musa del Parnaso i la divina hija del cielo, inspiraron de consuno con su apacible llama el corazon honrado del poeta.

Repasando las veintiseis comedias que escribió, hallaremos que una buena parte está consagrada a desarrollar algun principio moral i filosófico de aplicacion práctica. Aun en las que son puramente de enredo, conforme al gusto de la época, veremos surjir aquí i allí ideas sanas i útiles, como que Alarcon no abandonaba su propósito de producir ántes frutos que flores. Acaso en esto consiste el que aparezca inferior a Lope, Calderon, Tirso i Moreto en el ornato poético, en los efectos teatrales i aun en la travesura; pero, a su intento cuadraba mejor la fidelidad en la pintura de los caractéres i la sobriedad en el adorno, para que el pensamiento brotase envuelto en las sencillas i severas formas de la máxima filosófica, de la correccion moral.

Sin fijarnos mas que en sus comedias de carácter, la *Verdad sospechosa* i *Las paredes oyen*, es admirable la verdad con que Alarcon pintó aquellos dos tipos del mentiroso i del maldiciente, tipos tomados del natural, tipos que renacen todos los dias, i a quienes la habilidad del poeta hace aparecer espontáneamente

odiosos i ridículos por el solo efecto del vicio: toda esa naturalidad de la accion se requeria para que la correccion fuera eficaz; toda esa naturalidad supo emplear aquel ilustre injenio, i esto es lo que le da la posesion lejítima del alto puesto que ocupa a la cabeza de los autores cómicos mas celebrados.

Otra de las cualidades en que nuestro poeta sobresale, i que le dan la primacía entre sus ilustres contemporáneos, es la correccion de su estilo, correccion a la que debe el ser considerado como un modelo de bien hablar. I cuenta que en este sentido crece de punto su mérito, al considerar que en aquella época el *gongorismo* habia hecho lastimosos estragos, como que llegó a inficionar a los mas elevados injenios. Libróse Alarcon del contajio, i legó a las jeneraciones venideras la rica i sabrosa lengua castellana en sus escritos, como en un venero de puras i cristalinas aguas.

Pero si Alarcon es terrible como la Justicia Divina cuando estigmatiza al vicio para hacerle odioso, es tierno i dulce como la Infinita Bondad si trata de hacer amable la virtud. Sus caractéres *buenos* casi pudieran parecer exajerados, si exajeracion puede caber en la práctica del bien: los tipos que en este jénero presenta son adorables, arrancan lágrimas de ternura i vienen a ser esas creaciones el mejor elojio del hermoso corazon de nuestro poeta.

Son, por otra parte, los mas numerosos, como si Alarcon hubiese hallado mayor complacencia en pintar acciones jenerosas; ¿qué mucho, si se retrataba a sí mismo, si al inclinarse sobre las blancas pájinas, éstas como un espejo le devolvian la imájen de su bellísima alma?

Conmover el corazon con el espectáculo de los afectos mas nobles; complacer al entendimiento con la sencilla exposicion de la verdad; halagar al gusto con las bellezas del estilo: hé aquí los timbres de aquella gloria, que tan lejítimamente corresponde a Alarcon.

Viniendo ahora al somero exámen de la mejor de sus comedias, la *Verdad sospechosa*, excuso enumerar prolijamente sus bellezas, cuando ya lo han hecho, con el acierto que suelen, los críticos españoles, mejicanos i extranjeros, que ejercen sin contradiccion aquel espinoso majisterio. ¿Qué pudiera yo decir que ellos no tengan dicho, en alabanza de tan esmerada obra? Valga por todos los elojios el del gran Corneille, el mas respetable i el mas imparcial de cuantos la admiraron, i que en el prólogo de su *Menteur* dice:

"Confesaré de camino que la invencion de ésta me encanta de modo, que para mi gusto nada hai comparable con ella en su jénero, ni entre los antiguos, ni entre los modernos."

Voi, pues, únicamente a encarecer el mérito de la comedia que nos ocupa, con el simple cotejo entre ella i la imitacion que el gran poeta frances hizo. Intentaré demostrar, aunque sea mui a

la lijera, cómo i por qué es inferior la obra de Corneille a la de Alarcon, para deducir la conclusion siguiente: Si la *Verdad sospechosa* aventaja al *Mentour*, que es la mejor comedia del teatro clásico frances, nuestro Alarcon aventajó en este jénero al insigne poeta, gloria de la Francia.

Sentado ya que la celebrada obra de Corneille es una mera copia de la de Alarcon, segun lo confiesan todos los críticos, comenzando por el mismo autor frances, inútil parece consignar que el pensamiento moral en ámbos es el mismo, a saber: que el embustero se cubre de oprobio, cayendo en los propios lazos armados por él para los demas. Las situaciones, el enredo, los recursos dramáticos, son los mismos en uno i otro poeta; prescindiendo, pues, del mayor mérito que desde luego tiene quien concibió primero el asunto, a éste habrá de corresponder todo el lauro, si supo conducir la accion con mejor acierto; por el pronto, nótese que Corneille no solamente no hermoseó el trabajo de Alarcon, sino que desaprovechó bellezas en éste contenidas.

Con efecto: Alarcon habia de hacer descollar el carácter de su embustero sobre todos los demas que en la obra puso en juego, para satisfacer las exijencias de la *unidad de interes;* él debia ser el alma de todo el enredo i de todas las situaciones: él era el único reo expuesto en la picota.

Para esto, cuidó de revestirle con todos los detalles del vicio que intentaba flajelar, i lo alcanzó, merced al profundo conocimiento que del corazon humano tenia. Hízolo de igual manera Corneille, traduciendo casi textualmente la escenas características del tipo en cuestion. Pero nuestro poeta dió el toque majistral a aquel retrato por medio del contraste; puso frente al embustero don García, al noble, al recto, al veraz don Beltran, su padre, i ya se sabe el inmenso partido que en semejantes condiciones puede sacarse de una oposicion hábilmente presentada: la fealdad, las tinieblas, la desgracia, resaltan mas, aparecen mas horrorosas al lado de la belleza, de la luz i del bienestar. Las reprensiones del padre al hijo tendrán mayor fuerza, si van apoyadas en el ejemplo; el vicio resultará dominado completamente por la virtud, si ésta brilla en todo su esplendor. Así lo comprendió Alarcon, i desde el primer momento ofrece al espectador aquel dechado de honradez i decoro, que toma posesion del ánimo ántes que se presente a usurparlo el feo vicio; por eso la primera escena está consagrada a la exposicion de aquel bello carácter, el cual ya queda perfectamente alineado con la justa indignacion que experimenta al saber don Beltran, de boca del letrado, el repugnante defecto del mozo. Desde este punto el embustero está ya condenado, i las reconvenciones del padre tendrán toda la solemnidad que la severa virtud ha de impregnarles.

Pero aquí hizo Corneille la primera de sus infelices alteracio-

nes: suprimió el diálago del padre i el ayo, por no sé qué fútil motivo de *unidad de lugar*, i perdió con ello la oportunidad de enaltecer el carácter de su Jerente (el don Beltran del orijinal) que resulta, en consecuencia, un viejo vulgar, en cuyos labios han de quedar descoloridos los enérjicos razonamientos del anciano caballero, creado por Alarcon. ¡Entre el *Etes-vous gentilhomme?* de Jerente, i el *¿Sois caballero, García?* hai tanta diferencia! La pregunta del español tiene todo el prestijio de los nobles antecedentes, prestijio de que carece la del viejo frances; aquél ya se hizo respetar del auditorio; éste es todavía en aquellos momentos (i son ya los últimos de la comedia) un viejo burlado de *vaudeville*. Tenemos, pues, que Corneille se descartó de un buen tipo, sin mejorar por eso a su protagonista en ningun sentido.

Otras de las alteraciones que en el orijinal hizo Corneille, infelizmente en mi concepto, es en lo relativo al informe que Tristan da a su amo sobre las damas de la corte. Aquella metáfora tan injeniosa, tan salpicada de maliciosos i oportunos chistes, que tan sabrosamente explana el discreto criado en fluidas redondillas, está sustituida en la obra francesa por una sarta de insípidos conceptos, en monótonos alejandrinos. No hallo la causa de semejante supresion, que en nada aprovecha al plan de Corneille; mucho habria ganado en animacion aquel diálogo, si el poeta frances hubiera traducido ese razonamiento, como tradujo otros muchos.

La relacion de las fiestas que don García supone haber dado en el rio a una dama, está traducida casi textualmente, salvo que las bellezas del orijinal hubieron de quedar absolutamente descoloridas. Nada hai, por ejemplo, en el relato de Dorante, que corresponde a aquellas deliciosas galanterías de don García, cuando dice:

Llegó en su coche mi dueño
Dando envidia a las estrellas,
A los aires suavidad
I alegría a la ribera,
Apénas el pié que adoro
Hizo esmeralda la yerba,
Hizo cristal la corriente,
Las arenas hizo perlas, etc.

El final de la relacion de ámbos poetas es mui diverso en cuanto a la brillantez del efecto. Dorante, hablando de la salida del sol, dice simplemente:

Il sépara la troupe, et finit vos pluisirs.

Miéntras que don García termina su relacion de esta manera tan redonda:

Tanto, que envidioso Apolo
Apresuró su carrera,
Porque el principio del dia.
Pusiese fin a las fiesta.

Comparad, señores, ámbas escenas, i yo sé que dareis la palma a nuestro Alarcon.

En la relacion que don García hace a su padre, del finjido lance que dió motivo al supuesto casamiento, desaprovechó Corneille algunos rasgos, felicísimos en el galan español. Dice éste, hablando de aquel reloj cuya campana delató su escondite:

¡Mal haya amen el primero
Que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo,
A dar comenzó las doce.

Cuyo pasaje lo traduce Corneille, diciendo de esta manera tan endeble:

Le bon hamme partait, quand ma montre sonna.

Largo i enojoso habria de ser un cortejo hecho mas menudamente; con lo expuesto, pienso haber dado una muestra de que en la famosa comedia francesa, lo copiado (que es casi todo) lleva descoloridas las bellezas de la española; i lo orijinal (que es mui poco) fué precisamente lo que de vicioso tiene la obra de Corneille.

Tal sucede con el desenlace; el embustero Dorante advierte la equivocacion de nombres (equivocacion en que estriba el enredo) mui a tiempo para comenzar a sentir inclinacion por la otra dama, por Lucrecia; de aquí resulta que cuando su padre ha concertado las bodas de su hijo con ésta, ya el galan la ama, i no hace ningun sacrificio, ni sufre castigo ninguno; Clarisa queda humillada, sin justicia, por el desaire; el interes se debilita hasta el punto de perderse, en virtud de la vacilacion que ya reina en las inclinaciones del galan i de las damas, de manera que la sorpresa acabó desde la escena penúltima, en que Dorante se manifiesta enamorado de Lucrecia, cuya mano está pidiendo Geronte a la sazon; todo se adivina, i los espectadores que suelen retirarse tan luego como ven cercanas las bodas en cualquiera comedia, pueden mui bien levantarse en esta escena de la de Corneille.

En la de Alarcon sucede todo lo contrario: el amor de don García es siempre el mismo; don Beltran pidió i obtuvo la mano de Lucrecia, cuando todavía el hijo a quien ama i a quien solicita es a Jacinta. La equivocacion continúa en pié, i momentos ántes de terminarse la pieza el espectador aguarda curioso e interesado lo que sucederá cuando don García tome la mano de Jacinta, creyendo ser la que se le ha concedido.

Hé aquí una situacion de las mas felices, por ser mui cómica i por contenerse en solo ella el castigo del embustero; con esa situacion queda en ridículo el galan, pierde la mujer a quien ama i que pudo mui bien ser suya; la ve pasar a los brazos de su rival, i por fin, se ve obligado a casarse con quien no le inspira amor, siendo por lo mismo desgraciado, i todo es como resultado exclusivo de sus embustes.

Pues esta situacion la desaprovechó Corneille, con perjuicio

del interes i aun de la justicia dramática. De aquí resulta ademas (i esto es mui importante) que la consecuencia moral conserva en Alarcon toda la fuerza de un correctivo, miéntras en Corneille es hasta contraproducente. En efecto, de la accion en la *Verdad sospechosa* se desprende expontánea esta leccion, que el autor da al público por boca de Tristan, i que es precisamente la que intentaba inculcar:

I aquí verás cuán dañosa
Es la mentira; i verá
El senado, que en la boca
Del que mentir acostumbra,
Es la verdad sospechosa.

No sucede así con Dorante: éste mintió tanto como don García, pero al cabo todo le sale bien, puesto que engañó a su padre, i se casa con la mujer a quien ya ama, sin que le cause pesadumbre la pérdida de aquella a quien galanteó primero. ¿Qué perjuicio, pues, orijinaron a aquel embustero sus mentiras? Ninguno, i por eso la moraleja tiene que ser a duras penas ésta, que textualmente dice así: "El mentiroso se embrolla; pocos habrán de salir del paso con gracia, como le sucedió a éste. Vosotros los que dudabais de que saliese airoso, aprended con este raro ejemplo a mentir." Lo cual, en resúmen, equivale a esto: segun Alarcon, "el mentiroso cae siempre en sus propias redes i se hace desgraciado;" segun Corneille: "en teniendo buena suerte, puede el mentiroso salir con la suya."

¿Necesitaré indicar quién de los dos poetas castiga el vicio, quién cumple mejor con la noble empresa de correjir las costumbres?

Consecuencia final: la comedia de Corneille es inferior en lo copiado i en lo orijinal a la de Alarcon, bajo el punto de vista de la moralidad, de los caractéres, del plan i de las bellezas; pues si la comedia de Corneille está considerada por los mas insignes críticos como la mas valiosa joya con que se engalana el teatro clásico frances, esta gloria refluye con creces en favor de nuestro inmortal poeta.

Digna es, pues, justamente merecida, la inmensa gloria que enaltece su nombre. Las palmas del triunfo, los lauros del jenio, que la posteridad justiciera depone en el túmulo del desgraciado escritor, son conquista del talento, no merced de la caprichosa fortuna.

¡Honrémosle nosotros, honrémosle, señores! I en esta noche, consagrada a su recuerdo, presentemos a su augusta sombra la pura ofrenda de nuestra conmiseracion, de nuestro respeto, de nuestra admiracion i de nuestro cariño; porque a todos estos afectos es acreedor el desventurado, el virtuoso, el poeta, el mejicano don Juan Ruiz de Alarcon.

Méjico, noviembre 8 de 1875.

MANUEL PEREDO.

POESIAS LIRICAS DE J. A. SOFFIA. (1)

I.

Cuando recibimos el libro, cuyo título encabeza estas líneas, lo abrimos con cierto interes i cariño, ya que no con curiosidad, pues conocíamos en gran parte las delicadas inspiraciones que llenan sus pájinas.

Años hace que al leer la primera composicion que J. A. Soffia daba a la prensa, nos formamos sobre su talento poético una idea que aun no ha variado. Las dotes que entónces le reconocimos son las mismas que hoi admiramos en él, salvo la correccion del estilo que solo la dan la práctica i el estudio de los grandes modelos.

En esa época existia en Chile algo que ya no existe, un verdadero movimiento artístico, un amor a la poesía que en algunos corazones se confundia con el culto que tributaba el alma a lo bello i lo bueno, que la remontan a su oríjen primero.

Se aspiraba a la gloria como hoi se aspira al oro; se ansiaba renombre i fama como hoi el logro de mezquinas i rastreras ambiciones i esa juventud que cantaba i escribia, vivia unida por los estrechos lazos de una verdadera amistad.

Todavía recordamos con gozo el entusiasmo con que aguardábamos el folletin poético que publicaba todos los sábados un periódico de entónces. Eduardo de la Barra i Luis Rodriguez Velazco, ya ventajosamente conocidos, nos regalaban casi dos veces por mes algun himno patriótico o una cancion de amor; Cárlos Walker arrancaba a su arpa notas fuertes i varoniles; Emilio Bello dejaba oir las notas delicadas de una lira que habia de enmudecer demasiado pronto. Campusano, Alvear, Soffia i otros muchos alternaban de cuando en cuando con ellos i esa brillante pléyade de injenios casi niños auguraba dias de gloria para la literatura patria.

I la mayor parte de los que escribian juntos se buscaban entre

(1) Un hermoso vol. de 458 pájs.—Santiago, imprenta de *La República*, 1875.

sí para comunicarse sus impresiones, se criticaban benévolamente sus desaciertos, se prestaban sus libros, conociéndose entre ellos ningun jérmen de dañosa emulacion.

Entónces no existia bajo el pomposo título de *academia* sociedad ninguna literaria que en el primer artículo de su reglamento impusiese a los que quisieran formar parte de ella el sacrificio de sus creencias relijiosas, como lo vemos ahora. Habia, sí, sociedades de amigos como el *Círculo de las letras*, fundacion del señor Lastarria, pero que en aquel tiempo se juntaba en casa de don Anjel C. Gallo i el modestísimo *Club de los estudiantes*, cuyo recuerdo no debe haberse borrado del alma de los que lo componian.

Mas tarde los odios políticos vinieron a destruirlo todo. La pasion robó a muchos el espíritu de fraternidad i aun el de justicia i los que trabajaban i cantaban juntos se hallaron esparcidos en los cuatro vientos, sin que haya de comun entre ellos mas que el recuerdo de un pasado, cuya vuelta parece imposible....

II.

Las primeras composiciones de J. A. Soffia se publicaron, si mal no recordamos, en 1863. En los trece años que desde entónces van corridos, su musa fácil i fecunda ha seguido dictándole dulces himnos, sin que la fatiga ni el desaliento hayan asaltado por un solo instante el corazon ni la mente del poeta.

Ejemplo raro en estos tiempos son esa dedicacion al arte i ese culto tributado sin cesar a lo bello; i el poeta que lo da merece bien la simpatía de los corazones jenerosos.

Despues de recorrer una a una las pájinas del libro que nos ocupa, desde la primera hasta la última, nos encontramos con que palpitan en ellas los recuerdos de la época, cuya desaparicion acabamos de lamentar. Cada uno de esos poemas ha despertado en nosotros una de esas dulces memorias que nos han hecho remontar la corriente de los años, el eco talvez de sentimientos propios para los que nosotros no hubiéramos nunca hallado tan bella expresion.

Jeneralmente las obras de sentimiento son de por sí monótonas i cansadas. Sea el espíritu de nuestra época que tiende como ninguna otra al realismo, sea la ajitacion de los espíritus o el ansia grosera de goces materiales que domina a la humanidad, ello es que pocos son los que buscan hoi su embeleso en las pájinas del Werter o del René o en las suaves i tiernas impresiones que deja al corazon el Rafael de Lamartine.

Hoi se pide al poeta otra cosa. La musa yankee de Longelow ha sucedido a la musa romántica que se vela medio vergonzosa en su manto de negro crespon, bañado en lágrimas. Hoi no se

quieren lamentos sino esperanzas, i el poeta debe olvidarse de sí para consolar las amarguras de sus hermanos.

J. A. Soffia ha comprendido esto como pocos. Sus cantos no son el eterno treno arrancado al arpa del dolor. Si llora, su llanto no es el jemido de la desesperacion sino la plegaria del cristiano que sabe que en pos de las espinas de este valle existe un eden donde brotan flores inmortales, donde el que sufre en la tierra con noble paciencia halla por premio una dicha sin fin.

Para nuestro poeta al lado del dolor que arranca al corazon amargos ayes están la confianza en Dios en el cielo, i en la tierra el amor, el santo amor que vivifica i alienta, que purifica i que consuela.

El amor es la inspiracion de nuestro amigo i a este noble sentimiento debe el haberse conquistado los laureles del poeta. Pero el amor que canta no es grosero i sensual como el de Safo i Anacreonte, no son los sentimientos afectados del Petrarca, que mas amó a sus versos que a Laura misma; es el amor tal como lo concibe el esposo cristiano, amor espiritual i puro, amor digno i santo, como bendito ya por la mano de Dios.

Leed cualquiera de las composiciones que nuestro bardo dedica a su jóven i bella esposa i en todos ellos hallareis un himno de bendicion al cielo que le dió la felicidad, i una eterna exhortacion a la virtud, ese bálsamo santo que eterniza los afectos terrenos.

Hé aquí algunos fragmentos tomados al acaso de tres diversas composiciones:

Para vivir contigo a todas horas
A tu pasion consagraré mis dias;
Yo cantaré tus tiernas alegrías
I sabré consolarte en la afliccion....
I aunque el cielo nos niegue otros favores
En la virtud la gloria encontraremos
I alegres i dichosos viviremos
Unidos en un solo corazon.

¡Felices los que amando enardecidos
Pasan la juventud
I que encuentran despues de estar unidos
La gloria en la virtud!

.....

Tú en mi cariño encuentras la alegría
I yo la encuentro en tí.
¡Pídeles a los cielos, vida mia,
Que siempre sea así!

¡La amada lira en que canté a mi madre
En la tumba sagrada de mi padre

Pendiente dejaré;
I en mi postrer plegaria al cielo santo
No falsa dicha ni embustero encanto
Sino paz i virtud le pediré!....
¡Paz i virtud, anuncios de otro cielo!....
En mí ya ha muerto el mundanal anhelo
Con la engañosa edad!....
Cuanto mas sed i tentacion inspira,
La gloria i el placer, todo es mentira....
¡Solo Dios i tu amor son la verdad!

Otro amor siempre cantado por los poetas de corazon es el amor a la madre. Amor primero de la vida, va aumentando a medida que los años i las pruebas nos revelan los sacrificios i la inmensa ternura que cada hombre debe a la santa mujer que lo llevó en su seno. I cuando la muerte separa para siempre a la madre del hijo, el huérfano que sobrevive tributa a ese sér adorado un sentimiento que casi pudiera llamarse un culto del alma.

El autor de las *Poesías* que a la lijera analizamos, dedica a su virtuosa i amante madre sus mas sentidas estrofas, siendo pocas las pájinas de su libro donde no se halle un tierno recuerdo suyo.

J. A. Soffia ha escrito una poesía titulada *Cartas de mi madre*, cuya lectura arrancó lágrimas a muchos ojos, i que es talvez lo mas bello que ha brotado de su pluma. Cuando se publicó en las columnas de este mismo periódico, infinitas personas se acercaron a rogar a los editores felicitasen en su nombre al poeta. Esto, si no nos engañamos, sucedia por primera vez en Chile. Quisiéramos copiar algo de esta sentida composicion, pero es fuerza renunciar a ello. Seria preciso copiarla toda, pues no sabriamos que fragmento elejir.

III.

Poeta que tanto cantó los mas nobles afectos del alma era imposible que no consagrase algunas armonías a la Relijion i a la Patria. En verdad que todo el libro no es mas que el himno de un hombre de fé que ama i respeta las creencias de su cuna, esperando, como el cantor de *Los mártires*, morir abrazado al Crucifijo i repitiendo las oraciones que de niño le enseñó su madre.

Las poesías líricas de J. A. Soffia rebosan en sentimientos piadosos, son la obra de un católico sincero que ama i conoce el valor de sus creencias i que ruega al cielo lo conserve en ellas hasta su última hora.

Oigámosle cómo apostrofa a la Fé en la oda sáfica que dedica a esta augusta i divina virtud:

De tí blasfeme quien jamas se abate,
De tí maldiga quien jamas padece,
No quien herido por dolor constante
Lágrimas vierte.

¡Dichoso el hombre que en tu amor descansa!
¡Feliz el alma que tu amparo busca!
¡Ai del incauto que en su pecho guarda
Pérfida duda!

Ese en el cielo no verá su patria,
De Dios el soplo no hallará en su esencia,
Nadie en sus cuitas le dirá a su alma:
¡Sufre i espera!

Nunca a negarte, dulce Fé, me tienten
Torpe vergüenza ni cobarde orgullo:
Siempre en mi pecho tu deidad encuentre
Templo seguro!

I hasta que el alma que tu amor alegra
Vuele a otros orbes a buscar su centro,
Luz que conviertes en placer mis penas,
Vive en mi pecho!

Pero ni entónces, dulce Fé, me dejes,
I de que vives en mi triste huesa
La Cruz piadosa que mi tumba vele
Símbolo sea!

Hemos sido largos en esta cita, porque queremos evitar otras del mismo jénero, pues mucho tememos que el cariñoso entusiasmo con que hemos leido estas *Paesías* nos haga añadir todavía alguna mas.

En la necesidad de ser breves nos vemos precisados a omitir algo de lo mucho que todavía podriamos decir. ¿Pero cómo no tributar de paso un elojio a las poesías tituladas *La campana del monasterio* i al delicado idilio amoroso llamado *El puente?* Entre las composiciones patrióticas es notable la dedicada a O'Higgins, héroe que ha inspirado siempre al autor una admiracion sin límites. La dedicada *A la memoria de doña Mercedes Marin de Solar* es notabilísima, como expresion de sentimientos i sobre todo como una feliz imitacion del estilo de la poetisa a quien el autor rinde su póstumo homenaje.

Quisiéramos copiar alguna estrofa de los versos *A Aconcagua*, escritos en fáciles i torneadas octavas, pero preferimos citar íntegros los lindísimos titulados *Paisaje*, de los que un pintor podria sacar una preciosa miniatura.

¡Qué hermoso paisaje!....
¡Qué luces tan raras!
El cielo es cortina
De púrpura i grana;
I espejos inmensos
Do el sol se retrata
Parecen del Andes
Las cumbres nevadas.
Se pierde entre sombras
El manso Aconcagua;
Alfombra de juncos
Va hollando mi planta;
Las auras murmuran,
Los pájaros cantan....
Señor, ¿qué es tu cielo
Si es esta mi patria?

Merecen tambien elojio las pocas traducciones que hai en el libro, entre las que mencionaremos *Los infelices*, hermosa i tierna creacion de Víctor Hugo; i seria injusto olvidar la preciosa leyenda *La fuente de la vida*, tan noble por su pensamiento como por su ejecucion.

Aquí ponemos fin a estas desaliñadas líneas, felicitando al autor i al amigo por el precioso tomo con que ha enriquecido nuestra literatura tan pobre en libros de este jénero.

Las poesías líricas de J. A. Soffia revelan que su autor merece con justicia el nombre de poeta. Sus cantos tienden a ennoblecer la humanidad, inspirándole elevados i dignos sentimientos. Su libro es un libro para la familia i asegura al poeta una fama envidiable.

ENRIQUE DEL SOLAR.

A LA MEMORIA DE LA INSIGNE POETISA

DOÑA MERCEDES MARIN DE SOLAR.

Sumido en hondo llanto
El pueblo se miraba,
I a encontrar la expresion de su quebranto
Confundido en su angustia no acertaba.
De luto el tricolor bendito i caro
Ocultaba su estrella, i la República
Su nave contemplaba
Sin piloto, sin norte i sin amparo....

Portales no existia....
Salvador o verdugo, héroe o tirano,
Ultimado la Patria lo veía
Por alevosa mano!....
I cuando mas atónita
Callaba de pavor, oyó una fúnebre,
Sentida voz que al exhalar su pena
Consuelo bienhechor daba a la ajena!....

¿De quién era ese arranque de ternura?
¿Quién podria pintar con tan sentidas
Expresiones de duelo la amargura
De las sinceras lágrimas vertidas
En lance tan cruël?.... ¡Era, señora,
Tu portentosa voz la que vibraba,
I en cítara sonora
Elejía tan bella preludiaba,
Que el pueblo, en su quebranto,
Su terror olvidaba
Por escuchar los ecos de tu canto!....

¿Quién te inspiró esas notas sobrehumanas,
Cuyos gratos primores
Fueron la justa envidia del poeta?
¿Quién tanto te enseñó?... Preguntas vanas!....
¿Quién enseña a cantar los ruiseñores?....
¿Quién le da su perfume a la violeta?....

¡Inspirada del cielo

Naciste para dar con tus canciones
Paz a los aflijidos corazones,
Alas al bien i pábulo
A todo grande i jeneroso anhelo!

¿Quién pobró como tú que la poesía
No es la loca expresion de la lujuria,
Ni el grito de la orjía,
Ni la punzante sátira
Que sus dardos acera en el ridículo;
I que no son sus dignos sacerdotes
Los que en vez de virtud siembran escándalo,
I en criminoso cieno
Manchan, menguados, sus celestes dotes
Sin elevar tu espíritu
A la rejion excelsa de lo bueno?....

¡Tú supiste mostrar que es la sublime,
Vital poesía el eco de lo justo,
Voz tremenda que al malo impone susto,
Destello de esperanza del que jime;
I probaste que solo es el oráculo
De sus misterios, quien en Dios espera
I sabe dar, con su bondad sin límites,
Honrado ejemplo de virtud sincera!....

¡I por eso te admiro,
Cantora peregrina,
Digna sacerdotisa de esa Piéride,
No vaga i mitolójica,
Sino real i divina
Que nombramos Virtud!.... De tus bondades
Los detellos tus cánticos derraman;
Que de tu dulce númen
Las musas fueron esas tres deidades
Que Fé, Esperanza i Caridad se llaman!....

¿Quién como tú ha cantado
La santa Relijion sublime i pura?
¿Quién el amor de madre ha ponderado
Con mas vehemencia i con mayor ternura?
¿I quién en nuestro suelo
Fué de cabal virtud mejor modelo?....

Yo te escuché arrobado
En triste asilo de orfandad doliente,
¡Cuando aun mi orfandad no presentia!
Repetir aquel cántico inspirado

Por la divina Caridad.... Tu frente
Por Dios iluminada parecia;
I al ponderar con voz desgarradora
La escena de la madre moribunda,
Que al dejar sola i huérfana
A su hija tan pura i tan querida,
En su afliccion profunda
Quisiera verla muerta i no perdida,
Yo ví, yo ví, señora,
Una gota purísima de llanto
De tus ojos nacer.... i fué esa lágrima
La estrofa mas sublime de ese canto
Que nunca, nunca, olvidaré en mi vida!....

Mas ¿qué idea elevada i jenerosa,
Qué sentimiento puro,
Qué aspiracion benéfica,
No encontraron en tí templo seguro?....

Triste se abate la ciudad: la fosa
Colmada de cadáveres,
Despojos de la guerra fratricida,
A nuevas cuatro víctimas
Espera con horror.... En el patíbulo
Muertas caerán por la justicia humana
Que al hombre inmola i que de Dios se olvida!...

Para el perdon ensordecido el fuerte,
La lei inexorable
Hará que ciego su furor consume
El golpe inevitable!....
Lo sabes, te horrorizas i a la muerte
Arrancarle concibes
Esas útiles vidas!.... Afanosa
Vas de hogar en hogar i a tus hermanas,
Venerables matronas, apercibes
Del peligro fatal; con sobrehumanas
Razones las animas, de las horas
La carrera detienes i hasta el solio
Del poder llegas i clemencia imploras!....

¿Qué tiranos, qué despotas,
Pudieran desoir tan tiernas súplicas?....
Al calor de tus lágrimas sentidas
El hielo se ablandó, su adusta espada
Depuso la justicia, la clemencia
Dictó el perdon.... ¡i fuiste proclamada
Salvadora feliz de la inocencia!....

¡Bendígate la mano Omnipotente
Por tan heróica accion.... Temple su lira
El justiciero porvenir: entone
Conmigo el canto que tu nombre inspira,
I en áurea imájen tu radiosa frente
De verde olivo i de laurel corone!....

¡Bien lo mereces tú que en dulce canto
Celebraste los nombres que hoi imprime
La justa historia en bronce duradero;
Que de Colon sublime,
De Las-Casas austero,
De amor i de virtud ministro santo,
De Ercilla, digno Homero
De Arauco, i gloria de su ingrata España,
Ensalzaste la gloria
I diste a cada accion i a cada hazaña
El aplauso inmortal de la victoria!...

¡Cómo entusiasta celebró tu canto
La grandeza de Washington el justo,
De Bolívar la injénita bravura,
Del noble O'Higgins la virtud sincera!...
¡I cómo viertes jeneroso llanto
Al recordar la ingrata desventura
Que, con su ceño adusto,
Siempre miró a Rodriguez i a Carrera!...

Alto homenaje de afeccion sincera
Todo nombre virtuoso i bendecido
Supo arrancar magnífico a tu estro;
Por eso amable celebró tu labio
A Jertrúdis, la Safo americana,
A Vicuña, el pastor dulce i querido;
I a Bello, el noble sabio,
Tu admirador, tu amigo i tu maestro!

Mas, yo veo esas *sombras luminosas*,
Que el trono de los héroes
Ocupan con nobleza en el empíreo,
Levantarse afanosas,
De blanco, azul i rojo entre las bellas
Blondas que un astro alumbra. De entre ellas
Destacarse contemplo una figura
Coronada del lauro de la gloria
Por las manos del bien i la justicia....
¡Es el recto Marin, prez de la historia,
Que ve que hácia la altura

Se levanta tu espíritu
I en los secretos del eden se inicia!...

A tu encuentro, radiantes, se presentan
Vera i Henriquez, que triunfales palmas
Felices te alzan en gloriosas manos,
I en la mansion dichosa de las almas
Te acojen con el júbilo
Con que a la hermana esperan los hermanos!....

A los piés de Teresa la inspirada
Digno lugar te muestran los querubes;
I, de laurel i palma coronada,
A recibir tu recompensa subes,
Miéntras que al grato son de cuerdas de oro
Así repite el inspirado coro:

¡Salve, inmortal cantora
Del bien i las virtudes;
Del cielo los laúdes
Resuenen en tu honor;
Escúchelo tu patria,
I sepa que en el cielo
Premió tu noble anhelo
La mano del Creador!

¡Salve a tu nombre, salve,
Poetisa americana,
De la mujer cristiana
Tipo acabado i fiel;
Que de tu austera vida
Al cielo hiciste ofrenda,
Dejando toda senda
De flores i de miel!

Ya que en el cielo moras
A Dios pide afanosa
Para tu patria hermosa
El iris de la union;
I Dios oirá tu ruego
Piadoso i complacido,
¡Pues nunca ha desoido
Del justo la oracion!...

J. A. SOFFIA.

JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

(Continuacion.)

V.

No por ser mezquino asunto el acto vengativo de un borrico, tengo por discreto presentarle desnudo; ántes bien, para el momento en que se cumpla, lo dispondré de propósito por trámites, allegándole aquellos armónicos incidentes con que a falta del auxilio de telones, burros embalsamados i otras artes teatrales, de que dispone el escritor dramático, sazona sus escritos el simple narrador biógrafo.

El solitario lector acepta ser guiado por las ocultas vias que procede la Justicia Eterna, hasta que llega advertido al lugar donde se cumple la sentencia.

Solemos, sin embargo, acariciar con exceso los recuerdos de la infancia: parécenos que a todos interesa lo que amamos, i amamos niñerías; cada cual las suyas i nadie las ajenas. Acostumbramos imponer a los demas nuestro yo histórico; el *yo* de cada uno, con olvido del jeneroso *nosotros;* i de aquí el que ese *yo satánico* de que habló Donoso, prepondere sobre el nosotros que nos enseñaron los Apóstoles.

Contra semejantes abusos, hijos naturales del amor propio, nunca se enmienda por entero quien escribe recuerdos; mas el que lee, los limita a su antojo, con apartar la vista i doblar la hoja.

Como iba diciendo, el portal es grande e incorrecto, a la manera de los que tragan i vomitan frailes; i a diferencia del portillo de la huerta se halla franco a todas horas del dia.

Entrase en él; i el forastero no deja de sentir respeto hácia los moradores del solemne edificio; mas sigue andando i necesariamente va a parar a la cocina.

En ésta parece que se guisa para el convite de las bodas de Camacho; i una vez dentro, saludan, siguen i rodean al recien llegado, diez, quince, veinte o mas perros de caza, galgos, perdigueros i podencos; los unos que buscan pasar mas allá i los otros que buscan salir para acá; todos reverenciando con la cola al huésped, en señal de bien venida, al paso que le siguen desconfiados, i repartiendo sus miradas, entre el lugar en que se ve col-

gado un látigo de un clavo i los sitios en donde hierven las marmitas i las ollas; las unas a borbotones, pendientes sobre ancha hoguera, i las otras que en larga hilada reposadas están sobre fogones.

Justo es que diga cómo pasado el portal, a la mano izquierda hai una puerta, que excusando el tránsito por la cocina conduce a la antesala; mas eso lo sabemos solo los que hemos asistido a la fiesta mayor del pueblo, porque se franquea nada mas que en aquellos tres continuados i joviales dias del año, i no por etiqueta segun creo, i sí para que el cúmulo de jentes convidadas no entorpezca a las dos cocineras i a sus correspondientes mozas auxiliares que, en soplar, fregar, mondar, deshollar, desplumar, gritar i sacudir latigazos a los perros, rivalizan.

Que la cocina es buena pieza, se comprende con solo haber dicho que en su espacio sortean su buena o mala fortuna los perros a docenas; ahora, que sea un espejo, no habria sutil embustero que se atreviera a sustentar la prueba. Si en ella corre el baldeo, si se arrastra sin cesar la escoba i cruje el látigo, tambien se orinan los perros i se rascan las pulgas; i ahullan, saltan, se tropiezan, atropellan i vuelcan cuanto topan por delante, los que al llevarse el pollo pagaron el pato.

La cocina son tres cocinas; se entra por la del centro, en la que se guisan los principios, i en ella está la mesa de los criados siempre puesta; i larga a modo de mesa de bodegon, salvo que tiene la tradicional cuchilla de dos mangos atada a una cadena *(la ganiveta)* i que ostenta en medio un pan moreno, del tamaño de una rueda de molino, junto al erguido porron de vino que mide muchos cuartillos. Cuantos quieren cortan del pan infinito: cuantos quieren beben del vino inagotable.

"I empalmando los milagros
Desde Moises a Cristo,
Tragan las cebollas crudas
Como si chupasen nísperos...
Con un pan comen cien hombres
I beben el vino al hilo."

Solamente a los industriosos catalanes pudo ocurrir el medio económico de hilar el vino. Hombre de éstos hai tan pacienzudo en apagar la sed, que un buen navarro (por ejemplo) al contemplarle con el porron empinado a dos palmos de los labios, creeria que mide con los ojos las horas en un reloj de arena, i léjos de eso, lo que hace el catalan es beber hilo a hilo, descuidado del tiempo.

Esta cocina es la Jauja i el purgatorio de los perros. En la segunda se asan las carnes i hierven las marmitas, de donde sale la sopa i el cocido para los amos i la servidumbre: llámase la cocina *dels ascons*. En la tercera se guisa para los cerdos, se hace

la colada, i es al propio tiempo locutorio de los criados i criadas.

Del departamento *dels ascons* (escaños) contar pudiera deliciosísimas veladas i santas prácticas de familia.

Si la mayor parte de las habitaciones principales de la casa solo tienen ventanas, en cambio, la cocina de la mesa de criados ostenta ancho balcon, de aquellos que dije dan salida a la azotea; mas no hai que asomarse a él para ver algo bueno: dicho balcon, sin antepecho, como todos los otros, sirve a las fregatrices, de paso para el *agua va*, que abajo aguardan i reciben cerdos, perros i gallinas, siempre alertas a lo que cae, i que nunca reparten, segun el precepto de Martinez de la Rosa: *Paz, órden i justicia.*

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

De aquí se pasa a la sala.

No la he visto mas espaciosa en casa particular. Es casi augusta i casi es granero; se acerca al cuadrado; no recuerdo los pasos que mide a lo largo i a lo ancho, i sí que a lo alto mide dos alturas. Tiene dos balcones i seis puertas colaterales; sus paredes están pintadas al temple sin ningun dibujo, no las decora un cuadro ni las adornan espejos, ni de sus huecos penden cortinajes, i solo allí, en el fondo, vése arrimado un reloj, cuya caja en la forma parece ataud de mómia ejipcia, i por el tamaño pudiera encerrar el cadáver del héroe Perseo.

No es, sin embargo, tan jigantesco este reloj que toque al techo; fáltanle para ello lo ménos las tres varas que al pajar le sobran por encima de caballete del tejado ... i aquí me acuden dos observaciones que dejaré en vilo como creo que lo está la sala.

Primera: ¿De dónde le vino a mi abuelo i a su albañil la idea de fabricar en un desierto una casa en que hubiera tal sala, que su elevacion, rompiendo por las demas piezas asentadas a su nivel, se creciera el doble? ¿De dónde les vino la inspiracion arrogante de fabricar una sala que tuviera la altura de dos pisos?

Esto en las cortes, centros de la civilizacion, de la riqueza i el lujo, se ve hoi en algunos palacios, cuyos salones de baile piden ámbito para el desarrollo de las armonías musicales, espacio para la versatilidad de las parejas danzantes, atmósfera para el jiro de las damas lanzadas al vuelo en alas de encaje i seda, oxíjeno para sus senos palpitantes ajitados por el amor i el cansancio; espacio, ámbito, desarrollo, atmósfera, oxíjeno para los piélagos de luz, para los oleajes de amor, para los raudales de armonía, para el lago de ondinas despiertas, para la mar de intrigas, para el golfo de perlas; i horizontes, en fin, para el descuello de plumas i pinjantes. ¿Pero en mi casa paterna i para mi abuelo i su honesta consorte? ¡Loado sea Dios Todopoderoso, que mostró el iman a un pastor e inspiró a mi abuelo tamaña grandeza! ¡Oh, i cuán sin estorbo pasearian por aquella amplitud el varon bí-

blico i la hembra homérica! él con su cayado i ella con su rueca... reclamo para mi abuelo el privilejio de invencion, i paso a la segunda de mis observaciones que será mas breve.

Conforme la cocina remata en sólida i elegante bóveda, el techo del salon no es sólida techumbre sino plano falaz, que mirado de abajo arriba engaña; i en cuanto a pisar encima no hai que fiarse. Es todo él una lona embustera que pinta en artesonado cada arteson mas grande que una artesa; i cada artesa se rezuma cuando los ratones en ella hacen sus precisas aguas. Semejante velámen bien comprendió mi abuelo que se caeria de su peso a no soportarle un palo trinquete; i al efecto lo tiene en medio, asomando a lo largo; i tan robusto, que no parece sino palo mayor de navío acostado.

Digo lo que parece: ahora mi duda pende en si a mi abuelo la idea le llegó de la mar o le vino de la tienda pastoril, pues de ámbos oríjenes acusa tener algo; i va la prueba. Como al techo de la sala llaman *cielo raso* i asemeja ser despojo de navío dado al traste, pudiera simbolizar *pos nubila febus*, i como mi abuelo fué patriarca trasconejado, pudiera tambien habérsele ocurrido imitar a Jacob, estableciéndose en Mesopotámia o en la tierra de Jesén.

Allí estará el techo como le dejé (en vilo), yo le recuerdo como es. No me inclino a pensar que mi abuelo se inspirase en el Antiguo Testamento, porque entre sus pocos libros jamas ví una Biblia; i así lo único que saco en claro es que, si toda la casa es híbrida como un mulo, esta su parte principal es mas monstruosa que el todo, porque tiene de granero i de salon, de tienda pastoril i de barco encallado.

Se concibe que una pieza elíptica, cuya descripcion he borrado, fuese destinada para comedor ántes que mi abuelo contara con ser padre de las doce tribus, pero ahora está desechada para tal objeto; i en mitad de la sala está perpétuamente plantada la mesa en que se come, la cual se encoje i se estira, se acorta i se alarga, sin menguar nunca de treinta cubiertos; i ya dicho esto, todo lo demas que allí hai son sillas i mas sillas, las que maldita la comodidad que ofrecen, siendo de tiempos anteriores al uso de la butaca, tiempos en que no se habia aceptado, por la cortesía, ese término medio entre el hombre tendido i el hombre sentado, que ahora se llama estar reclinado.

De las seis puertas colaterales, dos de ellas libran paso a dos escaleras, i ámbas sirven para la comunicacion con la planta alta, que bien pudiera llamarse de los *tálamos*, por no haber en dicho piso superior mas que dormitorios, los que son en tanto número, como se dirá luego al hablar de la familia. De otra puerta se ha dicho ser la que media con la pieza elíptica, i ya solo quedan tres, que son las que deslindan tres épocas, tres jeneraciones i tres jurisdicciones autoritorias. Entrase por una a las que fueron estancias de los padres de mi padre, i se ven mobladas como

el dia en que cubrieron a los jóvenes desposados: la cama es de madera torneada, está iluminada con vivísimos colores, mide el tamaño de dos alcobas regulares, i es tal la en que se halla, que con ser cama ciclópea, le sobra espacio por tres lados. En la cabecera tiene pintado un santo que no recuerdo cuál sea, porque allí casi todas las camas tienen el suyo. Los demas muebles son modestos, exceptuando la cómoda que es de lujo relativo, pues en Cataluña es de precepto el que la cómoda forme parte ostensible del dote de la novia.

Por una de las dos puertas restantes éntrase a la vivienda del *hereu gran* (el mayorazgo mayor) en todo semejante al departamento anterior, i la última abre paso a la del *hereu jova* (jóven) i de su esposa. Estas son las tres jurisdicciones autonómicas por efecto de la organizacion de la familia en Cataluña. El resto de las viviendas son de hospitalidad graciosa para los desheredados de la misma sangre i para los amigos.

Pero atendamos al influjo que ejerce siempre toda idea nueva en las costumbres mas arraigadas; aun en aquellas fracciones de la sociedad que mas parece que la huyen, a fin de repararse del contajio.

Al entrar en las estancias del mayorazgo jóven, se pisa en suelo de mosaico; se ven los muros rematando en bóveda elegante con caprichosas lámparas suspendidas i perfiladas escocias que las bóvedas ciñen. Abundan las lujosas colgaduras, las chimeneas francesas, los relojes, jarrones, espejos, muebles de caoba i de palo de rosa, sofás para la molicie i mesas de juego, etc.

Era yo muchacho cuando ví durante muchos meses a dos artistas italianos ocupados en dar forma a aquella mansion de deleite que contrasta con la de mi abuelo, como el luciente clavo romano desdice de la mohosa alcayata.

De aquí puede deducirse el cambio operado en las costumbres de aquella familia tan alejada de los centros sociales. Hai, sin embargo, que hacer justicia a la veneracion relijiosa. Al propio tiempo que el moderno lujo comenzara a invadir la doméstica veneranda modestia, restaurábase el oratorio. La casa del viejo Dios se decoró a la moda con relumbrantes fruslerías de la industria *católico-francesa*, que lo que ménos traen a la memoria son las catacumbas, i que lo que mas alejan del ánimo es la ceniza....

.....

De buena gana seguiria yo diseñando la casa del padre de mi padre, si el justo temor que tengo de haber ya hecho pesada la lectura no me sujetase.

Paréceme que discurro por sus diáfanos ámbitos, que presencio las francas escenas de la vida privada, en aquel aislamiento donde el mundo era la casa i la casa era un mundo; despiértanseme los oidos i figúraseme que escucho la voz de los que ya no existen.... ¡voz sin reserva, voz tan distante del susurro de sospechas que ahora realmente me rodea.... oh jóven alma mia!

Si pues morir es renacer en la otra vida ¡cuán hermosa es la idea segura que tenemos de la muerte!.... En el fatal camino de la vida nos atemora el encuentro del dolor para morir; repugnamos la agonía, pero la muerte nó.

Nuestro amor es inocencia, es niñez; nuestra niñez necesariamente es en el primer hogar. Al amor niño, amamantado en el hogar, llamamos con propiedad amor de patria. Luego a distancia, ya desterrados, i que con los recuerdos de la infancia embellecemos objetivamente el hogar nativo, i que con la nocion histórica, con la ambicion i con el orgullo de hombres salvamos el ejido natal a semejanza de fieras movidas por el hambre, aflojamos los vínculos de la familia, ensanchamos los horizontes de la aspiracion social i apellidamos patria a la nacion jeográfica, a la nacion histórica, a la nacion política. Pero la *patria* solo es el hogar de la familia, allí donde fueron la risa del alma, la cuna de caricias, el sueño i los ensueños de la inocencia.

Aquellas felices mujeres, de que tengo hablado, creian que fuera del radio visual de *Puig-Alegre* no quedaba ya mundo; i allá en el fondo de su alma sijilosa mas ama el mísero expósito su misérrimo asilo, que el mayor conquistador de la tierra ama de veras el mas extenso i elojiado imperio.

A cuantos vacilen en si es o no paradoja esta opinion mia, les pido que hagan memoria i marchen de espalda sobre los trazos de su vida, andada hasta replegarse en la infancia; i si entónces no sienten el calor madoroso de su nido de creaturas i no le reconocen paja por paja, si no saborean en sus labios el beso de la madre, si no experimentan la influencia de un cielo i de un suelo que los atrae, los compadezco i les concederé que son ciudadanos de todas las partes del mundo, hombres sin patria ni familia propia, *judíos errantes* que vinieron sin saber ellos de dónde, i que van sin descanso a donde nunca llegan; jentes que no tienen suelo ni techo amigo i que hallan i traspasan en su idea incesante fronteras movibles hasta tropezar, caer i hundirse en fosa ignorada, donde nadie vierte una lágrima, ni exhala un jemido, ni reza una oracion, ni erije una cruz, ni suspende siquiera una flor memorativa.

¿Qué es Italia para los hijos de Niza? Estos fueron italianos i ya no lo son; los vendieron los estadistas miéntras ellos dormian al son del canto de sus poetas. Pero sus dioses nativos, sus laureles, mas propicios que sus reyes, no los abandonan en su hogar, ni ellos los trocarian por la bandera de ninguna nueva patria artificial histórica.

No parece sino que el tétrico i sublime cantor de la Italia grande, convencional, futura, se inspiraba, apesar suyo, en los recuerdos de la infancia, i que localizaba esa patria política tan decantada en la sencilla cuna cuando dijo:

"....*E non puó dir morendo:*
Alma terra natia,
La vita che mi desti ecco ti rendo."

¡Santa tierra natal!....

Damos en nuestro secreto íntimo, a la patria comun, a la patria de todos, lugar secundario al del suelo en que nacimos uno a uno.

La nacionalidad, si bien abarca mayor concepto, se asienta mas en el cerebro que se mece en el corazon. A la idea nacion la halaga la historia, la enardece el orgullo, la enriquece i decora el entusiasmo, i el recuerdo del asilo nativo lo templa la lumbre del hogar, lo asea la madre, lo ennoblece el padre, lo defiende la virtud, lo alegra un sol peculiar, lo embellece una luna suya, lo proveen los frutos sazonados por la tierra amiga, lo pueblan los hermanos, la paz lo bendice.

Mas como el hombre nace i siente, crece i pisa, vive i muere, necesariamente social, el afecto i el juicio patrios adquieren sus grados progresivos en nuestro corazon; i éstos se desarrollan por el órden siguiente: la familia, el pueblo, la provincia, la nacion, la humanidad, o sean, lo conjénito, lo histórico, lo convencional i lo semejante; que equivale a decir la sangre, la relacion, lo convenido i la especie.

Pero como el segundo grado ya se produce de la nocion por el método, hénos que de aquí surje luego para complemento del grado último aquel ideal jeneroso, republicano, que prescindiendo de la flaqueza inseparable del hombre, abarca la aspiracion universal, llamada *Idea Humana*, la cual es volar libres desde el nido de la familia propia al seno libérrimo de la especie entera, sin tropezar en fronteras que estuvieron, están i estarán defendidas por el hombre contra el hombre.... ¡El hombre contra el hombre! Ved cómo sentidamente no hai mas que una patria propia, si bien luego para la locucion ordenada son: la patria histórica, la política i la universal.

Nuestra especie en su marcha hácia la perfeccion que anhela en vano, va marcando jornadas. Nace en la tribu, forma la ciudad, se extiende a la provincia, se dilata a la nacion i se dirije al ideal sin término de la fraternidad universal. Aquí se agolpa en torno de la cruz del Calvario desde donde cada sér vuelve los ojos al Salvador del mundo; i si le ruega por todos, aun aquí, es siempre con la esperanza individual de encontrarse en la eternidad de los tiempos unido para siempre a la familia propia.

Hoi llamamos ciudadanía a la disciplina con que nos sumamos a la nacion, que es la patria fuerte i legal; porque la nacionalidad i su fuero son la *guarda segura* del suelo nativo, que es la patria propia. ¿Qué importa que por necesidad o por soberbia no moremos bajo el techo primitivo? Le amamos a distancia como el expósito ama su asilo, porque nos amamos en él desde la primera sensacion del *yo soi, yo pienso, yo sé* en la vida de relacion.

Siga plajiándose en buen hora el *cives romanus sum*, pero busquémonos dentro de nosotros mismos, para encontrar la especie entera,

Yo de mí sé decir que con ser ancho i tempestuoso el golfo de de mi vida, habiendo hallado en él placeres deleitables, escollos inclementes, puertos de refujio i emporios de grandeza, no quisiera terminar la carrera de mis dias sin ántes llegarme a la casa de mis mayores, contemplarla desierta, galvanizar sus muertos, que con la fuerza de mi voluntad los veria levantarse a saludarme: correr, recorrer, abrazar lo inerte, besar lo inanimado: entrar en la sala.... i allí en la oncena baldosa tocar con el dedo la huella de una pata de perro que hai estampada.

—¿I por qué la pata del perro?—me preguntareis acaso.

Os lo diré. Aparte las hermanas i los hermanos mayores éramos en aquel aislamiento cuatro hermanos i cuatro primos que, por razon de edad aproximada, jugábamos siempre juntos los mismos juegos. Uno de estos juegos i acaso el mas socorrido para nosotros, era el de las bolas impulsadas a golpe de pulgar sobre el pavimento de la sala.

La huella que allí está es de pié de mastin i marca cuatro hoyos: el que imprimió la planta i los tres de los dedos delanteros.

Jugábamos con frecuencia en esta sala, i cuando nuestra bola respectiva paraba, expuesta a recibir un golpe de la contraria, teníamos establecido el derecho de apelacion i la forma del recurso, consistentes en suspender la accion del contrario hasta picar por segunda vez nuestra bola, de suerte que ésta fuese a caer dentro del hueco de la pata del perro, i allí cobraba inmunidad. Pero si la bola no llegaba, o si rebasaba la pata, el apelante perdia doble de lo que expusiera, aguardando su suerte.

De aquellos ocho niños solo yo vivo.

Nos habiamos repartido entre la iglesia, las armas i las letras: los arrebataron las enfermedades, las balas i el puñal del asesino.

.....

¿Qué es la vida? Era yo el de complexion ménos robusta. He sufrido las enfermedades mas graves, he soportado trabajos cruelísimos, he atravesado por combates repetidos, donde la muerte paró miles i miles de hombres: he afrontado las sublevaciones militares, los tumultos populares i los pérfidos amaños de la política; me han acometido asesinos, me han asaltado los verdaderos pesares, me hirió la calumnia, la suspicacia me arrojó al destierro, la traicion me puso en capilla i he librado; al paso que mis compañeros de la infancia ya no son....

Si azarosa es la vida, azar es la muerte.

Entre dos casos fortuitos (nacer i morir) que forman el tiempo del individuo, median el dolor cierto, la traicion segura i los desengaños tardíos.

Cada alma al nacer trae una divina lira, i esa es la esperanza.

La esperanza forma el poema de cada creatura.

Sin embargo, su primer acento va envuelto en una lágrima, su último canto es la agonía, i a la hoja final suelta un suspiro.... mas allá es la quietud: despues.... el saber.

Si la revelacion pide la fé, i si la fé no se coje sino que nos coje, ¡oh, consuelo! el alma humana revela la fé, porque solo el hombre entre todos los otros séres que viven i fenecen es el que siente la curiosidad hácia lo alto.

La curiosidad se manifiesta en nosotros, como si fuera (porque acaso es) el *instinto de la razon* induciendo la fé, i así se explica que con ella vayamos por la duda a la especulacion, i por la especulacion a las ciencias en incesante camino de la ciencia.

La fé reposa donde la razon no alcanza; pero la curiosidad aspira i su aspiracion es infinita hácia lo infinito, por ser ella la precursora de la eternidad.

El ideal del alma es la eternidad que presiente, i por eso su última palabra es relijion, su amor postrero i sin término.... Dios.

Para ser relijioso basta sentirse pequeño ante la creacion i reconocerse creado. ¿Para qué fin? Aquí responden la curiosidad con la esperanza.

Erase un hombre rústico i bueno, que sin haber aprendido a alabar ni a temer a Dios, segun se nos enseña, amaba a Dios.

Este hombre salia diariamente de su casa e iba al templo *de visita* a Dios.

Allí, frente al altar, sentábase i decia: "Señor, aquí está Juan."

Pasábansele las horas en silencio, i al levantarse decia: "Señor, hasta mañana."

Así yo tambien, en la solemnidad espléndida de las noches, elevo mis ojos al firmamento, mi corazon a Dios, i digo: "Señor, aquí está tu creatura."

Hé aquí que aquel hombre rústico i honrado, sintiéndose enfermo, pidió que le llevaran al templo, i una vez puesto al pié del altar, dijo: "Señor, aquí está Juan," i espiró.

Tambien yo en mis últimos instantes quisiera ver esa bóveda sin término de los cielos, salpicada de innumerables mundos.... ¡Ara de Dios en presencia, poder i majestad!.... i pronunciar muriendo: "¡Señor, aquí está tu creatura!"

VI.

Por lo indicado en el antecedente capítulo se infiere que en Cataluña cada *hereu* de cada casa es un príncipe de Astúrias, i que al efecto disfruta honores aparte del resto de sus hermanos.

Todos los parientes le son cortesanos i esperan con temor o confiados su exaltacion al trono.

Murió mi anciano abuelo, i un mi viejo tio, de cuyo nombre ni aun quisiera acordarme, deponiendo desde aquel momento el título de *hereu*, empuñó el cetro de la familia.

De este señor diré solo que fué enemigo de los muchachos i

temeroso de los perros rabiosos. Desde que se levantaba hasta que volvia a acostarse no se desprendia de su duro cetro autocrático, i era el cetro un garrote de toma i daca, instrumento infernal o arma regalada por las furias, el cual tenia un garabato por mango, con que a lo mejor de nuestras travesuras nos enganchaba por una pierna, i por remate un acerado pincho, con el que a medida de su susto ensartaba a todo perro sospechoso.

Pero finó al poco tiempo mi tio i vino al puesto un primo hermano mio; hombre de corazon nobilísimo, que fué amigo, que era admirador i habia sido compañero de riesgos del jeneral Alvarez durante el sitio de Jerona, en calidad de individuo de la junta patriótica de aquella provincia.

En el gobierno de este heredero es donde se marca el apojeo de la familia i se ve el pleno de las costumbres ejemplares en mitad de un período de transicion.

Dejad que aun me solace en los recuerdos; recordar es retrotraer la vida; los recuerdos son la vida del pasado, como la esperanza es la del futuro; i así dividido el tiempo, por una parte anhelamos i por otra.... a nuestro parecer,

"Cualquiera tiempo pasado
fué mejor."

I si no, ved por qué influencia, al retoñar la memoria de mi infancia, acúdenme a los labios versos de una tiernísima elejía. Consiste en que nuestro presente siempre se despide; ¿comprendeis mayor tristeza? Pues estamos diciendo sin cesar adios a los juegos, adios a los padres, adios al amor, adios a los hijos, adios a unos dolores empujados por otros; ¡adios! ¡adios! a la amistad, a las sensaciones i a la vida....

La vejez es misántropa hasta que acaba en la muerte; i solo goza cuando tácita, retraida i recelosa, llora hiel en el lacrimatorio que guarda el llanto diáfano, limpio i purísimo de la niñez, junto con las lágrimas hirvientes de la juventud. Entónces el hombre de la vejez destila de sus ojos humor de melancolía al recuerdo de las dos edades que le huyeron deslizadas, bajo las plantas, de entre las manos, del cerebro; i del corazon que tuvo.... toda la parte de vida escasa que queda al anciano para llorar la despedida está en la memoria....

Larga era la prole que a mi primo don Ignacio habian legado sus colaterales i sus mayores.

Allí habia viejos, jóvenes i niños; sacerdotes sin convento, soldados sin filas i solteras desesperanzadas de enlace; i bajo aquella blanda autoridad la paz era el vínculo, la abundancia la alegría, los placeres las romerías i la caza. La mesa era un festin diario, el rosario un templo i la noche un santo i largo reposo. A él, nieto de mi abuelo, hijo de mi tio, sobrino de mi padre, hermano de varios segundones i padre de muchos hijos; tios, herma-

nos, sobrinos, primos e hijos, amparados bajo un techo secular honesto i favorecido por las cosechas, obedecíamos todo con pronta voluntad.

Llenábamos la casa, no tanto por el número, con ser crecido, cuanto por la exuberancia de vida i de contento; i sin embargo, tal era la fuerza del hábito, que apesar de contarse entre nosotros un abad, un monje i un venerable prior de nuestra propia sangre, siempre se mantuvo el capellan dotado i siguió el trueque i trastrueque de un fraile por otro.

Mas esto de los frailes de relevo requiere aclaracion i la daré mui breve.

En el piso segundo, que llamé de los *tálamos*, habia un cuarto apartado, modesto i pequeño, que no encerraba ni le cabia mas que un crucifijo, una cama, dos sillas, una percha, un par de alforjas i un fraile.

Al paso que el cuarto, el Cristo, la cama, las sillas, la percha i las alforjas se llamaban del fraile, el fraile no tenia nombre propio; siendo así que no era siempre el mismo fraile. Al que estaba acomodado en casa, de fijo le venia otro empujando por la zaga; i como si se olieran el rastro el fraile al fraile, i cual si no cupiesen juntos, relevábanse en el acto, i tan sin tiempo para despedirse de los huéspedes, que solo el uno al otro, al rozarse encontrados en la puerta foránea, se decian: "Venga con Dios, hermano." —"Vaya con Dios, hermano."

Nosotros a las horas de comer nos hallábamos con un fraile que era otro; i si le dirijiamos la palabra, lo haciamos como si se tratara con el que se fué; miéntras que el fraile reciente, por su parte, terciaba en la conversacion como si él fuera el que estuvo.

Tan inmutable eran las costumbres i tan de atras les venia a estos medicantes el conocerlas.

En suma, como los ingleses tienen en España su Jibraltar, por donde se nos meten i se nos salen sin decir *hoste ni moste*, tenian muchos frailes una sola celda para todos, en la casa del padre de mi padre, i de ella se repartian el disfrute como pan bendito.

Cierta mañana observamos los muchachos que apénas llegado uno de estos relijiosos, en vez de pasar a su cuarto a reposarse, fué derecho a la estancia de mi tio el prior, i llamando a la puerta, entróse i conversaron.

A poco rato salia mi tio con aspecto severo, en busca de mi primo, el jefe de la casa; acompañábale el fraile; le hallaron i trataron juntos con reserva.

En los momentos a que me refiero, sentíanse por todas partes los efectos de aquella libertad medio infantil, medio calaveresca de 1820. Libertad que no era mas que en el nombre la reivindicacion de la conquistada en 1812, inspirada en la gloria de la independencia nacional, i dictada, mitad por varones romanos, mitad por padres de los antiguos concilios. Libertad consagrada en

el altar de la patria redimida por esfuerzo de héroes sin cuento, a fuerza de mártires sin número.

El eco del trágala i el viva Riego sonaba por do quiera a todas horas, como si la nacion fuese un teatro siempre en escena abierta para los coros, i como si Riego, en lugar de ser considerado a semejanza a uno de los Brutos, fuese el corifeo.

En verdad que si los severos repúblicos de las cortes de Cádiz imprimieron al código fundamental su carácter noble a la par que sencillo, los vengadores de la Carraca lo revistieron de indisciplina, i así aquel pueblo santificado ántes por el bautismo de sangre jenerosa i el lazo de fraternidad del código de 1812, parecia en 1820 una lejion militar que, rompiendo los lazos de la ordenanza, se entrega a las peligrosas alegrías del desórden.

Sorprendidos entónces los hombres graves, se contrajeron al silencio, i los jóvenes i los niños, rotas las válvulas de la educacion supersticiosa que les impusiera una restauracion inícua, cantaron en sustitucion de las letanías la libertad política, la licencia social i el *trágala perro*.

Creo que bien puede aventurarse la opinion que tengo formada de aquellos tiempos en que comenzaba a juzgar; i digo que el rei Fernando VII i el autor del trágala asumen en la historia llamada de los diez años la culpa de la mayor parte de nuestra jeneral desventura.

Ingrato el uno i desmedido el otro, ámbos a su turno tramaron sorpresas, irritaron la sangre de hermanos contra hermanos, enjendraron sospechas, forjaron grillos, levantaron cadalsos, aguzaron puñales, abieron paso a la emigracion, a los destierros, a los presidios i a la invasion extranjera, hasta que mísero i cansado el pueblo, hizo del suelo patrio lecho de pobreza, i se postró sin aliento para el trabajo i sin ambicion para la gloria; se acostó postrado sobre las ruinas de Jerona i Zaragoza, rendido sobre los campos de Bailén i de Victoria.

¡Oh! cuando hoi se moteja por extraños a la nacion que asombró a tantas otras, i no se desciende a razonar las causas que disculpan la jeneracion en cuyo tiempo bajó la España del pedestal de su antigua gloria, veo aun despierta la memoria rencorosa i exclamo: ¡Patria histórica, te temen todavía!.... ¡te ven en Asia, en Grecia, en Africa, en Lepanto, en Flandes, en Holanda, en Italia! ¡En Roma misma, católica España!

¡Te ven medir los mares jamas surcados, nacion aventurera! i te miran levantarte, partir i llegar a donde comienza un mundo ignorado; abrir sus puertas de oro, quemar allí tus naves; penetrar por soledades jigantes a traves de horizontes espléndidos e infinitos, hasta encontrar razas nunca vistas; luchar i someterlas, cruel o jenerosamente, ¡pero siempre grande! hasta que el hemisferio antiguo, siguiendo la estela de tus carabelas, recibió de tus manos el otro hemisferio i completó la tierra.

Si a tí que fuiste la nacion de un siglo, ahora que es el siglo

de las naciones todas te ofenden, es porque te temen todavía, pues ellas no ignoran que si tus ídolos mortales te sacrificaron miéntras que derribados los dioses vencias los héroes i aprisionabas reyes extranjeros, hoi que tus antiguos ídolos no son, te queda la experiencia para lo futuro; i siguen siendo tus cerros para tu altiva independencia, los mares para tus conquistas, tus valles para el arado, tu hogar para la familia: i que aun en nuestra adversidad se escucha aquel magnánimo *no importa*, que presajia el impetuoso *¡a ellos!* el intrépido *¡aurrerá!* i el fiero *¡desperta ferro!* ¡Oh, patria histórica! saben los extraños que la savia de tu raza circula todavía; i que sobre las tumbas de tus reyes monacales, de entre las frias cenizas de la muerta inquisicion, retoñarán los laureles de tus glorias!....

Iba diciendo que salió mi tio de su cuarto afectado cual si hubiese recibido una impresion fuerte, con motivo de alguna mala nueva i que para resolver sobre ella tuviese necesidad de comunicarla i consultarle al jefe de la familia.

Así fué en efecto, pues al poco rato cundió la novedad; i todos besábamos en señal de triste despedida la mano del prior, a tiempo que el varon piadoso montó en su mula, para ir de vuelta camino de su convento.

Quedó a la puerta de la casa un grupo formado por las mujeres i los niños. Sobre nosotros derramó el anciano su bendicion al emprender la marcha, siguiéronle a pié los hombres graves, deudos i familiares, hasta el límite establecido por la costumbre para las separaciones, en aquella direccion.

Volvian mis parientes de su cortejo en grupos parciales cuando a mi primo el jefe, que con sus hermanos los monjes departia, oí decir estas misteriosas palabras *"axxó no pot se mes; i farà bo que torni tot com l'any catorsa."*

Pocas horas despues nos vino aviso de que el prior habia sido preso al llegar a Peralada i conducido bajo escolta hácia Jerona.

Desde entónces se difundió por la familia un rumor confuso, nunca usado, i se propagó cierta actividad sombría.

No tardó en aclararse aquel enigma, i el resultado fué que mi primo el *hereu* reclutó de entre sus criados i colonos número bastante de hombres para una compañía militar; i armados de su cuenta los lanzó a una de las dos facciones realistas a la sazon nacientes en aquellas comarcas.

Jefes respectivos de estas dos facciones eran Misas i Mosen Anton; un bandolero i un clérigo, audaz el primero i astuto el segundo, i la mesnada salida de la casa optó por incorporarse a los ménos disciplinados i mas atrevidos. De ellos era el derecho de *servir a Dios i al rei* donde mejor les pareciera; i allá se fueron con su capitan i su corneta, que son los dos personajes que mas se destacan siempre de la fila i que en esta narracion vienen solo a cuento. Si bien (con perdon del capitan don Estéban) el corneta es quien me ha puesto la pluma en la mano, con todo i no ser

tampoco el corneta Saturní el protagonista de esta historia; que aquí el héroe efectivo es un burrillo tordo que tenia por nombre *Bunik*, apelativo apropiado equivalente a *bonito*, i lo era en verdad, como lo fué Neron, virtud que nadie ha negado al César, porque era propiedad del César, i a cada uno dése lo que es suyo.

ANTONIO ROS DE OLANO.

(Continuará.)

NOCTURNO.

(A JULIA.)

I.

En lo mas hondo del valle
Duerme en paz una laguna
I en la orillita hai un sauce
Que eternamente saluda.
No sé por qué un pensamiento
A mi pesar viene, Julia:
La lagunita i el sauce
Tú i *otro* se me figuran.
Entre las ondas i el árbol
Hai una historia sin duda,
Misteriosa leyenda
Para los hombres oculta.
Por eso el sauce pomposo
Eternamente saluda,
Las claras ondas por eso
Eternamente murmuran.

II.

Es jóven i ya parece
Que los pesares le abruman;
Melancólico es su aspecto,
Toda frente su figura,
I desde tiempos remotos,
Que a la memoria se ocultan,
Dicen en lo hondo del valle
Que no miró al cielo nunca.
Azules sueños durmiendo,
Si por su aspecto la juzgan,
La lagunita parece
Modesta, sencilla i pura:
Lo que en su pecho ella esconda
Eso lo sabes tú, Julia.
Pobladas de blancos cisnes
Enamorados la buscan,
I mil nadadoras garzas
El agua en la orilla gustan.
A los ardores de estío
Su seno abre la laguna
Para que en la onda traidora
Un cisne real se zambulla;
I le retiene en sus brazos,
I le acaricia las plumas
De sus magníficas alas,
De su garganta desnuda.
Pero ¡ai! en torno del árbol
Una atmósfera de angustia
Aleja de su follaje
Hasta las aves nocturnas!
Por eso el sauce pomposo
Eternamente saluda,
Las claras ondas por eso
Eternamente murmuran.

III.

Cuando en la tarde solemne
Al valle apénas alumbran
Las mas elevadas crestas
De las montañas sañudas,
I el ave i la flor i el agua
Sobrecojidas i mudas

De algun arcánjel viajero
La triste Oracion escuchan,
Entónces, cuando las almas
Su propia conciencia buscan,
En la húmeda superficie
Vaga incorpórea bruma.
Poco a poco va envolviendo
Del tronco la faz adusta,
La desgreñada melena
Hasta que todo le oculta;
Pero al traves de los pliegues
En la niebla inoportuna
Se ve que el sauce pomposo
Eternamente pregunta
I eternamente las ondas
Sin responderle murmuran.

La Serena, Enero de 1876.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

EL HOMBRE-DIOS.

Por lo visto, hai en el fondo de la sabiduría humana i de las grandezas de la tierra una sombra profunda que, reflejándose en la frente de los sabios i de los poderosos, la cubre de tristeza.

Hablando de Napoleon, decia Sieyes: "Es un hombre que todo lo sabe, que todo lo quiere i que todo lo puede." Los hechos posteriores de Bonaparte, desde el Consulado hasta Santa Elena, dieron testimonio auténtico de la exactitud de las palabras de Sieyes. Jenio o fortuna, ello es que Napoleon, dentro de los límites humanos, todo lo supo, todo lo quiso i todo lo pudo.

Cualquiera que sea la atraccion o la repugnancia que su nombre nos inspire, es preciso admirarlo.

Pues bien, el arte nos representa a este hombre extraordinario en el momento solemne en que ejecuta una de sus mas atrevidas empresas, como si buscara la ocasion en que debió mostrarse en su actitud i en su rostro la expresion suprema de su audacia i de su jenio.

¿Quién no ha visto el hermoso grabado que representa a Napoleon pasando los Alpes? Su figura solitaria se destaca sobre las sombras del cuadro, en medio de las bruscas asperezas de un terreno casi inaccesible. Por allí van con paso lento i silencioso la audacia i el jenio, la fortuna i la gloria.

Mas reparad bien: aquellos brazos cruzados sobre el pecho, aquella cabeza inclinada, aquellos ojos medio ocultos bajo la sombra de los párpados caidos, aquella frente, a la vez despejada i fruncida, revelan sin duda al grande hombre sumerjido en las luminosas oscuridades de sus vastos designios; pero ¿cuál es la expresion dominante en su actitud meditabunda i en su rostro pensativo?.... No es posible desconocerla: la tristeza.

Cuenta con la audacia i parece humillado; es el jenio i marcha a cumplir sus terribles destinos con la frente inclinada sobre la tierra; le sonrie la fortuna i baja los ojos como si quisiera huir del encanto de sus locas sonrisas; ilumina la gloria los horizontes de su vida, i el lijero fruncimiento de su boca descubre que duda a la vez de su audacia, de su jenio, de su fortuna i de su gloria.

Parece abismado en hondas soledades de profundas tristezas.

Despojósele por un momento de los detalles suntuarios que reaniman en nuestra memoria la figura característica de Napoleon, i nos será difícil distinguir en su actitud i en su rostro si se ajita en el fondo de su entendimiento un gran pesar o una gran empresa.

No penseis que es Napoleon, que como Aníbal, atraviesa los Alpes, i solo hallareis en él una actitud desalentada i un rostro triste.

Difícilmente descubriríamos en las arrugas de su frente el plan de conquistar a Italia i el propósito audaz de erijirse en árbitro de Europa; mas bien veriamos en ellas las señales inequivocables de un dolor oculto.

No seria a nuestros ojos el hombre que, fatigando la victoria, busca para apropiársela la menor grandeza de la tierra; mas bien nos pareceria un sér que, cansado de los desengaños de la vida, huye del mundo oprimido por el peso de mui tristes pensamientos.

Muchas veces he contemplado el busto del Dante, i ante la tristeza que, por decirlo así, sombrea las severas líneas de su rostro, he sentido el impulso de estas mismas reflexiones.

La cabeza del gran poeta, que el arte nos ha trasmitido, aparece modelada por rasgos graves, que imprimen en el conjunto de su fisonomía austera la doble expresion de una gran pena i de una grande esperanza.

El laurel que corona sus sienes brilla sobre la frente de esta gloria humana, como la claridad sobre la sombra, como un rayo de sol sobre una nube, como los resplandores del cielo las tinieblas de la tierra. Hai en esta mezcla de dolor i de gloria algo semejante al crepúsculo, algo que desciende de alturas inaccesibles, algo que se levanta de abismos desconocidos. Son los esplendo-

res del jenio divino, que se desvanecen en los rasgos oscuros del rostro humano; es el alma inmortal que resplandece entre las lobregueces de la cárcel mortal en que vive encerrada.

Sea el que quiera el capricho o la perversidad, la estupidez o la barbarie de lo que llamais vuestras opiniones políticas, no os es lícito negar, ante los testimonios auténticos de la historia falsificada, que Felipe II fué un gran rei, cuya grandeza ha pretendido en vano oscurecer la calumnia sistemática de sus detractores. Pues bien, si os habeis detenido alguna vez delante del retrato de Felipe II, trazado por el pincel de Pantoja, habreis participado de la tristeza que baña el severo rostro de aquel monarca, que hacia inclinar la balanza de Europa con el peso de su cetro.

En fin, si quereis reunir en una sola imájen el modelo mas acabado de la sabiduría, del poder, de la grandeza i de la virtud, considerad, bajo el aspecto puramente humano, la nobilísima figura de Jesucristo, i no podriais concebirla en toda la plenitud de su belleza, sino se os aparece iluminada por un rayo de luz divinamente triste.

Quiero decir con eso que el fondo de toda sabiduría humana i de todo poder humano es la tristeza.

Hai un rasgo característico, i que podriamos llamar frenolójico, propio de toda superior intelijencia, que es la reflexion; i no hai pincel humano que trace fielmente los contornos de una cabeza reflexiva, de una frente pensadora, sin determinarla por medio de rasgos tristes.

Jamas he tenido a Voltaire por sabio, i apénas hai quien le conceda un honor semejante; *la Biblia al fin explicada* es ciertamente un monumento de su audaz ignorancia. Se ha hablado mucho del *jenio* de Voltaire, mas la crítica justa, añadiendo una sílaba a la palabra, ha disminuido considerablemente su triste celebridad; ya no se habla mas que del *injenio* de Voltaire. Inferior a Racine, a Corneille i a Molière como literato, hai que concederle, no obstante, como filósofo, el excecrable honor de haber sido un gran sofista.

¿Nó?.... Pues examinad la expresion antipática de su fisonomía i la acerba sonrisa de su boca astuta os revelará bien pronto el veneno de su lengua; en las sombras que surcan su frente no descubrireis la majestad del pensamiento que busca la verdad, i en la expresion de su fisonomía aguda, burlona i repulsiva, buscareis inútilmente la majestuosa tristeza, que parece ser la atmósfera propia de la sabiduría i del jenio.

La burla de Voltaire es una mueca con la cual intenta encubrir la oculta desesperacion en que se ajita su espíritu rebelde; podria creerse que su movible intelijencia solo se sentia animada por un odio incorrejible hácia la verdad, como si su falsa ciencia le hubiera hecho probar los frutos mas amargos de la sabiduría humana.

Al cojer del árbol de la ciencia del bien i del mal el fruto prohibido, parece que Voltaire solo probó el fruto del mal.

Es cierto que la revolucion francesa tributó a su impiedad grandes honores; pero es toda certidumbre que, si hubiese vivido, esa misma revolucion le habria guillotinado, porque tal fué el fin desastroso de todos los que la enjendraron.

Si descendemos de la alta rejion en que habitan los hombres superiores, encontraremos mas palpablemente comprobada la observacion que sirve de motivo a las presentes reflexiones.

La experiencia es una sabiduría que el hombre adquiere año tras año en la universidad de la vida; el gran libro de esta ciencia experimental es el mundo, el gran maestro es el tiempo.

Por mas que la juventud insensata de nuestra época se haya apropiado, por el novísimo derecho de las incautaciones, la posesion incontrovertible de todos los conocimientos con que se enorgullece el jénero humano, no le ha sido posible todavía a lo ménos disputarle a la ancianidad el amargo privilejio de la experiencia.

I yo pregunto: ¿por qué la infancia, que todo lo ignora, es tan risueña?.... ¿Por qué la juventud, que no ve mas allá del dia en que vive, es tan alegre?.... ¿Por qué la ancianidad, que todo lo sabe, es tan triste?....

O de otro modo: ¿por qué la sencilla ceguedad de la inocencia i de la ignorancia es mas feliz que las orgullosas satisfacciones de la intelijencia?.... ¿Qué hai en el fondo de la grandeza i de la sabiduría de la tierra, que de tal modo entristece o desespera el alma del hombre?.... ¿Por qué, en fin, la sabiduría es tan triste? ¿Por qué la experiencia es tan amarga?.... ¿Qué cruel desengaño hai en el fondo de la vida i en el fondo de la ciencia humana?....

Lo diré en ingles para mayor claridad: *That is the question.*

Convengamos, no obstante, en que la civilizacion que llamamos moderna, i que es, sin embargo, tan antigua como el hombre, ha convertido la tierra de nuestros dias en verdadero paraiso. Concedámosle, aunque no sea mas que por un momento, esta infeliz satisfaccion a nuestro orgullo.

Mui bien: hemos plantado en medio de este jardin de delicias el árbol frondoso de la ciencia humana, i sea como quiera, nos hemos otorgado ámplio permiso para probar libremente el fruto prodijioso; hemos penetrado hasta el último secreto de todas las cosas; hemos hecho descender de las alturas inconmensurables de su omnipotencia al mismo Dios, i lo hemos declarado súbdito de nuestra razon soberana. Perfectamente. Nos hemos incautado del universo, i sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad, lo hemos hecho nuestro. Somos, pues, aunque simples mortales, i esta es la gracia, infinitamente sabios, poderosos, principio i fin de todas las cosas.

¡Ah, si las jeneraciones que ya han desaparecido hubieran po-

dido adivinar este supremo engrandecimiento de la especie humana, habrian detenido la muerte para venir a pasar con nosotros el resto de sus dias!

¿Quién nos tose a nosotros con tanto poder i con tanta ciencia?.... Verdaderamente nadie.

Mas entre tanto, meta cada uno la mano en el saco siempre lleno de sus propias desdichas; sondee cada cual el abismo de sus angustias, de sus dolores i de sus tristezas; penetremos por un momento en los oscuros rincones de nuestras miserias, i contestemos francamente: ¿somos mas felices?

La sangrienta ajitacion en que vivimos, la desesperada algazara en que nos revolvemos, la ruina que nos amenaza, el incendio que nos cerca, el espanto que nos domina i el desastroso desórden que nos asedia, ¿son acaso la suprema dicha o el supremo castigo?....

Eso sí, nosotros hemos reconstruido el paraiso, ¡qué duda tiene!.... ¡Aquella primera morada del hombre, que los incrédulos niegan, la hemos realzado por un acto soberano, por un acto creador de nuestra sabiduría, de nuestro poder i de nuestro jenio; mas todavía, no hemos podido eludir la ominosa lei que nos condena a probar todas las amarguras de nuestras soberbias grandezas.

Al paladear el sabor amargo del fruto prohibido, hemos entrado en la plenitud de la sabiduría, i hé aquí que somos dioses.... pero ¡Dios mio, qué dioses tan felices!

Lo hemos conquistado todo, ménos la felicidad.

I pregunto de nuevo: ¿Por qué la sabiduría del hombre está tan llena de tristezas?.... ¿Por qué ha de estar la experiencia tan llena de amarguras?.... ¿Por qué esta civilizacion presuntuosa está tan llena de desastres? ... En una palabra, si lo sabemos todo, ¿cómo no sabemos ser dichosos?....

¿En qué filosofía, en qué ciencia, en qué historia quereis encontrar la explicacion de tan raro i tan constante fenómeno?

No hai mas que una filosofía profunda, una historia eterna, una ciencia suprema que saben explicarlo. Hé aquí el verdadero oríjen de toda historia, de toda filosofía i de toda ciencia. La primera caida del hombre, el árbol de la ciencia del bien i del mal, el fruto prohibido, es decir, el fruto que hemos alcanzado.

No hai en la historia de la especie humana un hecho mas constantemente comprobado. Es un hecho perpétuo que se sucede visiblemente de tiempo en tiempo, con claridad espantosa, como si quisiera reproducir en el curso de las jeneraciones el testimonio vivo de su divina autenticidad.

¡Qué terrible ceguedad se apodera de los siglos impiamente sabios!.... ¡Ellos niegan la revelacion en el momento en que ellos mismos la atestiguan!

José SELGAS.

¡POBRE AVECILLA!

En vano con tus alas
Ensangrentadas,
Pobre avecilla, azotas
Contra la jaula.
Los crueles hierros
¡Ai! serán insensibles
A tus lamentos.

Yo comprendo tus penas
Sin que las digas....
¡Si pudiera soltarte,
Tierna avecilla!....
Talvez mañana
Amarás ya la cárcel
Que hora te espanta....

A mí no me atormentan
Dorados hierros,
Pero estoi ménos libre,
¡Sí; mucho ménos!
Canto mis penas
Como tú.... ¡las escuchan,
I las desprecian!

I yo no amaré nunca
La horrible cárcel,
Ni batiré las alas
Para librarme....
Tú, el campo ansías;
I yo.... morir cautivo
¡Canta avecilla!

Lebu, 25 de Enero de 1876.

JUAN R. SALAS E.

UN OBISPO POETA.

Ha sido preconizado últimamente obispo de Cuenca el doctor Sebastian Herrero i Espinosa de los Monteros, arcipreste de la santa iglesia Catedral de Cádiz, i sujeto de peregrina historia. Quizás cuando este artículo vea la luz pública esté ya consagrado en la misma iglesia.

El señor Herrero i Espinosa nació en Jerez de la Frontera i estudió leyes en la Universidad de Sevilla por los años de 1835 a 1841, en los tiempos en que una juventud entusiasta por las glorias patrias se habia dedicado i dedicaba al cultivo de las letras.

Con claro injenio, con el ejemplo de sus amigos i sobre todo con el de su hermano don Diego, autor del poema intitulado *El Diluvio*, siguió los modelos de la docta escuela sevillana, en que campea el estudio escojido de la lengua española i la delicada inspiracion.

Mui presente tengo una oda del señor Herrero, escrita en 1843, en que exclama:

¡Sublimes cantos del divino Herrera,
De Leon, de Rioja i Garcilaso!
¡Cuán presentes estais en mi memoria
Flores, hermosas flores del Parnaso!

En Sanlúcar de Barrameda primero i en Cádiz luego, representóse un ensayo dramático, compuesto por el señor Herrero, con el título de *Don García el Calumniador*, donde descubrió al par de su inspiracion, disposiciones felicísimas, en medio de inexperiencias juveniles. Obtuvo este ensayo grandes aplausos, sentidos vivas de sus amigos i admiradores i el obsequio de una pluma dedicada a sus merecimientos.

El ilustre i anciano poeta antequerano, don Juan Capitan, procuró estimular el talento del señor don Sebastian Herrero, con un soneto que terminaba así:

Todo Guadalquivir triunfos espera
Del que enlaza el coturno castellano
Con el verde laurel de la ribera.

Respondióle el señor Herrero con un soneto improvisado, en que se ostenta el brio i sobre todo el gusto poético de los Herreros i Arguijos.

Coronas de laurel ciñera un dia,
Mis versos entre aplausos resonaron
I los vates sus cítaras pulsaron,
Con su fuego inflamando el alma mia.

No al talento precoz, no a don García
Con avidez los vates celebraron;
Que tan solo mis sienes coronaron
Para encender mi débil fantasía.

Yo la ofrenda admití; mi alma la adora
Con entusiasmo relijioso, ardiente,
Miéntras la luz de Melpoméne implora;

Mas no hai inspiracion aquí en mi mente,
Que al resonar tu voz encantadora
Depongo el lauro para ornar tu frente.

Dedicado el señor Herrero al estudio de las leyes, recibió el grado de doctor i llegó a ejercer la judicatura por algunos años en una importante poblacion de Sevilla, con gran crédito de rectitud i prudencia.

Tocóle Dios en el corazon, i en un dia dejó dignidades i honores, esperanzas i deseos; retiróse a Sevilla a entrar en la Congregacion de San Felipe Neri, buscando en el sacerdocio el seguimiento del bien que en el mundo no hallaba.

Cumplió el tiempo del noviciado con la admiracion de los que le conocian, siendo obedientísimo i respetuoso el que no sabia hasta entónces otra cosa que mandar i ser respetado, i llegó el instante de la alegría de su alma, recibiendo las órdenes sacerdotales como con desengaños del siglo la recibieron antiguamente otros poetas: Vicente Espinel, Lope de Vega, don Pedro Calderon de la Barca, don Antonio Solis i tantos otros.

Al contrario de Frai Luis de Leon, tan eminente poeta i tan admirable prosista, que jamas pudo predicar, don Sebastian Herrero se consagró a la elocuencia. La poesía le dió ternura, imájenes i toda clase de afectos para conmover las almas.

De Sevilla se trasladó a Cádiz, donde sus superiores le confiaron el cargo de prepósito de la Congregacion que se instalaba en la antigua iglesia de San Felipe Neri, donde en 1812 i 1823 estuvo el palacio de las Cortes.

En esta ciudad permaneció algun tiempo, conmoviendo con su elocuencia los espíritus i enseñando la filosofía del que nació para felicidad del mundo.

Deberes de familia le llevaron a aceptar una canonjía en la Colejiata de su patria, de donde pasó a ser canónigo de Cádiz i luego arcipreste, sustituyendo a su hermano don Diego en el provisorato, con igual fama de agrado, discrecion i rectitud.

No olvidó por eso el cultivo de la poesía; alguna vez ha recordado los dias de su juventud dedicando versos a María o enalteciendo las glorias de Miguel de Cervantes.

Muchas son las sagradas oraciones que ha pronunciado en Cádiz, no siendo de las ménos sublimes la que oimos en la santa iglesia Catedral el 7 de noviembre de 1866, en las solemnes honras celebradas por el descanso de las almas de los que habian perecido en la heroica campaña del Pacífico defendiendo el nombre de España. Los ilustres marinos de la fragata *Villa de Madrid* i el pueblo de Cádiz, que concurrió a ese acto, no pudieron ménos de verter lágrimas al escuchar las tiernas imájenes del orador sagrado.

Hoi, que va a recibir la consagracion episcopal, yo, como antiguo amigo suyo, i mas que antiguo amigo, admirador de su talento i de sus virtudes, le he dirijido la felicitacion siguiente, en que se recopilan todos sus merecimientos:

"Ilustrísimo señor don Sebastian Herrero.—Mi mui respetable querido señor i amigo: Al ver a Vuestra Ilustrísima exaltado a la dignidad de obispo, en la sede de Cuenca, recuerdo que siendo yo casi todavía niño celebré el rico i florido injenio de Vuestra Ilustrísima en uno de mis primeros versos, cuando cultivaba la poesía como el bien de mis bienes, como el encanto de mi alma, como el alma de la mia, como la dulce vida de las esperanzas.

"¡Oh tiempo feliz que jamas se deja olvidar! Entónces por do quiera nos parecia descubrir por las calles de Sevilla, o al pié de los arcos árabes i mudejares, o de las vírjenes góticas, o de los naranjos cubiertos de azahares, o a la sombra de las alas de los serafines de Murillo, las imájenes del divino Herrero, del culto Rioja, del severo Arguijo, renaciendo al fuego de nuestras fantasías, i creíamos sentir en nuestros oidos la deliciosa armonía de sus versos, la gala de su lenguaje, la alteza de sus pensamientos, i todo de una manera tan admirable i delicada, que al decir lo que sentia no puedo declararlo como era sino únicamente como lo sé decir; poesía, en fin, que hablaba a nuestros corazones, para que el alma respondiera al recuerdo de tanta gloria patria con esperanzas i con deseos.

"Los jóvenes que al par mio ha mas de treinta años solemnizaron en Cádiz el númen de V. I., todos nos han precedido en el camino de la muerte. ¡Ojalá se hayan convertido sus cánticos de poeta en aquellos eternos de alegría de la celestial Jerusalen.

"¡Ah! nó: no es ilusion, tan unidas se hallan en mi espíritu sus memorias, cual la imájen en el lienzo en que está pintada, que hasta entiendo que me dicen:

"Tú nos has sobrevivido: tú estás llamado a saludar por nosotros a aquel jóven de singulares esperanzas, cuya virtud valerosa, cuyo desengañado conocimiento del mundo i cuya tierna elo-

cuencia lo han llevado en mayores dias a unir en sus sienes la sacrosanta mitra a los laureles del poeta."

"I ¿cómo enmudecer ante este misterioso llamamiento, cuando venerar el injenio i las letras i toda clase de méritos, i aplaudirlos i engrandecerlos justa i noblemente, es la única ciencia que con facilidad he aprendido?

"I ¿qué mas hermosa alabanza para honrar la verdad que el recuerdo de la vida de Vuestra Ilustrísima? Del estudio de las leyes i de los poetas, a la toga; de la toga del majistrado i del explendor del traje de Maestrante de Sevilla o del de Caballero de San Juan, a la austeridad, a la pobreza humilde i a la obediencia del sacerdote filipense; de la tribuna del Liceo de aquella ciudad donde resuena su voz en canto de amor i por amores, a la cátedra del Espíritu Santo, para imitar la dulce i arrebatadora elocuencia de San Bernardo, enseñando con verdades i sentimientos del cielo con que pasar seguramente el turbulento rio de las pasiones humanas. ¡Ejemplo de abnegacion sublime en esta edad que parece formada de las desventuras de todos los siglos, siendo la mas grande de todas el haber enloquecido.

"Sí: en nuestros dias se renuevan en Vuestra Ilustrísima los de nuestras glorias en las letras: la poesía trasladada a la elocuencia del púlpito, i mas tarde, con el báculo del pastor, dándole Dios su espíritu i bendicion para traer las jentes a la verdad i a la gloria del Evanjelio.

"No recordaré las sombras de los Santos Prelados de la España goda; pero sí invocaré a vos, Bernardo de Balbuena, ilustre e injenioso cantor del héroe de Roncesvalles; sí, obispo de Puerto Rico; i a vos, don frai Pedro en Oña, obispo de Venezuela, que celebrasteis el *Arauco Domado* en grandiosos versos i que con elocuencia cristiana enseñasteis lo que son *Las postrimerías de la muerte*, prestadme alguna parte de vuestro jeneroso aliento para ensalzar al amigo, cuya virtud, cubierta siempre con el manto de la modestia, recibe el premio que ha tanto tiempo que le deseo.

"Mas no debo proseguir: conozco que le hiero al dedicar a Vuestra Ilustrísima tales palabras; pero de otra suerte no puede salir de mi corazon esta alegría para que sepa que la siento, i no quiero que pase cosa alguna de olvido entre la eleccion de Vuestra Ilustrísima i el parabien de mi admiracion i de mi afecto.

"Aunque suenan mui léjos de la grande elocuencia de Vuestra Ilustrísima, mis palabras las tengo en mucho, no por lo que ellas valen, sino por el nombre i por la dignidad i por el talento de la persona a quien las dirijo.

"I hai en todo esto la declaracion de un vago secreto que se ocultaba en mi alma i no sabia dónde. Quizás por mis años me quedan pocos instantes de dia: se acerca la noche de la muerte. ¡Dichoso yo si en el último momento del último adios de mi vida puedo estrechar una cruz en mis manos con un ramo de esas

flores de delicadeza suma que ha sembrado Vuestra Ilustrísima por medio de su elocuencia en el jardin de los corazones!

"Así podré con esperanza inmutable distinguir en otro mejor horizonte una luz divina que anuncie a mis ojos que se acerca el sol de la eternidad por quien suspira mi alma.

"Dios, en larga i felicísima vida, conserve a Vuestra Ilustrísima con aumento de dones espirituales, cual es la voluntad de su afectísimo amigo, Q. B. S. M.—Adolfo de Castro."

Tal es la expresion sincera de mi juicio acerca de la persona del Iltmo. Sr. don Sebastian Herrero, que va a honrar la silla de Cuenca i a verter los raudales de su elocuencia en aquella diócesis, digna de ser felicitada por un suceso tan importante.

En medio de su juventud i de sus dichas i de sus alegrías, el señor Herrero tenia un presentimiento de los desengaños del mundo cuando cantaba:

¿Qué valen las coronas
Del mundo entero,
Si cual hojas marchitas
Las lleva el viento?

Trocadas las suertes i los estados, hoi con toda propiedad puede repetir el nuevo obispo, con los ojos fijos en el cielo i vencidas i encadenadas las pasiones a la razon i la razon a Dios:

Desde entónces bendigo
Mi cautiverio;
Que es dulce ser esclavo
De un dulce dueño.

Adolfo de CASTRO.

¡TU ERES ELLA!

Hermosas son tus hojas,
Bellas tus flores;
¿Cuál hai en los jardines
Que no te adore,

Cuando redondo
Tu brillante ramaje
Se alza orgulloso?

¡Ah, nó! tú así lo crees...
¡Cuánto te engañas!
¿Qué vales sin perfume
Camelia vana?
Altiva i necia,
Tú no eres lo que busco....
¡Tú no eres *ella!*

Tú si que eres la reina,
Rosa galana;
A todos tú festejas
Con tu fragancia.
Tú de la brisa
Eres i de la Aurora,
La favorita.

¡Ah flor desventurada!
Solo te ostentas
Un brevísimo instante,
I despues.... ¡seca!
¡Oh frájil reina,
Orgullosa i fragante,
Tú no eres *ella!*

Tú, pudorosa i alba
La frente elevas,
Eres tímida i noble
Cual la inocencia.
Tú a nadie envidias,
I jamas has temido
La ajena ira.

Tú, solo tú mereces
Ser de las flores,
La reina, i la querida
De los amores.
¡Casta azucena,
Yo te amo, que tú solo,
Tú, eres *ella!*

Lebu, 25 de Enero de 1876.

JUAN R. SALAS E.

EL PICAFLOR.

Ave que lindos colores
Ostentas en tu ropaje,
Rico encaje
De mil flores,
¿Por qué alegre vas i vienes
I apénas un breve intante
Inconstante
Te detienes
En la flor que apénas toca
El plumaje de tus alas,
Flor que en galas
Te provoca?
Si te miro en la pradera
Volar contenta i festiva,
Ave esquiva
I hechicera,
Se agolpan al alma mia
Mil recuerdos de esas horas
Seductoras
De alegría.
Recuerdo que cuando niño
Mi madre me sonreia
I adormia
Con cariño,
Recuerdo que jugueteaba
Del jardin entre las flores.
¡Los dolores
Ignoraba!
Mas esos dulces instantes
Lijeros se deslizaron,
I pasaron
Inconstantes.
¡Dejando triste mi pecho,
I en lugar de tanta dicha,
La desdicha
I el despecho!
¡Tan duro vivir me espanta,
Pues mi vida es nube oscura
Do insegura
Va mi planta!
¡I siendo al placer extraño,
Por do miro hallo el hastío,
I el mas frio
Desengaño!
Por eso errante en el mundo
Suspiro mi cruel tormento

Con profundo
Sentimiento,
¡I comparo desdichado,
Mi existencia desvalida,
Con la vida
Del pasado!
Miéntras tú, galan de flores,
Siempre alegre vas volando,
Ostentando
Tus primores.
I siempre de orgullo lleno
Te reclinas de los rosas
Mas preciosas
En el seno.
En los prados flores bellas
Por tus encantos deliran,
I suspiran
Todas ellas.
I débiles i rendidas
Escuchan tu dulce ruego,
Mas tú luego
Las olvidas.
I vuelas a otras praderas,
Cautivando en tus amores,
Nuevas flores
Hechiceras.
¡Mas, cuidado! ¡vé con tiento!
Advierte que vuela a prisa
La sonrisa
Del contento:
¡I que, tras lindos colores,
Ocultan crueles espinas
Esas flores
Peregrinas!
Sigue, sigue, jugueteando
Del jardin entre las flores,
Tus colores
Ostentando.
Sigue, sigue, i de las fuentes
Riza el encaje de espumas,
Con tus plumas
Relucientes.
¡Que yo triste en mi camino,
Lloraré la suerte avara
Que depara
Mi destino!....

ROSENDO CARRASCO.

REPAROS DE REPAROS,

O SEA LIJERO EXÁMEN DE LOS "REPAROS AL DICCIONARIO DE CHILENISMOS DE DON ZOROBABEL RODRIGUEZ, POR FIDÉLIS PASTOR DEL SOLAR."

"Que si es verdad que yo puedo engañarme, no lo es ménos que es mas ridículo que el autor que no acierta, el crítico que yerra."

(J. E. Gomez, *Der echte Spanier.*)

El ilustrado autor de los *Reparos* principia su trabajo con la reproduccion de un artículo (que en el libro titula *Introduccion*) que se publicó en varios periódicos en el mes de julio próximo pasado; i como nosotros tuvimos ya el honor de manifestar nuestro juicio acerca de los *reparos* de que allí se trata, creemos conveniente, para evitar repeticiones, hacer preceder este *Exámen*, del artículo en que contestamos al señor Solar, publicado en EL MERCURIO del 29 del mismo mes de julio.

Poco o nada tenemos que agregar a lo que entónces dijimos. Pero si en materia de doctrina filolójica nuestro artículo debe permanecer invariable, no sucede lo mismo en cuanto al tono que que allí empleamos; que sino era, tratándose de simples anónimos, en manera alguna destemplado, hoi que sabemos que el autor es el apreciable caballero que estampa su nombre al frente de los *Reparos*, quisiéramos que pecara mas bien por exceso de cortesía; pero ya que debe quedar en su forma orijinal, declaramos que debe tenerse por no escrita cualquiera palabra que no habríamos empleado si hubiéramos sabido a quien teníamos el honor de combatir.

LA MISA DIGALA EL CURA.

"Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ámbos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dió el ser i el nombre; lo contrario será fabricar castillos en el aire."

(Puigblanch, *Opúsculos gramático-satíricos.*)

Señor don S. R. R.

En el número 14,457 de EL MERCURIO, correspondiente al 9 del presente julio, que solo ayer nos envió un amigo, viene un artículo crítico "*Diccionario de Chilenismos*" del señor Rodriguez, suscrito por Ud., en que Ud. hace algunos reparos a dicha obra, pretendiendo correjir los muchos o pocos errores que, segun Ud., contiene, "moviéndolo a ello el bien entendido interes de sus compatriotas."

No ponemos en duda sus mui sanas intenciones i mejores deseos, señor don S. R. R.; pero esto no basta, como lo va a ver Ud., para hallar, i ménos para encontrar errores donde no los hai. No es esto decir que el libro del señor Rodriguez no los tenga; nó, señor, los tiene; pero desgraciamente, los que Ud. cree tales no lo son, como vamos a probárselo a Ud.; de la cual prueba se convencerá Ud. de que no basta haber dado exámen de gramática castellana en algun colejio i poseer un diccionario de la lengua, para echar su cuarto a espadas en materias que piden muchísima lectura.

Sentimos tener que ser mui breves, pues nos falta el tiempo para entrar en consideraciones jenerales acerca de la manera cómo se escribe i habla en América la lengua de Castilla; por esto nos limitaremos simplemente a refutar los reparos que Ud. pone al *Diccionario*, en el órden en que los trae su artículo.

Principia Ud. éste asegurando que no cree que la Academia Española haya dado carta de naturaleza a la voz *tranvía* en su calepino. Si no fuéramos enemigos de tratar estos asuntos satíricamente, le diríamos que realmente la Academia no ha admitido en su *calepino* el tal vocablo; i esto por la sencilla razon de que no ha escrito, a lo ménos que nosotros sepamos, ningun calepino. No creemos que sea tan rara la última edicion del *Diccionario* (que no *calepino*) de la Academia, para que Ud. permanezca en la duda de si trae o no esa palabra; a no ser que Ud. se refiera a lo que Ud. llama el *anglicismo* "tranway" que, por cierto, no lo hallará Ud.; pues ¿cuál es el "anglicismo bárbara-

mente traducido, pésimamente empleado i peor formado"? *¿tranvia?* o *tramway!* ¡Vea Ud. cuán necesaria es la buena redaccion, sobre todo en asuntos filolójicos!

"Lastimosa confusion" llama Ud. el que el autor del *Diccionario* escriba *ayuya, yayi, payador*, en vez de *allulla, llalli, pallador*. En el artículo *Y* del *Diccionario* dice el señor Rodriguez por qué emplea la *y* i no la *ll*. Permítanos preguntar a Ud., si es Ud. americano, que tal parece: ¿pronuncia Ud. *allulla* o *ayuya?* ¡A que dice *ayuya* i no *allulla!* ¿O querria Ud. que el señor Rodriguez, para señalar los *chilenismos*, se hubiera ceñido estrictamente a la etimolojía, i se hubiera puesto en comunicacion epistolar con las ilustres academias de Arauco i de todas las esclarecidas naciones indíjenas del Nuevo Mundo, para saber a punto fijo del mismo Nahueltripai i de los académicos que se pasean en cueros, con las manos en los bolsillos, a orillas del Amazonas, cómo deben escribirse i pronunciarse esas i otras palabras que de sus lenguas nos hemos apropiado? El autor de los *chilenismos* no tenia para qué averiguar si el salvaje de Bolivia i el de Arauco distinguen esos dos sonidos, por mas que el padre Mossi i el padre Fébres lo hayan hecho en sus respectivos diccionarios, con mas visos de razon el primero que el segundo, que solo parece haberse guiado por analojías. Somos nosotros, los americanos, los que hemos hispanizado esas voces; i no pronunciando nosotros, por vicio o idiotismo propio de nuestra pronuncion, la *ll*, es claro que debemos escribir con *y* las palabras en que suene esta letra. El Diccionario de la lengua castellana, al admitir en sus combinaciones las voces americanas, no entiende por tales las del quichua, guaraní, etc., sino las que han pasado a formar parte del caudal del castellano, como se habla por los americanos; de nuestros labios las recoje, i por cierto que no escribirá *pallador* cuando oye mui claro *payador*.

Entre las omisiones se fija Ud. en la locucion afirmativa *cómo nó*, extrañando no hallarla en el *Diccionario*. Pretender que al autor no se le haya escapado ningun *chilenismo* es una pretension de las mas absurdas, i solo prueba lo poco familiarizado que Ud. debe de estar con materias lexicográficas, i su mucho desenfado para tratarlas. Fíjese no mas en las muchas ediciones del Diccionario de la Academia, i vea, si sus conocimientos se lo permiten, las muchísimas voces, no solo arcaicas, sino modernas i castizas que faltan aun en la última edicion. I tenga presente que ese libro se escribe no por un solo hombre, sino por un cuerpo compuesto de numerosos sabios. Pero prescindamos de estas consideraciones, i veamos si tiene razon para tachar al señor Rodriguez por esta omision. Demasiado conoce él la lengua castellana para calificar de chilenismos los que no lo son. Pero callen barbas i hablen cartas.

En *Príncipe i Rei*, romance de Zorrilla, leemos:—"¿Vendreis? —Cómo nó." En *El capitan Montoya*, del mismo autor, leemos

tambien:—"¿No os lo dije?—Cómo nó." En el célebre *Diálogo de las lenguas* de Juan de Valdes (incluido en los *Orígenes de la lengua española* de don Gregorio Mayans i Siscar) hai este pasaje:—"*Coriolano.*—¿Qué decís? ¿Vos no veis que duro i turo no son una misma cosa?—*Marcio.*—Cómo nó?"

¿Qué dice Ud.? ¿Escribiria chilenismos Juan de Valdes? Lo que hai que observar, es que nosotros abusamos sin tasa ni medida de esta locucion, pudiendo emplear tantas otras.

En cuanto a la omision de *presupuestar*, suponemos que no lo incluiria el señor Rodriguez por no ser en rigor un chilenismo, puesto que en España, bien o mal, tambien se usa. I decimos bien o mal, porque en realidad no es palabra tan mal formada como a primera vista parece. No entraremos aquí a probarlo, pues esto nos haria salir de los límites en que por la falta de tiempo tenemos que encerrarnos.

La palabra *fuacia* i la locucion *hei es*, que Ud. echa de ménos, nos imajinamos que no se leen en el *Diccionario*, porque el autor se propuso apuntar *chilenismos*, i no cuanto *rotismo* ande en labios de la plebe; que si tal fuera su objeto, mas tinta habria de gastar que el mismo Tostado.

¿A quién oyó Ud. decir *arcayota* en Santiago? ¡Vaya! confiese Ud. que el tal o la tal se lo dijo *er* domingo en *er barcon* viendo pasar los *sordados*. *Alcayota* i no *arcayota*, es como se dice en Santiago. En Castilla dicen *cidracayote* i tambien simplemente *cayote;* pero no dudamos de que en Andalucía se dijo ántes *alcayote*, i quizás *alcayota*, habiéndose perdido con el tiempo la primara sílaba, que no es mas que el artículo árabe. Lo mismo ha sucedido con otras muchas voces, como *coran*, que ántes era *alcoran*. Sobre este particular puede Ud. consultar las *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana* de don Antonio Capmany.

Extraña Ud. que el autor no diga nada acerca de *choro*. Cierto es, señor, que éste es un sabroso, aunque indijesto, *chilenismo:* pero no es ménos cierto que es un impertinente e indijesto *choreo* el suyo, habiendo dicho el señor Rodriguez en el prólogo que "se ha abstenido de incluir entre los chilenismos los nombres quichuas i araucanos de animales, de aves, de peces, de plantas i los jeográficos."

Accidentado. Accidentes.—Descontento se manifiesta Ud., mas sin razon, de las correspondencias castizas que a estos barbarismos señala el señor Rodriguez. Puede Ud. agregar estas otras, que quizás le gusten: *doblado, desigual, desigualdad.* Así, *tierra doblada, terreno desigual, desigualdades del terreno.* "Si las contingencias de un viaje por tierras dobladas, ásperas," etc. (Marcos Jimenez de la Espada. "*El Volcan de Ansango.*")

Agua de la banda.—El ejemplo tomado de *Martin Rivas* le está diciendo cuál es el chilenismo que corrije el *Diccionario*; i así es como se ve escrito mil veces en los avisos de los tratantes o

comerciantes, i en sus carteles de baraturas. Hablamos de Santiago; en la Serena será otra cosa. Su *Diccionario de literatos* dirá lo que quiera, pero nosotros le decimos que *lavanda* no existe en castellano, i *lavándula* es anticuado, segun la Academia. Esos tales literatos, por aumentar su mal perjeñado libraco, no han tenido vergüenza, despues de llenarlo de galicismos, biografías, etc., de trasladar a sus pájinas toda la *Historia física de Chile* de Gay, definiendo los nombres latinos de cuanta planta i cuanto bicho encontró ese sabio entre mar i cordillera. Así, no es difícil asegurar en la portada que el libro se ha aumentado con quién sabe cuántos miles de voces nuevas. ¡Pero así ha salido ello!

Yuyuba.—¿Qué quiere Ud. que acerca de esta palabra diga el *Diccionario de Chilenismos?* ¿No le basta que la traiga el Diccionario de la Academia en su última edicion? Vamos claros. ¿Qué es lo que desea Ud.? ¿O quiere Ud. que se diga *pasta de susub*, en lugar de pasta de azufaifas, como teme don Juan E. Hartzenbusch, en su prólogo al *Diccionario de galicismos* de Baralt, que se le antoje decir a algun galiparlista?

Municion.—Grandes alharacas forma Ud. porque halló este chilenismo como castizo en la acepcion de perdigones en los diccionarios de la lengua. No dudamos nosotros de que en alguna parte de España se llame así lo que siempre ha sido en Castilla *perdigones*. Cierto es tambien que el Diccionario de la Academia lo trae sin la nota de provincial; pero ésta es una evidente omision o equivocacion de ese sabio cuerpo, que no es la primera ni será la última vez que incurre en errores dignos de enmienda. El *Diccionario de Chilenismos* no ha pensado jamas cambiar nuestros provincialismos propios por provincialismos españoles (salvo ciertos casos en que lo justifican las doctrinas filolójicas); así es que no recomienda que hablemos en catalan o en valenciano. Cuando habla de España, no es menester advertirlo expresamente, puesto que del idioma se trata, que se refiere a Castilla, i mui particularmente a Madrid, centro al cual tenemos que atenernos en cuanto se relaciona con la lengua que hablamos. No siendo, pues, *municion* usado en Castilla en la acepcion de *perdigones*, era necesaria la correccion. El primer madrileño que pase por la calle lo desengañará a Ud.

Peluquería.—Refutando Ud. al señor Rodriguez, quiere que las *barberías* se llamen tambien *peluquerías*. Llámense en buena hora peluquerías las tiendas en que se hacen pelucas, rizos, etc., i en que tambien se afeita, como sucede en algunas de Santiago. Lo que critica el *Diccionario de Chilenismos* es que se llame hoi *peluquería* cualquiera *barbería*. Para convencerse de la justicia de esta censura, no hai mas que abrir el Diccionario de la Academia, en cuya última edicion (1869) leemos: "*Peluquería*, f. La tienda donde se hacen o venden pelucas, i donde se peina o corta el pelo." Ya ve Ud. que aquí nada se dice de afeitar, pues en Madrid todo el mundo se afeita en las *barberías*, por mas que en

éstas tambien se corte el pelo i se vendan perfumes i sean mas elegantes que las mejores *peluquerías* de Santiago. El ejemplo de Breton que Ud. aduce, ¿qué prueba? ¿O estaba Ud. creyendo que el señor Rodriguez no sabia que existia la palabra *peluquería* en castellano? Medrado estaria el triste!

Aunque la siguiente observacion de Ud. no se refiere al libro en cuya defensa nos ocupamos, nos permitirá Ud. que acerca de ella digamos dos palabras en obsequio de las personas poco versadas en esta materia, i que podrian atribuir a su observacion mayor valor del que en nuestra humilde opinion se le debe conceder.

Dice Ud.: "Una obrita de ortografía castellana, publicada en Santiago, enseña a escribir *móbil, marabilla, kilógramo, juéves*, e introduce tantas novedades en la ortografía de la lengua, que seria largo i prolijo enumerar." ¡Cómo novedades, señor nuestro! ¿Cuáles son ellas? No conociendo, como no conocemos, la tal obrita, tenemos derecho para suponer que las cuatro novedades citadas por Ud. deben de ser las mas gordas. Cuarenta años hace, justos i cabales, que una obrita que Ud. debe de conocer, intitulada: "*Principios de la ortolojía i métrica de la lengua castellana*," anda en manos de nuestra juventud. Pues bien: en las primeras pájinas de esa obra didáctica leemos:—"La etimolojía, cuando no hai duda en ella, es lo único que puede guiarnos. Por consiguiente:

"1.° Debemos pronunciar *hábil, móbil, núbil*, derivado de los vocablos latinos *habilis, mobilis, nubilis; marabilla*, procedente de *mirabilia*, etc." Excusado será decir que estas lecciones las dictó el sabio don Andres Bello, una de las primeras autoridades en gramática castellana. Ya ve Ud. que no es tan nueva la novedad. Sin embargo, bueno será advertir aquí, que hasta ahora todo el mundo escribe *móvil, maravilla*. En cuanto a *kilógramo*, ¿qué es lo que le tacha? ¿Ud. lo escribiria *quilógramo?* Sea en buena hora; por esto no hemos de reñir. Pero ha de saber Ud., señor S. R. R., que la Academia Española lo escribe con *k;* lo mismo lo hace la Universidad de Chile. Con que así, ¿dónde está la novedad que Ud. lamenta? O querria Ud.... pero en esto no ha pensado Ud.... que el autor escribiera, i no se asuste, *kiliogramo* o *quiliogramo*, que es como se deberia pronunciar, si los señores franceses, dando claros indicios de lo mal que estudian el griego, no hubieran suprimido, faltando a las reglas de buena formacion, la *i* de la segunda sílaba, como mui atinadamente lo advierte el erudito don Pedro F. Monlau en su *Arcaismo i neolojismo.*

Pero si en el párrafo precedente lo hemos censurado, permítanos que en éste lo felicitemos por su buen criterio en burlarse tan graciosamente de la supresion o abolicion del *don*, que no es mas que una ridícula afectacion. Entre nosotros esta ridiculez

es de reciente data: no así en otras repúblicas hispano-americanas, donde hace años está de moda.

Termina Ud. sus reparos criticando el nombre que lleva el libro del señor Rodriguez, por cuanto algunos de los titulados *chilenismos* son palabras comunes a toda la América Española. Querria Ud. que por lo mismo se llamase *Diccionario de Americanismos*. El autor ha querido correjir solamente los vicios que en materia de lenguaje se han hecho jenerales en Chile. Poco importa, pues, que éstos sean de procedencia peruana, cubana, arjentina, etc.; basta que los usemos los chilenos. Para nosotros, respecto de la lengua de Castilla, son verdaderos chilenismos, i no tenemos que averiguar, en este caso, puesto que no se trata de estudios puramente etimolójicos, si hemos tomado esas voces de las lenguas indíjenas de esta o de aquella tribu americana. El mas miope se reirá de lo insustancial de su reparo; por eso creemos ocioso detenernos en mas prolijas explicaciones. En cuanto a sustituir el nombre de *diccionario* por el de *glosario*, como Ud. quiere se llame, debió Ud. haber averiguado, ántes de proponerlo, lo que es *glosario*, que, segun la Academia, es el "*Diccionario* que explica palabras oscuras i desusadas."

Tambien ha calificado Ud. de prematuro el libro, porque en él nota algunas omisiones (i no son tantas como Ud. finje creer, como no sean del linaje del *choro.)* ¿Qué podremos contestar a cargo tan pueril? ¿qué? preguntamos.... ¡Vaya Ud. a decirle a la Real Academia Epañola que no debió publicar la primera edicion de su Diccionario porque en ella faltan todas las voces que trae la undécima! *Risum teneatis!*

Si como los que hemos rebatido son todos los demas errores que contiene el *Diccionario de Chilenismos*, vale mas, señor don S. R. R., no meneallo. Si, al contrario, ha dejado Ud. los mas garrafales para los postres, no nos prive del placer de conocerlos luego, en lo que hará una via i dos mandados: un servicio a nosotros, i otro a la literatura nacional, indicándole los escollos que debe evitar.

Hemos llegado al término de nuestra tarea. Los jigantes i malandrines contra quienes, lanza en ristre, arremetió Ud. con tan singular denuedo, se han desvanecido como el humo: los que tales se le antojaron eran las aspas de un molino. Sin pecar de inmodestos podemos preguntar con lejítima confianza: ¿ha quedado en pié uno solo de los cargos que con tan escaso criterio se han hecho al libro que hemos querido vindicar?

Los que hayan leido la acusacion i la defensa i estén medianamente instruidos en materias lexicográficas, podrán contestar. O mucho nos equivocamos, o ya oimos decir:—"¡Ninguno!" I no se crea que atribuimos este resultado a nuestra refutacion: era una consecuencia precisa i necesaria de lo infundado e insostenible de los cargos.

En satisfaccion de la tacha de prematuro que se ha hecho al

Diccionario de Chilenismos i como un homenaje a nuestro distinguido amigo el autor, terminaremos este artículo citando las palabras con que termina el prólogo de la primera edicion del Diccionario de la Real Academia Española:—"Pero lo que no se empieza no puede llegar el caso de que se concluya: y para que se enmiende y perfecione pone hoi la Real Académia Española á vista del Orbe literário este primer volúmen de su obra, con la satisfacción de haber vencido tantos y tan graves embarazos como habían ocurrido para su logro: I sírvala de mérito, para disculpa de sus omissiones involuntárias su ardiente zelo por la glória de Nación."

Soi de Ud., señor S. R., A. S. S.

F. P.

ADVERTENCIA.

"Así como hai un uso recto i regulador en materia de idioma, hai otro malo, contra el cual puede cualquiera con razon sublevarse, i no habrá lugar la prescripcion."

(Bouhours. *Remarques nouvelles.*)

Como el señor Solar parece no haber comprendido bien las verdaderas miras del señor Rodriguez al escribir su *Diccionario de Chilenismos*, que no son otras que señalar a las personas que deseen hablar i escribir correctamente, los escollos que deben evitar, i como el autor de los *Reparos* se empeña en conservar, contra los consejos del señor Rodriguez, el uso de innumerables chilenismos, nada mas que porque los cree útiles, o porque considera imposible sustituirlos por las correspondencias castizas, por la oposicion que entre nosotros hallarian, se nos permitirá que expongamos aquí el objeto que, en nuestra opinion, se propuso el erudito autor del *Diccionario de Chilenismos*. Mui claro lo dice el "Prólogo;" pero ya que algunos no lo han comprendido, fuerza será repetirlo.

El señor Rodriguez hizo esas apuntaciones, principalmente para los jóvenes que se dedican a las letras i para todo linaje de personas que tienen la noble aspiracion de no expresarse en una jerga tan vulgar como abominable. En obsequio de los primeros, para que sus obras puedan ser leidas fuera de Chile, en las Américas i en España; donde corrian riesgo de no ser entendidas de nadie si seguian ostentando voces i locuciones no conocidas sino de los que nacieron en el estrecho seno de nuestros valles: en el de los segundos, para que no se ofenda la majestad de la Representacion Nacional con ridículos provincialismos, i no se amen-

güe la elegancia del trato fino i cortesano de nuestros salones con un lenguaje tan poco culto i distinguido; i en fin, para que tanto nuestros varones como nuestras damas que se resuelvan a salir alguna vez de la aldea que los vió nacer, i emprendan un viaje por tierras extrañas, en que se hable la lengua de Leon i Herrera, no necesiten de intérprete, como lo hemos visto nosotros mismos allá en la coronada villa que baña el arenoso Manzanares.

Pero si el autor del *Diccionario* no escribió sus sabias lecciones para los mercaderes, los oficiales mecánicos, i aun para muchas *señoras de su casa*, muchas de las cuales no han leido en su vida mas libro que el almanaque, seguro de que ninguno de éstos habia de comprar una obra para ellos tan inútil, nunca desconfió de que, con el tiempo, hasta la jente pechera aceptará, si no todas, muchas de sus correcciones.

Siendo este el objeto del libro, i viniendo los chilenismos casi siempre acompañados de su correspondencia castiza, no comprendemos el empeño del señor Solar en adoptar voces bárbaras que, aunque mui corrientes en nuestro suelo, está en nuestro interes desterrar para siempre, como procuran hacerlo en Colombia, en el Perú i otras secciones americanas, los literatos que comprenden la inmensa ventaja de que tantos millones de individuos hablen uniformemente una misma lengua. Si en cada república hispano-americana hubiera hombres como don Juan María Gutierrez, honra i prez de la arjentina, llegaria dia en que las diverjencias fuesen tan marcadas, que lo que es hoi una sola habla serian entónces tantos dialectos cuantos son los Estados; pues que, combatida la lengua de Castilla por el elemento indíjena, que casi en cada Estado es distinto (la América salvaje habla como 500 idiomas i cerca de 2,000 dialectos), i por la inmigracion europea no española, i no pudiendo, por lo heterojéneo de los ajentes, modificarse por una misma pauta, la consecuencia es desgraciadamente mui clara i precisa. El señor Gutierrez es, sin duda, partidario de la pluralidad de idiomas, por las ventajas que ofrece a la humanidad. Esa diversidad de lenguas establece el vínculo de union i amor entre las razas de la tierra, que hombres negados e ilusos han soñado hallar en una lengua universal. Para el ilustre arjentino será envidiable variedad la que goza España hablando catalan, valenciano, gallego, castellano i aun portugues; ramas todos de un solo tronco. Si hoi chilenos i arjentinos, hablando una misma lengua, no somos Cástor i Pólux, hablando dos, i quizas mas, seguro está que nos comiéramos a cariños.

Resumiendo diremos, que nosotros no aceptamos chilenismo alguno que tenga su correspondencia castellana, i aun preferiremos el provincialismo andaluz o aragones a las voces del *cholo* de Bolivia o del *pehuenche* de Chile. El que no quiera seguir los sanos i bien intencionados consejos del *Diccionario de Chile-*

nismos, que lo deje, i hasta las *señoras de su casa* pueden exclamar con Iriarte, sin que nadie les saque la multa por ello:

I rabie Garcilaso norabuena,
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

EL GRUESO DE LOS REPAROS.

"Miente Capiton, porque tú, oh César, puedes dar la ciudadanía a los hombres, pero no a las palabras." (SUETONIO.)

No siendo nuestro propósito hacer un libro, sino un artículo de periódico, no nos estenderemos mas de lo estrictamente necesario en el análisis de los *Reparos*, muchísimos de los cuales, por lo infundado de los cargos, o por lo antojadizo de las razones, no merecen el honor de la refutacion. Ahí están, en prueba de ello, *Acuadrillar, Acumuchar, Ahuesarse, Amansador, Amarrar, Amasandero, Aparta, Aparragado, Apegualar, Arenillero, Atrasarse, Aviar, Avocastro, Barra, Baboso, Badulaque, Bajador, Barajo, Barraca, Barrigon, Caja de rapé, Calduda, Cancha, Caracha, Cayampa, Cebolla, Cocaví, Cocho, Contra, Cuadrillazo, Crujidera, Cubierto, Curtiembre, Chalilones, Chamiza, Chaya, Chica, Chicote, Chiche, Chupalla, Chupon, Desgarrar, Dia por medio, Dilatarse, Disparar, Dragonear, Empacarse, En ciérnes, Espaldear, Esquina, Estirar, Etiqueta, Fustan, Galpon, Gamela, Gorro frijio, Grano, Gros, Guasca, Habiloso, Hierra, Hoblon, Huirhil, Infundia, Inyectar, Ipepacuana, Ir, Jinetear, Jonja, Largar, Latigudo, Lengüista, Liona, Livido, Lunch, Llevarse a alguno por delonte, Maldito, Mandil, Maroma, Mashorca, Matancero, Médula, Menester, Mojinete, Mono, Moscobado, Mote, Naucas, Once, Pachacho, Padron, Panánas, Papa, Parron, Patuleco, Pava, Payaco, Payador, Peal, Pepa, Picana, Picnic, Picoton, Piduyes, Pinino, Pipiripavo, Pitar, Resentirse, Resumidero, Rulo, Satisfaccion, Siútico, Sotacura, Tajamar, Teodolito, Toldo, Tracalada, Tranquero, Transar, Trapiche, Trastornar, Tropa, Tunantear, Tusa, Umbralado, Valorizar, Velon, Velorio, Hachis i Cues, Yampo, Yayi.*

Esta larga lista de vocablos ocupa la mayor parte del libro del señor Solar, el cual es un hermoso volúmen de 200 pájinas, que el autor pudo fácilmente haber aumentado con otras 200 con *reparos* como los suyos.

De este libro puede decirse, i con mas justicia por cierto, lo que del *Tesoro de Covarrúbias* dijo don Francisco de Quevedo: que es obra "donde el papel es mas que la razon."

Cualquiera que no abra el libro del señor Solar i coteje los reparos con lo reparado, se imajinará quizas que todos esos artículos representan otros tantos errores o equivocaciones del señor Rodriguez, i hasta podria creer que éste ha querido burlarse

del público, dando a luz una obra que no es mas que puras sandeces. Felizmente hai en Chile bastantes personas que pueden apreciar los *Reparos*, i aun, sin necesidad de cotejo alguno, podrán persuadirse de que tanta pájina de letra de molde no es mas que *verba et voces et prœterea nihil*. Juzgue el lector por sí mismo.

¿Qué dice el señor Solar en *Caja de rapé?* Su único argumento es que a él le gusta mas que *tabaquera*, puesto que el equívoco que resulta de la homonimia es una razon de pié de banco. El mismo argumento emplea en *Aparta*, *Bajador*, *Dia por medio*, *Esquina*, *Fulminante*, *Gamela*, *Guasco* i cincuenta *reparos* mas.

Las personas que deseen escribir correctamente i de modo que se entienda en otros paises que hablan castellano lo que escriben, pueden optar entre la autoridad del señor Solar i la de la Academia de la Lengua.

¿Qué dice en *Curtiembre?* Que el señor Rodriguez no debió calificarlo de chilenismo, porque el señor Amunátegui, que es miembro de la Academia Española, lo usó una vez por *curtiduría*, i porque su uso es jeneral en Chile. ¡Mire Ud. qué razon! Pues, señor, precisamente por eso mismo lo ha puesto en su Diccionario el señor Rodriguez; esto es, para que los literatos no vuelvan a usar provincialismos, cuando pueden expresarse en buen castellano i ser entendidos fuera de este rincon, que no es el único que puede dar la lei en materia de lengua castellana, pues hai otros pedacitos de mundo que pretenden igual derecho.

Con el mismo criterio que se juzga a *curtiembre*, se juzga otra infinidad de chilenismos.

Con frecuencia invoca el autor de los *Reparos* el uso de la "*jente educada.*" "El uso de una palabra no se ha de indagar en un tocador o en un corro de eruditos a la violeta; esto es, ni entre calaveras, ni entre calabazas, sino por los renglones de un maestro Leon o de un Fernando de Herrera, que, como ellos mismos cuentan de sí, las medían i pesaban." (Don José de Várgas i Ponce, *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano.)*

Un gran número de los vocablos enumerados arriba han sido incluidos en los *Reparos* para advertirnos que no son *chilenismos*, porque se usan en toda la América; otros porque son *peruanismos*, segun el señor Paz Soldan. Véanse sino: *Cancha*, *Cocavi*, *Empacarse*, *Fustan*, *Poroto*, *Timbirimba*, *Trapiche*, *Transar*, *Tropa* i otros.

Bien pueden usarse esas voces en toda la América, eso no quita que para nosotros, respecto del habla de Castilla, sean *chilenismos*. El autor encontró esas voces en Chile; i no hallándolas usadas en España, ni importando nada a su objeto el que otras secciones americanas usasen el mismo vocablo, puesto que no se trataba de un diccionario jeneral de voces americanas, las denominó como debia hacerlo, i dijo a los chilenos: "Si quereis

hablar castizo, acordaos de que tales i cuales palabras no son castellanas, o de que en tal o cual acepcion no lo son." El que Salvá i otros, i aun la misma Academia les hayan dado un lugar en sus diccionarios, no es una prueba de que les hayan otorgado carta de ciudadanía.

Como muchas de esas voces ocurren con frecuencia en los cronistas o historiadores de Indias, i en las relaciones de los viajeros españoles, i aun en la lejislacion de estas Indias, debian necesariamente ser definidas por los diccionarios españoles: i así lo comprendieron Nebrija i Covarrúbias, i cuantos despues escribieron diccionaros españoles.

De *Fustan* dice el señor Solar que no es *chilenismo*, porque el señor Paz Soldan lo trae entre sus *peruanismos*. ¡Válanme las once mil! ¡I si algun crítico mui ducho en lexicografía objetare al señor de Soldan que su *peruanismo* ya no puede ser tal porque el señor Rodriguez lo trae entre sus *chilenismos!* ¿A qué nacionalidad perteneceria, pues, el triste vocablico? En la duda indecisa tendrian los filólogos que averiguar si el dichoso *fustan* abultó primero las voluptuosas caderas de la graciosa limeña, o ciñó el esbelto talle de la (antaño) mística chilena. ¿I qué dirá don Estéban Pichardo cuando sepa que su *Diccionario de voces cubanas* no puede llamarse así porque la mitad, a lo ménos (no incluidas, por supuesto, las de la botánica), de esas voces, se usan tambien en Chile?

Otro de los reparos consiste en asegurar que el autor nunca ha oido tal vocablo, o que deben de usarlo mui pocos. Ahí están *Baboso*, *Ipepacuana*, *Ñaucas*, *Tascador*.

Pues, si el señor Solar no los ha oido, no debió oirlos tampoco el señor Rodriguez, i ménos darles hospitalidad (o ponerlos en la picota) en su libro.

No pocos de los nombres citados como no merecedores de la refutacion, deben el lugar que ocupan en los *Reparos* al delito del señor Rodriguez de haberles quitado la *ll* con que el autor de los *Reparos* dice los escribian Mama Coello i Colocolo, o quizás los cronistas de sus reales casas, i sustituídola con la *y*. I nadie dudará de que esos literatos *escribian;* a lo ménos, las palabras del señor Solar hacen suponer que tenian libros. I de no ¿qué significa eso de *ortografía orijinal* que en el artículo *guasca* leemos? "Aunque habriamos deseado conservar en todas las palabras americanas que principian por *hua* su ortografía orijinal, estamos de acuerdo"....

Ya en otro lugar hemos tratado este punto. Vamos ahora a reforzar nuestra opinion con la autoridad de don Estéban Pichardo, que en la pájina 12 del prólogo de su *Diccionario de voces cubanas*, tercera edicion, se expresa así: "Es, pues, evidente que las indíjenas" (las voces) "no se pronuncian ni deben escribirse jamas con *Z*, *Ce*, *Ci*, *Ll* ni *V*, i que si algunos autores peninsulares dijeron *Ceiba*, *Ciguapa*, *Zapote*, *Llaná*, *Llagruma*, *Vivijagua*,

Havana, etc., no fueron exactos en la version representativa de la prosodia americana, confundiéndola con la nativa suya, talvez por la costumbre o rutina de copia, o un falso oríjen i analojía, como todavía se nota en el bautismo del rio *Sasá* a quien titulan *Zaza*, adelantándose algunos a llamarle *Zarza*. Por fortuna los escritores modernos mas ilustrados i que estudian con esmero en el libro práctico del pais, van reformando esa ortografía, *Seiba*, *Sapote*, *Yana*, *Yagruma*, etc. Queda, pues, establecido que ninguna palabra indíjena se escribe con *Z*, *Ce*, *Ci*, *Ll*, *V*, sino con *S*, *Y*, *B*."

Lo que de las voces yucayas dice Pichardo, debe aplicarse a todas las americanas. I aun cuando se nos pruebe que los hijos del Sol pronunciaban la *ll* castellana, nosotros sostenemos que las palabras quichuas que la tengan, deben escribirse, al formar parte de la familia castellana, con *y* i no con *ll*, porque los chilenos, bolivianos i peruanos que las hemos hecho castellanas, adoptándolas en nuestra lengua, jamas pronunciamos *pallaco*, como asegura el señor Solar que pronuncian todos los mineros, sino *payaco*. Uno de dos, o debemos desconfiar muchísimo de la sensibilidad del oido del autor de los *Reparos*, o debemos creer, i perdone nuestra audacia, que jamas ha conocido el verdadero sonido de la *ll* castellana.

I ya que de ortografía se trata, hablemos de la *h* que en *echona* i otras voces bárbaras echa de ménos el señor Solar.

En el artículo *Echona*, leemos: "Capricho ortográfico es escricir esta diccion sin *h:* en quichua es *hacchuna*, i solo en el Diccionario del señor Rodriguez la hemos visto escrita con simple *c*." Quizás en los manifiestos de aduana, o en el *Prontuario* del señor Suarez, o en otras autoridades no menores, se verá escrita con *h*. Entre las autoridades citadas i el señor Rodriguez, estamos por el último.

En los diccionarios quichuas la *h* de *hacchuna* i de todas las demas palabras que allí se ven con *h*, no es mas que un signo convencional, una letra de un *alfabeto fonético* bastante imperfecto. El padre Mossi, en su *Gramática quichua*, dice en la pájina 5: "La verdadera pronunciacion de la *h* con *a*, *e*, *i*, *o*, es la *h* aspirada de los polacos i andaluces, como *harina*, *jarina*."

Si no pronunciamos, pues, *jechona* ¿a qué conservar esa letra *h*, que en castellano no tiene sonido alguno? ¿O será por respeto a la etimolojía, un homenaje a la *ortografía orijinal?* I aun cuando los *quipus* estuvieran llenos de haches, como lo están de nudos, mucho dudamos de que la Academia las respetara por sola la razon etimolójica; pues aunque este sabio cuerpo dice en su *Gramática* (pájina 323, edicion de 1870) que "se usará de la *h* en todas las voces que la tienen en su oríjen," no es este un privilejio sino de aquellas lenguas que pueden probar por su literatura que realmente tuvieron tal letra; i aun así, la Academia, si bien no lo dice en su *Gramática*, lo prueba en el Diccionario, pa-

rece limitar su respetuosa concesion a solas las lenguas sabias.

Así, no se nos hable, pues, de *ortografías orijinales*. No se confunda con la escritura de los idiomas latino, griego i hebreo, los simples signos fonéticos que a su capricho han elejido los autores para representar los sonidos de algunas lenguas bárbaras.

Escaso criterio filolójico arguye el escribir *hechona*, *humita*, etc., que para llevar esa *h* solo pueden invocar la ignorancia de los qué así los escribieron primero, engañados por la semejanza de sonido que las primeras sílabas de *hechona* tienen con las del participio de *hacer*, i las de *humita* con las del diminutivo de *humo*.

Sigamos en nuestro análisis.

A las últimas o *en las últimas*. El señor Solar defiende este chilenismo porque dice que se subentiende *boqueadas*.

Esta clase de locuciones son frases esencialmente elípticas que no es dable alterar en lo menor sin desnaturalizar su jenuino significado. Son, por decirlo así, locuciones estereotipadas. Del cambio de número o jénero de sus partes suele, cuando no se tiene presente la parte tácita, resultar el mayor adefésios. En la locucion de que tratamos no resulta, si se subentiende *boqueadas*, un adefésios, pero sí un lenguaje de galeotes. La locucion castiza es *estar a los últimos;* frase noble, pues que se subentiende o se calla *instantes* o *momentos de su vida*. Compárese ésta con el chilenismo *estar en las últimas* (boqueadas). Eso de boqueadas de un moribundo, no es, por cierto, chocante en un hospital; pero lo es mucho por chabacano e irrespetuoso en la conversacion de la jente culta. Para nosotros es un provincialismo inútil, i como tal cae bajo nuestra jurisdiccion i nuestra censura.

Al apa. Si fuese frase castellana, como la escribe el señor Solar, es decir, *a lapa*, seria una locucion elíptica en que habria que suplir media docena de palabras calladas. Al buen entendedor....

Acuadrillar. Son curiosísimos los argumentos i las razones que aduce el autor. Recomendamos su lectura a los aficionados a la filolojía.

Adulon. "El *adulador* no se rebaja, porque sus adulos son galanterías, expresiones corteses que, léjos de reprochársele, se toman como nacidas de los buenos modales, i no las emplean sino con las damas o con personas de alguna suposicion, sin que por esto pase por ninguna humillacion, como el *adulon* que se arrastra, si es preciso, para lograr el fin que se ha propuesto. El *adulador* es un caballero cortés i de capacidad; el *adulon* es un miserable."—Hasta aquí el autor de los *Reparos*.

Veamos ahora lo que dice acerca del tal vocablo *adulador* don P. M. de Olive. Dice: "El *adulador* es bajo, vil, grosero: miente con desvergüenza i descaro: dijéramos que tira oportuna o inoportunamente al rostro de quien adula sus serviles complacencias.

"La *adulacion* es torpe i aun estúpida; nace de un alma por lo comun corrompida, malévola, mal intencionada"....

"A las personas de delicada educacion, de finos modales, de trato i conocimiento del mundo, fastidia i empalaga el *adulador*, i aun les es aborrecible; le desprecian, se mofan de sus bajezas, huyen de su encuentro." *(Dicc. de Sinónimos de la Lengua Castellana.)*

Aereonauta. El autor de los *Reparos* dice que "El Diccionario de la lengua trae *aereonauta* i *aeronauta* como sinónimos; por lo que la correccion que hace el señor Rodrlguez queda sin valor."

Ninguno de los diccionarios que nosotros tenemos, que no son pocos, trae la voz *aereonauta*. El mismo diccionario escrito por una *Sociedad de Literatos*, en la última edicion, que es de 1875, no trae ese revesado vocablo. No dudamos de que venga en una edicion anterior, que debe de ser una que conocimos, i que es la misma que ridiculizamos en otro lugar. La última nos está probando que los tales literatos han abjurado sus pasados errores, pues han hecho ahora algo mui distinto: han copiado simplemente el Diccionorio de la Academia, i añadido algunos vocablicos para disimular el plajio.

"*Aeri, áero.* Del sustantivo latino *aer, aeris*, que significa el *aire*, o del griego *aer, aeros*, que vale lo mismo: *aeri-forme, aeró-lito, aero-mancia, aeró-metro*, etc.

"No se confunda (como hacen algunos) *aróe-metro*, que se compone de *aer*, aire, segun acabamos de decir, con *areó-metro*, que viene del griego *araios*, que significa raro, sutil." (Monlau, *Diccionario Etimolójico.)*

Agua de la banda. Basta con decir que la Academia no ha querido admitir en su Diccionario a *lavanda.*

En este artículo censura el autor de los *Reparos* al de los *Chilenismos* el uso de *ampolleta.* "El empleo que hace el señor Rodriguez de la palabra *ampolleta*, por botella o frasco, es impropio: *ampolleta* significa únicamente reloj de arena, i los diccionarios no le dan otra acepcion."

Sí, señor, se la dan.

En todos esos diccionarios se lee: "*Ampolleta*, f. d. de ampolla." Esa *d*, señor, significa *diminutivo.* Recurrimos, por consiguiente a *ampolla*, donde leemos: "*Ampolla*".... "Vasija de vidrio o cristal de cuello largo i angosto, i de cuerpo ancho i redondo en la parte inferior."

Aguachento. Recomendamos su lectura, sin comentarios, por ser una buena muestra de los *Reparos.* De argumentos de esta clase está lleno el libro del señor Solar.

Alcancía. Cualquiera creeria que se trata de la formacion de una lengua nueva, cuyas voces propone el señor Rodriguez, i discute el autor de los *Reparos.*

Ama. El señor Solar quiere que las haya *secas;* no así los españoles. Pues, señor, regarlas, i leer lo que dijimos en *Alcancía.*

Amarrar. "No hallamos diferencia alguna entre la significacion de este verbo i la de *atar.*" *(Reparos.)*

Sépanlo los que "*atan* sus discursos:" ahora pueden *amarrarlos*. Los predicadores i otros que citan frases bíblicas, como la mui socorrida: "lo que atáreis en la tierra, atado será en el cielo," pueden, en obsequio de la variedad, decir algunas veces: "lo que amarrareis," etc.; lo que tambien es mas armonioso.

Amordazar era antiguamente morder o maldecir; i en esta acepcion lo traen los diccionarios; no en la de poner mordaza, que es *enmordazar*. Sin embargo, en la eleccion de estos dos prefijos *(a* i *en)* no ha sido la lengua siempre mui consecuente. En muchas voces el uso los ha fijado ya definitivamente.

Aniego. El que al señor Solar le guste, no es una razon para que se use. Procediendo conforme al método inductivo de la lingüística, casi podriamos asegurar que este *aniego* ha existido en la lengua. La insistencia del vulgo en conjugar el verbo *anegar* como irregular, diciendo en el presente de indicativo yo *aniego*, etc., da claros indicios de ello. Sin embargo, los que quieran hablar bien, aténganse al *Diccionario de Chilenismos* en lo tocante a esta voz.

Apellidos en plural. ¿Esta pájina tambien serán *reparos?* Algunos mas ejemplos podriamos citar nosotros con ménos ruido.

Aproximativo. Véase otro *reparo:* "En este párrafo solo nos detenemos para preguntar si la palabra *apróxima* por *aproxima*, que leemos en el *Diccionario*, es escrita así por su autor o es yerro del cajista." Averígüelo Várgas en Cálderon i en Quévedo.

Arnes. "Cual dos leones fieros caminaban—Por entre los cadáveres i arneses." ¡Si estos *arneses* son, señor, las armas defensivas que usaban los guerreros, no las guarniciones de las bestias! ¿A qué, pues, el ejemplo?

Cartucho, cucurucho. Es probable que entre los literatos de la *Sociedad* hubiera ántes uno o mas americanos. Lo que es en la edicion del *Diccionario de Literatos* de 1875 podemos asegurar que o no los hai, o se han convencido de que los cartuchos no se hacen de dulces sino de pólvora i balas, sustancias que no se parecen mucho.

Ceba, cebo. "Salvá trae esta voz en el sentido de "la pólvora puesta a las cazoletas" como anticuada." Dispénsenos, señor; Salvá no ha dicho tal en su vida. Lo que leemos en su diccionario es: "Ceba, f. ant. *Mont*. Cebo." El cual *Mont*., quiere decir que la voz de la montería *ceba* es ahora *cebo* en la acepcion que esta palabra tiene hoi dia como voz de ese arte (que es la primera que se lee en "Cebo;") i de ninguna manera que *cebo* fué antiguamente *ceba* en todas sus acepciones.

Conservatorio. Excelentes razones sin duda. Lástima no mas que la lengua castellana ya esté hecha, que sino.... "En cuanto estas últimas" (las palabras nuevas) "la regla es que *no se introduzcan sino cuando lo exija imperiosamente la necesidad*, es decir, cuando no haya otro modo de expresar la idea que se quiere comunicar." (Hermosilla, *Arte de hablar*.)

Cucaracha. La Academia solo acepta esta palabra en la terminacion femenina. I téngase presente que este cuerpo se compone de muchos individuos, los escritores mas notables quizas de la Península; i ninguno, al parecer, conoce la voz *cucaracho* masculino.)

En cuanto a la etimolojía que de esta palabra da el señor Rodriguez, no la hallamos tan infundada. Si el insecto, cuyo nombre nos ocupa, tuviera una voz sensible a nuestros oidos, no vacilariamos nosotros en colocarla por su estructura, entre las mejores onomatópicas; pero el animalito es, para nosotros, mas mudo que una piedra.

Nosotros sabemos que la *cucaracha* (nuestra *barata)*, hoi insecto cosmopolita, vino a Europa de las Indias Orientales (i así, en la entomolojía se llama *Blatta orientalis);* i que vino en buques no hai que dudarlo: dícelo tambien la Academia en la primera edicion de su Diccionario, a la par con algunas simplezas i necedades propias de la España de aquel tiempo, en que habia mas inquisidores que *baratas.* Decíamos, pues, que las cucarachas vinieron en buques—i en el siglo XV, como ahora, eran muchos los barcos ingleses que surcaban los mares.—No seria, pues, extraño que los ingleses que trajeron las *cucarachas* en sus naves, las dejasen en España con el nombre que ellos les daban, así como dejaron no pocas voces de la marinería.

Covarrúbias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana,* define bajo este nombre otro insecto mui distinto, que suponemos, i no sin fundamento, sea nuestro *chanchito;* de lo que inferimos que en su tiempo no eran todavía comunes las *cucarachas* en España, o que el buen canónigo era mas sabidor en teolojía que en ciencias naturales.

Cucaracha viene, pues, del ingles *cockroach,* vocablo compuesto de dos palabras de esta hermosa i flexible lengua: *cock,* gallo, i *roach* escarcho (especie de pescado) palabra bien formada, si las hai. ¿Habrá, pues, motivo para dudar, como duda el señor Solar, si *cockroach* procede de *cucaracha,* o ésta de aquélla?

La *cucaracha* se llama en Chile *barata,* lo mismo que en Portugal. "Fez cahir no chão uma barda de pratos d'estanho querendo matar com uma vassourada uma barata que ia a correr pela parede." (Herculano, *O monje de Cister,* tomo I.)

Champa. Pian piano, señor. El autor de los *Chilenismos* dice que el quichua "ha enriquecido *el castellano que hablamos los americanos;*" lo cual es mui distinto a enriquecer "*el español,*" como Ud. dice. Maldita la falta que nos hace *champa,* cuando hai otras voces castizas. Lea Ud. las pájinas 283 i 304 del tomo II del *Novísimo guia de Labradores i Jardineros* de don Balbino Cortés i Moráles, i allí verá Ud. las palabras *cepellon* i *cepelloncito,* que son ni mas ni ménos nuestro *champa* de las plantas. Ahí tiene, pues, para todas las *champas: césped, tepe* i *cepellon.* I el que la última voz

no venga en el Diccionario de la Academia, no significa nada, pues la autoridad de Cortés basta i sobra.

Nadie se vanaglorie de enriquecer la lengua de Castilla con voces bárbaras e inútiles, pues no podrá exclamar con el fénix de los injenios:

"Favorecido en fin de mis estrellas,
Algunas lenguas supe, i a la mia
Ricos aumentos adquirí por ellas."

Lope de Vega la enriquecia con voces que engalanaban la literatura de las lenguas sabias, i no las pedia a los *cholos* i *pehuenches*.

Chinchibí. "Siempre lo hemos visto escrito chinchiví," dice el autor de los *Reparos*, enmendando la plana al de los *Chilenismos*, Si hemos de confesar la verdad, nosotros tambien hemos leido casi siempre en las muestras i letreros de los bodegones: "Serbesa i Chinchiví." ¿Dónde aprenderia ortografía el señor Rodriguez?

FERNANDO PAULSEN.

(Concluirá.)

APOLOGOS. (1)

EL VERJEL I EL CARDO.

No me seria fácil fijar el tiempo ni señalar el lugar en que se formó un verjel pequeño con cuidadoso esmero. Abundaba en plantas, que con la fragancia de sus flores, la dulzura de sus frutos i la melodía del canto de las avecillas que anidaban, movian a la alegría i a la apacible contemplacion.

(1) Al publicar esta segunda série de mis apólogos orijinales, de este trabajo "tan árduo i difícil en medio de su aparente facilidad," como lo conceptuaba entre nosotros un antiguo literato, deseo hacer una advertencia en corto número de palabras. El primero que en esta série aparece fué tambien el primero que escribiera, i no habiéndolo insertado en el mismo lugar de la anterior, interrumpiendo así el órden que voi siguiendo, quiero reunirlo a la presente, despues de haberlo correjido, para no desmembrarlo. Los otros apólogos que ahora ven con él la luz pública han sido escritos recientemente, en los últimos dias del mes anterior i primeros del presente.

Mas, dentro de recinto tan ameno brotó un cardo por el tiempo mismo en que, decreciendo el celo de su afortunado poseedor, daba de mano al prolijo cultivo con que lo habia asistido. Libre de todo brazo enemigo, el cardo se desarrolló con vigor en esa tierra fértil, i sin que le sobreviniera contratiempo alguno alcanzó a florecer, entregando despues sus semillas al viento, que solícito las diseminó.

Al cabo de un año las semillas habian jerminado i el verjel dejó de ser verjel porque ellas lo transformaron en cardal, albergue de temibles reptiles.

Habiendo entre los hombres, como entre los vejetales, diversidad de familias, ¡ai de la honesta si indolente presta acojida en su seno a algun miembro de los que pertenecen a la de la perversidad!

EL JAZMIN I EL MAITEN.

Entre las diferentes plantas que embellecian el patio de cierta estancia, se contaban el odorífero jazmin i el rústico maiten. Aquél, colocado en el centro del jardin, habia sido prolijamente arreglado, miéntras que éste, situado a un lado, crecia libremente sin recibir tantos cuidados.

Engreido el jazmin a causa de la esbelta forma que le dieran las tijeras del hortelano, no pudo dejar trascurrir mucho tiempo sin zaherir al maiten que, modesto, se alzaba a corta distancia.

—Quien te mire, díjole, no tardará en conocer que eres una planta montaraz. ¡Qué ganchos tan desviados, qué figura tan extraña!

—I bien, respondióle sin dilacion el árbol befado, i bien, ¿estaria así ahora si sobre mis ganchos, como sobre los tuyos, hubiese caido el podon? Da gracias a tu fortuna, que no es accion prudente la de mostrarse presuntuoso por aquello que no se debe a sí mismo.

Paren mientes en estas palabras, diré al finalizar mi historia, los que orgullosamente desdeñan a cuantos no han tenido la suerte de recibir los beneficios de la educacion.

EL PÁJARO ENJAULADO.

Bajo el extenso corredor de una quinta se colocaba la jaula que encerraba un pajarillo de esos canoros que regularmente no han conocido mas espacio que el mui limitado de la morada que les está destinada.

De la jaula caian infinitos granos de las semillas que en abundancia proveian el comedero, los que no se perdian en el suelo, sino que eran recojidos hora a hora por variedad de aves que de preferencia iban a aquel lugar, ya sabedoras de que en él hallaban el sustento anhelado. Una de éstas, de índole maligna, des-

pues de haberse alimentado ahí durante largo tiempo, decia un dia a las otras, sus compañeras de libertad:

—Mui necia es aquélla, pues no debió dejarse cojer en la red; mui infeliz su destino en la cárcel donde vive perezosa. Ella no nos auxilia en el trabajo i no disfruta de nuestros placeres. ¡Cuánta es su desventura!

Ninguna de las aves granívoras que escucharon esta plática ofreció a ella su asentimiento, porque todas estaban firmemente convencidas de lo contrario, reconocidas así a los favores que recibian de la hermana vilipendiada.

Si oyéreis ponderar la inutilidad de la vida de los que viven en el retiro, pensad en que quien eso diga debe mostrarse voluntariamente ignorante de los hechos, ciego predispuesto, sordo caprichoso.

LAS NARANJAS.

Una tarde plácida de primavera, varias personas rodeaban la mesa de un anciano jovial i obsequioso. Habíalas éste reunido a comer en su heredad, bajo un emparrado que se levantaba entre planteles amenísimos.

Muchas eran las viandas que cubrian la mesa, i cuantas frutas habia hasta entónces producido la estacion, se brindaban tambien en abundancia a los comensales.

Empero, fijaron ellos con particularidad su atencion en unas naranjas exornadas con variedad de cintas i florecitas artificiales de vivísimos colores. Uno de los comensales quiso saborear estas frutas, con tanto primor dispuestas para embellecer la mesa; mas el resultado de su intento fué una imprevista decepcion: los alfileres que unian los adornos a la corteza habian alcanzado a herir la carne, dañándola por tanto.

—Las galas exteriores, dijo el anciano al observar esto, no siempre son, amigos, premisa segura de la sanidad del corazon: ¡habeis visto con cuánta fiereza lo lacera!

EL PINCEL I LA PALETA.

Allá en el rincon del gabinete de un pintor, en cierto dia de reposo, sostuvieron una interlocucion mui animada el pincel i la paleta. Cada uno se disputaba la primacía, queria ser reputado como el instrumento esencial de los que sirven a tan bellísimo arte.

—Yo estampo en la tela, alegaba uno en el curso de la interlocucion, hermosas concepciones, en ella dejo un recuerdo duradero de cuanto se estima en la tierra, i por mí los tiempos venideros conocerán manifiestamente los grandes sucesos de los presentes.

—Yo, razonaba a su turno la otra, yo te brindo diversos tin-

tes, de mí tomas los colores que indeleblemente señalan tu carrera i sin mi auxilio nada mas producirias que una fugaz sombra.

No podria decir con certeza si al fin la paleta convenció al pincel o si, por el contrario, éste a aquélla; mas me asiste el parecer de que quien recibe de otro la nutricion, debe prestarle acatamiento i no señalar jactanciosamente estimacion ilimitada a sus obras.

LA DALIA.

Habia comenzado su carrera el otoño cuando cojí en el jardin una flor llamada dalia, primicia lindísima de una planta tierna.

Al dia siguiente, torné al mismo sitio en busca de la misma planta, halagado por el deseo de recojer nuevas flores, pero halléla sin ninguna i mortalmente abatida por la helada de la noche precedente. ¡Qué desidia! Un lijero techo de yerbas habria bastado para mantener por mas dias su lozano verdor i para lograr los capullos que con donaire ostentaba en sus frájiles ramas.

Tan solo una es la ocasion propicia en que el estímulo debo amparar las buenas inclinaciones i las primeras producciones de la intelijencia esclarecida; si el egoismo la deja pasar ¡quién podrá justipreciar la pérdida!

LOS ÁLAMOS.

—¡Oh, abuelos! ya poco tiempo debe restaros de vida; si no hoi, mañana quizas os veremos sucumbir agobiados por la edad, hallándonos nosotros en lozana juventud,—decian unos álamos tiernos, plantados a la márjen de un zanjon, a otros provectos que cerca de ellos sombreaban una casa de campo. Arraigados en terreno fecundo, alimentados por una corriente perenne i mecidos con soltura por las auras, hablaban aquellos así, desatinándolos las ilusiones de tan próspera juventud.

—Si tantos años de vida han alcanzado nuestros abuelos, agregaban, mas lograremos nosotros que fuimos plantados bajo mejores auspicios que ellos.

Los álamos provectos, llevando con paciencia tan necia petulancia, se limitaron a responder:

—Incierta es la duracion de la vida para el viejo; mas tambien lo es para el jóven.

Llegó a poco la noche i en ella se desencadenó una tormenta que cimbraba con violencia los álamos. Profundamente arraigados unos, resistieron a tanto furor; débiles todavía otros, fueron juguete de los vientos que los precipitaron al zanjon.

—Incierta es la duracion de la vida para el viejo, mas tambien lo es para el jóven, fueron las palabras que, recordándolas angustiados, repitieron uno a uno los noveles al sucumbir, en esa hora de la realidad.

EL FLORERO.

La mesa de una sala se encontraba adornada por un florero en los dias mas destemplados del invierno.

Siendo escasas las flores en esta estacion de letargo para la naturaleza, estaban primorosamente colocadas en aquella vasija las pocas que a la sazon producia; i a fin de matizarlas con esmero i de darles en su conjunto una perspectiva agradable, cual en los mas risueños dias de la primavera, se les habia agregado algunas rosas artificiales de color mui propio.

—¡Qué florero tan hermoso! exclamaban desde el umbral cuantas personas entraban a la sala. ¡Qué flores tan particulares! I así diciendo se dirijian a la mesa para percibir de cerca el perfume de las rosas. Un segundo despues estaban desencantadas: habian olido rosas de papel.

Las virtudes ficticias fácilmente pueden ilusionar, pero les es mui difícil alcanzar el triunfo en la prueba a que sean sometidas por el buen criterio.

LA CICUTA.

Causóles enfado a los árboles de cierto huerto el ver que entre ellos habia aparecido una mata de cicuta; i el enfado fué en ellos acreciendo hasta el punto de no podérselo ocultar al objeto que se los orijinaba.

En efecto, con expresiones amargas denostaban a la planta, diciéndola que su presencia era fatal entre otras que daban frutos sanos, puesto que ella producia el jugo venenoso que causaba muerte horrenda.

—Así me maldecis, replicábales, por solo haber sido en abinicio algunas plantas de mi especie destinadas a producir la muerte; pero ¿qué culpa grabita sobre mí por ello? Léjos de ofender a álguien, aquí donde el destino me hizo nacer, estoi brindando mis hojas, que con buen suceso emplea la medicina en alivio de no pocas dolencias.

I en verdad, la cicuta tenia razon i al hacer su propia defensa hizo la de cualquiera de esos gremios que por los deslices de uno o dos de sus miembros son condenados colectivamente.

LA OLLA I LA MACETA.

Cierta vez encontróse casualmente una olla ennegrecida por el uso, cerca de una maceta que, pintada con prolijidad, servia frecuentemente para colocar en ella plantas de adorno en la ventana de alguna sala. Notando aquélla que su accidental proximidad causaba a ésta un profundo desagrado,

—Pues te desazonas, se atrevió a decirle, al encontrarte hoi

conmigo, quizas por haberte ya olvidado de que ámbas salimos de la misma porcion de barro.

—Caya, vasija mugrienta, que en presencia del noble objeto destinado a existir bajo cortinas que forman sólio a su belleza, debe mantenerse silenciosa i humillada la compañera del cenizoso fogon.

Tan vanagliorosas palabras empleaba la maceta para responder a las fraternales de la olla; mas ellas no lograron intimidar a ésta i de consiguiente prosiguió hablándola:

—Por mas humilde i despreciable que me consideres, ruégote que, sin tomar en cuenta los tintes que te cubren, me digas si no eres lo que yo soi.

—Tus pretensiones son ilimitadas i preferentemente debes observar que entre las dos media una distancia inconmensurable: yo en el primer puesto, tú en el último.

Con esta réplica la maceta dió fin al diálogo, desairando a la olla i poniendo en trasparencia la fealdad de la culpa del hermano opulento, que reunido a otro por los diversos jiros del viento del destino que ántes los separa, le desdeña si se presenta destituido de bienes i aniquilado.

EL JIRASOL I LA VERBENA.

Corrian los postreros dias del estío, esos dias en que la naturaleza cautiva aun con la riqueza incomparable de sus atavíos, que periódicamente renueva. A la sazon descollaba en un cercado fertilísimo esa planta que, por la propiedad de sus flores, ha recibido el nombre de jirasol.

Cerca de ella habia una mata de mui menor talla, llamada verbena, que luego notó el cambio de frente que dia a dia hacia la flor que en su mas alto tallo lucia la planta consabida.

—¡Hola! díjola una tarde, no es corta tu pretension: por la altura a que te encuentras, tu gran tamaño, tu forma perfectamente circular i tu color amarillo-rojizo, semejante al de las ardientes llamas que a las veces consumen nuestros despojos, te consideras cual otro luminoso sol, crees por ende presentarme un disco de fuego i beneficiar esta tierra que nos sustenta. Ya el sol llega a su ocaso i tú miras ahora hácia el mismo lado para inclinarte tras una hoja de las que te rodean. ¡Ah! ningun sér de los animados por la vida vejetal se encuentra mas infatuado que tú!

La estupidez de la malevolencia corre parejas con su avidez: no pudiendo distinguir las cualidades que son naturales, las emplea sin reparo en urdir invectivas, con que se condena a sí misma.

LOS ÁRBOLES DEL PANTANO.

Surcaba en larga extension la planicie de un campo el canal que lo fertilizaba con sus abundosas aguas, i hácia la mitad de su curso se destacaba, a breve trecho, un grupo de árboles frondosos que cada i cuando era menester recibian el saludable riego.

Habiendo acrecido la corriente, un copioso raudal fué a inundar el espacio que ocupaban los árboles referidos, convirtiéndolo al fin en pantano impracticable.

Alegres se manifestaron aquellos árboles en los primeros dias de la inundacion, pero despues un profundo abatimiento fué el síntoma infalible de su próxima muerte.

Quien no persevere en la práctica de la recomendable virtud que se distingue con el nombre de templanza, en esta concisa crónica rural encontrará un trasunto exacto de lo que le acontecerá.

EL TRONCO.

Abandonado entre escombros yacia un trozo de madera, tronco en otro tiempo del árbol que produjera frutos mas estimables en la comarca. Alguien lo recojió un dia i despues de limpiarlo cuidadosamente lo entregó a los afilados dientes de la sierra. Dividido en varias partes, construyóse luego con éstas un mueble de alto precio.

De tal modo, la estimacion de los buenos renace despues de la muerte, sin que la lobreguez de la sepultura importe su extincion en la tierra.

EL ROCÍO.

A una noche tenebrosa sucedió la mas risueña de las mañanas. Las plantas del verjel mostraban cada flor i cada hoja relucientes por el rocío que en ellas se habia posado, las auras las mecian con suavidad i eran mensajeras de su aroma sin igual.

Algunas de esas plantas, con alegría delirante, lisonjeaban su propia jentileza en tan hermosa mañana.

—No solo el verdor de nuestras hojas, repetian a porfía, ni nuestras exquisitas flores podemos ya ostentar con orgulloso anhelo, sino que especialmente estos diamantes de que estamos cuajadas, que tanto realzan nuestra belleza, que nos proclaman reinas de las plantas.

El trascurso de pocas horas las obligó, empero, a cambiar de tono. Antes que el sol llegara a su cenit, las gotas de rocío habian desaparecido bajo el ardor de sus rayos.

¡Galas mundanas, atavíos deslumbradores, delicias vanidosas, medid ahí el tiempo de vuestra duracion!

EL LIENZO.

¡Cuántas cosas dan a las veces al hombre lecciones provechosas!

Contemplé con agrado, no recuerdo cuanto tiempo hace, en el taller de un pintor afamado, cierto cuadro que estrictamente justipreciado importaba muchos escudos. Poco valia el lienzo ántes que el diestrísimo pincel del artista hubiese corrido por él, pero despues este valor se habia centuplicado.

Tal es el hombre: prodijiosamente acrecienta su estimacion cuando la educacion i la instruccion sanas extirpan su rusticidad i su ignorancia.

LUIS F. PRIETO DEL RIO.

ORILLAS DE AQUELLA FUENTE....

Entre flores, desechas
Vió por el aire sus glorias.

(CAMPOAMOR.)

Orillas de aquella fuente
La ví por la vez primera
Juguetear sobre la grama,
Niña candorosa i tierna.

No he visto gozo mas puro
Ni alegría mas completa;
La dicha se retrataba
En esa mirada anjélica.

Hermosas flores cojia
Que colocaba risueña
Entre los dorados rizos
Que ornan su jentil cabeza.

Alma que ignoraba entónces
Que al placer sigue la pena,
I que el horizonte claro
Enlutan nubes espesas,

Sin mirar hácia adelante
Dejaba correr lijeras,
En su ilusion engreida,
Sus dulces horas serenas.

Pero ¡ai! los dias volaron,
I, como las hojas secas
Que del árbol se desprenden,
Sus ilusiones mas bellas.

Volvió entónces a la fuente
Bañada en mortal tristeza
I apareció ante mis ojos
Como marchita azucena.

Por sus pálidas mejillas
Corrian brillantes perlas:
Estaba en su duelo hermosa,
¡Pero la de ántes no era!

De negro luto vestida
Semejaba su belleza
Al ánjel de los recuerdos
Que sobre una tumba vela.

Sí, que el pasado arrastró
Entre sus ondas revueltas
Venturas que no ha de hallar
Otra vez sobre la tierra;

I, aunque pura, es triste víctima
De tempestades violentas,
I falsía i desengaños
Amargaron su existencia.

Puede levantar su frente,
Que no hai una mancha en ella,
Mas no alcanzó del dolor
A librarla su inocencia.

No se exhala de su labio
Una sola amarga queja,
Cuando las diáfanas ondas
Con desvarío contempla,

I los sitios, que miraron
De su niñez placentera
Los puros goces, visita
Para consolar su pena,

¿Qué viene a buscar en ellos?
¿De horas de calma serena
Memorias? ¿La dulce imájen
De sus esperanzas muertas?

¿Mira anhelosa al pasado,
O busca ilusiones nuevas?
¿Cree en la dicha todavía?
¿Mejores dias espera?

—Viene solo a verter lágrimas,
I así alivia su tristeza:
¡Que el llanto es el solo bien
Del desdichado en la tierra!

Noviembre, 1869.

ENRIQUE DEL SOLAR.

JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

(Continuacion.)

VII.

Aunque las facciones en el Ampurdan estaban recien nacidas, sabido se está para mis lectores que las guerrillas con sus guerrilleros nacen de nuestro arrugado suelo, como salió Minerva de la rugosa frente de Júpiter; púberes, robustas i armadas: amen de las barbas que no tuvo la diosa.

Fijaos en un faccioso, i al observarlo no se os ocurrirá que aquella breña viviente haya mamado, que aquel zarzal andando haya recibido besos, ni siquiera que haya tenido madre; i sin embargo, aquel peñasco vivo es probablemente un sér sietemesino.

Preguntad al faccioso por su escudo i os señalará todo un cerro, como si él fuese el jigante Briareo; preguntadle por su casco

defensivo i os mostrará una cimera de cabellos mas largos que las culebras de la cabeza de Medusa; preguntadle por sus armas ofensivas i os enseñará la boca de un trabuco, por la que sale a tiempo un bote de metralla i siempre cabe un muerto; preguntadle por sus zapatos i mirará a los vuestros.

Las camisas, la racion, el vestuario, su mochila, su tienda de campaña, están léjos de él: pero se hallan a su alcance en todas partes, o son la ropa, la casa i la despensa de toda la comarca en que este leon rejistra, o bien para suplir i guardar dichas cosas, cuya mayor parte le son supérfluas: bástale su manta.

Eso sí, la manta es la prenda de sus prendas i parte inseparable del cuerpo del faccioso. Diríase que es la continuacion de su pellejo i el alma de su nómada existencia.

A tanto extremo es esto exacto, que entre ellos es proverbial el decir: "guarda la manta," para significarse que miren por su vida, i así se advierte que donde está la manta allí está el faccioso.

Dice el poeta Espronceda:

> ...."El nombre es el hombre
> I es su mayor fatalidad su nombre."

A semejante afirmacion yo aplico un *distingo*, i añado que eso es segun qué nombre sea i conforme en quién recae de propio; i si el que lo tiene por su crisma, lo usa cuando rompe las crismas ajenas, pues en el caso presente todo faccioso, para el resto del mundo, es un anónimo, o cuando mas un álias, que no usa mas que su manta.... "Con su manta sus males espanta—i es su mayor felicidad su manta."

La lleva en julio, i parece que le refresca i presta aire para andar; la viste en enero, i hecho tortuga desaparece a la vista bajo su concha defensiva.... salvo si llueve, que en tal momento asoma el hombre i se moja a fin de que la manta sea parte suya en defensa de su amada arma de fuego; pero si le toca correr, ella le da alas, i si por descansar se acuesta, tiéndese con la manta sobre guijarros, i le sirve de colchon, de sábana i reparo contra la cruda escarcha.

El faccioso i su manta están pegados; son del mismo color, de manera que ella es él, mas que su propia sombra.

Pero se hace sobre todo notable el que con ser este hombre de guerra i garra, esencialmente carnicero, sea ademas animal rumiante; i lo pruebo con decir que al efecto tiene dos estómagos: el suyo natural, que él llama *estuégamo*, i el que lleva en su manta, llamado por él *cucón*.

Averígüenme ustedes de dónde se deriva la palabra cucón: yo no lo atino, pero ello es un rejistro hondo que acaba en punta i con la boca ancha, mucho mas abundante que el cuerno de la cabra Amaltea.

El cucón encierra inagotable copia de mendrugos i torreznos,

amen de otros resíduos de cosas comestibles no compradas, maná en reserva para que cuando el facciosos sienta el hambre, acuda, rumie i lo traspase del *cucón* al *estuégamo* i siga la marcha.

Cuentan que éste de que voi hablando es el faccioso español; especie única de jeneracion expontánea, que así nace en los montes de Beceite, como se da en la sierra de las Amézcuas, como brota en el monte Canigó, i mas allá no se cria. El faccioso solo bebe desde las aguas del Ter hasta las del Vidasoa.

Se sobreentiende que lo que el faccioso bebe entre las aguas de ámbos rios, es vino puro.

Pero ahora, concretándonos al faccioso catalan, conviene presentar, a fin de esclarecer las dos diferencias que le distinguen de los otros, si bien no sé si en él se producen del idioma o si le vienen de naturaleza.

La primera es, que para el faccioso catalan no hai *estuégamo*, sino *cor* (corazon) i es la segunda que al *cucón* llama *el codul* (el codo) i así, en cuanto sienten necesidad de estómago, dicen que tienen *mal de cor* (dolor de corazon) i echando mano al *codul* muerde, i con comerse el codo se remedia. Se ve, pues, que excepcion hecha en esto de tener el faccioso catalan colocado el corazon en la barriga, i lo de ser el codo su segundo estómago, este faccioso, i el resto de los de España, son gotas de un mismo vino.

De tan jenuina especie era el capitan don Estéban Rivas i Carreras, que habiendo sido hasta allí mozo de espuela de la casa solar, pasó de golpe a mandar la compañía anónima.

Ocúrreme apuntar que dicho capitan, derrotado en un encuentro i perseguido por el jeneral Milans en persona, que lanzado a caballo lo llevaba ya casi al alcance de su sable, salvó de un salto, sin otra ayuda que sus piernas, la acequia de un molino, i entróse en nuestra casa con la manta al hombro....

Mas esto dije de pasada, i aquí dejo al milano i al pájaro, al rayo i al relámpago, al perseguidor i al perseguido, para ir mas derecho a Saturní el corneta.

Saturní Bellapart i Romans, fill de cal Hermano.

Hé aquí el nombre de pila, los dos apellidos i la casa solariega de aquel corneta que, andando el tiempo, habia de encontrarse con la horma de su zapato.

Fué la horma que le dió la medida de sus culpas el burro Bunik, del cual, en puridad, no sé el oríjen. Si me inclino a pensar que no fuese fruto de padres pastores, como lo es mi burro Salomon, i deduciendo el árbol por el fruto, creo que acaso lo seria del enlace de alguna pareja de esos séres desdichadísimos, desesperados, que de vez en cuando i sin apelacion, condena el alcalde del pueblo a que pasen al servicio militar, que tras la condena pierden su nombre i los llaman *bagajes*.

Conste que esto es puramente conjetural, pues, como he dicho, me faltan datos jenealójicos; mas yo lo infiero por haber visto i compadecido a muchos burros i burras, que en jornadas larguí-

simas, tras no comer ni poder con el balumbo que les cargan, llevaban por añadidura un soldado con fusil i mochila, montado en las ancas a tres dedos del rabo, miéntras que otro soldado con la punta de la bayoneta aguijaba al bagaje por encima i por debajo de la misma cola.

Saturní Bellapart de cal Hermano, ya es otra cosa, i en lo que hacia con Bunik no tiene perdon de Dios, como no sea por pura misericordia del Señor.

A Saturní le venia de abolengo el ser perverso, i le pervirtió por completo la vida maleante del faccioso.

La casa del Hermano tiene mala *sombra:* dista un tiro de bala brutal (de los de moda) de la casa del padre de mi padre. Ningun comarcano edifica junto a ella, i aun con estar situada sobre buen camino, parece que todos instintivamente excusan el pasar frente a la puerta.

No se averiguan hurtos, hechos o no por la familia de cal Hermano, pero cuando falta algo del monte, de la viña, de las eras o del ejido, todos miran hácia allá.

La tal familia vive casi aislada, i sus hijos salen récios, ájiles i naturalmente reservados.

Son los Bellapart pobres colonos; trabajan la tierra con dureza, i por lo jeneral, cuando se casan, buscan establecerse fuera del valle, miéntras allí queda el tronco que tanto extiende sus ramas i tales frutos da.

Ignórase de dónde vinieran los fundadores en época olvidada; mas como dentro del dialecto catalan la palabra *Hermano* solo tiene uso en el sentido católico, con aplicacion a los legos de la frailería, es de suponer que allí se quedara, con escándalo de su tiempo, cambiando de comunidad, algun lego desertor o arrepentido: i como por lo que tengo muchas veces oido referir en presencia de sus obras, el diablo cristiano es arquitecto en los desiertos i pontífice sobre los rios, tambien pudo suceder que el diablo ayudara al lego a fabricar la casa, porque en rigor de verdad os he dicho, lectores mios, que la tal casa del Hermano, hasta en los dias de clarísimo sol, tiene mala sombra.

Ello es en suma que Saturní Bellapart, con ser entónces muchacho, no desmentia la raza, ni por sus hechos ni por la pinta. Era malo, atrevido, mofletudo i ancho de pecho; i sin duda por la suma de estas cuatro prendas, a saber: por la de malo para correjirle, empleándole en servicio de Dios i del rei; por la de atrevido para que de él fuese la fortuna; i por la de mofletudo i ancho, para que soplara en proporcion que revelaba ser buen soplador, lo cierto i ello es que se le hubo de nombrar, por todo junto, corneta en propiedad i exclusivo de la compañía; siendo así que Saturní no habia dado mas pruebas para tal oficio, que la de saber mal chiflar con el cuerno del porquero.

Del modo que se compuso mi primo el *hereu* para no verse con-

victo en justicia de que él habia engrosado la faccion de Misas, ni es de este propósito, ni yo lo sé.

Sé solo que si a la guerra fueron setenta reclutas, volvieron en la paz sobre cincuenta veteranos vencedores con su capitan don Estéban i el corneta.

Sé que don Estéban, en la clasificacion hecha despues por el gobierno de la restauracion, quedó de teniente retirado, por no saber leer; i se casó con doña Rosa Zurra, doncella preferida de mi casa, a cuyos consortes puso el *hereu* casa de huéspedes en Jerona. I respecto de Saturní, considerando mi primo que habia vuelto de corneta pelado, dejóle acomodado en casa con ocupacion en la huerta, en calidad de ayudante de campo del hortelano, i con un burro a sus órdenes para mejor desempeño de su empleo.

VIII.

Pasado algun tiempo, decia el hortelano a mi primo con humildes palabras catalanas las frases que siguen traducidas, sobre poco mas o ménos.

—Señor, como soi cristiano que no puedo con Saturní, él no hace nada mas que cuanto le acomoda, i cuando le riño, descarga su rabia sobre la pobre bestia i añade con vergüenza que así se entiende la subordinacion gradual.

—¡Pero hombre!—le preguntó el *hereu*—¿es que no trabaja?

I el hortelano le respondia:

—Señor, demasiado.

I se trabó este diálogo:

—¿Pues de qué te quejas?

—De que en cuanto me separo de mi faena, donde siembro arranca, i donde arranco siembra, i dice que irá mejor la cosa.

—¿I va peor?

—Nó, señor, que va bien, porque cava hondo, desterrona menudo i riega mojándose; mas con todo eso, señor, no puedo con Saturní.

—¿Qué mas tiene Saturní? dímelo, a fin de que yo vea si te sobra o si te falta la paciencia, con que todos en nuestro puesto necesitamos que nos ayude Dios.

—Señor, a todos ayuda Dios, ménos a Saturní, que no sabe lo que es paciencia, ni quiere tener Dios.

Mi primo se echó atrás i exclamó:

—¡Hombre de María Santísima! explícame claro lo que hace Saturní.

I a esto repuso el honrado Jepet, que así se llamaba el hortelano:

—Señor, muerde al burro Bunik mas fuerte que lo haria un

perro rabioso, i miéntras el burro aguanta i calla, él reniega como si le mordieran; i así continúa hasta que el animal sale desesperado por entre coles i tomates, atropellándolo todo; que entónces el bribon se rie i le da....

—¿Qué le da?

—Ya lo he dicho, señor; Saturní no da mas que palos, i los da ménos que a docenas.... en fin, señor amo, con Saturní no se puede; i si ántes le venia de casta el ser malo, ahora desde que ha vuelto de servir al rei creo que el diablo se le entró por la trompeta.... Dios i su merced me libren de él.

—¿De quién, Jepet?

—Debí decir de ellos: de Saturní i del diablo, que están juntos.

—¡Jepet....!—exclamó mi primo entre asustado i ofendido —¡Jepet....! mira lo que dices; que por servir a Dios i al rei no ha podido el diablo cojer a Saturní.

—Pues será que Saturní cojió primero al demonio que andaria suelto entre los liberales; pero no le ha soltado todavía, señor amo; i a mí, aunque eso sea, la misma cuenta me sale. Yo pudiera contar a su merced muchas demoniaduras, si no le bastara el caso de hoi, que es el que me trae. Esta mañana misma, cuando apenas amanecia, Saturní i el diablo, o el diablo i Saturní, sin duda la trabaron entre los dos léjos de aquí, junto con el burro; i al verlos yo venir atropellados me persuadí que corrian hácia el infierno para ajustar allí sus cuentas. Por supuesto que como al borriquillo le llevaban a la fuerza, sucedió que cansados de volar mas que de correr, al fin se arrojó al suelo, i como si dijera: ni Cristo pasó de la cruz ni yo paso de aquí.

Oigame Ud. con cuidado i crea lo que le digo, señor amo.

Al venir de mi casa a mi obligacion, llamé de paso a la puerta de la cuadra, como tengo de costumbre, i no me respondieron ni Saturní ni el burro: víneme confiado en que aquí los hallaria, pero nó, señor; i a tiempo que ya estaba yo regando, cátese su merced que oigo ruido, i ví de pronto que venia el burro corriendo como nunca; i luego, mas de cerca, ví que a Saturní i al diablo los traia *Bunik* colgados a la cola.

—¿Pero tú viste al diablo?

—Saturní venia diciendo: "*lo diable tan porti;*" i con esto i con que el burro iba lijero mas que a escape de caballo, apesar de que llevaba un hombre colgado al rabo, a mí me parece que solamente atizándole por detrás el espíritu malo podria la bestia correr tanto.... Por lo demas, señor, no me era posible distinguir bien al demonio, que habia aun poca luz, i el diablo debe ser de color oscuro.

Allí, junto al estanque, fué donde se tiró el burro al suelo, i yo me escondí (no sé si de miedo) tras unos cardos, por si acaso i por ver lo que pasaba sin tomar parte en ello; cuando en aquel instante mismo se desencadenó el viento tramontana, pasaron grajas en bandadas de mas de un millon, cayó granizada de fru-

ta verde de los árboles i se me fué la *berretina* por los aires, ni mas ni ménos que si me la hubiese arrebatado de la cabeza el mismo demonio, para que yo le saludara al irse con la tramontana i en compañía de las grajas él sabrá dónde; que a mí no me cumple decir mas que la pura verdad; i digo ser lo cierto lo que he contado, como lo es que amaneció Dios i ví que Saturní i el burro estaban solos, o quedaron solos....

—¿Qué mas pasó?

—Pasó un mochuelo.

—No te pregunto eso.

—¡Ah, señor....! iba diciendo que entónces ya ví claro; i tenia Saturní cara de mala noche, con los ojos mui abiertos i fijos en una peineta, que con perdon de vuestra merced, era de cuerno. Mirábala i decia: "es la mejor que he encontrado en Castellon; yo te la pongo, o te la clavo, o te la pongo con un beso en el cogote o te la clavo de un puñetazo. ¡Mira ingrata que no me conoces bien! pero acuérdate de aquella copla que aprendí andando en la *briballa*, i que te he cantado tantas veces a la vuelta." Así habló Saturní con voces altas, sin hacer caso de que el burro a su lado estaba casi muerto; i luego soltó un taco, i a renglon seguido i sin recomponérsele aquella cara desesperada, cantó de rabia, o mejor diria que soltó con rabia, la cancion que le tengo oido cantar muchas otras veces a sus solas, i dice así:

Cuan fem un pic de serdana,
Miras capa l' segnorét;
Ya mí m' ve la real gana,
D' agafá la mitja cana,
I ferte posá el cap dret,
¡Pic....!
Comta que tu dic,
¡Net....!
Mira al teu trumpét:
I allá te la trovis si l' cap no va dret.
¡Pic fet....!

Al acabar pegó un aullido de aquellos que responden léjos; i salió paseando desatinadamente como Judas, a lo largo i a traves, hasta tropezar conmigo, que finjia estar dormido. Entónces finjió él que me buscaba, i me llamó i me dijo que al burro le habia dado torozon de viento, o cosa peor.

Fuímonos al borrico, le rejistré, i viéndole en aquel estado, lo traje; i en el establo de los bueyes está que pide misericordia, aunque no tiene torozon que romper, sino, con perdon de vuestra merced, el trasero roto por mas de una parte.

En este punto suspendieron del diálogo mi primo i el Jepet, hasta llegar al establo, i desde allí llamaron al albéitar. Llegado éste, los tres reconocieron al burro; i al mirarle las ancas hechas

una pura lástima, disertaban sobre cómo i con qué cosa estarian hechas las heridas aquellas.

Dijo el albéitar ser todas de diente de lobo.

Dijo mi primo que mas aparentaban serlo de punta de navaja.

Dijo el honrado hortelano que allí estaban claras i patentes las uñas del demonio.

Quedó con el paciente su médico natural (pues que aquí no cabe decir de cabecera) i al regresar mi primo, acompañado del hortelano, lamentábanse a su turno de los malos hechos del mozo Saturní, sin excusar las prendas que le recomendaban por haber sido tan buen servidor del rei; i sobre tales cosas discurrian cuando se paró el *hereu*, i dijo:

—¿No te parece, Jepet, que si le casáramos se amansaria?

—Señor, los gatos cuanto mas casados mas son *entremaliats* (traviesos) mas bufan, mas muerden i arañan. Lo que sea un gato casado lo dice la gata; i yo no me animo a dar ese consejo, porque no deseo que me lo cuente la mujer de Saturní. Cada uno es como lo parió su madre, un poco mas o un poco ménos, segun Dios le depara luego las compañías i la fortuna, pero siempre cada hombre da muestras de que sigue siendo como vino al mundo: el bueno hasta que muere, las da de ser bueno; el malo las da de ser malo, i al bueno se le conoce que lo es hasta en sus obras malas, i al malo se le conoce que es malo hasta en la obra buena que suele hacer.

—I tú que alcanzas eso que me explicas, ¿crees de buena fé que el diablo te quitó la berretina?

—Ahí verá vuestra merced.

—Poca respuesta me has dado.

—Digo que ahí verá, porque lo uno se comprende a nuestra edad, i lo otro lo aprendemos desde pequeños, que nos lo enseñan.

Así conversando, entraron en la sala, i dijo mi primo al hortelano:

—Adios, Jepet.

IX.

Entre los varios hijos de mi primo el *hereu*, Antonio era el segundo i a la sazon tendria diezisiete o dieziocho años de edad.

Servia en casa cierta criada llamada Marieta.

Recordando a Marieta, a distancia de medio siglo, aun me la representa la memoria con seguros contornos i vivo colorido.

Estaria en los dieziseis años.

Era esbelta i trigueña, límpia i modesta; llevaba los piés i los brazos desnudos, i sus piés estaban mas blancos que sus brazos. A aquéllos los amaba, los besaba el agua de la fuente; i a éstos

los azotaba el sol cuando a la cercana fuente iba, i de la fuente volvia con dos cántaros i una herrada, apoyados un cántaro en cada cadera i la herrada puesta en equilibrio i suelta en la cabeza.

Peinaba liso i las partidas bandas de su cabello eran semejantes a dos alas de golondrina, plegadas a los costados de su serena frente.

Vestia saya de lana azul mui corta, i una cotilla de pana negra, sumamente ajustada.

Solo en los dias festivos se adornaba Marieta con pañuelo blanco la cabeza, atándolo graciosamente bajo la barba, i tambien se calzaba holgados zapatos con hebillas. Entónces Marieta creia estar mas interesante i estaba mas engalanada, pero en verdad era ménos galana.

Por este primer diseño acaso se dispongan mis lectores a creer que voi a pintar de capricho alguna linda i festiva campesina de figura ideal, influido por la lectura de los poetas, mas no es así. Estoi copiando la realidad, i aunque a larga distancia del objeto, saldrá la copia de la fiel paleta de mi memoria tan fresca como si ahora tuviese aquel orijinal a la vista.

Marieta era feilla de rostro, de tez morena, con ojos garzos i labios gruesos, sobre que algunas pecas de viruela la marcaban; pero era morena, como el claro oscuro del crepúsculo de la mañana, por entre cuyas tintas asoma la luz del cielo; i sus ojos se desplegaban tan misteriosa i purísimamente como una aurora, abriendo espacio a los resplandores de su alma.

El grosor de sus labios revelaba un temperamento blando; mecíase en ellos siempre la sonrisa, mostrando al paso dentadura nacarada, i el timbre de su voz era dulcísimo.

Así, al contemplarla, se decia: "¡qué lástima que esté marcada de viruelas!" i al tratarla la queriamos todos con aquella medida que la amistad i el amor prestan, a cada edad, a cada condicion i a cada sexo en situaciones dadas. I digo en situaciones dadas, para que lo comprendan los que no saben prácticamente de qué manera tan natural resbala nuestra naturaleza por el plano inclinado de la costumbre, hasta que sin apercibirnos, nos ajustamos dentro del círculo que nos rodea, por mas que sea ajeno a nuestro oríjen. Fórmase entónces por los hábitos la educacion del gusto; i de allí deducimos un bello ideal que nos eleva el alma, i nos llena todo el corazon, miéntras que las jentes, separadas de nuestro trato familiar i costumbres, los exentos de nuestro contajio, no sienten la moral que estraña aquel trato, no ven la belleza que en él nos contenta, no alcanzan, no comprenden la modificacion lenta que se ha obrado, perfeccionando nuestra sensibilidad, i la llaman perversion del gusto o la motejan con peores nombres.

Aquel sér, colocado en penumbra, aquella muchacha de belleza mate, hermosa, simplecilla i tímida, a la manera que son hermosas las violetas silvestres; aquel vaso de lágrimas bañado en ro-

cío; lágrimas i rocío anteriores a la experiencia, pero que están en el oríjen de cada creatura i denuncian el dote de felicidad o de desgracia que le cabrá en lo futuro; aquella pobre muchacha siempre sonreia.

Habreis observado que la sonrisa constante que en boca del hombre es lema de falsedad o de menosprecio, en labios de la mujer honesta es síntoma de pena indefinida, hasta que toma forma, se concreta, i se llama amor.

Repito que Marieta en cuanto la mirábamos o la hablábamos, asomaba la sonrisa, i añado que nunca cantaba; pero en cuanto la llamaban a bailar, salia sonriendo i bailaba con tal donosura, que parecia amaestrada por las gracias griegas; puesto que sus ademanes, su tino un marcar el compás, sus aires i vaivenes, no eran de imitacion, sino inspirados por el contento momentáneo, por la honestidad i el amor, sumándose en el difícil punto de la sensacion virjinal.

Mi primo Antonio, que cursaba leyes en la Universidad de Cervera, se encontraba momentáneamente en la casa paterna.

Tenia este jóven, lo mismo que todos nosotros, el gusto formado en la sociedad de la casa solariega, si bien un tanto desnaturalizado por la audacia que prestaba la práctica universitaria a los manteistas de entónces. Era ademas de carácter violento i deo temperamento enérjico; i así, el estudiante, confundiendo el hecho con el derecho, sumábalos en su voluntad i patria, juntando a Ciceron con Anacreonte, i a Platon con los pastores de la Arcadia; i lo mismo bailaba en los salones con las Aspásias, que en la plaza pública con las mozas de aldea.

Era cosa de ver la despreocupada deferencia con que el mozo solicitaba a Marieta, i la tímida inclinacion con que ella le correspondia.

En aquella casa no era posible el secreto, i el estudiante procedia en público a traves de las sospechas de padre, madre, capellan, monjes, frailes i mujeres; que las unas se santiguan de la desvergüenza i los otros bebian los vientos tras él; pero Marieta era querida de todos, i la culpa entera recaia sobre el corruptor, que la aceptaba por entero.

De aquí el que los ménos preocupados dijeran: ese no sirve mas que para soldado, i el que los mas timoratos sospecharan si les habria renacido en la familia el Hijo Pródigo.

X.

Ademas de la gran huerta hai contiguo al pajar (que como dije está pegado a la casa) un pequeño huerto, conocido por el nombre de Hort-Bofill.

Lugar recóndito es éste i se halla descuidado. Desmorónanse

sus tapias con frecuencia, dejando brechas de fácil acceso dias olvidados, hasta que la necesidad de acudir al reparo de otras obras, lleva la mano del albañil a restaurar aquellos desprendimientos, acaecidos por la vejez.

Tan humilde huertecillo fué sin duda el exclusivo recreo de los fundadores de la casa, i su suelo todavía es hoi el mas fértil de todo el contorno. Se comprende que en aquellos tiempos fuese cultivado con solícito esmero, i ahora deja ver que apénas le hacen caso.

El brazo del hombre no se emplea en él, i solo las mujeres, con lijeras azadas o con escardillos, le cavan, siembran i cosechan, sin sujecion a regla ni a precepto. Sin embargo, allí la tierra siempre agradecida, da de su seno con amor, i las verduras del Hort-Bofill, resultan mas sabrosas que las de otra parte.

El Hort-Bofill es, o parece ser, el fiador de la gran huerta; si en aquella no han sazonado, si el hielo ha enmustecido o si el calor ha agostado los frutos, en éste se anticipa o se hace tardía la sazon, a la voluntad de quien siembra las plantas, o las cultiva en sus resguardos. Es sobre todo la patria propia, el paraiso terrenal del perejil, de la yerba-buena i de la borraja, puestos en confuso i simpático consorcio con el don Diego de la noche, la albahaca i los claveles sencillos.

Se comprende que como son mujeres las que le cultivan, sea el jardin de las mozas, sin dejar de ser el recurso de las cocineras.

Los pocos árboles que en él se mantienen, nunca fueron injertos; son añosos, se plantaron sin simetría i nadie los poda; jigantes centenarios abren los brazos para abarcar las nubes; atletas encanecidos, soportan la nieve, luchan con la tramontana que lo ciñe, cimbrea i silba al huir herida, a la manera de una serpiente enorme, i allá, cuando llega la primavera, se revisten de hojas i se coronan de flores, para alardear su constancia, para ostentar su triunfo al traves de las edades; al paso que esa misma ufanía luxuriante les revela en su mísera ancianidad, sellada con las garras del tiempo.... Ni aquellas hojas los arropan por completo, ni aquellas flores los coronan del todo; son jirones de galas que fueron juveniles, por las que a trechos asoma el esqueleto.

Ramas secas junto a ramas verdes, leña seca al lado de las flores codiciadas de las abejas, patentizan la hermosura fecunda de la vida i la tristeza estéril de la muerte.... Así el influjo del verano obra i madura en ellos las escasas frutas que pueden soportar; i cuanto las de la huerta grande son celadas, las del Hort- Bofill se dejan expuestas al hurto lacedemonio de los muchachos, que comunmente las derriban a pedradas.

En este momento me acude un recuerdo que reduce a un toque luminoso lo que he mal diseñado.

Recuerdo que allá en mi adolescencia volvia yo del campo al completarse una noche de primavera, mansa, tibia i serena. No-

che de aquellas que susarran amor, traido en alas de los céfiros, i que exhalan melancolía entre bálsamo i aromas de las flores. La voz de la naturalaza, venida del infinito, habla a nuestras almas; los oidos la oyen en confuso, envuelta en efluvios de vaga armonía, i el corazon la penetra, la traduce, i responde suspirando a ese sublime idioma de la resurreccion universal, que a todos nos dice: "Amad i suspirad."

Volvíame de un pueblo inmediato, donde residia una hermana mia allí casada: mi hermana me habia abrazado con tristeza al lespedirnos, i a mi regreso me senté junto a las tapias del Hort-Bofill, atraido por el canto de un ruiseñor que jemia como las arpas eólias, i a poco le respondió una corneja. Levanté la vista, fijé el oido, escudriñé i entendí i ví que el ruiseñor i la corneja cantaban en un mismo árbol; aquél entre las flores i ésta parada en una de las ramas secas.... ¡Sonaba el himno de la esperanza i respondia la elejía de la muerte! El árbol era el mas carcomido por el tiempo, mitad esqueleto i mitad niño, que sonrie al beso de la madre primavera!

El modesto Hort-Bofill, solaz de mis antepasados, sabe Dios si habrá sido arrastrado al restaurar la casa. Sus injentes nogales, sus ancianas higueras i sus desparramados manzanos i nudosos perales, sus granados de encendida muestra, los claveles sencillos, aquellas plantas, aquellos arbustos; su cerca, su tierra fecundísima, todo, todo será acaso suelo llano, infecundo; suelo tendido i de paso a la vanidad presente.

Ya por entónces tenia impresa la marca de exterminio.

Habian establecido en él el pisadero de la uva bajo un tinglado a teja vana erijido al efecto, i esto no solo le robó gran parte de su cultivo, sino que ademas, en la época de la vendimia, quedaba todo él entregado a la profanacion mas impía i al merodeo insolente de cuantos en la faena vinícola se ocupaban.

Aquel lagar comunicaba precisamente con la bodega, i en ésta no penetraba otra luz que la mui escasa que de las caballerizas recibia por una claraboya.

ANTONIO ROS DE OLANO.

(Continuará.)

¡FLOR DE TODOS, FLOR DE NADIE!..

(A LA SEÑORITA I. E. B.)

No quisiera, niña hermosa,
Injuriar yo tu pudor,
Comparando con la rosa
Tu hermosura primorosa,
Tu salero i tu candor.

Avisarte no querria
Por no avivar tus sonrojos,
Que la luz del medio dia
I el fuego de Andalucía
Reparten siempre tus ojos:

Que a la palma por jentil
No debes envidiar tú,
Pues tienes hechizos mil,
Como hai flores en abril,
Primavera del Perú.

¡Oh! celeste primavera
De perfume embriagador,
Quién llegara a tu ribera,
Quién de tan verde pradera,
Robar pudiera una flor!....

Mas si busco ese deseo,
Miedo tengo a la ocasion,
Pues fuera en mí un devaneo
Decir: "esa flor poseo,
I es la flor del corazon."

Pero acabé por decir
Lo que no quise.... ¡perdon!
¡Ah! nunca podrá existir
Ni en mi labio el sonreir,
Ni en mi pecho ese blason!

Del árbol del sentimiento
Tal la flor prodigas tú,
Como en todo movimiento
Se desviste, dando al viento
Flores el esbelto ombú.

¡I tanto esa flor me apena
I aguija tanto el dolor,
Que si a tí mi alma encadena,
Siendo la *flor del amor*,
Tornóse en *flor de la pena!*....

Valparaiso, 29 de febrero de 1876.

JOAQUIN RODRIGUEZ BRAVO.

¡QUIEN CUAL VOSOTROS!

¡Qué lindas son las flores
En primavera,
Cuando las mece el viento
Siempre risueñas!
¡Qué puro el cielo,
I la noche que hermosa
Con sus luceros!
Las olitas del rio
Alegres juegan,
Haciéndose caricias
Pasan i ruedan.
I la alba espuma
Dorados pececillos
Besa i columpia.
Entre enredaderas
De mil colores,
Su amor el pajarillo
Canta en el bosque.
Solo yo triste,
Triste me siento siempre,
Todo me oprime.
Tiene razon el hombre
I el hombre siente,
Por eso aquí en el mundo
Llora i padece.
¡Séres dichosos
Que morireis gozando
Quién cual vosotros!

Santiago, marzo 5 de 1876.

CÁRLOS DONOSO.

LOS PAISAJES DEL SEÑOR JARPA

EN LA EXPOSICION DE 1875.

I.

Hace ya algun tiempo que deseaba manifestar públicamente i sin rebozo el aprecio que me inspiraron dos hermosos paisajes que todos han podido ver en los salones de nuestra pasada Exposicion. Como se presentasen modestamente a la vista de los curiosos, la prensa habló poco de ellos i apénas sí sus nombres se encuentran perdidos en las sinuosidades de una enumeracion de revista.

Hablo de "Una mañana en el Lebu" i "Una tarde en Lebu" del señor Jarpa. Debo suponer que todos los concurrentes, aficionados o curiosos, les habrán dedicado un instante a lo ménos en la galería de Bellas Artes para, en esta confianza, eximirme de una inconveniente descripcion. El que no se haya detenido en ellos, no tiene derecho de exijirme lo que me dispensa su ignorancia o una culpable distraccion.

Si se exceptúan algunos cuadros del señor Smith i una que otra tentativa i aislada, jamas se habia emprendido, entre nosotros, la tarea de expresar directamente el carácter de la naturaleza de Chile. Una feliz inspiracion o quizá la nobleza del empeño, indujo al señor Jarpa a tomar el cargo sobre sí i a desempeñarlo con toda discrecion i cautela. Ha hecho bien. Para cimentar una reputacion, no es preciso asombrar, vale mas excitar, como nuestro artista, una tranquila i relativa admiracion i adquirir entre las jentes de gusto un crédito, por decirlo así, que asegure una buena acojida a las futuras obras. El señor Jarpa debia saber bien que los primeros trabajos de un pintor promueven siempre crueles aunque envidiosas e ignorantes objeciones, que es necesario evitar con minuciosos cuidados i largas penalidades. A los viejos maestros se les perdona fácilmente una desproporcion, al artista jóven no se sabe excusar los mas lijeros deslices. I parece lo contrario. En nuestro pais, donde acontecen tantas cosas

curiosas, sucede que, cuando un artista, al pintar un árbol admirable, exajera su ramaje para atraer sobre él la atencion, la multitud circunstante se detiene en saborear dos o tres frutos que ruedan desapercibidamente por el suelo del cuadro.

¡Paciencia i encojerse de hombros!

II.

Dos paises elejidos con tino han servido al señor Jarpa para caracterizar nuestra naturaleza del sur. Aunque en ámbos se expresan bien las condiciones jenerales del clima húmedo, hai, sin embargo, entre ellos, una distancia notable. En efecto, si se considera la eleccion del escenario, las dificultades de la ejecucion, la valentía del pincel, no puedo ocultar mi predileccion por "Una tarde en Lebu."

En el paisaje, la eleccion de localidad es la concepcion misma; la potencia del pintor está en repetirse en la imajinacion la escena que se ofrece a su vista, en depurarla de sus malezas poéticas i enjendrar, por fin, una obra nueva con los elementos reales primitivos.

En "Una mañana en el Lebu" los objetos están expresados con exactitud i propiedad i en los arbolillos i las aguas se ha animado la monotonía obligada de los colores con cierta livianura i claridad. Desgraciadamente todas las partes del cuadro entran en la composicion con un mismo valor; en vano se buscaria una línea, un punto a lo ménos que sirviese de centro a la escena i determinase la intencion del paisista. Un donoso arbolito que ocupa la parte media no es digno con todo de esa importancia; la ribera del rio pudo serlo talvez; pero nada hai que me autorise a suponer tal propósito en el señor Jarpa.

En "Una tarde en Lebu" no hai a este respecto lugar a duda: la fisonomía de la escena es tan característica i expresiva que al primer exámen se puede fijar la localidad a que pertenece. El centro del paisaje es una larga ceja de árboles, a cuyos piés, i ocupando el primer término, duermen aguas estancadas en una quebrada del terreno. Sensible es que aquellos hermosos árboles se hallen casi todos a la misma altura, formando así una recta de un efecto desagradable, mas pronunciado aun por el cielo completamente raso en que los contornos se destacan. Léjos está de mí la idea de hacer hincapié en este detalle i atribuirlo a una imprevision que acusaria la inexperiencia, no hago mas que enunciar una objecion que he oido mucho i que yo inserto aquí a título de observacion. Por otra parte, confesaré, de paso, que íntimamente profeso verdadera admiracion por el bello talento del autor de los "Paisajes de Lebu." Un sol poniente ilumina la espalda invisible del *monte* i algunos rayos se deslizan al traves

de los troncos i sus ramajes verdinegros. El pintor ha tomado esos hilos de luz i los ha repartido admirablemente, precisando sus efectos en cada árbol i en cada grupo de árboles. Aquí ya se nota la confianza del artista en los dictados de su propia inspiracion, i esa seguridad a vista del éxito que, regocijando el espíritu, hace mas risueñas i halagadoras las tristes paredes de un taller.

En su calidad de artista respetuoso, el señor Jarpa ha tratado su asunto con una escrupulosidad relijiosa, tanto mas inestimable cuanto poco comun entre nosotros. Si el ideal del arte es la verdad misma, el paisaje sistemáticamente idealista no será su último término: el mas sorprendente juego de nubes, la mas injeniosa distribucion de los objetos no formarán nunca un *paisaje*, miéntras falte la verdadera *expresion* de la naturaleza. Antes que todo, el paisista se debe a su asunto; es necesario que comprenda i domine toda la extension de su tarea. En la obra artística, como en la obra cómica, la vida resulta de una multitud de elementos sutilmente distribuidos i entrelazados; para dar vida, pues, para crear, preciso será tener atentamente en las manos todos estos nervios i estas ramificaciones de nervios.

III.

Los que aman desinterasadamente el arte sabrán agradecer al señor Jarpa ese respeto por la naturaleza, que se manifiesta en sus últimos trabajos. Habrá muchos, sin embargo, que encuentren faltos de inspiracion los "Paisajes de Lebu." Para estos espíritus, la inspiracion debe ser como un águila melenuda, a quien se puede enviar a las alturas celestes para que agarre un astro en la encorvadura del pico i venga a depositarlo a nuestros piés con amable i olímpica sonrisa.

La naturaleza no deja fácilmente sorprender sus secretos. Como el hijo de Cirene, en la fábula de Virjilio, el artista tiene que trabar como un demonio oculto una lucha dolorosa. Preciso es tomar al mónstruo, apretarle su garganta e hincarle en su pecho las rodillas. Entónces Aristeo conseguirá amarrar a Proteo i arrancarle su secreto en una confesion sublime. Solo a este precio el artista podrá penetrar el misterio de las armonías i los alumbramientos de la Naturaleza. Pero este combate, lento i doloroso, no saldrá de las cuatro paredes de un taller i habrá quien me atribuya la risible intencion de dar tintes idílicos al autor de "Una tarde en Lebu."

Perdóneme el señor Jarpa el equívoco a que habré dado ocasion, perdóneme, porque estamos en un pais donde he dicho mas arriba que tantas cosas i marabillas acontecen.

IV.

Al pasar de largo sobre los defectos de composicion i estilo que se notan a nuestro paisista, no he pretendido eludir sobre ellos mi juicio personal, he creido sencillamente que esas críticas son en jeneral negativas i, por consiguiente, de ningun valor absoluto. En mi concepto, no se debe juzgar al artista sino dentro de los límites que él mismo se ha fijado. Solo cuando él disponga de todos los elementos necesarios, de todos los recursos de paleta, de toda la enseñanza imprescindible i los buenos estudios, solo entónces la crítica podrá formalizarse un tanto e imponer sus exijencias. Por lo demas: ¿tendrá esta facultad un público que ha consagrado tantas mediocridades i aplaudido siempre con tan poco discernimiento?

Conste, en todo caso, que hablo con absoluta independencia i que en estas líneas no hai de por medio otro interes que una reservada estimacion por el caballero i el artista.

Santiago, marzo 15 de 1876.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

Señor Editor de LA ESTRELLA DE CHILE.

(Santiago.)

Bogotá, 16 *de Enero de* 1876.

Mui señor mio:

En LA ESTRELLA DE CHILE, de que Ud. es editor, he visto reproducidas las noticias que sobre escritores colombianos he publicado en esta capital. Doi a Ud. las gracias por el honor que se me ha hecho, dando colocacion a estos apuntes en su importante periódico; i para corresponder a la benevolencia de Ud., me atrevo a remitirle la continuacion de ellos, que se halla iné-

dita, a causa de haberse suspendido por ahora El Verjel Colombiano, en donde deben seguir apareciendo. Si este trabajo merece la aprobacion de Ud., me prometo continuarlo hasta terminar la lista de todos nuestros escritores.

.....

Me suscribo de Ud. respetuoso servidor Q. S. M. B.

Isidoro LAVERDE A.

RICARDO DE LA PARRA.

Nació en Chia (pueblo que queda a distancia de siete leguas de la capital) en el mes de noviembre de 1815.

Fueron sus padres don Ignacio de la Parra S. i doña Ana Gregoria Diaz G.

A la edad de doce años vino a Bogotá, en donde principió sus estudios, los que, favorecidos por su buen tio don Juan N. de la Parra S., obtuvieron un éxito brillante.

El señor Parra recibió los títulos de doctor en medicina i abogacía i adquirió tambien muchos conocimientos en literatura, filosofía i matemáticas.

Desde su juventud se dedicó con mucho entusiasmo i consagracion al estudio de la filosofía i de las relijiones, i así no solo fué orador político, periodista, poeta, abogado i médico distinguido, sino tambien filósofo eminente.

Por sus muchos conocimientos en los diversos ramos del saber humano, mereció de sus conciudadanos el dictado de sabio.

Fué uno de los primeros sostenedores del partido liberal i uno de los mas caracterizados i constantes defensores de la causa.

Desempeñó durante su vida algunos puestos distinguidos, entre ellos el de representante al Congreso.

Murió en Enrizado, poblacion del Estado de Antioquía, el dia 9 de abril de 1873.

Fuera de sus artículos filosóficos i políticos i de varias composiciones en verso, que rejistran periódicos políticos i literarios publicados durante su vida, existen del señor Parra las siguientes obras:

Ensayo sobre el Zaarah de Moisés o Espécimen de una obra séria sobre la elefantiásis de los griegos.—Paris, 1864.

La elefantiásis de los griegos i su verdadera naturaleza o determinacion científica. De la verdadera causa, el verdadero asiento, el mecanismo i efectos de esta espantosa enfermedad; con el modo seguro de curarla.—Bogotá, 1868.

Cartas sobre filosofía moral, dirijidas al doctor Exequiel Rojas.—Bogotá, 1868.

DANIEL MANTILLA.

Nació en la ciudad de Bucaramanga, departamento de Soto (Estado de Santander) el año de 1836.

Recibió su educacion en Bogotá i luego fué a Europa, en donde se perfeccionó en el estudio de la literatura i de los idiomas.

Desde 1855 empezó a escribir. Sus poesías se encuentran en La Guirnalda, El Comercio, El Pregunton, El Mosaico i El Iris; de todas ellas, dos de las mas populares son las tituladas *Date obolum* i *Lágrimas i Espinas*.

En 1864 publicó en La Opinion dos juicios críticos: *Emiro Kastos* i *Un libro del señor José María Samper*.

Es autor de:

Heterismo o las cortesanas.—Socorro, 1871.

Una tarde de verano, novela publicada en Paris.

I de las biografías de Lamartine, Camilo Benso i Jorje Sand.

Usó siempre en todos sus escritos del seudónimo de Abel Karl.

Murió en Bogotá el año de 1868.

JERMAN G. DE PIÑERES.

Nació en Puerto Príncipe (Haití) a fines del año de 1816 i murió en Bogotá el 12 de noviembre de 1872.

Fuera de algunos folletos i de colaboraciones en periódicos, publicó un tomo de *Poesías* el año 1857, precedidas de un juicio crítico escrito por el señor Pedro Neira Acevedo; i *El Oidor*, drama histórico tomado de la célebre causa seguida al doctor don Andres Cortés de Meza, oidor de la Audiencia de Santa Fé de Bogotá.

ISIDORO ISAZA.

Nació el 15 de mayo de 1825, en el distrito de Tenoigado, perteneciente al Estado de Antioquía.

En 1861 fué diputado a la asamblea lejislativa del Estado, i durante la revolucion del jeneral Mosquera desempeñó los cargos de prefecto del departamento del centro, comandante de la plaza capital, comisario nacional i sarjento mayor de un batallon. En la misma época fundó un periódico llamado El Pendon de la Justicia, que duró mui poco tiempo; i mas tarde La Restauracion, que tuvo por redactores respectivamente a los señor-

res Demetrio Viana, Néstor Castro, Remijio Martinez i por coredactor i único [illegible]sario al señor Isaza.

Luego publi[illegible] Oásis, que redactó durante dos años, i El Trabajo.

En 1869 dió a luz un folleto con el título de: *Lecciones sobre ortografía*, en verso.

Ha sido uno de los corresponsales de La Ilustracion, i sus revistas han sido firmadas con el seudónimo de *Pablo*.

RUFINO J. CUERVO.

Nació en Bogotá el 19 de setiembre de 1844.

Hizo sus estudios en el colejio de los señores Cuervo i Sucre, en el del señor Perez i en el de los Jesuitas.

Se ha dedicado especialmente a los estudios filolójicos i de idiomas.

En asocio del señor Venancio G. Manrique ha escrito un *Diccionario etimolójico, sintético i analítico de la lengua castellana*, del cual solo se ha publicado una *muestra*.

Ha sido colaborador de los periódicos La Caridad, El Tradicionista i El Anuario de la Academia.

Publicó una edicion de la Gramática de Bello, ilustrada con notas, i en colaboracion con el señor Miguel A. Caro una *Gramática latina*.—2.ª edicion, 1869.

I en 1872 apareció su obra: *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de la cual se hace actualmente una segunda edicion en la imprenta de los señores Echeverría hermanos.

Es miembro correspondiente de la Academia Española.

PEDRO PABLO CERVANTES.

(doctor en medicina.)

Nació en Bogotá a fines del mes de diciembre de 1833. Hizo sus estudios en el colejio del Rosario i en los hospitales de San Juan de Dios i Militar.

Ha sido médico de division del ejército constitucional, médico cirujano del Hospital Militar, médico de San Juan de Dios, catedrático de farmacia en el colejio de San Bartolomé i profesor de anatomía i fisiolojía.

Ha escrito en La Prensa, La Ilustracion, El Diario de Cundinamarca, La República, La América i otros. Entre las publicaciones hechas en estos periódicos están una novela titulada *Un*

recluta, la biografía del señor Francisco Ramirez Becerra i una carta dirijida a M. Thiers.

Conserva inéditos una obra sobre medicina legal, sus apuntes de viaje por el sur de la República i varios cuadros históricos escritos con el título de *Recuerdos del Hospital Militar*.

PEDRO FERNANDEZ MADRID.

Hijo del patriota don José Fernandez Madrid, nació en la Habana, en 1817.

Hizo sus estudios en la universidad de Oxford (Inglaterra) i en Bogotá.

Desempeñó los destinos de oficial mayor de la secretaría de lo interior i relaciones exteriores, presidente del Estado soberano de Boyacá, i representante al congreso en los años de 1851, 56, 57, 58, 59 i 60.

Murió en Serrezuela el dia 7 de febrero de 1875.

Entre sus escritos conocidos están los artículos publicados con el título de *Nuestras costas incultas*, i que aparecieron en un periódico.

I los *Rasgos biográficos* del jeneral Francisco de Paula Velez.

JOSÉ VICENTE FERNANDEZ J.

Nació en la ciudad de Rionegro (Estado de Antioquía) el 10 de abril de 1850.

Hizo sus estudios en la ciudad de Medellin, i los complementó mas tarde particularmente.

En 1870 comenzó a escribir para el público i sus escritos han aparecido en El Heraldo, El Estudio, El Cóndor, La Sociedad, El Rocío, El Chino de Bogotá, El Hogar, El Museo Literario i El Amigo Antioqueño, del cual es redactor.

Hace tres años que dirije un colejio particular en San Cristóbal (Antioquía).

JOSÉ MANUEL LLÉRAS.

Hijo del doctor Lorenzo María Lléras, nació en Bogotá el 4 de enero de 1843.

Hizo sus estudios literarios al lado de su padre i del señor Santiago Perez. En la revolucion del año 1860 formó en las filas liberales al lado del jeneral Mosquera. Hizo tres años de cam-

paña i llegó a capitan. Desempeñó durante la campaña el puesto de oficial mayor de la secretaría jeneral.

Se radicó en el Cauca desde 1863. Allí se casó.

Durante cuatro años fué rector del colejio mayor de Popayan, cuando apénas contaba veintidos años.

En 1867 se trasladó a Pasto, en donde fundó i dirijió el colejio académico de aquella ciudad, i mas tarde a Barbacoas, en donde fundó i dirijió por dos años el Liceo de la Juventud.

Llamado a Panamá por la administracion del señor Correoso, desempeñó durante ella el puesto de secretario de estado, i en el período de 1873 fué electo por la asamblea procurador jeneral de aquel Estado.

Siendo uno de los principales autores de la revolucion del 5 de abril de 1873, que fué vencida en el combate del 7 i 8 de mayo siguiente, emigró a Centro América, en donde permaneció hasta principios de 1875.

Ha publicado versos i prosa en El Tiempo, El Colombiano, La Libertad, El Mosaico, El Iris, El Hogar, El Cóndor, La Tarde, etc. Fundó en Popayan El Cauca i La Union; en Pasto, La Voz del Sur; en Barbacoas, El Liceo; en Panamá, La Voz del Istmo, La Tertulia i El Sol; en Centro América fué redactor de El Costaricense, El Ferrocarril i El Mercado.

Ha publicado i puesto en escena cuatro comedias de costumbres.

Ha dado a la prensa una gramática castellana i una aritmética en verso, i un compendio de jeografía. Tiene en prensa un poema, otras obras didácticas i una coleccion de poesías con el nombre de *Barbaridades*.

JOAQUIN ACOSTA.

Nació en Guáduas (Estado de Cundinamarca) el 29 de diciembre de 1800. Se dedicó de preferencia al estudio de las matemáticas i publicó durante su permanencia en Europa su *Compendio histórico de la conquista i colonizacion del nuevo reino de Granada*, como tambien varios discursos i opúsculos científicos. Siguió la carrera militar i obtuvo el grado de jeneral de division.

Murió el 21 de febrero de 1852.

JUAN DE DIOS RESTREPO.

Nació en la ciudad de Medellin, capital del Estado de Antioquía, en la tercera década del presente siglo. Ha escrito varios artículos políticos i de costumbres.

En el año 1859 se publicó en la imprenta de los señores Pizano i Perez una coleccion de sus artículos escojidos, bajo el título de *Emiro Kastos*, seudónimo con que ha firmado casi todas sus producciones.

FLORENTINO GONZALEZ.

Nació en Charalá (Estado de Santander) el año de 1806. Hizo sus estudios en el colejio de San Bartolomé, i en 1825 obtuvo los grados de bachiller, licenciado i doctor en jurisprudencia.

Fué de los conjurados del 25 de setiembre de 1828, i habiendo sido aprehendido duró preso dieziocho meses en el castillo de Bocachica. Cuando fué puesto en libertad se dirijió a Caracas, en donde el gobierno le confió la redaccion de la GACETA OFICIAL.

Regresó al pais en 1830 i fué secretario de la Convencion Constituyente. En seguida redactó la GACETA DE NUEVA GRANADA, durante un año.

De 1833 a 1840 fué profesor de derecho constitucional, ciencia administrativa i derecho internacional en la Universidad de Bogotá.

Poco despues fué nombrado oficial mayor de la secretaría de hacienda; i en 1835 desempeñó el mismo destino en la de lo interior i relaciones exteriores.

Luego fué gobernador de Bogotá, diputado provincial i personero de la provincia.

En febrero de 1841 salió de Bogotá con direccion al Viejo Mundo, i permaneció en Europa hasta el año 1846, que regresó a Bogotá, i el jeneral Mosquera, que mandaba entónces, lo nombró secretario de hacienda.

En 1848 fué encargado de negocios de la República en Francia, destino que desempeñó durante dos años.

En 1852 fué elejido senador i en 1854 procurador jeneral de la nacion.

Mas tarde, en 1859, fué nombrado ministro plenipotenciario de la Nueva Granada en el Perú, i luego pasó a Chile i se radicó en Valparaiso, en donde redactó EL TIEMPO.

Fué tambien redactor de los siguientes periódicos:

EL CONDUCTOR (en 1827).

EL CONSTITUCIONAL (en colaboracion de los señores Rufino Cuervo i Alejandro Velez).

EL CACHACO (en union del doctor Lorenzo M. Lléras i del jeneral Santander).

EL CORREO (en 1839 i 1840).

EL SIGLO (en 1848) i de

EL MERCURIO.

Publicó lo siguiente: *Lecciones de derecho constitucional*, dos tomos; *Ciencia administrativa*, dos volúmenes; una Disertacion sobre la manera cómo se debe entender el *uti possidetis* de 1810; un *Código de enjuiciamiento civil;* un *Diccionario del derecho civil chileno;* i *Las repúblicas hispano-americanas* , i el *uti possidetis* de 1810. Hizo asimismo una traduccion de una obra de Stuart Mill.

Fué miembro de las sociedades de economía política i de jeografía de Paris.

Falleció en Buenos Aires, de cuya universidad era catedrático, en el mes de enero de 1875.

JOSÉ MANUEL RESTREPO.

Nació en Enrigado (Estado de Antioquía) el 30 de diciembre de 1782.

En 1814 fué escojido para ejercer el poder lejislativo en union de Custodio García Rovira i de Manuel Rodriguez Torices, pero no tuvo a bien aceptar este destino.

Sus principales obras son la *Historia de Colombia*, que comprende los grandes acontecimientos del presente siglo, i la *Memoria sobre Antioquía*, que mereció ser elojiada por Cáldas.

El señor Restrepo murió en Bogotá el 3 de abril de 1860.

JOSE MARÍA OBANDO.

Nació en la hacienda de "Jarcia," en el canton de Caloto (Estado del Cauca) el dia 8 de agosto de 1795.

Sirvió en el ejército español hasta obtener el grado de teniente coronel, i prestó en seguida sus servicios a la causa de la Independencia.

Gobernó la república de Colombia como vice-presidente i la de Nueva Granada como presidente en 1853.

Murió, despues de rendido en la accion de Cruz Verde, el 29 de abril de 1861.

Las principales obras que escribió son sus *Memorias* i su defensa en la causa que se le siguió por el asesinato del gran mariscal de Ayacucho, que segun algunos, no ha podido probarse.

FEDERICO C. AGUILAR.

(CRADOR SAGRADO.)

Nació en Bogotá en setiembre de 1834.

Hizo sus estudios en el colejio nacional seminario de Guate-

mala, en donde permaneció durante diez años. Despues se dirijió al Ecuador i allí vivió dos años; pasó luego a visitar las repúblicas del Perú, San Salvador, Costa Rica i Nicaragua.

Mas tarde volvió al Ecuador i se estableció en Quito, en donde permaneció durante tres años de director del observatorio de la ciudad, i dió a luz tres folletos de observaciones hechas en él. Fué tambien redactor de El Progreso i colaborador de varios periódicos: entre ellos de El Nacional.

Publicó los folletos siguientes:

Viaje científico i descriptivo al Pichincha.

Memoria sobre la oscilacion de la aguja magnética, e

Hipótesis para explicar el orijen de los terremotos.

En el periódico oficial de Quito publicó una série de artículos sobre la catástrofe que destruyó la provincia de Imbabura en 1868.

Igualmente fué profesor del seminario de Quito.

En el año de 1850 entró a la Compañía de Jesus, pero no habiendo hecho la profesion solemne, se ordenó de sacerdote en diciembre de 1864.

Despues de siete años de permanencia en el Ecuador, regresó al pais a fines de 1870.

En Bogotá redactó La América, parte relijiosa (año 1873) i ha sido profesor de física, matemáticas, literatura, relijion i frances.

En 1874 hizo un viaje a los Estados Unidos de América, al Canadá, a Europa i a Oriente, i a su regreso a Colombia publicó un libro con el título de *Recuerdos de un viaje a Oriente*, imprenta de El Tradicionista, Bogotá, 1875.

FEDERICO JARAMILLO C.

Nació en Medellin (Estado de Antioquía) el 10 de marzo de 1835.

Recibió su educacion en Bogotá, en el colejio seminario i en el del señor Groot.

Fué fundador de La Escuela Republicana, que apareció en Antioquía i redactor de El Iris, El Artista i El Estudio.

Ha sido colaborador de El Hogar, El Oásis, La Sociedad, El Heraldo, El Estado, La Aurora, El Rocío i La Ilustracion.

Isidoro LAVERDE A.

EL PENSAMIENTO.

Mísera humanidad ¿qué invento tienes
Para exijir que mi razon se asombre?
¿Es la fotografía?
¿Esa máquina ruin que copia al hombre,
Sin vida ni alegría,
Sin voz i sin aliento?
¿Es este, dime, tu importante invento?
Permíteme que ria
Aunque mi burla a tu ambicion no cuadre;
Dios me dió un corazon puro, inocente,
Donde palpita, sufre, vive i siente
La imájen de mi padre.

¿Es el vapor talvez lo que engrandece
A tu delirio vano,
Cuando en la mar se mece
O cuando cruza el anchuroso llano
Achicando la esfera
Con el vértigo audaz de su carrera?
¿Qué puede haber en ello que me espante
Si hablo i visito en venturosa calma
Al sér que está distante, mui distante,
Cuando hablo con mi alma?

¿Es acaso la culpa de tu orgullo
El hilo misterioso que trasmite
Palabras sin murmullo,
Noticias sin acento?
¡Mísera humanidad! ¿qué has inventado
Para luchar conmigo?
A tres mil leguas de mi padre amado
Hablo con él i sus caricias siento.
Telégrafo de Dios, yo te bendigo,
Tú eres El Pensamiento.

Motril, enero de 1876.

Consuelo PARERA GELPI.

¡OH BARCA....

Oh barca, que cruzas
Las ondas tranquilas,
Al son de cantares
De amor i de dicha,
No mucho te alejes
Confiada i altiva
Del bosque frondoso
Que borda la orilla.
No mucho te alejes;
La paz aquí habita
I el agua que juzgas
En calma dormida
Pudiera alterarla
Tormenta bravía.
El rio sus ondas
Al mar precipita....
El mar tiene escollos....
¡Ai! pobre barquilla
Torna a la ribera,
La paz aquí habita!

Constitucion, 1869.

ENRIQUE DEL SOLAR.

EL AGUILA.

Ave que posas tu planta
Sobre los Andes enhiestos,
Entretejiendo tus nidos
Entre sus rocas de hielo;

Tú, que duermes al rujido
De los volcanes soberbios
En tu redor contemplando
Los precipicios horrendos;

Tú, que ciernes tu plumaje
Donde revientan los truenos,
Rasgando las anchas nubes
Que bordan el firmamento;

Tú, soberbia triunfadora,
Del huracan rudo i fiero;
Tú, que envuelta en las estrellas
Cruzas por mundos inmensos;

Tú, que del sol casi tocas
El ancho carro de fuego,
Perturbando con tus cantos
Las armonías del cielo;

¿Qué pretendes? ¿Qué deseas
Con tu volar altanero?
¿Cuál es ¡oh! reina del aire,
Tu atrevido pensamiento?

¿Eres acaso, responde,
De las virtudes el jenio,
I cada vez que así subes
Conduces una alma al cielo?

¿O eres ¡ai! la mensajera
De los sentidos acentos
Que eleva a Dios el que sufre
En este mundo perverso?

¿O solo subes i subes
Por contemplar desde léjos
Las miserias que al mortal
Envelven con negros velos?

¿O te elevas presurosa
Por no sentir el estruendo
De las fratricidas guerras
Que al mundo tienen revuelto?

Si es así, ¡oh! cuánto envidio,
Reina del aire, tu vuelo!
Porque nada duele mas
Que ver sufrir a los buenos.

Porque nada es ¡ai! tan triste
Como entre lazos perversos
Ver jemir a la inocencia,
Ver despreciado al talento.

Con tus alas, yo tambien
Volaria al firmamento
Por no ver los desengaños
De que este mundo está lleno.

Por no ver al ruin adulo
Vendiendo gratos afectos,
I a necios acaudalados
Sobre los hombres de mérito.

Mas, ¡ai! ya que la desgracia
Me tiene preso en el suelo,
Rasgando las anchas nubes
Sube, ¡oh! águila, a los cielos.

I, perturbando sus cantos
Con las notas de tu acento,
Pide a Dios enternecida
Consuelo para el talento.

ROSENDO CARRASCO.

JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

(Continuacion.)

XI.

La apertura de la veda. ¡Oh, cuán alegre estacion para los que aun no están heridos del pesar de los placeres del lujo, ni tocados del tédio en los goces de las ciudades!

Si la comedia debia tomar su necesario oríjen en la perversion de las custumbres sociales, el drama debió tenerle ántes en los impensados incidentes i las fuertes emociones de la caza. I si hoi este ejercicio es hijiene i espectáculo de drama, ante la soledad de la naturaleza, para los agobiados poderosos porque los distrae de la vanidad de sus vanidades i los aisla de sus iguales ¿qué no seria la apertura de la veda para nosotros, muchachuelos inquietos i mozos imberbes, crecidos a la sombra de los bosques, educados en el aislamiento de la familia campestre i sueltos, como los hijos del árabe, desde los primeros años i armados de escopeta i seguidos del perro perdiguero, o rodeados de una turbulenta jauría de podencos?

Hé aquí que cierta mañana de las primeras del mes de agosto nos disponiamos los muchachos para salir a cazar conejos e íbamos capitaneados por el mayor de todos, que era mi primo Antonio. Aunque la hora fuese la del alba, llamábamos a los perros a grito herido i con silbidos penetrantes, i éstos acudian de todas direcciones, contestándonos con aullidos, i nos festejaban con saltos i revueltas.

Estando, pues, nosotros ocupados en aquella faena, acertó a pasar Marieta i en el portal le preguntó mi primo:

—¿A dónde vas?

—Al Hort-Bofill, respondió ella; i Antonio le dijo:

—Dime dónde quieres que cacemos hoi para que nuestro dia sea afortunado.

Marieta abatió la mirada i conforme iba andando le respondió:

—Hácia Puig-Alegre, que desde allí se ve la caza.

—Pues no dejes de mirar hácia allá Marieta, le previno di-

ciendo el estudiante; i miéntras ella se encaminaba al Hort-Bofill, nosotros continuamos nuestra árdua tarea de reunir galgos i podencos, de separar i encerrar los perdigueros.

Operacion engorrosa, pero del todo necesaria, era la última; porque es de advertir que en mi familia cada hombre era un cazador, i cada cazador tenia su pachon, que no solo no prestaba a nadie, sino que ni él mismo, cuando salia de la jauría, sacaba al campo su perro de perdices.

Largo rato empleamos, i ya que merced a nuestras astucias i a nuestras patadas en perro boca arriba, conseguimos romper la marcha i tomamos la direccion de Puig-Alegre, sucedió que a cosa de trescientos pasos andados, mi primo volviera la cabeza i vió que un hombre escalaba la tapia del Hort-Bofill. Era Saturní; Antonio naturalmente le reconoció al momento; i volviéndose nos dijo a un hermano suyo i a mí que le acompañáramos, para en caso necesario sujetarle. No sea el diablo, nos añadió, que haga yo un disparate.

Los otros muchachos siguieron con la jauría, despues de haberles asegurado nosotros que mui pronto los alcanzaríamos.

Recelándonos como ladrones, o hurtados como conejos, logramos llegar sir ser advertidos a la cerca del huerto, i mi primo, despues que hubo marcado la accion de amartillar su escopeta, me la entregó i dijo: "¡Tenla!"

Llegábamos en el preciso instante en que Saturní presentaba la peineta a la honesta doncella, i le decia en voz alta:

—Con que Marieta ¿me estimas o no me estimas?—Ella calló; i continuaba Saturní diciendo:—Pues yo te estimo aunque te pese— i en esto avanzó mas la ofrenda, hasta casi tocarle el rostro con ella, i le dijo:—No seas tonta, te digo por segunda vez que la tomes; si no lo haces, será señal de que no me estimas, i despues verás lo que te pasa....

Sobre si el catalan siente o no siente en su corazon

De la flecha de amor la dulce herida
Que amando desdeñado, a amar convida,

he presenciado cuestiones empeñadas entre algunos eruditos, de los que se ocupan en conocer la índole de la razas.

A un filósofo racionalista, frances de nacion i gran jeneralizador, que, ademas de su presumida ciencia, entendia en bellas artes, oí decir con tono afirmativo que el catalan nunca pudo, ni hoi puede, ni podrá jamas comprender el Cupido griego.

Analizaba el frances, con harto desden, a los antiguos trovadores; i añadia que por pintores i escultores catalanes no se ha modelado nunca un Cupido que tal sea. Aseguraba que este dios niño solo asomó a Cataluña allá en las colonias griegas; i que se volvió atrás cuando las encontró pobladas de mercaderes. Decia, en fin, que el Cupido catalan por flechas tira piedras; i

que la representacion jenuina del hombre catalan enamorado está entre el almogavar i el ermitaño guarin. Aquí cerraba el pico ni mas ni ménos que si diera la prueba concluyente.

Yo opino en contra i digo que

Al hombre catalan el ancho pecho
Para tamaña herida aun le es estrecho.

Pero, que el dialecto en que se expresa es ávido para significar los afectos, tanto que ni siquiera encierra el verbo *amar*, [1] por eso el enamorado catalan no acierta a pronunciar "*¡yo te amo!*" Sacadle fuera de donde suene el rudo dialecto al mundo de los idiomas; ponedle en el estadío en que compitan las artes; acompañadle en la arrebatadora arena, donde crujen, brillan i rompen las armas; seguidle por los tendidos mares que sublima toda alma jenerosa, i entónces vereis que si en sus costas, sus valles i ásperas montañas era jayan sin forma de palabra, es entre los desequilibrados latinos, que ya piensan mas que sienten o sienten mas que piensan

Sóbrio varon en medio a los placeres,
Nauta que sigue sin mirar la tierra,
Fuerte, rendido al pié de las mujeres,
Leon revuelto en el cruor de guerra.
Mas torna al seno de la patria, i Ceres
Le presta de su seno cuanto encierra;
Los templos, las estátuas se levantan,
Los lienzos hablan i las musas cantan.

Se ve que cuando está educado al uso de su pais, acepta desde mui jóven el yugo matrimonial, i envejece i muere amando a la *Dona:* al paso que si se mantiene bravío, es notorio que padece amor de toro. I aquí, sin ir mas léjos, siguiendo la narracion del caso que nos ocupa, ahora se verá cómo resulta la demostracion al canto, con solo contar que apénas Marieta volvió la espalda a Saturní, en señal de que no aceptaba su ofrenda propiciatoria, este novillo embistió con ella i le clavó en el cogote la peineta, que por ser de cuerno i con puntas vale decir que le clavó el cuerno.

La pobre niña dió un grito i acudia con ámbas manos al sitio de su dolor, miéntras que Saturní se gozaba en contemplarla herida, a tiempo que mi primo botó i cayó plantado entre los dos, firme i espantable como leon que salva la cerca i ruje amenazante en medio del rebaño.

Fué aquel un instante peligrosísimo, que pudo costar caro a Saturní si Antonio no me hubiese entregado la escopeta. No atendió éste a la aflijida doncella, i presumo que el corneta de Misas vió claro que el estudiante iba a arrancarle la vida, porque verle i huir fué un punto mismo.

Dió tras él mi primo; ¿pero quién hai que alcance a un faccioso lanzado a la carrera? I cata que cuando le tenia a toca-ropa se le desapareció de ante los ojos.

Quedóse Antonio parado e inseguro sobre el mismo borde de la fosa del pisadero de la uva, en el que Saturní se habia precipitado, desapareciendo cual si se hubiese abierto bajo sus piés la tierra.

Mi primo, al refrenar su ímpetu, volvió i buscó en vano a Marieta. La tímida muchacha habíase escurrido a la manera de una cervatilla asustada.

Incorporósenos Antonio; seguimos nuestra marcha, comentando el suceso, i a poco trecho andado vimos a Saturní que hácia la huerta aguijaba el borrico, a la desesperada.

Vimos tambien que le paró mi primo el *hereu* i conversaron, mas nosotros, echándonos el peso de las consecuencias a la espalda, continuamos, i allá, entrada la noche, volviamos a casa con liebres i conejos, disimulando el trance de la mañana.

Pasaron dias sin que nadie nos reprendiese, aunque sí advertimos que Saturní, desde aquel mal encuentro, nunca andaba solo, i que comunmente pegado a Jepet i metido en su trabajo, parecia ser pecador arrepentido. A punto llevó su conducta, que Antonio convirtó los celos en desprecio.

En cambio, Marieta no iba al Hort-Bofill a cuidar flores, ni a cojer verduras; Marieta no salia sola a la fuente, ni asomaba por las habitaciones altas, siendo así que hasta entónces habia sido parte de su ocupacion el subir con otra de sus compañeras a asearnos los cuartos i preparar las camas.

En casa no habia hombres dedicados a la servidumbre propiamente llamada doméstica; esa obligacion la tenian mujeres a su cargo; los hombres se empleaban solo en la labor del campo.

Nosotros, en vez de llamar para ocuparle a tal o cual criado, llamábamos a esta o a la otra criada, i por mas que apellidásemos a Marieta, ella no respondia.

Solo a las horas de comer se presentaba a servirnos, i lo hacia con actitud acobardada.

El mismo estudio con que excusaba acercarse a Antonio hubiera bastado a despertar nuestra sospecha en edad mas experimentada.

Mas no fué así, i corrieron dias, hasta que en uno, el ménos pensado, llamó el *hereu* a su hijo don Antonio i le puso en la mano un pliego oficial en que S. M. le nombraba cadete del rejimiento de Zamora.

Cayósele al estudiante por lo pronto la casa a cuestas; mas luego en sus adentros hubo de comparar la libertad futura con los claustros de la universidad, i su manteo negro con la casaca de dos colores, i ámbas consideraciones, esforzadas por lo que un nuestro pariente alférez retirado le dió a conocer acerca de las ventajas i la gloria de las armas, mi primo tomó resolucion favo-

rable a cambiar las letras por las armas, i pidió que le dispusieran su equipaje i que le regalasen un caballo, lo cual conseguido, sin aguardar mas que veinticuatro horas, salia hácia Barcelona mas galan que Jerineldos.

Al irse, en tanto que todos le cercábamos i miéntras que todos le decíamos, contemplábale desde una ventana Marieta, bañada en lágrimas. El entónces, revolviendo su palafren de batalla, nos dió la espalda, miró hácia allá donde oyó a su golondrina que piaba, vió a su flor nemorosa que languidecia, i como el último escándalo no se teme, le dijo cuan dulcemente cabe en lengua catalana: "Adios, muchacha; mantenme en tu memoria como yo te llevo en mi corazon," i en el acto partió a galope, tan resueltamente, que apénas le alcanzaba a escape el espolique.

XII.

Aparte los malvados, que son mónstruos caidos en mitad de la especie humana, todos somos crueles. Los egoistas lo son con el prójimo; los abnegados lo son consigo mismo. ¿Es condicion de nuestra naturaleza o es la dura lei de la sociedad?

Filósofos i teólogos van conviniendo en que hubo *caida*, i todos sentimos que está la redencion léjos, mui léjos de nosotros.

No hai que engolfarse ya en la especulacion infinita para ir en busca del destino del hombre.

O desesperanzar, que es ahogarnos el alma con el cuerpo, o conformarse i esperar.

Soi yo de los que esperan, entretenido a mis solas con el juguete de la experiencia.

Despues que el hombre ha terciado mucho en los azarosos juegos de la vida, queda solitario, baraja su historia i se distrae con el *pasatiempo* de los cansados.

Por estos trámites se explica i se disculpa el que yo en mi apartamiento recojido, exento de rencores i de envidia, sin estorbar ni ser estorbado, agrupe, mezcle, extienda i contemple a favor de una luz melancólica las puerilidades de mi pasado remoto.

¡Oh, cuántas veces algunos de mis lectores habrán desdeñado mis escritos, porque no encontraron argumento!

Ahora ya saben que el solitario tiende sus cartas a la casualidad, de modo que si dan en leer, tercos, i a la vuelta de una hoja aguardan un rei i encuentran que sale una sota, no tendrán de qué quejarse.

Hai tambien que dispensarme las transiciones rudas en el estilo, siquiera porque me nacen de la flexibilidad del sentimiento, o en gracia de que son saltos de la baraja barajada.

I por último, si aquellos lectores que buscan en los libros las tres armonías del drama, hubiesen visto conmigo a Marieta ador-

nada la cabeza con la peineta de Saturní, habrian dicho: "*¡Caramba!*" que no deja de ser una interjeccion siempre disonante.

¡Pues! ¡caramba! digo yo, que cada corazon cuente en voz alta sus retruques i átenle ustedes las tres unidades.

Apénas cumplido el mes desde la partida de mi primo, pasado un medio dia, despues de la comida i hora de la siesta para toda la familia, excepto los muchachos i las criadas, estaba Marieta en la azotea asomada al antepecho, i se distraía, al parecer, en arrojar migas de pan a las gallinas.

Acerquéme a ella por detrás, i la dije maliciosamente: "Conozco esa peineta."

La muchacha, volviendo el rostro hácia mí, rejistró con la mirada para conocer si nos hallábamos solos.

Reinaba el silencio que impone el calor a las jentes, a los animales i a los árboles.

En esos momentos de tránsito desde el medio dia a la tarde, tambien parece que la naturaleza entera se duerme un rato.

Yo habia pasado a la azotea ántes que mis otros compañeros de edad, para luego allí juntarnos i jugar, como teniamos de costumbre, sin perturbar el sueño de los mayores.

En cuanto me vió Marieta i reconoció que estaba a solas con el testigo de su infeliz suceso del Hort-Bofill, se le humedecieron los ojos i me dijo mui quedo:

—Me quieren casar, i mas quisiera morir.... pero no tengo padres.

Yo, como tampoco los tenia, me enternecí a par de ella.

—Consuélate, le dije, posponiendo a la compasion la justicia debida a un ausente, consuélate i no llores por Antonio, que se ha ido a ser de tropa i acaso no volverá.

—¡Ai! ¡otros han vuelto! exclamó ella, i ámbos miramos instintivamente hácia la huerta grande.

Allí vimos a Saturní que dormia a la sombra, sobre una senda, tendido boca-arriba, los brazos abiertos i la cabeza apoyada contra un márjen.

El borriquillo se mantenia parado en el camino, no léjos del mozo i suelto el ramal, como si a Saturní se le hubiese desprendido de la mano, por efecto del sueño.

Aseguro, en conciencia, que a mí me pareció que el burro meditaba.

El animal tenia cerca las lechugas, estaba libre; i en vez de acudir a su apetito, se cebaba en contemplar a su verdugo.

Yo desde pequeño he dado interpretacion siniestra a las escenas mudas.

Ya leí en un libro, que el silencio impone i la soledad arredra. Sentíalo yo ántes, a causa de que el silencio i a la soledad revisto de ideas fantásticas; resultado de aquí que mi mayor enemigo soi yo dentro de mí mismo. I así, vuelo hoi por la rejion de los dolores i ántes volaba por la de los terrores; hasta que la sole-

dad se acompaña i el silencio se rompe, sea por lo que fuere; i mas que sea por la presencia de una fiera i su rujido, que entónces al mirarla, me parece pequeña.

—Allí lo tienes que parece muerto, dije a Marieta, anudando la conversacion tras el acto reflexivo.

La muchacha habia apartado los ojos de su novio con marcada repugnancia, i yo continué:

—En casándote te pondrán casa, como a Rosa cuando se casó con Estéban, i te darán dote; i tú que eres buena, cuidarás luego de que Saturní no maltrate el burro Bunik, que se ha criado en casa; le queremos todos ménos él.

—El no quiere a nadie.

—A tí sí.

—De mí quiere el dote que me dará el señor.

—Pues a tí te queremos todos.

— I él me tratará como a Bunik. ¡Pobre Bunik! Ayer mismo le hizo saltar sangre a puros golpes, sin otro motivo que el de estarle yo acariciando distraida, miéntras que el mui bárbaro me hablaba.

En esto entraron en la azotea mis hermanillos con mis primos, i comenzamos a jugar al trompo.

Marieta se mantuvo algo apartada i no nos acordábamos de ella, a tiempo que la oimos dar un grito de terror i acudimos en tropel a socorrerla.

Tenia el semblante cadavérico, los ojos espantados, el cuerpo convulso, i con ecos histéricos i las manos crispadas queria articular i balbucear, señalando para que mirásemos hácia la huerta.

En el acto se nos ofreció una escena horrible, a cuyo aspecto prorrumpimos todos a grito herido clamando socorro; i cada muchacho salió por su cabo a golpear las puertas para despertar las jentes, miéntras que yo, atraido, sujeto por una fuerza superior, permanecí en el sitio, sin ser bastante a separar la vista de aquel drama cruento, acaso porque en su ejecucion se invertia el órden marcado por la naturaleza.

Ya cuando advertimos habia sangre derramada, pero aun habia vida que luchaba contra la muerte. Comprendí al golpe que, sorprendido el verdugo, era presa de la víctima, i le ví que pugnaba por librarse con ya débiles esfuerzos.

Tenia el burro hincadas las rodillas en el pecho de Saturní i con la mansa boca de animal hervíboro, con aquella su boca sin colmillos, le mordia feroz i le despedazaba trabajosamente el rostro. Así arrojado de bruces sobre el cuarto delantero i haciendo incapié con el posterior, que mantenia levantado, azotábase los flancos con la cola, asemejando a tigre que come carne viva, i ya el mozo infeliz, al arrancársele la vida, dejó caer inmóviles los brazos i las piernas con que hasta allí la defendiera, sin que el burro cruel mostrase perdonarle ni aun despues de haberle dado la muerte.

—¡Bunik!.... ¡Bunik! ¡Bunik! gritaba yo con la voz desesperada en el instante que empezaron a salir mis parientes en tumulto, mal abrochados, i a fuer de sorprendidos en el sueño, medrosos e inciertos, sin saber a qué acudir.

Los hombres traian cada uno su escopeta.... mas aquí recuerdo que el fraile de relevo se presentó en jubon i desarmado. Las mujeres ponian los ayes en el cielo, i todos, hombres, niños i mujeres corrieron hácia mí, que al verlos pedí socorro sin nombrar a quién.

Cercáronme los atribulados; les señalé i miraron i vieron i se espantaron por encima del susto que traian. I como si el borrico aguardara la mayor suma de espectadores para rematar su acto de venganza, en aquel momento crítico arrancó de un tiron al cadáver la cabeza del tronco i la arrojó a distancia.

Un ¡ai! unánime, una exclamacion a coro, evocando a María Santísima, rasgó el aire, i los hombres corrieron a la huerta i los chiquillos fuímonos tras ellos.

Llegábamos, i el burro Bunik estaba comiendo lechugas, si bien con sobrada codicia para no revelar que la fatiga de la lucha i el sabor salado de la sangre le tenian sediento. Al ruido que traiamos, levantó la cabeza de su pasto, i todos nos apiñamos terrorizados, al amparo de las escopetas; pero sin duda, visto por el animal que éramos jente amiga suya, continuó paciendo, miéntras mui suavemente se aventaba las moscas con el rabo.

Pasito a paso, con sumo recelo i sin perder el contacto, ganábamos terreno hácia el pretil del estanque, a fin de parapetarnos; i ya logrado, nos considerábamos en seguro sitio, aunque puestos a unas veinte varas de distancia de aquel mónstruo de terrible aspecto, tan friamente confiado en presencia de su crímen.

¡Oh, cuánta sangre encierra un solo hombre!

Cuando alguno se siente herido i acude a tapar pronto, olvida o no sabe el rio que le queda dentro.

El cuerpo humano, a caño abierto, inunda.

Allí el cuadro se ofrecia completo para los que nos atreviamos a mantener la mirada sobre la escena de tan cruento drama.

A un lado estaba la cabeza de Saturní, a otro el tronco; i plantado entre la cabeza i el tronco estaba el burro.

El cuerpo muerto aun chorreaba sangre; al borrico le destilaban sangre los belfos. Su frente, su cuello, su pecho, sus brazos, se veian teñidos de sangre de arriba a abajo, i al tronco inánime, a la cabeza arrancada, i al matador jumento, a cada cosa le sobraba un charco.

Bunik comia lechugas con la sensualidad del que practica el refran que dice: "entre col i col...." en tanto que ocho hombres le apuntaban a un tiempo, sin que ninguno se resolviera a disparar el primero, so pretexto de que tenian cargado con perdigones.

Los monjes repartian bendiciones al espacio, por si alcanzaban

al ánima del difunto, i el capellan mosen Francisco soltó un exorcismo, al por si acaso.

El fraile no estaba, i es claro que no pudo soltar ni repartir cosa de su oficio.

En esto el burro que, a la sazon tenia una lechuga entre dientes, alargando el pescuezo miró a mosen Francisco como quien le apunta con el cogollo, i el capellan se agachó, pero mi primo el *hereu*, al que por la muestra andaria en barruntos la narracion de Jepet, hubo de caer de plano en la cuenta, i dijo santiguándose:

—¡En el nombre de Dios, hijos mios, que lo que tenemos delante es el demonio!

Nunca tal dijera, pues con su autorizada palabra nos dejó de modo que, si el diablo emborricado nos embiste, ninguno se defiende con mas armas que las espirituales, i cátennos Uds. cojidos, a tiempo que providencialmente vimos que llegaba a toda carrera Toní Llam-Vert, el cazador de oficio que teníamos en casa.

Traia a prevencion este excelente tirador su escopeta cargada con dos balas.

—¡Tírale, Toní! ¡asegúrale bien! dijo mi primo, i avanzó Toní, sin presumir que se acercaba al diablo.

Si cae en sospecha, escapa por donde habia venido i nos deja solos; pues era Toní tan supersticioso que no habia poder humano bastante a obligarle a cazar en dia festivo, desde que (segun contaba) un cierto domingo, ántes de misa, salió al campo i le saltó una liebre; le apuntó i no le salió el tiro; salió él hácia ella, i la liebre, puesta sobre las patas de atrás, salió hácia él, haciéndole la señal de la cruz con las patas de adelante. De cuyas resultas el buen Toní retrocedió a su casa arrepentido, cayó enfermo e hizo confesion jeneral.

Si me he desviado de la narracion para insinuar el caso de la liebre, en cambio nadie me achacará que formo juicio temerario al afirmar que si Toní da en la sospecha, escapa i nos deja solos, con ocho escopetas al lado i un demonio en frente.

Milagro fué el que no diera, i mucho temimos que quien se atemorizó de una liebre remedando al mono, se espantara de un burro endemoniado o de un demonio teñido en sangre humana, tamaño como un burro.

Le alentamos diciendo:

—¡Ah, buen Toní, Dios te dé buena mano! ¡Ah, buen Toní, Dios te dé buen ojo!

Con el arma tendida, la culata apoyada contra el hombro e inclinada la cara sobre la mira del cañon, adelantaba el cazador con paso corto i oblícuo en busca del flanco izquierdo del burro, a fin de descubrirle el codillo por aquel costado; i así, andando lleno de su idea, no reparó en el cuerpo de Saturní hasta estarle casi encima.

Aquí fué ella; pegó Toní al encuentro un salto atrás i se tambaleó.

Los que le seguíamos los pasos (no con los piés sino con la vista) creíamosle hombre muerto por maleficio, i contábamos con verle caer, cuando voló a ampararse de nosotros.

—¿De qué has huido, pecador de tí? le preguntó mi primo, i Toní respondió:

—De un hombre sin cabeza, que si ando mas me coje.

—¿Pues no veias que era un muerto i que ese es el pobre Saturní?

—Señor, me salió de pronto; pero ahora que sé que es Saturní me tranquilizo, i digo que mas vale así.

—¡Este hombre tambien está endemoniado!

—¡Señor! ¡señor! A fé de buen cristiano lo que yo digo es que para mí mas vale muerto conocido que muerto por conocer.

—¿Pero cómo no le has conocido?

—Porque no trae la cara.

Por este diálogo empezábamos a recelarnos de Toní Llam-Vert, i el burro dió unos pasos hácia acá.

—*Fuge maledicte, vade retro!*.... exclamó el capellan.

—¡Fuego en él! ¡abrazadle a tiros!.... gritó el *hereu*. I como si un solo resorte moviera las nueve escopetas, sonó una rápida descarga.

Quedó por instantes el burro en pié, clavado en su sitio i diciendo que sí con la cabeza, ni mas ni ménos que si se hubiese tragado todo el plomo i pidiera mas.

Tal fué nuestro asombro, que si aquellos instantes se prolongan nos atenemos a las piernas i no queda uno junto al otro; pero a poco el mísero animal, con un estremecimiento, se arrojó de espaldas, yendo a caer sobre el cadáver de Saturní.

Arroyos de sangre brotaron de él, que corrian a mezclarse con la sangre humana.

Nosotros apartamos los ojos.

Volvíamos a casa, i a lo léjos nos aclamaba el eco lamentable de muchas mujeres.

Un trecho andado, vino a nuestro encuentro el buen hortelano Jepet i se dirijió a su amo. El pobre a la sazon adolecia de tercianas, i con la enfermedad i el susto estaba pálido como un difunto.

Mi primo le abrazó....

Es frecuente entre españoles abrazar al criado que bien se quiere i nos ayuda en las tribulaciones inseparables de la vida.

—¡Señor don Ignacio de mi alma! díjole Jepet ¿no le conté a su merced todo lo que a mí me habia pasado?

—¡Calla, Jepet! no me digas mas i encomienda a Dios al corneta que sirvió bien al rei.

La tarde i la velada se pasaron en comentarios exajerados i la noche fué de sustos.

A la mañana siguiente iba camino adelante una mujer. Llevaba un pequeño lio de ropa apoyado en la cabeza, i al superar la primera colina se dibujó su esbelto contorno en el horizonte.

Aquella mujer era Marieta.

Ni así, a lo léjos, podia confundírsela con otra.

La huérfana fujitiva, sola i con solo su desamparada pobreza, dentro el tesoro de su corazon, íbase para no volver. No la sacrificaba una venganza. Durante la edad media el temor relijioso, convertia los buenos en verdugos de los míseros excomulgados.

Andaba Marieta en direccion de Puig-Alegre.

Acaso al superar la cumbre de aquel cerro se sentó, como yo otras veces, a contemplar la casa de los padres de mi padre; ella a rejistrar por última vez los sitios donde habia vertido las primeras lágrimas de vírjen enamorada.

Allí, sin duda, pensaria en Antonio.

Talvez se horrorizó al recordar a Saturní.

Quizá fijó los ojos en el Hort-Bofill i la estremeció la memoria de su funesto encuentro con los dos rivales.

La esbelta figura se fué borrando por la distancia, hasta desvanecerse del todo.

¡Pobre Marieta! a la sonrisa de ánjel habia sustituido el llanto.

Entre los casos fortuitos del nacer i el morir media el dolor cierto.... Al vaso de lágrimas bañado en rocío le tocó descender del cielo sobre suelo estéril, como cae la lluvia en los volcanes.

ANTONIO ROS DE OLANO.

(Continuará.)

RIMAS.

I.

Al recorrer con avidez mis ojos
Toda la luz que vierten tus miradas,
Para alumbrar la cárcel donde jimo
Mi alma solitaria;

Me olvido de mi historia i de otro tiempo,
Otra vez entre sueños de esperanzas,
Creo oir las celestes armonías
Que mi alma enajenaban.

II.

En el mundo celeste de mis sueños,
Consuelo de mi acervo padecer
La ví pasar sonriendo entre las flores
Que hollaba con sus piés;

I al ver esa faz de ánjel encarnada
En el rostro ideal de una mujer
La incomprensible dicha de los cielos
Alcancé a comprender.

Desde entónces do quier mi alma vaya
Siento el ardor de inextinguible sed,
Sed de ese amor que en mi fatal destino
¡Ah! ¿nunca alcanzaré?

¡Si ella entre sus rosadas ilusiones,
Viendo las flores a sus piés crecer,
La horrible soledad de mi alma herida
Llegase a comprender!

Febrero de 1876.

JAVIER VIAL SOLAR.

REPAROS DE REPAROS,

O SEA LIJERO EXÁMEN DE LOS "REPAROS AL DICCIONARIO DE CHILENISMOS DE DON ZOROBABEL RODRIGUEZ, POR FIDÉLIS PASTOR DEL SOLAR."

(Conclusion.)

Engordero. No busquemos tres piés al gato: dígase *ganadero*, i se hablará castellano.

Aquí diremos que nuestros *abasteros* son en España *rastreros*.

Escondidas (Jugar a las). Con los argumentos del señor Solar, nosotros probaríamos que se puede decir tambien mui correctamente *jugar a los montes* por *jugar al monte*, *jugar a la dama* por *jugar a las damas*.

Estero. Miles hai en Chile que corren aun cuando no llueva: en invierno i en verano. No es, pues, mui exacta la definicion del autor de los *Reparos*.

Expreso. El señor Solar, quizas sin inmutarse, invoca la autoridad de don Bernardo Suárez, sin acordarse de ninguna otra, para sostener que *expreso* se debe escribir con *s* i no con *x*. ¡I tenga Ud. paciencia! Francamente, si el señor Solar no fuera un caballero tan cumplido, aquí se nos acabaria ella, i no tan a punto crudo que digamos.

Para probar que *espreso* o *expreso* no es un anglicismo de tomo i lomo, el señor Solar gasta unas razones.... ¡Como por los cerros de Ubeda! La voz *espreso* es castellana; pero en la acepcion de que tratamos es de la familia de *riel*, *durmiente* i muchas otras. De paso diremos que los *durmientes* son *traviesas* en España. A propósito de la palabra *riel*, que ha dado tema al señor Solar para una disertacion filolójica, advertiremos que en España tambien se dice *riel*. Véase el suplemento al *Diccionario de Literatos*, edicion de 1875. I si las *barras*—como se han llamado en Cuba i tambien en España—se han vuelto *rieles*, no es por cierto por las razones que apunta el señor Solar, sino por la semejanza de sonido con el ingles *rail*.

A las preguntas: ¿Por qué pequeña i no grande? ¿Por qué solo puede ser de oro, plata o cobre i no de cualquier otro metal? ¿Por qué no ha de ser tambien labrado?—contestaremos: ¿Por qué una piedra (no hablamos en términos mineros) ha de ser siempre de piedra i no de madera? ¿Por qué un palo ha de ser de madera i no de piedra?

Ferrocarril urbano. El señor Solar niega que la Academia haya dado carta de naturaleza a *tranvía.* Abra la última edicion del *Diccionario de la Academia* (1869) i se persuadirá de que no es posible tratar estas cuestiones con tan injustificable lijereza con perjuicio de terceros, como es el condenar a un autor sin darse el trabajo de leer sus pruebas.

Flotar. "Nada dice el señor Baralt que sea galicismo *flotar* por ondear," i despues el eterno *de Literatos.* ¿Se quiere convencer? pues lea:

"I sus *flotantes* pimpollos."

"Ya queda probado en el exámen de las *Anacreónticas,* que *flotantes,* en el sentido de *movidos por el viento, oscilando o moviéndose a su impulso,* es galicismo de significacion." (Hermosilla, *Juicio crítico,* pájina 168 de la edicion de Paris de 1855).

Fregar. Cree el autor de los *Reparos* que el de *Chilenismos* no debió incluir, por vulgar, esta voz. ¡I el señor Solar, en sus *adiciones,* trae esta: "Chuquiza. Equivale a ramera o mas exactamente a *pichuncha!*" Dijo la sarten a la caldera: Tirte allá culnegra!

Fundillos. El señor Solar dice que él ignora "en que fuente puede el señor Rodriguez haber bebido la palabra fondillos." Como todavía está en nuestros pobres apuntes, nos es grato poder asegurar que el señor Rodriguez no se la *bebió.*

"I en jirones los fondillos
Van espantando las moscas."

(José de Olano, *Recuerdos de Andalucía.)*

"Fonds de culottes; fondillos de los calzones." (Martinez Lopez, *Diccionario frances-español).*

Garúa. Pequeño ensayo del estilo declamarorio.

Hacer daño. Pero, señor, el autor de los *Chilenismos* no dice que la locucion lo sea. ¿A qué la critica?

Ojear. Consulte el señor Solar los diccionarios con mas atencion, i se persuadirá de que éstos no dicen que *ojear* fuera sinónimo de *aojar,* en la acepcion de hacer mal de ojo.

Hacerse de rogar. "Es castellano tambien i aparece en el *Diccionario de Literatos.*"

¡Pues no ha de aparecer! Pero la frase que critica el señor Rodriguez es *Hacerse del rogar.*

Hacer la pava. Con perdon de Ud., en España la *pelan.* Jamas la han *peleado.*

Laucha. Sin entrar a calificar la clasificacion de jigantes, granaderos, talla mediana i menudencias, en que el señor Solar divide la familia, errando en todo, diremos simplemente que *laucha* es en castellano *raton,* ni mas ni ménos, i que nuestro *raton* es en España *rata.* I no se hable mas.

Véase con qué atencion lee el autor de los *Reparos* los diccio-

narios. Dice: "Vemos en los diccionarios de Salvá i Literatos dos acepciones de rata: la primera como hembra del raton, i la segunda en que se define nuestra laucha con *tanta exactitud* que no nos queda duda que es el mismo animalillo." Oigamos ahora a Salvá: "Rata, f. La hembra del raton. Mus femina. ‖ Cuadrúpedo indíjena de la América...." "Crece hasta la lonjitud de *cinco a seis pulgadas sin contar la cola*, que es casi de igual tamaño." Estas deben de ser *lauchas* coquimbanas; que lo que son las de Santiago, jamas alcanzan tal desarrollo, es decir, *doce pulgadas* desde la punta del hocico a la estremidad de la cola.

Lavatorio. El señor Rodriguez dice que en Madrid se llama este mueble *lavabo.* El autor de los *Reparos* lea la última edicion del Diccionario de la Academia, que extrañamos muchísimo no haya consultado, i verá que el señor Rodriguez no se equivoca.

Loica. "Este hermoso pajarillo, que en España se llama *pardillo.*" ¡Qué *pardillo*, ni que niño muerto! El pardillo es el *loxia pyrrhula*, i nuestra *loica* el *sturnus militaris* de los naturalistas.

Mantencion. Aunque ningun diccionario la trae, asegura el señor Solar que es *mas correcto* que *manutencion.* ¡Cuánto le agradeceríamos nosotros, aficionados a etimolojías, nos indicara la razon!

Medias. "Como no somos puristas, diremos dar una tierra *en medias* i tambien *a medias*, como quiere que únicamente se diga el señor Rodriguez. ¿No se dice *en compañía?* ¿Por qué no ha de ser tambien *en medias?*"

La razon nos convence: lo mismo da *a* que *en.* ¿Ud. tambien dirá *a compañía?* ¿Hacer un negocio *a compañía?* ¿No es verdad? ¡I por qué no!

Moho. Amohosarse. "Se forma" (amohosarse) "sin dificultad de *mohoso*...." "i basta para el objeto saber algo de gramática."

El que la sepa no deducirá, por cierto, nuevos verbos en *ar* de los adjetivos en *oso*, llamados abundanciales, que la lengua (salvo unos pocos frecuentativos en *ear*) no comporta.

Ño. "Se asemeja el *ño* i *ñor* americano, a mas del *tio* de los españoles, al *sieur* de los franceses; pues ellos llaman así a la jente de humilde oríjen, i *monsieur* a la de calidad." *(Reparos).*

Como no se trata de *reparos* ni cosa que se le parezca, no incurriremos en la nota de pedantes, citando ejemplos de los clásicos franceses: basta a nuestro propósito el simple diccionario. "Sieur, sm. Señor: tratamiento que se usa solo en estilo judicial o por modestia. Señor: título que denota señorío, hablando del que le posee. Tómase tambien en sentido irónico." (Martinez Lopez, *Diccionario frances-español).*

¿Será *sieur* nuestro *ño?*

Ojota. ¿Por qué dice el diccionario que es una especie de calzado que usaban las indias, ha de ser conocido el vocablo en España? Ademas ¿en qué se parecen las *alpargatas* a las *ojotas?*

Oríjen. Ojalá nos dijera el señor Solar por qué la locucion *sa-*

ber algo de buen oríjen es mas castiza que *saber algo de buen orijinal*, que es como dicen los diccionarios. ¡Este sí que es desenfado, vive el cielo!

Overo. Lector amigo, echa tu cuarto a espaldas, i átanos esos cabos.

Padrejon. Las muchas barbaridades de los cajistas explican ese *despensería* por *dispensaría*. El hecho nos consta.

Pajonal. "La paja de totora se llama en España *icho*, i el pajonal *ichal*." *(Reparos)*. ¡Qué ha de ser en España, señor! "Icho, ichu e ichú. m. Especie de heno que se cria expontáneamente en las partes altas del Perú...." (Salvá, *Diccionario)*. De estas *correcciones* está lleno el libro.

Pámpanos. El señor Solar permite que los poetas llamen así, no solo las hojas de la vid, sino tambien los racimos pequeños. ¿I si fueren grandes, señor?

Ningun poeta ha llamado en España *pámpanos* a los *racimos*. Los ejemplos que se citan en los *Reparos* no apoyan al autor. "Tiende los verdes pámpanos." Los poetas no llaman *verdes* a las uvas. Ademas, el señor Breton sabia mui bien que en España no hai racimos *en abril*, sino pámpanos.

"Lleva tras sí los pámpanos octubre,"

quiere decir, señor Solar, que los vientos helados de octubre arrebatan, o se llevan las hojas, ya secas e inútiles de la vid.

Mui bien hizo el autor de la composicion *El pajarero* en sustituir *racimos* por *pámpanos*.

El señor Solar dice que el verso queda prosaico i con un acento mal empleado. ¿Cuál será él? Sin duda el de la segunda sílaba de *racimos*. Pero el señor censor olvida que el verso heptasílabo fluctúa entre el ritmo yámbico i el anapéstico. Con que, así ¿dónde está el acento mal empleado?

Petipieza. Oiga el autor de los *Reparos*, que quiere se diga ademas de *sainete*, *entremes*, por *petipieza*: "Entremes. m. Composicion dramática breve, jocosa i burlesca que *solia* representarse en los *intermedios* de la comedia." "Sainete. Composicion dramática breve i jocosa...." "la cual se *representa* comunmente *despues de concluida la comedia*." (Academia, *Diccionario)*. I no lo eche en saco roto.

Poroto. El señor Solar debiera acordarse de que *poroto* no se halla en igual condicion que *papa*. En España todo el mundo dice papa ademas de *patata;* pero nadie sabe allá lo que es *poroto*, que se dicen *judías*.

Raudal. Las mismas definiciones que cita el autor de los *Reparos* están probando claramente que el señor Rodriguez tiene razon; pues ¡cómo ha de ser una misma cosa *torrente* i *recial!* Esta es pura comezon de *reparos*.

Reasumir, *resumir*. Resumiendo lo que dijeron Dominguez, los Literatos i Mellado, resulta claramente que todos éstos no sabian

de la misa la media, o no sabian lo que decian; lo cual es harto vergonzoso para filólogos de tantas ínfulas.

"Notaré de paso el abuso que comunmente se hace en Chile del verbo *reasumir*, dándole el significado de *resumir:* resumir significa compendiar o recopilar: *reasumir* es volver a tomar lo que se ha dejado; i así, de un majistrado que ha dejado de servir su cargo por algun tiempo, se dice que a su vuelta *reasumió* sus funciones." (Bello, *Compendio de Gramática Castellana*, leccion 41).

Remate. La definicion que cita el señor Solar es la misma que da la Academia, Salvá, Escriche *(Diccionario de Lejislacion i Jurprudencia)*, etc. i allí se dice mui claro que *remate* es la *adjudicacion* de los bienes. Buena diferencia va, pues, de *adjudicacion* a *almoneda.* En Chile la jente va al *remate* del martillero A, o del martillero B, por al *martillo* o a la *almoneda* de esos martilleros. De paso advertiremos que aunque la palabra *martillero* no viene en ningun diccionario, es bien formada. Nuestro *Código de Comercio* le da, ademas, la respetabilidad suficiente con su autoridad, porque la voz es bien formada i necesaria.

Remezon. El señor Solar no ve ningun inconveniente para su uso, i aconseja al señor Rodriguez "tenga presente la regla de formacion de las voces," i que así como de migaja se saca *migajon*, de culebra *culebron*, así de.... ¿de qué diablos saca Ud. *remezon*? ¡Ah! Ud. sacará de los infinitivos sus aumentativos en on! ¿Esa era la regla que Ud. quiere se tenga presente?

Señora. Desgraciado es el señor Solar en sus citas. Véanse sino las de *señora*, que triunfante opone al autor de los *Chilenismos*, sin maliciar siquiera que *señor* está en sus ejemplos, i en cuantos pueda hallar de la misma época, por la *mujer a quien se ama*, la *dama de sus pensamientos*, etc., i no por *mujer*, *esposa.*

Pongamos un ejemplo que patentice lo que decimos.

"Allí descendió Amadis a su *señora* e dijo".... "e Amadis tornó a su *señora*, e cuando así la vió tan hermosa i en su poder".... "fué fecha dueña la mas hermosa doncella del mundo." (*Amadis de Gaula*, libro I, cap. XXXV.)

Solo. Cuatro pájinas divertidísimas dedica el señor Solar a esta voz, i todo por no entender lo que dicen los diccionarios e ignorar, que no debiera, que *solo* es tanto adverbio como adjetivos. Nuestros mejores autores lo emplearon ora como adverbio, ora como adjetivo, comunicando así particular donaire i variedad al lenguaje. A todos estos autores, inclusa la misma Academia, los pone de oro i azul el señor Solar.

No pocos ejemplos cita este señor en que *solo* no concuerda con las demas partes de la oracion, sin fijarse en que en esos ejemplos *solo* no puede de ninguna manera concordar, porque está usado como adverbio, ni la gramática toleraria el adjetivo.

Todos los autores *tan* injustamente ofendidos deberian exclamar aquí con el gramático Fornasari-Verce: "Nissuno puó v ♣ n-

tarsi di posseder una lingua, se non é in caso di render ragione d'ogni cosa che dice o scrive."

Sufrimiento. Como nosotros nos hemos propuesto hacer lo mas corto que sea posible este exámen, no podemos acumular citas de autores, i ménos copiar pájinas enteras de ellas. Por eso remitimos al curioso lector al *Diccionario de Galicismos* de Baralt, donde podrá ver lo que acerca de *sufrimiento* decia en la Revista de Europa de 15 de julio de 1846, el eminente filólogo don Antonio Alcalá Galiano. Ocioso será advertir que el autor de los *Chilenismos* tendria mui presentes tan juiciosas observaciones.

Sutil (limon). Como en una multitud de reparos, en que todas las razones alegadas no tienen mas fundamento que la sola opinion individual del autor, tampoco en éste perderemos el tiempo en convencerlo. Si lo ponemos aquí es para protestar de la prosodia del autor, a quien se le ha puesto que lo mismo es decir *sútil* que *sutil*, i cita un ejemplo de Lope de Vega, que si siquiera fuera en verso, i el acento necesario para el número, nada diriamos; pero es en prosa. ¡I vaya Ud. a averiguar si fué Lope, el editor, o el cajista el que pintó el acento! Al señor Solar no se le ocurrió una objecion que salta a la vista.

Acerca de este vocablo dice Salvá en la *Introduccion* de su diccionario: "Supongo que es equivocacion del impresor el acentuar las mas veces la primera sílaba de *sutil* i la *i* de *ariete*, por que nunca he oido pronunciar *sútil*, ni hacer esdrújulo a *ariete*.

Testamentería. ¿No se le ocurre a cualquiera que el ejemplo de don Ramon Mesonero es un simple error de caja? Tambien en España los cajitas hacen de las suyas. Por no ofender la piedad de los fieles, no copiamos aquí lo que refiere el doctor don Antonio Puigblanch en sus *Opúsculos*, que le pasó a la madre de Jesus con un cajista.

Tetera. ¡Con que, nuestras *teteras* son *calderos* en España!.... Si el autor de la noticia fuera otro, i no una persona tan apreciable, lo destinábamos a la de Pero Botero.

Tinterillo. Será "una magnífica voz despreciativa" i "mejor que el tal *rábula*, que no existe en los diccionarios." Con perdon de Ud., señor, en uno que está sobre nuestra mesa, titulado: *Diccionario de la Lengua Castellana*, por la Academia Española (undécima edicion) hallará Ud. a *rábula*, cuya definicion es la que Ud. haria del provincialismo *tinterillo*.

Viñatero. Veinte años ha aun habia *pulperías* en Chile: convirtiéronse todas poco a poco en *despachos*, i hoi vemos que van camino de llamarse *almacenes*. ¿Qué *sangrador* quiere serlo en nuestros dias? Todos se hicieron *flebótomos* i *flebotomianos*, sin que tan largo vocablo tenga la virtud de alargar un solo dia mas que ántes la vida del pobre paciente. ¿No seria una vulgaridad convidar a un amigo, en el sarao o en el baile del banquero (que no hace un siglo se llamaban correctamente *usureros*) X.

(que ántes era N.) a tomar un vaso de *pònche?* ¿Quién ignora que el *buen tono* pide se diga *punch?*

Acerca de *punch* observaremos que las lenguas tienen la natural i lejítima tendencia a excluir de su caudal las voces que, por decirlo así, se van gastando, o que van haciéndose demasiado plebeyas; en el cual caso se halló *usurero* i se halla ahora *ponche.* "Débese, pues, advertir," dice el doctor Bernardo Aldrete en su *Oríjen de la lengua castellana,* "que la lengua vulgar naturalmente con el tiempo se envejece i muda, i en ciento o doscientos años se trueca, de manera que muchas palabras della no se entienden, como si fueran vocablos de lengua peregrina o extranjera." Pero sustituir a *ponche* por *punch,* es un cambio poco feliz, i aun ridículo, pues sabemos que nuestra plebe, siempre que se halla bajo su verbosa influencia, llama *punche* a esta bebida.

Volviendo a nuestros *viñateros,* diremos que no hai razon alguna plausible para introducir los vocablos *vinicultor* i *viticultor.* Ellos no significarian ni mas ni ménos que nuestro castizo *viñador,* que es tan noble como aquéllos. El señor Solar parece creer que *vinicultor* seria *fabricante de vino.* Fíjese no mas en el segundo componente, repase su latin i desengáñese. En latin clásico el *viñador* es *vinitor.*

Yol. Para muestra de las etimolojías del señor Solar, puede verse la de *yol.* No creemos que nadie le disputará el derecho de prioridad.

Ciento sesenta i nueve pájinas de reparos ha escrito el autor de ellos. Algunos, los que mas necesitaban de alguna aclaracion, los hemos refutado nosotros: otros, son meras repeticiones de unas mismas cuestiones ortográficas, que en pocas palabras dilucidamos i rebatimos en conjunto; i los mas son de tal naturaleza que no necesitan de refutacion alguna, bastando la simple lectura i cotejo de ámbos libros, con la ayuda del diccionario de Salvá i del de la Academia, i alguna gramática, para que los estudiosos o los curiosos conozcan de parte de quién está la razon.

Siendo el *Diccionario de Chilenismos* de don Zorobabel Rodriguez el primero de esta clase que se publicaba en Chile, jamas pudo imajinarse el autor que su libro estuviera exento de todo error: al contrario, bastante temia que tuviera muchos; mas no lo temia por la censura i ménos por las advertencias de una crítica elevada e imparcial, que ántes parecia solicitar, sino por el mal que pudiera hacer, induciendo a otros en irreparables errores. Por esta razon suponemos que el autor de los *Chilenismos* debe de mirar con marcada complacencia algunas justas observaciones del señor Solar, que todos debemos agradecerle, por mas que varias de esas equivocaciones se hayan hecho notar, hace ya algun tiempo, al autor. Con éstas i otras que se vayan

descubriendo, podrá tener motivos para confiar en que otra edicion salga espurgada de faltas que no era posible evitar en un primer ensayo.

Las voces i locuciones que indudablemente deben suprimirse del diccionario, como opina el señor Solar, son: *Caer en cuenta, Desembarazar, Distraido, Dominguejo, Mangas de camisa, Fomento, Hacer la forzosa, Indino, Malo (estar), Martillo, Propio (lo), Sobre, Volador, Zanguango.*

En unas *Adiciones diversas*, con que termina el libro de los *Reparos*, indica el autor algunos *chilenismos* que, por acusarse al señor Rodriguez de haberlos omitido en su obra, entran naturalmente en nuestro *Exámen*, i es deber nuestro el aquilatarlos ántes de admitirlos en la gran familia de los *chilenismos*.

Entre los primeros que propone, notamos que son mui castizos *toronjil*, derivado de *toronja*, i *camaron* (en Chile los hai chicos i grandes).

"De parte de Bayona venien muchos cazones,
Mataron las perdices, castraron los capones,
Del rio de Enares venien los *camarones*,
Fasta en Guadalquivil ponian sus tendejones."

(El Arcipeste de Hita, *De la pelea que hobo don Carnal con la Quaresma.*)

Adifésis (estar). Nosotros diríamos que es un adefésios que no merece un lugar en un diccionario que no se propone dar a conocer todas las voces chilenas, sino indicar cómo pueden evitarse los provincialismos *mas usuales;* cosa que el señor Solar parece no haber comprendido, dando, tanto en el cuerpo de los *Reparos*, como en las *Adiciones*, simples e inútiles definiciones, sin acordarse de que el objeto, i aun diriamos la gracia, es dar las correspondencias castizas.

De este mismo jaez son: *Aguanes, Atotado, Callana, Camayo, Chungo, Furuminga*, el puerco i asqueroso *Piñen*, que en nuestra vida hemos oido; *Tincanque, Estripulinarse*, que en Santiago solo usan los párvulos.

Borbollones (*a*). "El agua hierve a borbotones, i no como decimos bárbaramente *a borbollones*."

Desengáñese Ud., señor Solar.

"Salir *a borbollones* cualquier cosa líquida, es salir con ímpetu." (Covarrúbias, *Tesoro de la lengua castellana*, 1.ª edicion, 1611.)

"*Hervir á borbollónes.* Se dice del agua ú otro liquor que cuece á fuerza de fuego."..... (Academia Española, *Diccionario*, 1.ª edicion.)

Lo mismo dice la undécima edicion, Salvá, Dominguez, Literatos (edicion de 1875), etc.

Brocato. El señor Solar no conoce mas que el *brocado.* Para él el primero es *chilenismo.*

"Brocato, m. ant. Brocado. Tiene uso en Aragon." (Academia, *Diccionario,* 11.ª edicion).

La primera edicion no trae a *brocato* i *brocado* como sinónimos, sino como telas mui parecidas, pero distintas.

Las mismas palabras que la Academia en su 11.ª edicion, emplean Dominguez, Salvá, etc.

Cazuela. El señor Solar i el autor del *Diccionario de Peruanismos,* que es otro que bien baila, decia que tan buen guisado es, ¡oh dolor! un chilenismo.

No pensaban lo mismo los académicos de 1726, ni el buen Francisco Martinez Montiño en su *Arte de Cocina,* que cita la Academia.

"*Cazuela.* Se llama tambien el guisado que se hace en ella, compuesto de diferentes legumbres y carne picada. Por antonomasia se dixo assí, porque si el guisado es de otra cosa, se le añade el distintivo de cazuéla de arróz, de pollos, etc." (Academia, *Diccionario,* 1.ª edicion).

Montiño dice que se hacen las cazuelas, "de cabrito, i de pollos o pichones, i de carnero, i de menudillos de aves."

Cigarrera. Parece que el señor Rodriguez no la incluyó en el diccionario, no porque hallara la palabra bien formada, como dice el señor Solar, sino porque mui probablemente tendria a la vista un ejemplo de autor peninsular, que cita el señor Cuervo.

Como va yendo. El que lea lo que dice Flores en la cita que en el artículo *Ir* trae el *Diccionario de Chilenismos,* lo mismo que el prólogo de la gramática de Salvá, se persuadirá de que esta frase no es provincial de Chile.

El (artículo definido). Si el autor de los *Reparos* hubiera leido el párrafo 134 de la *Gramática* de Bello, habria economizado papel i tinta.

Estuque. Compárese este artículo i el de *Taita* de las *Adiciones,* con lo que dice el señor Solar, criticando la voz *Tocayo* del *Diccionario* del señor Rodriguez. Justicia, mas no por casa. Allí caigas rayo en cas de Tamayo.

Gangocho. ¿I cómo se llama en España, señor? Allá se dice *arpillera.*

Garantizar. "Juan de Arona da lugar en su *Diccionario de Peruanismos* a este verbo para correjir a sus paisanos el uso que hacen de *garantir,* en vez de *garantizar,* como se dice en castellano."

Con perdon de Uds., señores Solar i Paz Soldan, creemos que Uds. se equivocan.

"*Garantir.* Este verbo, *sinónimo* de *garantizar,* vale *salir fiador.*" (Baralt, *Dicc. de Galic.*)

"Así como las formas que faltan a *blandir, garantir,* se suplen

con las de *blandear, garantizar,* que son completos.".... (Bello, *Gramática,* cap. XXV.)

Haber. ¡Este sí que es chilenismo (i tambien americanismo) cuando se le usa como personal i se le hace concordar con el acusativo! Es éste el leviatan de nuestros barbarismos; es un algo monstruoso, abominable, peor aun que la misma jerga de los jitanos; i es mui sensible que no ocupe un lugar, el mas ignominioso, en el *Diccionario* del señor Rodriguez, porque entónces habria aparecido en toda su repugnante fealdad, i no conducido por la débil mano del tímido lazarillo que, aunque tiene ojos, no sabe por donde va, sino por una harto mas robusta.

Lo deficiente de la explicacion de las *Adiciones* está probando, en efecto, que el que trató la materia no la poseia bien; pues si así no fuera, no se comprende cómo pudo omitir la forma en que el impersonal comunica su naturaleza al verbo de que depende; como en estas frases: "*debieron* de haber treinta diputados," "*solian* haber muchas niñas," "no debian haber tantos convidados," que son, respectivamente, *debió, solia, debia.*

Todos los *chilenismos* que enumera el señor Rodriguez en su libro son pequeñísimos lunares del lenguaje, en comparacion con el bárbaro solecismo que nos ocupa, que falsea completamente la índole del castellano. I lo que es mas sensible, bien pocos, poquísimos, son los chilenos que no incurran en esta falta.

Móbil. Marabilla. Para combatir las doctrinas ortográficas de don Andres Bello, aduce el señor Solar unos ejemplos de Lope de Vega, Cervantes i Quintana, porque en alguna edicion de sus obras se escriben esas palabras con *v.* Pero lo gracioso es, que el señor Solar no malicia que en esa leccion no puede ni debe mirarse la propia ortografía de los autores citados, a lo ménos de los dos primeros, porque podrian ser simples variantes, debidas a la época o a las doctrinas de los editores. I decimos que podrian, porque, ni a nosotros ni al señor Solar nos consta lo contrario. Lo que todos sabemos, es que Cervantes i sus contemporáneos no eran mui escrupulosos en la ortografía. "Ignorantísimo fué sin duda don Alfonso el Sabio, que, como vemos en sus obras, confundia la *b* con la *v*, escribiendo *aver* por *haber*, i hasta *avrá* por *habrá*, i *dever* por *deber*, i cosas como éstas" ... "Un siglo despues hallamos que nuestro clásico Cervantes se firmaba *Cerbantes*, como lo vemos en un facsímile de una carta escrita al rei Felipe II, publicado por Navarrete, i escribia *hauia, estauan, seruido*, en vez de *habia, estaban, servido.*" (Antonio José de Irisarri, *Cuestiones filolójicas.*)

En tales casos la razon enseña que no pueden citarse otros ejemplos que las reglas mismas de los preceptistas, los de alguna edicion hecha por el mismo autor, i los de los diccionarios de la lengua.

No se infiera de lo dicho que nosotros nos apartamos de la costumbre jeneral, pues escribimos *móvil, maravilla.*

Orden. La advertencia está bien; pero debió el autor haber dicho que nuestros mejores clásicos hacian jeneralmente femenino a *órden* en las acepciones en que hoi es masculino, como observa mui bien el señor Bello en su *Gramática*, capítulo X.

Oquendito. Por la definicion del autor de las *Adiciones*, al mismo Brillat-Savarin se le haria agua la boca; queden, pues, por sabrosos. Suponemos que las Lámas no las *elaboran*, sino que las *hacen* simplemente.

Platea. El mismo ejemplo que cita el señor Solar, que es de escritor moderno i mui correcto, le está diciendo que la palabra no es anticuada en España. Lo mismo le dirá el Diccionario de la Academia, que jamas consulta.

Presupuestar. Ménos aspavientos i mas razones, i sobre todo no asustarnos con don Bernardo Suarez i el de Arona, que son autoridades mui diminutas en estas materias.

Presupuestar no es un disparate: lo seria si *presupuesto* no fuera todavía mas que el simple participio irregular de presuponer; pero hace ya muchos años que es mayor de edad. El participio es hoi un respetabilísimo sustantivo, i como ha ennoblecido, la jente no se acuerda ya de su oríjen. Teniendo, pues, el *sustantivo presupuesto* ¿qué cosa mas natural que deducir de él el verbo *presupuestar?* ¿No sacamos de documento, *documentar?* No sacamos de.... Pero ¡para qué multiplicar los ejemplos! ¡quién no los conoce! Téngase presente no mas que *presupuesto* es, ademas de participio de presuponer, un *sustantivo*, i que ya solo etimolójicamente tiene relacion con el verbo.

Z. "Nos ha llamado la atencion lo que dice el señor Nercasseau Moran en sus *Nociones de Ortografía Castellana* sobre el empleo de la *z* como invariable para formar el plural de los nombres." Esto dice el señor Solar, cuando hace cuarenta años que la excelente gramática de Salvá, de la cual hai infinitas ediciones, ha estado enseñando la misma doctrina que, fundado probablemente en tan grande autoridad, propone el señor Moran.

Si en cualquier jénero de obras literarias son reparables i reprensibles las ofensas a los fueros de la gramática ¡con cuánta mayor razon no deben de serlo en un libro destinado exclusivamente a la defensa de esos mismos fueros i a las cuestiones lexicolójicas!

Necesario es decirlo: la obra del señor Solar está plagada de construcciones viciosísimas i de los solecismos mas vulgares. Algunos pudieran atribuirse al cajista; pero el esmero con que han sido salvados en las "Erratas" los errores de caja, i el ser los solecismos de los mas corrientes en Chile, alejan toda duda a este respecto.

No habríamos hecho quizas hincapié en esta circunstancia si no se relacionara tan íntimamente con la parte doctrinal de la

obra. Porque, en efecto, ¿no prueban esas inconsecuencias que el autor de los *Reparos* no poseia las dotes indispensables, o no estaba suficientemente proparado para la empresa que con tanto valor, i quizas con tan laudable intencion acometió? Con tales antecedentes el éxito desgraciado de la demanda estaba irrevocablemente fijado.

En comprobacion de lo que decimos, pondremos como muestra i sin comentarios algunos pocos ejemplos. En la *Dedicatoria* encontramos: "porque mi aficion al estudio *tu me lo has* fomentado;" en la misma, i a renglon seguido: "pues *me* conoces cuán enemigo he sido siempre de ostentar mi nombre ante el público;" en *Garúa*: "¿Qué razon tiene el señor Rodriguez para proscribir estas voces, que todo diccionario moderno *las* reconoce como buenas?;" en *Rucio:* "No sucede otro tanto en Chile, *que* aplicamos la voz rucio al pelo rubio;" en *Papa:* "ni permite tampoco que vayan con capa ni gaban, sino en cuerpo jentil, aquellos *que* los señores castellanos tuvieron a bien dar*les* albergue por caridad;" en *Horqueta:* "voi a poner*le* horquetas nuevas a los árboles de la huerta." En los cuales dos últimos ejemplos, socorridísimos entre nosotros, el *que* del primero hace las veces de complemento dativo, que mui donosamente concuerde con el complementario *les* de *darles!;* en el segundo el dativo *árboles* está en plural i el complementario *le* (poner*le*) en singular! Otro ejemplo se hallará en *municion.*

No deja de ser curioso que el señor Solar llame mas de veinte veces *Barart* al conocidísimo autor del *Diccionario de Galicismos*, cuyo nombre es *Baralt.* ¡Qué mucho, pues, que las *alcayotas* de Santiago sean para su oido *arcayotas!*

Mereciéndonos mucho aprecio la persona del distinguido autor de los *Reparos*, cúmplenos declarar, llegados al término de nuestro descabalado trabajo, escrito a vuela-pluma, apremiados por otras tareas que nada tienen de comun con las letras, que hemos "procurado," valiéndonos de sus propias palabras "en este leal combate, no ofender en lo mas mínimo a nuestro distinguido adversario." Si en alguna ocasion la frase, rebelde, no se ha sujetado dócilmente al firme propósito, habrá sido en el calor del combate, al ver tratado sin piedad ni misericordia a ese pobre libro, objeto, por mas de un título, de nuestro particular cariño. Pero *quien no quiera ver lástimas no vaya a la guerra.*

Febrero 21 de 1876.

FERNANDO PAULSEN.

UN CASTIGO EJEMPLAR.

La mejor prueba que una historia puede tener en su favor, es la de ser escrita cuando aun existen los testigos que presenciaron los hechos que ella refiere.

Era el 15 de abril de 1843.

La pequeña poblacion de Supía, situada cerca del límite norte de la antigua provincia del Cauca (hoi Estado del mismo nombre), en el centro de una risueña vega del rio San Lorenzo, estaba de duelo en la mañana triste i brumosa de aquel dia aciago.

Una gran calamidad debia pesar sobre aquel pueblo pacífico i relijioso, pues el dolor mas intenso se retrataba en todos los semblantes i torrentes de lágrimas corrian de todos los ojos.

¿Cuál era el motivo de esa popular tribulacion?

Hélo aquí. El pueblo iba a presenciar, por la primera vez, un espectáculo terrible. El correo de Popayan habia llegado en la tarde del dia anterior i traido confirmada, por el tribunal superior, la sentencia en que se condenaba a Anselmo Moreno, reo de asesinato, a sufrir la pena de muerte.

Las pequeñas poblaciones se conmueven fácilmente. En ellas se hacen jenerales los particulares infortunios i los ajenos dolores. Hai mas sensibilidad, mas amor, mas ternura en los corazones por las sencillas costumbres de esos grupos de individuos que se aman como hermanos, se socorren mútuamente i viven en contínua intimidad i refusion, en un corto caserío, que en los afectos i las costumbres de los habitantes de las grandes ciudades, donde los encontrados intereses de los diversos círculos sociales, el frio egoismo que enjendran los excesos del lujo i de los placeres i las mil necesidades que asedian constantemente a las familias, hacen que se piense bien poco en el ajeno mal, i por lo jeneral las relaciones son frias i las muestras de cariño obligada galantería.

Esa misma tarde habian puesto al reo en capilla, i en un ex-

tremo de la plaza se veia un patíbulo de madera, plantado allí talvez por una mano desconocida.

Apesar de ser partidario de la pena de muerte para los delitos atroces, confieso que uno de los recuerdos mas dolorosos de los que se mezclan, como punzantes espinas, a los delirios de mi niñez, es el de haber visto espirar en las agonías del patíbulo a algunos hombres desgraciados.

¡Miserable condicion del corazon humano! Lloramos por la víctima indefensa, inerme, sacrificada bárbaramente por un asesino aleve en las silenciosas horas de la noche; i lloramos despues por ese mismo asesino, cuando lo hemos visto caer al pié del cadalso herido por la espada de la lei. Mas sea lo que fuere, si el corazon rechaza la pena de muerte, la fria razon la aprueba i la seguridad del inocente la reclama.

Los habitantes de Supía tenian una loable costumbre. Cuando las campanas del templo anunciaban que el Rei de los reyes i el Señor de los señores iba a visitar a un enfermo, las jentes se apresuraban a barrer i regar de flores olorosas el camino que habia de recorrer Aquel que es la resurreccion i la vida.

A las cuatro de la tarde del mismo dia 15 se anunció que iban a llevar a Moreno el viático celestial a la capilla; i entónces tuvo lugar el siguiente diálogo, que debió ser mui del agrado del Príncipe de las tinieblas:

—Hermana, dijo Tiburcia a su hermana Jacinta, ¿es cierto que le van a llevar el viático a Moreno?

—Sí, hermana, el Dios de las misericordias va a consolar a ese infeliz en la capilla.

—Pues entónces, replicó Tiburcia, que venga el mismo Jesus Sacramentado, que manos tiene, a barrer el alar de mi casa i a regarlo de flores, si quiere pasar por él, pues yo no tengo voluntad de hacerlo. No le amo ni le temo.

A ésta siguieron otras burlas i blasfemias groseras.

Era Tiburcia una mujer jóven, robusta, vana, altiva, incrédula i un tanto mundana. Se hallaba en la plenitud de la vida. Pasaron tres dias mas.

La sangre del desgraciado Moreno aun coloreaba el verde tapiz de la plaza.

De repente i en la tarde del dia 18 las gentes empezaron a dirijirse precipitadamente a la casa de Tiburcia.

¿Qué era lo que pasaba en aquellos momentos en su habitacion?

Vais a saberlo, lectores cristianos. Yo fuí testigo presencial de lo que voi a referir. Soi católico hasta la médula de mis huesos i nunca degradaré mi noble carácter en una infame mentira.

Tiburcia, que gozaba de la mas completa salud cuando profirió las blasfemias que he referido, empezó a cegar el dia 16 i en la tarde expresada estaba perfectamente ciega i atacada de una enfermedad horrible i desconocida. La lengua se le salió un pal-

mo afuera de la boca, i como se la heria contínuamente con los dientes, por consecuencia de las convulsiones que le causaba un dolor acervo, la sangre se le coaguló en la extremidad, i todo este órgano presentaba la apariencia de una masa inerte, negra i próxima a la putrefaccion. Los ojos, sin brillo, espantados i sanguinolentos, daban al semblante pálido i siniestro de aquella infeliz mujer una expresion terrible de suprema angustia.

Mi maestro i amigo, el virtuoso e ilustre sacerdote José Joaquin Rojas, se acercó al lecho de aquella desgraciada, i con voz dulce i compasiva le dijo:

—Tiburcia, hija mia, no busque Ud. en lo humano el motivo de sus padecimientos. Es la mano de Dios quien la ha herido. ¡Feliz usted si sabe aprovechar estos instantes del castigo, que son siempre los precursores de los de la misericordia! Tiburcia, ¿Ud. se arrepiente sinceramente de la horrible blasfemia que profirió el dia 15 contra el Señor Sacramentado?

Tiburcia no respondió.

El sacerdote tomó entónces un crucifijo i acercándolo al rostro de la enferma, le dijo con voz conmovida:

—Tiburcia, ve aquí tu Dios. Pídele perdon.

La enferma lanzó un lamento doloroso, hizo un movimiento brusco i trató de asir la sagrada imájen, con muestras de querer despedazarla.

Confuso i aterrado el ministro de Dios, oró por largo espacio, arrodillado, por aquella alma desventurada; mas todo fué en vano.

Las súplicas de sus hermanas, los clamores del pueblo, la voz de la amistad, todo fué inútil para conseguir que aquel corazon en que moraba el delito se abriese al arrepentimiento i a la esperanza.

Al separarse el buen cura de aquel teatro de desolacion, nos dijo con bondad i confianza:

—Si Tiburcia no muere esta noche, mañana se confiesa. El que sabe hacer cambiar el odio de sus enemigos en amor i levantó a Lázaro del sepulcro, donde dormia el sueño de la muerte, hará sentir los efectos de su misericordia a esta infeliz pecadora.

El dia siguiente, a las doce, se nos avisó que la enfermedad de la paciente se habia agravado de una manera terrible. Pasamos a su habitacion i hallamos aquel espectro, aquella figura dolorida i lastimosa, retorciéndose como una culebra herida, i bañando su lecho con la sangre que salia a torrentes de su despedazada lengua.

En medio de esa agonía suprema se oyó la dulce voz del sacerdote que decia:

—¡Tiburcia! ¡Tiburcia! ¡hija mia! compadécete de tí misma. La sangre preciosa del Redentor lave i salve tu alma en este instante terrible.

La enferma creyó, sin duda, oir una voz celestial porque sus dolores hicieron un lijero paréntesis i de su ajitado pecho se escapó un sollozo.

—Apriétame la mano, hija mia, le dijo el sacerdote, en señal de arrepentimiento, i al instante te absolveré de tus pecados.

Tiburcia le apretó la mano.

El sacerdote entónces, con el rostro radiante de alegría i en medio de un silencio profundo i solemne, hizo descender sobre aquella mujer atribulada la piedad divina.

¡Oh relijion santa i adorable! En tí encuentra el corazon herido el bálsamo de su salud, i en tus sublimes misterios halla siempre el mortal el consuelo i el término de sus pesares.

En la tarde de ese mismo dia, cuando el sol bajaba majestuosamente a ocultarse en el Océano, el Dios de los ejércitos, rodeado de centenares de corazones que le amaban, se encaminaba a la casa de Tiburcia, i ¡oh prodijio! cuando el sacerdote entró a la estancia de la enferma, le halló arrodillada; la luz i la vision habian vuelto a sus ojos, la lengua ocupaba su posicion natural, i sobre su rostro, pocas horas ántes lívido i contraido, se habian derramado las azucenas de la pureza i las rosas de la esperanza.

Al siguiente dia, despues de un largo delirio i de una agonía lenta pero tranquila, la desventurada Tiburcia espiró.

Tal fué la trájica i prematura muerte de la mujer que osó insultar i burlarse de su Creador i de su Padre.

El recuerdo de aquella muerte funesta, que Dios quiso presenciara siendo aun adolescente, vivirá en mi memoria hasta el dia en que terminen los dolores de mi vida, como una leccion terrible de las venganzas divinas sobre la creatura ingrata i prevaricadora.

Escribo estas líneas para los católicos, para los que creen i esperan, para mis hermanos en la fé del Cordero santificador, i especialmente para mis hijos, herederos de mis creencias i de mis esperanzas.

Que los señores racionalistas califiquen el suceso que acabo de narrar, que no pasó en Turquía sino en un pueblo del Cauca, que existe aun, como a bien tengan. No escribo para ellos ni entro en discusion con quienes niegan la intervencion divina en los acontecimientos humanos. Jamas podriamos entendernos. Ellos dudan i yo creo.

Ellos, en alas de su razon independiente, se han elevado a alturas inconmensurables, recorrido todos los astros, medido la inmensidad, escalado el cielo i en ninguna parte han hallado a Dios.

Yo, sin mas luz que la que irradian sobre mi mente i mi corazon las verdades del Evanjelio, encuentro a Dios en todas partes i desde la gota de agua hasta el majestuoso Océano, desde el infusorio microscópico hasta la colosal ballena i desde la mas pe-

queña planta a la mas soberbia cima, me hablan del Eterno i de sus admirables atributos.

Jericó, 16 de Diciembre de 1875.

José N. LEMOS.

A LA FIESTA.... DE LA FIESTA.

A MI AMIGO RAIMUNDO LARRAIN COVARRÚBIAS.

I.

¡Qué hermosa niña, qué hermosa!
Pasa, i todos la contemplan,
Con admiracion los chicos,
Con bendiciones las viejas,
Con toda su alma el mancebo,
Con envidia las doncellas.
La mas linda de las rosas,
La mas blanca, la mas fresca,
Realza la mas preciosa
De las cabelleras negras,
Que en la alegría de su ama
Suelta i abundante ondea.
¿Dónde hai un talle mas fino?
¿Dónde mejillas como esas?
¿Dónde alados piesecillos
Que así desprecien la tierra?
¿A dónde vas? le preguntan,
¿A dónde vas?—A la fiesta
Precipitada responde;
I sigue i sigue la bella,
Palpitando de esperanzas,
Caminito de la feria.

¡Qué triste niña, qué triste!
¿Qué le han hecho que así llega,
Tan abatida i llorosa,
Fijos los ojos en tierra,
I sin color las mejillas,
I los piés sin lijereza,
Con restos de hojas marchitas
En la negra cabellera?
Ya nadie, nadie la mira,
Todos se apartan al verla,
I si alguno le pregunta
—¿De dónde vienes? contesta
Sonrojándose i llorando:
—Vengo.... vengo de la fiesta.
I sigue i sigue la niña,
Sollozando de vergüenza,
I en los manchados jirones
Que de su vestido cuelgan
Va tropezando la pobre
A su vuelta de la feria.

II.

Jamas rebosando en dicha
Me he acercado yo a la *fiesta;*
Jamas, amigo querido,
Regresé llorando de ella:
Mas ¡ai! muchos imajinan
Que yo ya vengo de vuelta.

.....

La pobrecita lloraba
Porque la madre severa,
—No vayas hija, decia,
Quien te ama bien te aconseja.
Pero la niña exclamaba:
—¡Todos van, madre, a la feria!
—Todos van i todos vuelven....
Hija, ten fé en mi experiencia.
Mas al fin venció la niña,
Con llanticos i ternezas,
Que esas armas siempre vencen,
¡Ojalá que no vencieran!....
....¡Oh! tambien por ir yo muero,
Mas los crueles no me dejan!
¡Bien sé que es falso, mui falso,
Que cuantos van, tantos vuelvan;

Bien sé que algunos no tornan....
Yo así la haria si fuera!
Si voi, i vuelvo llorando,
Como la niña hechicera,
¿Será peor el desengaño,
Que el dolor que me atormenta?
Mas, nadie quiere que vaya,
Nadie allá de mí se acuerda;
I muchas veces espero
Dia i noche ante la puerta,
Viendo los que van i tornan,
Oyendo risas i quejas:
¡En vano!.... solo los tristes
Me tienden amiga diestra!
¡Amigo, amigo querido,
Marcha contento a la *fiesta*,
Que a tí todos te convidan,
Que a tí todos te desean!
Anda i sienta allá tus ieales;
Yo llegaré hasta la puerta,
I no podrá la distancia,
Por grande, inmensa que sea,
Ni la turba de dichosos
Que a tu alrededor se mueva,
Nó, no podrán impedirme
Que claramente te vea,
Que con los ojos del alma
Siga tus pasos do quiera,
Miéntras tú talvez ignores
Que tu amigo queda afuera.

Santiago, marzo 23 de 1876.

JUAN R. SALAS E.

JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

(Continuacion.)

XIII.

Hé aquí un capítulo mas, que solo cabe a título de adiciones.

Todo artista i todo artesano, al concluir sus obras, las contempla con gozo i las enmienda con mas o ménos tino.... Lo mismo da que sea un cuadro que una levita, o una estátua que un zapato.

Fidias i el zapatero Simon examinarian sus queridas hechuras de frente i al escorzo; Rafael i el sastre del Campillo presentarian las suyas a varias luces con el mismo propósito; i todos, artesanos i artistas, dan un toque final que a ellos les contenta i que al observador discreto rara vez pasa desapercibido.

Ese acto de estudio crítico, que el autor ha hecho de sus propias obras ántes de exhibirlas, donde mas claramente se revela es en la pintura.

Sucede al pintor que despues de terminado su cuadro advierte un mal contorno i lo corrije i tapa; mas al cabo de tiempo el color trepa, i asoma lo que con propiedad llamamos arrepentimiento del autor.

Tan bello defecto solo se halla en los lienzos orijinales.

No se arrepiente el que copia; i si de algo debiera arrepentirse es de su vano intento en copiar la orijinalidad.

Bien sea que el lector me considere artista o artesano, autor o copista, es lo cierto que mi obreja es tan mia como el Júpiter Olímpico es de Fidias i la Transfiguracion es de Sanzio; por lo que, contento yo al mirarla concluida, dime lectura de ella hoja tras hoja. A traves de cincuenta años de distancia ¡oh, cuántos términos tiene que traspasar, cuántas atmósferas tiene que romper la lente de la memoria! ¡I cuánta concentracion requiere el foco para no ocasionar cambios dilusivos que solo rectifica el sentimiento en su difícil cargo de desandar lo andado!

Escritor de costumbres, dibujante de pluma o pintor de jénero que retrata las escenas comunes de la vida lejana, he hallado en el dibujo, en la composicion i el colorido de mi cuadro, omisiones, incorreccion, desarmonías i sobrado ideal.

—¿Daré toques en seco? me dije.... nó, que trepa el fondo; i así pensando, me puse en vías de este capítulo, que pues le llamé de adiciones, siga con el nombre i comencemos.

Primera adicion.—*Entróse en nuestra casa, con su manta al hombro*, el capitan don Estéban Rivas i Carreras, en ocasion en que mas i mejor le adaptaba su segundo apellido.

Venia jadeando a no poder hartarse del aliento, i dijo:—Nadie se asuste.... todo se ha salvado, ménos las charreteras....

Yo, años despues, leyendo historia, vine a conocer que en aquella ocasion adversa el capitan espolique habia topado de boca con casi la misma frase que el jeneral Francisco I, rei de Francia, tras la derrota de Pavía. I maquinando curioso con el fin de explicarme tal fenómeno, dí, como suelo, en la trivialidad extrema de las fórmulas, a punto de resolverme la coincidencia moral de dos hombres tan alejados en su oríjen, por la siguiente pero-grullada:

De los frutos del árbol
De Adan i Eva,
El macho sale higo,
La hembra breva.
Brevas e higos,
Al sol que mas calienta
Saben lo mismo.

No hai que darle vueltas: como el hombre se mide por posiciones i por pulgadas, resulta que un jigante que baja i un enano que sube, los dos por la misma cuesta, hai momento en que emparejan i llegan a colocarse a igual altura. Mas vuelvo a lo de entónces.

Cojiónos de sorpresa la aparicion de Estéban; i al oirle mi primo el alférez retirado, le miró de mal ojo: supongo que por ser él quien le habia dado las dos charreteras (una peor que otra) i dejado para sí solo las estériles caponas. Movíase escándalo, acudió el *hereu*, i al conocer lo que era, se llevó al fujitivo, ayudándole a puros empujones. Llevóle casa adentro, i en dónde le escondiese no supimos.

A cosa de dos horas trascurridas, cuando ya se nos tenia encomendado el secreto, gran ruido de tropel que se acercaba nos puso en sobresalto, i vimos que venia i se apeó a la puerta el jeneral Milans, seguido de escolta de sobrados jinetes i peones.

Era el jeneral hombre notable, al cual siento no haber tratado mas adelante, para con mayor exámen que el que a la sazon me cabia, retratarle ahora. Nadie le negará un timbre singular en la historia de su siglo: él es el primer patriota que a la usurpacion extranjera dijo ¡nó! El fué el primer rebelado de la guerra de la Independencia, i acaso cuando esta lucha alcance la forma de epopeya, Milans asomará como un moderno Pelayo, pero sin Covadonga i sin cetro; porque el cetro a la sazon era de España, i cada vericueto fué luego un Covadonga.

Milans del Bosch entró con nobilísimo desenfado, infundiendo confianza, i a fuer de quien conoce en donde pisa, mandó que no se establecieran centinelas.

Pidió de comer porque traia hambre, i se sentó a la mesa.

Alto i cenceño; con el traje desdeñado i suelto, la cabeza cenicienta, los ademanes enérjicos, la frente altiva, las facciones movibles, la tez tostada, la palabra pronta i los ojos de sacre; aquel Milans del Bosch (milano entre los milanos del bosque) era, a no dudar, imájen de sus mayores.... rayo si trueno. Era reflejo de la selvática vida de quienes le dieron nombre; recuerdo vivo de la fiera historia de los antiguos bandos catalanes, de donde surjieron apellidos tan elocuentes como Milans del Bosch, Milá de la Roca i Roca-Bruna: porque esos apelativos son patronímicos que pregonan por patria el despoblado. En fin, podíase decir al contemplarle "no lo hurta quien lo hereda," pues tanto era a sus projenitores semejante, que no se amolda mejor el bronce incandescente al troquel, para la estátua.

Sin embargo, nadie hai que se evada a la influencia de su siglo. Desde su punto de partida, Milans amaba la dignidad humana como La Fayette, al paso que La Fayette la amó como Washington.

Su cuartel jeneral componíase de jente alegrilla (mejor dijera pneque) o asaz tomada del espíritu de libertad, que por ser espíritu de licor jeneroso requiere ser tenido con mesura.

I miéntras a la lijera comia con los suyos, vinieron en tratar la sorpresa de Verjes, i dijo Milans que en su vida la habia hecho tan completa ni con peor resultado. I luego, encarándose con mi primo, contó i dijo:

—Caí como un halcon en mitad de una compañía de Misas, sin haberme quedado con uno siquiera entre las uñas. Apartándome del rastro les entré cara al aire, por donde no les fuera el soplo, i en cuanto se ventearon ya me tenian encima. Salieron lo mismo que rebecos, el capitan el primero; dí tras él, i si llevo la escopeta, le mato al vuelo.... suponga Ud. qué tal iríamos, que yo ya le decia ¡date! ¡date! i él como liebre alcanzada pegó un regate i se arrojó a salvar de un salto la acequia del molino. Creíle ahogado, i paré de la rienda; mas cuando le ví caer a la otra orilla i que seguia picando de soleta, me daba envidia ver dos piernas como aquellas tan amigas de su amo; i que cada una era mejor que la otra.... ¡Adios, demonio de piés de pluma! le grité a lo léjos, i segun el polvo que llevaba, está a diez leguas. Buena labor me harian en la paz como en la guerra un par de hombres como aquel; que si en la paz no encuentro quien me siga la mano tras de las perdices, en la guerra los *propios* que empleo parecen caballos repropios, que a lo mejor se paran i siempre los alcanza un burro cojo. Ahora mismo daria un buen ojeo a Misas, si tuviera un peaton que en cuatro horas fuese i volviera de Jerona a encontrarme en La Bisbal.

—Señor jeneral, le dijo mi primo, en ese tiempo, poco mas o ménos, i si no hai tropiezo, tengo en casa mas de un hombre que las anda.

—Pues siendo así, mejor será que vayan dos que se acompañen, por si a cualquiera de ellos le sucede un percance, respondió Milans; i con su natural impaciencia escribió sobre la misma mesa en que comia, i dispuso que llamaran a los dos peatones.

Presentáronsele los mozos, gallardos como dos luchadores griegos; les dió un diminuto pliego i una contraseña; les mostró la hora de la salida, les encargó la de vuelta, i marcándoles el sitio del encuentro, para quedar asegurado de la entrega, partieron los correos. Pero es el caso que ántes de que asomaran al camino se habia trastrocado un mozo, i en su defecto iba con el otro el capitan don Estéban, el de los piés de pluma.

En honra de mi primo debo advertir que se cumplió el mandato i que con oportunidad se dió el ojeo militar por todo a la redonda, si bien es cierto que Misas se salió de él por la bocamanga.

Díganme ahora los encomiastas del guerrillero español si hai oficio mas fácil; suponiendo que no falle por la base, i sin negarme que la base son los piés. ¡Oh efectos de cada clima! fruto espontáneo en nuestro suelo es el faccioso; i fruto espontáneo en Francia son las trufas, de las que no se ha averiguado quién las siembra.

Los franceses, si en lugar de *pieses* tuvieran piés, darian facciosos a porrillo, que allá en su nominalismo llamarian de *pura sangre*. Nosotros, en cambio, apénas damos trufas.... Lo que aquí nos sale nos come a nosotros; lo que allá les sale a los franceses, con su.... perdóneme Dios lo que iba a decir.... con su pan se lo coman.

Segunda adicion.—*Al ser clasificado el capitan don Estéban, dejáronle de teniente retirado porque no sabia leer;* i ya en tan buena posicion i quieto estado casó con él (de mano izquierda) doña Rosa Zurra, doncella de labor, constante i postergada, algo leida i mui hacendosa, en la que comenzaban a apuntar las dos inhumanas patas de gallo, a pata por ojo. Rosa era adamada, aunque pequeña, i jamás creyó Estéban subir a tanta altura; él era alto i nunca pensó Rosa bajar tanto. Ella le habia conocido calzando alpargatas, i él no se habia atrevido, miéntras fué espolique, a levantar la vista mas allá de los limbos de sus almidonados faldellines.... *rapta femina*.... Por las cuestas del tiempo, en todos los caminos de la vida, se cumple la parábola del enano que sube i del jigante que baja.

Una vez medidos por el rasero de la epístola de San Pablo doña Rosa con Estéban, el *hereu* patriarcal dióles menaje, los mandó a Jerona i allí les señaló vivienda acomodada para huéspedes, a fin de que crecieran, se multiplicaran i se apañasen con los estudiantes de latinidad.

Vínoles de molde; i si mucho fué el contento de la esposa, que por tan provechoso medio llegaba a ser dueña i entraba zarandeando en prácticas económicas ya conocidas, mas hubo de alegrarse el consorte en sus adentros i dijo para sí: "los estudiantes sabrán leer, i si saben leer sabrán escribir, i si saben escribir sabrán castellano, i si saben castellano sabrán latin, i si saben latin sabrán de números. Entren ellos por mi casa i lo demas corre de mi cuenta, "que quien con lobos anda a ahullar se enseña."

¡Destinos providenciales que se presienten! Llovíanles muchachos; la hacienda les creció como la espuma, i tanta fué la aplicacion de Estéban a ejemplo tras ejemplo de los chicos, que con ellos repetia el *musa musæ* i como ellos vistió de paño negro. I así trocado su porte, por mas que las lecciones le fueran desde abajo, parecia ser dómine superlativo, de los que a los discípulos las dan a vista de pájaro.

Sabemos que la moda se mete en todo, pero el caso está en averiguar de qué manera.

A las mujeres, "verbigracia," las acomete por completo i hace que se estiren i se encojan la cintura, que se empasten, se enrubien o se atecen, a punto de que se las tome por otra su enemiga puesta en moda. Ahora i ántes de la moderna Francia, como en Roma antigua, la hermosa emperatriz Eujenia i la divina Poppea, enrubiaron a millaradas cristianas i paganas, damas i matronas, loretas i meretrices, que fueron en su oríjen pelinegras; i allá en Jerusalen bíblica sucedió que al presentarse la reina Sabá a pedir gollerías por su linda cara, hubo de caer en moda, i se las dió Salomon de buena gana.... por lo que dijo el poeta:

De las que el sabio Salomon tenia
Para la distraccion de sus quehaceres,
(Soles de Oriente, a dos por cada un dia)
Quinientos pares justos de mujeres;
Cuando al ver otro sol que amanecia
Se encontraron con que eran mil i una
I que el rei preferia
La que estaba de non como la luna,
Por que era de color de la aceituna.
¡Cuenta musa inmortal! (pues contar quieres
A fuer de vieja que eres)
Cómo al primer envite,
La apellidaron *fea*,
Color de chimenea,
Por buscar el desquite;
I dí despues, cómo a los triunfos ciertos
De la color de hollin, aquellos soles,
Salidos de los senos de Anfitrite,
Enlutaron sus limpios arreboles
Con el negro betun de la Asfaltite,

Vómito de Gomorra en los desiertos,
Karabé de Sodoma,
Con el que Ejipto embalsamó sus muertos
I emplastó luego sus estátuas Roma.
Dinos cual se tiñeron los semblantes,
Manos i piés i senos en retoño
Con tan espesa capa
Que, como el tocador todo lo tapa,
Una mañana se asomaron, ántes
Que la reina Sabá se hiciera el moño.
I ¡oh poder de las modas!
El rei que se habia dado un madrugon
Para con tino acelerar sus bodas,
Se halló tan combatido en la eleccion
Que dijo, por no errar, "*¡entro por todas!*" ....
I fué el juicio mejor de Salomon.

Esto en cuanto a las hembras, i a propósito me quedo corto; pues si bien las hai que hasta se visten de *ilusion*, respecto a los varones la cosa aun va mas léjos, i los hai filósofos que se ponen de moda buscando *la nada*.

A otros se ve que andan tierra adentro, esto es, hácia lo hondo, a la husma, en busca de su primitivo abuelo, creyendo hallarle embozado en capas *silurianas*, *jurásicas*, *miosenas*, *pliosenas* i *glasiarias*, mas allá de donde reposa arropado de siglos el primer *Ichthiosauro*, junto al *plesiosauro*, vecinos al *labrinthodonte*, al *dinotherium* i al *mamumth;* i ese viaje está mui de moda.

A tales sabios *paleontolójicos* siguen otros, que estos si no van mas adelantados, camino del profundo, son mas a la *derniere*, i por eso a los antedichos llaman retrógrados i *cursis* del estudio que *tienen ojos i no ven*, porque no aciertan a ver en el traje natural, ni a conocer en los modales elegantes, ni a penetrar en el juicio de ciertos cuadrumanos (vulgo monos) para persuadirse i convencerse de que todos somos sus nietezuelos.

Antropolójicos llámanse los últimos, sectarios que dan quince i falta a los que han dejado atras, sus fundadores los jeólogos i los paleontolójicos.

Sectarios digo, porque sucede con la ciencia nueva que prospera dividiéndose en ramos novísimos, i así vienen otros tras otros formando escuelas emancipadas de la jeolojía ortodoxa i de la antropolojía pura. I son entre los tales los eruditos de lo *prehistórico*, que saborean los tiempos pre-históricos chupando un guijarro i creen que le sacan algo con no sacar mas jugo que el que sacarian lamiendo plato vacío. Ello es tan fructuoso en lo material como queda dicho, i en lo moral equivale a bautizar moro muerto; pero está de moda.

I como la moda todo lo invade, lo mismo se corre a la ciencia que a las artes i salen ahora filarmónicos de la *música del porve-*

nir, tan golosos de ella que no gustan de la música presente por lo añeja i *tienen orejas i no oyen*. . . .

La música es aura que de los cielos llega a recrear el alma.

Que no les han llegado los aires de la música del porvenir, la cosa es clara, la palabra lo explica. Atienden a lo que no suena.

De Rossini, Bellini i Donizetti dicen ser niños llorones, de los que llamamos *bebes* en lengua franca.

De Verdi afirman que inspiró las para siempre maldecidas *murgas*.

Detestan las divinas melodías i presienten las armonías del infierno.

Así, para el desarrollo del futuro contrapunto, presumen haber hallado algo a propósito en los cañones del maestro Krupp i de Gounod esperan que encuentre al fin *il vero canto*.

Los apasionados por la música del porvenir ven sin duda al nuevo Orfeo camino del infierno.

Si no me urjiese concluir este capítulo diria de algunos dialécticos, lingüistas i filólogos, lo mucho que para salir con cosa no usada de otros se afanan por encontrar jiros viejos en las lenguas vivas i neolojismos en las lenguas muertas.

De los primeros bastante se me tiene pegado; i lo confieso, lector, en tu presencia, con la misma sinceridad con que declaro que de la moderna jeringonza acerca del *slavismo* i del *panslavismo*, siempre saqué paja i nunca pude recojer cosecha para mi granero.

Dígolo solo a propósito de que ignorante yo de las diferencias radicales que median entre el dialecto polaco i el dialecto ruso, con ser ámbos emanados del idioma eslavo (que todos ignoramos) no alcanzo a aquilatar las razones en que fundan su resistencia los maestros de escuela polacos para enseñar el ruso ni tampoco logro explicarme la torpeza de los chiquillos polacos en aprenderlo.

Supongo que entrarán por el aro a la fuerza de constancia, al modo que se avinieron los catalanes a producirse en lengua castellana, tras larga resistencia.

En efecto, yo presencié esta lucha siendo niño, i luego, al cabo de años, he visto que si se prescinde de que los catalanes conservan sus modismos, sus idiotismos i su acento i si se exceptúa el que traducen algun vocablo de los suyos *mocosuena mocosuene*, en todo lo demas (salvo la voluntad) parecen, cuando conversan, castellanos enfadados.

Así, pues, por este dato se justifica que don Estéban deducia perfectamente cuando dijo: "Si los muchachos saben escribir sabrán castellano, etcétera" i de ellos lo aprendió de oido, en la forma que se verá por una carta dirijida a su antiguo amo i escrita de puño propio.

Lectoras, no la leais; i tú, lector advertido, ten por cierto que el autógrafo de que me resuelvo a dar traslado se conservó por

largo tiempo en la casa del padre de mi padre, i que allí con frecuencia se leia a los curiosos aficionados al bien decir.

Ya, puesto que he vencido el escrúpulo en punto a dar traslado de la carta, ahora se hace preciso que para su cabal intelijencia anteponga algunas aclaraciones.

En cierta ocasion sucedió que mi primo el *hereu* escribiera en catalan a don Estéban, previniéndole que dijese a la mujer de un tal Mateo, la que (apesar de hallarse en cinta) habia ido a Jerona no sé a qué asunto, que se volviera al instante, porque así lo queria su marido, i luego tras esto le preguntaba qué tal se las habian él i Rosa con los estudiantes de gramática latina. Mas en aquel momento quiso el diablo que la buena mujer del tal Mateo acabara de mal-parir, i no podia ponerse en camino.

Pareciendo bien a Estéban contestar a la carta en lengua castellana con puntas de latin i muestras de aritmética, tomó la pluma i puso:

"Señor mucho estimado:

"Li digo que no li quisiera desir, que la marida de Mateo, ha parido por mala parte, i está que no se puede menear." "De los 6 estudiantes, el 1 solió ladrillo, (1) i quedan 5 que mi *fémina*, *junges* maneja como a sus higos." "A esta sí que si no fuese por dejarme a mi todo solo, con todos los higos, li pica la mosca por irse 3 o 4 dias en esa casa." "Memorias, i que estén todos buenillos hasta que aquí nos cojan juntos las fieras (2) de San Narsiso.—*Don Estéban Rivas i Carreras.*"

Para hacer el escrito intelijible, he enmendado un tanto la ortografía, pero en todo lo demas prometo sobre mi conciencia que va exacto, i si las mayúsculas no aparecen en forma de zanahorias, i si las minúsculas no representan habas, espárragos i garbanzos, culpa es de la imprenta.

Adicion tercera.—*A mi tio el prior, conforme iba montado en su mulo camino de Peralada, lleváronle preso, con vuelta hácia Jerona;* mas no paró allí como creimos, que de esta ciudad lo condujeron sin descanso a Barcelona, hasta dejarle encerrado en la fortaleza de Atarazanas.

Entrando en Atarazanas hai, a la mano izquierda, un calabozo abovedado, algo húmedo, si bien bastante ancho i nada oscuro, i en él metieron a mi tio. Llevaba ya el prelado sobre dos meses de prision, cuando mis parientes me volvieron al colejio, i previnieron al director que todos los dias festivos se me llevase a hacer compañía al venerable preso.

Guarnecian aquella fortaleza los milicianos nacionales; i el

(1) Ladrillo por ladroncillo; en catalan ladron, *lladre*; su diminutivo *lladret*.
(2) Fieras por ferias.

buen director del colejio, que a falta de suficencia para su cargo era hombre astuto, medroso i dispuesto a mostrarse conforme a la opinion política de todos cuantos de política le hablaban, se vió en el caso de acompañarme a la presentacion primera. Como aquel trance fuese comprometido para él, hubo de estudiar la manera de trampear las dificultades, i llamándome aparte me dió repetidas instrucciones sobre el modo de responder a los nacionales, si algo me preguntaban, i al fin del cuento me entregó una cinta de raso verde, con un lema impreso en letras de oro, que decia: *Constitucion* o *muerte.*

Díjome que al acercarme a Atarazanas me la prendiese al ojal de la chaqueta, que al entrar en el calabozo tapara con la mano i me la quitase con disimulo i que al salir volviese a prendérmela; i tras esto anduvimos, i así lo hice todo por sus trámites, i pasamos sin tropiezo, i me abrieron la prision i entramos. Pero el maestro no permaneció ni un minuto, porque segun dijo no queria ser molesto al amable carcelero, i se salió con él.

Ahora bien, me presenté a mi tio: i mi tio, que se hallaba frente a Dios, apénas me hizo caso.

Estaba de rodillas en mitad del cuarto, con los brazos en cruz, los ojos clavados en la bóveda, i las palmas de las manos vueltas hácia el cielo, en actitud acojente.

Le besé una mano, i entónces me empujó mansamente contra la tierra, hasta que doblé ámbas rodillas i oramos juntos; yo por él, i él por todos los pecadores.

En esto pasó tanto rato que me dolian los huesos, i vacilaba mi cuerpo, miéntras que aquel anciano relijioso, inmóvil, abstraido, estático, parecia ser de piedra, parecia imájen simbólica efijiada en granito, que tuviera por base inconmovible todo el bajo mundo i por aspiracion el universo infinito.

Muchas veces al pararme ante los cuadros místicos de Zurbarán, recordé a mi tio en su calabozo, i con la viva idea que de él he guardado siempre, decíame a mí mismo: Zurbarán pinta santos frailes llenos de uncion divina, macerado el cuerpo por la incesante purificacion del alma; santos de contornos vagos, desvanecidos entre raudales de luz i misteriosas penumbras del ideal asceta, i mi tio solo era un fraile santo, de contornos secos, de dintornos mas duros i humanos que los santos frailes de Zurbarán.

Luego, adelante, estudié los frailes materialmente penitentes, los frailes contemplativos i los frailes mártires en los lienzos de Vicencio Carducho, i díjeme: "ahí, entre esos frailes está mi tio."

Carducho reflejó con mayor verdad plástica el modo de ser de los asociados monásticos; le influia mas la carne i fué mas realista que Zurbarán, a medida que este artista creyente presentia mas el cielo; así el uno retrataba i el otro idealizó; así Carducho era el exámen, al paso que Zurbarán fué el sentimiento; aquél remeda al vivo historia ajena, i en éste se revela la fé de su alma...

Ya quiso Dios que con la descortesía peculiar de los carceleros para con los encarcelados sonaran rudamente los cerrojos, i al ruido se incorporó mi tio, levantándome con igual mansedumbre que me habia obligado ántes a hincar las rodillas.

Traíannos la comida con todo el servicio metido en una cesta, la cual dejaron sobre la mesa que en la prision habia, i no quedó sirviente ni testigo alguno. Me propuse, pues, ser yo el servidor, i reconocí la estancia.

En ella habia por todo mobiliario dos sillas baratas, la mesa que era de pino, una cama de tablas, un velon i un cántaro.

Acerqué las sillas a la mesa, saqué el mantel de la cesta, i al extenderlo acudió a ayudarme mi tio con cierta súbita e infantil sonrisa que le iluminaba el rostro. Creí que como a mí me sucedia en el colejio a él tambien le alegraba la presencia de las viandas, i nos pusimos a comer. Pero tomado que hubo la sopa, se sirvió del cocido tan solo la verdura, bebió agua i ya no comió ni bebió mas; ántes, al contrario, me daba de lo suyo i me servia solícito con la mansedumbre de Cristo al último de sus Apóstoles.

Recuerdo que comí por pura obediencia mas de lo que en realidad apetecia, i dobladas las servilletas dimos gracias al Señor.

Tras el acto de oracion quedóse otra vez mi tio arrobado, sin contar con el huésped, a solas con su espíritu, i yo, por distraerme, escudriñaba en torno lo poco que allí habia que mirar, cuando en esto me fijé en la cama, i con la imprevision de muchacho salté i dije: "Tio, tiene Ud. la cama al reves." A lo que el fraile penitente me contestó que la dejara, que así estaba bien. "¿Pero no ha visto Ud., tio (le repliqué) que tiene Ud. colocados los colchones debajo, i que las tablas peladas son las que están encima....?"

ANTONIO ROS DE OLANO.

(Continuará.)

A UNA AZUCENA.

(A MI AMIGO D. V. ROJAS MAGALLANES.)

¡Cuán puro es, linda azucena,
El aroma que derramas
Cuando tu seno columpia
El soplo de ledas auras!

Como reina de las flores
En el jardin te levantas
Luciendo el esbelto cáliz
Que ricas esencias guarda.

¿Para quién son, azucena,
Los aromas i las galas
Que te dan tanta hermosura
I te hacen flor tan preciada?

¿Para quién....? ¡Pobre azucena
Sin dicha i sin esperanzas!
A tanto aroma i belleza
Porvenir sombrío aguarda.

No tienes quien te acaricie
Si no son las leves auras
Que te halagan con sus besos
I con sus besos te matan.

¿Por qué, entónces, lindo el seno
Vertiendo perfumes alzas
Como halagada de dichas
I de dulces esperanzas?

¿Por qué tu preciosa frente
Hácia a la tierra no bajas
En signo de la amargura
Que interiormente te mata?

¡Pobre flor! Allá en el bosque
De la vecina montaña

Se desatan ya los vientos
Que van a robar tus galas.

I miéntras tú piensas ¡triste!
Por blanca mano cortada
Morir en precioso búcaro
Entre cien flores galanas,

El vendabal que ya ruje
I nubes de polvo alza
Entre punzantes espinas
Va a dejarte destrozada.

¡Ai! ¿No sientes cuál se ajitan
El roble i la esbelta palma,
I el estruendo pavoroso
Que al caer tronchadas causan?

Mas tú tambien ya volaste
Del viento furioso en alas,
Hecho mil trizas el cáliz
Que tanto aroma encerraba.

Así tambien, flor preciosa,
Desparecieron de mi alma
Las flores cuyos perfumes
El corazon embriagaban.

J. H. DIAZ HENRIQUEZ.

BELLEZAS DE LA CREACION I DEL ARTE.

Si en el arte humano admiramos tan grandes adelantos, contemplando ya en la pintura, ya en la escultura la viva representacion de lo que existe de mas hermoso en el universo; con cuanta mayor razon debemos tributar nuestra alabanza i admiracion a las grandiosas obras de la creacion, de las cuales las del arte no son sino débiles bosquejos.

Subamos a una encumbrada montaña, coronada de nieves perpétuas i bañada por los últimos rayos del sol poniente; veamos

cómo por sus escarpadas pendientes se deslizan cristalinas aguas, oríjen de caudaloso rio, que allá, en la extension del valle, va a espacir la fecundidad i vida de la naturaleza, derramando por do quier preciosas flores i cubriendo de verdura las praderas.

No sea ya la tarde la que contemplemos, cuando el pescador, surcando las mansas aguas, recoje sus redes i va a buscar en su pobre choza i en el seno de su querida familia, esas horas tranquilas i felices que el poderoso en todo el brillo i resplandor de su grandeza jamas llega a alcanzar.

Veamos a la luna alzarse majestuosa por la cima de esta misma montaña i alumbrando con su arjentina luz el frondoso valle i el lejano torreon que allá en lontananza se eleva, circundado de galerías i coposos árboles.

¿No es verdad que el espíritu ménos impresionable se deja arrastrar por no sé que dulce contemplacion, que embriaga i llena de la mas dulce delicia, cuando este hermoso astro, como reina de la noche, precedido de innumerables estrellas, cual otras tantas brillantes compañeras del silencio i del reposo, se ostentan en medio de los cielos?

Dejad esta encumbrada montaña; venid a orillas del mar a contemplar el continuo vaiven de sus espumosas olas, que se ajitan en una playa sembrada de perlas. ¿No sentis una dulce emocion al desarrollarse ante vuestra vista esta superficie inmensa de agua, vestida de los reflejos del cielo i ceñida con cinturon de plata por sus blancas espumas?

¡Oh, ciertamente, seria preciso no tener alma para dejar de admirar tanta belleza!

Pero dejemos los séres inanimados, vengamos a contemplar este sér que se mueve en la tierra con su frente elevada al cielo. Ved a esta inocente vírjen con sus ojos bañados en dulces lágrimas; mirad su rostro encendido por el mas puro candor i dejando ver en su entreabierta boca una guirnalda de brillantes perlas. ¿No os sentis arrebatado al presentarse ante vuestra vista este cuadro encantador? Largo, ciertamente, seria describir los diversos jéneros de belleza existentes en el universo: ora remontando hasta esos millares de soles que brillan en lo alto de los cielos; ora descendiendo a examinar la pequeña luciérnaga que brilla en medio de la oscura noche.

El hombre, la mas perfecta de las obras de la creacion, dotado de intelijencia para conocer lo que en sí es grande, i de corazon para amar lo bello, no puede ménos que dejarse arrastrar a impulsos de lo que llama la admiracion de su espíritu, i desarrollando las fuerzas de esta misma intelijencia, hacer del arte una segunda creacion de belleza, de la cual la naturaleza es su perfecto tipo.

Santiago, marzo 8 de 1876.

AMADOR CORTÉS.

LOS DIABLOS

QUE SE ROBARON A UN SEPULTURERO.

(Orijinal de Cárlos Dickens.—Traducido para La Estrella de Chile.)

En una antigua ciudad, en esta parte del pais, hace mucho, mucho tiempo, tanto, que esta historia debe ser verdadera porque nuestros padres la creian a pié juntillas, tenia el oficio de sepulturero un individuo llamado Gabriel Grub. No es necesario que por el hecho de ser un hombre sepulturero i por estar rodeado de todos los emblemas de la muerte, sea siempre triste i melancólico; no hai nadie mas alegre que los encargados de conducir a los muertos, i yo, en un tiempo, tuve el honor de estar íntimamente relacionado con uno de ellos, quien, en *vida privada* i libre de sus ocupaciones, era tan alegre i tan bueno como cualquiera para cantar versos llenos de chispa i para empinarse, de un trago, sin respirar siquiera, un vaso de licor.

Pero, apesar de estas pruebas, Gabriel Grub era un individuo mal acondicionado, de mal humor, taimado, siempre solitario i triste, que solo consigo mismo tenia relaciones i una vieja botella de mimbre, que guardaba en el bolsillo de su chaleco. Todo el que lo encontraba por la calle, recibia de él una mirada tan llena de malicia i de mal humor, que por mucho tiempo sentia sus malos efectos.

Un poco ántes del anochecer, en una noche de Pascua, Gabriel se echó al hombro la pala, dió luz a su linterna i se dirijió al antiguo cementerio, porque tenia que concluir una sepultura ántes del amanecer, i sintiéndose abatido, creyó podria animarse talvez comenzando inmediatamente su trabajo. Miéntras caminaba, vió la alegre luz de los fuegos que brillaban a traves de las viejas ventanas i oyó las carcajadas i los gritos de los que en torno se agrupaban. Notó los preparativos para el dia siguiente i, por lo tanto, pudo percibir los ricos i sabrosos olores que, como nubes, salian de las ventanas de las cocinas. Todo esto era hiel i fastidio para el corazon de Gabriel Grub i cuando grupos de niños saltaban fuera de las casas, corrian al otro lado del camino i, ántes de golpear en las puertas de en frente eran recibidos por media docena de compañeros, de rubias i crespas cabezas, que a ellos se reunian, i subian la escalera para pasar entre juegos la noche de Pascua, el sepulturero apretaba mas fuerte la pala i

una sonrisa satánica asomaba a sus labios al pensar en viruelas, fiebre tifoidea, tos convulsiva i muchas otras fuentes de consuelo.

En este feliz estado, Gabriel seguia su camino, dando cortos rezongos en contestacion a los alegres saludos de sus vecinos, hasta que entró al oscuro callejon que conducia al cementerio. Con gran placer habia esperado llegar a esa calle solitaria, porque era un lugar agradablemente triste, a donde ningun vecino se atrevia a entrar sino a medio dia, cuando habia sol; de suerte que se indignó no poco al oir a un muchacho cantando unos alegres versos sobre la feliz Pascua.

A medida que caminaba Gabriel i la voz se acercaba, pudo asegurarse que procedia de un niñito, que apurándose para juntarse con sus compañeros, cantaba con la fuerza que sus pulmones le permitian, ya sea para guardarse compañía o para prepararse para la ocasion. Gabriel esperó hasta que el muchacho hubo llegado hasta él i entónces lo botó contra un rincon i le hizo sentir varias veces el peso de su linterna contra la cabeza, solamente con el objeto de enseñarlo a modular su voz. El niño huyó, la mano sobre la cabeza i entonando un aire completamente distinto, i Gabriel Grub, contento consigo mismo, entró al cementerio i cerró la puerta con llave.

Quitóse la chaqueta, colocó la linterna sobre el suelo, se introdujo en la inconclusa sepultura i trabajó una hora mas o ménos con decidida voluntad. El terreno, empero, estaba endurecido por la helada i era mui difícil romperlo i sacarlo; por otra parte, aunque habia luna, era mui nueva i no reflejaba su luz sobre la sepultura, que estaba en la sombra proyectada por la iglesia. En cualquiera otra vez estos obstáculos habrian incomodado a Gabriel sobremanera, pero estaba tan contento con haber puesto fin al canto del muchacho, que no se fijó en lo poco que avanzaba, i concluido que hubo el trabajo de la noche, miró la sepultura con satisfaccion, murmurando, miéntras recojia sus instrumentos:

Qué buen alojamiento para un hombre
Es la tierra, cuando acaba la existencia;
Una losa en su frente, en los piés otra,
Manjar para gusanos deleitoso;
Arriba pasto seco i barro en torno,
Qué buen alojamiento para el hombre.

— ¡Oh! ¡Oh! exclamó Gabriel Grub, sentándose sobre la piedra extendida de una tumba, su lugar de descanso favorito, i sacando su botellita: Un cajon de muertos en Pascua. Un aguinaldo de Pascua. ¡Oh! ¡Oh!

— ¡Oh! ¡Oh! repitió una voz que parecia estar a su lado.

Gabriel se detuvo asustado, al llevar la botella a los labios, i miró a su alrededor. El fondo de la mas antigua sepultura no

estaba mas tranquilo que el cementerio alumbrado por la pálida luna. La fria escarcha brillaba sobre las losas de los sepulcros i resplandecia como hileras de diamantes entre los tallados de piedra de la iglesia. La nieve dura i apretada en el suelo extendia sobre los frecuentes montones de tierra una cubierta tan blanca i suave, que parecia que los esqueletos estaban allí, ocultos solamente por sus largas i blancas sábanas. Ni el mas lijero movimiento rompió la tranquilidad de la escena solemne. Se habria creido que hasta el mismo sonido se habia helado, todo estaba tan frio i tan tranquilo.

—Fué el eco, dijo Gabriel Grub, llevando de nuevo la botella a los labios.

—No fué, contestó una voz profunda.

Gabriel se estremeció i quedó clavado en el mismo sitio por el espanto i el temor, porque sus ojos encontraron una forma que le heló la sangre.

Sentado sobre una de las mas altas tumbas, a su lado mismo, habia un sér extraño i del otro mundo. Las largas i fantásticas piernas, que habrian podido llegar hasta el suelo, estaban enredadas una encima de otra, de una manera rara; los brazos nervudos estaban desnudos i descansaban sobre las rodillas. Sobre el cuerpo, corto i redondo, tenia un traje apretado, adornado con pequeñas cintas; el cuello tenia curiosas puntas que servian al demonio de golillas, i los zapatos eran enroscados en las puntas. Un sombrero de ancha ala i en forma de pan de azúcar, adornado por una sola pluma, cubria su cabeza; estaba cubierto por la escarcha i parecia que el demonio hubiera estado sentado allí, mui cómodamente, por dos o tres siglos. No se movia, pero tenia la lengua afuera, como haciendo burla, i hacia un jesto a Gabriel Grub, que solo podia hacerlo un demonio.

—No fué el eco, dijo el espíritu.

Gabriel estaba paralizado i no pudo contestar.

—¿Qué haces aquí en noche de Pascua? dijo el demonio con acento severo.

—Vine a hacer una sepultura, balbuceó Gabriel Grub.

—¿Qué hombre anda por las tumbas en una noche como esta? dijo el espíritu.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! gritó un coro de locas voces, que parecia llenar el cementerio.

Gabriel miró a su alrededor atemorizado; nada pudo ver.

—¿Que tienes en esa botella? preguntó el demonio.

—Vino de Holanda, contestó el sepulturero, temblando mas que nunca, porque pensó en los contrabandistas i creyó que su interlocutor seria del departamento de aduana de los demonios.

—¿Quién bebe vino de Holanda solo, en un cementerio i en noche de Pascua? dijo el espíritu.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! exclamaron de nuevo las extrañas voces.

El demonio hizo un jesto malicioso al espantado sepulturero i alzando la voz exclamó:

—¿Quién es entónces nuestra lejítima i buena presa?

El coro invisible contestó esta pregunta con sonidos que parecian las voces de los numerosos coristas, acompañadas de las notas majestuosas del órgano de la vieja iglesia; una melodía que parecia llegar a los oidos del sepulturero en alas de una hermosa brisa i morir a medida que el suave aliento se dilataba, pero siempre la contestacion era la misma:

—¡Gabriel Grub!, ¡Gabriel Grub!

Aun mas horrible fué entónces la sonrisa del espíritu al preguntar:

—¿Qué dices de esto Gabriel?

El infeliz apénas respiraba.

—¿Qué dices de esto Gabriel? volvió a preguntar el demonio, columpiando los piés en el aire, a ámbos lados de la tumba que le servia de asiento, i mirándolos con tanta complacencia i orgullo como si los enroscados zapatos fuesen los mas elegantes i mas de moda de Lóndres.

—Es.... es.... mui raro señor, contestó el sepulturero, medio muerto de miedo, mui raro i mui bonito, pero señor, con su permiso, creo iré a concluir mi trabajo.

—¡Trabajo! dijo el espíritu ¿qué trabajo?

—La sepultura, señor, que estoi haciendo, balbuceó Gabriel.

—¡Oh! la sepultura! ¡Ah! ¿quién se ocupa en eso cuando todos los otros hombres están alegres i gozan con estarlo?

De nuevo las misteriosas voces dijeron:

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

—Temo, Gabriel, que mis amigos te necesiten, dijo el espíritu, haciendo con la lengua extraordinaria un movimiento extraordinario tambien. Temo que mis amigos te necesiten.

—Con su favor, señor, no creo puedan desearlo; no me conocen; los caballeros estos jamas me han visto.

—¡Oh! ¡sí, sí, muchas veces! exclamó el demonio, conocemos mucho al hombre de taimado rostro i maliciosa sonrisa, que vino esta noche lanzando miradas de odio a los niños i apretando mas i mas su pala. Mucho conocemos al hombre que por la envidiosa malicia de su corazon golpeó a un muchacho porque estaba alegre i él mismo no podia estarlo. Lo conocemos, lo conocemos.

Al decir esto el espíritu prorrumpió en una estridente carcajada, que el eco repitió multiplicada muchas veces i levantando las piernas en el aire, se paró de cabeza o mas bien en la punta de su pan de azúcar sobre la angosta piedra i de allí, con un salto admirable, fué a caer a los piés del sepulturero.

—Temo.... temo.... tendré que dejarlo, señor, dijo éste, haciendo un esfuerzo para moverse.

—¡Dejarnos! Gabriel Grub se nos va a ir. ¡Ai! ¡ai!

Al hablar el demonio, notó el sepulturero que la iglesia estaba completamente iluminada; duró solo un instante i entónces el órgano comenzó alegres compases, a cuyos sonidos un ejército de espíritus idénticos al primero, se precipitaron en el cementerio i se pusieron a jugar i a saltar por encima de los sepulcros, sin descansar un instante i con admirable facilidad. El primero, sin embargo, era mui superior a los demas i pudo notar Gabriel, apesar de su espanto, que aunque la jeneralidad se contentaba con saltar los sepulcros de regular tamaño, aquél pasaba las mas altas bóvedas de familia, con rejas de fierro i todo, con tanta facilidad como si hubieran sido puertas de calle.

Por último, el juego llegó a una excitacion inmensa; mas i mas lijero tocaba el órgano i mas i mas lijero saltaban los demonios, enrollándose i dándose vueltas de carnero por el suelo. La mente del sepulturero jiraba con la misma rapidez; se doblaban sus piernas al ver pasar a los espíritus por su lado, hasta que por fin el rei de éstos, lanzándose de pronto hácia él, lo tomó por el cuello i se hundió con él en la tierra.

Gabriel Grub perdió la respiracion con la velocidad de su descenso, i apénas volvió en sí se encontró en una inmensa caverna, rodeado por todas partes por demonios horribles; en el medio de la pieza, sobre un elevado trono, estaba su amigo del cementerio i él mismo sin movimiento a su lado.

—Hace frio esta noche, dijo el rei de los espíritus; mucho frio. Que traigan un vaso de algo caliente.

Media docena de serviciales demonios, con una perpétua sonrisa en los labios, de lo que dedujo Gabriel eran cortesanos, desaparecieron con velocidad al escuchar esta órden, e inmediatamente volvieron con un vaso lleno de líquido fuego, que presentaron al rei.

—¡Ah! dijo éste, cuyas mejillas i garganta se volvieron transparentes, miéntras corria por ella la llama, esto a lo ménos calienta; traed otro vaso para M. Grub.

En vano protestaba el sepulturero i clamaba diciendo no tenia costumbre de tomar nada caliente de noche; uno de los espíritus lo sujetó i vació el líquido brillante por su garganta. Todos los reunidos allí chillaban i gritaban como locos de contento al verlo toser, atorarse i limpiarse las lágrimas que brotaban cuantiosas de sus ojos por el ardor de la bebida.

—I ahora, dijo el rei metiendo de un modo fantástico la punta de su sombrero pan de azúcar en el ojo del sepulturero, causándole un horrible dolor; ahora mostrad al hombre de la miseria i podredumbre algunos de los cuadros de nuestro gran depósito.

Al decir esto el espíritu, una densa nube, que oscurecia el lado mas apartado de la caverna, gradualmente se deshizo i dejó ver a una gran distancia una pieza pequeña i sin lujo, pero limpia i risueña. Numerosos niñitos se agrupaban en torno a un brillante fuego, colgados del vestido de su madre i jugando al

derredor de su silla. Aquélla de vez en cuando se ponia de pié i retiraba la cortina de la ventana como para buscar un objeto conocido; sobre la mesa estaba pronta una comida frugal i una silla poltrona colocada cerca del fuego. Se oyó un golpe en la puerta; la madre corrió a abrirla i los hijos agrupados golpeaban sus manecitas de contento, porque su padre habia entrado. Estaba sin fuerzas i mojado; sacudió la nieve de su ropa, miéntras los niños, tomando su paletó, sombrero i baston, corrian con ellos a la vecina pieza. Al sentarse al lado del fuego, los hijos treparon por sus rodillas i la mujer se sentó a su lado: todo respiraba felicidad i sosiego.

Un cambio, casi imperceptible, alteró esa escena.

Era una pequeña pieza que servia de dormitorio, a donde el mas hermoso i menor de los niñitos estaba muriendo; habian huido las rosas de sus mejillas i la luz de sus ojos; miéntras lo miraba el sepulturero con un interés, ántes extraño a él, murió. Sus pequeños hermanos i hermanitas se agruparon al rededor de su cama i tomaron su manecita tan fria i tan pesada; pero al tocarlo se retiraron i contemplaron con espanto la carita infantil, porque aunque sosegada i tranquila, aunque el bellísimo niño parecia dormir en paz, vieron que estaba muerto; sabian que era un ánjel que desde un cielo brillante i dichoso los contemplaba i bendecia.

De nuevo la lijera nube pasó ante al traves del cuadro i de nuevo tambien cambió el asunto. El padre i la madre estaban ya viejos e inútiles; el número de los que estaban a su lado habia disminuido; pero todos los rostros brillaban con alegría i contento, al escuchar contar, cerca del fuego, historias de dias pasados para siempre.

Suave i dulcemente bajó el padre a la tumba i la compañera de sus cuidados i dolores lo siguió al lugar de descanso i tranquilidad. Los pocos que les sobrevivian, arrodillados al lado de su tumba, regaron con sus lágrimas la verde yerba que la cubria; despues se retiraron tristes i cabizbajos, pero no con gritos desesperados, porque sabian que un dia se habrian de juntar. De nuevo se mezclaron con el confuso mundo i recuperaron su contento i su alegría. La nube de nuevo se detuvo sobre el cuadro i lo ocultó a la vista del sepulturero.

—¿Qué piensas tú de eso? dijo el espíritu, volviendo el rostro a Gabriel Grub.

Gabriel murmuró algunas palabras, que parecian decir encontraba todo mui bonito, i se sintió turbado bajo la ardiente mirada del espíritu.

—Eres un miserable, exclamó éste con el mayor desprecio.

Quiso continuar, pero la indignacion que lo dominaba no se lo permitió. Entónces alzó una de sus piernas, que tan lijeras eran, i moviéndola con fuerza por encima de la cabeza, como para asegurar el golpe, la descargó sobre Gabriel Grub. Al instante

todos los demas diablillos que allí estaban se agruparon al rededor del infeliz sepulturero, i sin compasion ninguna, lo patearon, como para seguir la regla infalible de todos los cortesanos de la tierra, quienes, si patea el rei, patean, i hacen cariños si el rei los hace.—Mostradle mas, dijo el espíritu que ocupaba el trono.

Apénas habia concluido estas palabras, se disipó la nube i un bellísimo paisaje surjió en su lugar. Brillaba el sol en un cielo azul i transparente; bajo sus rayos el agua resplandecia; mas verdes parecian los árboles i mas alegres las flores bajo su bienhechora influencia. Saltaba el agua con agradable sonido; la suave brisa murmuraba entre las hojas; las aves, saltando de gancho en gancho, cantaban dulcemente, i la golondrina, encumbrada en lo alto, con mil trinos daba la bienvenida a la mañana. Sí, era la mañana, la brillante i suave mañana de verano. Todo estaba lleno de vida; la hoja mas pequeña, el pastito que apénas aparecia. A su diario trabajo salia la laboriosa hormiga; la mariposa alegre gozaba con los tibios rayos del sol; millares de insectos extendian sus brillantes alas i gozaban de su corta pero feliz existencia. El hombre salió entusiasmado con el espectáculo i todo era luz i esplendor.

—Eres un miserable, volvió a decir el rei de los espíritus, pero con mas desprecio que ántes.

Tambien volvió a levantar la pierna, cayó de nuevo tambien sobre los hombros del sepulturero i los diablillos imitaron por segunda vez el ejemplo de su jefe.

Muchas veces apareció la nube i se volvió a disipar; muchas lecciones aprendió Gabriel Grub, quien, apesar del dolor que sentia en los hombros, causado por los puntapiés de los diablillos, miraba todo con el mas vivo interes. Pudo comprender que hombres trabajadores i que ganaban su escaso pan a fuerza de muchos sufrimientos, eran, sin embargo, felices i vivian contentos; que el dulce rostro de la naturaleza era, aun para los mas ignorantes, fuente inagotable de alegría. Vió a muchos, criados con regalo, llenos de cuidados en su infancia, contentos en medio de privaciones i superiores a sufrimientos que habrian doblegado a otro, de naturaleza mas inculta, porque llevaban en su pecho la base de la felicidad verdadera i de la paz. Vió a mujeres, las creaturas mas frájiles i tiernas salidas de la mano de Dios, sufrir jeneralmente con mas constancia las adversidades, porque sus corazones eran un raudal de afecto i amor.

Sobre todo, vió que los hombres como él, que sufrian con la ajena dicha, eran las yerbas mas sucias que habia sobre la bella superficie de la tierra i comparando lo bueno con lo malo se convenció no era el mundo tan malo como lo habia creido. Apénas se habia cerciorado de lo último, la nube que habia envuelto el último cuadro, pareció detenerse sobre él i un sueño profundo comenzó a invadirlo. Uno tras otro desaparecieron los diablillos i, al perder de vista al último, se quedó dormido.

Era claro dia cuando despertó Gabriel Grub i se encontró tendido sobre la losa favorita del cementerio; la botella estaba vacía a su lado i su chaqueta, pala i linterna, esparcidos por el suelo, brillaban con la helada de la noche. La piedra sobre la cual habia visto, por primera vez, sentado al espíritu, estaba allí, derecha como ántes, i no léjos de él la sepultura en que habia trabajado. Comenzó a dudar entónces de la realidad de su aventura, pero el agudo dolor que tenia en los hombros le probó que los puntapiés de los diablillos nada tenian de ideal. De nuevo titubeó al observar que no habia huella alguna sobre la nieve, donde tanto habian jugado i saltado los diablillos, pero luego recordó que como espíritus no dejarian rastros. Como pudo Gabriel Grub se puso de pié i despues de sacudir bien su chaqueta se la puso i dirijió sus pasos hácia la ciudad.

Era ya otro hombre, i temiendo que en el lugar no creyeran en su arrepentimiento, i su conversion fuera objeto de burla para los vecinos, despues de dudar algunos instantes, tomó otra direccion, para vagar por cualquiera parte i ganar su pan léjos de allí.

Ese dia se encontró en el cementerio la botella, la linterna i la pala. Mucho se habló al principio de la suerte del sepulturero; pero luego se resolvió, por consentimiento unánime, que los demonios lo habian robado. Algunos testigos mui fidedignos aseguraron haberlo visto volar por los aires, jinete en un caballo mulato, con un ojo, piernas de leon i cola de oso. Todos creian esto i el nuevo sepulturero solia mostrar, como prueba irrecusable, la veleta de la iglesia, que el caballo, en su aérea escursion, habia botado al suelo con el casco. Desgraciadamente estas historias sufrieron cierto pequeño cambio con la presencia del mismo Gabriel Grub, que diez años mas tarde se apareció mal vestido i con reumatismo, pero contento. Contó lo que le habia pasado al cura i al gobernador i con el tiempo llegó a ser un hecho histórico tal como ha llegado a nuestros dias. Los que habian creido en el cuento de la veleta, temiendo ser engañados por segunda vez, no se daban fácilmente, se ponian lo mas serios i sabios que podian, se encojian de hombros, tocaban sus frentes i decian que Gabriel Grub, despues de beber el vino de Holanda, se habia quedado dormido en la losa de la sepultura. Explicaban la escena de la caverna de los diablillos diciendo que Gabriel habia visto al mundo i venia mas sensato por eso. Esta opinion, que nunca fué popular, desapareció, del todo, con el tiempo. Sea como sea, Gabriel Grub tuvo un ataque de reumatismo, i aunque no enseñe esta historia mas que esto no era poco. Un hombre que se taima i bebe solo en noche de Pascua puede prepararse a salir mal, por buenos que sean los espíritus i por mucha paciencia que tengan, como los que Gabriel Grub vió en la caverna de los demonios.

WENCESLAO SMITH.

UN MARTIR DEL AMOR.

I.

¿No habeis contemplado, en esas horas misteriosas de la juventud, cuando mil sueños ilusorios visitan la mente, una vision divina que os ha arrebatado a otro mundo en un éxtasis delicioso, donde ha tomado la figura encantadora de una mujer que envuelta en vaporosos tules se ha mostrado radiante de amor, hermosa como un querube en el cielo de vuestra fantasía?

Pues bien: uno de esos sueños realizados marabillosamente era Albina. Albina, la niña encantadora de diezisiete años, de cabellos negros, mas suaves que la seda, que caian en dos gruesas i magníficas trenzas sobre sus espaldas; de ojos como la noche, cuyas miradas dulcísimas irradiaban un rayo de la pureza de su alma; de sonrisa divina, que encerraba un mundo de ilusiones i de dicha.

¡Esa era Albina!

Cuando en las tardes, a la luz indecisa del crepúsculo, vagaba por las arboledas de su casa de campo o cuando para entregarse a la lectura se sentaba bajo el frondoso follaje de un naranjo, vestida sencillamente de blanco, entrelazada una flor en sus hermosos cabellos, parecia una de esas fantásticas huries del poeta o el ánjel misterioso de los campos, halagado por el arrullo de la brisa, el canto de las aves i el perfume delicioso de las flores!

Para animar aquella creatura tan hermosa, Dios habia creado una alma tambien hermosa. Inocente i buena, con un corazon capaz de amar i de sufrir, era el rayo de sol mas alegre i benéfico que iluminaba el santuario del hogar, el encanto de todos los que la conocian.

Si la belleza i la bondad son los inspiradores del amor, aquella mujer encantadora debia encender en los pechos la llama de una pasion inmensa i devoradora.

Sus miradas dulces, irresistibles, su anjélica sonrisa debian cautivar para siempre los corazones, llevándoles la felicidad o la desgracia suprema en esta vida.

¡Ai de aquel que la amara con una pasion de fuego, si no alcanzaba a obtener de ella el premio de una feliz correspondencia!

II.

Cárlos la vió i la amó.

La habia conocido desde pequeña, cuando con su cabellera

hermosa, esparcida por el leve soplo de la brisa, corria lijera i graciosa tras las mariposas que reboloteaban por el jardin.

La habia contemplado en medio de sus juegos infantiles, con sus mejillas sonrosadas, sus ojos grandes i expresivos, iluminados de alegría, i sus labios purpurinos entreabiertos por una sonrisa de inocencia i de candor; cuando, recitando al lado de su madre la bendita oracion de la tarde, parecia un ánjel hermosísimo que de rodillas en la verde alfombra de los campos elevaba su dulce i estática mirada hácia la bóveda azul de los cielos.

Cárlos abrigaba un corazon sensible i anhelante de felicidad i ternura: ¡la vió i la amó!

Mas tarde, al contemplar con asombro que el semblante risueño i gracioso de la niña tomaba el aspecto sério de la jóven, velado por una sombra de tristeza encantadora, i vió que habia mas esbeltez en su talle, mas profusion en sus cabellos, mas irradiacion de pureza en su mirada, mas exhalacion de bondad i ternura en su sonrisa, ¡ai! entónces su alma de veintitres años se estremecia involuntariamente i una chispa desprendida de esos ojos tan bellos fué a prender en su pecho un incendio de amor ¡nextinguible.

Desde ese entónces, Cárlos penetró en esa rejion misteriosa de los enamorados, donde se vive de la ilusion, se gozan tantas delicias i se sufren tantos dolores!

El mundo positivista i que vive solo de la realidad se burla con necias carcajadas de esos sentimientos, porque no los sabe comprender o jamas talvez los ha experimentado. Pero los que han amado deveras comprenden esas dulzuras i aun hallan cierto encanto indefinible en esos dolores, porque sus heridas se cicatrizan en el corazon i su llanto se seca en los ojos al suavísimo calor de la esperanza, miéntras el huracan del desengaño no viene a despedazar para siempre las flores mas hermosas de la ilusion.

Albina fué el ensueño, la ilusion, el ideal bellísimo de la poética fantasía de Cárlos.

Aquella imájen divina, adornada de magníficos hechizos, se habia esculpido, por decirlo así, en su cerebro que se la presentaba donde quiera, ya en sus dias de regocijo i de placer, ya en sus noches de insomnio i de dolor.

¡Cuántas veces, en el silencio de la noche, absorto en sus pensamientos, derramaba amargas lágrimas i fijando su vista en la luna melancólica, esa compañera misteriosa de los amantes, se decia para sí: ¿Quién soi yo para pretender el cariño de esa mujer divina? Pobre jóven sin méritos, poseyendo tan solo mi corazon de fuego, ¿cómo podré ser dueño de esa hermosura que me cautiva? Huérfano, marcado por el sello fatal del destino, que siempre me ha dado lágrimas e infortunio ¿cómo podré nunca gozar de tan inmensa felicidad?" I luego despues enjugaba las lágrimas ardientes que rodaban por sus mejillas i un rayo de esperanza ilu-

minaba el caos de su intelijencia, i una dulce, vaga, desconocida sensacion ajitaba por un instante todo su sér.

Cuando cerca de ella la contemplaba estático, palpitante su pecho de placer, deseaba declararle sus sentimientos, pero su voz se ahogaba en la garganta i se sentia débil i tímido bajo el encanto de su mirada irresistible. Mas si ella le hubiese mandado en ese momento combatir con el mundo entero i arrancar una estrella de los cielos, habria tenido el valor de morir si era necesario para conseguir su vano empeño.

¡Locuras del amor! ¡Extraño misterio de las naturalezas sensibles: el alma i el corazon de un hombre magnetizados por la hermosura i bondad de una mujer!

¡Era tan jóven! Aquel era el primer amor del alma; el amor de fuego, la ternura inmensa, la pasion devoradora!

III.

Era la tarde.

Los rayos moribundos del sol luchaban con las sombras de la noche, que se acercaba por momentos, resultando de esta lucha esa luz indecisa, opaca, melancólica del crepúsculo.

La naturaleza toda se revestia del encanto poético que hace tan bella esa hora misteriosa de las gratas ilusiones i los grandes pensamientos.

Quizás el poeta en esa hora arrancó de su lira las mas suaves armonías, el hombre de jenio meditó sus poderosas concepciones i el amante o lloró su desengañó o cantó dulcemente su felicidad!

Cárlos estaba allí, cerca de su adorada Albina, en medio de las flores del jardin, contemplando el espectáculo grandioso que se ofrecia a la vista.

Ella estaba mas hermosa que nunca, iluminado su semblante por los débiles reflejos de la tarde, envuelta en esa hora en el misterio de una belleza encantadora. De sus labios entreabiertos i de sus dormidos ojos inmóviles i fijos en el espacio infinito parecia exhalarse la sublime aspiracion de una alma jóven i anhelante de ternura.

Todo parecia hablarle de amor: las aves con su trino melodioso, la brisa que besaba los rizos de su frente, las flores que la acariciaban con su aroma.

Su amante se encontraba en uno de esos momentos excepcionales, en que sentia toda la fuerza de su pasion. Estando solos i en medio de una naturaleza magnífica i sonriente ¿cómo no declarar sus purísimos sentimientos?

Cárlos interrumpió al fin el silencio i dijo a su amada:

—¿Cuán bella es esta hora, Albina; la hora de los grandes sentimientos, cuando los recuerdos de las personas queridas se agrupan en nuestra mente i las ilusiones de la esperanza conmueven

nuestros corazones. Yo he sido huérfano desventurado del destino; he sufrido mucho; mi vida ha sido triste como el mismo dolor i la melancolía de la tarde aumenta mi tristeza, i una adorada imájen, que siempre llevo grabada en lo mas íntimo de mi alma, ocupa en este instante todos mis pensamientos.

—Es cierto, Cárlos, dijo ella, con la inflexion dulcísima de su voz; es esta tambien mi hora favorita. Cuando veo al sol ocultarse tras de los montes i extenderse a mi alrededor el silencio i la soledad, me reconcentro en mí misma i una sensacion vaga, indefinible se apodera de todo mi sér. ¡Ah! si mi querida madre hubiese muerto, su recuerdo quizás en esta hora habria desgarrado con mas vehemencia que nunca las fibras de mi corazon! Mas ahora que aun no puedo comprender su tristeza, porque mi vida se ha deslizado tan feliz en el seno del hogar, solo una aspiracion desconocida siento ajitarse en mi espíritu, aspiracion ideal que no sé hasta dónde alcanza ni hácia dónde va dirijda.

—¡Ud. no ama! replicó Cárlos, con el mas profundo desaliento; ¡Ud. no ama! Por eso el anhelo de su alma, indeterminado i vago, no tiene un punto fijo a donde dirijirse, sus misteriosos ensueños no tienen una realidad, su facultad de amar no ha encontrado el objeto de su amor. ¡Ah! ¡si Ud. supiera lo que es amor! ¡Amor es sentir dentro del pecho un fuego devorador, una atraccion irresistible hácia la persona amada; es sentir palpitar el corazon al influjo de la sonrisa de una boca divina, bajo la mirada dulce de una mujer encantadora; es una alma viviendo la vida de otra alma; dos séres confundidos en un ser; es gozar anticipadamente algo de las delicias sublimes del paraiso!

—¿Con que eso es amar? preguntó la jóven i con la mas sencilla injenuidad agregó: ¿I Ud. no ama Cárlos?

—Sí, Albina, yo amo con toda la ternura de que soi capaz. Cuando apénas salia de la infancia i contemplaba solo en el recuerdo las dichas de ese pasado feliz, yo miré hácia el porvenir i ví aparecer en su cielo una vision hermosísima i un ideal tan puro i bello como los sueños de la juventud se forjó en mi mente. Mas tarde encontré realizado mi ideal en una mujer divina, por la que se ha encendido en mi alma una llama inextinguible, i he gozado, contemplándola, los éxtasis de una ventura celestial. Pero si ella no me amara ¡oh! entónces la hiel mas amarga se destilaria gota a gota en mi pecho i mi amor no seria el paraiso, sino el infierno del corazon!

—En nombre de nuestra amistad ¿no podrá Ud. comunicarme su secreto? ¿Quién es i cómo se llama esa mujer encantadora que le ha cautivado para siempre? volvió a preguntar Albina, sonriendo con candor i naturalidad.

Cárlos sintió helársele el corazon en el pecho al comprender esa indiferencia que encerraban las injénuas interrogaciones de su amada, temiendo que no correspondiera jamas su viva i ardiente pasion.

—¿Quién es? ¿cómo se llama? Pues bien: Ella es hermosa como pudieran serlo los ánjeles de Dios, es una jóven que tiene, como Ud., los cabellos negros i los ojos grandes; es esbelta i airosa como las palmas mecidas por la brisa, pura como la ilusion del inocente, serena i linda como el tranquilo azul del firmamento; sus dulces ojos despiden una mirada irresistible, magnética, embriagadora i su sonrisa conmueve hasta lo mas íntimo del alma. Yo la adoro con toda la intensidad de mi pasion primera; es el sueño mas bello de mi juventud, la ambicion querida de mi corazon, la dulce esperanza de mi porvenir, la prenda anhelada de mi felicidad.—Siento que por ella seria capaz de la abnegacion del sacrificio i hasta del heroismo; pero tambien siento que, si ella despreciara mi inmenso amor, la luz del dia se velaria para mis ojos, mis gratos ensueños se convertirian en la mas horrible pesadilla, mi porvenir apareceria oscuro i tormentoso en el horizonte de mi vida, la paz i la dicha huirian para siempre de mí i el agudo puñal del desengaño grabaria en mi corazon desgarrado, con caractéres de sangre, estas palabras: "¡Sin esperanza!" Escuche, Albina: cuando mi juventud pisaba ya el umbral del mundo para penetrar en él, mi padre, próximo a descender al sepulcro, me llamó a su lado i me dijo: "Hijo mio, aunque eres un niño aun, con la prevision de mi ternura paternal he adivinado ya en tí una de esas sensibilidades profundas que consumen la existencia cuando a su fuego abrasador se opone la indiferencia i el hielo glacial de una alma querida; tu corazon se romperá quizás algun dia si no tienes valor; ¡ánimo, hijo mio, aprende desde temprano a soportar los reveses del destino!" Ahora conozco cuánta verdad encerraban estas palabras de mi padre, que entónces no pude comprender. Sí, ¡yo amo a ese ánjel con un amor profundo!—Con todos estos antecedentes, amiga mia, ¿qué diria Ud. al jóven que le declarara su pasion de esa manera? ¿qué le contestaria, repitió anhelante Cárlos, si Ud. ocupase el lugar de ese ánjel?

—Sería sincera para con él, contestó Albina ruborizándose ligeramente, porque comenzó a comprender talvez el alcance de las palabras de su amante; de mis labios no saldrian palabras de un engaño fatal. Si algun cariño guardaba en el fondo de mi alma para él, le diria: "Seamos felices, yo le amo tambien." Mas en el caso contrario, le responderia con franqueza: "Olvide, olvide para siempre."

Cárlos temblaba; su corazon latia con violencia, i él, enérjico i fuerte, se hallaba, sin embargo, en esos momentos tímido i anonadado ante la encantadora injenuidad de aquella niña a quien amaba con toda su alma.

—¡Oh! dijo al fin con febril exaltacion: ¡querida i hermosa Albina, Ud. es ese ánjel a quien adoro, Ud. la mas linda i buena de las mujeres, el bien anhelado de mi vida, la seductora esperanza de mi ventura!

Ante tan apasionada revelacion, el rubor coloreó súbitamente las mejillas de la jóven, que repuso con su dulce acento:

—Siento mucho, muchísimo, Cárlos, que Ud. haya abrigado en su pecho ese amor por mí, que quizás no lo merezco; pero debo decirle la verdad, yo no puedo amarle, solo le ofrezco mi amistad: "¡Olvide, olvide para siempre!"

—¡Olvidar, Albina! ¿I cómo olvido? ¿Puedo yo por ventura arrancar mi corazon del pecho i arrojarlo sangriento i palpitante léjos de mí? Nó; este amor nacido en la primera edad de mi existencia, me acompañará hasta la tumba. ¡Ah! ¡Ud. no me ama!

—El corazon no se manda, Cárlos. ¡Olvide, olvide para siempre!

—¿Por qué un amor tan inmenso no encuentra una merecida correspondencia? dijo Cárlos como hablando consigo mismo i con el acento de la mas profunda desesperacion; ¿porque yo soi un réprobo en esta vida? ¿porque soi un sér maldito por el destino?

—No piense mas en eso, amigo mio, interrumpió Albina. La vida se extiende delante de Ud. radiante de esperanza i de ventura. ¡Olvide, olvide para siempre! ¡Adios!

I diciendo esto se levantó lijera i graciosa i desapareció llena de encanto i hermosura por entre los árboles del jardin.

Cárlos fijó en ella sus grandes ojos, hasta que se perdió a su vista, i luego, dirijiéndose hácia el cielo, pudo verse brillar en su mirada una chispa del fuego sombrío de la desesperacion.

En seguida enjugó su frente sudorosa i se alejó rápidamente de aquel lugar.

. . . . . .

. . . . . .

Despues.... los dias, las horas, los minutos se pasaban cubiertos de la mas horrenda desventura para el pobre Cárlos. Aquella pasion, que habia brotado con tanta fuerza en su corazon sensible, no se podia extinguir. Le era absolutamente imposible olvidar a la encantora Albina. A todas horas i en todas partes le parecia ver grabadas con letras de fuego las palabras que ella, siempre hechicera, pero sin amor, pronunciara: "¡Olvide, olvide para siempre!"

En el pecho de aquel infortunado jóven se destilaba gota a gota la hiel amarga que solo pueden apurar los desesperados.

Por otra parte, Cárlos no poseia el dulce consuelo, el bálsamo suavísimo que cicatriza las heridas del dolor: la virtud de la relijion.

Habiendo perdido a sus padres desde mui temprana edad, ninguna mano cariñosa habia sembrado en su alma las semillas de la verdad i el bien, por eso en ella la funesta doctrina del escepticismo habia hechado profundas raices i en medio de los infortunios de la vida no le quedaba otro remedio que la desesperacion. Por eso cuando, acosado por sus sufrimientos, herido en las fibras

mas delicadas de su sensibilidad, se veia despreciado por su amada, que talvez dentro de poco tiempo prodigaria a otro las dulcísimas caricias de su amor, un pensamiento terrible cruzaba por su ajitada mente.

Era el pensamiento de un loco o de un cobarde o de un incrédulo: ¡el suicidio!

IV.

Habian pasado algunos años.

Era una noche del mes de enero.

La luna, radiante en medio del azul purísimo del cielo, derramaba sus rayos pálidos i fantásticos sobre los tejados de las casas de la capital. En una de esas casas i en un salon profusamente iluminado i adornado de flores, colgaduras i magníficos espejos, se bailaba con animacion i regocijo.

El baile es la diversion favorita de la sociedad. Bien entendido es una frivolidad; pero el que posee el sentimiento de lo bello goza en ellos dulcemente. Los acordes armoniosos de la música, el acento dulcísimo de las hermosas, sus miradas de fuego, sus sonrisas hechiceras, llegan hasta el alma i la conmueven de una manera agradable.

El placer i el amor juegan el principal papel en esas bellas reuniones i nadie negará que con ellos se puede gozar dulcemente.

En su principio el baile es callado, sério, moderado; en su mitad, festivo, alegre, encantador; a su término, en fin, los danzantes se retiran divididos en tres categorías: los felices con un mundo de ilusiones en la cabeza, los desgraciados con un desengaño mas en el corazon i los indiferentes con sus cuerpos fatigados i sus ojos soñolientos. Pero, dejemos la disgresion a un lado.

El baile de que hablamos era motivado por la celebracion de una fiesta de bodas. Albina, la encantadora jóven, acababa de dar su mano i su corazon a Alberto, jóven apuesto, elegante i rico de la capital.

Allí estaba ella como la reina de la belleza i de la juventud. En medio de tantos astros deslumbrantes, eclipsándolos a todos.

¡Qué hermosa estaba!

Sus cabellos negros i rizados caian sueltos sobre sus espaldas en una magnífica i profusa cabellera; sus sienes alabastrinas estaban ceñidas por una corona de flores blancas, emblema de la pureza de su alma; sus miradas eran de amor, sus sonrisas de felicidad; su seno, cubierto por el albo tul de la vírjen, se levantaba palpitante con la ajitacion amorosa de la novia.

¡Qué hermosa estaba!

Alberto la contemplaba extático, fascinado por los grandes ojos negros de su esposa, que se fijaban en él con una intensidad

dulce, acariciadora i se sonreia venturoso al ver feliz i correspondida su pasion.

¡Qué cuadro tan encantador aquel, de juventud, de belleza, de placer i de amor!

¿No habria por ahí en el mundo, en ese valle de lágrimas, donde miéntras unos rien con el alma alegre, otros lloran con el corazon desgarrado, no existiria una desgracia antitésis de aquella felicidad? ¡Ah! sí, i no mui léjos!

Las doce daban todos los relojes de la ciudad i el fresco apacible de la noche penetraba por las ventanas abiertas del salon.

Frente por frente de aquellas ventanas i con solo la calle solitaria i silenciosa de por medio, en una habitacion modestamente amueblada, se paseaba un hombre con marcada ajitacion.

Ese hombre parecia un loco. Sus cabellos estaban desordenados; sus ojos sanguinolentos miraban extraviados, sombríos, errantes; por su frente contraida de una manera terrible se destilaba un sudor copioso, helado; su semblante estaba estremadamente pálido i sus labios descoloridos se entreabrian de cuando en cuando para dar paso a una sonrisa amarga i desesperante.

¡Era Cárlos, el amante despreciado!

Sobre una mesa-escritorio, en medio de unos papeles i libros esparcidos en confuso desórden estaba un revólver, al parecer cargado i la luz opaca o ténue de una vela de sebo iluminaba todo ese cuadro que presajiaba algo de sombrío i aterrador!

Cárlos continuaba su paseo, ajitado en el mas profundo silencio, interrumpido solo por el eco cercano de los acordes de la música i el ruido de la animacion jeneral del baile. De pronto se detuvo juntó a su ventana, escuchó un momento i en seguida se retiró de ella lanzando una tremenda carcajada, la carcajada de un loco, de un desesperado.

—Allí está ella, dijo amargamente, siempre hermosa como un arcánjel en medio del placer i el regocijo; ¡ella, a quien adoro, a quien idolatro! ¿I por qué la amo? ¿por qué? cuando risueña i amante concederá a otro hombre su ternura i a otro dará la mas dulce felicidad, miéntras que a mí se me destroza el pecho de dolor. ¿Por qué?.... ¡No lo sé!.... ¡Crueldades del destino!... ¡Maldicion! ¡Ella no será mia nunca! ¡nunca! pero ¿qué importa? Tendré otra esposa: ¡la muerte! ¡Oh, muerte bendecida por los desgraciados, yo te llamo; venid, yo anhelo que tú seas mi compañera eterna; tú me ofreces un lecho nupcial, silencioso i solitario, donde se encuentra el reposo que no existe en esta vida amarga!

Se sentó junto a la mesa i enjugó el sudor de su frente i mirando de un modo sombrío el arma criminal, continuó con acento doloroso: ¡Dulce es morir cuando se siente atravesado el pecho por cien dardos que le hieren rudamente! ¡Dulce es morir, mui dulce, cuando el corazon mana la sangre del desengaño, el alma destila la hiel de la amargura i se bebe a todas horas el ve-

neno lento del martirio! ¡Dulce es morir!.... Oh, tiempos misteriosos del pasado ¿qué os hicisteis? ¿Quién pensaria que las ilusiones de oro que mecieron mi cuna i los gratos sueños de mi juventud primera se habian de desvanecer mas tarde como el humo, ¡para siempre! ¿Quién creeria que las bellísimas flores de ventura i esperanza que entreabieron mis ensueños, habian de ser tronchados por el huracan del dolor i despedazadas sus hojas matizadas para clavarme en el corazon sus punzantes espinas? ¡Dulce es morir!....

¡Ella es hermosa como la purisísima ilusion de mi fantasía i la he amado i la amo como nadie puede amar! ¡Sin embargo, pertenece a otro, para otro es la ternura de su alma!.... Ella era mi vida, mi esperanza, mi felicidad. Yo habria anhelado colocarla en un puesto tan alto que todos la habrian admirado i adorado como yo. Habria cojido ramos de mirto i de laurel para coronar su frente i habria llegado hasta el heroismo para evitar que el llanto marcara con su huella fatal sus sonrosadas mejillas! ¡Ah, si ella me hubiese amado!.... ¡Dulce es morir!

Tales eran los pensamientos que cruzaban por la exaltada fantasía de Cárlos en los instantes solemnes en que meditaba un suicidio. Hallaba dulce la muerte por serel término de sus horrendos sufrimientos. ¡Mentira! La muerte de un suicida es el término del sufrimiento terreno; pero el principio del eterno dolor.

El que esto escribe no concibe el suicidio sino como un acto de cobardía o de locura o de incredulidad.

Es natural que se dé la muerte el cobarde que no se siente con el valor necesario para soportar con entereza los reveses del destino i ser un héroe despreciando las torturas del sufrimiento.

Un loco no sabe lo que hace i se mata.

Un incrédulo no posee el bálsamo divino de la esperanza para mitigar su desgracia; cree encontrar la nada en el fondo de la tumba, i pretendiendo concluir su dolor concluye con su vida.

Reflexionando en esto, un destello de luz quiso iluminar por un momento la acalorada mente de Cárlos.

—¡Dulce es la muerte, se dijo; yo no puedo apurar por mas tiempo este cáliz tan amargo; mi pasion es inmensa i mi corazon se hará pedazos! Pero, ¿qué habrá mas allá de ese lecho solitario que me ofrece la muerte? ¿La nada?—¡Quién sabe!....

¡La duda cruel ajitaba su espíritu i en tan tremenda lucha sus ojos estaban sin lágrimas i de sus labios se escapaban las blasfemias del desesperado!

El no podia exclamar con el poeta:

Era tu amante. Desdeñado, triste,
I el triunfo viendo de un feliz rival,
La esperanza perdida de hacerte mia
I de obtener tu corazon jamas;

I arrancar no pudiendo de mi pecho
Ni tu memoria, ni mi amor fatal,
Siéndome odiosa ya sin tí la vida
I un infierno sin tí la eternidad;
Volví mi corazon i alcé mis ojos
Con lágrimas al Padre universal,
I le pedí que me tornase en nada
O se dignase verme con piedad.
I El me escuchó; la voz oyó de su hijo;
Tornó mi corazon a palpitar,
I una esperanza anjélica, divina
Bajó del cielo i sosegó mi afan.
¡Ai, la hermosa mujer que tanto amaba
De improviso ante mí despareció,
I en su lugar brillante alzóse un ánjel,
Un ánjel, sí, brillante mas que el sol!
Cayó la carne: el alma presentóse;
Yo comprendí la gran bondad de Dios,
Yo comprendí que todo aquí no acaba,
Que hai otro mundo de inmortal amor.
I ya inspirado con tan grande idea
Pulsé mi lira i levanté mi voz,
I te cité para el postrero dia
Para el reino infinito del Señor.
I aunque lloraba, dulce me era el llanto,
Que iba mezclado con mi triste adios
Un dulce sentimiento de esperanza,
Que aliviaba el pesar del corazon!

Estos bellísimos acentos, arrancados de la lira de un poeta cristiano, no podian exhalarse del alma naturalmente escéptica de Cárlos. Su intelijencia estaba ofuscada, su corazon conturbado, la luz de su fé apagada por los sombras de la duda.

De improviso, talvez movido por una inspiracion de Satanás, se levantó, abrió un pequeño postigo de la ventana i miró. El baile estaba en su mayor apojeo; Albina i Alberto, siguiendo los sones animados de un valse, bailaban en medio de los aplausos de la reunion. Ella, medio reclinada su hermosa cabeza sobre el hombro de su feliz compañero, le envolvia en una mirada amorosa i le acariciaba con su sonrisa encantadora.

Cárlos retrocedió ante aquella imájen que le desgarraba el alma.

—¿Qué me importa la vida? exclamó; ya no puedo ser feliz.

I cojiendo el arma fatal continuó:

—Quizás el sacrificio de mi vida va a quedar ignorado para siempre. Voi a morir por su amor, i i ella no lo sabrá jamas.

¡Qué idea tan propia i tan digna del corazon humano que hasta en los momentos supremos en que va a abandonar este mundo

de vanidad i orgullo, i cuando solo el sepulcro se ofrece ante la vista, anhela ocupar un lugar en el recuerdo de los hombres. Por eso aquel amante despreciado que ciego del espíritu se decidió a concluir con su existencia, no tuvo el valor siquiera de un sacrificio ignorado i escribió:

"¡Adios, hermosa i amada mia! No quiero que el cruel tormento de contemplarte feliz en brazos de otro mortal afortunado, miéntras que yo te idolatro con locura, me haga morir de una manera lenta i atroz. Mejor es que yo mismo termine mi existencia desventurada para reposar pronto en el seno de una tumba! ¡Adios! ¡Muero adorándote!

CÁRLOS."

Despues de escritas estas líneas, ahora, dijo, quiero verla la última vez; i se aproximó al postigo abierto.

Alberto i Albina habian salido a gozar del ambiente puro de la noche i recliuados en uno de los balcones se hablaban de amor. La luna iluminaba con su luz mas bella aquellos semblantes risueños i apasionados. Cárlos fijó en ellos sus ojos extraviados, su frente se contrajo horriblemente, i sostuvo el arma criminal con sus manos crispadas i temblorosas.

—¿Eres feliz mi adorada Albina? ¿Me amas? preguntó Alberto, a su linda compañera.

—Soi mui dichosa, contestó ella. Te adoro.

I los labios de los dos esposos se acercaron.

En aquel instante el sonido dulce de un beso coincidió con la furiosa detonacion de un tiro.

Cárlos rodó sobre el pavimento de su habitacion revolcándose en su propia sangre.

V.

Muchos años despues que acaecieron los sucesos relatados, en una hermosa tarde de setiembre, penetraba por la puerta del cementerio de la capital un hombre vestido rigurosamente de negro.

El sol declinaba hácia el ocaso i bañaba con sus rayos pálidos i maribundos las tumbas del cementerio, dando a ese recinto de la muerte un aspecto triste i fantástico.

Los verdes cipreses se columpiaban blandamente a impulsos de una brisa suave. Todo era allí imponente en medio del silencio i la soledad.

El hombre vestido de negro, con su semblante pálido, profundamente meditabundo i melancólico, se dirijió a una de las tumbas donde crecian las flores i se elevaba una modesta cruz. Sobre su losa de piedra se leia este nombre: "Albina."

Allí se arrodilló, exhalando un sentido suspiro de lo íntimo de su alma, elevó sus ojos al cielo i oró.

Escuchemos sus palabras:

—¡Oh tú, adorada Albina, que duermes en el seno de esta tumba el eterno sueño de la muerte, atiende a las palabras de tu amante. ¿No se ajitan tus cenizas al oir la voz del que te amó en la vida con toda la ternura de su corazon?

Yo soi aquel jóven infortunado a quien cautivaste con tu hermosura divina i a quien desgarraste el alma con tu desprecio.

Era mui jóven. Mi vida se deslizaba tranquila, acariciada por los dulces encantos de la ilusion, cuando te conocí radiante de belleza i de bondad i cual una májica hechicera me diste a beber en tu sonrisa i en tu mirada el tósigo fatal con que te hiciste dueña de todo el amor de mi alma.

Hoi que tú yaces bajo la losa de este sepulcro, ¡cuántos recuerdos tristes evoca mi imajinacion! ¡Ah, tú no me amaste! i yo, cegado por la locura de mi corazon i el escepticismo de mi alma, atenté criminal contra mi vida! ¡Oh, qué noche aquella! La luna iluminaba tu hermoso semblante i el de tu novio; los dos se hablaron de amor, se acariciaron i yo caí sin conocimiento, herido por mi propia mano. Afortunadamente aquella herida no fué mortal i cuando volví en mí, volvió tambien a mi alma la luz consoladora de la fé. Mi dolor fué intensísimo al medir toda la extension de mi desgracia; pero la dulce esperanza de que allá en el cielo tu alma corresponderia mi amor, era un bálsamo eficaz que mitigaba el pesar de mi corazon.

Desde entónces he sido el mártir de mi amor i he sido un héroe soportando con valor mis sufrimientos i amándote siempre desde la oscuridad con la misma constancia i la misma intensidad.

¡Oh, dulce amor de mi vida, hoi que gozas en el cielo de la plenitud de tus facultades, i conoces la pasion purísima que abrigué por tí, dirije una mirada cariñosa sobre mí i espérame en la eternidad, entre tanto que yo elevo al Eterno mi plegaria porque tu goces en las alturas de la felicidad suprema de los ánjeles.

Dichas estas sentidas palabras, el hombre de luto se levantó i enjugando una lágrima se alejó del cementario.

¡Era Cárlos, el suicida rejenerado, el mártir del amor!

JUSTO MOLINA.

RECTIFICACION.

En nuestro número anterior, en el artículo titutado *Los paisajes del señor Jarpa*, se incurrió en dos erratas que alteran notablemente el sentido.

En la pájina 923, línea 16, dice: "En la obra artística, como en la obra cómica," debe leerse: "como en la obra cósmica."

Mas abajo, en la misma pájina, línea 30, dice: "El artista tiene que trabar como un demonio oculto," etc., debe ser, "con."

JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

(Conclusion.)

Nada objetó el relijioso, ni mostró reprochar mi impertinencia. Su virtud era muda i su corazon era manso.

Aceptaba las comodidades que le ofrecian, lo agradecia i no usaba de ellas.

Mi tio, en su prision, dormia sobre las duras tablas, i los colchones estaban debajo de la cama, enrollados conforme los trajeron.

Ví, sin embargo, que a diferencia de los trapenses, tenia una almohada por cabecera, i observé que sobre ella habia un crucifijo. Es de inferir que el humilde prelado durmiese abrazado al Redentor del mundo.

Al cabo de mas de media hora de silencio se frotó las manos i me invitó a que diéramos un paseo.

La palabra paseo me extrañó al pronto, supuesto que estábamos encerrados en un calabozo que medía doce pasos; mas él, penetrando mi sorpresa, la calmó diciéndome: "Diez veces diez, ciento, i todavía nos sobran veinte pasos."

Anduvimos, i ese fué mi peor rato, porque el buen señor tenia en la punta de las uñas la *Física del padre Guevara*, i yo, que comenzaba a estudiarla, la aprendia tan mal, que apénas acertaba a responderle.

Pasó por alto las reprensiones, i digresando, me daba para mas adelante consejos mui sanos para el alma, encareciéndome sobre todos el de que no leyese a *Ovidio*.

Quiso sin duda referirse a el *Arte de Amar*, pero no exceptuó de aquel poeta ni *Los Tristes*.

Acúsome de haber faltado al precepto de mi superior.

Leí a *Ovidio* mas adelante: lo leí con excrúpulo al principio, i luego me cebé en sus versos con la misma avidez que los sintió

en su alma melancólica, al derramarlos como lágrimas i como flores de eterno llanto i primavera eterna el mas poeta de los poetas latinos.... Perdóneme la veneranda memoria de mi tio, i perdónenme los justamente admiradores de Virjilio i los estudiosos apasionados del culto Horacio.

Al anochecer llegaron en busca mia para recojerme al colejio; al despedirme del hermano de mi padre recibí su bendicion. Esta bendicion era santa, pero no fué tierna; la acompañaba la uncion evanjélica, mas no sentí que fuera en ella la corriente de amor de la sangre....

Apénas entré en el colejio me llamó el director a su cuarto: allí me hizo varias preguntas capciosas, reservándose por último la cinta verde, hasta que me tocara hacer otra visita.

Apesarado a ratos i a ratos contento, me hallaba yo a la espera del inmediato dia festivo, cuando nos vino aviso urjente para que fuese a despedirme del prior que iba a ser puesto en libertad.

Acompañado de un pasante anduve que volábamos, i nos vino a punto, porque a la puerta de Atarazanas encontré a mi tio, sin mas cortejo que un lego que me era ya conocido.

El miedo que se revelaba en el lego le valió para con Dios mucho mas sin duda que todas sus penitencias anteriores. En cada nacional veia un *sayon judío*, i mal pienso si allá en sus adentros no se consideraba forzado como Simon Cirineo, miéntras yo, que temia mas a mis parientes que a todos los nacionales de la tierra, no me atrevia a enjaretarme la cinta verde.

No así el prior, que como no temia ni debia en su conciencia, iba sereno, con la mano derecha dentro de la manga izquierda i la mano izquierda dentro de la manga derecha, caminando despacio, a donde quisiéramos guiarle.

Guiaba el lego, i despues de atravesar largo trecho de la rambla, no sin algun sarcasmo, entramos en el portalon de una posada de arrieros, sita en la calle Condal.

Era bastante mas de mediodía, i por la hora i por las otras razones que se desprenden, parecíame que mi tio tomaria descanso en la posada, cuando en esto salieron a nuestro encuentro, mui aparejadas, las mulas de paso del convento de Peralada.

Durante el tránsito no habia proferido el prior ni una palabra; pero en cuanto llegó su mula le acarició el morro, la llamó *Currutaca*, i sin mas dilacion cabalgó en ella.

Faltábale tiempo al lego para trepar a la suya, mostrándose tan atropellado, que por tres veces, hasta enmendar la zancada, hubo de tropezar con las alforjas, que eran panzudas.

Harto se comprende lo desairado de mi posicion en aquellos momentos.

El conflicto por la duda de la prision estaba felizmente resuelto; el grupo para la nueva situacion formado ya i a punto de partir i funcionar en la dichosa esfera de la libre voluntad. En todo habia relacion, en todos se mostraba la armonía, el conten-

to, la prisa, el ánsia i solo yo parecia desperdicio olvidado, desprendido del corazon monástico i de la preocupada memoria de mi tio. Solo yo tenia que volver al colejio, cabizbajo i por mis pasos contados, sin recibir una muestra de cariño.

Aquí volví a acordarme de mi padre, i me ocurrió compararlo con su hermano, en cuanto son comparables una espada de ceñir i un breviario cualquiera.

Mi padre, dije, mi padre, enflaquecido por los trabajos de la guerra, demacrado por los desvelos de la familia, inválido por sus heridas, me colmaria ahora de caricias, i penetrando en mi alma me llevaria consigo, hasta sobre sus mismos hombros; al paso que mi tio, austerizado por la meditacion espiritual, se va sin siquiera despedirme.. . Dije otras cosas, todas a propósito para herir mi corazon de niño, i ahora añado que en este mundo, una vez muertos los padres, no vale decir: "Tio, páseme el rio."

Acto contínuo el prior emprendió su marcha de retorno, regalándome en suma dos dedos de bendicion, quiero decir, echándome de pasada su santa bendicion con el dedo índice i el que le sigue.

Apresuradamente le besé la mano, i solo el lego dió claras muestras de su buen deseo en lo de vernos pronto por allá.

Esta es la abreviada historia de la prision i suelta de mi tio el prior de Peralada, al que a pocos meses alcanzó la muerte.

Cuentan que nunca se quejó de sus perseguidores; pero añaden que no fué bastante a sobrellevar el peso con que las persecuciones le habian agobiado.

Si así es, no supo el relijioso empalmar dos tiempos distantes, relegando a sus enemigos a aquel espacio intermedio que de su propia vida le usurran. No puedo empalmar dos tiempos, a la sublime manera que lo hizo frai Luis de Leon.

La cuestion era de alma, i la suya no atinó a decir *deciamos ayer*.

Adicion cuarta.—Decia Cuvier: "Dadme un solo hueso, i os completaré el esqueleto del animal a que perteneció."

Diéronsele, i por método analítico ha reconstruido las especies que fueron i no son.

Espíritu i materia constituyen el sér humano. Dadme a mí en toda su pureza un solo rasgo de un alma i os completaré su historia.

El cuerpo es cárcel movible; i en ella la vida forzosamente vagabunda, encierra, lleva i pasea el espíritu, como Jinés de Pasamonte mostraba por el mundo su retablo; mas no siempre la historia de un alma es la de su cárcel.

A veces a un alma sana le toca caer en naturaleza enferma, i son las contradicciones; i casi siempre al cuerpo i al alma les toca andar sobre suelo ingrato.

Suele acontecer con el hombre lo que con las plantas exóticas,

por lo cual, casi todos nosotros, nos sentimos desterrados en la tierra.

Cada vida es una historia manifiesta; pero el alma de cada creatura, forzada muchas veces a las funciones de la conducta práctica, esconde sus dolores, guarda sus secretos, encierra su pudor dentro de sí misma.

Misterios individuales llama el vulgo a los factores de la secreta conciencia.... Dadme uno bien definido i conocido otro factor de la vida manifiesta, eliminando actos, os resolveré el problema del *hombre íntimo.*

Para disculpar tan atrevido aserto, ¿quieren mis lectores conocerlo por sí mismos sintéticamente? ¿Quieren verlo por intuicion? Pues miren al Calvario, i verán que a los lados del Justo crucificado, expian en idéntico patíbulo el *buen* i el *mal* ladron. Señalado ya este punto histórico, se demuestra por solo el raciocinio, como la relijion de la moral, de la inmortalidad i de los dogmas completa la idea clara i necesaria de la perfecta justicia, que no de otra manera existiera, i que de no existir, la humanidad creada fuera sarcasmo de su Creador.... El Justo sacrificado en la vida efímera *es Juez Supremo en la vida eterna.*

Marieta llamó a las puertas de los ricos para que la sumaran con sus servidores, i no cupo; llamó a las de la caridad, i estaban cerradas; llamó, rogó, lloró i anduvo.

La jóven de dieziseis años, la vírjen que aquí llama, allá ruega, luego llora, i anda i anda de puerta en puerta, es la historia de un alma desterrada que va en cárcel movible, llevada a tropezar con el verdugo, sin buscarle.

El verdugo violenta la cárcel para saciarse en la vida de la víctima, pero la víctima i su vida no son su alma, ni la historia de su alma.

Yo perdí de vista a Marieta a medida que la ofuscaban las nieblas de la miseria en que se hundia. De vez en cuando, de tarde en tarde, solíamos recordarla, i decian: "Por tal parte pasó."

Iria dejando en harapos su modesta ropa por áspero camino, miéntras su alma inmaculada la revestia de candor; ¡qué bien la conocí!....

¡Flor nemorosa, digna de ser presentada en vaso de oro en la mansion de un príncipe! Flor que apénas exhalaste tu divino perfume en el desierto, ¿dónde está tu sepultura? ¿en dónde están tus frutos?....

Pasad al contacto de la memoria mia sucesos de mi infancia, eslabones de la cadena de mi vida, pasad, pasad rozándome el corazon, que os voi contando....; los blandos de la niñez, los leves de la juventud, los duros de la ancianidad se anudan por el recuerdo i todos gravitan con igual pesadumbre a medida que caminamos sin fuerzas al término de la existencia.

A cadena perpétua nacemos condenados, i la filosofía vulgar, la filosofía aplicada a la vida es la cancion que canta el cautivo

del tiempo al compás de su cadena. Así, por estos trámites, en la edad cansada narramos el pasado cancionando nuestra niñez, nuestra juventud, nuestra vejez. Cancionando nuestras tres edades; la primera con envidia, la segunda con arrepentimiento, la última con tédio.

I así, yo contaré, para luego volver a mi propósito, como huidos los años de la adolescencia nos hallábamos ocupados en la guerra i serviamos en un mismo rejimiento, mi primo Antonio i yo.... ¡Trece años se habian deslizado desde que Antonio dijo a Marieta: "¡Guárdame en tu corazon como yo te llevo en mi memoria!" I sucedió que en un combate mi primo cayó herido de mucha gravedad.

Lleváronle a Pamplona i yo seguí las operaciones militares; mas al poco tiempo se dispusieron éstas de modo que nos tocó recaer i descansar en aquella ciudad en donde adolecia mi pariente.

Le hallé en mui mal estado; la fiebre le devoraba i apénas me conoció. Quedéme a velarle i la ausencia de amor solícito en tan humilde alojamiento, i el dolor del enfermo, todo tan opuesto a las comodidades de su casa i a sus pasadas alegrías, me contristaron.

Antonio pedia agua sin fijar a quien ni nombrar a nadie; pedia agua como si la demandase a los rios i no le bastaran.

La saciedad no le duraba un minuto; se ajitaba i caia, hasta que allá a la media noche quedó postrado.

Esperé que le entrase la agonía; pero cuál no seria mi contento cuando a las pocas horas despertó sereno i al encontrarme a su lado pronunció mi nombre i me besó.

Limpiábale yo el sudor que a chorros le corria por el rostro a tiempo que advertí que se distraia rejistrando la estancia.

—¿Qué buscas? le pregunté por dos veces, sin que me respondiese ni cesara de buscar en torno suyo.

Los ávidos ojos del enfermo, junto a la extrema palidez derramada en su rostro como sombra de muerte, le daban el aspecto de un cataléptico que despierta dentro del ataud.

Sentí temor de que le poseyera el delirio i creció mi sospecha al oir que me preguntaba por Marieta.

—¿Se ha ido Marieta?—me dijo—¿se ha ido Marieta? ¿por qué se ha ido despues de apagar mi sed con el agua de la fuente de mi casa? ¡Bendita sea! He bebido mucho en un cántaro mui hondo vertido con su mano jenerosa por toda mi boca....

Esto me habló con debilísima voz, mas la fiebre le calmaba por momentos, i balbuciendo el nombre Marieta, quedóse otra vez dormido, con muestras evidentes de que habia terminado la crísis.

Velé su sueño, i velando, mecido en los recuerdos que sus últimas palabras me habian despertado, me quedé tambien dormido.

Ví penetrar un óvalo de luz semejante a las elipsis radiales que circundan a las vírjenes de la escuela bizantina.

Al principio la irradiacion concéntrica rechazaba la mirada, hasta que un rocío apacible se interpuso entre mis ojos i la luz, i de aquel seno deslumbrante se desataron bandas de iris apacibles que se movian en círculos espirales.

Llovian las ténues gotas en el fondo del óvalo, i juntas cuajaron una flor.... flor de los bosques, violeta sencilla, que apénas nace inclina por modestia su corola.

La florecilla del monte, la hija preciada de la luz i del rocío, tomó cambiantes de las bandas del iris i arrebatada luego jiró con ellas en vertijinoso movimiento.

La luz, el rocío, las bandas, la flor se condensaron en el foco del óvalo, i como en la copela del químico tras de la crespa luminosa brota puro el boton de oro, surjió del centro del óvalo la viva imájen de la pobre i sencilla Marieta.

Dios habia colocado en aquella creatura ciertos contrastes que solo se armonizan en el corazon del bueno. Puso en ella las contradicciones que se suman por la lójica del sentimiento; i así, de la incorreccion i de la belleza física que singularizan el sujeto del oríjen humilde que abate i de la dignidad que eleva, de la pobreza que desdora a la mujer i del pudor que la enriquece, creó la peregrina, dejándola sobre la senda de un valle de lágrimas, para que allí fuese encontrada i enaltecida por el hombre, i la modeló para que de él fuese amada i ella le amase.

Tal la seguí en sus primeros pasos; nos desvió el destino, i al término de trece años me apareció en sueños, entre rayos de luz, i señalada con sello de dolor....; vision misteriosa que no sé si revela mi corazon o simboliza su historia.

Marieta estaba en el centro del óvalo radiante, tan jóven i sencilla como la habia perdido, envuelta en la niebla de la miseria, i yo desde la baja sombra la contemplé a distancia, en la riente claridad del imitado cielo.

Se apoyaba sobre espinas,. con los piés desnudos, i su frente ceñía corona funeral de siempre-vivas.

No insinuaba impudor la corta saya de su anterior costumbre que vestia; sea porque las leves formas de la vírjen llevaran velatura de inocencia, o porque en la costumbre apagase el deseo; i aunque le ví desabrochado el seno candoroso, no alcancé a ver el tesoro de sus redondos pechos... La virtud es avara; lo guarda todo para sí sola, i los codiciosos de la virtud de la mujer son castigados en su culpa, sin que logren hartarse del castigo.... Miré i miré.

¡Oh libertad del sueño! ¡Oh delectacion de los sueños! ¡A los niños los pasea por el cielo, a los hombres los arrastra por las sensaciones terrenales! No parece sino que a medida que crecemos se nos acortan las alas del alma.

Yo, solo atento al desceñido seno, rejistraba hácia el tesoro

oculto en que nunca sondó la audaz ojeada del fuerte, i entónces mismo a la débil creatura le asomaron dos lágrimas, i extendió la diestra, en que mostraba una moneda hecha ascua, miéntras que con la izquierda se levantó de sobre el corazon el casto i breve pecho. Tan breve que todo le cabia en el hueco de aquella mano.

¡Ai! del que dijo "¡hasta el placer nos duele, hasta el dolor nos place!...." ¡miré i miré!.... bajo aquella mamila casi impúber se escondia una herida, i se descubrió una llaga profundísima...

"¡I tú que apagas la sed ajena! ¡I tú que calmas la fiebre del doliente i alivias las heridas del ingrato!" ¿Tú lloras i me enseñas tu lacerado corazon, pobre Marieta?.... díjele i sonreia la inocente; pero las dos lágrimas asomadas le rodaron desprendidas, i de sus ojos cayeron calientes en los mios.

Al punto desperté, palpé las lágrimas, i cuando quise adorar a la infeliz mujer que las habia derramado sobre mis párpados, ya no encontré en el óvalo radial la mística vision.

La luz del sol, que penetraba por las hendiduras de una ventana carcomida, me ofendió las pupilas.

Reconocí mi estado, repuse mis sentidos i acudí al enfermo. El enfermo dormia.

Ultima adicion.—Conmemoraba los juegos de mi niñez i dije: "Despiértanseme los oidos, figúraseme que escucho la voz de los que ya no existen." "Paréceme que presencio las francas escenas de la vida, en aquel aislamiento donde el mundo era la casa i la casa era un mundo." "No quisiera terminase la carrera de mis dias, sin ántes llegarme a la casa en que fueron mis mayores, contemplarla desierta, galvanizar sus muertos que, con la fuerza de mi voluntad, los veria levantarse a saludarme...."

Retrocedia en el tiempo con amor, i no por otra senda la memoria halla frescas las huellas del pasado. Pero tal es el corazon del hombre, que estas mismas huellas amorosas, embellecidas por la distancia, una vez pisadas retrospectivamente pierden la frescura de un rocío de purísimas ilusiones, que el alma desterrada habia derramado en el espacio, i ya entónces asoman los abrojos.

Todo recuerdo es una síntesis impulsiva, i la deleitacion sobre el recuerdo es exámen.

¡Ai, todo análisis encierra dolor! Al hogar de mis mayores se calientan hoi los ajenos de mi sangre, i ellos le llaman suyo.

Las leyes se lo han dado entero; suyo es, en efecto, mas yo a mi turno vuelvo los ojos hácia la santa justicia i exclamo sin envidia: "Tú eres la verdad destronada." Mi último pariente morador de aquella casa, hace poco que murió de puro viejo en el mismo cuarto en que habia vivido ochenta años sin abonos de servicio.... frase militar.

Era todo un solteron catalan que, como dije, llaman *fadrí estern* (soltero externo) por mas que no se aparten del techo en que

nacieron, i aquí con lo dicho va sobreentendiendo que mi pariente tenia condicion de gato.

El caso es frecuente en Cataluña. El soltero, que allí madura en tal estado, se apega a las paredes mas que a los parientes, se suele adherir (de afecto) a la criada que le hace la cama, i solo por excepcion establece relaciones de paz, amistad i concordia con un su único perro.... ama a las paredes, con los parientes habla, estima a la criada, i con el perro intima, pasea, caza, le sirve la comida i duermen juntos, si bien nunca tan juntos que se toquen, pues el solteron catalan de suyo es cómodo, i una de las mayores dichas a que aspira es a que no le piquen pulgas. Vean ustedes ahora por qué distintos modos se acercan, se juntan i confunden los extremos que median entre el sueño de delicias del divino poeta i las delicias del sueño del soltero catalan. Esta que acabo de soltar es la mas limpia de todas mis observaciones depuradas en el crisol de los cincuenta años: recójanla los lectores i aseguren que cuando el poeta delira i canta i el solteron catalan sueña i ronca, no son mas que dos instrumentos en la orquesta del eterno concierto que arrulla el universo. No son mas (i créanme i afírmenlo) que el arpa i el violin. La finura, la delicadeza para el goce de los oyentes está en que cojan la armonía de las desarmonías.

I vuelvo a mi pariente.

El buen señor, miéntras que a disfavor de un dia tras otro vió morir i hubo cerrado los inertes párpados a quince o veinte de los suyos, siguió impasible, sin alterar sus horas ,rezando por las noches el rosario en aparente comunidad con los difuntos, sentándose a la mesa de los treinta cubiertos él solo, paseando a lo largo i a lo ancho sin estorbo, recorriendo dormitorios desiertos, soplando el polvo reposado en las imájenes pintadas en las camas, reponiendo el agua bendita de las pilas puestas a las cabeceras, etc., etc., i matando cucarachas.

En tanto mantenia completa la servidumbre doméstica i aguardaba a un sobrinillo, oficial de marina, en quien habia recaido la herencia, como se ve, por un trancazo de la muerte en el billar del mundo.

El tal mozo se encontraba en Filipinas, i mas tardó en llegarle el soplo que él en venirse.

Verdad es que el soplo le fué por el Cabo de Hornos i él volvió por las Pirámides.

¡Costumbres acuáticas! Llegó en buen hora, acompañado de cien botellas de rom, puras vírjenes de Jamaica, de las que al primer beso alumbran (por si no vale decir) que al primer beso cada doncella pare una bacante.

Tomado que hubo posesion de su casa el jóven marino colgó una hamaca, en que dormia vestido, se despertaba para fumar, dejaba de fumar para beber poquito, andaba al dia como dos escolares; i fumando i bebiendo dijo un dia a su señor tio con pala-

bras *frescachonas* que a un mayorazgo rico como él era, le convenia apropiarse una mujer.

—Sobrino, respondió el tio, una mujer propia supongo que habrás querido decir; i a propósito de eso, tengo yo echado el ojo a cierta Pubilla, que no dudo le vendrá de molde al patrimonio, i a tí no te....

A mitad de su frase se encontraba mi primo-hermano, i no pudo acabarla por asombro que le causara ver levantarse i botar desde la hamaca al suelo a mi primo en tercer grado, hecho un demonio, o como si fuera un capitan pirata, i oir que le decia:

—A mí, que con solo mi goleta he dado caza al fiero Dato Pangasilán, terror de Cagayán, que mandaba los mejores pancos de las islas moras i le pasé por ojo, no se me dan mujeres, sino que me las tomo yo. A mí no me benefician las mujeres, sino al contrario; ni yo quiero mujer que le venga de molde al patrimonio, sino a mí.

I sin mas hablar, dejó a su tio con la boca abierta, sopló en un pito, vino un su criado, i mandó que le atracaran la chalupa, porque se iba a la mar con viento fresco.

Chalupa llamaba a la tartana mi primo en tercer grado, i se echó casa a fuera, sin mas atender a su señor tio que, entregado a sus solas, se decia: "¡Para mí, pecador, que el *hereu* se ha vuelto loco!"

De presumir es que el honrado segundon deseó en este instante de su duda equivocar el juicio i dar sin tino, como suele decirse, en la herradura, pero mal su deseo dió en el clavo.

Mi primo en tercer grado estaba loco.

Salió i entró, fué i vino, anduvo sin cesar i no paró, hasta que contrajo esponsales en secreto i casó de público con mujer honesta, hermosa i pobre, en la que ménos pensara su tio el consejero solitario.

Supe yo lo que va escrito por el mismo sujeto que a palabra corrida me explicó el cómo al corto tiempo murió súbitamente mi primo en tercer grado, i recuerdo que el biógrafo ampurdanés, por efecto de no hablar con pureza el castellano, concluyó el relato con la siguiente frase:

.....

He borrado la frase. Vaya un arrepentimiento que ojalá no trepe.

Hasta aquí la vida del marino mayorazgo i fin de la vida del mayorazgo marino, que habiendo sido en mi tiempo el sesto *hereu* de mi abuelo, dejó el séptimo en ciernes.

Sintióse en cinta la aflijida viuda, i a consolar los dolores de sus dos estados acudieron en tropa todos sus parientes.

Llenóse la casa solar de jente extraña, i sin que el biógrafo catalan me lo haya contado, sabido me tengo que a mi buen primo el solteron gatuno no le faltaria mas que maullar, porque de fijo, i como si lo estuviese oyendo, digo que bufaba.

La prueba está en que entre ellos hubo disgustos tales, que con ser yo de los que apartan los oidos de todo rumor de vidas ajenas, llegáronme los ecos de discordia. Con tal motivo, cometí en mal hora la imprudencia de escribir a mi primo hermano rogándole que aceptase el vivir conmigo, i ¡olvidado que soi! le añadia que mi casa era la suya.

No parece sino que fué mi carta la gota bastante a derramar el vaso lleno de su cólera, pues volviéndome sus iras en respuesta, descargó sobre mí tal pedrisco de durísimas palabras, que tuve por bueno cesar en la jestion i cortar cuentas.

Decíame, entre otras, que yo era vanidoso en ofrecer, mui nécio en pensar que hubiera mas casa que él pudiese tener por suya, si no aquella en que habia nacido.

¡Oh suelo en que nacemos uno a uno! ¡Tan patria eres!

Con esto le dejé a sus instintos, víctima de la propiedad amayorazgada, desamado entre extraños, cautivo de sus costumbres, recorriendo desvanes, i querencioso como un gato, hasta que ya no pudiendo andar, caduco, entumecido por los muchos años, se hacia sacar al sol que calentó a sus padres, i espiró en sana paz sin calentura.

No habian nacido los nuevos poseedores en aquella dulce soledad, i como por esa causa les desplacia, encomendaron la casa a un mayordomo, i fuéronse a villa grande a residir de asiento.

Desde entónces entra el mochuelo a caza de ratones en el cuarto de mis abuelos i las golondrinas apoyan sus nidos en torno a las escócias que ciñen las bóvedas, de las que fueron lujosas viviendas del mayorazgo jóven.

Estas aves simplecillas i amativas incuban allí sin sobresalto, crian sus hijuelos, multiplican sus jeneraciones, vuelan versátiles, jiran i revuelan por los ámbitos, cantando sin recelo. I ellas i sus hijos, i los hijos de sus hijos, al anunciarse el viento del otoño, huyen i se van, dejándose suceder por las pálidas hojas, que desprendidas de los árboles, revolean a discrecion del aire i entran empujadas hasta caer con lánguido desmayo sobre el pavimento de la desierta estancia.

Si así, por mústias hojas, se dejan suceder las mansas golondrinas, i si emigran a extrañas rejiones, es para volver al techo de mi casa con las auras de una nueva primavera.

¡Yo nunca volveré!

ANTONIO ROS DE OLANO.

¡NO TEMO!

¡No temo! De mi vida en la alborada
Me halagaron dulcísimas sonrisas
I mi sueño arrullaron suaves brisas
De amor i de virtud.
I al despertar del celestial letargo
De ese tiempo feliz de la existencia
Mil ensueños de paz i de inocencia
Forjó mi juventud.

Mas tarde la razon, divina antorcha,
Con su alba luz iluminó mi mente;
Erguida alcé con altivez mi frente
Sin miedo i sin temor;
I un horizonte de verdad inmenso
Se abrió ante mí de resplandor luciente;
Quise sondearlo con mirada ardiente,
Confiado en mi valor;

Mas una nube oscureció mi vista,
Tendió el misterio impenetrable velo....
Busqué otra luz en mi ardoroso anhelo
De infinito fulgor;
¡I entónces fué cuando nació en mi pecho
La *fé* bendita que alumbró mi vida;
Se ajitó mi alma de *esperanza* henchida,
Mi corazon de *amor!*

¡No temo, pues! ¡Con esa luz divina
Mi puesto tomo en el mortal combate
I ante el oscuro porvenir no late
Cobarde el corazon!
Ni me ofusca con falsos esplendores
De la gloria fugaz el fátuo fuego,
Ni el incienso que quema el ímpio ciego
A la *diosa razon.*

¡Que palpitando de entusiasmo el pecho
Tras el baluarte de verdad i gloria
Que alza la enseña de eternal victoria
Yo siempre marcharé!

Bella esperanza, del mortal amiga,
Consuelo me dará con dulce acento;
El amor doblará mi corto aliento;
¡No temo! ¡Tengo fé!

1875.

JUSTO MOLINA.

LA TORMENTA.

I.

Anjélica, es la mujer de un pobre pescador de las costas de Normandía, quien con los esfuerzos de su trabajo diario sostiene la vida de sus hijos Guillermo, Eduardo i Edelmira. Esta última, dotada de toda la hermosura que la naturaleza puede adornar a una mujer, hacia el encanto de sus tiernos padres. Sus ojos negros i brillantes, en una tez un tanto morena, la gracia de su talle i un no sé qué de dulzura i bondad, que parecia brotar de su rostro, hacian de ella el ídolo de cuantos la conocieran.

No léjos de la vivienda humilde de esta honrada familia, vivia un jóven pintor, Armando Duvois, quien mas de una vez habia tenido ocasion de admirar la belleza de Edelmira; pero no solo se impresionaba de su hermosura, su corazon latia dulcemente a impulsos del mas puro cariño. Mas de una vez, cuando el sol, hundiéndose en el ocaso, doraba las nubes con su luz, Armando, inmóvil, contemplaba, ya la hermosura del esplendente paisaje que se desarrollaba ante su vista, ya la pobre vivienda de Edelmira, i mas de una tarde esperaba ansioso divisar al tierno objeto de su cariño.

Edelmira, con esa sagacidad propia de la mujer para conocer el sér que la ama, habia comprendido el cariño que por ella tenia Armando, i esta niña, sencilla e inocente, a manera de esas aguas tranquilas i cristalinas que reflejan los objetos que tienen a su orilla, habia reflejado, por decirlo así, en su corazon, todo el cariño que él le profesaba.

Edelmira amaba; una emocion extraña sentia en su alma, pero dulce, que la llenaba de felicidad.

II.

Tres años trascurrieron sin que una sola palabra hubiera podido ser cambiada entre estos dos séres, pues Armando, tímido por naturaleza, como asimismo reservado, esperaba que el tiempo le diera el valor que le faltaba.

No se engañó. Un dia que Fernando, tal era el nombre del padre de Edelmira, habia partido en compañía de sus dos hijos a pescar, soplaba un fuerte viento; pero acostumbrado a desafiar las olas, sin temor habia dejado la orilla, no sin quedar llenas de zozobra su querida Anjélica i Edelmira.

Eran las tres de la tarde i la débil embarcacion era sumerjida i levantada sucesivamente por las olas, que cada vez mas i mas se hinchaban por la fuerza del viento. Comienza el cielo a oscurecerse i la luz del relámpago, mezclada al rujido del trueno, hacen estremecer el corazon de Edelmira i de su madre, que ya no divisaban la barquilla por la oscuridad.

Fernando, miéntras tanto, viendo próxima la tormenta se apresura en hacer fuerza de vela i remo para volver a la orilla, pero ¡inútiles esfuerzos! la embarcacion es arrastrada por las olas, no pudiendo ser gobernada por la violencia de éstas.

Viendo que de un momento a otro la muerte les espera, pónense de rodillas i con los ojos fijos en el cielo i arrasados en lágrimas se estrechan unos a otros clamando por su vida i por la suerte de los queridos séres que léjos, en la costa, han dejado.

III.

¿Qué hacia, miéntras tanto, Armando? Veámoslo. Inmóvil en la puerta de su casita habia estado observando todas las peripecias de esta trájica escena, i cuando parecia que ya las olas harian la desgracia de esta pobre familia, exclama: ¡Es llegada mi hora! ¡valor! Corre a donde Anjélica i Edelmira; estaban anegadas en lágrimas, i creyendo próximo el naufrajio, dice a la primera: Si la suerte, señora, no es próspera a vuestro marido e hijos, aquí me teneis, yo quiero a vuestra hija i seré para vosotros un padre. Cae Edelmira en brazos de su madre bajo la impresion de la desgracia i de la felicidad, como si ámbas quisiesen darse la mano, i ve por una parte que arrecia la tempestad i así la suerte de su querido padre i hermanos decidida ya, i por otra, la primera ocasion que oye a Armando i lo oye para hacerla feliz.

Pero ¡oh ventura! cesa como por encanto la violencia del viento i con ella la furia de las olas, i en pocos momentos Fernando i sus hijos saltan a tierra para caer en brazos de Anjélica, Edelmira i del nuevo hijo i hermano Armando.

¿Quién podrá describir la felicidad de esta buena familia? ¡Oh, parece que a veces la desgracia abriese las puertas de la felicidad!

Cuando esta escena tenia lugar, levantábase ya la luna majestuosa i tranquila, derramando su suave luz sobre este cuadro encantador i queriendo ser como testigo i partícipe de la felicidad que llenaba estos sencillos corazones.

IV.

Jamas la dicha es mas grande que cuando la ha precedido el infortunio o el temor mismo de perderla le ha abierto sus puertas.

Presurosos corren a su pobre morada, estrechándose mútuamente. Era la vez primera que Armando, mas féliz que nunca, penetraba en la modesta vivienda de Edelmira, en esta pobre casita en que moraba el caro objeto de sus ensueños.

En los primeros momentos, pareciendo la voz ahogarse en su garganta, no osaba hablar, pero su corazon latia con extraña vehemencia; despues, cual convalesciente que ve la fuerza de la vida surcar por sus venas, corre a abrazar a Fernando, llamándole con el dulce título de padre, quien a su vez le da el dulce apodo de hijo....

Repentinamente entra un embozado que con violenta voz llama a Armando. Todos se sorprenden, creen ver en él un bandido que, aprovechándose del silencio de la noche, quiere hendir su puñal para robar lo poco que tienen. Una voz mas recia aun hace resonar el aire llamando a Armando, el cual, sin saber a donde dirijirse, queda cubierto de estupor.

Edelmira, por su parte, trémula, habia corrido a estrecharse en los brazos de Anjélica, quien a su vez gritaba pidiendo socorro. Parecia que un lobo carnicero hubiera entrado en un rebaño de mansas ovejas i las hubiera puesto en dispersion.

Pero ¿quién era este desconocido? ¿qué queria?

V.

Ricardo Simmell, hijo de un propietario del vecino pueblo, conocia a Edelmira, la amaba tanto como Armando i hubiera querido dar su vida por ella; pero ella, siempre indiferente, jamas habia podido manifestarle el cariño que no sentia abrigarse en su corazon.

Ricardo habia observado la conmovedora escena que ántes hemos descrito, i no pudiendo contener su despecho, corre, puñal en mano, resuelto a quitar la vida al buen Armando.

Ricardo era su amigo i le habia comunicado su cariño por Edelmira, como tambien mas de una vez le habia manifestado el despecho que sentia en verse desairado por ella i ser él, Armando, el objeto de su cariño. Sabia que él esperaba silencioso la ocasion de poder manifestar con su palabra el cariño que ella ya comprendia, i esto lo hacia contemporizar la idea de un crímen, la de dar muerte a Armando, su amigo. Llegó esta ocasion i creyó él a su vez llegado su turno, no obedeciendo a impulso alguno de su razon.

Pareciéndole que Armando demoraba en contestarle, corre i se precipita sobre él; Fernando i sus hijos, armados de palos, se arrojan medio de esta lucha en que un buitre sediento de sangre quiere devorar a un inocente cordero.

Un ¡ai! dolorido se deja escapar de los labios de Armando; el puñal del asesino ha herido su costado i atravesado parte del corazon. Ricardo cae a su vez derribado por la violencia de los golpes que descargaban sobre él; se descubre el rostro i reconocen a él a quien jamas creian capaz de tal crímen.

Hubieran acabado con él a no interponerse la voz anjélica de Edelmira i su madre, que cual ánjeles de paz imploraban para él perdon.

Cual si la razon le volviera, Ricardo se arrodilla en tierra, implorando a su vez por su vida, miéntras que recibia un último abrazo de Armando, que moria bendiciendo a su asesino.

¿A qué describir la escena de dolor que se apoderó de todos? Edelmira caia en tierra, pegando sus labios de coral sobre la frente ya helada de Armando; dábale el último adios al que debió unir sus dias, ¡a Armando—que la habia amado tanto!

¡Oh, ilusiones de la vida! ¡pobre Edelmira! Ya no irá cerca del peñasco a donde veia a Armando, ya no le verá durante su vida; cual flor solitaria jemirá en medio del dolor sin que ese sér que habia formado el encanto de su vida le dirija una palabra de consuelo!

Ricardo es perdonado por el buen Fernando i ni aun da parte a la justicia de este alevoso crímen, merced a los ruegos de Edelmira.

Mas tarde ella va a depositar una lágrima en la modesta tumba de Armando; i todo su consuelo consiste en poder clamar al cielo por la felicidad del sér a quien tanto amó.

Santiago, marzo 28 de 1876.

AMADOR CORTÉS.

NECESIDAD DE QUE LA LEJISLACION CIVIL

SE PONGA DE ACUERDO CON EL DECALOGO.

(Para La Estrella de Chile.)

M. Leplay ha deducido de la observacion de los pueblos de Europa i del estudio de la historia esta conclusion: que solamente son prósperos i felices aquellos pueblos que conforman sus leyes i su conducta con las prescripciones del Decálogo, i que, al contrario, los que olvidan o desconocen los mandamientos de Dios, marchan fatalmente a su decadencia.

En efecto, es fácil notar que el Decálogo asegura la estabilidad de las sociedades humanas cuando consagra el respeto debido a Dios en los mandamientos I, II i III;

El respeto al padre de familia en el IV;

El respeto a la mujer i a la jóven en el VI i el IX;

El respeto a la verdad i al honor del prójimo en el VIII;

En fin, el respeto a la vida i a la propiedad del prójimo en el V, el VII i el X.

Bajo estos diversos puntos de vista, que resúmen por completo los preceptos del Decálogo, examinemos si nuestras instituciones están en armonía con la lei fundamental dada por Dios a nuestros padres, con esa lei que ha merecido del mismo Proudhon esta confesion:

"¡Qué magnífico símbolo! ¡Qué filósofo i qué lejislador el que estableció semejantes categorías i supo llenar este cuadro! Buscad en todos los deberes del hombre i del ciudadano algo que no se refiera a esto, i no lo encontrareis. Léjos de eso, si lograis mostrarme un solo precepto, una sola obligacion que salga de esta medida, desde luego me creo autorizado a declarar que esa obligacion, ese precepto no obliga la conciencia, i que, por consiguiente, es arbitrario, injusto e inmoral." *(De l'utilité de la célébration du Dimanche, I, 13 et suiv).*

El mas lijero exámen nos manifiesta la jenerosa proteccion que nuestros códigos aseguran a la vida i a la propiedad, por las severas medidas dictadas contra los violadores del bien ajeno.

Hácese igualmente lo que podia hacerse para asegurar la represion de la calumnia i de los falsos testimonios. Al ménos, sin

tener la pretension de haber llegado a la perfeccion a este respecto, bien podemos dejar a un lado estos dos puntos.

¿Pero, sucede lo mismo con los otros tres?

I.

Principiaremos por el respeto debido a Dios. A la verdad, no se puede negar que la lei tiene establecidas penas contra las ofensas inferidas al culto público o contra los ataques directos a las creencias relijiosas. Pero esto no basta. Por otra parte, ¿qué extraño es que tenga sus vacíos la lejislacion de un pueblo donde ha podido decirse que *la lei es atea*? Por fortuna, nuestros lejisladores no han llevado esta fórmula monstruosa hasta donde hubieran querido algunos insensatos o algunos criminales, llevados tan solo de su interes.

Una sociedad que llevara a la práctica esta máxima, ya sabemos lo que seria, pues la hemos visto poniéndola por obra en la Comuna de Paris. Lo primero que hicieron los caudillos de entónces fué proscribir a Dios i cerrar los templos. Pero ¿se contentaron con eso?

Nó; pues ya vimos de qué manera entendian el respeto a la vida, en el tratamiento que inflijieron a los rehenes. I en cuanto a la propiedad, no fué para ellos otra cosa que el derecho de atribuirse todos los medios de satisfacer sus pasiones.

Pero hai mas: pues los hemos visto exijir, durante el sitio de Paris, que a las concubinas se las tratase como mujeres casadas i se les pagase el mismo socorro de 0,75 diarios, que se abonaba a las mujeres de los guardias nacionales. Por lo que hace a los hijos, toda su ternura fué para los naturales.

¡I qué propiedad podia haber para jefes sacados de entre los apercibidos por la justicia o que no salen de los billares i viven con las mujeres públicas! ¡tal es la sociedad que proclama que *la lei es atea!*

Repito que por fortuna se ha retrocedido en Francia ante la aplicacion de semejante máxima; mas no por eso el espíritu que la dictó ha dejado de hacer su funesta influencia, si no haciendo mal, impidiendo al ménos mucho bien.

Veamos, sino, algunos ejemplos:

Sabido es que todo jóven es obligado en Francia al servicio militar por uno hasta tres años; lo cual hace que un número de doscientos o trescientos mil jóvenes se encuentren constantemente reunidos en los rejimientos. ¿I tendrá derecho el pais para exijir el cumplimiento de este deber de manera que les impida llenar otro deber, no ménos imperioso, cual es la santificacion del domingo?

Pues bien, es notorio que los malos hábitos debidos a las fu-

nestas épocas de la revolucion francesa, han hecho casi absolutamente imposible a nuestros soldados el cumplimiento de sus deberes relijiosos; al ménos hasta los últimos tiempos en que se dictó la lei sobre los capellanes castrenses.

Por lo tanto, preciso es que los padres de familia, que velan por la educacion moral de sus hijos, reclamen la aplicacion completa de esta lei protectora, que ha sido de los actos mas verdaderamente sociales de nuestra asamblea nacional, a fin de que ni el servicio, ni las revistas o ejercicios militares se hagan en domingo.

Otro ejemplo. Todos necesitamos de los ferrocarriles, que han llegado a ser un hábito de la vida, a punto de no haber persona que de alguna manera no les sea tributaria. No bajan de ciento cincuenta mil los empleados u obreros que dependen de esta poderosa industria. ¿I ponen de su parte los ferrocarriles lo que debieran para la observancia del domingo, ya por el público, ya por sus empleados?

¡Ah! bien poco es lo que ponen de su parte. Hai un punto en que por lo pronto no se podria exijir, pero sí desear, alguna disminucion en el movimiento de los trenes, que es el relativo a los pasajeros i acarreos de mayor esteridad. Quizá se conseguirá algun dia en que las costumbres públicas estén rejeneradas. Pero no sucede lo mismo con el movimiento de mercaderías que requieren ménos celeridad. Aquí el defecto está en los reglamentos; pues las estaciones no se abren los domingos sino por que un decreto ministerial así lo ordena, i las compañías de ferrocarriles tienen que obedecerlo.

Un decreto semejante es una prueba del profundo abatimiento de nuestras costumbres públicas en Francia. ¡A qué punto ha debido llegar nuestro descuido por los intereses relijiosos de las poblaciones, cuál ha debido ser nuestro olvido de las prescripciones del Decálogo, para que un ministro de trabajos públicos, encargado de la policía de las estaciones, haya creido cumplida su mision, en 1866, con pedir que éstas se cerrasen el domingo solo al mediodía!

En ningun pais extranjero se ha planteado de este modo la cuestion; pues lo que se ha mirado como natural ha sido no hacer trabajar las estaciones en domingo, i ni siquiera se ha imajinado otra cosa.

Pero en Francia, hoi mismo, cuando se exije al ministro que vuelva sobre sus pasos, todavía vacila i tiene miedo. ¿I a quién teme? Nos tiene miedo a todos nosotros los que usamos del ferrocarril; sin lo cual la reforma ya estaria indudablemente hecha.

Por consiguiente, nosotros, comerciantes industriales, nos hallamos en el caso de tranquilizarlos, manifestándole por medio de nuestros representantes que lo que deseamos es no seguir recibiendo ni despachando nuestras mercaderías en domingo, i que

la prosperidad industrial de la Francia no depende en manera alguna de esta violacion del tercer precepto del Decálogo.

Así, pues, el primer punto a que debemos dirijir nuestros esfuerzos es: estudiar, segun las circunstancias en que vivimos, cuáles son aquellos en que el trabajo actual del domingo deba suprimirse; i, para no dar pasos vacilantes i a medias, determinar tambien los medios prácticos de arribar, en cada caso particular, al resultado deseado.

II.

Paso ahora a otra forma del respeto: el que se debe a la mujer i a la jóven.

Encuéntrase en el Código Civil un artículo concebido en estos términos: *Es prohibida la investigacion de la paternidad.* No me propongo presentar el cuadro lastimoso de la vida de esas pobres jóvenes, a quienes un seductor engaña con promesas de matrimonio i las deja despues abandonadas a la miseria, a los remordimientos i a la deshonra. El se va en pos de nuevas aventuras, en busca de nuevas víctimas, sin que siquiera una voz se levante para recordarle la responsabilidad que contrae ante Dios i los hombres, sin que ningun tribunal lo obligue a reparar su falta i el mal que ha causado, ni siquiera a que tome la parte que le toca en la educacion del hijo que ha echado al mundo.

Todo pesa sobre la madre sola. Si ella desespera i abandona al hijo o lo hace morir, la sociedad es implacable con ella; si, al contrario, lo conserva i lo educa a fuerza de privaciones, siempre llevará consigo una nota de infamia.

I a cuántas ¡ah! la perspectiva de la deshonra, o el temor a la miseria, no hacen caer en el crímen. ¡Cuántos infanticidios, cuántos abortos!

¿I para esta situacion no habrá remedio? ¿será como esas necesidades inevitables a que no podemos ménos de someternos por mas que nos duelan? ¿será el crímen de la seduccion como esas calamidades naturales contra las cuales nos vemos obligados a reconocer nuestra impotencia?

Antes, en Francia, una lejislacion diferente protejia la moralidad pública, imponiendo a cada uno su parte de responsabilidad. Si por desgracia un procedimiento defectuoso dió lugar a algunos abusos, no faltaban otros medios de evitarlos, sin desatender la justicia i la moralidad. Todavía he visto rejir en uno de nuestros paises vecinos esa lejislacion, conocida con la antigua expresion de *El manto de la paternidad*, i, por confesion de los mismos jóvenes mas llevados de sus pasiones, ella les servia de un freno mui saludable. Recuerdo que ahora quince años, habitando yo en Suiza, me confesaba un estudiante que sus camaradas se mi-

raban dos veces, ántes de dejarse llevar una, de los impulsos que son tan frecuentes en su edad; pues sabian que podia costarles caro al bolsillo.

Preciosa confesion, mejor que muchos razonamientos, para convencer a las personas que no están animadas de ningun espíritu de prevencion; porque nos hace comprender el alcance social que tiene en los hechos prácticos la lei que autoriza la investigacion de la paternidad por la madre de un hijo natural. Así se ve que sirve de medio eficaz para reprimir la seduccion.

No siempre la seduccion es delito; pero siempre causa a la jóven un daño que puede ser objeto de reparacion pecuniaria, i para la sociedad constituye un peligro, multiplicando los hijos naturales que, sin educacion ni familia, caen con tanta facilidad en el vicio. Esta es la verdad, i es preciso que la lei permita demandar al seductor que bota la carga que le incumbe llevar.

No entraré a detallar las precauciones que deberian tomarse para reemplazar este artículo del Código Civil por otro mas conforme a la justicia i a los preceptos del Decálogo. Eminentes jurisconsultos se ocupan en hacerlo, i no puede dudarse de que hallarán una combinacion que, sin abrir la puerta al abuso, ponga a cubierto el honor i que, cuando mas no sea, los alivie una parte del peso que nuestro Código echa exclusivamente sobre ellas.

Ahora, si la jóven es tan insuficientemente protejida, la mujer ¿cuándo lo es bastante? ¿Es honrado el matrimonio como debiera? Aquí, no es tanto la lei como las costumbres i las ideas lo que debemos culpar.

La lei castiga el adulterio, no lo niego. Pero la opinion pública ¿es bastante severa con el hombre que olvida sus deberes de esposo i desconoce la santidad del matrimonio?

¿I quién irá a hacer de nuevo la opinion pública? A este punto quisiera llamar vuestra atencion: hai aquí un deber de los patrones para con sus obreros, para la observancia de los preceptos del Decálogo.

A los patrones incumbe la obligacion de combatir la lepra social del concubinato, que hace tan grandes estragos, en las ciudades sobre todo. A ellos les incumbe el deber de respetar el carácter, en cierto modo sagrado de la mujer del obrero, i a este fin no deben descuidar ningun medio capaz de asegurarle honrosamente su puesto en el hogar doméstico.

No hai observador que estudie la clase obrera que no convenga en reconocer la influencia benéfica que ejerce la mujer en una casa de obreros. Ella es la cabeza ordinariamente sobria, activa i laboriosa; depende de ella la prosperidad de toda la familia.

Entre las jentes del pueblo, la mujer tiene mas distincion i mas dulzura que el marido. ¿Quién de nosotros no ha presenciado ejemplos de virtudes eminentes dados por mujeres de las posi-

ciones mas modestas? I si queda un resto en Francia de buena educacion en el pueblo, es debido a su feliz influencia.

Ahora bien, ¿puede creerse que la mujer que entra como concubina a la vivienda de un obrero lleve las mismas virtudes que la que va lejítimamente casada? ¿Puede creerse que lleve el órden, la economía, la enerjía en las privaciones, que aseguran la educacion i el porvenir de los hijos? Imposible; i al contrario, por los anales judiciales estamos viendo hasta el cansancio la detestable influencia de esas uniones formadas al acaso, fundadas en la total ausencia de sentimientos relijiosos i alimentadas no pocas veces por el crímen.

Por lo tanto, es un deber de los patrones procurar restablecer en los obreros el respeto al carácter de la mujer, i restaurar su lejítima influencia; para lo cual deben proceder con firmeza contra los que la desconozcan.

¿Qué costaria excluir de los talleres a todos los obreros que no temen vivir en concubinato o que abandonan cobardemente a su mujer i sus hijos? Por más que sea su habilidad profesional, por mui útiles que parezcan ser tales obreros, desde que su conducta es escandalosa, son como serpientes que se llevan en el seno, i otros tantos enemigos que se le preparan a la sociedad. Yo no vacilaria en declarar que no tenemos derecho para desentendernos de la moralidad privada de nuestros obreros, lo mismo que de nuestros sirvientes, porque tenemos que responder de ello delante de Dios.

Ya sé que se ha erijido como principio lo contrario; pues se dice que todo lo concerniente a la moralidad privada es del dominio de la conciencia individual, en la cual el patron no tiene que entrometerse; i todos mas o ménos nos hemos dejado persuadir.

Pero yo digo mui al contrario, en nombre del buen sentido, en nombre de la experiencia de todos los jefes industriales, que la buena ejecucion de los trabajos i la buena organizacion de las fábricas están íntimamente ligados con la moralidad de los obreros.

I así, debemos informarnos con prudencia de la conducta de los obreros que ocupamos; debemos noticiarnos con todo esmero acerca de su moralidad; las ventajas de este sistema no tardaremos en palparlas, despues de algun tiempo de perseverancia en aplicarlo; hallaremos la recompensa en el buen órden que reinará en nuestros talleres i habremos merecido bien de la sociedad, porque le habremos restituido un elemento de tranquilidad i de paz, proporcionando de preferencia, como es de toda justicia, los medios de existir a los hombres mas arreglados i fieles a su deber, i estableciendo el respeto que es debido a la madre de familia.

III.

Réstame hablar del respeto debido al padre i del apoyo que en nuestras leyes encuentra el cuarto mandamiento de Dios.

Tanto el derecho romano como las costumbres jermánicas consideran como una obligacion, para la buena constitucion de la propiedad i de la familia, el dejar libertad al padre para disponer de la mitad, a lo ménos, de su fortuna en favor de uno de sus hijos, i para repartir entre ellos sus bienes inmuebles como mejor le pareciese.

Bajo esa lejislacion, basada en el conocimiento profundo del buen réjimen de las explotaciones agrícolas mejor organizadas, pudo verse en Francia desarrollarse el cultivo, afincarse las familias i suministrar al pais, por una feliz fecundidad, una raza numerosa de hombres notables por su vigor i moralidad. Ahí ha estado el secreto de la grandeza de Francia.

Por desgracia, en los últimos años del antiguo réjimen, algunas familias abusaron de este modo de trasmitir la propiedad, estableciendo una situacion excepcional al hijo primojénito, sin imponerle las cargas numerosas que la antigua costumbre le reservaba en compensacion de la cuota disponible que le aseguraba.

I esas cargas no eran como quiera; pues conozco en el mediodía, donde la costumbre de dejar las propiedades patrimoniales al primojénito de la familia se ha considerado, apesar del Código Civil, conozco, decia, primojénitos que han preferido irse a otras partes, por sustraerse a esas cargas, ántes que aceptar las ventajas que les destinaba su padre.

Eso nos permite apreciar el decantado derecho de primojenitura, que sublevó las iras i motivó la redaccion de nuestro código de sucesion: es una verdadera carga para el beneficiado, que se la teme, porque requiere un trabajo asíduo i una vida de privaciones contínuas para que el primojénito no sucumba bajo la preferencia de que es objeto. I, entre tanto, los segundones, que no están encadenados al suelo, ni tienen que responder de la familia, pueden ausentarse para crearse una posicion independiente i formar mas aliviadamente su fortuna.

Tal es la situacion que se ha destruido.

¿I qué se ha ganado con combatir la antigua costumbre, bajo el falaz pretexto de igualdad entre los hijos?

Lo que hemos sacado en limpio es desorganizar la propiedad territorial en una parte de la Francia, extinguir la fecundidad de las familias, que es la verdadera fuente del poder de las naciones, i esto precisamente en el momento en que el desarrollo de la prosperidad material hubiera debido dar al aumento de la poblacion un enérjico impulso.

Otra cosa que se ha ganado es destruir poco a poco la raza

de las familias de propietarios de campo, que viven a fuerza de trabajo i de sobriedad, en el fundo que se vienen trasmitiendo de padre a hijo por espacio de siglos, raza laboriosa i enérjica que hacia la gloria de la Francia por la fidelidad a sus deberes i por su apoyo al suelo.

¿I qué ha logrado hacer esta lei de particion forzada sino es desmenuzar las pequeñas propiedades, sin tomar en cuenta el deseo del padre de familia, que quisiera trasmitirla íntegramente, sea que él la haya recibido de otro, sea, lo que es mas todavía, que él haya logrado formársela con el trabajo de toda su vida? Lo que ha hecho ha sido trasformar a los hijos en propietarios indijentes, que no alcanzan a mantenerse con su terreno i que no tardan en hacerse jornaleros, es decir, hombres sin pasado i sin porvenir. Pero me equivoco al decir que esto no mas ha hecho de las familias de campo; pues, a causa de la pasion del hombre por su propiedad, ha venido a hacer familias en que no hai mas que un solo hijo. Para evitar que la propiedad se subdivida, es preciso que el primojénito sea único, i para esto es preciso que no nazcan mas hijos...

Esto lo vemos en los paises mas ricos de Francia, en la Normandía i en el valle del Garona, es decir, en el pais mas afecto al antiguo órden de cosas, que correspondia a las necesidades locales del cultivo del suelo.

I no se atribuya a la emigracion, ni a la guerra, ni a la ignorancia esta despoblacion que ha venido a descubrir la estadística; porque los departamentos en que mas se hace sentir son departamentos agrícolas i ricos i sus habitantes son instruidos e intelijentes. Luego hai una llaga secreta que diezma esa poblacion. (1)

Si seguimos a este paso, ¿sabeis qué sucederá? Que en un par de siglos, segun se ha calculado, ya no habrán franceses en Francia.

I como la Fracia es un pais bello i digno de ser habitado, vendrán a ocupar nuestro lugar los alemanes i los italianos. Ya los tenemos a nuestras puertas, impacientes por entrar, i ya tienen puesto un pié dentro de nuestro territorio. I nosotros ¿los dejaremos hacerse dueños del suelo que nuestros padres regaron con

(1) ¿Será cierto que la poblacion de Francia se ve radicalmente amenazada? La estadística de la poblacion dice que en la Mancha i el Calvados, desde 1866 a 1872, disminuyó 29,123 i 20,897, i ya en 1857 estos departamentos, con el Cantal, eran los únicos en que la poblacion disminuia.—Lavergne, *Censo de* 1866. *Diario de los Economistas*, julio de 1867, páj. 113

En 1866, el movimiento de la poblacion de los siete departamento de Eure, Calvados, Orne, Mancha (que es toda la Normandia) Gers, Tarn-i-Garona i Sot-i-Garona, revela que allí es donde domina el sistema de las fincas i las quintas, establecidas en los campos, paises ricos i fértiles.—Legvyt, *Diario de los Economistas*, agosto de 1867, páj. 309.

La Francia, relativamente fecunda, ha dejado de serlo en el último siglo. El código pone obstáculos excesivos al matrimonio. —Legvyt, páj. 225.

sus sudores i de las ciudades que nuestros padres edificaron con sus manos?

Nó, no lo consentiremos. Es preciso, por lo tanto, que rompamos con las instituciones que nos arrastran por esa pendiente fatal i que pidamos la reforma de las leyes de sucesion: bien podemos hacerlo sin atentar en lo menor al órden que el código guarda en su conjunto i sin destruir la unidad tan necesaria que éste ha introducido en nuestra lejislacion.

Para esto, ¿será necesario acordar al padre de familia una libertad absoluta? De ninguna manera. La experiencia de los tiempos pasados manifiesta la conveniencia de reservar a favor de los hijos lo que se llama su *lejítima*. Conviene conservarla; pero pidamos que la cuota de libre disposicion sea la mitad de la fortuna en vez de ser la cuarta, i sobre todo pidamos que tenga libertad el padre para distribuir como crea mas conveniente las porciones de sus hijos, como que es el que los conoce mejor. Conviene tambien que pueda dejar sus bienes inmuebles a uno de sus hijos, imponiéndole la obligacion de dar a sus hermanos i hermanas una pension determinada, concediéndole un plazo largo para obtener la liberacion de esta carga. Esto bastaria, en sentir de hombres competentes, para garantir la propiedad agrícola e industrial en Francia, i para restablecer la estabilidad política, incesantemente comprometida por esos propietarios en pequeño que tienen que hacerse jornaleros i nómades.

Pero es preciso que nos demos prisa, porque en poco tiempo mas ya será tarde; lo que va quedando de las jeneraciones que saben apreciar las ventajas de la propiedad patrimonial no tardará mucho en desaparecer, i entónces solo quedarán las poblaciones contaminadas con la falsa idea de igualdad en las particiones.

He dicho al principio que esa igualdad que queria establecerse en todos los hijos no era mas que un pretexto falaz. I en efecto, ¿a qué término podrá llegarse por esa pretendida via de la igualdad?

Si se impone al padre la obligacion de repartir igualmente su fortuna entre sus hijos, ¿por qué no se impone al abuelo la misma obligacion para con sus nietos? ¿No habria la misma justicia, o acaso mas? Porque, si el padre tuviera dos hijos, i uno de ellos tuviera un solo hijo i el otro seis, tendríamos a un nieto con la mitad de la fortuna patrimonial i a los otros seis con solo una duodécima parte. ¿Dónde estaria la igualdad?

Tomemos, pues, por guia la experiencia de nuestros padres, por fundamento los preceptos del Decálogo i desconfiemos de las teorías preconcebidas i sobre todo de las declamaciones de la escuela revolucionaria. So pretexto de defender los intereses del pueblo, lo que ésta se propone es destruir un pasado que tenia en verdad algunos abusos que reformar, pero en que el bien prevalecia, sin embargo, mucho mas.

Fuera de que, cuando pedimos estas reformas, ¿a quiénes tenemos en mira? ¿no son los pobres, los obreros i los mas humildes de nuestros hermanos? Si pedimos el descanso del domingo, ¿será para los coroneles, los jenerales o para los jefes industriales? Nó, porque esos conservan su libertad el domingo, i ese dia pueden pasarlo con su familia i tienen tiempo para sus deberes relijiosos. De los que tratamos es de los soldados, los obreros que viven a jornal; a esos que no tienen la libertad es preciso dársela.

Cuando por otra parte tratamos de protejer a las jóvenes contra los atentados de los jóvenes corrompidos, ¿lo hacemos acaso por nuestras hijas? Es evidente que nó, porque ellas viven bajo el ojo de sus madres i las necesidades de su vida no las obligan a salir solas en busca de trabajo. Ni las menudencias de la toilette, que suelen ser un lazo tendido a la coquetería, son motivos que las arrastra, como sucede con las hijas de los obreros: a éstas, pues, es a las que se trata de precaver.

En fin, en las cuestiones relativas a herencias, no habreis dejado de notar que la propiedad en pequeño es la comprometida, i la familia del campesino es la perjudicada por la lei actual de sucesion.

No son los ricos i los poderosos los que necesitan la proteccion de la lei, porque éstos siempre saben hacer su negocio; sino los pequeños i los desheredados, i para éstos es preciso establecerla. Por eso, al pedir estas reformas, lo hacemos teniendo en mira los sufrimientos de nuestros hermanos, los obreros i los campesinos.

Los verdaderos amigos del pueblo son aquellos que procuran mejorar su situacion, aunque algo les cueste; al paso que los ambiciosos políticos que lo adulan, solo quieren que los sufrimientos del pueblo les sirvan de pisadera para satisfacer su vanidad i su ambicion.

Contraigámonos a las cuestiones prácticas, i no nos embelesemos únicamente en las vagas jeneralidades que muchas veces extravian; pero, sobre todo, no olvidemos que la fidelidad a los mandamientos de Dios, así como es prenda de felicidad para cada uno de nosotros en la otra vida, es tambien aquí abajo el único medio de salud para las sociedades humanas. En ellos solamente encontrarán la paz, la prosperidad i la grandeza verdadera, porque ellos son la fuente única de toda justicia.

Concepcion, marzo 17 de 1876.

UN INJENIERO DE PUENTES I CALZADAS.

ORGULLO.

Lleno de harapos yo ví que un niño,
Yo ví que un niño llegó hasta tí,
Pidiendo humilde que lo aliviaras,
Que lo aliviaras en su sufrir.

Tú, como siempre, tan compasiva,
Tan compasiva de la orfandad,
Lo socorriste. ¡Bendita sea,
Bendita sea tu caridad!

Una moneda le diste, niña;
Le diste, niña, su salvacion:
Agradecido:—"Dios se lo pague,
Dios se lo pague," dijo, i partió....

¡Yo tambien, niña, soi otro pobre,
Soi otro pobre que triste estoi
Golpeando, siempre, la dura puerta,
La dura puerta de un corazon!

¡Tambien soi ciego, pues quiso un dia,
Pues quiso un dia mi estrella cruel,
Que contemplara de dos luceros,
De dos luceros la brillantez!

I como el ciego que triste canta,
Que triste canta por mitigar
Lo que se sufre sin ver del cielo,
Sin ver del cielo la inmensidad.

¡Al son del arpa siempre lamento,
Siempre lamento la suerte ruin,
Que cruel me obliga que loco i léjos,
Que loco i léjos muera por tí!

Mas ¡ai! en medio de mis desgracias,
De mis desgracias te advertiré
Que soi un pobre mui orgulloso,
Mui orgulloso, mi dulce bien.

Por eso, niña, mírame siempre,
Mírame siempre con mucho amor,
Porque desprecio toda mirada,
Toda mirada de compasion.

ROSENDO CARRASCO.

FLORES.

Las flores son las galas de la pradera i el encanto del pensil. Las flores son los símbolos de los sentimientos.

Las palabras son el lenguaje de la mente; pero las flores i la música son el lenguaje del corazon. Una nota i una flor: hé ahí palabras que pertenecen a todo idioma.

La esencia de las flores es el perfume; la flor mas hermosa en sus colores, que no tenga aroma, no es flor. La camelia es en el órden vejetal lo que el pavo real en el órden animal: todo apariencia. Las mujeres hermosas sin talento i sin virtud son camelias, son pavos reales. La violeta i el alicanto no tienen colores, i son mui bellas flores porque tienen aroma. Hai mujeres que son violetas o alicantos; el exterior es modesto i sin brillo, pero el alma es un tesoro.

De flores se rodea la cuna del nuevo huésped de la vida; de flores corona el amor filial la blanca cabeza de su madre en el dia de su cumpleaños; una flor es mensajera entre dos corazones que se aman; sobre un pedestal de flores alza el culto católico la estátua de la Madre de Dios; el amor de los vivos derrama flores sobre las tumbas de los muertos queridos.

Una flor recien cojida i fragante, es símbolo de júbilo, de agasajo, de amor; una flor marchita es símbolo del recuerdo i en sus hojas secas suele estar escrito con lágrimas todo un poema....

Santiago, 31 de marzo de 1876.

R. BLIND.

SUSPIROS.

Un suspiro es un alma que se exhala en pos de una memoria, de una esperanza, de una ilusion o de otra alma. Es el ¡ai! de un corazon que anhela, que sufre o que ama. Es un respiro que da la válvula del corazon cuando reboza en algun sentimiento.

Un suspiro es el esfuerzo que hace un alma por salir fuera de sí misma i volar hácia el pasado o hácia el porvenir, hácia mas arriba o hácia mas allá de la distancia para salvar las barreras de la ausencia.

Un suspiro es la fuga que intenta el alma desde dentro de su corpórea cárcel.

Un suspiro, como una nota, como una flor, como una mirada, es elocuente i puede ser místico anhelo, jemido, amor, impaciencia, arrepentimiento, mensaje, recuerdo; suele encerrar todo un misterioso poema.

Santiago, 31 de marzo de 1876.

R. BLIND.

MESA REVUELTA.

EL PAPA I UNA ENFERMA.

Puedo referiros, conforme a los informes mas ciertos, una curacion milagrosa, obrada por medio de la bendicion pontificia, dice un corresponsal de El Correo Bruselas con fecha 21 de noviembre último.

La relijiosa del Sagrado Corazon, madre Julia N . . ., hija de uno de los mas distinguidos diplomáticos del Béljica, a consecuencia de un ataque violento de nervios tenia el brazo derecho completamente paralizado i deforme, de modo que habia necesitado pa-

ra sostenerlo de usar un aparato de planchas de madera con vendajes. Las uñas de la mano estaban negras i los huesos de los dedos i del codo completamente dislocados. Los médicos habian agotado en vano para curarla todos los recursos de la ciencia i aconsejaron el cambio de clima. La enferma estuvo primero en Viena i luego pasó a Roma, a donde llegó al fin de setiembre, pero sin lograr alivio alguno a su enfermedad. La madre Julia alimentaba, sin embargo, la esperanza de sanar, con tal de que lograse ver al Papa, i manifestó esta confianza a sus compañeras.

Obtuvo una audiencia para el 19 de octubre.

La enferma se trasladó al Vaticano desde la *villa* Lante, casa dirijida por las señoras del Sagrado Corazon, en compañía de algunas relijiosas i de una sobrina de Pio IX, que vive retirada en la Trinidad del Monte, en el colejio dirijido tambien por las citadas señoras.

Pio IX se sorprendió mucho cuando supo el motivo de la audiencia.—"Hija mia, dijo a la enferma, yo no tengo el don de hacer milagros." Pero añadió despues: "Ten confianza en Dios, porque nada es imposible para su misericordia."

I como las relijiosas, i en especial la sobrina del Papa, le suplicasen que orase por la enferma i la bendijese, Pio IX se recojió un momento en oracion, juntas las manos i los ojos elevados al cielo, i despues dijo:—"Hija mia, ten fé; pero la fé que transporta las montañas." Repitió muchas veces las mismas palabras; i habiendo preguntado a la enferma cómo se llamaba, tomó de aquí argumento para insistir otra vez sobre la necesidad de la fé, diciendo:—"Santa Julia, tu patrona, dió su vida por Jesucristo i probó con su martirio su mucha fé." Tomó luego el anillo de la profesion relijiosa, que la enferma llevaba en la mano izquierda, lo bendijo e hizo que se lo pusiera en la derecha. "En ese mismo instante, refiere la reverenda madre Julia, sentí que cobraba vida la parte paralizada i que la sangre circulaba de nuevo en todo mi brazo derecho."

El Papa le mandó entónces que se persignara i, como en fuerza de la costumbre, la enferma iba a hacerlo con la izquierda: —"Nó, nó, dijo Pio IX, es preciso hacer la cruz con la mano derecha; la señal de la cruz católica." En efecto, la madre Julia se santiguó con la derecha, vacilando i con dificultad. Segunda vez, por mandato del Papa, volvió a persignarse i ya sin vacilar i de una manera perfecta. Estaba curada.

La madre Julia volvió a la *villa* Lante i pudo escribir ese dia una larga carta a Su Santidad, dándole las gracias, con la misma mano hacia pocas horas paralizada. Las uñas de la mano recobraron su color natural i los huesos de los dedos i del codo ocuparon su lugar por sí mismos.

A la prudente reserva de las señoras del Sagrado Corazon se debe que se haya guardado silencio sobre este suceso hasta hoi. Yo lo supe porque me lo refirió el mismo médico que recetaba a

la madre Julia. He preguntado a las relijiosas que acompañaron a la enferma a la audiencia del Vaticano i sus dichos son todos conformes. Hoi debe divulgarse la verdad para gloria de Dios i de su Vicario en la tierra.

GARANTIAS CONSTITUCIONALES.

Con su comadre, que vivia en la esquina,
Quejábase una vez cierta vecina,
Tocaya por mas señas del Estado
En lo del nombre i lo del mal estado,
Que estaba mal talvez porque era buena,
I como él, se llamaba Magdalena.

Quejábase, repito, algo llorosa,
Así: no en verso sino en pura prosa:
—"Comadrita del alma, ya diez quesos,
Que valen, mal contados, veinte pesos,
Me han comido, en dos noches, los ratones,
Sin contar un sin fin de requesones,
Pegándoseme todo en la costilla.
¿Qué haré para salir de esa polilla."
—"¡Jé! comae Magdalena, una simpleza:
Suelte esta misma noche allí en la pieza
Un par de gatos que les sobre el hambre,
I haránse de los gólgotas buen fiambre,
(Que así se llaman los ratones)".—"¡Bravo;
No hai mas que hablar; ya dimos en el clavo!"
I esto diciendo, fué i soltó la gata
Que estaba atada a un palo de una pata;
I luego reclutó, bien que remisos,
Por todo el vecindario, cuatro *misos*
I con la gata los soltó, entre gruesos,
Como de arroba i media, blandos quesos,
I se puso a esperar.... ¡ai! el que espera,
Dice el proverbio antiguo, desespera!....
Desesperada, a la siguiente blanca
Aurora de salud, quitó la tranca....
La puerta desplegó, i ¡oh, cruel suceso!
Gatos halló, mas no ratones ni queso.

Que cada cual esta sentencia saque:
"Peor es el remedio que el achaque."

El Magdalena, 1.° *de Enero de* 1876.

INDICE DEL TOMO X.

DESDE EL 6 DE OCTUBRE DE 1875 HASTA EL 6 DE ABRIL DE 1876.

AGUIRRE VARGAS, CÁRLOS,

Pájinas de la era colonial 51
Una majia singular 304

AGUIRRE VARGAS, VICENTE.

Isotta 601

AMIR.

Himno, poesía 452

ANA MARIA.

Una hermana de los Anjeles 81

ANONIMOS.

A García Moreno 33
Mesa revuelta 502
Poesías de don Clemente Althaus 681
Mesa revuelta 1028

ARAYA ECHEVERRIA, Ramon A.

¡Juan Manuel Blanes!, poesía 73
En el colejio de San Ignacio, poesía 134
La hora del adios, poesía 190

BALLESTEROS, J. Ramon.

Una pesadilla 828

BARRIGA, Juan Agustin.

La pajarera, poesía 62
Poesías 112
El himno, poesía 183
Sonetos, poesías 488
Nocturno, poesía 865
Los paisajes del señor Jarpa en la Exposicion de 1875 921

BECQUER.

Rimas 760

BERRO, Cárlos A.

Leandro Gomez 105
Id. id. (conclusion) 148
Don Diego de Mendieta 312
Id. id. id. (conclusion) 348
La República del Uruguay en la Exposicion de Chile 441
Id. id. id. id. id. id. id. (conclusion) 547

BLIND, R.

Flores 1027
Suspiros 1028

BOZA, M. O.

En un álbum, poesía 816

BUSTAMANTE DE BAEZA, Hortencia.

A la primavera, poesía 104
A mi hijo Rafael, poesía 369

CARBONERO I SOL, Leon.

A los Santos Inocentes 510

CARRASCO, Rosendo.

Al Sol, poesía 74
El orgullo i la modestia, poesía 237
Noche de luna, poesía 690
La primavera, poesía 700
Chacabuco, poesía 721
El picaflor, poesía 879
El águila, poesía 935
Orgullo, poesía 1026

CASTRO, Adolfo de.

Un obispo poeta 873

CERVI, Federico.

A mi amigo Miguel, en sus dias, poesía 308
¡No soi tu padre! ¡No eres mi hija!!, poesía 309
Pensamiento, poesía 471
El tiempo, poesía 472
¡Pobre viejo!, poesía 591
Sola i triste, poesía 622

CONCHA CASTILLO, Francisco.

Amor que mata, poesía 85
Flores de antaño, poesía 427

CORTEZ, Amador.

Bellezas de la creacion i del arte 979
La tormenta 1012

DIAZ HENRIQUEZ, J. H.

A una azucena 978

DONOSO, Cárlos.

¡Quién cual vosotros!, poesía 920

ECHEVERRIA, Mercedes Catalina.

Elejía a la primavera, poesía 122

ERRAZURIZ, Crescente.

La ignorancia relijiosa 6

ERRAZURIZ URMENETA, Guillermo.

Amor i desden, poesía 33
Ultima rosa del verano, poesía 198

ESPIÑEIRA, Antonio.

Juan Diente 623
¡Dios nos libre! 652

FABRES, José Sotéro.

La educacion de las madres de familia 338

GALLEGOS, Juan Nicasio.

Exámen del juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era, obra póstuma de don José Hermosilla i dada a luz por don Vicente Salvá en Valencia, año de 1840 472
Id. id. id. id. (continuacion) 490
Id. id. id. id. (id.) 521
Id. id. id. id. (conclusion.) 561

GARMENDIA REYES, Rafael.

A propósito del folleto sobre la masonería, por el ilustrísimo señor Dupanloup. 55

GUMUCIO, Rafael B.

Por no dejar de escribir 21
Exposicion Internacional de 1875.—Carta primera al lector 114
Id. id. id. —Carta segunda al lector 276
Paciencia 425
El señor don Federico Cervi Campasol 432

GUTIERREZ, Ricardo.

Los expósitos, poesía 758

HERRERA, Guillermo.

Pasatiempos 121

LARRAIN, Alejandro.

El órgano 586
Espiritismo 641

LARRAIN C., Raimundo.

¿Dónde irá?, poesía 32
Recuerdos de un viaje 415
La barca de mi dicha, poesía 710
Una indicacion 746
La sensitiva, poesía 761

LA REDACCION.

Noveno año 5

LAVERDE A., Isidoro.

Escritores colombianos 156
Id. id. 199
Id. id. 238
Id. id. 272
Id. id. 396
Id. id. 439
Id. id. 600
Id. id. 924

LEAL, Paulo Antonio.

Bosquejo de un hombre económico del siglo XVIII 318

LEMOS, José N.

Un castigo ejemplar 961

LISTA DE MILBART, AURORA.

Pensamientos, poesía 759

MALDONADO, ABEL.

Saul i Samuel, poesía 185
Recuerdos, poesía 311

MANDIOLA, RÓMULO.

Diccionario biográfico americano, por José Domingo Cortés, bibliografía 361
José Mármol 630
Id. id. 670

MARCHANT PEREIRA, RUPERTO.

Por leer al reves, comedia 41
El Renegado, drama 161
Id. id. (continuacion) 201
Id. id. (id.) 241
El libro de una madre 258
El Renegado, drama (conclusion) 281
El libro de una madre (continuacion) 288
Id. id. id. (id.) 321
Id. id. id. (id.) 371
Id. id. id. (conclusion) 401

MARIN, FRANCISCO.

Influencia de la relijion sobre la felicidad i la virtud 385
Remordimiento del alma que ha perdido su primitivo candor 500

MARTINEZ RUIZ, JOAQUIN.

Epigramas, poesía 471
Soneto, poesía 712
El hombre feliz 714
Id. id. (conclusion) 788

MOIGNO, F.

La Biblia i la ciencia 694

MOLINA, Justo.

Tormentos del corazon, poesía 811
Un mártir del amor 989
¡No temo!, poesía 1011

MONTERO, Julio M.

Siempreviva, poesía 145
El trocito de madera, poesía 188
En brazos del desaliento, poesía 438

MUNITA GORMAZ, Camilo.

En un album, poesía 387

MUÑOZ DONOSO, Estévan.

El sacerdote católico, poesía 170

NAVIA I RODRIGUEZ, Vicente.

España i la impiedad 335

NAVIA, Rafael.

Don Juan Francisco Ortiz 668

NERCASSEAU MORAN, Enrique.

Observaciones sobre algunos puntos del lenguaje castellano 64

OLEA BESOAIN, A. M. Heraclio.

Recuerdos i esperanzas, poesía 393

OLIMPIO.

Soneto, poesía 573

ORESTES.

Poetisas célebres 421

OSSA, Francisco Javier.

Himno a la industria, poesía 71

PALMA, José Joaquin.

Improvisacion, poesía 37
Tinieblas del alma, poesía 739

PARERA GELPI, Consuelo.

A los piés de la Vírjen de Mercedes, poesía 713
El pensamiento, poesía 933

PAULSEN, Fernando.

Reparos de reparos o sea lijero exámen de los *Reparos al Diccionario de Chilenismos de don Zorobabel Rodriguez*, por Fidélis Pastor del Solar 881
Id. id. id. id. id. id. (conclusion) 949

PAZ, Abdon de.

El libro de Job 818

PEREDO, Manuel.

Don Juan Ruiz de Alarcon i Mendoza 833

POUSCHKIN.

El turbion de nieve 135
Un tiro 173
El constructor de ataudes 228

PRIETO del RIO, Luis Francisco.

Un hombre relegado al olvido 704
Don Alonso de Guzman i Peralta 724
Apólogos 743
Id. 898

REVISTAS BIBLIOGRAFICAS.

Setiembre 39
Octubre 227
Noviembre 329

RICHEBOURG, Emilio.

Un amigo verdadero 456
Id. id. (conclusion) 481

RODRIGUEZ BRAVO, Joaquin.

¡Flor de todos, flor de nadie! poesía 919

ROS de OLANO, Antonio.

A quien leyere 749
Jornadas de retorno 801
Id. id. id. (continuacion) 852
Id. id. id. (id.) 907
Id. id. id. (id.) 937
Id. id. id. (id.) 968
Id. id. id. (conclusion) 1001

SALAS E., Juan R.

Salmo V, poesía 100
Timidez armada, poesía 143
Fragmentos, poesía 210
Dos odas de Horacio, poesías 450
Una sátira de Horacio, poesía 532
Poema secular, poesía 583
¡Pobre avecilla!, poesía 872
¡Tú eres ella!, poesía 877
¡A la fiesta.... De la fiesta!...., poesía 965

SALAS E., Raimundo.

Un invencion diabólica 15
La doncella de Malinas 76
Id. id. id. (continuacion) 92
Id. id. id. (conclusion) 124
Jubilacion de los empleados públicos 554
Id. id. id. id. (conclusion) 572

SANFUENTES V., Aníbal.

El leproso de la ciudad de Aosta 727

SELGAS i CARRASCO, José.

Año nuevo 514
El Hombre-Dios 867

SMITH, Wenceslao.

Las cinco hermanas de York 191
Los diablos que se robaron a un sepulturero 981

SOFFIA, J. A.

A la memoria de la insigne poetisa doña Mercedes Marin de Solar, poesía.... 847

SOLAR, Enrique del.

Don Gabriel García Moreno..... 9
Don Lope de Almeida (conclusion)..... 25
Cansado me siento...., poesía..... 91
¡Ah! sí, tambien...., poesía..... 226
Vi el íris...., poesía..... 337
Leopoldo Buron..... 388
Id. id. 434
Emilio Bello..... 454
Allí sentado...., poesía..... 487
El capitan Sambruno..... 614
¡Oh! qué dulce es, Dios mio...., poesía..... 640
Poesías líricas de J. A. Soffia, bibliografía..... 841
Orillas de aquella fuente, poesía..... 905
¡Oh! barca...., poesía..... 934

UGARTE OVALLE, José M.

A la luna, poesía..... 257

UGARTE SOLAR, Alberto.

¡Pobre flor!..... 536

UN INJENIERO DE PUENTES I CALZADAS.

Necesidad de que la lejislacion civil se ponga de acuerdo con el Decálogo... 1016

URZUA CRUZATT, Temístocles.

Tres historias..... 543
Modestia, poesía..... 579
Gustos varios..... 580

VALERA, Juan.

El pájaro verde..... 215
Id. id. (conclusion)..... 248
Santa, poesía..... 357

VARAS, Pio.

Le Willi, poesía..... 538

VARAS, Quiteria.

Himno, poesía..... 111

VERGARA ANTUNEZ, Rodolfo.

A un marino, al partir, poesía..... 102
La azucena de María, poesía..... 345

VIAL SOLAR, Javier.

Celos de ultratumba, poesía..... 60
Rimas, poesía..... 306
Noche Buena, poesía..... 446
Rimas, poesía..... 947

ZORRILLA de SAN MARTIN, Juan.

Soliloquios, poesía..... 20
Moises, poesía..... 466
En un álbum, poesía..... 680
¡Patria mia!, poesía..... 691

FIN DEL TOMO X.